

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Medieval



**EL CABILDO CATEDRALICIO DE TOLEDO EN EL
SIGLO XV: ASPECTOS INSTITUCIONALES Y
SOCIOLÓGICOS**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

María José Lop Otín

Bajo la dirección del doctor
Miguel Ángel Ladero Quesada

Madrid, 2002

ISBN: 84-669-1979-1

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Medieval

TESIS DOCTORAL



BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5314043972

EL CABILDO CATEDRALICIO DE TOLEDO EN EL
SIGLO XV:
ASPECTOS INSTITUCIONALES Y SOCIOLÓGICOS

Vº Bº
In Ladero
15 X 2001



FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MEDIEVAL

Presentada por
MARÍA JOSÉ LOP OTÍN
Director
DR. D. MIGUEL ÁNGEL LADERO QUESADA

2001

619553055
127387847

ÍNDICE GENERAL



ÍNDICE GENERAL	3
ÍNDICE DE DOCUMENTOS	12
SIGLAS Y ABREVIATURAS	14
INTRODUCCIÓN	15
1. SIGNIFICADO DE CATEDRALES Y CABILDOS MEDIEVALES	19
2. LOS ESTUDIOS SOBRE CABILDOS Y CATEDRALES HISPANOS	27
3. EL CABILDO DE TOLEDO, OBJETO DE INVESTIGACIÓN . .	36
3.1. <i>Antecedentes de estudios sobre el cabildo toledano</i>	37
3.2. <i>Planteamientos metodológicos</i>	42
3.2.1. Enfoque temático	42
3.2.2. Marco temporal	44
3.2.3. Organización de los contenidos	46
3.3. <i>Comentario de fuentes documentales</i>	48
3.3.1. Archivo y Biblioteca Capitulares de Toledo	48
3.3.2. Otros archivos	53
A. Archivo Histórico Nacional	54
B. Biblioteca Nacional	55
C. Archivo de la Diputación Provincial de Toledo	56
D. Archivo Histórico Provincial de Toledo	57

PRIMERA PARTE:	
LA NORMATIVA CAPITULAR TOLEDANA HASTA	
LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV	61
 1. ORÍGENES DEL CABILDO Y VIDA EN COMÚN	
DE SUS MIEMBROS	67
 2. LAS TRANSFORMACIONES DEL SIGLO XII	75
2.1. <i>En el conjunto de cabildos hispanos</i>	77
2.2. <i>El ejemplo de Toledo</i>	80
2.2.1. Separación de mesas y formación del patrimonio	
capitular	84
2.2.2. Cambios en la composición del cabildo y fijación	
de cargos	92
2.2.3. El funcionamiento interno del cabildo	97
A. Elección de cargos del cabildo	98
B. Acumulación de beneficios	100
 3. EL CABILDO DE TOLEDO EN EL SIGLO XIII	101
3.1. <i>Los prelados</i>	104
3.2. <i>La organización de los beneficios</i>	110
3.2.1. La división de los beneficios	111
3.2.2. La acumulación de prebendas por los capitulares . . .	112
3.3. <i>La administración del patrimonio capitular</i>	115
3.3.1. El "Estatuto del Refitor"	115
3.3.2. Los bienes de los capitulares fallecidos	117
3.4. <i>El esplendor litúrgico de la catedral</i>	119
3.4.1. Asistencia al coro y distribuciones cotidianas	120
3.4.2. Los racioneros	125
3.4.3. Los capellanes	128
3.4.4. Los clerizones del coro	131
3.4.5. Forma de estar presente en el coro	133
3.5. <i>Otras disposiciones</i>	134
3.5.1. La obligación de residencia	134
3.5.2. Provisión de cargos	136
 4. EL SIGLO XIV Y LOS COMIENZOS DEL XV: LA MADUREZ	
DE LA INSTITUCIÓN CAPITULAR TOLEDANA	139
4.1. <i>El contexto histórico-eclesiástico</i>	142
4.1.1. Iglesia y prelados en el siglo XIV	142
4.1.2. La labor compiladora de Blas Fernández de Toledo .	149
4.1.3. La Iglesia toledana en los primeros decenios	
del siglo XV	153
4.2. <i>El funcionamiento interno del cabildo</i>	157
4.2.1. Voz y voto en las reuniones capitulares	157
4.2.2. Acumulación de prebendas por los capitulares	161

4.2.3. La residencia	163
4.2.4. Algunas dignidades del cabildo	164
4.3. <i>El servicio del coro</i>	168
4.3.1. El servicio de semanas y su retribución	169
4.3.2. El esplendor litúrgico en la catedral	171
4.3.3. Los capellanes	179
4.4. <i>La atención a los bienes y propiedades del cabildo</i>	183
4.4.1. Ventas y arrendamientos	183
4.4.2. La percepción de los diezmos	191
4.4.3. La libertad e inmunidad de los bienes eclesiásticos . .	194
4.4.4. Las cargas fiscales de los miembros del cabildo	198
 5. CONCLUSIÓN: LA SITUACIÓN DEL CABILDO EN SUS PRIMEROS SIGLOS DE EXISTENCIA	 203

SEGUNDA PARTE:

EL CABILDO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV . 209

1. CONTEXTO HISTÓRICO-ECLESIAÍSTICO	215
1.1. <i>Toledo en la segunda mitad del siglo XV</i>	217
1.1.1. Una agitada vida política	218
1.1.2. Gobierno municipal, desarrollo económico y realidad social	224
1.1.3. Toledo, ciudad eclesiástica	231
1.2. <i>Los pontificados toledanos de Carrillo y Mendoza</i>	239
1.2.1. Las biografías	239
1.2.2. Actividad pastoral	249
1.2.3. Relaciones con el cabildo catedralicio	256
 2. ESTRUCTURA Y COMPOSICIÓN DEL CABILDO	 263
2.1. <i>Las dignidades del cabildo</i>	268
2.1.1. El deán	269
2.1.2. El chantre o capiscol	274
2.1.3. El tesorero	277
2.1.4. El maestrescuela	280
2.1.5. Los seis arcedianos	282
2.1.6. Los abades de San Vicente y Santa Leocadia	286
2.1.7. El capellán mayor	289
2.1.8. El vicario de la ciudad	291
2.2. <i>Los cuarenta canónigos mansionarios</i>	294
2.3. <i>Los veinte "extravagantes"</i>	296
2.4. <i>Los cincuenta racioneros</i>	299
2.5. <i>Los capellanes</i>	303
2.5.1. Los capellanes del coro	304
2.5.2. Los diez capellanes de la greda	308

2.5.3. Capillas y capellanías fundadas en la catedral	310
2.6. <i>Los clerizos</i>	315
2.7. <i>Otros servidores y oficiales de la catedral</i>	319
2.7.1. El sochantre y el claustrero	320
2.7.2. Los oficiales del Refitorio y de la Obra	323
2.7.3. El cuidado litúrgico y material de la catedral	323
2.8. <i>Jerarquización de los beneficiados</i>	328
2.8.1. Posición de los beneficiados en el coro	329
2.8.2. Remuneración económica	332
A. La ración o prebenda	333
B. Las distribuciones cotidianas	335
C. Vestuarios, caridades y ausencias	337
D. Otros ingresos	338
 3. PROVISIÓN DE BENEFICIOS Y CARGOS	
CATEDRALICIOS	341
3.1. <i>Consideraciones sobre la colación de beneficios</i>	344
3.1.1. Obispos, cabildos y sistema benefical	344
3.1.2. El intervencionismo pontificio	348
3.1.3. La suplicación real de beneficios	352
3.2. <i>La normativa capitular toledana sobre las provisiones</i>	356
3.2.1. Estatutos de los siglos XII al XIV	357
3.2.2. El giro del siglo XV	363
3.3. <i>Provisiones toledanas entre 1466-1495</i>	366
3.3.1. Modalidades	367
3.3.2. Perfil de los candidatos	371
3.3.3. Acumulación y renuncia de los beneficios	377
3.3.4. El acto de toma de posesión	380
 4. COMPETENCIAS Y OBLIGACIONES DE LOS	
CAPITULARES	389
4.1. <i>La elección arzobispal</i>	393
4.1.1. Evolución de las elecciones en las sedes castellanas	397
A. Los intereses encontrados de cabildos, papas y reyes	397
B. La afirmación del intervencionismo regio en el siglo XV	400
4.1.2. El caso toledano	405
A. Las elecciones arzobispales en los siglos XIV y XV	405
B. Procedimiento seguido en la provisión de la mitra toledana	415
4.2. <i>Gobierno de la diócesis en sede vacante</i>	422
4.2.1. Planteamientos generales	422
4.2.2. La archidiócesis toledana en sede vacante	427

A. Silencio documental sobre las vacantes arzobispales	427
B. La sede primada a la muerte del cardenal Mendoza	429
4.3. <i>El servicio litúrgico de la catedral</i>	438
4.3.1. El componente humano	440
A. El oficio divino, empresa común del personal catedralicio	440
B. Funciones especialmente ligadas a la liturgia	442
4.3.2. El culto y oficio divino	444
A. El servicio del coro: las horas canónicas	446
B. El "servicio de altar": la Eucaristía	455
C. Desórdenes e irregularidades en el servicio litúrgico	460
4.3.3. Calendario litúrgico toledano	467
A. Tabla de festividades	468
B. Tipología de las celebraciones	476
4.3.4. Capillas y culto funerario	481
A. Enterramientos	483
B. Aniversarios y oficios de difuntos	492
4.4. <i>La gestión administrativa del patrimonio capitular</i>	502
4.4.1. Breves consideraciones sobre el patrimonio capitular	503
4.4.2. La oficina del Refitor	509
4.4.3. La Obra y Fábrica catedralicia	517
4.5. <i>Asistencia a reuniones capitulares</i>	523
4.5.1. Cabildos ordinarios	526
4.5.2. Cabildos extraordinarios	537
4.5.3. Cabildos espirituales	538
4.5.4. Cabildos generales	540
4.6. <i>La residencia</i>	542
4.6.1. La residencia anual	543
4.6.2. La residencia diaria	551
4.7. <i>Funciones ocasionales desempeñadas por los capitulares</i>	557
5. PROYECCIÓN EXTERIOR DEL CABILDO	565
5.1. <i>Protagonismo político</i>	568
5.1.1. El cabildo y los disturbios ciudadanos del siglo XV	569
5.1.2. Efectos en la vida catedralicia	577
5.2. <i>Proyección religiosa</i>	583
5.2.1. Fiestas y participación popular	586
A. El "Corpus Christi"	589
B. Virgen de Agosto, Navidad y otras solemnidades	601
C. El "obispillo" de San Nicolás	604
D. Fiestas extraordinarias	611

5.2.2. Procesiones	620
A. Por el interior del templo	621
B. Por las calles de la ciudad	624
C. La catedral, estación de procesiones ciudadanas	627
5.2.3. Misas y sermones	629
5.2.4. La parroquia de San Pedro	637
5.3. <i>Labor benéfico-asistencial</i>	644
5.3.1. La pobreza	646
A. "Dar de comer" a trece pobres	649
B. El "arca" del pan del claustro	651
C. Limosnas menores	654
5.3.2. La enfermedad: el Hospital del Nuncio	655
A. Realidad hospitalaria de Toledo a fines del siglo XV	655
B. El proyecto hospitalario del nuncio Francisco Ortiz	661
5.3.3. Los "ninños de la piedra"	666
5.4. <i>Actuación en materia cultural</i>	673
5.4.1. La escuela catedralicia	675
A. La Escuela de Gramática	677
B. La Escuela de Teología	680
C. La enseñanza de la Música	682
5.4.2. Financiación de estudios fuera de Toledo	686
5.4.3. El Colegio de Santa Catalina	694
5.4.4. La Biblioteca Capitular	701
A. Proceso de formación y organización	702
B. Aproximación a sus contenidos en el siglo XV	709
5.4.5. La catedral y la industria toledana del libro	719
6. LOS CAPITULARES TOLEDANOS	723
6.1. <i>Realidad y características como colectivo</i>	727
6.1.1. Nivel moral y vida de piedad	730
A. La observancia del celibato	732
B. La vivencia de la fe	739
C. La afición al juego y otras diversiones	742
6.1.2. Nivel cultural	746
A. Títulos académicos	749
B. "Librerías" particulares de algunos canónigos	754
6.1.3. Nivel socio-económico	762
A. Procedencia social, familiar y geográfica	763
B. Ostentación pública de riqueza por los capitulares	767
6.1.4. "Inmunidad" y privilegios de los capitulares	778
A. La base jurídica de la inmunidad	779
B. Violaciones de la libertad eclesiástica	790
6.2. <i>Algunas individualidades</i>	797

6.2.1. El maestrescuela Francisco Álvarez Zapata	798
6.2.2. Pedro de Ayala	799
6.2.3. Tello de Buendía	800
6.2.4. Francisco Fernández de Toledo	800
6.2.5. Pedro Jiménez de Préjamo	801
6.2.6. Juan López de León	801
6.2.7. Juan López de Medina	802
6.2.8. Juan de Morales	803
6.2.9. Alonso Ortiz	804
6.2.10. El nuncio Francisco Ortiz	805
6.2.11. Vasco Ramírez de Ribera	807
6.2.12. Otros nombres	807
 CONCLUSIONES	 819
 APÉNDICES	 833
1. LISTA DE ESTATUTOS CAPITULARES	835
1.1. <i>Siglo XII a mediados del XV.</i>	837
1.2. <i>Segunda mitad del siglo XV</i>	848
2. RELACIÓN NOMINAL DEL CLERO CATEDRALICIO	
TOLEDANO (1466-1495)	859
3. APÉNDICE DOCUMENTAL	876
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 939
1. FUENTES INÉDITAS	941
1.1. <i>Archivo y Biblioteca Capitulares de Toledo</i>	941
1.2. <i>Archivo Histórico Nacional</i>	943
1.3. <i>Biblioteca Nacional</i>	944
1.4. <i>Archivo de la Diputación Provincial de Toledo</i>	944
1.5. <i>Archivo Histórico Provincial de Toledo</i>	944
2. FUENTES PUBLICADAS	945
3. CATÁLOGOS Y GUÍAS DE ARCHIVOS	947
4. BIBLIOGRAFÍA	950
4.1. <i>Obras de Temática General</i>	950
4.2. <i>Obras referidas a Cabildos y Catedrales</i>	962
4.3. <i>Obras específicas sobre Toledo</i>	977
4.1.1. Aspectos generales	977
4.1.2. Toledo y su Iglesia	984



ÍNDICE DE DOCUMENTOS

1.- (1423) <i>Constitución sobre el Libro del Refitor</i>	876
2.- (1435) <i>Constitución sobre residencia de los capitulares</i>	877
3.- (1437) <i>Carta de Juan de Cerezuela ordenando que den las capellanías a clérigos idóneos</i>	879
4.- (1456) <i>Concordia entre Carrillo y el cabildo sobre la alternancia en las provisiones catedralicias</i>	880
5.- (1467) <i>Acto de publicación de la bula paulina</i>	882
6.- (1468) <i>Constitución de Alonso Carrillo sobre los canónigos pensionarios</i>	882
7.- (1469) <i>Ordenamiento sobre los derechos a pagar por los beneficiados de nuevo ingreso</i>	885
8.- (1469) <i>Ordenamiento sobre las distribuciones a maitines</i>	886
9.- (1470) <i>Fragmento de un testamento de Fernando Pérez de Ayala</i>	886
10.- (1470) <i>Ordenamiento sobre los beneficiados "expulsos"</i>	889
11.- (1472) <i>Ordenamiento sobre sepulturas</i>	891
12.- (1472) <i>Ordenamiento en que se manda dar de comer a trece pobres</i>	891
13.- (1472) <i>Quejas del cabildo ante la situación que vive la catedral con ocasión de los conflictos ciudadanos</i>	892
14.- (1472) <i>Encomienda de la librería a Francisco Ortiz</i>	894
15.- (1473) <i>Ordenamiento sobre los Libros del Refitor</i>	895
16.- (1473) <i>Ordenamiento sobre el lugarteniente del deán</i>	895
17.- (1474) <i>Ordenamiento sobre vestimenta de los beneficiados</i>	896
18.- (1474) <i>Ordenamiento sobre las presentaciones al estudio de Bolonia</i>	896
19.- (1474) <i>Testamento del canónigo Andrés Martínez</i>	897
20.- (1476) <i>Ordenamiento sobre el salario de los capellanes</i>	902
21.- (1476) <i>Ordenamiento sobre el claustrero</i>	902
22.- (1477) <i>Ordenación sobre las distribuciones cotidianas</i>	903
23.- (1478) <i>Ordenamiento sobre el servicio del coro</i>	904
24.- (1479) <i>Ordenamiento sobre los aniversarios</i>	904
25.- (1479) <i>Licencia para que la clerecía de Toledo pueda celebrar oficios en la catedral</i>	905
26.- (1479) <i>Ordenación sobre vestimenta de los capitulares</i>	906
27.- (1488) <i>Ordenamiento sobre la residencia con ocasión de la peste</i>	906
28.- (1489) <i>Constitución de Mendoza sobre la hermandad de capellanes</i>	908
29.- (1489) <i>Constitución sobre contadores</i>	911
30.- (1490) <i>Institución del Arca de la Limosna</i>	913

31.- (1490) <i>Salario del físico</i>	916
32.- (1490) <i>Constitución de Mendoza sobre capítulos espirituales</i>	916
33.- (1490) <i>Constitución de Mendoza sobre la administración de la Obra</i>	917
34.- (1491) <i>Ordenamiento sobre los clerizones</i>	923
35.- (1491) <i>Ordenamiento para que el coro esté "poblado"</i>	924
36.- (1491) <i>Ordenación sobre los niños de la piedra</i>	924
37.- (1491) <i>Licencia a un estudiante</i>	924
38.- (1491) <i>Elección del encargado de criar los niños</i>	925
39.- (1491) <i>Asiento de tres niños cantores</i>	926
40.- (1491) <i>Dotación para el aniversario de un canónigo</i>	927
41.- (1492) <i>Ordenamiento sobre la entrada de legos en el coro</i> . . .	928
42.- (1492) <i>Ordenamiento sobre los racioneros</i>	929
43.- (1493) <i>Condiciones para enviar a un canónigo al Estudio de Salamanca</i>	929
44.- (1493) <i>Ordenamiento sobre el secreto con que han de guardarse los acuerdos del cabildo</i>	930
45.- (1493) <i>Capítulo espiritual sobre días de recreación</i>	931
46.- (1493) <i>Ordenamiento sobre el servicio del coro</i>	932
47.- (1494) <i>Ordenamiento sobre el servicio de semanas</i>	932
48.- (1495) <i>Nombramiento de oficiales sede vacante</i>	933
49.- (Sin fecha) <i>Constitución sobre la elección del arzobispo</i>	934
50.- (Siglo XVI) <i>Providencias del cabildo y la ciudad para la mayor decencia de la Iglesia</i>	935

SIGLAS Y ABREVIATURAS

A.C.T.	Archivo Capitular de Toledo
A.D.P.T.	Archivo de la Diputación Provincial de Toledo
A.H.N.	Archivo Histórico Nacional
A.H.P.T.	Archivo Histórico Provincial de Toledo
A.O.F.	Archivo de Obra y Fábrica
B.C.T.	Biblioteca Capitular de Toledo
B.N.	Biblioteca Nacional
B.R.A.B.A.C.H.T.	Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo
B.R.A.H.	Boletín de la Real Academia de la Historia
D.H.E.E.	Diccionario de Historia Eclesiástica de España
I.P.I.E.T.	Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos

INTRODUCCIÓN



La presencia de la Iglesia en todas las esferas del mundo medieval no ofrece duda alguna, ya que nos situamos ante uno de los aspectos que da mayor unidad a un periodo histórico tan diverso, cambiante y extenso cronológicamente como fue la Edad Media. A su vez, no es menos cierto que los fenómenos religiosos tienen una importante conexión con la sociedad en la que nacen, y que los hechos puramente eclesiásticos y los acontecimientos sociales no caminan separados, sino estrechamente unidos. "Lo religioso y eclesiástico -escribe el profesor Ladero- está presente en muchos aspectos de la vida medieval que hoy aparecen o se consideran como seculares"¹. De este modo, "Iglesia", "religiosidad cristiana", "sociedad medieval", son términos distintos, cada uno de ellos con su especificidad, su ámbito de aplicación y sus propios contenidos, pero que combinados adquieren un sentido y una significación extraordinaria para avanzar en la comprensión del pasado.

Todo ello explica que, por un lado, las investigaciones sobre historia

¹ M.A. Ladero Quesada, "Historia de la Iglesia en la España medieval", en J. Andrés-Gallego (ed.), *La Historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*, Murcia, 2001, pág. 121.

de la Iglesia hayan calado de forma evidente entre los medievalistas y, por otro, que hayan traspasado el ámbito estrictamente eclesial y analicen el verdadero alcance de la institución a través de sus relaciones con las circunstancias de cada momento y con el entorno político, económico, social o cultural en que se insertaba. De no hacerlo así, nuestro conocimiento del mundo medieval no estaría completo ni habría propiciado la aparición de estudios cada vez más numerosos, variados en su temática y elaborados desde planteamientos metodológicos nuevos, como los que reflejan las diversas visiones de conjunto y puestas al día que se han publicado en los últimos años².

La posibilidad de realizar estos trabajos está íntimamente relacionada con la gran producción documental que generaron las diversas instituciones eclesiásticas, documentación que, a excepción de la que se conserva en centros de titularidad pública como resultado de la Desamortización, sigue aún en manos de los archivos eclesiásticos. El acceso a sus fondos no siempre ha sido fácil y circunstancias como el irregular horario, el estado de conservación de los documentos o la falta de instrumentos de descripción han complicado hasta hace no mucho las investigaciones. Ahora bien, desde hace unas décadas se vienen observando síntomas y deseos de renovación en la política a seguir en estos archivos, primero con la creación en 1971 de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España y desde 1985 con la publicación de los dos volúmenes de la *Guía de los Archivos y Bibliotecas de la Iglesia en España*, sin duda, la mejor puesta al día del estado real de

² *Ibidem*, págs. 121-190; M.A. Ladero Quesada y J.M. Nieto Soria, "Iglesia y sociedad en los siglos XIII al XV (ámbito castellano-leonés). Estado de la investigación", en *En la España Medieval*, 11 (1988), págs. 125-151; M.A. Ladero Quesada y J. Sánchez Herrero, "Iglesia y Ciudades", en *Las Ciudades Andaluzas (siglos XIII-XVI). Actas del VI Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Málaga, 1991, págs. 227-264; J.L. Martín Rodríguez, "Iglesia y vida religiosa", en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, 1999, págs. 431-456.

estos centros³. A ello hay que sumar la publicación ininterrumpida desde 1990 de la colección *Memoria Ecclesiae*, que edita las actas de los congresos que anualmente celebra la citada Asociación sobre temas específicos siempre relacionados con la documentación custodiada en sus archivos⁴.

Las circunstancias expuestas han propiciado que la producción historiográfica sobre esta materia sea abundante y que hoy estén abiertas múltiples líneas de investigación en las que se tocan aspectos tan diversos como el peso económico de las diferentes instituciones eclesiásticas; las manifestaciones y prácticas de la religiosidad popular; el estudio de diversas sedes episcopales; las relaciones con la Santa Sede y la monarquía; las órdenes religiosas; la actuación y características del clero como colectivo o a través de algunas biografías relevantes; su implicación en diversas iniciativas culturales o benéficas. Sin duda, una de las más prolíficas es la que se ocupa de la instancia de poder que junto a los obispos resultaba más representativa en todas las diócesis: los cabildos que conformaban las diferentes catedrales.

1.- SIGNIFICADO DE CATEDRALES Y CABILDOS MEDIEVALES

Aunque en una diócesis hubiera numerosas parroquias rurales y urbanas así como prestigiosos monasterios y conventos de órdenes monásticas o mendicantes, no hay duda de que la institución eclesiástica más

³ La obra, publicada en León en 1985, consta de dos volúmenes y, como indica en su presentación uno de sus impulsores y presidente a la sazón de la Asociación de Archiveros de la Iglesia, José María Fernández Catón, pretendía "ser el testimonio, si no exhaustivo, si altamente representativo de la eficaz presencia de la Iglesia en la cultura española, desde la alta edad media hasta nuestros días, en los campos documental y bibliográfico".

⁴ El primer volumen, *Los Archivos de la Iglesia. Presente y futuro*, Barcelona, 1990, era toda una declaración de intenciones de los proyectos de la Asociación. En la actualidad se llevan publicados 19 volúmenes sobre cuestiones tan diversas como la Iglesia y la cultura, la catedral y la diócesis, las órdenes monásticas, la parroquia, la beneficencia, las instituciones de enseñanza, las visitas pastorales, el arte, o las peregrinaciones.

influyente que se desarrollaba en su demarcación era la catedral, sita en la ciudad más importante de la misma. La catedral es la iglesia madre de cada diócesis, donde el obispo tiene su silla o "cathedra", desde la que ejerce sus funciones pastorales y procede a guiar y tutelar a sus fieles⁵. La alta misión que debe desarrollar al frente de su sede, como pastor de la diócesis y como "párroco" de su iglesia le obligó desde un principio a rodearse de un "presbyterium", un grupo del clérigos que ya en los primeros momentos hicieron suyas algunas de las principales prácticas del emergente monacato: vida en común, obediencia, oración, celibato y renuncia al uso privado de los bienes. Nacen de esta manera los cabildos catedralicios, cuya vida se desarrolla en torno al servicio de la catedral y que son definidos en la última revisión del *Código de Derecho Canónico* como

un colegio de sacerdotes, al que corresponde celebrar las funciones litúrgicas más solemnes en la iglesia catedral o en la colegiata; compete además al cabildo catedral cumplir aquellos oficios que el derecho o el obispo diocesano le encomienden⁶.

De esta forma, en las iglesias catedrales confluyen desde un principio dos instancias de poder -obispos y cabildos- que, lejos de darse la espalda, mantienen muchos puntos de contacto: el obispo se encarga de asignar los puestos del cabildo, dispone los ordenamientos que habrían de regir la vida interna del mismo, y escoge entre los canónigos a alguno de sus colaboradores; por su parte, el cabildo colabora estrechamente con el prelado en la administración de la catedral y, a veces, de sus filas salen los nuevos prelados⁷.

⁵ Es precisamente esta función la que daba contenido al término "catedral", que en un principio no era sino el adjetivo que reconocía esa singularidad de la iglesia en la que el obispo tenía su cátedra. Poco a poco el adjetivo se sustantivó y tal iglesia pasó a denominarse sencillamente catedral.

⁶ *Código de Derecho Canónico*, Madrid, B.A.C., 1993, pág. 272.

⁷ F.J. Pérez Rodríguez, *La Iglesia de Santiago de Compostela en la Edad Media: El Cabildo catedralicio (1110-1400)*, Santiago de Compostela, 1996, pág. 13, resume muy bien en la siguiente frase el sentido de la relación entre ambos poderes: "La catedral es una unidad en la cual se establecen unos lazos del más puro estilo feudal: los canónigos juran

Ahora bien, ninguna de estas definiciones o explicaciones "oficiales" hace justicia a lo que realmente significaron ambas instituciones. Es difícil imaginar el protagonismo que las catedrales tuvieron en el pasado, ya que hoy han perdido toda relevancia social, económica o política, y se han visto convertidas en poco más que enormes museos y en el objetivo fotográfico de masas de turistas. Por el contrario, la realidad que rodeaba a estos entornos catedralicios desde la Plena Edad Media era algo de mucho mayor calado. Tras sus ornamentados muros se escondían iniciativas y actividades diversas, que requerían de una administración muy precisa y de un personal muy amplio para ponerlas en marcha. Por su parte, los miembros de sus cabildos constituyeron una auténtica élite social, con peso económico, mejor formación cultural que el resto de la población y una proyección tanto a nivel local como general nada desdeñable.

A reafirmar esta idea contribuyen dos expresiones que ocasionalmente se han aplicado a estos templos y que resumen muy bien su pasado esplendor, ya que, mirando más allá de la espectacularidad de sus construcciones, han sabido recoger su verdadero sentido y la vocación universal a que aspiraba el estamento eclesiástico. Uno de esos vocablos es el de "Summa", pues -según Duby- las catedrales "son la proyección visual de esa búsqueda de la unidad que entonces perseguía la escolástica"⁸. El otro término, de no menor alcance, aunque acuñado siglos después, es el de "Enciclopedia"; así piensa, al menos, el profesor Benito Ruano que se hubiesen referido a ellas los ilustrados del siglo XVIII si hubieran comprendido su significado y penetrado en el complejo sistema de símbolos

ser fieles del arzobispo, quien les concede a cambio unos bienes en prestimonio vitalicio. Por contra, los capitulares deben prestar, en virtud de ese juramento, consejo y ayuda a su señor, el prelado, del cual dependen en muchos otros aspectos".

⁸ G. Duby, *Arte y sociedad en la Edad Media*, Madrid, 1998, pág. 86. Del mismo autor son de gran interés sus reflexiones en *Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad 980-1420*, Barcelona, 1983, y *Europa en la Edad Media*, Barcelona, 1990.

y valores que sobre los más diversos órdenes de la vida y el universo se había reunido bajo sus bóvedas⁹.

Precisamente por ser tan amplio el caudal de conocimientos que albergan las catedrales, su estudio se presta a un tratamiento interdisciplinar, ya que son muchas las materias susceptibles de análisis y muchos los profesionales que encuentran en ellas un filón investigador de primer orden. Desde el historiador del arte, que puede analizar una variedad inagotable de manifestaciones y expresiones artísticas, al teólogo, que ve representada en ellas toda una cosmovisión y concepción del pensamiento cristiano, pasando por el historiador de la literatura que, amén de conocer las obras que han surgido de sus propios "scriptoria" y, en muchos casos, sigue custodiando la propia biblioteca catedralicia, puede reconstruir en ellas el escenario en que se han localizado algunas novelas y dramas decimonónicos¹⁰. A ellos hay que añadir, sin duda, el punto de vista del historiador, que examinará el proceso de formación y la evolución posterior vivida por estas instituciones, la proyección que tuvieron en la sociedad de su tiempo y, desde luego, las características de canónigos y demás miembros del clero catedralicio.

Como es lógico, esta será la orientación que sigamos nosotros, y lo primero a significar es que si bien es cierto que catedrales y cabildos tienen su origen en los primeros siglos de vida de la Iglesia, no lo es menos que cuando verdaderamente alcanzan una definición más precisa y logran su auténtica dimensión social es a partir de los siglos XII y XIII; desde entonces, las primeras se elevan al cielo en los imponentes y hermosos edificios góticos que hoy seguimos admirando y los segundos abandonan la

⁹ E. Benito Ruano, "El legado de las catedrales", en *Medievalismo*, 6 (1996), pág. 295.

¹⁰ La reconstrucción que del mundo catedralicio toledano hace Blasco Ibáñez en *La Catedral* (1903) o la inquietante presencia del canónigo magistral de *La Regenta* (1884), son un buen exponente de ello.

vida en común y escapan de la tutela económica y administrativa de los obispos, caminando hacia una cada vez mayor autonomía de funcionamiento¹¹. Este desarrollo no es casual ni aislado, ya que se enmarca en el indiscutible renacimiento vivido por el conjunto de las ciudades de Occidente durante estos siglos plenomedievales, un contexto de expansión generalizada en el que las catedrales se convirtieron en el signo visible de una época próspera, en un símbolo del afán de superación del hombre medieval y en el orgullo de la ciudad que las alberga y de sus habitantes¹².

Estos últimos, que ocupaban viviendas mucho más modestas y precarias, quedarían forzosamente impactados, no sólo por la monumentalidad del edificio, sino también por la luminosidad de sus naves interiores, el bello efecto cromático de sus vidrieras y el brillo de sus tesoros y ornamentos. Por eso, ninguna ciudad escatimaba esfuerzos y acometía las obras de su iglesia catedral "queriéndola más gloriosa, aún más grande, más alta, y más luminosa que las vecinas"¹³. Precisamente por esos afanes compartidos entre hombres y mujeres de la Edad Media, estas magníficas iglesias siguen destacando hoy entre la trama urbana de las ciudades modernas y continúan siendo uno de los elementos más representativos del pasado común de Europa.

Pero el impacto de las catedrales en la sociedad en la que viven no

¹¹ El proceso vivido por el conjunto de cabildos occidentales se analiza, entre otras, en las siguientes obras generales: A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, págs. 390-397; H. Jedin(dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. III, Barcelona, 1966-69, págs. 421-424.

¹² La producción historiográfica sobre este desarrollo urbano es muy importante y ha dado lugar a un gran volumen de trabajos. Buena parte de ellos están citados en tres monografías recientes que sintetizan la evolución de las ciudades durante la Edad Media y a cuyas referencias nos remitimos: M. Asenjo González, *Las ciudades en el Occidente medieval*, Madrid, 1996; J.M. Monsalvo Antón, *Las ciudades europeas del Medievo*, Madrid, 1997, y G. Jehel y P. Racinet, *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*, Barcelona, 1999.

¹³ G. Duby, *Arte y sociedad en la Edad Media*, Madrid, 1998, pág. 84.

radica solo en la fastuosidad de su fábrica, sino muy especialmente en el hecho indiscutible de ser la sede del poder eclesiástico y la mejor expresión de la autoridad y prestigio de la Iglesia secular. Obispos y cabildos proyectan desde estos templos una serie de iniciativas que van dirigidas a la población que vivía más allá de sus muros y con las que, según Duby, se pretende configurar "un sistema de enseñanza y de coerción destinado a conseguir por fin la unanimidad del pueblo fiel para conducirlo a la salvación"¹⁴. La posibilidad de llevar a cabo esas actuaciones descansaba en el sólido poderío económico de estas instituciones, potencias de primer orden desde que en el siglo XII se rompe la administración común de los bienes catedralicios, se separan las mesas episcopal y capitular y los cabildos empiezan a gestionar un importante patrimonio rústico y urbano procedente, en su mayor parte, de las generosas donaciones de sucesivos monarcas. Con ese respaldo económico, las iniciativas en que se materializaba el contacto del cabildo con los fieles apuntaban en tres direcciones básicas, pues tres eran también las funciones principales que la catedral cumplía en el entorno urbano en que se asentaba.

En primer lugar, una destacada *función religiosa*, ya que era papel del cabildo y del conjunto del clero catedralicio garantizar a los fieles los servicios y celebraciones propias de la fe que profesaban. La catedral era el ininterrumpido centro de misas, procesiones, aniversarios, sermones, rezos de las horas canónicas y magnas ceremonias que dejaban asombrados a los fieles sencillos que se reunían en torno a sus altares, coros y capillas. Este complejo entramado de actos litúrgicos tenía mucho de escenificación teatral¹⁵ y, sin duda, absorbía buena parte de las energías de canónigos,

¹⁴ *Ibidem*, pág. 80.

¹⁵ Evocadora de esa realidad es la siguiente frase de J. Heers, *Carnavales y fiestas de locos*, Barcelona, 1988, pág. 39: "La catedral es el marco de magníficos espectáculos que se mueven bajo las bóvedas de la nave y del coro, entre los inmensos bordados o tapicerías colgantes, en el perfume del incienso y las flores frescas esparcidas en expertas alfombras

racioneros y demás personal catedralicio, especialmente, cuando la solemnidad de la festividad obligaba a desarrollarlos con el máximo esplendor. Es entonces cuando la catedral ofrecía lo mejor de si misma y dejaba patente ante el exterior la pujanza del estamento que la gobernaba.

No menos importante es la *función cultural y educativa* que los cabildos desarrollan al mantener unas escuelas catedralicias que convertían a los templos en punto obligado de referencia en la vida intelectual de su tiempo. Las disposiciones de los Concilios III y IV de Letrán, decretando la obligatoriedad de que las catedrales sostengan un maestro de Gramática y las metropolitanas, además, uno de Teología, propician que las escuelas catedralicias se conviertan en uno de los mejores exponentes del renacimiento intelectual que a partir del siglo XII recorre todo el Occidente europeo¹⁶. Parte de ellas serán germen de futuras Universidades y, desde luego, todas constituyeron importantes centros de saber en los que se formó el estamento eclesiástico en su conjunto.

Por último, cabe señalar la *labor benéfico-asistencial*, con la que las corporaciones catedralicias intentaban remediar en lo posible la realidad de miseria y marginación en que vivía buena parte de la población urbana que las rodeaba. Así, los capitulares ordenaban repartir en los claustros y puertas del templo algunas limosnas y alimentos, mantenían hospitales y se hacían cargo de los niños expósitos que eran abandonados en la propia catedral o en sus inmediaciones, todo ello en aras a cumplir con la máxima evangélica que conmina al cristiano a ser generoso con sus semejantes y socorrer al

donde se despliegan las largas procesiones, los mecanismos y los cuadros vivientes".

¹⁶ Son numerosos los trabajos que analizan el esplendor cultural que, estrechamente ligado al florecimiento de las catedrales y sus escuelas, se produjo desde los siglos centrales de la Edad Media, de entre los que destacamos la obra colectiva, *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)*, Pamplona, 1998; J. Verger, *Culture, enseignement et société en occident aux XII et XIII siècles*, Rennes, 1999, y *Les gens de savoir en Europe a la fin du Moyen Âge*, Paris, 1997; J. Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1986.

necesitado¹⁷.

Por si estas tres destacadas funciones no eran suficientes, la catedral aún tenía otra forma de involucrarse en su entorno urbano y de ser un punto de referencia obligado para sus habitantes. En efecto, estos templos eran importantes "empresas" que *empleaban abundante mano de obra*, de un lado, para atender las numerosas tareas y servicios exigidos para su propio mantenimiento -barrenderos, campaneros, lampareros- y, de otro, para poder realizar las continuas obras y reparos que se llevaban a cabo en su interior. Las catedrales son edificios vivos en permanente crecimiento, cuyos trabajos se arrastran durante decenios y continuamente necesitadas de los más variados oficios relacionados con la construcción.

La consecuencia más evidente de cuanto acabamos de exponer es la enorme *preeminencia social* de que gozaban los principales componentes de los cabildos catedralicios -dignidades y canónigos- que representan a la oligarquía eclesiástica de la ciudad por encima del clero parroquial y monástico y llevan un tren de vida similar al del grupo aristocrático al que muchos pertenecen. Además, no es infrecuente verlos implicados de forma más o menos directa en los asuntos que afectan a las ciudades en las que viven, interviniendo en intrigas y tomando partido por alguno de los bandos enfrentados.

Cada uno de estos aspectos en los que se cifraba el protagonismo de cabildos y catedrales tiene su reflejo en las numerosas monografías que se han elaborado sobre ellos, tal como recogemos en el siguiente apartado. Ahora bien, estos templos han servido también de marco a algunas novelas

¹⁷ Los tomos X y XI de la colección *Memoria Ecclesiae*, Oviedo, 1997, dedicados al tema *Beneficiencia y Hospitalidad en los Archivos de la Iglesia*, recogen numerosos testimonios de las iniciativas asistenciales de los cabildos catedralicios hispanos. Interesante es también el amplio balance de M.A. Ladero Quesada, "Grupos marginales en la sociedad cristiana", en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico(1968-1998)*, Pamplona, 1999, págs. 546-553 y 596-601

de gran éxito editorial y a relatos que apuestan por su componente más misterioso y anecdótico¹⁸, contribuyendo a mantener el halo de leyenda que desde el Romanticismo pesa sobre ellos.

2.- LOS ESTUDIOS SOBRE CABILDOS Y CATEDRALES HISPANOS

Cuanto acabamos de exponer explica por sí sólo que en los últimos veinticinco años la producción historiográfica sobre catedrales y cabildos medievales hispanos se haya incrementado de forma notable, a la par que se ha iniciado la publicación de la documentación de sus archivos¹⁹. Especialmente fecunda ha sido la década de los noventa del pasado siglo en el que se han triplicado en número las monografías y artículos publicados sobre el tema, amén de ser cada vez mayor el abanico de cuestiones objeto de estudio en los mismos. Prueba también del calado que la institución capitular ha generado entre los investigadores es el hecho de que buena parte de los trabajos son fruto de las Tesis doctorales que se han leído en distintas Universidades durante las últimas décadas.

A la hora de presentar el balance particular que ofrecen los estudios sobre cabildos y catedrales hispanos nos centraremos en los que se refieren al territorio de la Corona de Castilla, sin menospreciar en modo alguno los

¹⁸ La exitosa novela de Ken Follet, *Los Pilares de la Tierra*, Nueva York, 1989, o los trabajos de C. Ros, *Los Fantasma de las Catedrales de España*, Sevilla, 1999 y C. Jacq, *El misterio de las catedrales*, Barcelona, 1999, dan testimonio de ello.

¹⁹ Al margen de los apéndices documentales incluidos en buena parte de las obras que a continuación mencionaremos son interesantes algunas colecciones diplomáticas, entre las que significamos las siguientes: E. Rodríguez Díaz, *El libro de la "Regla colorada" de la catedral de Oviedo. Estudio y edición*, Oviedo, 1985; J. M. Fernández Catón (dir.), *Colección documental del archivo de la catedral de Palencia(1035-1247)*, Palencia, 1986; J.M. Garrido Garrido, *Documentación de la catedral de Burgos(1184-1222)*, Burgos, 1983; F.J. Pereda Llarena, *Documentación de la catedral de Burgos(1254-1293)*, y *(1294-1316)*, Burgos, 1984; L. M. Villar García, *Documentación medieval de la catedral de Segovia(1115-1300)*, Salamanca, 1990; M. Lucas Álvarez, *La documentación del tumbo de la catedral de Santiago de Compostela: estudio y edición*, León, 1997.

realizados para el entorno catalano-aragonés, de singular importancia. No obstante, la gran extensión de la corona castellana y la variedad de las tierras y sedes episcopales que integra permite ofrecer una muestra lo suficientemente representativa de lo que ha sido la producción bibliográfica de los últimos años. Además, es innegable que los estudios dedicados a los cabildos de esta amplia zona han sido los pioneros en este tipo de investigaciones, especialmente los de Castilla y León o Andalucía, que han abierto el camino a otros muchos estudiosos. Como resultado de todo ello, cada una de las catedrales y cabildos tiene su o sus especialistas y así se pone de manifiesto en la relación bibliográfica por zonas que incluimos al final del trabajo, en la que también se incorporan algunos estudios referidos a época moderna para dar idea de la continuidad y la pujanza investigadora del tema.

Un atento repaso por la trayectoria que han seguido las publicaciones desde las décadas centrales del siglo XX hasta la actualidad pone de manifiesto que éstas han tomado tres enfoques diferentes: el jurídico-institucional; el económico, cada vez más decantado a conectar a los cabildos con el entorno socio-político que los rodea; y el que analiza la proyección exterior de estas corporaciones y los distintos comportamientos socio-culturales de sus componentes. Más recientemente, se observa un intento de combinar cada uno de los anteriores puntos de vista a fin de elaborar obras de conjunto que reúnan una información lo más completa posible sobre cada corporación capitular. Veamos ahora los trabajos que se inscriben en cada uno de estos apartados.

1.- La vertiente jurídico-institucional es la que inaugura las investigaciones sobre las diferentes catedrales hispanas y pudo tener un precedente en la obra de Muñiz Pablos sobre el derecho capitular²⁰, aunque

²⁰ T. Muñiz Pablos, *Derecho capitular. Cabildos catedrales y colegiales*, Sevilla, 1926.

cuando comienza a dar su fruto es en torno a los años centrales del siglo XX. Entonces comienzan a aparecer trabajos centrados en cuestiones tan concretas como la composición y estructura interna de los cabildos de Lugo, Burgos u Orense, la provisión de prebendas en Segovia, o la sucesión de los deanes de Santiago de Compostela²¹.

Siguiendo ese ejemplo, en la década de los setenta aparecen los dos trabajos clásicos que analizan con mucha más extensión que los anteriores la realidad de dos cabildos catedralicios del área castellano-leonesa, Ávila y León, a cargo respectivamente de Juan Ramón López Arévalo y Tomás Villacorta Rodríguez²². En ellos los autores, que no limitan sus conclusiones al periodo medieval, recogen un abanico muy amplio de cuestiones a cerca del funcionamiento interno de estas corporaciones, tales como el número y variedad de sus componentes, el mecanismo de provisión de los cargos o las obligaciones de los capitulares. Paralelamente, empiezan también a publicarse los estatutos otorgados a algunos cabildos andaluces²³ y del área leonesa²⁴.

²¹ A. García Conde, "Antiguas dignidades de la catedral de Lugo", en *Boletín de la Comisión de Monumentos Artísticos de Lugo*, III n° 31-32 (1949), págs. 276-283; A. Blanco Díez, "Los arcedianos y abades del cabildo catedral de Burgos", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 130 (1952), págs. 267-298; E. Duro Peña, "Las antiguas dignidades de la catedral de Orense", en *Anuario de Estudios Medievales*, 1 (1964), págs. 289-332; A. Quintana Prieto, "Las dignidades meseras de la catedral de Astorga", en *Archivos Leoneses*, XXXI, 61 (1977), págs. 181-229; M. Quintanilla, "Provisión de prebendas en la catedral", en *Estudios Segovianos*, 10 (1959), págs. 525-530; S. Portela Pazos, *Decanologio de la S.A.M. Iglesia catedral de Santiago de Compostela*, Santiago, 1944.

²² J.R. López Arévalo, *La catedral de Ávila en la Edad Media: Estructuras socio-jurídicas y económicas. Hipótesis y problemas*, Ávila, 1973; T. Villacorta Rodríguez, *El cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico (siglos XII-XIX)*, León, 1974.

²³ J. Rodríguez Molina, "Estatutos de la catedral de Jaén en 1368. Recopilación de 1478", en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, LXXXV y LXXXVI (1975), págs. 9-187; E. Costa y Belda, "Las Constituciones de Don Raimundo de Losaña para el cabildo de Sevilla (1261)", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 5 (1978), págs. 167-212.

²⁴ Se trata de una serie de memorias de licenciatura y Tesis doctorales leídas en la Universidad de Salamanca, que, sin duda, responden a un proyecto conjunto de dar a conocer algunos de los documentos clave para el estudio de las catedrales de la zona: A. Jorge Pérez, *Estatutos y constituciones del cabildo salmantino en los siglos XIII, XIV y XV*,

Lo cierto es que al calor de esta línea de estudio durante esa década y las siguientes se elaboraron interesantes aunque no tan amplios trabajos sobre diversos cabildos -Salamanca, Palencia, Oviedo, Cádiz o Sevilla- que se han convertido en referencia obligada para conocer el proceso de formación de estas instituciones y el marco normativo en el que se desenvolvían sus miembros²⁵. Fundamental fue también un trabajo aparecido en 1978 sobre las diócesis leonesas por el interés que tiene el apartado que analiza la realidad capitular, precursor de muchos de los temas que después han prevalecido en la investigación²⁶. Más recientemente, ha sido objeto de estudio el régimen administrativo seguido por cabildos tan diversos como Osma, Murcia o Calahorra²⁷.

Tesina leída en la Universidad de Salamanca, 1974; P. Rodríguez Martínez, *Estatutos del deán y cabildo de la catedral de Salamanca (1230-1300 y 1317-1318)*, Tesina leída en la Universidad de Salamanca, 1979; J.M. Sánchez Estévez, *Las actas del cabildo de la catedral de Salamanca (1289-1300 y 1317-1318). Estudio metodológico*, Tesina leída en la Universidad de Salamanca, 1979; M. Sánchez Rodríguez, *Las Constituciones del Cabildo de Zamora (1219-1283)*, Tesis doctoral leída en la Universidad de Salamanca, 1980.

²⁵ J.L. Martín Martín, *El Cabildo de la Catedral de Salamanca. Siglos XII-XIII*, Salamanca, 1975; J. San Martín Payo, "El Cabildo de Palencia", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 34 (1974), págs. 227-248; S. Francia Lorenzo, "El Cabildo palentino en el siglo XV", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 59 (1989), págs. 145-178; S.A. García Larragueta, "*Sancta Ovetensis*". *La catedral de Oviedo, centro de la vida urbana y rural en los siglos XI al XIII*, Madrid, 1962; J. Sánchez Herrero, "El Cabildo catedral de Cádiz. Siglos XIII al XV", en *Archivo Hispalense*, 65 n° 198 (1982), págs. 152-182; I. Montes Romero-Camacho, "El nacimiento del cabildo catedral de Sevilla en el siglo XIII(1248-1285)", en *Archivo Hispalense*, LXXVII (1994), págs. 417-458; J. Pérez-Embid Wamba, "El Cabildo catedral de Sevilla en la Baja Edad Media", en *Hispania Sacra*, XXX (1977), págs. 143-181.

²⁶ J. Sánchez Herrero, *Las diócesis del Reino de León. Siglos XIV y XV*, León, 1978, págs. 97-142.

²⁷ T. Portillo Capilla, *Instituciones del obispado de Osma*, Almazán, 1985; "La congregación de canónigos de San Agustín de la catedral de Santa María de Osma", en *XX Siglos*, 33 (1997/3), págs. 69-79; "Vida administrativa en las catedrales en los siglos XII al XVI", en *Memoria Ecclesiae*, IV, Oviedo, 1993, págs. 85-99; F. Marsilla de Pascual, *El cabildo-catedral de Murcia en el siglo XV. Chancillería y Audiencia episcopal*, Murcia, 1992 (microficha); L. de Pascual Martínez, "Vida administrativa del cabildo murciano(s. XIII-XVIII)", en *Memoria Ecclesiae*, IV, Oviedo, 1993, págs. 149-165; M.J. Olivares Terol, "El obispado de Cartagena-Murcia y su cabildo catedralicio. Formación y evolución en el transcurso de la Edad Media", en *Anuario de Estudios Medievales*, 27/2 (1997), págs. 1.149-1.175; P. Díaz Bodegas, *La Diócesis de Calahorra y la Calzada en el siglo XIII. La*

2.- En los años ochenta del siglo XX, sin abandonarse, como hemos visto, la línea anterior, los investigadores comenzaron a interesarse por el poderío económico de los cabildos y, así, vieron la luz obras sobre sus ricos patrimonios rústicos y urbanos, las rentas obtenidas de su explotación y, en definitiva, la organización económica catedralicia. Ello mejoró notablemente nuestro conocimiento de estas instituciones y permitió calibrar su verdadero alcance, ya que sobre esta cuestión descansa su indiscutible poder e influencia. Entre los primeros trabajos hay que analizar los de Manuel González Jiménez para Sevilla, continuados por Isabel Montes a fines de la década²⁸; Ricardo Izquierdo y Socorro Prous para Toledo²⁹; José Antonio Fernández Flórez y Teresa García sobre León³⁰; Miguel Santamaría y José Luis Martín para Segovia³¹; Ferrero y Manuel Ladero sobre Zamora³²;

sede, sus obispos e instituciones, Logroño, 1995.

²⁸ M. González Jiménez, "Propiedades y rentas territoriales del cabildo catedral de Sevilla a fines de la Edad Media", en *Cuadernos de Historia*, 7 (1977), págs. 167-212; I. Montes Romero-Camacho, *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la Baja Edad Media. El patrimonio del cabildo catedral*, Sevilla, 1988, y *El paisaje rural sevillano en la Baja Edad Media. Aproximación a su estudio a través de las propiedades territoriales del cabildo catedral de Sevilla*, Sevilla, 1989.

²⁹ R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo en el siglo XIV*, Toledo, 1980; S. Prous Zaragoza, "La Iglesia de Toledo (1085-1247)", en *En la España Medieval*, IV, t. II (1984), págs. 833-864.

³⁰ J.A. Fernández Flórez, *El patrimonio del cabildo catedralicio de León en la segunda mitad del siglo XV*, Valladolid, 1985, y "El patrimonio del cabildo catedralicio leonés en el tránsito de la Edad Media a la Moderna: cuestiones de metodología", en *Archivos Leoneses*, 97-98 (1995), págs. 9-52; M.T. García García y otros, *La propiedad urbana del cabildo catedralicio de León en el siglo XV*, León, 1990.

³¹ J.L. Martín Rodríguez (dir.), *Propiedades del cabildo segoviano. Sistemas de cultivo y modos de explotación de la tierra a fines del siglo XIII*, Salamanca, 1981; M. Santamaría Lancho, "La organización de la gestión económica del cabildo catedralicio de Segovia. S. XIII-XIV", en *En la España Medieval*, III (1982), págs. 505-540; Id., "La explotación económica del patrimonio urbano del cabildo catedralicio de Segovia en el siglo XIV", en *La Ciudad Hispánica durante los siglos XIII-XVI*, Madrid, 1985, págs. 671-700; Id., "Lugares del señorío del cabildo catedralicio de Segovia. Notas para el estudio de la crisis del sistema feudal en la Castilla del siglo XV", en *El pasado histórico de Castilla-León*, vol. I, Burgos, 1983, págs. 441-461.

³² A. Ferrero Ferrero, *Rentas del cabildo catedral de Zamora en el siglo XV. Análisis de rentas de 1446-1451*, Salamanca, 1980; M.F. Ladero Quesada, "Notas sobre las propiedades del cabildo catedralicio de Zamora en el último tercio del siglo XIV (1372-1402)", en *En la España Medieval*, V, t. I (1986), págs. 537-549; Id. "Aproximación al

José Barreiro Somoza para Santiago³³; o Iluminado Sanz para Cartagena³⁴.

Sin dejar de lado este enfoque económico, pero mirando más allá de los datos y cifras concretos, hay una serie de interesantes monografías que abordan la conexión de los cabildos con el entorno que les rodea -concejo, monarquía, obispado, municipios de su señorío- a fin de ofrecer una visión más integradora de estos organismos. Es el caso, entre otras, de las investigaciones de Ángel Barrios (Ávila), Hilario Casado (Burgos), Miguel Santamaría (Segovia), José María Santamarta (León), Miguel Rodríguez Llopis e Isabel García Díaz (Murcia), Javier Fernández Conde (Oviedo) o Francisco Javier Pérez Rodríguez (Santiago de Compostela)³⁵.

3.- La tercera gran línea de trabajo recuerda que la institución capitular estaba compuesta por personas y analiza cuestiones relacionadas con lo que podríamos llamar el "universo mental" o socio-cultural de ese clero catedralicio: formación, costumbres, extracción social. Además, pone especial acento en conocer la proyección exterior de los cabildos, su implicación en la sociedad y las iniciativas desplegadas por sus componentes

proceso de formación del patrimonio de la Iglesia zamorana (obispo y cabildo) 1132-1484", en *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 1 (1988), págs. 249-270.

³³ J. Barreiro Somoza, *El señorío de la Iglesia de Santiago de Compostela (siglos IX-XIII)*, La Coruña, 1987.

³⁴ I. Sanz Sancho, "Señorío y rentas de la Iglesia de Cartagena en la Baja Edad Media", en *En la España Medieval*, IV, t. II (1984), págs. 981-1.003.

³⁵ A. Barrios García, *Estructuras agrarias y de poder en Castilla: el ejemplo de Ávila (1085-1320)*, Salamanca, 1983; H. Casado Alonso, *La propiedad eclesiástica en la ciudad de Burgos en el siglo XV: el cabildo catedralicio*, Valladolid, 1980; M. Santamaría Lancho, "El cabildo catedralicio de Segovia como aparato de poder en el sistema político urbano durante el siglo XV", en *Studia Historica. Historia Medieval*, VIII (1990), págs. 47-78; J.M. Santamarta Luengos, *Señorío y relaciones de poder en León en la Baja Edad Media, Concejo y cabildo catedral en el siglo XV*, León, 1993; M. Rodríguez Llopis y I. García Díaz, *Iglesia y sociedad feudal. El cabildo de la catedral de Murcia en la Baja Edad Media*, Murcia, 1994; F.J. Fernández Conde, *El Señorío del cabildo ovetense. Estructuras agrarias de Asturias en el tardomedievo*, Oviedo, 1994; F.J. Pérez Rodríguez, *El Dominio del Cabildo Catedral de Santiago de Compostela en la Edad Media (siglos XII-XIV)*, Santiago, 1994.

para integrarse en la misma. Así, se incluyen aquí trabajos sobre la vida cotidiana y el nivel moral de canónigos y dignidades³⁶; las dependencias e instalaciones que éstos necesitan para desarrollar sus funciones dentro del templo³⁷; la función asistencial que prestan a la sociedad y, por encima de todos, los aspectos relacionados con la vida cultural que se proyectaba desde las escuelas y bibliotecas catedralicias³⁸.

Éste se puede considerar, sin duda, un tema "estrella" entre los estudios actuales, ya que está permitiendo adentrarse en una faceta muy importante para conocer la dimensión real de estas instituciones. En este sentido, destaca por encima de cualquier otra la labor que está realizando Susana Guijarro González sobre las diversas catedrales del área castellano-leonesa³⁹; no menos interesante es el estudio de la vida intelectual que florecía en torno a la poderosa sede toledana, donde destaca el espléndido

³⁶ M. González Jiménez, "Nivel moral del clero sevillano a fines del siglo XV", en *Archivo Hispalense*, 183 (1977), págs. 199-204; J. Sánchez Herrero, "La vida y costumbres de los componentes del cabildo catedral de Palencia a fines del XV", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 3 (1976), págs. 485-532; F.J. Fernández Conde, *La clerecía ovetense en la Baja Edad Media. Estudio socio-económico*, Oviedo, 1982.

³⁷ E. Carrero Santamaría, *Las construcciones de los cabildos catedralicios en los antiguos reinos de León y Galicia*, Tesis doctoral inédita leída en la Universidad Autónoma de Madrid, 1998; "La funcionalidad espacial en la arquitectura del medievo y las dependencias catedralicias como objeto de estudio histórico-artístico", en *Medievalismo*, 9 (1999), págs. 149-175.

³⁸ Diferentes tomos de la colección *Memoria Ecclesiae* analizan, precisamente, estos dos decisivos aspectos, en concreto los tomos III, *Iglesia y cultura en las Edades Media y Moderna*, Oviedo, 1992, y X-XI, *Beneficencia y Hospitalidad en los Archivos de la Iglesia*, Oviedo, 1997.

³⁹ El trabajo más amplio editado en microficha es su Tesis doctoral, *La transmisión social de la cultura en la Edad Media castellana (siglos XIV-XVI): las escuelas y la formación del clero en las catedrales*, Santander, 1993. Otros trabajos que inciden en aspectos diversos de la misma temática: "Los centros de cultura urbana en el siglo XV: las escuelas de gramática castellano-leonesas", en *1490. En el umbral de la modernidad*, Valencia, 1994; "Estudiantes, universidades y cabildos catedralicios en las diócesis castellanas durante la Baja Edad Media", en *Edades*, 4 (1998), págs. 39-56; "Las escuelas catedralicias castellanas y su aportación a la historia del pensamiento medieval (1200-1500)", en *Pensamiento Medieval Hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Madrid, 1998; "Las escuelas y la formación del clero de las catedrales en las diócesis castellano-leonesas (siglos XI al XV)", en *La Enseñanza en la Edad Media*, Logroño, 2000, págs. 61-95.

trabajo del director de su Archivo Capitular, Ramón Gonzálvez⁴⁰; también las bibliotecas y escuelas de Mondoñedo, Lugo, Orense, León, Segovia, Zamora o Jaén cuentan con algunos estudios, lo que da idea del alcance que está teniendo este enfoque cultural⁴¹. En esta misma línea cabe mencionar algunos estudios que analizan el papel que desempeñaba la música en las celebraciones catedralicias y el conjunto de personas que dedicaban a ello su esfuerzo. Destacamos aquí los trabajos genéricos de Bernabé Bartolomé Martínez sobre los distintos niveles de enseñanza que se impartían en las catedrales y sobre la figura de los niños del coro, a los que se han dedicado estudios concretos en los casos de Palencia, Granada o Guadix⁴²; como

⁴⁰ *Hombres y libros de Toledo(1086-1300)*, Madrid, 1997. El mismo autor ha tratado también esta temática cultural en otros trabajos como "La Biblioteca Capitular de Toledo en el siglo XIV", en *Toletum*, 6 (1973), págs. 30-56; "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo y F. Ruiz (coords.), *Alarcos 1995. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo de la batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996, págs. 169-209.

⁴¹ E. Cal Pardo, "La enseñanza en la catedral de Mondoñedo", en *Memoria Ecclesiae* XII, Oviedo, 1998, págs. 355-364; A. García Conde, "La escuela catedralicia lucense", en *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Lugo*, III, nº 29-30 (1949), págs. 214-227; M.A. González García, "La Biblioteca capitular de Orense: Historia y Fondos", en *Memoria Ecclesiae*, IV, Oviedo, 1993, págs. 233-239, y "La Cátedra de Gramática de la catedral de Ourense", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 71-82; L. Martínez Ángel, "Instituciones educativas medievales leonesas. La escuela catedralicia", en *Estudios Humanísticos. Geografía, Historia y Arte*, 18 (1996), y "Aproximación a la escuela catedralicia de Segovia y a sus maestrescuelas (siglos XII-XIII)", en *Memoria Ecclesiae*, XII Oviedo, 1998, págs. 63-69; M.L. Guadalupe Beraza, "El tesoro del cabildo zamorano: Aproximación a una biblioteca del siglo XIII", en *Studia Histórica. Historia Medieval*, I nº 2 (1983), págs. 167-180; M. García Pardo, "La cultura clerical en el obispado de Jaén en la Baja Edad Media", en *Hispania Sacra*, LI (1990), págs. 703-716.

⁴² B. Bartolomé Herrero, "Los niños del coro en las catedrales españolas, Siglos XII-XVIII", en *Burguense*, 29/1 (1988), págs. 139-193; Id. "La enseñanza de la música en las catedrales", en *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), págs. 607-627; "Las escuelas de gramática", en *D.H.E.E.*, t. V, Madrid, 1987, págs. 285-299. Siguiendo esa línea, pero aplicado a un algunos cabildos concretos destacan M.P. Cabeza y M.A. Virgili, "La enseñanza musical y las escuelas catedralicias: los niños de coro en la catedral de Palencia", en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, t. V, Palencia, 1990; M.P. Bertos Herrera, *Los seises de la catedral de Granada*, Granada, 1988; A. Gea Arias y R.M. López Guerrero, "Los mozos de coro o seises de la catedral de Guadix. Datos para su estudio", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 127-136.

ejemplo de un excelente trabajo en esta dirección, aunque fuera del ámbito medieval, señalamos la investigación de François Reynaud sobre el desarrollo de la polifonía en la catedral primada⁴³.

Por último, tal y como destacábamos al principio, habría que mencionar a una buen número de monografías que, aceptando lo mejor de cada uno de los anteriores puntos de vista, buscan realizar trabajos de conjunto en los que se muestra una panorámica del cabildo lo más completa posible, y en los que se combina desde el estudio de su funcionamiento interno al análisis sociológico de sus componentes, pasando por la organización económica o la proyección de su escuela. Algunos se dedican expresamente a un cabildo concreto y otros lo analizan en el contexto de estudios más amplios sobre los obispados en que se integran. Son los de Soledad Suárez Beltrán (Oviedo)⁴⁴; José Rodríguez Molina (Jaén)⁴⁵; Iluminado Sanz (Córdoba)⁴⁶, López Alsina y Pérez Rodríguez (Santiago)⁴⁷; José García Oro y María José Portela (Lugo)⁴⁸; María Isabel Nicolás, Teresa García y Mateo Bautista (León)⁴⁹, Jorge Díaz Ibáñez

⁴³ F. Reynaud, *La Polyphonie tolédane et son milieu. Des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, 1996.

⁴⁴ S. Suárez Beltrán, *El Cabildo de la Catedral de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo, 1986.

⁴⁵ J. Rodríguez Molina, *El Obispado de Baeza-Jaén, Organización y economía diocesanas (XIII-XVI)*, Jaén, 1986.

⁴⁶ I. Sanz Sancho, "El cabildo catedralicio de Córdoba en la Edad Media", en *En la España Medieval*, 23 (2000), págs. 441-481. Recoge este reciente trabajo una parte de la que fuera su Tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense en 1989, *La Iglesia y el Obispado de Córdoba en la Baja Edad Media (1236-1426)*.

⁴⁷ F. López Alsina, "De la magna congregatio al cabildo de Santiago: reformas del clero catedralicio(830-1110)", en *IX Centenario da Dedicacao da Sé de Braga. Congreso Internacional*, Braga, 1990, págs. 735-762; F.J. Pérez Rodríguez, *La Iglesia de Santiago de Compostela en la Edad Media: El cabildo catedralicio(1100-1400)*, La Coruña, 1996.

⁴⁸ M.J. Portela Silva y J. García Oro, *La Iglesia y la ciudad de Lugo en la Baja Edad Media. Los señorios, las instituciones, los hombres*, Santiago de Compostela, 1997.

⁴⁹ M.I. Nicolás Crispín, M. Bautista Bautista y M.T. García García, *La organización del cabildo catedral leonés a comienzos del siglo XV*, León, 1990.

(Cuenca)⁵⁰ y una reciente tesis sobre el cabildo de Plasencia⁵¹.

No nos resta sino decir que, vista la madurez de todos los trabajos realizados, la situación es idónea, y así lo han manifestado muchos de los autores citados, para realizar obras de síntesis a nivel general o regional en las que el impresionante legado de tantas catedrales medievales quedaría perfectamente reflejado y haría justicia a la indiscutible relevancia de los componentes de sus cabildos.

3.- EL CABILDO DE TOLEDO, OBJETO DE INVESTIGACIÓN

Conocedores de la importancia creciente de estos estudios, decidimos aplicar sus enfoques al estudio del cabildo de la sede más importante, poderosa e influyente de los reinos hispanos, la sede primada de Toledo. Su catedral, que ya en su época gloriosa de la Edad Media fue considerada por sus más altos dirigentes "luz y espejo que todas las otras yglesias han de mirar y aver acatamiento"⁵², estaba a faltar de un trabajo que recogiera una andadura brillante y extensa en el tiempo, iniciada apenas conquistada la ciudad en 1085 y restaurada la sede un año después. A partir de entonces durante toda la Edad Media la institución vivió los que, con toda seguridad, fueron los momentos más cruciales y definitorios de su larga historia, a lo largo de los cuales se fue configurando como una de las corporaciones más influyentes y poderosas de los reinos hispanos.

⁵⁰ J. Díaz Ibáñez, *La Iglesia de Cuenca en la Edad Media (siglos XII-XV). Estructura institucional y relaciones de poder*, Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense, Madrid, 1996; "El cabildo catedralicio conquense en el siglo XIII", en *Anuario de Estudios Medievales*, 27/1 (1997), págs. 315-345.

⁵¹ M.C. Martín Martín, *El cabildo catedralicio de Plasencia en la Edad Media. Estudio social, económico y administrativo*, Tesis doctoral leída en la Universidad de Salamanca, 1998.

⁵² B.N. Mss. 6.260, f. 35v.

3.1.- ANTECEDENTES DE ESTUDIOS SOBRE EL CABILDO TOLEDANO

En 1988 escribían los profesores Ladero Quesada y Nieto Soria que de unos archivos tan extraordinarios como los toledanos, especialmente el de la catedral, cabía esperar muchos más estudios sobre la historia de su Iglesia en la Edad Media que incrementaran el número de los que hasta ese momento venían realizándose⁵³. No sólo la propia riqueza de sus archivos, sino también la incuestionable relevancia de la Iglesia toledana en el conjunto peninsular, era la que movía a reclamar una atención investigadora que, por otra parte, se había ya iniciado en los siglos XVI y XVII, cuando, perdida por Toledo toda influencia política con la instalación de la capital en Madrid, el poder eclesiástico se consolida en la ciudad como el único e indiscutible baluarte que le queda a la que otrora fuera considerada "urbs regia e imperial" y "cabeza de España". Tal circunstancia propició desde entonces la elaboración de algunos estudios sobre la historia eclesiástica de Toledo o, cuando menos, algunas referencias en obras y crónicas de temática más general⁵⁴.

Es el caso de las historias de la ciudad de Toledo debidas a Pedro de Alcocer o Francisco de Pisa, que no pueden dejar de aludir a las diferentes instituciones religiosas presentes en la misma, así como a las implicaciones que algunos prelados y canónigos tuvieron en los acontecimientos políticos vividos por la urbe⁵⁵. Más específicas son algunas obras que destacan

⁵³ *Ob. cit.*, págs. 131-132.

⁵⁴ De este proceso dan cumplida cuenta F. Martínez Gil, "Historia y cohesión urbana. La escuela historiográfica toledana del Siglo de Oro", en R. Villena (coord.), *Ensayos Humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, 1997, págs. 303-318; J.A. García Luján, "Historiografía de la Iglesia de Toledo en los siglos XVI a XIX", en *En la España Medieval*, II (1981), págs. 367-377.

⁵⁵ P. de Alcocer, *Historya o descripción de la Imperial Cibdad de Toledo*, Toledo, 1554, (Ed. facsímil, Toledo, 1973); F. de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, Toledo, 1605, (Ed. facsímil, Toledo, 1974).

diversos aspectos de la historia de la Iglesia toledana, como los trabajos de Fernando Pecha y Jerónimo Román de la Higuera defendiendo los privilegios que en torno a la primacía había recibido esta sede⁵⁶, los episcopologios de Juan Bautista Pérez y Baltasar Porreño⁵⁷, o las hagiografías sobre santos locales debidas a Luis de Estrada, Francisco Escudero, el citado Pisa o Pedro Salazar de Mendoza⁵⁸.

Ahora bien, si una obra destaca por encima de todas por tener como centro la catedral de Toledo es la realizada por Blas Ortiz, canónigo doctoral toledano, vicario general del Arzobispado y destacado personaje de la vida cultural y social de su tiempo, que en 1549 publicó su *Summi Templi Toletani perquam graphica Descriptio*, a fin de que sirviera de guía a la visita que el futuro Felipe II proyectaba realizar al templo primado⁵⁹. Es la primera guía de la catedral que se conoce y ofrece una información muy completa sobre los más variados aspectos de la misma, desde los componentes de su cabildo a la descripción de cada una de sus capillas, altares y demás tesoros artísticos, pasando por los usos litúrgicos, festivos o musicales que se seguían en las celebraciones. Este ilustre y culto escritor no sólo conoce cuanto nos narra por su experiencia como canónigo, sino que en más de una ocasión testimonia la consulta de documentos originales del

⁵⁶ F. Pecha, *Tractatus de primata Sanctae Ecclesiae Toletanae in Universa Hispana in duos distributos libros*, (1567-1569), B.C.T. MS. 23-15; J. Román de la Higuera, *Historia Eclesiástica de la Imperial Ciudad de Toledo y su tierra*, B.N. Mss. 1.639-1.641 y 1.285-1.293;

⁵⁷ J.B. Pérez, *Apuntamientos para la Historia de Toledo y de señores Arzobispos con varios epitaphios por el Sr. Don Juan Bautista Pérez*, (1579), B.C.T. MS. 27-27; B. Porreño, *Historia de los Arzobispos de Toledo y cosas de España*, (1604-1606), B.C.T MS. 27-21 y 27-22.

⁵⁸ L. Estrada, *De Laudibus Sancti Eugenii*, Toledo, 1578; F. Escudero, *Vida y milagros del glorioso confesor San Julián*, Toledo, 1589; F. de Pisa, *Vida de Santa Leocadia*, Toledo, 1589; P. Salazar de Mendoza, *El Glorioso Doctor Don Ildefonso, Arçobispo de Toledo*, Toledo, 1618.

⁵⁹ Recientemente la obra ha sido publicada en una edición bilingüe latino-castellana, a la que frecuentemente aludiremos a lo largo del trabajo: *La Catedral de Toledo 1549. Según el Doctor Blas Ortiz*, Toledo, 1999.

Archivo Capitular, lo que añade aún más interés a su trabajo, sin duda, el mejor para recrear el ambiente del templo primado poco después de finalizar la Edad Media⁶⁰. Ya en el siglo XIX se publicó otra guía catedralicia a cargo de Sixto Ramón Parro, que en su *Toledo en la mano* realiza una completa descripción del edificio y aporta numerosas noticias sobre los acontecimientos y personajes que definieron su historia⁶¹.

Con estos antecedentes, en el siglo pasado continuaron realizándose trabajos sobre la Iglesia toledana, su primacía, sus arzobispos y, por lo que a nosotros más interesa, la catedral primada. Poco a poco fueron viendo la luz estudios que, en todo o en parte, se referían a cuestiones relacionadas con el templo y su cabildo catedralicio: el clásico trabajo de Ángel González Palencia sobre los mozárabes toledanos⁶²; los dos volúmenes publicados por el archivero catedralicio Juan Francisco Rivera Recio sobre la Iglesia de Toledo en el siglo XII⁶³; la recopilación realizada por Juan Antonio García Luján de todos los privilegios reales que diferentes monarcas medievales otorgaron a la catedral⁶⁴; las investigaciones de Francisco de Borja San Román y José Meseguer Fernández, ambos interesados en analizar las difíciles relaciones del cardenal Cisneros con el cabildo⁶⁵; o las de Socorro

⁶⁰ El significado de la obra de Ortiz y el acercamiento al personaje han sido analizados en el estudio preliminar realizado por R. González Ruiz "Blas Ortiz y su mundo" y F. Pereda, "Leer en la Catedral: La experiencia de la Arquitectura en 1549", en *Ibidem*, págs. 11-125.

⁶¹ S.R. Parro, *Toledo en la mano o descripción histórico-artística de la magnífica Catedral y de los más célebres documentos*, 2 vols., Toledo, 1857, (Ed. facsímil, Toledo, 1978).

⁶² A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, 4 vols., Madrid, 1926-1930.

⁶³ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1086-1208)*, 2 vols., Roma-Madrid, 1966-1976.

⁶⁴ J.A. García Luján, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo (1086-1462)*, 2 vols. Toledo, 1982.

⁶⁵ F. de B. San Román, "Cisneros y el Cabildo Primado al finalizar el año 1503", en B.R.A.B.A.C.H.T., 3 (1919), págs. 65-96; J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al Cabildo de la Catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 3-47, y "Relaciones del Cardenal Cisneros con su Cabildo catedral", en *V Simposio*

Prous y, sobre todo, Ricardo Izquierdo Benito sobre la economía capitular⁶⁶, que tendrían continuadores para la época moderna⁶⁷.

No es menos digna de mención la colección documental de los siglos XII y XIII recopilada por Francisco J. Hernández⁶⁸, como parte de una iniciativa que desde 1978 con el nombre de "Proyecto Burriel" y dentro de la colección "Monvmenta Ecclesiae Toletanae Historica" pretende publicar todo el conjunto de documentos medievales relacionados con la catedral toledana⁶⁹. Toma su nombre del ilustrado jesuita del siglo XVIII Andrés Marcos Burriel, que como "Revisor de los Archivos y Bibliotecas de España" dirigió a un amplio equipo de investigadores con el encargo de recoger y copiar documentos de los archivos de quince catedrales, entre ellas la de Toledo, donde pasó varios años. Sus miras, no obstante, eran más amplias; su gran proyecto fue realizar una *Colección Diplomática de España*, grandiosa obra que reuniría todos los documentos referidos a la Historia de España, en una suerte de *Monumenta Hispaniae Historica*⁷⁰. Más tarde volveremos a referirnos a su actuación en Toledo.

Así estaban las cosas cuando los citados profesores Ladero y Nieto,

Toledo Renacentista, t. I, Madrid, 1980, págs. 25-147.

⁶⁶ S. Prous Zaragoza, "La Iglesia de Toledo (1085-1247)", en *En la España Medieval*, IV, t. II (1984), págs. 833-864; R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del Cabildo de la catedral de Toledo en el siglo XV*, Toledo, 1980.

⁶⁷ I. López Celada, *Evolución de las rentas del Cabildo de la catedral de Toledo durante el último cuarto del siglo XVI*, Toledo, 1980; L. Santolaya Heredero, *La Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo a fines del siglo XVI*, Toledo, 1979.

⁶⁸ F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, 1985.

⁶⁹ El proyecto, financiado por la Fundación Ramón Areces, ha publicado varios trabajos relacionados con el templo primado, amén del ya mencionado de F.J. Hernández, objeto de una reedición en 1996: R. González Ruiz, *Hombres y Libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, 1997, y en colaboración con K. Reinhardt, *Catálogo de códices bíblicos de la Catedral de Toledo*, Madrid, 1990. Junto a ellos hay varios volúmenes en preparación sobre los sellos de la catedral, los códices griegos conservados en su biblioteca, las bulas del siglo XIII y la documentación de los siglos XI y XII, que esperamos vean pronto la luz.

⁷⁰ R. García-Villoslada, "Introducción historiográfica", en *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972, págs. 12-17 y 295-296; D. Mansilla, "La Historiografía y los Archivos eclesiásticos", en *Memoria Ecclesiae*, I, Barcelona, 1990, pág. 9.

apreciando, sin duda, estas aportaciones, manifiestan que éstas no agotaban en modo alguno las posibilidades que ofrecía un archivo de la categoría del catedralicio y expresan su deseo de que las investigaciones sobre la Iglesia toledana siguieran avanzando. Esta reflexión -amén de la lectura de las obras citadas, en las que la presencia catedralicia subyacía de forma constante y dejaba patente que ella y su cabildo fueron, junto a los arzobispos, los verdaderos exponentes del poder de la sede a lo largo de toda la Edad Media- nos hizo ver la conveniencia de dedicar nuestra investigación al conocimiento en profundidad del funcionamiento de la catedral toledana y de las personas que lo hacían posible. Así lo decidimos en 1992, dos años después de llegar a Toledo para impartir clases en el entonces Colegio Universitario, finalmente integrado en la Universidad de Castilla-La Mancha.

Desde esa fecha y durante la elaboración de nuestra Tesis han visto la luz diversos trabajos que en una u otra forma tienen relación con el cabildo toledano y la vida catedralicia⁷¹, en algunos casos centrados en el periodo moderno⁷². Ello, lejos de suponer un inconveniente, ha venido a reafirmar la necesidad de realizar una investigación de fondo, que diera a conocer de la manera más completa posible a una de las instituciones eclesiásticas más poderosas de la Edad Media hispana.

⁷¹ J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992; los trabajos reunidos en la obra colectiva *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992; especialmente significado es el trabajo antes mencionado de R. González Ruiz, *Hombres y Libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, 1997, por su gran aportación al conocimiento de la vida cultural que bullía en torno al templo primado.

⁷² A. Fernández Collado, *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte y personas*, Toledo, 1999, y "Grupos de poder en el Cabildo toledano del siglo XVI", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, 2000, págs. 149-162; R. Sánchez González, *Iglesia y sociedad en la Castilla Moderna. El cabildo catedralicio de la sede primada (siglo XVII)*, Cuenca, 2000, y "La cultura de las letras en el clero capitular de la catedral toledana", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, 2000, págs. 163-236.

3.2.- PLANTEAMIENTOS METODOLÓGICOS

Una vez definido que el objeto de nuestro trabajo iba a ser el estudio del cabildo toledano, quedaba por delimitar el enfoque que íbamos a dar al mismo, el periodo cronológico que abarcaría y la forma en que distribuiríamos sus variados contenidos.

3.2.1.- Enfoque temático

Respecto a la orientación temática, pronto tuvimos claro que de los tres enfoques con que habitualmente se aborda el tema -institucional, económico y social ó socio-cultural- íbamos a renunciar al segundo de ellos, no porque no lo consideráramos importante, sino porque había ya algunos trabajos referidos a distintos momentos de la Edad Media e incluso de la Moderna que nos acercaban a esta realidad, especialmente el ya citado del profesor Izquierdo Benito. Por el contrario, el cabildo adolecía de un estudio en profundidad que de forma individualizada analizara su funcionamiento, se adentrara en el conocimiento de las personas que estaban a su frente y considerara la inserción de la institución en la realidad cotidiana que la rodeaba. En todo caso, ello no significa que hayamos dejado totalmente de lado el aspecto económico -soporte sin el cual nada de cuanto exponremos hubiera sido posible- al que nos hemos referido cuando la exposición así lo ha requerido y que esperamos poder abordar con amplitud en posteriores investigaciones.

En función de lo dicho, el presente trabajo tendrá dos protagonistas esenciales: la catedral o, si se prefiere, el cabildo como institución y, paralelamente, el conjunto de clérigos que vivían en torno a ella y hacían realidad las iniciativas desplegadas desde la misma.

Por lo que respecta al estudio del cabildo, éste se ha hecho, a su

vez, desde dos puntos de vista: por un lado, desde el interior de la propia institución, intentando reflejar cómo funcionaba su precisa maquinaria, y, por otro, la hemos mirado desde fuera, analizando la forma en que a través de diferentes iniciativas religiosas, asistenciales o culturales la catedral se proyectaba sobre la ciudad que la albergaba. La Iglesia es una institución con gran implantación urbana y, dentro de ella, no hay duda de que las catedrales, por su indiscutible poderío, tenían grandes posibilidades de afirmar su presencia en las ciudades y de relacionarse con sus habitantes. De esta forma, nos situamos en la línea de lo que exponíamos al comenzar esta introducción, la necesidad de que lo eclesiástico no se presente como un fenómeno aislado, sino en sus conexiones con el ambiente social que lo rodeaba.

En segundo lugar, hemos analizado al amplio sector clerical que se movía en torno a ese templo y hacía carrera en el mismo, especialmente a los poderosos y orgullosos canónigos, verdadera aristocracia dentro del clero catedralicio. El estudio de éstos también ha combinado la vertiente más institucional u "oficial", desarrollando los cometidos que debían realizar por orden del cabildo -tareas administrativas, diplomáticas o propiamente eclesiales- con un conocimiento más cercano y particular, en el que se ha tratado de descubrir a las personas que se escondían detrás de los trajes y complicados ceremoniales litúrgicos catedralicios. Así, hemos intentado acercarnos a sus gustos y aficiones, modos de vida, defectos, virtudes, y, por descontado, a sus nombres y rasgos más destacados de sus biografías, hasta completar una imagen lo más cercana posible a su realidad.

Por eso el subtítulo de nuestro trabajo, *Aspectos institucionales y sociológicos*, resume bien nuestras intenciones y la orientación que vamos a dar al mismo.

3.2.2.- Marco temporal

Respecto al marco temporal, el título del trabajo señala que el estudio se va a centrar en el cabildo catedralicio en el siglo XV, pero esto se debe matizar, porque en realidad es la segunda mitad de tal centuria la que constituye el objetivo preferente de nuestra investigación. Tal circunstancia ha venido marcada por las posibilidades que ofrecía la documentación consultada, especialmente por la existencia de Actas del Cabildo desde 1466, lo que permite tener un conocimiento mucho más preciso de la realidad de la institución. Aunque por referencias indirectas sabemos de la existencia de Libros de Actas anteriores⁷³, sólo conservamos dos tomos correspondientes al periodo medieval: el primero, que se inicia el 13 de agosto de 1466 y llega hasta el 27 de mayo de 1490, y el segundo, que arranca el 1 de junio de ese mismo año y se extiende hasta el 27 de octubre de 1501. Las noticias que ofrecen dichas Actas son un valioso instrumento de trabajo que, sin duda, constituyen el soporte documental más importante de nuestro estudio.

En consecuencia, éste abarca un periodo cronológico coincidente con los años finales del reinado de Juan II(1406-1454), y los decisivos reinados de Enrique IV(1454-1474) y buena parte del de los Reyes Católicos. Desde el punto de vista de la propia Iglesia toledana, nos centramos en los significativos pontificados de dos de sus más insignes prelados, Alfonso Carrillo de Acuña(1446-1482) y Pedro González de Mendoza(1482-1495). Decidimos situar en 1495 el límite final del trabajo y no abordar la etapa correspondiente al cardenal Cisneros, de un lado, porque la situación del cabildo toledano durante su pontificado ha sido objeto de diversos estudios

⁷³ Tales referencias aparecen en un libro conservado en la Biblioteca Capitular (B.C.T MS. 42-29), elaborado a finales del siglo XVI por un racionero de la catedral, Juan Bautista Arcayos. Por él sabemos de la existencia de, al menos, dos tomos de actas anteriores: uno que iría de 1434 a 1436 y otro de 1437 a 1465.

que nos permiten un mejor conocimiento de la institución⁷⁴; de otro, porque desde esa fecha se abre una fase de cambios y mutaciones, de tránsito entre el periodo medieval y el moderno, que, a nuestro modo de ver, requiere un tratamiento propio y diferenciado. Ello nos ha decidido a dejar fuera de nuestro estudio a la etapa que coincide con el máximo protagonismo de este prelado y centrarnos en el de sus dos inmediatos predecesores, aunque por su relevancia habremos de hacer numerosas referencias al mismo.

Ahora bien, a la hora de comenzar nuestra investigación nos encontramos con una situación incuestionable y es que a esas alturas de su trayectoria el cabildo era deudor de toda la actividad estatutaria que desde el siglo XII había configurado el marco jurídico que impulsaba y dirigía la vida de sus componentes. La creación de esta normativa se debió a la propia iniciativa capitular y, sobre todo durante los primeros siglos, al interés de los diferentes arzobispos que ocuparon la sede primada por definir los variados aspectos que afectarían al funcionamiento de la corporación y al comportamiento que deberían observar sus miembros. Gracias a ello, cuando a mediados del siglo XV arrancamos este estudio está prácticamente fijado el marco normativo del cabildo. Posteriormente, habrá incorporaciones y nuevas normas que darán respuesta a las situaciones cotidianas que diariamente afectaban a la corporación, pero que, con ser importantes, no alterarán el contenido sustancial de los estatutos dispuestos en los siglos anteriores. Era, por tanto, imposible abordar el estudio de la institución a fines de la Edad Media sin conocer todo ese bagaje previo que la había configurado como era en tal momento.

⁷⁴ Vid. trabajos citados en la nota 64, a los que habría que añadir, J. Pérez (dir), *La hora de Cisneros*, Madrid, 1995 y las aportaciones de J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempos del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, *El Cardenal Cisneros. Vida y Empresas*, 2 vols. Madrid, 1992 y *Cisneros y la Reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, págs. 271-347.

3.2.3.- Organización de los contenidos

A tenor lo dicho, a la hora de plantear la organización de los contenidos hubimos de considerar dos grandes apartados: una primera parte introductoria que recogería toda la normativa jurídica y el conjunto de constituciones y estatutos que rigieron los destinos capitulares desde el siglo XII hasta mediados del siglo XV, y una amplia segunda parte, -eje, sin duda, de nuestra investigación- en la que se estamos en condiciones de analizar con mayor profundidad la realidad vivida por el cabildo y sus componentes a fines de la Edad Media.

* Respecto a la *Primera Parte*, cabe decir que aunque algunos de los estatutos, sobre todo los correspondientes a la primera época, han sido citados en obras y artículos, falta una recopilación de todos ellos que permita conocer en su conjunto la evolución sufrida por la institución. La cuestión entraña algunas dificultades, particularmente si, como es nuestra intención, se quiere evitar realizar una mera y monótona sucesión de disposiciones legales y se busca una exposición más amplia y contextualizada. Por ello hemos tratado de combinar la abundante y, a menudo, compleja información que ofrecen las constituciones capitulares con otras noticias y conocimientos que permitan ofrecer un estudio más completo. De gran ayuda ha sido también la referencia a los distintos arzobispos, pues son ellos con su actuación los que, en múltiples ocasiones, definen la situación del cabildo. Ello no significa que el estudio siga una línea expositiva cronológica por arzobispados, que hubiera resultado farragosa y repetitiva, y sí otra temática, que, no obstante, nunca pierde de vista el contexto eclesiástico y el pontificado concreto en que se disponen los diferentes estatutos.

Esta parte se ha dividido en cuatro capítulos, correspondientes a las distintas fases por las que atraviesa la corporación toledana: su nacimiento

en los años finales del siglo XI; las transformaciones del siglo XII; la ampliación del marco jurídico capitular en el siglo XIII y, por último, el decisivo siglo XIV y los primeros decenios del XV, periodo durante el cual la institución fija la mayor parte de su normativa y consolida los logros anteriores.

* Conocida toda esta tradición, estamos en condiciones de abordar la *Segunda Parte* del trabajo, que se centra en la situación vivida por el cabildo en las décadas finales del siglo XV, cuando se ha consolidado plenamente como una institución de gran peso, no sólo en la diócesis toledana, sino también en el conjunto de la Corona de Castilla. Las circunstancias que durante esos decisivos años concurren en el entorno catedralicio -madurez institucional, iniciativas novedosas, personalidades relevantes, variedad documental- favorecen el desarrollo y los resultados de la investigación, ya que permiten extraer interesantes conclusiones.

Este apartado consta de seis amplios capítulos, siendo el primero de ellos una introducción que recoge el contexto histórico-eclesiástico en el que se movía la realidad del cabildo al finalizar el periodo medieval. Posteriormente, se irán desgranando las parcelas fundamentales de la vida de la corporación: su estructura y composición interna; la provisión de los cargos; las competencias y obligaciones de sus miembros; la proyección social de la institución más allá de los muros de la catedral a través de una serie de actuaciones políticas, religiosas, asistenciales y culturales de gran interés; y por último, la identidad y rasgos más característicos de sus miembros tanto en su conjunto como en algunas individualidades destacadas.

* El trabajo se completa, amén de con la pertinente referencia de las fuentes y bibliografía consultadas, con la inclusión de tres *Apéndices*. El primero ofrece la lista de todos los estatutos capitulares, desde el siglo XII a fines de la Edad Media, con indicación de la fecha, el otorgante, una breve sinopsis y la signatura en que puede localizarse cada uno de ellos. Un

segundo apéndice recoge la nómina de las dignidades, canónigos, racioneros y capellanes vinculados al templo en la segunda mitad del siglo XV, a partir, sobre todo, de las menciones de las Actas Capitulares. Por último, reunimos una selección de cincuenta textos que nos han parecido significativos y que ponen de manifiesto la variedad documental de que nos hemos servido para la realización del trabajo.

3.3.- COMENTARIO DE FUENTES DOCUMENTALES

En un 90% nuestro trabajo es deudor de la investigación realizada en el Archivo Capitular de Toledo, ya que en él hemos consultado la mayoría de la documentación necesaria. Sus fondos son extraordinarios tanto en el plano cuantitativo como cualitativo, pues no hay que olvidar que estamos ante uno de los archivos eclesiásticos más importantes de los reinos hispanos -todavía no suficientemente explotado con fines investigadores- en el que se refleja todo el poderío de la institución que los ha generado. El resto de consultas han partido de los fondos que, procedentes de la catedral toledana o relacionados con ella, se custodian hoy como resultado del proceso desamortizador en sendos centros estatales, el Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional, así como en el Archivo de la Diputación y el Archivo Histórico Provincial de Toledo.

3.3.1.- Archivo y Biblioteca Capitulares de Toledo

Las ya mencionadas iniciativas que desde hace unos años viene llevando a cabo la Asociación de Archiveros de la Iglesia tuvieron un campo de aplicación importante en los archivos y bibliotecas catedralicias, ya que sus fondos constituyen una parte fundamental del extraordinario patrimonio documental y bibliográfico de la Iglesia, que, pese a haber sufrido a lo largo

de la historia numerosos avatares y circunstancias adversas, sigue siendo hoy una fuente insustituible para el conocimiento de nuestro pasado y no exclusivamente del relacionado con la institución eclesiástica.

Entre todas esas medidas, la publicación de la *Guía de los Archivos y Bibliotecas de la Iglesia en España* pudiera hacernos creer que resulta fácil realizar una clasificación de la documentación catedralicia, pero la realidad es bien distinta. Pese a las incuestionables semejanzas de las funciones desarrolladas por el conjunto de cabildos medievales, no se puede considerar a estos organismos como totalmente homogéneos. Las condiciones históricas, sociales y económicas que rodeaban a cada uno de ellos les trazaron realidades diferentes y así se ha reflejado en los propios archivos capitulares, que no han seguido criterios unificados en la denominación de sus series documentales. La tipología es distinta en cada caso y ni siquiera la Guía consigue elaborar un cuadro clasificatorio único al que se ajusten los fondos de todos los centros, lo cual, sin duda, genera cierta confusión y desorientación entre los investigadores. Con todo, esa variada nomenclatura no oculta los paralelismos que presentan estas instituciones ni impide que, aún bajo denominaciones distintas, todos los archivos capitulares puedan ajustarse a una ordenación similar y descansen sobre las mismas bases documentales⁷⁵.

El Archivo Capítular de Toledo responde a ese esquema⁷⁶. La

⁷⁵ P. Rubio Merino, *Archivística Eclesiástica. Nociones básicas*, Santa Fe de Bogotá, 1998, págs. 86-106, insiste en la imposibilidad de reducir a un solo capítulo o concepto el conjunto documental de las diferentes secciones y series en que puede distribuirse la documentación recogida en los archivos capitulares", pese a lo cual ofrece un intento de clasificación que puede ser válido para todas las corporaciones: Secretaría, Mesa Capitular, Fábrica, Liturgia o Ceremonial, Patronatos, Contaduría, Justicia, Archivo Musical, Varios.

⁷⁶ Hay que decir que los documentos importantes del cabildo se custodiaron a lo largo de la Edad Media en el Sagrario a cargo del tesorero, hasta que Cisneros decide darles un trato individualizado. En varias cartas enviadas a la corporación les ordena guardarlos en sus propios archivos y destinar el personal necesario para organizarlos convenientemente. Las cartas se conservan en sendos libros custodiados en la Biblioteca Nacional (B.N. Mss. 13.020, f. 104r-105r), y han sido publicadas por J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas

posibilidad de orientarnos antes de realizar una investigación parte de la Guía que en 1950 publicara el que fuera su director y profundo conocedor del mismo, Juan Francisco Rivera Recio⁷⁷, a la que se añaden las posteriores indicaciones realizadas por su sucesor y actual responsable Ramón González⁷⁸. De acuerdo con los datos por ellos ofrecidos, a los que se suma la experiencia personal que hemos acumulado tras años de trabajo en el archivo⁷⁹, podemos distribuir los fondos documentales de que nos hemos valido para realizar nuestra investigación en los siguientes bloques.

* El primero es el denominado *Archivo General o de Pergaminos*, que constituye el fondo documental más antiguo del Archivo; se fue formando a partir de la restauración de la sede en 1086 e incrementándose con los numerosos documentos que producía y recibía la propia Iglesia toledana, los cuales, en su práctica totalidad y de forma más o menos directa, están relacionados con el cabildo. En esta sección se reúnen bulas papales, privilegios reales, constituciones y estatutos de diversos arzobispos, donaciones, testamentos, contratos de arrendamiento y compra-venta, cambios y permutas, pleitos. La variedad documental es, como puede verse, enorme y las posibilidades que ofrece al investigador muy amplias. Aspectos relativos al marco jurídico que regía la vida del cabildo, a su funcionamiento interno, a las relaciones con el pontificado o con los reyes no podrían salir

del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 27 y 35-36.

⁷⁷ J.F. Rivera Recio, *Guía del Archivo Capitular de la Catedral de Toledo*, Madrid, 1950.

⁷⁸ *Guía de los Archivos y las Bibliotecas de la Iglesia en España*, I, León, 1985, págs. 477-482.

⁷⁹ Fruto de esa experiencia es un artículo en el que adelantamos ya algunas de estas secciones del Archivo y las posibilidades que ofrecía a la investigación: M.J. Lop Otín, "Fuentes medievales para el estudio del cabildo catedral de Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, 1996, págs. 789-800.

a la luz sin la consulta de estos fondos⁸⁰.

* Las *Actas Capitulares* constituyen un valor muy importante para el investigador, ya que son el fiel registro del acontecer diario de la vida catedralicia. Un secretario tomaba minuciosa nota de todos los asuntos planteados, discutidos y votados en las periódicas reuniones que, como en su momento veremos, celebraba la corporación y el resultado son los diversos tomos de Actas o Actos Capitulares que guarda el Archivo y de los que, tal como antes señalamos, sólo se conservan dos correspondientes a la época medieval. Las posibilidades que ambos ofrecen para el conocimiento del cabildo desde la segunda mitad del siglo XV son enormes, ya que la variedad de los temas recogidos en ellos es también muy amplia: nombramientos y provisión de vacantes, tomas de posesión, enfrentamientos y pleitos con otras instituciones, ordenamientos sobre las más diversas cuestiones, entre otros muchos. Además, la continua mención de los nombres de canónigos, racioneros, capellanes y demás servidores del templo, bien como participantes directos en las reuniones, bien como testigos de muchos de los asuntos allí tratados, nos permite conocer su identidad, las actividades cotidianas que les ocupaban y dar testimonio de su residencia.

* El *Archivo de Obra y Fábrica* es otro puntal muy importante de todo archivo catedralicio. Su origen ha de ponerse en relación con la creación de una oficina dentro de la catedral, la Obra y Fábrica, y un cargo específico, el canónigo obrero, encargados de cuanto se refería a la conservación material y ornamentación del templo, de los gastos realizados para ello o de los contratos con los artistas. Además de estos fondos que dan

⁸⁰ Para acceder a este fondo existe un fichero moderno dispuesto tanto cronológica como topográficamente que resulta de gran utilidad. La ordenación de los documentos sigue un criterio alfanumérico que, con pequeños retoques, continúa el trabajo realizado en 1727 por los benedictinos padres Mecoleta y Sarmiento, a quienes también debemos un *Repertorio Universal del Archivo*.

nombre al Archivo y que son de excepcional interés para la historia del arte, en el mismo se incluyen otras secciones en las que se recoge documentación muy importante relacionada con la institución capitular, fundamentalmente referida a asuntos económicos, administración de los bienes del cabildo y distribución de rentas. Gracias al catálogo realizado en 1977 por Carmen Torroja, podemos acceder de forma más fácil a estos complejos fondos, de los que más de cuatrocientos legajos y papeles corresponden a los siglos XIV y XV⁸¹. De obligada consulta son los *Fondos de Apuntación*, llevados con vistas a la distribución de diferentes cantidades a los beneficiados según su asistencia a los servicios litúrgicos del templo, y el *Archivo de Mayordomía*, entre cuyas series destacan los llamados Libros del Refitor, fundamentales para conocer la faceta económica del cabildo⁸².

* También la *Biblioteca Capitular* ha sido de obligada consulta, ya que en ella se conservan algunas obras manuscritas sobre la Iglesia de Toledo que hemos debido consultar para elaborar el trabajo, así como diversos "Libri Privilegiorum" en los que se recopilan numerosos estatutos y bulas de gran interés. Los fondos medievales de esta extraordinaria biblioteca pertenecen al denominado Antiguo Fondo Toledano y atesoran un impresionante conjunto librario fruto de los legados que en sus testamentos muchos arzobispos y canónigos hicieron a la catedral⁸³. En su momento nos referiremos al proceso de formación de la misma y trataremos de

⁸¹ C. Torroja Menéndez, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977.

⁸² Dentro de los Fondos de Apuntación la documentación se distribuye en dos series, Maitines y Caridades, que se inician en 1435 y 1436, respectivamente, en las que se especifican los nombres de todos los asistentes a los distintos oficios y la cantidad que percibían por ello. Entre los Libros del Refitor se incluían los de Posesiones, Gallinas, Granero, Vestuarios, Cargo y Data, Carta Cuenta, Manual y Mayor.

⁸³ Desde hace unos años se vienen publicando catálogos de estos fondos bibliográficos, recogidos por A. Fernández Collado, "La Biblioteca de la catedral de Toledo y sus instrumentos de consulta", en *Actas de las I Jornadas Bibliotecarias de Castilla-La Mancha*, Cuenca, 2000, págs. 69-71.

significar su importancia a fines de la Edad Media.

3.3.2.- Otros archivos

En una proporción menor hemos debido consultar otros archivos que custodian fondos pertenecientes a la catedral toledana, a los que llegaron como resultado del proceso desamortizador que afectó a las diferentes instituciones eclesiásticas a lo largo del siglo XIX y que, si en un primer momento se centró en la requisa de su riqueza inmueble, en una segunda fase pondrá el objetivo en su patrimonio científico, artístico y literario. El investigador debe tener muy en cuenta esta circunstancia si quiere reconstruir los fondos del archivo capitular en que desarrolla su trabajo y recopilar el mayor material documental posible.

La catedral de Toledo vio como desde 1841 -año en que el decreto dado por Espartero hacía efectiva la ley desamortizadora de Mendizábal de 1837- eran vendidas sus abundantes propiedades rústicas y urbanas, amén de un importante número de tributos y censos⁸⁴. Ello la privó de unos sustanciosos ingresos e instaló al templo en esa progresiva decadencia que tan bien supo captar Blasco Ibáñez en su novela de 1903 *La Catedral*. Pero el interés del Estado iba más allá y no sólo afectó a estos bienes inmuebles. Su valiosísimo patrimonio documental y bibliográfico se vio sometido por el Ministerio de Fomento a un proceso, menos conocido, pero decisivo para estos organismos, llamado Incautación, que se puso en marcha en 1 de enero 1869, durante el Sexenio Democrático. Como resultado del mismo, un buen número de fondos catedralicios fueron sacados de su archivo, trasladados a otros organismos públicos y nunca devueltos, pese a las continuas protestas del cabildo y a la derogación de la ley "revolucionaria" por Real decreto de

⁸⁴ J. Porres Martín-Cleto, *La Desamortización en el siglo XIX en Toledo*, Toledo, 1965.

23 de enero de 1875, apenas iniciada la restauración alfonsina⁸⁵.

El resultado de estos caprichosos vaivenes de la política fue la dispersión de parte de los fondos incautados a la catedral de Toledo por sendas instituciones de titularidad estatal con sede en Madrid, el Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional.

A.- Archivo Histórico Nacional

Este centro nació el 28 de marzo de 1866, precisamente, para acoger todo el patrimonio documental incautado a la Iglesia y abrirlo a la investigación histórica⁸⁶. Con estos impresionantes fondos se constituyó la que, sin duda, es la sección más numerosa y representativa del Archivo, la de *Clero Secular y Regular*, en la que la documentación se distribuyó en los apartados de *Pergaminos*, *Papeles y Libros*. Paralelamente se creaban dos secciones más, *Códices y Cartularios*, y *Sigilografía*, con los más valiosos libros becerros, cartularios y sellos que se entresacaron -con criterios de dudosa conveniencia archivística- de la documentación ingresada procedente de las diferentes corporaciones seculares y regulares.

Para facilitar la búsqueda de la documentación toledana o la de cualquier otra procedencia, contamos con varios instrumentos de descripción que diferentes archiveros han ido realizando desde las primeras décadas del

⁸⁵ Las circunstancias que concurrieron en los seis años que van de un decreto a otro han sido analizadas por J.F. Rivera Recio, "La Primera República y los fondos documentales y bibliográficos de la catedral de Toledo", en *Toletum* 2 (1959), págs. 5-33 y 3 (1964), págs. 79-100; M.V. Méndez Viar, "Un ejemplo de incautación decimonónica: Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, 1996, págs. 907-915. Recientemente hemos presentado junto a Ángel Fernández Collado un trabajo en el XVII Congreso de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España titulado "Fondos desamortizados en los Archivos Capitulares", en el que analizamos el proceso general vivido por las catedrales hispanas y, muy especialmente, por la de Toledo. Las actas de tales jornadas verán la luz, como en casos anteriores, en los correspondientes volúmenes de la colección *Memoria Ecclesiae*.

⁸⁶ L. Sánchez Belda, *Guía del Archivo Histórico Nacional*, Madrid, 1958; C. Crespo Nogueira, *Guía del Archivo Histórico Nacional*, Madrid, 1989.

siglo XX⁸⁷. Gracias a ellos y tras consultar la voz "catedral de Toledo" sabemos que el Archivo Histórico Nacional conserva, procedentes de ésta, 875 pergaminos, repartidos en 52 carpetas, 9 legajos, 15 libros, 10 códices y 175 sellos entre reales, eclesiásticos y militares. De ellos hemos consultado, preferentemente, las dos carpetas que contienen pergaminos del siglo XV y otros tantos legajos que recogen documentación arzobispal y capitular.

B.- Biblioteca Nacional

Buena parte de los fondos incautados a la catedral en el siglo XIX fueron a parar a la Sección *Manuscritos* de la Biblioteca Nacional, constituyendo, por su incuestionable valor, una de las aportaciones más importantes de la misma. Los libros procedentes de Toledo fueron objeto de un inventario que no está completo y contiene algunos errores, pero que, no obstante, testimonia la riqueza de los fondos bibliográficos que atesoraba la catedral primada, entre los que había valiosos manuscritos griegos y latinos, litúrgicos, jurídicos, filosóficos o literarios⁸⁸.

Para nuestra investigación, no obstante, ha sido más interesante la consulta de otros fondos toledanos que también guarda la sección de Manuscritos y que son genéricamente conocidos como los "papeles de Burriel". El padre Andrés Marcos Burriel fue, como anteriormente señalamos, un ilustrado jesuita que, pasó varios años en Toledo consagrado al estudio de su archivo y copiando más de 2.000 privilegios y documentos.

⁸⁷ *Archivo Histórico Nacional. Clero Secular y Regular. Inventario de Procedencias*, Valladolid, 1934; P. León Tello y M.T. de la Peña, *Guía de las Sección de Códices*, 2 vols. Madrid, 1950-1952; A. Guglieri Navarro, *Catálogo de los Sellos de la Sección de Sigilografía del Archivo Histórico Nacional*, 3 vols. Madrid, 1974; *Inventario de Pergaminos de la Sección de Clero*, 10 vols.; *Inventario de Papeles de la Sección de Clero. Álava-Salamanca* (en fichas manuscritas); *Inventario de Libros de la Sección de Clero*, 10 vols.

⁸⁸ J.M. Octavio de Toledo, *Catálogo de la Librería del Cabildo toledano*, Madrid, 1903.

Tras la expulsión de los jesuitas en 1767 sus copias pasaron a la Biblioteca Real, y de ahí a la Biblioteca Nacional, donde actualmente se custodian más de 150 volúmenes manuscritos, concretamente los comprendidos entre las signaturas 12.985-13.136, tal como consta en el fichero de Manuscritos en la voz "Burriel"⁸⁹. Entre ellos encontramos bulas y diplomas referidos a la primacía, constituciones conciliares y sinodales, estatutos capitulares, vidas de prelados, correspondencia de éstos con el cabildo, documentación referente a las capillas catedralicias, etc. La consulta de estos "papeles" sigue siendo obligada para el investigador sobre la catedral y la Iglesia de Toledo, pues, aunque de casi todas las copias se conserva original en el Archivo Capítular, de otros, la única referencia es la que custodia la biblioteca madrileña⁹⁰.

C.- Archivo de la Diputación Provincial de Toledo

La Diputación Provincial toledana es depositaria de los fondos documentales correspondientes a las fundaciones benéficas y asistenciales que, dependientes de diferentes instituciones religiosas, pasaron a la administración civil tras los decretos desamortizadores del siglo XIX. Estos organismos provinciales se hicieron cargo de la gestión y gobierno de diversos hospitales, casas de misericordia, cofradías y hermandades en virtud del Real Decreto de 17 de diciembre de 1868, viéndose obligadas a incluir en su organigrama la sección "Beneficencia", que serviría de marco a sus

⁸⁹ La identificación de cada uno de los libros que componen esta colección del padre Burriel no puede hacerse aún a través del *Inventario General de Manuscritos*, que a pesar de contar con 14 volúmenes -el último del año 2000-, sólo llega al manuscrito 10.200. Por ello debe servirse del *Índice Topográfico Provisional* a disposición en sala, concretamente del que comprende los manuscritos 10.000 a 13.989.

⁹⁰ Es más, el investigador debe repasar tanto el fichero como los inventarios general y provisional citados, ya que al margen de las signaturas mencionadas hay otras que también reúnen información sobre el templo primado. Véanse como ejemplo los manuscritos recogidos por M. Sánchez Mariana, "Biblioteca Nacional", en *D.H.E.E.*, Suplemento, Madrid, 1987, pág. 100.

actuaciones.

Entre ellos hay que incluir algunos centros hospitalarios sobre los que el cabildo catedralicio ejercía desde la Edad Media una función de patronato, con cargo de velar por su buen funcionamiento, el mantenimiento de sus rentas y el adecuado trato proporcionado a los enfermos. Es el caso de los hospitales de la Misericordia, la Visitación o el "Nuncio" y Santa Cruz, cuya documentación conservada, aún siendo más abundante a partir del siglo XVI, nos ha sido de gran utilidad⁹¹.

D.- Archivo Histórico Provincial de Toledo

En este centro se conservan los fondos relativos a la Universidad de Toledo, a donde llegaron procedentes del Instituto de Segunda Enseñanza que a mediados del siglo XIX, tras la supresión de la citada Universidad, heredó sus locales -el Palacio neoclásico edificado por el Cardenal Lorenzana-, así como su archivo y biblioteca. Nuestro interés se ha centrado en analizar los documentos pertenecientes a la fundación del Colegio de Santa Catalina en 1485 y los relacionados con su fundador, el maestrescuela Francisco Álvarez Zapata, ya que aquel sirvió de base a la futura Universidad⁹². No son originales, sino copias del siglo XVIII, pero su consulta era obligada para elaborar el correspondiente apartado del trabajo.

Al final de nuestro estudio, junto a la exposición de la bibliografía, detallamos el conjunto de fuentes que hemos utilizado con sus correspondientes firmas, incluyendo también las publicadas y todos aquellos catálogos y guías de archivos que nos han servido para orientarnos

⁹¹ M.J. Cruz Arias, "Fondos de instituciones y organismos benéfico-asistenciales anteriores al siglo XX conservados en el Archivo de la Diputación de Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, Guadalajara, 1996, págs. 607-622.

⁹² C. Madsen Visiedo, "Los Archivos Histórico Provinciales de Castilla-La Mancha", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. I, Guadalajara, 1996, pág. 357.

sobre el tipo de documentos que nos disponíamos a analizar.

Llegados a este punto, considero obligado recordar a algunas personas sin cuyo apoyo hubiera sido muy difícil la culminación de esta empresa. En primer lugar a mi querida familia por su espera paciente y generosa, en especial a mis padres, que, aunque después de lo que hubiesen deseado, han visto cumplida esta ilusión; también a mis buenos amigos, que han seguido con similar entusiasmo al mío la finalización del trabajo; particular mención haré, por su ayuda en el acabado final del texto, a mi hermana Pilar, hábil correctora, y a Rafael Villena, mi esforzado asesor informático.

En el plano profesional, aunque en absoluto desligado del afecto, debo señalar el apoyo inestimable de mis compañeros de la Facultad de Humanidades de Toledo y del Departamento de Historia de la Universidad de Castilla-La Mancha, especialmente a los integrantes del área de Historia Medieval. De ellos quiero significar a Francisco Ruiz Gómez, mi primer profesor de esta materia, a quien, sin duda, debo la posibilidad de ejercer hoy mi vocación docente, y a Ricardo Izquierdo Benito, mi querido catedrático "toledano". Capítulo especial merecen los responsables y personal del Archivo Capitular de Toledo, por las facilidades, consejos y afecto que siempre me han dispensado. Por último, es justo que rinda mi más profundo agradecimiento al profesor Miguel Ángel Ladero Quesada, director de esta Tesis. De él podría valorar, indiscutiblemente, sus acertados consejos y las indicaciones realizadas de cara a mejorar el trabajo, pero me inclino por resaltar ante todo su infinita paciencia y la confianza que, aún a pesar de mi misma, siempre ha demostrado tener en mi.

Por fin, quiero acordarme de tres personas que, por habernos dejado

en edades tempranas, no han podido vivir este momento, pero que espero lo disfruten conmigo desde donde estén: mis queridos Rubén, Luis y José Antonio.



PRIMERA PARTE

**LA NORMATIVA CAPITULAR TOLEDANA HASTA LA
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV**



El origen y primeros pasos del cabildo toledano corresponden a una segunda fase en el proceso de formación de estas instituciones, fase que abarcaría los siglos centrales de la Edad Media -de fines del siglo XI a fines del XIII-, coincidiendo con el gran avance conquistador y repoblador que experimentan los reinos hispano-cristianos y, muy especialmente, los territorios del centro y sur peninsular. Durante ese periodo, al compás de la extensión del culto católico en la zona y de la restauración de antiguas sedes episcopales, van a surgir los cabildos de Sigüenza (1124), Cuenca (1179), Coria (1142), Plasencia (1189), Badajoz (1225), Jaén (1246), Córdoba (1236-37) o Sevilla (1249)¹. Sin duda, de todos ellos el pionero es el de Toledo, que arranca de la conquista de la ciudad en 1085, de la restauración de la sede un año después y, como veremos, de las concesiones que realizara a la catedral Alfonso VI.

A partir del momento en que se constituyen estos obispados, las catedrales se convierten en el punto de referencia obligado de cada diócesis

¹ D. Mansilla, "Geografía eclesiástica", en *D.H.E.E.*, t. II, Madrid, 1972, págs. 990-996.

y, con ellas, los cabildos de clérigos encargados de auxiliar al prelado y velar por el buen funcionamiento del templo. El periodo de formación de estas corporaciones hispanas coincide con una etapa decisiva en la trayectoria general de estas instituciones, pues, tras siglos de dependencia, podrán liberarse de la vida en común y de la tutela económica de los obispos, alcanzando mayores cotas de independencia y, sobre todo, una personalidad jurídica propia, distinta de la episcopal. Entre todos los logros que fue consiguiendo esta "universitas" de clérigos -de la misma manera que lo hicieron otras asociaciones que florecieron en la Plena Edad Media- destaca la "potestas condendi statuta", esto es, la capacidad autonormativa para cuyo ejercicio no precisa de autorización o concesión superior alguna. Ello facultaba a la corporación para dictar estatutos y ordenamientos y para intervenir directamente en su propio gobierno².

Este conjunto de constituciones capitulares conformaba, junto a las otorgadas por los propios prelados, el derecho particular por el que cada cabildo se regía y que venía a añadirse a las otras dos fuentes jurídicas que ordenaban la vida de estos organismos: el derecho común de la Iglesia o derecho canónico (Decreto de Graciano, Decretales pontificias) y el derecho diocesano (Constituciones sinodales). El derecho de las decretales trazaba un esquema común para todas las catedrales, pero luego sus respectivas normas hacen a cada uno de los cabildos de la Cristiandad una entidad diferente, con sus propios contenidos. Por eso todos ellos, aún participando de unas líneas conjuntas, presentan una serie de rasgos diferenciales que matizan y dotan de identidad propia a sus reglamentados moldes de vida.

En el cabildo toledano es evidente que así sucede y que desde el siglo XII la corporación, pero, sobre todo, los propios prelados, intentarán fijar la normativa que regiría las actuaciones de los capitulares tanto individual

² J.M. Pérez-Prendes, *Instituciones medievales*, Madrid, 1997, págs. 96-100 y 171-175.

como colectivamente. Las constituciones aumentarán en número y complicarán sus contenidos conforme avancemos en el periodo, pero una circunstancia será constante: la actuación de los sucesivos arzobispos que desde el siglo XII al XV no dejarán de intervenir e inspirar la mayor parte de las mismas. No obstante, las circunstancias cambiarán, como en su momento veremos, conforme nos acerquemos al final de la Edad Media, ya que se invertirán los términos y será el propio cabildo quien decida tomar las riendas y dotarse de un buen conjunto de ordenamientos. Ahora bien, éstos tendrán un carácter más restrictivo y sólo aportan pequeños retoques para solucionar los problemas cotidianos que el día a día planteaba a los capitulares, por lo que no alterarán, en lo más mínimo, las grandes líneas normativas de la corporación trazadas por los prelados durante siglos.

A analizar toda esta tradición jurídica dedicaremos las próximas páginas en lo que puede considerarse una introducción o un amplio avance de lo que va a ser el estudio en profundidad del cabildo durante la segunda mitad del siglo XV. Es preciso señalar que muchas de las cuestiones que aquí sólo serán esbozadas adquirirán su verdadero sentido en el segundo y gran apartado del trabajo. Como complemento de todo ello, incluimos un apéndice final en el que se detallan todas y cada una de las constituciones que recibió la corporación desde el siglo XII hasta fines del XV.



CAPÍTULO PRIMERO

ORÍGENES DEL CABILDO Y VIDA EN COMÚN DE SUS MIEMBROS



El cabildo de la catedral de Toledo inició su andadura apenas conquistada la ciudad en 1085³ y tras ser restaurada la sede toledana un año después. En efecto, el 18 de diciembre de 1086 la mezquita mayor de Toledo es dedicada al culto católico bajo la advocación de Santa María y Alfonso VI la dota con una serie de lugares, posesiones y derechos que constituyen el embrión del sólido patrimonio acumulado por la catedral a lo largo de la Edad Media⁴. En esa misma fecha se procede a la elección de un prelado que rigiera los destinos de esta importante sede, nombramiento que recae en el entonces abad del monasterio cluniacense de Sahagún, *Bernardo de Sédirac*(1086-

³ Varios trabajos analizan la toma de la ciudad por Alfonso VI: J. Miranda Calvo, *La reconquista de Toledo por Alfonso VI*, Toledo, 1980; J. F. Rivera Recio, "Reconquista y pobladores del antiguo Reino de Toledo", en *Anales Toledanos*, I (1967), págs. 1-55; R. Izquierdo Benito, *Alfonso VI y la toma de Toledo*, Toledo, 1986; L. Cardaillac(dir), Toledo siglos XII-XIII. *Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia*, Madrid, 1991; B. F. Reilly, *El Reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI(1065-1109)*, Toledo, 1989, págs. 183-206. El ambiente general de la época se recoge en los distintos trabajos publicados en *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, 4 vols., Toledo, 1987.

⁴ El documento se conserva en A.C.T. O.2.N.1.1. y ha sido publicado por J.A. García Luján, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo (1086-1462)*, vol. II, Toledo, 1982, págs. 15-20. Igualmente, da múltiples detalles de su contenido J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t. II. Roma, 1976, págs. 13 y ss.

1124)⁵. Su confirmación papal llegó dos años después, en la bula "Cunctis Sanctorum" otorgada el 15 de octubre de 1088 por Urbano II, en la que también se tomaron importantes medidas de cara a conceder a la Iglesia toledana la primacía sobre todos los reinos peninsulares⁶.

A partir de estos momentos sabemos que en la catedral primada se formó, en torno al arzobispo, una comunidad de clérigos de la que arranca la institución capitular. Aunque es posible que en principio y de forma provisional don Bernardo se rodeara de monjes de Sahagún por él conocidos, pronto está plenamente contrastada la presencia de clérigos de origen franco en la catedral, posiblemente procedentes de diferentes monasterios cluniacenses del sur de Francia donde habrían sido elegidos personalmente por el prelado para iniciar la organización de su Iglesia⁷.

Las razones del reclutamiento de un clero foráneo y la fecha a partir de la cual éste se instalaría en Toledo han suscitado algunas diferencias entre los especialistas. Para Rivera Recio, la preferencia del prelado por estos monjes cluniacenses ha de ponerse en relación con las recomendaciones que le hace el poderoso abad de Cluny, Hugo, que insisten en la conveniencia

⁵ Don Bernardo estaba llamado a desempeñar un importante papel al frente de la sede toledana. Su triple condición de arzobispo toledano, primado(1088), y legado papal(1093) le llevaron a acumular numerosas atribuciones. La muerte del papa Urbano II(1099) y la del monarca Alfonso VI(1109) le privaron de los fuertes apoyos con que había contado en el pasado, y de ahí que en los últimos años de su pontificado su influencia se redujera notablemente. Sobre la figura de don Bernardo interesa ver: J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo*, t. I, Roma, 1966, págs. 125-197 y *El arzobispo de Toledo Don Bernardo de Cluny(1086-1124)*, Roma, 1962; también B.F. Reilly, *Ob.cit.*, da múltiples detalles de sus movimientos durante el reinado de Alfonso VI, del que fue importante consejero y colaborador. La más reciente aportación sobre su figura en R. González Ruiz, "La reorganización de la iglesia de Toledo durante el pontificado de Bernardo de Sédirac, primer arzobispo después de la reconquista (1086-1124)", en F. López Alsina (coord.), *El Papado, la Iglesia leonesa y la Basílica de Santiago a finales del siglo XI*, Santiago de Compostela, 2000, págs. 157-176.

⁶ A.C.T. X.7.A.1.1.

⁷ De acuerdo con la noticia que da Jiménez de Rada en su *De Rebus Hispaniae*, Libro VI, cap. 26, los clérigos franceses traídos por don Bernardo serían nueve y sus lugares de origen Moissac, Perigord, Agen, Limoges y Bourges. Puede verse traducción de su obra en *Historia de los Hechos de España*, Madrid, 1989.

de que sean monjes de la Orden que lleven vida en común los encargados de poner en funcionamiento la recién restaurada sede. Atendiendo a estos consejos, el arzobispo reclutaría a estos clérigos en 1088, cuando volvía de ser investido en Roma por Urbano II⁸.

Otra explicación, rechazada por Rivera y que se asienta en las noticias dadas por Jiménez de Rada en la obra citada, parte de la hostilidad que el clero mozárabe toledano mostró hacia don Bernardo, con cuya elección no estaba de acuerdo por haberse realizado sin su consentimiento. Aprovechando la ausencia del prelado, que marchó a participar en la cruzada predicada por Urbano II en 1095, el clero local se rebeló, nombró otro arzobispo y obligó a don Bernardo a volver y a instalar en la catedral a un grupo de monjes procedentes de su antigua abadía de Sahagún. Poco después, el prelado emprendería una gira por el sur de Francia, trayendo a Castilla un conjunto de jóvenes clérigos francos con los que pretendía asegurar el futuro de su iglesia⁹.

En cualquier caso, pensamos que ambas versiones no son excluyentes y es posible que en el ánimo de don Bernardo pesaran tanto los consejos de su superior como la deslealtad del clero local. Lo verdaderamente relevante de estos hechos es que en los últimos años del siglo XI se empezaba a constituir en Toledo una comunidad clerical llamada a desempeñar un importante papel, no sólo porque con ella se iniciaba la trayectoria del

⁸ Los consejos de San Hugo se recogen en una carta que dirige a don Bernardo en respuesta a la que éste, a la sazón abad de Sahagún, escribe a su superior solicitando autorización para desempeñar el cargo de arzobispo toledano para el que ha sido nombrado. El texto ha sido publicado por J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. I, págs. 68-69. En otros puntos de la misma obra se recoge la explicación del autor sobre las cuestiones mencionadas: t. I, págs. 135 y ss. y t. II, págs. 20-24.

⁹ F.J. Hernández, "La catedral, instrumento de asimilación", en *Toledo, siglos XII-XIII. Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia*, Madrid, 1992, págs. 79-97. Por su parte, B.F. Reilly, *Ob. cit.*, pág. 290 y ss. señala que el arzobispo toledano haría el reclutamiento de los clérigos francos en 1096, cuando regresaba de un concilio convocado por el Papa y celebrado en la localidad francesa de Nîmes.

cabildo toledano, sino también por su decisiva contribución a la introducción y extensión en los reinos hispanos del espíritu reformista gregoriano. En efecto, las consecuencias de la instalación de estos clérigos repercuten mucho más allá de la sede toledana, ya que estos primeros miembros de su cabildo acabaron siendo los titulares de diócesis tan significativas como Braga, Osma, Sigüenza o Salamanca. Ello ha llevado a algún autor a calificar al cabildo primado de "semillero de obispos para las sedes de la Península"¹⁰.

Desgraciadamente, sobre el comportamiento y actuación de esa naciente corporación no han quedado suficientes huellas, aunque podemos suponer que el previsible origen monástico de muchos de sus componentes incidiría en la forma de organizar el templo toledano y dejaría su impronta en algunos aspectos. En primer lugar, parece que la organización primitiva de este cabildo se hizo a imitación de una abadía o priorato benedictino donde el arzobispo ejercía más el cargo de abad o prior que el de prelado, y los clérigos, con una categoría aún no definida, llevarían vida en común con él en la medida en que las frecuentes ausencias de don Bernardo lo hicieran posible¹¹. El prelado, además, sería quien administrase directamente la totalidad de bienes de la iglesia de Santa María de Toledo, sin encontrar oposición en un clero acostumbrado, por su origen monástico, a esta circunstancia. Por otro lado, es fácil suponer que cuestiones tan ligadas al espíritu cluniacense como la solemnidad litúrgica y la prolongada oración presidirían el día a día de esta comunidad clerical. Estas

¹⁰ Así lo hará B.F. Reilly, *Ob. cit.*, págs. 290 y ss. al analizar la trayectoria seguida por alguno de estos personajes.

¹¹ La residencia común de los miembros del cabildo parece constatarse cuando en 1138 el arzobispo don Raimundo concede al clero de la catedral la propiedad de la casa y edificio en que reside habitualmente. La referencia se recoge en la Constitución que en la citada fecha otorga el prelado a su cabildo, sobre cuyo contenido volveremos más adelante: "[...] et volo ut ita libere habeant suam domun et omnia ego eis dono [...]". A.C.T. Z.I.G.I.I. Según E. Estella, *El fundador de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1926, pág. 169, la casa podría ocupar el perímetro de la actual plaza del Ayuntamiento.

circunstancias hacen que Rivera califique a este periodo de la vida capitular toledana como una fase de "monaquización"¹².

Por lo demás, lo exiguo de la documentación no permite establecer demasiadas conclusiones sobre la realidad del primitivo cabildo de Toledo. Sí está contrastada la primera mención del término "canónigos" para referirse a los miembros de la corporación. Ésta es tardía, data de 1107¹³, pues antes se les denominaba de forma genérica como "clérigos que viven en la catedral honestamente o que llevan vida honesta"¹⁴. En cuanto a los cargos documentados, sólo aparecen los de chantre y arcediano, aunque debieron existir otros, siguiendo la tónica de otras corporaciones capitulares de diócesis menos importantes que Toledo¹⁵. Es en 1134, diez años después de la muerte de don Bernardo, cuando aparece el primer documento suscrito por los canónigos. En él, firman diecinueve, entre ellos el prior, arcediano y escriba, y de los restantes, cuatro son presbíteros y dos subdiáconos¹⁶.

En todas estas cuestiones la corporación toledana no sería diferente al resto de cabildos catedralicios hispanos, en algunos de los cuales la vida en comunidad de sus miembros está constatada desde el siglo IX y plenamente extendida cuando en el año 1055 el Concilio de Coyanza pretende imponer unas normas generales que regulen la actividad de estas comunidades y acaben con la situación un tanto anárquica que se desarrollaba en las mismas¹⁷. En Santiago, Oviedo, Burgos, Palencia, Salamanca y otros lugares del noroeste peninsular, se sabe de la existencia

¹² Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, págs. 23-24 y 150-152.

¹³ A.C.T. I.12.A.1.1.

¹⁴ A.C.T. O.2.N.1.1.

¹⁵ J. Sánchez Herrero, "Iglesia y religiosidad", en *Historia General de España y América*, t.IV, Madrid, 1981, págs. 203-208.

¹⁶ A.C.T. A.3.C.1.5.

¹⁷ A. García Gallo, *El Concilio de Coyanza*, Madrid, 1951, págs. 103-144. Tanto este concilio, como los celebrados en Compostela en los años 1060 y 1063, que desarrollan los decretos de Coyanza, impusieron unas reglas de funcionamiento hasta ahora inexistentes en las iglesias de los reinos de Castilla y León.

de comunidades de clérigos que viven con el obispo bajo la observancia de una regla¹⁸. Ya fuera ésta la de San Isidoro, San Agustín o San Benito - todas ellas aplicadas en las distintas diócesis de Castilla y León- lo importante es que su observancia asimilaba la vida de estos clérigos con la de los monjes y determinó que, hasta bien entrado el siglo XI, se les denominara indistintamente "canonici", "clerici" o "monachi". Los valores que primaban en estas "canonica" o comunidades clericales surgidas en las diferentes sedes episcopales eran los de la oración, castidad, obediencia y pobreza, aunque ésta última no impedía que sus miembros pudieran poseer bienes particulares¹⁹.

Así pues, en Toledo, como en el resto de cabildos de la mitad norte peninsular, existe a fines del siglo XI una comunidad clerical, germen de la sólida institución que llegará a ser en los siglos finales de la Edad Media. En la centuria siguiente, esta corporación se afianza de forma notable, aunque para ello son necesarios algunos cambios.

¹⁸ Además de las referencias aportadas por García Gallo en el citado trabajo sobre el Concilio de Coyanza, diversas monografías analizan la situación vivida por cada uno de los cabildos en distintos momentos de su historia y dan noticias sobre este periodo de formación: F. López Alsina, "De la magna congregatio al cabildo de Santiago: reformas del clero catedralicio (830-1110)", en *IX Centenário da Dedicção da Sé de Braga. Congresso Internacional*, Braga, 1990, págs. 735-762; E. Duro Peña, "Las antiguas dignidades de la catedral de Orense" en *Anuario de Estudios Medievales*, 1 (1964), págs. 289-332; S. Suárez Beltrán, *El Cabildo de la catedral de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo, 1986; T. Villacorta Rodríguez, *El cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico (siglos XII-XIX)*, León, 1974; J.L. Martín, *El cabildo de la Catedral de Salamanca. Siglos XII-XIII*, Salamanca, 1975; J. San Martín Payo, "El cabildo de Palencia" en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 34 (1974), págs. 227-248, entre otros.

¹⁹ García Gallo, *Ob. cit.*, págs. 127 y ss. En los Concilios de Compostela de 1060 y 1063 se determina que las canónicas tengan un comedor y dormitorio común compartido con el obispo, generalmente instalados en el edificio de la Iglesia, y en los que se guardaría silencio, sólo roto por las lecturas piadosas en el refectorio. También se haría en la Iglesia y en comunidad el rezo de las horas canónicas. Diversas cuestiones referidas a la vida común del clero se analizan en *La vita comune del clero nei secoli XI e XII. Atti della Settimana di Studio: Mendola, settembre 1959*, Milán, 1959.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS TRANSFORMACIONES DEL SIGLO XII



2.1.- EN EL CONJUNTO DE CABILDOS HISPANOS

Todo el esquema general que acabamos de describir se fue quebrando progresivamente en el conjunto de cabildos hispanos, siguiendo una línea que afectó al conjunto de corporaciones de la Cristiandad¹. Desde la segunda mitad del siglo XI se va esbozando una tendencia que finalmente en el XII romperá el equilibrio de estas comunidades y determinará la disolución de estas canónicas. Por eso algún autor habla de este siglo como "una importante etapa de modulación en el discurso histórico de los cabildos catedralicios hispanos"².

La nueva situación se plasma claramente en el deseo de los capitulares de independizarse del obispo, liberarse de la regla que ordenaba su vida común y acabar con la unidad de bienes existente hasta entonces. La

¹ El proceso es analizado, entre otros, por A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, págs.390-397; H. Jedin (dir), *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. III, Barcelona, 1966-69, págs. 421-424.

² E. Carrero Santamaría, "Ecce quam bonum et quam iocundum habitare fratres in unum. Vidas reglar y secular en las catedrales hispanas llegado el siglo XII", en *Anuario de Estudios Medievales*, 30/12 (2000), pág. 757.

colaboración de prelados y clérigos, antes muy estrecha, se fue relajando paulatinamente por un conjunto de circunstancias que confluyen en un mismo momento. Las frecuentes ausencias de los obispos y de algunos miembros de la corporación que debían atender diversos negocios; la cada vez mayor capacidad de gestión de los canónigos, paralela al afianzamiento de la institución capitular; en ocasiones, la falta de edificios adecuados para albergar a los componentes del cabildo, fueron algunas de las razones que llevaron a romper esa colaboración³.

Ahora bien, el aspecto que más contribuyó a minar la vida en común de canónigos y prelados fue la separación de mesas episcopales y capitulares, con la que finalizaba la administración común de los bienes que había imperado hasta entonces. En Castilla el primer paso se da en el Concilio de Palencia del año 1100, en el que se constituye la mesa capitular palentina y, a partir de ahí, se inicia un proceso que afectará a las distintas iglesias y catedrales hispanas⁴. La medida vino a solucionar los numerosos conflictos surgidos entre los capitulares y sus respectivos prelados y, puede decirse, que favoreció a las dos partes en litigio. De un lado, para los obispos empieza a ser más cómodo dejar de ocuparse directamente de la manutención del clero de las catedrales con los ingresos episcopales y de ahí que autoricen la concesión de bienes y rentas para ser directamente administrados por los canónigos. Por su parte, los capitulares se benefician notablemente al entrar en posesión de un buen conjunto de bienes

³ García Gallo, *Ob. cit.*, págs. 143; J.L. Martín, "Cabildos catedralicios del Occidente español hasta mediados del siglo XIII", en *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel II. Studia Silensia IV*, Abadía de Silos, 1977, págs. 132-133; D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945, págs. 13-14.

⁴ Oviedo se separa en 1106, León en 1120 y los demás en momentos difíciles de precisar del siglo XIII. El proceso seguido por estos cabildos es analizado en las obras específicas citadas en la nota 18.

particulares⁵.

La consecuencia inevitable e inmediata de todo ello es que las comunidades clericales que rodeaban a los obispos adquirieron vida independiente, afirmaron su autonomía y caminaron hacia la autoridad soberana. Se dotarán de sus propios estatutos y acumularán bienes y prerrogativas que las convertirán en importantes e influyentes potencias dentro de la Iglesia e incluso de la sociedad civil. Desde este momento, los cabildos inician un paulatino proceso de consolidación interna que les lleva a ordenar con más claridad su funcionamiento; a fijar el número de sus componentes, evitando un crecimiento indiscriminado de los mismos; a precisar las funciones de los cargos y dignidades de la corporación; y a participar en el nombramiento de obispos y de miembros del propio cabildo. En palabras de Julio González, "el clero catedralicio se transforma en la época con caracteres nuevos"⁶.

En cualquier caso, no todo resulta favorable para los propios cabildos. La ruptura de la vida en común influyó en la falta de asistencia de los capitulares al rezo del oficio divino. Muchos de ellos debían trasladarse a los lugares donde tenían sus posesiones y otros, al verse libres del control de la comunidad, abandonaban sus obligaciones litúrgicas y pastorales. Además, conforme los bienes de la mesa capitular se dividieron en prebendas individuales para atender al sostenimiento de los miembros de la corporación, se produjo la acumulación varias de ellas por los capitulares, lo que dificultaba el buen ejercicio de las funciones inherentes a estos

⁵ Aunque los canónigos no desconocen la propiedad privada, pues a pesar de la vida en común de la canónica sus miembros tenían derecho a disfrutar de algunos bienes propios con independencia y a negociar con ellos, ahora la tendencia se generaliza y adquiere rango oficial. A. García Gallo, *Ob. cit.*, págs. 137 y ss.

⁶ J. González, *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, t. I, Madrid, 1960, pág. 444.

clérigos⁷. Estas irregularidades obligaron a las autoridades eclesiásticas hispanas a tomar medidas y a fijar unas normas precisas para mejorar el funcionamiento de los cabildos. En algunos casos serán los preladados los que tomen las primeras disposiciones, pero también es frecuente el intervencionismo papal, directamente o a través de legados, como está perfectamente constatado en el siglo XIII⁸.

2.2.- EL EJEMPLO DE TOLEDO

El cabildo de Toledo no quedó en modo alguno al margen de esta evolución y se vio rápidamente influido por las nuevas corrientes que en otras partes afectaban a estas instituciones. Rivera Recio apunta que el primitivo cabildo, de origen y usos monásticos y comunitarios, no estaba llamado a establecerse por mucho tiempo en la catedral toledana y, menos aún, a ser definitivo. Los cluniacenses deberían permanecer sólo el tiempo necesario para trazar un camino que sirviera de modelo a futuros clérigos catedralicios. Progresivamente se irían integrando con el clero secular, algunos abandonarían el cabildo para ser obispos de otras sedes y el clero nativo llegaría a ocupar los principales cargos capitulares⁹.

Es difícil precisar el momento en que los lazos con Cluny se rompieron, así como la evolución interna que llevó al clero toledano a

⁷ J. Fernández Conde, "Los concilios de la época posgregoriana. La reforma del clero secular y de las instituciones pastorales", en *Historia de la Iglesia en España*, t. II-1º, Madrid, 1982, págs. 435 y ss.

⁸ El caso más palpable es el de Inocencio IV, verdadero organizador e inspirador de las iglesias y cabildos castellano-leoneses. D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 194-198.

⁹ Rivera Recio. *Ob. cit.*, t. II, págs. 23-24 y 150-152. El autor apunta que, a juzgar por sus apellidos, desde fecha temprana buena parte de los miembros del cabildo serían españoles. No opina lo mismo F.J. Hernández, "La catedral, instrumento....", pág. 94, para quien la catedral siguió poblada por canónigos francos hasta principios del XIII y no sería hasta la mitad de ese siglo cuando los capitulares toledanos alcanzarían los puestos más altos de la institución.

abandonar la vida en común y a independizarse de su obispo¹⁰. Lo que sí está constatado es que en 1138 el cabildo recibió de éste, a la sazón Raimundo de Sauvetat, una amplia constitución que resulta decisiva para la evolución posterior de la institución. Con ella el arzobispo quería solucionar unas relaciones con el cabildo que no debían ser fáciles a juzgar por las propias palabras del primero a cerca de la necesidad de que "cese la murmuración y haya verdadera paz y amor entre ellos"¹¹. Esta es la motivación que lleva a don Raimundo a disponer, con el consentimiento y consejo de los obispos coprovinciales de Segovia, Sigüenza, Osma, Salamanca, Zamora y Ávila, una serie de medidas de gran trascendencia para la corporación que abren una nueva etapa en su trayectoria, la cual, no obstante, no siempre se ha valorado de forma positiva. El historiador del siglo XVI Pedro de Alcocer recuerda con nostalgia que "al principio eran canónigos reglares, teniendo sus cosas comunes con el Arzobispo, como monjes y prior, lo qual duro entrellos poco tiempo, como suelen durar las cosas buenas, por la malicia humana"¹².

La actuación de Raimundo de Sauvetat no es algo aislado en la centuria y se enmarca en el manifiesto interés que diversos prelados toledanos mostraron por la institución capitular, a fin de dotarla de unas normas y reglas de funcionamiento con las que poner fin a la imprecisión y falta de personalidad en la que hasta ahora se movía la corporación. No

¹⁰ De todas formas, a pesar de la quiebra de esa vida en común, pudo seguir siendo habitual la reunión de los capitulares en un refectorio conjunto, al menos, en algunas fechas. Así ponen de manifiesto algunas de las mandas hechas al cabildo para la fundación de aniversarios, de las que hablaremos más tarde. En ellas, entre otras cosas, se dispone una cantidad para ofrecer una comida a los capitulares, "para el refectorio de los canónigos", y para alimentar a algunos pobres. En cualquier caso, es difícil saber si realmente los canónigos se reunían para comer o si la fórmula es sólo un recuerdo de la vida comunitaria anterior. Ejemplos: A.C.T. O.7.A.1.4. y A.3.C.1.1., entre otros.

¹¹ A.C.T. Z.1.G.1.1.: "Hec omnia dono canonicis beate Marie tam presentibus quam futuris ut eorum cesset murmuratio et inter me et illos sit vera pax et dilectio"

¹² P. de Alcocer, *Historia o descripción de la Imperial cibdad de Toledo*, Toledo, 1554, (ed. facsímil, Toledo, 1973, f. 98v.).

son aún los amplios y detallados estatutos de los siglos siguientes, pero contribuyen a crear el marco jurídico apropiado para el desarrollo de la vida del cabildo.

Cuatro fueron las constituciones que otros tantos arzobispos de este siglo otorgaron a la corporación. De estos últimos, tres eran de origen franco, el citado *Raimundo de Sauvetat*(1125-1152), *Juan de Castellmoron*(1152-1166) y *Cerebruno de Poitiers*(1166-1180), y el cuarto, *Martín López de Pisuerga*(1192-1208), procedente de la zona castellana¹³. Los tres primeros formarían parte del grupo de clérigos francos, cluniacenses en su mayoría, que llegó a Toledo en los años que siguieron a la conquista de la ciudad y desde ese momento su trayectoria es muy similar: tras formar parte del cabildo toledano, obtienen una dignidad episcopal dentro de la provincia eclesiástica¹⁴ y, finalmente, son elegidos arzobispos de Toledo. Una vez en el cargo, los tres siguen una línea de actuación parecida centrada, entre otros aspectos, en la defensa de la primacía toledana; el mecenazgo cultural, plasmado en el impulso y apoyo a la Escuela de Traductores de Toledo; el proyecto de construcción de un nuevo edificio catedralicio; las tareas repobladoras en un momento en que la Iglesia se engrandece notablemente con nuevos territorios; y las discrepancias mantenidas con las Órdenes Militares por cuestión de jurisdicción. El siglo se cierra con el acceso a la sede toledana de don

¹³ Los aspectos más significativos de la biografía de estos personajes pueden consultarse en los siguientes trabajos generales: J.F. Rivera Recio, *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (siglos XII-XIV)*, Toledo, 1969, págs. 17-44; la reciente obra de conjunto *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 36-47; el amplio estudio de J. González, *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, t. I, Madrid, 1960, págs. 365-460, donde hace un recorrido por la situación general de la Iglesia castellana, con frecuentes alusiones al caso toledano. Otros estudios más específicos son los de A. González Palencia, *El arzobispo Don Raimundo de Toledo*, Barcelona, 1942, y "Noticias sobre don Raimundo, arzobispo de Toledo", en *Moros y cristianos en la España Medieval*, Madrid, 1945, págs. 100-176.

¹⁴ Don Raimundo fue obispo de Osma(1109), don Juan, de Segovia(1149), y don Cerebruno ocupó la sede de Sigüenza(1157).

Martín López de Pisuergra, arcediano de Palencia, y del que, al margen de lo puramente eclesial, destaca su participación en diversas campañas militares frente a los musulmanes¹⁵.

Ahora bien, la labor de los mismos que mayor interés tiene para nuestro estudio fue, indiscutiblemente, la atención que prestan al cabildo de la catedral primada, tal como ponen de manifiesto los estatutos que cada uno de ellos otorgó a la institución durante su pontificado. Los documentos se fechan en 1138, 1157, 1174¹⁶ y 1195, respectivamente, en intervalos que oscilan en torno a los veinte años. En los diferentes apartados que incluiremos a continuación detallaremos su contenido; por el momento, baste saber que como temas preferentes se ocupan de fijar el número de componentes del cabildo, de la separación de la mesas y de disponer el mecanismo para la provisión de las vacantes. Habrá que esperar a periodos posteriores para tener regulados más aspectos, pero, en cualquier caso, dada la indigencia normativa en que se movía hasta ahora la corporación, la relevancia de estas medidas no deja lugar a dudas¹⁷.

Antes de analizarlas detenidamente debemos considerar una cuestión. Aunque, sin duda, la actividad llevada a cabo por los prelados es la más destacada en orden a organizar al cabildo toledano, no se puede ignorar que durante este siglo diversos monarcas castellanos y algunos papas le hicieron también destinatario de los más variados privilegios. Varias veces a lo largo del trabajo tendremos ocasión de mencionar algunas de sus actuaciones, que contribuyen notablemente al afianzamiento de la institución capitular y al

¹⁵ Da noticias de ello J. González, *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, págs. 949 y ss.

¹⁶ La dificultad para leer las últimas cifras de la fecha en el documento original ha creado una falta de coincidencia entre la datación dada por Rivera Recio, 1173, y la señalada por F.J. Hernández en *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, 1985, págs. 160-161. Este último se inclina por situar el texto en 1174 y ésta será la datación que sigamos nosotros por considerarla más acertada.

¹⁷ El original de los textos se conserva en A.C.T. Z.1.G.1.1, Z.1.G.1.2., Z.1.G.1.3, y Z.1.G.1.4.

incremento de su poder y prestigio.

2.2.1.- Separación de mesas y formación del patrimonio capitular

Aún siendo todas las transformaciones y cambios importantes, no hay duda de que, por sus repercusiones para el futuro, la creación de una *mesa capitular independiente* y separada de la episcopal es uno de los aspectos más destacados del siglo, pues da al cabildo una autonomía de funcionamiento desconocida hasta entonces.

La corporación toledana no va a permanecer al margen del proceso que se inicia en Castilla desde que en el 1100 se crea la mesa capitular palentina. En tiempos del primer arzobispo don Bernardo, que regía la Iglesia como un abad, los bienes de Santa María de Toledo eran administrados directamente por él, sin apenas oposición por parte de un clero catedralicio acostumbrado, dado su origen monástico, a esta circunstancia. Aunque el mismo prelado estuvo presente en el Concilio de Palencia y, como metropolitano que era, autorizó la división de bienes, no consideró conveniente hacer lo propio en su sede toledana. Fue su sucesor, Raimundo de Sauvetat, el encargado de tomar medidas definitivas y de solucionar una cada vez más difícil convivencia con el cabildo. En efecto, durante su pontificado la situación cambiará radicalmente, en buena medida porque en la catedral empiezan a admitirse a miembros del clero secular, ajenos a usos monásticos, no acostumbrados al sometimiento a un abad ni al voto de pobreza, y, por tanto, nada dispuestos a continuar desplazados de la administración de los bienes catedralicios¹⁸.

De ahí que don Raimundo, haciéndose eco de estas quejas, proceda en la constitución que concede al cabildo en 1138 a repartir los bienes de la

¹⁸ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia...*, t.II, págs. 61-67.

Iglesia y a crear la mesa capitular¹⁹. En principio sorprende observar que lo que el prelado otorga al cabildo no son propiedades territoriales ni aldeas, sino la participación en los derechos y frutos de los bienes de la iglesia de Santa María, que siguen bajo la administración directa del arzobispo. No obstante, se admite que, de las futuras donaciones de heredades hechas a la catedral, una tercera parte engrosara los bienes del cabildo. De momento, los capitulares han de contentarse con percibir, entre otros derechos, lo siguiente: la mitad de la tercia episcopal del trigo y el vino recogido en las iglesias de Toledo; la tercera parte de todas las rentas y derechos de la catedral²⁰; la mitad de la alcabala de Talavera; el tercio de la tercia episcopal de las iglesias diocesanas²¹; un tercio del aceite, habas y garbanzos; por último, una participación en las distintas ofrendas dejadas para sufragios por difuntos tanto en dinero como en especie²².

La importancia de estas donaciones, además de en su valor intrínseco, está en que con ellas se inaugura un nuevo periodo en la vida económica de la catedral, que resulta muy ventajoso para el cabildo. A partir de ese momento, se crea un *patrimonio capitular* que se irá nutriendo, no sólo de esa tercera parte que le corresponde del incremento de bienes del

¹⁹ A.C.T. Z.1.G.1.1. "[...] facio cartam divisionis et rerum nostrorum partitionis canonicis beate Marie de Toletu". A continuación detalla cada una de las donaciones. El texto completo del documento ha sido publicado entre otros por A. González Palencia, *Los mozarabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, t.I, Madrid, 1926-1930, págs. 159-160, y Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 64.

²⁰ El texto se refiere a las rentas provenientes de tierras cultas e incultas, viñas, molinos, baños, hornos, tiendas, alhóndigas, pesqueras, canales, así como del portazgo y diezmos reales.

²¹ Se especifican los lugares de Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Escalona, Alhamín, Olmos, Canales, Calatalifa, Madrid, Talamanca, Buitrago, Guadalajara, Alcalá, Hita, Peñafora, Beleña, Cogolludo y todas las villas pobladas o por poblar pertenecientes a la diócesis.

²² Si dichas ofrendas no superaban los veinte sueldos eran para el cabildo, pero si superan dicha cantidad se repartían entre el cabildo y el arzobispo. En cuando a las ofrendas puestas sobre el altar, cinco sueldos corresponderían al sacristán y los restantes del cabildo; si la ofrenda superaba los veinte sueldos, el reparto se haría por mitad entre arzobispo y cabildo.

arzobispado, sino, fundamentalmente, de las propiedades y derechos que la corporación empieza a recibir con absoluta independencia del prelado. Si hasta ese momento las donaciones se hacían de forma genérica a la Iglesia de Santa María, su arzobispo y el cabildo, en los años que siguieron a la separación de mesas, se impone la tendencia a diferenciar, de un lado, los bienes episcopales y, de otro, los del cabildo²³. Ello propiciará que la base material sobre la que desde el siglo XII descansa la institución haga de ella una de las más pujantes corporaciones catedralicias de los reinos hispanos²⁴.

Sería extraordinariamente prolijo y excedería los límites de este trabajo detallar todas y cada una de las posesiones que en diferentes momentos del siglo XII pasaron a manos del cabildo. Creemos que puede resultar más interesante conocer los distintos caminos por los que llegaron a la institución y hacer una valoración conjunta de lo que pudieron representar en su momento.

* Una primera fuente de ingresos fueron, como ya se ha dicho, los bienes procedentes de la parte que correspondía al cabildo de las propiedades donadas al arzobispo después de la constitución de 1138²⁵. Habida cuenta del importante incremento de la mesa episcopal en este tiempo, pasaron a

²³ J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, págs. 67, señala que el acuerdo del arzobispo y el cabildo no influyó inmediatamente en las fórmulas empleadas en los textos de las donaciones, que siguen haciéndose conjuntamente a la iglesia, el arzobispo y los canónigos. Sin embargo, progresivamente se imponen nuevos procedimientos en la donación.

²⁴ El proceso de crecimiento que siguen los bienes capitulares desde este momento ha sido analizado en diversos trabajos por Ricardo Izquierdo Benito, fundamentalmente, en *El Patrimonio del Cabildo de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1980. De forma más genérica, es de gran interés el trabajo de J.A. García de Cortázar, "Feudalismo, monasterios y catedrales en los reinos de León y Castilla", en *En torno al Feudalismo hispánico*, Madrid, 1989, págs. 257-292. En él se repasa el desarrollo seguido por las catedrales hispanas hasta hacerse titulares de un significativo dominio sobre tierras y hombres, en perfecta consonancia con el orden feudal imperante.

²⁵ A.C.T. Z.I.G.I.1. "Si contingerit quod quislibet vivuus sive mortuus aliquam hereditatem ecclesie beate Marie tribuat, due partes sint archiepiscopi et terciam clericorum".

poder del cabildo la tercera parte de numerosas heredades, castillos y aldeas propiedad del arzobispado²⁶.

* El cabildo recibió numerosos bienes de las fundaciones de capellanías y aniversarios realizadas por preladados, reyes, nobles, diversos particulares y los propios canónigos para costear la celebración de misas por su alma o la de sus allegados. Los ejemplos son numerosos y ponen de manifiesto lo arraigado de esta práctica tanto entre laicos como eclesiásticos. Tal debió ser el volumen alcanzado por estas fundaciones piadosas que el propio arzobispo Juan de Castellmoron se vio obligado en 1159 a reorganizar las rentas procedentes de los aniversarios y a decretar su libre posesión y administración por los canónigos²⁷. Lo cierto es que por este procedimiento pasaron a poder del cabildo las villas de Illescas y Azaña²⁸, y numerosas viñas, heredades y casas entregadas por particulares²⁹, así como por canónigos y demás clero catedralicio en sus testamentos³⁰.

²⁶ Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, págs. 67-85, detalla las distintas donaciones hechas, generalmente por los monarcas, a la mesa episcopal toledana a lo largo del siglo XII, así como la proporción que de las mismas correspondió al cabildo. También se ocupa de analizar el patrimonio de la Iglesia toledana, S. Prous Zaragoza, "La Iglesia de Toledo, 1085-1247", *En la España Medieval* IV, t. II (1984), págs. 833- 863. La publicación de buena parte de los textos y de útiles referencias sobre los mismos puede verse en las obras citadas de J.A. García Luján, *Privilegios reales...*, y de F.J. Hernández, *Los Cartularios...*

²⁷ A.C.T. A.5.A.1.14.

²⁸ Ambas fueron entregadas por don Sancho III a la iglesia de Toledo que en diciembre de 1159, por voluntad de su arzobispo don Juan, las cede al cabildo a cambio de que éste celebre tres aniversarios por el alma de Alfonso VII, Sancho III y el propio prelado: A.C.T. O.7.A.1.4. F.J. Hernández, *Op. cit.*, págs. 124-125.

²⁹ La lista de fundaciones es interminable, por lo que sólo mencionaremos algunos ejemplos. Es el caso de una mujer, Petronia, que el 29 de junio de 1182 concedió a los canónigos de Toledo la casas, bienes y viñas que poseía en Cobeja. A cambio pide que la consideren como "canóniga" mientras viva y celebren su aniversario después de su muerte (A.H.N. 996B, f. 98r). En otros casos se conceden al cabildo bienes no menos importantes, como el pozo manantial que en 1181 es cedido por Juan de España (B.C.T. 42-20, f. 67v-68r), o el cuarto de las salinas de Perales otorgado por Domingo Antolín, alcalde de Toledo, en diciembre de 1161 (B.C.T. 42-23a, f.73v). Referencias a todos estos textos en F.J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 127-128, 186-187 y 203.

³⁰ Ello responde a la práctica cada vez más extendida entre los capitulares de dejar a la catedral una cantidad para sufragios que luego se invertiría en fincas con cuyas rentas se costearían las diferentes misas. Desde el siglo XIII la práctica se hará obligatoria. Ahora

* También los monarcas contribuyeron con sus concesiones a acrecentar el poder del cabildo, fundamentalmente concediendo algunos derechos y tributos. Citaremos como ejemplo la donación que Alfonso VII hace al arzobispo y cabildo de Toledo para que se repartan la mitad de las rentas reales de Talavera, entre ellas, la alcabala, portazgo, molinos, almunias y otros derechos³¹.

* Por último, un importante número de bienes pasaron a poder del cabildo como resultado de compras y permutas que tienen como objeto homogeneizar sus propiedades y concentrarlas en zonas fértiles cercanas a Toledo, caso de la comarca de la Sagra. En el siglo XIII a este interés se añade el de adquirir un sólido patrimonio urbano. La posibilidad de comprar viene dada por la acumulación de un capital monetario, producto, en su mayor parte, del dinero de los aniversarios³².

El resultado de todo ello será el control por parte del cabildo de un amplio conjunto de territorios agrupados en villas y aldeas, en los que las tierras de cereal, viñas y huertas ocupan una superficie preferente. También pasan a su poder casas, bodegas, molinos, pozos y otras construcciones que son fomentadas y protegidas por el cabildo a tenor de su importancia. Dado el volumen que iban alcanzando estas posesiones, cada vez se hacía más difícil su explotación directa por los miembros del cabildo, que debían ocuparse en funciones mayoritariamente eclesiásticas. De todas formas, parece que al menos a mediados de siglo el cabildo mantenía una pequeña reserva cerca de Toledo, que iría reduciéndose progresivamente. El sistema de explotación de estos territorios pasó por la realización de distintos contratos agrarios que presentaron a lo largo del periodo diversas

empieza a ser frecuente, como atestiguan distintos testamentos conservados en los que los capitulares dejan mandas de diferente cuantía con este fin. F. J. Hernández, *Ob. cit.*, da cumplida cuenta de todos los conocidos y de su contenido.

³¹ B.C.T., 42-20, f. 24r-26r. Recogido por F.J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 46-47.

³² S. Prous Zaragoza, *Ob. cit.*, págs. 844-845.

modalidades³³.

Destacan entre ellas las cartas de población que en la segunda mitad del siglo XII otorga el cabildo y en las que cede una aldea o parte de ella a diversos pobladores para que acudieran a habitarla y explotarla. Conocemos el caso de las concedidas en 1155 a Cobeja y Algissar y en 1159 a Alameda. En ellas el cabildo imponía a los pobladores, cuyos nombres se detallan al final de los documentos, una serie de condiciones: les cedía una yugada de tierra, con derecho hereditario, a cambio de que le entregaran el diezmo anual de lo sembrado en cereal o legumbres y un sexto de las viñas y huertas; debían prestar al cabildo las tres labores anuales de cosecha, siembra y arado³⁴; en caso de querer realizar alguna venta, los canónigos tenían una primera opción de compra; en las demandas judiciales, los pobladores debían someterse al juez del cabildo, que imponía las penas correspondientes³⁵.

Los textos manifiestan el señorío, no sólo territorial, sino también jurisdiccional que el cabildo ejercía sobre los distintos pobladores. Prueba de ello es, igualmente, el fuero que otorga a la aldea de Santa María de Cortes, perteneciente al término de Zorita en tierras alcarreñas, en torno a 1180 y 1182. Este fuero parece estar influido por el que años antes concediera el arzobispo don Cerebruno a Belinchón³⁶, y, según apunta Rivera Recio, pudo ser otorgado en respuesta al extraordinario despliegue

³³ *Ibidem*, págs. 853 y ss.

³⁴ Esta circunstancia es la que da pie a Socorro Prous a pensar que el cabildo tendría una reserva que explotaría directamente y en la cual estarían obligados a realizar diversas prestaciones, "las tres labores", los futuros pobladores. *Op. cit.*, págs. 853-854.

³⁵ Los documentos están en el Archivo Capítular de Toledo bajo la signatura I.4.A.1.1., f. 5r-10r. Su contenido ha sido publicado por F.J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 101-102, 104-106 y 122-123. Algissar recibe además una segunda carta de población en 1170 que ratifica lo dispuesto quince años antes. A.H.N. 996B, f. 80r-v.

³⁶ Su texto está publicado por Rivera Recio, *Ob. cit.*, t II, págs. 102-106 y F. J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 152-155.

repoblador que las Órdenes Militares desarrollaban en toda la zona³⁷. Se conservan dos textos: el otorgado por el cabildo y el que se dan los propios vecinos en 1182, al serles concedida por dicha institución la posibilidad de que redactaran su propio fuero. Todo ello da fe de la actividad repobladora que desempeñó la corporación catedralicia en las tierras de su señorío y de su contribución, por tanto, a la incorporación definitiva de estas tierra al dominio cristiano³⁸.

La creación de este patrimonio particular del cabildo repercutió directamente en la *forma de retribuir a los capitulares* por su función y el cumplimiento de sus obligaciones. Su subsistencia, una vez abandonada la primitiva vida en común, era asegurada por la propia corporación mediante la asignación a cada uno de un conjunto de bienes, de unas unidades o "préstamos", con las que atenderían sus necesidades³⁹. Desde fines del siglo XII, coincidiendo con la mayor circulación monetaria que afecta a todo Occidente, se producirán algunas modificaciones en el sistema de retribución citado. Los bienes territoriales que eran entregados como préstamos van a permanecer indivisos en manos de la corporación, que sólo repartirá las rentas que estos produzcan tras su arrendamiento. Las rentas obtenidas de dichos bienes prestimoniales, designadas con el nombre de ración o

³⁷ El texto fue publicado por E. Hinojosa, *Documentos para la Historia de las instituciones de León y Castilla*, Madrid, 1919, págs. 84-85. También se ofrece reseña del mismo en A.M. Barrero García y M.L. Alonso Martín, *Textos de derecho local español en la Edad Media*, Madrid, 1989, pág. 407.

³⁸ La repoblación de las tierras toledanas ha sido objeto de diversos estudios: R. Izquierdo Benito, *Reconquista y repoblación de la zona toledana*, Toledo, 1983; S. de Moxó, "La repoblación castellana del reino de Toledo", en *Studia Humanística* (1976), págs. 43-78; J. González, "Repoblación de Toledo", en *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, t. I, Toledo, 1987, págs. 99-113, y *Repoblación de Castilla la Nueva*, I, Madrid, 1975, págs. 201 y ss.

³⁹ Estos "préstamos" o bienes prestimoniales estaban generalmente compuestos por propiedades inmuebles, que podían ser explotadas por ellos directa o indirectamente. De ellos se obtendría la suma fijada con anterioridad para que viviera el beneficiado. Si un prestimonio no bastaba para llegar a dicha cantidad, se le concedían dos o más. D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 208 y ss.; J. Sánchez Herrero, "Iglesia y religiosidad", en *Historia General de España y América*, pág. 208.

prebenda, constituían la asignación más importante percibida por los capitulares, pues eran lo propio de su pertenencia al cabildo y de su posesión derivaban las obligaciones que debían cumplir.

Los miembros del cabildo toledano perciben también algunas cantidades por otros conceptos: las distribuciones cotidianas por asistir a las horas canónicas y a los actos de culto, en un intento de incentivar la presencia de los capitulares en los oficios y de acabar con la relativa relajación que se produce tras el abandono de la vida en común; los vestuarios, asignación en principio destinada a la compra y confección de ropa litúrgica, aunque después los capitulares podían dedicarla a usos diferentes; los aniversarios, recibidos por la celebración y asistencia a los mismos, y otros ingresos de menor importancia⁴⁰.

De esta forma, las ganancias percibidas por los capitulares alcanzaron un volumen considerable y, aunque no es posible precisar su cuantía, sabemos, en función de lo que señalan los testamentos de algunos miembros del cabildo, que permitieron a éstos gozar de una posición bastante privilegiada. Evidentemente, las fortunas de canónigos y racioneros serían muy variadas y se verían influidas por su propio patrimonio familiar, pero, en general, se componían de un buen número de bienes. Los testamentos recogen, además de las mandas para la celebración de aniversarios, la propiedad de viñas, huertas, heredades y diversas especies ganaderas, así como de una serie de objetos de uso doméstico, parte del ajuar diario de estos personajes: tapetes, pellizas, sábanas, tinajas, mantos, copas de plata y libros⁴¹.

En cualquier caso, la retribución de los miembros del cabildo, con

⁴⁰ En la segunda parte del trabajo se ofrecen muchos más datos sobre estos ingresos que, en esencia, siguen siendo los mismos, aunque completan mucho mejor su significado y contenidos.

⁴¹ Los testamentos y su contenido han sido publicados por F.J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 148-151, 210-213, 232-234 y 240-241.

ser importante, resultó insuficiente ante el aumento de los mismos, que obligaba a dividir las prebendas para atender a su sustento. En el apartado siguiente veremos las medidas tomadas para evitar estas irregularidades.

2.2.2.- Cambios en la composición del cabildo y fijación de cargos

Buena parte de las normas establecidas en las primeras constituciones otorgadas al cabildo van encaminadas a fijar el número de miembros que había de tener y a prohibir que dicha cifra se sobrepasase. Se pretendía con ello lograr que los componentes del cabildo vivieran de acuerdo con su condición y evitar que el crecimiento continuo impidiera una adecuada distribución de las rentas que les correspondían. Ello podía mover a aquellos que no percibieran suficiente retribución a abandonar sus obligaciones capitulares y a buscar otras mejor pagadas⁴².

En Toledo las medidas empiezan a tomarse muy pronto y en los cuatro estatutos citados se regula el tema. La primera disposición al respecto se recoge en la ya citada constitución de 1138 donde don Raimundo limita el número de canónigos a 30, *24 mayores y seis menores*⁴³. En 1157 será don Juan de Castellmoron quien insista en que el número de canónigos de su catedral sea el fijado por su antecesor y nunca supere la cifra establecida, lo que parece indicar que el problema no se había resuelto de forma satisfactoria⁴⁴. Los siguientes estatutos conservados dan la razón a esta hipótesis e insisten en determinar un número concreto de componentes para el cabildo. Prueba de ello son las medidas tomadas por don Cerebruno de Poitiers en marzo de 1174, que responden a las quejas que cabildo y

⁴² El empobrecimiento por la multiplicación de prebendados no es un fenómeno nuevo y está constatado en buena parte de las iglesias de Castilla y León. D. Mansilla, *Ob. cit.*, pág. 198.

⁴³ A.C.T. Z.1.G.1.1.

⁴⁴ A.C.T. Z.1.G.1.2.

canónigos le hacen llegar ante el desajuste existente entre su número y las rentas de que gozan. La deficiente dotación que ello provocaba les obligaba a buscar complementos fuera de los oficios corales, y de ahí que soliciten alguna solución a la que el arzobispo responde con un nuevo estatuto⁴⁵.

En él, el número de canónigos se fija en *40 mansionarios*, prohibiéndose la admisión de nuevos miembros hasta que se alcanzase esta cifra. Con el término "mansionario" se quiere indicar que estos serían los canónigos que residirían habitualmente en la catedral, gozando de la plenitud de los derechos capitulares y haciendo mansión común o residencia habitual en la iglesia de su prebenda. Serían similares a los 24 canónigos mayores de los estatutos anteriores. El texto menciona también la existencia de canónigos menores como en las anteriores constituciones, aunque aquí se les designa como "los que participaban canonicamente del pan" y no se determina su número⁴⁶. Aún habrá de ratificarse esta medida en el último estatuto recibido por el cabildo en este siglo, concretamente, el 19 de marzo de 1195. En ella don Martín López de Pisuerga confirma los *40 canónigos mansionarios*, decretados por don Cerebruno, pero añade *20 forínsecos* y *30 porcioneros*⁴⁷.

Contrariamente a los mansionarios, los "forínsecos" serían aquellos que no residían habitualmente en el templo. Su origen está en los excedentes del conjunto de mansionarios cuando su número se fija en 40 en la constitución de don Cerebruno. Su situación era peculiar pues se encontraban en expectativa de obtener alguna canonjía mansionaria y, como veremos, gozaban de preferencia para ocupar las vacantes que se fueran

⁴⁵ A.C.T. Z.1.G.1.3.: "[...] videntes ecclesie redditus non modicum imminui et canonicorum numerum de die in diem augeri, ne cogente paupertate debita ecclesie servita subtrahantur et qui de altario vivere debent, victum vel vestitum aliunde, ad ignominiam prefate ecclesie querere compellantur, statuimus [...]".

⁴⁶ Ibidem, "qui panem canónica habuerint".

⁴⁷ A.C.T. Z.1.G.1.4.

produciendo. Por su parte, los "porcioneros" ocupaban una posición inferior en el cabildo, equivaliendo a los 6 canónigos menores de 1138 y a los que participaban canónicamente del pan en 1173. A veces se les denomina "socios", aunque el término que se acaba imponiendo en el siglo XIII es el de racioneros⁴⁸.

De esta forma, durante el siglo XII el cabildo toledano amplió su número hasta completar un total de 90 miembros, aunque fue un incremento no indiscriminado, sino reglamentado y, seguramente, facilitado por el cada vez mayor volumen de ingresos y propiedades acumulados por la institución. En cualquier caso, todas las constituciones insisten en que no se sobrepasase la cifra fijada para evitar la división de beneficios. La realidad fue otra, ya que en el XIII diversos estatutos habrán de volver sobre ello⁴⁹. Esos 90 componentes harían del cabildo toledano uno de los más importantes y poblados de los existentes hasta entonces. Sólo el palentino, con 60 canónigos y 12 racioneros, y el de León, con 40 canónigos, se acercaban a su número. Los demás presentan una composición más modesta, aunque no siempre es fácil precisarla por la falta de documentación⁵⁰.

En este periodo de formación no sólo se fija el número de miembros del cabildo, sino que también se concretan algunas dignidades y cargos principales del mismo, que adquieren competencias definidas y en algunos casos una denominación nueva. A pesar de que, como quedó dicho, para los primeros años de existencia de la corporación las noticias son escuetas e imprecisas, en el siglo XII están perfectamente documentados 10 cargos

⁴⁸ A. González Palencia, *Ob. cit.*, págs. 180, señala que los racioneros debieron ser en origen una especie de servidores, pues alguno ni siquiera sabía firmar, y muchos eran criados de algún canónigo. A continuación ofrece una lista de sus nombres, así como de los del resto de miembros de la corporación.

⁴⁹ La medida más evidente al respecto se tomará, como veremos, en la constitución dada en 1229 al cabildo por el legado papal Juan de Abbeville.

⁵⁰ El más claro ejemplo es el de Ávila, el menos numeroso, que en el siglo XIII contaba sólo con 13 canónigos, 7 dignidades, 19 racioneros y otros servidores de la catedral.

específicos o dignidades en el cabildo toledano. Eran éstos el deán, chantre, tesorero, maestrescuela y seis arcedianos. Aunque no hay ningún estatuto que determine sus particularidades, su frecuente aparición como confirmantes y testigos en documentos y privilegios da fe de su existencia⁵¹.

* La dignidad más importante del cabildo, su presidente, era el *prior o deán*, ya documentado en 1123; la primera vez en que aparece designado en la documentación como deán, "decanus", es en el estatuto citado de 1195⁵². Sus atribuciones eran, entre otras, cuidar del cumplimiento de las normas y estatutos, sustituir al arzobispo en su ausencia, presidir las reuniones del cabildo, y juzgar las causas y conflictos surgidos entre los capitulares.

* El *chantre o capiscol* era la máxima autoridad en el coro, encargado de ordenar y dirigir el servicio y canto en el mismo, de distribuir los turnos semanales para la celebración de los diferentes actos litúrgicos, etc. El cargo parece existir ya en los años finales del siglo XI, siendo uno de los pocos que aparece explícitamente citado en la documentación de esos años⁵³.

* El *maestrescuela* designaba a la persona encargada de dirigir e inspeccionar la escuela catedralicia. Desde el III Concilio de Letrán(1179) se determina que en cada iglesia catedral haya un maestro que enseñe gratuitamente a los que no tuvieran medios, medida que pretende elevar el

⁵¹ También aquí el cabildo respondería al proceso seguido por el resto de cabildos hispanos. En todos ellos empiezan a distinguirse estos cargos, aunque sus funciones concretas se fijarán más tarde.

⁵² A.C.T. Z.1.G.1.4. En efecto, aparece aquí como confirmante un Johannes, que es designado como "toletane ecclesie decanus Sancte Marie". Hasta esta fecha se utiliza preferentemente el término prior. En todo caso, Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, pág. 33, indica que la primera mención al "deán" se realiza en 1199, tal vez como respuesta al cambio oficial en la nomenclatura que realiza un año antes el Papa Inocencio III.

⁵³ Rivera Recio, *Ob.cit.*, págs. 40-42. y A. González Palencia, *Ob. cit.*, pág. 178, publican los nombres de aquellos que ostentaron la presente dignidad en esta primera época.

nivel y formación cultural de los clérigos⁵⁴. En Toledo, esta actividad educativa se documenta con anterioridad a la disposición lateranense, pues ya en 1115 hay un maestro de gramática vinculado a la escuela catedralicia, encargado de la formación de esos "pueri" traídos por don Bernardo y destinados a ser rectores de otras sedes castellanas. Por su parte, el "magister scholarum" es mencionado como confirmante en varios documentos desde 1171 y en 1174, en la constitución de don Cerebruno, su figura se introduce dentro del sistema benefical del templo⁵⁵.

* Al *tesorero* le corresponde custodiar el tesoro de la iglesia y disponerlo todo para lograr el mayor esplendor de sus celebraciones litúrgicas. Debía dar cuenta de su administración y solía contar con la ayuda de algunos clérigos y sacristanes. En Toledo dicha dignidad está documentada desde 1192, aunque no hay que descartar una presencia anterior como en el caso del maestrescuela⁵⁶.

* Por último, cabe citar a los *arcedianos*, que ocupaban un puesto de gran relevancia dentro de las diferentes diócesis. Son el brazo ejecutor del obispo, y al frente del territorio que se les otorga, el arcedianato, desarrollan una gran autoridad. Aunque su esfera de influencia es la diócesis, lo importante de su papel les llevará a ser incluidos entre las

⁵⁴ J. Fernández Conde, "La renovación de los estudios eclesiásticos", en *Historia de la Iglesia en España*, vol. II-2º, Madrid, 1982, págs. 180-184.

⁵⁵ R. González Ruiz, "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo Benito y F. Ruiz Gómez (coords.), *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996, págs. 171-209.

⁵⁶ Un documento conservado en el Archivo Capítular bajo la signatura I.9.A.1.9., puede dar algo de luz sobre el tema. En este texto, otorgado en Roma, el 4 de junio de 1192, el papa Celestino III, no sabemos si por iniciativa propia o a petición de arzobispo y cabildo, extiende el privilegio que, en los tiempos en que fue legado pontificio, obtuvo para las dignidades de Toledo. Este privilegio se refería a la posibilidad de que las dignidades pudiesen usar mitra, concesión que ahora hacen extensiva al maestrescuela y tesorero. Ello parece indicar que la creación de ambas dignidades es cuando menos posterior a la estancia en la Península como legado del Papa del entonces cardenal Jacinto, legación que finaliza en 1174.

dignidades capitulares. En Toledo, esta dignidad es junto al chantre una de las primeras documentadas; a lo largo del siglo XII nacerán los arcedianatos de Toledo, Talavera, Madrid, Guadalajara y Calatrava, aunque resulta difícil conocer los límites exactos de su jurisdicción y el momento en que se constituyen. Junto a estos cinco, aparece ocasionalmente en la documentación el de Cuéllar, debido a la temporal anexión de la diócesis de Segovia a la de Toledo⁵⁷. Posteriormente se creará el arcedianato de Alcaraz.

Así las cosas, a fines del siglo XII la catedral toledana parecía estar suficientemente dotada de personal como correspondía a una sede primada cada vez con mayor influencia peninsular. A este conjunto de dignidades, canónigos y racioneros mencionados habría que añadir, como indica Rivera Recio, otra serie de cargos menores como los de capellán, sacristán, escriba, canciller, los "pueri del coro", que la documentación presenta, pero cuyo significado aún no está bien precisado⁵⁸.

2.2.3.- El funcionamiento interno del cabildo

No será hasta el siglo XIII cuando, como tendremos ocasión de analizar, la documentación referida al cabildo se enriquezca, y con ella las posibilidades de realizar un estudio más profundo de la institución. A partir de entonces, nuevos temas son regulados por los cada vez más numerosos estatutos hasta el punto de permitirnos conocer, apoyados en bases fiables,

⁵⁷ Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, págs. 34-40.

⁵⁸ *Ibidem*, pág. 45. Igualmente, encuentra dificultades para determinar si los arcepresbiteros eran cargos capitulares. Más tarde no lo serán, pero su presencia al lado de los canónigos confirmando documentos se presta a confusión. También González Palencia, en la amplia documentación por él estudiada para elaborar su trabajo sobre los mozárabes toledanos, encuentra la mención a algunos cargos como el pertiguero, campanero, refitolero, mayordomo, maestro de los albañiles de la catedral, entre otros, que serán analizados más adelante. *Ob. cit.*, pág. 181.

el funcionamiento interno de la corporación y el desarrollo de las actividades llevadas a cabo por sus componentes. Entretanto, en siglo XII los cabildos están aún en un proceso de formación y los prelados han de atender de forma preferente en sus textos sólo a aquello que en ese momento resultaba más perentorio para ponerlos en marcha. En todo caso, las primeras constituciones sí recogen la preocupación de éstos por dos cuestiones importantes: la provisión de las vacantes del cabildo y la acumulación de beneficios por los capitulares.

A.- Elección de cargos del cabildo

Respecto a esta cuestión queda establecido que sean los propios capitulares con el prelado los que, conjuntamente, decidan quienes debían ocupar las vacantes de la corporación. En principio, los nombramientos los hacía el obispo, pero en el siglo XII las cuatro constituciones citadas incorporan claramente la participación de los propios canónigos en la elección. Aunque todos los textos son significativos y ya los dos primeros dejan dispuesto el tema⁵⁹, el más explícito es el estatuto de 1174, en el que, como quedó dicho, se fija el número de canónigos en 40 mansionarios para evitar el crecimiento desmesurado de la corporación. Como al margen de esos 40 debieron quedar bastantes excedentes, cuyo número no se menciona, don Cerebruno ordenó que, para futuras provisiones, estos tuvieran preferencia y, por orden de antigüedad o según su categoría, fueran ocupando las vacantes. De faltar estos excedentes, el prelado y el cabildo procederían de común acuerdo a elegir a quien creyeran digno entre los

⁵⁹ El estatuto de 1157, A.C.T. Z.1.G.1.2., no deja dudas al respecto: " Numerum ergo canonicorum hunc esse statuimus: viginta quatuor maiores et sex minores, de quibus uno defuncto comuni consilio archiepiscopi et canonicorum alter in ei loco substituatur. Interim vero donec numerus canonicorum ad istum certum quem nunc statuimus numerum redigatur nullus in canonicum recipiatur. Addimus etiam quod nullus alterius ecclesie canonicus existent in nostra pro canonico recipiatur ecclesia ".

componentes del clero catedralicio que participaba canónicamente del pan, como dice literalmente el texto⁶⁰.

Es decir, además de ratificar que serían cabildo y obispo los electores, el documento añade algunas condiciones para dichos nombramientos: que hubiera vacantes, para no exceder el número fijado; que siempre el propio clero catedralicio tuviera preferencia a la hora de cubrir las bajas, única fórmula de ir dando una salida al conjunto de excedentes; dentro del clero autóctono, primero se recurriría a dichos excedentes y, caso de no existir, al clero inferior.

En la práctica, no obstante, estas disposiciones no siempre pudieron mantenerse y fue frecuente la violación de la normativa capitular. Ello se debió, básicamente, a la presencia de clero foráneo, al nombramiento de seglares y a la intervención de poderes ajenos al cabildo, papas, monarcas y arzobispos, que ejercieron presiones para imponer a su candidato⁶¹. Las resistencias y el malestar que estas circunstancias producían en los capitulares llevaron incluso a la Santa Sede a tomar cartas en el asunto, y así, Alejandro III el 4 de julio de 1177 califica de práctica abusiva la elección de clérigos extraños para ocupar cargos en la catedral toledana y exige que se designe a clérigos de la diócesis para los cargos que vacaren en ella⁶². Poco después, un nuevo pontífice, Lucio III, habrá de rechazar también el nombramiento de seglares que, en muchos casos, seguían en su estado laico tras obtener la prebenda; el papa prohíbe tal práctica, alegando que los frutos de los beneficios eclesiásticos debían sustentar a clérigos y pobres, no a laicos⁶³.

⁶⁰ A.C.T. Z.1.G.1.3.

⁶¹ Rivera Recio, *Ob. cit.*, t. II, págs. 28-29, da noticia de una de estas presiones, concretamente de la ejercida por el papa Clemente III para que se nombrara canónigo a un notario pontificio. El documento se encuentra en A.C.T. A.12.A.1.21.

⁶² A.C.T. I.9.G.1.1a.

⁶³ A.C.T. A.12.A.1.3. (1182-1183, mayo, 19, Velettri).

B.- Acumulación de beneficios

Otro aspecto que está, aunque muy someramente, regulado en los estatutos del siglo XII se refiere a la acumulación de prebendas por los capitulares. Si bien el tema se planteará mucho más abiertamente en el siglo siguiente, desde el mismo momento en que los bienes del cabildo se reparten en prebendas entregadas a cada capitular, se genera un deseo de reunir el mayor número de ellas. Como bien señala Fernández Conde,

al dividirse los ingresos de la mesa capitular en prebendas individuales para atender al sostenimiento de cada capitular las canonjías se convierten en realidades fundamentalmente beneficiales y económicas, con el lógico deterioro del ministerio litúrgico y pastoral inherente a este oficio eclesial⁶⁴.

En Toledo, a lo largo del XII sólo encontramos una pequeña alusión al tema, concretamente en la constitución de 1157 dada por don Juan de Castellmoron. Éste, después de precisar el número de miembros del cabildo y de señalar que las vacantes serían provistas por el cabildo y el obispo, incluye una cláusula en la que queda fijada la única condición impuesta a dicha elección, que no pudieran ser recibidos en la catedral los que ya fuesen canónigos en otra iglesia⁶⁵. El problema se agravará significativamente en todas las diócesis durante el siglo siguiente; en la sede toledana la gravedad de los hechos obligará a tomar cartas en el asunto al legado papal Juan de Abbeville, como tendremos ocasión de señalar en el próximo capítulo.

⁶⁴ J. Fernández Conde, " Los concilios de la época posgregoriana. La reforma del clero secular y de las instituciones pastorales", en *Historia de la Iglesia en España*, vol II-1º, Madrid, 1982, pág. 436.

⁶⁵ A.C.T. Z.1.C.1.2. "Addimus etiam quod nullus alterius ecclesie canonicus existent in nostra pro canonico recipiatur ecclesia".

CAPÍTULO TERCERO

EL CABILDO DE TOLEDO EN EL SIGLO XIII



El siglo XIII supone un nuevo impulso para la institución capitular toledana, que, tras el camino iniciado en la etapa anterior, va a ir ahora completando el marco normativo por el que regirse. Las constituciones otorgadas en este periodo se orientan en diversas direcciones y abarcan un conjunto de temas mucho más amplio y variado que los señalados para la centuria anterior. Así, cuestiones como la composición del cabildo o la fijación de unos bienes propios para la institución capitular -objeto de atención preferente en los estatutos del siglo XII- darán paso a aspectos nuevos como la residencia, la organización del oficio coral, la acumulación de beneficios o la forma de reparto de las distribuciones cotidianas, temas que preocupan cada vez más a las autoridades encargadas de regular la buena marcha del cabildo y enriquecen notablemente nuestros conocimientos sobre el mismo.

Estas novedades en relación con la corporación catedralicia se deben, preferentemente, al celo mostrado por tres arzobispos, dos de ellos, sin duda, los más importantes de este siglo, Rodrigo Jiménez de Rada y

Gonzalo Pétrez, mal llamado "García Gudiel"¹, y un tercero, Sancho de Aragón, que pese al poco tiempo pasado al frente de la sede dejó un poso importante. Los estatutos otorgados directamente por ellos o bajo su impulso favorecieron una mejora en la situación del cabildo, que cada vez tendrá más claras sus competencias y obligaciones. La labor de estas personalidades se verá completada por las disposiciones que dicta el legado papal Juan de Abbeville, y por las continuas bulas y concesiones emanadas de Roma.

Puesto que el papel desempeñado por los citados prelados es fundamental a la hora de impulsar la promulgación de reglas y estatutos capitulares, dedicamos un primer apartado a conocer algunos aspectos de sus biografías y después pasamos a ver cuáles son las cuestiones que regulan las trece constituciones recibidas en total por el cabildo toledano a lo largo del siglo XIII.

3.1.- LOS PRELADOS

Ocho fueron los arzobispos que ocuparon la sede toledana a lo largo del siglo XIII, pero sólo de tres de ellos conservamos documentación que nos permita conocer cuál fue su política con relación al cabildo de la catedral primada. Rodrigo Jiménez de Rada, Sancho de Aragón y Gonzalo Pétrez² recogieron el testigo de sus antecesores del siglo XII y, a pesar de

¹ En los episcopologios toledanos se acostumbra a llamar al arzobispo Gonzalo García Gudiel. No obstante, parece más acertado apellidarle "Pétrez", tal como A. González Palencia precisó al publicar su trabajo sobre los mozárabes toledanos, *Ob. cit.*, vol. preliminar, pág. 175. Investigaciones recientes han puesto de manifiesto que el linaje mozárabe de los "Gudiel" nada tiene que ver con el arzobispo Gonzalo Pétrez, descendiente de los Abenharits. Parece que la causa de que se atribuyera indebidamente el apellido "Gudiel" a don Gonzalo está en la coincidencia del escudo de los Gudiel con el del prelado. J. Rodríguez Marquina, "Linajes mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII" en *Genealogías mozárabes*, t. I. Toledo, 1981, págs. 11-64.

² Una documentada reflexión sobre la actuación política y cultural de estos prelados en P. Linehan, *History and the historians of medieval Spain*, Oxford, 1993. No menos interés ofrece la amplia reseña sobre este trabajo debida a M. A. Ladero Quesada, "Una reflexión

la separación de mesas y del abandono de la vida en común de los capitulares, no dejaron de intervenir, como máximas autoridades eclesiásticas que eran, en la vida particular y colectiva de su cabildo. Los prelados del XIII presidieron frecuentemente reuniones capitulares, nombraron a algunos de sus miembros, dispusieron su vida litúrgica, y trataron de que fuera convenientemente administrado su cada vez más abundante patrimonio. Veamos brevemente algunos apuntes de sus biografías para poder comprender el marco de sus actuaciones.

El primero de ellos, *Rodrigo Jiménez de Rada*(1209-1247) fue una figura fundamental, no sólo para la Iglesia toledana, sino, en general, para todo el reino de Castilla, con cuyos monarcas mantuvo una estrecha colaboración de la que resultó notablemente favorecido³. Su extraordinaria personalidad llenó casi toda la primera mitad del siglo XIII y le llevó a intervenir en los numerosos y complejos asuntos suscitados en su tiempo. Organizó la cruzada contra los musulmanes que culminó en la victoria de las Navas de Tolosa; participó activamente en las tareas reconquistadoras del momento, lo cual le reportó a él y a su diócesis importantes beneficios y un notorio incremento patrimonial; defendió la primacía toledana con vigor y mantuvo numerosas disputas por cuestión de límites y jurisdicción con otras diócesis e instituciones, sobre todo, con las también poderosas Órdenes

y algunas observaciones sobre nuestra historia y nuestra historiografía medievales", en *Medievalismo*, 4 (1994), págs. 335-345.

³ La figura de este arzobispo ha sido objeto de numerosos estudios. Basten como ejemplo: J. Gorosterratzu, *Don Rodrigo Jiménez de Rada, gran estadista, escritor y prelado*, Pamplona, 1925; E. Estella Zaleya, *El fundador de la catedral de Toledo*, Toledo, 1926; M. Ballesteros Gaibrois, *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, Barcelona, 1936; H. Grassotti, "Don Rodrigo Ximenez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII", en *Cuadernos de Historia de España* LV-LVI (1972), págs. 1-302; J.F. Rivera Recio, *El Adelantamiento de Cazorla. Historia general*, Toledo, 1948. Además aparecen frecuentes referencias a su persona y actuación en varias obras generales sobre diversos aspectos del siglo XIII: D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en los tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945; J. González, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, Madrid, 1960; P. Linehan, *La Iglesia española y el Papado en el siglo XIII*, Salamanca, 1975.

Militares; por iniciativa suya se empezó a construir una nueva catedral en Toledo, cuya primera piedra se puso en 1226; además, le quedó tiempo para realizar una importante contribución al conocimiento histórico con la autoría de varias obras de historia, entre las que destaca *De Rebus Hispaniae*, anteriormente mencionada⁴.

Esta desbordante actividad mostrada por el prelado no estuvo exenta de críticas por parte de aquellos que le reprochan su preferente dedicación a empresas reconquistadoras y a cuestiones de índole puramente política, en perjuicio de las tareas de reforma de su Iglesia toledana y de las demás diócesis sufragáneas. El propio papa Honorio III le envió una dura carta en 1219, instándole a seguir las disposiciones que cuatro años antes se habían aprobado en el IV Concilio de Letrán a cerca de la necesidad de realizar una completa reforma en la Iglesia⁵. En efecto, don Rodrigo representa como nadie a un tipo de prelado más versado en temas económicos, políticos y militares que en los propiamente eclesiásticos. Incluso cuando ha de ocuparse por necesidad de las cuestiones inherentes a su cargo y al gobierno de su diócesis, dedica más tiempo a la gestión económica y a la organización beneficial que a los aspectos esencialmente religiosos, algo que podremos comprobar al analizar los estatutos otorgados al cabildo⁶.

La muerte de Jiménez de Rada en junio de 1247 pone fin a un largo e importante periodo en la historia de la iglesia y del cabildo toledano.

⁴ Una obra de reciente aparición pone especial énfasis en analizar el ambiente cultural que rodeaba al prelado y su reflejo en la sede toledana: R. González Ruiz, *Hombres y libros de Toledo(1086-1300)*, Madrid, 1997, págs. 166-102.

⁵ P. Linehan, *Ob. cit.*, págs. 5 y ss. analiza la actuación de don Rodrigo y señala las importantes diferencias que mantuvo con el pontífice Honorio III.

⁶ F.J. Fernández Conde, "Aplicación de las reformas del lateranense IV en la Iglesia española", en *Historia de la iglesia en España*, vol.II-2º, Madrid, 1979, págs. 48-49. P. Linehan, *Ob. cit.*, pág. 14, a propósito de esta preferencia del arzobispo por las cuestiones ajenas a lo religioso señala lo siguiente: "Éste no era ningún santo, ningún espartano, ningún reformador. Para él, fueron infinitamente más interesantes los bienes temporales suyos y los de su Iglesia".

Éste, merced a los precisos reglamentos y estatutos que recibe de su prelado, así como a las donaciones y privilegios de que es objeto, se va a ir afianzando como una de las corporaciones más fuertes de la Península y, desde luego, más poderosa económicamente. El camino no estuvo exento de dificultades y las medidas tomadas no llegaron a solucionar totalmente los problemas que presentaba la corporación, pero no pueden negarse los logros alcanzados. Ni siquiera los problemas que el cabildo toledano vivió en los años finales del pontificado de don Rodrigo por sus diferencias con el concejo de la ciudad empañan esta situación⁷.

Durante el periodo que va de la muerte de Jiménez de Rada al nombramiento de don Gonzalo Pétrez en 1280 no hubo pontificados lo suficientemente fuertes y duraderos para desarrollar una política firme en relación con el cabildo⁸. A pesar de ello, la vida de la institución no se detuvo, como ponen de manifiesto los nuevos estatutos que le son otorgados por el arzobispo *don Sancho, infante de Aragón*(1266-1275), en el breve espacio de tiempo que permaneció al frente de la iglesia toledana.

Hijo del monarca aragonés Jaime I y hermano de la reina de Castilla

⁷ Los problemas, no obstante, debieron ser graves pues llevaron a los capitulares a solicitar permiso del Papa para trasladar temporalmente su residencia a la Colegiata de San Justo de Alcalá, permiso que fue dado por Inocencio IV en 1245. La situación llegó a ser preocupante pues, incluso muerto don Rodrigo, el Papa escribió a otros prelados castellanos y al propio rey para que defendieran al cabildo y arzobispo de Toledo de las injurias y amenazas que recibían. Concretamente, en 1248 Inocencio IV se dirigió al obispo de Oviedo, al abad de Sahagún y al prior de San Juan de Burgos para que no consintieran que nadie molestase al cabildo toledano: A.C.T. I.5.C.1.1. Un año después hace lo propio con el rey de Castilla y León, del que solicita toda la ayuda para reparar las injurias cometidas contra el cabildo y sus servidores por algunos ciudadanos: A.C.T. 0.5.C.1.70. J. Gorosterratzu, da en su trabajo bastantes noticias de estos hechos.

⁸ En efecto, la mayoría de los arzobispos que en estos años están al frente de la iglesia toledana permanecen en su cargo poco tiempo o mantienen una línea de trabajo en la que no es preferente la preocupación por el cabildo. Serán los casos de Juan de Medina de Pomar(1248), Gutierre Ruiz Dolea(1249-1250), Sancho de Castilla(1251-1261), Domingo Pascual(1261-1265), y Fernando Rodríguez de Covarrubias(1276-1280). Sobre las circunstancias concretas de sus pontificados me remito a lo expuesto por J.F Rivera Recio en *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*, Toledo, 1969, págs. 52 y ss., así como a la obra colectiva *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 50-61.

doña Violante, esposa de Alfonso X, disfrutó de varios beneficios eclesiásticos en su reino de origen hasta ser elegido para ocupar la sede toledana cuando contaba poco más de veinte años. Esa corta edad hizo que en un principio sólo pudiera ser nombrado administrador de la diócesis primada, si bien en 1268 actúa y suscribe diversos documentos como arzobispo. Sus poderosos familiares, los reyes de Castilla y Aragón apoyaron el nombramiento y el nuevo prelado, aunque agobiado por deudas y problemas financieros, no descuidó sus tareas pastorales ni la faceta intelectual. El final de su vida fue trágico pues, tras ser hecho prisionero en Jaén por tropas de rey de Marruecos, fue asesinado en octubre de 1275⁹.

A pesar de su breve pontificado, tuvo tiempo de desempeñar una actuación importante en relación con el cabildo plasmada, además de en otros textos, en los dieciséis capítulos de sus *De Constitutionibus et Consuetudinibus Ecclesie Toletane*, cuya fecha desconocemos, pero que constituyen una importante aportación al conocimiento de la institución capitular por su gran extensión y variedad de contenidos¹⁰. Habrá que esperar a las constituciones recogidas por don Blas Fernández de Toledo casi un siglo después para contar con documento de similares características, en el que se reúna tan diverso abanico de temas relacionados con el cabildo toledano. La intención de don Sancho al otorgar estas constituciones fue terminar con la disparidad de criterios y opiniones que existían sobre los estatutos anteriores y lograr una concordia y unanimidad entre los miembros de la corporación catedralicia.

El tercer prelado que se ocupa de atender a la organización del

⁹ Aunque no existe una buena biografía del personaje, la más reciente y completa semblanza se recoge en R. Gonzálvez Ruiz, *Hombres y libros de Toledo...*, págs. 253-295.

¹⁰ El documento se nos ha transmitido copiado en B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r. Al final del mismo se ha copiado sin separación alguna una constitución dada por Gonzalo Pérez en 1291 (A.C.T. I.6.B.1.2a), lo que ha creado alguna confusión sobre la fecha del texto de don Sancho. Otras copias pueden verse en B.N. Mss. 13041, f.1r-20r y Mss. 13061, f.131r y ss.

cabildo y, sin duda, junto con Jiménez de Rada, una de las personalidades más destacadas del siglo XIII fue *Gonzalo Pétrez*(1280-1299). Su pontificado, que abarca las dos últimas décadas de la centuria, deja patente el interés del prelado por precisar nuevas y viejas cuestiones relativas a la vida de la corporación toledana y a sus miembros y, muy especialmente, por favorecer el esplendor y la solemnidad litúrgica en las celebraciones catedralicias.

Don Gonzalo Pétrez fue el primer arzobispo de la sede primada de origen mozárabe. Procedente de una conocida familia toledana, ocupó diversos cargos en el cabildo de su ciudad -fue deán y arcediano- antes de ser nombrado obispo de Cuenca(1273) y Burgos(1275), desde donde pasó a la sede metropolitana. Su gestión no estuvo exenta de dificultades, sobre todo económicas, pero las buenas relaciones mantenidas con los monarcas castellanos le auparon a una importante posición dentro del reino. Canciller de Castilla, mecenas cultural, impulsor del Estudio General de Alcalá de Henares -germen de la futura Universidad-, consejero de la reina viuda María de Molina durante la difícil minoridad de Fernando IV, son algunos de los aspectos de su vida que avalan el interés que ofrece el personaje¹¹.

En cuanto a su actuación como arzobispo toledano, confirmó numerosas elecciones episcopales en las sedes sufragáneas, mantuvo contactos con el comendador de la Orden de San Juan sobre límites y jurisdicción y, lo que más interesa a nuestro estudio, elaboró diversas constituciones capitulares de gran importancia para la evolución de la institución, culminando una interesante gestión en relación con el cabildo toledano. No obstante, su realización más trascendente en relación con el templo primado fue la donación de sus libros a la Biblioteca Capitular y los inventarios que realizó de los mismos, dadas las posibilidades que ello

¹¹ J. F. Rivera Recio, *Los arzobispos...*, págs. 67-69, y *Los Primados...*, págs 62-63.

ofrece para conocer el ambiente cultural que se vivía en Toledo y, más concretamente, en el entorno catedralicio a fines del siglo XIII¹².

Estos son, muy someramente, algunos de los rasgos que caracterizan las biografías de los tres prelados mencionados. Sin duda, cada uno orientó sus realizaciones e inquietudes hacia terrenos diferentes, pero todos presentan un aspecto en común: la atención prestada a la institución capitular y a la ampliación del marco normativo que habría de regirla. Los problemas que intentan regular los trece estatutos otorgados al cabildo en este periodo afectan de forma preferente a tres cuestiones de gran importancia para la vida del mismo: la organización en materia benefical, la administración de su cada vez más sólido patrimonio y el esplendor litúrgico de la catedral. A cada uno de ellos dedicamos sendos apartados en las próximas páginas.

3.2.- LA ORGANIZACIÓN DE LOS BENEFICIOS

El desorden en materia benefical debía ser cuestión que preocupara sobremanera a la más alta jerarquía eclesiástica romana, ya que de la misma se derivaban irregularidades que nada favorecían el normal desarrollo de las instituciones eclesiásticas. La Iglesia hispana no estaba al margen de la situación y a intentar solucionarla vino a la península el cardenal legado de Gregorio IX, Juan de Abbeville, obispo de Sabina, enviado por el pontífice en 1228 a fin de poner en marcha en los reinos hispanos las reformas acordadas en el IV Concilio de Letrán(1215). Durante los dieciocho meses que permaneció por estas tierras desplegó una gran actividad que, no

¹² Ese es precisamente el objetivo del amplio trabajo de R. González Ruiz, *Hombres y libros....* Buena parte del mismo está dedicada a analizar la biografía, la actuación pastoral y, sobre todo, la dimensión cultural de Gonzalo Pétrez, en la que, sin duda, es la mejor aportación para el conocimiento del personaje y su entorno.

obstante, no siempre dio los resultados deseados¹³.

Sin duda, uno de los temas en los que más incidió el legado Juan de Abbeville fue en el necesario saneamiento del sistema benefical, tal como quedó dispuesto en Letrán. Se imponía lograr una equiparación entre el número de beneficios y el de beneficiados, evitando tanto la división de los primeros como la acumulación de varias prebendas por los capitulares. La catedral toledana no era ajena a estas irregularidades y, por ello, para intentar darle un salida, el legado otorga a la misma un estatuto fechado en Ocaña el 3 de junio de 1229 dedicado, casi en su totalidad, a resolver estas cuestiones¹⁴.

3.2.1.- La división de los beneficios

Lo primero que pone de manifiesto el documento del legado es que, pese a lo dispuesto en anteriores estatutos del siglo XII, el número de miembros del cabildo había aumentado y provocado una división de beneficios con el fin de remunerar a todos los integrantes de la corporación. Esta situación no era en modo alguno privativa de la Iglesia toledana. Por el contrario, es generalizado el aumento desmesurado de prebendados en las catedrales durante el siglo XII y principios del XIII. Ello estuvo en gran parte motivado por el incremento de las rentas diocesanas durante el mismo periodo, circunstancia que fue aprovechada por algunos prelados y capitulares para hacer partícipes de ese crecimiento económico a familiares y amigos, que pasaron así a formar parte de los distintos cabildos. Como el número de estos nuevos prebendados creció a un ritmo mayor que el de las

¹³ Sobre la aplicación de las reformas del IV Concilio de Letrán en la Iglesia española y la actividad desarrollada por el legado Juan de Abbeville en los diferentes reinos peninsulares ofrece abundante información P. Linehan, *Ob cit.*, págs. 17-47.

¹⁴ El texto de dicho estatuto se conserva en B.C.T. 42-23a, f.20r-v. Está recogido por F.J. Hernández en *Los Cartularios de Toledo*, Madrid, 1985, págs. 382-383.



BIBLIOTECA

rentas, pronto surgen desajustes que hacen aconsejable una reforma¹⁵.

Ésta llegará a la Iglesia toledana de la mano del citado legado, quien en 1229 ordena respetar la constitución de don Martín López de Pisuergra sobre la composición del cabildo, condena las divisiones y secciones que se habían hecho de los beneficios en contra de las disposiciones conciliares y capitulares, y exige que se reintegren esos beneficios divididos a medida que fueran quedando vacantes. Sólo en el caso de que se ampliaran los bienes de la Iglesia por la buena gestión de su prelado, a la sazón don Rodrigo, se aceptaría un posible aumento de lo beneficios por encima de la cifra dada por don Martín¹⁶.

3.2.2.- La acumulación de prebendas por los capitulares

El otro gran problema planteado en materia benefical era el de la acumulación de prebendas por los capitulares. Aunque durante la primera mitad del siglo XIII el tema no alcanza las proporciones a que llegará en momentos posteriores, es indudable que preocupó sobremanera a las autoridades eclesiásticas. Las disposiciones de los Concilios III y IV de Letrán, celebrados en 1179 y 1215 respectivamente, así lo ponen de manifiesto. En ellas se trata de limitar al máximo el número de beneficios reunidos por una sola persona, aunque una dispensa papal podía modificar

¹⁵ D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945, págs. 201-202.

¹⁶ "Quia vero per sollicitudinem et prudentiam venerabilis patris R(oderici) archiepiscopi vestri qui modo presidet ampliata sunt ecclesie vestre bona et sicut speratur ampliabuntur Domino concedente, per memoratum statutum domini Martini archiepiscopi et capituli Toletani ad hec nolumus vos artari, quin, excrescentibus ecclesie vestre facultatibus, crescere valeant canoniarum vel portionum numerus secundum quod videbitur expedire, presertim cum sicut in eodem continetur statuto eidem causam dederint cotidiana vestrorum decrementa bonorum": B.C.T. 42-23a, f.20r-v. Publicado por F.J. Hernández, *Ob. cit.*, págs. 382-383.

estas normas¹⁷.

Juan de Abbeville intentará hacer cumplir estas medidas y solucionar el irregular reparto de los beneficios, tanto en los Concilios nacionales de Valladolid(1228) y Lérida(1229) por él convocados, como en los estatutos concretos que otorga a distintas corporaciones capitulares. El dado al cabildo toledano en junio de 1229 trata de impedir que los canónigos mansionarios pudieran recibir beneficios en otra iglesia, so pena de convertirse en extravagantes y de perder la porción y el vestuario que les correspondiera. Paralelamente, prohíbe que quienes tuvieran dignidad o beneficio en otra iglesia pudieran ser admitidos dentro del número de los cuarenta canónigos toledanos¹⁸.

Las medidas tomadas por el legado no debieron dar los frutos deseados, a juzgar por las reiteraciones que sobre los mismos temas se hacen en una nueva constitución dada casi veinte años después. Se trata de un documento otorgado en Santorcaz el 6 de enero de 1247 por el deán y cabildo toledano de común acuerdo con el propio Jiménez de Rada¹⁹. Este interesante texto, sobre el que habremos de volver más adelante, confirma lo establecido por el legado en 1229, y nuevamente impide a aquellos que tuvieran dignidad o beneficio con cura de almas en alguna iglesia catedral o conventual que pudieran ser admitidos entre los cuarenta canónigos mansionarios. Al propio tiempo, señala que si alguno de los cuarenta canónigos toledanos recibiera alguna otra dignidad o beneficio con cura de

¹⁷ D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 242-243.

¹⁸ B.C.T. 42-23a, f.20r-v. "Hoc quoque perpetuis temporibus precipimus observandum, quod si quis mansionarius canonicus ecclesie vestre in alia ecclesia dignitatem receperit, de mansionario fiat extrauagans et canonía ipsius cum vestiario alicui qui sit mansionarius assignetur. Nullus quoque de novo fiat canonicus extrauagans qui in alia ecclesia dignitatem habeat, cum talis, secundum statutum ecclesie vestre, in canonicum mansionarium non possit assumi. . .".

¹⁹ A.C.T. X.10 B.1.1. La fecha del documento puede prestarse a confusión ya que en el mismo no coincide la expresión de la era hispánica, 1247, con la del año del Señor, 1246. En cualquier caso, creemos más acertado aceptar la primera opción.

almas²⁰ y se viera obligado a residir en ella, perdería su canonjía mansionaria y pasaría a la categoría de canónigo extravagante, debiendo renunciar a su prebenda.

Aunque su origen es distinto, canónigos forínsecos y extravagantes acabaron confundándose en la documentación, hasta el punto de desaparecer el primer nombre y quedar sólo definida la categoría de extravagante. En uno y otro caso, se evidencia su condición de no residentes ni obligados a hacer "mansión común", por más que al decaer la vida comunitaria ningún beneficiado residiera específicamente en la catedral. Lo cierto es que la segunda acepción asumió buena parte de las competencias de los forínsecos, fundamentalmente, el número de sus componentes, que fueron también veinte. Los canónigos extravagantes, además, dejaban de pertenecer al cabildo y de gozar de sus derechos y preeminencias. Su nombre quedaba excluido de la matrícula o calendario de las funciones catedralicias, se les privaba de voz y voto en el cabildo y no podían participar en la elección del arzobispo y del deán²¹. Sólo percibirían los emolumentos correspondientes a los días en que asistieran personalmente a los actos y oficios corales de la catedral, según la costumbre toledana²². Igual medida se tomó en relación a la acumulación de prebendas por racioneros y socios.

A pesar de estas disposiciones, el problema no se solucionó y la

²⁰ Por "beneficio curero o curado" hay que entender aquel que lleva aparejada la cura de almas, el pleno sacerdocio, mientras que el "simple o servidero" sólo obligaba a servir en algunos momentos y circunstancias. M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, págs. 19-31 y 117-121.

²¹ A.C.T. X.10.B.1.1.: "Si aliquis existens de quadragenario numero vel porcionarius seu socius dignitatem vel beneficium habens curam animarum annexam receperit in alia ecclesia cathedrali sive conventuali, ipso iure, sit canonicus vel socius extravagans e non scribat in matricula ad lectione legendam vel cantoria aut ebdomadam in aliquo ordine vel officio faciendam in ecclesia toletana et non sit de illo quadragenario numero canonicorum ad electio pontificis e decani...".

²² El tema de los extravagantes debió de ser fuente de frecuentes conflictos. El propio Abbeville, en carta dirigida al cabildo desde Ocaña el 3 de junio de 1236, les señala las condiciones en que habían de hacerse las distribuciones entre los canónigos extravagantes, tanto presentes como ausentes, citando sus nombres: A.C.T. Z.1.G.1.4a.

actitud de Roma, aún siendo en principio contraria a la acumulación de beneficios, no contribuyó claramente a erradicar esta práctica. Son frecuentes las dispensas otorgadas por algunos pontífices a diversos individuos que llegaron a concentrar en sus manos, no sólo dos, sino hasta cuatro, cinco y más beneficios. También los reyes presionaron en este sentido, a fin de lograr que familiares suyos accedieran a la posesión de varias prebendas. Todo ello dificultaba notablemente la puesta en práctica de esos deseos de reforma en materia benefical apuntados desde las más altas instancias eclesiásticas²³.

3.3.- LA ADMINISTRACIÓN DEL PATRIMONIO CAPITULAR

Otro gran aspecto que destaca en el conjunto de medidas que afectan al cabildo catedral durante el siglo XIII alude a la forma en que los capitulares debían administrar un patrimonio en continuo crecimiento. Pero los textos no sólo aluden a las propiedades colectivas de la mesa capitular, sino también a los bienes privados que cada miembro de la corporación iba reuniendo a lo largo de su vida. Especialmente, preocupaba el destino de estas fortunas particulares a la muerte de sus titulares.

3.3.1.- El "Estatuto del Refitor"

Este es el nombre que se ha dado a un importante estatuto otorgado por Jiménez de Rada al cabildo el 6 de enero de 1247 en el que se ocupa, preferentemente, de la administración de los bienes y rentas del refitor o

²³ D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 244-253, manifiesta que fue sobre todo en tiempos de Inocencio IV(1243-1254) cuando se disparó el número de dispensas concedidos a prebendados de las iglesias de Castilla y León. Fueron concretamente 33, frente a las 9 que se otorgan en tiempos de Honorio III(1216-1227) y Gregorio IX(1227-1241).

mesa capitular²⁴. El refitor o "refitolero" era, además, el responsable de la oficina encargada de administrar dichas propiedades, junto con una serie de personas a su servicio. Sus funciones se fueron precisando más conforme avanza la Edad Media y tendremos ocasión de analizar sus particularidades en la segunda parte del trabajo. Lo importante ahora es señalar cómo, a partir de las medidas adoptadas por don Rodrigo, este relevante organismo da sus primeros pasos.

Ya mencionábamos antes que el prelado se sentía especialmente llamado a velar por la gestión económica de su diócesis y, sin duda, entre sus preocupaciones estaría el dotar de una administración conveniente a unos bienes y rentas, los del cabildo toledano, que habían aumentado considerablemente desde el siglo XI, y, sobre todo, durante su propio pontificado, incluyendo más de veinte aldeas, y múltiples posesiones de viñas, huertas, molinos, tiendas o casas²⁵. Este incremento de la mesa capitular impedía llevar de forma corporativa su administración, por lo que el citado estatuto trata de solucionar el problema haciendo que el cabildo elija anualmente a alguno de sus miembros, los llamados visitadores, que, en número de dos o más, se ocuparían de visitar las villas, casas y demás posesiones, denunciando a la corporación las irregularidades observadas, las reparaciones o arreglos necesarios y cuantas cuestiones consideraran relevantes.

Los elegidos se hacían responsables de los daños que pudiera

²⁴ A.C.T. X.10.B.1.1. Así denomina al texto del prelado E. Estella, *Ob. cit.*, págs. 179-181, si bien el estatuto alude a muchas otras cuestiones relacionadas con el funcionamiento de la corporación.

²⁵ De este crecimiento da fe un texto elaborado en 1234, en el que se recogen los bienes del refitor, las personas que los tienen arrendados, la cuantía de las rentas, etc.: A.C.T. X.10.B.1.3. El texto fue publicado por A. González Palencia en *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, págs. 162-163. Además, el proceso que siguen los bienes de la Iglesia toledana en estos años es analizado por S. Prous Zaragoza, "La Iglesia de Toledo. 1085-1247.", en *En la España Medieval* IV, t.II (1984), pp. 833-863, y por J.A. García Luján, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo(1086-1462)*, 2 vols, Toledo, 1982.

organizar su negligencia en el ejercicio de su función y asumían la cuantía de los mismos, debiendo satisfacer una multa impuesta por una comisión capitular. El cargo era obligatorio, hasta el punto de que si alguno de los inspectores elegidos renunciaba sin causa al mismo, perdía su ración de aquel año, quedando expuesto a la pena que el cabildo le impusiera²⁶. Junto a estas obligaciones, había también algunas ventajas y compensaciones. Así, se concede a los visitadores el cobro íntegro de su porción durante el tiempo que estuvieran ausentes de la catedral en cumplimiento de su función; igualmente, el cabildo les asigna una parte de las multas impuestas por retraso en el pago del arrendamiento de sus propiedades²⁷. La recaudación de estas multas, que no podían ser perdonadas sin licencia expresa del cabildo, solía quedar en manos de los mismos visitadores.

Los miembros del cabildo que fueran contra estas reglas y causaran así daños al refectorio, quedaban privados de voz en las reuniones capitulares y perdían su porción durante un mes, pudiendo el cabildo incluso embargarles sus bienes. También estaba prohibido, esta vez bajo pena de pérdida de la porción correspondiente al año, el arriendo temporal o perpetuo de bienes del refectorio a ningún caballero.

3.3.2.- Los bienes de los capitulares fallecidos

Como decíamos, los arzobispos también velaron por el patrimonio particular de los miembros del cabildo y, una vez más, es don Rodrigo el que dispone algunas medidas. En realidad, más que preocuparle la fortuna que los capitulares disfrutaban en vida, le interesaba regular el destino que

²⁶ A.C.T. X.10.B.1.1.

²⁷ El retraso en el pago de la cantidad establecida en el contrato de arrendamiento era castigado con la obligación de satisfacer un denario diario por cada maravedí impagado. Dichas multas se cobraban de las porciones de los arrendatarios, que solían ser miembros del cabildo catedralicio.

seguirían los bienes de los canónigos y racioneros fallecidos. El estatuto ya mencionado de 1247 dispone que cuando una persona o canónigo de la catedral muriese después del primero de noviembre, entendiéndose así que había cubierto la residencia del año, se entregase íntegra la porción de su vestuario del año siguiente a sus herederos y, si moría sin testar, al cabildo.

Se trataba de evitar que el fallecido dejase obligaciones que satisfacer por deudas o por no disponer de bienes o patrimonio personal suficiente. Si así era, tanto los herederos como el cabildo debían invertir la renta en saldar las deudas que tuviera con el refectorio, en cumplir los legados hechos a la iglesia, y en pagar a los sirvientes del difunto que no hubieran recibido su salario; lo que sobrara se aplicaría a su aniversario. Si, por el contrario, no existieran deudas ni obligaciones que satisfacer por el difunto y su patrimonio era suficiente, la porción de su vestuario se destinaba a fundar su aniversario²⁸.

En efecto, uno de los destinos habituales de las fortunas de los canónigos era la de mantener una serie de misas y sufragios por su alma, y así lo dejaban dispuesto en sus testamentos. Las sumas dependían de la fortuna del testador y su cuantía determinaba el número de misas de aniversario, así como el de los clérigos encargados de decirlos. En caso de que los testamentos no fijaran expresamente este destino, el estatuto de 1247 dispone que el cabildo tome de la ración y vestuario del fallecido 72 mrs., de los que 12 son para su sepultura y ataúd, otros 10 para su distribución entre sus compañeros el día de sepultura, y los 50 restantes para la fundación del aniversario. Los racioneros y otros socios o adscritos a la catedral debían legar al cabildo 40 mrs. con igual fin, de los cuales 10 se destinan a distribuciones y 30 a la fundación. Si no cumplían esta obligación, el cabildo la cumple tomando dicha cantidad de su porción del

²⁸ A.C.T. X.10.B.1.1.

vestuario del año siguiente²⁹. Tanto los 50 como los 30 mrs. que habían de destinarse a la fundación de aniversarios de canónigos, racioneros y socios debían invertirse en casas, viñas y otras propiedades, con cuyas rentas se pagarían los distintos sufragios³⁰.

El tema del destino de los bienes de los canónigos fallecidos vuelve a estar presente, esta vez en un estatuto de don Sancho de Aragón con fecha del 1 de junio de 1275. En él, ampliando las medidas tomadas en la constitución de 1247 sobre lo que debían percibir los miembros del cabildo que fallecieran después del 1 de noviembre, dispone que, todos aquellos que llegaran con vida a la fiesta de Todos los Santos, además de la porción íntegra de su vestuario, tendrían derecho a obtener los frutos de su prebenda del año siguiente. Para hacerles más gracia, se aplica la misma norma a aquellos prestimonios que corresponden a dignidades, canónigos y racioneros, procedentes de las tercias o de parte de ellas y de las primicias de corderos, quesos y lana que se cobraban en el arcedianato de Toledo³¹.

3.4.- EL ESPLENDOR LITÚRGICO DE LA CATEDRAL

La otra gran línea de actuación de los prelados del siglo XIII se encamina a reglamentar diversos temas relacionados con el oficio y la disciplina coral, las distribuciones cotidianas que correspondía percibir a los

²⁹ Ibidem.

³⁰ Las primeras disposiciones sobre el tema dadas al cabildo toledano se deben al arzobispo Juan de Castellmoron, quien en diciembre de 1159 concede que los bienes dotales dejados para la fundación de aniversarios en la catedral sean propiedad exclusiva de la corporación, sin que pudiera el prelado reclamar nada para sí. Las rentas obtenidas de esas propiedades serían invertidas en el cumplimiento de las fundaciones y, en el caso de que su cuantía superase los gastos del aniversario, el sobrante sería invertido por el cabildo en los usos que considerara necesarios. A.C.T. A.5.A.1.14. El texto ha sido publicado por J. F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t. II, pág. 86.

³¹ A.C.T. A.12.A.1.10. La disposición será confirmada por posteriores prelados: Gonzalo Pétrez lo hará el 25 de mayo de 1291 (A.C.T. X.11.C.1.3.) y Gonzalo Díaz Palomeque el 23 de octubre de 1307 (A.C.T. X.11.C.1.2.).

que acudieran a las horas, el personal específico que desempeñaría estas funciones, etc. En definitiva, se trata de dejar bien dispuestos todos aquellos aspectos que pudieran contribuir a lograr un mayor solemnidad y esplendor del culto divino en la catedral toledana. De entre las múltiples cuestiones reflejadas en los estatutos, éstas serían las materias más comúnmente tratadas.

3.4.1.- Asistencia al coro y distribuciones cotidianas

Es éste uno de los temas más repetidos en la normativa otorgada por los diferentes prelados, dado que era fundamental para que las celebraciones litúrgicas se desarrollaran con normalidad y no se resintiera el servicio divino.

La primera mención a estas irregularidades las menciona Jiménez de Rada al disponer el castigo que tenían las faltas diarias a los distintos oficios corales. Quienes faltaran a maitines, ya fueran personas, canónigos o racioneros, perderían doce denarios, y la mitad aquellos que dejaran de asistir a misa y a vísperas. Todas estas cantidades se deducirían de la ración del día. A racioneros y otros socios adscritos, el deán debía castigarles de forma proporcional a la ración y beneficio que poseían³². Sólo podían faltar aquellos que tuvieran una causa convenientemente justificada.

Como motivos admitidos de ausencia se citan la enfermedad o el estudio en Universidades, las más frecuentes causas de exención de residencia que encontramos recogidas en los diferentes estatutos a lo largo de la Edad Media. La exención por estudios refleja el interés general que tiene la Iglesia por contar con un clero preparado, tal como manifiestan

³² A.C.T. X.10.B.1.1.

algunas disposiciones conciliares³³. Ahora bien, las autoridades eclesiásticas no admitían sin más todos los estudios y, por ejemplo, los que quisieran obtener una prebenda en las catedrales de la provincia eclesiástica toledana, tenían vetados los estudios profanos³⁴. En ocasiones, algunas circunstancias especiales justificaban la exención. Es lo que sucede al cabildo toledano cuando el 29 de octubre de 1226 recibe letras apostólicas del papa Honorio III en las que, a petición del arzobispo, concede que los canónigos y racioneros de la iglesia primada que vayan en el ejército cristiano contra los moros perciban íntegramente los frutos de sus beneficios como si residieran personalmente³⁵.

Las constituciones dadas por don Sancho de Aragón durante su pontificado vuelven a penar la falta de asistencia a alguna de las horas mayores -maitines, misa y vísperas- con la pérdida de la ración, íntegra o por partes, según arbitrarse el deán³⁶. No obstante, no debieron resultar efectivas, porque a finales de siglo don Gonzalo Pétrez tiene que volver a ocuparse del tema. La primera constitución dada por él al cabildo lleva fecha del 14 de mayo de 1291 y en ella el arzobispo se encarga de organizar las distribuciones cotidianas que correspondía percibir a los miembros del cabildo por asistir al oficio coral, fundamentalmente, a las tres horas mayores. La intención del prelado al premiar esta asistencia con el pago de unas cantidades era la de motivar a los capitulares a acudir a los oficios y

³³ El año 1228 en el Concilio celebrado en Valladolid se concede dispensa por cinco años a los clérigos que vayan a la Universidad de Palencia o que ejerzan el profesorado, y se señala pena de pérdida de beneficios a los clérigos iletrados. F.J. Fernández Conde, "Ampliación de las reformas del lateranense IV en la Iglesia española", en *Historia de la Iglesia en España*, t.II-2º, págs. 50-51.

³⁴ Así lo dispone la bula expedida por Honorio III el 22 de noviembre de 1219, enviada al arzobispo de Toledo y a sus sufragáneos. A.C.T. A.12.A.1.8.

³⁵ A.C.T. X.11.C.1.7.

³⁶ B.C.T. MS 23-16. "Qui vero ad canonicas oras maxime ad matutinum, misam vel vespersas non venerit iuxta constitutionem legati multetur si autem in consuetudine suxerit in portione tota vel parte ad decani arbitrium puniantur".

conseguir que sirvieran más y mejor a la iglesia toledana³⁷.

Con esta finalidad, ordena que cada día se repartan 10 maravedís entre los asistentes a las horas en esta proporción: 4 a maitines, 3 a misa mayor, y 3 a vísperas. Para ello don Gonzalo otorga de su renta del arzobispado 1.425 mrs. al año, correspondientes a su parte del diezmo del almojarifazgo de Toledo, y otro tanto asigna el cabildo de la renta del refitor. Como el total de 2.850 mrs. no era suficiente para asegurar los 10 diarios, les adjunta también las maitinadas que se suelen dar en Cuaresma y en el verano, que montan 800 mrs.³⁸. Los 3.650 mrs. así obtenidos sí permitían satisfacer las citadas asignaciones.

Los canónigos y racioneros toledanos que quisieran percibir las distribuciones señaladas estaban obligados a asistir a los oficios, al menos, hasta los momentos concretos en que se hacía el reparto, los cuales son fijados de forma muy precisa en el estatuto³⁹. El establecimiento de estas condiciones mínimas de presencia de los capitulares trataba de evitar que éstos redujeran su asistencia a las horas al momento en que los contadores tomaban nota de los asistentes. No debieron, no obstante, ser del todo efectivas estas disposiciones a juzgar por la reiteración que el prelado hace de las mismas en una nueva constitución dispuesta el 23 de julio de 1294⁴⁰, en la que insiste en que las distribuciones cotidianas se den en las horas y en la parte del oficio que se señaló y no antes. Nada debía percibir el que

³⁷ A.C.T. I.6.C.1.1.

³⁸ Las maitinadas eran las cantidades asignadas a los maitines. Aquí sólo se aplican las correspondientes a algunas épocas del año.

³⁹ "Et tenemos por bien que los quatro maravedís que avemos assignado a los que vienen a maitines, en los días que oviere obsequio que se partan al obsequio e en los días que no ay obsequio que se partan a los maitines de Santa María e quando no hay maitines de Santa María que se partan al benedicté. Et otrossi, los tres maravedís de la missa que se partan quando cantaren Agnus Dei. E los otros tres de las vísperas que se partan al Magnificat de las vísperas de Santa María, e el día que no oviere vísperas de Santa María que se parta al Magnificat de vísperas del día". A.C.T. I.6.C.1.1.

⁴⁰ A.C.T. I.6.B.1.3a.

se fuera antes de la hora establecida y, si era así, el refitolero o su procurador perdería la parte que le corresponde y su ración de aquel día. Esta cantidad se repartiría entre los que estuvieran presentes en el oficio cuando se cometió la falta.

La medida indica que, pese a lo dispuesto tres años antes, seguían produciéndose irregularidades en la asistencia de los capitulares a los oficios de la catedral. El estatuto recuerda ahora las constituciones de don Sancho que obligaban a asistir a los servicios del coro, en especial, a maitines, misa y vísperas, a todos aquellos que estuvieran en la ciudad. Si su negligencia era tal que no asistieran al coro, al menos, una vez al día a una de esas tres horas, serían castigados por el deán o su lugarteniente, que tomarían su ración, íntegra o en parte, según fuera la culpa⁴¹. Igual pena tenían quienes dejaran de asistir a la procesión que diariamente se realizaba y en la que su presencia era tan obligada como en las distintas horas canónicas.

Ahora bien, el arzobispo podía hacer sus excepciones: justifica la ausencia y admite que perciba íntegramente su distribución correspondiente, si era él mismo quien llamaba y requería a algún capitular presente en el coro. Igualmente, si alguno salía con el prelado a cabalgar o a acompañarle en sus negocios, recibía las caridades tanto de los aniversarios como de las fiestas que se tuvieran que repartir ese día. Don Gonzalo admite también la petición del cabildo de que algún capitular pueda faltar al coro durante cuatro días, bien para atender algún negocio, bien porque se le requiere para visitar y vigilar las posesiones de la iglesia o las suyas, sin que por ello pierda sus raciones⁴².

Los servicios del coro podían también desatenderse por el

⁴¹ Ibidem.

⁴² A.C.T. I.6.B.1.3a. Aún va más allá don Gonzalo al aumentar a siete el número de días en que los capitulares podía ausentarse por estas razones, siempre y cuando, el refitolero estuviera informado convenientemente. De no hacerse así, no percibirían la ración de los días en que estuvieron ausentes.

fallecimiento de aquellos que los tenían encomendados, eventualidad que había de subsanarse buscando un sustituto. El prelado insiste en que no se elija a ningún ausente, salvo si son beneficiados o residen algún día en la ciudad. Si alguno de estos sustitutos cometía una falta, el deán debía encomendar el oficio a otro, que sería quien recibiera la ración correspondiente⁴³.

No fueron estos los únicos problemas planteados en torno al tema. A los ya señalados hay que añadir las dudas suscitadas entre los capitulares toledanos sobre si la asistencia a algunas fiestas comenzaba por la mañana con los maitines o en las vísperas del día anterior. El prelado, en contra de la costumbre romana, opta por la segunda vía y determina en un nuevo estatuto que para percibir íntegramente las distribuciones debidas a dignidades y canónigos por asistir a las horas canónicas de las fiestas mayores (Todos los Santos, Pascua de Resurrección y Asunción de la Virgen) era preciso estar presente desde las vísperas del día anterior, y no desde maitines⁴⁴.

El encargado de repartir a canónigos y beneficiados cada uno de los emolumentos y cantidades que les correspondían por sus servicios en la catedral era el partidador o distribuidor. Éste completaba la labor que llevaba a cabo el refectorio o refectorero, verdadero administrador de los bienes del cabildo y ocupado en llevar cuenta de los ingresos y gastos de la mesa del refectorio. A ambos les exige el prelado jurar cumplir con su oficio bien y lealmente, no apropiándose indebidamente del dinero que deben repartir, ni favoreciendo a unos más que a otros. Si así no lo hacían, perdían su ración

⁴³ Ibidem. La razón de que se exija a dichos sustitutos poseer algún beneficio y una mínima presencia en la ciudad es la de que pudieran satisfacer la cantidad que de los frutos de esos beneficios les sería requerida por los arcepresbiteros. El texto dice expresamente que se debería retener "tanto quanto monta lo que debe haber el cabildo de dos setimanas".

⁴⁴ A.C.T. X.11.C.1.3. El texto fue otorgado por don Gonzalo con anuencia del cabildo el 25 de mayo de 1291.

de ese día y la parte que les correspondía de las caridades, aniversarios u otras cantidades que estuvieran distribuyendo⁴⁵.

3.4.2.- Los racioneros

Los siguientes apartados van a recoger las disposiciones arzobispales sobre una serie de colectivos cuyos cometidos principales estaban relacionados con el mejor servicio del templo. El primero de estos grupos es el de los racioneros, porcioneros en el texto, a quienes don Rodrigo Jiménez de Rada dedica un amplio estatuto el 10 de julio de 1238, tal vez en un intento de contentarles y saldar los conflictos que mantuvo con ellos poco tiempo antes, diferencias que hubieron de dirimirse, incluso, por un juez apostólico.

El pleito llegó a la Santa Sede tras la presentación por dos de estos racioneros el 29 de octubre de 1236 de una causa que acusaba al arzobispo toledano de ir contra los estatutos capitulares en lo referente a la colación de canonjías mansionarias⁴⁶. Los racioneros alegan un derecho preferente, el que les otorgara el legado Abbeville en 1229, por el que el prelado quedaba obligado a proveer las canonjías vacantes en las personas de los racioneros. No obstante, don Rodrigo viola esta disposición y otorga prebendas a no residentes y extraños, hasta el punto de conseguir -al menos, así lo afirma el libelo- que de los 70 beneficiados que entre canónigos y racioneros estaban asentados en el templo, sólo 8 ó 9 canónigos y muy

⁴⁵ B.C.T. MS 23-16, f. 9v-13r.

⁴⁶ El libelo acusatorio de los dos racioneros, de nombre "P. Castellanus et G. Petri", ha sido publicado, entre otros, por H. Grassotti, "Don Rodrigo, gran señor y hombre de negocios en la castilla del siglo XIII", en *Cuadernos de Historia de España*, 55-56 (1972), págs. 289-292. También dan múltiples detalles del proceso, J. Gorrosterratzu, *Don Rodrigo Jiménez de Rada. Gran estadista, escritor y prelado*, Madrid, 1925, págs. 303-305 y E. Estella, *El fundador de la catedral de Toledo*, Toledo, 1926, págs. 173-175.

pocos racioneros pertenecieran al clero nativo⁴⁷. Esta medida, unida a la fundación de varias capellanías por don Rodrigo⁴⁸, generó ese movimiento de protesta de los racioneros que ha sido calificado por Ramón González de cierto "nacionalismo o localismo religioso"⁴⁹.

Conocemos buena parte de este proceso gracias a un texto conservado en el Archivo Capítular de Toledo, en el que el cardenal auditor romano, Otto de San Nicolás, dirige letras requisitorias al cabildo, por si este quiere mostrarse parte en el litigio promovido por los dos racioneros contra el prelado. En el documento, que lleva fecha del 29 de octubre de 1237, se pide al cabildo su beneplácito para sostener en el juicio lo contenido en el libelo⁵⁰. Éste no lo da, desmarcándose de las afirmaciones de los racioneros que, pese a sostener que hablaban por boca de todo el cabildo, no cuentan con el apoyo de los canónigos y están abocados al fracaso. En esta circunstancia se apoyará el juez apostólico competente para desestimar la acusación por defecto de forma y exculpar de responsabilidades al arzobispo.

Una vez solucionados estos problemas, don Rodrigo, decidido a poner fin a los descontentos, procede a otorgar el citado estatuto de 1238, movido, como dice expresamente el texto, por el enriquecimiento de su

⁴⁷ Esta circunstancia no fue privativa del cabildo toledano, pues sabemos que afectó por igual a otras corporaciones. P. Linehan, *Ob. cit.*, pág. 240, indica que apenas uno de cada cuatro racioneros sería nativo, lo que explica por si sólo el malestar creado.

⁴⁸ El 3 de enero de 1236 Gregorio IX confirma al arzobispo y al cabildo la creación de 20 nuevos capellanes sobre los canónigos y racioneros existentes para mayor esplendor y decoro del culto divino.

⁴⁹ R. González Ruiz, *Hombres y Libros...*, págs. 170-173. De todas formas, las quejas de los racioneros toledanos no se quedan aquí. Acusan al arzobispo de proceder arbitrariamente en arriendos, administración de rentas y bienes de la mesa común; denuncian que los ausentes por razón de estudios no percibían los frutos de su cargo; e indican que los racioneros no tenían suficientes beneficios para vivir y se veían obligados a suplir en semanas y oficios a los ausentes que disfrutaban de mejores prebendas.

⁵⁰ A.C.T. A.6.H.1.24. J. Gorosterratzu y E. Estella fechan el documento en 1236, pero el texto dice claramente que es dado en Rieti, 4 kalendas de noviembre, año décimo del pontificado de Gregorio IX, lo que aconseja situarlo en 1237.

diócesis y por la existencia de un nuevo edificio, que sustituía a la mezquita mayor, al que era necesario dotar, organizar su culto y poner en funcionamiento⁵¹.

Para lograr este objetivo aumenta el número de los racioneros de 30 a 50 con lo que se logrará mayor esplendor y atención a los múltiples oficios del culto catedralicio. La principal misión de estos será, por tanto, el servicio del coro, dejando claro el estatuto cuáles son sus obligaciones al respecto: canto de la epístola, evangelio, lecciones, responsorios y demás oraciones del servicio divino, según dispusiera el precentor o chantre.

El texto les fija unos ingresos diarios de 2 sueldos, a no ser que el obispo, de acuerdo con el cabildo, les conceda algún aumento como gracia especial. Si alguno de estos servidores por licencia y gracia del arzobispo y cabildo va a recibir formación a alguna escuela, sólo percibirán un sueldo, descontándosele el otro por la ausencia. La fijación de estos emolumentos de forma tan precisa puede deberse a evitar abusos y exageradas peticiones, lo cual se comprende después de conocer los problemas que este grupo le había causado en el pasado. En otro orden de cosas, dispone que la ordenación del cabildo y de las cosas de la Iglesia, las elecciones del arzobispo, del deán, la colación de canonjías y de beneficios, se reserven al arzobispo y los canónigos, quedando los racioneros al margen de estas actividades⁵².

El mismo interés por organizar adecuadamente el culto y las celebraciones de la catedral manifiesta otro documento con la misma fecha del estatuto, 10 de julio de 1238, en el que el arzobispo, con la aprobación del cabildo funda y dota 20 capellanías, que, a excepción de una, quedarán

⁵¹ A.C.T. X.10.A.1.1.

⁵² Ibidem. El número de estos canónigos vuelve a fijarse en 40, siguiendo las disposiciones de Cerebruno de Poitiers y Martín López de Pisuerge.

adscritas a la nueva catedral⁵³. Cada uno de los veinte capellanes encargados de celebrar la misa diaria que exige la capellanía percibían el mismo salario diario que los porcioneros, dos sueldos, y tenían, como estos últimos, la obligación de servir en el coro en lecciones, responsorios y cantos, entrando su nombre en la matrícula de los turnos de las horas menores de prima, tercia, sexta, nona y completas, así como en el de la ceremonia de la bendición del agua que se hace los domingos. Para dotar estas fundaciones, don Rodrigo dona al cabildo numerosas rentas y posesiones de aldeas y lugares, recibidas con gratitud por la corporación⁵⁴.

Lo que está fuera de duda es que el citado incremento del número de racioneros, unido a la creación de estos veinte capellanes, debió suponer un notable engrandecimiento del culto de la nueva catedral toledana, cuya primera piedra fue puesta conjuntamente por el arzobispo y el rey don Fernando en 1226. En los años finales del siglo, Gonzalo Pétrez ratifica y amplía estas medidas.

3.4.3.- Los capellanes

En efecto, un buen número de las disposiciones dadas por don Gonzalo afectaban a los capellanes que, como acabamos de ver, cumplían con funciones litúrgicas y de culto en la catedral. Dentro de este grupo había diferencias derivadas de la asignación que cada uno recibía por los servicios

⁵³ A.C.T. E.1.A.1.1. La única capellanía que no se funda en la catedral quedará adscrita a la nueva capilla que ha mandado construir don Rodrigo en el palacio arzobispal. De las otras 19, 5 se fundan por las almas de los monarcas Alfonso VI, Alfonso VIII y Fernando III, una por el alma del propio arzobispo, y otra por sus padres y hermanos. Las 14 restantes quedan puestas bajo las siguientes advocaciones: Trinidad, Natividad, Transfiguración, Pasión, Resurrección, Ascensión, Espíritu Santo, San Ildefonso, Todos los Ángeles, San Juan Bautista, Apóstoles y Evangelistas, Todos los Mártires, Todos los Confesores y Todas las Vírgenes.

⁵⁴ Ibidem.

prestados. Así, había capellanes de 1, 5 ó 12 sueldos⁵⁵.

La fundación de capellanías pasaba por disponer una renta suficiente con la que pagar al capellán encargado de celebrar las misas y aniversarios ordenados por el fundador. Una constitución dada por este prelado establece la forma en que habrían de conducirse los que quisieran ordenar una capellanía perpetua de 12 sueldos, independientemente de si eran miembros del cabildo o personas ajenas a la iglesia. A todos se les exige dejar para ello en el refitorio una serie de posesiones que, al menos, supusieran una renta anual de 400 mrs. Si lo que dejaba dispuesto para la citada capellanía era dinero, el refitorio no se contentaría con menos de 5.000 mrs., con los que se comprarían las heredades necesarias para lograr la citada renta de 400 mrs.⁵⁶. En caso de querer ordenar capellanías de mayor o menor cuantía, bastaba con acrecentar o menguar la renta dispuesta para pagar a los capellanes.

Los encargados de recoger los dineros correspondientes, de comprar las heredades y de vigilar su rendimiento serían dos mayordomos de las capellanías, elegidos entre los "hombres buenos del cabildo, quier personas, quier canónigos, quier compañeros". Estos mayordomos no percibirían salario alguno por esta función y estaban obligados a aceptarla so pena de perder la ración de un año. Solo si tuvieran "escusa derecha" podían rehusar⁵⁷.

Uno de los temas que más preocupa a Gonzalo Pétrez es el de aclarar la situación y la forma en que debían actuar aquellos capellanes que tuvieran beneficios servideros en otras iglesias parroquiales. A fin de que el servicio no se resienta ni en las parroquias ni en la catedral el prelado trata de hacer

⁵⁵ A.C.T. I.6.B.1.3a.

⁵⁶ El texto de la constitución se conserva copiado en B.C.T. MS 23-16, f.9v-13r. No lleva fecha, pero los nombres de diversos miembros del cabildo que aparecen como confirmantes del documento nos llevan a situarlo en el pontificado de Gonzalo Pétrez.

⁵⁷ Ibidem.

compatibles ambas funciones y determina de forma muy precisa en qué momentos era exigida la presencia de los capellanes en la catedral para servir las horas canónicas y cuando podían hacer lo propio en sus parroquias⁵⁸. Si no eran capaces de compatibilizar ambos beneficios debían elegir uno de ellos⁵⁹. Estas disposiciones son sólo para los capellanes que en ese momento, julio de 1294, tuvieran beneficios en parroquias. Sin embargo, para los que pudiera haber en el futuro hay nuevas normas. Se determina que en adelante no se dé capellanía a ninguno que tenga beneficio servidero en la villa, salvo si renunciara a él.

Uno de los problemas que planteaba la posesión simultánea de beneficios en la catedral y en las parroquias era la contienda que existía entre los capellanes y clérigos de las parroquias en razón de los aniversarios perpetuos. Los capellanes reclaman su parte y los clérigos dicen que no les corresponde. Don Gonzalo trata de solventarlo ordenando que los capellanes no tengan parte de ningún aniversario si no van al mismo personalmente, y siempre y cuando no se resintiera el servicio de Santa María. Si así fuera se les impondría como castigo la pérdida de la ración de aquel día, y si se reincide tres veces, la de ocho. Igual pena se impone a los capellanes que dejaban de cantar las capellanías que tenían en la iglesia e iban a sus parroquias o a otro lugar, de manera que no servían personalmente en la catedral. Entre tanto, el canto de las misas no debía

⁵⁸ Se ocupa del tema la constitución ya citada que otorga el prelado el 23 de julio de 1294. A.C.T. I.6.B.1.3a. En ella se determina que en las horas canónicas que se dicen antes de misa y tras salir de los maitines de Santa María, puedan los capellanes ir a sus parroquias a cumplir su oficio. Después, deben volver a la catedral para prima y servir allí en las otras horas hasta vísperas. En el momento en que se hiciera la señal de vísperas de Santa María debían ir a sus parroquias a decir sus vísperas y completas y volver a las vísperas de la catedral antes de que comenzaran.

⁵⁹ Lo que sí les permite el estatuto es que el servicio semanal que les corresponde hacer a los capellanes en sus parroquias, lo puedan realizar por medio de vicarios, a fin de que no mengüe el culto en las mismas.

perderse y el deán debía hacerles cantar⁶⁰.

3.4.4.- Los clerizones del coro

Los clerizones o niños del coro constituían un grupo infantil que, además de educarse y formarse en el templo toledano, realizaba algunas funciones litúrgicas y ayudaba al oficio del coro. Siguiendo con el interés de que la iglesia estuviera bien servida, arzobispo y cabildo dispusieron en el ya citado estatuto del 14 de mayo de 1291⁶¹ la existencia de diez clerizones perpetuos que, al margen de los ya existentes, sirvieran cotidianamente en el coro y en todas sus horas y cantaran en la misa llamada de San Ildefonso a la hora acostumbrada.

Para ello, don Gonzalo asigna cada día de su parte del diezmo del almojarifazgo de Toledo 10 maravedís, y otro tanto hace el cabildo de los bienes del refectorio. Estos 20 maravedís debían repartirse entre los diez clerizones diariamente, además de asignarles por turnos semanales la lectoría con sus derechos correspondientes. El resto de rentas y pitanzas que perciben las deben tener comunalmente todos los clerizones.

Si alguno de estos no pudiera estar presente a alguna de las horas, debía dejar en su puesto a otro no perteneciente al grupo de diez clerizones y comunicarlo al capiscol o a quien estuviera en su lugar, a fin de que le fuera concedido el oportuno permiso para ausentarse. Si así no lo hacía, el capiscol le podía tomar la ración íntegra o una parte, según fuera la falta.

Contempla el estatuto la posibilidad de que quedara vacante alguna

⁶⁰ Ibidem. El castigo para los capellanes negligentes de 12 sueldos era el siguiente: por faltar a maitines, misa de tercia y vísperas perdían dos maravedís en cada hora canónica, y por faltar a prima y nona un maravedí cada hora. También hay castigo para los capellanes que cantan dos misas al día, quienes perderían la capellanía para siempre, salvo en los casos de derecho.

⁶¹ A.C.T. I.6.C.1.1.

de las plazas de los diez clerizones por muerte, renuncia, concesión de otro beneficio que hubieran de servir personalmente u otras causas, en cuyo caso se debía poner a uno de los otros mozos o servidores que se considerara idóneo y demostrase sus conocimientos en canto y lectura. El encargado de proveer estas plazas era el arzobispo o la persona o personas por él designadas.

En el caso de que alguna persona, canónigo o racionero tuviera interés por algún candidato y pidiera e intercediera ante el cabildo sobre él, estaba obligado a dar al clerizón capa, sobrepelliz y calzado, so pena de serle tomada en el refitor la cantidad que ello representase. Otro tanto sucede si son clérigos ajenos al templo o legos los que interceden por la entrada en el coro de algún muchacho. En este caso la pena por no costearles las prendas mencionadas se estima en 100 maravedís e igualmente si alguno demanda la entrada en el coro para sí mismo. Por último, ordena que los clerizones del coro, y fundamentalmente los diez perpetuos, "se cercenen altos y fagan las coronas grandes" bajo la vigilancia del capiscol⁶².

Unos días después de otorgar el estatuto anterior, el 25 de mayo de 1291, el prelado de acuerdo con el cabildo, vuelve a ocuparse del tema de los clerizones y del modo de repartir los ya citados 20 mrs. en el supuesto caso de que aumentara su número. Si así era, se imponía realizar una nueva distribución entre los que asistieran a las horas canónicas, reparto que ya no se haría a razón de dos maravedís para cada clerizón, sino atendiendo a una fórmula más abierta⁶³.

⁶² A.C.T. I.6.C.1.1.

⁶³ A.C.T. I.6.B.1.1. La cantidad se distribuye en cuatro lotes: seis maravedís entre los que vayan a maitines y a misa de San Ildefonso; otros seis entre los que vayan a misa mayor; seis más para los asistentes a vísperas; y dos entre los que vayan a nona. Los clerizones perciben la cantidad que les corresponde por asistir a las distintas horas, independientemente de su número. La lectoría quedaba fuera del reparto.

3.4.5.- Forma de estar presente en el coro

Muy interesantes e íntimamente relacionadas con esa solemnidad del culto que es objeto preferente en la atención prestada por Gonzalo Pétrez a su cabildo, son un grupo de disposiciones que tratan de la forma de estar presente en el coro, el aspecto externo de los capitulares, y otras cuestiones similares, ya esbozadas brevemente en las constituciones de don Sancho de Aragón.

Los textos señalan que en el coro se debía estar honestamente y guardar silencio. Si así no se hacía, la primera vez se perdía la ración de ese día; si se reincide una segunda vez, la de dos días, y si aún hay una tercera violación, el que ha cometido la falta la pierde por ocho días, sin esperanza de que se le haga gracia alguna ni en parte ni en todo. La misma pena de pérdida de la ración y de las caridades y las distribuciones por ocho días se impone a los que pasen de un coro a otro para hablar, y a los que estuvieran indebidamente sentados durante la celebración de las horas⁶⁴.

También hay castigo para los que lleven la cabeza cubierta en el Evangelio, altar del Corpus Christi, en las confesiones que se hacen en el coro a prima o a completas y, por supuesto, siempre que alguno hubiera de cantar o leer algún texto tanto en el altar como en el coro⁶⁵.

En cuanto al aspecto externo, se establece que nadie se presente en la iglesia con los cabellos y barbas largas, sino "cercenados honestamente sin trascol ni ferradura, e las coronas e las barbas fechas de fresco". Si no

⁶⁴ A.C.T. I.6.B.1.3a. "E esso mismo ordenamos e estableçemos en raçon de aquellos que estan assentados a las horas en los tiempos que no deven asi cuemo a la missa, al offiço e a los kirie, a Gloria in excelsis Deo, a las oraciones, al evangelio, al Credo in unum deum, al prefaçio, a los sanctus, a los Agnus e a las otras horas del día, guardesse segund fue siempre usado".

⁶⁵ Ibidem. El texto hace excepción para los casos en que "por necesidat de dolencia o flaqueza" hubieran de ir cubiertos. Salvo en estos casos, esta prohibido el uso de birrete, tanto de ramales, como de paño de lana ni almuza.

es así, el deán o su lugarteniente y el capiscol para el caso de los clerizones, les expulsará del coro, y si no se van, deberá cesar el oficio hasta que salgan.

Igualmente, se determina la forma en que se ha de rezar cada verso de las oraciones, no comenzando los de un coro el verso hasta que no acaben los del otro; deben recitarlo adecuadamente, sin que nadie se adelante so pena de ser castigados por el capiscol con la pérdida de su parte de la distribución cotidiana de aquel día⁶⁶.

Constituciones posteriores a lo largo de los siglos XIV y XV vuelven a incidir en estas cuestiones formales, que no siempre eran convenientemente observadas por los capitulares.

3.5.- OTRAS DISPOSICIONES

Aunque la atención preferente de los estatutos se centra en la normativa sobre la liturgia y la organización económica que acabamos de exponer, no se pueden desdeñar las disposiciones que tratan de regularizar sendas cuestiones de gran importancia para el buen funcionamiento de la corporación.

3.5.1.- La obligación de residencia

Una de ellas se refiere a un tema preocupante para los responsables del cabildo, el absentismo de los capitulares y, en consecuencia, la desatención a las tareas inherentes a su prebenda. A pesar de que una de las

⁶⁶ Ibidem. El capiscol está obligado a no perdonar a ninguno esta pena sea canónigo, capellán, racionero o clerizón (estos, además, podían ser expulsados del coro). Dicho capiscol deberá cumplir esta función, so pena de perder él mismo la ración de aquel día.

obligaciones ineludibles de éstos era la de residir en su beneficio, debieron ser frecuentes las infracciones a esta norma. Juan de Abbeville en 1229 se ve obligado a prohibir a los miembros del cabildo ausentarse del mismo sin causa justificada y, caso de hacerlo durante un año, determina que se les castigue con la privación íntegra del vestuario, tanto si eran dignidades como canónigos. Si las ausencias eran más breves, percibían tan sólo la proporción que les correspondiera por el tiempo en que estuvieron presentes⁶⁷.

Si estaba permitido faltar a la residencia durante seis meses en el caso de las dignidades, y durante cuatro en el de los canónigos, no perdiendo ninguno de ellos nada de su vestuario correspondiente⁶⁸. Es decir, habría algunas temporadas de recreo al año durante las cuales canónigos y demás componentes de la corporación podían ausentarse sin que se les retuviera cantidad alguna.

El tema vuelve a plantearse en algunos estatutos dados por don Sancho de Aragón, que modifican lo dispuesto por legado Juan de Abbeville. En concreto, un documento fechado el 15 de marzo de 1266⁶⁹, establece que los canónigos mansionarios que residieran continuamente o por partes durante tres meses desde la fiesta de San Miguel, percibirían íntegro su vestuario como si hicieran residencia personal durante todo el año. Es decir, la obligación de permanecer en la catedral y asistir a los oficios celebrados en ella quedaba limitada a noventa días para los citados canónigos y en sesenta para las dignidades, medida que seguirá vigente en los siglos siguientes.

Si aún así no lo cumplían con dicha residencia, se dividiría su

⁶⁷ B.C.T. 42-23a, f.20r-v.

⁶⁸ Ibidem. Además, acabamos de señalar en el apartado anterior que, aún cuando los canónigos fallecieran antes de finalizar el año, podrían percibir los frutos de su prebenda al considerarse que habían completado su residencia anual. Vid. *supra*, p. 43.

⁶⁹ La fecha del documento es errónea pues don Sancho no fue elegido administrador de la sede toledana hasta agosto de ese año, y habrá que esperar hasta 1268 para verle firmar y actuar como arzobispo.

vestuario entre los que entonces estuvieran presentes en la iglesia y en las horas canónicas durante las fiestas de Todos Santos, Pascua y Asunción de Santa María. Se excluye de esta norma a los enfermos y débiles, y también a aquellos que por enfermedad u otras circunstancias deban peregrinar a Santa María de Rocamador o a Santiago, los cuales percibirían durante seis semanas las distribuciones cotidianas⁷⁰.

3.5.2.- Provisión de cargos

Sin duda era esta una cuestión de obligatoria regulación en los estatutos capitulares y prueba de ello es que, como vimos, las primeras constituciones del siglo XII dictaron normas al respecto. En ellas se deja claramente dispuesto que las nuevas provisiones de cargos en el cabildo se harían conjuntamente por éste y el arzobispo correspondiente, teniendo preferencia para ocupar las vacantes el propio clero catedralicio.

Ni entonces ni un siglo después se respetó esa expectativa de que gozaban los extravagantes, porcioneros y demás servidores del cabildo para ocupar las canonjías vacantes, de ahí que surgiera un evidente malestar que tuvo su momento más grave en el pontificado de don Rodrigo Jiménez de Rada y en su enfrentamiento con los racioneros de la catedral, tal como señalamos en su momento.

Un intento de acabar con estas irregularidades es el extenso capítulo que las Constituciones de don Sancho dedican a disponer la forma en que debían otorgarse los beneficios. El estatuto recuerda que cualquier canonjía, porción o beneficio de la Iglesia de Toledo debía ser conferido en el cabildo

⁷⁰ A.C.T. X.11.C.1.1. En sus *De Constitutionibus et Consuetudinibus Ecclesie Toletane*, ya mencionadas, señala estos mismos motivos justificados de ausencia, añadiendo uno más; sería el de los enviados en legación por el mismo cabildo para atender negocios de la Iglesia fuera de la ciudad. B.C.T. MSS 23-16, f. 1r-6r.

de común acuerdo entre el arzobispo y los canónigos presentes, reprobando como corruptela la práctica de ser nombrado por el prelado sin el cabildo o viceversa. Una vez convenientemente elegidos, los nuevos canónigos, racioneros y capellanes debían jurar los estatutos y constituciones del cabildo en las manos del arzobispo o, en su ausencia, del deán. A continuación, comenzando por el deán y siguiendo por cada uno de los canónigos les era dado el beso de la paz, con el que eran admitidos en la posesión de su beneficio⁷¹. A pesar de ello, a lo largo de la Edad Media diferentes autoridades eclesiásticas y laicas siguieron interviniendo al margen del cabildo en la provisión de beneficios, como tendremos ocasión de analizar en la segunda parte del trabajo.

Aún dispone el prelado otra cuestión indirectamente relacionada con el tema: que todo nuevo canónigo de Toledo, antes de percibir prebenda y renta canónica alguna, esté obligado a entregar 25 libras turonesas o su equivalente en moneda usual, o un buen paño nuevo "de xanuto cum bono et sufficiente aurifrigio" para hacer una capa ornada. Sin la satisfacción de estos pagos en moneda o en especie, no se autorizaba a los canónigos al disfrute de las rentas y beneficios anejos a su cargo⁷².

⁷¹ B.C.T. MS 23-16. "Post hoc incipiens a decano et redieris ad dextrum chorum a singulis canonicis ad pacis osculum admittatur. Portionarius vero quaecumque auctoris de novo receptus prius pedes domini osculetur deinde incipiens a decano manus omnium canonicorum singulariter osculatur".

⁷² A.C.T. A.12.A.1.5. (1275, junio, 5). A mediados del XIV, Don Juan de Aragón añadirá a lo ya expuesto por su antecesor que la capa sea de seda y tenga un valor de 50 maravedís: "Item cum prefatus predecessor noster statuerit quod canonicos de novo receptus in dicta Ecclesia teneantur capam sericam nobilem, prout canonico tante Ecclesie congruit, facere infra annum, declaramus quos dicta capa habeat esse valoris quingentorum moravetorum ad minus, ceteris in dicta constitutiones contentis in suo robore duraturis". B.N. Mss. 13041, f. 53r-55v.



CAPÍTULO CUARTO

EL SIGLO XIV Y LOS COMIENZOS DEL SIGLO XV: LA MADUREZ DE LA INSTITUCIÓN CAPITULAR TOLEDANA



El periodo que se abre tras el año 1300 tuvo un papel decisivo en la historia del cabildo toledano. Tras los breves apuntes trazados en el siglo XII y las mejoras introducidas por los poderosos prelados del XIII, será ahora cuando se fijen los aspectos más esenciales de la normativa capitular y el proceso trazado con anterioridad alcance su plenitud. Estas circunstancias son las que nos permiten hablar de "madurez" del cabildo toledano al referirnos a estos años.

A la hora de estudiar y organizar el conjunto de reglas y constituciones dados en este tiempo a la institución capitular nos topamos con algunas dificultades. Una, sin duda, viene provocada por su mayor número; de los diecisiete estatutos otorgados entre los siglos XII y XIII, pasamos ahora a más de cincuenta, lo cual implica una gran variedad temática que dificulta la ordenación de sus contenidos. Pero, tal vez, la mayor complejidad reside en la propia realidad de los siglos XIV y XV y en las circunstancias que concurren en ellos, ya que éstas determinan muchas de las pautas por las que discurre la vida de la corporación. Por ello, antes de analizar la normativa capitular de este periodo, creemos conveniente señalar las características principales de estos siglos y la forma en que las

mismas afectan a la Iglesia y cabildo toledanos.

4.1.- EL CONTEXTO HISTÓRICO-ECLESIAÍSTICO

Imprescindible para comprender algunas de las medidas que en estos años toman los prelados toledanos o la propia corporación en aras a organizar y regular el buen funcionamiento del cabildo es trazar un breve panorama de las realidades históricas y de la situación de la Iglesia en el siglo y medio que se abre en torno al año 1300¹.

A fin de presentar de forma ordenada la información sobre este complejo periodo, hemos optado por distinguir dos apartados distintos dedicados a los siglos XIV y XV respectivamente, teniendo en cuenta que las circunstancias de uno y otro plantean sus diferencias. Ambos serán completados con un tercer capítulo en el que se analiza la decisiva labor que para el cabildo toledano realizó un insigne arzobispo del siglo XIV, don Blas Fernández de Toledo.

4.1.1.- Iglesia y prelados toledanos del siglo XIV

El punto de partida de este estudio ha de referirse, obligatoriamente, a la situación de crisis general que a lo largo del siglo vivieron los reinos hispanos y, en lo que a nosotros atañe, la Corona de Castilla. Prueba de ello son las numerosas circunstancias adversas que confluyeron en este periodo: descenso demográfico, malas cosechas, cambios climáticos, peste negra de 1348 y sus secuelas, alza de salarios, conflictividad social, entre otras. Además, Castilla deberá afrontar una profunda crisis política, jalonada de

¹ Un buen punto de partida para comprender la situación que atraviesan la institución eclesiástica en este periodo es el trabajo de J. M. Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1993.

conflictos sucesorios, de enfrentamientos entre las distintas facciones nobiliarias, de dificultades con otros reinos y, por si ello fuera poco, de una cruenta guerra civil².

Todas estos sucesos afectaron muy negativamente a la institución eclesiástica. Propietaria de importantes bienes rurales de los que obtenía lo necesario para vivir, sufrió los efectos de la crisis económica, al tiempo que nada le favorecía, dadas sus estrechas relaciones con la monarquía, el clima de inestabilidad política que se vivía en el reino. Muchas tierras de la Iglesia fueron abandonadas y quedaron improductivas; comunidades monásticas vieron reducido el número de sus miembros, llegando en algunos casos a desaparecer; ocasionalmente, se hizo necesario limitar el número de componentes de corporaciones capitulares o monacales, a fin de poder hacer frente al sustento de los mismos³.

Estos hechos no hicieron sino empeorar la situación de un clero, tanto regular como secular, que ya en momentos anteriores se vio afectado por una evidente decadencia moral. El celibato no se respetaba, era frecuente ver a clérigos participando en juegos y diversiones profanas y, si podían, no dejaban de vestir, comer y comportarse como los laicos. Además, su formación cultural y religiosa dejaba mucho que desear, lo cual

² La bibliografía que analiza estos procesos vividos en la Corona de Castilla es numerosa: J. Valdeón Barúque, "Aspectos de la crisis castellana en la primera mitad del siglo XIV", en *Hispania* 29 (1969), págs. 5-24; Idem, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975; L. Suárez Fernández, "La crisis del siglo XIV en Castilla", en *Cuadernos de Historia* 8 (1977), págs. 33-45; Ch. Verlinden, "La grande peste de 1348 en Espagne: Contribution á l'étude de ses conséquences économiques et sociales", en *Revue belge de Philologie et d'Histoire* 17 (1938), págs. 103-146; J. Sobrequés Callicó, "La peste negra en la Península Ibérica", en *Anuario de Estudios Medievales* 7 (1970-71), págs. 67-102.

³ La incidencia de la peste negra y de la crisis general del periodo en algunos cabildos e instituciones eclesiásticas fue puesta de manifiesto por J. Trenchs Odena, "La archidiócesis de Tarragona y la Peste Negra: los cargos de la catedral", en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, t.II-1, Valencia, 1969, págs. 45-64; H. Kern "La peste negra y su influjo en la provisión de beneficios eclesiásticos", *Ibidem*, págs. 71-83; N. Cabrillana, "La crisis del siglo XIV en Castilla: la peste negra en el obispado de Palencia", en *Hispania* 28 (1968), págs. 245-258.

repercutía de forma muy negativa en su tarea pastoral.

Así las cosas, las más altas instancias eclesiásticas, comenzando por el papa Juan XXII(1316-1334), deciden tomar cartas en el asunto e imponer en la Península una reforma que ya se había intentado, sin grandes resultados, un siglo antes tras la celebración del IV Concilio de Letrán de 1215⁴. Las medidas lateranense trataron de ser implantadas en los reinos hispanos con la presencia del legado papal, Juan de Abbeville, al que ya vimos actuar en relación al cabildo toledano en 1229. A pesar de estos buenos propósitos, en el siglo XIII los intentos de reforma no dieron los frutos deseados. La tarea reconquistadora absorbe las principales energías de los altos eclesiásticos que hubieran debido impulsar el proceso -baste recordar el caso de Jiménez de Rada- y sólo un siglo después será posible retomar y aplicar las disposiciones de Letrán. Sería concretamente el Concilio Nacional celebrado en Valladolid en 1322 el encargado de dictar las medidas necesarias para solucionar la profunda crisis eclesiástica que se vivía en la Península. En él, además de numerosas cuestiones sobre disciplina, moral e instrucción del clero, se determina que se celebren concilios provinciales cada dos años como máximo y sínodos diocesanos anualmente⁵.

Los problemas económicos, políticos y religiosos que hemos señalado, afectaron al conjunto de la institución eclesiástica hispana y a los diferentes grados del clero. Lógicamente, ni la archidiócesis ni el cabildo catedral toledano quedaron al margen de ello, y al tiempo que veían

⁴ El ambiente que vive la Iglesia en este periodo así como el proceso de reforma han sido objeto de estudio en varias obras. Basten como ejemplo, R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, t.II, Madrid, 1988; A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, t. VIII, Valencia, 1976; y M. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, t. III, Barcelona, 1970.

⁵ Se conserva copia de las actas del concilio en B.C.T. MS 23-16, f. 25r-41v. Fueron publicadas el siglo pasado por J. Tejada y Ramiro, *Colección de Cánones de todos los Concilios de la Iglesia de España y América*, t.III, Madrid, 1859, pág. 480.

mermados los ingresos que hasta ese momento obtenían de sus numerosas posesiones, muchas de las cuales quedaron abandonadas e improductivas⁶, debían asumir que su clero no era en absoluto un ejemplo de moralidad y preparación. Por esta razón, los más altos responsables de la sede primada, sus arzobispos, trataron de paliar la difícil situación y reformar su iglesia, de un lado, desplegando una gran actividad pastoral y, de otro, promulgando numerosos y variados estatutos capitulares. Veremos brevemente las principales líneas de actuación en uno y otro frente, aunque es obligado en primer lugar presentar la figura de estos prelados.

A lo largo del siglo XIV son diez los arzobispos que ocuparon la sede toledana⁷, siendo realmente notoria la labor desarrollada por muchos de ellos. En ocasiones, su condición de primados y las estrechas relaciones mantenidas con los monarcas, sobre todo castellanos, hicieron que sus decisiones rebasaran los límites de la extensa circunscripción que gobernaban e influyeran en otros territorios peninsulares. La personalidad de algunos de estos prelados marcará, sin género de dudas, la trayectoria seguida por el cabildo en estos años. Nombres como el de *Juan de Aragón*, *Jimeno de Luna*, *Gil Álvarez de Albornoz*, *Pedro Tenorio*, que simbolizan el poder y la influencia política y eclesiástica, ocuparon la sede toledana en diferentes momentos del siglo XIV. Junto a ellos, un grupo de arzobispos naturales de

⁶ El estudio de las posesiones capitulares y de las pérdidas de que fueron objeto en el siglo XIV ha sido analizado por R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del cabildo de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV*, Toledo, 1980.

⁷ Hasta la publicación en 1969 de la obra de J. F. Rivera Recio, *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (s. XII-XV)*, no se incluía entre la lista de prelados el nombre del electo maestro Domingo, que ocupó el cargo entre 1319 y 1322. Rivera Recio encontró su nombre en un obituario de la catedral toledana (sig. 42-43), en el que se indicaba que en 1322 había fallecido el maestro Domingo, "electo de esta iglesia". Este sería nombrado por el cabildo tras la muerte de don Gutierre Gómez en 1319, pero no llegaría a ser confirmado por el Papa que se había reservado el derecho a proveer la plaza. La muerte del maestro Domingo en 1322 ayudaría a solucionar el conflicto. Aunque Rivera Recio admite algunas reservas a esta explicación, considera que es la única forma de comprender la noticia del obituario. *Ob. cit.*, pág. 75.

Toledo y procedentes de importantes familias locales, *Gonzalo Díaz Palomeque*, *Gutierre Gómez*, *Blas Fernández de Toledo*, dedicaron también sus esfuerzos a reformar y mejorar la situación de su extensa diócesis y del cabildo catedralicio⁸.

Resulta significativo señalar cómo la actividad pastoral y capitular desarrollada por todos ellos se distribuyó de forma muy desigual a lo largo del siglo XIV. La etapa más fructífera e interesante, a juzgar por el número de convocatorias conciliares y sinodales y por la abundancia de constituciones capitulares, se correspondió con la primera mitad del siglo. Sin embargo, desde los años 1356-1357 se abre un paréntesis de más de diez años durante el cual no se celebró ningún concilio ni sínodo, ni se añadió nada nuevo a la normativa del cabildo.

Las razones de este cese en la actividad son evidentes: en Castilla se abre una crisis que había tratado de ser contenida por Alfonso XI. Desde mediados de siglo, la peste negra y sus secuelas, la guerra civil que enfrentó a Pedro I y Enrique de Trastámara, así como los desórdenes sociales y de otra índole que todo ello provoca, no ofrecen la situación más propicia para desarrollar con éxito la reforma de la Iglesia. Sólo tras el restablecimiento de la paz en 1371 vuelven a celebrarse algunas reuniones, concretamente tres sínodos en tiempos de Gómez Manrique y Pedro Tenorio, todos ellos en la década de los setenta. En las mismas fechas se reanuda la atención prestada al cabildo y serán los mismos prelados los que vuelvan a promulgar algunas constituciones. No obstante, cuando todo parecía recuperarse, un nuevo problema vendrá a detener el proceso. El Cisma que se abre en la

⁸ Tendremos ocasión de comentar la personalidad y figura de alguno de estos prelados más adelante, así como de citar la bibliografía específica publicada sobre alguno de ellos. Como obras generales nos remitimos a las citadas de J.F. Rivera Recio, *Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media*, págs. 71-98, y a la obra de conjunto, *Los Primados de Toledo*, págs. 64-83. En cualquier caso, hay que hacer constar la falta de una biografía completa de estos influyentes personajes, que nos permita conocer y comprender mejor su labor al frente de la sede toledana.

Iglesia desde 1378, unido a otra serie de circunstancias que más tarde precisaremos, determinaron el nuevo rumbo que tomó la Iglesia toledana desde fines del XIV y a lo largo de la primera mitad del XV, y, sobre todo, la paralización de la actividad pastoral durante un siglo.

A pesar de tantos altibajos, lo cierto es que el siglo XIV resultó clave en la historia del cabildo y de la diócesis toledana por el interés que hacia ellos mostraron los sucesivos arzobispos que ocuparon la sede primada. Veamos cómo se concretó su actuación en los dos planos citados, el pastoral y el capitular.

La labor pastoral de los primados de Toledo se plasmó en la convocatoria a lo largo del siglo XIV de siete concilios provinciales y dieciséis sínodos diocesanos en el área sometida a su jurisdicción eclesiástica, área muy extensa, que hacía su labor harto complicada. Por un lado, como metropolitanos que eran, estaban al frente de una gran provincia eclesiástica que, en este periodo, constaba de siete diócesis sufragáneas: Palencia, Osma, Sigüenza, Segovia, Cuenca, Córdoba y Jaén⁹. Por otro, eran los obispos de una amplia archidiócesis dividida para su mejor administración en seis arcedianatos, los de Toledo, Talavera, Guadalajara, Madrid, Calatrava y Alcaraz. Éstos, a su vez, estaban divididos en arciprestazgos que, en la segunda mitad del siglo XIV, eran veintitrés¹⁰. En el siglo XV aparecen algunas variaciones que serán mencionadas en su

⁹ D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempos del rey San Fernando*, págs. 98-100. Hasta 1318 formaba también parte de esta circunscripción la diócesis de Segorbe o de Santa María de Albarracín, que en la citada fecha pasó a formar parte de la recién creada provincia de Zaragoza, elevada a metrópoli.

¹⁰ Concretamente eran los arciprestazgos de Toledo, La Guardia, Ocaña, Rodillas, Canales, Illescas, Talavera, Santa Olalla, Maqueda, Escalona, La Puebla de Alcocer, Calatrava, Alcaraz, Madrid, Talamanca, Uceda, Buitrago, Alcalá, Guadalajara, Hita, Brihuega, Zorita y Almoguera. Conocemos estos datos a cerca de la organización de la archidiócesis toledana en el siglo XIV por el sínodo que el arzobispo Pedro Tenorio convocó en mayo de 1379 en Alcalá y en el que, al detallar las tasas que debían cobrar las distintas cancellerías de la diócesis, hace un repaso por las circunscripciones que la componían.

momento.

La celebración de las citadas reuniones conciliares y sinodales del siglo XIV se inicia en 1323, justo un año después del citado concilio de Valladolid, siendo especialmente intensa la etapa que se abre en dicho año y termina en 1356¹¹. Las actas de estas convocatorias recogen los diferentes acuerdos y disposiciones tomados con esta finalidad reformista, al tiempo que son una fuente inestimable para el conocimiento de este periodo. Los temas tratados en estas convocatorias son extraordinariamente diversos, interesando especialmente a nuestro estudio los que, aún dirigidos al conjunto del clero diocesano, no dejaban de afectar a los miembros del cabildo toledano. Disposiciones a cerca de la inmunidad de personas y bienes eclesiásticos, la honestidad del clero, su formación cultural, concentran buena parte de los esfuerzos y reformas de los primados toledanos, si bien, las reiteraciones encontradas en la legislación sinodal y conciliar sobre estos aspectos indican que los problemas no se resolvieron de forma definitiva¹².

Si interesante es la actividad pastoral que acometen los arzobispos de Toledo, no es menor la preocupación que muestran por el cabildo de la catedral primada. A lo largo del siglo XIV la institución va a recibir más de

¹¹ En efecto, durante este periodo se celebran seis concilios provinciales y trece de los dieciséis sínodos mencionados. El estudio de cada una de estas reuniones sinodales y conciliares así como la publicación de sus actas fue realizado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y Sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976.

¹² Las disposiciones dictadas sobre estos temas suelen aludir de forma genérica a los clérigos, sin especificar grado u orden, y sin hablar expresamente del clero catedralicio. No obstante, en ocasiones encontramos referencias directas a los miembros del cabildo. Es el caso de una constitución del concilio provincial celebrado en Toledo en noviembre de 1324 en la que se condena la costumbre de que algunas mujeres fueran a comer a casa de los "prelados y los grandes", aludiendo claramente a los capitulares toledanos. También se refiere al cabildo la medida dispuesta en el concilio provincial celebrado el 19 de mayo de 1339 que exigía que uno de cada diez componentes del clero catedralicio estudiara Teología, Derecho Canónico o Artes Liberales, lo cual sería recompensado, al menos durante tres años, con el disfrute de los frutos de su beneficio. *Ibidem*, págs. 186 y 201-204.

treinta estatutos y constituciones que en su práctica totalidad son otorgados por los prelados. En las páginas siguientes tendremos ocasión de analizar los pormenores de este amplio cuerpo normativo que abarca las más diversas cuestiones: la regulación de la liturgia y servicios religiosos que debían decirse en la catedral; la remuneración de canónigos, racioneros y demás miembros del clero catedralicio; la forma en que debían desarrollarse las reuniones del cabildo, y todo un amplio abanico de temas que no dejaba al azar ningún aspecto relativo a la vida de la corporación.

Gonzalo Díaz Palomeque y Gil de Albornoz se significan entre el conjunto de arzobispos toledanos por los numerosos estatutos que otorgaron al cabildo durante sus respectivos pontificados, pero si hubiera que destacar alguna entre todas las constituciones recibidas en este siglo por la corporación, habría sin duda que señalar las concedidas en 1357 por Blas Fernández de Toledo en las que compilaba buena parte de la reglamentación que hasta ese momento regía la vida del cabildo y fijaba la situación exacta de la institución. La trascendencia de su obra fue grande, pues no se conserva para todo el periodo medieval una normativa tan completa y precisa del cabildo toledano. Esta es la razón de que dediquemos un apartado especial a analizar la tarea de este prelado y su fundamental aportación al conocimiento de la corporación catedralicia.

4.1.2.- La labor compiladora de Blas Fernández de Toledo

Don Vasco o Blas¹³ Fernández de Toledo procedía de una noble familia toledana de abolengo mozárabe, era sobrino del también arzobispo de Toledo Gutierre Gómez(1310-1319) y, como él, permaneció nueve años

¹³ En los documentos latinos aparece como Blasius o Blas y en los castellanos como Vasco, de ahí que podamos encontrarnos, indistintamente, con las dos denominaciones. Nosotros nos referiremos a él como Blas.

al frente de este arzobispado, concretamente los comprendidos entre 1353 y 1362. Con anterioridad, y tras estudiar leyes en la Universidad de Toulouse, fue deán de la catedral de Toledo, vicario general de la diócesis por encargo de Jimeno de Luna, y obispo de Palencia desde 1344, donde desplegó una gran actividad pastoral¹⁴. A la muerte de Gonzalo de Aguilar en 1353 fue trasladado por el papa Inocencio VI desde Palencia a Toledo, circunstancia bien aceptada por el cabildo, que ya había querido nombrarlo arzobispo en 1338, si bien entonces la intervención de Alfonso XI llevó a elegir a Gil de Albornoz.

El pontificado toledano de don Blas es contemporáneo al conflictivo reinado de Pedro I. En un principio, las relaciones de ambos personajes fueron excelentes, ya que el prelado había sido el encargado de la educación del infante don Pedro por deseo de la reina María de Portugal. Permaneció a su lado en los momentos difíciles, cuando la Santa Sede exigía una solución al conflicto matrimonial del monarca, que había abandonado y confinado en Toledo a su legítima esposa, uniéndose a su favorita María de Padilla. Ello no impidió que, conforme el monarca endurecía su actitud, don Blas y sus familiares cayeran en desgracia. El arzobispo fue desterrado del reino en 1360 y confiscados sus bienes, instalándose en Coimbra donde falleció dos años después¹⁵.

Evidentemente, al tiempo que se veía inmerso en estas vicisitudes políticas, don Blas hubo de cumplir con las funciones anejas a su importante cargo eclesiástico. A ellas dedicó, fundamentalmente, los primeros años de su pontificado, antes de que los cada vez más complejos asuntos del reino absorbieran por completo su tiempo y atención. Durante este periodo es de destacar la actividad pastoral que desarrolla el prelado, plasmada en la

¹⁴ J. San Martín Payo, "Sínodos diocesanos del obispo don Vasco(1344-1353)", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, Palencia, 1949, págs. 129-175.

¹⁵ *Los Primados...*, págs. 78-79; J.F. Rivera Recio, *Los arzobispos...*, págs. 91-92.

convocatoria entre los años 1354 y 1356 de dos sínodos diocesanos y un concilio provincial¹⁶. De estas tres reuniones cabría destacar la última celebrada, el sínodo toledano del 3 de mayo de 1356, interesante, no por las medidas adoptadas, sino por la publicación que en ella hace el arzobispo de una recopilación de sus propias constituciones sinodales y de las de algunos de sus antecesores. En efecto, viendo la dispersión y desorden en que se conservaban estas constituciones -algunas de las cuales habían sido revocadas, modificadas o ampliadas- decidió revisarlas y recoger en un sólo volumen las dadas por él en los dos sínodos citados así como las que consideró más importantes de sus predecesores. El resultado fue el *Libro de las Constituciones Sinodales de Don Blas Fernandez de Toledo*, compuesto de 27 constituciones, de gran interés para conocer la evolución de la normativa sinodal a lo largo del siglo XIV¹⁷.

Si importante fue la labor desarrollada por el prelado como pastor de su diócesis, no es menos destacada la atención que prestó al cabildo de la catedral primada. Nuevamente, lo que hace tan decisiva para éste la actuación de don Blas no son las revolucionarias medidas adoptadas ni la promulgación de numerosos estatutos, sino la publicación de un amplio texto en el que, igual que había hecho con las constituciones sinodales, recopila buena parte de la información y de la normativa vigente sobre la corporación catedralicia. Se trata de las *Constitutiones Ecclesie Toletane facte per Reverendissimum in Christo Patrem el Dominum dominum Blasium Archiepiscopum Toletanum Hyspaniarum Primatem*, publicadas el 13 de septiembre de 1357. Este interesante texto fue copiado junto con otras

¹⁶ Se trata concretamente de los sínodos de Alcalá y Toledo de 1354 y 1356 respectivamente, y del concilio provincial reunido en Toledo el 1 de octubre de 1355. Las constituciones relativas a las tres convocatorias han sido publicadas por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 217 y ss.

¹⁷ A.C.T. I.6.A.1.2. J. Sánchez Herrero, *Op. cit.*, págs. 223-242, lo publica conforme aparece en la copia conservada en B.N. Mss. 13021, f.7-27v.

disposiciones y constituciones relativas al cabildo en una compilación autorizada por la misma corporación durante el pontificado de Pedro Tenorio, en 1380¹⁸. El propio don Blas deja claro en un pequeño prólogo introductorio que algunas de las constituciones de sus predecesores incluían cosas superfluas, peligrosas o revocadas por otras ordenaciones, de ahí que su intención sea la de confirmar las que son útiles y necesarias, y disponer otras nuevas.

De esta forma, conservamos una recopilación de estatutos dividida en 32 capítulos, en la que se tratan aspectos relativos a la vida de la institución que ningún otro documento nos ha dado a conocer: el número de sus componentes y las cualidades requeridas para percibir un beneficio; la convocatoria al capítulo; los oficios del coro y de altar desarrollados en el templo; las distribuciones cotidianas, caridades, ración, aniversarios y vestuarios percibidos por los beneficiados; las funciones específicas de cada una de las dignidades catedralicias y de otros oficios importantes; la iluminación del templo, el toque de las campanas; las competencias de los capellanes; la actividad de los escolares.

La simple mención de los temas tratados en cada uno de los capítulos habla de la valiosa información reunida en el texto y, lo que es más importante, de lo relevante que este documento es para nuestro estudio. Aún siendo numerosos y significativos los estatutos otorgados al cabildo durante todo el periodo medieval, ninguno como éste analiza de forma tan completa y sistemática las cuestiones de fondo relativas a la vida de la corporación. No existe ninguna otra ordenación tan amplia y detallada del cabildo toledano, hasta el punto de que su lectura nos traza por sí sola un panorama

¹⁸ Tanto el texto de don Blas como el resto de documentos incluidos en la colección de 1380 lo conocemos a través de varias copias. Una de ellas se conserva en B.C.T. MS 23-17, f. 1r-26v; otra de las copias realizada en el siglo XVI (1595) puede verse en B.N. Mss. 6260, f. 1-23v.

muy claro de la realidad en que se movían sus componentes.

Por ello este texto normativo se convertirá en el armazón que nos permitirá tratar buena parte de los temas incluidos en la segunda parte de nuestro estudio, en la que analizaremos la situación del cabildo en la segunda mitad del siglo XV. Las escasas variaciones que las cuestiones recogidas en las Constituciones de don Blas experimentan con el paso del tiempo nos permitirán situar correctamente el estado de la corporación. Será allí donde más partido saquemos a esta fuente y donde de forma casi exhaustiva expondremos sus contenidos.

4.1.3.- La Iglesia toledana en los primeros decenios del siglo XV

A lo largo de las páginas precedentes hemos constatado la interesante actividad que los prelados toledanos desempeñaron en aras a reformar y mejorar la situación de su diócesis y del cabildo catedral. Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo XIV y ya de forma más palpable en la primera mitad del siglo XV, el proceso se verá frenado y será menor la atención que los responsables de la sede primada dedican a estos fines. En efecto, al tiempo que se paraliza la interesante actividad pastoral desplegada por los arzobispos toledanos, remite la atención y preocupación que éstos habían manifestado por el cabildo de la catedral primada. Varias circunstancias confluyen para explicar estas nuevas situaciones, alguna de las cuales ya fueron apuntadas.

La más importante es la grave crisis que atraviesa la Iglesia desde que en 1378 se abriera el *Cisma de Occidente* tras la elección de dos Papas para ocupar el solio de San Pedro. La jerarquía eclesiástica de los distintos reinos se va a ver obligada a dar su apoyo a una u otra obediencia y a exponer en nombre de su reino las razones para el mismo, dejando a un lado la reforma su Iglesia. Cabildos, diócesis y parroquias ceden paso a

preocupaciones políticas de gran envergadura. Los arzobispos toledanos, en su calidad de primados, se vieron fuertemente implicados en estos complejos acontecimientos y, así, les vemos asesorando al monarca o asistiendo a reuniones y concilios para debatir los temas en litigio¹⁹.

También contribuyó a separar a los responsables eclesiásticos de sus objetivos pastorales la propia *situación de la Corona castellana*. El reinado de Juan II y los enfrentamientos entre nobleza y monarquía tan frecuentes en el periodo no ofrecían la estabilidad suficiente para acometer una actividad de reforma de la Iglesia, máxime cuando los propios arzobispos toledanos se vieron continuamente involucrados en los confusos acontecimientos del momento²⁰.

Por último, las propias personas que se suceden al frente de la sede toledana, no siempre tuvieron la necesaria talla eclesiástica para acometer las reformas y, a menudo, permanecieron alejados de su sede o del reino atendiendo las cuestiones de alta política mencionadas. Cinco fueron los arzobispos que ocuparon la sede a lo largo de estos difíciles años: Pedro de Luna(1403-1414), Sancho de Rojas(1415-1422), Juan Martínez de Contreras(1423-1434), Juan de Cerezuela(1434-1442), y Gutierre Álvarez de Toledo(1442-1446)²¹.

¹⁹ Las líneas generales del desarrollo del Cisma eclesiástico pueden verse en la completa síntesis de V. Álvarez Palenzuela, *El Cisma de Occidente*, Madrid, 1982. La incidencia del proceso en España y la participación de los prelados toledanos en los diferentes concilios del XV han sido puestos de manifiesto, entre otros, por L. Suárez Fernández, *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar(1378-1440)*, Madrid, 1960; J. Goñi Gaztambide, "Presencia española en los concilios generales del siglo XV", en *Historia de la Iglesia en España*, t.III-1º, Madrid, 1979, págs. 25-114.

²⁰ Las vicisitudes del periodo y el ascenso nobiliario han sido estudiados por L. Suárez Fernández, *Nobleza y monarquía, Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV*, Valladolid, 1959. Abundante información recogen las crónicas de la época, destacando A. García de Santamaría, *Crónica de Juan II*, edic. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1982; *Crónica de Don Alvaro de Luna*, edic. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1940.

²¹ J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 99-118 y *Los Primados...*, págs. 84-93. Referencias a ellos pueden encontrarse en las crónicas y obras generales sobre la realidad política del momento, así como en las que analizan la situación de la Iglesia hispana y el papel de los eclesiásticos españoles en los concilios de este periodo.

Don Pedro de Luna fue elegido después de tres años de estar vacante la sede toledana y tardó un tiempo en poder posesionarse de ella ante la mala acogida que su nombramiento por su tío, el papa Benedicto XIII, tuvo en la corte castellana. Sólo tras la muerte de Enrique III pudo posesionarse del arzobispado. Precisamente su parentesco con el pontífice hizo que permaneciera buena parte del tiempo alejado de Toledo y ocupado en defender la causa de Aviñón. Parecido rumbo siguió su sucesor, *Sancho de Rojas*, también nombrado por Benedicto XIII, y totalmente absorbido por los asuntos que afectaban al reino castellano. Gobernó la diócesis a través de un vicario general, y de su relación con el cabildo no ha quedado ninguna noticia. *Don Juan Martínez de Contreras* tenía un mayor conocimiento de la situación de la sede primada, pues cuando es nombrado arzobispo ocupaba el puesto de deán de Toledo. No obstante, tras su elección por el cabildo tampoco dedicó mucho tiempo a las cuestiones relacionadas con su iglesia de la que estuvo ausente para asistir al concilio de Pavía-Siena. Su sucesor, *Juan de Cerezuela*, era hermano de madre de Alvaro de Luna, lo cual fue clave para su encumbramiento y explica su participación en la política del momento. Lo más significativo de sus relaciones con el cabildo son las diferencias que mantuvieron y que llevaron a éste a procesar y deponer al prelado. El motivo del enfrentamiento fue la ciudad de Talavera de la Reina, que quiso ser dada por don Juan a su hermano el condestable, con gran oposición del cabildo, aunque finalmente se llegó a una reconciliación. El último de nuestros prelados fue *don Gutierre Álvarez de Toledo*, parece que natural de esta ciudad, que accedió al cargo tras ocupar las sedes de Palencia y Sevilla. Durante los cuatro años que permaneció al frente de la sede primada se vio mezclado en múltiples acontecimientos de la política castellana, siguiendo la tónica marcada por sus antecesores.

Basta echar un rápido vistazo a las biografías de estos personajes para

comprender el escaso tiempo que tuvieron para dedicarse a la sede que dirigían y, en lo que a nosotros concierne, al cabildo primado. Exceptuando alguna cuestión sobre la primacía y la concesión de algunas gracias y favores a villas del arzobispado -Talavera es un ejemplo de ello- pocos asuntos relacionados con su diócesis atraieron su atención. Si que hay, no obstante, un aspecto por el que mostraron especial celo y fue el de promover nuevas obras y edificaciones en la catedral toledana, contribuyendo a su esplendor²².

En estas circunstancias, se comprende que los estatutos capitulares conservados sean menos numerosos y que se deban, más que a la iniciativa arzobispal, a la del propio cabildo. Prueba de ello es que sólo tres de los textos y normas dados en este tiempo a la corporación partieron de los prelados toledanos²³. Ante la ausencia o falta de interés de éstos, que en los siglos anteriores habían tomado las riendas de la situación, son ahora los propios integrantes del cabildo de Toledo los que dictan una serie de ordenamientos y medidas con las que pretenden solucionar problemas puntuales y muy concretos que en esos momentos preocupan a la institución, haciendo gala de esta facultad autonormativa a la que aludíamos en su momento. No obstante, incluso así, habrá que esperar a 1423 para encontrar estatutos específicos referidos al funcionamiento de la corporación.

Una vez señalado el marco general en que se mueve la situación de la Iglesia toledana durante el siglo XIV y las primeras décadas del XV, nos proponemos repasar el conjunto de constituciones y normas que el cabildo

²² Como ejemplo, citaremos la obra de la torre de la catedral que llevan a cabo Juan Martínez de Contreras y Juan de Cerezuela, así como la construcción y reparación de algunas capillas. D. Heim y A. Yuste Galán, "La torre de la catedral de Toledo", en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIX (1998), págs. 237-244.

²³ Se trata de una constitución dada por Juan Martínez de Contreras en 1433 sobre lo que debían percibir los canónigos ausentes, y de dos cartas. La primera, otorgada por Pedro de Luna en 1408, trata de la luctuosa y la otra, también debida a don Juan, confirma una constitución de Gil de Albornoz a propósito del catedrático. Todas ellas serán analizadas oportunamente en nuestro estudio.

recibió a lo largo del periodo. El funcionamiento interno de la institución, el servicio del coro y la preocupación por las cada vez más abundantes propiedades del cabildo son los tres grandes capítulos en que hemos estructurado la compleja información consultada.

4.2.- EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL CABILDO

Incluimos bajo este epígrafe un conjunto de disposiciones recogidas en diversos estatutos, que afectaban a aspectos muy concretos de la vida de la corporación toledana y de sus miembros. Ya quedó dicho en otro lugar que eran muy pocas las cuestiones que la normativa capitular dejaba al azar, y prueba de ello son las siguientes medidas que inciden en múltiples e interesantes detalles sobre el funcionamiento de la institución.

4.2.1.- Voz y voto en las reuniones capitulares

Una de las cuestiones que preocupó a los responsables del cabildo toledano fue la de fijar quienes tenían voz y voto en las reuniones que la corporación celebraba de forma periódica para tratar los distintos asuntos que afectaban directamente a su funcionamiento²⁴.

La primera disposición de que tenemos noticia es de Gonzalo Díaz Palomeque²⁵, que en todo momento dio muestras de un gran celo a la hora

²⁴ Lo relativo a las modalidades de reunión, lugar de celebración, asistentes, etc., será mencionado al realizar el estudio específico sobre la situación del cabildo toledano en la segunda mitad del siglo XV.

²⁵ Este arzobispo ocupó la sede toledana en 1299 tras suceder a su tío, Gonzalo Pétrez, y procediendo, como él, de un importante linaje mozárabe. Hubo de intervenir en algunos concilios y reuniones con diferentes prelados del reino para tratar algunos de los preocupantes temas en que se vio inmersa la Iglesia en la primera década del siglo: la ocupación indebida de bienes eclesiásticos, el proceso iniciado en Francia contra la Orden del Temple, etc. Falleció en 1310. Vid. J. F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 71-72 y *Los Primados de Toledo*, págs. 64-65.

de fijar normas para la buena marcha del cabildo. En este sentido, otorga una constitución el 23 de octubre de 1307, en la que limita la plena participación con voz y voto en los cabildos o reuniones capitulares a aquellos que tuvieran orden sacro, aludiendo claramente a los cuarenta canónigos mansionarios²⁶.

Debía ser este un tema que creaba algunos problemas a los responsables del cabildo, a juzgar por la nueva medida que toma Jimeno de Luna²⁷ el 27 de junio de 1330. En ella menciona el anterior texto dado por don Gonzalo y señala que, siendo ya cuarenta los canónigos que tienen voz y voto en los cabildos y reuniones, número que le parece suficiente y moderado, no es conveniente incrementarlo, a pesar de que los canónigos nombrados en expectativa de que quedaran prebendas vacantes ejercían presiones para que se les concediera ese privilegio. Don Jimeno entiende que de ello se derivarían inconvenientes en las elecciones y otros negocios de la iglesia, discordias y el consiguiente incremento de gastos para la institución. Por eso, decreta que los canónigos en expectativa no tengan ni voz ni voto en el cabildo, ni perciban nada de las distribuciones cotidianas, aniversarios y caridades que se dividen en la iglesia entre personas, canónigos, prebendados y socios. Sólo cuando ocupen pacíficamente las vacantes podrán acceder a estas raciones y prebendas²⁸.

²⁶ A.C.T. A.12.A.1.6.

²⁷ Su pontificado abarca diez años, concretamente los que van de 1328 a 1338. Procedente de un importante linaje aragonés, llegó a Toledo tras una amplia experiencia episcopal como obispo de Zaragoza y arzobispo de Tarragona. Destaca su talante reformista que le llevó a convocar diversos concilios y sínodos y a disponer varias constituciones capitulares. J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 81-83 y *Los Primados...*, págs. 72-73. Tratan específicamente del prelado los trabajos de F. de Moxó, "Notas sobre el pontificado tarraconense de don Ximeno de Luna(1317-1328)", en *Hispania* 41 (1989), pp. 87-102, y "Prelados de la casa de Luna en los albores del siglo XIV", *Hispania* 37 (1985), pp. 1-26.

²⁸ A.C.T. A.12.A.1.4. Además de este original conservado en el Archivo Capitular, el texto se ha transmitido copiado al final del sínodo diocesano que el 2 de agosto de 1336 celebró Jimeno de Luna.(B.N. Mss. 13041, f.166v-167). Ello ha llevado a J. Sánchez Herrero a preguntarse si también la constitución dada en 1330 correspondería a un sínodo, pero la no mención de este término, y su contenido, centrado sólo en el cabildo, le llevan

Ahora bien, parece que no bastaba con determinar quiénes tenían pleno derecho a participar en las reuniones capitulares para que éstas transcurrieran con normalidad. En ocasiones, se daba la curiosa circunstancia de que alguno de los canónigos congregados no quería dar su opinión sobre el tema debatido y callaba ante las preguntas del deán o su lugarteniente.

Esto pone de manifiesto un amplio estatuto dado por don Gil de Albornoz²⁹ el 16 de mayo de 1346 en el que, entre otras cuestiones, determina el castigo para quienes se comportaran en la forma citada. La pena impuesta sería la pérdida de la "voz" en ese asunto concreto, pues no volvería a ser requerido ni preguntado por esa cuestión, "ni su voz pueda hacer daño ni pro alguno, mas sea avido como si no fuese persona". Es decir, se le ignorará completamente en la resolución del tema tratado³⁰.

En la primera mitad del siglo XV el tema también estuvo entre las principales preocupaciones de los responsables de la corporación. Un estatuto dado por el cabildo el 2 de noviembre de 1435 ratifica que sólo los cuarenta canónigos mansionarios, tendrían voz y voto en las reuniones. El texto insiste en la obligación por parte de ellos de recibir una de las ordenes sagradas, so pena de ser castigados con la pérdida de la mitad de su vestuario, aunque hubieran hecho su residencia anual y personal. Resultaba

a pensar que se trata de una constitución capitular. *Ob. cit.*, págs. 42-43.

²⁹ Es uno de los prelados más destacados que ocupa la sede primada, no sólo por las medidas y reformas que acomete en su diócesis, sino también por el importante papel que desempeña para el conjunto de la Iglesia. Su pontificado se extiende desde 1338 a 1350 y durante el mismo desarrolla una gran actividad pastoral y dicta numerosos estatutos capitulares. Participó activamente en la política de su tiempo colaborando con el monarca Alfonso XI. Tras su fallecimiento, nuestro prelado renunció al arzobispado y marchó a Avignon donde siguió haciendo gala de sus dotes de mando y organización. Además de las obras generales de Rivera Recio, págs. 85-87 y *Los Primados*, págs. 74-75, aportan numerosas noticias los trabajos de J. Beneyto Pérez, *El Cardenal Albornoz, hombre de Iglesia y de Estado en Castilla y en Italia*, Madrid, 1986; *El cardenal Albornoz, canceller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, 1950; *El cardenal Albornoz y el colegio de España*, Bolonia, 1972.

³⁰ A.C.T. I.6.B.1.10.

evidente que la falta de celo de los canónigos a la hora de ser ordenados "in sacris" repercutía negativamente en las reuniones capitulares, pues les impedía asistir y dar su opinión y consejo en las mismas³¹.

Independientemente de ello, lo realmente interesante es conocer las medidas tomadas por el cabildo para incrementar la eficacia de las reuniones y acabar con las irregularidades cometidas por los cuarenta canónigos con derecho a voz en las mismas. Lo primero que quiere evitar una importante constitución, otorgada por el propio cabildo el 10 de octubre de 1431 a fin de ordenar cuestiones concretas sobre la emisión del voto por los capitulares, es que estos abandonaran y se movieran del puesto que tenían asignado durante las deliberaciones y votaciones³².

De gran interés es la medida que obliga a salir de la reunión a los capitulares que hubieran llevado a la misma alguna petición o negocio que debiera ser tratado por el conjunto del cabildo. Se quiere evitar que la corporación se vea mediatizada por la presencia del autor de la propuesta y de ahí que éste deba permanecer fuera de la sala "fasta que por los señores del dicho cabildo sea mandado llamar". El mismo buen propósito, impedir los conflictos y discordias entre los señores, es el que les lleva a ordenar seguros procedimientos en las votaciones, para las que se emplearían dos fórmulas: la utilización de habas, altramuces o garbanzos, en cada una de las tres opciones que solían presentarse a debate³³, y la emisión del voto en una cédula escrita en la que los capitulares debían escribir una "a", en caso de aprobar la propuesta, o una "r" si la reprobaban. Los votos se pondrían secretamente en un "virreto", comenzando por el deán y siguiendo

³¹ B.C.T. MS 23-17, f. 35v-37r ó B.N. Mss. 6260, f. 31r-32v.

³² B.C.T. MS 23-17, f. 37r-39r ó B.N. Mss. 6260, f. 32v-34v. "Primeramente que cada un capitulante de ellos en el dicho su cabildo se asiente y fable en su lugar según los lugares asignados que cada uno tiene en el dicho su cabildo".

³³ Ibidem. "[...] por la fava o altramus o garvanço demuestre cada uno a quien quiere que sea proveido de tal beneficio que sea nombrado Pedro la fava, o Gonzalo por altramus y Juan por garbanço".

por el resto de los asistentes.

Como no todos los hechos llevados ante la corporación tenían igual interés, el estatuto dispuso un orden de preferencia entre los temas a deliberar en el que el primer lugar era ocupado por cuestiones relativas a la mesa y bienes del refectorio, negocios de los vestuarios, y aspectos de interés general. Después, se tratarían las situaciones y propuestas particulares.

4.2.2.- Acumulación de prebendas por los capitulares

Preocupaba sobremanera a los responsables del cabildo la acumulación de prebendas y beneficios por los capitulares, dada la dificultad de compatibilizar su obligada presencia en la catedral toledana con la frecuente posesión por su parte de algún beneficio curado o servidero en la misma ciudad o en la diócesis. No era un tema nuevo; recordemos que ya en el siglo anterior el legado Juan de Abbeville y Rodrigo Jiménez de Rada actuaron con rigor y trataron de impedir que los canónigos toledanos pudieran recibir beneficios en otras iglesias ante el perjuicio que ello ocasionaba al servicio de la catedral.

Poco caso debió hacerse a la medida pues a lo largo del XIV siguió siendo habitual la acumulación de beneficios en una sola mano, circunstancia de la que se derivaban no pocos problemas para los propios capitulares. En efecto, don Gonzalo de Aguilar³⁴ el 24 de junio de 1351 escribe a los arciprestes, vicarios o sus lugartenientes para informarles de las quejas de algunas personas, canónigos, racioneros y capellanes que poseían beneficios en otras iglesias y a los que sus compañeros beneficiados no quieren

³⁴ Su breve pontificado de sólo dos años (1351-1353) no le permitió desarrollar una gran labor en su diócesis, máxime cuando fue escaso el tiempo que permaneció en Toledo. Conservamos muy poca documentación sobre su actuación, aunque sabemos de la convocatoria de un sínodo y de algunas medidas en relación con el cabildo. J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, pág. 89, y *Los Primados...*, págs. 76-77.

entregar las rentas que les corresponden por dichos beneficios cureros o servideros, alegando que no hacían residencia personal en ellos³⁵.

El prelado, considerando que si los capitulares residieran en sus beneficios no podrían atender plenamente el servicio de la catedral toledana, así como la prioridad que debe tener ésta sobre cualquier otra iglesia, ordena que los miembros del cabildo que se encuentren en la citada situación puedan percibir las rentas y derechos que les corresponden por sus beneficios. Los capitulares deberían cubrir el servicio que deben en la otras iglesias por medio de vicarios y capellanes con cura de almas en el caso de los beneficios curados; si son beneficios simples o servideros, servirían en cada iglesia una semana, personalmente o por otros. Si por esta razón se hubiera tomado alguna cosa y realizado algún perjuicio a los miembros del cabildo, la carta del prelado exige su inmediata devolución, debiendo velar los citados arciprestes y vicarios por su cumplimiento en cada una de sus circunscripciones.

Contrasta esta medida con las ya citadas que se tomaron en el siglo anterior tanto por el legado Juan de Abbeville, como por los arzobispos Jiménez de Rada y Gonzalo Pétrez que fueron mucho más duros y rigurosos respecto a la acumulación de beneficios por los capitulares, y no conocemos las razones concretas que llevaron a Gonzalo de Aguilar unos decenios después a contradecir tan significativamente las constituciones de sus antecesores, aunque suponemos que primaría la imposibilidad de acabar con esta práctica y la necesidad de, cuando menos, regularla para que la catedral no resultara perjudicada³⁶.

³⁵ A.C.T. I.6.B.1.15.

³⁶ La única concesión que anteriormente había hecho Gonzalo Pétrez fue la de intentar que los capellanes pudieran compatibilizar el servicio del coro y los demás beneficios, pero siempre que no saliera perjudicada la catedral toledana, en cuyo caso deberían renunciar a las otras prebendas.

4.2.3.- La residencia

La presencia de los miembros del cabildo en la catedral era, como ya se ha indicado, absolutamente imprescindible para poder atender los distintos servicios de culto que habían de celebrarse en el templo, así como para percibir las distribuciones cotidianas. Por esta circunstancia, en todas las épocas y momentos encontramos disposiciones sobre el tema.

Ahora bien, esta obligación de residencia en el lugar de su beneficio no era en ningún caso excesiva ni muy gravosa para los capitulares toledanos, pues bastaba para cumplirla con acudir a la iglesia toledana durante sesenta días al año, alternos o continuos, en el caso de las dignidades, y durante noventa, igualmente alternos o continuos, para el resto de canónigos. Se entendía que el año, a efectos de cumplir la residencia, comenzaba en la fiesta de San Miguel, el 29 de septiembre³⁷.

Faltar a la residencia estaba severamente castigado en las constituciones capitulares, aunque había excepciones. Estaban autorizados a ausentarse de la catedral y de los oficios corales los que se encontraban en la Corte Romana ocupados en diversas causas y litigios, los que estaban al servicio de príncipes y poderosos, los enfermos y los estudiantes. La realidad es que, entre las ausencias permitidas y los escasos días en que estaban obligados a residir, no debían ser muchas las ocasiones en que los cuarenta canónigos mansionarios coincidieran en el templo primado.

Así se pone de manifiesto en una de las pocas constituciones otorgadas al cabildo toledano directamente por su prelado durante las primeras décadas del siglo XV, concretamente, la que da el 26 de agosto de 1433 don Juan Martínez de Contreras de conformidad con la corporación.

³⁷ La medida no es nueva, pues ya la encontramos en las constituciones dadas en el siglo XIII por don Sancho, si bien en la centuria siguiente se vuelve a ratificar a menudo.

El arzobispo se lamenta en ella de que algunas veces apenas eran veinte los canónigos presentes en la iglesia³⁸.

Por esta razón, y aún cuando los ausentes por las razones citadas tenían derecho a percibir los frutos de su beneficio, el prelado va a fijar la retribución que les correspondía en 60 florines de Aragón al año en concepto de vestuario. Una vez realizada esta distribución de los frutos de los vestuarios entre los canónigos autorizados a ausentarse, la cantidad restante se repartiría entre los que estuvieran presentes de forma efectiva en la catedral y que hubieran hecho su residencia personal de los sesenta o noventa días en la misma. La forma en que habría de realizarse el reparto de ese remanente entre los canónigos residentes quedó fijada en el ya citado estatuto dado en noviembre de 1435. De acuerdo con él, se habían de tomar 18.000 mrs. al año, que serían distribuidos en los tres cabildos o reuniones convocados al efecto y llamados particiones, a razón de 6.000 mrs. en cada uno. Los tres cabildos se habrían de celebrar todos los años entre la fiesta de Todos Santos y la de Navidad³⁹.

4.2.4.- Algunas dignidades del cabildo

Entre las disposiciones tomadas estos años por los arzobispos destacan algunas referidas a esos componentes del cabildo que, por su especial función, eran llamados en la documentación "personas o dignidades".

³⁸ B.C.T. MS 23-17, f. 34v-35v ó B.N. Mss. 6260, f. 30v-31r: "... contigit interdum vix viginti in tam solemni et amplissimo nominatissimo templo canonicos reperiri presentes qui solvant altissimo obsequia debita et prosequant que oportuna eidem ecclesie negotia sunt".

³⁹ B.C.T. MS 23-17, f. 35v-37r ó B.N. Mss. 6260, f. 31r-32v. Cada uno de los cabildos tenía una función determinada "conviene a saber, el primer cabildo que es para haber y declarar de las condiciones con que se han de arrendar los vestuarios, y el segundo cabildo que es del nombrar del receptor de los dichos vestuarios y el tercero cabildo del declarar de las ausencias de los canonicos ausentes que no ganaron los vestuarios".

Algunas de estas medidas afectan al deanazgo, que, al parecer, no gozó durante buena parte del siglo XIV de una situación muy favorable desde el punto de vista económico. Eso al menos manifiesta una carta de Gonzalo de Aguilar a su capiscol, con fecha del 26 de diciembre de 1352, en la que el prelado, viendo la pobreza del deanazgo de Toledo y el afán que esta dignidad ponía en el cumplimiento de sus funciones en la iglesia catedral, anexiona al cargo 2.000 maravedís de los bienes de la obra de la iglesia. Unos días después, el 5 de enero de 1353, el cabildo acepta la merced del arzobispo y ratifica la pobreza de la citada dignidad⁴⁰. La precariedad del cargo debía ser tal, que nadie quería suplir al deán en caso de ausencia; las rentas que obtuvieran por hacerse cargo de esta función no compensarían en modo alguno el trabajo realizado.

Ello nos acerca a otro de los aspectos que las constituciones tratan de regular en relación a esta dignidad capitular. Sería, concretamente, el de la necesidad de que, en caso de ausencia, el deán dejase en su puesto a alguien que atendiera las obligaciones del cargo hasta su regreso. En efecto, eran significativos los problemas y perjuicios que planteaban las ausencias del deán para el gobierno del coro y, en general, para la adecuada administración temporal y espiritual de la Iglesia. Numerosas referencias en la documentación aluden a la existencia de un "lugarteniente" del deán que le suplía y trataba de mantener la buena marcha de la institución. Sin embargo, sólo dos constituciones capitulares aluden directamente a este cargo y determinan sus competencias.

La primera referencia la encontramos en un amplio estatuto dado al cabildo por don Gil de Albornoz en 1346 en el que dispone que si el deán se ausenta del coro ocupe su puesto la más antigua dignidad o, en su

⁴⁰ A.C.T. I.9.B.1.2. La presente signatura corresponde al instrumento público que manda hacer el cabildo en 1353 aceptando las medidas de don Gonzalo. La carta de éste va incluida en el documento.

defecto, el más antiguo canónigo a fin de poner orden y corregir las faltas. Lo mismo habría de hacerse en caso de que la ausencia se prolongase indefinidamente⁴¹. En la misma línea se pronuncia otra constitución dispuesta diez años más tarde por don Blas Fernández de Toledo, que insiste en el nombramiento por el propio deán o el cabildo de un vicedeán que haga las veces de la citada dignidad ausente y la supla en todos los actos y con las mismas facultades que fijan para el cargo las constituciones de la Iglesia toledana⁴².

Aunque cronológicamente es anterior a los hechos señalados, hemos dejado para el final la mención a una importante novedad que se produce en este periodo en relación con las dignidades capitulares. Se trata, concretamente, del incremento de su número, que pasa de diez a doce, en el pontificado de Gonzalo Díaz Palomeque. Éste, tras recibir la facultad apostólica y la autorización correspondiente de Bonifacio VIII el 31 de enero de 1300⁴³, incluye como dignidades de la catedral a los abades de Santa Leocadia y de San Vicente de la Sierra⁴⁴.

El origen de estas abadías hay que buscarlo en el siglo XII, y responde al movimiento reformista iniciado un siglo antes en el seno de la Iglesia. Muchos clérigos, en busca de una mayor perfección, deciden renunciar a la posesión de bienes y vivir en comunidad sujetos a una regla, generalmente, la trazada en su día por San Agustín. Los diferentes papas respaldaron y apoyaron la fundación de estas canónicas o canónicas regulares en los diferentes reinos cristianos, a fin de impulsar la reforma de

⁴¹ A.C.T. I.6.B.1.10. (1346, mayo, 16, Toledo)

⁴² A.C.T. I.6.B.1.13. (1356, julio, 5, Toledo).

⁴³ A.C.T. I.11.A.1.2.

⁴⁴ No se ha encontrado en el Archivo Capitular toledano el correspondiente documento. No obstante, se tuvo que dar después del 31 enero de 1300, fecha en que se otorga la citada facultad apostólica, y con anterioridad al 12 de septiembre de ese mismo año, momento en que el cabildo aprueba las medidas de Don Gonzalo.

su Iglesia⁴⁵.

La primera fundación de este tipo en la diócesis toledana es obra de Alfonso VII y de su hijo Sancho III, debiendo situarse entre 1156 y 1158. Por estas fechas, un grupo de canónigos regulares, probablemente procedentes del monasterio aviñonense de San Rufo, se instalan en una abadía de difícil emplazamiento, pero situada en algún lugar de la Sierra de San Vicente⁴⁶.

A este mismo espíritu responde el establecimiento de una canónica regular en la antigua basílica cristiana de Santa Leocadia, situada extramuros de la ciudad de Toledo, y dedicada a la doncella mártir que murió en prisión durante la persecución de Diocleciano. Allí se celebraron algunos de los más importantes concilios visigóticos, fueron enterrados insignes metropolitanos y existió siempre un grupo de clérigos dedicados a su mantenimiento. Será en 1162 cuando el arzobispo Juan de Castellmoron y el cabildo toledano, tras varias vacilaciones, autoricen el establecimiento en el templo de una canónica regular agustiniana, no sabemos si procedente también de San Rufo, a la que conceden una serie de posesiones⁴⁷.

⁴⁵ Sobre la aparición y posterior desarrollo de estas canónicas regulares en la Península puede verse, A. Linage Conde, "Reorganización de la vida en común del clero. Canónigos regulares. Premostratenses en España", en *Historia de la Iglesia en España* t.II-1º, págs. 406 y ss. Para ver los procesos generales en Occidente, los trabajos de A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, v. XII, págs. 694 y ss., y de M. Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, v. III, págs. 498 y ss. y IV, págs. 61.

⁴⁶ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t.II, Roma, 1976, págs. 196-199. Fue el propio papa Adriano IV, antiguo abad del monasterio canonical de San Rufo, quien insistió a Alfonso VII en una carta fechada el 18 de febrero de 1156 para que fuera generoso con la citada iglesia y donara a alguno de sus religiosos un lugar en su reino donde pudieran asentarse y servir a Dios. Parece que la comunidad franca pasaba por dificultades económicas y de ahí la demanda de ayuda por el pontífice. Más información en A. Fernández Collado, "La documentación del monasterio de San Vicente de la Sierra, en el Archivo Capitular de Toledo", en *Memoria Ecclesiae* VII, t. II, Oviedo, 1995, págs. 421-424.

⁴⁷ El cabildo toledano no se mostraba muy dispuesto a aceptar una regla canónica, dado que hacía apenas unos años se había liberado de la disciplina cluniacense. No obstante, el arzobispo don Juan es consciente de la extensión que va alcanzando este movimiento canonical, y ve necesaria su implantación en la misma sede metropolitana. Tras diversas

La documentación conservada a cerca de estas dos fundaciones no es muy numerosa para estos primeros años. En cualquier caso, lo más interesante para nuestro estudio en relación con ellas parte del momento en que Gonzalo Díaz Palomeque convierte a sus abades respectivos en dignidades del cabildo toledano.

El 12 de septiembre de 1300, el deán y el conjunto de la corporación consienten en esta medida, entendiendo el bien que el prelado les hace acrecentando el número de las personas y ordenando a los abades citados que no puedan alcanzar este cargo si no son canónigos mansionarios de la iglesia de Toledo. Don Gonzalo, además, concede que las nuevas dignidades gocen de las mismas franquezas y libertades que los arcedianos y otras personas del cabildo toledano, les señala un lugar concreto en el coro y determina que al acceder al cargo paguen al refitor 3.500 maravedís cada uno de la moneda nueva. Esta cantidad se invertiría en la compra por parte del cabildo de algún heredamiento con cuyas rentas se pagaría a ambos abades el maravedí diario que les correspondía por ausencia. De esta forma se aliviaba al refitor del pago de esta cantidad⁴⁸.

4.3.- EL SERVICIO DEL CORO

El servicio del coro y de los diferentes oficios de culto celebrados en la catedral es fundamental obligación de canónigos y demás miembros del cabildo, de ahí que buena parte de los estatutos capitulares traten de regular los menores detalles referidos a ello. Cuanto más esplendor y solemnidad tuvieran las celebraciones litúrgicas en la catedral mayor sería la gloria de Dios y la fama de la institución.

negociaciones con el cabildo de la catedral, se acepta la instalación de esa canónica en Santa Leocadia. J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 192-195.

⁴⁸ A.C.T. I.11.A.1.5

Ya vimos como algunas de estas cuestiones fueron tratadas en el siglo XIII por distintos prelados. Será, sin embargo, en la centuria siguiente cuando el interés de los arzobispos y del propio cabildo por ordenar el servicio del coro se traduzca en la promulgación de mayor número de constituciones. El contenido de esta amplia normativa es extraordinariamente variado y no podemos recogerlo en su totalidad, pero trataremos de resumirlo y de señalar sus principales aspectos en las siguientes páginas.

4.3.1.- El servicio de semanas y su retribución

A fin de que el culto en la Iglesia estuviese asegurado en todo momento, los diferentes miembros del cabildo y de la catedral se relevaban para cumplir con las diversas necesidades litúrgicas y celebraciones que habían de ofrecerse a los fieles. Existían diversos turnos de semana que todos debían realizar, pero que no siempre se respetaban, de ahí que algunos estatutos traten de regularlos.

La obligación de servir a la iglesia y de cumplir estos servicios semanales está regulada ya desde tiempo de Sancho de Aragón⁴⁹, pero no siempre se cumplió con la debida diligencia. Afectaba a todo aquel que obtuviera un beneficio en la catedral, independientemente del orden sacro recibido, tal como recuerda Jimeno de Luna en el breve estatuto otorgado el 27 de junio de 1330. Señala el prelado que los presbíteros que posean beneficios en la catedral toledana debían servir su semana de evangelio de igual forma que los diáconos, y si así no lo hicieren, serían excluidos por el deán⁵⁰.

⁴⁹ B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r.

⁵⁰ A.C.T. I.6.B.1.11.: "Statuimus ut presbíteri qui in nostra ecclesia toletana porciones obtinent vel in poster obtine in eadem ecclesia septimanas de evangelio sicut alii porcionarii diaconi facere teneant. Si quis non ab huic onere somitantur excludere per decanum ut ceteri socci diaconi eisdem ecclesie compellantur ac etiam punyantur".

Lo cierto es que la norma debió contravenirse en más de una ocasión causando serios menoscabos a la celebración de los oficios litúrgicos. Las personas que tenían a su cargo el servicio de la semana, semaneros o "ebdomarios" en la documentación, no siempre la hacían ni se preocupaban de que otros la hicieran por ellos. Esto obligaba al deán a buscar un sustituto, que percibiría la ración correspondiente al encargado de semana⁵¹.

Tampoco ésta debía ser tarea fácil, pues la documentación menciona las resistencias expresadas por parte del clero catedralicio que debía suplir dichas semanas. La constitución otorgada el 31 de diciembre de 1306 por la propia corporación toledana alude al desagrado que causaba a algunos capitulares, presbíteros fundamentalmente, sustituir a otros de menor categoría en cuanto al orden sacro recibido. El documento les recuerda en un interesante párrafo la humildad que debe presidir sus actos y castiga esta actitud con la pérdida de su parte de la ración de la semana⁵².

En íntima relación con el servicio de semanas y con la asistencia a los distintos oficios y celebraciones de la catedral estaban las ya citadas distribuciones cotidianas. El significado de las mismas dentro del conjunto de emolumentos percibidos por los capitulares era el mismo que quedó establecido en las ordenaciones hechas por Gonzalo Pétrez a fines de la centuria anterior.

Medio siglo después es Gil de Albornoz quien vuelve sobre ello, intentando solucionar las irregularidades que se producen en el reparto de dichas distribuciones. El estatuto, dado en Toledo el 16 de mayo de 1346,

⁵¹ Esto pone de manifiesto el estatuto dado por Gonzalo Díaz Palomeque el 2 de octubre de 1305: A.C.T. I.6.C.1.4.

⁵² A.C.T. I.6.C.1.2.: "Et por grant sennor e grant prelado que sea e mucho onrrado e muy rico el que dixiere la missa del diacono o sodiacono non tenga en poco esta obligacion e recibanla, pues a Dios se façe, non a ellos como a omes, ni la puedan aver los selmaneros e si la demandaren salgan ende denodados e avergonnados e con confusión e non ayan parte en la dicha offrenda".

pone de manifiesto las particiones desordenadas que se hacían tanto en el coro como en el cabildo, particiones que no tenían en cuenta los derechos y normas del refitor capitular. Frecuentemente, los encargados de distribuir las cantidades y bienes que pertenecían comunalmente a todos los beneficiados se apropiaban indebidamente de ellas, provocando grandes conflictos y "escándalos" entre el conjunto del clero catedralicio.

El prelado, tras recibir múltiples quejas sobre el tema, decide que si se hacen particiones de los derechos del refitor, tanto el deán que así lo ordenase, como el refitor que da los derechos y el partidador que los distribuye, deben entregar el doble de aquello que se reparta al refitor, a fin de que en ningún caso mengüe el servicio de la Iglesia⁵³.

Además de los habituales conceptos repartidos entre los miembros del cabildo, éstos tenían derecho a participar en las ofrendas que "reyes, reinas, infantes y ricos omnes, caballeros, dueñas y otras personas" hacían a la catedral en las misas conventuales. Como se suscitan diversas contiendas, el cabildo determina que si la cantidad ofrecida es de 30 mrs., se repartirá entre preste, diácono y subdiácono según la costumbre, "del preste la meytad e las dos partes una al diácono e una al sudiácono". Si la ofrenda supera esta cifra, este sobrante será para el deán, canónigos y racioneros presentes en la misa⁵⁴.

4.3.2.- El esplendor litúrgico en la catedral

Ya hemos señalado en varias ocasiones que la insistencia de buena parte de las constituciones capitulares en ordenar y disponer con gran detalle

⁵³ A.C.T. I.6.B.1.10. Parece que en el servicio de maitines era donde más problemas había, de ahí que el arzobispo determine la forma en que ha de repartirse el dinero del refitor en las diversas festividades que se celebran en la catedral.

⁵⁴ A.C.T. I.6.B.1.3. El texto no lleva fecha, pero puede situarse a finales del siglo XIV.

todo lo concerniente al servicio del coro, tanto desde el punto de vista económico como estrictamente piadoso, tenía como objetivo acrecentar la magnificencia en la celebración del culto divino. A las cuestiones ya señaladas hay que añadir un conjunto de disposiciones, a las que aludiremos brevemente, pero que inciden aún más en la consecución de dicho objetivo. Se trata de una serie de medidas que regulan aspectos formales y externos sobre el vestido de los celebrantes, los cirios que debían arder en los oficios y la devoción con que debían seguirse los mismos.

El primero de estos aspectos se pone de manifiesto en la visita realizada a la catedral por don Juan de Aragón(1319-1328)⁵⁵, en la que el prelado especifica que los presbíteros vistan en la forma adecuada que requiere el culto divino y así, con reverencia y devoción, celebren la misa. Deberán tener para ello paños de altar, corporales y el resto de la vestimenta sacerdotal siempre limpia y dispuesta para mayor gloria de Dios; si así no lo hicieran podrán ser severamente castigados⁵⁶.

Por su parte, la constitución dada por Gonzalo Díaz Palomeque en 1305 indica que el diácono y el subdiácono deben ayudar al preste a vestirse en la forma debida, y después hacerlo ellos mismos, de manera que los tres vayan al altar convenientemente. Si no se hace así, perderían la ración del

⁵⁵ El texto, del que desconocemos la fecha, ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 366-368, conforme a la copia conservada en B.N. Mss. 13041, f. 53r-55v. Respecto al prelado, hijo de Jaime II de Aragón, recibió diversas prebendas, incluso en Toledo, antes de ser promovido al arzobispado de esta ciudad en 1319. En principio, dado que su edad no alcanzaba la exigida en los cánones para el episcopado, ocupó la sede en calidad de administrador. Destaca de él su celo pastoral, que le llevó a promover diversas e interesantes asambleas, y su gran formación intelectual y cultural. J. F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 77-79, *Los Primados...*, págs. 70-71. Información concreta sobre él en, A. Risco, "Algo sobre el infante Don Juan de Aragón y por qué renunció al arzobispado de Toledo", en *Razón y fe* 77 (1926), págs. 22-31; R. Avezou, "Un prince aragonais archeveque de Tolède au XIV siècle, Don Juan d'Aragón y Anjou", en *Bulletin Hispanique* 32 (1930), págs. 326-371.

⁵⁶ El texto, cuya fecha desconocemos, ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 366-368, conforme a la copia conservada en B.N. Mss. 13041, f. 53r-55v.

día, que se repartiría entre los asistentes a la misa⁵⁷.

También tienen cuidado los estatutos en castigar los retrasos y demoras de los celebrantes, máxime si, ante los mismos, hubiera de vestirse alguno en su lugar. Si preste, diácono o subdiácono no tuvieran una causa justificada, perderían la ofrenda que le correspondía por su función, y saldría "denodado y avergonnado"⁵⁸.

En algunas ocasiones especiales los miembros del cabildo vestían sus más ricos trajes y estaban autorizados a usar la mitra. Por bulas de Celestino III en 1192 y de Inocencio IV en 1248, las distintas dignidades capitulares podían usar la mitra cuando el arzobispo celebraba bajo palio, circunstancia que se producía en las fiestas y momentos más solemnes⁵⁹. Ahora bien, no sólo durante los servicios y celebraciones más solemnes del templo primado debían canónigos y demás miembros del clero catedralicio poner cuidado en llevar el hábito y la tonsura de forma adecuada. Continuas referencias de constituciones sinodales y capitulares recuerdan al clero en general y al de la catedral en particular el decoro que deben mostrar en su vestimenta para mayor gloria de Dios⁶⁰.

Poca efectividad, no obstante, debieron tener las continuas disposiciones dadas a lo largo del XIV en este sentido, cuando en diciembre de 1434 encontramos al cabildo otorgando un nuevo y detallado estatuto dedicado íntegramente a estas cuestiones y en el que se manifiesta "que algunos clérigos beneficiados de la dicha Iglesia no andan en abito e tonsura decentes"⁶¹.

Estas deficiencias observadas entre las costumbres del clero catedralicio llevan a la corporación a disponer con gran precisión en el

⁵⁷ A.C.T. I.6.C.1.4.

⁵⁸ A.C.T. I.6.C.1.2.

⁵⁹ En las signaturas A.C.T. I.9.A.1.9 y I.9.A.1.8. se encuentran ambos documentos.

⁶⁰ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*

⁶¹ B.N. Mss. 13018, f. 227r-229v.

citado texto las características concretas que debían tener las ropas llevadas por dignidades, canónigos, racioneros, capellanes y clerizones de la catedral primada, no dejando a la improvisación ningún detalle de su aspecto externo. Estas debían ir cerradas por delante y detrás y ser muy largas, excepto cuando "fisiere grandes aguas o nieves o lodos que las puedan traher algund tanto más cortas". Una mayor permisividad se concedía a los citados clérigos catedralicios si estaban fuera de la ciudad de Toledo o del templo, y caminaban por diversos caminos. En este caso, la elección del vestuario quedaba "a la disposición del derecho comun et a la su discrecion e honestidad de los tales caminantes"⁶².

Quienes no llevaran el hábito y la tonsura adecuados dejaban de ser tenidos en cuenta para percibir las distribuciones cotidianas, caridades, aniversarios y otros ingresos hasta que modificaran su actitud. Igual pena tenían aquellos componentes del clero catedralicio que estaban autorizados a permanecer lejos del templo y que volvían al mismo. Si pasados tres días no seguían las mismas normas que los residentes perderían lo ganado en el coro y fuera de él desde su vuelta, y no lo percibirían hasta enmendarse. En modo alguno podían alegar desconocimiento de la norma, porque los partidores estaban obligados a informar a todos so pena de ser ellos quienes sufrieran el castigo.

Otro tema que tampoco era dejado al azar en la normativa de estos años era el de la iluminación de las capillas y altares de la catedral en orden a lograr un mayor esplendor de los oficios. En función de la mayor o menor categoría litúrgica de la hora canónica, del momento concreto de la celebración, del oficiante, o de la fiesta a conmemorar, debían arder un

⁶² Ibidem. Respecto a la tonsura, se les ordena "que trahigan las coronas abiertas de las formas que los dichos señores dean et cabildo mandaron dar et dieron al su barbero et al su refitolero et aun mandaron senalar e pintar en fin desta constitución, esto quier se afeyten con el barbero del dicho cabildo, quier con otro qualquier barbero".

número determinado de velas, cirios y candelas. Extremadamente prolijas en detalles son las constituciones dadas por don Sancho y don Juan de Aragón en sus respectivos pontificados⁶³.

De ellas nos interesa destacar, más que los numerosos ejemplos aportados, las alusiones que se hacen al miembro del cabildo encargado de tener a punto el alumbrado de la catedral. Era éste el tesorero, una de las dignidades capitulares con mayores competencias dentro de un templo tan extenso y rico como el toledano. A él corresponde, además de la iluminación, el cuidado de las reliquias, joyas, vestidos y paños de altar o las reparaciones del templo. Del buen cumplimiento de sus tareas dependía que esos aspectos externos de cada celebración estuvieran en la forma debida⁶⁴.

La magnificencia de las celebraciones no podía lograrse si persistía una de las faltas más graves cometidas por los miembros del cabildo: su deficiente actitud en el coro en el momento de decirse los diferentes oficios divinos. Disposiciones anteriores no lograron erradicar estos malos hábitos, que vuelven a lo largo del siglo XIV a ser tema principal de estatutos y constituciones capitulares.

Citaremos como ejemplo la normativa dada por Juan de Aragón tras visitar la catedral toledana⁶⁵, que expone con claridad la falta de honestidad y devoción con que se seguían los oficios divinos. Para paliar el problema, les prohíbe abandonar el lugar y la silla que cada uno tenía asignado en el coro y situarse en otro, así como reír, reunirse a charlar, proferir injurias, y otra serie de actos indignos mientras se celebraba o cuando estaba reunido

⁶³ B.C.T. MS 23-16, f.1r-6r, y B.N. Mss. 13041, f. 53r-55v.

⁶⁴ El estatuto de Sancho de Aragón dedica un amplio capítulo a tratar de esta dignidad. Ibidem.

⁶⁵ Ya señalamos que el texto no está fechado y sólo podemos enmarcarlo entre los años 1319 y 1328 correspondientes a su pontificado. Ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 366-368.

el capítulo. La pena impuesta a aquellos capitulares que mostraran este comportamiento sería la suspensión durante quince días, lo que les privaba de las asignaciones correspondientes a ese periodo⁶⁶.

En idénticos términos se pronuncian sucesivos arzobispos, concretamente, Jimeno de Luna y Gil de Albornoz, en cuyos respectivos estatutos sólo varía la pena impuesta a los capitulares que mostraran este indigno comportamiento. Dicha pena es bastante dura en la constitución de don Jimeno, fechada el 24 de enero de 1332, ya que amplía a un mes el periodo en el que dejarían de percibir los beneficios eclesiásticos⁶⁷. Por su parte, don Gil dulcificará el castigo, pero sin por ello obtener resultados más favorables⁶⁸.

Al tiempo que se ordenaban estas cuestiones que daban más solemnidad al culto divino, poseemos información sobre algunas celebraciones y actos concretos que se desarrollaban en la catedral y que eran también objeto de una cuidada reglamentación.

A menudo la documentación menciona las *fiestas de seis capas*, que toman el nombre del número de celebrantes que las presiden. Junto a ellas había también fiestas de dos y cuatro capas. En las de seis capas, más solemnes, oficiaban la misa las personas y canónigos más antiguos, dándose en ocasiones el caso de que algunos no quisieran tomar la capa, lo que se

⁶⁶ Ibidem. "Mandamus et quod nullus in coro dicte ecclesie, presertim dum divinum officium inibi celebrabitur vel in capitulo, rixam seu verba contumeliosa vel iniuriosa alicui moveat sive dicat, alioquin, quin contra hoc in choro commiserit, ab ingressu ipsius chori, qui vero in capitulo, ab ingresso Capituli, per XV dies continuosnoverit se suspensum et aliter per nos prout excessus qualitas poposcerit puniendum".

⁶⁷ B.N. Mss. 13041, f. 165v-166v. El texto, publicado por Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, p. 199, aparece copiado al final del sínodo diocesano celebrado por este prelado en Alcalá, el 2 de agosto de 1236. Su contenido, centrado exclusivamente en el cabildo, parece indicar que se trata de una constitución capitular, aunque nada se indica al respecto.

⁶⁸ A.C.T. I.6.B.1.10. En esta constitución otorgada el 16 de mayo de 1346, castigaba la falta de respeto al coro con la pérdida de la ración de ese día. En el mismo texto autorizaba a todo beneficiado que fuera testigo de las infracciones cometidas a informar del hecho y acusar a los culpables.

castigaba con la pérdida de la ración de dos días⁶⁹.

Otras celebraciones importantes de la catedral eran los *aniversarios*, que debían decirse en el mismo mes que fueron ordenados por los difuntos. Había, no obstante, algunos días concretos en los que no podían decirse estas misas de aniversario, por coincidir con festividades y solemnidades especiales⁷⁰. Cada día que se dijera un aniversario se distribuirían a prima seis maravedís del dinero de los mismos entre los canónigos y socios asistentes. Ahora bien, quienes no asistieran hasta la lectura de la epístola, serían ajenos a la percepción de las caridades de los aniversarios y ni el deán ni su lugarteniente podrían hacerles gracia⁷¹.

En relación con este tema estaría una constitución dedicada a regular la forma en que debían hacerse los enterramientos en la catedral. Era costumbre asentada en la iglesia toledana que muchas personas tanto de dentro como de fuera de ella quisieran enterrarse en su recinto y, por tanto, hubieran de dotarla con la cantidad suficiente para pagar la sepultura elegida. No obstante, la citada práctica no estaba fijada por escrito y el 15 de mayo de 1423 el cabildo toledano decide remediar la situación y dispone un estatuto en el que determina la dote que debían satisfacer los que quisieran tener su sepultura en la catedral. El precio a pagar por el enterramiento dependía del lugar que se escogiese dentro del claustro, y oscilaba entre los 400 mrs. cobrados a los que eligieran el segundo y tercer

⁶⁹ A.C.T. I.6.B.1.10. La noticia va incluida en el estatuto dado por Gil de Albornoz el 16 de mayo de 1346.

⁷⁰ A.C.T. I.6.B.1.6. El texto menciona expresamente los domingos, Navidad, Resurrección, fiesta de Pentecostés con los siete días siguientes, fiesta de tres capas con los tres días siguientes, fiestas de cuatro capas en las que se hace procesión, días que se celebra la misa de Santa María que se llama misa del deán, y día de la cena del señor con los dos días siguientes.

⁷¹ Ibidem.

lienzo, y los 800 mrs. exigidos para ser sepultado en el primer lienzo⁷².

No sólo la sepultura, sino también las misas y oficios "de los nueve días e del cabo del año" que se decían por el difunto enterrado en la catedral tenían un precio puesto por el cabildo. Éste determinó que si el fallecido era dignidad o canónigo debía pagar 2.000 mrs. por cada uno de dichos oficios y 1.000 si era racionero. Una vez satisfechas las cantidades, los capitulares estaban obligados a ir y hacer las honras y obsequios pertinentes en el lugar donde se encontrase en enterramiento⁷³.

Las misas y actos que se celebraban en la catedral incluían *procesiones* en el interior del templo, que podían ser menores o mayores, en función de los días y festividades en que se realizasen. Las primeras solían salir los domingos, mientras que las más importantes se concentraban en los días y fiestas más solemnes, como las de seis capas⁷⁴.

Conocemos algún otro estatuto capitular que incide en estos mismos temas y en los que se ordena con gran detalle el modo de celebrar, las oraciones que debían decirse o las festividades más solemnes⁷⁵. En todo caso, creemos que lo dicho basta para centrar la cuestión y demostrar el interés del cabildo por lograr el mayor esplendor para su templo primado.

⁷² B.C.T. MS 23-17, f.32v-33v ó B.N. Mss 6260, f.28v-29v. El texto delimita perfectamente cuáles son los cuatro lienzos en que se divide el claustro "conviene a saber, el primero como ome entra en la dicha yglesia en la dicha claustro e va hasta la capilla de San Blas; y el segundo lienço como hombre toma desde el pilar de la huerta de la dicha claustro y va fasta una ventana con una red donde esta metido un breviario; y el terçero lienço como toma el ome del pilar de la dicha huerta frontero al dicho breviario y va hasta la puerta de la dicha claustro que sale a la calle; y el quarto que viene en par de la capilla de los Reyes fasta la dicha puerta de la claustro por do entran de la yglesia a la claustro y en este quarto lienço no se puede sepultar ninguno por quanto es bovedas de agua".

⁷³ B.C.T. MS 23-17, f.37r-39r ó B.N. Mss. 6260, f.32v-34r. La medida se tomó en la ya citada constitución dada por el cabildo el 10 de octubre de 1431.

⁷⁴ En una constitución dada por el arzobispo don Gómez Manrique el 11 de febrero de 1374 se ordena la forma en que debían realizarse las procesiones, que trayecto recorrerían, cuantas estaciones comprenderían, etc. B.N. Mss. 6260, f.24v-25r.

⁷⁵ Señalaremos la constitución dada por Gil de Albornoz el 26 de abril de 1342, A.C.T. I.6.B.1.8., y la que dispone el propio cabildo el 20 de febrero de 1377, A.C.T. I.6.C.1.4a.

4.3.3.- Los capellanes

Parte importante de los componentes de las catedrales eran los capellanes, cuestión que también está íntimamente relacionada con la solemnidad que se quiere lograr en las celebraciones catedralicias, ya que la misión de este grupo era servir los diferentes oficios litúrgicos que se oficiaban en la catedral. Concretamente, en la de Toledo convivía un variado número de capellanes, pues a los encargados del servicio del coro había que añadir los ocupados en las diferentes capillas que se fundaban en el templo.

Dado el importante papel que desempeñaban, son varios los estatutos que se ocupan expresamente de precisar las obligaciones de este colectivo. En el siglo XIII fue Gonzalo Pétrez el que, como vimos, se ocupó largamente del tema, recogiendo ahora el testigo Jimeno de Luna y Gil de Albornoz.

El primero vuelve a aludir, como ya hiciera en julio de 1294 don Gonzalo, a aquellos capellanes de la catedral que obtienen beneficios servideros o curados en otras iglesias. Pese a estar obligados a conservar sólo el beneficio catedralicio, permutando el otro o renunciando a él, debieron ser numerosos los casos en que se contravino la norma. Esto se deduce de la constitución dada el 6 de julio de 1331 por el citado don Jimeno de acuerdo con el cabildo, en la que amplía hasta el día de Navidad próximo el plazo dado a los capellanes de la catedral para que retuvieran una sola prebenda. El periodo en el que estaban obligados a solucionar esta situación se había iniciado en la pasada festividad de Santa María Magdalena y se prolongaba durante un año, estando, por tanto, ahora a punto de expirar. La ampliación de dicho plazo seis meses más prueba la escasa diligencia de los capellanes por aclarar el tema⁷⁶.

⁷⁶ A.C.T. I.6.B.1.12.

Más noticias aporta la constitución que otorga don Gil en febrero de 1349, en la que, entre otras cuestiones, se regulan las ausencias que los capellanes estaban autorizados a disfrutar. Aunque su obligación era asistir diariamente a las distintas horas y oírlas desde el principio al fin, podían ausentarse de Toledo durante dos meses al año, continuos o a intervalos, siempre y cuando tuvieran licencia del cabildo. Sólo en el caso de que acompañaran a alguna dignidad o canónigo de la iglesia en sus negocios y cometidos podrían faltar durante cuatro meses. Si no hubiera solicitado el correspondiente permiso, se vería privado de su capellanía⁷⁷.

El estatuto también impone algunas condiciones para conceder las capellanías del coro. La más significativa es la que impedía que fuesen nombradas aquellas personas que, por su edad, no pudieran recibir el sacerdocio en el plazo de un año. Tampoco consentía en que los capellanes poseyeran un beneficio curado en otra iglesia, aunque si podían tener uno simple o servidero. El castigo a los que así no lo hicieran sería, nuevamente, la pérdida de la capellanía⁷⁸.

Además de esta normativa general que afectaba a los capellanes del coro, conservamos algunos otros estatutos referidos de forma particular a algunos capellanes especiales.

Es el caso de la breve disposición dada Gil de Albornoz en 1346 a propósito de las diez capellanías de la greda que había instituido su antecesor don Gutierre⁷⁹. Este había dejado cien maravedís en la greda⁸⁰ y mil en las carnicerías de Toledo, ambos bienes de la mesa arzobispal, para poder

⁷⁷ A.C.T. I.6.B.1.9.

⁷⁸ Ibidem.

⁷⁹ El texto no es más explícito al respecto, pero es de suponer que aluda a don Gutierre Gómez, que ocupó la sede toledana entre 1310 y 1319.

⁸⁰ Los bienes de la greda estaban situados en Magán. Como se señala a continuación, lo variable de dichas rentas hacía fluctuar el número de capellanes que vivían de las mismas. L.A. Braojos Largo, "Explotación y comercio de la greda en Magán, Toledo: Datos históricos y arqueológicos", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Ciudad Real, 1988, págs. 119-126.

pagar dichas capellanías. Sin embargo, a menudo las rentas obtenidas no eran suficientes para pagar a los capellanes, siendo el cabildo, a través de su refitor, el que se encargaba de retribuirles. Los perjuicios que ello acarreaba a la corporación tratan de ser paliados por el arzobispo cuando determina que si la situación perdura, el refitor no se vea obligado a dar más de lo que obtiene por dichas rentas, y, más aún, que si no hay suficiente dinero para mantener las diez capellanías se reduzca su número lo necesario⁸¹.

De todos los capellanes de la catedral toledana, los que obtendrán en este siglo una ordenanza más precisa son los 25 que integraban la Capilla de Reyes Nuevos, fundada por Enrique II y heredera de la capilla real que desde la conquista de la ciudad siempre había funcionado en el templo primado. El primer ordenamiento dado a la Capilla se debió a Juan I, monarca piadoso y reformista, que dispuso, para mayor gloria del culto, que hubiera en ella 25 capellanes y un capellán mayor, encargados de decir diariamente cierto número de misas y de cumplir varios servicios, ayudados por un sacristán, dos guardas y un portero. El monarca dispuso los salarios a percibir por todos ellos, así como las cantidades destinadas a cera, aceite y reparo de los ornamentos⁸².

Posteriormente, fue el propio capellán mayor, Juan Martínez, quien promulgó nuevas ordenanzas, con cuyas disposiciones no están muy de acuerdo los capellanes. Estos elevan sus quejas al arzobispo Pedro Tenorio⁸³, protestando por la obligación ahora impuesta de decir misa

⁸¹ A.C.T. I.6.B.1.10.

⁸² Queda establecido que el capellán mayor cobraría 2.000 mrs. al año; 1.500 mrs. cada capellán; el sacristán 500 y los guardas y el portero 800 mrs. cada uno. Para cera y aceite se reservaban 2.000 mrs. anuales, y para reparar los ornamentos 400 mrs.

⁸³ Ocupó el pontificado entre los años 1377 y 1399 tras un periodo de sólida formación jurídica. Antes de ser arzobispo toledano obtuvo diversos beneficios, entre ellos, el arcedianato de Calatrava en la iglesia de Toledo y el obispado de Coimbra. Una vez posesionado de su sede, hubo de participar en diversos acontecimientos de la política del reino, fue consejero de Juan I, al tiempo que intervenía vivamente en las disputas creadas

diariamente, por la escasa retribución que perciben sus compañeros enfermos, y por la apropiación indebida que hace el capellán mayor del dinero de las faltas, que debía repartirse entre todos. Así las cosas, el prelado decide promulgar un nuevo estatuto para el mejor gobierno de esta capilla real, cosa que hace el 13 de abril de 1387. En él se recogen las principales medidas tomadas tanto por Juan I como por el protestado capellán mayor a las que antes aludíamos⁸⁴.

Tenorio atenderá las reclamaciones a él presentadas y, entre otras cosas, concederá a los capellanes dos días de vacación por semana en los que no dirían misa, sin que por ello se vieran privados de los dos maravedís con que se pagaba cada misa; respecto a los enfermos, determina que puedan cobrar íntegra su correspondiente distribución diaria, establecida ya por el capellán mayor en 4 maravedís y un dinero; si alguno pretendiera hacerse pasar por enfermo para evitar las cargas inherentes a la capellanía, se vería de inmediato desposeído de la misma; igualmente, el prelado estima que debía repartirse entre todos el dinero procedente de las faltas de los ausentes, cobrando el capellán mayor como dos de los otros.

Hasta aquí, el arzobispo da solución a los requerimientos de los capellanes, pero el ordenamiento es mucho más amplio. En él se aplicaban a la capilla y a sus servidores gran parte de las normas generales que regulaban la vida de la catedral: la obligada asistencia a la misa y demás

por el cisma eclesiástico. Sus conocimientos en cánones le hicieron buscar diversas vías de solución, si bien nada consigue finalmente. No desatendió, a pesar de estas ocupaciones, los intereses de su iglesia, aunque en relación al cabildo no conservamos demasiadas noticias. J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 95-98, y *Los Primados...*, págs. 82-83. Dada la entidad del personaje, hay diversas monografías sobre él: E. Narbona, *Historia de Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo*, Toledo, 1624; L. Suárez Fernández, "Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo(1375-1399)", en *Estudios dedicados a Don Ramón Menéndez Pidal IV*, Madrid, 1953, págs. 601-627; A. Sánchez Palencia Mancebo, *Vida y empresas del arzobispo don Pedro Tenorio*, Toledo, 1988, entre otras.

⁸⁴ B.N. Mss. 13018, f.129r-135v. El texto ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 368-372.

oficios; la imposibilidad de compatibilizar la capellanía con otro beneficio curado o servidero en la ciudad o la diócesis⁸⁵; la estricta observancia del decoro, silencio y actitud devota en la capilla y fuera de ella, entre otras. Todas estas infracciones estaban castigadas con la pérdida de las raciones y distribuciones correspondientes⁸⁶.

4.4.- LA ATENCIÓN A LAS PROPIEDADES DEL CABILDO

Algunos de los estatutos dados al cabildo por los distintos prelados toledanos centran su interés en preservar los bienes territoriales pertenecientes a la corporación catedralicia, impidiendo su dispersión y, en lo posible, la disminución de los beneficios y rentas que reportaban. Las medidas dispuestas en ellos afectaban a cuatro temas fundamentales: la forma en que habían de realizarse los arrendamientos y ventas de bienes del cabildo; las irregularidades en la percepción de su parte correspondiente del diezmo; la inmunidad y libertad de las propiedades eclesiásticas; y la fiscalidad que, pese a tal inmunidad, recaía sobre las personas de los capitulares.

4.4.1.- Ventas y arrendamientos

El XIV, como ya quedó dicho, no fue un siglo fácil para el patrimonio capitular, sobre todo en su segunda mitad. A pesar de lo numeroso de sus propiedades rurales y urbanas y de los derechos de señorío que el cabildo tenía en 24 lugares⁸⁷, la crisis económica que preside todo

⁸⁵ La prohibición no afectaba al capellán mayor.

⁸⁶ Ibidem.

⁸⁷ R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del cabildo de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV*, Toledo, 1980, págs. 103 y ss., da múltiples detalles sobre cada una de las posesiones, ubicación, valor, etc. En general, este extenso patrimonio, que fue fruto de

el periodo tendrá nefastas consecuencias para él, sobre todo, tras la propagación de la mortal epidemia de peste negra de 1348. El cabildo vio como muchas de sus tierras se despoblaban y quedaban yermas, los edificios y construcciones urbanas se arruinaban al ser abandonados, y disminuía notablemente el volumen de los ingresos que percibía por ellos.

La única solución que la corporación toledana pudo adoptar para tratar de paliar la situación, fue la de continuar ofreciendo sus propiedades en arrendamiento, aunque en condiciones más ventajosas que antes, pues de otra forma, pocos se hubieran sentido atraídos por la explotación de unos bienes rurales cada vez menos rentables. El profesor Ricardo Izquierdo, tras consultar la documentación procedente de los libros del refitor, ha constatado 1.185 contratos de arrendamiento realizados por el cabildo desde 1361, 413 para bienes rurales y 772 para bienes urbanos⁸⁸.

Con toda probabilidad, la corporación toledana hubiera incrementado más fácilmente sus ingresos si hubiera vendido parte de su patrimonio. Ahora bien, las condiciones que para efectuar dichas transacciones imponía el cabildo tanto a sus propios miembros como a los vasallos de su señorío, limitaron considerablemente el volumen de ventas. Sus bienes eran de "manos muertas", es decir, no podían ser objeto de venta por propia iniciativa de la corporación.

Buena muestra de ello es la primera constitución dada al cabildo en

donaciones, compras y cambios, se concentraba, por lo que a los bienes rurales se refiere, en las comarcas agrícolas que rodeaban a Toledo, básicamente en la Sagra. Abarcaba viñas, heredades, huertas, así como molinos, bodegas, mesones y otros edificios. También en la ciudad la corporación toledana era propietaria de numerosos bienes - casas, tiendas, mesones- distribuidos por diferentes calles y barrios, aunque preferentemente agrupados cerca de la catedral.

⁸⁸ Los "libros del refitor" son la fuente más importante para conocer este tema, pues en ellos se apuntaban los nombres de los distintos arrendatarios de bienes del cabildo, el tipo de contrato, la cuantía de la renta y otros aspectos de gran interés. *Ibidem*, pág. 214. Del mismo autor, "Modo de explotación del patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo durante la segunda mitad del siglo XIV: contratos de arrendamiento", en *Hispania* 40 n° 145 (1980), págs. 357-393.

este siglo, que regula precisamente las condiciones en que se debían realizar las ventas, cesiones o herencias de propiedades capitulares. Se trata de un texto fechado el 27 de septiembre de 1300, debido a la iniciativa del arzobispo Gonzalo Díaz Palomeque, uno de los que, como venimos señalando, más atención prestó a la corporación. En él, el prelado, de acuerdo con el cabildo, se dirige a todo su clero catedralicio impidiéndole vender, enajenar, cambiar o dejar en testamento tierras y heredades propiedad de la corporación a aquellas personas que, por su condición social privilegiada, pudieran quedar exentas de pagar los derechos y tributos debidos a la iglesia. El texto es claro al respecto:

ni a rico hombre ninguno ni a hombre poderoso ni a cavallero ni a duenna ni a donzella ni a escudero ni a nengun hombre que sea privilegiado en razón de los pechos ni a orden ninguna⁸⁹.

La prohibición comienza por el mismo arzobispo y continúa con el deán, dignidades, canónigos, racioneros, extravagantes, y demás clérigos y coronados, que sólo podrían vender o ceder las heredades y bienes que tuviera tanto de la mesa capitular como episcopal a aquellos que

fizieren por los heredamientos e pecharen en el logar do es el heredamiento e fizieren fazenda por ello en todas las cosas bien e complidamente assi como lo fazen nuestros vasallos que moran en los nuestros logares tan bien en todos los nuestros pechos e derechos e tributos que nos avemos e devemos aver en los nuestros vasallos como en los del Rey quando acaesçiere⁹⁰.

Es decir, sólo podrían venderse estas propiedades a aquellos no privilegiados que, no pudiendo librarse del pago por ninguna circunstancia, garantizaran al cabildo el cobro de los derechos que deben los vasallos de la iglesia de Toledo. Como es lógico, eran nobles y ordenes religiosas quienes principalmente tenían vedada la posibilidad de compra. Las ventas que fueran contra estas disposiciones eran invalidadas, perdiendo el comprador la tierra y el vendedor lo cobrado por ella. El texto dice

⁸⁹ A.C.T. I.6.B.1.5.

⁹⁰ Ibidem.

expresamente que si alguno va en contra de las disposiciones "gelo podamos entrar".

Lo que sí admite el citado estatuto es que tanto los vasallos como los clérigos pudieran dejar estas tierras para la salvación de sus almas a la iglesia y catedral de Toledo o a otra cualquiera de la diócesis, siempre que no perteneciera a una orden religiosa.

La intención del cabildo con estas medidas es la de preservar su patrimonio y las rentas y frutos que percibe por él, evitando que cayeran en manos de personas exentas. Por esta razón, la constitución de don Gonzalo no será algo aislado, sino que se repetirá y confirmará a lo largo de siglo XIV, e incluso en el XV, por diferentes prelados. Así, Jimeno de Luna ordenará su traslado en el transcurso de su pontificado⁹¹; Gil de Albornoz en la primera constitución del concilio provincial que bajo su presidencia se celebra en Toledo, en mayo de 1339, hará extensivas a sus obispos sufragáneos, bajo pena de excomunión, las prohibiciones que sobre las ventas a privilegiados hiciera don Gonzalo en 1300⁹². La amplia provincia eclesiástica toledana seguirá, por tanto, los mismos pasos que el cabildo de Toledo en cuanto a la venta de tierras eclesiásticas. Por si ello fuera poco, en 1438, el papa Eugenio IV, a petición del arzobispo Juan de Cerezuela, dispuso una bula en la que confirmaba los documentos otorgados por Díaz Palomeque y Albornoz la centuria anterior⁹³.

Estas fuertes restricciones impuestas a las ventas hicieron de los arrendamientos, como señalábamos al principio, la fórmula más empleada por el cabildo para paliar sus problemas económicos y poner en explotación

⁹¹ A.C.T. I.6.B.1.5a.

⁹² A.H.N. 987B, f.190v. Aunque J. Sánchez Herrero publicó las actas de este concilio en su documentado trabajo, *Concilios provinciales y sínodos toledanos*, págs. 201-204, no menciona la anterior disposición. Quien sí da noticia de ella es F.J. Hernández, *Ob. cit.*, pág. 458.

⁹³ A.C.T. I.6.B.1.5b. El texto se otorgó en Ferrara, el 26 de abril del citado año 1438.

sus propiedades. Las condiciones en que se realizaban tales arrendamientos así como sus modalidades, cuantía y demás aspectos referidos a la segunda mitad del siglo XIV, han sido magníficamente puestos de manifiesto en distintos trabajos del profesor Ricardo Izquierdo Benito.

Lo primero que resulta interesante destacar es la modificación de su política arrendataria que realiza la corporación toledana y las ventajas concedidas a todos aquellos que optaran por arrendar sus propiedades. El cabildo suscribe en este periodo y de forma mayoritaria contratos de larga duración, vitalicios o enfitéuticos, que benefician tanto a los arrendatarios como a él mismo, al asegurarle unos ingresos constantes. En la misma línea de fomentar los contratos, recurre a disminuir el valor de las rentas, aunque en momentos de mayor bonanza volvía a elevar su cuantía.

Todas estas circunstancias permitieron al cabildo superar las dificultades económicas de la época, que amenazaban con acabar con su patrimonio, y seguir obteniendo un rendimiento de sus propiedades. Las ventajas ofrecidas interesaron a diversos arrendatarios dispuestos a satisfacer el importe de las rentas requeridas por la corporación. Estos solían ser vecinos de Toledo y, en general, se dedicaban a actividades relacionadas con la artesanía o al desempeño de funciones eclesiásticas. En muchos casos, son los propios miembros del cabildo los que arrendaban bienes de éste. Lo significativo es que se trata de grupos sociales con capacidad adquisitiva que optaban por invertir su dinero en unos arrendamientos que les eran presentados en condiciones bastante favorables. Después, recurrirán a subarrendar estos bienes, actuando a modo de intermediarios entre su propietaria, la corporación capitular, y los trabajadores encargados de explotar sus recursos⁹⁴.

Las constituciones capitulares otorgadas a lo largo del siglo XIV no

⁹⁴ R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del cabildo...*, págs. 213-301.

son pródigas en información sobre el tema que venimos estudiando. Tan sólo conservamos un estatuto de gran interés, dado a la corporación por el deán y el cabildo toledano el 13 de agosto de 1305, en el que se establece la forma en que ha de hacerse la transmisión de arrendamientos de bienes de la catedral. En este sentido, se ordena a los distintos capitulares que si quisieran traspasar algún arrendamiento que tuvieran del propio cabildo a cualquier otro de sus miembros, debía ser con la condición de que el que lo tomase, tanto si era persona como canónigo, racionero u otro miembro de la iglesia o del cabildo, incrementase el censo en un 10%⁹⁵. De otra forma, no podría hacerse el traspaso. Queda patente el hecho de que los propios capitulares eran habituales arrendadores de los bienes del cabildo.

Para conocer algo más sobre los arrendamientos de bienes del cabildo, hemos de contar con las noticias que ofrecen dos estatutos dados a la corporación el siglo anterior por Sancho de Aragón y Gonzalo Pérez respectivamente⁹⁶. Entre las diversas medidas dispuestas en los mismos hay abundantes alusiones al tema y, fundamentalmente, un claro objetivo: evitar que los bienes del refectorio se resintieran ante las irregularidades y fraudes cometidos en el pago de las rentas. Ambos textos son de gran interés para nuestro estudio pues se dirigen, preferentemente, a los arrendadores pertenecientes al propio cabildo catedralicio.

El estatuto dado por Gonzalo Pérez a finales del siglo XIII manifiesta ya la voluntad de que los arrendamientos sean perpetuos "porque es pro del refectorio", y eso tanto si quienes los tomasen fueran legos o miembros de la corporación toledana. Los citados arrendamientos no debían

⁹⁵ A.C.T. I.6.C.1.1a.: "[...] que se entienda siempre que el que lo toma de nuevo de alo menos, más de quanto dava el que le dexo el arrendamiento, en cada desena un maravedi e en cada çentena dies mrs., e en cada mil çient mrs., assi subiendo a rason de dies en el çiento".

⁹⁶ Se trata de dos textos ya mencionados, cuya fecha exacta de emisión desconocemos, pero que aportan interesante información sobre este tema. B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r y 9v-13r, respectivamente.

hacerse de forma secreta y encubierta, sino públicamente, para que todos los que lo desearan pudieran acceder a ello. Estaba totalmente prohibido realizar ningún descuento sobre el precio y la cuantía que se debía satisfacer como renta, debiendo los arrendadores pagar íntegramente la misma.

Había tres fechas designadas para cobrar dichas rentas, concretamente, los días siguientes a las tres fiestas mayores celebradas en la catedral, Todos los Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de Santa María. La razón es fácil de adivinar; serían los momentos en que mayor número de canónigos se encontrarían presentes pues estaban obligados a asistir a ellas. De todas formas, solía haber irregularidades en el pago y con frecuencia se ignoraban los plazos acordados, lo cual trataba de solucionarse imponiendo penas⁹⁷.

Para reclamar las penas a los capitulares negligentes, a principio de cada año serían designados dos miembros del cabildo honestos e idóneos. El dinero recaudado debía guardarse en un arca del sagrario "con dos llaves", de donde el refitor tomaría lo necesario para pagar las raciones, distribuciones y demás cantidades a los canónigos, racioneros y capellanes.

Ya señalamos antes el importante papel que desempeñaba el refitolero o refitor, administrador de los bienes del cabildo, y a quien correspondía llevar el registro de los distintos arrendamientos a fin de que las posesiones de la mesa capitular no resultaran perjudicadas. Los estatutos se refieren a menudo a este oficial del cabildo exigiéndole total honestidad y rigor en el cumplimiento de su función⁹⁸. Si así no se hacía, no sólo se resentían las propiedades capitulares sino las distribuciones y pagos diarios que habían de

⁹⁷ Los miembros del cabildo que no pagasen, debían dar cada día "por pena y por postura y por menoscabo del cabildo la pena del cabildo que es cada día un burgales cada maravedí y además una ración de canonigo". Si aún seguía su rebeldía se les tomarían sus bienes y no podrían ser perdonados ni recibir gracia alguna. B.C.T. MS 23-16, f. 9v-13r.

⁹⁸ El estatuto dado por Sancho de Aragón recuerda a este oficial sus obligaciones y las cualidades que deben adornarlo. B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r.

realizarse a los distintos miembros de la corporación por el desempeño de sus obligaciones corales.

Lo cierto es que la precisión con que ya en la segunda mitad del siglo XIII están regulados estos aspectos pone de manifiesto la extensión que habían alcanzado los arrendamientos de propiedades del cabildo y la habitual presencia de miembros de la corporación entre los arrendatarios.

En cualquier caso, los problemas y fallos del sistema ya constatados por Pétrez y Díaz Palomeque son reiterados en la primera mitad del siglo XV, haciendo patente la necesidad de tomar nuevas medidas. Prueba de ello es la preocupación constatada en este periodo entre la propia corporación capitular por resolver algunas cuestiones que alteraban su normal desarrollo, fundamentalmente, las concernientes a los menoscabos que sufrían los bienes del refitor. Ello se plasmó en la convocatoria de varias reuniones del cabildo y en la promulgación de dos nuevos estatutos.

El primero de ellos, que lleva fecha del 23 de marzo de 1423, deja constancia de un hecho ya consignado en constituciones precedentes: la falta de celo mostrada por algunos beneficiados de la catedral toledana a la hora de pagar las cantidades correspondientes a las casas, heredades y demás bienes que de ella tenían arrendadas. Esta circunstancia ocasionaba considerables pérdidas a la iglesia y a la mesa del refitor, que se veía privada del dinero con que retribuir a los beneficiados que servían diariamente en la catedral.

Por ello, el propio cabildo trata de poner fin a los desmanes de algunos de sus miembros y ordena que todo aquel, ya fuera persona, canónigo, racionero o capellán, que debiera alguna cantidad a la mesa del refitor por tener arrendados parte de sus bienes, estaba obligado a pagar en los plazos acordados. Si así no se hacía, el refitolero o el comisionado por el cabildo para ello, amonestaría al moroso delante de otros beneficiados y le instaría a saldar su deuda. Si en el término de quince días no lo hacía,

dejaría de percibir todos los ingresos que su función en la catedral llevaba aparejados⁹⁹.

Unos meses después, el 9 de octubre, vuelve el cabildo a mostrar su preocupación por los bienes del refectorio y por los menoscabos que reciben ante la falta de un registro en el que se anotaran los distintos mandamientos y libranzas hechos por la corporación tanto de grano como de pan o maravedís. Parece que esta antigua costumbre estaba por entonces en desuso, y de ahí que se ordene ahora que a partir de ese día se anoten en un libro y se registren todos los pagos tanto en dinero como en especie que fuesen librados y dados de lo perteneciente al cabildo. El libro sería llevado por un canónigo, que debía jurar no registrar ni pasar al mismo ningún mandamiento que no fuera ordenado y certificado por el cabildo y signado y roborado con los nombres del deán o su lugarteniente y de algún otro canónigo¹⁰⁰.

4.4.2.- La percepción de los diezmos

Cuanto hemos dicho constata claramente el interés que el cabildo y, con él, los diferentes arzobispos toledanos mostraron por preservar el patrimonio capitular y la rentabilidad que obtenían del mismo, haciendo frente a la depresión económica del periodo.

En la misma línea habría que situar a una serie de disposiciones que, sin estar dirigidas exclusivamente al cabildo, afectaban a parte de los derechos e ingresos percibidos por la corporación toledana, por lo que de su estudio pueden extraerse datos de interés. Nos referimos concretamente a las

⁹⁹ B.C.T. MS 23-17, f. 31r-32v ó B.N. Mss. 6260, f. 27r-28v: "[...] el tal oficial no le escriba horas algunas ni le cuenten ni el tal deudor gane pan ni sal ni distribuciones ni aniversarios ni otros qualesquier emolumentos en la dicha yglesia hasta que contente al oficial de lo que así deviere".

¹⁰⁰ B.C.T. MS 23-17, f.33v-34v ó B.N. Mss. 6260, f. 29v-30v.

medidas que regulaban la distribución de los diezmos que se cobraban en el arcedianazgo de Toledo. Dichos diezmos fueron cedidos por Alfonso X a la catedral toledana, su arzobispo y su cabildo en mayo de 1254¹⁰¹, donación que hay que enmarcar en una política más amplia de protección monárquica a los privilegios de la Iglesia¹⁰². Los capitulares toledanos tenían derecho a una parte de este importante tributo eclesiástico, que debía ser cobrada por ellos sin detrimento alguno.

A lo largo del siglo XIV e incluso en los últimos años del XIII, los arzobispos toledanos ordenaron la forma en que debía satisfacerse el tributo, quienes debían pagarlo, cuáles eran las razones para su recaudación, así como las penas que se impondrían a aquellos que cometieran irregularidades en su entrega. Las constituciones conciliares y sinodales dadas en este periodo son la principal fuente conservada para conocer la reglamentación sobre el tema¹⁰³.

Los aspectos relativos a la normativa sobre este tributo que mayor interés tienen para nuestro estudio son los que tratan de evitar los fraudes cometidos tanto por los vasallos de la Iglesia, que no siempre pagaban en la forma debida, como por los clérigos encargados de recaudar el diezmo. Éstos, de forma no demasiado infrecuente a juzgar por las referencias de la documentación, retenían indebidamente la parte de estos derechos que no les pertenecía y que debía distribuirse entre otras instancias superiores: el arzobispo, el cabildo y el arcediano de Toledo.

Se comprende fácilmente que, ante los males y agravios que la

¹⁰¹ A.C.T. I.7.G.1.9. Esta publicado en J.A. García Luján, *Privilegios reales de la catedral de Toledo (1086-1462)*, t. II, Toledo, 1982, págs. 182-183.

¹⁰² M.A. Ladero Quesada, *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, 1993, págs. 267-286.

¹⁰³ Tanto el Concilio provincial de Peñafiel de 1302, como los sínodos toledanos de 1323 y 1342 respectivamente, ofrecen una interesante información sobre el tema. Las tres convocatorias han sido publicadas por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos...*, págs. 167-168, 178-180, y 209-210.

Iglesia toledana recibía del irregular comportamiento de los habitantes laicos y eclesiásticos de su diócesis, sus más altos responsables, los arzobispos, tomaran cartas en el asunto y dictaran penas y castigos contra los infractores de las reglas.

El primero de los casos, el que afectaba al impago del tributo por algunos habitantes de la diócesis toledana, es reiterado en distintos documentos que dan abundantes detalles de los conflictos suscitados entre ellos y los clérigos encargados de recibir el tributo¹⁰⁴. El hecho era duramente castigado con la pena de excomunión y la imposibilidad de recibir sepultura eclesiástica ante los perjuicios que ocasionaba al propio arzobispo y a arcedianos, canónigos y clérigos de la diócesis, principales beneficiarios de la recaudación del diezmo. El ya citado Concilio provincial de Peñafiel es explícito a la hora de exponer las penas impuestas a quienes no contribuyeran en la forma debida¹⁰⁵.

En cuanto a los clérigos, ya señalamos que tampoco fueron ajenos a la comisión de irregularidades y, al respecto, conservamos un estatuto dado por Gonzalo Díaz Palomeque el 12 de junio de 1304 en el que informa cumplidamente sobre el tema. En él, el prelado manifiesta que los clérigos del arcedianazgo de Toledo retenían contra todo derecho y razón el tercio del diezmo que debían recaudar y entregar a los arciprestes y vicarios

¹⁰⁴ El tema preocupó ya en los años finales del siglo XIII y movió al arzobispo Gonzalo Pétrez a disponer en 1291 un estatuto sobre la forma en que debían realizarse estos pagos. B.N. Mss. 13041, f.49v-51r. Ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 365-366. El sínodo diocesano de Toledo reunido por don Juan de Aragón el 25 de mayo de 1323 vuelve sobre ello en una amplia constitución dedicada íntegramente al tema de los diezmos. B.N. Mss. 13041, f.135r-137v y Sánchez Herrero, págs. 178-180. Los abusos se siguieron produciendo a lo largo del siglo y un nuevo sínodo, esta vez convocado por don Gómez Manrique el 8 de junio de 1372 ha de recordar a los habitantes de villas y aldeas la obligación de entregar el diezmo. B.N. Mss. 6260, f. 23v-24r.

¹⁰⁵ A.C.T. V.3.A.1.14, y J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 167. "Si qui vero, dei timore proposito, ministris Ecclesie Canonice moniti, dictam decimam integre dare renuerint, excommunicationis vinculo innodentur. Et nisi satisfecerint, ecclesiastica sepultura careant, etsi excommunicati non fuerint nominatim".

corespondientes y, a fin de solucionar el tema, ordena que los clérigos vayan a la "çiella" o lugar de recogida del grano, y que el monto del diezmo se reparta de la siguiente manera: un tercio para el arcediano de Toledo, otro para los clérigos que fuesen beneficiados en el lugar donde se recauda, y el último, que se distribuya entre el arzobispo y el cabildo¹⁰⁶. Arciprestes, vicarios y procuradores estaban obligados a velar por el cumplimiento de esta constitución so pena de excomunión.

A pesar de las medidas dispuestas en uno y otro sentido, el tema no se solucionó a entera satisfacción de las autoridades eclesiásticas toledanas, que han de volver a lo largo del siglo XV a condenar el agravio que se hacía a la Iglesia y a ratificar las penas.

4.4.3.- La libertad e inmunidad de los bienes eclesiásticos

Desde la restauración de la sede toledana diversos documentos regios no dejaron de favorecer a la catedral y a su clero con una serie de privilegios que configuraron para ellos un especial estatuto jurídico de "inmunidad", por el que tanto las personas eclesiásticas, como sus cada vez más importantes propiedades y edificios quedaban al margen, "inmunes", de cualquier acción e ingerencia de los agentes del reino en materia fiscal, judicial o militar¹⁰⁷.

Ello no fue obstáculo alguno para que durante el conflictivo siglo XIV se produjeran múltiples abusos y violaciones de diferentes personalidades y oficiales regios contra los bienes de la Iglesia. Las dificultades económicas que se viven en la Península desde finales del siglo

¹⁰⁶ A.C.T. I.9.C.1.2. Se seguía así, como indica el propio texto, la fórmula por la cual se repartían los diezmos de los dezmeros legos en los diferentes lugares.

¹⁰⁷ Remitimos a las explicaciones más amplias que sobre todo ello apuntamos en la segunda parte del trabajo, cuando abordamos el estudio de los capitulares toledanos y su situación de privilegio.

XIII, agravadas la centuria siguiente con los problemas ya señalados de descenso demográfico, malas cosechas y epidemias, alimentaron resentimientos y apetencias hacia los poderosos, muy especialmente, hacia los principales propietarios de tierras de los reinos hispanos, los eclesiásticos. Obispos, cabildos, monasterios y otras fundaciones reunían en sus manos un ingente conjunto territorial que, aún viéndose afectado igualmente por la crisis general del periodo, sigue haciendo de la Iglesia una potencia económica de primer orden. En estas circunstancias, se exalta la codicia por los bienes de instituciones eclesiásticas, no sólo de parte de los campesinos y desfavorecidos, sino, lo que tiene más trascendencia, de parte de nobles y privilegiados. Estos, que en momentos anteriores aparecen incluso donando a la Iglesia algunas propiedades, se convierten ahora en sus principales saqueadores¹⁰⁸.

Ante este estado de cosas, los más altos responsables de la Iglesia hispana, los arzobispos de Toledo, se vieron obligados a tomar cartas en el asunto y a imponer severas medidas contra los infractores. Los prelados manifiestan su malestar en los diferentes concilios provinciales y sínodos diocesanos que, como responsables de la provincia eclesiástica de Toledo y de su archidiócesis, les corresponde convocar y presidir.

Cinco concilios provinciales en el siglo XIV tienen al tema de la libertad e inmunidad de la Iglesia como centro de atención preferente. El primero de ellos y, sin duda, el que aborda la cuestión más extensamente, es el celebrado en Peñafiel el 13 de mayo de 1302 a instancias de don Gonzalo Díaz Palomeque. En él se dedican cuatro constituciones al tema de la inmunidad y se protege muy especialmente a obispos, canónigos y racioneros de las iglesias catedrales que, como el conjunto del clero, no

¹⁰⁸ Para comprender la complejidad del periodo y las difíciles circunstancias que se vivían resulta de gran interés el trabajo de J. Valdeón Baroque, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1975.

podían ser prendidos, encarcelados ni juzgados por laicos, so pena de excomunión para los infractores y de entredicho para las tierras en que se cometieran los abusos¹⁰⁹. Tal debía ser la gravedad de la situación, que el prelado llega incluso a mencionar personas concretas y poderosos que habían abusado y violado los privilegios de la Iglesia¹¹⁰.

A esta interesante reunión de Peñafiel le siguieron, entre otras, cuatro convocatorias en apenas veinte años en las que también la cuestión de la inmunidad de la Iglesia es el tema más destacado: los concilios de Alcalá de 1326 y 1333, reunidos por Juan de Aragón y Jimeno de Luna respectivamente, y los presididos por Gil de Albornoz en Toledo(1339) y Alcalá(1347). El primero de ellos habla expresamente de "raptores, invasores, vastatores, et depredatores bonorum ecclesiarum vel clericorum [...] cum armis vel sin armis occupaverint, rapuerint, seu invaserint violenter, aut loca ecclesie destruxerint, vel ceperint vasallos ecclesie", lo que por sí sólo muestra el punto de violencia y dificultad a que habían llegado las cosas¹¹¹. La situación se hizo muy grave no sólo para las propiedades, sino también para las propias personas de los eclesiásticos que eran objeto de abusos, aprisionamientos y violencia física. Las actas conciliares hablan incluso de "atroces iniurias corporales"¹¹².

Las únicas medidas que podían tomar los eclesiásticos para tratar de paliar los menoscabos que sufrían sus propiedades eran las de imponer

¹⁰⁹ A.C.T. V.3.A.1.14. J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 171.

¹¹⁰ Así se indica en la extensa constitución 13 del concilio, en la que don Gonzalo se dirige contra la reina Constanza de Portugal, algunos infantes como don Enrique, hijo de Fernando III, altos mandatarios de Ordenes Militares, concejos, alcaldes, merinos y otros oficiales.

¹¹¹ El concilio se celebró el 13 de enero del citado 1333 y trata exclusivamente el tema de la libertad eclesiástica. B.N. Mss. 13041, f. 160r-162r. *Ibidem*, págs. 195-196.

¹¹² Son concretamente las actas del Concilio provincial celebrado en Alcalá el 25 de junio de 1326 las que se expresan en estos duros términos. Lo preocupante de la situación fue lo que motivó la convocatoria de la reunión, en la que se trató exclusivamente el tema de la libertad eclesiástica. B.N. Mss. 13041, f.154-157. *Ibidem*, págs. 191-192.

severas penas a los infractores de la norma. Hasta tal punto era grave el problema, que los responsables de la Iglesia toledana castigan la violación de la norma con la más dura censura eclesiástica que contempla el Derecho Canónico, la excomunión. En este sentido se pronuncian las principales constituciones conciliares que se otorgan en el periodo¹¹³. En ellas se insiste continuamente en la necesidad de que las medidas adoptadas se extendieran y cumplieran en las distintas diócesis sufragáneas que componían la provincia eclesiástica toledana. La única inflexión en el tono común de dureza que siguen las penas señaladas se produce en las convocatorias realizadas por Gil de Albornoz, partidario de la atenuación de las penas, que sustituyen la excomunión por la cesación "a divinis"¹¹⁴. Sólo en caso de que el infractor no se presente ante el juez eclesiástico en el plazo de quince días a reparar los daños y a afrontar su culpa, le sería impuesta la sentencia de excomunión¹¹⁵.

En la introducción a este capítulo ya señalábamos la paralización que durante un siglo experimenta la actividad conciliar y sinodal en los reinos hispanos, motivada en gran medida por el Cisma que divide a la Iglesia en 1378 y por la difícil situación política de la Castilla del siglo XV. Para recuperarla hay que esperar a las convocatorias realizadas en 1473, 1480 y 1481 por Alfonso Carrillo, en las que vuelven a ponerse de manifiesto los

¹¹³ Ibidem. "Licet autem occupatores, raptore, invasores, vastatores, et depredatores predictorum bonorum in generali sint excommunicati". En la misma línea insiste el Concilio provincial de Toledo del 19 de mayo de 1339. B.N. Mss. 13041, f. 169r-177v. *Ibidem*, págs. 201-204.

¹¹⁴ Sobre las diferencias entre cada una de estas censuras eclesiásticas ver M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, pág. 434.

¹¹⁵ Así consta en el concilio de Alcalá del 24 de abril de 1347. J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 201-204 y 211-213. El autor manifiesta no haber hallado documentación antigua sobre esta convocatoria y publica el texto conforme a la edición de J. Sáenz de Aguirre, *Collectio Maxima Conciliorum Omnium Hispaniae et Novi Orbis*, t.V, Roma, 1755, págs. 291-292, y J. Tejada y Ramiro, *Colección de Cánones de todos los concilios de la Iglesia de España y América*, t.III, Madrid, 1859, págs. 591.

agravios de que seguían siendo objeto las propiedades y bienes de la Iglesia. Las duras condenas eclesiásticas no serían, por tanto, lo suficientemente efectivas para atajar un problema que en la segunda mitad del siglo XV estará, como veremos, entre las principales preocupaciones de los componentes del cabildo, obligándoles a tomar medidas y a reclamar ante las autoridades pertinentes el respeto a sus privilegios¹¹⁶.

4.4.4.- Las cargas fiscales de los miembros del cabildo

Uno de los aspectos en los que más incidían los privilegios de inmunidad con que diversos monarcas desde el propio Alfonso VI favorecieron al cabildo toledano era en la exención en materia fiscal, que liberaba a este colectivo de satisfacer un buen número de rentas. Estas concesiones propiciadas por la monarquía se unían a las que otorgaron a la corporación las más altas instancias diocesanas, los arzobispos, que les eximen del pago de algunas cantidades, aunque sí les reclaman algunos derechos episcopales que el conjunto del clero debía satisfacer a sus superiores. Es el caso del catedrático, las procuraciones y la luctuosa.

El primer prelado que se ocupa de estas cuestiones es el ya citado Gonzalo Díaz Palomeque que, en un documento dado el 20 de julio de 1301 y dirigido a todos los arciprestes, vicarios y clérigos de su arzobispado, manifiesta la gracia y merced que quiere hacer con el deán y cabildo toledano, de tal modo que canónigos mansionarios y racioneros no deban pagar pecho alguno por sus beneficios prestameros¹¹⁷. Eso sí, como únicos derechos, se les exigiría el pago del catedrático y las procuraciones del

¹¹⁶ También ofrecemos una versión más amplia en M.J. Lop Otín, "La inmunidad judicial del clero catedralicio toledano en la Edad Media (siglos XI-XV)", en *La Administración de Justicia en la Historia de España*, t. I, Guadalajara, 1999, págs. 545-560.

¹¹⁷ A.C.T. X.10.A.2.6b.

arzobispo y de los arcedianos.

El *catedrático* era un antiguo derecho episcopal que pagaban al obispo todos los clérigos como reconocimiento de su jurisdicción, justificado por la protección que éste les ofrecía frente a la autoridad civil. En el siglo XIV se había convertido en la entrega anual al arzobispo por todos los clérigos de la ciudad y la diócesis de seis maravedís, pagaderos antes de la fiesta de San Martín, el 11 de noviembre¹¹⁸. Por su parte, las *procuraciones* eran pagadas por todas las parroquias con motivo de la visita anual que el arzobispo o, en su ausencia, el arcediano hacían a su diócesis.

Estas medidas serían repetidas y confirmadas a petición del deán y cabildo toledano por Gil de Albornoz en 1339¹¹⁹ y Gonzalo de Aguilar en 1352¹²⁰. En el siglo XV, se vuelve a solicitar a un prelado, en este caso Juan Martínez de Contreras, que renueve y confirme estas disposiciones, y así lo hará en la carta enviada a arciprestes y vicarios el 24 de abril de 1430¹²¹.

Otro derecho episcopal que tradicionalmente debían hacer los clérigos del arzobispado a su prelado era la llamada *luctuosa*. Consistía el tributo en la entrega al arzobispo de un objeto de valor en la hora de su muerte. Don Gil de Albornoz en una constitución capitular dada por él en Alcalá, el 11 de abril de 1345 ordena que se guarde la costumbre de que al fallecimiento de arciprestes, rectores y vicarios y demás clérigos del arzobispado, entreguen al arzobispo alguna cosa preciosa de sus bienes, esclavos, un caballo o cualquier otra de sus posesiones¹²². El cabildo se sintió

¹¹⁸ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 110 y "El impuesto clerical denominado catedrático", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, 1995, págs. 312-314.

¹¹⁹ A.C.T. X.10.A.2.6a. (1339, mayo, 23, Toledo).

¹²⁰ A.C.T. X.10.A.2.6. (1352, enero, 28, Yepes).

¹²¹ B.N. Mss. 13018, f. 208r-210v.

¹²² A.C.T. I.6.A.1.1.: " [...] unam preciosorum rem ex his que habeat ut pote, sarracenum vel sarracenam, equum, rocinum, mulum, que selam portaverint, vas seu citum argentum, taceam argenteam aut quodis alius iocale".

fuertemente perjudicado por esta medida, que decía iba en contra de sus privilegios y, tras presionar al prelado, consiguió que éste cediera y les eximiera de estas entregas. Del documento de exención, que les fue leído por el vicario general, solicitan varias copias ante el temor de perderlo, lo que muestra claramente el grado de preocupación por esta cuestión¹²³.

Ahora bien, la situación cambiará en tiempos de un nuevo prelado, Blas Fernández de Toledo, quien reclama su derecho a percibir este tributo como muchos de sus predecesores en la sede toledana. Por eso, en una de las constituciones del sínodo que celebra en Alcalá el 9 de mayo de 1354 vuelve a exigir el pago de la luctuosa, aunque introduce novedades sobre la forma en que debería satisfacerse: dispone que debe entregarse al arzobispo junto con el catedrático, de tal modo, que antes del 11 de noviembre todos los clérigos de la ciudad y de la diócesis paguen doce maravedís de moneda usual¹²⁴. Es decir, don Blas opta por duplicar el monto del catedrático y unificar los dos tributos.

A pesar de ello, el tema de la luctuosa siguió dando algunos problemas a los capitulares toledanos, fundamentalmente, a aquellos que poseían beneficios en otras parroquias de la ciudad y a quienes les era exigido el pago de la citada contribución por dichos beneficios cureros o prestameros. Tenemos noticia de las quejas que por esta cuestión plantearon a principios del siglo XV a don Pedro de Luna, quien, tras examinar la cuestión, escribe al deán y cabildo toledano desde Alcalá el 25 de octubre de 1408, y, en su deseo de que los beneficiados de la catedral tengan más libertades que otros del arzobispado, les exime del pago de dicha luctuosa por los beneficios que poseen en diversas iglesias toledanas¹²⁵. Este mismo

¹²³ J. Beneyto Pérez, *El cardenal Albornoz. Hombre de Iglesia y de Estado en Castilla y en Italia*, Madrid, 1986, págs. 75-76.

¹²⁴ A.C.T. I.6.B.1.3. Ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 218-219.

¹²⁵ A.C.T. V.1.F.1.37.

privilegio les será otorgado el 20 de junio de 1447 por Alonso Carrillo¹²⁶.

De lo dicho se desprende que los capitulares toledanos no se vieron en ningún caso agobiados por la política fiscal de su diócesis y que las cargas que debían satisfacer a sus superiores eclesiásticos no afectaban seriamente a la general exención de impuestos de que gozaban.

¹²⁶ A.C.T. O.2.V.1.2.



CONCLUSIÓN:

**LA SITUACIÓN DEL CABILDO TOLEDANO EN SUS
PRIMEROS SIGLOS DE EXISTENCIA**



Llega el momento de hacer una recapitulación más reposada de esa extensa relación de estatutos recibidos por la corporación toledana a lo largo de más de tres siglos. Durante ese amplio espacio de tiempo la normativa capitular irá sufriendo diversas transformaciones, al tiempo que deberá adaptarse a las nuevas realidades políticas, eclesiásticas y sociales que sucesivamente se iban imponiendo y no dejaban de afectar a la institución catedralicia.

Una de esas transformaciones es, indudablemente, de índole cuantitativa. Las cuatro breves constituciones otorgadas por los prelados del siglo XII dejan paso en la primera mitad del XV a más sesenta estatutos, algunos de los cuales han sido aprobados por la propia corporación toledana, claramente implicada en la resolución de sus problemas internos. No obstante, siguen siendo los arzobispos los responsables de la gran mayoría de disposiciones en relación con el cabildo de su catedral. Si hubiera que significar alguno de esos pontificados por el mayor número de estatutos concedidos, estos serían, sin duda, los de Gonzalo Pétrez, a fines del siglo XIII, y los de Gonzalo Díaz Palomeque y Gil de Albornoz en el XIV.

Ahora bien, mucho más importante que el incremento cuantitativo de los estatutos, que no es indicativo sino del largo tiempo transcurrido, es

analizar la cada vez mayor complejidad y diversidad temática de los documentos. Conforme el cabildo toledano avanza en su proceso de afianzamiento y consolidación, requiere una legislación más precisa y variada con la que atender a los múltiples detalles que el día a día de la institución obligaba a regular. Así, los estatutos dados en el siglo XII apenas hacen un breve esbozo de lo que en el futuro habría de ser el cabildo y regulan aquellas necesidades más inmediatas para ponerlo en marcha: fijan el número y las atribuciones de sus miembros, disponen un patrimonio capitular independiente y marcan la pauta a seguir a la hora de proveer nuevos cargos.

Poco tiempo después el panorama es bien distinto. La corporación toledana ha iniciado su andadura, consolida su posición en el conjunto de cabildos hispanos y demanda una normativa cada vez más especializada con la que resolver los problemas puntuales que le salen al paso. Los importantes prelados que ocupan la sede en el transcurso del siglo XIII resuelven con sus medidas dos cuestiones claves: la necesariamente buena gestión que el cabildo debía realizar de los bienes que conformaban su mesa capitular, y la magnificencia que debían ofrecer las celebraciones litúrgicas del templo primado.

Siglo y medio más tarde, el abanico de temas regulados por los estatutos alcanza cotas muy superiores. Las más de cuarenta constituciones concedidas al cabildo durante el siglo XIV y la primera mitad del XV inciden en temas cada vez más específicos que hemos intentado sintetizar y reagrupar, no sin dificultades, en el apartado correspondiente del trabajo. Dicha diversidad se corresponde con un periodo de plena madurez de la institución capitular, en el que la normativa matiza, mejora y complementa el marco jurídico que rige la vida de la misma.

Bucear en esa maraña normativa no debía ser fácil ni para los propios capitulares, ni para los arzobispos que se suceden al frente de la sede. Hay

que pensar que muchas constituciones eran sucesivamente confirmadas por los nuevos prelados, otras veces revocadas, en ocasiones levemente modificadas, y ello generaría cierta confusión a la hora de definir cuáles eran los estatutos que realmente estaban en curso. Por eso es muy loable la labor de recopilación y fijación de las constituciones capitulares que llevan a cabo, en dos momentos diferentes de la historia de la corporación, dos de sus más altos responsables: don Sancho de Aragón en los años centrales del siglo XIII, y un siglo después don Blas Fernández de Toledo. Su buen hacer, no sólo fue importante para sus contemporáneos, por contribuir a aclararles la normativa capitular vigente, sino también para el investigador actual, al que permite acceder a un cuerpo sistemático de normas que, en la mayoría de los casos, siguió vigente en etapas posteriores.

En todo caso, lo que es incuestionable es que las diferentes actuaciones que se suceden en ese largo periodo convierten al cabildo en uno de los organismos más influyentes y poderosos de los reinos hispanos, en la institución más sólida de la archidiócesis toledana y, sin duda, en un referente obligado de la ciudad de Toledo. Los canónigos toledanos, en atención a su cada vez mayor volumen de ingresos y bienes, a su superior preparación intelectual, a la inestimable función litúrgica y religiosa que desempeñan, y a su pertenencia a familias y linajes de gran peso, constituyen la élite eclesiástica de una ciudad en la que la presencia de la Iglesia se afirma por doquier.

Será en la segunda mitad del siglo XV cuando ese lugar destacado que el clero catedralicio ocupa en el conjunto de la sociedad toledana se asiente de forma más evidente. De ahí, que sea este el periodo en el que, una vez repasada la trayectoria seguida por la normativa capitular, centraremos la segunda y fundamental parte de nuestro estudio.



SEGUNDA PARTE

**EL CABILDO EN LA SEGUNDA MITAD
DEL SIGLO XV**



El periodo que se abre en los años centrales del siglo XV representa un momento importante en la vida del cabildo de la sede primada, al marcar una etapa de consolidación de sus estructuras tras las etapas previas de creación y formación que hemos visto en las páginas anteriores. Ya en el siglo XIV se impone la madurez de la corporación y se abre un proceso en el que el siglo XV cumple un papel definitivo. Prueba de ello son varios indicadores: de un lado, los escasos estatutos nuevos que ahora otorgan los prelados -prácticamente está fijado lo fundamental de la normativa- circunstancia que se ve compensada con los numerosos ordenamientos que se da la propia corporación para resolver las cuestiones puntuales que suscitaba el día a día y que resultan de gran interés al reflejar las preocupaciones reales del cabildo; de otra parte, en este siglo el rodaje de la institución está plenamente realizado y su funcionamiento sigue una rutina invariable que sufre escasas alteraciones; por fin, en esta centuria se afirma el protagonismo de los capitulares toledanos tanto a nivel local como de todo el reino, y tendremos ocasión de verlos actuar en muchos momentos de la misma.

Además, las décadas finales de la Edad Media, aún represenatando



la continuidad, resultan decisivas en muchos momentos, ya que durante las mismas el cabildo pone en marcha iniciativas muy importantes para la catedral y la propia ciudad de Toledo: en materia asistencial se fundan algunos hospitales sobre los que el cabildo ejercerá una función de patronazgo; arranca el importante Colegio de Santa Catalina; es posible ver al cabildo implicado en los disturbios políticos del momento; se definen con mayor claridad las fiestas y celebraciones litúrgicas, en las que la música cada vez tiene mayor presencia.

Todo ello es propicio para que dediquemos a este periodo el estudio más completo del cabildo, en el que se irán detallando todos aquellos aspectos que sólo esbozamos en la primera parte. La existencia de Actas Capitulares desde 1466, unida a la información de Obra y Fábrica y a la mayor variedad documental conservada, nos ofrece interesantes posibilidades para analizar la vida de la corporación y conocer -al margen de la fría información de las constituciones- cuáles eran sus auténticas preocupaciones, los nombres de sus componentes, sus actividades y los enfrentamientos mantenidos entre ellos o con otras instancias. Nuestro trabajo se enmarcará, como dijimos en su momento, en los reinados de Enrique IV y los Reyes Católicos, y en los pontificados de Carrillo y Mendoza. De todas formas, la continuidad de muchos temas nos obligará a aludir en múltiples alusiones a periodos anteriores y también a algunas circunstancias del siglo XVI.

Con todo ello, comenzaremos este estudio partiendo de un capítulo introductorio en el que significaremos el ambiente político y eclesiástico que vivía por entonces la ciudad de Toledo; continuaremos después con tres amplios apartados que examinan la estructura y composición del cabildo, la forma en que se proveían las vacantes y las tareas que en el día a día ocupaban a la corporación y sus miembros; seguidamente, otro extenso capítulo considerará la proyección exterior del cabildo en los planos político, religioso, asistencial y cultural; finalmente, trataremos de fijar las

características principales de esta aristocracia clerical que constituyen los componentes del cabildo y repasaremos algunas de sus biografías más relevantes.



CAPÍTULO PRIMERO

CONTEXTO HISTÓRICO-ECLESIAÍSTICO



1.1.- TOLEDO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV

La ciudad que va a albergar a este poderoso cabildo catedralicio y cuyos habitantes acuden periódicamente al templo en demanda de los servicios religiosos, educativos o asistenciales que les ofrecen los capitulares, determina en algunos casos el papel desarrollado por la institución en muchos momentos de su trayectoria. Con una población en torno a los 25.000 habitantes¹, una pujante economía y un sector social emergente, la ciudad de Toledo no era una más entre las que conformaban la Corona de Castilla, y en la segunda mitad del belicoso siglo XV tuvo ocasión de demostrarlo al verse sometida a fuertes presiones y dificultades.

¹ El primer censo que permite hacer estimaciones fiables de la población toledana es de 1528, fecha para la que F. Ruiz Martín, "La población española al comienzo de los tiempos modernos", en *Cuadernos de Historia*, I (1967), pág. 192, habla de unos 30.000 habitantes. El medio siglo anterior podría aproximarse a los 22/25.000 según indica J. Porres Martín-Cleto, "La ciudad de Toledo a mediados del siglo XV", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 33-52. La misma cifra propone A. Rodríguez Horta, "La ciudad de Toledo a fines de la Edad Media: población, caracteres socio-económicos según un alarde militar de 1503", en *Historia Social. Pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid, 1999, págs. 455-457.

1.1.1.- Una agitada vida política

Si hubiese que poner un adjetivo a la situación política castellana en el siglo XV este sería el de conflictiva. Los reinados de Juan II y Enrique IV son una sucesión de incidentes y alteraciones que vulneran la paz del reino en los que se ven implicados los sectores más influyentes de la sociedad, así como las principales ciudades de Castilla². Si hay una ciudad que simboliza esta agitada situación, ésta, sin duda, es Toledo. Así lo afirma Eloy Benito Ruano cuando dice que Toledo "es el más señalado exponente entre las ciudades castellanas de ese espíritu de inquietud y desasosiego" y que "todos los movimientos y trastornos políticos señalados del siglo XV tienen allí su reflejo, cuando no su asiento o iniciación"³.

Diversas crónicas e historias de la ciudad de Toledo elaboradas tanto en los momentos cercanos a los hechos que narran como en los siglos siguientes, han proporcionado, desde variados puntos de vista e inspiradas por diferentes motivaciones, un panorama bastante completo de lo vivido por la villa en estos tan trascendentales años de su trayectoria⁴. El citado

² Numerosos son los estudios que analizan la complicada trama de acontecimientos que se viven en la Corona de Castilla en el último siglo medieval. Basten como ejemplo algunos trabajos de L. Suárez Fernández, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV*, Valladolid, 1975, "Los Trastámaras de Castilla en el siglo XV (1407-1474)", *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal*, t. XV, Madrid, 1965 y *Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*, Barcelona, 2001; E. Benito Ruano, *Los infantes de Aragón*, Madrid, 1952; P. Porras Arboledas, *Juan II (1406-1454)*, Palencia, 1995; R. Pérez-Bustamante y J.M. Calderón Ortega, *Enrique IV de Castilla (1454-1474)*, Palencia, 1998. Del periodo de los Reyes Católicos, como veremos, más tranquilo para la ciudad, mencionamos tan sólo los significativos trabajos de L. Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos*, Madrid, 1989-1990, 5 vols.; J. Pérez, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988; M.A. Ladero Quesada, en su reciente, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, 1999, recoge una seleccionada bibliografía a la que nos remitimos para cuestiones concretas.

³ E. Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, 1961, pág. 9.

⁴ Las crónicas y trabajos históricos más relevantes para conocer el pasado de Toledo son los siguientes: P. de Alcocer, *Hystoria o descripción de la Imperial Cibdad de Toledo*, Toledo, 1554 (ed. facsímil Toledo, 1973); F. de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, Toledo, 1605 (ed. facsímil 1974), y *Apuntamientos para la II parte de la*

profesor Benito Ruano supo reunir toda esa información y elaborar el antes mencionado estudio monográfico, sin duda el más completo para conocer la vida política de Toledo en su último siglo medieval. A estos trabajos, ya clásicos, se ha incorporado recientemente una obra de conjunto sobre la historia toledana que supone una puesta al día y una revisión de planteamientos⁵. La consulta de todos ellos permite tener un conocimiento bastante preciso del pasado de Toledo, del que nosotros sólo apuntaremos de forma sucinta los aspectos más relevantes, remitiendo al lector a las obras citadas para encontrar un relato más completo de los hechos.

Habría que empezar refiriendo lo acontecido durante la primera mitad de ese siglo XV. Ya entonces, y en el marco del enfrentamiento surgido entre Juan II y su primo, el infante de Aragón don Enrique, maestre de Santiago, la ciudad de Toledo se vio seriamente afectada. Mucho tuvo que ver en ello la actitud nada clara y siempre vacilante de su alcalde mayor, Pedro López de Ayala, unas veces inclinado al lado del rey y otras junto al infante. La ciudad no pudo permanecer ajena a estos cambios de bando de su más alto representante y sufrió varios estallidos y revueltas, siendo especialmente duros los de 1420, 1429, 1440 y 1445. A todo ello se unió la crisis de 1449, que comenzó siendo un problema fiscal, al negarse la ciudad a satisfacer el empréstito solicitado por Alvaro de Luna, pero que dio un giro inesperado tras la famosa Sentencia-Estatuto dictada el 5 de junio de ese año por el nuevo alcalde mayor nombrado por el rey, Pero Sarmiento, en la que se desposeía de cualquier cargo público a aquellos que procedieran

Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo, Toledo, 1976; S. de Horozco, *Relaciones históricas toledanas*, Toledo, 1981; A. Martín Gamero, *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones, sus monumentos*, Toledo, 1862, 2 vols. (ed. facsímil 1979).

⁵ VV.AA., *Historia de Toledo*, Toledo, 1997. El capítulo correspondiente a la Edad Media ha sido elaborado por el profesor Ricardo Izquierdo Benito, profundo conocedor del pasado medieval de la ciudad. También ofrece información para el periodo de los Reyes Católicos el capítulo correspondiente a la Edad Moderna elaborado por Fernando Martínez Gil.

de linaje de judíos⁶. El trasfondo de esta crisis fue, por tanto, más allá de las banderías políticas y ha de ponerse en relación con el problema converso que empieza a ser preocupante en una ciudad con tanta diversidad poblacional y religiosa como era Toledo.

Los conflictos de la primera mitad del siglo no hacían presagiar nada bueno al arrancar la siguiente y, en efecto, la fuerza de los acontecimientos vino a demostrar lo acertado de estos malos augurios. La trayectoria de Toledo en este periodo atravesó dos fases claramente diferenciadas.

La primera, coincidiendo con el *reinado de Enrique IV* nos vuelve a presentar una ciudad convulsionada y con escasos momentos de calma a la que afectan tanto las alteraciones generales del reino como las luchas y banderías surgidas entre las dos principales familias nobles toledanas, los López de Ayala y los Silva⁷, que tratan de sacar provecho de la

⁶ Varios trabajos del profesor Benito Ruano analizan el origen de este fenómeno converso, especialmente en la ciudad de Toledo: "La Sentencia-Estatuto de Pero Sarmiento contra los conversos toledanos", en *Revista de la Universidad de Madrid*, VI (1957), págs. 277-306, "Del problema judío al problema converso", en *Simposio Toledo Judaico*, II, Toledo, 1973, y *Los orígenes del problema converso*, Barcelona, 1976. También, R. González Ruiz, "Fundamentos doctrinales de la sentencia-estatuto de Toledo contra los conversos(1449)", en *Inquisición y conversos*, Toledo, 1994, págs. 279-296; S. García-Jalón de la Lama, "Los fundamentos jurídicos de la "Sentencia-Estatuto" de Pero Sarmiento, en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 201-204. Más recientemente, B. Netanyahu, *Los orígenes de la Inquisición*, Barcelona, 1999 reúne abundantes noticias sobre el ambiente anticonverso toledano.

⁷ Estas dos familias, no originarias de Toledo, sino de Álava(Ayala) y Portugal(Silva) se asentaron en la ciudad tras el advenimiento de la nueva dinastía Trastámara y llegaron a ser los máximos exponentes del poder nobiliario en la misma. Sus miembros monopolizaron los cargos principales del gobierno municipal a lo largo del siglo XV, atesoraron importantes señoríos, construyeron bellos palacios ciudadanos y recibieron de Juan II sendos títulos nobiliarios: los Ayala fueron condes de Fuensalida desde 1470 y los Silva, condes de Cifuentes desde 1455. Dan noticias sobre estos linajes y su influencia en la vida de la ciudad los siguientes trabajos: S de Moxó, *Los antiguos señoríos de Toledo*, Toledo, 1973 y *Los Señoríos de Toledo*, Toledo 1972; A. Franco Silva, *El Condado de Fuensalida en la Baja Edad Media*, Cádiz, 1994; J.P. Molenat, *Campagnes et Monts de Tolède du XII au XV siècles*, Madrid, 1997, págs. 319-382, y "Formation des seigneuries aux XIV et XV siècles", en *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988, págs. 349-370; J.R. Palencia Herrejón, *Ciudad y oligarquía de Toledo a fines del Medievo (1422-1522)*, Madrid, Tesis Doctoral leída en la Universidad Complutense, 1999; *Los Ayala de Toledo: desarrollo e instrumentos de poder de un linaje*

inestabilidad del momento. También tuvo relevancia para la evolución de la ciudad la actitud de su arzobispo, don Alfonso Carrillo, firme defensor del partido de los infantes Alfonso e Isabel en su enfrentamiento con Enrique IV, y a menudo instigador de algunos de los conflictos del periodo. Tras la farsa de Ávila de 1465, Toledo fue una de las ciudades que se levantaron al lado del infante don Alfonso, que hará su entrada en la misma el 30 de mayo de 1467. No obstante, apenas un año después la ciudad volvió al lado de Enrique IV, sin que ello implicase una adhesión completa, ya que contra su valido, Juan Pacheco, hubo movimientos al final de su reinado.

Es evidente que todas estas circunstancias alteraron la vida ciudadana, hasta el punto de poder afirmar que prácticamente no hubo año en el que no se produjeran revueltas entre sus habitantes. Uno de los momentos más duros vividos en Toledo durante este periodo se suscitó en julio de 1467, al volver al primer plano un tema que ya se planteó con motivo de la sentencia de Pero Sarmiento y que ya no abandonaría la ciudad, el problema converso. En esta ocasión y durante una semana la ciudad vivió un duro enfrentamiento entre cristianos viejos y conversos, a resultas del cual se incendiaron más de mil viviendas, otras fueron saqueadas, hubo numerosos muertos, y algunos cabecillas del partido converso fueron colgados públicamente tras su derrota⁸. En él no dejaron

nobiliario en el siglo XV, Toledo, 1995, "Elementos simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo al final del Medievo", en *En la España Medieval*, 18 (1995), págs. 163-179, y "Las relaciones de poder en Toledo a comienzos del siglo XV (1406-1422): Pedro López de Ayala, la oligarquía local y la monarquía castellana, en *Anales Toledanos XXXVI* (1998), págs. 45-52.

⁸ El origen del conflicto, también llamado "fuego de la Magdalena" -por declararse el 22 de julio, día en que se celebraba dicha festividad- está en el entredicho puesto por el cabildo toledano contra la ciudad de Toledo por la intromisión de sus oficiales en el cobro de ciertas rentas pertenecientes a la mesa capitular en la villa de Maqueda. El ayuntamiento toledano no adopta un criterio unánime ante esta disposición del cabildo, sus miembros están divididos, y es el influyente sector converso el que más duramente reacciona contra ella. Ello provoca el enfrentamiento con los cristianos viejos, estallando de esta forma la violenta disputa, que tanta confusión creó en la ciudad. Las historias de la ciudad dan múltiples detalles de este dramático acontecimiento, recogidos por Benito Ruano, *Toledo*

de estar presentes los linajes Ayala, haciendo causa común con los cristianos viejos, y Silva, alineado con los conversos, en una más de sus muchas disputas por afirmar su poder local.

El segundo periodo, iniciado con el *advenimiento de los Reyes Católicos* representó, excepción hecha de algunas circunstancias puntuales, una nueva fase en la que la ciudad, por fin en calma, vive los años finales del siglo sin el desconcierto y la inestabilidad de momentos anteriores. Los nuevos monarcas supieron agradecer a Toledo que desde el primer momento se alzara a su lado y así lo demuestran al hacerla objeto de algunos privilegios y, más aún, al celebrar en la misma las famosas Cortes de 1480, convocatoria de singular importancia para el futuro del reino por las disposiciones allí tomadas en aras a asentar una monarquía autoritaria y estable⁹. Ello no liberó a los monarcas de tener que hacer frente a algunos problemas en la ciudad, como el que provoca la conspiración urdida por el siempre inquieto y rebelde arzobispo Carrillo, que alentó al rey de Portugal a venir a Castilla y Toledo para ser reconocido como rey, aunque finalmente en 1479 ambas partes llegan a un acuerdo que neutralizará la influencia del prelado. También intentaron acabar con la tradicional hostilidad de Ayalas y Silvas, para lo cual los reyes optaron por situar en Toledo al corregidor Gómez Manrique, a fin de que controlara a la díscola nobleza toledana y mantuviera la calma. Superados estos obstáculos acabará por imponerse la paz, si bien ésta no sería del todo duradera y volvería a peligrar tras la muerte de la reina Isabel, presagiando los duros momentos que viviría

en el siglo XV, págs. 93-102. Algunos de los pregones que con motivo del alboroto se difundieron en la ciudad han sido estudiados por R. Izquierdo Benito, "Datos sobre conversos toledanos en el siglo XV", en R. Villena (coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, 1997, págs. 233-247.

⁹ J.M. Carretero Zamora, *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna(1476-1515)*, Madrid, 1988.

Toledo al estallar el levantamiento comunero¹⁰.

Este conjunto de hechos que tan sucintamente hemos mencionado afectaron al normal desarrollo de la vida de la ciudad y de sus habitantes durante todo el siglo XV, pero también propiciaron la concesión y confirmación a los mismos de una serie de privilegios por los diferentes monarcas. La ciudad supo hacerse pagar cara su adhesión a uno u otro de los bandos enfrentados y ello atrajo hacia ella el celo de los sucesivos reyes castellanos. Los privilegios fueron muchos, han sido convenientemente analizados y publicados¹¹, y entre los más significativos se puede destacar la concesión en 1465 de un mercado franco todos los martes; la exención del pago de la alcabala del vino en 1468 y del portazgo a sus vecinos cristianos en 1477; o la confirmación general de todos los privilegios de la ciudad en 1475.

Independientemente de estas concesiones regias, no cabe duda de que la vida de la ciudad y sus actividades productivas se alteraron significativamente, al tiempo que todos los grupos sociales se veían implicados en las revueltas. Tampoco se libró de la confusión el sector eclesiástico y, muy especialmente por su destacado papel y por constituir una verdadera aristocracia dentro del clero, afectó a la catedral y a su poderoso cabildo. Así lo atestigua la documentación conservada, sobre todo la procedente de las actas capitulares, y las referencias encontradas en las historias de la ciudad. En ellas se pone de manifiesto que el propio edificio catedralicio cumplió un significativo papel en los conflictos: el tañido de su campana mayor servía para convocar al pueblo; su torre fue refugio de muchos rebeldes y fue atacada en más de una ocasión; el propio recinto

¹⁰ F. Martínez Gil, *Toledo en las Comunidades de Castilla*, Toledo, 1981, y *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, 1993.

¹¹ R. Izquierdo Benito, *Privilegios reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*, Toledo, 1990.

interior del templo fue lugar donde se suscitaron enfrentamientos y también importantes reuniones, como las Cortes de 1480. Es decir, la catedral fue un escenario para muchos de los acontecimientos vividos en la ciudad, pero su papel fue más allá, pues, además de un espacio, ofreció unos protagonistas para esas revueltas, ya que muchos canónigos y miembros del clero catedralicio se vieron directamente involucrados en algunos de los levantamientos ciudadanos. Tendremos ocasión de señalarlo en un capítulo posterior.

1.1.2.- Gobierno municipal, desarrollo económico y realidad social

Al margen de estos conflictos políticos que, desde luego, impregnaron su día a día de forma más que evidente, Toledo vivió durante el siglo XV un período de consolidación a nivel interno, en el que se asentaron toda una serie de aspectos que se venían desarrollando desde momentos anteriores y ahora alcanzaron su configuración definitiva. A pesar de las dificultades, la ciudad confirmó su posición de peso en la Corona de Castilla, con un gobierno municipal estable, un pujante sector económico y una realidad social bien definida, caracterizada tanto por la jerarquización de sus miembros -en función, preferentemente, de criterios de riqueza- como por la ruptura de la tradicional convivencia con las minorías socio-religiosas. Gobierno municipal, economía y sociedad son, por tanto, los tres pilares fundamentales que sostienen el poderío de la ciudad en este controvertido siglo XV. Veamos algunos de sus rasgos principales.

En la segunda mitad del XV está plenamente perfilado y en funcionamiento el sistema de *organización municipal* que rige la vida de sus habitantes. Esta organización arranca de la reforma impuesta por Juan II en 1422 a fin de lograr un gobierno más estable y resolver ciertas irregularidades en cuanto al número de componentes, los sistemas de

convocatoria, los lugares de reunión, etc. Por eso, aunque desde la conquista de la ciudad los sucesivos monarcas impusieron diversas reformas¹², será la de Juan II la que alcance una mayor trascendencia, ya que llegará incluso a la Edad Moderna, período en el que alcanza su madurez y confirmación¹³.

La voluntad de Juan II es implantar en Toledo la reforma que un siglo antes había dispuesto Alfonso XI en otras ciudades castellanas y que se cifra en tres medidas principales. La primera de ellas trata de restringir el acceso al ejercicio del poder municipal, reduciendo a un número limitado de personas las que compondrán el regimiento o ayuntamiento, concretamente a veinticuatro regidores pertenecientes a los grupos sociales más influyentes social y económicamente de la ciudad. En segundo término, implantó en Toledo la figura de los jurados, que en número de 42 eran los representantes del común, encargados de fiscalizar y ejercer un contrapeso sobre las actividades de los regidores. Por último, Juan II dispuso que hubiera en la ciudad un representante real, asistente o corregidor, cargo temporal frente a los otros que eran vitalicios. Sobre regidores y jurados se situaban los cinco cargos principales, dignidades u oficiales mayores en el gobierno ciudadano: los dos alcaldes mayores, el alcalde de las alzadas, ante el cual se presentaban las apelaciones, el alcalde de los pastores o de la Mesta, y el alguacil mayor, encargado de llevar a su ejecución las medidas

¹² Entre otras, resultaron de interés las dispuestas por Alfonso VI, al instituir dos alcaldes mayores, uno para castellanos y otro para mozárabes, Alfonso VIII, que añadirá a estos un concejo de diez nobles, cinco caballeros y cinco ciudadanos, y Fernando III, con la creación de seis fieles encargados de vigilar el abastecimiento de la ciudad.

¹³ Así se pone de manifiesto en los trabajos de F. J. Aranda Pérez, *Poder municipal y cabildo de jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, 1992, y *Poder y poderes en la ciudad de Toledo. Gobierno, sociedad y oligarquías urbanas en la Edad Moderna*, Cuenca, 1999.

adoptadas por el Ayuntamiento¹⁴.

La más que agitada situación que vive Toledo desde mediados de siglo alteró la vida de la ciudad, pero no impidió que el gobierno local siguiera ejerciendo su papel, aunque no será hasta el reinado de los Reyes Católicos cuando estas medidas se consolidan y, más aún, la figura del corregidor, que hasta este momento no siempre fue bien aceptada. La fuerza de este oficial regio trató de limitar el poder de los grandes cargos municipales que, en manos de los principales linajes de la ciudad, manejaron a su antojo los destinos de la misma durante todo el siglo.

Junto al gobierno municipal, un aspecto que también se consolida en estos años es el *sector económico*, recuperado de la crisis que vivió en el siglo anterior y que afectó a la ciudad de forma notable¹⁵. A pesar de no estar en absoluto cerrada al campo que la rodea, Toledo arrastra desde época musulmana un carácter de ciudad eminentemente urbana en la que los ámbitos artesanal y mercantil cumplen un papel preponderante. Decisivo para ello resultó la propia ubicación de la ciudad, en un cruce de caminos y rutas mercantiles que unían los principales centros económicos de los reinos hispanos. Ello determinó que a lo largo de todo el periodo medieval Toledo cumpliera un importante papel comercial que sin duda se mantuvo en la segunda mitad del siglo XV.

Este papel se sustentaba, preferentemente, en el importante comercio

¹⁴ Sobre las funciones de cada uno de estos grupos, sus componentes, la forma en que se desarrollaban las reuniones municipales, el resto de oficiales que permitían ejercer el gobierno, etc., ofrecen detalles los siguientes trabajos: R. Izquierdo Benito, "El poder y sus representantes", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 202-208; R. Montero Tejada, "La organización del cabildo de jurados de Toledo(1422-1510)", en *Espacio, tiempo y forma. Historia Medieval*, 3 (1990), págs. 213-258; F. J. Aranda Pérez, *Ob. cit.*, y "Juan II crea el regimiento y cabildo de Jurados en Toledo en 1422, en *Beresit*, 4 (1992), págs. 47-55; A. Rodríguez Horta, "Sociedad y ocupación de cargos públicos del Ayuntamiento de Toledo en la mitad del siglo XV", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 205-210.

¹⁵ R. Izquierdo Benito, "Repercusiones de una crisis y medidas para superarla. Toledo en el siglo XIV", en *En la España Medieval*, V, t. I (1986), págs. 515-536.

diario que ofrecían las numerosas tiendas y mesones abiertos en las plazas y calles más céntricas de la ciudad, en los que se ofrecía una variada gama de productos, sobre todo de primera necesidad, destinados a satisfacer la demanda de una importante población¹⁶. Esta estable actividad comercial frenó el desarrollo de las dos ferias anuales que, aunque concedidas ya en 1394 por Enrique III y reguladas por ordenanzas municipales en 1403, no tuvieron el peso que en otros lugares y es dudoso que llegaran a celebrarse. Mayor éxito tuvo el mercado semanal concedido por Enrique IV en 1465 y que desde entonces hasta hoy se viene celebrando los martes¹⁷.

A esta interesante actividad mercantil se asociaba una destacada vida artesanal, en la que más de cincuenta oficios especializados se afanaban en fabricar todos aquellos productos que requería la numerosa población toledana. Dichos oficios estarían organizados gremialmente, aunque, por desgracia, no se conserva documentación suficiente para conocer a fondo el funcionamiento de estos organismos. Los oficios más representativos de la actividad artesanal de Toledo son los relacionados con la industria textil, sin duda la más desarrollada de la ciudad, y en el que se incluía, dada la complejidad de los procesos productivos de los paños, una gama muy variada de profesionales. También la construcción agrupaba a un amplio

¹⁶ Conocemos el precio de algunos de estos productos gracias al trabajo de R. Izquierdo Benito, *Precios y salarios en Toledo durante el siglo XV (1400-1475)*, Toledo, 1983.

¹⁷ R. Izquierdo Benito ha sido quien más estudios ha realizado sobre la vida económica toledana, destacando: "El abastecimiento", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 230-240; "Ordenanzas de las ferias de Toledo fundadas por Enrique III", en *En la España Medieval* IV, t. I, (1984), págs. 433-445; "La actividad comercial en Toledo a fines de la Edad Media(1450-1475)", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne(1450-1650)*, Madrid, 1991, págs. 137-157; "La infraestructura mercantil de Toledo en la Baja Edad Media", en *Toledo, ¿ciudad viva, ciudad muerta?*, Toledo, 1988, págs. 311-324. También pueden verse, J.L. Barrios Sotos, "Problemática en torno al control del comercio de paños en Toledo en el siglo XV y su repercusión social", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 211-217; E. Benito Ruano, "Aranceles de las puertas y puentes de Toledo" en *Anales Toledanos*, XVI (1973), págs. 139-149, L. Lorente Toledo, "Privilegios de concesión y confirmación de un mercado franco, el martes, a la ciudad de Toledo (1465-1475)", en *Anales Toledanos*, XXIV (1987), págs. 31-39.

abanico de trabajadores, muchos de los cuales se emplearon en el "taller artesano" más fuerte de la ciudad: su catedral. Junto a ellos la alimentación, la metalurgia, la orfebrería y la platería conformarían otros ámbitos artesanales de relevancia¹⁸. Así pues, comercio y artesanía son los dos firmes sostenes de la economía urbana y, sin duda, los dos sectores que dan ocupación a un mayor volumen de sus habitantes, parte de ellos judíos y musulmanes¹⁹: grandes mercaderes, dueños de talleres, pequeños comerciantes, oficiales, aprendices y regatones, pueblan calles, plazas, mesones y tiendas, contribuyendo al florecimiento y bullicio diario de la ciudad.

Enlazamos de este modo con la tercera realidad que se consolida durante estos años a pesar de la crisis política. En este periodo aparecen plenamente diferenciados los *principales sectores sociales* de la ciudad, diferencias que, en gran medida, vienen respaldadas por el peso económico de cada uno de los grupos y, en consecuencia, están estrechamente vinculadas a su papel social y político. Al frente de la ciudad se situaría un influyente sector aristocrático, que integraría el sector de los "ricos hombres" y caballeros, y cuyos miembros serían los verdaderos dueños del Ayuntamiento toledano al monopolizar sus cargos y regimientos. Dentro de este grupo se incluían tanto las más antiguas familias aristocráticas toledanas (Cervatos, Palomeque, Pantoja, Niño, Rivadeneira, Vázquez de Rojas,

¹⁸ R. Izquierdo Benito, "El trabajo", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 222-230; Id., "La organización gremial textil de Toledo en el siglo XV", en *En la España Medieval*, 12 (1989), págs. 191-203; Id., *La industria textil de Toledo en el siglo XV*, Toledo, 1989; Id., *Precios y salarios...*, págs. 291-31; E. Sáez, "Ordenanzas de los gremios de Toledo", en *Revista de Trabajo*, 1 (enero 1945), págs. 39-49, y 7-8 (julio-agosto 1945), págs. 689-700.

¹⁹ Algunos de los oficios y ocupaciones de estos dos grupos religiosos, cada vez más minoritarios y menos influyentes en P. León Tello, "Los judíos de Toledo en el último cuarto del siglo XV", en *La expulsión de los judíos de España*, Toledo, 1993, págs. 93-108; J.P. Molenat, "Les musulmans de Tolède aux XIV et XV siècles", en *Les Espagnes médiévales. Aspects économiques et sociaux. Mélanges offerts à Jean Gautier-Dalché*, Niza, 1983, págs. 175-190.

Padilla, Ribera), como linajes nuevos, no originarios de Toledo, pero asentados en la ciudad tras el advenimiento de la dinastía Trastámara (Ayala, Silva, Dávalos, Cárdenas, Carrillo). Todos ellos conforman los grandes linajes nobiliarios de Toledo a fines de la Edad Media.

A esta poderosa oligarquía, cuyos miembros anudaban lazos matrimoniales para conservar su fuerza y cohesión, le seguiría en importancia dentro de la ciudad una clase media productiva, los ciudadanos y "hombres buenos" de la misma, compuesta por familias -en muchos casos de origen converso- que deben su posición al desarrollo del comercio y variadas actividades profesionales: letrados, dueños y maestros de talleres, artesanos especializados, mercaderes, médicos, entre otros. Este grupo, llamado por Palencia Herrejón "segunda oligarquía" y calificado por Molénat de "naciente burguesía" era el más dinámico económicamente de cuantos convivían en Toledo, incluía a familias que, aún sin poseer grandes fortunas, tuvieron fuerte implantación en la ciudad y ocuparon sus puestos como jurados y, a veces, como regidores, en el gobierno municipal (Cota, Torre, La Fuente, Franco, San Pedro, Álvarez de Toledo o Álvarez Zapata, Jarada, Madrid, Serrano, Santamaría)²⁰.

Por debajo de estos dos grandes sectores dominantes se situaría un muy numeroso proletariado urbano, cuyos miembros, lejos de constituir un bloque compacto, presentaban variadas situaciones, aunque su característica común era la de ser mano de obra barata y no especializada, que no controla ningún resorte económico, y, consecuentemente, está abocada a una vida difícil. Llegando al límite de estas dificultades, Toledo albergaba también un importante número de indigentes, mendigos y marginados, poco

²⁰ J.F. Palencia Herrejón, *Ciudad y oligarquía*....; J.P. Molénat, "L'oligarchie municipale de Tolède au XV siècle", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, 1991, págs. 159-177; R. Izquierdo Benito, "El entramado social", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 208-216.

apreciados por el poder local ante el temor de que alteraran la convivencia ciudadana, pero a quienes diversas iniciativas benéficas -entre otras, de cabildo y arzobispos- tratan de apoyar.

Pero la sociedad toledana de esta segunda mitad del siglo XV sufre un notable cambio que la caracteriza tanto o más que la jerarquización de sus miembros que acabamos de exponer. En contra de lo que había sucedido en otros momentos de la Edad Media, en que la ciudad, al margen de estereotipos, fue un ejemplo de convivencia entre las tres religiones que albergaba, los siglos XIV y XV van a traer una radicalización de posturas que se hará insostenible al acercarse a la Época Moderna. Judíos, mudéjares y, cada vez más, el influyente sector converso, van a ser perjudicados con una serie de medidas discriminatorias que los alejan de la realidad vivida hasta entonces. Aunque todo ello es producto de una evolución paulatina, hubo tres momentos clave en los que esa hostilidad hacia el "otro" se hizo especialmente visible: la Sentencia-Estatuto de Pero Sarmiento de 1449, el alboroto de 1467, y la instauración de un tribunal de la Inquisición en Toledo en mayo de 1485. Sin duda, esta ruptura social hizo entrar a la ciudad en el siglo XVI con una realidad totalmente alejada de su más tolerante y enriquecedor pasado medieval²¹.

Los tres aspectos que encabezan este epígrafe y que brevemente hemos expuesto, ponen de manifiesto la vitalidad de la ciudad de Toledo, superando las dificultades del momento. No obstante, son sólo una muestra de lo que en la segunda mitad del siglo XV tenía que decir una de las ciudades más representativas de la Corona de Castilla. Otras dos circunstancias contribuyeron aún más a definirla: su contundente fisonomía

²¹ R. Izquierdo Benito, "Judíos y conversos: una convivencia alterada", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 216-222; F. Martínez Gil, "El fin de las tres culturas", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 263-270; B. Netanyahu, *Los orígenes de la Inquisición*, Barcelona, 1999; J.P. Didier, *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVI-XVII siècles)*, Madrid, 1992.

urbana, de la que aquí no nos ocuparemos, pero que ha sido objeto de interesantes estudios²² y, sin duda, su condición de ciudad eminentemente eclesiástica.

1.1.3.- Toledo, ciudad eclesiástica

Un aspecto por el que la ciudad de Toledo destaca sobre muchas otras de los reinos hispanos es, indudablemente, por el decisivo papel que la Iglesia desempeña en la misma. Basta un paseo por sus calles o una mirada desde lo alto para descubrir innumerables torres y campanarios, amplios espacios conventuales y, como no, una grandiosa catedral. Sin embargo, el peso de la Iglesia en Toledo no sólo reside en la cantidad de edificios y fundaciones que circunda su muralla. El significado eclesiástico de la ciudad va más allá, desde el momento en que no es una sede más, ni sus responsables, los arzobispos de Toledo, unos meros pastores de almas. Al ser elegidos como tales, los prelados toledanos eran conscientes de la envergadura de su misión y de las especiales características que distinguían a su nueva sede dentro del conjunto peninsular. Veamos algunas de ellas.

En primer lugar, todo arzobispo de Toledo era al mismo tiempo el "*primado de España*", lo que concedía una preeminencia de honor a la persona que poseía tal título sobre el resto de obispos peninsulares. La Iglesia de Toledo ostenta la categoría de primada desde fines del siglo XI

²² Muchos son los trabajos que analizan total o parcialmente aspectos relacionados con la topografía urbana, los elementos definidores de su espacio urbano, las ordenanzas dadas al respecto, etc, destacando: R. Izquierdo Benito, *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996; J.P. Molénat, "L'urbanisme à Tolède aux XIV et XV siècles", en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, t. II. Madrid, 1985, págs. 1105-1111; J. Porres Martín-Cleto, "Evolución histórica del plano de Toledo", en *Toledo, ¿ciudad viva?, ¿ciudad muerta?*, Toledo, 1988, págs. 241-283, e *Historia de las calles de Toledo*, 2 vols. Toledo, 1971.

por bula del papa Urbano II²³, que pretendía con ello imponer un efectivo acatamiento y conceder al primado una sumisión de los demás obispos hispanos. Aunque el título acabó siendo meramente honorífico, no hay ninguna duda que esa dignidad primacial comportaba funciones y, de hecho, en la segunda mitad del XV, los arzobispos de Toledo hubieron de actuar en esa línea. Sirva a modo de ejemplo la actividad desplegada por el cardenal Mendoza que, atendiendo a su condición de primado, firmó pactos internacionales, medió entre la Corona y la Santa Sede con relación al tema de las provisiones²⁴ y defendió la primacía de Toledo frente a las sedes que se la disputaban²⁵.

El arzobispo de Toledo era además el metropolitano de una extensa *provincia eclesiástica* que en el siglo XV comprendía siete diócesis sufragáneas: Palencia, Osma, Segovia, Sigüenza, Cuenca, Jaén y Córdoba²⁶. Esta composición no estuvo claramente constituida hasta los años centrales del siglo XIII, una vez que todas las tierras que la conformaban fueron conquistadas e incluidas bajo la jurisdicción eclesiástica de Toledo²⁷. Es la propia bula "Cunctis Sanctorum" de 1088 antes citada la que reconoce la condición de metropolitanos a los titulares de la sede

²³ Con esta bula "Cunctis sanctorum" otorgada el 15 de octubre de 1088 (A.C.T. X.7.A.1.1.), el papa quería dar un reconocimiento oficial al rango que el arzobispo de Toledo había ostentando sobre las Iglesias de España desde época visigoda, concretamente desde el año 687.

²⁴ Da algunas noticias sobre estas actividades la más reciente biografía sobre el cardenal debida a F.J. Villalba Ruiz de Toledo, *El Cardenal Mendoza(1428-1495)*, Madrid, 1988, págs. 186-188.

²⁵ El propio papa Inocencio VIII concede unas letras apostólicas el 2 de mayo de 1489 en las que, para acabar con el pleito que mantiene con el arzobispo de Braga, reitera a Mendoza la autorización para ejercer los derechos y jurisdicción que le corresponden como primado en los reinos de Castilla y León: A.C.T. X.7.A.4.5. Aún reitera esta medida en una nueva bula unos meses después, el 17 de noviembre de 1489: A.C.T. X.7.A.4.6.

²⁶ Una aproximación al contenido y realidad de cada una de estas diócesis sufragáneas en T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, págs. 42-44.

²⁷ Hasta el siglo XIV, en que se integra en la recién creada diócesis de Zaragoza, pertenecía también a la provincia toledana la sede de Albarracín-Segorbe.

toledana. Se pretende con ello recuperar la situación existente en época visigoda, cuando Toledo era metrópoli de la extensa provincia cartaginense, que comprendía veinte sedes sufragáneas. La nueva configuración de esta provincia eclesiástica surgida tras la reconquista ofrece una reducción evidente en el número de sedes, sin que por ello disminuya un ápice el poder y la influencia de sus más altos responsables²⁸.

En tercer lugar, los prelados toledanos debían administrar una *extensa archidiócesis* que cubría la práctica totalidad de la actual comunidad de Castilla-La Mancha, salvo una pequeña zona al noreste de la misma, que pertenecía a las diócesis sufragáneas de Sigüenza y Cuenca. En concreto, ocupaba las actuales provincias de Toledo, Ciudad Real, Madrid y buena parte de las de Albacete, Guadalajara, Badajoz y Cáceres. Este extenso territorio se dividía, para su mejor administración en seis arcedianatos: Toledo, Talavera, Guadalajara, Madrid, Calatrava y Alcaraz, a su vez divididos en veintitrés arciprestazgos y tres vicarías²⁹. Como es lógico, las parroquias, beneficiados y fieles que se incluían en estas circunscripciones eran muy numerosos y exigían un importante trabajo y dedicación pastoral de los arzobispos toledanos. Se ha estimado que la diócesis incluía 275 parroquias con cura de almas, 386 beneficios simples, 345 prestimonios y 448 capellanías. La propia mitra arzobispal extendía su jurisdicción temporal

²⁸ D. Mansilla Reoyo, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempo del rey San Fernando*, Madrid, 1945; J.F. Rivera Recio, "Toledo", en *D.H.E.E.*, t. IV, Madrid, 1975, págs. 2.564-2.571.

²⁹ La composición de la diócesis era la siguiente: *Arcedianato de Toledo*: Arciprestazgos de Toledo, Ocaña, La Guardia, Canales, Illescas, Montalbán y Rodillas; *Arcedianato de Talavera*: Arciprestazgos de Talavera, Escalona, Santa Olalla, Maqueda y Vicaría de Puebla de Alcocer; *Arcedianato de Guadalajara*: Arciprestazgos de Guadalajara, Hita, Brihuega, Zorita, Almoguera y Alcalá de Henares; *Arcedianato de Madrid*: Arciprestazgos de Madrid, Talamanca, Uceda, Buitrago y vicarías de Val de Lozoya y Alcolea de Torote; *Arcedianato de Calatrava*: Arciprestazgo de Calatrava; *Arcedianato de Alcaraz*: Arciprestazgo de Alcaraz. La localización exacta de todas ellas en M.L. Guadalupe Beraza, *Diezmos de la sede toledana y rentas de la mesa arzobispal (Siglo XV)*, Salamanca, 1972.

sobre 20.000 vasallos distribuidos por 200 aldeas y villas, obligando a los prelados a rodearse de un numeroso personal subalterno de visitadores, escribanos, notarios, fiscales, entre otros³⁰. Todo ello convertía a Toledo en el más grande y poderoso arzobispado de los reinos hispanos, hasta el punto de hacer afirmar a algún personaje que vivió estos años que el arzobispo de Toledo "non prelado, si non Papa paresce"³¹. Tal llegó a ser la riqueza de la archidiócesis toledana que los Reyes Católicos se plantearon desmembrarla a la muerte del cardenal Mendoza en 1495, con objeto de impedir la concentración de tanto poder en manos de los prelados. Finalmente no tomaron la medida, que, sin duda, tuvo también sus detractores, pero el sólo hecho de llegar a considerarla dice mucho de la preocupación de los monarcas³².

Lo cierto es que la magnitud de la sede toledana exigía de sus titulares un importante esfuerzo y una gran responsabilidad, pero como contrapartida les otorgaba un innegable honor³³ y una más que sustanciosa compensación económica. Dirigir la sede más rica de la península y una de las más importantes de Europa, cuyas rentas se estima a fines del XV que podrían rondar los 50 millones de maravedís, repercutía en los propios prelados que por las mismas fechas participaban de esos cuantiosos ingresos

³⁰ En 1435 algunos de esos visitadores inspeccionaron el arzobispado y el resultado de su informe ha sido publicado por E. Benito Ruano, "Visita de las villas y lugares del Arzobispado de Toledo(1435)", en *Anales Toledanos*, V (1971), págs. 77-104.

³¹ J. Perez, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, pág. 194, T. de Azcona, *Isabel la Católica*, Madrid, 1964, pág. 430-431, y J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del Cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, págs. 19-50, aportan todos estos datos a partir de la relación que se sacó a la muerte de Cisneros por los gobernadores del arzobispado y en la que se recoge numerosa información relativa a la mitra toledana.

³² Así lo recoge Tarsicio de Azcona que se hace eco de algunas cartas y memoriales a favor y en contra de la división, en *La elección y reforma...*, págs. 30-31.

³³ El prestigio y antigüedad de la sede toledana le confería un carácter especial y, de hecho, muchos prelados fueron elevados a ella como culminación a toda una brillante carrera eclesiástica.

del arzobispado toledano percibiendo unos cuatro millones de maravedís³⁴. No es de extrañar, por tanto, el asombro con el que algunos viajeros extranjeros que, a caballo entre los siglos XV y XVI, pasaron por Toledo reflejaron en sus escritos el esplendor de su Iglesia. Uno de ellos, Lucio Marineo Sículo, resume muy bien en esta frase la realidad de la misma:

El obispo de esta Iglesia es segundo en Hispania después del rey, no sólo por su dignidad y autoridad, sino también por los pueblos, rentas y poder³⁵.

El mejor exponente del peso que la Iglesia tenía en estas tierras lo ofrece *la propia ciudad de Toledo*, difícilmente superada por otras en lo referente al número de edificios, fundaciones religiosas y beneficiados que servían en las mismas. En efecto, *veintiséis parroquias* albergaba por entonces la ciudad, seis de la cuales seguían siendo parroquias mozárabes³⁶. La dotación benefical de las mismas, su volumen de rentas y el número de feligreses que albergaban era muy desigual, pero lo importante es que, distribuidas por toda la ciudad, contribuyeron a afianzar el papel de la Iglesia en la misma³⁷. El clero parroquial y la propia situación de los

³⁴ F.J. Villalba Ruiz de Toledo, *Ob. cit.* págs. 196-197, cita estas cifras para el periodo concreto del cardenal Mendoza. Para conocer a fondo las rentas de la sede y de la mesa arzobispal es fundamental el trabajo antes citado de M. L. Guadalupe Beraza y el más reciente de J. García Oro y M.J. Portela Silva, "El gobierno toledano del cardenal Cisneros en las cuentas", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 3 (2000), págs. 77-144.

³⁵ *De Rebus Hispaniae memorabilibus*, en *Hispania illustrata*, vol. I, pág. 308.

³⁶ Las veinte parroquias latinas eran las de San Nicolás, San Vicente, San Román, San Salvador, San Bartolomé, San Andrés, San Justo, San Juan Bautista, San Lorenzo, San Miguel, Santa María Magdalena, Santo Tomé, Santiago del Arrabal, San Ginés, Santa Leocadia, San Isidoro, San Cebrián, San Pedro, San Cristóbal y San Antolín. Por su parte las seis mozárabes eran Santa Eulalia, San Lucas, Santas Justa y Rufina, San Torcuato, San Marcos y San Sebastián.

³⁷ La documentación conservada para conocer la realidad de las parroquias de Toledo durante la Edad Media es escasa y con ella también lo son los trabajos realizados sobre el tema. El más significativo es el de R. González Ruiz, "El arcediano Joffré de Loaysa y las parroquias urbanas de Toledo en 1300", en *Historia Mozárabe. I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1978, págs. 91-147. Excepcionalmente, el Códice 38-25 conservado en la Biblioteca Capitular describe la situación de las parroquias hacia fines del siglo XIII y ha permitido conocer el número de sus beneficiados, su rentabilidad y otros aspectos de gran interés relacionados con estas instituciones. Para el siglo XVI es interesante el trabajo de L. Martz y J. Porres Martín-Cleto, *Toledo y los*

templos estaban a cargo, para su inspección y vigilancia, del arcediano de Toledo, una de las dignidades del cabildo, que hacía de puente con el arzobispo.

La presencia religiosa en la ciudad se veía notablemente incrementada con más de veinte *beaterios*, *conventos* y *monasterios* que o bien se fundan ahora o trasladan por esta fechas su asentamiento al interior del casco urbano desde emplazamientos extramuros. Las principales órdenes religiosas masculinas y femeninas abrieron casas en Toledo en diferentes momentos de la Edad Media, destacando por la riqueza de los edificios y el peso que a lo largo de los siglos tuvieron en la ciudad los conventos dominicos de San Pedro Mártir³⁸ y Santo Domingo el Real³⁹, el convento femenino de Santa Clara, el monasterio cisterciense de San Clemente y la fundación franciscana de San Juan de los Reyes⁴⁰.

Ahora bien, por encima de todos estos edificios destacaba su *imponente catedral*, máximo referente urbanístico de la ciudad al ocupar un amplio espacio central en claro contraste con la angosta y tortuosa configuración de su casco histórico. En la segunda mitad del XV, después de más de dos siglos de obras y trabajos constantes, el templo está prácticamente construido y los más afamados artistas trabajaban en su

toledanos en 1561, Toledo, 1974. No menos detalles sobre ellas ofrece Sixto Ramón Parro, *Toledo en la mano*, vol. 2, Toledo, 1857 (ed. facsímil, Toledo, 1978).

³⁸ En la actualidad es sede de la Universidad de Castilla-La Mancha, lo que le ha hecho objeto de un interesante estudio de conjunto que reúne estudios históricos, artísticos y relativos a la restauración del edificio: *San Pedro Mártir el Real*, Toledo, 1997.

³⁹ J.L. Barrios Sotos, *Santo Domingo el Real y Toledo a fines de la Edad Media (1364-1507)*, Toledo, 1997.

⁴⁰ Muchos otros nombres habría que añadir a los citados: Santa Úrsula, la Concepción Franciscana, San Miguel de los Ángeles, Santa Isabel de los Reyes, Madre de Dios, Santo Domingo el Antiguo, San Pablo, etc. Referencias sobre algunos de ellos en la Tesis doctoral inédita de L. Canabal, *Conventos femeninos de la ciudad de Toledo en la Baja Edad Media*, presentada en la Universidad Complutense en 1997; sobre el valor artístico de sus edificios véase la obra de conjunto, *Arquitecturas de Toledo*, 2 vols. Toledo, 1991, y los trabajos de B. Martínez Caviro, *Mudéjar toledano. Palacios y conventos*, Madrid, 1980, y *Conventos toledanos: Toledo, castillo interior*, Madrid, 1990. También ofrece información la obra citada de Sixto Ramón Parro.

interior, rematando bóvedas, esculpiendo su retablo mayor, decorando vidrieras y, en definitiva, culminando al fin el cuerpo arquitectónico principal⁴¹. No obstante, la catedral de Toledo es mucho más que una colección de bellas obras de arte y un punto de referencia en la topografía urbana de Toledo, que en algunos momentos sirvió como escenario de conmemoraciones regias, reuniones del municipio, y diversos eventos solemnes. Como toda catedral medieval, el templo primado cumplió una relevante función religiosa y litúrgica, ofreciendo a los fieles misas, oficios, administración de sacramentos y procesiones con los que cubrir sus necesidades espirituales. A ello hay que añadir su más que notable dimensión cultural, reflejada en el mantenimiento de una escuela y una importante biblioteca, su labor benéfico-asistencial, con la que intentaba paliar la situación de pobreza y mendicidad de buena parte de la población y su incuestionable poderío económico, al ser propietaria de abundante suelo rústico y urbano⁴². Todo ello impedía quedar indiferente ante la grandeza de esta "dives toletana", como fue llamada en la época, representada de forma tangible por su *poderoso cabildo catedralicio*, la más importante institución eclesiástica de la diócesis y el único en toda ella de esta condición, aunque si hubo otros de colegiadas⁴³. El peso y la influencia que la pertenencia a este todopoderoso templo primado ponía en manos de los miembros del cabildo no tenía parangón con otros eclesiásticos de la ciudad

⁴¹ La espectacularidad formal de la catedral toledana la ha hecho objeto de numerosos estudios de historia del arte, de los que sólo destacamos por su carácter general, F. Chueca, *La catedral de Toledo*, León, 1978 y A. Franco Mata, "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, t. I, Toledo, 1991, págs. 421-479.

⁴² Una breve pero bella descripción de la catedral de Toledo y de la actividad desplegada en torno a ella en R. González Ruiz, "Dives Toletana", en *Medievalismo*, 6 (1996), págs. 317-320, y en "El mundo de la catedral", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo en 1492*, Toledo, 1992, págs. 29-54.

⁴³ Eran éstas las colegiadas de Santa María de Talavera, Santos Justos y Pastor en Alcalá de Henares, la abadía de San Vicente de la Sierra y, ya en la propia ciudad de Toledo, la de Santa Leocadia extramuros.

y aún de la diócesis, de ahí lo interesante de dedicarles nuestro estudio.

Lo cierto es que entre clero secular y regular, canónigos, racioneros, párrocos, capellanes, monjes, beatas y frailes, el porcentaje de población clerical que por entonces vivía en Toledo era más que significativo. Así lo manifiesta en 1495 el viajero Jerónimo Münzer al afirmar que "hay en la ciudad tal número de clérigos que causa asombro"⁴⁴. Aún es más evidente la descripción que hace en 1525 el embajador de la República veneciana en España, Andrés Navaggiero, al aludir, no tanto al número, cuanto al poder, influencia y tren de vida que este sector tenía en la ciudad:

Los dueños y señores de Toledo, y en particular de sus mujeres, son los eclesiásticos, que tienen bellas casas, gastan y triunfan, dándose la mejor vida del mundo sin que nadie se oponga⁴⁵.

Es de suponer que el viajero aludía preferentemente a los miembros del cabildo catedralicio que, pertenecientes a los más influyentes linajes de la ciudad, constituían una verdadera élite dentro del sector clerical.

Para finalizar, señalar que todo este importante peso eclesiástico que recae sobre Toledo no fue flor de un día. La ciudad se lo gana paulatinamente y en él tuvieron gran participación y responsabilidad los importantes personajes que a lo largo de la época medieval estuvieron al frente de la sede. Dos de los más destacados ocupan, precisamente, el período de tiempo que abarca nuestro estudio. Se trata de dos relevantes hombres de Iglesia y de Estado, cuya actividad tanto política como eclesiástica ha de ser tomada en cuenta para enmarcar la realidad y el ambiente en que se mueve la vida del cabildo catedralicio en la segunda mitad del siglo XV.

⁴⁴ J. Münzer, *Viaje por España y Portugal*, Madrid, 1991.

⁴⁵ A. Navaggiero, *Viaje por España*, Madrid, 1983. J. Montemayor, *Tolède entre fortune et déclin (1530-1640)*, Limoges, 1996, pág. 310, alude también a esta frase, aunque la atribuye a un amigo del embajador, el veneciano Ramusio.

1.2.- LOS PONTIFICADOS TOLEDANOS DE CARRILLO Y MENDOZA

El periodo en el que nos proponemos analizar la trayectoria del cabildo toledano coincide en el tiempo con la gestión al frente de la sede primada de dos de las más importantes personalidades del siglo XV, el arzobispo don Alfonso Carrillo de Acuña y el cardenal don Pedro González de Mendoza. En ambas figuras confluyen una serie de factores que hacen imprescindible acudir a ellos para entender la realidad de estos años. Difícilmente alguien que, como es el caso de Mendoza, se granjeó los grandilocuentes calificativos de "gran cardenal de España" o "tercer rey de España" podría desempeñar un papel irrelevante en la época en que vivió y desarrolló su actividad. Aunque a lo largo de la exposición tendremos ocasión de aludir a ellos en múltiples ocasiones, no está de más dejar sentadas algunas premisas sobre los aspectos más destacados de su vida, personalidad y, desde luego, sobre su gestión al frente de la sede toledana.

1.2.1.- Las biografías

Pocas biografías ofrecen un abanico de matices y facetas tan variado como las de estos dos personajes que, a pesar de protagonizar numerosos desencuentros y enfrentamientos a lo largo de su vida, presentan también significativas similitudes que, en algunos casos, les hacen seguir trayectorias paralelas. La principal, pues preside todas sus actividades, es que ambos sumaron a su indiscutible papel como importantes hombres de Iglesia una destacada participación en la complicada política de su tiempo. En efecto, a los dos los encontramos en diferentes momentos intrigando, acaudillando bandos nobiliarios, participando en batallas, concertando enlaces matrimoniales, es decir, involucrándose claramente en las crisis dinásticas

y guerras civiles que presidieron este siglo. A ello se une el hecho de que ambos fueron segundones de importantes linajes aristocráticos -sobre todo Mendoza- y, como era costumbre, fueron destinados por sus mayores a la carrera eclesiástica, en la que los dos tenían destacados parientes con quienes se educaron.

Alfonso Carrillo de Acuña, nacido en Cuenca en 1412, era el tercer hijo del matrimonio entre Lope Vázquez de Acuña, caballero de ascendencia portuguesa y Teresa Carrillo de Albornoz, señora de Buendía y Azañón. Se trata de una familia de medio abolengo, que ocupaba un segundo escalón en la escala nobiliaria, pero que estaba muy bien relacionada y emparentada con algunos de los principales linajes portugueses, aragoneses y castellanos⁴⁶. Entre todos sus familiares destacó el hermano de su madre, también de nombre Alfonso Carrillo, obispo de Sigüenza y cardenal de San Eustaquio⁴⁷, a cuyo lado se formó el futuro arzobispo de Toledo desde que tenía once años. La estancia en Italia junto a su tío le permitió conocer de primera mano el ambiente conciliarista que por aquellos años recorría el seno de la Iglesia, al tiempo que le puso en contacto con personajes de tanto peso como el papa Eugenio IV, que se hace cargo de él tras el fallecimiento del cardenal, le sufraga sus estudios, y le concede el título de protonotario apostólico en 1434⁴⁸.

⁴⁶ Entre otros, estaba emparentado con los Luna y los Pacheco. Un cuidado repaso por el árbol genealógico del personaje se ofrece en el trabajo de G. Mirecki Quintero, "Apuntes genealógicos y biográficos de don Alfonso Carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 55-76.

⁴⁷ El cardenal Alfonso Carrillo (1384-1434) fue uno de los eclesiásticos más destacados de la primera mitad del siglo XV, de ahí lo beneficioso que fue para su sobrino permanecer a su lado. J. Goñi, "Carrillo, Alfonso", en *D.H.E.E.*, Suplemento 1, Madrid, 1987, Págs. 111-113.

⁴⁸ La insigne personalidad de Alfonso Carrillo requeriría, como varios autores han puesto de manifiesto, una monografía que analizara su azarosa biografía. En tanto llega el momento contamos con varios artículos en los que se reflejan algunas facetas de su vida: F. Esteve Barba, *Alfonso Carrillo, autor de la unidad de España*, Barcelona, 1943; J. Gómez Menor, "Carrillo de Acuña, Alfonso", en *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972, págs. 361-362; J. Meseguer Fernández, "El Arzobispo Carrillo y el Cardenal Cisneros", en *Archivo*

La trayectoria de Pedro González de Mendoza, nacido en Guadalajara en 1428, siguió en líneas generales un esquema similiar. Pertenecía a uno de los linajes más poderosos e influyentes de Castilla, la familia Mendoza, futuros duques del Infantado, y, en concreto, era el quinto de los diez hijos que nacieron del matrimonio entre el I marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza, y Catalina Suárez de Figueroa. Desde niño sus padres encaminaron sus pasos a la vida de la Iglesia, con la mira siempre puesta en ocupar los escalones más altos de la misma, algo comprensible en una familia de tal influencia. En tal sentido se orienta su educación, extremadamente cuidada y vigilada por su padre, hombre de extraordinaria cultura que se interesó porque sus hijos tuvieran una sólida formación humanística, algo poco frecuente entre los hombres de la época. Buena parte de ese periodo formativo se realiza en Toledo al lado de su tío, el arzobispo toledano Gutierre Álvarez de Toledo (1442-1446), donde aprende Latín y Retórica. De allí pasó a Salamanca, doctorándose en cánones y leyes⁴⁹.

Tras esta primera fase de formación vigilada por sus influyentes familiares en la que adquieren una sólida preparación, los dos jóvenes estaban listos para comenzar una carrera eclesiástica y política al más alto

Iberoamericano, XLV (1985), págs. 167-187; N. López Martínez, "El arzobispo Carrillo y la política de su tiempo", en *Miscelánea José Zúñunegui*, I, Vitoria, 1975, págs. 247-267; J.F. Rivera Recio, *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*, Toledo, 1969, págs. 119-122, además de dar datos sobre la vida del personaje, incluye la semblanza completa que del mismo hizo en el siglo XV el cronista Hernando del Pulgar en su obra *Claros Varones de Castilla*, ed. de Clásicos Castellanos, Madrid, 1923.

⁴⁹ Varias crónicas analizan la vida del cardenal: P. de Salazar y Mendoza, *Crónica del Gran Cardenal don Pedro González de Mendoza*, Toledo, 1625; F. Medina y Mendoza, *Vida del cardenal don Pedro González de Mendoza*, en *Memorial Histórico Español*, VI, Madrid, 1853. También hay artículos y trabajos referidos a temas concretos o a sus familiares: F. Layna Serrano, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, vol. II, Madrid, 1942, págs. 36-74; A. Merino Álvarez, *El Cardenal Mendoza*, Barcelona, 1942; A. Rodríguez y Rodríguez, "Semblanza del Cardenal Mendoza", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XI (1929), págs. 24-36. Todos estos y otros más están recogidos y comentados en la más reciente biografía elaborada sobre el personaje y debida a F. J. Villalba Ruiz de Toledo, *El Cardenal Mendoza (1428-1495)*, Madrid, 1988.

nivel. Así, cuando ambos cuentan 24 años comienzan a ser tenidos en cuenta por los más altos mandatarios del momento. A esa edad Carrillo regresó a Castilla y fue ordenado obispo de Sigüenza (1436), sede que había ocupado su tío el cardenal y de la que había sido nombrado administrador un año antes. De forma efectiva se hace cargo del obispado entre 1440 y 1446, periodo durante el cual manifiesta gran interés por los problemas de su diócesis, acometiendo reformas para mejorar tanto la situación del cabildo como la del propio templo catedralicio, necesitado de algunas obras⁵⁰. El 10 de agosto de 1446, a una edad temprana para la responsabilidad que adquiriría -34 años- recibió la sede más apetecida y poderosa de la península, la sede toledana, pasando desde entonces a ocupar un puesto privilegiado en la complicada trama política del siglo XV⁵¹. Venía a suceder al citado Gutierre Álvarez de Toledo, siendo el empeño personal del condestable Alvaro de Luna, su pariente, el que influyó en el ánimo del monarca para decantar a favor de Carrillo un nombramiento para el que Juan II tenía otro candidato⁵².

Por su parte, Pedro González de Mendoza, también cuando cuenta 24 años (1452) y de la mano de su influyente padre, comenzó a tener contacto con la corte de Juan II, que le nombrará su capellán⁵³. A partir de ahí se convertirá en una figura imprescindible para entender los reinados

⁵⁰ La labor de Carrillo al frente de la sede seguntina queda recogida en la obra de T. Minguella, *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, vol. II, Madrid, 1912, págs. 132-142.

⁵¹ El papa Eugenio IV comunica al cabildo el nombramiento y le insta a prestar obediencia a su nuevo prelado en la bula "Credite nobis compensationis", otorgada el 3 de agosto de 1446: A.C.T. A.9.A.1.1.

⁵² Parece que el elegido por el monarca era su amigo, el obispo de Cuenca Lope Barrientos. Así lo afirma J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, pág. 59.

⁵³ No obstante, ya antes de esa fecha y desde una temprana edad, sus influyentes familiares le procuraron algunos beneficios en tierras de Guadalajara, solar de su familia: cuando sólo tenía nueve años fue nombrado párroco de la villa de Hita y algo después, en 1442, su tío, el arzobispo Gutierre Álvarez de Toledo, le procuró el arcedianato de Guadalajara, una de las dignidades más importantes del cabildo toledano.

de Enrique IV y, sobre todo, de los Reyes Católicos. Los monarcas saben apreciar sus cualidades personales, su cualificada formación, su pertenencia a la poderosa familia Mendoza, de la que desde 1458 es jefe⁵⁴, y de ahí que lo conviertan en una pieza indiscutible del juego político, de la que no estaban dispuestos a prescindir. Los altos servicios prestados a la Corona le son recompensados desde 1454 con una serie de obispados, títulos honoríficos y beneficios menores, de los que obtendrá rentas muy elevadas, superiores a las de cualquier eclesiástico de su tiempo. Cuatro fueron las sedes que acaparó a lo largo de su vida. La primera, el obispado de Calahorra-La Calzada(1454-1468), le es procurada por Juan II al final de su reinado para ganarse la amistad del joven clérigo y la de su familia. Durante el reinado de Enrique IV, como premio a su apoyo frente a los nobles, recibió el obispado de Sigüenza (1467-1495), perteneciente a la provincia eclesiástica de Toledo, y el arzobispado de Sevilla(1473-1482). Por último, los Reyes Católicos culminan este "cursus honorum" con la concesión de la más importante sede de los reinos hispánicos, el arzobispado de Toledo(1485-1495), compensando de este modo la fidelidad y servicios que les venía prestando el prelado⁵⁵. Al tiempo y desde 1473 ostentó el máximo honor al que en el seno de la Iglesia podía aspirar un eclesiástico de su posición, el capelo cardenalicio, en abierta oposición, como veremos, con el otro gran protagonista de estos años, el arzobispo Carrillo.

Así pues, los dos eclesiásticos coinciden en tener entre sus beneficios

⁵⁴ Su hermano y primogénito, Diego Hurtado de Mendoza, tras la muerte de su padre cedió la jefatura efectiva de la familia a Pedro, en quien reconoció dotes superiores para ese puesto. Ello llevó al prelado a velar por todos sus hermanos y descendientes, sobre los que ejerció gran influencia y patronazgo.

⁵⁵ A estos obispados habría que añadir algunos otros beneficios: obispo de Osma (sólo fue administrador de la sede, no su titular, parece que entre 1478-1483), abad de Valladolid, abad de san Zoilo de Carrión de los Condes, abad de Moreruela, abad de Fécamp, en Normandía, por concesión de Luis XI, patriarca de Alejandría, entre otros.

el obispado de Sigüenza, conservado por Mendoza hasta el fin de sus días⁵⁶, y, fundamentalmente la sede toledana, que fue el más completo colofón a su carrera y en la que ambos se suceden. Carrillo la recibió en plena juventud, con 34 años, conservándola durante treinta y seis años (1446-1482), mientras que Mendoza inició su pontificado a una edad más madura, 54 años, y permaneció a su frente sólo trece años (1482-1495). Lo cierto es que, al margen de sus grandes discrepancias, en ambos casos los personajes vivieron más de acuerdo con su vida pública que con su condición de altos dignatarios eclesiásticos. Sus encumbradas posiciones y gran ambición les reportaron enormes fortunas que acrecentaron su poder y con las que pudieron atender a los numerosos gastos de sus casas, financiar determinadas empresas de la monarquía, mantener una hueste⁵⁷, sustentar caras aficiones -como la de Carrillo por la alquimia⁵⁸-, realizar labores de mecenazgo artístico y cultural⁵⁹, y labrar un futuro a los hijos nacidos de

⁵⁶ Mendoza compatibilizó la posesión de esta sede, muy querida para él por su cercanía con las tierras originarias de su familia en Guadalajara, con los obispados de Sevilla y Toledo. T. Minguella, *Ob. cit.*, págs. 169-195.

⁵⁷ Los dos personajes fueron excelentes guerreros y participaron con sus ejércitos en las principales batallas del periodo. El cardenal Mendoza fue incluso Capitán General de los ejércitos de Castilla en la batalla de Toro. Excepcional fue el caso del arzobispo Carrillo, que como nos cuenta Hernando del Pulgar al hacer su semblanza "era omme belicoso e siguiendo esta condición plaziale tener continuamente gente de arma e andar en guerras e juntamientos de gentes [...], era gran trabajador en las cosas de la guerra". Los hechos bélicos del arzobispo Carrillo fueron objeto de una crónica escrita por su servidor, Pedro Guillén de Segovia, estudiada por E. Benito Ruano en su artículo "Los Hechos del Arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo por Pero Guillén de Segovia", en *Anuario de Estudios Medievales*, 5 (1968), págs. 517-530.

⁵⁸ El prelado gastó importantes cantidades en esta afición, con la mira puesta en encontrar minas de oro y plata. Para realizar estos experimentos contrató a un personaje, Fernando de Alarcón, al que entregó grandes cantidades de dinero y al que finalmente ordenó degollar por los escasos resultados de sus trabajos. De ello también nos da cuenta Hernando del Pulgar al afirmar "plaziale saber esperiencias e propiedades de aguas e de yerbas e otros secretos de natura [...] Este deseo le hizo entender muchos años en el arte de la alquimia [...] en lo cual e en buscar tesoros e mineros, consumió mucho tiempo de su vida e grand parte de renta e todo quanto más podía aver de otras partes".

⁵⁹ Numerosas fueron las aportaciones que, preferentemente al mundo del arte, hicieron los dos prelados. De ellas fueron testigo las diferentes sedes que ocuparon, destacando desde luego Toledo, sin duda la más favorecida. Entre otras, analizan esta labor las

sendas relaciones concubinarias⁶⁰.

Como vemos, son todo ello actividades que nada tienen que ver con su condición de hombres de Iglesia, y que les acercan claramente a la idea que sobre los obispos del siglo XV tiene el historiador Joseph Perez, para quien éstos

no pasaban precisamente por modelos de piedad ni de virtud y todavía menos por hombres ansiosos de espiritualidad; eran poderes seculares que por tren de vida y por sus ocupaciones no se distinguían en nada de los grandes señores del reino⁶¹.

Hasta aquí las coincidencias y paralelismos, pues, como decíamos en un principio, la vida de estos dos hombres estuvo llena de desencuentros y enfrentamientos: fueron antagonistas y enemigos políticos al militar cada uno de ellos en bandos distintos, sostuvieron concepciones diferentes sobre la monarquía y el poder político, y, en definitiva, sus trayectorias definieron dos realidades contrapuestas en el turbulento siglo XV.

Cuando Mendoza irrumpe en la actividad pública hacia 1452, Carrillo llevaba ya varios años siendo pieza clave para entender el reinado de Juan II. En efecto, durante este periodo el arzobispo toledano se mantuvo

siguientes obras: R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987; Nader, *Los Mendoza y el Renacimiento español*, Guadalajara, 1986; F. Checa, "Poder y piedad: patronos y mecenas en la introducción del Renacimiento en España", en *Reyes y Mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*, Toledo, 1992, págs. 21-54. También se rodearon de importantes hombres de letras e intelectuales que hicieron significativas aportaciones a la introducción en España de la nueva corriente humanista.

⁶⁰ Dos fueron los hijos que tuvo Alfonso Carrillo, Troilo Carrillo y Lope Vázquez. Por su parte, el cardenal Mendoza tuvo tres "bellos pecados" nacidos de sus relaciones con dos mujeres, doña Mencía de Lemos y doña Inés de Tovar. De la primera nacieron Rodrigo Díaz de Vivar y de Mendoza, marqués del Zenete y conde del Cid, y Diego Hurtado de Mendoza. El tercer hijo, Juan, nacido de su segunda relación se dedicó a las armas y murió joven en Francia. El cardenal obtuvo desde 1486 autorizaciones de la reina y del papa para fundar diversos mayorazgos y legar a sus hijos un sólido patrimonio. Así lo ha recogido A. Franco Silva, "La herencia patrimonial del gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 9 (1982), págs. 453-491.

⁶¹ J. Perez, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, pág. 214.

al lado de su pariente Alvaro de Luna, aunque con su caída en desgracia se fue desvinculando del mismo. Con Enrique IV en el poder, Alfonso Carrillo hizo causa común con el hombre fuerte del monarca, su sobrino Juan Pacheco, marqués de Villena, a cuyo lado estuvo en el enfrentamiento de éste con buena parte de la nobleza castellana. Al alzarse la familia Mendoza en 1464 con el poder en Castilla al lado de Enrique IV y situarse don Pedro González de Mendoza al frente del Consejo Real, Carrillo se colocará a la cabeza de la facción nobiliaria que un año después depone al rey en Ávila. Después apoyará a los infantes Alfonso e Isabel frente a Enrique IV, mientras que los Mendoza sustentan al rey y a su descendiente Juana "la Beltraneja".

La llegada al poder de los Reyes Católicos marcará el máximo enfrentamiento entre los dos personajes. Los reyes, sabedores de la influencia del linaje Mendoza, acaban por atraerlo a su bando, circunstancia que no es del agrado de Carrillo, sin duda, quien más había hecho por el matrimonio de Isabel con Fernando de Aragón frente a otras tendencias que apostaban por un enlace portugués. El arzobispo de Toledo no pudo soportar la privanza que al lado de los reyes iba alcanzando Mendoza, máxime cuando en 1473 es el entonces arzobispo de Sevilla el beneficiado con el capelo cardenalicio que tanto ambicionó Carrillo⁶².

Su desilusión le hace apartarse del lado monárquico, y acercarse al rey Alfonso V de Portugal, apoyando a Juana, bando con él que luchó contra los ejércitos de Mendoza en la batalla de Toro de 1476, manifestando ese ardor guerrero que siempre le había acompañado⁶³. Su derrota en esta

⁶² La ascensión al cardenalato de Mendoza es debida a su amistad personal con Rodrigo de Borja, futuro Alejandro VI, a quien acompañó en su legación castellana en 1472, y al apoyo de Fernando de Aragón. Primero fue cardenal de San Giorgio in Velabro, luego de Santa María in Dominica y, finalmente, adoptó el título de Santa Cruz de Jerusalén.

⁶³ El impacto que tuvo el nombramiento de Mendoza como cardenal para el arzobispo Carrillo se refleja muy bien en esta frase de su cronista Francisco de Medina y Mendoza, *Vida del Cardenal Don Pedro González de Mendoza*, en *Memorial Histórico Español*, I,

batalla y los consejos de algunos allegados llevaron en ese mismo año al arzobispo de Toledo a buscar el perdón de la reina y a retirarse a la villa de Alcalá de Henares, aunque aún habría de protagonizar algunas conjuras. No obstante, desde 1479 hay acuerdo definitivo con los monarcas, si bien a un precio muy alto para el prelado, ya que le son secuestrados todos los bienes y fortalezas de su señorío temporal. Ello lo neutraliza definitivamente y deja al cardenal Mendoza, ya sin ningún rival, actuando al lado de los monarcas que, tras la muerte del díscolo Carrillo, le recompensan con el valioso arzobispado de Toledo⁶⁴. Desde entonces fue su más fiel consejero e incluso durante la larga enfermedad que finalmente le ocasiona la muerte mantuvo una continua e interesante correspondencia con la reina.

Queda de esta forma expresado el antagonismo que en todo momento mostraron ambos personajes y que no era una cuestión meramente personal o de intereses familiares. Su enfrentamiento responde también a sus dos muy diferentes formas de entender el poder y la autoridad monárquica. Carrillo ha sido definido como el último prelado medieval, que seguía apostando por una solución oligárquica y por una nobleza fuerte que controlara a la monarquía. Por el contrario, Mendoza fue partidario de una monarquía autoritaria, lo que le granjeó la confianza de los monarcas y, al ser la opción que finalmente acaba imponiéndose, relegó a Carrillo a un segundo plano de la influencia política. Ello no es sino signo de los nuevos tiempos que

VI. Madrid, 1953, pág. 201: "El arçobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, por el onor que a el Cardenal se haçia, ubo tan grande alteraçion y engendrose en su animo tan escandalo, que le hizo mudar el proposito y tomar pensamientos en deserviçio del Príncipe y de la Prínçesa".

⁶⁴ Parece que Carrillo supo de la voluntad regia de nombrar a su gran rival Mendoza para sucederle en la sede primada tras preguntar a uno de sus franciscanos amigos, fray Alonso Sastre. Este testigo relata que "quedó Carrillo no se si escarmentado de su curiosidad, mas bien se que le pesó la noticia". No podía ser de otra forma, ya que era una muestra más del prestigio que iba alcanzando Mendoza. J. Meseguer Fernández, "El arzobispo Carrillo y el cardenal Cisneros", en *Archivo Iberoamericano*, XLV (1985), pág. 183.

corrían en la segunda mitad del siglo XV y que cada vez se alejaban más de la tradición medieval, preludiando la Edad Moderna⁶⁵.

En cuanto al final de sus vidas, ambos fallecieron en la ancianidad retirados a aquellos lugares que les eran más queridos, aunque lo hicieron en muy diferentes circunstancias. Alfonso Carrillo murió el 1 de julio de 1482 en Alcalá de Henares, ciudad a la que se había retirado voluntariamente desde hacia unos años, pobre y adeudado, según las propias palabras de Hernando del Pulgar y las noticias que ofrece su testamento⁶⁶. Su entierro en la capilla mayor del convento de San Francisco -también llamado de Santa María de Jesús- erigido por él mismo no revistió gran solemnidad, aunque fue sepultado en un magnífico sepulcro de alabastro⁶⁷. Por el contrario, Mendoza falleció en Guadalajara el 11 de enero de 1495 tras una larga enfermedad y en plena cúspide de su poder como cardenal y prelado; su cuerpo fue trasladado a la catedral de Toledo para recibir el solemne entierro que correspondía a un hombre de tal peso e influencia⁶⁸, y allí continúa reposando en una tumba levantada al efecto según las instrucciones dadas por el propio cardenal en su testamento⁶⁹.

Hasta aquí el rápido repaso por las vidas de estas dos encumbradas

⁶⁵ Las relaciones entre Iglesia y Monarquía durante este confuso periodo bajomedieval, así como las diferentes formas de ser asumidas por la primera las transformaciones que estaba viviendo la institución monárquica, han sido magníficamente analizadas por J.M. Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1993.

⁶⁶ B.N. Mss. 13020, f. 65r-68v. (1482, junio, 29, Alcalá de Henares).

⁶⁷ Este sepulcro gótico florido con estatua yacente del prelado fue mandado labrar por él muy poco antes de su muerte. Actualmente no se conserva, pues fue destruido en la Guerra Civil. Dan más detalles sobre el edificio y el enterramiento J. Meseguer Fernández, *Ob. cit.*, pág. 172 y G. Mirecki Quintero, "Apuntes genealógicos y biográficos de don Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 67-68.

⁶⁸ Conocemos los pormenores de este entierro gracias a un libro que se conserva en la Biblioteca Capitular de Toledo, elaborado hacia finales del siglo XVI por un racionero de la catedral, Juan Bautista Arcayos. Desde ahora lo designaremos para su identificación como Libro Arcayos. B.C.T. 42-29, f. 178r-v.

⁶⁹ R. Díez del Corral, "Muerte y humanismo: la tumba del cardenal don Pedro González de Mendoza", en *Academia*, nº65 (1987), págs. 209-227.

personalidades del siglo XV. Resulta sorprendente que, pese a ser importantes eclesiásticos, resalten más otras cuestiones que su dedicación a las tareas propias de su posición en el seno de la Iglesia. En verdad, sus múltiples ocupaciones políticas y guerreras les absorbieron un tiempo precioso que les impidió desarrollar con intensidad una actuación en materia eclesiástica. Así lo reconocen los propios prelados, que se ven obligados a valerse de colaboradores para atender sus tareas. Un interesante testimonio del cardenal Mendoza en abril de 1484, con ocasión del nombramiento de fray Juan de Quemada como visitador general del arzobispado de Toledo, evidencia los impedimentos del prelado para ocuparse directamente de su sede:

Por quanto nos al presente, ocupado en muchos e arduos negoçios complideros al serviçio de Dios e del Rey e la Reina mis sennores e al paçifico estado de los Reynos, nos podemos por nuestra persona asy como queriamos entender estrechamente en la admynistraçion de las cosas espirituales e temporales de nuestro arçobispado e diocesis de Toledo⁷⁰.

Fueron, por tanto, más obispos políticos que obispos pastores, aunque, influidos por el ambiente reformista que preside el periodo, dejaron importantes pinceladas de sus proyectos en relación con la Iglesia y sus necesidades. La sede toledana fue la más favorecida con sus puntuales actuaciones, que se dirigieron tanto al conjunto de la diócesis como, de forma específica, al cabildo catedralicio.

1.2.2.- Actividad pastoral

A la hora de analizar la dimensión eclesiástica y las realizaciones que en el plano religioso y en relación con la sede toledana llevaron a cabo estos dos grandes personajes se pone de manifiesto que, pese a su antagonismo político e ideológico, cuando actúan como hombres de Iglesia son muchos

⁷⁰ A.C.T. Z.9.N.1.1.

más los puntos en común, ya que tratan de atender problemas similares y los dos se ven sacudidos por la corriente reformista de estos años. No obstante, su aportación en este terreno ha sido minimizada por el brillo de su sucesor al frente de la sede toledana, el cardenal Cisneros, verdadero artífice de la reforma eclesiástica en los reinos hispanos y principal encargado de llevar a efecto los planes de los Reyes Católicos⁷¹. Sin embargo, con ser fundamental su tarea, Cisneros sólo es el eslabón de una larga cadena en la cual sus dos inmediatos antecesores cumplieron un papel importante como precursores, papel que, aunque tardío y reducido a actuaciones muy concretas, es el precedente inmediato de lo que luego él amplía y culmina con mayor acierto⁷².

Las trayectorias de Carrillo y Mendoza eran bien conocidas por Cisneros cuando en 1495 se hace cargo de la sede toledana y empieza a aplicar su programa de reforma. Sus relaciones con el primero no fueron buenas e incluso llevaron a prisión en 1476 al entonces bachiller Gonzalo Jiménez de Cisneros⁷³. Por el contrario, estuvo muy cerca de los poderosos Mendoza y especialmente de don Pedro, que, como obispo de Sigüenza, procuró al joven Cisneros la capellanía mayor de la catedral a finales de 1476. Años más tarde sería también el cardenal Mendoza el que, al

⁷¹ La labor de Cisneros como reformador de la Iglesia ha sido puesta de manifiesto por J. García Oro, *El Cardenal Cisneros, Vida y empresas*, 2 vols., Madrid, 1992, y *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971.

⁷² Así lo afirman, entre otros, J.I. Tellechea, "La reforma religiosa", en J. Pérez (dir.), *La Hora de Cisneros*, Madrid, 1995, págs. 43-56, y L. Suárez Fernández, "Cisneros e Isabel la Católica", en *V Simposio Toledo Renacentista*, t. I, 1ª parte, Madrid, 1980, págs. 13-24.

⁷³ Tradicionalmente se admitió que el motivo del enfrentamiento entre el arzobispo Carrillo y el joven Cisneros fue el nombramiento de éste como arcipreste de Uceda en 1471, en contra de los deseos del prelado, que tenía otro candidato. Según estas fuentes, Cisneros habría permanecido entre 1471 y 1476 encerrado en el castillo de Santorcaz. Una revisión del tema apunta a que el tiempo que permaneció en prisión fue mucho menor, en torno a un mes, y los motivos para la enemistad, las buenas relaciones de Cisneros con el gran enemigo de Carrillo, el poderoso cardenal Mendoza. Ha estudiado el tema J. Meseguer Fernández, *Ob. cit.*, págs. 167-187.

recomendar a la reina como confesor al fraile franciscano en que se había convertido Cisneros, introduciría a éste en la corte que luego acabaría liderando. Ello evidencia que la apuesta de Cisneros por Mendoza y el consiguiente alejamiento del arzobispo Carrillo fue, sin duda, una elección de futuro⁷⁴. Lo relevante es que los contactos mantenidos con sus predecesores permitieron a Cisneros aprovechar las iniciativas adoptadas por ellos y trazar un vasto y ambicioso proyecto de reforma. Entre las medidas que con diferente intensidad desarrollaron los tres prelados destacan la formación cultural del clero, fórmula fundamental para lograr los objetivos reformistas; las necesarias transformaciones del modo de vida y costumbres del estamento eclesiástico; la catequesis e instrucción religiosa de los fieles; y la reunión de asambleas, sínodos y concilios, como clave del comportamiento episcopal⁷⁵.

En consonancia con esta última cuestión, la personalidad episcopal y reformista de nuestros dos poderosos prelados se concreta en la convocatoria de una serie de asambleas y concilios en los diez años que van de 1473 a 1483, es decir, los últimos años de Carrillo y los primeros de Mendoza al frente de la sede primada. Ello acaba con casi un siglo de total inactividad en este sentido a causa de las razones que adujimos en la primera parte de este estudio⁷⁶. El primero en romper con este pasado será Carrillo al convocar un concilio provincial en Aranda el 5 de diciembre de 1473 y dos sínodos diocesanos, ambos en Alcalá, la ciudad de su retiro, en 1480 y 1481, respectivamente. Se ha especulado mucho sobre las razones que tuvo el prelado para, después de casi treinta años sin acometer tareas pastorales,

⁷⁴ Así lo expresa J. García Oro, *El cardenal Cisneros*, t. I, págs. 32-36.

⁷⁵ J. García Oro compara el talante reformista de los tres prelados en el capítulo "Vida y criterios pastorales en la Iglesia de Toledo", en *La Iglesia de Toledo en tiempo del Cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, págs. 119-139.

⁷⁶ Ya entonces aludíamos al Cisma que dividió a la Iglesia desde 1378 y a las vicisitudes de la política castellana durante el siglo XV para explicar esa paralización de una actividad pastoral que a lo largo del siglo XIV había sido especialmente intensa.

ocupado como estaba en las empresas del reino, iniciar esta actividad pastoral. La opinión mayoritaria es que la convocatoria de este concilio y los sínodos que le siguieron fue la reacción del arzobispo de Toledo ante el nombramiento de Mendoza como cardenal. Carrillo parece querer poner de manifiesto que, pese a su rechazo como cardenal, es un hombre de Iglesia y decide acometer unas reformas que antes no le habían interesado, pero que afectan a un amplio abanico de temas y tienen un contenido pastoral-teológico de gran alcance⁷⁷. Las constituciones adoptadas en estas tres convocatorias son el punto de partida de la reforma castellana y su temática va desde la inmunidad y libertad de la Iglesia a la enseñanza de la doctrina cristiana, pasando por la celebración de los sacramentos, la formación cultural de los clérigos, la acumulación de beneficios, los malos hábitos del clero, entre otros⁷⁸.

Por su parte, Mendoza será en Toledo fiel a un programa de reforma que había ya ensayado en las sedes ocupadas con anterioridad y que, entre otras medidas, le llevaron a convocar una Asamblea General del clero en Sevilla en 1478, verdadera iniciadora de la reforma eclesiástica en Castilla⁷⁹. Siguiendo esa línea, en Toledo convocó una reunión que no llegó a ser un sínodo, sino una congregación de "honrrados procuradores de las iglesias colegiales, arciprestes e vicarios e clerecia del dicho su arzobispado". Se celebró esta el 20 de octubre de 1483 y, en ausencia del prelado, la presidió el vicario general, don Juan de Torres, arcediano de Medina, asistiendo el deán y cabildo de la catedral. Se promulgan en ella

⁷⁷ Así lo afirma, entre otros, J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 61-62.

⁷⁸ *Ibidem*, págs. 283-338, publica el texto completo de cada una de estas tres convocatorias. La atención a sus deberes pastorales se completa con la reunión en Alcalá durante la primavera de 1479 de una junta de más de cincuenta teólogos, encargados de juzgar y condenar por heréticas algunas teorías en torno al sacramento de la penitencia vertidas por profesor salmantino Pedro Martínez de Osma.

⁷⁹ F. J. Villalba Ruiz de Toledo, "Aproximación al Concilio Nacional de Sevilla de 1478", en *Cuadernos de Historia Medieval* 6, Madrid, 1984.

cinco pequeñas constituciones centradas en tres cuestiones: las celebraciones litúrgicas, el trato a dar a los excomulgados y las competencias episcopales⁸⁰. Unos días después, concretamente el 13 de noviembre, el cardenal la confirma desde Vitoria y, además, haciéndose eco de las peticiones del clero de su arzobispado, revoca las censuras y penas de excomunión y de privación de bienes impuestas por Carrillo en sus sínodos, suavizando los castigos⁸¹.

Otro aspecto que también preocupó sobremanera a los dos preladados como pastores que eran de la sede toledana fue el de la mejora de las parroquias mozárabes de la ciudad. La situación de estos seis templos⁸² a fines del siglo XV y del rito que en ellas se celebraba era de franca decadencia: se nombraban párrocos que desconocían la liturgia mozárabe, las parroquias se encontraban en una dura situación económica, el censo mozárabe disminuía, y faltaban libros rituales. Ello, sin duda, representaba un serio peligro de cara a la desaparición, incluso, del propio rito, y de ahí que surgieran voces e iniciativas que trataran de frenar este proceso. Una vez más, sería Cisneros quien con la fundación de la Capilla Mozárabe y la impresión de libros litúrgicos -el Misal y el Breviario- diera una solución real al problema⁸³, si bien no deben desestimarse las aportaciones de sus dos antecesores en la sede toledana, que fueron extremadamente sensibles con el tema y, en alguna de sus acciones, prefiguran la labor que luego él

⁸⁰ El texto íntegro ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 339-340.

⁸¹ *Ibidem*, págs. 340-342. En esta confirmación anuncia también su intención de convocar un sínodo en el que tratar diversas cosas "concernientes al servicio de Dios nuestro Señor e a la salud de las animas e del bien de las Yglesias e personas eclesiásticas del nuestro Arçobispado", si bien nunca llegó a celebrarse.

⁸² Ya anteriormente citamos que estos templos eran los de Santa Eulalia, San Lucas, San Sebastián, Santas Justa y Rufina, San Torcuato y San Marcos.

⁸³ J. Meseguer Fernández, "El cardenal Jiménez de Cisneros, fundador de la Capilla Mozárabe", en *Historia Mozárabe. I Congreso de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1985, págs. 149-245; A. Fernández Collado, "La Capilla Mozárabe del Corpus Christi", en *Piedras Vivas. La catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1995, págs. 63-68.

culminaría.

Así, el arzobispo Carrillo, consciente del "grand detrimento y disminucion" en que se hallaban los templos, dedicó a los clérigos mozárabes una de las constituciones del sínodo de Alcalá de 1480, ordenando que los beneficios mozárabes sólo pudieran concederse a clérigos doctos o instruidos en el oficio mozárabe y que, además, residieran en su iglesia⁸⁴. El cardenal Mendoza, por su parte, atendió más a la situación de penuria económica de las iglesias, disponiendo un decreto el 26 de abril de 1484 que trataba de evitar las irregularidades surgidas en la percepción del diezmo a satisfacer por sus parroquianos latinos. En efecto, estaba admitido que los párrocos mozárabes aceptaran parroquianos latinos, pero de esta circunstancia se derivaban perjuicios y dificultades para las otras iglesias, que perdían unos ingresos importantes, y para las propias mozárabes, ya que al calor de los continuos debates entre beneficiados y arrendadores de rentas, se derivaba "que muchos paguen mal sus diezmos e primicias". El cardenal tratará de controlarlo ratificando los privilegios de las parroquias mozárabes de admitir parroquianos latinos, pero restringiendo el número de éstos y su contribución⁸⁵. En definitiva, con unas y otras medidas lo que intentan los prelados es paliar los problemas de formación, absentismo y penuria económica que amenazaban gravemente a estos seis templos. Además, ambos se ocuparon con diligencia de cubrir las vacantes que se producían en algunas de las parroquias, a fin de que el oficio "que es muy deboto e santo, no pereziese"⁸⁶.

⁸⁴ Es concretamente la constitución 17. El texto está publicado en el trabajo de J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 314.

⁸⁵ Cada parroquia mozárabe sólo podía percibir diez parroquianos latinos, cada uno procedente de una parroquia, que no debían ser dezmeros mayores, sino medianos y pequeños. J. Meseguer Fernández, *Ob. cit.*, págs. 190-193.

⁸⁶ Así sucede el 10 de septiembre de 1485 cuando Mendoza, desde Peña de Martos(Jaén), donde preparaba algún enfrentamiento en Granada, se hace eco de las peticiones de los clérigos mozárabes de la ciudad y cubre la vacante de la iglesia de Santa Justa y Rufina. Elige a Antonio Rodríguez de Toledo, clérigo de la diócesis, al que todos

Tampoco fueron ajenos a una circunstancia que en el siglo XV se dejó sentir con fuerza en toda Castilla, en la diócesis de Toledo y en la propia ciudad cabeza de la misma. Nos referimos al problema judío y converso. Ya se ha visto en el apartado anterior el eco que tuvo en Toledo el enfrentamiento entre cristianos viejos y nuevos en tiempos de la sentencia de Pero Sarmiento y después en los difíciles acontecimientos de 1467, de los que se derivaron severas medidas discriminatorias contra los judíos y conversos, preferentemente la de impedir que alcanzaran cargos públicos. Según nos dice Benito Ruano, los dos primados fueron contrarios a esta actitud intransigente y así lo manifiesta Carrillo en una de las constituciones del sínodo de 1480, en la que se prohíbe la existencia de cofradías basadas en el principio de la limpieza de sangre de sus componentes. El cardenal Mendoza en 1483 ratifica la disposición de su antecesor, desoyendo las peticiones de revocación que apenas accede al arzobispado de Toledo le habían sido hechas por el clero de su diócesis⁸⁷. Si hubo, no obstante, diferencia de criterio a la hora de implantar en Toledo el Tribunal de la Inquisición. Carrillo, al parecer, fue contrario al mismo, de ahí que hubiera de instalarse en Ciudad Real en 1483, mientras que Mendoza dio su autorización, procediéndose al traslado en mayo de 1485, fecha a partir de la cual dicho organismo comenzó a actuar sin interferencias en la ciudad del Tajo. De todas formas, parece que también Mendoza fue en un principio partidario de acudir a un método más pastoral y evangélico que el inquisitorial de los Reyes Católicos, y publicó un catecismo para uso de fieles y predicadores. Al final, no obstante, aceptó colaborar y se avino a los deseos regios. Los primeros inquisidores de la ciudad fueron don Vasco Ramírez de Ribera, arcediano de Talavera, y el canónigo de Toledo Pedro Díaz de la Costana. Ello abre la llave a la actuación de este tribunal que se

consideran el más idóneo para el puesto: A.C.T. E.3.B.1.21 n°1.

⁸⁷ E. Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV*, págs. 133-136.

vio perfectamente reflejado en las calles de Toledo con numerosos autos y procesiones durante los años siguientes⁸⁸.

1.2.3.- Relaciones con el cabildo catedralicio

El talante reformista de los prelados se dejó sentir también en la atención prestada al cabildo catedralicio, que, como quedó visto en la primera parte, desde su constitución fue especialmente mimado por todos los arzobispos que ocuparon la sede. A pesar de sus numerosas ocupaciones, Carrillo y Mendoza intentaron dejar su impronta en la vida de la corporación primada, ocupándose, básicamente, de tres cuestiones: la ampliación de la normativa capitular con la concesión de nuevos estatutos, la provisión de cargos y beneficios catedralicios, y la colaboración en materia asistencial y cultural. Aunque todos estos aspectos serán estudiados convenientemente en diferentes partes del trabajo, no está de más que presentemos ahora unas pinceladas generales.

Siguiendo la tradición de todos sus antecesores, nuestros prelados otorgaron cinco estatutos al cabildo -concretamente dos Carrillo y tres Mendoza- en los que se trataban cuestiones de interés para el funcionamiento interno de la institución. Las dos constituciones de Carrillo -otorgadas en 1462 y 1468, respectivamente- se centraban en aspectos relacionados con la composición del cabildo, pues, de un lado, procedían a elevar al rango de dignidad a los dos oficios de vicario de la ciudad y capellán mayor⁸⁹, y,

⁸⁸ J.P. Didier, *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVI-XVIII siècles)*, Madrid, 1992; F. Martínez Gil, "El fin de las tres culturas", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 263-270; N. López Martínez, *Los judaizantes castellanos y la Inquisición en tiempo de Isabel la Católica*, Burgos, 1954; J.L. González Novalín, "La Inquisición Española", en *Historia de la Iglesia en España*, III-2º, Madrid, 1980.

⁸⁹ Ello aumentó a catorce el número de dignidades del cabildo. La constitución se otorga el 27 de julio de 1462. A.C.T. I.9.A.1.10. Se conserva copia en B.C.T. MS 23-17, f. 38v, y en B.N. Mss. 6260, f. 34r-v.

por otro, se ocupaban de las condiciones en que serían admitidos en la iglesia los canónigos extravagantes, en el texto llamados pensionarios⁹⁰. Después de esto don Alfonso no vuelve a preocuparse por el cabildo y, cuando al final de sus días retoma el tema eclesiástico, dedica sus esfuerzos a las actividades pastorales anteriormente citadas.

Por su parte, el cardenal Mendoza otorgó al cabildo tres estatutos durante los años 1489 y 1490, en los que se atendían cuestiones muy diversas: la hermandad y colegio de los capellanes, fundamentales para servir las numerosas capillas fundadas en la catedral a lo largo de los siglos⁹¹; la creación de una nueva modalidad de reunión capitular, los "capítulos espirituales", que vendrían a añadirse a los que ordinariamente celebraba el cabildo, y manifestaban la implicación del cardenal en un programa de reforma que buscaba la mejor preparación del alto clero toledano⁹²; y, por último, la adecuada gestión y administración de la Obra y Fábrica catedralicia, cuyos bienes y rentas habían crecido considerablemente y estaban a cargo del cabildo⁹³. Con ser importantes estas disposiciones, es evidente que cinco constituciones no bastaban para atender al funcionamiento de una institución cada vez más compleja y necesitada de atención. Por ello, tan importantes como éstas son los más de sesenta estatutos que entre 1466 y 1495 se dio a sí misma la propia

⁹⁰ El texto, dado por el prelado en Arévalo el 24 de enero de 1468, se encuentra en A.C.T. I.6.C.1.5. En él se incluye el estatuto dado por el cabildo, aunque no se menciona su fecha, que sí aparece en otras copias del documento conservadas en B.C.T. MS 23-17, f. 41r-44r y en B.N. Mss. 6260, f. 38r-39r.

⁹¹ A ellos dedica un estatuto otorgado en Toledo el 14 de enero de 1489. B.C.T. MS 23-17, f. 47r-49r y B.N. Mss. 6260, f. 40r-41v.

⁹² Estas reuniones dejaban de lado los asuntos temporales, que ya eran tratados regularmente en los cabildos ordinarios, y se centraban en "las cosas convenientes a la gobernación espiritual de la dicha santa iglesia". B.C.T. MS. 23-27, f. 46r-46v y B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r.

⁹³ El texto va fechado el 24 de diciembre de 1490 y, además de dar toda una serie de instrucciones sobre la administración de estos bienes al deán y cabildo, señala el salario a percibir por los principales oficiales de la Obra, lo cual ofrece una valiosa información. B.C.T. MS 23-17, f.59r-62v y B.N.Mss. 6260, f.48v-52v.

corporación y que afectaban al día a día de la misma. Tendremos ocasión de señalarlos en los correspondientes apartados de nuestro trabajo.

El contacto entre arzobispos y cabildo se dejó también sentir en la frecuente participación de los primeros en el nombramiento de dignidades, canónigos y racioneros. De acuerdo con lo establecido en diversos estatutos capitulares, la provisión de cargos del cabildo debía hacerse conjuntamente entre el prelado y el cabildo, aunque, muy frecuentemente, éste solía ser postergado. En efecto, a pesar de ser el cabildo quien en última instancia hacía efectivos los nombramientos y daba la posesión a sus titulares, recibía numerosas presiones de los arzobispos y las más altas instancias eclesiásticas y políticas para imponer a sus candidatos y llevar a estos puestos de relieve a gentes de su confianza o a las que debían pagar algún favor. Estas intromisiones generaron más de un conflicto entre ambas partes y obligaron a prelados y cabildo a firmar acuerdos que respetaran en lo posible sus respectivos derechos. Lo cierto es que tanto las Actas Capitulares como el resto de la documentación que guarda el Archivo Catedralicio han dejado numerosos testimonios de las intervenciones de Carrillo y Mendoza en la provisión de los principales beneficios catedralicios. A todo ello nos referiremos con detalle en un próximo capítulo.

Las buenas relaciones que, en general, mantuvieron prelados y cabildo se plasmaron en la colaboración de ambos en las distintas obras culturales y benéficas que por estos años se ponen en marcha en Toledo. El caso más significativo es el del cardenal Mendoza que presta todos su apoyo a dos iniciativas capitulares de gran calado en la ciudad. La primera, con un marcado carácter cultural, es la fundación por uno de los principales colaboradores del prelado en la sede toledana, el maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo, del Colegio de Santa Catalina en 1485. Esta fundación colegial se inserta dentro de un mucho más amplio programa cultural-educativo que había llevado al cardenal Mendoza a fundar un centro

universitario en Valladolid, el Colegio de Santa Cruz, y, más aún, a influir en sus más cercanos colaboradores para que imitaran su actuación⁹⁴. La fundación en Toledo del Colegio de Santa Catalina tuvo importantes consecuencias para la vida cultural de la ciudad, ya que, sin duda, fue el primer paso para la creación de una Universidad en Toledo. No contamos con una actuación similar en Toledo por parte de Alfonso Carrillo que, aunque también muy sensible al tema, centró sus inquietudes culturales en la villa de Alcalá de Henares, trazando un camino que luego culminaría Cisneros con la fundación de la Universidad⁹⁵. Una segunda iniciativa del cabildo, la creación de un arca de limosna con la que dar de comer diariamente a algunos pobres, fue también secundada y financiada en parte por Mendoza, que como contrapartida, vinculó a la corporación catedralicia en la que sería, sin duda, su gran fundación toledana, el Hospital de Santa Cruz para albergar niños expósitos. En el capítulo correspondiente analizaremos los pormenores de todas estas empresas.

Estas esporádicas pero significativas muestras de atención de los prelados hacia el cabildo tuvieron su última plasmación en las mandas y legados con que a su muerte beneficiaron a la institución primada. El arzobispo Carrillo favoreció, por encima de otros lugares de su diócesis, a la villa de Alcalá de Henares, pero no por ello se olvidó de la Iglesia

⁹⁴ En efecto, el cardenal prestará todo su apoyo, además de al maestrescuela toledano, a Juan López de Medina, provisor y vicario general del obispado de Sigüenza para la erección en esta ciudad en 1477 del Colegio Grande de San Antonio de Portaceli, o a su secretario personal, Diego de Muros, fundador de Colegio Mayor de San Salvador de Salamanca. También llegó a influir en las fundaciones culturales de Cisneros, el Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá, y, sobre todo, la Universidad. Algunos trabajos permiten aproximarse a la política cultural del cardenal: M.A. Sobaler Seco, *Los colegiales mayores de Santa Cruz (1484-1670): una élite de poder*, Salamanca, 1987; F.J. Villalba Ruiz de Toledo, "Política universitaria en la castilla del siglo XV", en *En la España Medieval*, V, vol. II (1986), págs. 1.285-1.297;

⁹⁵ La labor de Carrillo se limitó a instituir tres cátedras en el convento franciscano de Santa María de Jesús. Estos tímidos ensayos serían años después aprovechados por Cisneros para hacer de Alcalá de Henares un referente obligado en la vida universitaria española.

primada, a cuyo sagrario legó su cáliz de oro y una cruz de oro y plata que le había regalado el rey de Portugal, Alfonso V, y que, al parecer era de tan gran tamaño "que dos hombres de mucha fuerza no la podían llevar"⁹⁶. En todo caso, si hacemos caso de la semblanza de Hernando del Pulgar, a su muerte la situación económica del prelado no discurría por buenos cauces, por lo que los legados se resentirían. Más espléndido fue el cardenal Mendoza, en cuyo testamento, además de vincular al cabildo tanto en la fundación del Hospital de Santa Cruz como en la construcción de su sepulcro, lega al tesoro catedralicio una serie de joyas y objetos valiosos como su cruz penitencial, la cruz de oro pectoral o su anillo pontifical⁹⁷. Esta entrega venía a unirse a la donación de ropa litúrgica que el cardenal hiciera en 1487, consistente en un juego completo arzobispal de decir misa para usar en momentos tan señalados como la presencia de los Reyes o sus hijos⁹⁸.

La conclusión a cuanto hemos expuesto, manifiesta que las relaciones de nuestros protagonistas con la institución capitular y sus miembros fueron, en general, buenas y ajenas al enfrentamiento que se produciría en tiempos de Cisneros y que tanta confusión creó en el seno de la catedral toledana. Desde el primer momento los capitulares aceptaron los nombramientos de los nuevos arzobispos y, posiblemente por el absentismo de los mismos,

⁹⁶ Así lo recoge T. Minguella, *Ob. cit.*, págs. 141-142. El cáliz desapareció del tesoro catedralicio durante la guerra civil, tal como nos cuenta J.C Gómez-Menor, "Don Alfonso Carrillo", en *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 94-95.

⁹⁷ El original en A.D.P.T., Santa Cruz, leg 59 n° 1. Fue publicado por A. Álvarez Ancil, *Copia fiel y exacta del Testamento del Cardenal Arzobispo que fue de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excelentísima Diputación Provincial de Toledo*, Toledo, 1915.

⁹⁸ A.C.T. X.12.B.1.19. La donación incluía la mitra, cáliz, pectoral, relicario, casulla, gremial, pluvial, dalmática, túnica, estola y misal. Conocemos estos y otros valiosos objetos de la importante colección del cardenal gracias a un inventario realizado por un criado del cardenal, Bartolomé de Medina. El documento se conserva en el Archivo de la Diputación de Toledo y ha sido estudiado por E. García Rodríguez, "Las Joyas del Cardenal Mendoza y el Tesoro de la Catedral de Toledo", *B.R.A.B.A.C.H.T.*, LVIII (1942), págs.15-48.

hubo pocos motivos de conflicto. La corporación actuó de forma bastante independiente y no manifestó especiales motivos de resistencia a las medidas tomadas por Carrillo y Mendoza, aunque pudieran tener opiniones encontradas, por ejemplo, en el tema de las provisiones. Muy diferentes serían las cosas después de la muerte de éste último, ya que tanto la posición de los monarcas, queriendo neutralizar cualquier actuación del cabildo en sede vacante, como los intentos reformistas de Cisneros generaron un clima de malestar que se tradujo en abierto conflicto durante parte del pontificado cisneriano.



CAPÍTULO SEGUNDO

ESTRUCTURA Y COMPOSICIÓN DEL CABILDO



Es esta una cuestión de obligado tratamiento a la hora de realizar el estudio de cualquier cabildo catedralicio y, aunque es cierto que casi todos ellos comparten unas líneas comunes, no lo es menos que no hay una total uniformidad y cada corporación presenta algunas particularidades que la significan del resto.

Centrándonos en el cabildo toledano, cabe decir que es en el siglo XV, y más en su segunda mitad, cuando, tras un largo proceso iniciado en el XII, la institución llegó al momento culminante de su poder y a la configuración definitiva de su estructura y composición interna. Ésta se fue forjando al abrigo de las diversas constituciones arzobispales que recogíamos en la primera parte del trabajo, y que dejaron dispuesto el número, los cargos y las funciones de cada uno de sus componentes.

Un culto canónigo toledano de nombre Blas Ortiz escribió a mediados del siglo XVI la primera guía de la catedral que se conoce, con objeto de regalársela al futuro rey Felipe II, y en ella, al referirse a los beneficiados de la catedral, señala que "toda esta multitud se contiene en tres quattros, el qual numero en la doctrina pytagorica era augustissimo y

sacrosanto"¹. La cifra, 444, seguramente era ideal y excesiva, pero se iría acercando más a la realidad, e incluso se quedaría pequeña, si en ella incluyéramos también a todo el personal seglar que trabajaba a sueldo del cabildo y cuya función era imprescindible para poner en marcha la complicada estructura catedralicia².

Así, en el periodo que aquí nos ocupa, la nómina de la catedral primada estaría compuesta por 14 dignidades, 40 canónigos prebendados, 20 canónigos extravagantes, 50 racioneros, más de 100 capellanes distribuidos en diferentes secciones, 40 clerizones o "moços" que se educaban en el templo, y un número indeterminado de oficiales y servidores laicos, a quienes el cabildo asignaría las más diversas funciones. Basta una sencilla suma para concluir que, sin mucha dificultad, sólo beneficiados y capellanes podrían superar los 300 miembros y, si les añadimos los servidores seglares asalariados, es evidente que la cifra se dispara a más de 400. Ello convertía a la corporación toledana en una de las más numerosas entre los cabildos hispanos y, sin duda, hacía sentir a los habitantes de la ciudad de Toledo el enorme poder de una catedral que era mucho más que un gran y bello edificio; era también el punto de encuentro de personas muy distintas, con cometidos diversos, pero con un sentimiento común, el de contribuir a hacer funcionar en la forma debida una de las más complejas instituciones de los reinos hispanos.

Ahora bien, a pesar de ese numeroso conjunto de gentes que en una u otra forma estaban relacionados con el templo primado y de cuyo paso por

¹ Recientemente, la obra de Ortiz, titulada *Summi Templi Toletani perquam graphica Descriptio*, ha sido objeto de un cuidado estudio y traducción al castellano, de cuya edición nos valdremos en el presente trabajo: *La Catedral de Toledo 1549. Según el Dr. Blas Ortiz*, Toledo, 1999. La noticia sobre el número de los beneficiados del templo en la pág. 266 de la citada edición.

² El propio Blas Ortiz, al hacer el recuento definitivo del personal catedralicio y añadir a los eclesiásticos el conjunto de oficiales laicos que servían en el templo, eleva la cifra de 444 a 600 miembros, todos ellos mencionados en un largo poema. *Ibidem*, págs. 283-284.

el mismo se ha hecho una evocadora descripción³, es justo dejar muy claras dos cuestiones. Por un lado, que las cifras señaladas eran más teóricas que reales, pues nunca estaba ocupada la totalidad de los cargos y había frecuentes vacantes; de otra parte, que difícilmente coincidirían en el templo, ni siquiera en las fiestas más solemnes y de obligada presencia, todos los beneficiados del mismo, ya que las ausencias por estudios, negocios, encargos del cabildo y cuestiones diversas estaban a la orden del día entre los miembros de la corporación. La documentación conservada refleja claramente estas circunstancias, de la misma manera que lo hace la propia capacidad del coro en que debían sentarse los beneficiados, con un número de asientos sensiblemente inferior al de los que teóricamente habrían de ocuparlos⁴.

En las páginas siguientes iremos significando las particularidades de cada uno de los grupos que conformaban el personal catedralicio, tanto los eclesiásticos como los laicos, señalando sus funciones específicas y, siempre que sea posible, los nombres de aquellos que ocuparon cada uno de los cargos. Sin duda, se dedicará una atención mucho mayor a los miembros del clero catedralicio en sus diferentes categorías, los cuales compartían varias exigencias para ser admitidos en razón de la edad, grado de ordenación, legitimidad y formación que expondremos en el capítulo dedicado a la provisión de cargos del cabildo. Al margen de ello, cada uno de los beneficiados, en función del lugar y posición que se le asigna, debía prestar diferentes servicios que pasamos a enumerar en detalle a continuación.

³ "Bajo sus bóvedas discurría todo un mundo múltiple y variopinto, lleno de grandeza de alma y de miserias humanas, afanoso y místico, creativo, vivaz y recogido. ¡Que trasiego de gentes entrarían y saldrían por sus puertas cuando las primeras campanadas del esquilón convocaban a la recitación de las horas canónicas y a la misa mayor!". R. González Ruiz, "El mundo de la catedral", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo. 1492*, Toledo, 1992, pág. 32.

⁴ En concreto, el coro cuenta con 70 asientos en la sillería alta, en la que se sentarían dignidades, prebendados y racioneros, y 54 en la baja, para dar cabida a los extravagantes, los capellanes y los clerizones.

2.1.- LAS DIGNIDADES DEL CABILDO

Son el sector más selecto y preeminente de los componentes del cabildo. No estaban obligados a ser canónigos, aunque la mayoría lo era, y debían estar ordenados "in sacris", es decir, estar en posesión de una de las tres órdenes mayores de presbítero, diácono y subdiácono, si bien esta circunstancia no se cumpliría de forma estricta, derivándose de ello algunos perjuicios para el templo⁵.

Como queda dicho más arriba, a fines del siglo XV las dignidades toledanas eran catorce, aunque no todas tenían la misma antigüedad y se diferenciaban por el prestigio que otorgaban a sus titulares, la función a desarrollar y la posición que ocupaban en el coro. Las dignidades fueron diez durante los primeros siglos de vida capitular, hasta que en 1300 don Gonzalo Díaz Palomeque las eleva a doce al incluir en este reducido grupo a los abades de Santa Leocadia y San Vicente de la Sierra, y, finalmente, su número se fija en catorce cuando en 1462 don Alfonso Carrillo concede este rango a los dos oficios que había en la Iglesia, el capellán mayor y el vicario de la ciudad.

Cada una de ellas cumplía cometidos específicos, es cierto que algunas tienen un papel más honorífico que otras, pero, en general, tienen asignadas tareas muy importantes que requieren, no sólo una sólida formación, sino también una capacidad de trabajo y de toma de decisiones para dirigir convenientemente las distintas secciones de la vida catedralicia que les eran encomendadas. Conocemos con bastante detalle la función de algunas de estas dignidades gracias a lo bien que dispone sus competencias el estatuto que el arzobispo don Blas Fernández de Toledo otorga al cabildo

⁵ Una mayor explicación sobre el significado de estas categorías en E. Martínez Ruiz (dir.), *Diccionario de Historia Moderna de España. I. La Iglesia*, Madrid, 1998, pág. 202.

en 1357⁶. En la primera parte del trabajo ya señalábamos lo relevante que es para nuestro estudio este documento, único para todo el periodo medieval, y plenamente vigente, dado que no hay ninguna disposición que lo derogue, durante la segunda mitad del siglo XV.

Por ello, seguiremos su contenido en líneas generales, al tiempo que completamos sus lagunas con otros documentos que nos permitirán conocer, además de las competencias de cada una de las dignidades, su evolución a lo largo de los siglos en el seno del cabildo y la realidad concreta de las personas que ocuparon cada uno de los cargos a fines de la Edad Media. En buena parte de los casos, no hemos podido conocer la secuencia completa de los titulares de estas dignidades, muy posiblemente, debido a que durante algún tiempo no se dio a nadie la provisión de las mismas, permaneciendo vacantes.

2.1.1.- El deán

Es la primera dignidad del cabildo, sólo tiene por encima la autoridad del obispo, y su función está ya documentada en 1123, aunque la más antigua mención expresa al "decanus" se recoge en el estatuto de 1195, el que otorga Martín López de Pisuerga, en el que aparece como confirmante un Johannes, "toletane ecclesie decanus Sancte Marie"⁷.

El deán era el presidente del cabildo y, como tal, tenía a su cargo una labor de vigilancia y control sobre todos los actos y situaciones que concurrían en el templo. Sobre él recaía una gran responsabilidad y, de

⁶ *Constitutiones Ecclesie Toletane facte per Reverendissimum in Christo Patrem et Dominum Blasium Archiepiscopum Toletanum Hispanorum Primate*, B.C.T. 23-17, f. 11r-14v. De este documento existe copia en la Biblioteca Nacional, B.N. Mss. 6260. f. 9r-12v. Esta será la referencia que utilizemos a lo largo del trabajo, aunque en el apéndice final recogemos la correspondencia de ambas signaturas.

⁷ A.C.T. Z.1.G.1.4. Hasta ese momento se utiliza preferentemente el término "prior".

acuerdo con lo dispuesto por don Blas, debía ser el más antiguo de los canónigos el que recibiera esta dignidad o beneficio, aunque ello no se respetaría en todos los casos⁸. Sus funciones eran múltiples y abarcan una gama amplísima de cometidos en los que no actúa a título individual, pues sus acciones deben estar refrendadas por el cabildo, al que jura lealtad, y sólo rinde cuantas al prelado, al que jura obediencia. Podemos encuadrarlas en tres ámbitos: funciones gubernativas, litúrgicas y temporales.

Las gubernativas implicaban una serie de cometidos que tienen que ver con el funcionamiento interno de la corporación y con sus miembros. Así hay que entender estas misiones: supervisar todo el conjunto de estatutos y constituciones que regían la vida de la corporación; preparar, convocar y presidir las reuniones del cabildo, así como rubricar con su firma todos los documentos emanados de la cancellería capitular; administrar y autorizar el reparto de las raciones a cada uno de los capitulares y demás servidores del templo, inscribiendo y registrándolo convenientemente; ejercer de juez en las causas que enfrentaban a diferentes miembros de la corporación catedralicia, así como reprender a aquellos que no cumplieran acertadamente con las tareas que les eran propias; imponer censuras eclesiásticas a quienes atentaran contra las personas y propiedades del cabildo, y, en caso de fallecimiento del prelado, comunicarlo al rey y hacerse cargo de la sede vacante en tanto se procedía a un nuevo nombramiento.

Junto a estas tareas de gobierno, el deán tenía una gran presencia en las diferentes celebraciones litúrgicas de la catedral. De hecho, es obligación suya presidir todos los actos corales desde su asiento, a la izquierda del arzobispo, y procurar que se observaran las normas y comportamiento debidos, aunque aquí cuenta con el inestimable apoyo de otra dignidad, el capiscol. Preferentemente, estaba obligado a presidir las celebraciones

⁸ "Antiquiorem autem canonici intelligimus qui prius in eadem ecclesia dignitatem vel beneficium est adeptus". B.N. Mss. 6260, f. 9v-10r.

principales del templo, las de fiestas y solemnidades más señaladas, oficiando como primer presbítero, y suplir las frecuentes ausencias del prelado en las mismas. Su importante presencia en el coro hace que incluso diera nombre a una parte del mismo, el "coro del deán", que junto al del arzobispo permitía encuadrar tanto a las diferentes dignidades, como a cada uno de los canónigos, racioneros, capellanes y clerizos presentes en el templo. Además, debía velar por el decoro, limpieza y magnificencia de éste y de sus tesoros, si bien actuaba sólo como supervisor, ya que el auténtico responsable de estas cuestiones es el tesorero.

Ni las funciones gubernativas o litúrgicas agotan el gran cúmulo de responsabilidades que asumía la persona que se hacía cargo del deanazgo. Hay otro conjunto de tareas, absolutamente imprescindibles para la marcha de la institución, que también han de ser vigiladas por esta dignidad: la cura y administración de los bienes temporales de la Iglesia, y el ejercicio de las facultades jurisdiccionales que competen al cabildo en el extenso señorío sobre el que tiene autoridad. Como tal, debía visitar y reparar si era menester los lugares de su señorío -Torrijos, Esquivias, Yeles, Azaña, Cobeja, entre otros- así como llevar las causas civiles que ante su tribunal fueran apeladas por los vasallos de estos lugares⁹.

Todas estas tareas, especialmente la obligatoriedad de presidir las diferentes sesiones capitulares, obligan al deán a residir y estar presente de forma continuada en la ciudad y en la catedral primada. No obstante, esta circunstancia no se daría con frecuencia, ya que las ausencias de los deanes para atender negocios en distintos puntos de la diócesis o incluso de fuera de ella estaban a la orden del día. No se puede olvidar que su posición al frente del cabildo los convierte en personas de gran proyección, que suelen ser requeridas en la corte y otras instancias, bien en representación del

⁹ B.N. Mss. 6260, f. 9r-9v.

cabildo, bien a título individual. Por eso, ya en el siglo XIV, diferentes arzobispos vieron la conveniencia de crear la figura del "lugarteniente del deán", encargado de sustituir a esta dignidad hasta su regreso, a fin de impedir que se viera afectado el buen funcionamiento del cabildo. Dos constituciones otorgadas respectivamente por don Gil de Albornoz en 1346 y don Blas Fernández diez años después, fijaban las competencias de este cargo, en todo equiparables al del titular de la dignidad, y especifican que este puesto de vicedeán lo ocupe, preferentemente, la más antigua dignidad o, en su defecto, el más antiguo canónigo¹⁰. Un año después, en el estatuto de 1357 don Blas especifica que el sustituto sea elegido entre los canónigos ordenados "in sacris" y que, durante el tiempo en que cumple esta misión, debe renunciar a las distribuciones, caridades y otros ingresos percibidos, si bien será compensado con dos maravedís diarios por sus servicios¹¹. Aún en 1473 los capitulares vuelven sobre la cuestión a la que dedican una de sus reuniones ordinarias, reiterando que "lo que cumple al servicio de Dios" a fin de que el coro estuviera bien regido era que siempre hubiera un lugarteniente del deán encargado de velar por sus celebraciones¹².

Ahora bien, es evidente que ni el deán ni su lugarteniente en su ausencia podían llevar a cabo sin ayuda todo ese cúmulo de tareas que tenía asignada esta dignidad, por lo que se servían de una serie de cargos auxiliares, casi siempre los propios canónigos o racioneros, que cumplían misiones de visitadores, mayordomos, distribuidores, administradores de hospitales, responsables de tareas asistenciales, entre otros. La delegación de funciones en estos colaboradores, que iremos analizando en las partes correspondientes del trabajo, es lo que permite realmente el funcionamiento

¹⁰ A.C.T. I.6.B.1.10. (1346, mayo, 16, Toledo) y A.C.T. I.6.B.1.13. (1356, julio, 5, Toledo).

¹¹ B.N. Mss. 6260, f. 9v-10r.

¹² A.C.T. Actas Cap. I, f. 57v. (1473, agosto, 7).

de la complicada maquinaria catedralicia, siendo el deán, en definitiva, el coordinador general de todos ellos.

La amplia gama de competencias que acumula, así como su papel de autoridad suprema del cabildo, hace explicable que el deanazgo fuera un dignidad bien retribuida, aunque no debió ser así durante toda la Edad Media, a juzgar por las palabras de algún prelado y del propio cabildo, que se hacen eco de la lamentable situación en que se movía dicha dignidad a mediados del siglo XIV y deciden ponerle remedio. Una carta escrita por don Gonzalo de Aguilar a su capiscol el 26 de diciembre de 1352, refleja el descontento del prelado por la pobreza de esta dignidad y su decisión de anexionar al cargo 2.000 maravedís de los bienes de la Obra. Pocos días después, el 5 de enero de 1353, el cabildo acepta la donación y certifica la difícil realidad del deanazgo significando que nadie quería ocupar el cargo de vicedeán, porque las rentas obtenidas no compensaban el trabajo a realizar¹³. Cuando don Blas en 1357 recoge las rentas y bienes que llevaba aneja esta dignidad, incluye los 2.000 maravedís citados, a los que se añadirían las rentas de algunas casas y propiedades, la parte pontifical que corresponde al arzobispo en la parroquia de San Nicolás de Toledo y todas las penas de los sacrilegios que se hacían en la iglesia de Toledo¹⁴.

Estas medidas debieron solucionar los problemas, pues en momentos posteriores no tenemos constancia de nuevas quejas y en la segunda mitad del siglo XV el cargo de deán estuvo ocupado por Francisco Fernández de

¹³ A.C.T. I.9.B.1.2. La signatura no corresponde al texto del prelado, sino al instrumento público que manda hacer el cabildo en 1353 aceptando las disposiciones de don Gonzalo, y en el que se incluye la carta enviada por éste.

¹⁴ B.N. Mss. 6260, f. 9v. "Et sunt anexa decanatu pars seu portio pontificalis Sancti Nicholas civitatis as archiepiscopum pertinens, et omnes pene sacrilegiorum que ratione loci intus in nostra ecclesia cathedrali committunt et in fabrica nostre ecclesie duo milla morabetinorum". En una constitución otorgada el 13 de septiembre de ese mismo año de 1357, también recogida en su compilación (f. 23r-24v), don Blas especifica en qué forma le serían distribuidos los citados 2.000 mrs. al deán o su lugarteniente.

Toledo, Pedro, obispo de Tarazona y Juan de León¹⁵.

2.1.2.- El chantre o capiscol

El cargo existe desde finales del siglo XI, primeramente bajo la denominación de "precentor", y es uno de los pocos que aparece explícitamente citado en la escasa documentación conservada a cerca de la primera época del cabildo¹⁶.

Si el deán puede considerarse el coordinador general de todas las actividades que se realizaban en el templo, el chantre era la máxima autoridad en materia litúrgica y en lo relacionado con las celebraciones corales, las misas y demás servicios de altar que se realizaban en la catedral. Basta saber esto para reconocer lo esencial de su papel, ya que las celebraciones corales constituyen una de las competencias principales de todo cabildo y cualquiera que contribuyera a su buena realización cumplía una misión de gran relevancia. Además, no puede olvidarse que, si en toda catedral la función cultual era uno de sus mayores patrimonios, la toledana, que era primada y ejercía cierto papel de guía o referencia para los demás templos hispanos, tenía que brillar especialmente por la magnificencia y solemnidad de sus celebraciones. Ello lo convertía en una dignidad de gran peso dentro del cabildo.

La dirección de esta importante función litúrgica obligaba al chantre a cuidar de que los oficios divinos se celebraran adecuadamente en la iglesia, así como a vigilar a quienes leían y cantaban, enmendando y

¹⁵ T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, pág. 129, señala que también ostentaron esta dignidad Rafael Riario y Pedro Jiménez de Préjamo, pero no hemos encontrado referencia alguna en la documentación.

¹⁶ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t. II, Toledo, 1976, págs. 40-42.

corrigiendo sus fallos. Semanalmente debía designar a los canónigos, racioneros y capellanes que se harían cargo de los cantos, salmos o lecturas, imponiendo penas a los que faltasen o no obedeciesen. Igualmente, había de organizar las procesiones que se realizaban con motivo de alguna conmemoración, y tenía que iniciar personalmente algunos cantos, salmos, bendiciones en determinadas fiestas y solemnidades. Competencia suya era también inspeccionar que los cirios que debían arder durante el culto, los libros corales y el vestuario de los celebrantes fueran los adecuados y estuvieran en perfecto estado¹⁷.

Una parte importante de su tiempo se dedicaba a los clerizones, ese grupo de niños y adolescentes que se formaban en la escuela catedralicia y que participaban diariamente en las celebraciones corales. Lógicamente, al estar en un proceso de formación y enseñanza, el tiempo que pasaran en el coro había de ser cuidadosamente inspeccionado para evitar que se comportaran inapropiadamente. El chantre supervisaba también la admisión de nuevos miembros en el coro, debiendo examinarlos para ver sus aptitudes en lectura y canto.

Absolutamente fundamental era el calendario completo que el chantre llevaba de las participaciones en el coro de cada uno de los beneficiados, ya fuesen dignidades, canónigos o racioneros, y de los capellanes, así como de un gran número de detalles que eran cuidadosamente anotados en un libro: el lugar que ocupaban en dicho coro, la fecha de admisión, los oficios que desempeñaban, el nombre de quienes les precedieron en el puesto, el momento de su fallecimiento, entre otros. El semanero correspondiente debía guardar en el sagrario el libro en que se asentaban todos estos datos, al final del cual debían registrarse la firma del deán o su vicedeán y de dos canónigos que dieran fe de su contenido. En la sesión capitular que se

¹⁷ B.C.T. Mss. 6260, f. 10r.

celebraba el primer día del año, se leía la matrícula completa de cada uno de los miembros del coro a fin de comprobar su contenido¹⁸. Sin duda, en los casos en que se han conservado, estas nóminas del personal catedralicio constituyen una fuente inestimable para el conocimiento del funcionamiento interno de la institución y, sobre todo, de la realidad de sus miembros. Tendremos ocasión de mencionarlas en distintos apartados del estudio.

En todas estas tareas, el capiscol no estaba solo. Le ayudaba en el coro, especialmente en la dirección del canto litúrgico, el sochantre o socapiscol, oficio que se vinculará a una ración en la segunda mitad del siglo XV y de cuyas atribuciones concretas nos ocuparemos en otro apartado de este capítulo. A lo largo del siglo XVI y, a medida que la música y, especialmente la polifonía, desempeña un mayor papel en la liturgia del templo, el chantre cederá parte de sus competencias al verdadero experto y director musical de las celebraciones corales, el maestro de capilla, cuya superior formación musical le permitirá componer su propio repertorio. Ello va convirtiendo al capiscol en un cargo más honorífico que con competencias directas, al menos, en materia musical¹⁹.

A mediados del XIV esta dignidad llevaba aneja la parte pontifical que pertenecía al arzobispo de la parroquia toledana de San Justo, así como diversas yugadas de tierra en algunos lugares del cabildo y, ya en la ciudad,

¹⁸ "Preterea ad officiū ipsius precentoris pertinet matriculam seu scriptura que legat in capitulo in Kalendis januari annis singulis facere et ordinare in qua per eum nomina omnium dignitates, personas seu officia obtinentium, canonicorum, sociorum et capellanorum nostre ecclesie et in quo sunt ordine constituti per choros prout sedent et sedere debent in formis et si qui de novo et quando recepti fuerint et quando viam universe carnis ingressi fuerunt in Kalendario libri capituli conscribant et de mandato suo ebdomarius assignare que quidem matricula in quodam libro in domo sacrari ponendo in fine cuiuslibet anni per scriptorem capituli registret et in fine matricule decanus vel eius locum tenes et duo canonici subscribant ut supra dicte scripture fides plenior habeat". Ibidem, f. 10r.

¹⁹ F. Reynaud, *La polyphonie tolédane et son milieu des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, 1996.

un mesón en Zocodover y tres tiendas en el Alcaná²⁰.

En la segunda mitad del siglo XV ocuparon el cargo las siguientes personalidades: Gonzalo Sánchez de Córdoba, Pedro de Buenamemoria, Rafael Riario, Francisco Ortiz, Rodrigo de Osma y Fernando de Illescas.

2.1.3.- El tesorero

Documentado desde 1192, aunque no se puede descartar una presencia anterior, tenía a su cargo una tarea de singular importancia en una iglesia tan rica como la toledana, la vigilancia de su "tesoro".

En efecto, era el encargado de cuidar de las reliquias, santos óleos, joyas, ropas, vestimentas, cálices, y demás ornamentos de la iglesia, velando por que estuvieran en buen estado, y reparándolos o mandándolos reparar si fuere menester. También estaban bajo su tutela los libros corales a utilizar por los capitulares en las celebraciones litúrgicas, si bien, desde fines del XIV los libros se desgajan del tesoro y pasan a conformar la extraordinaria biblioteca del cabildo. Sí que había de custodiar las cartas, privilegios y demás documentos de interés para la corporación, por lo que realizaría una función de archivero, que, de hecho, le obligaba por estatuto a llevar un inventario de estos textos que se guardaban en el arca del sagrario. En relación con ello, debía también procurar a los capitulares la cera con que sellar las cartas y provisiones emanadas desde el cabildo²¹. De esa función "archivística" se vio liberado en época de Cisneros, ya que el prelado, sensible a la importancia que para el cabildo tenía el buen cuidado y ordenación de sus escrituras, decide que se saquen del sagrario, se guarden

²⁰ Concretamente, poseían en Barciles cuatro yugadas de tierra óptima y tres casas; en Añover, cuatro yugadas y una casa con huerto, y en Illescas, la huerta que llaman del pino. B.N. Mss. 6260, f. 10r.

²¹ B.N. Mss. 6260, f. 10v.

en sus propios archivos y se destine un personal especial para ordenarlas convenientemente²².

El tesorero era, además, el encargado de guardar las llaves de la iglesia y del sagrario, tarea fundamental que le exigía ser meticulado para evitar posibles sustracciones. Sólo había tres llaves del templo y del sagrario, la suya y la que tenían arzobispo y cabildo. Fuera de ellos, nadie podía sin compañía penetrar en el sagrario. Así lo dice Blas Ortiz a mediados del XVI, "no se permite a ninguno entrar en el atrio o registrar su magestad y opulencia sin que baya acompañado de copia de próceres de la Yglesia"²³. Él se ocupaba igualmente de abrir y cerrar el templo, así como de mandar tocar la campana que avisaba a la población, no sólo de las celebraciones, sino también de acontecimientos de interés general para la ciudad.

Una parte importante del estatuto dado por don Blas en 1357 en el que se fijan las competencias de esta dignidad, está dedicada a las lámparas, velas y candelas que de día y de noche, en las celebraciones ordinarias y en las festividades especiales habían de arder en el coro y en los diferentes altares y capillas del templo para lograr su adecuada iluminación. El arzobispo es extraordinariamente prolijo en su exposición, lo cual, sin duda, demuestra que era este un tema trascendente para expresar la magnificencia de la liturgia catedralicia, y al que el tesorero tenía que prestar especial atención²⁴. Éste debía procurar, igualmente, que no faltaran a los celebrantes las hostias y el vino necesarios para otorgar el sacramento

²² De todo ello dan noticias dos cartas enviadas por el cardenal a su cabildo en 1499 y, parece, 1503, publicadas por J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas del Cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 27 y 35-36.

²³ *La Catedral de Toledo 1549*....., pág. 196.

²⁴ B.N. Mss. 6260, f. 10v-11r. En el texto no sólo se señalan los momentos y fiestas en que debían arder las velas (maitines, completas, misa mayor...), sino también la longitud y peso de las mismas (cuatro palmos, seis onzas...), y los beneficiados a quienes debe proporcionárselas.

eucarístico.

Dada la importancia de los objetos que le son encomendados, el tesorero debía hacer inventario de todo lo que conservaba bajo su custodia, libro del que debía entregar sendas copias al cabildo y al arzobispo. El cabildo visitaba periódicamente y realizaba inspecciones de su tesoro que eran puestas por escrito y constituyen una fuente de inestimable importancia para conocer la riqueza mobiliaria y artística del templo, y la situación en que ésta se encontraba. Así, sabemos de la visita que hizo don Juan de Aragón en las primeras décadas del siglo XIV²⁵ y, para el periodo inmediatamente posterior al que aquí nos ocupa, contamos con la inspección que se hizo en 1503 bajo el pontificado de Cisneros, que incluye una detallada descripción de todas las "reliquias, cruces, mitras, cosas de oro e plata e ornamentos e las otras joyas e cosas que hay en el dicho sagrario"²⁶.

Igual que las dignidades anteriormente señaladas, tampoco el tesorero estaba sólo en el desempeño de sus funciones, y se apoyaba en cuatro sacristanes, nombrados por él mismo, y que se ocuparían del sagrario, de los altares del coro, de abrir y cerrar las puertas y de tañer las campanas, respectivamente. Cada uno de ellos recibiría del refectorio un maravedí diario a mediados del siglo XIV, así como la participación en las caridades que se distribuyeran en el templo, si bien, caso de ser negligentes en sus tareas, serían penados con dos maravedís. Por su parte, la tesorería llevaba anejas las ofrendas que se hacían en las tres Pascuas (Navidad, Domingo de Resurrección y Pentecostés), en la Asunción y en Viernes Santo; la mitad de los frutos y ofrendas de la capilla de San Pedro y de buena parte de los

²⁵ B.N. Mss. 13041, f. 53-56. El texto ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 366-368.

²⁶ A.C.T. O.F. 1.326. Hace también una minuciosa descripción la guía catedralicia de don Blas Ortiz a mediados del siglo XVI, *Ob. cit.*, págs. 196-208.

altares de la iglesia; más de diez tiendas y casas repartidas por diferentes barrios de la ciudad; y las décimas de algunas casas que tenía el arzobispado en varios lugares de la diócesis²⁷.

En cuanto a los titulares de este cargo, durante la segunda mitad del siglo XV estuvo encomendado a García de Ayala, Rodrigo, cardenal de San Sixto, y Martín Zapata.

2.1.4.- El maestrescuela

Esta dignidad aparece con el concilio de Letrán de 1179, que obliga a todas las catedrales a contar con un maestro que enseñe gratuitamente a los clérigos de las iglesias y a los niños pobres que lo desearan a fin de mejorar el nivel cultural del clero del momento²⁸. En Toledo el cargo es anterior a esa medida conciliar, aparece mencionado en la constitución de don Cerebruno de 1174²⁹ y aún antes, dada la necesidad de instruir a los primeros clérigos francos que acompañarían a don Bernardo en la tarea de mantener y gobernar el templo primado³⁰.

El "magister scholarum" cumple en el templo una función

²⁷ B.N. Mss. 6260, f. 11v-12r. Las propiedades urbanas se localizan preferentemente en el Alcaná y en el cercano barrio de la Sal, y los lugares del arzobispado en los que tenía participación eran Canales, Torrecilla, Rodillas, Aldeanueva, Barciles, Benquerencia, Melgar y Villapalomas. El tesorero recibía además a mediados del XIV 150 mrs. de la Obra como compensación por ciertas casas que se le quitaron para ampliar la plaza que rodeaba al palacio arzobispal y 3.000 mrs. de dicha Obra repartidos por tercios.

²⁸ J. Fernández Conde, "La revisión de los estudios eclesiásticos", en *Historia de la Iglesia en España*, vol. II-2º, Madrid, 1979, págs. 180-184.

²⁹ A.C.T. Z.1.G.1.3. El texto menciona a un "Johannes toletane ecclesie magister scholarum".

³⁰ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia ...*, t. II, págs. 283 y ss. Lo que si está con seguridad documentado desde 1115 es el cargo de "grammaticus", no identificable con el maestrescuela, pero, sin duda, cumpliendo ya en fecha tan temprana unas funciones en materia cultural que serían continuas a lo largo de todo el periodo medieval. R. González Ruiz, "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo y F. Ruiz (coords.), *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo en la Batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996, págs. 174-176.

primordial, la escolar y educativa, sin duda, la más importante, pero no la única, ya que su superior formación entre el conjunto del clero catedralicio le obligaba a corregir los libros corales utilizados para la celebración de los oficios, así como a escuchar diariamente la lectura de la epístola por algún subdiácono y corregirlo si era necesario para velar por la liturgia impartida en el templo.

No obstante, esta función litúrgica era un complemento, porque, por encima de todo, el maestrescuela era el director de la escuela o escuelas catedralicias, de los diferentes niveles de instrucción que se impartían en la misma y a su cargo estaba velar por todo lo que tuviera relación con esta relevante actividad educativa de la catedral. Su función no era la enseñanza personal, sino la de proveer los maestros más preparados en gramática y dialéctica, cuidar de que cobraran su salario, vigilar los horarios, e inspeccionar todo lo relativo a la institución escolar. Debía permitir que aquel que lo quisiera, aunque no perteneciese a la catedral, pudiese recibir estas enseñanzas y de forma gratuita si no tenía posibilidades económicas.

A mediados del XIV recibía por su trabajo un maravedí por cada beneficio servidero del arcedianato de Toledo, que se le pagaba en septiembre el día de San Miguel³¹. La maestrescolía tenía asignada la parte pontifical de la iglesia de San Bartolomé, y desde 1481, la intercesión de uno de sus más celebrados titulares, Francisco Álvarez Zapata, consiguió que el cardenal Mendoza le anexara un beneficio curado en Tocenaque, lugar de la diócesis, comprendido en el arciprestazgo de Illescas³².

A lo largo de la segunda mitad del XV sólo dos personas ocuparon el cargo Fernando Gómez de Sigüenza, canónigo y arcediano de Sigüenza hasta 1479, y Francisco Álvarez Zapata, doctor "in utroque iure", canónigo y uno de los más ilustres toledanos de la época. El largo periodo que éstos

³¹ B.N. Mss. 6260, f. 12r.

³² A.C.T. Actas Cap. II, f. 21r.

últimos, permanecieron al frente de la dignidad, favoreció, sin duda, la consolidación de las actividades que desarrollaban en la escuela catedralicia y, sobre todo, en el caso de Zapata eso está más que demostrado, como tendremos ocasión de señalar en otro apartado.

2.1.5.- Los seis arcedianos

El cargo de arcediano tiene una gran antigüedad en la vida de la Iglesia, aunque en la época que aquí nos ocupa y, en general durante toda la Baja Edad Media, sus primitivas funciones como auxiliar del obispo y su mano derecha en el gobierno de la diócesis estaban un tanto desvirtuadas. Estas tareas habían sido asumidas en su mayor parte por los cabildos catedralicios y ello va poco a poco desplazando a los arcedianos del primer puesto y limitando el poder e influencia que sus importantes atribuciones ponían en sus manos. Además, se da el caso de que dichos cabildos los incluyen en su seno, entre sus dignidades, lo cual los convierte en "miembros domesticados del mismo"³³.

La extensa archidiócesis toledana se dividió para su mejor administración en seis circunscripciones o arcedianatos, que se fueron configurando desde el siglo XII, y en las que sus responsables, los arcedianos, tenían amplias atribuciones para convocar sínodos, ejercer justicia, administrar los bienes de la Iglesia, velar por el clero inferior, o percibir impuestos³⁴. Desde un principio fueron admitidos entre las

³³ Así lo afirma A. García García, "Parroquia, arciprestazgo y arcedianato: origen y desarrollo", en *Memoria Ecclesiae VIII. Parroquia y arciprestazgo en los Archivos de la Iglesia*, t. I, Oviedo, 1996, págs. 19-40.

³⁴ J. Goñi Gaztambide, "Directorio para la visita pastoral de un arcediano", en *Hispania Sacra*, 10 (1957), págs. 127-133. También definen y precisan sus funciones: E. Martínez Ruiz (dir.), *Diccionario de Historia Moderna de España. I. La Iglesia*, Madrid, 1998, pág. 22, y M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, pág. 43.

dignidades del cabildo y, de hecho, son una de las primeras que encontramos documentadas en los textos. Los arcedianatos existentes en esta primera época eran los de Toledo, Talavera, Madrid, Guadalajara y Calatrava, aunque es difícil precisar para ese periodo los límites concretos de su jurisdicción y la fecha exacta en que se constituyen. La documentación recoge ocasionalmente un sexto, el de Cuéllar, debido a la temporal anexión de la diócesis de Segovia a la de Toledo³⁵.

De todas formas, la definitiva configuración aparece ya bien clara en el siglo XIII y en ella a las cinco circunscripciones señaladas hay que añadir la de Alcaraz. Estas seis son las que finalmente se consolidan, las que existen en el siglo XV, y las que pasan a formar parte del cabildo constituidas en dignidades, desarrollando una función más bien representativa, porque el grueso de las tareas jurisdiccionales y administrativas que en un principio conllevaba este cargo habían sido asumidas desde hacía tiempo por el conjunto del cabildo. De hecho, es significativo que las constituciones capitulares, que con tanto detalle especifican las atribuciones de otras dignidades, apenas hablen de estos cargos y omitan significar sus funciones, seguramente, porque no tendrían unos cometidos tan marcados y específicos como las otras. De hecho, la gran compilación de don Blas Fernández los ignora totalmente.

Con todo, estas circunscripciones existieron, sirvieron para encuadrar y organizar mejor la vasta extensión de la archidiócesis toledana, y sus titulares tenían, como dignidades que eran, un puesto destacado en el coro catedralicio, estando sometidos a un régimen similar de obligaciones que el resto de sus compañeros. Cada una de estas circunscripciones arcedianales se subdividió a su vez en una serie de arciprestazgos y vicarías, siempre con la finalidad de lograr una mayor eficacia en el gobierno de la diócesis. A

³⁵ J. F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 34-40.

continuación, y aunque se han mencionado en otras partes del trabajo, señalaremos cada una de las circunscripciones y las personas encargadas de las mismas en la segunda mitad del siglo XV.

Arcedianato de Toledo: Se extendía por la mitad oriental de la provincia toledana y abarcaba los arciprestazgos de Toledo, La Guardia, Ocaña, Canales, Illescas, Montalbán y Rodillas. Sus titulares fueron Tello de Buendía y Juan Pérez de Cabrera.

Arcedianato de Talavera: Ocupaba el sector occidental de la provincia de Toledo y comprende los arciprestazgos de Talavera, Santa Olalla, Escalona, Maqueda y la vicaría de Puebla de Alcocer. Ocupan esta dignidad Pedro Núñez de Guzmán y Vasco Ramírez de Ribera.

Arcedianato de Madrid: Comprendía los arciprestazgos de Madrid, Talamanca, Uceda, Buitrago y las vicarías de Val de Lozoya y Alcolea de Torote. Lo ocuparon Luis Núñez de Toledo, Alonso Carrillo y Juan Bautista, cardenal de Santa María in Portium.

Arcedianato de Guadalajara: Comprende los arciprestazgos de Guadalajara, Hita, Brihuega, Zorita, Almoguera y Alcalá de Henares, quedando el resto de la provincia a cargo de la diócesis de Sigüenza. Rodrigo de Ávila, Juan de Ayllón, Juan de León, Juan de Morales y Bernardino de Mendoza ostentaron este cargo.

Arcedianato de Calatrava: Comprende un único arciprestazgo, el de Calatrava, y ocupa las tierras de la provincia de Ciudad Real, mayoritariamente en manos de la Orden de Calatrava. Tuvieron cargo de esta dignidad Alonso Carrillo y Francisco Fernández de Cuenca.

Arcedianato de Alcaraz: También abarca un único arciprestazgo, el de Alcaraz, y se extiende por parte de la actual provincia de Albacete. Titulares fueron Gonzalo de Prado, Alonso Carrillo, Jerónimo de Lerma y Juan de Salcedo.

Sobre lo que cada una de estas dignidades llevaba anejo no sabemos

sino lo que recoge un estatuto de la segunda mitad del siglo XVI en el que consta que cada arcediano percibía los diezmos de su correspondiente circunscripción, así como las rentas de diferentes casas, tierras y demás posesiones que tenían repartidas por lugares de la diócesis. Como curiosidad, el arcedianato de Toledo tenía asignados los beneficios del barco que cruzaba el Tajo por concesión que la ciudad hizo a su titular, Tello de Buendía, en 1476, así como la ermita de San Pedro y San Félix que estaba bajo la Peña del Rey Moro, y que hoy es la popular ermita de la Virgen del Valle³⁶.

Respecto a las funciones de cada arcediano, el texto no especifica tareas de especial relevancia, limitándose a señalar los momentos de los oficios divinos en que les correspondía leer o cantar responsos y lecciones en el coro. Sólo el arcediano de Toledo merece una mayor atención como dignidad que tenía reconocida una labor de vigilancia sobre las parroquias de la ciudad y a la que, según del derecho común, correspondía la silla más preeminente de la iglesia después del obispo, aunque la costumbre es que le preceda el deán. También se dice que, en ausencia del deán y si fuera canónigo, sería el encargado de presidir el coro y el cabildo en su nombre³⁷. La documentación que hemos manejado para la segunda mitad del siglo XV no refleja dicha situación, siendo el deán sustituido por otros canónigos y no necesariamente por el arcediano. Sus tareas, por tanto, son meramente honoríficas y, como las de los demás, litúrgicas, pero no directamente relacionadas con el funcionamiento de la catedral y su cabildo.

³⁶ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 224v. De la ermita da noticias S.R. Parro, *Toledo en la mano*, t. II, Toledo, 1978, págs. 346-1347.

³⁷ Ibidem, f. 224v, 227v, 229v, 230r. El texto no precisa la fecha exacta, pero se otorgó durante la segunda mitad del siglo XVI. Volveremos a mencionarlo con mayor detalle al hablar del vicario de la ciudad.

2.1.6.- Los abades de San Vicente y Santa Leocadia

Son dignidad del cabildo desde 1300 en que don Gonzalo Díaz Palomeque, tras recibir facultad apostólica y autorización correspondiente de Bonifacio VIII, concede tal honor a los responsables de dos abadías canonicas de la diócesis toledana que por esas fechas debían haber iniciado su proceso de decadencia, pero seguían teniendo un gran prestigio³⁸. El texto de don Gonzalo no se conserva en el Archivo, pero tuvo que otorgarse después de recibir la facultad papal³⁹ y con anterioridad al 12 de septiembre de ese mismo año, momento en que el cabildo aprueba las medidas del prelado⁴⁰.

El origen de estas instituciones abaciales ha de situarse en el siglo XII y está en conexión con el movimiento canonical que recorre estos años el Occidente cristiano, y que lleva a muchos clérigos a vivir en comunidad bajo la sujeción a una regla, en muchos casos la creada por San Agustín en el siglo V. Diferentes pontífices apoyaron desde Roma la creación de estas canónicas en cada uno de los reinos cristianos, a fin de impulsar la reforma de su Iglesia⁴¹. Los dos casos que aquí nos ocupan se situaron, respectivamente, en la sierra toledana de San Vicente, y extramuros de la ciudad, en Santa Leocadia, lugar donde se reunían los concilios en época visigoda.

En concreto, la abadía de San Vicente, primera fundación de este

³⁸ A.C.T. I.11.A.1.2.

³⁹ A.C.T. I.11.A.1.1.

⁴⁰ A.C.T. I.11.A.1.5.

⁴¹ Reúne información sobre la forma en que el proceso se lleva a cabo en Occidente la obra de conjunto *La vita comune del clero nei secoli XI e XII*, Milán, 1962. En ella se recoge, entre otros, el trabajo de G. Duby, "Los canónigos regulares y la vida económica de los siglos XI y XII", publicado en español en su obra, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1989, págs. 120-131. Para la península ver, A. Linage Conde, "Reorganización de la vida común del clero. Canónigos regulares. Premonstratenses en España", en *Historia de la Iglesia en España*, t. II-1º, págs. 406 y ss.

tipo en la diócesis toledana, se crea entre 1156 y 1158 por iniciativa de Alfonso VII y su hijo Sancho III para dar cobijo a un grupo de religiosos procedente del monasterio aviñonense de San Rufo. La instalación se produce a petición del papa Adriano IV, antiguo abad de San Rufo, quien solicitó del rey castellano en una carta fechada el 18 de febrero de 1156, acogiera a algunos religiosos del monasterio francés en su reino y les cediera un lugar para asentarse y seguir sirviendo a Dios. Ello venía motivado por los difíciles momentos, parece ser que económicos, que atravesaba el cenobio, de ahí la petición del papa⁴². Ese es, por tanto, el pistoletazo de salida para una fundación cuyo emplazamiento no está muy claro. Si se sabe que estaría en la sierra de San Vicente, pero hay diversas conjeturas sobre su localización exacta, aunque trabajos recientes lo sitúan en el actual término municipal de Hinojosa de San Vicente, cerca de la gruta donde se refugiarían los mártires Vicente, Sabina y Cristeta⁴³.

Similar espíritu reformista movió a un grupo de canónigos regulares a establecerse en la antigua basílica cristiana de Santa Leocadia, situada extramuros de la ciudad de Toledo, y dedicada a la doncella mártir que murió en prisión durante la persecución de Diocleciano. Aquí se celebraron algunos de los más importantes concilios visigóticos y fueron enterrados los más señalados arzobispos toledanos anteriores a la conquista de la ciudad,

⁴² Así lo relatan algunos trabajos de J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t. II, Roma, 1976, págs. 196-199, y "Cabildos regulares en la provincia eclesiástica de Toledo durante el siglo XII", en *La vita comune del clero nei secoli XI e XII*, I, Milán, 1959, págs. 220-237.

⁴³ A. Fernández Collado, "La documentación del monasterio de San Vicente de la Sierra en el Archivo Capitular de Toledo", en *Memoria Ecclesiae VII. Órdenes monásticas y archivos de la Iglesia*, t. II, Oviedo, 1995, págs. 421-424. Además de justificar esta localización, el trabajo recoge otros datos sobre el funcionamiento interno de la institución. También se ocupa de esta fundación abacial y publica parte de la documentación hoy conservada, A. Calvo Díaz, "La abadía de San Vicente de la Sierra (Toledo). Aportación documental para su estudio histórico", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. V, Toledo, 1988, págs. 237-247.

como San Ildefonso, San Eugenio, San Eladio o San Julián⁴⁴. Será finalmente en 1162 cuando, tras varias vacilaciones, el arzobispo Juan de Castellmoron y el cabildo toledano de común acuerdo, decidan autorizar el establecimiento en el templo de una canónica regular agustiniana, no sabemos si también procedente de San Rufo, y dotarla con una serie de posesiones⁴⁵.

La preocupación de los prelados toledanos por estas fundaciones no cesó con el paso del tiempo y así, a principios del XIV, don Gonzalo Díaz Palomeque decide afrontar una serie de mejoras en sendas abadías, ante el descuido en que estas se encontraban. Especialmente grave debía ser el caso de la abadía de San Vicente, por esas fechas sin ningún canónigo, que incluso llevaron al papa a requerir del prelado un mayor interés por el tema⁴⁶. Don Gonzalo ha de tomar algunas medidas que tratarán de reorganizar la vida de la abadía y de restablecer su funcionamiento⁴⁷.

De todas ellas, sin duda, la más significativa para nuestro estudio es, la designación de sus dos abades como dignidades del cabildo toledano. El 12 de septiembre de 1300, el deán y el conjunto de la corporación consienten en la medida, aunque ponen como condición que los abades no puedan aceptar el cargo si antes no son canónigos mansionarios de la Iglesia. Don Gonzalo y el cabildo consienten que las nuevas dignidades gocen de las

⁴⁴ Actualmente descansa sobre ella la Ermita del Cristo de la Vega creada en el siglo XVII y reconstruida en las primeras décadas del siglo XIX. Pese a no tener relación alguna con la fundación de Santa Leocadia, sí guarda cierta conexión con el cabildo catedralicio, ya que en ella se instaló en 1845 un cementerio para canónigos y gente adinerada de la ciudad. Éstos y otros detalles en S.R. Parro, *Ob. cit.*, t. II, págs. 329-341.

⁴⁵ El cabildo toledano no se mostraba muy dispuesto a aceptar una regla canónica, dado que hacía apenas unos años se había liberado de la disciplina cluniacense. No obstante, don Juan de Castellmoron es consciente de la extensión que va alcanzando este movimiento y autoriza su implantación, tras negociar con el cabildo. J.F. Rivera Recio, *La Iglesia...*, págs. 192-195.

⁴⁶ A.C.T. I.11.A.1.2.

⁴⁷ Varios textos dan testimonio de estas circunstancias: la fijación de cargos y funciones en 1301 (I.11.A.1.4.) o la dotación de una serie de bienes y rentas y posesiones para la abadía en 1308 (I.11.A.1.6.).

mismas franquezas y libertades que los arcedianos y demás personas del cabildo, les señalan un lugar concreto en el coro, y determinan que al acceder al cargo paguen al refitor 3.500 maravedís cada uno de la moneda nueva. Esta cantidad se invertirá en la compra por parte del cabildo de algún heredamiento con cuyas rentas pagarán a ambos abades el maravedí diario que les correspondía por ausencia. De esta forma, se aliviaba al refitor capitular del pago de dicha cantidad⁴⁸.

En la segunda mitad del siglo XV el papel de las citadas abadías era meramente testimonial, pero la presencia de sus responsables entre las dignidades del cabildo era un recuerdo de la importancia que habían tenido en el pasado. Los nombres de quienes ocuparon estas dignidades del cabildo son Tello de Guzmán, Olivero, cardenal de Nápoles, otro Tello de Guzmán y Pedro Alfonso de Valladolid, por lo que respecta a la abadía de San Vicente; como abades de Santa Leocadia solo consta Luis Hurtado de Mendoza.

2.1.7.- El capellán mayor

Fue dignidad del cabildo desde el 27 de julio de 1462 en que así lo dispone Alfonso Carrillo. Hasta entonces el capellán mayor, como el vicario de la ciudad, era considerado oficio, pero el prelado, de acuerdo con el cabildo, decide elevarlos a la categoría de dignidades y disponer que tuvieran asiento en el coro por delante de los canónigos. Se les conceden los mismos honores y prerrogativas que a los abades de San Vicente de la Sierra y Santa Leocadia, últimas dignidades admitidas en el cabildo hasta el momento⁴⁹.

⁴⁸ A.C.T. I.11.A.1.5.

⁴⁹ A.C.T. I.9.A.1.10. Se conserva copia en B.C.T. MS 23-17, f. 38v, y en B.N. Mss. 6260, f.34r-34v.

Sus tareas eran eminentemente pastorales, tanto en la catedral como en el barrio de los francos, ya que a su cuidado estaba la cura de ánimas de sus parroquianos⁵⁰. En la catedral estaba obligado a escuchar las confesiones, personalmente o por su vicario, y a otorgar la absolución, así como a administrar el resto de los sacramentos de la Iglesia. También tenía a su cargo las celebraciones que se realizarían en las diferentes capillas el día de sus advocaciones, y diariamente se ocuparía de la misa que se decía en la capilla de San Pedro, parroquia del templo, rezada los días ordinarios y cantada los domingos y festividades. A su cuidado quedaba la provisión de los sermones que habrían de predicarse en los domingos y principales festividades, tratando de que los temas y las personas fueran los apropiados. Igualmente, corría de su cuenta la supervisión del régimen de enterramientos en la catedral y la asignación de sepulturas a los parroquianos que la hubieran solicitado y dotado convenientemente.

Este oficio, singularmente importante para el buen funcionamiento de la faceta pastoral del templo, tenía asignada a mediados del siglo XIV la mitad de los frutos de los diezmos de dicho barrio de francos y la mitad de todas las ofrendas de la capilla de San Pedro y de todas las capillas y altares de esta iglesia, que se repartía con el tesorero. También llevaba varios préstamos en diversos puntos de la diócesis y algunos mesones y tiendas en la ciudad⁵¹. No sabemos como incidiría en la dotación de esta capellanía mayor la elevación al rango de dignidad, pero seguramente se traduciría en la anexión de un mayor número de rentas.

Durante la segunda mitad del siglo XV ocuparon este cargo, ya como

⁵⁰ "Capellanus Maior ecclesie habet curam animarum omnium de nostra ecclesia et parrochianorum de vico francorum qui aliis vocat vulgariter quatro calles". B.N. Mss. 6260, f. 12r-12v.

⁵¹ Los préstamos se distribuían así: uno en San Miguel de Alcaraz, medio en Valdemoro, uno en Mazaraneda y medio en Perobéquez. Los mesones se situaban en el adarve de Pedro Tazón. B.N. Mss. 6260, f. 12v.

dignidades del cabildo, Juan de Lucena, Diego de Villaminaya y Alonso Carrillo de Albornoz.

2.1.8.- El vicario de la ciudad

El mismo documento que se aplicó al capellán mayor sirvió para elevar a la condición de dignidad al oficio de vicario de la ciudad. A diferencia del resto de las dignidades, cuyas atribuciones y competencias están convenientemente señaladas en los estatutos, sobre el vicario de la ciudad la oscuridad es total. Ningún estatuto, ninguna mención de las actas capitulares, ni siquiera la guía de don Blas Ortiz, le dedican unas líneas. Sólo se le menciona para señalar su puesto en el coro del arzobispo, al final de todas las dignidades, y para significar su paso de oficio a dignidad en 1462 junto al capellán mayor⁵².

Lo poco que sabemos se recoge en dos breves referencias, siempre posteriores al periodo que aquí estudiamos. La más alejada del mismo es imputable al poderoso cardenal Lorenzana y se refleja en una nota que el mismo añadió a la edición que a fines del siglo XVIII realizó de la guía catedralicia de Blas Ortiz, junto a las obras más importantes de otros autores y "padres toledanos". En dicha nota el cardenal ilustrado aclara que, en su época, esta dignidad se ha suprimido de la iglesia, su jurisdicción ha expirado y sus competencias han sido asumidas por el vicario general y el deán del cabildo. Dichas competencias pasaban por vigilar las fiestas sacras a celebrar en el templo y evitar las irreverencias y faltas en el interior del mismo⁵³.

⁵² A.C.T. I.9.A.1.10.

⁵³ "Haec sedes sublata est, et iurisdictio huius dignitatis expiravit: verum est quod priscis temporibus ad vicarium expectabat invigilare ut festa sacra colerentur, et intra templum nulla fieret irreverentia; sed hoc munus competit hodie Vicario generali et Decano Capituli". *Patrum Toletanorum Opera*, t. III (ed. Lorenzana), Madrid, 1793, pág. 474. El

A precisar algo más estas atribuciones nos ayuda la segunda referencia citada. Ésta aparece entre las constituciones de un estatuto sin fecha exacta, pero otorgado en la segunda mitad del siglo XVI, que, junto a innumerables noticias, textos y copias de documentos, fue recopilado a fines del dicho siglo por el racionero Arcayos⁵⁴. La mencionada constitución señala como propias del vicario estas funciones: nombrar un fiscal o clérigo que lleve las penas de los que trabajaran los días de fiesta, explicitando a zapateros, tenderos, basureros, molineros, aguadores, y otros oficios; penar a los sacristanes que no acudían llevando las cruces de las parroquias a las procesiones que se realizaban en la Iglesia o fuera de ella; cuidar de que en dichas procesiones fuera también el fiscal por él nombrado, convenientemente vestido y tocado, "y en la mano un cetro de plata dorado de los del sagrario", dirigiendo los actos y velando por la honestidad de los participantes. Los emolumentos de dicho fiscal corrían por cuenta del propio vicario, aunque también percibía parte de las penas. Tal dignidad "solia tener Audiencia y silla en el claustro desta sancta yglesia a las espaldas de la capilla de los canonigos"⁵⁵.

A tenor de lo expuesto, parece que el vicario cumpliría una doble función inspectora y judicial. La primera, de vigilancia de todas aquellas celebraciones que, saliendo de los muros del templo, entraban en contacto con los fieles y ciudadanos de Toledo. La segunda, para castigar las faltas cometidas tanto por los asistentes a dichas celebraciones, como por los clérigos que participaban en las mismas. Puede entenderse que las atribuciones de este oficio estaban más fuera que dentro de los muros catedralicios, pues se ocupaba de velar por la honestidad con que la ciudad y sus gentes habrían de recibir los servicios litúrgicos organizados desde el

libro se guarda en la Biblioteca Capitular bajo la signatura B.C.T. 58-11.

⁵⁴ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 189 y ss.

⁵⁵ Ibidem, f. 228v.

templo. De todas formas, quien verdaderamente realizaba dichas recriminaciones en nombre del vicario era un cargo auxiliar, el fiscal, cuya denominación habla por si sola del contenido de sus competencias.

Al margen de estas noticias posteriores a la época estudiada, poco más hemos averiguado a cerca de esta dignidad, a la que muchas veces se confunde con otro oficio, el vicario del coro, en quien recaen cometidos distintos. Sin embargo, de lo que no hay duda, es de que, al menos durante parte de la segunda mitad del XV, debía desempeñar una función destacada, porque de lo contrario no hubiera sido distinguido por Carrillo con el título de dignidad que le confería una superior posición sobre el resto de los beneficiados. Tampoco hubiera sido recompensada en 1487 por Inocencio VIII con un beneficio simple en la iglesia de Santa Leocadia y otro en Torrejón de Velasco, ambos vacantes por herejía de su poseedor⁵⁶. Ellos se sumaron al resto de derechos que tenía asignados este cargo, entre los que señalaremos las dos fanegas de trigo y cebada que estaban obligadas a entregar al vicario las veinte parroquias latinas de la ciudad. Las personalidades que se hicieron cargo de esta dignidad fueron Fernando Pérez de Ayala y Nicolás Fernández.

Concluimos aquí el repaso por las catorce dignidades "o personas" que ocupaban los puestos de cabeza en el cabildo toledano, todas ellas representadas en la portada de la capilla-parroquia de San Pedro, tocadas con mitra y rodeando al prelado. Como recapitulación cabría señalar que, a pesar de la teórica posición de igualdad entre los catorce titulares de las dignidades señaladas, la realidad ofrece motivos a la reflexión. En efecto, ni los seis arcedianos, ni los dos abades, ni el vicario de la ciudad tienen un tratamiento similar en la documentación conservada. Textos como el de don Blas Fernández, que pretenden ser compilaciones completas y lo son en

⁵⁶ A.C.T. I.10.C.1.1. (1487, agosto, 12, Roma).

muchos terrenos, ignoran sistemáticamente a estos cargos y no especifican lo más mínimo a cerca de sus atribuciones. Por el contrario, tanto este estatuto como numerosas menciones de las actas y de los documentos custodiados en el Archivo capitular detallan problemas, mejoras y cuestiones muy diversas sobre las otras cinco dignidades, es decir, el deán, el chantre, el maestrescuela, el tesorero y el capellán mayor.

La explicación es sencilla. De las catorce dignidades, sólo estas cinco desempeñarían un papel verdaderamente relevante para el cabildo y el funcionamiento del complicado entramado catedralicio. La labor directiva y coordinadora del deán, la litúrgica del chantre, la educativa del maestrescuela, la pastoral del capellán mayor, y el celo del tesorero por custodiar las riquezas que el paso de los años había puesto en manos del templo, incidían en los cinco aspectos principales que requerían ser tenidos en cuenta para conseguir lo que tan a menudo recuerdan estatutos y actas capitulares, "la exçelencia y magnifiçencia desta sancta yglesia de Toledo [...] luz y espejo que todas las otras yglesias an de mirar y aver acatamiento"⁵⁷. Por ello, la labor de las demás dignidades queda en un plano más testimonial y honorífico que el de esos cinco "ministros" a quienes se encomiendan las tareas que verdaderamente hacían funcionar al templo toledano.

2.2.- LOS CUARENTA CANÓNICOS MANSIONARIOS

Sólo ellos constituyen el cabildo en sentido estricto, aunque, con mucha frecuencia se utiliza el término en un sentido más amplio, incluyendo a racioneros, capellanes y demás sectores inferiores vinculados al templo.

⁵⁷ En concreto, esta expresión se recoge en un estatuto dado en 1468 y del que luego hablaremos, que fija las competencias y obligaciones de los canónigos extravagantes o pensionarios. B.N. Mss. 6260, f. 35v.

Todos juntos configurarían el cabildo pleno, pero no formarían parte del exclusivo grupo de los capitulares.

Su número quedó fijado en 1174 por don Cerebruno de Poitiers y ratificado en 1195 por don Martín López de Pisuergra y, desde entonces, se mantuvo inalterable⁵⁸. La denominación de mansionarios implica que harían "mansión común" o residencia habitual en la iglesia de su prebenda, la catedral. Aunque, como se dijo en la primera parte del trabajo, pronto abandonan la vida en común, la expresión se mantuvo para designar al grupo que tiene plenitud de derechos en el cabildo y constituía el verdadero sostén del mismo: son los únicos que tenían voz y voto en las reuniones capitulares, los que debían elegir al arzobispo, al deán y a las dignidades, personas y oficios del cabildo, y los principales integrantes de esa élite eclesiástica que se constituye en torno a la catedral toledana. Debían haber recibido las órdenes sagradas, aunque, a tenor de lo que reflejan algunos textos, esta circunstancia no siempre se cumplía, derivándose de ello serios perjuicios para el servicio del templo. Por ello, un estatuto dado por el propio cabildo en 1435 intenta frenar esta irregular práctica haciendo que los canónigos "que no fueran in sacris constitutos" sólo percibieran la mitad de los vestuarios de ese año⁵⁹.

Desde 1476, dos de estas canonjías o prebendas, específicamente las dos primeras que quedasen vacantes, han de entregarse a personas ilustradas y proveerse por concurso u oposición a maestros o licenciados en Teología -la canonjía magistral- y a doctores o licenciados en Derecho -la canonjía doctoral. Así lo dispone una bula de Sixto IV⁶⁰ dirigida, no exclusivamente a Toledo, sino a todas las iglesias catedrales de Castilla y León, en un

⁵⁸ A.C.T. Z.1.G.1.3 y Z.1.G.1.4.

⁵⁹ B.N. Mss. 6260, f. 32r. El estatuto se dedica mayoritariamente al tema de la residencia de los capitulares, al que está dedicado otro apartado de nuestro trabajo.

⁶⁰ A.C.T. A.12.A.2.4. (1476, abril, 27, Roma)

intento de elevar el nivel cultural y formativo de los canónigos, de facilitar la enseñanza de estas materias en las escuelas que albergaban las catedrales hispanas y de contar con un experto en leyes que asistiera jurídicamente al cabildo en cuantas causas y pleitos tuviera planteados con otras instancias⁶¹. Sin duda, la catedral primada había de dar ejemplo a las demás y se avino con prontitud a cumplir este mandato y a dotar estas canonjías de oficio. En posteriores capítulos conoceremos a sus titulares y comentaremos más en profundidad las circunstancias que concurrían en torno a las mismas.

Independientemente de que se traten de canonjías simples o de oficio, lo cierto es que sus titulares constituyen, como antes decíamos, el verdadero soporte del cabildo catedralicio. Por esa razón serán los grandes protagonistas de nuestro estudio que, a lo largo de sus diferentes capítulos, analizará sus competencias, privilegios, formación cultural, extracción social y, por supuesto, ofrecerá los nombres de quienes durante la segunda mitad del siglo XV ocuparon las cuarenta canonjías asignadas. Ello nos acercará al conocimiento de la institución desde el punto de vista humano y nos permitirá comprender el peso social de este grupo entre el sector eclesiástico toledano y, en general, en el conjunto de la ciudad.

2.3.- LOS VEINTE "EXTRAVAGANTES"

Su número quedó fijado por don Martín López de Pisuergra en 1195⁶². Entonces se les denomina "forínsecos" y tienen su origen en el excedente del conjunto de mansionarios cuando su número se fija en 40 en 1174. Se encontraban en expectativa de ser canónigos, gozando de

⁶¹ La explicación concreta del cometido de cada una de estas canonjías de oficio, así como de otras que en el cabildo toledano no se documentan hasta el siglo XVI (canonjías lectoral y penitenciaria), en M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, págs. 37-38.

⁶² A.C.T. Z.1.G.1.4.

preferencia para ocupar las vacantes que fueran dejando libres los citados mansionarios. Durante el siglo XIII, de forma paulatina y sin que haya ninguna disposición expresa al respecto, van a denominarse extravagantes, asumiendo este término las competencias y número de aquellos.

Lo que fundamentalmente les diferencia de los canónigos prebendados es, además de su número, su no pertenencia al cabildo: no participan de las reuniones capitulares, ni tienen voz ni voto en las mismas, ni intervienen en la elección del arzobispo y demás cargos catedralicios. Esta circunstancia no siempre era aceptada con agrado por sus integrantes y, de ahí, sus frecuentes reclamaciones para poder acceder a algunas de las funciones que les eran vedadas. También era motivo de descontento la poca continuidad en el cumplimiento de una de sus mayores aspiraciones, el acceso a la condición de mansionarios cuando quedaran puestos vacantes en el cabildo; a menudo, otros intereses situaban en los apetecidos puestos a clérigos foráneos al templo primado y a la propia diócesis⁶³.

Conocemos la situación de los canónigos extravagantes durante la segunda mitad del siglo XV gracias a un estatuto dado por el deán y el cabildo el 4 de enero de 1468⁶⁴ y confirmado 20 días después por el arzobispo Alfonso Carrillo⁶⁵. En ambos documentos aparecen consignadas las condiciones en que serían admitidos en la Iglesia los canónigos

⁶³ Ya en el siglo XII esta circunstancia generó malestar interno entre los miembros del cabildo, obligando a varios pontífices a tomar disposiciones al respecto. En la segunda mitad del siglo XV las irregularidades no cesaron, como tendremos ocasión de comprobar al analizar la forma en que se hacían las provisiones de cargos en la catedral.

⁶⁴ Así se recoge en las Actas que recogen el resultado de la reunión de ese día: A.C.T. Actas Cap. I, f. 12v. Pocos días después, los capitulares dan su poder a uno de sus miembros, Tello de Buendía, para que vaya a solicitar del arzobispo una confirmación del texto, sin duda de gran importancia para el cabildo: A.C.T. Actas Cap. I, f. 13r. El texto original del estatuto del cabildo no se conserva, pero sí la copia en B.N. Mss. 6260, f. 35v-36v.

⁶⁵ El texto original, dado por el prelado en Arévalo, se encuentra en A.C.T. I.6.C.1.5. y otras copias conservadas en B.C.T. MS 23-17, f.42r-44r y en B.N. Mss. 6260, f. 36v-38r.

extravagantes que en los textos son llamados "pensionarios". La concesión del estatuto capitular viene motivada por las peticiones de este colectivo que, no conforme con cobrar su pensión, quiere tener parte en las deliberaciones del cabildo y equipararse a los prebendados.

La corporación, reunida en solemne sesión, califica de "corrupcion y cobdiçia" y de "anbiçion y desseo desordenado" la pretensión de los extravagantes, ya que no se encamina a mejorar el servicio del templo, sino exclusivamente a incrementar las rentas e ingresos de sus titulares. De ahí que expongan muy claramente las limitaciones de este grupo y las condiciones en que cada pensionario recibía su canonjía: "que aya e tenga lugar e silla en el coro de la dicha sancta yglesia debaxo de todos los canónigos prebendados della e ansi mismo en aquel lugar vaya en la proçession⁶⁶"; "que no entre ni aya voto nin vos con nosotros en el nuestro cabildo"; " que no aya lugar de çelebrar ni çelebre en el altar mayor ni en el altar del choro donde se dizen las misas de prima, salvo poniendo altar portátil o tabla como el raçionero"; "y en todas otras cosas que aquí no van espeçificadas sea tratado como raçionero, salvo en los fructos y rentas de su canongía que las lieve y aya como otro canónigo, façiendo su residencia"⁶⁷.

Sólo en caso de que la canonjía pensionada tuviese persona constituida en dignidad recibirá un tratamiento especial, permitiéndosele sentarse en el coro en el lugar preferente que correspondiese a la citada dignidad, y lo mismo en las procesiones, donde quedaría eximido de llevar la cruz. De todas formas, seguirá sin tener voz en las reuniones y no podrá celebrar en los altares citados. Está claro que el cabildo no quiere interferencias y manifiesta un significado espíritu de grupo al excluir a los extravagantes de la expresión "nosotros" con que se identifica a los

⁶⁶ El documento les obliga, incluso, a llevar la cruz en las procesiones en que habitualmente cumplía esta función un subdiácono.

⁶⁷ B.N. Mss. 6260, f. 36r.

canónigos de pleno derecho, "a los prebendados que limpiamente tienen sus calongias".

El estatuto recibió, como decíamos, la plena confirmación del arzobispo Carrillo que lo consideró "util y provechoso y aun necesario a la excelencia de la nuestra sancta yglesia y honor de aquella". Por eso, ordenó que el texto se incluyera en el libro de los estatutos del cabildo y, como los otros, fuera "inviolablemente guardado". A pesar de la buena disposición de prelado y cabildo, la constitución creó cierto conflicto entre los beneficiados. Algunos actos capitulares realizados con posterioridad hacen alusión a los "actos, protestas, citaciones y apelaciones" que algunos canónigos hicieron del citado estatuto⁶⁸, así como a las reclamaciones de algunos que no se sienten incluidos en la disposición capitular, afirman su condición de canónigos de pleno derecho y exigen una declaración al respecto por parte del cabildo⁶⁹.

2.4.- LOS CINCUENTA RACIONEROS

Como los extravagantes, no forman propiamente parte del cabildo, entendiendo por éste las reuniones periódicas que se celebran en el templo, pero ello no impedía que fueran una parte importante del clero catedralicio, con una destacada función, sobre todo, en lo relacionado con el servicio del coro y las diferentes celebraciones litúrgicas. Mayoritariamente, este grupo estaba compuesto por clérigos de órdenes menores o en expectativa de

⁶⁸ Así lo hace Juan López de Medina, canónigo, cuando el 15 de marzo de 1469, se presenta en el cabildo y se dispone a acatar la decisión del cabildo sobre sus protestas a cerca del estatuto, decisión que se encamina a invalidar los citados actos: A.C.T. Actas Cap. I, f. 20r.

⁶⁹ Ello obliga al cabildo a tratar el tema en sus sesiones y a declarar exentos de lo contenido en el estatuto citado a García Fernández de Alcalá, Pedro López de Ayala (A.C.T. Actas Cap. I, 81v), y Juan López de León (A.C.T. Actas Cap. I, f. 82v). Lógicamente les declaran con pleno derecho a tener su asiento en el cabildo.

recibir las órdenes sagradas, pero los registros constatan también la existencia de diáconos y presbíteros, por lo que no se pueden hacer afirmaciones rotundas. Lo que si es cierto es que no siempre debían ser muy celosos en recibir la correspondiente ordenación, ya que aún en 1520 una constitución debe recordarle la obligatoriedad de hacerlo so pena de perder la mitad de sus raciones⁷⁰. Se les denomina, igualmente, "socios" y "porcioneros", atendiendo a que tenían asignada ración o porción del conjunto de bienes del refitor.

Su número pasa de los 30 que señalan los estatutos del XII a los 50 definitivos en tiempo de Jiménez de Rada, concretamente en 1238, cuando éste, para mejor organizar el culto en un templo de nueva creación, cuya primera piedra se pone en 1226, incrementa notablemente el número de aquellos que se encargarían de servirlo. El texto disponía claramente cuáles serían sus competencias al respecto: canto de la epístola, evangelio, lecciones, responsorios y demás oraciones del servicio divino, siempre bajo las órdenes del chantre o precentor⁷¹. Ya entonces se deja claro que el grupo de los racioneros estaba al margen de algunas funciones claves del cabildo, tales como las elecciones del arzobispo y deán, o la colación de canonjías y beneficios, que quedan en manos del arzobispo y los canónigos.

La exclusión de estas funciones que, desde luego, continuará en la segunda mitad del siglo XV, no impide que, además de sus específicos cometidos litúrgicos, desempeñen por mandato del prelado o el cabildo algunas tareas administrativas de gran importancia para la buena marcha del complicado engranaje catedralicio: era frecuente que fueran racioneros los que ocuparan los cargos de refitor del cabildo, contadores o receptores de rentas, escribanos de los clerizones, mayordomos de los capellanes, entre otros.

⁷⁰ A.C.T. X.10.A.2.7. (1520, agosto, 17).

⁷¹ A.C.T. X.10.A.1.1.

Como sucede con las canonjías de oficio magistral y doctoral, desde 1448 y 1467 también hay dos raciones de oficio que se proveen en dos cargos de gran importancia para la vida del templo, sobre todo en el plano litúrgico y musical, el sochantre o socapiscol y el maestro de clerizones o claustrero, de los que hablaremos más adelante. Además, desde 1489, y en íntima relación con la cada vez mayor importancia que había adquirido la polifonía en la catedral, una bula de Inocencio VIII asigna seis raciones a expertos cantores polifonistas⁷², número que aumentará a ocho tras una nueva bula dada por Alejandro VI en 1498⁷³. Ellos alcanzarían a desempeñar los distintos tipos de voces -tiple, contralto, tenor y contrabajo- que requería un canto tan complejo como el polifónico o "de órgano", cuyo conocimiento no estaba al alcance del conjunto de racioneros, educados básicamente en el "canto llano o de melodía". En la misma línea hay que interpretar la ración para un organista que dota Sixto IV en 1482 a petición del cabildo⁷⁴, y que abrirá paso a un esplendor musical, sobre todo experimentado a partir del siglo XVI⁷⁵.

Al menos en teoría, el grupo de los racioneros estaba llamado a ocupar las canonjías que fueran quedando vacantes, de acuerdo con esa apuesta por el "autorreclutamiento" que ya manifestaran los estatutos del siglo XII. Sin embargo, como tendremos ocasión de señalar más específicamente cuando tratemos el tema de las provisiones, cada vez hay más dificultades para que el cabildo pueda echar mano de esta "cantera" de

⁷² A.C.T. X.10.A.1.10. (1489, abril, 14). La bula no se ejecutó en la catedral hasta 1492, justo un año después de que el papa hubiera de recordar al cabildo el incumplimiento de sus disposiciones: A.C.T. X.10.A.1.1b (1491, noviembre, 5).

⁷³ A.C.T. X.10.A.1.2. (1498, agosto, 26)

⁷⁴ A.C.T. X.10.A.1.6. (1482, noviembre, 7).

⁷⁵ El espléndido trabajo de F. Reynaud, *La Polyphonie tolédane et son milieu. Des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, 1996, es el mejor testimonio de toda esta vida musical que se desarrollaba en torno a la catedral toledana. Volveremos a tratar el tema en otras partes del trabajo destinadas a analizar la liturgia y la enseñanza que se llevaba a cabo en el templo.

clérigos catedralicios para ocupar las prebendas. Los intereses de arzobispos, papas y reyes, postergan las expectativas de muchos de estos racioneros, que se ven perjudicados ante la llegada de clero foráneo, a veces, extranjero. El malestar que todo ello provocará entre los beneficiados toledanos será, como veremos, más que evidente.

En relación con ello, los racioneros -de la misma manera que sucederá con los capellanes del coro- constituyeron una hermandad para defender sus intereses y, sobre todo, para fijar sus obligaciones en relación con el servicio litúrgico de la catedral. Especial cuidado ponía tal asociación en celebrar los aniversarios y sufragios que dejaban ordenados en sus testamentos los propios racioneros u otros clérigos catedralicios, tal como recoge un documento conservado en el Archivo de Obra y Fábrica, muy rico en información al respecto⁷⁶. En el mismo, la hermandad de racioneros se ocupa expresamente de señalar la manera en que se dirían las memorias y misas de difuntos, las caridades y distribuciones que corresponderían a cada uno de los celebrantes, y las limosnas que deberían entregarse a los pobres, según dejaron ordenado los fallecidos. Además, en el texto se incluye una tabla y relación detallada de todos y cada uno de los aniversarios día por día, ya que, de lo contrario y dado su extenso número, sería más que difícil llevar cuenta cierta de todos ellos.

Este gremio de racioneros celebra sus propios cabildos o reuniones en días específicos del año: el día de San Nicolás de diciembre para leer las constituciones de la hermandad, y el día de Santa Leocadia, también en diciembre, para elegir a los oficiales del año siguiente. Esos serían días especiales, pero el texto señala otros cabildos ordinarios celebrados con mayor frecuencia. La hermandad tenía, además, su propia arca de la que

⁷⁶ A.C.T. O.F. 74. No tiene fecha exacta, pero seguro se elaboró en la segunda mitad del siglo XV y más concretamente tras la muerte de Alfonso Carrillo en 1482, ya que el texto menciona las misas que se dirían por su alma.

pagaba alguna gratificación por la asistencia a dichas reuniones, así como algunas honras realizadas por el alma de sus miembros difuntos, algunas fiestas especiales, como el día de la Natividad de la Virgen, y la cera y candelas que se encenderían en las mismas. La asociación contaría con un mayordomo que vigilaría se dijeran todas las misas y oficios, haría los repartos y llevaría las cuentas de cuanto fuera menester en un libro, recibiendo por su trabajo 730 mrs. También contaría con jueces y un secretario, aunque no especifica su función⁷⁷.

Fuera de la catedral, los racioneros están a cargo del reparo y mantenimiento del culto de todas las iglesias despobladas del Arzobispado, contando para ello con las rentas de las fábricas de los propios templos. Así lo dispuso una constitución dada por Alonso Carrillo en el sínodo de Alcalá de 1480, a fin de evitar el hundimiento y desaparición de las mismas. Los racioneros tenían carta libre para diputar mayordomos y oficiales, cobrar dichas rentas y apremiar o censurar a quienes consideraran oportuno para cumplir bien con su cometido⁷⁸.

2.5.- LOS CAPELLANES

Eran el grupo más abundante de cuantos servían en la catedral. A diferencia de los casos anteriores, no había límite alguno, y su número fluctuaba según las épocas. De hecho, así como para el resto del clero catedralicio todos los estatutos coinciden en un mismo número de componentes, a la hora de establecer la nómina de los capellanes hay diversidad de pareceres. En una pesquisa que se hizo en la catedral en 1499

⁷⁷ Ibidem.

⁷⁸ J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, pág. 317.

por orden de Cisneros⁷⁹ se habla de 130 capellanes, mientras que para Blas Ortiz unas décadas después su número superaba con creces los 200⁸⁰. Lo cierto es que, al margen de datos concretos, es incuestionable que la cifra total de capellanes que servían en el templo primado sería muy elevada y dependería de las capillas y capellanías que se dotaran en el mismo.

Otro rasgo diferencial con otros sectores catedralicios es que ellos no son beneficiados, no tienen asignada una ración o prebenda de los bienes del refector capitular, sino que perciben un salario en función de las misas que celebraban o de la dotación que al efecto se hubiera dejado en cada capilla. Eso sí, como las dignidades, canónigos y racioneros participan de las distribuciones cotidianas, caridades y demás repartos por asistir a los oficios corales o de difuntos.

El conjunto de capellanes que servía en la catedral, aún realizando tareas muy similares, se distinguía, básicamente, en función de dos criterios: el tipo de capilla, altar o coro en que servían, y su dotación o manutención por instancias diferentes. De acuerdo con ello podemos diferenciar los siguientes tipos:

2.5.1.- Los capellanes del coro

A pesar de la afirmación de Blas Ortiz de que eran cuarenta y ocho los capellanes con que contaba el coro catedralicio en 1549⁸¹, ninguno de los documentos consultados para el siglo XV testimonia esta cifra. Más acertada es la referencia de un estatuto sin fecha exacta, pero otorgado a partir de la segunda mitad del siglo XVI que habla de "quarenta y quatro

⁷⁹ Da noticias de ella y de sus resultados J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio Toledo renacentista*, t. I (primera parte), Madrid, 1980, pág. 70.

⁸⁰ *La Catedral de Toledo 1549...*, pág. 266.

⁸¹ *Ob. cit.*, pág. 266.

capellanes con los de la greda"⁸². Habida cuenta de que estos últimos eran diez, quedan treinta y cuatro capellanes como integrantes del coro, los mismos que reflejan los registros que hicieron los partidores del refitor para señalar las caridades e ingresos entregados a los distintos componentes del clero catedralicio⁸³. Estos treinta y cuatro capellanes se repartirían a razón de diecisiete por coro y su participación era fundamental para el sostenimiento de la liturgia catedralicia.

Sobre este colectivo -amén de la participación en el servicio del coro en las diferentes horas canónicas, la presencia en las procesiones y demás actos cultuales- recaía la responsabilidad de decir las numerosas misas y memorias de aniversario que tanto clérigos como laicos dejaban ordenadas en la catedral. Como más detenidamente expondremos en el apartado del trabajo destinado a analizar la función litúrgica desarrollada por el cabildo, a fines del siglo XV los capellanes del coro tienen cargo de decir al año 8.840 misas, a razón de cinco misas semanales cada capellán⁸⁴. Ello da idea de hasta que punto eran importantes para la buena marcha de los cometidos cultuales del templo.

Su destacado papel hizo que, desde el siglo XIII, no cesaran de recibir estatutos especificando sus funciones, emolumentos y tratando de subsanar posibles irregularidades en el desempeño de sus tareas. De cuanto entonces dijimos a cerca de ello en la primera parte del estudio, destacamos la preocupación de varios prelados por solucionar los inconvenientes que para el servicio del templo tenía el hecho de que los capellanes solían compatibilizar sus obligaciones catedralicias con beneficios curados o

⁸² Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 190r.

⁸³ Estos registros, guardados en el Archivo de Obra y Fábrica, forman parte del fondo de Apuntación, en concreto de la serie, Caridades. C. Torroja, *Ob. cit.*, págs. 76 y ss. Nosotros hemos consultado los libros relativos a la segunda mitad del siglo XV; comprendidos entre los números 124-157.

⁸⁴ Vid. *infra*, págs.

servideros en otras iglesias de la ciudad o de fuera de ella. Gonzalo Pétrez en 1294 trató de regularlo y dispuso que quienes estuvieran en esa situación podrían compartir ambos beneficios siempre que no se resintiera el culto catedralicio, por lo que exigió su presencia en momentos concretos de las celebraciones⁸⁵. Ahora bien, la mejor solución era impedir que las capellanías futuras pudieran simultanearse con otros beneficios, dedicándose al tema una variada normativa que, no obstante, debió contravenirse en numerosas ocasiones. Así lo atestiguan los recordatorios que han de hacer, además del propio Gonzalo Pétrez, Jimeno de Luna en 1331⁸⁶, Gil de Albornoz en 1349⁸⁷, y Blas Fernández en 1357⁸⁸, para que retuvieran una sola prebenda, so pena de la pérdida de la capellanía.

También preocuparon a los diferentes arzobispos las condiciones en que debían ser concedidas las capellanías del coro. Gil de Albornoz en el citado estatuto de 1349 impide que quienes percibieran estos beneficios fueran tan jóvenes que no pudieran recibir el sacerdocio en el plazo de un año. Blas Fernández les recuerda que, como el resto de los beneficiados del templo, están obligados a poseer al menos dos de los tres títulos requeridos de "bene legendi, bene cantandi et bene construendi" y, por fin, Juan de Cerezuela en la primera mitad del siglo XV dispone que hayan de ser en todo momento "clérigos de misa idóneos e suficientes", es decir, presbíteros, ya que de otra manera no podrían decir las misas y sufragios que tenían encomendados. Lo más llamativo de las medidas de este prelado es que se toman, precisamente, a instancias de los propios capellanes del coro, que tal como relata el propio Cerezuela en febrero de 1437, se

⁸⁵ El estatuto dado el 23 de julio de 1294 (A.C.T. I.6.B.1.3a.) dispone su presencia obligatoria en las diferentes horas canónicas que se decían en el templo, aunque tras maitines y justo antes de decirse vísperas debían ir a sus parroquias para cumplir con los oficios y regresar luego al templo a cumplir con el resto de las celebraciones.

⁸⁶ A.C.T. I.6.B.1.12.

⁸⁷ A.C.T. I.6.B.1.9.

⁸⁸ B.N. Mss. 6260, f. 21r.

lamentan del escaso celo mostrado por el deán al conferir las capellanías vacantes a clerizones y otras personas poco preparadas. De este hecho se derivaban notables perjuicios para el colectivo, que tenía que hacerse cargo de más misas ante la imposibilidad de celebrar por los recién llegados.

Ello les lleva a solicitar la intervención del arzobispo que en carta al deán le ordena que no confiera capellanía alguna salvo a clérigos de misa, es decir, a presbíteros, y que si no lo fueran, les limite y asigne un tiempo razonable para que recibieran la ordenación pertinente⁸⁹ No obstante, año y medio después los capellanes vuelven a quejarse de la actuación del deán, que, contraviniendo la medida arzobispal, había encomendado capellanías "a clerigos de prima tonsura y a otros que no son presbiteros". Ello obliga a Juan de Cerezuela, una vez más, a prohibir esta práctica y a ordenar que se desposeyera a sus titulares de estas capellanías mal otorgadas para conferir las a quienes sí cumplieran los requisitos y evitar así más quejas sobre el tema⁹⁰.

A fines del siglo, no obstante, Alfonso Carrillo vuelve a hacer un recordatorio de esta circunstancia en el sínodo de Alcalá de 1480, una de cuyas constituciones se dedica a señalar que las capellanías del coro se entreguen a personas "idoneas y suficientes e que sean de horden sacerdotal", o cuando menos, que lo sean en el plazo de un año. Si así no sucediese, deberían ser privados de la capellanía⁹¹.

Sería esta necesidad de los capellanes del coro de defender sus derechos frente a posibles ingerencias la que les movió, como también sucediera con los racioneros, a agremiarse en una hermandad que el cardenal Mendoza en 1489 vincula al cabildo en un intento de fijar mejor las

⁸⁹ A.C.T. E.1.A.3.8a. (1437, febrero, 26, Roma).

⁹⁰ A.C.T. E.1.A.3.8b. (1438, septiembre, 20, Olmedo).

⁹¹ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 314.

competencias de este grupo y de velar por sus intereses⁹². En el estatuto el prelado, en conformidad con el cabildo, acuerda que el deán o el capellán mayor del coro o la persona o canónigo para ello diputada presida en nombre del arzobispo la hermandad de los capellanes del coro y siempre que lo crea conveniente convoque a dichos capellanes para que se reúnan en cualquier lugar de la Iglesia, instándoles a que le muestren las constituciones y ordenanzas de su hermandad y apremiándoles a cumplirlas. También deberían mostrarle los libros de los cargos de la dicha hermandad y de sus posesiones y rentas, pudiendo censurar y multar a aquellos capellanes que no cumplieran adecuadamente con su oficio o con la administración de dichas posesiones. El castigo sería la pérdida de los emolumentos y rentas de dicha hermandad e, incluso, la expulsión temporal o definitiva de la misma. Se determina que en el futuro ningún capellán pueda tomar cargo alguno sin consentimiento del presidente de la hermandad ni, por supuesto, hacer ninguna constitución ni acto sin contar con su autorización.

En definitiva, lo que busca Mendoza a través de la figura del presidente es un mayor control sobre este relevante grupo de clérigos; similar misión de vigilancia ejercía sobre ellos el "escritor de las faltas de los capellanes", encargado de apuntar a diario a los que celebraban las horas y estaban presentes en los oficios, a fin de entregar el registro al deán y cabildo para que éstos determinaran quienes debían ser amonestados y quienes tendrían derecho a sus correspondientes distribuciones⁹³.

2.5.2.- Los diez capellanes de la greda

La particularidad de este grupo no está en función de sus cometidos,

⁹² B.C.T. MS 23-17, f. 47r-49r y B.N. Mss. 6260, f. 40r-41v. (1489, enero, 14, Valladolid).

⁹³ B.N. Mss. 6260, f. 15v.

que son similares a los de los anteriores, sino en la procedencia de las rentas con las que se retribuían sus servicios. En concreto, sus emolumentos se obtienen a partir de las cantidades que, ya en las primeras décadas del siglo XIV, dejara dispuestas el arzobispo don Gutierre Gómez (1310-1319) para pagar dichas capellanías⁹⁴. Éste situó a tal fin 1.000 mrs. en las carnicerías de Toledo, y 100 en la greda, de donde toma nombre este grupo de capellanes, ambos bienes de la mesa arzobispal. Los bienes de la greda se asentaban en la localidad toledana de Magán y constituían un conjunto de yacimientos mineros, de cuya explotación se obtenía una tierra o arcilla "quitamanchas", empleada para la limpieza doméstica⁹⁵.

Pocos años después no parece que las rentas obtenidas de estos bienes arzobiscales fueran lo suficientemente saneadas para pagar los gastos de mantenimiento de los capellanes. Se trataba de rentas variables, que fluctuaban de un año a otro, y que obligaban al cabildo a salir al frente de los gastos, a través de su refitor, para retribuir a estos diez servidores del templo. Por ello, el arzobispo Gil de Albornoz en 1346, queriendo evitar que estas circunstancias supusieran un menoscabo para el cabildo, señala que el refitor no debe costear más allá de lo que recibe de dichas rentas y dispone que si éstas fueran realmente insuficientes para mantener las diez capellanías, se reduzca su número lo que fuese necesario⁹⁶.

No tenemos noticias de cómo se resolvería el problema en los años siguientes, pero sabemos que en el siglo XV se seguían dotando estas diez capellanías de la greda, cuyos componentes se sentaban en el coro distribuidos en dos mitades, cinco en el coro del arzobispo y cinco en el del

⁹⁴ Sabemos de la institución de estos capellanes por la noticia que da al respecto don Gil de Albornoz cuando en 1346 decide mejorar la situación de este colectivo. No se conserva, no obstante el texto original de don Gutierre.

⁹⁵ L. A. Braojos Largo, "Explotación y comercio de la greda en Magán, Toledo: Datos históricos y arqueológicos", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 119-126.

⁹⁶ A.C.T. I.6.B.1.10.

deán, inmediatamente detrás de los capellanes del coro.

2.5.3.- Capillas y capellanías fundadas en la catedral

Hasta aquí el número de los capellanes no es exagerado, pero el mayor incremento se produce ante la gran cantidad de fundaciones de capillas y capellanías que, desde la restauración del culto cristiano en la catedral y la puesta en marcha del cabildo, fueron haciéndose desde diversas instancias. A mediados del siglo XVI, Blas Ortiz habla de "ciento noventa y cuatro capellanes de las capillas"⁹⁷, cantidad ciertamente abultada y, tal vez, algo excesiva, pero que refleja la importancia de este colectivo.

En efecto, el culto que se celebraba en la catedral no estaba circunscrito al coro de los beneficiados o al altar mayor del templo. Por el contrario, a lo largo de los siglos diferentes personas laicas y eclesiásticas habían costado la construcción de capillas dentro de su recinto e instituido numerosas fundaciones y memorias, que exigían su propio culto y requerían una atención muy especial durante todo el año. Por esta razón, el grupo más numeroso de los capellanes que servían en la catedral se ocupaba de atender la liturgia y celebración específica de cada una de estas fundaciones.

Capillas y capellanías, aún respondiendo a un mismo planteamiento de fondo -la voluntad de los vivos de dedicar parte de sus bienes a dejar ordenadas misas y rezos por su alma tras su fallecimiento- presentan diferencias evidentes. Las capillas son fundaciones que requieren una dotación económica mayor y, ante todo, conforman un ámbito físico preciso que ha de ser primeramente construido, para después proceder, en la mayor parte de los casos, a enterrar en ellas a los fundadores y a celebrar oraciones por su salvación eterna; por su parte, las capellanías se apoyaban en un

⁹⁷ *Ob. cit.*, pág. 266.

ámbito físico ya existente y sólo atienden a disponer de una renta para mantener al clérigo o capellán que estaría obligado a rezar los sufragios por el alma del fundador. La fortuna de éstos decidía el tipo de fundación a realizar, así como el número de misas y de clérigos encargados de atenderla⁹⁸.

Desde que la catedral y el cabildo toledano empiezan su ascendente trayectoria tras la conquista de la ciudad, arzobispos, reyes, nobles, miembros del clero catedralicio y diferentes particulares dispusieron diversas cantidades para la creación de capillas funerarias, y la celebración de sufragios. Testigo de ello son los muros del templo catedralicio, que aparecen cubiertos en toda su extensión por capillas más o menos amplias, que hoy raramente reflejan su aspecto original, ya que han sido ampliadas y reformadas durante la Edad Moderna. No obstante, muchos de sus nombres y espacios se mantienen, y sin pretender ser exhaustivos, a continuación señalaremos las principales capillas que la catedral albergaba durante la segunda mitad del siglo XV.

En torno a treinta estaría el número de recintos y capillas que por esas fechas encontramos levantados en el interior de la catedral primada. Por supuesto, entre ellos había grandes diferencias derivadas de su extensión y dotación económica, de la procedencia de sus fundadores, de su finalidad y del número de capellanes encargados de su servir los oficios y misas ordenados en cada una. En función de su extensión y dotación nos encontramos ocho capillas singularmente importantes y ricas que sirvieron de enterramiento a sus fundadores y estaban atendidas por un número

⁹⁸ Una información bastante completa sobre el significado de este tipo de fundaciones en J. Pro Ruiz, "Las capellanías: familia, iglesia y propiedad en el Antiguo Régimen", en *Hispania Sacra* 41 (1989), págs. 585-602; C. Carlé, "La sociedad castellana del siglo XV. La inserción de la Iglesia", en *Anuario de Estudios Medievales* 15 (1985), págs. 367-414; J.P. Molénat, "La volonté de durer: majorats et chapellanies dans la pratique tolédane des XIII-XV siècles", en *En la España Medieval* V (1986), págs. 683-696.



BIBLIOTECA

considerable de capellanes⁹⁹. En esas ocho se incluyen tres capillas reales, tres arzobispales y dos nobiliarias, cuyos nombres señalamos a continuación y que, en su conjunto, tenían asignados un número cercano a los cien capellanes:

* Las tres capillas reales, cuya provisión correspondía a los propios monarcas, son la capilla de *Reyes Viejos*, fundada por Sancho IV en 1295 y dotada con 13 capellanes y un sacristán; la capilla de *Reyes Nuevos*, fundada por Enrique II en 1374 y servida por 25 capellanes¹⁰⁰, y la capilla de la *reina Catalina de Lancaster*, esposa de Enrique III(1373-1418), dotada con 8 capellanes a fines del siglo XV.

* Las tres capillas funerarias erigidas por arzobispos toledanos eran la capilla de *San Ildefonso*, servida por 11 capellanes, que, aunque fue fundada en el siglo XIII por Jiménez de Rada, acabó albergando el cuerpo del arzobispo del siglo XIV, Gil de Albornoz; la capilla de *San Blas*, situada en el claustro bajo, fue levantada por Pedro Tenorio en 1397 y a fines del siglo XV tenía 13 capellanes y un sacristán; y, por encima de todas, la capilla de *San Pedro*, fundada por Sancho de Rojas entre 1415-1422 para albergar su tumba, y que también será sede de la parroquia que abarcaba los barrios del entorno catedralicio, estando servida, además de por dos beneficios curados, por 12 capellanes.

* Junto a estas seis, en el siglo XV dos familias nobles dispusieron importantes sumas para la construcción de capillas en las que depositar sus restos. El caso más llamativo, por lo significativo del personaje, es el de don Alvaro de Luna y su esposa, Juana Pimentel, que sufragan la capilla de

⁹⁹ Un detenido recorrido por cada una de ellas en S.R. Parro, *Ob. cit.*, t. I.

¹⁰⁰ Estos capellanes son los que cuentan con ordenanzas más precisas, que les fueron dadas por monarcas como Juan I, el propio capellán mayor de la capilla, Juan Martínez, y, sobre todo, el arzobispo Pedro Tenorio, que será quien en 1387 fije las obligaciones de este amplio colectivo de capellanes de Reyes Nuevos. De todo ello dimos cuenta en la primera parte del trabajo.

Santiago, situada en la girola, y la dotan con 5 capellanes. También *doña Teresa de Haro*, esposa del mariscal Diego López de Padilla fundó una capilla dotada con 4 capellanes, luego llamada de San Andrés.

Al margen de éstas -sin duda, las mejor dotadas, amplias y singulares por su riqueza arquitectónica y decorativa- había otras capillas más pequeñas, actualmente muy renovadas, que, más que cumplir una función funeraria, sirvieron para cobijar los altares en los que diariamente se habían de decir las misas ordenadas por los diferentes fundadores. Estas capillas se distribuían a lo largo del muro norte o nave del Evangelio (*Nuestra Señora de la Antigua, Santa María de la Piedad*), del muro sur o nave de la Epístola (*Santa Lucía, San Eugenio, San Martín, Concepción, Epifanía*), y, sobre todo, alrededor de la girola, donde ya en el siglo XIII Jiménez de Rada dispuso quince capillas¹⁰¹. Dos siglos después, éstas se veían alteradas por nuevas construcciones y ampliaciones, y pero aún se mantienen la del *Cristo de la Columna, Santa Leocadia, Trinidad, San Nicolás, Santa Isabel de Hungría, San Gil, San Juan Bautista y Santa Ana*. También en el muro posterior del trancoro se erigieron las capillas de *Santa Catalina, la Virgen de la Estrella y la del Cristo tendido*, y, junto a la capilla mayor, Mendoza levantó la capilla de *Santa Elena*¹⁰².

Los fundadores de éstas eran en muchas ocasiones canónigos o miembros del clero catedralicio, nobles de menor extracción, también prelados y, aunque no eran tan poderosas, resultaban necesarias para

¹⁰¹ Una completa explicación sobre estas capillas y la primitiva disposición del templo en la exposición que hace A. Franco Mata en la obra de conjunto, *Arquitecturas de Toledo*, t. I, Toledo, 1991, págs. 421-465.

¹⁰² De todo ese amplio conjunto de capillas se han hecho estudios artísticos muy numerosos que recogen hasta el mínimo detalle de su construcción y ornamentos. Aquí preferimos remitir al lector a la descripción más cercana a los hechos que conservamos, la citada guía de don Blas Ortiz, que en su repaso por la realidad de la catedral no deja de lado la minuciosa reconstrucción de cada una de las capillas, sus fundadores y hasta el número de misas y capellanes que las sirven a mediados del siglo XVI. *La Catedral de Toledo 1549...*, págs. 209 y ss.

disponer de altares donde celebrar las misas que diariamente y a horas diferentes habían de ofrecerse por el alma de los donantes. Conocemos con cierto detalle las capellanías que había fundadas en la catedral a fines del siglo XV y el altar y capilla donde se decían, pues de ellas nos informan las constituciones de don Blas Fernández de 1357, la guía catedralicia de Blas Ortiz dos siglos después, y, por encima de todo, los propios libros que llevaban los capellanes con vistas a realizar su trabajo de forma controlada¹⁰³. La realidad es que serían miles las misas que al cabo del año se dirían en las capillas catedralicias, de ahí que todo el personal fuera poco para atenderlas con el cuidado debido.

Prelado y cabildo aceptaban de buen grado todas estas fundaciones por su contribución a dar mayor pompa y esplendor al culto litúrgico y a ornamentar cada vez más el espacio físico del templo. Ahora bien, esta buena disposición no les privaba de controlar muy estrechamente las dotaciones instituidas, pues no siempre eran suficientes para pagar a los capellanes, pudiendo ocasionar la prescripción de la capellanía por falta de medios. Por ello, diversos estatutos trataron de fijar la cantidad mínima que habría de dejarse para atender los gastos de las fundaciones¹⁰⁴, al tiempo que se exige la necesaria aprobación del arzobispo y cabildo para su admisión y la provisión de los diferentes capellanes.

La corporación no se limita a proveer los diferentes puestos, sino que lleva a cabo una labor de vigilancia para la que anualmente diputa a diversas

¹⁰³ El estatuto de Blas Fernández en B.N. Mss. 6260, f. 21r-22v. Don Blas Ortiz menciona las capellanías fundadas al tiempo que hace el repaso por cada una de las capillas. Las series y listas realizadas por los capellanes están reunidas en los Libros de Capellanías que custodia el Archivo de Obra y Fábrica y de los que realiza un extracto C. Torroja, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la catedral de Toledo*, Toledo, 1977, págs. 44-75.

¹⁰⁴ Gonzalo Pétrez lo hace a fines del siglo XIII cuando fija en 400 mrs. anuales la renta mínima que había de obtenerse de las posesiones y bienes dejados en el refectorio para tal fin (B.C.T. MS 23-16, f. 9v-13r), cantidad insuficiente que es duplicada por Blas Fernández medio siglo después (B.N. Mss. 6260, f. 20v-22v).

parejas de canónigos que visitaban las diferentes capillas, las fundaciones y memorias del templo, cuidando de que el culto se desarrollara según lo dispuesto y de que la dotación económica fuera la apropiada. Las Actas capitulares ofrecen numerosos testimonios de estas visitas, siendo las capillas y capellanías más frecuentemente inspeccionadas las de San Blas, San Pedro, San Ildefonso, San Juan Bautista, fundada por el canónigo y arcediano de Niebla Fernando Díaz de Toledo, la Piedad o del tesorero Alonso Martínez, la capellanía que doña Elvira de Fuensalida celebraba en la capilla de Santiago, entre muchas otras. Los canónigos habían de velar por "los ornamentos y aperos dellas", reparándolos si era menester, cuidar de que estuvieran "barridas e limpias" y, sobre todo, inspeccionar si los capellanes decían todas las misas que estaban a su cargo¹⁰⁵.

2.6.- LOS CLERIZONES

Los clerizones, "moços", "clericelli" o niños del coro constituían un grupo infantil y adolescente que, además de educarse y formarse en la escuela catedralicia que mantenía el templo primado, realizaban algunas funciones litúrgicas y ayudaban en el servicio del coro. Sobre su número a fines del siglo XV no hemos encontrado una reglamentación expresa, pero pocas décadas después eran un máximo de cuarenta los clerizones que recibían instrucción en la catedral; de todas formas, su número real era variable porque, incluso dentro de un mismo curso escolar, se entraba y salía de la escuela con facilidad. A pesar de ser el escalón inferior en el conjunto de beneficiados de la catedral, su juventud, lo decisivo de orientarles en la forma correcta y, por qué no, sus frecuentes travesuras,

¹⁰⁵ Señalar todas las menciones de las Actas resultaría excesivo porque no hay un año en que no se realicen estos nombramientos y, además, éstos son múltiples al tener cada capilla sus propios visitantes.

obligaron a arzobispos y cabildo a ocuparse muy estrechamente de regular su paso por el templo.

Para ser admitidos debían contar entre 8-10 años y pasar unas pruebas de lectura y canto ante el maestrescuela, tras lo cual eran ordenados de tonsura y recibían un beneficio eclesiástico durante el tiempo que estuvieran vinculados a la catedral. También se les remuneraba con una cantidad diaria para fomentar su presencia en las horas y servicios litúrgicos. Beneficio y distribuciones diarias pretendían ayudar a su manutención y alojamiento que se hacía en régimen externo fuera del templo, y que corría totalmente de su cuenta. Si con ello no tenían suficiente, debía socorrerlos su familia o aquellos que los hubieran recomendado para entrar en el templo, a cuyo cuidado quedaría la provisión de lo necesario para cubrir las necesidades de sus patrocinados. Muchas eran las personas que querían que sus hijos y familiares ingresaran como clerizones, dadas sus posibilidades de promoción en la carrera eclesiástica, donde, si mostraban aptitudes, podían alcanzar las más altas prebendas. Si por el contrario querían reintegrarse en la vida laica, contaban, al menos, con una sólida formación que les permitía diversas salidas profesionales¹⁰⁶. Además, aquellos que, como luego veremos, destacaban por su buena voz y capacidad para el canto podían iniciar unos estudios musicales especializados, primero como seises, luego como cantores profesionales y, en un nivel superior, alcanzar el puesto de maestros de capilla.

Los clerizones recibían una doble enseñanza, combinando las lecciones teóricas en la escuela con las prácticas en el coro, y en cada una de estas facetas estaban bajo la autoridad de dos significadas dignidades del

¹⁰⁶ El ambiente que rodeaba a este grupo de estudiantes está muy bien recogido por R. González Ruiz, "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo y F. Ruiz (dirs.), *Alarcos 1195, Actas del Congreso Internacional conmemorativo de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996, págs. 177-179.

cabildo, el maestrescuela y el chantre. A la presencia de los clerizones en la escuela y a las enseñanzas gramaticales, teológicas y musicales recibidas en la misma nos referiremos en otra parte del trabajo, por lo que ahora nos centraremos en conocer su papel como auxiliares y servidores del coro.

A tenor de lo dicho hasta el momento, la gran cantidad de celebraciones que habían de realizarse en el templo primado hacía poca cualquier colaboración, por lo que, aún siendo un colectivo todavía en periodo de formación, también tenía asignadas unas tareas concretas en dichas celebraciones. Una vez admitida su presencia en el coro por el arzobispo y el cabildo, aquel de los beneficiados que lo hubiera patrocinado estaba obligado a costearle la capa, el sobrepellíz y el calzado con el que debería atender sus obligaciones corales, si su ración no le alcanzase para ello. Entre las obligaciones de estos jóvenes estaba cantar la misa diaria de Nuestra Señora o "de la aurora" en la capilla de San Ildefonso, tal como dejó dispuesto Jiménez de Rada, y atender al servicio del coro, alternándose en dos turnos semanales: la semana de lectoría en que cantan las lecciones y la semana de colectoría en que cantan las colectas. También les correspondía decir las lecciones y responsos en los oficios de las horas, diurnos y nocturnos, pernoctando en el templo en este último caso, así como llevar el cirio pascual en las procesiones¹⁰⁷.

Estas tareas no siempre serían realizadas con el respeto debido y, a tenor de lo que dicen los estatutos desde el siglo XIII, las risas, murmullos y disputas entre estos jóvenes estudiantes serían frecuentes. El chantre tendría que velar por la honestidad del coro, acabando con estos comportamientos impropios, y don Blas Fernández a mediados del XIV le recuerda su obligación de "emmendare clericellorum chori insolentias et

¹⁰⁷ Es una vez más don Blas Fernández en las constituciones dadas en 1357 quien regula muchos aspectos de este colectivo al dedicarles el estatuto "De officio puerorum vel infantium". B.N. Mss. 6260, f. 14r-14v.

quecumque allia negoçia, questiones et lites que inter eosdem emergerint prout sibi videbit punire et terminare [...]"¹⁰⁸. Igualmente debía procurar que los jóvenes llevaran bien hecha la corona o tonsura y que tuvieran una "buena compostura exterior".

Tal como decíamos, estos jóvenes vivían a su propia costa y en régimen externo, por lo que les eran de gran utilidad la porción o beneficio que les correspondía y las distribuciones que les eran asignadas por su asistencia a las diferentes celebraciones. A mediados del XIV don Blas Fernández les asignaba 4 denarios por su asistencia a los oficios de prima, 3 a los de nona y 6 a la misa. Además, las semanas de lectoría y colectoría les eran retribuidas con 3 mrs., participando igualmente de las caridades y aniversarios en los que estuvieran presentes. Incluso se les animaba a asistir a las clases de música y gramática impartidas en la escuela entregándoles algunas cantidades de las rentas del refector¹⁰⁹.

Sólo un grupo de ellos, escogido por la especial calidad de sus voces, vivía en régimen interno dentro del templo o fuera, pero en casas de propiedad capitular, a fin de vigilar muy estrechamente la cuidada educación musical que recibían durante varios años. Se trata de los "moços del coro", o "clerigos de canto de órgano", cuyo número se fijó en seis en la segunda mitad del siglo XV, por lo que se les conoció popularmente como los "seises"¹¹⁰. A ellos se encomienda buena parte del canto polifónico que

¹⁰⁸ B.N. Mss. 6260, f. 10r.

¹⁰⁹ Ibidem.

¹¹⁰ La primera mención en la documentación del término aparece en 1461, aunque no siempre se cubrirían todas las plazas. Una cuidada información sobre ellos se recoge en el trabajo de F. Reynaud, *Ob. cit.*, págs. 224 y ss. La existencia de los seises no es privativa de la catedral de Toledo; por el contrario, muchas otras catedrales contaban con sus voces, como ponen de manifiesto B. Bartolomé Martínez, "Los niños del coro en las catedrales españolas, Siglos XII-XVIII", en *Burguense*, 29/1 (1988), págs. 139-193; M.P. Bertos Herrera, *Los seises de la catedral de Granada*, Granada, 1988; A. Gea Arias y R.M. López Guerrero, "Los mozos de coro o seises de la catedral de Guadix. Datos para su estudio", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 127-136.

cada vez con más fuerza se impone en la liturgia catedralicia, de ahí que fuera imprescindible para pertenecer a este selecto grupo estar en posesión de una buena voz y ser aptos para leer la música y memorizarla. La necesidad de velar por sus voces y de "mimar" su aprendizaje hizo que éste fuera encomendado a un cargo específico que, además de enseñarles el canto, vivía con ellos y se preocupaba de su manutención. Este cargo, que en el XVI se identifica claramente con el maestro de capilla, en el XV recibe diversos nombres que en ocasiones confunden sus funciones: "maestro de los ninnos", "maestro de la música", "maestro de los seises" y "maestro claustral o claustrero", aunque, éste, como veremos, es educador musical de todo el conjunto de los clerizones, no sólo de los seises. Volveremos sobre ellos cuando analicemos con mayor detalle la enseñanza de la música que se realizaba en la escuela catedralicia.

2.7.- OTROS SERVIDORES Y OFICIALES DE LA CATEDRAL

Las necesidades de funcionamiento de la catedral primada eran tales, que no le bastaban los varios centenares de beneficiados y capellanes que venimos señalando. Requería también del concurso de una serie de personas que realizaran tareas auxiliares, a veces modestas, pero en las que todos tenían un papel asignado para lograr el esplendor del templo. Aunque las incluimos bajo la expresión genérica de "servidores del cabildo", en su interior cabe diferenciar categorías muy distintas: algunas requerían una formación muy especializada, otras tan sólo el cumplimiento escrupuloso de la función; muchas estaban a cargo de la Obra, otras del Refitorio; algunas recaían en manos de clérigos, otras en personal laico.

Dos estatutos, el ya más que mencionado de don Blas Fernández de

1357¹¹¹ y otro de 1490 dado por don Pedro González de Mendoza¹¹² recogen los nombres de los principales servidores, así como la explicación de la tarea desarrollada por cada uno. Eso, unido a las menciones de sus nombramientos y de la entrega del salario correspondiente que ha quedado consignada en las Actas, nos permite un conocimiento aproximado de este gran grupo de personas que, pese a no gozar de los honores propios de las dignidades y canónigos, cumplían una función esencial para la catedral.

2.7.1.- El sochantre y el claustrero

En primer lugar diferenciaremos a dos oficios que estaban en manos de racioneros, a veces de capellanes, y que para mejorar la retribución de sus titulares se vincularon en 1448 y 1467 a dos de las cincuenta raciones que había constituidas en la catedral. Su importancia radica en la particular función que realizan en íntima colaboración con las dignidades que tienen a su cargo la total supervisión de la liturgia celebrada en el templo y de la escuela catedralicia, el chantre y el maestrescuela.

El *sochantre* o *socapiscol* sería un estrecho colaborador del chantre, encargado de auxiliarle en algunas de las múltiples tareas que le competen como responsable del servicio del coro, especialmente en aquellas que requerían unos conocimientos más técnicos, como la dirección del canto litúrgico en los oficios. Los textos especifican que corresponde a este cargo "tam in choro quam in procesionibus divinum officium intonare hymnos, responsoria et antiphonas", se entiende que preferentemente de canto llano o de melodía. Desde 1467, unas letras apostólicas de Paulo II solicitan se aneje al oficio de la socapiscopía la primera ración que vacare en la catedral, a fin de que una función tan relevante, al contar con unos ingresos

¹¹¹ B.N. Mss. 6260, f. 14v-15v.

¹¹² B.N. Mss. 6260, f. 51v-52r.

fijos, se cumpliera con mayor diligencia que hasta ese momento, pues había habido quejas sobre su falta de celo¹¹³. Los capitulares, aún aceptando la medida, quieren dejar claro que ello no implicaba en ningún caso una disminución en los cargos y en la retribución debida al chantre, que seguiría teniendo una consideración igual que antes¹¹⁴. Entre los nombres que ocuparon el cargo cabe citar a Jorge de Brihuega, Alonso de Aguilera y Alfonso Sánchez de Villatovas.

Por su parte, el *maestro claustral o claustrero* era el que tenía a su cargo la escuela de los "moços" o clerizones, ocupándose de instruirles "in cantu et usu ecclesie", es decir en el canto llano o de melodía y de corregir los defectos en que pudieran incurrir tanto en la música como en la lectura¹¹⁵. El claustrero debía conocerlos bien para procurarles una enseñanza personalizada "según cada uno incumbía e su capacitat bastante, porque la iglesia se sirviese dellos e ellos aprendiesen e saliesen buenos clérigos"¹¹⁶. Como en el caso del sochantre, aunque con anterioridad, este cargo se vincula a una de las cincuenta raciones instituidas en la catedral, a fin de que la importante labor que llevan a cabo educando a los jóvenes "in divinis officiis et praesertim cantu seu musica de melodia" no se viera afectada. Así lo recoge la bula otorgada por Nicolás V en 1448 en respuesta a una demanda del deán y cabildo toledano preocupado por la negligencia con que se cumplían estas importantes tareas por no contar con una remuneración adecuada¹¹⁷.

En 1476 el claustrero recibió una importante ordenación del cabildo,

¹¹³ A.C.T. X.10.A.1.3. (1467, junio, 9, Roma). La ejecución de estas letras apostólicas y la anexión en noviembre de ese año, A.C.T. X.10.A.1.11.

¹¹⁴ A.C.T. Actas Cap.I, f. 11v. (1467, noviembre, 6).

¹¹⁵ B.N. Mss. 6260, f. 12v.

¹¹⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 88r. (1476, agosto, 16).

¹¹⁷ El Archivo Capitular no conserva los originales de estos textos que conocemos gracias a copias realizadas con posterioridad, caso de la recogida en el Libro Arcayos, B.C.T. 42-29, f. 62r-63v y 66v.

en la que se le denomina "oficial de los ninnos de les mostrar la melodía" y con la que se intenta frenar lo que debía ser una actuación poco diligente de sus responsables. Para ello le advierten que será objeto de visitas por el partididor encargado de realizar las distribuciones a las horas y "la hora que no fallase al claustrero en la dicha escuela con los moços mostrandolos e instruyendolos o estoviesse en el coro, que le quitase la tal hora e no gela esemiese"¹¹⁸. La rotundidad con que se expresan los capitulares da fe del descontento que sentían ante la actitud de estos oficiales. Durante el periodo que aquí analizamos ocuparon el cargo, entre otros, Juan de Villarreal, capellán, y Pedro Lagarto, capellán de la greda desde 1490, sin duda, uno de los nombres principales entre los músicos de la época de los Reyes Católicos¹¹⁹.

Las funciones del claustrero se han confundido, a veces, con las del maestro de los seises o de la música, ocupado, como dijimos, de manera preferente en la educación de los niños expertos en polifonía. El claustrero, aún siendo también un reputado músico, enseñaba, como dejan bien sentado los documentos, canto de melodía, es decir, no polifónico, a todo el conjunto de los clerizones, no sólo a los seises que seguían un régimen de vida y de estudios especial. En todo caso, como decimos, este maestro de clerizones tenía grandes conocimientos musicales y ocupó el puesto de organista desde que este instrumento se fue introduciendo a lo largo del siglo XIV para acompañar las voces en los oficios¹²⁰. Luego, cuando el órgano empezó a requerir conocimientos cada vez más especializados, su cuidado quedó en manos de expertos profesionales contratados por el cabildo.

¹¹⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 88r. (1476, agosto, 16).

¹¹⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 2r. (1490, junio, 19). Lagarto contó incluso con un ayudante que en 1491 percibe 4.000 mrs. anuales: A.C.T. Actas Cap. II, f. 14v. (1491, febrero, 23).

¹²⁰ El estatuto de don Blas de 1357 recoge perfectamente la expresión, "si ad id erudictus et sufficiens existat pulsatio horganorum".

2.7.2.- Los oficiales del Refitor y de la Obra

Otro importante grupo de servidores del cabildo incluye al conjunto de *contadores, distribuidores, escribanos, letrados, secretarios y notarios* que tenían a su cargo las tareas relacionadas con la administración de dos oficinas extraordinariamente importantes para el funcionamiento del cabildo y del templo: el Refitor capitular y la Obra y Fábrica catedralicia. Ambos organismos, sobre los que hablaremos largamente en otro apartado del trabajo, estaban dotados de un gran número de bienes y a su cargo corrían todos los gastos y pagos que se hacían desde el templo: las obras y reparaciones en el edificio catedralicio, el pago de las raciones y distribuciones que corresponden a cada uno de los miembros del cabildo, el mantenimiento de diversas iniciativas culturales y asistenciales, y un largo etcétera.

Lo relevante de estas funciones obliga al cabildo a ocuparse de ellas de forma preferente, así como a mantener a un amplio personal especializado con competencias muy precisas. Todo ese conjunto de oficiales o "ministros", como a veces aparecen denominados en la documentación, era imprescindible para sostener el amplio edificio catedralicio, lo que explica la atención que dedica el cabildo a especificar sus atribuciones.

2.7.3.- El cuidado litúrgico y material de la catedral

Las funciones administrativas señaladas no agotan las necesidades del templo que, para realizar en la forma debida sus numerosas celebraciones litúrgicas, necesita de una serie de servidores que o bien tengan todo preparado para ellas o bien participen activamente en las mismas para darles realce. En el primer caso habría que comenzar hablando del *pertiguero*,

especie de supervisor de las actividades catedralicias, en quien recaían la custodia de las puertas del coro y del capítulo donde se celebran el oficio divino y las reuniones, la llamada a cabildo de los canónigos y el encabezamiento de las procesiones en las que iba delante con su báculo, refrenando a la multitud de los laicos. Junto a él encontramos al servidor encargado de tener a punto las hostias y el vino para la Eucaristía; al *candelero o lamparero*, para que encendiera todas las candelas que debían arder en el templo y apagarlas al anochecer, siempre cuidando de no dejar el templo a oscuras; al encargado de llevar la cruz en las procesiones; y al "*pulsador de campana de Santa María*" para la adoración en las diversas horas, encargado también de tenerla bien engrasada y en buen estado para que su sonido fuera bueno.

El segundo era el caso de aquellas personas que participaban de lleno en las celebraciones y, muy especialmente, en una de las facetas que más papel empezaba a tener en las catedrales, la música. Ésta, que siempre había estado presente, gozará de un mayor predicamento desde que la polifonía se impone en las misas y oficios, requiriendo de un selecto personal para interpretarla en la forma debida. Además de los seises, de cuya especial formación musical ya hemos hablado, las interpretaciones polifónicas requerían el concurso de una serie de músicos profesionales para darles el verdadero realce. Así se explican los contratos realizados por el cabildo con *organistas*, "*maestros en hacer y afinar órganos*", "*cantores de canto de órgano*" (tenores, contraltos), que reciben importantes salarios del refector y de la Obra. Las Actas Capitulares dejan patentes los salarios que percibían estos músicos, en algunos casos sus nombres y también la exigencia de que para percibir sus emolumentos en la forma convenida debían cuidar sus costumbres y formas de vida, mirando siempre por "el servicio de Dios e

la honestidad de la iglesia"¹²¹.

Tal importancia tenían estas celebraciones litúrgicas que desde 1492 se instituye un nuevo cargo, el *maestro de ceremonias*, con el expreso cometido de velar por que se realizaran con el cuidado y respeto debidos todo el complejo entramado de ritos que cada una de ellas comportaba¹²².

A estas tareas fundamentales para el adecuado desarrollo de la liturgia hay que añadir las que se relacionaban directamente con el cuidado del propio edificio catedralicio y de las riquezas en él contenidas. En efecto, era necesario un amplio "equipo de mantenimiento" que revisara continuamente el estado material del templo, lo limpiara y acondicionara, repasara las ropas, telas y demás objetos del tesoro, a fin de que la catedral primada siguiera siendo admirada por cuantos fieles y visitantes se acercaran a la misma. Así se explica el papel de cargos como el *clavero*, verdadero guardián de la catedral, encargado de su limpieza, buen estado, de controlar desperfectos y de avisar para su reparación; el *maestro de obras*, máximo responsable de las obras a realizar en el templo y, casi siempre, un reputado artista, que diariamente debía visitar las obras y exigir cuentas de lo realizado; varios *obreros*, *alarifes*, *carpinteros* para construir y reparar desperfectos, no sólo en el templo, sino en el conjunto de casas y posesiones del cabildo; el *perrero*, que tenía que estar muy temprano en el templo para echar a todos los perros que allí se refugiaban por la noche, a fin de que no entorpecieran las celebraciones diurnas; el *barrendero*, encargado de limpiar mañana y tarde el coro de los beneficiados, el coro mayor y las rejas de ambos, así como el crucero a diario y tres veces por semana toda la iglesia;

¹²¹ Así le dicen en 1481 a Antonio de Villalobos, cantor contratado años antes con un salario de 1.500 mrs. cada tercio de año, y que ahora, por su mala conducta, es desposeído de su salario de cantor (A.C.T. Actas Cap. I, f. 63v y 115v). Los nombres de todos ellos y el contexto en que trabajan está perfectamente recogido en la ya citada obra de F. Reynaud sobre la Polifonía toledana.

¹²² A.C.T. Actas Cap. II, f. 133v. (1492, mayo, 5).

un *bordador* para reparar las capas de brocado y seda utilizadas por los capitulares o bordar otras nuevas cuando se le encomendara; el *relojero*, responsable del buen funcionamiento del reloj y de engrasar su maquinaria, entre otros.

Por último, hay algunos oficios que cuidan, no tanto del templo, como de algunos aspectos relacionados con las propias personas de los beneficiados: el *barbitonsor*, para rasurar, hacer la tonsura y, cuando era necesario, practicar sangrías al clero catedralicio; y el *físico o cirujano*, a cargo de la salud de los enfermos del cabildo y de sus domésticos o familiares. Habida cuenta del gran número de clérigos y laicos que se movían alrededor del templo, es incuestionable el trabajo continuo que tendrían barberos y médicos.

El estatuto dado por el cardenal Mendoza en 1490 para organizar el funcionamiento de la Obra catedralicia nos ha legado, además del nombre y la función de estos cargos auxiliares, el salario percibido por cada uno en el desempeño de sus obligaciones. También las Actas capitulares recogen entre los pagos realizados por el refector las cantidades concretas otorgadas a algunos de esos servidores y el concepto por el que se entregan. Todo ello nos ha permitido elaborar el siguiente listado de retribuciones anuales, pagaderas, como era costumbre, por tercios de año:

- Maestro de las obras	42 florines (11.130 mrs.)
- Clavero	40 florines (10.060 mrs.)
- Perrero y "neçessarias" ¹²³	20'5 florines (5.432'5 mrs.)
- Barrendero	27 florines (7.115 mrs.)
- Campanero	38 florines (10.070 mrs.)
- Candelero	12'5 florines (3.312'5 mrs.)
- Broslador	11'5 florines (3.047'5 mrs.)
- Organistas	34 florines (9.010 mrs.)

¹²³ El "guarda de las neçessarias" a falta de más explicaciones pensamos que sería el encargado de limpiar las letrinas. Solía asociarse al oficio de "echar los perros de la iglesia".

- Encuadernador	2'5 florines (662'5 mrs.)
- Maestro afinador de órganos	30 florines (7.950 mrs.)
- 4 sacristanes	45 florines (11.925 mrs.)
- Encargado de "dar hostias y vino"	26'5 florines (7.022'5 mrs.)
- Tenor	38 florines (10.070 mrs.)
- Capellán de los clerizones	6'5 florines (1.722'5 mrs.)
- Maestro de los clerizones	4 florines (1.060 mrs.)
- Relojero	19 florines (5.035 mrs.)
- Encargado de llevar la cruz procesional ¹²⁴	6 florines (1.590 mrs.)
- Pertiguero ¹²⁵	3.000 mrs.
- Físico ¹²⁶	30.000 mrs.
- Notario ¹²⁷	9.000 mrs.
- Secretario ¹²⁸	10.000 mrs.

Este conjunto de oficiales fue creciendo en número en los siguientes siglos y completando sus funciones hasta alcanzar un nivel de especialización muy importante en algunas tareas. Aquí nos hemos limitado a recoger aquellos que aparecen documentados hasta fines del siglo XV, pero, repetimos, que con el transcurrir de los años serán muchos más. Por ello, son estatutos dados a partir de la segunda mitad del siglo XVI los que más información aportan sobre las funciones concretas que realizan estos servidores del templo. Uno de ellos, recogido en esa compilación algo caótica del racionero Arcayos nos ha servido para conocer las atribuciones

¹²⁴ Todos estos salarios estaban a cargo de la Obra y como tales los recoge el estatuto dado por Mendoza, B.N. Mss. 6260, f. 51v-52r. Para reconvertir en maravedís las cantidades expresadas en florines del estatuto hemos considerado que desde 1480 un florín equivalía a 265 mrs., tal como señala M.A. Ladero Quesada, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982, pág. 118.

¹²⁵ Ese es el salario que se le fija a cargo del refitor el 7 de agosto de 1470. A.C.T. Actas Cap. I, f. 32r.

¹²⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 34r. (1492, junio, 8). Hasta esa fecha el salario del médico era de 6.000 mrs., tal como se le fijó en enero de 1476 (A.C.T. Actas Cap. I, f. 84v). No encontramos explicación para una subida tan elevada en la persona del "doctor portogues, fysico".

¹²⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 111v. (1480, marzo, 20).

¹²⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 9r. (1490, octubre, 29). Por estas fechas el secretario realizaba también las funciones del notario, lo que explica lo elevado de su sueldo.

de los oficiales aquí señalados¹²⁹.

En cualquier caso, el gran número de personas que, como venimos señalando a lo largo del capítulo, se ocupaba de la catedral desde sus correspondientes cometidos hace acertada la siguiente frase:

no había en la ciudad y ni siquiera tal vez en el reino, exceptuando la maquinaria burocrática de la corte, una entidad que contara con una nómina de empleados como la catedral¹³⁰.

2.8.- JERARQUIZACIÓN DE LOS BENEFICIADOS

De lo dicho se desprende que las catedrales medievales y, específicamente la toledana, eran mucho más que bellos y artísticos edificios. Hay que concebirlas más bien como grandes empresas que necesitan para su funcionamiento de un número muy importante de personas, cada una de ellas con un cometido específico para contribuir, todas juntas, a poner en marcha sus complicados mecanismos. Ya señalábamos al principio las elevadas cifras que alcanzaba en Toledo el cómputo global de todo el personal clerical y laico que se movía en el entorno de su catedral, y acabamos de explicar en detalle las características y diferencias de cada uno de los grupos y categorías en que se encuadraban todos sus componentes.

No obstante, nos quedaría por ver un aspecto para acabar de comprender el verdadero alcance que tenía para los beneficiados de la catedral su pertenencia a uno u otro de los colectivos señalados. Nos referimos a la jerarquización que presentaba el clero catedralicio en dos cuestiones fundamentales: la posición y asiento que cada uno tenía en el

¹²⁹ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f.428r-433v. Muchos de sus datos se reúnen en A. Fernández Collado, *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte, personas*, Toledo, 1999, págs. 107-121.

¹³⁰ R. Gonzálvez, "El mundo de la catedral", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, pág. 32.

coro, y la retribución económica que percibían por su prebenda y por los servicios prestados en el templo. Realmente, a nadie se le escapaba el diferente trato que recibían un canónigo y un capellán o una dignidad y un racionero, y menos aún a ellos mismos. Respecto a la posición que se ocupaba en el coro, es verdad que trataba más bien de una cuestión de honor o de prestigio, pero en lo relativo a las rentas e ingresos percibidos radicaba el poder real de los beneficiados, por lo que nadie era indiferente a encuadrarse en uno u otro grupo. Por ello creemos que es interesante conocer cómo se concretaba cada una de estas cuestiones.

2.8.1.- Posición de los beneficiados en el coro

La amplia nómina de clérigos de la catedral estaba, como se ha señalado, estrictamente jerarquizada. Todo aquel que ingresaba en el templo sabía que, en función del grupo al que perteneciera, tenía una mayor o menor preeminencia sobre los demás, unos derechos especiales, unos cometidos concretos y, desde luego, un lugar asignado en el coro catedralicio en el que se celebraban los diferentes actos litúrgicos, así como en las procesiones que se hacían dentro y fuera del templo.

El coro de los beneficiados, que a fines del siglo XV se cubrió con las bellas tallas que hoy seguimos admirando¹³¹, se componía de una serie de asientos en los que se iba distribuyendo todo el personal catedralicio, pero no de forma arbitraria y casual, sino siguiendo un riguroso orden. Esta reglamentada distribución pretendía reproducir e imitar en las iglesias la imagen de las jerarquías angélicas o celestes, siguiendo algunas doctrinas

¹³¹ Es Rodrigo Alemán el encargado de realizar las bellas tallas de la sillería baja, cuyos respaldos recogen la evolución de la conquista de Granada por los Reyes Católicos. J. de Mata Carriazo, *Los relieves de la Guerra de Granada en la sillería del coro de la Catedral de Toledo*, Granada, 1985 (1ª ed. 1927).

elaboradas en los primeros siglos de la Edad Media¹³².

De acuerdo con ello, el lugar central y principal en el coro se reserva al arzobispo y, a partir de su silla, se iban organizando todos los demás distribuidos en dos secciones o mitades, el coro del arzobispo a la derecha de su asiento y el coro del deán a su izquierda. Así, primero se situaban las dignidades, siete a cada lado del prelado, seguidas en las sillas altas por los canónigos mansionarios, veinte en cada coro, y por los racioneros, veinticinco y veinticinco. Los que por su especial relevancia se situaban en primer lugar entre los canónigos eran las dos canonjías de oficio, magistral y doctoral, y entre los racioneros, se sentaban primero el sochantre, en el coro del arzobispo, y el claustrero, en el del deán; también se dividían por coros los seis u ocho racioneros cantores. Ya en las sillas bajas se situaban los extravagantes, los capellanes del coro y de la greda, los clerizones y los seises, igualmente, repartidos por mitad.

Todos ellos se situaban en su asiento por orden riguroso de antigüedad en la percepción de sus beneficios, si bien los presbíteros, diáconos y subdiáconos tendrían preferencia sobre otros, y en el caso de las dignidades había una ordenación por la precedencia de sus respectivos cargos. En efecto, de las catorce dignidades siete se sentaban a mano derecha del arzobispo, a saber, arcediano de Toledo, arcediano de Talavera, capiscol, tesorero, arcediano de Calatrava, abad de Santa Leocadia y vicario de la ciudad. Las otras siete se sentaban a su izquierda, empezando por el deán, arcediano de Madrid, maestrescuela, arcediano de Guadalajara, arcediano de Alcaraz, abad de San Vicente y capellán mayor¹³³.

¹³² Es el caso de San Agustín, Gregorio Magno y, sobre todo, del Pseudo Dionisio Aeropagita. R. González Ruiz, "El mundo de la catedral", *Piedras Vivas*, Toledo, 1992, pág. 31.

¹³³ El estatuto de don Blas recoge precisamente esta distribución. B.N. Mss. 6260, f. 1v, que se seguirá reproduciendo sin cambios en los siglos siguientes.

Ahora bien, a pesar de esta estricta reglamentación, todo este conjunto de personas casi nunca estaría completo en el templo ni en el coro, dadas las frecuentes vacantes y ausencias de los beneficiados. De hecho, el coro sólo tenía 70 asientos en la sillería alta y 50 en la baja, número francamente inferior al de personas que debía albergar sobre el papel, pero que en la práctica debía resultar suficiente. Al menos, ningún documento consultado expresa quejas de los beneficiados por no disponer de su asiento en el momento de las celebraciones. Lo que sí hacen algunos textos posteriores a la época aquí analizada es recordarles el puesto que cada uno debía ocupar en las sillas, tal vez porque se habían alterado las costumbres y no lo guardaban en la forma debida. Es, sobre todo, a las dignidades a las que se hace un mayor hincapié en la necesidad de que ocupen sus sillas y no otras "si no fuera por alguna raçon acçidental que ocurriere, como venir al choro a oyr los offiçios divinos algunos perlados o grandes del Reyno, mas por ninguna otra persona, aunque sea señor de titulo, las dignidades no dexaran sus sillas"¹³⁴. Curiosas son también las disposiciones que trataban de regular la adecuada distribución en el coro de los racioneros cantores, ya que de lo contrario podía distorsionarse el efecto de sus voces en las interpretaciones musicales¹³⁵.

Una colocación similar habría de guardarse en aquellas procesiones que se organizaran desde el templo, tanto si eran las que se realizaban diariamente y que sólo recorrían su recinto interior, como si salían fuera de sus muros y se paseaban por las calles de la ciudad. En todos los casos, los miembros del clero catedralicio aparecían en la posición que les correspondía y todos los fieles podían reconocer su mayor o menor preeminencia e influencia dentro de la catedral.

¹³⁴ Libro de Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 192r-193r. El título de la constitución dice expresamente "Del orden de las sillas del coro y de como se han de haver en los asientos".

¹³⁵ Así lo afirma F. Reynaud, *Ob. cit.*, págs. 6-7.

2.8.2.- Remuneración económica

El segundo aspecto que remarca perfectamente las diferencias que existían entre los beneficiados catedralicios era la percepción por su parte de un importante volumen de rentas. Sin duda, una de las partidas de gastos más elevadas que se hacían desde la catedral iba destinada a satisfacer los emolumentos que correspondía percibir al conjunto de clérigos que continuamente velaban por el esplendor litúrgico del templo y atendían las variadas tareas que su buen funcionamiento requería. Lógicamente, estas percepciones económicas estaban tan estrictamente jerarquizadas como el propio personal catedralicio y, dependiendo del cuerpo al que se perteneciera, tenían una diversa cuantía.

La forma de retribución de los capitulares sufrió algunas variaciones desde los primeros momentos de vida del cabildo. Como señalábamos en la primera parte del trabajo, en un principio la corporación asignaba a cada uno de sus componentes un conjunto de bienes, llamados "préstamos" o bienes prestimoniales, generalmente compuestos por propiedades inmuebles y de cuya explotación los capitulares obtenían los ingresos fijados de antemano para que el beneficiado viviera conforme a su condición. Desde fines del siglo XII, y conforme Occidente se ve afectado por un mayor proceso de circulación monetaria, se observa un cambio en la situación y en el sistema de retribución. Paulatinamente, se sustituye la cesión a los capitulares de una parte de ese patrimonio por el reparto de las rentas obtenidas tras la explotación del mismo. De esta forma el conjunto de bienes permanece indiviso en manos de la institución y sus miembros sólo reciben el disfrute de los beneficios de ellos obtenidos¹³⁶.

¹³⁶ Esta circunstancia no es exclusiva de Toledo, sino un fenómeno generalizado en el conjunto de cabildos hispanos y occidentales: D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945, págs. 208 y ss.; J. Sánchez

En función de ese reparto de rentas se iban asentando los emolumentos de cada uno de los beneficiados de la catedral primada, ingresos que, lejos de constituir un bloque monolítico, eran percibidos en función de diversas partidas que afectaban a varios aspectos y momentos de la vida diaria de los capitulares. La percepción de todas estas partidas estaba condicionada a tres cuestiones: su presencia efectiva en el templo a las horas convenidas; el cumplimiento por los mismos de esos tres títulos de "bene cantandi, bene legendi et bene construendi", o al menos de dos de ellos; y estar ordenados "in sacris", es decir, haber recibido las tres órdenes mayores de presbítero, diácono y subdiácono. Si no era así, percibían solo una parte, hasta que fueran instruidos u ordenados, excepto en el caso de las personas que estaban autorizadas y exentas de hacer su residencia por determinadas razones. En un capítulo posterior nos extenderemos sobre el tema de la residencia, de extraordinaria importancia para conocer mejor el funcionamiento de la institución.

Diferentes constituciones desde el siglo XIII han individualizado los diversos ingresos de percibidos por los capitulares, que a continuación enumeramos.

A.- La ración o prebenda

La asignación principal, pues determinaba su pertenencia al conjunto de beneficiados del templo y las obligaciones que debía cumplir era la ración o prebenda, diferente para las dignidades, canónigos y racioneros. Así la define el estatuto de don Blas a mediados del XIV: "se llama porción, según la costumbre de la iglesia, a la cantidad de dinero que cada día corresponde administrar a canónigos y socios". La cuantía de la misma se asignaba hecho el cómputo de todas las rentas y productos del refectorio¹³⁷, y deducido lo que

¹³⁷ Como luego explicaremos, el refectorio era la oficina catedralicia que se ocupaba de administrar todas las propiedades que conformaban la mesa capitular.

éste tenía que entregar para distribuciones, caridades, salarios de los oficiales, estipendios de los capellanes, reparaciones de casas y otros gastos necesarios. El reducto que quedaba tras hacer estos pagos, se distribuía, de acuerdo con el rango de cada uno, en raciones que eran percibidas por los capitulares en tres tercios del año¹³⁸.

La distribución de las raciones se hacía en la misma forma desde los primeros estatutos del siglo XIII hasta los otorgados en época moderna, no existiendo la más mínima variación al respecto¹³⁹:

- al deán, tres porciones en presencia, una en ausencia
- al chantre, dos en presencia, una en ausencia
- al tesorero, una y media en presencia, media en ausencia
- al maestrescuela, una y media en presencia, media en ausencia
- al arcediano de Toledo, dos y media en presencia, una en ausencia
- al arcediano de Madrid, dos en presencia, media en ausencia
- al arcediano de Talavera, una y media en presencia, media en ausencia
- al arcediano de Calatrava, una y media en presencia, media en ausencia
- al arcediano de Guadalajara, una y media en presencia, media en ausencia
- al arcediano de Alcaraz, una y media en presencia, media en ausencia
- a cada canónigo presente, una
- a los racioneros, media

Hay que señalar que esta lista no incluye ni a los abades de San Vicente y Santa Leocadia, que ya llevaban varias décadas incluidos entre las dignidades, ni lógicamente al capellán mayor y al vicario que tardarían aún un siglo en pasar de oficio a dignidad. De todas formas, es bastante probable que, como a la mayoría de las dignidades, se les otorgara una ración y media. Esa es la cantidad que perciben tesorero, maestrescuela y

¹³⁸ B.N. Mss. 6260, f. 8r. "[...] Quantitas vero portionis sic debet assignari ut computatione facta de omnibus comunibus redditibus et proventibus refectorii distribuionibus, charitatibus, officialium salariis, capellanorum stipendiis, reparationibus domorum et allis debitis expensis et oneribus neçesariis que posunt occurrere deductis de residuo totius açerbi si quod superit iuxta numerum portiones percipientium per decanum et capitulum tribus anni tertiis assignatur".

¹³⁹ En efecto, el estatuto dado por don Sancho de Aragón a mediados del XIII (B.N. Mss. 13041, f. 5r-6r) ya fija esta distribución y lo mismo un siglo después el de don Blas o en el XVI el que recoge la extensa compilación del racionero Arcayos.

cuatro arcedianos, con las solas excepciones del deán, que percibe el doble, seguido del arcediano de Toledo con dos y media, y el chantre y arcediano de Madrid que reciben dos. La razón de estas diferencias no está explicitada en el texto, pero seguramente sería por su antigüedad, por el especial cometido que llevan a cabo en el templo, y por la preeminencia de que gozaban entre las dignidades. De hecho, estas cuatro son las que más cerca se sitúan del arzobispo en su silla del coro.

Junto a todas éstas, hay dos raciones que se distribuían entre los oficiantes semanales de las misas mayores en función de su categoría de ordenación e independientemente de ser canónigos, socios o capellanes. De una de esa raciones, el presbítero recibía la mitad, y la otra media se repartía entre diácono y subdiácono, percibiendo el primero dos tercios de la misma. La otra ración debía ser entregada a los pobres y a los monjes del monasterio de Santo Domingo¹⁴⁰.

B.- Las distribuciones cotidianas

Los capitulares toledanos recibían también las distribuciones cotidianas como gratificación por asistir a las diferentes horas canónicas y celebraciones corales. La práctica de retribuir a los canónigos, socios y capellanes por asistir a los oficios litúrgicos celebrados en el templo es una forma de incentivar esta presencia y de acabar con la relativa relajación que se produciría tras el abandono de la vida en común. El comportamiento negligente está constatado desde un primer momento, y los estatutos, desde el siglo XIII, constantemente recuerdan las faltas diarias a los oficios corales, lo que éstos se resentían, los castigos y las compensaciones si asistían, pero ello nunca solucionó completamente el problema. Como señalamos en la primera parte, Gonzalo Pérez a fines de ese siglo intentó

¹⁴⁰ B.N. Mss. 6260, f. 9v.

motivar a los capitulares premiando de forma especial la asistencia a las tres horas mayores del día, maitines, misa mayor y vísperas, con el reparto de diez maravedís diarios entre los asistentes en la proporción acostumbrada. Otro tanto harían años más tarde Gil de Albornoz y la propia compilación de don Blas, sin resolver nada de forma definitiva¹⁴¹.

Algo que también sorprende en los estatutos es que fijen el momento concreto en que se haría el reparto durante el rezo, obligando a los capitulares a estar presente al menos hasta ese momento. Ello indica que de no ser así algunos irían solo al principio, al momento en que los contadores tomaban nota de su presencia, y no se quedarían a participar en el oficio. El estatuto de don Blas, especifica cada una de las horas y servicios litúrgicos y el momento concreto hasta el que habría que estar, señalando las oraciones: "[...] ad matutinum usque ad primam lectionem, ad primam usque ad psalmum de beati immaculati, ad missam usque ad epistolam, ad vespervas usque ad tertium psalmum, ad tertiam, sextam, nonam et completo usque ad primum psalmum, horas canonicarum inclusive venire tenent". Quienes sin licencia se ausentasen antes de dichos tiempos perdían la distribución de aquella hora, excepción hecha de los enfermos o de quienes tuvieran autorización expresa para estar fuera de Toledo y faltar a su residencia¹⁴².

Las cantidades que se reparten son proporcionales a la categoría en que se integraran los diferentes clérigos, y también al orden clerical que cada uno de ellos hubiera recibido. Los ordenados de tonsura o de órdenes menores recibían una compensación más baja que las de aquellos que estuvieran ordenados "in sacris", siendo los presbíteros los mejor retribuidos. Ello es lógico si pensamos que éstos serían los que verdaderamente podrían celebrar las misas y oficios exigidos por la compleja

¹⁴¹ Remitimos a cuanto sobre este tema quedó apuntado en la Primera Parte del trabajo.

¹⁴² B.N. Mss. 6260, f. 7v-8r.

liturgia catedralicia y, por tanto, en quienes descansaba el peso de la misma. También variaba según la hora a que se asistiera: se ganaba más por la asistencia a las tres horas mayores de maitines, misa mayor y vísperas, que por la presencia en prima, tercia, sexta, nona y completas. Volveremos a referirnos a todo ello al tratar de la actividad cultural desarrollada en el templo.

C.- Vestuarios, caridades y ausencias

Junto a esas dos grandes partidas, los capitulares participan también de otros repartos que les siguen reportando considerables ingresos.

Los *vestuarios* suponen la participación de los canónigos prebendados en las rentas de los diezmos de pan y vino de todo el arzobispado de Toledo¹⁴³, y representan la mayor partida de ingresos percibida por este fundamental cuerpo catedralicio, al que sólo se le exige como condición hacer su residencia anual de los noventa días¹⁴⁴. Lo cierto es que los vestuarios constituían un gran volumen de rentas que el cabildo arrendaba todos los años y cuya denominación se debe a que, en principio, el destino de estos bienes sería la compra y confección de ropa litúrgica por los capitulares, aunque luego ellos podrían darle otros usos.

Por su parte, las *caridades* eran las cantidades del dinero del refector repartidas a fin de año por la asistencia a algunas misas de aniversario, sufragios y oficios de difuntos, de las que también participan los ausentes con causa justificada. A estas, llamadas ordinarias, habría que añadir las extraordinarias entregadas en algunas solemnidades especiales y que sólo se distribuirían entre los presentes. Las caridades se ganaban por llevar las

¹⁴³ I. López Celada, *Evolución de las rentas del cabildo de la catedral de Toledo durante el último cuarto del siglo XVI*, Toledo, 1980, págs. 59-88, hace un repaso por cada uno de los lugares del arzobispado en que el cabildo tenía una participación y la proporción que percibían.

¹⁴⁴ B.N. Mss. 6260, f. 15v.

andas de los difuntos, asistir a las exequias, enterramientos o misas de aniversarios¹⁴⁵.

Las *ausencias* eran las cantidades correspondientes a los vestuarios de los canónigos que por su defecto de residencia, es decir, por estar ausentes, no las ganaban, siendo distribuidas entre los presentes en las tres grandes solemnidades de Todos Santos, Pascua y la Asunción de Santa María. Los canónigos prebendados tendrían derecho a cobrarlas si asistían a los oficios de prima, vísperas, maitines y misa mayor¹⁴⁶.

D.- Otros ingresos

Aún hay otras partidas no tan amplias, pero que también reportan ingresos en momentos concretos, algunos de ellos en especie: los *aliceres*, la décima parte del importe de los traspasos de las casas; el *préstamo de Hita*, renta cedida por el arzobispo y repartida entre los canónigos que no eran dignidades; y algunos ingresos en especie como las *gallinas*, el *granero* o la *sal*. Las dignidades, canónigos y racioneros que hubieran realizado la residencia convenida recibían parte de las rentas de refector en pares de gallinas, 200 a fines del siglo XVI¹⁴⁷. Por su parte, la renta del pan y la sal sumaba toda la recolección del pan y la sal que pertenecía a la mesa común del cabildo y se repartía entre los capitulares en porciones que se hacían en el mismo "modo, quantitate et forma" que se distribuían las raciones del dinero del refector¹⁴⁸.

También tenían derecho los capitulares a participar en las *ofrendas* que determinados personajes "reyes, reinas, infantes y ricos omnes,

¹⁴⁵ B.N. Mss. 6260, f. 8r.

¹⁴⁶ B.N. Mss. 6260, f. 8r.

¹⁴⁷ I. López Celada, *Ob. cit.* pág. 17.

¹⁴⁸ B.N. Mss. 6260, f. 9r. Las cantidades de estos productos que proporcionaban los lugares del señorío capitular a fines del siglo XVI en I. López Celada, *Ob. cit.*, págs. 89-90.

caballeros, dueñas y otras personas" hacían a la catedral en las misas conventuales. Un estatuto de finales del siglo XIV trató de poner orden en el reparto desordenado de estas ofrendas y dispuso que éste se haría según la costumbre siempre que no superara los 30 mrs., es decir, la mitad para el preste y la otra a repartir por igual entre diácono y subdiácono. Si superaba dicha cifra, el sobrante sería para el deán, los canónigos y los racioneros presentes en la misa¹⁴⁹.

De todas estas entregas y distribuciones el cabildo llevaba cuenta a cargo del refitor y sus oficiales, que debían anotarlos en un libro, "sint in libro capituli et quodam quaterno sigillis nostris sigillato et in sacrario ad cautelam conservato plenius et latius continentur", del que hoy se conservan algunos ejemplares, fuente inestimable para el conocimiento de la corporación. Así, hay libros de beneficiados, caridades, maitines, gallinas, granero, Hita, misas, tercios, sal, vestuarios, todos ellos custodiados en las diversas secciones y fondos del Archivo de Obra y Fábrica¹⁵⁰.

Ahora bien, no sólo los libros del refitor, también las innumerables menciones de las Actas capitulares son fieles testigos de la importancia que para el clero catedralicio tenía la percepción de estas rentas. Unas veces, se limitan a hacerse eco de las cantidades dispensadas y del concepto correspondiente, pero otras manifiestan las irregularidades que se cometerían tanto por los encargados de hacer los repartos, como por los beneficiados, que no siempre cumplirían los requisitos exigidos para hacerse acreedores de ellos. En ocasiones, las irregularidades se deben a que se han permutado canonjías o se han realizado nuevas provisiones, y los partidores no están al tanto de ello; otras, son quejas de los beneficiados que se han visto privados

¹⁴⁹ A.C.T. I.6.B.1.3. El texto no lleva fecha exacta, pero sabemos que se otorgó a finales del siglo XIV.

¹⁵⁰ C. Torroja, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la catedral de Toledo*, Toledo, 1977.

de alguna renta pese a cumplir el requisito de la residencia, por lo que elevan la correspondiente reclamación ante el cabildo; también recibían agravios si el refitor no repartía las cantidades convenidas en los plazos fijados. Evidentemente, la casuística era extraordinariamente variada y aquí solo pretendemos recoger unos breves apuntes para ejemplificarla.

De momento, baste señalar que, al margen del honor y la preeminencia social que, indiscutiblemente, tenían los miembros de este selecto grupo clerical, para ellos, sobre todo, para dignidades y canónigos, era la económica la principal compensación que obtenían de su pertenencia al cabildo toledano. En ella radicaba buena parte del poder y la influencia que tenían entre el conjunto de la población eclesiástica y seglar de la ciudad de Toledo.

CAPÍTULO TERCERO

PROVISIÓN DE BENEFICIOS Y CARGOS CATEDRALICIOS



Tan interesante como identificar y analizar la realidad de cada uno de los sectores que componen el clero catedralicio es conocer la forma en que eran elegidos los candidatos a ocupar las prebendas, beneficios y cargos que hemos ido significando en el anterior apartado.

En un principio, la provisión de los beneficios catedralicios y, en general de todo beneficio eclesiástico, correspondía al papa como máxima autoridad de la Iglesia y así lo confirman tanto las actuaciones concretas de los pontífices como las decretales y disposiciones conciliares. Pese a ello, en torno al siglo XIII, e incluso antes, empezó a cederla, o mejor, a compartirla, porque no llegó a renunciar totalmente a su derecho, a favor de otras instancias eclesiásticas y laicas que reclamaban la posibilidad de participar en tales cometidos. Ello hace de la cuestión un tema complejo, en el que se cruzan los intereses de muchos, casi diríamos que demasiados sectores y ámbitos de poder, desde los propios papas a obispos y cabildos o a reyes y grandes señores laicos, cada uno de los cuales planteará sus

exigencias llegado el momento¹.

En las próximas páginas centraremos el tema en la forma en que se realizaron las provisiones de cargos en la catedral toledana, cuál era la normativa que regía las mismas, las cualidades exigidas a los candidatos o las intervenciones de poderes ajenos a la corporación, no sin antes trazar un panorama general sobre la evolución que sufrió tal asunto en el conjunto de las catedrales hispanas, especialmente en Castilla.

3.1.- CONSIDERACIONES SOBRE LA COLACIÓN DE BENEFICIOS

3.1.1.- Obispos, cabildos y sistema benefical

Desde que en los siglos medulares de la Edad Media los cabildos catedralicios van constituyéndose en entidades cada vez con mayor autonomía, personalidad jurídica y capacidad de gestión, fue preocupación de las propias corporaciones y de la más alta jerarquía eclesiástica fijar la forma en que debían proveerse los abundantes beneficios y cargos que confluían en la compleja estructura de las catedrales. El tema no dejaba en absoluto indiferentes a ninguno de los poderes superiores que se disputaban ese privilegio, ya que veían aquí la doble posibilidad de afirmar su propia autoridad frente a los demás y, al tiempo, de reforzarse con servidores leales situados en puestos estratégicos.

Entre las primeras disposiciones eclesiásticas que recogen tal cuestión

¹ Muchas son las obras que pueden servir como punto de referencia para centrar este tema que, sin duda, es crucial para entender una parte importante de la vida de las corporaciones catedralicias medievales. Además de los manuales de Historia de la Iglesia que iremos mencionando en las próximas páginas, cabe significar por la completa visión de conjunto de los orígenes, desarrollo y trayectoria histórica del beneficio eclesiástico la obra de V. de Reina, *El sistema benefical*, Pamplona, 1965.

encontramos la del Concilio III de Letrán (1179), que en su canon 8 manifiesta que la elección de beneficios catedralicios estaba en manos de obispos y cabildos -el texto habla expresamente del obispo "cum religiosorum virorum consilio"- aunque no precisa nada a cerca de cuáles correspondía conferir a unos y otros, ni del modo en que ambos procederían a hacer su elección. No obstante, indirectamente el texto conciliar revela la existencia de un reparto entre ambas instancias, pues, al recordarles la rapidez con que debían proceder a cubrir las vacantes, se les indica que, caso de retrasarse en proveerlas, sería la otra parte la que le supliría haciéndose cargo de los nombramientos². En general, el régimen más frecuente de actuación fue el de la cooperación entre ambos poderes que podía hacerse de dos formas: siguiendo un sistema de alternancia, en el que ambos elegían por turno riguroso, o mediante la elección simultánea -el "ius simultaneae collationis"- tras la presentación de uno o más candidatos por ambas partes. Al tiempo que se fija esta práctica se van también especificando las cualidades que debían reunir los candidatos por razón de edad, procedencia, formación cultural, nacimiento legítimo u orden sacro recibido³.

Esta norma general de la Iglesia fue siendo adaptada por cada una de las corporaciones catedralicias y los cabildos hispanos no fueron ninguna excepción. Desde el siglo XIII la legislación canónica y civil de los reinos peninsulares afirma que la colación de beneficios está en manos del obispo y de los canónigos, aunque tampoco precisan demasiado cómo se hacía el reparto de competencias. De ahí que Demetrio Mansilla califique de

² "Quum vero proebendas ecclesiasticas vacare contigerit.. non diu maneant in suspenso.. Si autem Episcopus, ubi ad eum spectat conferre distulerit, per capitulum pertinuerit et infra prescriptum terminum hoc non fecerit, episcopus secundum Deum hoc cum religiosorum virorum consilio exsequatur".

³ A. Fliche, y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, págs. 393-394.

"peregrina" la forma en que por estas fechas se conferían los beneficios en las catedrales castellanas, ya que no hay una normativa fija que la regule de forma global⁴. Ni siquiera las Partidas, referencia obligada en tantos temas, define claramente cuál era el reparto de competencias, pues se alude en ellas a las particularidades de cada iglesia, algunas en las que el derecho de otorgar los beneficios lo tenían los prelados y a otras en que lo ejercían los cabildos, como resultado del peso que en cada caso tenía "la costumbre que usaron de luengo tiempo pora darlos"⁵.

Así las cosas, la inexistencia de una legislación fija y el recurso a la costumbre hizo que cada corporación fuese acomodando a sus circunstancias particulares estas prácticas, lo que generará la existencia de matices y diferencias en cada una de las catedrales. De todas formas, ello no impide en absoluto establecer algunas pautas comunes de comportamiento y, sobre todo, algunas tendencias generales que unifican, dentro de la diversidad, la evolución que estaban sufriendo estas instituciones.

Una de esas tendencias es la que va consolidando la intervención de los cabildos en la elección de sus miembros. Sin suprimirse radicalmente la participación del prelado, lo cierto es que en los siglos XII y XIII cada vez se ve más mediatizado y se ponen más cortapisas a su actuación, al obligarle a estar asesorado por dos o tres capitulares, a notificar el nombramiento al cabildo en un plazo determinado y, en suma, a repartirse con él las designaciones. Paralelamente, la mayor presencia capitular tiene una evidente consecuencia y es que las corporaciones van imponiendo sus condiciones a la hora de elegir a sus componentes y exigen en sus estatutos que no se de colación a personas de fuera de la diócesis y que se observe el escalafón. Ello afirmaba la preferencia por el autorreclutamiento, es decir,

⁴ D. Mansilla, *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945, pág. 218.

⁵ Partida I, título XVI, ley II.

por el propio clero de las catedrales que se iría promocionando desde los escalones más bajos a los puestos principales, al tiempo que dejaba en un segundo plano los posibles intereses del prelado, cuyas facultades electorales se ven claramente restringidas⁶.

En suma, lo que todo este proceso pone de manifiesto es que estamos ante un periodo de autoafirmación y consolidación de las instituciones capitulares, que de la misma manera que abandonan la vida en común, alcanzan una independencia económica de los obispos con la creación de una mesa capitular o ratifican la facultad que tienen de elegir al prelado, consiguen afirmar su capacidad para conferir los beneficios que hacen funcionar los cada vez más intrincados mecanismos de las catedrales hispanas⁷.

Pero hubiera sido demasiado sencillo que, aún con sus diferencias y, a veces, imprecisa delimitación de competencias, la provisión de los cada vez más apetecidos beneficios catedralicios quedase reducida a la intervención de obispos y cabildos. Pronto, también las más altas autoridades eclesiásticas y laicas -papas y reyes- ambicionaron la posibilidad, si no de elegir directamente a los beneficiados, sí al menos de proponer algún candidato para que fuera posteriormente aceptado por los legítimos electores. De ahí, que a la realidad sostenida por obispos y cabildos viniera a superponerse la influencia de estos poderes que en el XIII quedará todavía en un papel secundario, pero que se irá haciendo más acusada en los dos siglos bajomedievales. Veamos cómo fue evolucionando.

⁶ D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 217-221. Sus conclusiones se extraen tras analizar la evolución de varios estatutos castellano-leoneses: Zamora, Ávila, Burgos, Calahorra, Salamanca, Lugo, Segovia, León.

⁷ J.L. Martín Martín, "Cabildos catedralicios del Occidente español hasta mediados del siglo XIII", en *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel* II, Studia Silensia IV, Abadía de Silos, 1977, págs. 125-136.

3.1.2.- El intervencionismo pontificio

Los papas, tal como quedó dicho más arriba, nunca cedieron de forma definitiva sus atribuciones en materia benefical ni renunciaron a ejercer su suprema jefatura sobre la Iglesia, lo que les llevaría a hacer valer su *derecho a recomendar a algún candidato* cuya elección sería ejecutada finalmente por obispos y cabildos. Por esta vía los pontífices comenzaron a situar a sus partidarios y recomendados en los puestos más relevantes de cada diócesis, funcionando en ocasiones su intervención a modo de arbitraje entre prelados y corporaciones si éstos no eran capaces de llegar a un entendimiento a la hora de escoger un nombre. Progresivamente, los pontífices irán incrementando sus atribuciones respecto a los nombramientos y, de recomendar a los candidatos, pasan al *sistema de reservas*, por el cual se asignaban la provisión de algunos beneficios en función del lugar o el momento en que se produjera la vacante⁸.

En la Península Ibérica y, más concretamente en Castilla, la intervención papal está justificada por las Partidas⁹ y comienza a hacerse más acusada en tiempos de Inocencio IV(1243-1254) que será quien inaugure la práctica de las reservaciones en el conjunto de beneficios y, de manera muy especial, en los episcopales, como tendremos ocasión de señalar en un capítulo posterior¹⁰. Lo cierto es que con el citado pontífice se abre la llave a la intromisión papal en las provisiones beneficales de Occidente, y desde luego de los reinos hispanos, lo cual se dejará sentir de forma más

⁸ A. Fliche-V. Martin, *Ob. cit.*, t. XIII, págs. 25-39

⁹ Partida I, título XVI, ley II: "E sobre todo los que son dichos en esta ley, el apostolico ha de poder dar dignidades e personages e todos los beneficios de Sancta Eglefia a quien quisiere e en qual obispado quisiere".

¹⁰ D. Mansilla, *Ob. cit.*, págs. 229-233, señala cómo durante el citado pontificado de Inocencio IV, sobre todo en sus años finales, las encomiendas y provisiones se multiplicaron en una proporción considerable en Castilla. De apenas catorce que se producen en toda la primera mitad se pasa a cuarenta en los once años de su gestión.

acusada durante los siglos siguientes.

Así sucederá en el siglo XIV, cuando la corte papal de Aviñón ponga en marcha todo un proceso de centralización y control sobre las instituciones eclesiásticas, que incluía la voluntad de intervenir en la colación de todos los beneficios eclesiásticos, mayores y menores, que se produjeran en sus iglesias. Con ello los pontífices no solo buscan gobernar más directamente su Iglesia, recompensar favores y situar en puestos de relevancia a personas de su confianza, sino también, y de forma muy acusada, percibir las tasas que la Santa Sede cobraba por cada uno de los beneficios que dispensaba. En efecto, esta fue una de las principales motivaciones para instaurar el sistema de reservas, ya que la Cámara Apostólica exigía las rentas del primer año de su posesión a todos los beneficios que otorgaba la autoridad papal, de ahí el nombre de dicha carga impositiva, las "annatas"¹¹. Las quejas generalizadas de las naciones europeas obligaron a Bonifacio IX en 1392 a reducir esta contribución a la mitad, las "medias annatas", ya que suprimirla del todo hubiera supuesto la ruina para la hacienda papal, que obtenía de ella la mayor parte de los ingresos necesarios para poder mantener la compleja maquinaria administrativa que pone en marcha el papado. Otra fuente de ingresos papales no menos importante procede de la apropiación de los "frutos intercalares", es decir, del producto económico de los beneficios en tanto permanecen vacantes, exigencia que se generaliza desde el pontificado de Juan XXII. Si a todo ello unimos el "ius spolii" que se atribuyen los papas -el derecho de expolio sobre los bienes muebles de los beneficiados fallecidos- se comprende el interés que el tema benefical despierta en la curia de Aviñón y, en especial, en la Cámara Apostólica por

¹¹ M. Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, págs. 17-18.

las pingües ganancias que les proporciona¹².

El afán papal por asegurarse la colación de beneficios y con ella la obtención de ingresos hizo que cada vez se ampliara más el ámbito en el que el pontificado tenía competencias para cubrir las vacantes. En un principio las reservas afectan sólo a las vacantes "in curia", aquellas cuyo titular hubiese muerto o presentado su dimisión durante su estancia en Roma¹³; progresivamente, los diferentes papas aviñoneses ampliaron la medida hasta reservarse la provisión de todos los beneficios mayores y menores que se produjeran en la Iglesia¹⁴. Ello reducía notablemente el derecho electivo que obispos y cabildos venían ejerciendo desde épocas anteriores y ponía en manos del papado un poder y una capacidad de maniobra sin precedentes.

Por si esto fuera poco, aún la corte aviñonesa se sirvió de dos prácticas que no por estar condenadas en disposiciones conciliares anteriores y mal vistas por las autoridades episcopales y civiles dejaron de ser utilizadas. En primer lugar, nos referiremos al *procedimiento de expectativa*, por el que el papa proponía a una persona para un beneficio aún ocupado con el compromiso de que se cubriría con su candidato cuando quedara vacante. Estas "gracias expectativas" fueron objeto de crítica en el Concilio III de Letrán, ya que podían incitar a desear la muerte del beneficiario para ocupar su puesto, y también por los propios obispos y cabildos que se veían claramente imposibilitados de ejercer su derecho a proveer las vacantes en

¹² Una información muy completa de las motivaciones de esta política papal en B. Llorca y R. García Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, III, Madrid, 1987, págs. 115-126.

¹³ Así lo dispuso Clemente IV en 1265 cuando en la bula "Licet Ecclesiarum" formula por primera vez una reservación general para los beneficios vacantes "in curia". Bonifacio VIII (1293-1303) amplió el significado diciendo que "in curia" se debía entender en la curia o en el espacio de dos jornadas a la redonda.

¹⁴ A esta ambiciosa medida se llegará en la segunda mitad del siglo XIV durante los pontificados de Urbano V (1362-1370) y Gregorio XI (1370-1378), que reservaron a la Santa Sede todas las iglesias patriarcales, arzobispales, episcopales y todas las abadías de varones.

sus sedes.

No menos problemas causa a estas instancias eclesiásticas la otra práctica papal, la *acumulación de dos o más beneficios* en una misma persona, que, sin duda, enriqueció notablemente las arcas pontificias, pero impedía a los titulares de los beneficios cumplir adecuadamente con sus obligaciones. Los Concilios III y IV de Letrán se opusieron ya en 1179 y 1215 a esta realidad, pero lo cierto es que dejaron un amplio resquicio al legitimar la concesión de dispensas papales en casos especiales. Así las cosas, queda claro que para la Santa Sede los intereses económicos y el nepotismo priman sobre el carácter ministerial de los nombramientos y las cualidades de los elegidos¹⁵.

En los reinos hispanos el intervencionismo papal está constatado en muchos momentos y en la colación tanto de obispados como de dignidades y beneficios de todas las catedrales. Uno de sus efectos más evidentes fue la presencia de extranjeros al frente de canonjías, raciones y prebendas, algo de lo que se quejan los propios obispos españoles en algunas convocatorias de Cortes, ya que impedía a sus titulares cumplir con la obligación de residencia inherente a su cargo y privaba al clero autóctono de una considerable fuente de ingresos. Otro tanto sucedía con la abusiva práctica de la acumulación de beneficios, que dificultaba el buen servicio y la atención que había de darse a cada uno de ellos. Tampoco gozó de popularidad la obligatoriedad del pago de las "annatas", algo a lo que se resistieron tanto en Aragón como en Castilla, obligando a los pontífices a enviar colectores especiales para cobrar las cantidades pendientes. En este punto económico los intereses pontificios chocan claramente con los de los reyes, que codician este impuesto y pretenden arrogárselo más de una vez,

¹⁵ B. Llorca y R. García-Villoslada, *Ob. cit.*, págs. 117-118.

de la misma manera que la provisión de los beneficios¹⁶. Ello nos da pie a tratar del papel que en todo este proceso tocó representar a los monarcas hispanos.

3.2.3.- La suplicación real de los beneficios

En efecto, los otros grandes interesados en la provisión de beneficios catedralicios serán los reyes, que comenzarán con la práctica de suplicar a los papas que otorgasen a determinados clérigos algunos beneficios y acabarán reclamando el derecho de patronato sobre el conjunto de las iglesias hispanas. La dificultad para lograr este objetivo estribaba en que había que pasar por encima de los intereses ya mencionados de papas, obispos y de las propias corporaciones catedralicias, depositarias de las prebendas y beneficios apetecidos, lo cual obligó a los monarcas a actuar con eficacia y a mover muchos resortes.

En efecto, desde mediados del siglo XIII y de forma paralela a cada vez mayor presencia papal, se afirma el papel de los monarcas en las colaciones de los más relevantes puestos eclesiásticos, movidos por el deseo de situar a su frente a personas adictas y fieles a la Corona. Ello garantizaba un personal eclesiástico leal ante posibles enfrentamientos con otros reinos o con la propia Santa Sede, además de ser una forma de recompensar favores a familiares, sirvientes y protegidos. Sin duda alguna, los cargos que más interesaba amarrar eran los obispados, de ahí que, como más adelante veremos, las elecciones episcopales conciten una gran controversia, pero no era menos interesante para los monarcas vigilar de cerca la provisión de las también muy apetecidas prebendas catedralicias. La actuación de los

¹⁶ J. Fernández Conde, "Centralismo administrativo y fiscalismo de Aviñón. Sus incidencias en la Iglesia española", en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, vol. II-2º, Madrid, 1982, págs. 393-404.

monarcas se amparaba, a veces, en la situación de sede vacante, pero más frecuentemente la posibilidad de situar a sus protegidos pasó por elevar una petición ante la jurisdicción papal, de lo que han quedado ejemplos, entre otros, en el reinado de Alfonso XI de Castilla¹⁷.

Este mismo reino vio cómo, durante la época Trastámara y, especialmente, tras la conclusión del Cisma, se produjo una mejora de relaciones papado-monarquía que permitió la ampliación de las prerrogativas regias en materia benefical. Tal incremento de facultades se vio refrendado, desde un punto de vista jurídico, por diversos documentos emanados de la autoridad romana, entre los que cabe destacar las bulas "Sedis Apostolicae", otorgada en 1421 a Juan II por Martín V, y la "Cum tibi Deus", concedida a Enrique IV en 1456 por Calixto III. En ellas no hace sino darse legitimidad al derecho de suplicación que venían ejerciendo desde tiempo atrás los monarcas castellanos, en virtud del cual tenían la posibilidad de proponer o suplicar un candidato para ocupar los beneficios, aunque en último término la decisión recayera en el papa. Consecuencia de ello fue la gran cantidad de cargos eclesiásticos que desde las primeras décadas del siglo XV quedarán en manos de personas adeptas a los reyes, algo fundamental si pensamos en la complicada realidad política de estos años¹⁸. Sobre todas estas cuestiones habremos de volver en el capítulo dedicado a analizar la forma en que fue evolucionando la prerrogativa capitular de participar en la elección de los obispos de sus respectivas diócesis.

Ahora bien, a pesar de los logros obtenidos por los monarcas castellanos en materia benefical, no será hasta el reinado de los Reyes Católicos cuando llegue a sus más altas cotas el intervencionismo regio, ya

¹⁷ J.M. Nieto Soria, *Iglesia y poder real en Castilla. El Episcopado 1250-1350*, Madrid, 1988, págs. 210-213.

¹⁸ J.M. Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1993, págs. 349-352, y "Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)", en *En la España Medieval*, 19 (1996), págs. 198-203.

que su intento de lograr una soberanía efectiva sobre la Iglesia de sus reinos pasaba por tener controladas las elecciones episcopales y de otros beneficios eclesiásticos, situando en ellos a personas afines que pudieran llevar a la práctica la política reformista que quieren implantar los monarcas. De ahí que ellos pretendan avanzar en las concesiones hechas a sus antecesores y reclamen a los pontífices, no sólo una ratificación del derecho de suplicación, sino el reconocimiento del derecho de presentación propio de la fórmula de Patronato Regio que ellos ambicionaban¹⁹. Ello aseguraría que el candidato propuesto por los reyes sería forzosamente el elegido, circunstancia que el derecho de suplicación no siempre garantizaba. Los papas se mostraron reticentes a poner en manos de los reyes tanto poder y sólo se lo otorgan para algunas sedes de nueva creación como Granada, Canarias o Puerto Real y, desde luego, para sus posesiones en Indias, pero no para el conjunto de sus reinos, como hubiera sido su deseo²⁰. Habrá que esperar a 1523 para que Carlos I recibiera por fin de Adriano VI el derecho de patronato para los obispados españoles que tanto buscaron sus abuelos.

En cualquier caso, la suplicación de los beneficios eclesiásticos fue suficiente para que los monarcas hicieran valer su poder soberano y dejaran su impronta en la elección de buena parte del personal eclesiástico de sus

¹⁹ Derecho de presentación y Derecho de patronato son términos que a menudo se confunden ya que, sin ser equivalentes, van muy unidos. La razón es que el derecho de presentación es el efecto principal de la obtención del derecho de patronato por cualquier autoridad laica. Sobre el significado de estos términos ver la voz "Patronato", en M. Teruel Gregorio de Tejada, *Ob. cit.*, págs. 352-373.

²⁰ Sobre la política eclesiástica de los Reyes Católicos hay una abundante bibliografía de entre la que destacamos los siguientes títulos: M.A. Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, 1999, págs. 255-271; L. Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Madrid, 1990, págs. 121-145; T. de Azcona, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid, 1964 y *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960. La evolución sufrida por el tema del Patronato Regio, más allá del periodo de los Reyes Católicos, en C. Hermann, *L'Eglise d'Espagne sous le Patronage Royal (1476-1834)*, Madrid, 1988. También son interesantes los trabajos recogidos en la obra colectiva, *Etat et eglise dans la genèse de L'Etat Moderne*, Madrid, 1986.

reinos. Sin duda, las mayores presiones se ejercen, como en su momento veremos, para proveer el casi medio centenar de obispados que estaban presentes en la Península, pero multiplicando esa cifra por la de las dignidades, canonjías, raciones y capellanías que albergaba cada una de esas sedes se comprende la verdadera dimensión que alcanzó la intervención regia y la concentración de poder que ello puso en sus manos. El profesor Nieto recoge algunas de las suplicaciones reales de beneficios que se realizaron, no sólo por los Reyes Católicos, sino por sus antecesores y, sin que ellas constituyan el elenco completo de los beneficios suplicados por la monarquía, sí reflejan de forma genérica el interés regio y la intervención en todas las sedes de sus reinos²¹.

Para finalizar con este rápido repaso a las líneas generales por las que avanzaba la provisión benefical en la Península Ibérica, sólo nos queda preguntarnos por las razones que llevaron a los Reyes Católicos y a sus antecesores a adentrarse con tanto ímpetu en el nombramiento del personal eclesiástico de sus reinos. Aquí hay que hablar de una motivación múltiple en la que confluyen intereses políticos, económicos y puramente religiosos o reformistas. La necesidad de armonizar este complejo entramado de intereses llevó a los monarcas a tratar de imponer una serie de requisitos para sus promocionados tanto en el orden moral como formativo, siendo el aspecto en el que se hizo un mayor hincapié la exigencia de que quienes ocuparan las principales prebendas fueran naturales de sus reinos, lo que claramente se oponía a los numerosos nombramientos de extranjeros que venían realizándose por iniciativa pontificia.

La presencia de extranjeros, generalmente importantes miembros de la curia papal, al frente de dignidades y canonjías catedralicias tenía consecuencias negativas a varios niveles. En primer lugar, para el propio

²¹ J. M. Nieto, *Iglesia y génesis del Estado moderno*....., págs. 356-363.

funcionamiento de las catedrales, ya que sus cometidos junto a los pontífices les impedían cumplir con su obligación de residencia y desempeñar, por tanto, las tareas inherentes a su cargo; igualmente, desde el punto de vista político, pues privaban a los reyes de la posibilidad contar con aliados y servidores fieles de sus intereses o de los del reino; y, por último, en el plano económico, acarreaban una fuga de dinero hacia el exterior, ya que los pingües ingresos de los prebendados no revertían en los reinos que los dispensaban. Esta política regia contraria a la presencia de extranjeros entre los beneficios mayores de las Iglesias hispanas ha sido calificada de "nacionalismo benefical" y realmente sus planteamientos no quedaron en una mera declaración de intenciones, sino que tuvieron importante justificación jurídica en acuerdos de Cortes, cédulas emanadas de la autoridad regia y asambleas del clero²². Volveremos a referirnos a ello cuando analicemos la presencia de extranjeros entre los prebendados toledanos.

3.2.- LA NORMATIVA CAPITULAR TOLEDANA SOBRE LAS PROVISIONES

Ya señalábamos en el anterior apartado que dada la indefinición de las decretales y normas generales sobre la forma de realizarse la colación de beneficios en las catedrales, cada corporación definió en sus estatutos el modelo por el que regirse. La base jurídica que regula la realización de los nombramientos en la catedral toledana empieza a configurarse desde los primeros estatutos otorgados a su cabildo en el siglo XII y, aunque no es tan abundante ni explícita como la que se conserva para otras cuestiones, sí ofrece la información suficiente para permitirnos conocer la evolución que

²² *Ibidem*, págs. 344-349 y 353-356.

sufre este decisivo asunto. A ese respecto, cabría diferenciar dos periodos: el primero de ellos, que abarca tres siglos, presenta a cabildo y prelados claramente implicados en la provisión de los beneficios catedralicios, al tiempo que va afirmando la preferencia capitular al autorreclutamiento para cubrir las vacantes; el segundo, más breve, muestra el giro que, merced a la intervención pontificia, dará el tema en el transcurso del siglo XV.

3.2.1.- Estatutos de los siglos XII al XIV

Aún a riesgo de repetir algunos de los aspectos que ya señalamos en la primera parte del trabajo, recogemos a continuación lo que algunos estatutos otorgados al cabildo por sus sucesivos arzobispos dejaron dispuesto en relación con la provisión de beneficios. Cinco son las constituciones que configuran el comportamiento del cabildo en materia benefical a lo largo de estos siglos, cuatro otorgadas por otros tantos prelados y una por el legado papal, obligado por las circunstancias a tomar cartas en el asunto. Veamos cómo fueron evolucionando los planteamientos.

Tras la restauración de la sede en 1086 fue el arzobispo don Bernardo el encargado de reclutar directamente a los componentes del cabildo primado, al parecer, primero entre monjes de Sahagún y más adelante entre clérigos francos procedentes de monasterios cluniacenses del sur de Francia. No obstante, pronto empieza a notarse un cambio y dos de las cuatro constituciones dadas a la corporación en diferentes momentos del siglo XII no dejan duda respecto al papel que, junto al prelado, corresponde realizar al cabildo en la elección de quienes debían conformar la todavía inmadura institución.

La primera mención al tema electoral se recoge en el estatuto otorgado en 1157 por don Juan de Castellmoron, según el cual, al fallecer uno de los 24 canónigos mayores o 6 menores que por entonces componían

el cabildo, debería ser sustituido "comuni consilio archiepiscopi et canonicorum"²³. Más explícito aún es el que dispone *don Cerebruno de Poitiers en 1174* y no porque se ocupe directamente del tema de las provisiones, sino porque al fijar de forma inamovible en 40 el número de canónigos mansionarios que desde entonces conformarían el cabildo toledano, adopta una serie de medidas complementarias que inciden de lleno en la cuestión benefical que aquí nos ocupa. Una de esas medidas pasaba por resituar al excedente de canónigos que resta al fijar su número en cuarenta; la solución que adopta es la de obligar a que, ante cualquier vacante futura, fueran ellos quienes tuvieran preferencia para ocupar las plazas, algo que harían por antigüedad o según su categoría. Caso de no existir estos excedentes, se elegiría entre arzobispo y cabildo al candidato que consideraran más idóneo entre los miembros del clero inferior, en el texto, "los que participaban canonicamente del pan", pero, en la práctica, porcioneros o racioneros²⁴.

Es decir, se apuntan ya a mediados del XII varios temas que serán claves en el desarrollo de las futuras provisiones: colaboración prelado y canónigos, elección de personas dignas e idóneas y rechazo a la presencia de clero foráneo, apostando por que prevalezca la elección del propio clero catedralicio y diocesano. Es curioso que sean en su mayoría arzobispos extranjeros, de origen franco, los que comiencen a decantarse por lo que será una constante en las reclamaciones capitulares a lo largo de la Edad Media, el autorreclutamiento de sus miembros, primero entre los excedentes de los cuarenta mansionarios y luego entre el conjunto del clero inferior.

²³ A.C.T. Z.1.G.1.2.

²⁴ A.C.T. Z.1.G.1.3. "Cum vero ad quadragenarium numerum numerus redactus fuerit canonicorum, uno ex eis decedente, in loco defuncti alius de eadem substituatur ecclesia. Si itaque canonicus fuerit et ante in canonicorum numerum constitutus et mansionarius esse voluerit, his servata ordine institutionis substituatur; sin autem de his qui panem canonicum habuerint, quem dominus archiepiscopus cum communi fratrum dignum esse iudicaverit instituat canonicum et portionem de vestiario accipiet".

Al propio tiempo, también salen ahora a la luz los problemas que entrañaba la puesta en práctica de estas medidas, algo que se irá agravando en el transcurso de los siglos y que igualmente heredarán los futuros responsables catedralicios. Las dificultades derivaban de la presencia de clero foráneo, del nombramiento de seglares y de la intervención de poderes ajenos al cabildo, papas, monarcas o los propios arzobispos, que presionaban para imponer a sus candidatos. Ello provocó el descontento del cabildo, manifestado incluso ante la Santa Sede, donde el propio Alejandro III en 1177 calificó de abusiva la práctica de elegir a clérigos extraños para ocupar la sede toledana, exigiendo que se designe a clero diocesano para cubrir las vacantes²⁵. En 1182 Lucio III también tendrá que intervenir, esta vez para rechazar la elección de seglares, muchos de los cuales seguían en su estado laico tras obtener la prebenda, circunstancia que rechaza tajantemente el pontífice²⁶.

Los problemas de este periodo formativo harán mella también en el siglo siguiente, obligando a tomar serias medidas a las más altas autoridades eclesiásticas, entre ellas, el *legado Juan de Abbeville en 1229*. En efecto, el estatuto que en tal fecha otorga al cabildo toledano pretende dar solución a las irregularidades que en materia benefical venía arrastrando la corporación desde el siglo anterior y que podían resumirse en la división e incremento indiscriminado de los beneficios y en la acumulación de prebendas por los capitulares. Ambas circunstancias provocaban una profunda desorganización del sistema benefical catedralicio, al tiempo que impedían un desarrollo ordenado de las funciones a cumplimentar por cada uno de los beneficiados. El legado, además, reitera la preferencia ya señalada en los estatutos de la centuria anterior por el autorreclutamiento para cubrir las vacantes de canonjías, privilegiando al clero autóctono siempre que tuviera los méritos

²⁵ A.C.T. I.9.G.1.1a. (1177, julio, 4, Roma).

²⁶ A.C.T. A.12.A.1.3. (1182, mayo, 19, Velettri).

y ciencia suficientes²⁷.

Pero esa expectativa de que gozaban estatutariamente los canónigos extravagantes, los racioneros y los demás servidores de la catedral para ir ocupando las canonjías vacantes no siempre fue respetada. Sirva como ejemplo el enfrentamiento que mantuvo el poderoso Jiménez de Rada con el sector de los racioneros toledanos en 1237 por no respetar su preferencia a la hora de cubrir las canonjías vacantes y situar en ellas a clero foráneo. El enfrentamiento, al que aludimos al tratar de las realizaciones de su pontificado en la primera parte del trabajo, llegó incluso a la Santa Sede ante cuyos jueces apostólicos se quejan los racioneros del arbitrario proceder del prelado, completamente contrario a los estatutos del templo, citando expresamente el del legado Abbeville. El pleito contra el arzobispo no prospera al alegar los jueces defecto de forma, pero lo interesante es poner de manifiesto el descontento de este sector catedralicio y sus reclamaciones teñidas de cierto "nacionalismo o localismo religioso"²⁸.

Ante tal estado de cosas, se comprende que las importantes constituciones y "costumbres" de la Iglesia toledana que recopila el arzobispo *don Sancho de Aragón (1266-1275)* en un momento indeterminado de su pontificado, traten de resituar y regular nuevamente el tema. El estatuto titulado "De canonicis et beneficiis conferendis" señala que cualquier canonjía, porción o beneficio de la Iglesia debía ser conferido en sesión capitular, de común acuerdo entre el arzobispo y los canónigos presentes, calificando de corruptela cualquier nombramiento realizado sin el

²⁷ B.C.T. 42-23a, f. 20r-v: "Ut autem numerus excrescens ad statutum numerum redigatur, precepimus et mandamus quantum cum aliquod beneficum integrum vel eius sectio in vestra ecclesia vacaverit, ad integrationem illorum transeat qui in eodem genere beneficii patiuntur defectum, ita tamen quod, non impediende tali reintegratione nec obstante statuto domini Martini archiepiscopi et capituli sui, vobis liceat ad canonicas mansionarias evocare personas in meritis vel scientia pre ceteris eminentes". El texto publicado por F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo*, Madrid, 1985, págs. 382-383.

²⁸ Así califica la actitud de los racioneros R. González Ruiz, *Hombres y libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, 1997, págs. 170-173.

concurso de ambas instancias²⁹. Una vez elegido, el nuevo canónigo debería jurar las constituciones del cabildo en manos del arzobispo, o del deán en su ausencia, y recibir de cada una de las dignidades y canónigos el beso de la paz, acto simbólico con el que eran admitidos en la posesión de su beneficio. Similar gesto cabría realizar a los racioneros recién admitidos, que deberían besar las manos del deán y el conjunto de los capitulares³⁰.

Llegamos de esta forma al siglo XIV, en el que tan abundantes empiezan a ser las constituciones recibidas por el cabildo, y en el que, paradójicamente, sólo hay una referencia a la forma de proveer los beneficios catedralicios, seguramente porque no había nada que innovar y seguían vigentes los estatutos anteriores, especialmente el más reciente de don Sancho. Es una vez más otra recopilación, la que realiza *don Blas Fernández en 1357* la que vuelve a plantear el tema y las disposiciones tomadas por sus antecesores. En ella dice que a los canónigos les compete elegir al arzobispo y, en unión con dicho prelado, proveer las canonjías mansionarias y extravagantes, así como las raciones, indicando que las canonjías deben darse a los racioneros³¹. En todo momento don Blas sigue,

²⁹ B.N. Mss. 13041, f. 13v-14r. "Illud autem inter statuta statuimus potissime observandum quod quomodocumque canonica vel portio vel aliquod beneficium in ecclesia toletana occurrerint conferenda in capitulo toletano de communi consensu domini archiepiscopi et cuiuslibet presentis canonici [...]. Ea propter dampnamus et reprobamus illam non consuetudinem sed potius corruptelam que in aliqua ecclesia amore vel forte timore potentium inolevit videlicet quod fiebat promissio vel receptio a prelato sine capitulo vel a capitulo sine prelato de canonica vel portione vel beneficio proximo vacaturo, quod cum sit contra ius merito reprobatur".

³⁰ Ibidem, f. 14v-15r: "Statuimus quod canonicus a prelato et capitulo sicut diximus de novo receptus in capitulo prius vadat ad pedes domini multimodis gratiarum referens acciones: deinde iuret in manibus archiepiscopi si presens fuerit vel decani absente archiepiscopo stauta consuetudines et secreta capituli observare que de iure vel mandato prelati et capituli expresse sub iuramento iniuncta fuerint observanda post hec incipiens a decano et redieris ad dextrum chorum a singulis canonicis ad pacis osculum admittatur. Portionarius vero quantecumque auctoritatis de novo receptis prius pedes domini osculetur deinde incipies a decano manus omnium canonicorum singulariter osculetur".

³¹ B.N. Mss. 6260, f. 1v: "Canonice vero et prae bendae ac portiones et canonice extravagantes per Archiepiscopum et Capitulum conferuntur. Ita tamen quod canonice non conferuntur nisi portionario, quia de portionariis ipsius ecclesiae sunt canonici assumendi".

por tanto, la línea que ya habían trazado estatutos anteriores, circunstancia que también se manifiesta en el acto que daba posesión al electo de la canonjía o ración recibida. Sí hay un aspecto en el que se aprecia una novedad no mencionada hasta ahora: la competencia en la provisión de las dignidades, que quedaría exclusivamente en manos de los canónigos, limitándose el arzobispo a confirmar al deán, pero no al resto de ellas³².

Resumiendo, los cinco estatutos que tocan de cerca el tema de las provisiones entre 1157 y 1357 coinciden en afirmar la colaboración de cabildo y arzobispos en los nombramientos, aunque nada especifican sobre el modo en que se repartirían las elecciones; cabe pensar, no obstante, que a imitación de otras sedes los métodos serían el de la elección simultánea, la alternancia o la elección por compromisarios, a excepción de las dignidades que, según dispone don Blas, eran de exclusiva provisión por parte de los canónigos. Otra tendencia que se afirma a lo largo de estos siglos es la preferencia del clero catedralicio por el autorreclutamiento a la hora de cubrir las vacantes, rechazando claramente la presencia del clero foráneo, especialmente extranjero. Ello va claramente ligado al recurso a seguir un orden por escalafón, en el que progresivamente todos irían ascendiendo posiciones. De la misma manera, los documentos muestran un interés cada vez más marcado por elegir a un clero catedralicio idóneo, honesto y de ciencia, algo que el estatuto de don Blas resume en la expresión "bene cantandi, bene legendi e bene construendi", así como por que éste, al menos en sus escalones superiores, estuviera "in sacris ordinibus constituti"³³.

Con todo, por un lado iba la legislación y por otro la realidad de las

³² Ibidem: "Ad quos quidem canonicos prebendatos o mansionarios electio pontificis et decani noscitur pertinere. Dictarum vero dignitatum seu personatum et officiorum collatio seu provisio concanico prebendato et non alii facienda et decani confirmatio ad solum Archiepiscopum noscitur expectare".

³³ B.N. Mss. 6260, f. 1v-2r.

cosas, algo que refleja la nueva normativa que recibe el cabildo en el siglo XV y, mejor que nada, el estudio concreto de las provisiones realizadas.

3.2.2.- El giro del siglo XV

Un siglo después de que don Blas Fernández realizara su recopilación las cosas habían cambiado notablemente. El papel del cabildo pasó a un plano menor en las elecciones y, aunque es verdad que continuaba dando la posesión a los nuevos prebendados e interviniendo en algunas provisiones, no es menos cierto que su participación cedió notablemente ante dos poderes, el del arzobispo y el de los papas.

Pese a que no conservamos el documento original, sabemos por referencias indirectas que durante el pontificado de Nicolás V(1447-1455) se concedió a Alfonso Carrillo el privilegio de repartirse con Roma la provisión de las vacantes toledanas, correspondiéndole en concreto la colación de los beneficios en los seis meses pares del año. Ello desplazaba claramente al cabildo, que perdía las atribuciones que sobre la cuestión mantenía desde antaño. Ante ese estado de cosas los canónigos reclaman del pontífice una rectificación, algo que hace en 1453 a través de un breve en el que revoca el privilegio concedido a Carrillo y faculta a la corporación para poder intervenir en la colación de prebendas durante los seis meses que correspondían al arzobispo toledano³⁴.

El arzobispo Carrillo, haciéndose eco de la disposición papal, reiterada más tarde por Calixto III(1455-1458)³⁵, establece tres años después una concordia con el cabildo por la que ambos acuerdan la forma en que se haría el nuevo reparto en los seis meses pares que en un principio

³⁴ A.C.T. Z.I.G.I. / . (1453, julio, 28, Roma).

³⁵ Sabemos de la confirmación de Calixto III por la propia alusión que hace a ella el arzobispo, pero no se ha conservado rastro de ella en el Archivo Capitular.

correspondía proveer sólo al prelado y que se denominan "ordinarios" para diferenciarlos de los "apostólicos" en manos de Roma. Éste, sensible a que "según costumbre de la yglesia debía proveer en uno con lo señores de su cabildo", decide que se guarde "el honor y las buenas costumbres de su cabildo e yglesia". De acuerdo con ello en el texto se acuerda que el cabildo tenga derecho a participar con el arzobispo en la provisión de canonjías y raciones durante no más de cuatro meses, pues según la dicha costumbre no tuvieron más, y que los dos meses restantes queden a total disposición del prelado para que "su merced provea a su voluntad". La alternancia en esos cuatro meses -febrero, abril, junio y agosto- sería la siguiente: ante la primera vacante proveerá el arzobispo, después el cabildo y así sucesivamente³⁶. En los otros dos meses de octubre y diciembre el cabildo no tendría ninguna participación, sino que los beneficios se otorgarían a entera voluntad del prelado.

Lo cierto es que pese a las concesiones y aparente buena intención de éste último, el cabildo había perdido gran parte de su capacidad de actuación, ya que tan sólo podía hacerse cargo de algunos nombramientos y durante cuatro meses al año. Esa pudo ser la razón de que escribiera a Carrillo quejándose de la situación a que se estaba viendo relegado y de la violación que se estaba haciendo de sus constituciones; no conservamos su texto, pero sí la contestación de un indignado Carrillo que no entiende las reclamaciones capitulares y califica de "indecoroso" el modo en que se le ha escrito. El arzobispo les recuerda que para él es "asaz grave" dejar de gozar de la facultad apostólica, pero que ha accedido al reparto con el cabildo sólo por favorecerlo y hacerle merced³⁷.

³⁶ A.C.T. Z.1.G.1.8. (1456, octubre, 17, Alcalá de Henares). En Toledo, el 13 de diciembre de 1457, se ordenó sacar traslado del texto a petición de deán y cabildo.

³⁷ B.N. Mss. 13.024, f. 36r-38v. Carrillo envía dos cartas desde Alcalá, que en la copia manejada van fechadas los días 5 y 8 de marzo, pero sin especificar el año. En la primera de ellas refleja que el régimen de provisión simultánea antes citado habría sufrido

En cualquier caso, resultaba difícil que éste pudiera aceptar estas u otras explicaciones porque todo lo que estaba sucediendo a su alrededor configuraba una situación muy distinta a la que los antiguos estatutos le reconocían. La evolución de los acontecimientos hacia la pérdida de sus tradicionales facultades era imparable y ya a mediados del siglo XVI Pedro de Alcocer al describir a los componentes del cabildo reconoce que éste sólo proveía las canonjías y raciones de oposición -dos a licenciados o doctores en Derecho, una a licenciado o doctor en Teología, ocho raciones a cantores, una al maestro de capilla, dos a socapiscoles y otra a un organista- frente a las demás que pertenecen a la libre disposición del arzobispo³⁸. Poco después, el estatuto recogido por el racionero Arcayos se acerca más a la verdad al mencionar también la intervención papal:

El orden que agora se tiene es que el Summo Pontifice en sus meses o por regresos o resinaçion o so adintoria o por permuta a quien su Sanctidad quiere o el Arçobispo de Toledo en sus meses o por indulto probehe a quien quiere y le hace collacion de la dignidad u otro benefiçio, excepto de las canongias y raçiones arriba dichas que son de opposiçion y son a provisiòn del cabildo por bulla apostolica³⁹.

Así pues, papas, arzobispos y cada vez menos el cabildo se repartían las provisiones pero, a tenor de lo que expusimos en las páginas precedentes debería haber un cuarto poder interesado en participar en las elecciones. Nos referimos a los monarcas castellanos que, igual que harán con las elecciones episcopales⁴⁰, tendrán interés en ejercer el derecho de suplicación sobre los beneficios eclesiásticos que les era reconocido por la Santa Sede y procurar que sus candidatos ocuparan las principales prebendas catedralicias.

algunos cambios, ya que el arzobispo se reservaba no la primera sino las dos primeras canonjías vacantes antes de pasar a la alternancia con el cabildo, quedando para éste la provisión de la primera ración que vacare.

³⁸ Pedro de Alcocer, *Hystoria o descripcion de la Imperial çibdad de Toledo*, Toledo, 1554, f. 99r, (ed. facsímil, Toledo, 1973).

³⁹ B.C.T. MS 42-29, f. 190v.

⁴⁰ Remitimos al capítulo siguiente en el que analizamos la intervención de los diferentes reyes en el nombramiento de obispos para las sedes castellanas y, en especial, para la de Toledo.

Trataremos de esclarecer su participación en el apartado siguiente, donde analizaremos de forma concreta las provisiones realizadas en la catedral toledana durante la segunda mitad del siglo XV.

3.3.- PROVISIONES TOLEDANAS ENTRE 1466-1495

En las próximas páginas trataremos de ver cómo se concretaba en la práctica ese sistema de alternancia entre papas y arzobispos, por un lado, y entre arzobispos y cabildo, por otro, sin dejar de lado la intervención de los reyes. La mayor información la obtenemos a partir de 1466, fecha desde la que conservamos Actas del cabildo, ya que es en esas sesiones capitulares cuando la corporación examinaba las letras ejecutoriales emanadas del papa o las colaciones de los arzobispos y decidía finalmente otorgar la provisión y dar la posesión del correspondiente beneficio. Aparentemente, el cabildo siempre tenía la última palabra, pero, en realidad, buena parte de sus decisiones venían ya tomadas por las otras autoridades que son las que le presentan a los diferentes candidatos.

Consultadas las Actas y otros documentos del Archivo Capitular obtenemos casi 400 referencias a provisiones entre las que incluimos tanto las dignidades como las canonjías mansionarias y extravagantes, las raciones y las numerosas capellanías que se servían en el templo⁴¹. De todas ellas hemos extraído diversas conclusiones que expondremos en los siguientes apartados.

⁴¹ Al margen de éstas, la documentación recoge muchas otras noticias a cerca de la presentación de letras y cartas de provisión, pero no las hemos considerado porque no ofrecen una información completa, es decir, no culminan con la toma de posesión por el elegido para ocupar el correspondiente beneficio catedralicio.

3.3.1. - Modalidades

La documentación pone de manifiesto con claridad que en la catedral toledana a fines de la Edad Media las provisiones estaban a cargo de los papas, los prelados -en función de la facultad pontificia concedida a Alfonso Carrillo- y, siguiendo la tradicional costumbre de la catedral y los antiguos estatutos, de arzobispos y cabildo conjuntamente. Cada una de estas tres modalidades de provisión se reflejan en las actas utilizando diferentes fórmulas que con pequeñas variaciones se repiten en todos los casos. Así, la provisión papal pasaba por la llegada al cabildo de las correspondientes cartas apostólicas descritas de esta manera:

e presento a los dichos sennores unas letras apostolicas graciosa e executoria e un proçeso apostolico sobre ellas fecho e fulmynado[...] la graciosa bullada en fillos de seda amarillos e colorados, e la executoria en cuerda de cannamo e el proçesso sellado con un sello de çera colorado impreso en caxa de madera pendiente e cordon de seda amarilla signado el signo de Gonçalo Ruis, clérigo toledano notario publico apostolico⁴²

Cuando es el prelado el que hace valer las facultades que sobre las elecciones les han sido otorgadas se habla siempre de la llegada de una carta o proceso de colación en esta forma:

presento a los dichos sennores una collaçion e provysyon del Reverendisimo sennor cardenal de España, arzobispo de Toledo, escripta en latin en pergamino de cuero firmada de su nombre e sellada con su sello de çera colorada en fierro de foja de Flandes pendiente en cordon de filo colorado subscripta de Diego de Muros, su secretario⁴³.

Por último, las provisiones realizadas conjuntamente utilizan la expresión "una cum capitulo" o "en uno con los sennores", indicador de que se realizaba una elección consensuada y que, por tanto, no se llevó a la práctica ese sistema de alternancia que establecieron Carrillo y la corporación. En ningún caso, salvo como veremos en la encomienda de

⁴² A.C.T. Actas Cap. I, f. 91r. (1476, noviembre, 15).

⁴³ A.C.T. Actas Cap. I, f. 122r. (1488, diciembre, 1).

algunas capellanías del templo, el cabildo actúa solo en la provisión.

Cada una de esas bulas papales o cartas de colación eran presentadas ante el cabildo por el candidato al beneficio bien personalmente o, como era más frecuente, a través de un procurador. La corporación en solemne sesión capitular decidía sobre las mismas y su conveniencia e, invariablemente, contestaba que las verían y en un plazo no mayor de una semana daría la respuesta pertinente. El cabildo no tenía demasiada capacidad de maniobra real ante las provisiones realizadas por sus superiores eclesiásticos y lo normal era que "como fijos de obediencia obtemperaran" u obedecieran los mandatos apostólicos o arzobispaes, pero a veces hay situaciones distintas. Una de ellas es la existencia de algún defecto de forma en las credenciales presentadas que impedía continuar y paralizaba el proceso; otras veces, el problema era la presentación de varias candidaturas ante una misma vacante, todas con sendas bulas expectativas concedidas por los papas e idénticos derechos, por lo que el cabildo, incapaz de decidirse, solía acudir a la Santa Sede para que allí se tomara una decisión⁴⁴; en otros casos bastante numerosos, el conflicto viene porque varios de esos candidatos afirman sus derechos, no están dispuestos a ceder y se entablan pleitos que llegan a Roma y alargan notablemente el mecanismo normal de la provisión⁴⁵.

⁴⁴ Eso sucedió, entre otros muchos ejemplos, a la hora de proveer la canonjía vacante por fallecimiento de Pedro Alonso Serrano. Ante el cabildo se presentan muchas gracias expectativas y así relatan las Actas la situación que se creó: "e por quanto avya algunos dellos nobles e illustres, otros graduados, otros de diversas prerrogativas, e porque ellos no querian discutir los derechos dellos e poque avia algunas controversyas entre ellos e sobre ello sobrevino la çibdat e vinieron al dicho cabillo la mayor parte del regimiento, algunos caballeros de la çibdat e por se quitos de trbajos e evitar angustias e disensiones que podrían acaescer et pues que nuestro muy sancto padre conçede las dichas graçias que con toda obediencia e por reverencia de su sanctidat lo remytian e remytieron e fisieron remysion dellas a su sanctidat para las mande ver et aquello que pos su sanctidat fuere mandado que fagan cerca dello obedecerian en todo el por todo". Finalmente se provee de la prebenda al noble señor Gutierre de Mendoza. A.C.T. Actas Cap. I, f. 27v-29r. (1470, enero 15 y abril, 9).

⁴⁵ Las alusiones documentales a circunstancias de este tipo son muy numerosas y vienen provocadas por esa práctica cada vez más extendida de conceder beneficios en expectativa. El Archivo Capitular ofrece bastante información al respecto, de la que entresacamos

Superados estos contratiempos, las elecciones se llevaban a cabo y a la luz de las referencias consultadas extraemos las siguientes conclusiones respecto a los encargados de su provisión.

En primer lugar, hay que señalar que la intervención de los diferentes papas -especialmente significativa durante el pontificado de Sixto IV(1471-1484)- era mayor cuanto más importante era también la categoría del beneficio. Así, resulta abrumadora en la designación de *dignidades*, ya que de 25 referencias que ofrecen información completa, 21 se hicieron por el papa y sólo 4 por Carrillo y Mendoza, en concreto, a algunos de sus familiares. También es importante su participación en la provisión de *canonjías*, aunque aquí las proporciones se equilibran un tanto. De 62 nombramientos, 34 quedaron a cargo del papa y el resto se repartieron prácticamente por mitad entre las colaciones realizadas exclusivamente por los prelados y las que se hicieron de común acuerdo entre éstos y el cabildo, incluidas las canonjías de oficio.

La disminución de la presencia papal favoreció el mayor protagonismo de arzobispos y cabildo que empieza a manifestarse más claramente a partir de la provisión de las *raciones*, donde de 98 elecciones sólo 36 están cargo de los pontífices, quedando el resto en manos de los prelados y, en mayor medida, de su colaboración con el cabildo. La misma tendencia se observa en las 38 *canonjías extravagantes* documentadas, aunque aquí la intervención papal es nula y se impone una vez más la colación realizada de común acuerdo entre arzobispos y cabildo. Tampoco participó la Santa Sede en la provisión de las 140 *capellanías* de que tenemos constancia, cifra elevada como corresponde al sector clerical más

algunos ejemplos: el pleito que entablaron en Roma Juan de Morales, canónigo y arcediano de Guadalajara y Alonso Ortiz; el que mantuvieron Fernando de Córdoba y Juan de Vera; Tomás de Cuenca y Fernando Vázquez de Arce; Rodrigo de Osma y Fernando de Illescas sobre la capiscolía, entre otros.

numeroso del templo. Aquí se observa el siguiente reparto: los arzobispos proveen las capellanías del coro y de la greda, y el cabildo encomienda las capellanías fundadas en la catedral por prelados, canónigos o particulares, caso de las capillas de San Pedro y San Blas, entre otras muchas.

Hay que señalar que la elección de común acuerdo con el prelado fue mayor en el pontificado de Carrillo, con el que se observa más colaboración que en época de Mendoza, cuya llegada supuso un cambio; el gran cardenal en un periodo corto de tiempo colapsó casi todas las provisiones y entre 1488 y 1491 realizó los nombramientos de 6 canónigos y 12 racioneros sin contar con el cabildo, apoyándose en la facultad apostólica que su antecesor había recibido. Ello provocó en 1492 las quejas del cabildo que veía vulnerados los derechos que tradicionalmente le concedía la constitución "jurada e guardada fasta oy por todos los arçobispos de la iglesia", que le facultaba para proveer las vacantes conjuntamente con el prelado en los meses ordinarios⁴⁶.

Donde el cabildo sí tenía plenas competencias era en el nombramiento de los numerosos *cargos y oficios menores* que constituían ese amplio personal auxiliar que, a salario del refitor o de la Obra catedralicia, era tan necesario para el buen funcionamiento del templo. El cabildo encomendaba dichos cargos a las personas que consideraba lo merecían; generalmente, en el caso de lectorías, sacristanías de capillas, escribanías de los capellanes solía echar mano del propio clero de la iglesia -clerizones, capellanes, racioneros- o de la ciudad y diócesis. En los oficios más manuales y de índole doméstica (porteros, lampareros, albañiles) los nombramientos venían a recaer en criados de canónigos y vecinos de Toledo.

Finalmente, quedaría por delimitar el grado en que se producía la

⁴⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 31r (1492, marzo, 17).

intervención regia, que se deja sentir en algunos nombramientos sobre los que ejerce especial presión, pero, desde luego, no de forma mayoritaria. Eso sí, escriben al cabildo recomendando a algunos miembros de su consejo y oficiales de su confianza, caso de Pedro Altamirano, capellán del rey y reina, o Alonso García de Olmos, capellán y limosnero de la reina. Especial interés tuvieron en la canonjía doctoral de Juan de Castilla, miembro de su consejo y del de la Inquisición, para quien, dados sus méritos, impetraron un obispado en Roma, concretamente el de Astorga. La demora papal en enviar el nombramiento hace que otro candidato, Alonso de Mora, presente las correspondientes bulas apostólicas de provisión ante el cabildo, a quien escriben los Reyes instándole a no desposeer de su canonjía al citado Juan de Castilla en tanto no llegue el efectivo ascenso a la sede episcopal⁴⁷. Al margen de ello, los reyes también intervenían para designar a los capellanes que habrían de servir las capillas de titularidad regia levantadas en el recinto catedralicio.

De esta forma, el cabildo toledano responde a esa línea evolutiva que se venía afirmando durante la Baja Edad Media y que tendía a dar entrada a cada vez más intereses en la provisión de los principales cargos de la catedral. Aunque dicha evolución minó alguno de sus tradicionales derechos, la corporación pudo participar en las colaciones ejerciendo una elección simultánea con los prelados y, desde luego y como más tarde veremos, encargándose de dar la posesión efectiva de cada uno de los beneficios.

3.3.2.- Perfil de los candidatos

La consulta del importante volumen documental de que nos hemos

⁴⁷ A.C.T. O.9.B.1.3. y O.9.B.1.4. (1494, junio, 23, Arévalo, y julio, 15, Segovia). La citada canonjía doctoral acabará siendo para Fernando de Mazuecos por provisión simultánea de prelado y cabildo.

servido permite extraer muchas otras conclusiones al margen de la autoría de las provisiones catedralicias. Una es la que informa sobre las condiciones de idoneidad que debían presentar los candidatos a ocupar las diferentes prebendas y los criterios que habrían de seguirse en su selección, aspectos sobre los que, no sólo los estatutos capitulares sino también la legislación civil, tenían sus preferencias. En ese sentido es muy clarificador lo dispuesto por las Partidas:

Convenientes no son los niños para aver beneficios en Santa Egleſia fasta que ayan catorce años o sean atales que a poco tiempo se puedan ordenar. Esto es porque no la pueden aun servir; mas que ovieren catorce años bien pueden aver los beneficios menores que fabla la ley ante desta. Pero porque y a algunos dellos que comiençan mas ayna a ser entendidos que otros, a los que tales fueren e quieren alguna orden bien les pueden dar de los beneficios menores; a aquellos que hovieren de siete años arriba porque avran entendimiento para servir.[...] Letrados e honestos e sabidores del uso de la egleſia deven ser los clérigos a quien dieren las dignidades e los personajes e las Egleſias parrochiales que han cura de almas e esso mismo deven aver en ſi aquellos a quien diessen los mejores beneficios assi como calongias o raciones a lo menos sean letrados en manera que entiendan latin e sean sabidores del uso de la Egleſia que es leer e cantar⁴⁸.

Quedaban así definidas algunas características generales que fijaban, por ejemplo, la *edad mínima* para acceder a un beneficio que se establecía en los catorce años -la misma que para poder ordenarse- aunque se dejaba abierta la puerta a una rebaja de la misma, algo que sucedió en Toledo con el hijo del maestrescuela Álvarez Zapata, que con ocho o diez años ocupaba una canonjía en la catedral⁴⁹. Tiempo después, no obstante, Pío II recordaba en 1459 al cabildo que ninguno podía ser admitido como canónigo sin haber cumplido 20 años, lo cual retrasaba la edad considerablemente⁵⁰.

Continuando con las Partidas, éstas también indican que los beneficiados debían ser *honestos*, nunca laicos, sino, cuando menos, *clérigos*

⁴⁸ Partida I, título XVI, leyes II y III.

⁴⁹ Conocemos el dato por la referencia que da esa recopilación de noticias sobre la catedral que hizo el racionero Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 77v.

⁵⁰ B.N. Mss. 13071, f. 73r-v.

de primera tonsura y, aunque no lo señala, hijos *legítimos*, cualidad necesaria para poder ser ordenado. Sin duda, la ordenación y más concretamente la recepción de las tres órdenes mayores -la llamada ordenación "in sacris"- era requisito fundamental para poder desempeñar las numerosas funciones religiosas que recaían sobre el clero catedralicio. No obstante, como expusimos en el capítulo anterior al abordar las circunstancias particulares de cada uno de esos sectores clericales, no parece que, salvo en el caso de los capellanes, hubiera demasiada diligencia en percibirlos, de lo cual se derivaban muchos perjuicios para el templo.

El otro tema sobre el incide este texto jurídico es la adecuada *formación cultural* que debían presentar los candidatos, quienes habían de saber leer, escribir, comprender los textos sagrados, componer en latín, expresarse con elocuencia y ser conocedores del "uso de la Iglesia". Esta misma idea se recogía en los estatutos de la catedral toledana bajo la ya citada expresión "bene cantandi, bene legendi et bene construendi", en alusión a los tres títulos -o al menos dos de ellos- exigidos a los candidatos para recibir la colación correspondiente⁵¹. La citada bula de Pío II insiste también en que nadie podría percibir una prebenda sin haber demostrado "su suficiencia y letras".

Aunque en la normativa nada se dice expresamente, también la "*calidad de nobleza*" era punto importante para acceder a una prebenda, sobre todo a las dignidades y canonjías, tan apreciadas, que solían destinarse a miembros de las principales familias de la aristocracia del reino o de las oligarquías locales, quedando raciones, capellanías y cargos de menor importancia en manos de las clases medias y bajas de artesanos y pequeños propietarios de la ciudad o sus alrededores. De hecho, a los clerizones que solicitan comenzar una formación en el templo no se les exige una condición

⁵¹ B.N. Mss. 6260, f. 1v.

social o económica elevada, cualidades que se reservan para los grandes puestos y dignidades que acostumbran a recaer en influyentes y bien relacionados personajes.

Todas estas cuestiones dicen mucho de la realidad interior del cabildo toledano y nos permiten conocer cómo eran de verdad las personas que conformaban la institución pero, a fin de no repetirnos, las analizaremos más ampliamente en el capítulo final de nuestro trabajo que destinamos a conocer al grupo capitular como colectivo y también a alguno de sus componentes más destacados. Allí trataremos de desentrañar cuál era el grado de honestidad de los mismos, su nivel cultural, la procedencia social y geográfica de los mismos y algunos rasgos de su vida cotidiana.

Aquí tan sólo nos ocuparemos de una cuestión que, como mencionamos en páginas precedentes, había sido una de las exigencias siempre reclamadas por el cabildo desde los primeros estatutos. Dice García Oro que "el cabildo toledano se empeñaba vanamente en el *autorreclutamiento*"⁵² y lo cierto es que desde las primeras constituciones del siglo XII se reconocían los derechos preferentes a ocupar las vacantes de dignidades y canonjías que tenían los beneficiados de rango inferior, los racioneros. Sin embargo, en el siglo XV, dado el juego de intereses que se movían en torno a la catedral, resultaba muy difícil cumplir con estas expectativas, ya que cada nueva incorporación era diferente y tenía sus propias circunstancias.

De ahí que, si examinamos el número de beneficiados del templo primado que siguieron un "cursus honorum" en el mismo y pasaron por escalas y cargos inferiores hasta alcanzar las principales dignidades y canonjías, el porcentaje se sitúa en torno al 20%. En efecto, en el intervalo temporal que va de 1466 a 1495, de los 137 canónigos que poseían una

⁵² J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempos del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, pág. 53.

prebenda en la catedral sólo 29 empezaron siendo racioneros o extravagantes para ascender después a posiciones más altas. De todas formas, ni siquiera esto indica en todos los casos que fueran clérigos toledanos, pues hay varios foráneos que reciben una ración como mero trampolín y apenas unos meses, o incluso días después, obtienen su canonjía⁵³.

En consecuencia, la gran mayoría de los prebendados fueron directamente designados para ocupar las dignidades o canonjías, saltando por encima de las expectativas que pudieran tener los racioneros del templo y, a veces, ocupando sucesivamente varias de las mejores prebendas⁵⁴. Son la recomendación, el nepotismo y sus relaciones con los poderosos las que les procuran un beneficio en la apetecida sede primada, aunque no hayan tenido ningún contacto previo con la misma. Un buen número de ellos son clérigos de distintos puntos de la archidiócesis, hay también familiares de los arzobispos, miembros del consejo de los reyes y, desde luego, muchos proceden de otras regiones en las que ya ostentan importantes prebendas, como veremos más tarde al tratar el tema de la acumulación benefical. Legalmente no había ningún impedimento para que llegaran a Toledo clérigos foráneos. Como única exigencia, válida para todas las diócesis de la provincia eclesiástica toledana, Carrillo dispuso que siempre que fuese a

⁵³ Extraemos del apéndice final en que se señalan los nombres de todos los beneficiados, los de aquellos que obtuvieron primero una ración y fueron posteriormente elevados a canónigos y dignidades: Pedro de Ayala, Juan de Ayllón, Tello de Buendía, Alonso y Juan del Castillo, Gudiel de Cervatos, Juan y Francisco de Contreras, Tomás de Cuenca, Pedro Díaz de Madrid, García Fernández de Alcalá, Nicolás Fernández de Toledo, Pedro Fernández de Villalobos, Juan de Fuensalida, Fernando de Illescas, Andrés Martínez, Juan Martínez de Ortega, Juan de Morales, Bernardo de Navamorcuende, Rodrigo Pacheco, Juan Pérez de Cabrera, Juan Sánchez de Brihuega, Rodrigo de Vargas, Diego de Villaminaya y Rodrigo Zapata. A su lado, los citados Juan de Contreras y Alonso Martínez, junto a Pedro Gómez de Ayllón, Pedro Gómez de Mesa y Rodrigo Tenorio obtuvieron primero una canonjía extravagante y, más tarde, ascendieron a mansionarios.

⁵⁴ El caso más llamativo es el de Alonso Carrillo de Albornoz, sobrino del arzobispo, que tras obtener en 1468 una canonjía, pasó sucesivamente por los arcedianatos de Madrid (1468), Calatrava (1475) y Alcaraz (1477) y, finalmente, en 1489 recibió la capellanía mayor.

proveerse cualquier curato o dignidad en clérigos de circunscripciones ajenas, éstos presenten letras comendaticias de su lugar de origen para asegurarse de que no están excomulgados o suspendidos, pero fuera de ahí no hay ninguna otra limitación⁵⁵.

Más restricciones imponen los monarcas, pero no para el clero extradiocesano, sino para limitar la presencia de extranjeros, ya que ello generaba irresidencia, flujo de moneda de oro hacia el exterior y, en definitiva, grandes daños para las iglesias. De ahí que en 1477 envíen una real cédula prohibiendo que las prebendas y dignidades eclesiásticas que estuvieran ausentes pudieran percibir sus rentas, lo cual afectaba de forma evidente a los extranjeros⁵⁶. La presencia de capitulares venidos de fuera era importante, sobre todo entre las dignidades, ya que eran las más requeridas. Aquí se manifiesta el interés de papas y prelados por situar a sus familiares y sobre todo en el caso de los primeros a miembros de la curia como Pedro de Buenamemoria, cardenal de San Sixto o Juan Bautista, cardenal de Santa María in Portium. Entre los familiares, uno de los casos más significativos es el de Rafael Riario, sobrino de Sixto IV, al que se otorga una capiscolía en 1474, provisión que contravenía los deseos de los reyes, por lo que el cabildo al atender la petición del papa recuerda que lo concede "syn perjuysio de qualquier mandamiento que el Rey nuestro sennor tenga mandado por que el es extranjero e no mostro tener naturaleza suya del Reyno"⁵⁷. También en la provisión del citado Juan Bautista, hay un comentario durante la sesión capitular de parte del canónigo Juan López de Medina, que recuerda que ese nombramiento va contra las constituciones de

⁵⁵ Constitución IV del Concilio Provincial de Aranda de 1473, publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, pág. 286.

⁵⁶ A.C.T. X.11.C.1.5. (1477, febrero, 24). Esa es la fecha de la disposición regia que se envía a todas las iglesias de los reinos. A Toledo no llegará ni se hará pública hasta el 4 de marzo de ese año.

⁵⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 74r. (1474, diciembre, 7).

la Iglesia, pero que por ser dicho cardenal "persona muy utile para esta dicha sancta eglesia" y porque el Papa puede dispensarlo obedecía las letras apostólicas⁵⁸.

3.2.3.- Acumulación y renuncia de los beneficios

Estrechamente relacionado con las modalidades de provisión que hemos analizado se encuentra un fenómeno del que hemos tenido ocasión de hablar en otros apartados y que a fines de la Edad Media estaba plenamente consolidado entre los miembros de la corporación. Nos referimos a la acumulación de prebendas, uno de los temas que más había preocupado a los responsables de la sede toledana. Ya en el siglo XIII el legado Juan de Abbeville y después Jiménez de Rada prohibieron que los canónigos toledanos recibieran beneficios en otras iglesias so pena de perder tal canonjía y verse rebajados a la categoría de extravagantes, al tiempo que negaban que pudieran ser elevados a la canonjía en Toledo quienes tuvieran dignidad o beneficio en otra iglesia⁵⁹. Ante la dificultad de erradicar la práctica, a la que contribuían los propios pontífices con la concesión de innumerables dispensas, en el siglo XIV Gonzalo de Aguilar decidió que se podrían compatibilizar los beneficios en la catedral con otros siempre que ésta tuviera prioridad sobre las demás iglesias y se hicieran suplir en las ellas por vicarios.

En la segunda mitad de siglo XV la acumulación benefical era admitida sin reparos por los encargados de hacer las provisiones y, como resultado de ello, casi todo el clero catedralicio toledano compartía su canonjía o ración con otros beneficios. Al final del trabajo recogemos una

⁵⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 38r. (1471, marzo, 22).

⁵⁹ Remitimos a lo que al respecto expusimos en los diversos capítulos que conforman la primera parte del trabajo.

relación completa de todo el personal del templo acompañado de sus correspondientes beneficios, de la que extraemos algunas conclusiones.

Era frecuente que las dignidades y canónigos toledanos simultanearan sus cargos con otras dignidades y canonjías de las demás catedrales hispanas, caso de Juan de Morales, deán de Sevilla; Fernando Gómez, canónigo de Ávila; Diego Gutiérrez de Villayzán, chantre de Sigüenza; Diego López de Encinas, canónigo de Sevilla; Rodrigo de Osma, deán de Badajoz, Tomás de Cuenca, canónigo de Cuenca, entre otros. En algunos casos, incluso fueron obispos y hasta cardenales los que recibieron las correspondientes prebendas en la sede primada, como Rafael Riario, cardenal de San Jorge ad Vellum Aureum, Pedro de Buenamemoria, cardenal de San Sixto; Juan Bautista, cardenal de Santa María in Portium; Pedro, obispo de Tarazona; u Olivero, cardenal de Nápoles. También entre los racioneros había algunos canónigos de Segovia o Mondoñedo, pero lo habitual era, igual que sucedía con las canonjías extravagantes, que estos beneficios menores recayeran en clérigos de diversos lugares de la diócesis, arciprestes, y curas de las parroquias de la ciudad de Toledo.

En cuanto a los capellanes, aquí es donde más restricciones ponían los estatutos catedralicios a la posibilidad de que sumaran a sus capellanías la posesión de otros cargos, ya que el gran número de misas que tenían que servir tanto en el coro como en otras capillas les obligaba a dedicarse de forma completa a las mismas. De hecho, varias constituciones impiden que se pueda compatibilizar más de una capellanía en el templo, pero lo cierto es que hay excepciones. Así, cuando en 1466 se concede al capellán del coro Juan de Villarreal otra capellanía en la capilla de San Pedro, se le recuerda que debe tratar de hacer suplir por él o por otro el cargo de las misas de ánimas de las capellanías que tiene, a fin de no descuidar sus

obligaciones⁶⁰. Lo mismo sucede en 1491 cuando se trata de que Alonso Fernández por su buena voz y la necesidad de cantores que había en el templo pudiera combinar ambas ocupaciones⁶¹.

Por último, mencionaremos otra práctica que también está abundantemente documentada entre las provisiones toledanas, la renuncia de los beneficios. Era ésta una decisión voluntaria de sus titulares que podían hacerlo de forma simple con lo que el beneficio volvía al cabildo, o, como era muy frecuente, a favor de un tercero y, en muchos casos, para permutarlo. En efecto, es muy habitual encontrar en la documentación la referencia a que tal o cual beneficio o prebenda se ha concedido "*ex causa permutationis*", circunstancia que exigía que antes de proceder al intercambio, cada una de las partes "*resignara*" o renunciara al mismo "*en las manos*" de quienes se lo habían otorgado, en este caso el cabildo. Una vez resignado y presentada la correspondiente licencia papal para traspasarlo, el cabildo procedía con un mecanismo similar al hasta ahora descrito.

Esta práctica de la renuncia propiciaba que los beneficios se patrimonializaran en manos de familiares a favor de quienes solían resignarse. Aunque la Iglesia trató de que no pudiera hacerse a parientes muy cercanos -el límite estaba en el segundo grado de consanguinidad- e intentó controlar el proceso, lo cierto es que estaba muy extendido tanto entre los beneficios menores y capellanías como en las canonjías. Además, existía el riesgo de que mediara alguna contraprestación económica durante el proceso, por lo que, en muchos casos, los nuevos titulares especifican que "*no intervenía simonia*" en ese intercambio. El cabildo, que solía

⁶⁰ A.C.T. Actas Cap. I, f. 25. (1466, octubre, 18).

⁶¹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 16v. (1491, abril, 11). Volveremos sobre la cuestión al hablar en un próximo capítulo de la actividad que desarrollaba la capilla parroquial de San Pedro.

aceptar esta práctica, se vio obligado a tomar medidas ante los problemas que le acarreaba el hecho de que muchos beneficiados pretendían mantener los bienes propios de la prebenda o ración a la que renunciaban, no devolviéndolos al refitor para que éste procediese a una nueva provisión⁶². Incluso parece que algunas veces esa renuncia era fingida, sólo pretendía, jugando con la picaresca, permitir el acceso a otros, pero sin que el hasta ahora titular tuviera voluntad de ceder su beneficio. Por esta razón en 1470 Paulo II declaró excomulgado a todo aquel racionero de Toledo que renunciase ficticiamente a su ración y actuara de forma tan poco conveniente para la honestidad de la Iglesia⁶³.

3.3.4.- El acto de toma de posesión

Cerramos este apartado con la que, lógicamente, era la última fase de todo proceso de provisión benefical, la institución corporal, toma de posesión o investidura por parte de la persona designada. Aquí volvía a tener un gran protagonismo el cabildo aunque no hubiera participado directamente en la designación y se hubiera limitado a aceptar a los candidatos propuestos por papas o arzobispos. Fuese cual fuese la autoridad que estuviera detrás de las provisiones, no hay duda de que es el cabildo, como anfitrión, el que tenía que recibir en la catedral a sus nuevos miembros, algo que hacía en una ceremonia solemne y cargada de simbolismo, como todos los actos que se realizaban en el templo. Además, dado que en muchos casos este acto era el primer contacto directo con la institución catedralicia que tenían los elegidos, no es de extrañar que la corporación se esmerara por ofrecer un amplio abanico de gestos que reflejara el poder y grandeza de la misma.

Era un ritual con importantes connotaciones vasalláticas que se

⁶² A.C.T. Actas Cap. I, f. 35v (1470, diciembre, 19).

⁶³ B.N. Mss. 13024, f. 78r-79r.

cumplimentaba tanto a la hora de recibir en la catedral a las nuevas dignidades y canónigos como a racioneros o capellanes, y así se refleja de forma muy numerosa en las Actas Capitulares, especialmente en las provisiones de nuevos canónigos, mucho más explícitas. Reproducimos a continuación una de esas referencias, concretamente, la forma en que se da la posesión de su canonjía al doctor Alonso Ortiz el 2 de febrero de 1478:

En el cabildo, dos de febrero de LXXVIII, los dichos sennores capitularmente ayuntados, llamados por çedula ante dia, ficiéron llamar al dicho Pedro de Madrid, procurador susodicho, e le dijeron que por ser obedientes a los mandamientos apostolicos e aquellos obtemperando, resçibian e resçibieron a la posesyon de las dichas canongia e prebenda contenydos en las dichas letras ejecutoriales al dicho doctor Alonso Ortiz, e a el en su nombre. E le mandavan e mandaron acudir con los fructos e rentas a ellos perteneçientes e le escrevir en los libros e tablas. E mandaron e requirieron que fuese con el dicho Pedro de Madrid al coro de la dicha sancta eglesia a le dar e entregar la dicha posesyon el honrrado Pedro Dias de Madrid, canonigos de la dicha eglesia, el qual gela dio en una silla de las altas del coro del sennor arçobispo e lo mando escribir e acudir. Tornados al cabildo le asigno logar en el cabildo en una vanca a la parte del arçobispo. E juro en anyma del dicho doctor su parte, que guardara las constituciones e statutos de la dicha sancta eglesia, e que no procurara privilegio de levar fructos en absençia de mas allende de los sesenta florines contenidos en la constitucion, el contrario fasiendo pagara mill castellanos de oro, para la Camara Apostolica la mytad e la otra mytad para la mesa del refitor. E que no procurara absolucion ni relajacion deste juramento de nuestro sennor el papa ni de otro jues o persona que poder aua para ello, e aunque le sea dada, no usara della. El mismo Pedro de Madrid, por sy mismo e por sus bienes se obligo por la dicha pena e qualesquier costas e gastos que el cabildo fisiere e se le requiriesen por esta causa. E en anyma del dicho su parte lo juro e lo obligo a pena que no gane por tres annos vestuario lo contrario fasiendo⁶⁴.

En éste y en la mayoría de los casos la toma de posesión se hacía a través de procuradores y, como vemos, el cabildo era muy cuidadoso a la hora de solicitar compromisos por parte del mismo y de su representado. En este amplio párrafo que era recogido por el secretario del cabildo en las actas se pueden desentrañar varias partes o momentos importantes en dicho

⁶⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 99v-100r.

acto de investidura.

1.- En primer lugar, todo nuevo titular de un beneficio catedralicio debía recibir la *posesión corporal* o material de dicha prebenda que adoptaba dos fórmulas. La "imposición de un birrete en su cabeza" -acto común para todos los beneficiados y capellanes con excepción de las dignidades- y, por supuesto, algo tan simbólico como hacerlo sentar directamente en la silla del coro y de la sala capitular, si era canónigo, que tenía asignada para ocupar durante las celebraciones y reuniones. En las tomas de posesión de dignidades, canónigos o racioneros era siempre un canónigo el encargado de "dar la posesión", mientras que en los capellanes y canónigos extravagantes podía serlo, pero muy frecuentemente quedaba en manos de un racionero u otro capellán. Fuese quien fuese, su cometido era asentar al elegido y encargarse de que el partidador contara con su nombre y lo inscribiera en los libros en que anotaba la asistencia a las celebraciones litúrgicas a fin de que tuviera derecho a percibir los emolumentos pertinentes.

Las referencias de los estatutos son algo más explícitas y recogen unos elementos que se asemejan mucho al homenaje vasallático prestado a los señores: la postración de rodillas y con la cabeza descubierta ante el prelado, deán o su representante; el acto de besar las manos, agradeciendo la prebenda concedida; el juramento, que luego analizaremos; el beso de paz en los carrillos, y el abrazo a todas las dignidades y canónigos en el asiento que ocupaban en cada uno de los coros⁶⁵. Estos actos eran comunes para

⁶⁵ Los estatutos de don Sancho de Aragón en el siglo XIII (B.N. Mss. 13041, f. 14v-15r) y de don Blas Fernández en el XIV (B.N. Mss. 6260, f. 1v-1r) detallan este ceremonial. Aquí reproducimos las referencias en castellano que se recogen en esa recopilación hecha por el racionero Arcayos a fines del XVI, pero en la que se alude a la costumbre del estatuto de don Blas (B.C.T. MS 42-29, 190v): "Y guardase esta costumbre, que el canonigo de nuebo electo, estando el perlado y los capitulares en cabildo, se ponía de rodillas delante de su señoria descubierta la cabeça y con humildad le dava graçias y la besaba la mano. Luego juraban las Constituções en manos del Arçobispo, y el absente en las manos del Dean. Despues de jurado yba al lugar donde el Dean estaba, el qual se levantava y se abraçaban y dabanse osculo de paz en los carrillos, y después del Dean yba

dignidades, canónigos y racioneros, aunque algunas referencias de las actas capitulares indican ciertas resistencias a cumplir convenientemente con todo el ritual. En concreto, parece que algunos canónigos rechazaban "dar las manos a que gela besen los racioneros que se rescibieren de nuevo", comportamiento que merece la reprobación del cabildo y el calificativo de "descortes" para quienes así actuaran. Por ello, habida cuenta de que esta actitud iba en contra de las costumbres y estatutos de la Iglesia, la corporación acuerda castigar con una pena de 600 mrs. para el refitor a los canónigos negligentes con esta costumbre⁶⁶.

2.- Sin duda, otro elemento clave en toda ceremonia de investidura vasallática y también aquí era el *juramento*, donde el nuevo beneficiado tenía que sellar su compromiso con la corporación mediante este acto que hacía en manos de los canónigos encargados de darle la posesión.

Igual que en el mundo guerrero, el beneficiado se comprometía a actos positivos -guardar las constituciones y estatutos de la Iglesia, así como el secreto de las deliberaciones del cabildo- y negativos. Concretamente juraba no ir en contra de dichos estatutos, especialmente del que determinaba que los canónigos que no cumplieran con su obligación de residencia, aún estando autorizados, sólo percibirían 60 florines de Aragón anuales de lo que les correspondería por los vestuarios⁶⁷. La pena por

al coro del Arçobispo y haçia lo mismo al Arcediano de Toledo y a todos los Dignidades y Canonigos de aquel choro, y despues bolvia al choro del Dean y haçia otro tanto con el Arçediano de Madrid y con todos los Dignidades y canónigos de aquel choro. Los Raçionero guardavan el mismo orden, que despues de proveydo haçia la reverençia y gracias al Arçobispo, y luego por el orden que davan el osculo de paz besaba las manos a todos los Dignidades y canonigos y todos los unos y los otros prometian la obediencia y reverençia instruida por los Sanctos Padres Antiguos".

⁶⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 106v. (1479, mayo, 13).

⁶⁷ Ampliaremos esta cuestión cuando analicemos el tema de la residencia. Baste ahora saber que distintos estatutos capitulares determinaron que los canónigos toledanos que no pudieran cumplir con su obligación de residencia en razón de sus estudios, viajes u otros negocios para los que contaran con la debida autorización del cabildo, no percibirían los frutos íntegros de sus vestuarios, sino únicamente una cantidad fija, 60 florines de Aragón. Se diferenciaban así de aquellos que sí hacían su residencia personal, que percibían el

contravenir esta norma era la de pagar 500 castellanos de oro a la Cámara Apostólica y 500 a la mesa del refitor. También se comprometía a no hacer nada que le procurara absolución o relajación de este juramento y a rechazar cualquier posible gracia que libremente quisieran hacerle el papa o algún juez apostólico.

Habitualmente, la toma de posesión la realizaba un procurador en nombre del nuevo beneficiado que era quien juraba "en anyma" de aquel a quien representaba. No obstante, el titular estaba obligado a hacer el juramento personalmente apenas viniese a la catedral a cumplimentar su residencia y, en el caso de los canónigos, si quería ser admitido en las reuniones capitulares. Conservamos el juramento personal que algo más de un año después de ser elegido hizo el doctor Alonso Ortiz, antes mencionado:

En el cabildo, XXVIII de jullio de LXXIX, estando ende los dichos seniores ayuntados capitularmente, el honrrado Alfonso Ortiz, doctori e canonigo, fiso juramento e juro en forma devyda de guardar las constituciones e statutos desta sancta eglesia more solito. E juro e se obligo de no procurar por sy ni por otro, directe ni indirecte absolucion deste juramento e aunque propio motu le sea dada de quien quier que dargela pueda, no usara della ni procurara de levar mas de los sesenta florines de oro, so pena de mill ducados de oro, la mytad para la Camara Apostolica e la otra mytad para la mesa del refitor, para lo qual pagar se obligo a sy mismo e sus bienes e otorgo instrumento firme⁶⁸.

Las actas capitulares hacen mención a muchos de estos juramentos realizados por los beneficiados toledanos y resumen lo principal de su contenido, pero conocemos la fórmula exacta y diferente que en cada caso utilizaban dignidades, canónigos, racioneros y capellanes, tanto si juraban personalmente o lo hacían a través de sus procuradores⁶⁹.

3.- Hasta aquí todo lo que hemos mencionado de la investidura de

vestuario entero y, por supuesto, de los irresidentes sin autorización del cabildo que no recibían cantidad alguna.

⁶⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 107v.

⁶⁹ B.N. Mss. 6260, f. 44r-46v.

cualquier nuevo beneficiado alude al ceremonial plagado de símbolos que le daba acceso a cumplir con sus tareas en el templo y a poder percibir los emolumentos propios de su cargo. Sin embargo, ese compromiso no era meramente verbal, sino que comportaba también por parte del neófito la satisfacción de una serie de *contrapartidas y derechos económicos* a diferentes instancias eclesiásticas. Estas cantidades se distribuían en tres partidas:

En primer lugar hay que hablar de la "capa procesional" que todo nuevo canónigo estaba obligado a entregar al tesoro catedralicio a fin de que éste estuviera bien provisto de ornamentos que dieran esplendor a las celebraciones litúrgicas. Esta costumbre, comenzó en el siglo XIII a instancias de don Sancho de Aragón quien estatuye que todo nuevo canónigo, antes de recibir los frutos y renta de su prebenda, debía entregar una cantidad de dinero que se fija en 25 libras turonesas o su equivalente en la moneda actual o un buen paño nuevo para confeccionarse una capa ornada en seda⁷⁰. A mediados del siglo XIV, don Juan de Aragón, confirmará este punto pero modificará el valor de la capa a 50 maravedís y reiterará que sea de seda⁷¹.

No será Toledo la única sede que conserve entre sus costumbres el pago de la capa a la Fábrica o al Tesoro de su Iglesia. Sevilla y Santiago de Compostela inauguran esta práctica también en el siglo XIII, seguramente ante la escasez de estos ornamentos en los templos, que restaba solemnidad a las celebraciones. De ahí que se tome esta medida que, no solo mejoró la brillantez de las ceremonias, sino que permitió al tesoro contar con importantes reservas, ya que los canónigos fallecidos las dejaban en herencia a la Iglesia o a cualquier otro miembro del cabildo. Una vez que los fondos catedralicios fueron suficientes, lo que entregaban los canónigos es su valor

⁷⁰ A.C.T. A.12.A.1.5. (1275, junio, 5, Toledo). ver

⁷¹ B.N. Mss. 13041, f. 53r-55v.

monetario⁷².

Un segundo grupo de derechos afectaba, no sólo a los canónigos, sino a todo el personal de nueva admisión, y habían de satisfacerlo a dos oficiales del cabildo -el pertiguero y el secretario- en concepto de tasas de ingreso. Un acuerdo capitular del 11 de agosto de 1469 decide subir el monto de tales derechos, pues resultaban poco acordes con "la exçelencia de la dicha iglesia et el grande gasto de la çibdat" y gracias a ello conocemos su cuantía: la dignidad pagaría al pertiguero 4 florines de oro, equivalentes a 840 mrs.⁷³; cada canónigo la mitad, 420 mrs.; los racioneros 210 mrs.; finalmente, canónigos extravagantes y capellanes, tan sólo 25 y 20 mrs., respectivamente. Por su parte, el secretario recibiría el doble de las cantidades mencionadas⁷⁴. En un principio estos derechos se pagarían después de haber tomado posesión del beneficio, pero el escaso celo mostrado por los beneficiados una vez investidos de su cargo, hace que el cabildo recuerde en la misma sesión que los citados pagos deberían satisfacerse siempre antes de recibir la posesión.

Por último, habían de pagar a la Cámara Apostólica la media "annata", es decir, la mitad de las rentas del primer año de su posesión, que, como señalábamos al principio, dejaban en manos de la Santa Sede una suma de ingresos extraordinaria. Además, por si se daba el caso de que el beneficio recibido debiera algunos cargos al cabildo, el nuevo titular se comprometía a satisfacer su monto en el plazo de unos meses. De ahí que las actas incluyan la cláusula "obligose de pagar los cargos more solito" al

⁷² F.J. Pérez Rodríguez, *La Iglesia de Santiago de Compostela en la Edad Media: El Cabildo Catedralicio (1100-1400)*, Santiago, 1996, págs. 115-117; E. Costa y Belda, "Las Constituciones de don Raimundo de Losaña para el cabildo de Sevilla(1261)", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 5 (1978), págs. 205-206.

⁷³ En torno a 1470 la equivalencia del florín se estima en 210 mrs., de acuerdo con la tabla publicada por M.A. Ladero Quesada, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982, pág. 118.

⁷⁴ A.C.T. Actas Cap.I, f. 23r.

final de la referencia a la toma de posesión y al juramento⁷⁵.

Cumplimentados todos estos requisitos, el nuevo beneficiado podía tomar asiento en el lugar del coro que le correspondiera, debiendo en cualquier caso mostrar durante los primeros días una actitud observante y discreta, hasta estar bien instruido en "las buenas costumbres y ceremonias que en esta Sancta Yglesia se guardan ansi en el modo del vestido como en el cantar y decir missa y reçar y como ha de andar y conversar en la Yglesia y fuera della"⁷⁶. Similares cautelas habían de observar los canónigos con derecho a participar en las reuniones capitulares, que durante las mismas "no hablaran en las cosas del cabildo por algunos días, hasta estar instruidos en el orden que en aquel lugar se guardaba"⁷⁷.

Como es natural había toda una serie de oficios y cargos menores que ya dijimos quedaban a la libre disposición del cabildo cuya adjudicación no comportaba un ceremonial tan complicado como el que acabamos de describir. En estos casos, los canónigos en sesión capitular se limitaban a señalarles su cometido, fijarles el salario a percibir y el plazo en que quedaban vinculados al mismo, y recibir su juramento de que "byen, fiel e verdaderamente farian el dicho oficio"⁷⁸. Frecuentemente, los capitulares exigían un fiador que respaldara económicamente la actuación de sus elegidos, sobre todo en funciones que, como los sacristanes del sagrario o de capillas, comportaban el cuidado de objetos y ornamentos litúrgicos de valor, a los que un comportamiento negligente por su oficial podía acarrear

⁷⁵ A veces, no obstante, las Actas son más explícitas. Es lo que sucedió cuando toma posesión de su canonjía Juan López de Medina a través de su procurador Juan Fernández. La referencia indica que esta canonjía debía ciertos cargos "asy de capas como de semanas e prendas e otras cosas" y el citado procurador se obligó a pagar estos cargos antes de Pascua de Resurrección y para garantía "obligo sus bienes muebles y rayses, espirituales y temporales e otorgo instrumento firme". A.C.T. Actas Cap. I, f. 2r. (1466, octubre, 18).

⁷⁶ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 192v

⁷⁷ Ibidem, f. 190v.

⁷⁸ Ese es el compromiso que adquirió Juan Palomo cuando el 2 de junio de 1490 recibió el nombramiento de escribano de la Obra: A.C.T. Actas Cap. II, f. 1r.

serios daños⁷⁹.

Independientemente de su solemnidad, lo cierto es que superados todos los trámites y símbolos que comportaba su toma de posesión, ante el nuevo beneficiado se abrían un amplio espectro de funciones y también de obligaciones que trataremos de analizar en el próximo capítulo.

⁷⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 99v.

CAPÍTULO CUARTO

COMPETENCIAS Y OBLIGACIONES DE LOS CAPITULARES



Una vez elegidos y posesionados de su cargo, los diferentes miembros del clero catedralicio pasaban a disfrutar de las preeminencias, honores y compensaciones económicas inherentes al puesto que ocupaban en el engranaje del templo, pero, a cambio de ello, tenían que cumplir con una serie de compromisos y obligaciones que constituían la razón de ser de su presencia en la catedral.

Es indiscutible que todas las personas que colaboraban en la misma eran importantes y su labor igualmente necesaria, pero no hay duda de que la mayor responsabilidad y el verdadero peso del sostenimiento catedralicio recaía en el grupo de los cuarenta canónigos mansionarios. Sus competencias eran las más relevantes, sólo ellos conformaban el cabildo y asistían a las reuniones en las que se decidía sobre la marcha de la institución, eran la cara visible de la misma y sus representantes ante el exterior; es decir, son los verdaderos protagonistas de buena parte de las iniciativas que partían del templo y que contribuían a su funcionamiento. De ahí que sea a esos cuarenta canónigos a los que preferentemente nos refiramos a lo largo de este extenso capítulo, aunque sin olvidar el apoyo que en muchas tareas recibían de otros sectores catedralicios. Especialmente significativo es lo

relativo a los servicios cultuales y litúrgicos que había de proporcionar el templo y en los que racioneros y capellanes cumplieron un papel real aún más importante que los propios canónigos.

Cuatro eran las principales funciones que tradicionalmente competía realizar a los capitulares toledanos: dos "extraordinarias", la *elección del arzobispo* y el *gobierno de la diócesis en sede vacante*, y otras dos "ordinarias", el *servicio litúrgico del templo* y la *gestión administrativa del abundante patrimonio capitular*. En la segunda mitad del siglo XV, se habían reducido notablemente las facultades capitulares a la hora de desempeñar las dos primeras tareas, ya que habían sido progresivamente desplazados del gobierno de la diócesis vacante y de su tradicional derecho a elegir a su obispo por la intromisión de reyes y papas. La intervención de estos poderes externos acaba limitando el campo de acción de los capitulares al rezo coral, cada vez más ritualizado y complejo, y a la administración de su potente patrimonio.

A lo largo de las siguientes páginas iremos examinando la forma en que evolucionan cada una de esas ocupaciones y la situación en que se encuentran a fines de la Edad Media. Junto a ellas analizaremos dos obligaciones reservadas exclusivamente a los cuarenta canónigos mansionarios: la asistencia a las reuniones que periódicamente celebraba el cabildo y la residencia en el lugar de su prebenda durante, al menos, unos días al año. Todas estas atribuciones y algunas otras que podían desempeñar de forma ocasional conformaban el quehacer diario de los capitulares toledanos, por lo que están abundantemente representadas en las actas capitulares, así como en la normativa jurídica que regía la vida de la corporación. En ambas fuentes nos apoyaremos mayoritariamente para analizar estos aspectos que tanto nos ayudan a comprender el verdadero alcance y peso de la institución toledana.

4.1.- LA ELECCIÓN DEL ARZOBISPO

Cuando se producía la vacante del titular de una sede episcopal el cabildo pasaba a hacerse cargo de dos tareas esenciales: una serie de funciones gubernativas, de las que hablaremos en el apartado siguiente, y la elección del sucesor que habría de regir dicha sede. Aunque en la época que aquí analizamos el papel de los cabildos en ambos terrenos estaba muy mermado y había sido relegado a un segundo plano por las presiones de papas y reyes, no podemos pasar por alto referirnos a la que fue obligación singular de las corporaciones catedralicias, al menos durante los siglos XII y XIII.

La facultad de elegir a los titulares de las diferentes sedes episcopales formó parte de las habituales funciones de *los cabildos* desde el mismo momento en que estas instituciones se fueron formalizando y dotando de unos contenidos propios. Desde los siglos centrales de la Edad Media, y en un intento por parte de los responsables eclesiásticos de acabar con los problemas que había acarreado a la Iglesia la investidura laica de los cargos eclesiásticos, tan extendida en los siglos altomedievales, los cabildos catedralicios van a obtener la potestad de elegir al principal cargo de sus diócesis. Las decretales de los primeros códigos del Derecho Canónico así lo afirman y ejemplo de ello es el Decreto de Graciano, que prohibía a cualquier autoridad civil entrometerse en las elecciones de los beneficios mayores como obispados o abadías. Lo mismo hará el Concilio IV de Letrán en 1215, en el que ya se reconoce a los cabildos el derecho exclusivo a la elección episcopal y se definen las modalidades mediante las que se materializaría la misma: por sufragio, por compromisarios o por inspiración

del Espíritu Santo¹. Ahora bien, conforme avanzamos en el periodo medieval, el tradicional derecho de los canónigos fue siendo arrinconado por dos poderosas fuerzas que afirman su autoridad y reclaman su derecho a intervenir en los nombramientos episcopales. Es el caso de papas y príncipes, a los que ya vimos interesados en controlar la provisión de los beneficios catedralicios y que, como es lógico, no podían sino hacer lo propio a la hora de elegir a los influyentes pastores diocesanos.

En efecto, al imponerse la centralización de la Iglesia, *los pontífices* ejercieron un derecho de reservación que les lleva a intervenir en la mayor parte de los nombramientos benéficiales. Fueron los papas aviñoneses en el siglo XIV los que más contribuyeron a afirmar este movimiento centralizador al dejar para la colación pontificia la práctica totalidad de los beneficios vacantes. En un principio eran solo los que se produjeran en la curia pontificia², pero poco a poco el abanico se fue ampliando hasta el punto de reservar a la Santa Sede todas las iglesias patriarcales, arzobispaes, episcopales y todas las abadías de varones³. Todo ello va limitando el antiguo derecho electivo de los cabildos y otorga a los pontífices unas atribuciones jurisdiccionales amplísimas. Como refleja la siguiente frase, "quizá jamás en ningún periodo de la historia el pontífice romano ha

¹ Sobre la evolución que sufren las elecciones episcopales desde los siglos plenomedievales pueden verse: J. Montserrat y Torrens, *Las elecciones episcopales en la Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1972; A. Fliche y V. Martin (dirs.), *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, págs. 387-389; B. Llorca y R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica III. Edad Nueva*, Madrid, 1987, págs. 115-117; J.M. Pérez-Prendes, *Instituciones medievales*, Madrid, 1997, págs. 161 y ss.; J. Díaz Ibáñez, *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, Madrid, 1998, págs. 13-16.

² Así lo afirma la bula "Licet Ecclesiarum" dada por Clemente VI en 1265, primer documento reservacionista de los papas.

³ Bonifacio VIII (1294-1303), Juan XXII (1316-1334) y Urbano V (1362-1370) avanzan en esta dirección a través de diferentes decretales, siendo Gregorio XI (1370-1378) el que finalmente acapara la facultad de nombrar a los titulares de todos los beneficios mayores y menores en la Iglesia.

ejercido su poder de jurisdicción en tan amplia medida"⁴.

¿Cuáles eran las motivaciones de los papas para acumular tanta autoridad?. Una de las razones que esgrimen los pontífices es que de esta forma se evitaban los enfrentamientos internos que surgían en el seno de los cabildos, cuyos componentes a menudo apoyan a candidatos distintos y llegaban a cometer violencia y simonía para imponerlos. Sucede, no obstante, que la intervención papal tampoco era una garantía de limpieza en las elecciones, generó igualmente abusos y, además, su auténtico significado era doble: de un lado y con un peso importante, el económico, ya que las arcas pontificias se enriquecieron notablemente a costa de los derechos y tasas que se cobraban por cada uno de los beneficios dispensados, especialmente, las "annatas"⁵; de otro, un claro objetivo político, ya que se buscaba crear una red de solidaridades en las diferentes sedes y contar con prelados agradecidos que en un enfrentamiento con el emergente poder de los príncipes defendieran los intereses de la Santa Sede.

Pero la libre elección de los cabildos no sólo cede terreno ante la reserva y libre colación de los papas. Tan interesados como ellos en participar en la designación de los titulares de cada obispado lo está el poder temporal. El progresivo fortalecimiento monárquico y el creciente absolutismo que se observa en las monarquías cristianas empuja a *los reyes* a reclamar un mayor intervencionismo en la provisión de los principales beneficios eclesiásticos de sus reinos. Ello les permitiría situar al frente de los mismos a parientes y personas de su confianza, pagar favores y, como

⁴ B. Llorca y R. García Villoslada, *Ob. cit.*, pág. 117. Con mayor amplitud analiza este proceso G. Mollat, *La collation des bénéfices ecclésiastiques sous les papes d'Avignon*, París, 1921, y *Les Papes d'Avignon 1305-1378*, París, 1949.

⁵ J. Montserrat y Torrens, *Ob. cit.*, págs. 212-214, recuerda que las actuaciones en materia electoral hicieron del papado una gran potencia económica, de ahí que sus titulares no escatimaran esfuerzos para controlar los nombramientos. Como ejemplo menciona el pontificado de Juan XXII, que otorgó 455 prelaturas en los seis años de su mandato y, sólo en el primer año, alrededor de 3.000 beneficios.

en el caso de los papas, contar con unos agradecidos colaboradores que apoyaran su causa. Para poder actuar en esta línea era necesaria la concesión por los papas del correspondiente privilegio, circunstancia que originó no pocos enfrentamientos entre ellos y obligó a desarrollar una hábil política negociadora en la que ninguna de las partes quería salir perjudicada⁶.

Así las cosas, es fácilmente deducible que la fuerza con que papas y reyes se entregan a defender sus posiciones acabara postergando a los cabildos que en apenas dos siglos, los que van del XIII al XV, dejan de poder ejercer con garantías la libre elección de los prelados que les asignaban las decretales. De todas formas, la Iglesia, ante las críticas y resistencias que originó tanta práctica reservacionista, siguió reconociendo el derecho electivo de los cabildos, al menos teóricamente, y así lo recoge un concordato suscrito por Martín V con las naciones europeas en 1418 en el que renuncia a la línea centralista de sus antecesores y limita sólo a algunos casos -las vacantes producidas "in curia"- el sistema de reservas pontificio. Paralelamente, devuelve a los cabildos el derecho a la provisión de las sedes episcopales, descartando cualquier participación de los príncipes. Iguales medidas adoptan determinadas cláusulas del Concilio de Basilea que dedica íntegramente la sesión celebrada el 13 de julio de 1433 a asegurar la libertad de los cabildos, aboliendo las reservaciones pontificias y exhortando a los reyes a que respetaran la voluntad capitular⁷.

A pesar de estos buenos propósitos, el reconocimiento a las facultades capitulares fue más teórica que real, ya que nada podía detener un proceso intervencionista que ya estaba en marcha y gozaba de fuerte tradición en las distintas sedes occidentales. Por supuesto, los cabildos hispanos y, específicamente, el de Toledo, no dejaron de sentirse afectados por el fenómeno y vieron como escapaba de manos de los canónigos uno de

⁶ J. M. Pérez Prendes, *Ob. cit.*, págs. 163-168.

⁷ J. Montserrat y Torrens, *Ob. cit.*, págs. 232-239.

sus derechos más tradicionales y significativos. En las próximas páginas analizaremos la situación en que se desarrollaron las elecciones de los arzobispos de la sede primada, preferentemente en el siglo XV, no sin antes señalar unas líneas generales sobre la evolución que sufrió el tema en la Corona de Castilla.

4.1.1.- Evolución de las elecciones en las sedes castellanas

A.- Los intereses encontrados de cabildos, papas y reyes

Al igual que en otros estados europeos, los reinos peninsulares vieron afirmarse la elección capitular de los correspondientes prelados a lo largo de los siglos centrales de la Edad Media. Los diferentes cabildos hispanos, a medida que se iban consolidando y dotando de una normativa jurídica propia, admitieron entre sus estatutos las decretales a favor de dicha elección e incluso se vieron respaldados por otros ordenamientos civiles que apoyan esta fórmula. Es lo que sucede en la Castilla del siglo XIII con las *Partidas*, que refrendan el papel de los canónigos, quienes debían acudir a la iglesia "el día que sennalaren pora fazer la eleccion", en una de estas tres maneras "que llaman a la primera scrutinio, a la segunda compromisso, a la tercera de Spiritu Santo"⁸.

De todas formas, ya este texto dejaba abierta una puerta al intervencionismo exterior al hacer constar el derecho de los monarcas a ser avisados de las vacantes que se produjeran en las diferentes sedes y a convertirse de inmediato en protectores de los bienes de la Iglesia a fin de entregarlos íntegramente al sucesor, asunto al que dedicamos el capítulo siguiente. Las atribuciones de los monarcas se recogían en dos figuras legales, el "consensus", es decir la concesión de licencia al cabildo para

⁸ Partida I, título V, ley XVIII. Las leyes XIX a XXI se ocuparán de cada una de estas formas de elección.

proceder a la elección una vez notificada la vacante, y el "assensus", la aprobación dada al elegido por la corporación. Al propio tiempo el monarca guardaba los bienes episcopales mientras duraba la vacante, devolviéndolos una vez confirmado el nuevo prelado. La justificación regia para asumir estas facultades será la misma que en el siglo XV defiende el patronato real: el papel que habían desempeñado los reyes en la conquista de tierras a los musulmanes y en la erección y dotación de iglesias en lugares que hasta entonces no las habían conocido⁹.

Apoyados en estas bases teóricas, los monarcas tuvieron muchas oportunidades de intervenir en las elecciones, sin ser directamente los que procedieran a las mismas. Era una forma de intromisión "sumamente diplomática", en palabras de Tarsicio de Azcona¹⁰; las elecciones seguían formalmente en manos de los cabildos, seguían teniendo una apariencia canónica, pero lo cierto es que desde el siglo XIII se va consolidando la tendencia a que los monarcas impongan de forma más o menos sutil a aquellos candidatos para obispos que les eran más adictos. Una de las fórmulas habitualmente empleadas es la de tener entre los canónigos electores un valedor que representara los intereses regios y defendiera a los candidatos apoyados por los reyes¹¹.

Paralelamente y de la misma forma que sucede en otros estados cristianos, el intervencionismo de los reyes castellanos encontró un claro

⁹ Múltiples detalles sobre la actuación monárquica en este sentido ofrece el trabajo de J.M. Nieto Soria, *Iglesia y poder real en Castilla. El Episcopado, 1250-1350*, Madrid, 1988, págs. 197 y ss.

¹⁰ T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, pág. 64.

¹¹ Así lo afirman sendos artículos de J. Sánchez Herrero que examinan la situación episcopal, preferentemente, a lo largo del siglo XIV: "Las relaciones de Alfonso XI con el clero de su época", en *Génesis medieval del Estado moderno: Castilla y Navarra (1250-1370)*, Valladolid, 1987, págs. 23-47, y "Los obispos castellanos y su participación en el gobierno de Castilla, 1350-1406", en *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988, págs. 85-113.

competidor en el derecho de reservación de que hacen gala los pontífices. A lo largo del siglo XIV los papas aviñoneses impusieron sus criterios y elevaron a las diferentes sedes hispanas a personas afines que pudieran defender sus intereses. Entre estos nombramientos hubo bastantes extranjeros, circunstancia con la que no estuvieron de acuerdo los eclesiásticos hispanos, que incluso elevaron sus protestas ante los reyes¹².

Lo cierto es que ambas jurisdicciones, la papal y la monárquica se enfrentaron en más de una ocasión por el tema de las elecciones. Hubo, eso sí, intentos por armonizar las aspiraciones de ambas partes y es frecuente ver a los monarcas actuando de mediadores frente a papas a fin de que éstos, sin renunciar a su derecho de reservación, impusieran a eclesiásticos castellanos del agrado y confianza de los reyes. Los ejemplos de sedes que se vieron afectadas por esta situación durante los siglos XIII y XIV son numerosos, estando Palencia, Cartagena, León, Sigüenza y, desde luego, Toledo, entre las que con más frecuencia vieron a sus cabildos ceder ante las ingerencias externas citadas¹³.

Así las cosas, llegamos al siglo XV en el que, continuando con la evolución iniciada siglos antes, cada vez es menor el porcentaje de sedes

¹² J.M. Nieto, *Ob. cit.*, pág. 200, recoge al respecto las quejas que el sector eclesiástico presentó ante las Cortes de Madrid de 1329, en las que solicita al rey Alfonso XI que medie ante el Papa para que no sean extranjeros los que ocupen las principales sedes castellanas. Múltiples detalles sobre todo este proceso en J. Goñi, "Juan XXII y la provisión de los obispados españoles", en *Archivum Historiae Pontificae*, 4 (1966), págs. 25-58.

¹³ En este sentido son de gran interés los datos aportados por el profesor Nieto, *Ibidem*, pág. 201, cuando señala que, para el periodo comprendido entre 1252 y 1312, de la sedes castellanas que ofrecen suficiente información al respecto, aproximadamente un 65% del total, en torno al 50%, fueron de provisión capitular, un 34% papal y un 38% regia. La suma excede el 100% porque algunas de las provisiones del cabildo sufren también las influencias regia y pontificia. Recientemente, Ana Arranz ha significado que durante el reinado de Pedro I (1350-1369) los obispos elegidos por el cabildo representaban sólo un 22% frente al 78% de la reserva pontificia y a la nula presencia regia cuyos deseos son claramente postergados, ya que de las 48 provisiones papales, el rey sólo situó a 8 candidatos de su agrado: "Las elecciones episcopales durante el reinado de Pedro I de Castilla", en *En la España Medieval*, 24 (2001), págs. 421-461.

castellanas que pueden ser provistas libremente por los cabildos. En las décadas finales del mismo las corporaciones acaban perdiendo en la práctica toda posibilidad de elegir a sus candidatos. Su elección era una mera formalidad jurídica porque quienes dictaban la línea sucesoria eran los reyes con el apoyo papal. ¿Qué sucede en este periodo final de la Edad Media para acelerar de esta manera el proceso?.

B.- La afirmación del intervencionismo regio en el siglo XV

Pese a que, como venimos diciendo, el saldo final del periodo medieval reduce significativamente las atribuciones capitulares, es curioso señalar que el siglo XV se inaugura con algunas disposiciones papales que, en contra de lo que venía siendo práctica habitual, apoyan la libre elección episcopal por los cabildos. Lo mencionábamos al hablar del citado concordato firmado por Martín V en 1418 con las naciones europeas y del Concilio de Basilea cuyas disposiciones en esta materia no tuvieron ninguna aplicación en los reinos hispanos y especialmente en Castilla. Aquí los cabildos nunca volvieron a recuperar su libertad en la elección porque, aunque los papas pudieran renunciar a imponer su derecho de reservación, los reyes no aplicaron en sus reinos los derechos papales y siguieron presionando para obtener de los pontífices un reconocimiento expreso de sus derechos a intervenir en las provisiones episcopales.

Cabe distinguir tres momentos en la evolución que experimenta la cuestión en la Castilla del siglo XV, cada uno de los cuales se identifica con uno de los tres reinados que cubren el periodo:

1.- El primero corresponde al reinado de *Juan II*, que será quien antes reaccione y haga valer los derechos de los reyes castellanos ante las pretensiones papales contenidas en el concordato de 1418. En una carta dirigida a Martín V, el joven rey le notifica que era costumbre en Castilla que en las vacantes de las iglesias catedrales, la elección correspondiera al

cabildo, pero siempre tras oír los consejos de los reyes. El papa contesta otorgándole en 1421 la bula "Sedis Apostolicae" en la que reconoce al rey esa antigua costumbre, retrocede respecto a lo dispuesto en el concordato y, sobre todo, limita claramente el derecho a la libre elección de los cabildos. La bula reconoce el derecho de los monarcas a proponer sus candidatos para la sede episcopal y en ella el papa se compromete a favorecer, siempre que fuera posible, el derecho de los monarcas¹⁴.

De esta forma, el papa da una ratificación de derecho a algo que ya era práctica común de los reyes castellanos, pero que hasta ahora no constaba por escrito en ningún documento, el derecho de "suplicación", que les permitió influir, mediatizar y manejar a su antojo los diferentes obispados del reino a lo largo del siglo XV, y reunir "unas capacidades de control sobre los procesos de elección episcopal muy notables, por encima de la mayoría de los monarcas cristianos del momento"¹⁵. Lo cierto es que el reconocimiento de este derecho abre la puerta a otros propósitos más ambiciosos que, especialmente los Reyes Católicos, tratarán de obtener para sus reinos.

La cada vez mayor capacidad de maniobra de los reyes tiene una contrapartida evidente en la pérdida de poder de los cabildos, que paulatinamente ocupan un plano más secundario en las elecciones. Juan II no se limitará a proveer las vacantes según sus intereses, sino que responderá con dureza a cualquier intento capitular por hacer valer su antiguo derecho electivo. Así sucederá en 1448 cuando, enfrentado al cabildo sevillano por haber procedido éste a la elección sin consultarle, el rey le remite una severa carta en la que califica de "atentado contra el derecho, el señorío y la preeminencia del rey" el comportamiento del

¹⁴ T. de Azcona, *Ob. cit.*, págs. 66-69.

¹⁵ J. M. Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1993, pág. 367.

cabildo por suponer "un atropello contra la fidelidad y lealtad debidas al rey, además de un menosprecio de la Corona Real"¹⁶. Queda claro que si los cabildos querían desoír la voz regia y hacer valer sus antiguas y justas prerrogativas se situaban en clara oposición a la monarquía, provocando duras reacciones.

2.- Siguiendo en esa línea evolutiva, el reinado de *Enrique IV* sirvió para afianzar aún más los derechos regios a través de la bula "Cum tibi Deus", otorgada por Calixto III en 1456, y de un nuevo documento debido a Pío II en 1459. En ambos se renueva el citado derecho de suplicación, que dejaba al monarca la intervención en los diferentes nombramientos episcopales de su reino. Ahora bien, la turbulenta situación de este periodo, en el que Castilla se enfrenta en una difícil guerra civil no permitió al monarca imponerse con la autoridad que hubiera deseado. Su debilidad fue aprovechada por los cabildos, que tratan de recuperar el terreno perdido, y por los papas, que tampoco quieren verse postergados. Esto enfrentará a ambos poderes y provocará más de un altercado en los que se pondrán de manifiesto las resistencias de Roma a aceptar la elección de los cabildos y, paralelamente, la negativa de éstos a reconocer las provisiones emanadas de la Santa Sede. Ejemplos de esos roces entre papas y cabildos los encontramos en Sigüenza (1465), Oviedo (1466), Zamora y Tuy (1468), Palencia, Cuenca y Santiago de Compostela (1469), por significar tan sólo algunos ejemplos¹⁷.

3.- La pequeña posibilidad que se abrió para cabildos y papas a lo largo del reinado de Enrique IV se cerró completamente con el acceso al

¹⁶ *Ibidem*, pág. 368-369. El texto de la carta se recoge en la obra de Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y leal ciudad de Sevilla*, lib. X, págs. 429-432.

¹⁷ Una información completa sobre las motivaciones de todos estos "incendios" suscitados en los cabildos en T. de Azcona, *Ob. cit.*, págs. 73-86. También ofrece datos de interés, J. M. Nieto Soria, "Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)", en *En la España Medieval*, 19 (1996), págs. 203-207.

poder de los *Reyes Católicos*. Como bien refleja Tarsicio de Azcona,

si en estas décadas transidas de turbulencias sociales no pudieron los cabildos recobrar el derecho de elección, mucho menos cuando subió al trono la joven soberana, casada con el heredero de Aragón. Isabel y Fernando iban a marcar un hito en la historia de las provisiones episcopales¹⁸.

En efecto, ellos pusieron el problema de la Iglesia en los primeros planos de su atención y dejaron claro que su política religiosa debía encaminarse tanto a restaurar los valores tradicionales del orden cristiano, bastante alterados y necesitados de reforma, como a lograr un cada vez mayor poder y capacidad de intervención para la Corona. En ese sentido, definieron una postura muy clara frente a los nombramientos beneficios, en general, y muy especialmente respecto a los episcopales, por ser éstos los más importantes e influyentes desde el punto de vista eclesiástico. Dicha postura, a la que ya aludimos cuando tratamos el tema de la provisión de cargos del cabildo, pasaba por conseguir de los pontífices, no sólo la confirmación del derecho de suplicación que Juan II y Enrique IV habían arrancado a Martín V y Calixto III, respectivamente, sino un marco legal más amplio en el que se asegurara la obligada aceptación por Roma del candidato propuesto por los reyes. Ese marco legal, cuya fórmula es conocida como derecho de patronato o patronato regio, no fue concedido por los papas hasta el reinado de Carlos I en 1523, limitándose hasta entonces a consentir que los Reyes Católicos pudieran ejercerlo en las nuevas sedes erigidas en los territorios que se incorporaban progresivamente a la Corona, caso de Granada, Canarias o Indias¹⁹.

La negativa papal a conceder un total derecho de patronato a los Reyes Católicos está relacionada con las reticencias de Roma a permitir que unos soberanos, ya de por sí muy poderosos, acumularan todavía más

¹⁸ T. de Azcona, "Historia de las provisiones episcopales", en R. García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, III-1º, Madrid, 1980, pág. 123.

¹⁹ Remitimos a los trabajos citados en la nota 19 del anterior capítulo.

facultades jurisdiccionales. Porque lo cierto es que, a pesar de no ver cumplidos todos sus propósitos, los monarcas consiguieron que sus candidatos fueran mayoritariamente aceptados por la Santa Sede y ello consolidó, aún más si cabe, el papel de la monarquía en materia electoral. Para dar cobertura a sus acciones los reyes desplegaron un amplio programa de medidas que apoya claramente las prerrogativas regias: el acuerdo para la gobernación del reino firmado en Segovia en 1475, las Cortes de Toledo de 1480 y los escritos de algunos canonistas, reiteran el derecho de suplicación de la reina y la nulidad de las provisiones hechas sin consentimiento de los reyes²⁰. Este programa eclesiástico tuvo dos efectos evidentes: la total invalidación de las elecciones canónicas de los cabildos, cuyo concurso cada vez es menos requerido, y la posibilidad para los reyes de situar al frente de los obispados a personas afines y leales, evitando las banderías que inundaron el reinado de sus predecesores, en las que se vieron involucrados diversos eclesiásticos.

Esa es, en efecto, la verdadera intencionalidad de los monarcas, la de que los siete arzobispados y cuarenta obispados de sus reinos²¹ no escaparan a su control y estuvieran ocupados por personas fieles que supieran llevar a la práctica sus objetivos reformistas. Con tal fin, los soberanos redactan una declaración programática de criterios para la provisión de obispados entre los que se les exige cumplir los siguientes requisitos: ser naturales de los reinos, a fin de evitar conflictos internacionales y de facilitar la obligada residencia en el lugar de la sede²²;

²⁰ T. de Azcona, *La elección...*, págs. 95 y ss.

²¹ Es precisamente en época de los Reyes Católicos cuando, con las nuevas incorporaciones de territorios y la correspondiente erección de sedes, se completa el panorama episcopal hispano. Un cuidado estudio de cada una de las provincias eclesiásticas y sus correspondientes sedes en tan a menudo mencionada obra de T. de Azcona, *Ob. cit.*, págs. 27-51.

²² De todas formas, los propios reyes no favorecieron el cumplimiento de la residencia episcopal, pues frecuentemente los reclamaban para presentarse en la corte o les enviaban a distintas misiones diplomáticas.

comportarse de forma íntegra y honesta, siendo la continencia una de las virtudes más apreciadas; ser personas sencillas, pertenecientes a la clase media y no a familias nobles y poderosas como en periodos anteriores; y, por último, ser hombres letrados, en posesión de una cuidada formación²³.

La idoneidad que buscan los reyes al exigir estos requisitos poco o nada interesa a los cabildos, cuya opinión cada vez será menos tenida en cuenta. En apenas tres siglos, el principio electivo que la Iglesia les reconociera en sus decretales resultará claramente perjudicado tanto por el centralismo pontificio como por el autoritarismo monárquico. Ante ellos las corporaciones catedralicias poco pueden oponer; se sienten "indefensas", su papel se reduce, en el mejor de los casos, a aceptar al candidato que otros le imponen y ello, sin duda, les hace aparecer como la parte "inocente" de todo este proceso. El cabildo toledano ejemplifica perfectamente esta evolución sufrida por el conjunto de corporaciones hispanas y al mismo dedicaremos las siguientes páginas.

4.1.2.- El caso toledano

A.- Las elecciones arzobispaes en los siglos XIV y XV

Como el resto de corporaciones peninsulares el cabildo primado tuvo que admitir el control por parte de papas y monarcas de la provisión de su sede arzobispal. Los canónigos toledanos perdieron progresivamente el derecho a elegir a su prelado, derecho que en la segunda mitad del siglo XV está completamente en manos regias. Tanto Juan II al nombrar a Alfonso Carrillo en 1446 como los Reyes Católicos al situar en ella a Pedro

²³ T. de Azcona, *Ob. cit.*, págs. 201 y ss. El autor recoge con abundante aparato crítico y numerosos ejemplos cómo se concretan los criterios para la elección y reforma del episcopado español y formula un tipo de "obispo ideal" que se intenta situar al frente de las sedes.

González de Mendoza en 1482 y a Francisco Jiménez de Cisneros en 1495 no tienen en cuenta la opinión del cabildo y actúan, exclusivamente, conforme a sus intereses.

La realidad es que para los monarcas castellanos no fue, en ningún caso, una cuestión menor la posibilidad de obtener el control sobre la archidiócesis toledana, sin duda alguna, por razones más que evidentes. Toledo era la sede primada, su titular coordinaba una enorme provincia eclesiástica y tenía un enorme peso político, por lo que para los reyes contar con la lealtad del arzobispo de Toledo suponía arrastrar a prácticamente la totalidad de los obispados hispanos, al menos de los castellanos. Además, la archidiócesis toledana tenía un enorme significado económico, ya que era el más grande y rentable arzobispado de los reinos hispánicos, dominaba un señorío temporal de magnas proporciones, y por ello su titular era en todos los casos un influyente personaje que en frase de algunos viajeros que pasaron por la ciudad entre fines del siglo XV y principios del XVI "non prelado, si non Papa paresce", siendo considerado "el segundo en Hispania despues del rey, no solo por su dignidad y autoridad, sino tambien por los pueblos, rentas y poder"²⁴.

Era un serio peligro para los soberanos de Castilla que una sede tan apetecida cayera en manos de personas desleales e inconvenientes o exclusivamente ávidas de poder y riqueza. Tales eran los riesgos que de ello se podían derivar que los Reyes Católicos llegaron incluso a plantearse la fragmentación de la archidiócesis a fin de cercenar el poderío de sus titulares. Así sucedió en 1495 a la muerte de Mendoza, aunque las dificultades que ello planteaba les hicieron reconsiderar la situación y

²⁴ El verdadero significado y alcance de la sede toledana fue objeto de análisis en el capítulo que dedicamos a señalar el contexto histórico-eclesiástico que envuelve la vida del cabildo en la segunda mitad del siglo XV, por lo que a él nos remitimos para encontrar las oportunas citas y detalles.

finalmente se mantuvo la unidad en la persona de Cisneros. De todas formas el tema no se cierra del todo y volvió a plantarse en algunos momentos posteriores, concretamente en tiempos de Carlos I²⁵.

Al margen de esta tardía y frustrada iniciativa regia, lo cierto es que todas las razones mencionadas ayudan a entender que los reyes castellanos, haciendo uso de todas las prerrogativas que van obteniendo de los pontífices, especialmente del derecho de suplicación que se les reconoce desde 1421, intervengan en la provisión de la silla arzobispal y arrinconen las atribuciones que en justicia correspondían al cabildo y que éste irá poco a poco perdiendo. La postergación de que es objeto la corporación iba en contra de lo dispuesto por las decretales canónicas y por los propios estatutos capitulares. De hecho, la compilación de don Blas Fernández, que recoge toda la realidad jurídica del cabildo hasta 1357, expresa claramente que era competencia de los canónigos prebendados la elección del arzobispo, así como la del deán, dignidades y oficios catedralicios²⁶.

La mención estatutaria no garantizaba en modo alguno su cumplimiento y, de hecho, ya en el *siglo XIV* el cabildo tuvo dificultades para poder ejercer el derecho que justamente le correspondía, comenzando a sufrir las ingerencias de poderes externos. Durante ese siglo fueron especialmente significativas las intervenciones pontificias, de acuerdo con el derecho de reservación de que empiezan a hacer gala los papas. Ello provocará una reacción del cabildo que, ante cualquier nueva vacante, intentaba actuar con perspicacia y rapidez, procediendo a efectuar la elección lo antes posible a fin de anticiparse a la previsible colación papal. Así sucedió a la hora de elegir a Gutierre Gómez de Toledo (1310-1319) y al

²⁵ La idea parece desecharse, entre otras cosas, por razones de "prestigio nacional, pues desaparecería el nombre y gloria que la Iglesia de Toledo goza en la Iglesia universal". T de Azcona, *Ob. cit.*, pág. 31.

²⁶ B.N. Mss. 6260, f. 1v: "Ad quos quidem canonicos prebendatos seu mansionarios electio pontificis et decani noscitur pertinere...".

maestro Domingo (1319-1322), electo que no llegó a ser confirmado por la curia²⁷. A partir de esa fecha y en las diferentes ocasiones en que hay que cubrir la sede, el cabildo lo tuvo más difícil para designar libremente a sus candidatos, porque casi siempre acabaron imponiéndose los de reyes y papas.

Así, la influencia regia está muy presente en la elección de Juan de Aragón (1319-1328), hijo del rey Jaime II y cuñado del infante castellano don Juan Manuel, influyente personaje durante la minoridad de Alfonso XI; de Gil Álvarez de Albornoz (1338-1350), cuya designación es solicitada por Alfonso XI al cabildo que, pese a preferir al deán don Blas Fernández de forma mayoritaria, acaba plegándose a los intereses regios; y del propio Blas Fernández (1353-1362), elegido a instancias de Pedro I y de su madre, María de Portugal, a cuyo servicio llevaba muchos años. Por su parte, la colación vino directamente de Aviñón en los casos de don Gonzalo de Aguilar (1351-1353), al vacar la sede en la curia por promoción al cardenalato de Gil de Albornoz; de Gómez Manrique (1262-1375); y de Pedro Tenorio (1377-1399), que se impone frente a Juan García Manrique, obispo de Sigüenza, y Juan Fernández Cabeza de Vaca, deán de Toledo, defendidos respectivamente por rey y cabildo²⁸.

Llegamos de esta forma al *siglo XV* que, si bien se inicia para la sede toledana con dos designaciones pontificias, acabará viendo como se afianza el intervencionismo regio a partir de 1421, de la misma forma que sucede en el resto del reino. Tal como queda dicho, los reyes obtuvieron expreso reconocimiento papal de su derecho a proponer, suplicar y presentar a los candidatos que después, y como una mera formalidad jurídica, elegiría el

²⁷ La primera mención de este personaje la ofreció J. F. Rivera Recio, *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*, Toledo, 1968, pág 75.

²⁸ Los datos que aquí recogemos de manera sucinta están mejor analizados por *Ibidem*, págs. 71-98, y *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 66-83.

cabildo en solemne sesión capitular. Por esta fórmula fueron designados seis arzobispos, quedando el cabildo limitado, en el mejor de los casos, a dar su asentimiento.

El estudio de la evolución de los nombramientos de arzobispos toledanos durante el siglo XV permite diferenciar varias etapas que, amén de corresponderse con reinados y momentos distintos en la trayectoria política castellana, coinciden con diversas fórmulas y modalidades de elección, así como con un diferente papel a cumplir por el cabildo, que cada vez se verá más arrinconado y privado de ejercer su derecho a participar en el proceso electoral. Tres son las fases que jalonan dicha trayectoria: la primera, coincidente con los años finales del reinado de Enrique III y la minoridad de Juan II, en la que prima la mediación papal; la segunda, durante el periodo de dominio efectivo del propio Juan II, en la que se afirma la intervención regia, aunque manteniéndose el "simulacro" electoral por el cabildo; y la tercera, en la que con los Reyes Católicos se produce la clara postergación del cabildo, cuyo concurso no se requiere en absoluto. Veamos los contenidos de cada una de ellas.

1.- Como decíamos, durante el primer periodo asistimos a una fuerte presencia pontificia a la hora de cubrir las dos vacantes que se producen en la mitra toledana, coincidiendo con los últimos años del reinado de Enrique III y la minoridad de Juan II. Estamos en los difíciles momentos del Cisma durante el cual hasta estuvo excomulgado Enrique III al sustraerse a la obediencia papal. Esto genera una situación bastante particular en lo relativo a las provisiones episcopales, dándose el caso de beneficios que podían estar ocupados a la vez por dos personas diferentes y en la que difícilmente reyes y papas se avenían a aceptar las propuestas hechas por la otra parte²⁹.

Es lo que sucedió cuando en 1399 se produce la vacante toledana por

²⁹ J. M. Nieto, *Iglesia y génesis de Estado moderno...*, págs. 366-367; F. Suárez Bilbao, *Enrique III. 1390-1406*, Palencia, 1994, págs. 191-193.

la muerte de Pedro Tenorio. Hasta 1403 en que Castilla vuelve a la obediencia avinionesa de Benedicto XIII no se provee la sede y durante todo ese tiempo cada una de las partes tenía sus candidatos: el cabildo se decanta en principio por fray Hernando Yáñez, monje jerónimo y, finalmente, por el arcediano de Guadalajara, Gutierre Álvarez de Toledo, pero ninguno de ellos prospera; Enrique III deseaba el puesto para su sobrino Sancho, a la sazón un niño de seis años; Benedicto XIII apoya a su sobrino, *Pedro de Luna*(1403-1414), elección que finalmente impera y se efectúa en junio de 1403. Ni el cabildo ni, por supuesto, el rey estuvieron de acuerdo con este acto de nepotismo. De hecho, éste último, en abierta oposición con el papa, prohíbe que se reciba al electo en Toledo y se le dé la posesión de su arzobispado por tratarse de un "extranjero e non natural destos regnos e mozo de non gran edad". Incluso se secuestraron las rentas de la mitra toledana en favor del fisco real y Pedro de Luna no pudo tomar posesión de la sede hasta la muerte del rey en la Navidad de 1406³⁰.

A su muerte en 1414 podrían haber vuelto a surgir dificultades, pero esta vez Benedicto XIII escuchó la suplicación que le elevaron los regentes del aún niño Juan II, Catalina de Lancaster y Fernando I de Aragón, para que proveyese la sede primada en la persona de *Sancho de Rojas*(1415-1422), tutor del monarca. El pontífice, que ya había elevado a Sancho con anterioridad a la sede palentina y tenía en él un leal valedor, no vio dificultades para acceder al nombramiento en junio 1415³¹.

2.- La segunda etapa se inicia una vez ascendido Juan II a la mayoría de edad en 1419, ya que a partir de entonces comenzará a imponer su

³⁰ R. González Ruiz, "Don Pedro de Luna", en *Los Primados de Toledo*, págs. 84-85; J.F. Rivera Recio, *Ob. cit.*, págs. 99-103.

³¹ *Ibidem*, págs. 86-87 y 105-106.

voluntad en las elecciones sin consentir intromisiones externas³². Pese a ello, al cabildo aún le correspondía desempeñar un papel, por más que fuera secundario, ya que era él quien debía formalizar la elección del candidato a quien el rey había designado previamente.

La primera ocasión se presentará a la muerte de Sancho de Rojas en 1422. Frente a los deseos del cabildo, que pretende elegir al maestrescuela Juan Álvarez, el rey presionará a favor del deán *Juan Martínez de Contreras*(1423-1434), por quien finalmente se decanta la elección capitular "por no enojar al rey". De los treinta canónigos presentes en la misma solo cuatro votaron en contra del deán, pero después hicieron bastante ruido al recurrir ante el papa Martín V, aunque éste, lejos de admitirlo, confirmó la elección sin problemas³³.

Las dos siguientes designaciones siguen viendo a los cabildos acatar la voluntad impuesta por el monarca, aunque en estos casos la imposición se hace a instancias del privado y poderoso condestable, Alvaro de Luna, que es quien propone sus candidatos al rey. Así sucederá a la muerte de Martínez de Contreras en 1434, encontrándose el cabildo dividido entre varios nombres³⁴. Fue el rey el que dispuso que el elegido fuera *Juan de Cerezuela*(1434-1442), hermano de madre del condestable, a lo cual se avino el cabildo³⁵. Por su parte, *Gutierre Álvarez de Toledo*(1442-1446), que

³² Un trabajo aparecido recientemente expone con mayor detalle que nosotros estas circunstancias, aunque llega a similares conclusiones: O. Villarroel González, "Las intervenciones regias en las elecciones episcopales en el reinado de Juan II de Castilla (1406-1454). El caso de los arzobispos de Toledo" en *Anuario de Estudios Medievales* 31/1 (2000), págs. 147-190.

³³ *Los Primados...*, págs. 88-89. El cronista del reinado, Fernán Pérez del Pulgar ha dejado interesantes descripciones al respecto en sus *Generaciones y semblanzas e obras de los excelentes Reyes de España don Enrique el Tercero e don Juan el Segundo y de los venerables perlados y notables caballeros que en los tiempos destos Reyes fueron ordenados...*, Madrid, 1953.

³⁴ F. de Pisa, *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, Toledo, 1605, (Ed. facsímil, Madrid, 1974), f. 203r, apunta como aspirantes al arcediano Guzmán y al deán Villaquirán.

³⁵ *Los Primados*, págs. 90-91 y T. de Azcona, *Ob. cit.*, pág. 69.



había sido ya designado por el cabildo años antes sin que se atendiera su elección, fue nombrado no sin dificultades, pues había otros candidatos, entre los que se contaban los titulares de sedes tan significativas como Santiago, Palencia y Oviedo. No obstante, la influencia del infante de Aragón, don Juan, y el poder en ascenso de su sobrino Fernando Álvarez de Toledo, conde de Alba, cada vez más cerca de Alvaro de Luna, se decantaron por su elección³⁶.

3.- Llegamos así a la tercera y última fase en la historia de las elecciones episcopales toledanas, coincidente con años finales del reinado de Juan II y, sobre todo, con el de los Reyes Católicos. En ella se ofrece como novedad, no la cada vez mayor ingerencia regia en las elecciones, pues eso ya se arrastra desde momentos anteriores, sino la exclusión del cabildo de cualquier posibilidad de intervención en el proceso electoral. Francisco de Pisa, uno de los autores que narraron la historia de la ciudad en época moderna, refleja claramente la situación al referirse al fallecimiento de Gutierre Álvarez de Toledo en los siguientes términos:

Este Arçobispo de Toledo parece aver sido el ultimo de los electos por votos de los canonigos en su cabildo, quanto se puede colegir de los actos capitulares del; y desde adelante, los que han sucedido han sido proveydos y nombrados a presentacion de los Reyes de España, como patrones meritisimos, sin pedir votos ni parecer del capitulo³⁷.

Así pues, los tres prelados toledanos elegidos desde los años centrales del siglo XV, además de tres personajes fundamentales para entender la vida política y eclesiástica de la Castilla de fines de la Edad Media, son los primeros designados directamente por los reyes, sin contar ni siquiera con el "simulacro" de elección por el cabildo que hasta entonces aún se consideraba. El primero de ellos es *Alfonso Carrillo* (1446-1482), elegido al final del reinado de Juan II y que, como en los casos anteriormente

³⁶ *Ibidem*, págs. 92-93.

³⁷ F. de Pisa, *Ob. cit.*, f. 203r.

descritos, debe su designación a la influencia de Alvaro de Luna. Pese a que el monarca prefería al, a la sazón obispo de Cuenca, fray Lope de Barrientos, la voluntad del condestable se acabará imponiendo, de tal manera que Juan II accederá a realizar la consiguiente suplicación ante el papa Eugenio IV. Éste acepta sin dificultades, situando a Carrillo en el camino de un arzobispado que ocupa desde 1446 y en el que, como mencionamos en otro apartado, alcanzará grandes éxitos pero también algunos sinsabores³⁸.

Durante el reinado de Enrique IV no se realiza ninguna provisión para la sede toledana, ya que el largo pontificado de Carrillo se prolonga hasta 1482, momento en que son ya los Reyes Católicos quienes ocupan el poder. Ellos sí tendrán, por tanto, la oportunidad de cubrir la vacante de la apetecida sede toledana, para lo cual no dudan en contar con quien fuera uno de sus más firmes aliados, *Pedro González de Mendoza* (1482-1495). Éste contó también con las simpatías del papa Sixto IV, interesado como estaba en provocar un movimiento de sedes que favoreciera a su sobrino, Rafael Riario, para el que deseaba la sede sevillana que dejaba libre Mendoza, circunstancia que no se produce ante la negativa de los reyes a proveer tamaña sede en un extranjero. El conflicto a que podría conducir tal negativa llevó al propio Mendoza a tomar cartas en el asunto y, ante el temor de no recibir Toledo, acabó por convencer a los soberanos de la posibilidad de ceder al nepote la sede de Osma, que él mismo ostentaba hasta el momento. Ello da idea del talante negociador de Mendoza, de su privanza ante los reyes y, desde luego, de su interés por tomar posesión a toda costa de la archidiócesis primada³⁹.

³⁸ J.M. Nieto, *Ob. cit.*, pág. 370. El Archivo capitular conserva la bula de Enrique IV en la que comunica al cabildo el nombramiento del nuevo prelado y solicita le obedezcan y tengan por tal: A.C.T. A.9.A.1.1. (1446, agosto, 3, Roma).

³⁹ T. de Azcona, *Ob. cit.*, págs. 132-133.

Los años finales del siglo XV aún darían ocasión a los monarcas de proceder a una nueva elección ante la vacante dejada por Mendoza en enero de 1495. Será entonces cuando, ignorando una vez más al cabildo, designarán a *Francisco Jiménez de Cisneros* (1495-1517), según algunos cronistas a instancias del propio Mendoza que, sabedor de su enfermedad, recomienda a los reyes la figura de este asceta franciscano de clase media, sin lazos de familia con los grandes linajes, y que supuso una verdadera revolución en el reino y un rudo golpe para la nobleza y la élite eclesiástica toledana, entre la que se encuentran las dignidades y canónigos catedralicios. En efecto, la elección de Cisneros para la sede primada sorprendió a todos, pero lo cierto es que no fue una decisión improvisada, sino muy meditada por los monarcas, que ven en él al candidato idóneo para cumplir con sus proyectos de reforma. Precisamente fueron las iniciativas reformistas que el prelado quiere implantar en su nueva sede las causantes, primero de la inquietud, y después de la airada reacción del cabildo, que ve en ellas una clara amenaza a sus privilegios y exenciones. Nunca hasta entonces, por más que hubiera diferencias de criterio con los poderes regio o papal sobre el candidato idóneo para ocupar la sede, se había suscitado en el seno de la corporación primada un conflicto de tales proporciones, similar a los que con anterioridad protagonizaron otros cabildos hispanos⁴⁰.

En definitiva, el resultado de todo este proceso evolutivo, que llega a su culminación a finales del siglo, confirma la cada vez más acusada postergación del cabildo a un segundo plano por la acción de los reyes, que

⁴⁰ Entre las obras que ofrecen las claves para entender este complejo entramado de hechos destacaremos por los datos que ofrecen sobre las motivaciones regias para la elección de Cisneros las de J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, págs. 271-324, y *El cardenal Cisneros. Vida y empresas*, t. I, Madrid, 1992, págs. 52-86. En el próximo capítulo, a propósito de la situación que vive Toledo ante la vacante dejada por Mendoza, recogeremos más bibliografía sobre el episodio cisneriano.

acaban supliendo todas sus anteriores atribuciones en materia electoral⁴¹. El propio Mendoza, tan fuerte apoyo en todo momento para la monarquía, hizo en su testamento fechado el 23 de junio de 1494 un firme alegato a favor de la necesaria limitación de atribuciones de los cabildos en las elecciones episcopales, especialmente en la de su sucesor. El cardenal recuerda los desórdenes que se han producido en otras diócesis porque los cabildos "se han entremetido a fazer elecciones e postulaciones de algunas iglesias vacantes", al tiempo que reconoce "el gran zelo que la muy poderosa Reyna mi Señora tiene a la honrra e conservacion de la iglesia". Basándose en tales argumentos, se anticipa a los problemas que pudieran suscitarse a su muerte y se muestra claramente partidario de dejar en manos regias todos los actos a realizar ante la vacante de la sede, entre los que ocupa un lugar preferente la elección del nuevo titular⁴². Cuando en el capítulo siguiente analicemos el papel que corresponde desempeñar al cabildo durante los periodos en que la sede permanece vacante, volveremos a mencionar las disposiciones testamentarias de Mendoza.

B.- Procedimiento seguido en la provisión de la mitra toledana

A pesar de que la capacidad de maniobra del cabildo toledano con respecto a las provisiones arzobispales era cada vez más pequeña y, desde luego, no tuvo ocasión de ejercerla en los nombramientos de Carrillo, Mendoza y Cisneros, el cabildo no renuncia formalmente a sus derechos y sus estatutos siguen reflejando la mecánica y los pasos que obligatoriamente

⁴¹ Un buen ejemplo de la similar evolución que siguen estos acontecimientos en una sede episcopal perteneciente a la provincia eclesiástica toledana en M. Nieto Cumplido, "La elección de obispos de Córdoba en la Baja Edad media", en *Andalucía Medieval, Nuevos Estudios*, Córdoba, 1979, págs. 75-103.

⁴² *Copia fiel y exacta del testamento del cardenal arzobispo que fue de Toledo, Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excelentísima Diputación provincial de Toledo*, Toledo, 1915, págs. 25-27. El original del texto se encuentra en la Diputación de Toledo bajo la signatura, A.D.P.T., Santa Cruz, Leg. 59 nº1.

había que seguir ante cada nueva elección arzobispal.

El primer punto era la notificación de la vacante al monarca y la solicitud al mismo de que concediera la licencia para comenzar el proceso (consensus)⁴³. En tanto éste duraba, los reyes guardaban los bienes que tenía asignados el arzobispado a fin de impedir una merma en los mismos y con el compromiso de devolverlos una vez que el nuevo prelado fuese confirmado. Concedido el consentimiento regio, seguía el acto electoral propiamente dicho en el que sólo participaban los cuarenta canónigos y que se realizaba, tras sepultar al prelado fallecido y decir sus exequias, en fecha que era previamente notificada a todos para que acudieran a pesar de encontrarse fuera atendiendo otros negocios. En efecto, como señalaremos al analizar las diferentes modalidades de reunión que celebraba el cabildo, la elección del prelado era la contingencia más importante que podía obligar a convocar de manera urgente y extraordinaria a la corporación y, dada la frecuente ausencia de los canónigos para atender negocios varios, era necesario que recibieran una notificación escrita en el lugar donde se encontraran para que pudieran regresar a la ciudad con diligencia. Únicamente no se les comunica a aquellos que están en el extranjero, "fuera de los reynos y señoryos del Rey e de la Reyna", ya que sería difícil que logran llegar a tiempo⁴⁴. La citada fecha era determinada por los canónigos presentes en una reunión previa del cabildo en la que, además, se instaba a todos los asistentes a "hacer oraciones y sacrificios" a fin de estar convenientemente iluminados para "dar mas justamente sus votos sin pasion

⁴³ Así lo recogen las Partidas I, tit. V, ley, XVIII: "Que quando vagare alguna eglesia que quier tanto decir cuemo ficar sin prelado, que se deben ayuntar todos los canonigos que fueren en aquella cibdat e enviarlo dezir al Rey o al Sennor de aquella tierra, pidiendol mercet quel plega e que les otorgue qye puedan fazer su eleccion sin premia ninguna e el develo facer.... E la razon por que lo deven fazer saber al Rey ante que eslean es esta: porque es defendedor e Emperador de la fe e de las eglesias e de los que la sirven e de sus bienes e otrossi porque es Sennor natural de la tierra o son fundadas las eglesias".

⁴⁴ Así lo recoge una constitución dada por el deán y el cabildo, sin fecha expresa, pero durante el reinado de los Reyes Católicos. B.N. Mss. 6260, f. 41v-42r.

y sin affiçion a la persona". Incluso se encomendaba rezar a los monasterios y casas de religiosos de la ciudad para que sus plegarias les señalasen el camino.

Llegado el día fijado para la elección, se reunía todo el clero catedralicio en una solemne Misa del Espíritu Santo celebrada en el altar mayor, en la cual había "sermon y predicador de sçiençia y buenas costumbres" a fin de exhortar a los canónigos para que dejaran a un lado sus particulares aficiones y eligieran teniendo en cuenta los méritos de los candidatos y las necesidades de la diócesis. Tras una procesión por la iglesia y una serie de himnos el conjunto de beneficiados y clérigos catedralicios acompañaban a los canónigos hasta el lugar de celebración del correspondiente cabildo, dejándolos solos para que comenzaran la sesión⁴⁵. Una vez dentro, la elección seguía cauces similares a los que se observaban en otras reuniones ordinarias del cabildo.

Elegido el candidato por mayoría de los votos, se volvía a notificar al monarca que, en teoría, aceptaba (*assensus*) lo dispuesto por la corporación, circunstancia que, como hemos visto, solía producirse a la inversa, es decir, era el cabildo el que elegía a la persona propuesta por los reyes. En todo caso, lo importante es que, independientemente de quien hubiera realizado la elección, una vez designado el candidato se iniciaba otro proceso en el que se buscaba la confirmación por el pontífice. Habitualmente era un embajador quien se ocupaba de los trámites necesarios, llevaba directamente a la Santa Sede los documentos de presentación del electo y trataba de captar adeptos a la causa que defendía, a fin de conseguir la aprobación del colegio cardenalicio encargado de examinarlas. Sus componentes podían aceptar o no, en función de que el papa tuviera sus intereses puestos en la sede, si bien, acabamos de ver que a lo largo del XV

⁴⁵ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 205r-v.

los papas no pusieron demasiadas trabas a los candidatos a ocupar la mitra toledana que les eran "suplicados" por los monarcas. En caso de que fuera aceptada su provisión, el electo tenía que hacer frente al pago en la curia de los gastos y tasas que generaba toda provisión; por su parte, la cancellería papal expedía las bulas y cartas ejecutoriales que daban efecto al nombramiento y facultaban al electo para tomar posesión de su nueva sede⁴⁶.

En este acto volvía a tener una importante participación el cabildo, ya que él era el encargado de dar la posesión al nuevo prelado. Estos no siempre acudían personalmente, ocupados como andaban siempre en mil negocios de la corte; solían enviar a un procurador encargado de "traher el poder y los recabdos del arzobispo". Cuando el deán y cabildo tenían constancia de la llegada a la ciudad del procurador o procuradores del prelado, comenzaba todo un ceremonial extraordinariamente prolijo en gestos y símbolos en el que, tras presentar los despachos que acreditan el nombramiento y celebrar solemnes misas y procesiones en el templo, los representantes tomaban asiento, primero en la silla arzobispal del coro, después en la del cabildo, y, finalmente, juraban el Libro de Constituciones capitulares⁴⁷. El procurador era también portador de una carta del monarca en la que se daban instrucciones al cabildo para que le posesionase de los bienes y señoríos pertenecientes al arzobispado que los reyes custodiaban desde el momento de producirse la vacante. El propio edificio catedralicio se implicaba en estos actos tan importantes poniendo de noche luminarias en la torre y haciendo tañer sus campanas⁴⁸. Verdaderamente, pocas

⁴⁶ T. de Azcona, "Análisis de la intervención regia en las provisiones", en *Historia de la Iglesia en España*, III-1º, Madrid, 1980, pág. 152.

⁴⁷ Conocemos la fórmula general empleada por los arzobispos a la hora de realizar su juramento en la que se comprometen a guardar y respetar "privilegia, constitutiones et consuetudines laudabiles huius Sancte Ecclesie": B.N. Mss. 6260, f. 45r.

⁴⁸ Una minuciosa descripción de todos los actos que confluían en estas tomas de posesión en Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, 205v-207r.

ceremonias han sido descritas con más detalle que la "entronización" episcopal, en la que se manifiesta la doble función del prelado como pastor y señor, ya que se convierte en el encargado de velar espiritualmente por su diócesis, pero también en el dueño y custodio de todos los bienes temporales que incluía⁴⁹.

Nos ha quedado constancia de la toma de posesión de Mendoza y Cisneros, realizada, no personalmente por ellos, sino a través de sus procuradores. Mendoza tomó posesión de su arzobispado el 20 de marzo de 1483 y en su nombre lo hacen dos canónigos toledanos Juan López de Medina, arcediano de Almazán en la Iglesia de Sigüenza y vicario general de la misma, y Francisco Álvarez de Toledo, maestrescuela de Toledo, y vicario general del nuevo arzobispo Mendoza⁵⁰. El mismo maestrescuela sería el encargado de tomar posesión en nombre de Cisneros el 24 de septiembre de 1495 ocupado como estaba éste "en algunas cosas complideras al serbicio del rey y de la reyna"⁵¹.

Una vez que el prelado tomaba posesión de su sede comenzaban unas relaciones con el cabildo que ambas partes procuraban que fueran buenas,

⁴⁹ A. Fliche-V. Martín, *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, pág. 387.

⁵⁰ A.C.T. A.9.B.1.1. También las Actas Capitulares, t. I, f. 118v, dan cuenta de estos actos: "En el cabillo, diecinueve de março de 1483, capitularmente los señores don Francisco Alvarez de Toledo, maestrescuela, e Juan López, arcediano de Almazán, canonigos e procuradores de su Señoria, presentaron las bullas e requirieron. E los señores mandaron llamar por çedula para otro día. El jueves siguiente, veinte de março, lo rescibieron e fueron cantando "Te Deum laudamus" al coro e alli entregaron la posesyon en la silla arçobispal en la qual fisieron asentar al dicho señor Juan Lopez, canónigo e procurador. E tornados al cabillo le fisieron asentar en la silla arçobispal e le asignaron lugar in capitulo en ella. E juró en la forma en de su señoria de guardar los estatutos, usos e loables costumbres de la dicha Sancta Yglesia que los arçobispos pasados acostumbraron guardar e guardaron".

⁵¹ Conservamos la carta y poder otorgado por Cisneros al maestrescuela para que tomara posesión de la Iglesia toledana en su nombre. El texto, junto con otras cartas de Cisneros ha sido publicado por J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 43-45. La exacta descripción de cómo se desarrolló esa toma de posesión en Libro Arcayos, B.C.T. 42-29, f. 178v-179r.

máxime entendiendo que el arzobispo era presidente nato del cabildo, intervenía en numerosos asuntos de la vida interna del templo y sus estatutos y disposiciones debían ser acatadas por todos los beneficiados. En general, y con la ya mencionada excepción de Cisneros, los capitulares no tuvieron graves conflictos con los prelados, en gran medida, porque las tareas desarrolladas por éstos en la corte no les dejaban demasiado tiempo para inmiscuirse en la vida interna de la corporación, aunque hemos visto que siempre dejan su impronta en algunos estatutos y, sobre todo, en las provisiones beneficiales.

Sus múltiples ocupaciones determinaron igualmente que las presencias efectivas de los arzobispos toledanos en la ciudad cabeza de su sede fueran escasas. Esa es la razón de que cada vez que se tenía noticia de su llegada a la misma, y desde luego mucho más cuando lo hacían por primera vez, se organizara un gran recibimiento rodeado de toda pompa y solemnidad. En efecto, la "entrada" del prelado en la ciudad y, por supuesto, en la catedral era preparada con gran cuidado por el cabildo a fin de recibirle con la reverencia y tributarle todos los homenajes de respeto, consideración y fidelidad que le correspondían como jefe supremo que era de la Iglesia y catedral primada⁵². Conocemos cómo se realizó la entrada en la ciudad por Mendoza y Cisneros y, en ambos casos, observamos que tardaron unos dos años en hacerlo desde el momento en que fueron elegidos. Mendoza no fue personalmente a la ciudad hasta 1484, llegando a ella con la reina, ambos camino de Andalucía, y fue recibido con toda la pompa y esplendor que el momento requería, aunque parece que el cabildo le instó a que se adelantara un día para poder atenderle como se merecía y hacerle

⁵² Libro Arcayos, B.C.T. 42-29, f. 207r-210r. En un capítulo posterior, dedicado a analizar la proyección exterior del cabildo, nos referiremos a la ocasión que el recibimiento tributado a los prelados daba para celebrar en la ciudad fiestas y divertimentos.

los honores⁵³. Por su parte, Cisneros hizo su entrada solemne el 20 de septiembre de 1497, en unos momentos de tirantez en sus relaciones con el cabildo, pero que no impidieron a éste actuar conforme al ceremonial previsto en los estatutos para la ocasión⁵⁴.

Así pues, tanto por lo poco habituales como por la consideración que merece la persona del prelado, las visitas de éstos al templo no pasaban desapercibidas para el cabildo, siendo obligado que toda la residencia catedralicia le recogiera en sus aposentos, le recibiera en las puertas del templo y le escoltase en su retirada. Algunos capitulares debían también acompañar y asistir al prelado cuando celebrase de pontifical en alguna otra iglesia de la ciudad y con ocasión de la Visita pastoral que va ligada a su cargo⁵⁵. El arzobispo, una vez en el templo, podía participar en las reuniones o cabildos, decir misa en las solemnidades y fiestas principales, y presidir las procesiones, siempre ocupando los puestos principales y de mayor honor.

Estas relaciones con el cabildo quedaban truncadas con la muerte del

⁵³ Así lo recoge F. de Medina y Mendoza, *Vida del cardenal Don Pedro González de Mendoza*, en *Memorial Histórico Español*, VI, Madrid, 1853, pág. 254. El cardenal se negó a adelantarse a la reina con estas palabras: "Señora, pues vuestra voluntad fue de me procurar provision de este arçobispado, yo reputo a la mayor honra e çeremonia que puedo resçeibir entrar acompañado a vuestra persona Real, y que vos me pongais por vuestra mano en la posesyon de la yglesya que me procurasteis y quedese esta çeremonia para otro tiempo y lugar, y no quiso entrar en la ciudad salvo acompañando a la Reyna". La documentación no ha dejado testimonio de cómo se desarrolló esta primera entrada, pero sí de otra de sus visitas, el 4 de diciembre de 1490, la cual sería aprovechada por el prelado para otorgar algunas de las principales constituciones dadas al cabildo. Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 177v.

⁵⁴ Lo describe con detalle Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 179r.

⁵⁵ Ese ceremonial se recoge en el estatuto de fines del siglo XVI que copió el racionero Arcayos en su libro y al cual venimos refiriéndonos en las páginas precedentes. Cada uno de los capítulos del citado estatuto ponen de manifiesto el cuidado que ponía la corporación en los detalles y gestos que habían de tenerse con el Arçobispo: "De como han de yr el deán y cabildo a visitar al Arçobispo", "De como a de venir a la yglesia el Arçobispo", "De como ha de estar el Arçobispo en el coro", "De las çeremonias con que ha de ser el Arçobispo quando estubiese en visperas, completas, maytines misa en el coro" y un largo etcétera. Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 197v y ss.

arzobispo, acontecimiento que obligaba a la corporación a tomar importantes disposiciones, tanto durante la enfermedad, pues tenía que rezar y hacer rogativas por su restablecimiento, como al producirse el óbito. Caso de fallecer en Toledo, el clero catedralicio debía administrarle el viático y en cualquier circunstancia, organizar la celebración de sus exequias, las misas de aniversario y su enterramiento en la catedral, todo ello, como siempre, siguiendo un estricto ceremonial. Cumplidos estos trámites, volvía a iniciarse todo el proceso electoral antes descrito, se reproducían con puntual exactitud los mismos hábitos señalados y, por descontado, el cabildo, si es que se lo permitían, atendía al gobierno de la sede en tanto durase la vacante.

4.2.- GOBIERNO DE LA DIÓCESIS EN SEDE VACANTE

4.2.1.- Planteamientos generales

La vacante de una sede episcopal podía producirse por muerte, renuncia, deposición o promoción del anterior titular a una sede de mayor envergadura. En el caso que nos ocupa, el de la poderosa archidiócesis toledana, la vacante casi siempre llegó por fallecimiento del prelado que la ocupaba, ya que difícilmente podían los arzobispos toledanos aspirar a una sede mejor, siendo como era ésta la primada de los reinos hispanos y la más rentable económicamente de cuantas se repartían el territorio peninsular. Antes al contrario, era normalmente la silla toledana la que se otorgaba como fin a toda una carrera eclesiástica y sólo la muerte obligaba a sus titulares a abandonarla. Caso excepcional, que quizá por ello merece la pena reseñar, fue el del arzobispo toledano don Gil Álvarez de Albornoz quien renunció al arzobispado al ser elevado al cardenalato en la curia aviñonesa en 1350, donde paso a desempeñar un papel como hombre de Iglesia al más

alto nivel⁵⁶.

Al margen de la forma en que se hubiese producido, lo relevante para nuestro estudio es que la vacante del titular de cualquier sede episcopal, no sólo obligaba al cabildo a iniciar todo el mecanismo electoral y de provisión antes descrito, sino que también entraba dentro de su competencia arbitrar las medidas necesarias para ocuparse del gobierno de la diócesis en tanto se designaba un sucesor. En efecto, desde los siglos XII-XIII está plenamente consolidada la capacidad del cabildo para asumir la jurisdicción episcopal y suceder provisionalmente al obispo en la administración de la sede. La corporación podía ejercer esta tarea colegialmente o por medio de una persona de su seno delegada a tal efecto, el vicario capitular, encargado de dirigir la diócesis en tanto se cubría la vacante⁵⁷.

Dos eran las finalidades de esa regencia interina: el mantenimiento intacto de los derechos espirituales y temporales de la sede y evitar cualquier intento de innovación. De este modo, el cabildo podía confirmar o anular elecciones y levantar censuras, pero no le estaba permitido nombrar los beneficios de colación episcopal, autorizar excomuniones, ejercer los derechos del obispo ni inmiscuirse en sus asuntos personales⁵⁸. El procedimiento era el siguiente: apenas conocida la vacante, se producía el cese inmediato de los oficiales episcopales que ayudaban habitualmente a los prelados a cumplir con sus tareas pastorales -vicario general, canciller, provisor, arciprestes, coadjutores- que eran relevados por un nuevo personal administrativo nombrado directamente por el cabildo⁵⁹. Éste debía, además,

⁵⁶ F.J. Fernández Conde, "Centralismo administrativo y fiscalismo de Aviñón. Sus incidencias en la Iglesia española", *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, 1982, págs 404-407.

⁵⁷ J.M. Pérez-Prendes, *Instituciones medievales*, Madrid, 1997, pág. 171.

⁵⁸ A. Fliche-V. Martín, *Historia de la Iglesia*, vol. XII, Valencia, 1976, págs. 389 y 395-396.

⁵⁹ Sobre las competencias de estos fieles servidores del obispo ver *Ibidem*, pág. 400-404, y J. Díaz Ibáñez, *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, Madrid, 1998, págs. 23-25.

avisar del fallecimiento a las correspondientes autoridades civiles y eclesiásticas, recoger e inutilizar los sellos de la dignidad arzobispal, disponer de todo lo necesario para sus exequias, y, como señalamos en el anterior apartado, convocar a los miembros del cabildo para la próxima elección. Con ella y con la toma de posesión del nuevo prelado se daba por acabada la situación de sede vacante y, por tanto, cesaban las atribuciones del cabildo.

Este procedimiento, que si todo se producía con normalidad no se alargaba más allá de unos meses, no tenía mayor finalidad que asegurar el mantenimiento de los derechos diocesanos en manos de la Iglesia y evitar vacíos de poder que pudieran perjudicarlos, pero, una vez más, el cabildo no pudo desarrollar con plenas garantías estas tareas. Como sucediera con las elecciones episcopales, su tradicional derecho a administrar la sede vacante fue también ambicionado por el poder monárquico, especialmente en lo relativo al control de los bienes y señorío temporal de los respectivos obispados. Las diferentes mesas episcopales se habían enriquecido con numerosas posesiones, vasallos y fortalezas, y los reyes ven la posibilidad de beneficiarse de ellos so pretexto de evitar que, en manos de los cabildos, ese importante señorío temporal pudiera ser usurpado. Paralelamente, manifiestan una tendencia a aprovechar estos momentos en que faltaba un titular a la cabeza de la sede para otorgar los beneficios vacantes de la misma a personas de su entera confianza. Estas ingerencias en materia temporal y beneficial serán el punto de partida de múltiples diferencias y reclamaciones entre ambas instancias, que, del mismo modo que en el terreno electoral antes descrito, se irán progresivamente saldando a favor de los soberanos.

La tendencia al intervencionismo regio en esta materia será general en el conjunto de reinos occidentales y así lo recoge la amplia normativa legal que se elabora en cada uno de ellos. En Castilla serán una vez más las

Partidas las que de forma más explícita fijan el reparto de competencias entre cabildos y reyes apenas producida la vacante. Así, este texto legal afirma que, una vez comunicada por el cabildo al rey la vacante acaecida, la corporación debía entregar al monarca o a su procurador todos los bienes pertenecientes a la mesa episcopal para que, en tanto se producía la elección y confirmación del nuevo prelado, el soberano los custodiase evitando posibles expolios y abusos⁶⁰. Los monarcas justifican estas actuaciones aludiendo a su derecho de guarda y custodia, regalía o "ius regaliarum", atribuciones que sumadas al derecho de suplicación de los beneficios que los reyes obtienen de los papas, ponen en sus manos una amplia capacidad para intervenir en la vida interna de las diócesis hispanas⁶¹.

Sucede, no obstante, que en ocasiones no se hizo un buen uso de ese derecho de guarda regia sobre los bienes episcopales y se incurrió en abusos por parte de los reyes y sus agentes que aprovecharon su privilegio para usurpar algunas rentas de las mesas episcopales. Los propios reyes intentaron evitar estos casos de expolio y es revelador el texto que envió Alfonso X a los obispos y cabildos de todas las sedes de su reino para indicarles cómo se llevaría a cabo ese derecho de guardia y custodia de los reyes a fin de no perjudicar a ninguno de los bienes propios de cada sede. El texto enviado a Toledo desde Brihuega va fechado el 23 de mayo de 1256⁶² y en él se indica, como en los otros casos, que para evitar problemas cada una de las partes que tenían intereses encontrados durante la sede vacantes deberían nombrar un representante que garantizaría la integridad de los bienes pertenecientes a la mitra. Sin embargo, no parece que la medida resultara muy efectiva; los expolios continuaron, afectando en ocasiones a los propios bienes capitulares, y, a pesar de esos buenos

⁶⁰ Partida I, título V, ley XVIII.

⁶¹ J. M. Nieto Soria, *Iglesia y poder real en Castilla*..., págs. 205-210.

⁶² A.H.N., Sellos, caja 12, núm 1.

propósitos de Alfonso X, los monarcas no protegieron con garantías suficientes el señorío temporal de la Iglesia ni actuaron con dureza frente a los agentes infractores. Tampoco tuvieron éxito los intentos de diferentes legados pontificios y papas, por lo que el problema se acaba enquistando y se transmite íntegro al siglo XIV⁶³.

En esta centuria un nuevo factor se suma al interés regio y contribuye a dificultar la libre actuación de los cabildos occidentales durante los momentos de sede vacante. Será el fuerte centralismo administrativo que impone la curia pontificia de Aviñon unido al complejo sistema fiscal que ponen en práctica los sucesivos papas el que, amén de pretender controlar las elecciones episcopales, tratará de utilizar en su provecho la falta de un titular al frente de las sedes. Ignorando los derechos tradicionalmente reconocidos a los cabildos, los papas reclaman para si un "derecho de expolio o despojo" que les permitía apropiarse de los bienes y rentas de los beneficios diocesanos en tanto perduraba la falta de su titular, incluida, lógicamente, la vacante episcopal. Juan XXII y, ya durante la segunda mitad del siglo XIV, Urbano V y Gregorio XI convirtieron esta práctica en regla general de la Iglesia, por la que la Cámara Apostólica se enriqueció sobremedera a costa de las propiedades diocesanas y redujo notablemente las atribuciones capitulares en sede vacante en el conjunto de diocesis occidentales, sin exclusión de las hispanas⁶⁴.

De cualquier forma, en los reinos peninsulares estas prerrogativas papales fueron cediendo progresivamente ante las reclamaciones regias. De la misma manera que, como vimos en el capítulo anterior, a los soberanos hispanos les será reconocida por la Santa Sede a lo largo del siglo XV la facultad de designar a los candidatos que considerasen más idóneos para

⁶³ J. M. Nieto, *Ob. cit.*, págs. 206-210.

⁶⁴ J.M. Pérez-Prendes, *Ob. cit.*, págs. 152-153; J. Fernández Conde, *Ob. cit.*, págs. 396-397.

ocupar las sedes episcopales de sus reinos, también recibirán de Roma la autorización para ejercer un control sobre las rentas y bienes temporales de las sede vacantes. La monarquía sale, por lo tanto, claramente fortalecida de su pulso con el papado y, una vez más, son los cabildos los que ven arrinconados sus derechos y competencias. La situación llegó a su máxima expansión en época de los Reyes Católicos, que desde un primer momento reclamaron su derecho a retener las posesiones y, especialmente, las fortalezas de señorío episcopal hasta la toma de posesión del nuevo prelado. Ello conculcaba los derechos capitulares y era un motivo más de disgusto de las corporaciones, aunque casi siempre acababan llegando a un acuerdo con los soberanos⁶⁵.

4.2.2.- La archidiócesis toledana en sede vacante

El cabildo toledano se vio exactamente igual de afectado que el resto de corporaciones hispanas por esta realidad, aunque hay escasas alusiones que permitan conocer su reacción ante todas estas intromisiones regias en sus competencias. El único momento en que sabemos a ciencia cierta de su disconformidad con la actitud de los monarcas es el que se produce en 1495, cuando, fallecido Mendoza, la corporación y los monarcas tienen intereses enfrentados a la hora de gobernar la sede vacante. A este episodio dedicaremos un apartado propio, no sin antes señalar unas breves líneas generales.

A.- Silencio documental sobre las vacantes arzobispales

A pesar de la indiscutible importancia que tenían para el cabildo los periodos de sede vacante, pues le permitían poner en práctica una buena

⁶⁵ J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, págs. 273-274.

dosis de sus capacidades y autoridad, sorprende la oscuridad sobre el tema que refleja la documentación capitular conservada. Los numerosos estatutos otorgados por diferentes prelados o por la propia corporación desde el siglo XII, así como las actas capitulares desde mediados del XV pasan de puntillas sobre la cuestión y no se detienen a especificar ni los derechos capitulares al respecto ni las posibles violaciones de sus prerrogativas por parte de los soberanos.

Pero, independientemente de ese silencio documental, no hay duda de que la archidiócesis vivió muchas situaciones de sede vacante; por referirnos solo a las acaecidas durante los siglos XIV y XV, hay que hablar de dieciséis, las que se producen desde la muerte de Gonzalo Díaz Palomeque en noviembre de 1310 a la de Pedro González de Mendoza en enero de 1495. Por lo general, estos periodos de sede vacante no se prolongan más allá de unos meses y tanto reyes como papas o los propios cabildos, en las cada vez más contadas ocasiones en que pudieron hacerlo, se muestran diligentes en el ejercicio de sus competencias electorales y atienden con prontitud al nombramiento del nuevo titular de la mitra. Empero, esta eficaz actitud no es totalmente "neutra", desde el momento en que todos son conscientes de que, cuanto más se alargase la vacante, más posibilidades había de que se produjeran intromisiones de las demás partes interesadas, por lo que tratan de evitar la ocasión para ello.

Sólo en aquellas circunstancias en que la realidad política impone sus limitaciones, estas situaciones de "interregno" en la diócesis se prolongaron más allá de lo habitual. El caso más destacado es el que se produjo a la muerte del arzobispo Pedro Tenorio en 1399. El momento, en plena crisis cismática, no favorece el entendimiento entre Benedicto XIII y Enrique III, y hace retrasar hasta 1403 la elección de Pedro de Luna, sobrino del pontífice, que aún habrá de esperar tres años más, hasta la muerte del

monarca, para tomar posesión de su sede⁶⁶. Sin duda es un caso extremo, que no invalida la impresión general de que el traspaso de poderes de un prelado a otro y, en general, las vacantes de la mitra toledana, transcurrieron con relativa normalidad.

Pensamos que de haberse producido tensiones la documentación regia o capitular y las cada vez más abundantes crónicas de los diferentes reinados no hubieran dejado de reflejarlas, pues eso es precisamente lo que sucedió en la última de las vacantes que se producen en la Edad Media. En efecto, a la casi totalidad oscuridad de periodos anteriores sucede un conocimiento muy preciso, que casi puede seguirse al día, de lo acontecido a la muerte del poderoso cardenal Mendoza a comienzos de 1495. Estamos ante un momento crucial en las relaciones cabildo-monarquía, con ambas instituciones en la cumbre de su poder e influencia, y a las que la vacante toledana planteará un conflicto de intereses en el que las dos se juegan, entre otras cosas, su propio prestigio.

B.- La sede primada a la muerte del cardenal Mendoza

De las tres figuras arzobispales que desarrollaron su ministerio durante la segunda mitad del siglo XV, sólo conocemos con detalle lo que sucedió a la muerte del cardenal Mendoza el 11 de enero de 1495 y durante el breve periodo que precedió a la designación de Cisneros por los Reyes Católicos. Aunque la comunicación oficial del nuevo nombramiento no llega al cabildo hasta junio de ese año, ya el 20 de febrero, tras previa suplicación de los reyes, se expide en Roma la correspondiente bula que confirma su nombramiento, y es precisamente durante el mes que precede a tal circunstancia, cuando los intereses encontrados de reyes y cabildo generan una situación de profunda gravedad con tensiones que nunca hasta entonces

⁶⁶ R. González Ruiz, "Don Pedro Tenorio", y "Don Pedro de Luna", en *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 82-85.

se habían hecho tan evidentes.

Pero el malestar del cabildo no cesa con la elección del nuevo prelado y la finalización de la sede vacante; aunque no hay nada que nos haga suponer una aversión previa hacia Cisneros, lo cierto es que los planes de reforma de este enérgico franciscano son rechazados de plano por la corporación que ve en su actitud una continuidad con la vulneración de sus privilegios de que ya hicieron gala los monarcas durante la sede vacante. Es por ello que las tensiones que se inician a la muerte de Mendoza se prolongan durante los primeros años del pontificado cisneriano y darán lugar a episodios complejos, en los que algunos canónigos incluso acabaron en prisión. Por consiguiente, el interés que tiene el conocimiento de lo acaecido en Toledo durante la sede vacante de 1495 va más allá del propio hecho concreto y se proyecta en las difíciles relaciones mantenidas por el cabildo y Cisneros. Así lo manifiestan los abundantes trabajos que analizan este periodo y a los que las siguientes páginas deben buena parte de sus afirmaciones⁶⁷.

Los hechos se desencadenan desde que, al vacar la sede primada el 11 de enero de 1495 por el fallecimiento del Mendoza, enfermo hacía unos meses, la maquinaria regia se puso en rápido funcionamiento para impedir que fuera el cabildo quien tomara las riendas de la situación y dispusiera las medidas habituales de cara a asumir la administración de la diócesis. Los

⁶⁷ Entre las obras que analizan este periodo cisneriano destacamos las siguientes: J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, y *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, 2 vols., Madrid, 1992; J. Meseguer Fernández, "Relaciones del Cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio Toledo renacentista*, t. I-1ª parte, Madrid, 1980, págs. 27-147, y "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 3-47; F. de San Román, "Cisneros y el cabildo primado al finalizar el año 1503", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, nº 3 (1919), págs. 65-96; L. Suárez Fernández, "Cisneros e Isabel la Católica", en *V Simposio del Toledo renacentista*, t. I-1ª parte, Madrid, 1980, págs. 15-24; T. de Azcona, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid, 1964, y *La elección reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960; J. Pérez (dir.), *La hora de Cisneros*, Madrid, 1995.

Reyes Católicos querían ser, indiscutiblemente, los encargados de elegir al nuevo sucesor de la mitra primada, cargo para el que ya pensaban en Cisneros, pero, no contentos con ello, desean controlar la vacante y realizar los nombramientos de oficiales y vicarios para gobernar la poderosa archidiócesis, cargos que recaerían en personas afines y de la total confianza regia. A tal efecto, el mismo día del óbito envían una carta al cabildo instándole a no tomar ninguna medida por cuenta propia y ordenándole el envío de una legación a la corte para recibir instrucciones sobre las medidas que habrían de adoptarse en tanto se cubría la vacante⁶⁸.

La precisa disposición de los monarcas no se improvisa. Hacía ya tres años que habían obtenido de Alejandro VI la facultad correspondiente para actuar en sede vacante, licencia que les será renovada poco después de la muerte de Mendoza tras previa solicitud de los reyes que, sabedores de la delicada salud de su fiel aliado, querían tener las garantías necesarias para actuar con total legitimidad⁶⁹. Esta actitud responde al temor de los reyes de perder el control de una sede tan inmensamente rica y poderosa como la de Toledo, un pequeño estado dentro del reino castellano poblado de ricas y productivas villas y de importantes fortalezas en zonas fronterizas, tanto que, como se ha señalado en alguna ocasión, los reyes dudaron incluso a cerca de la posibilidad de desmembrar tan significativa archidiócesis⁷⁰.

⁶⁸ B.N. Mss. 13111, f. 145r-v. La carta de los Reyes ha sido publicada por J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada" en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 42-43. En ella los monarcas recuerdan al cabildo que "porque en las cosas que se han de proveer tocantes al arzobispado de esa yglesia queremos que se fagan como cumple al servicio de Dios e bien de essa santa e arzobispado, vos mandamos y encargamos que antes que entendasi en proveer en cosa alguna assi en spiritual como temporal de lo que se ha de proveer por esta vacación, diputeis quatro o cinco personas de vosotros que vengan a nos y sean aquí el martes primero Dios queriendo".

⁶⁹ J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio Toledo renacentista*, t. I-1ª, Madrid, 1980, págs. 29-30.

⁷⁰ J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del Cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, págs. 19-50, ofrece un interesante panorama sobre las posesiones del señorío arzobispal en época de Cisneros.

Pero los monarcas no sólo preparan la sucesión de Mendoza tratando con la Santa Sede. Sus buenas relaciones con el poderoso cardenal de Santa Cruz les harían tratar con él de estas cuestiones relacionadas con la situación en que quedaría la sede primada tras su fallecimiento. Prueba de ello es el interesante párrafo que recoge el testamento del prelado en el que dispone las medidas que habría de tomar el cabildo al producirse la vacante. El cardenal ordena que a su muerte las propiedades y fortalezas del arzobispado toledano, así como de la sede de Sigüenza que conservaba y de la abadía de Santa María de Valladolid, le sean ofrecidas por sus alcaides y tenentes "a la Reyna mi Señora". El prelado justifica esta medida ante el cabildo, recordando los desmanes que recientemente se habían producido en algunas sedes episcopales a la muerte de sus titulares, máxime cuando la elección realizada por los cabildos no siempre era aceptada por todos ni recaía en la persona idónea. Las consecuencias de esta situación fueron muy negativas para algunas iglesias, cuyas propiedades fueron ocupadas, desembocando incluso en "muertes, robos e scandalos e desobedienzas a la fe apostolica e a los reyes e enagenamientos de las possesiones e rentas de las tales iglesias"⁷¹. Mendoza no olvidará los problemas acaecidos "en muchas vacaciones de iglesias" y no estará dispuesto a que se reproduzcan en la sede primada. Por ello desautorizará cualquier elección realizada por el cabildo, así como su intervención en la tenencia de fortalezas del arzobispado que quedarían en manos de la reina quien las entregaría "a las personas que su alteza para ello diputare"⁷².

⁷¹ El prelado habla explícitamente de los problemas acaecidos en Santiago, Sevilla, Sigüenza y Osma a la muerte, respectivamente, de Rodrigo de Luna, Alfonso de Fonseca, Fernando de Luján y Pedro Montoya.

⁷² El texto, va fechado en Guadalajara a 23 de junio de 1494. El original se guarda en la Diputación Provincial de Toledo, A.D.P.T. Santa Cruz, Leg. 59, nº1, y está publicado en *Copia fiel y exacta del Testamento del Cardenal Arzobispo que fue de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excelentísima Diputación de Toledo*, Toledo, 1915, págs. 25-27.

Así pues, todo un clima favorable a reducir las atribuciones del cabildo toledano durante la vacante que se intuía próxima se va difundiendo en los últimos años de vida del poderoso cardenal Mendoza. No obstante, tal circunstancia no pareció influir demasiado en los propósitos de la corporación ni le impidió ignorar las órdenes emanadas de la autoridad regia, ante la que adoptará una actitud de franco desafío. Al menos así hay que interpretar el hecho de que, apenas llegada al cabildo la noticia del fallecimiento en Guadalajara del arzobispo⁷³ y, desoyendo las disposiciones incluidas en la carta enviada por los reyes, no sólo no enviase a la corte los delegados requeridos, sino que se reuniera en sesión capitular para establecer los "oficios que se avian de proveer en esta sede vacante"⁷⁴. La relación de los cargos, al frente de los cuales se situarán las dignidades y canónigos más destacados de la corporación, es larga y de la misma cabe destacar las siguientes figuras:

- Dos vicarios para la corte y audiencia de Toledo, encargados de ejercer justicia en el distrito de su jurisdicción.
- Seis gobernadores para las villas y arciprestazgos más señalados de la archidiócesis, a saber, la villa de Alcalá y su tierra; las villas de Uceda, Talamanca y Torrelaguna; la villa de Brihuega con Fuentes, Santorcaz, Utrilla, Almálvez y Alcolea; La Guardia, Yepes, Lillo y el Romeral; la villa de Illescas, Valdemoro, Chozas, Almonacid, Canales, Belinchón y Virumbrales; y la villa de Talavera y su tierra con Puente del Arzobispo y el Hospital. Su misión era presidir y velar por las funciones administrativas que en cada una de las circunscripciones citadas estaban en manos de un

⁷³ Las Actas Capitulares del día 12 de ese mes (A.C.T. Actas Cap. II, f. 71r), recogen la manera en que recibió el cabildo la noticia del óbito, así como la orden regia: "En doce de henero de XCV annos los sennores pronunçiaron por vaco este arçobispado de Toledo por fyn e muerte del sennor cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoça que fue desta Sancta yglesia el qual fyno a once dias del mes susodicho de enero de XCV annos".

⁷⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 71r-v. (1495, enero, 15)

nutrido personal auxiliar.

- Dos visitantes del arzobispado con una definida misión inspectora.
- Un contador mayor y cinco mayordomías a quienes quedan confiadas las destacadas tareas hacendísticas a desempeñar en el territorio arzobispal.
- Junto a ellos hay toda una serie de oficios claves para poder ejercer el gobierno en el señorío de la mitra: un alguacilazgo; cinco fiscalías, una en Alcalá, dos en Toledo y otras dos generales para todo el arzobispado; dos escribanías de las rentas del arzobispado y un escribano mayor; dos fiscalías del arzobispado; un encargado de los contratos de los ganados extranjeros; el carcelero de Toledo; dos caserías en Toledo y Alcalá; el Adelantado de Cazorla; y el guarda del sello arzobispal.

Se trata, en definitiva, de una amplia lista de oficios civiles que atienden exclusivamente al gobierno temporal de la sede y que permitían al cabildo encargado de su supervisión el control efectivo sobre los diferentes lugares que conformaban el señorío de la mitra toledana⁷⁵.

Distinta fue la actitud mantenida por la corporación con el importante conjunto de cargos que conformaban el sistema militar y defensivo del arzobispado, en el que se integraban fortalezas de diversa importancia como la propia torre de la catedral, los cercanos castillos de Almonacid y Canales, la torre existente en la villa de Illescas, las fortalezas de La Guardia y Talavera, las dos modestas torres de Puente del Arzobispo y, ya fuera de las tierras toledanas, las fortalezas más al norte de Alcalá, Uceda, Fuentes y Perales⁷⁶. A pesar del evidente interés que despertaba la posesión de la guarda y tenencia de este conjunto de fortificaciones, el cabildo no actuó con la misma diligencia que para nombrar a los oficiales citados y, sin duda, se mostró más dispuesto a admitir las recomendaciones testamentarias de su

⁷⁵ La tarea de cada uno de estos funcionarios de la administración señorial del arzobispado se detallan en J. García Oro, *La Iglesia de Toledo.....*, págs. 28-33.

⁷⁶ Sobre la situación de las mismas en el periodo cisneriano vid. *Ibidem*, págs. 33-40.

prelado respecto a su obligación de poner las fortalezas arzobispales a recaudo de la reina. Así, deberá aceptar que a lo largo del mes de febrero los alcaides de las diferentes fortalezas del arzobispado hicieran acto de homenaje a los soberanos, quienes estaban convencidos de que debían "tener las fortalezas de la dicha Mesa Arzobispal para las tener en buena guarda e recabdo segund cumple a nuestro servicio e al bien de la Iglesia e para las entregar al futuro subcesor que fuere proveydo del dicho Arzobispado a nuestra suplicacion"⁷⁷.

Pero los reyes no se contentaban con el control de las fortalezas arzobispales y es precisamente su pretensión de controlar el conjunto de cargos de gobierno de la archidiócesis lo que entró en conflicto con los intereses capitulares. Como es lógico, los monarcas se mostraron profundamente contrariados ante la "insumisión" y la desafiante actitud del cabildo, especialmente por la ignorancia que éste hacía de los llamamientos para que representantes suyos acudieran a Madrid, lugar donde se asentaba la corte en aquel momento. A la misma llegan incluso noticias sobre la inadmisibile actitud del cabildo que se niega a officiar las honras fúnebres de Mendoza en la forma indicada por los monarcas. Transcurrido un mes y sin notar un cambio en la actitud capitular, los reyes deciden pasar a la acción y el 8 de febrero envían como su representante al licenciado Pedrosa con claras instrucciones para que hiciera públicos los nombres de los oficiales que, por delegación de los reyes, habrían de ostentar los principales cargos para gobernar el arzobispado durante la sede vacante, lo cual claramente invalidaría los nombramientos realizados por el cabildo⁷⁸.

⁷⁷ La frase se recoge en la carta que los reyes envían al alcaide de la fortaleza de Santorcaz instándole a que se la entregase en el menor plazo posible. La carta publicada por T. de Azcona en *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, pág. 274.

⁷⁸ B.N. Mss. 1890, f. 299r-302r. Este manuscrito recoge abundantes noticias sobre estos acontecimientos y nos permite seguir casi de día en día como iban evolucionando las relaciones entre reyes y cabildo.

La reacción regia no dejaba muchas posibilidades a la corporación que, reunida en sesión capitular el 10 de febrero para "platycar sobre la respuesta que se ha de dar a los Reyes nuestros sennores sobre los ofyçios de la sede vacante", decide deponer su actitud y accede a dialogar con el interlocutor de los reyes. De este contacto con Pedrosa se derivarán dos actuaciones inmediatas por parte del cabildo: la destitución de los oficiales que nombrara en enero -quienes serán sustituidos a plena satisfacción de los monarcas- y la diputación a alguno de sus miembros para que fueran a la corte a "suplicar a sus altezas que myren por la preheminencia desta Sancta Yglesia y desyrles quanto perjudiçial es esto que mandan"⁷⁹. No parece, no obstante, que la legación fuera muy apetecida por los capitulares, no muy seguros del recibimiento que les aguardaba junto a los reyes, lo que obligó al cabildo a castigar con severas penas a quienes se volviesen sin cumplir su misión⁸⁰.

Así pues, tras un mes de desencuentros, las conversaciones entre ambas partes se saldan con un acuerdo favorable para los reyes, que consiguen situar a sus oficiales en los puestos principales de la archidiócesis, pero que ni pretendió humillar o ser excesivamente vejatorio para el cabildo toledano, ni quiso tomar represalias contra él o sus miembros. De hecho, los monarcas aceptan la condición impuesta por la corporación de que, caso de no proveerse la sede en los tres meses siguientes, ella misma estaría autorizada a elegir sin intromisión alguna nuevos cargos para su gobierno⁸¹. Bien se cuidaron los reyes de no sobrepasar ese plazo, que

⁷⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 74r-v. (1495, febrero, 10).

⁸⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 75r. (1495, febrero, 11). "Este dya se acordo e asento por todos los dichos sennores que por quanto çiertos sennores deste cabildo van a la corte por llamamiento de los Reyes nuestros sennores, los quales van por la conservacion de la preheminencia desta sancta yglesia, que sy alguno de los que van se tornare [...] que este tal no le escrivan en el choro ni entre en el cabildo ni en habyto en la eglesia, salvo si de asentimiento de todos los que alla van el tal sennor se vinyese. Y sy alguno intentase a lo quebrantar que sea avydo por absente por un anno en esta sancta yglesia".

⁸¹ Ibidem, f. 74r. B.N. Mss. 1890, f. 303v-305r.

expiraba a fines de mayo, y ya el 20 de febrero reciben de Roma la bula que les informa de la provisión de la mitra en la persona de Cisneros, tal como ellos habían recomendado al papa. Aunque no lo notifican oficialmente al cabildo hasta el 18 de junio, queda claro que los reyes tenían ya designado el nombre del sucesor de Mendoza en el mismo momento de sellar su acuerdo con la corporación, por lo que no fue para ellos ninguna concesión fijar el citado plazo⁸².

Parecería, pues, que a fines de febrero la situación se habría estabilizado; el cabildo, pese a salir claramente perdedor del pulso mantenido con los reyes, accede a avenirse al acuerdo y depone su actitud beligerante. Sin embargo, los estudiosos del periodo coinciden en afirmar que la corporación había quedado bastante "tocada" en su orgullo; difícilmente podía olvidar que sus posibilidades de participación en el gobierno de la sede y en la elección del titular eran mínimas y que había sido claramente desplazada de las mismas por la autoridad monárquica. Algún autor ha dicho que tal situación le habría llevado a tener los "nervios a flor de piel"⁸³ y nos parece una expresión acertada, porque, teniendo en cuenta ese estado de cosas, se explica fácilmente el rápido rechazo que provocó entre los miembros del cabildo, no tanto la elección de Cisneros, como las medidas reformistas que este nuevo prelado parece querer implantar en su nueva sede.

Recelosos y susceptibles ante lo que entendían era una nueva violación de sus prerrogativas, los canónigos toledanos proyectan en el recién nombrado arzobispo el mismo sentimiento de oposición que antes manifestaran hacia los monarcas, dando origen así a uno de los momentos

⁸² J. García Oro, *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, t. I, Madrid, 1992, págs. 52-69, analiza la forma en que se gestó este nombramiento por parte de los monarcas, la rapidez con que se tramitó su confirmación en Roma y el impacto que la noticia causó en el franciscano.

⁸³ J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros.....", pág. 33.

más tensos en las relaciones cabildo-prelados de cuantas tenemos noticia. En otros apartados del trabajo aludiremos a algunas de las disposiciones tomadas por Cisneros en relación con el cabildo y analizaremos en qué punto podía entenderse que vulneraban los derechos capitulares. Aquí sólo hemos querido poner de manifiesto que las dificultades vividas en la catedral primada durante la sede vacante están en el origen de las tensiones con que se inicia el pontificado cisneriano.

4.3.- EL SERVICIO LITÚRGICO DE LA CATEDRAL

Después de examinar en anteriores apartados la forma en que determinadas funciones del cabildo se habían visto afectadas por ingerencias de poderes externos, pasamos a analizar la que, sin duda, fue principal ocupación de los capitulares toledanos y de cualquier otra corporación catedralicia: el servicio del culto y de la liturgia desarrollada en el templo. Aquí, a diferencia de los casos descritos, el cabildo no encontró ninguna oposición, no hubo intento alguno por limitar sus competencias, antes al contrario, la documentación conservada no hace sino reflejar el interés de las autoridades eclesiásticas y del propio cabildo por fijar con más nitidez el papel que corresponde desempeñar a sus componentes y reforzar sus atribuciones. Además, en contraposición con otros cometidos que están reservados a los cuarenta mansionarios, en el desarrollo del oficio divino todos los sectores del clero catedralicio tienen cabida y su participación es igualmente valiosa para cubrir las necesidades del templo

La explicación a la diferente consideración que tiene este cometido capitular es evidente. No hay nada que pueda interponerse en el supremo objetivo de alcanzar un gran esplendor litúrgico a mayor gloria de Dios. Ningún esfuerzo se escatima para hacer de las solemnidades eclesiásticas un poderoso canto de alabanza a la divinidad y, al propio tiempo, dejar patente

ante el exterior la fuerza de la Iglesia representada en su catedral. Esto, que sin duda vale para cualquier catedral hispana, es aún más evidente en el caso toledano, pues su condición de sede primada le obliga a mostrar su superioridad y a señalar el camino al resto de las iglesias "porque de ella como matriz tomen las otras enxemplo", según recuerda el arzobispo Carrillo en el sínodo alcalaíno de 1480⁸⁴.

La relevancia que tiene el tema explica, tal como recogimos en la primera parte del trabajo, que un porcentaje muy alto de los estatutos dados a la corporación desde el siglo XIII esté dedicado a regular hasta el más mínimo detalle del ceremonial catedralicio y del comportamiento a mostrar por la amplia nómina de personas que se movía en torno al templo. Además, y con independencia de las disposiciones emanadas de la autoridad arzobispal, la propia corporación, que vivía el día a día de las celebraciones, conocía sus carencias y advertía la negligente actuación de algunos beneficiados, tomaba parte directa en la regulación de la actividad litúrgica del templo. Así lo reflejan los numerosos ordenamientos aprobados en sesión capitular y de los que tenemos constancia gracias a la oportuna referencia de las actas del cabildo. La información sobre estos temas relacionados con la actividad cultural del cabildo se hace más abundante desde 1490, debido a que en esa fecha el cardenal Mendoza instituyó unas especiales sesiones capitulares, a celebrar una vez al mes, que tratarían específicamente de temas relacionados con la vida litúrgica del templo. Se trata de los capítulos "espirituales", a los que nos referiremos en próximos apartados⁸⁵. De todas estas fuentes está recogida la información que exponemos a continuación.

El estudio de la actividad cultural desarrollada en la catedral toledana

⁸⁴ El sínodo se celebró en Alcalá el 10 de junio de ese año y la totalidad de sus acuerdos han sido publicados por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 301-327.

⁸⁵ B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r.

ofrece dos líneas de trabajo: por un lado, habría que reflejar cómo era, desde dentro, la propia vida litúrgica del templo y el papel que correspondía desempeñar a cada una de las piezas que contribuían a darle realce; por otro, cabría ver la forma en que, desde fuera, el pueblo cristiano, el conjunto de fieles que acudían como espectadores a las celebraciones catedralicias percibían y, en lo posible, participaban de las solemnidades. En las siguientes páginas prestaremos atención a la primera de estas vertientes, el desarrollo de la liturgia catedralicia desde la vivencia interior del templo, dejando para un capítulo posterior la proyección exterior que tales celebraciones tuvieron entre la población de Toledo y sus alrededores.

A la hora de presentar la oferta litúrgica del templo primado hay que considerar varias cuestiones: los distintos tipos de oficios divinos que se desarrollaban (rezo de las horas, misas, aniversarios, procesiones); los diferentes escenarios que los albergaban (coro, altares, capillas, claustro); las categorías de las fiestas y solemnidades (fiestas de seis, cuatro y dos capas, de nueve o tres lecciones, domingos y celebraciones ordinarias); y, desde luego, el deficiente desarrollo de algunos actos por la falta de rigor de muchos beneficiados en el cumplimiento de sus obligaciones. Cada uno de estos aspectos será desarrollado en los correspondientes apartados, comenzando por uno en el que haremos especial hincapié en el componente humano que sustentaba las celebraciones catedralicias y que, en ocasiones, queda un tanto oculto por la maraña ritual y protocolaria que rodea a las mismas.

4.3.1.- El componente humano

A.- El oficio divino, empresa común del personal catedralicio

Sin duda, una de las razones por las que la actividad litúrgica y

cultural desarrollada en la catedral primada tiene una relevancia especial entre el conjunto de funciones capitulares estriba en que en la misma estaban implicados todos los colectivos clericales y laicos que confluían en el templo. A diferencia de lo que sucede con la elección del prelado, la provisión de cargos o la asistencia a reuniones capitulares, que implicaban de manera exclusiva al grupo formado por los cuarenta canónigos mansionarios, las necesidades litúrgicas exigían la colaboración de todos y cada uno de los sectores que componían la compleja estructura catedralicia. Nadie, empezando por el propio arzobispo cuando estaba en la ciudad y terminando por el último sirviente o auxiliar, estaba excusado de ayudar en una u otra forma a sostener y hacer posible la gran obra catedralicia, poniendo de manifiesto su grandeza. De hecho, dos colectivos tan destacados como los racioneros y capellanes justifican su existencia, precisamente, por la colaboración que prestan al sostenimiento litúrgico del templo en los diferentes escenarios dispuestos para ello: coro, altares y capillas. Todos, en definitiva, quedaban obligados, salvo que tuvieran licencia del cabildo para ausentarse, a pasar en un momento u otro del día por el coro o las capillas para asistir a los diferentes oficios o disponer convenientemente los escenarios materiales en que se desarrollarían los mismos.

Por eso, encontramos ciertas contradicciones en el servicio del culto catedralicio, ya que, aunque precisamente la liturgia mostraba con mayor claridad que cualquier otra actividad la profunda jerarquización que existía entre el clero encargado de su sostenimiento (lugares asignados en el coro, en las procesiones, indumentaria diferente, etc.), no es menos cierto que estas celebraciones permitían un punto de contacto y daban cierta uniformidad a sectores muy alejados entre sí. Todos, independientemente de su función a desempeñar, tenían como común objetivo y como empresa, en cierto modo unificadora, el contribuir a ensalzar el "Opus Dei" y cada uno,

en la medida de sus posibilidades y atribuciones, así debía hacerlo. En suma, este es el verdadero papel que les correspondía cumplir como "oradores" y miembros del sector de la sociedad que tenía como signo distintivo rezar por la salvación del resto⁸⁶.

De todas formas, las más de 300 personas que constituyen la nómina catedralicia no participan a la vez en la liturgia porque, como ya se ha dicho en alguna ocasión y volveremos a mencionar al referirnos al tema de la residencia, era muy difícil que coincidieran en el templo, ni siquiera en las fiestas principales. Por el contrario, más de una disposición capitular debe velar porque el coro estuviese suficientemente "poblado" y no se resintieran las tareas rituales que debía albergar.

B.- Funciones especialmente ligadas a la liturgia

Pese a ese carácter de empresa común que tenían las actividades relacionadas con el mantenimiento de la liturgia del templo, no cabe duda de que existían múltiples diferencias en el papel a desempeñar por cada uno de sus clérigos y servidores. Frente a una gran mayoría que se limitaba a asistir a los actos y a cumplir con sus obligaciones, había un grupo con una especial responsabilidad en disponer todo lo necesario para las celebraciones y, al propio tiempo, en evitar que cualquier contratiempo acaeciera durante su transcurso. La labor específica de cada uno de ellos fue analizada con mayor detalle en el correspondiente apartado del trabajo, por lo que ahora nos limitamos a consignar su participación concreta en estas tareas de culto.

1.- En un primer grupo habría que citar a algunas dignidades, cuya función está, plenamente o en parte, puesta al servicio de la liturgia y magnificencia del templo. Es el caso del *deán*, último responsable de la vida catedralicia y encargado de presidir el coro, personalmente o a través de un

⁸⁶ G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, 1980.

lugarteniente, desde su asiento a la izquierda de la silla arzobispal, sobre todo en las fiestas más señaladas en las que supliría al prelado, casi siempre ausente⁸⁷. No menos importante es la tarea del *tesorero*, que al tener a su cargo la guarda y cuidado de los ornamentos, vestimentas y demás objetos de culto, así como la iluminación que día y noche debía ofrecer el templo, tenía gran responsabilidad en el esplendor conseguido durante las celebraciones. Por su parte, el *capellán mayor* encargaba los sermones a predicar los domingos y fiestas más solemnes y se ocupaba de las celebraciones de algunas capillas en el día de sus advocaciones. Pero, indiscutiblemente, la máxima autoridad y responsabilidad en la actividad litúrgica del templo era la del *chantre*, verdadero organizador del oficio divino, de las procesiones, de los turnos semanales y del cumplimiento adecuado de sus obligaciones por cada uno de los beneficiados. Sobre él recaía, sin duda, la mayor parte del peso de esa importantísima función catedralicia.

2.- La complicada labor que tenía encomendada cada una de estas dignidades les llevó a rodearse de un personal auxiliar, que les servía de gran ayuda en sus cometidos y que, generalmente, estaba en manos de racioneros o capellanes del templo. Es el caso de los *cuatro sacristanes* que ayudan al tesorero y se ocupan, respectivamente, del sagrario, los altares del coro, de abrir y cerrar las puertas y de tañer las campanas. Aún más señalada es la función del *sochantre*, indispensable colaborador del chantre, por sus conocimientos especializados, en la dirección del canto litúrgico en los oficios. Desde 1492 la tarea litúrgica cuenta con otro importante colaborador, el *maestro de ceremonias*, en quien descansará la labor de velar porque en todo momento se observen fielmente las reglas que disponen el ritual y etiqueta a seguir en las celebraciones. Por último, hay que

⁸⁷ Ya dijimos como su importancia se refleja incluso en la denominación "coro del deán" que recibe una de las dos partes en que este se divide.

considerar al *partidor*, "escritor de las horas" en otros cabildos, pues su concurso era fundamental para llevar la cuenta de los beneficiados y poder retribuir a los que asistían a los servicios corales con las correspondientes distribuciones o, contrariamente, penar a quienes faltasen a sus obligaciones.

3.- Un tercer nivel en ese conjunto de personas que contribuyen de manera especial a dar realce y solemnidad a las celebraciones toledanas hay que reservarlo, sin duda, a los *profesionales de la música*. A medida que la polifonía se convierte en un elemento imprescindible en los diferentes oficios de la catedral, tanto los seises, como un personal especializado de cantores y organistas a salario del Refitor y de la Obra no faltarán en ninguna de las ceremonias desarrolladas en el templo.

4.- Finalmente, aludiremos a todo un *conjunto de servidores* cuya condición no les permite participar directamente en los oficios divinos, pero si contribuir a que todo estuviera preparado para ellos. Pertigueros, campaneros, lampareros, bordadores, barrenderos y tantos otros ponían también su tiempo y trabajo al servicio del esplendor del templo, si bien eran otros los que rentabilizaban en sus personas esa magnificencia.

Así pues, la labor de todos ellos, por modesta que fuera en algunos casos, allanaba el camino para los numerosos oficios religiosos que a diario se desarrollaban en los tres escenarios principales que la catedral dispone a tanto efecto: el coro, el altar mayor y las numerosas capillas que circundaban el templo.

4.3.2.- El culto y oficio divino

La oferta litúrgica que presentaban las catedrales medievales era extraordinariamente variada y se regía por una muy compleja disciplina que no dejaba lugar a la improvisación, aunque después, en el día a día, el comportamiento negligente de los beneficiados introdujera algunos cambios.

En los estatutos dados por prelados, las constituciones conciliares y sinodales y los propios ordenamientos del cabildo se recoge una información muy abundante a este respecto, si bien nosotros no pretendemos ofrecer sino una visión general, pues, como dice Sixto Ramón Parro, para dar una idea completa del tema "se necesitaría un tomo y no pequeño", dado el enorme conjunto de ritos y detalles distintos que comprendía⁸⁸. La actividad litúrgica estaba sujeta a un horario muy preciso y también a un calendario festivo que determinaba, en función de la conmemoración del día, la mayor o menor solemnidad que tendrían las celebraciones.

Este ceremonial que tan poco lugar dejaba a la espontaneidad y a la libre expresión de los sentimientos del clero catedralicio parece definir una religiosidad en la que interesa más la apariencia que la profundidad de la vida espiritual. García Oro califica de mediocre y superficial la vivencia de la fe en la que se mueven los cabildos hispanos en el siglo XV y habla de una religiosidad ritualista, expresada en rezos corales numerosos, largos y pesados, y en solemnidades caracterizadas por el boato y la exterioridad, más que por la espiritualidad personal o la devoción interior⁸⁹. Esta idea es clave para poder comprender el verdadero alcance de la que, sin duda, fue la función más destacada del cabildo; lejos de lo que pudiera pensarse a priori, no nos encontramos ante una tarea que satisfaría las inquietudes más elevadas e íntimas de sus componentes, sino frente a una representación efectista y teatral en la que cuenta por encima de todo la fastuosidad y poder de la institución eclesiástica. No dudamos de la sinceridad de sentimientos religiosos por parte de algunos beneficiados, pero a tenor de la información que reiteran los estatutos y de las discusiones mantenidas en las reuniones del cabildo, no queda más que deducir que el aspecto más interesante que

⁸⁸ *Toledo en la mano*, t. I, Toledo, 1978, pág. 768. (1ª ed. Toledo, 1857).

⁸⁹ J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, pág. 272.

la actividad litúrgica ofrecía al clero de la catedral era el de ser una fuente de ingresos importante y un escenario para desplegar toda suerte de gestos y símbolos que manifestaban su indiscutible preeminencia social.

A la hora de presentar los servicios religiosos que se celebraban en el templo hay que empezar hablando de lo que constituía la referencia cotidiana de aquellos beneficiados que, presentes en la ciudad, acudían diariamente a la catedral a cumplir con sus obligaciones. Las actividades que enmarcaban el día a día de todo beneficiado toledano eran el servicio del coro y de las horas canónicas que allí se decían y la celebración de la Eucaristía en los diversos altares levantados en el templo. Todavía un estatuto capitular de 1926, cuya publicación conservamos, recoge perfectamente la función que a este respecto corresponde al cabildo con expresiones perfectamente aplicables al periodo medieval:

Creadas principalmente las Iglesias catedrales para dar culto a Dios, es la primera obligación del cabildo dar a Dios culto solemne en el grandioso templo primado, celebrando todos los días los Divinos Oficios, según prescriben los Ritos y Ceremonias de la Sagrada Liturgia; la cual exige, primero, el canto de las Horas Canónicas en el Coro y, segundo, la celebración de la Misa Conventual, como también de otras misas prescritas por las Sagradas Rúbricas o establecimientos por fundaciones pías⁹⁰.

Veamos cómo se concretaban cada una de estas ocupaciones.

A.- El servicio del coro: las horas canónicas

Sin lugar a dudas, era esta la tarea que llenaba más tiempo en la vida del personal vinculado al templo, sirviendo además de elemento que distribuía su horario. Es un claro exponente del modo de vida monástico, pensado para que la plegaría acompañara todas las horas del día del monje y recuerdo de los tiempos en que los cabildos también se regían por un regla y sus miembros hacían vida en común con su obispo. Cuando en el siglo XII

⁹⁰ *Estatutos del Excelentísimo Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Toledo, Primada de las Españas*, Toledo, 1926.

ésta se rompe y se inicia una nueva trayectoria para los cabildos, el rezo coral se vio afectado por la falta de asistencia de los capitulares, obligando a los responsables catedralicios a tomar medidas punitivas y, sobre todo, a poner en marcha el sistema de distribuciones cotidianas. Ello da a esta actividad litúrgica un cierto aire de transacción económica y presenta una imagen no muy edificante de los que, como hombres de Iglesia, deberían moverse más por el deseo de servir a la fe que profesaban que por el afán de lucro.

Al margen de estas complicaciones que serán más adelante consignadas, cabe definir a las horas canónicas como los oficios o lecturas de textos procedentes de las Escrituras, especialmente del libro de los Salmos, que se repartían a lo largo de todo el día desde la madrugada, con los maitines, hasta la caída del sol en completas. Desde los primeros momentos fueron la oración pública oficial de la Iglesia y tanto las diferentes reglas monásticas como el derecho canónico o los estatutos catedralicios acabaron por consolidar su rezo. También los concilios y sínodos toledanos desde el siglo XIV señalan al clero de la extensa provincia eclesiástica y de la archidiócesis la obligación que les compete en este sentido, y aún lo recuerda el sínodo convocado en 1480 en Alcalá por Alfonso Carrillo, sabedor el prelado de que algunos clérigos no cumplían con la obligación de "reçar las horas canonicas y ofrecer a Dios sacrificio de loor, de lo qual provine grand desorden e disolucion en el estado eclesiastico"⁹¹.

La catedral toledana reservaba un solemne y privilegiado escenario al canto litúrgico de las horas, el coro de los beneficiados, situado en medio

⁹¹ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 316. Lógicamente, la medida no sólo se dirige al cabildo y clero catedralicio, sino a todos los eclesiásticos de la diócesis. El castigo para quienes no cumplieran con tal obligación sería la pérdida de la mitad de los frutos de su beneficio de ese año, cantidad que se aplicaría a la fábrica de sus iglesias.

de la nave central, enfrente del presbiterio y la capilla mayor, ya que las reducidas dimensiones de éstos impidieron situarlo, como en otras iglesias, rodeando el altar mayor. La actual obra del coro es del siglo XIV y no está muy claro si fue una ampliación o una sustitución del anterior construido en el XIII. Se ha dicho que el coro y la capilla mayor constituyen "una iglesia dentro de la iglesia, destinada a aislar a los oficiantes durante la celebración de los Misterios o cantos de las Horas"⁹². Amén de ello, es evidente que estamos ante uno de los espacios de mayor riqueza y concentración artística del templo, aunque su aspecto actual difiera un poco del que presentaría en el periodo anterior a 1495, ya que la reja que lo cierra y la sillería alta se realizaron en el siglo XVI⁹³ y los dos magníficos órganos -uno barroco y otro neoclásico- en siglo XVIII. Lo que sí se realizó en el periodo aquí analizado, concretamente entre 1489 y 1495, fue la impresionante decoración de las sillas bajas con relieves conmemorativos de la guerra de Granada, obra de Rodrigo Alemán y claro exponente del mecenazgo artístico del cardenal Mendoza, que quiso dejar constancia en su iglesia de una de las empresas políticas a las que más atención había dedicado⁹⁴.

La ubicación del clero toledano en los setenta asientos de la sillería alta y los cincuenta de la baja no era arbitraria ni se dejaba al azar; cada uno sabía muy bien qué lugar de más o menos preferencia le correspondía

⁹² A. Franco Mata, "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, Toledo, 1991, pág. 438.

⁹³ La magnífica decoración de la sillería alta con figuras de santos, profetas y apóstoles se realizó entre 1539 y 1554 por Felipe Vigarny, que esculpió los relieves del coro del deán, y por Alonso Berruguete, que hizo los correspondientes al coro del arzobispo.

⁹⁴ El estudio pormenorizado de cada uno de los respaldos de las sillas se recoge en la obra clásica de Juan de Mata Carriazo, *Los relieves de la Guerra de Granada en la sillería del coro de la Catedral de Toledo*, Granada, 1985, reedición de la primera publicación en 1927. Las Actas de estos años reflejan el interés de la corporación por vigilar la elaboración de estos relieves, así como por el destino de las sillas viejas, que irán a parar a las monjas de Santa Úrsula. A.C.T. Actas Cap. II, f. 58v. (1493, noviembre, 16).

ocupar dependiendo de su categoría, antigüedad y orden sacro⁹⁵, igual que lo sabía el público asistente, a quien quedaba así constancia de la jerarquización a que estaba sometido el clero catedralicio. En otra parte del trabajo vimos con minuciosidad como el coro se dividía en dos mitades a partir del punto central que ocupaba la silla del arzobispo, el coro del arzobispo a su derecha y el del deán a su izquierda. En cada uno de ellos se irían repartiendo canónigos y racioneros, que ocuparían las sillas altas, y extravagantes, capellanes del coro y de la greda, clerizones y seises que ocuparían la sillería baja. A pesar de estar así dispuesto desde los primeros estatutos, no siempre debían guardarse las costumbres y por eso en 1491 vuelven a recordar que se asienten en las sillas de arriba todos los canónigos y los racioneros más antiguos y los que no cupieran se asienten en las sillas bajas⁹⁶. Esta situación deriva del hecho de que el número de beneficiados superaba el de los asientos disponibles, y, aunque la habitual falta de asistencia hacía que no siempre se ocupasen, la posibilidad de que así ocurriera en alguna ocasión especial no deja de estar contemplada en los estatutos. También tratan de evitar que, dadas las frecuentes ausencias, quedasen sitios libres entre los beneficiados, instándose a los asistentes a reagruparse hacia el fondo del coro porque "es cosa mas conveniente que sobren sillas hacia el cabo del choro, que no esten desocupadas entre unos y otros, porque asi estaban en mejores logares para ayudar a cantar y haçer el offiçio divino"⁹⁷.

⁹⁵ "En los asientos se tendra respecto a dos cosas, lo uno a la antigüedad y tiempo que es prebendado y lo otro a las ordenes que tiene. Todos los que fueran presbiteros se sentaran por sus antigüedades, mas los que fueren ordenados de menores ordenes, aunque sean mas antiguos en tiempo se sentaran como menos antiguos en las sillas de mas adelante porque siempre han de preçeder los constituidos en mayor dignidad de orden a los de menores ordenes aunque sean mas antiguos en tiempo. Nota, que las dignidades, que sean ordenados, que no lo sean, siempre van en su lugar de dignidad". Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 194v.

⁹⁶ Actas Cap. II, f. 12v. (1491, enero, 7).

⁹⁷ B.C.T. MS 42-29, f. 195r.

En definitiva, de lo que se trata es de preparar con minuciosidad el escenario en el que tendría lugar la representación litúrgica y, además, de dejar constancia de la desigualdades que existían entre el propio clero catedralicio. A crear ese clima de solemnidad y boato también contribuye la iluminación que ofrecía el coro durante las celebraciones, faceta que estaba a cargo del tesorero. Éste, de acuerdo con lo dispuesto por don Blas en 1357, debía hacer arder seis lámparas de aceite día y noche a las horas canónicas en el altar de Santa María; en este mismo altar debía arder constantemente una candela de cera, llamada "preciosa", según dotó en el XIII Diego López de Haro, señor de Vizcaya y notable impulsor de las obras del templo; especial cuidado había que tener en la celebración de los maitines, durante la noche, donde en los facistoles deberían arder varias velas para poder leer las lecciones y salmos⁹⁸.

Una vez preparado el escenario y situados todos en sus asientos comenzaba el rezo coral que en la catedral toledana se distribuía entre las tres horas mayores de maitines, misa mayor y vísperas, y las cinco menores de prima, tercia, sexta, nona y completas⁹⁹. La distinción entre horas mayores y menores estribaba en el espacio temporal que abarcaban, el tipo de oficio que se decía y la retribución económica que se entregaba por asistir a ellas, es decir, las distribuciones cotidianas. En 1477 se determina dar a cada una de las horas menores, 2 mrs. a los canónigos y 1 a los racioneros, y en misa mayor y vísperas 3 al canónigo y al racionero la mitad, 3 blancas¹⁰⁰. Los maitines recibían un tratamiento especial ya que la oscuridad de la noche y el frío del templo, unido a que eran los oficios más largos, frenaban considerablemente la asistencia y ello provoca que las

⁹⁸ B.N. Mss. 6260, f. 10v.

⁹⁹ Con relación al tradicional horario dispuesto en la regla benedictina se han suprimido los laudes y se ha incorporado la misa mayor, después de tercia.

¹⁰⁰ A.C.T. Actas Cap. I, f. 97r-v. (1477, septiembre, 30).

compensaciones económicas sean mayores. Así, en el invierno de 1471 se acordó, otorgar al canónigo 14 mrs., al racionero 7 y al capellán 4, cifras sensiblemente superiores a las de las demás horas¹⁰¹.

La convocatoria a cada una de las horas se hacía mediante el tañido de las campanas del templo, que servían además de referente horario y de medida del tiempo para los habitantes de la ciudad, aunque desde la construcción del reloj sobre la puerta de tal nombre, éste sirviera mejor a esos fines¹⁰². El estatuto de don Blas Fernández de 1357 dicta algunas disposiciones sobre cómo debía hacerse tal llamamiento por el campanero. Comenzaría con el tañido nocturno a maitines, siete horas después del crepúsculo, que sonaría durante una hora; la llamada a prima se haría con la salida del sol también durante una hora; a tercia, después de dos horas y media de la salida del sol, durante una hora; a misa mayor a su entrada; el resto de las horas de sexta, nona, y completas a su inicio durante media hora¹⁰³. El día terminaría con el llamamiento para el rezo de la "Salve Regina", media hora después del crepúsculo, con el fin de honrar a la Virgen. Así lo instituyó Gonzalo Díaz Palomeque en el Concilio de Peñafiel de 1302 y así continuará durante siglos¹⁰⁴.

De todas formas, hay que tener en cuenta que cada uno de estos oficios no siempre se decían a la hora que les correspondía, siendo frecuente agruparlos y decirlos uno a continuación del otro, especialmente los de las horas menores. En general, el rezo de las horas comprendía una sucesión de salmos, oraciones y antífonas que iban alternativamente declamando los asistentes. Éstos habían de estar muy pendientes de su turno, así como de

¹⁰¹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 42r. (1471, diciembre, 14).

¹⁰² El actual reloj exterior es del siglo XVIII, pero la ubicación del reloj data del siglo XV y ya entonces está constatado el cargo de relojero. El del interior fue realizado a principios del siglo XVI por Diego Copín de Holanda, para hacer sonar las horas también dentro del templo.

¹⁰³ B.N. Mss. 6260, f. 2v.

¹⁰⁴ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 168-169.

los momentos en que debían levantarse, arrodillarse, descubrir o inclinar su cabeza, de acuerdo con un ceremonial extraordinariamente complejo para los no iniciados y que, lógicamente, estaba estrictamente reglamentado en los estatutos. Para seguir las lecturas debían valerse de diferentes libros litúrgicos -salterios, antifonarios, oracionales, breviarios- sobre los que el chantre ejercía una especial labor inspectora. De todos los oficios corales, el que alcanzaba una mayor solemnidad y extensión era, al margen de la misa, el servicio de maitines, con el que se agradecía a Dios la llegada del nuevo día. Este oficio nocturno comprendía una serie de "lecciones" o fragmentos de las Escrituras, los Padres de la Iglesia o diferentes vidas de santos, a los que se contestaba con los correspondientes versículos o "responsos", todos ellos recogidos en los correspondientes Leccionarios¹⁰⁵.

Lecciones y responsos de maitines podían ser tres o nueve, estar rezados o cantados, y contar para dirigirlos con los miembros más destacados del cabildo. Una u otra cosa dependía del tipo de festividad que conmemorara la catedral; en las celebraciones más solemnes, -las fiestas seis, cuatro y dos capas, a las que nos referiremos más adelante- se cantaban nueve lecciones con sus responsos en las que se iban sucediendo las principales dignidades del cabildo y hasta el arzobispo, caso de encontrarse en la ciudad¹⁰⁶. Cuando esto sucedía, el ritual, ya de por sí complejo, alcanzaba su máximo despliegue de gestos, participando el prelado en las

¹⁰⁵ Numerosos datos sobre los diferentes libros litúrgicos que requería el rezo de estos complicados oficios canónicos en, J.M. Fernández Catón, "El libro litúrgico hasta el Concilio de Trento", en H. Escobar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. Los Manuscritos*, Madrid, 1993, págs. 401-433.

¹⁰⁶ En el estatuto de don Blas Fernández, bajo el epígrafe "De officio chori", se especifican todas y cada una de las personas que en diferentes momentos han de invitar y dirigir el oficio de cada una de las lecciones, a veces desde su sitio, pero preferentemente desde el facistol situado en el centro del coro. B.N. Mss. 6260, f. 4r-v.

distribuciones cotidianas como un canónigo¹⁰⁷.

Pero en el servicio del coro era tanta la necesidad de personal que, no solo cumplían un papel destacado las dignidades o los canónigos de mayor prestigio, sino también el sector que ocupaba el escalón más bajo entre su clerecía. Aludimos a los clerizones y mozos del coro, ese grupo de jóvenes que se educaban en la escuela catedralicia y que, como vimos, se iban ejercitando en la práctica litúrgica participando en las diferentes celebraciones del templo. Especialmente significado era su papel en el oficio de maitines, ya que clerizones y seises se encargaban de decir buena parte de sus lecciones y responsos. Este adiestramiento en el oficio religioso era especialmente vigilado por el chantre, que debía estar muy atento durante las celebraciones a los posibles fallos para corregirles y enseñarles en la forma debida¹⁰⁸.

La obligación de asistir a las distintas horas por parte del clero catedralicio les es recordada constantemente en los estatutos capitulares. Algunos no acudían por negligencia, otros tras la obtención de la correspondiente licencia del cabildo, y muchos porque en verdad tenían deberes que se lo impedían. El impedimento mayor lo tenían los canónigos por la coincidencia de alguna de las horas -especialmente la misa mayor- con las reuniones del cabildo que comenzaban después de tercia. Esta circunstancia preocupaba enormemente al cabildo, no sólo por lo que la ausencia de los canónigos suponía, sino porque ello incitaba también a la marcha de racioneros y capellanes "en gran numero", lo que acarreaba la desatención del coro. Por eso una de las principales tareas del cabildo fue conseguir que el coro estuviese "poblado e acompañado" y deciden en 1474

¹⁰⁷ El estatuto del siglo XVI recogido en la compilación del racionero Arcayos recoge numerosas constituciones sobre las ceremonias que habían de hacerse al prelado cuando asistía a las diferentes horas: B.C.T. MS 42-29, f. 197r-204v y 211r-212v.

¹⁰⁸ B.N. Mss. 6260, f. 14r-v.

que siempre queden cuatro canónigos, dos por coro, para velar por la honestidad y orden del mismo¹⁰⁹.

Un año después se modifica esta orden con otra en la que se crea la figura del presidente del coro, un canónigo que se vería dispensado de ir al cabildo a fin de poder estar en el coro cada día y cuya recompensa sería percibir 3 mrs. a la misa mayor, siempre y cuando estuviese en ella desde el principio¹¹⁰. Dicho presidente vendría a representar al deán o su lugarteniente, frecuentemente ausentes de la ciudad u obligados también por su cargo a presidir las reuniones capitulares. Los canónigos se irían turnando en periodos de dos meses para cumplir con este cometido y desde 1491 las actas recogen un registro bastante continuado de los nombramientos¹¹¹. Los presidentes "so cargo de su conciencia" no podían dar licencia a ningún beneficiado y debían encargar al partidor que tomase buena nota -y por dos veces- de los que estaban presentes a las horas, especialmente a misa de prima¹¹².

No sólo los canónigos, también racioneros y capellanes alegan dificultades para acudir a servir en el coro, entre las que se cuentan la necesidad de ocuparse de cuestiones relacionadas con sus propios oficios catedralicios o con la hermandades de racioneros. La decisión capitular es clara: deberían atender primero al coro y luego solucionar estas cuestiones y de no ser así perderían las distribuciones. Ni siquiera se les excusa si están celebrando, excepto que lo hagan por devoción y sin pitanza ni retribución alguna. Tan sólo eximen de la asistencia al coro a tres oficiales, el obrero, el refitor y el secretario del cabildo, quienes por ser "necessaryos" deciden

¹⁰⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 66v (1474, abril, 13).

¹¹⁰ A.C.T. Actas Cap. I, f. 76v. (1475, marzo, 9).

¹¹¹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 19r, 23v, 26r, 28r, 30r, 35v, 39r, 41r, 45r, 55v, 57v, 61r, 63v, 68r.

¹¹² A.C.T. Actas Cap. II, f. 15r. (1491, marzo, 4).

que "con estos no se entienda esta ley"¹¹³.

De lo dicho se desprende, por un lado, la importancia que para la catedral tenía "el servicio y la gobernación de dicho coro" y, por otro, lo complicado que resultaba organizarlo y conseguir que funcionara en la forma debida. Por eso es tan destacada la función del chantre o capiscol, verdadero director y último responsable de cuanto allí sucedía.

B.- El "servicio de altar": la Eucaristía

Sin duda, era otro de los momentos importantes entre los actos litúrgicos catedralicios y, desde luego, de gran relevancia en un templo como el toledano cuya condición de primado le movía a servir de espejo en el que se miraran todas las demás iglesias. Ello lleva decir a Blas Ortiz que

aunque el sacrosanto ministerio del altar, por la copiosa misericordia y abundante liberalidad de Dios, se celebre en todas las yglesias, sin embargo, mas que en las demas, se reverencia y celebra en nuestra Santa Yglesia de Toledo¹¹⁴.

La celebración eucarística en la catedral era diaria, pero no en un único escenario, como sucedía con el rezo de las horas, ya que se decía más de una misa en el templo. De un lado hay que mencionar a las numerosas misas de difuntos y aniversario que se oficiaban en las correspondientes capillas catedralicias. Aunque nos referiremos con detenimiento a ellas más adelante, queremos destacar aquí la que se decía todos los días en la capilla de San Ildefonso y que, por razón de la hora en que se oficiaba, se denominaba "*misa de la aurora*". En ella, instituida por Jiménez de Rada en el siglo XIII, cumplían un papel muy destacado los clerizones, encargados de servirla y cantar sus oficios como ya les hemos visto hacer en el caso de los maitines¹¹⁵. Realmente, no es casual que estos "moços"

¹¹³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 59r. (1493, dic., 5).

¹¹⁴ *La Catedral de Toledo 1549...*, pág. 151.

¹¹⁵ B.N. Mss. 6260, f. 14r-v.

quedaran a cargo de estas tareas a las que, por lo intempestivo de su horario, el conjunto de los beneficiados se resistiría a asistir.

Junto a la actividad de las capillas, la celebración eucarística se desarrollaba principalmente en los dos grandes escenarios que la catedral ofrece para ello, el coro y la capilla mayor. En el primero se asienta el altar llamado de prima porque diariamente se celebraba misa a esa hora, la "*misa de prima*", a la salida del sol. Encima del altar se hallaba, como hoy, la imagen de la Virgen Blanca, bella escultura gótica de mediados del XIV en mármol policromado y a la que el clero de la catedral muestra en todos sus actos una gran devoción. Esa es la razón de que a esta misa se le llame también "*misa de Nuestra Señora*"¹¹⁶.

Pero, sin duda, era el altar situado en la capilla mayor el que oficiaba la principal misa del templo, la *misa conventual*, que se decía después de tercia, estaba constituida en una de las horas mayores y era oficiada habitualmente por un canónigo, asistido de los correspondientes capellanes y racioneros. El altar mayor ubicado en el presbiterio o capilla mayor fue de reducidas dimensiones hasta que Cisneros decide ampliarlo derribando el muro que lo separaba de la capilla de Santa Cruz y construir un retablo en su frente¹¹⁷.

La mayor solemnidad de la misa conventual dependía del calendario litúrgico. No era igual en un día normal de la semana, que un domingo o una festividad importante. Ello, sin variar lo sustancial del rito, sí que lo complicaba, dotándolo de más celebrantes, mejores vestimentas, ornamentos más espléndidos o mayor iluminación. Especialmente importante era el día en que la misa conventual se oficiaba de Pontifical, es decir, que su oficiante principal era el arzobispo, algo que sucedía tan solo en algunas

¹¹⁶ B.C.T. MS 42-29, f. 194r.

¹¹⁷ R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987, págs. 60-61.

festividades muy especiales. En teoría debía hacerlo en las tres festividades mayores del templo -Todos Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de la Virgen- con lo cual los prelados cumplirían con la obligación que les imponen los concilios de celebrar, al menos, tres veces al año¹¹⁸. La realidad es que las frecuentes ausencias de estos no les permitían celebrar siempre, tal vez por ello cuando sucedía la catedral se ponía a su mejor disposición y los estatutos lo recogen de forma prolija. En esos días las cruces, candeleros, cálices, custodias y hasta el incienso que ardía eran excelsos, lo cual hace exclamar a Blas Ortiz que

en este templo se gasta lo mas selecto y puro, assi se ha de creer piadosamente que mas facilmente son oydos en este santo lugar los votos y ruegos de los que humildemente oran, y mas grata y eficazmente alcanzados¹¹⁹.

De todas formas, la presencia de los prelados era extraordinaria y el día a día de los oficios de misa no dependían de su presencia. Estos exigían de un celebrante, de unos ministros, lectores y de personal que auxiliara. Para poder decir misa era necesario estar constituido de orden sacro, específicamente del presbiterado, exigencia que los estatutos obligan a cumplir a todos los sectores catedralicios, pero que las irregularidades de muchas provisiones, como vimos, no siempre permiten. Los prestes estaban obligados por disposiciones conciliares a decir misa al menos cuatro días al año, pero ello, claro está, tampoco cubría las necesidades cultuales del templo¹²⁰.

Es por ello que, a fin de que el altar mayor no careciera nunca de

¹¹⁸ Así lo recoge el Concilio Provincial de Aranda de 1473 publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 290-291: "Hortamur praeterea nostrae Provinciae Praelatos ob reverentiam Jesu Christi, ut ter in anno ad minus celebrent. Si vero secus egerint, graviter in sequenti Concilio puniantur".

¹¹⁹ *La Catedral de Toledo 1549....*, pág. 152.

¹²⁰ En el sínodo de 1480 el arzobispo Carrillo determina al respecto "que todos los Presbiteros de nuestro Arçobispado, quier sean beneficiados o non, sean tenidos e obligados de celebrar cada un año e desir misa a lo menos quatro veces, salvo si se da nuestra licencia e consentimiento". J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 316.

servicio, el chantre organizaba a los beneficiados en turnos semanales de misa, evangelio o epístola, que todos cumplirían según fueran prestes, diáconos o subdiáconos y siguiendo un riguroso orden de antigüedad. Ya en el siglo XIII las costumbres dadas por don Sancho de Aragón hablan de la práctica de asentar estos turnos en una tabla que se haría pública para que todos, desde los canónigos a los clerizones, tuvieran noticia de cuáles eran sus obligaciones. La misma práctica continuaba dos siglos después, en que se precisan mejor las obligaciones de cada uno de estos "ebdomarios" o semaneros según el orden sacro recibido. Así, al preste le correspondía decir la misa mayor, los oficios de maitines y vísperas, es decir las tres horas mayores, la octava lección en su semana y la misa de prima en el altar del coro. También celebraría los oficios de difuntos por reyes y prelados y presidiría las procesiones. La misión del diácono era asistirle, ayudar a vestirle, decir el evangelio, llevar el libro evangeliario en las manos y las reliquias en las procesiones. Al subdiácono servir en el altar al preste, decir la epístola y tener el libro cuando se dijere el evangelio y llevar la cruz en las procesiones¹²¹. Los clerizones también aparecían en estas tablas repartidos en dos turnos de cinco, la semana de lectoría, en la que cantan lecciones, y la de colectoría, en la que cantan las colectas.

La función de semaneros, que empezaba en las vísperas del sábado no terminaba con su semana, pues a lo largo de la siguiente aún conservaban unas funciones, si se quiere menores o auxiliares, que ordenaban mejor el culto, lo que se llamará el servicio de "semanillas". Era, así, un servicio de catorce días, que como tal era apuntado en la tabla de celebraciones llevada por el partidor de cara al reparto de distribuciones y demás cantidades. El problema es que alguno de los "ebdomarios" no siempre estaban en disposición de cubrir su turno, y lo que es peor, no se preocupaba de que

¹²¹ B.N. Mss. 6260, 7r-v.

otros lo hicieran por ellos. Ello ocasionaba serios menoscabos en el servicio divino y provocó algunos ordenamientos del cabildo que, "queriendo proveer como en el servicio del altar desta sancta yglesia aya mucho orden", deciden que no haya semanas de gracia de un ministro a otro independientemente de su orden sacro, es decir, que cada uno hiciere la semana que se le asignó. Si no pudiese hacerlo personalmente, "que pase el turno adelante al que viniere tras el"¹²². Este mismo ordenamiento capitular de 1494 establece los salarios por estos servicios semanales que son de siete reales para el preste (108 mrs. y medio), 104 mrs. para el diácono y 113 mrs. para el subdiácono, los cuales eran pagados en el refectorio por tercios de año.

Para facilitar las funciones de estos semaneros, algunos de ellos, en concreto los clerizones que debían servir las horas nocturnas, solían hacer noche en la catedral. El resto vivía en sus casas y, como ha quedado dicho, no siempre cumplía con la suficiente diligencia las obligaciones de su cargo. Tal circunstancia parece estar en el origen de las medidas polémicas que intentará tomar el cardenal Cisneros cuando llegue a la sede primada en 1495 y que chocaron radicalmente con la voluntad capitular. Dichas medidas tendían a que los semaneros "estuviesen en la Iglesia la semana que celebraban y ministraban en el altar", lo cual fue visto como una intromisión en su autoridad y como una posible vuelta a la vida en comunidad de la que llevaban siglos liberados, pero a la que la construcción de habitaciones en el claustro alto daba ciertos visos de verosimilitud¹²³. Ese será sólo el motivo concreto de un serio enfrentamiento en el que el cabildo se opone a cambiar su modo de vida y en el que en realidad Cisneros no pretendió

¹²² A.C.T. Actas Cap. II, f. 67r. (1494, octubre, 8).

¹²³ J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, pág. 277 y ss.; J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio Toledo Renacentista*, I-1ª parte, Madrid, 1980, págs. 27-146, y "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 3-47.

volver a la vida en común y a la comida en el refectorio como en el siglo XII, sino facilitar un mejor servicio litúrgico y asegurar la presencia en los oficios de los semaneros.

Por último, señalar que el altar mayor no sólo servía de escenario para celebrar la misa conventual o de tercia. También albergaba un oficio que solía dar ocasión a importantes manifestaciones. Se trata de las "*misas nuevas*" en las que se ordenaba de misa a los nuevos presbíteros y que solía dar ocasión a que los familiares de estos "misacantanos" o el propio cabildo hicieran patente su prestigio social. No hay demasiadas alusiones a las mismas, pero sí sabemos de lo dispuesto por el cabildo con motivo de la ordenación del racionero Juan de la Torre. Como la fecha fijada para ello coincidía con la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, el 3 de mayo, se le permite participar en la procesión portando capa y revestido de los símbolos de su nuevo estado sacerdotal¹²⁴. Con ocasión de estas ordenaciones se realizaban en la catedral algunas celebraciones profanas, cantos, espectáculos, y diversiones, similares a las que se harían en las festividades en torno al día de los Inocentes, sobre las que los concilios provinciales manifiestan una clara reprobación¹²⁵.

C.- Desórdenes e irregularidades en el servicio litúrgico

A pesar de la minuciosidad con que los estatutos capitulares describen el ritual y organizan la forma en que debía conducirse el clero catedralicio, la vida litúrgica del templo primado distaba mucho de ser

¹²⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 122v. (1489, abril, 30).

¹²⁵ Así sucede en el concilio provincial de Aranda, convocado por Carrillo en 1473, en el que condena específicamente la costumbre arraigada tanto en la catedral metropolitana como en otras catedrales e iglesias de la provincia toledana "in Festis Nativitatis Domini nostri Iesu Christi et Sanctorum Stefani, Ioannis et Innocentium, aliis certis diebus festivis etiam in solemnitatibus Missarum novarum". J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales...*, pág. 295. En un capítulo posterior analizamos los actos que rodean algunas de estas festividades en torno a la Navidad, especialmente la del "obispillo", y pueden verse las similitudes con los que se harían con ocasión de estas misas de ordenación.

perfecta. Desde el siglo XIII se vienen repitiendo disposiciones que quieren frenar el comportamiento desordenado de muchos beneficiados y alentar su participación en los oficios religiosos, sin que en ningún momento tengamos constancia de una solución definitiva a los problemas. Dos son las principales causas de esas irregularidades: de un lado, la falta de asistencia a los diferentes actos corales y de otro, por paradójico que resulte, la presencia en los mismos, de la que derivaban situaciones poco edificantes si nos situamos en una catedral de la envergadura de la toledana.

La *falta de asistencia* del personal catedralicio a los diferentes actos corales, el descuido del servicio de semanas y el desinterés general que manifiestan por cumplir con sus compromisos fue una constante desde los primeros momentos de vida del cabildo. Esa es la razón de que los prelados hubieran de implantar ese sistema de distribuciones cotidianas que, pese a su atractivo económico, tampoco ayudó a mejorar demasiado las cosas. Sólo aquellos que contaban con la expresa licencia del cabildo podían incumplir sus compromisos sin incurrir en un agravio y sin perder sus compensaciones económicas. Eran los que por enfermedad, estudios o tareas de representación estaban exentos de hacer residencia diaria en la catedral. En el apartado dedicado a la residencia volveremos sobre ello.

Parece contradictorio que, todavía un cúmulo mayor de problemas, deriven precisamente de la *presencia de los beneficiados* en las celebraciones, y de su negligente actitud a la hora de guardar el decoro, disciplina y comportamiento debidos. Resulta poco aleccionador observar las graves faltas en que incurrían los beneficiados durante el rezo de los oficios, circunstancia que queda patente en innumerables referencias y que abunda en la idea de que la vida de piedad estaba bastante al margen de la pomposidad litúrgica del templo. Estas faltas a la disciplina que, a veces, resultan grotescas y que pueden tener su disculpa en el caso de los jóvenes y traviesos clerizones, sorprenden en quienes por su "oficio" deberían

mostrar un comportamiento de mayor ejemplaridad. ¿Cuáles eran las principales infracciones cometidas por los capitulares y beneficiados toledanos?.

Los problemas empezaban por la falta de *puntualidad*, que obligaba a retrasar en algunos casos el comienzo de los oficios y provocaba el desajuste de un "programa" muy apretado de actos.

Una vez en el coro, la mayor dificultad la plantea el *escaso silencio* con que los asistentes a los actos de culto seguían las celebraciones. Ello, no sólo suponía una falta de respeto a la actividad que allí se desarrollaba, sino que distraía a los beneficiados y les impedía estar atentos a hacer las pausas en los cantos, descubrirse la cabeza o a hacer sus oraciones en el momento correcto. Un ritual tan complejo como el catedralicio no podía seguirse sin un mínimo de silencio, por lo que las recomendaciones de los estatutos son continuas para que se evite toda murmuración y comentario, hasta el punto de determinar que no se inicien los oficios hasta que el silencio sea total. El desorden que ello provocaba se incrementaba si iba acompañado de otra frecuente falta, el *abandono de su asiento* por los beneficiados, que saltaban de un sitio a otro indiscriminadamente, algo prohibido "aunque aya para ello urgente neçesidad"¹²⁶. Ya veíamos antes la importancia que tenía en los estatutos la preparación del escenario en que se desarrollaría el rezo coral, y de nada serviría todo ello si luego los asistentes no respetaban el lugar. Quienes más dificultades ponían en este sentido eran los clerizos y niños del coro, a los que dada su edad, era difícil contener en sus manifestaciones. Por eso una de las funciones del chantre era velar por el silencio, evitar los alborotos e imponerles penas - pérdida de la ración de ese día y de las distribuciones de la hora

¹²⁶ B.C.T. MS 42-29, f. 195r.

correspondiente- si no rectificaban¹²⁷.

Ahora bien, esta actitud, que podía estar disculpada como la travesura de estos estudiantes, se agravaba en el caso de otros beneficiados con mayor cargo y responsabilidad que, muchas veces, utilizaban su proximidad en el coro para *dirimir negocios y lanzar rumores o confabulaciones*, lo cual era castigado y debía ser especialmente vigilado por el deán o su lugarteniente¹²⁸. Especialmente grave era el hecho de que durante las celebraciones se profirieran "*verba contumeliosa vel injuriosa*" entre los asistentes, algo que, pese a ser castigado desde muy temprano, continuó siendo un comportamiento habitual del que las actas dan buena cuenta. La más completa reglamentación contra esta práctica está recogida, como tantas otras, en el estatuto de don Blas Fernández, en el que se determina actuar con dureza tanto si son dignidades como canónigos, racioneros o capellanes, privándoles de las distribuciones, las caridades y de su porción durante un mes en el que estarán suspendidos y no podrán acudir a la iglesia¹²⁹.

Un siglo después la práctica no está erradicada, la constitución que hay sobre ello no se guarda -algunos incluso se excusan en su desconocimiento- y por eso en 1491 deciden que "todas las cosas fasta agora de enojo o palabras que entre qualesquier beneficiados ovieren pasado", fueran dadas por "nyngunas" y que en adelante se guarde la constitución y

¹²⁷ B.C.T. MS 42-29, f. 195v. "Estaran con mucho silencio y gravedad no tratando ni habando de negocio alguno sino cantando y con algunas consideraciones buenas y sanctas, representando en su coraçon que así como los sanctos angeles en el cielo estan a choros bendiçiendo a Dios, ansi ellos estan por sus choros ordenados tambien bendiçiendo a Dios, el qual esta presente y mirandolos, y ansi mismo esta en aquella hostia consagrada que esta en la custodia".

¹²⁸ B.N. Mss. 6260, f. 3r. "Super dirimendis negotiis et et audiendis rumoribus, mutuís confabulationibus in choro dum divina celebrantur officia, universis et singulis ad decano vel cuius vices gerente, silentium imponatur".

¹²⁹ Ibidem, f. 3r-v.

no haya excusas¹³⁰. El castigo para los que se lanzaran palabras de enojo en el coro era la expulsión por un mes en el que serían tenidos por ningunos, no podrían ir a la iglesia y no recibirían percepción económica alguna. Es lo que se determina el 11 de abril de 1492 contra dos canónigos, Alonso Ortiz y Alonso Yáñez, sin bien un día después se les revoca la pena momentáneamente, a fin de que puedan ayudar en los servicios litúrgicos de Semana Santa, en los que son necesarios; pasada ésta, volverían a cumplir su pena¹³¹. Otro tanto puede decirse de lo sucedido a Cristóbal de Villaminaya en 1493, al que castigan, por una falta que no explican a quedarse un mes en su casa retirado, sin ir a la iglesia y sin ser tenido en cuenta en los libros de cara a las percepciones económicas. Tampoco podrá, una vez admitido, decir misa en los altares de los dos coros hasta que el cabildo lo decida¹³².

No iba menos en contra de la magnificencia de las celebraciones la mala costumbre de determinados beneficiados de no acudir con el *aspecto externo* que requería el ceremonial catedralicio, tanto en los días ordinarios, como, con mucha mayor razón, los días de grandes solemnidades. Los responsables del cabildo justifican las medidas que toman al respecto indicando que la honestidad clerical "consiste no solamente en costumbres et vida intrínseca, mas aun en los hábitos et tonsura patentes fuera"¹³³. Su obligación es este sentido era presentar una imagen externa "decente" y que no ofendiera a su condición de eclesiásticos, pero a tenor de lo reiterado de las disposiciones y de las penas impuestas -que les privaban de los ingresos que les eran propios en tanto no se enmendaran- parece que eran bastante

¹³⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 15r. (1491, marzo, 4).

¹³¹ A.C.T. Actas II, f. 32v.

¹³² A.C.T. Actas Cap. II, f. 53v (1493, julio, 11).

¹³³ Eso afirma la introducción a un estatuto capitular dado en diciembre de 1434, ya mencionado en la primera parte del trabajo, que se ocupa de regular estas cuestiones: B.N. Mss. 13018, f. 227r-229v.

descuidados y, sobre todo, que tendían a vestir más como grandes señores que como hombres de Iglesia. Tendremos ocasión de desarrollar esta cuestión cuando analicemos la forma de vida de los capitulares.

Además de la falta de asistencia y de la indisciplina que algunos beneficiados manifiestan, un tercer grupo de conflictos vienen provocados por la *presencia en el coro y demás actos de gentes ajenas al personal catedralicio*, generalmente laicos, que podían alterar la buena marcha de las celebraciones. Este hecho no era malo en sí mismo ni estaba prohibido en la catedral; al contrario los oficios están hechos para la participación de los fieles y no tendrían razón de ser sin ellos. Es más, estaba reglamentado el lugar en el que los asistentes a los oficios deberían situarse, bien en las naves, bien en tribunas levantadas a ambos lados del coro y que se reservaban a personas de cierto nivel social. Sólo los grandes e ilustres visitantes -reyes, prelados de otras sedes, grandes señores- podían ocupar un lugar preferente en el coro, obligando incluso a cambiar la posición de algunos prebendados, que debían trasladarse a otras ubicaciones¹³⁴.

El problema venía cuando algunas de las personas que no estaban expresamente autorizadas a situarse en determinados lugares de la iglesia, contravenían estas reglas y llegaban a alterar la buena marcha de las celebraciones. Un estatuto de 17 de agosto de 1492 ordena que ningún lego se sienta en las sillas altas del coro en tanto se dice el oficio divino, pudiendo sentarse en las bajas. El estatuto se dirige especialmente a los beneficiados, que no debían llevar consigo ningún acompañante ni situarlo en tales asientos so pena de ser privados durante ocho días de distribuciones, caridades, pan y sal. El sochantre reconvendría a los legos allí asentados y les haría situarse en las sillas bajas o en las tribunas que se montaban a tal

¹³⁴ B.C.T. MS 42-29, f. 194r.

efecto en las naves de epístola y evangelio¹³⁵. Como anécdota, decir que a veces los acompañantes no eran personas, sino perros, que eran llevados por los capitulares al coro con la consiguiente falta de orden que ello conllevaba¹³⁶.

Pero la misma constitución se hace eco de un hecho aún más grave que acarreaba "muchos ynconvenientes e turbaçion de divinal ofiçio e de la honestydad e decoro del", la presencia de "sennoras e otras duennas e doncellas" que en lugar de permanecer en las tribunas instaladas a tal efecto entran por los postigos del coro. Los capitulares ordenan que no se haga así y menos aún que puedan encontrar la complicidad de algún beneficiado, el cual sería también castigado con la pena de los ocho días. Para evitar complicaciones, el cabildo decide prevenir y obliga a que el día anterior de las celebraciones en que se espera gran afluencia de público, aquellos que tienen llave de los postigos y de las capillas la den al secretario del cabildo¹³⁷.

La presencia de legos era preocupante también en algunas estancias del templo. Es el caso del sagrario, al que el cabildo decide poner un guarda a fin de que los legos no puedan entrar en él, salvo si se les debe mostrar "a algund embaxador o persona de cuenta"¹³⁸. Realmente, el sagrario, por los importantes ornamentos y objetos que custodia era gran preocupación para los capitulares, de ahí que velaran por sus fondos y por las llaves que daban acceso al mismo, limitando al menor número de personas posibles las que se harían con ellas. Salvo el tesorero y un sacristán, solo dos canónigos podrían tenerla, sin prestársela a nadie¹³⁹. Por eso mismo tampoco ningún

¹³⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 37v. (1492, agosto, 17). Fue confirmada el 10 de junio de 1493.

¹³⁶ "Qui vero canem ad chorum duxerit, distributione illius horae alienus existat". B.N. Mss. 6260, f. 4r.

¹³⁷ Ibidem.

¹³⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 30r. (1492, marzo, 2).

¹³⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 19r. (1491, junio, 22).

beneficiado, ya fuera dignidad o canónigo podría entrar en el mismo a tomar ornamentos sin licencia, so pena de 1.000 mrs¹⁴⁰.

La realidad que reflejan todos los ejemplos mencionados queda perfectamente retratada en las impresiones que el obispo de una diócesis sufragánea de la toledana, la de Baeza-Jaén, expresó a fines del siglo XV tras la visita realizada a su catedral:

fallamos que muchos clerigos como quier que sean muy solícitos e diligentes en la adquisición de beneficios y rentas, son muy negligentes e ingratos a Dios nuestro señor en le dar pension del divino culto que le son obligados¹⁴¹.

Lo cierto es que la situación de irregularidades en el servicio coral debía ser grave a pesar de todas las constituciones dadas en el templo, porque el propio sínodo diocesano de 1480 ha de referirse al tema y obliga al deán o a su lugarteniente o, en ausencia de ambos al presidente del coro, a llevar una tabla paralela a la que apuntaba las asistencias, para anotar las irregularidades cometidas y castigarlas con la pérdida de la hora¹⁴².

4.3.3.- Calendario litúrgico catedralicio

El amplio conjunto de misas y rezos corales que acabamos de describir se oficiaba en la catedral a diario y de forma ininterrumpida a lo largo de todo el año. No obstante, los ritos y ceremonias que cada uno de ellos conllevaba no permanecen inalterables, sino que en determinadas fechas que conmemoraban alguna festividad importante para la Iglesia se

¹⁴⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 36v. (1492, agosto, 14).

¹⁴¹ J. Rodríguez Molina, *El Obispado de Jaén-Baeza (siglos XIII-XVI)*, Jaén, 1986, pág. 78-79.

¹⁴² J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 314-315: "[...] mandamos que se fagan otras tablas semejantes a las que tiene el repartidor, las quales tenga siempre el dicho presidente en tanto que las cosas se dicen, al qual encargamos la conciencia, e pospuesto todo amor y temor, quite las horas a los que non guardaren el silencio que deben guardar o frequentaren salir del choro sin causa necesaria segund el tenor e forma de la dicha constitucion".

celebraban con una solemnidad aún mayor de la habitual. En las próximas páginas analizaremos la tipología de estas celebraciones de la catedral toledana, no sin antes conocer la tabla de festividades que las regía y que compartía conmemoraciones con el conjunto de la Iglesia y con otras diócesis, pero que también presentaba particularidades y fiestas de ámbito local. Aunque predominan las fiestas procedentes de la liturgia romana, implantada en Toledo a raíz de la conquista, hay una importante pervivencia de celebraciones propias de la liturgia hispano-mozárabe, de tan profundo y duradero arraigo en la ciudad.

A.- Tabla de festividades

La mejor información se recoge en el estatuto de don Blas Fernández de 1357 quien, para evitar confusiones y acabar con las dudas existentes entre el clero, reproduce la tabla de fiestas que se celebraban en la catedral de Toledo, añadiendo al lado de cada una el tipo de oficio que conllevaba. Ello le hace diferenciar entre fiestas de seis, cuatro y dos capas, y de nueve y tres lecciones. Pero don Blas aún añade una información suplementaria sobre tales celebraciones que, sin duda, ayudaría a clarificar las encontradas opiniones de los celebrantes. Dicha información le hace establecer distinciones entre fiestas de seis o cuatro capas antiguas, cuyo oficio fue instituido en el siglo XIII por Jiménez de Rada; fiestas de cuatro capas "per decretalem", instituidas en la decretal de Bonifacio VIII (1295-1303) "Gloriosus Deus exprimunt"; y fiestas de seis o cuatro capas "de novo", erigidas por sus sucesores¹⁴³.

El calendario oficial catedralicio, tal como lo presenta el prelado, comprendía ciento noventa y nueve festividades, y a él se incorporarán,

¹⁴³ B.N. Mss. 6260, f. 5r-6v.

hasta principios del siglo XVI, ocho celebraciones más: tres en el sínodo diocesano de Alcalá convocado por Pedro Tenorio en 1379¹⁴⁴, dos en el que Alonso Carrillo reúne en la misma ciudad en 1481¹⁴⁵, y, por último, otras tres dispuestas por Cisneros en sendos sínodos de Alcalá (1497) y Talavera (1498)¹⁴⁶. Teniendo en cuenta todas estas incorporaciones resulta el siguiente calendario por meses para fines del siglo XV¹⁴⁷:

ENERO

1. Circuncisión del Señor, 6 capas "de novo"
6. Epifanía del Señor, 6 capas "de novo"
7. Santos Julián y Basilisa, 4 capas
10. San Pablo, primer eremita, 9 lecciones
14. San Hilario, 9 lecciones
14. San Félix de Nola, 9 lecciones
15. San Mauro, 9 lecciones
16. San Marcelo, 9 lecciones
17. San Antonio abad, 4 capas
18. Santa Prisca, 3 lecciones
20. San Fabián y San Sebastián, 9 lecciones
21. Santa Inés, 4 capas

¹⁴⁴ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 252. Son las festividades de Santa María de las Nieves en agosto, de San Gabriel, en marzo, y otra, no muy clara, de San Juonis, para la que no se indica fecha y al que el sínodo alude como eximio confesor, cuya vida religiosísima de santidad venera toda la Iglesia. El propio Sánchez Herrero ignora el santo a que se refiere.

¹⁴⁵ Ibidem, pág. 337. Son las fiestas de Santa Quiteria y Santa Úrsula, en mayo y octubre, respectivamente

¹⁴⁶ Ibidem, pág. 349 y 361. Se incorporan ahora las fiestas de San Julián y San José, en marzo, y la Presentación de María en el Templo, en noviembre.

¹⁴⁷ En el calendario de solemnidades recogido por don Blas las fiestas están distribuidas por meses, pero no consta el día concreto en que se conmemoraban. Hemos podido identificarlas gracias a los calendarios litúrgicos romano e hispano-mozárabe y al santoral recopilados por J. Agustí, P. Voltes y J. Vives, *Manual de Cronología Española Universal*, Madrid, 1952, págs. 25-65, y a la completa información del martirologio romano publicado en *Propylaeum ad Actas Sanctorum decembris. Martyrologium Romanum ad formam editionis typicas. Scholis Historicis Instructum*, Bruselas, 1940. En el caso frecuente de que los calendarios señalen más de una fecha para una misma conmemoración, hemos optado por elegir aquella que más se acercaba al orden en que la fiesta aparecía situada en la tabla de don Blas. Tampoco es extraño que en un mismo día coincidan varias celebraciones bien por las particularidades locales, bien por las diferencias entre el calendario romano y el hispano-mozárabe.

21. Santos Fructuoso, Augurio y Eulogio, 9 lecciones
22. San Vicente, 4 capas
23. San Ildefonso, 6 capas
25. Conversión de San Pablo, 4 capas
26. San Policarpo, 3 lecciones
27. San Juan Crisóstomo, 3 lecciones
28. Santa Inés "secundo", 3 lecciones

FEBRERO

1. San Ignacio, 9 lecciones
2. Purificación de Santa María, 6 capas "de novo"
3. San Blas, 6 capas "de novo"
5. Santa Águeda, 9 lecciones
10. Santa Escolástica, 3 lecciones
12. Traslación de San Eugenio, 6 capas
14. San Valentín, 3 lecciones
22. Cátedra de San Pedro, 4 capas "per decretalem"
24. San Matías, 4 capas "per decretalem"

MARZO

3. Santos Emeterio y Celedonio, 4 capas "de novo"
6. San Julián, 6 capas
7. Santas Perpetua y Felicidad, 9 lecciones
8. Santo Tomás de Aquino, 9 lecciones
12. San Gregorio, 6 capas "per decretalem"
13. San Leandro, 4 capas "de novo"
19. San José, 6 capas
21. San Benito, 6 capas
24. San Gabriel arcángel, 4 capas
25. Anunciación de Santa María, 6 capas

ABRIL

4. San Isidoro, 4 capas
5. San Ambrosio, 4 capas "per decretalem"
14. Santos Tiburcio, Valeriano y Maximo, 3 lecciones
23. San Jorge, 4 capas
25. San Marcos evangelista, 4 capas "per decretalem"
26. San Cleto, 9 lecciones
28. San Vital, 3 lecciones
29. San Pedro mártir, 9 lecciones

30. San Eutropio, 2 capas

MAYO

1. Santos Felipe y Santiago apóstoles, 6 capas
1. San Torcuato con sus compañeros, 9 lecciones
2. San Atanasio, 3 lecciones
3. Invención de la Santa Cruz, 6 capas "de novo"
3. Santos Alejandro, Evencio y Teodolo, 9 lecciones
6. San Juan ante porta latina, 4 capas "de novo"
7. Santa Domitila, 9 lecciones
9. San Gregorio Nacianceno, 3 lecciones
10. Santos Gordiano y Epímaco, 3 lecciones
11. San Poncio, 4 capas "de novo"
11. San Mayolo, abad de Cluny 9 lecciones
12. Santos Nereo y Aquileo, 3 lecciones
14. Santas Victoria y Corona, 9 lecciones
18. San Pedro Celestino, 9 lecciones
19. Santa Potenciana, 3 lecciones
22. Santa Quiteria, 9 lecciones
25. San Urbano, 4 capas

JUNIO

1. Santos Nicomedes y Reverenciano, 3 lecciones
2. Santos Marcelino y Pedro, 9 lecciones
9. Santos Primo y Feliciano, 3 lecciones
11. San Bernabé apóstol, 4 capas "per decretalem"
12. Santos Basilides y Cirino, 3 lecciones
13. San Fernando, rey de Castilla, 9 lecciones
16. Santos Quirico y Julita, 9 lecciones
18. Santos Marcos y Marceliano, 3 lecciones
19. Santos Gervasio y Protasio, 9 lecciones
24. San Juan Bautista, 6 capas
26. Santos Juan y Pablo, mártires, 9 lecciones
27. Santos Zoilo y Félix, 9 lecciones
29. San Pedro y San Pablo, 6 capas
30. Conmemoración de San Pablo, 4 capas
30. San Marcial, 9 lecciones

JULIO

2. Santos Proceso y Martiniano, 3 lecciones

4. Traslación de San Martín, 9 lecciones
10. Los Siete Santos Hermanos, 3 lecciones
11. Traslación de San Benito, 9 lecciones
13. Santa Margarita, 9 lecciones
17. Triunfo de la Santa Cruz, 6 capas "de novo"
17. Santas Justa y Rufina, 4 capas
18. Santa Marina, 4 capas
21. Santa Práxedes, 6 capas
21. San Victor de Marsella y otros socios, 9 lecciones
22. Santa María Magdalena, 6 capas "de novo"
23. San Apolinar, 3 lecciones
24. Santa Cristina, 9 lecciones
25. Santiago apóstol, 6 capas
25. San Cristóforo, 9 lecciones
28. Santos Nazario y Celso, 3 lecciones
27. San Félix, 3 lecciones
29. Santa Marta, 6 capas "de novo"
30. Santos Abdón y Senén, 3 lecciones
31. San Germán, 3 lecciones

AGOSTO

1. San Pedro ad Vincula, 4 capas
2. San Esteban papa, 3 lecciones
3. Invención de San Esteban, 9 lecciones
4. San Pedro, obispo de Roma, 4 capas
4. Santo Domingo de Guzmán, 2 capas
5. Santa María de las Nieves, 6 capas
6. Transfiguración del Señor, 6 capas
6. Santos Justo y Pastor, 9 lecciones
8. Santos Ciriaco, Largo y Esmeragdo, 3 lecciones
10. San Lorenzo, 6 capas
11. San Tiburcio, 3 lecciones
13. San Hipólito, 4 capas
14. San Eusebio, 3 lecciones
15. Asunción de Santa María, 6 capas
18. San Agapito, 3 lecciones
19. San Luis, obispo de Toulouse, 9 lecciones
20. San Bernardo de Claraval, 4 capas
22. Santos Timoteo y Sinforiano, 3 lecciones
24. San Bartolomé apóstol, 6 capas
25. San Genesio, 9 lecciones
25. San Luis, rey de Francia, 9 lecciones

- 28. San Agustín, 4 capas
- 29. "Decollatio" de San Juan Bautista, 4 capas
- 29. Santa Sabina, 3 lecciones
- 30. Santos Félix y Adaucto, 3 lecciones

SEPTIEMBRE

- 1. Santos Vicente y Leto, 9 lecciones
- 1. San Gil, 2 capas
- 2. San Antonino, 4 capas
- 8. Natividad de Santa María, 6 capas
- 9. Santos Gorgonio y Dorotea, 3 lecciones
- 11. Santos Proto y Jacinto, 3 lecciones
- 14. Santos Cornelio y Cipriano, 9 lecciones
- 14. Exaltación de la Santa Cruz, 6 capas
- 15. Santos Nicomedes y Valeriano, 9 lecciones
- 16. Santa Eufemia, 9 lecciones
- 16. Santos Lucía y Geminiano, 9 lecciones
- 21. San Mateo, 4 capas
- 22. San Mauricio con sus compañeros, 2 capas
- 27. Santos Cosme y Damián, 9 lecciones
- 28. Santos Fausto, Januario y Marciano, 9 lecciones
- 29. San Miguel arcángel, 4 capas
- 30. San Jerónimo, 4 capas "per decretalem"

OCTUBRE

- 1. Santos Remigio y Vedasti, 3 lecciones
- 4. San Francisco de Asís, 2 capas
- 6. Santa Fé, 9 lecciones
- . San Lino, papa, 9 lecciones¹⁴⁸
- 7. San Marcos, papa depuesto, 9 lecciones
- 9. Santos Dionisio y Rústico, 2 capas
- 14. San Bernardo, confesor, 9 lecciones
- 14. Calixto, papa, 9 lecciones
- 18. San Lucas, 4 capas "per decretalem"
- 20. San Caprasio, 9 lecciones
- 21. Santa Úrsula y las once mil vírgenes, 2 capas
- 22. Santos Nunilón y Elodia, 9 lecciones

¹⁴⁸ Está identificada la figura del santo, pero no corresponde su lugar en la tabla toledana con las fechas de su conmemoración que se sitúan, en los calendarios consultados, el 22 ó 23 de septiembre o el 26 de noviembre.

- 23. Santos Servando y Germán, 9 lecciones
- 25. Dedicación de la Iglesia toledana, 6 capas
- 25. Santos Crispín y Crispiniano, 9 lecciones
- 27. Santos Vicente, Sabina y Cristeta, 9 lecciones
- 28. Santos Simón y Judas, 4 capas
- 31. San Quintín, 3 lecciones

NOVIEMBRE

- 1. Todos los Santos, 6 capas
- 8. Santos Cuatro Coronados, 3 lecciones
- 9. San Teodoro, 9 lecciones
- 11. San Menas, 3 lecciones
- 11. San Martín obispo, 4 capas
- 12. San Emiliano, 9 lecciones
- 13. San Bricio, obispo de Tours, 9 lecciones
- 15. San Eugenio, 6 capas
- 17. San Acisclo y Victoria, 9 lecciones
- 18. San Román, 4 capas
- 18. San Odón, abad de Cluny, 9 lecciones
- 19. Santa Isabel, viuda, 6 capas
- 22. Santa Cecilia, 6 capas
- 20. Presentación de María en el Templo, 6 capas
- 23. San Clemente, 9 lecciones
- 23. Santa Felicidad, 9 lecciones
- 24. San Crisógono, 9 lecciones
- 25. Santa Catalina de Alejandría, 6 capas
- 26. San Pedro Alejandrino, 9 lecciones
- 27. Santos Facundo, Primitivo y Agricola, 9 lecciones
- 29. San Saturnino, 4 capas
- 30. San Andrés apóstol, 4 capas

DICIEMBRE

- 1. Crisanto, Mauro y Darío, 3 lecciones
- 4. Santa Barbara, 4 capas
- 6. San Nicolás, 4 capas "solemniter y fiat processio"
- 8. Concepción de Santa María, 6 capas
- 9. Santa Leocadia, 6 capas "de novo"
- 10. Santa Eulalia, 9 lecciones
- 11. San Dámaso papa, 3 lecciones
- 13. Santa Lucía vírgen, 6 capas "de novo"
- 18. Expectación de la Virgen, 6 capas

- 20. Santo Domingo de Silos, 4 capas
- 21. Santo Tomás apóstol, 6 capas
- 22. Translación de San Isidoro, 4 capas
- 25. Nacimiento del Señor, 6 capas
- 26. San Esteban, 4 capas
- 27. San Juan apóstol, 4 capas
- 28. Santos Inocentes, 4 capas
- 29. Santo Tomás obispo, 4 capas
- 31. San Sivistre, 4 capas
- 31. Santa Columba, 9 lecciones

*FIESTAS MÓVILES*¹⁴⁹

- Pascua de Resurrección del Señor, 6 capas
- Ascensión del Señor, 6 capas
- Pascua de Pentecostés, 6 capas
- Santísima Trinidad, 6 capas "de novo"
- "Corpus Christi", 6 capas
- Octava del "Corpus", 6 capas

Recapitulando, son un total de 207 fiestas, aunque no hemos incluido en la relación, por no saber su fecha ni el santo al que alude, la dispuesta en 1379 dedicada a un "Juonis", de difícil identificación. En todo caso es un número importante de celebraciones, a las que hay que unir los domingos, 52 en total, aunque alguno de ellos coincidiría obligatoria o casualmente con fiestas de la tabla. Todo ello hace que el ciclo litúrgico de la catedral fuera verdaderamente importante y obligara a los celebrantes a un profundo conocimiento del ritual indicado en cada caso. Ahora bien, este conjunto de solemnidades catedralicias no debe confundirse con el calendario de fiestas de guardar para la ciudad de Toledo y el arzobispado, que era

¹⁴⁹ Todas ellas, como en su conjunto todo el año litúrgico, se calculaban a partir del *Domingo de Pascua de Resurrección*, primer domingo después del plenilunio que sigue al equinoccio de la primavera (21 de marzo); ello hacía que la Pascua de Resurrección pudiera situarse en el periodo comprendido entre el 22 de marzo y el 25 de abril. A partir de ahí, la *Ascensión del Señor* sería el jueves comprendido entre el 5º y 6º domingo después de Pascua de Resurrección; la *Pascua de Pentecostés*, el 7º domingo después de Pascua de Resurrección; la *Trinidad*, el domingo siguiente a Pascua de Pentecostés; y el "*Corpus Christi*", el jueves siguiente a la Santísima Trinidad. J. Agustí, P. Voltes y J. Vives, *Ob. cit.*, págs. 217-219.

otro, menos numeroso, y que se intenta reducir en los sínodos para evitar la ociosidad del pueblo. Tendremos ocasión de señalarlo en el capítulo que analiza la repercusión que tenía entre los fieles la actividad litúrgica catedralicia.

B.- Tipología de las celebraciones

Una vez claro ese punto, pasaremos a analizar las peculiaridades de los diversos tipos de fiestas que incluía el calendario catedralicio, que, como dijimos, asignaba un ceremonial diferente a cada una de ellas, en función del grupo en el que se incluyeran: fiestas de seis, cuatro y dos capas, fiestas de nueve y tres lecciones, y celebraciones de los domingos. Antes de especificar cada grupo, debemos tener presente una premisa y es que en la catedral primada, como en muchas otras iglesias, la celebración correspondiente a cada una de las festividades comenzaba en las vísperas del día anterior y se prolongaba, en los domingos y solemnidades principales, hasta unas segundas vísperas¹⁵⁰.

1.- El primer grupo al que vamos a referirnos son las *fiestas de seis capas*, sin duda, las más solemnes que se oficiaban en el templo. Se denominan así porque eran seis los canónigos que participan en ellas, vestidos con su capa pluvial, aquella que debían entregar, o su equivalente, cuando tomaban posesión de su cargo. Si en circunstancias excepcionales se les unía el prelado, la celebración, que pasa a llamarse de pontifical, alcanzaba sus más altas cotas de esplendor litúrgico, debiendo las dignidades officiar con mitra.

En general, dada su importancia y solemnidad, la mayor parte de ellas eran también fiestas de guardar por la población. Si incluimos las tres que dispone Cisneros en 1498, eran 46 las fiestas de esa índole que se

¹⁵⁰ Así lo dispuso en el siglo XIII Gonzalo Pétrez, A.C.T. X.11.C.1.3. (1291, mayo, 25, Toledo).

celebraban en el templo, como es lógico, correspondientes a los ciclos litúrgicos a los que la Iglesia daba un tratamiento más destacado. Especialmente significadas son las *tres fiestas mayores* catedralicias de Todos Santos, Pascua de Resurrección, y Santa María de Agosto; junto a ellas fiestas relacionadas con momentos importantes de la *vida de Jesucristo* (Natividad, Circuncisión, Epifanía, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Transfiguración, Corpus Christi y su octava), y *de la Virgen* (Natividad, Purificación, Anunciación, Asunción, Santificación y Presentación en el Templo); otro bloque lo constituyen fiestas relacionadas con *la cruz*, símbolo cristiano por excelencia (Invención, Triunfo, Exaltación), los *apóstoles* (Felipe y Santiago el Menor, Pedro y Pablo, Santiago el Mayor, Bartolomé, Tomás), *santos* (San Blas, San Gregorio, San Benito, San Juan Bautista, San Práxedes, San Lorenzo, San José, último en incorporarse) y *santas* (Marta, Isabel, Cecilia, Catalina y Lucía); a ellos se unen fiestas especialmente relacionadas con la *ciudad y el arzobispado* de Toledo (San Ildefonso, San Eugenio, Traslación del cuerpo de San Eugenio, Dedicación de la Iglesia Toledana, Santa Leocadia).

Como es lógico, pese a su mayor relevancia, lo sustancial del oficio coral o de la misa no variaba en ninguna de estas fiestas, pero sí los "adornos" incluidos en las mismas. Todo empezaría con el toque de la campana mayor desde las vísperas del día anterior, en que se entendía que comenzaba la festividad, y a lo largo de sus diferentes horas canónicas. El tiempo en el que se haría sonar en cada una de las pulsaciones sería "tanto tempore quanto de ecclesia Sancti Andres ad ecclesiam posit spacio venire"¹⁵¹. También la iluminación en estas fechas contribuía a elevar el tono de la fiesta. El tesorero disponía de las candelas y velas necesarias para iluminar todos los rincones del templo, especialmente el coro y el altar

¹⁵¹ B.N. Mss. 6260, f. 2v.

mayor, pero también las naves y capillas del recorrido procesional por el templo. Igualmente debían portar luces los participantes en dicho cortejo procesional, sobre todo, los que iban delante de las reliquias¹⁵². En efecto, estas solemnidades llevaban aparejada una procesión entera por el interior de la catedral, que, en días especiales como el Corpus o la Virgen de Agosto, se trasladaba a las calles de la ciudad. Por fin, muchos de esos días la catedral se veía enriquecida con la predicación de sermones bien por los capitulares más preparados, bien por profesionales contratados al efecto¹⁵³.

Así pues, mayor presencia de celebrantes, vestimentas ricamente bordadas, tañido de campanas, procesiones con reliquias, profusión de velas y candelas, contribuirían a crear un ambiente de verdadero esplendor litúrgico, que no estaría completo si no considerásemos la contribución de otra importante parcela que ayudaba a dar aún más realce a estas fiestas. Nos referimos a la música interpretada en la catedral, pues como dice Blas Ortiz "la principal intencion de la yglesia es alabar con jubilo a Dios, no solo con los organos y otros instrumentos, sino tambien con las campanas y boces biensonantes"¹⁵⁴.

Realmente, en los siglos XV y XVI, el templo, y de manera especial las catedrales son los principales motores de la creación musical; ésta se concibe, compone e interpreta para servir a los fines de la liturgia. Las diferentes misas y oficios catedralicios constituyen el escenario en el que se desarrolla un repertorio musical que se moldea en función de las fiestas del calendario y del santoral eclesiástico, ya que cada una de ellas demandará

¹⁵² Ibidem, f. 10v-11r. Una información muy prolija sobre las candelas que habían de arder en las diferentes fiestas del templo la incluye la constitución de don Blas Fernández sobre las atribuciones del tesorero, ya que era ésta la dignidad encargada de este cometido.

¹⁵³ A estos dos últimos aspectos, procesiones y sermones nos referimos en el capítulo dedicado a analizar la proyección que fuera de la catedral tenían todas estas actividades litúrgicas.

¹⁵⁴ *La Catedral de Toledo. 1549....*, pág. 155.

obras, textos y formas musicales distintas¹⁵⁵. Sin duda, en Toledo serán las fiestas de seis capas las que reclaman las piezas más acabadas, contribuyendo a elevar el tono de las mismas. Aunque es en el siglo XVI cuando la música de la catedral primada alcanza su máximo esplendor -hasta el punto de que el repertorio toledano se interpreta en la Capilla Real de Felipe II y en la de El Escorial- ya en el siglo anterior se apreciaba una presencia importante¹⁵⁶.

Canto llano, canto de órgano e instrumentos se iban alternando en la interpretación de los himnos, salmos, antífonas y lecciones que habían de ser ejecutadas durante los correspondientes oficios. En ellos participaban de manera especial clerizones, seises, cantores y organistas contratados, que ponían todo de su parte para lograr una interpretación ajustada y solemne como correspondía a un ritual tan estricto. El resultado, de acuerdo con Ortiz, asombraría a los asistentes y explicaría el reconocimiento que en el exterior tenían las celebraciones toledanas:

con que orden, con que harmonia y dulcissimos concentos suenen en esta Santa Yglesia los sagrados oficios, lo manifiesta la suma delectacion de los oyentes y lo hace notorio la fama divulgadisima por todo el mundo¹⁵⁷.

2.- Las fiestas de cuatro capas hacen un número de cuarenta y siete, y algunas de ellas, catorce concretamente, eran fiestas de guardar por la población. Están dedicadas a santos y santas de la Iglesia, entre los que destacan algunos *apóstoles* (Matías, Simón y Judás, Mateo, Juan, Pedro y

¹⁵⁵ S. Rubio, "La Música religiosa española en los siglos XV y XVI", en *Historia de la Iglesia en España*, t. III-2º, Madrid, 1980, págs. 352-583.

¹⁵⁶ El trabajo que mejor analiza la vida musical de la catedral toledana es la obra de F. Reynaud, *La Polyphonie Toledane et son milieu. Des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, 1996. Aunque referido al siglo XVI, da interesantes detalles de la situación del siglo anterior que resultan de gran utilidad para nuestro estudio. Otras referencias en F. Rubio Piqueras, *Música y Músicos Toledanos*, Toledo, 1923, y *Códices polifónicos de la S.I.C.P. de Toledo*, Toledo, 1925; R. González Ruiz, "La Música", en *La Catedral de Toledo 1549...*, págs. 59-66;

¹⁵⁷ *Ob. cit.*, pág. 155.

Pablo, y otras relacionadas con ambos); *evangelistas* (Marcos, Lucas); *Padres de la Iglesia latinos* (Agustín, Jerónimo, Ambrosio); arcángeles (Miguel y Gabriel); *papas* (Urbano, Silvestre); *abades* (Antonio, Bernardo de Claraval, Domingo de Silos); *obispos* (Leandro, Isidoro, Martín, Silvestre, Tomás, Nicolás); *mártires* (Julián y Basilisa, Vicente, Emeterio y Celedonio, Jorge, Poncio, Hipólito, Antonino, Román, Esteban, Inocentes); y *santas* (Justa y Rufina, Marina, Bárbara).

Su celebración, también solemne, bajaría unos enteros en relación con las anteriores. Eso se desprende del número de celebrantes, cuatro, del tipo de procesión por el templo, media, del toque de la campana mediana y de las piezas elegidas para el canto. En todo caso, son diferencias de matiz que no restaban espectacularidad a la celebración

3.- Un tercer nivel en el tipo de celebraciones son las *fiestas de dos capas*, mucho menos numerosas, sólo siete, y en las que se conmemora a San Eutropio, San Gil, San Mauricio, San Dionisio, Santa Úrsula y, especialmente, las de los dos fundadores de las ordenes mendicantes, Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. Las celebraciones en este caso sólo comportaban la presencia de dos oficiantes y, en general, un menor despliegue de efectos litúrgicos.

4.- Más de la mitad de las fiestas del calendario se incluyen en la categoría de *fiestas de tres y nueve lecciones*, que reciben su nombre del número de lecciones y responsos que se decían durante el oficio de la misa y, como ya vimos, de los maitines. La denominación, no obstante, se presta a la confusión porque el rezo de las lecciones y los responsos que seguían a cada una no era privativo de estos días, sino que era el uso habitual en todo oficio catedralicio. Así, las fiestas de seis y cuatro capas eran también fiestas de nueve lecciones, y las de dos capas de tres lecciones. Ignoramos porqué el estatuto de don Blas se refiere a ellas de esta forma.

Al margen de esta circunstancia, las fiestas de esta categoría tenían

su contenido propio y agrupaban a santos y santas de "segundo orden", entre los que había *papas* (Marcelo, Fabián, Cleto, Pedro Celestino, Félix, Esteban, Marcos, Calixto, Clemente, Dámaso); *obispos* (Hilario, Fructuoso, Policarpo, Juan Crisóstomo, Ignacio, Torcuato, Gregorio Nacianceno, Marcelino, Luis de Toulouse, Remigio, Lino, Bricio, Pedro Alejandrino); *eremitas* (Pablo); *abades* (Mauro, Mayolo, Odón); *reyes* (Fernando de Castilla, San Luis de Francia); y un gran repertorio de ochenta *mártires*, entre los que se encuentran los más venerados de Hispania, las Galias, Roma y Oriente.

5.- Por debajo en la solemnidad estarían las diferentes "*dominicas*", es decir, las celebraciones de los domingos, que con ser importantes porque conmemoraban el día del Señor, realizan el rito de forma más sencilla y desprovista del exceso de artificio de algunos días. Diferente era el caso, no obstante, en que los domingos coincidían con alguna de las fiestas de seis o cuatro capas, bien de manera fortuita, bien por ser Pascua, Trinidad o Pentecostés. En estos casos se sigue el ritual propio de las solemnidades especiales.

4.3.4.- Capillas y culto funerario

Junto al coro y al altar mayor, el tercer escenario en que se desarrolla la liturgia catedralicia es el que conforman las numerosas capillas construidas a lo largo de los muros y de la girola del templo desde los primeros momentos de su edificación. De la misma manera que el coro es el lugar especialmente indicado para el canto de las horas, o el altar mayor para la celebración de la misa conventual, las capillas dan cabida a otro tipo de oficios litúrgicos imprescindibles al hablar del pasado de las catedrales y, en su conjunto, de los distintos recintos eclesiásticos de la cristiandad: los

relacionados con la muerte y el culto funerario¹⁵⁸.

Tan es así, que la propia erección de tales capillas está relacionada con el interés de diferentes personas de perdurar a través de sus fundaciones pías y de las misas y rezos que dejan ordenados en ellas. Doble era la función de estos recintos: de un lado, ofrecer un lugar de enterramiento, un espacio material para el descanso del cuerpo, y de otro, proporcionar el consuelo de la oración a través de las numerosas misas y aniversarios que se decían en las mismas por la salvación de su alma. Ambas cuestiones han de ponerse en relación con la difusión de las nuevas ideas a cerca de la muerte y el arte del bien morir, que requerían de unas condiciones determinadas para realizar el tránsito en la forma debida y procurar, después de acaecido, las condiciones mejores para alcanzar la salvación.

En las próximas páginas veremos cómo se concretaba cada una de estas formas que adopta el culto funerario, no sin antes recordar que su papel dentro del templo era tal que dio lugar a una modalidad de distribuciones cotidianas, las "caridades", repartidas entre los asistentes a los oficios de difuntos o entre los ausentes que tuvieran causa justificada. Junto a estas caridades ordinarias, había otras llamadas extraordinarias, que se hacían en algunas solemnidades especiales y sólo se distribuían entre los presentes¹⁵⁹. Por ese concepto a fines del siglo XV se distribuía real y medio al preste (46 mrs. y medio), 8 mrs. al diácono y 4 al subdiácono. Por su parte, los celebrantes también perciben una parte de las ofrendas que, como veremos, solían acompañar a estos actos.

¹⁵⁸ Muchos son los estudios que se vienen realizando en los últimos años sobre el significado de la muerte para el hombre medieval y el conjunto de actos rituales de que rodea ese tránsito. Por citar solo algunas obras significativas P. Ariés, *La muerte en Occidente*, Barcelona, 1982, y *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1983; M. Vovelle, *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, París, 1983; *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y en el arte de la Edad Media*, 2 vols., Santiago de Compostela, 1988 y 1992; E. Mitre, *La muerte vencida. Imágenes e historia en el Occidente medieval (1200-1348)*, Madrid, 1988.

¹⁵⁹ B.N. Mss. 6260, f. 8r.

A.- Enterramientos

Sin llegar a definir a las catedrales medievales como "inmensas tumbas donde quedaban protegidos los principales linajes nobiliarios"¹⁶⁰, sí es cierto que el espacio catedralicio fue en parte un "espacio de los muertos", un territorio sagrado que, como otros edificios eclesiásticos, ofrecía un último refugio para el descanso del cuerpo¹⁶¹.

Evidentemente, la posibilidad de tener como última morada el recinto catedralicio no estaba al alcance de cualquiera, ya que era necesario pagar altas cantidades para poder acceder a su interior. La catedral acogía sólo a los difuntos de mayor nivel de renta, habida cuenta de que los sectores populares no podían hacer frente al gravoso coste del culto funerario, debiendo contentarse con cementerios más modestos en torno a sus parroquias. Ello dejaba el camino expedito a las familias nobiliarias locales o de ámbito nacional, a los miembros más influyentes del cabildo y, por supuesto, a reyes y obispos que, merced a su superior situación, ocuparían los lugares preferentes. La jerarquización de la sociedad y de la propia catedral y sus componentes se veía por tanto reflejada también a la hora de la muerte en el lugar que ocupaba la tumba que cada uno podía pagarse. La sepultura permitía hacer ostentación de la riqueza, de ahí la pugna por hacer el mejor sepulcro y por conquistar un espacio más cercano al altar mayor y al presbiterio.

La catedral de Toledo no fue ninguna excepción, antes al contrario, su condición de primada la hizo ser apetecida, no sólo por los linajes locales o por su propio clero, sino también por reyes y grandes nobles que incluso fundaron capillas para albergar sus tumbas. La importancia cualitativa y

¹⁶⁰ M. Rodríguez Llopis e I. García Díaz, *Iglesia y sociedad feudal. El cabildo de la catedral de Murcia en la Baja Edad Media*, Murcia, 1994, pág. 81.

¹⁶¹ E. Portela y C. Pallarés, "Los espacios de la muerte", en *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media(II)*, Santiago de Compostela, 1992, págs. 27-35.

cuantitativa de los enterramientos obligaron al cabildo a llevar buena cuenta de los mismos y a encargarse directamente de la asignación de sepulturas y del precio a percibir por cada una de ellas, asuntos que eran tratados con frecuencia en sus reuniones ordinarias. Las tasas exigidas por el cabildo para autorizar la concesión de tales sepulturas variaban en función del lugar elegido; lo más costoso y apreciado era poder descansar en el interior del templo -se entendía que más cerca de Dios- pero tampoco le iba a la zaga el recinto del claustro.

En efecto, el *claustro catedralicio*, construido a fines del siglo XIV, era un siglo después uno de los lugares más habituales de enterramiento. El pavimento de cada uno de sus cuatro lienzos acogían numerosas sepulturas en las que solían descansar varios miembros de una misma familia tras solicitar el correspondiente permiso del cabildo para proceder a la apertura de la tumba¹⁶². Entre quienes con más frecuencia eligen este recinto se encuentra la segunda "línea" del clero catedralicio (capellanes, racioneros), familiares y criados de los beneficiados, escribanos, médicos, notarios y demás personal auxiliar de la catedral, y, en suma, todo aquel, laico o eclesiástico, que pudiera pagar las tasas exigidas para ello que, aún siendo inferiores a las que se pedían para obtener sepultura en el interior del templo, tampoco eran pequeñas.

Diferentes disposiciones capitulares recogen las cantidades exigidas por el cabildo en dos momentos distintos del siglo XV. En 1423, varias décadas después de la construcción del claustro, la corporación decide recoger por escrito la forma en que deberían realizarse las dotaciones, cuyo precio dependería del lugar elegido para el enterramiento dentro del claustro. Éste se dividía en cuatro lienzos: el primero, que iría desde la puerta de Santa Catalina a la capilla de San Blas, era el más caro, 800 mrs.; el

¹⁶² Así sucedió el 31 de octubre de 1478, cuando autorizan el entierro de la mujer de Luis Gómez en su misma sepultura. A.C.T. Actas Cap. I, f. 104v.

segundo, desde la capilla de San Blas al altar de los castellanos, y el tercero, desde éste a la puerta del Mollete, reducían el precio a la mitad, 400 mrs.; el cuarto, desde la puerta del Mollete a la de Santa Catalina, no admitía entonces sepulturas "por quanto es bovedas de agua"¹⁶³. Cincuenta años después, en 1472, el cabildo ha de revisar las tasas ordenadas para los enterramientos "segund los tiempos e la moneda corre" y dispone que el precio suba hasta los 1.000 mrs. en el tercer lienzo y hasta los 2.000 en los otros tres, pues se habilitó el que antes no se utilizaba, seguramente ante la necesidad de acoger más cuerpos¹⁶⁴.

En todo caso, era el *interior de la catedral* el lugar más apreciado para obtener sepultura; sus distintas capillas, altares y naves estaban reservadas a reyes, arzobispos, nobles, y, por supuesto, a las principales dignidades y canónigos del cabildo. Sólo ellos podrían dejar ordenadas en sus testamentos las cantidades de dinero suficiente para pagar una tumba que, indefectiblemente, iba acompañada de las correspondientes misas y sufragios por la salvación de su alma. Los casos más llamativos son, sin duda, los de quienes tenían suficientes medios para costear incluso la fundación y construcción de una capilla y de un fabuloso sepulcro. Los más "modestos" se contentaban con una sepultura en el pavimento de la iglesia sobre la que se colocaba una lápida con su nombre y otras inscripciones.

En el primer caso están, sin duda, algunos reyes de Castilla, que cuentan con varios espacios en el templo para el descanso de sus cuerpos y los de sus familiares. Así, Alfonso VII, su mujer Berenguela, Sancho III, Sancho IV, María de Molina, y algunos otros infantes descansaban a fines del siglo XV en una capilla puesta bajo la advocación de Santa Cruz, que ocupaba la parte de atrás de la capilla mayor, y fue fundación de Sancho IV a fines del siglo XIII. Las obras de ampliación del presbiterio que se llevan

¹⁶³ B.C.T. MS 23-17, f. 32v-33v ó B.N. Mss. 6260, f. 28v-29v. (1423, mayo, 15).

¹⁶⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 44v. (1472, marzo, 20).

a cabo en el pontificado de Cisneros alteraron la situación de este pequeño recinto, que quedó incorporado a la capilla mayor, pero no la de los sepulcros que quedaron y allá siguen a ambos lados del altar mayor¹⁶⁵. También reposan en el templo algunos monarcas de la dinastía Trastámara, concretamente, Enrique II, Enrique III, Juan I y sus respectivas esposas, desde que en 1374 el primero de ellos fundara en la catedral una capilla, la de Reyes Nuevos, con esa finalidad. La actual localización de la capilla, en la girola, difiere de la que ocupaba durante el siglo XV, en que se localizaba al comienzo de la nave del evangelio, junto a la capilla de la Descensión y donde permaneció hasta las primeras décadas del siglo XVI¹⁶⁶.

De igual modo, la más alta nobleza castellana quiso enterrarse en el templo y, sin duda, por la magnificencia de la capilla de Santiago que alberga sus no menos majestuosos sepulcros, el caso más evidente es el del condestable Alvaro de Luna y su esposa, Juana Pimentel. Junto a ellos otros personajes influyentes pero a menor escala como doña Teresa de Haro y su marido, el mariscal Diego López de Padilla, están enterrados en la capilla situada en la nave del evangelio que entonces llevaba su nombre y hoy se conoce como de San Andrés; lo mismo sucede con Doña Elvira de Fuensalida, esposa de Juan Gudiel de Roelas, o Pedro Fernández de Burgos y su esposa, que descansan en la capilla de la Epifanía.

La abundancia de laicos entre quienes buscaron un último refugio en

¹⁶⁵ El culto funerario que la pequeña capilla albergaba se trasladó a otra cercana, llamada del Espíritu Santo y desde entonces conocida como de Reyes Viejos para diferenciarla de la otra capilla real que alberga los restos de algunos reyes Trastámara. Esta capilla del Espíritu Santo se localizaba en la girola y antes de servir a este fin era capilla privada perteneciente a la familia del arzobispo toledano Gonzalo Díaz Palomeque. Los restos funerarios de esta familia y el culto que se debía dar a los mismos se trasladaron a su vez a la capilla contigua de Santa Lucía.

¹⁶⁶ Los avatares artísticos del templo primado han sido objeto de numerosos trabajos. Remitimos al excelente trabajo de A. Franco Mata, "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, t. I, Toledo, 1991, págs. 421-479 y a la seleccionada bibliografía que ofrece para obtener todos los datos.

el templo primado no oscurece en absoluto la que, sin duda, fue la presencia mayoritaria en los enterramientos catedralicios, la del sector eclesiástico, encabezado por los propios arzobispos toledanos, que, en su mayoría, reposan en las capillas que ellos mismos levantaron para albergar sus sepulcros. Por citar sólo a los prelados bajomedievales mencionaremos a Gonzalo Díaz Palomeque, en la capilla de Santa Lucía; a Gutierre Gómez y Blas Fernández en el coro, ante el altar de Santa María; a Gil Álvarez de Albornoz y Juan Martínez de Contreras en la capilla de San Ildefonso; a Pedro Tenorio en la capilla de San Blas; a Jimeno y Pedro de Luna y a Juan de Cerezuela en la capilla de Santiago; a Sancho de Rojas, en la capilla de San Pedro; o a Pedro González de Mendoza, en su magnífico sepulcro de la capilla mayor. Incluso hay sepulturas de obispos de otras diócesis pero familiares de los primados, como el obispo de Ávila, Alonso Carrillo de Albornoz.

Ahora bien, mucho más numeroso que todos ellos era el conjunto de sepulturas correspondientes al propio clero catedralicio, cuyos miembros manifiestamente querían permanecer ligados a la sede de su beneficio aún después de muertos. Así lo reflejan las numerosas referencias documentales que aluden a la presencia de dignidades y canónigos, aunque también muchos racioneros, como es lógico aquellos que mayor disponibilidad económica tuvieran, elegían el interior del templo. Para el resto quedaba, como ya se dijo, el claustro catedralicio¹⁶⁷. Un buen número de todos ellos reposa también en diversas capillas, como la de la Piedad, fundada por el tesorero y canónigo Alonso Martínez, la de la Trinidad en la que está el

¹⁶⁷ Así lo constatan las solicitudes de algunos racioneros para enterrarse delante de las capillas de San Pedro, de Pedro Fernández de Burgos o del altar de la Virgen de la Antigua, todo lo cual está perfectamente reflejado en las actas (A.C.T. Actas cap. I, f. 42r y 119v). No obstante, donde mejor podemos conocer la ubicación de las sepulturas de los racioneros es en el documento que su hermandad elaboró para determinar las misas y aniversarios que habrían de decirse por sus compañeros fallecidos, y en las que da cuenta de su localización: A.C.T. O.F. 74.

canónigo Gutierre Díaz, o la de San Nicolás, donde reposa Nuño Díez, arcediano de Toledo. Sin embargo, dado su elevado número, lo habitual era que eligieran sepultura bajo el pavimento de las naves del templo, elección que debía recibir la correspondiente autorización del cabildo que, normalmente aceptaba, pero imponiendo algunas condiciones.

Estas vienen motivadas por una situación que se refleja con claridad en la documentación conservada: la "masificación de cadáveres" que, como en muchas otras iglesias, se produciría en el templo primado, llegando, incluso a afectar al normal desarrollo de los actos litúrgicos y a dificultar el tránsito por sus naves. Esa es la razón de que algunos sínodos y las propias ordenaciones capitulares reiteren la necesidad de que las sepulturas no se sitúen indiscriminadamente, sino en aquellos lugares que menos pudieran interferir en los oficios religiosos; paralelamente, se insiste en que no se construyan túmulos, sino que simplemente se coloque sobre ellas una piedra llana, que no destaque del pavimento de la iglesia, en la que se escribiría el nombre del finado¹⁶⁸.

La medida no afectaba, claro está, a las diferentes capillas particulares -regias, nobiliarias, arzobispales- donde los fundadores, siempre que pudieran costearlo, no tenían impedimento alguno para mandar construir los más espléndidos sepulcros y túmulos a fin de dejar constancia expresa de su poderío económico y del prestigio de su casa. Estas tumbas son de una gran belleza y ofrecen un indudable interés artístico, ya que en ellas, especialmente desde que en el siglo XV empiezan a difundirse los nuevos aires del humanismo, se manifiesta una diferente manera de entender y representar la muerte. En ese siglo la catedral toledana vio esculpir impresionantes sepulcros a los artistas más reputados del momento, pero tal vez el que mejor represente esas nuevas corrientes artísticas sea uno que no

¹⁶⁸ "Que la sepultura sea llana en el pavimento e suelo de la dicha capilla". A.C.T. Actas Cap. I, f. 121r.

se construyó hasta el siglo XVI, y que bajo un imponente arco de triunfo acoge los restos del poderoso cardenal Mendoza¹⁶⁹.

En todo caso, y volviendo a las tumbas más modestas elegidas por la mayoría de los beneficiados toledanos, cabe decir que en su mayor parte éstos desean descansar delante de algunas capillas como las de Santa Leocadia, Santiago, Santa Bárbara, San Bartolomé, la Virgen de la Antigua, San Gil o San Ildefonso. El cabildo suele acceder a sus peticiones pero siempre recomendándoles que dejen un espacio suficiente a la puerta de la capilla, al menos de cuatro pies, para poder acceder a ella con mayor facilidad¹⁷⁰. Otros solicitan sepultura delante de alguno de los pilares del templo en los que piden poder hacer un altar, petición que el cabildo no siempre atiende debido a que ello exige hacer algunas obras en el pilar y modificar en parte la estructura del templo. Por eso junto a permisos que dan para "cortar cosa alguna del dicho pilar", hay otras ocasiones en las que señalan "que el altar non fuese fixo, syno de tabla", a fin de no dañar ni hacer perjuicio a la iglesia¹⁷¹.

Donde más restricciones pone el cabildo para enterrarse es en la capilla de San Pedro, ya que dada su condición de parroquia, se podía ver alterada la buen marcha de los oficios. Por eso, sólo lo autoriza en la parte inicial de la misma, concretamente antes del postigo que comunicaba con el claustro, y no cerca del altar donde se oficiaría la misa. Además, aquí no se permite colocar ninguna lápida funeraria, sino aprovechar las losas que existen para escribir su nombre¹⁷². Las solicitudes de dignidades y

¹⁶⁹ R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987;

¹⁷⁰ Así lo hacen ante la solicitud de sepultura por Pedro Alonso Serrano ante la puerta de la capilla de San Bartolomé. A.C.T. Actas Cap. I, f. 19v. (1469, febrero, 20).

¹⁷¹ Así, frente a la autorización dada en 1478 a Marcos Díaz de Mondéjar para sepultarse y levantar un altar en el pilar situado cerca de la capilla de Santa Bárbara (A.C.T. Actas Cap. I, f. 100v), no hacen lo propio con Ruy López de Santiago en 1485 (f. 119r-v).

¹⁷² A.C.T. Actas Cap. II, f. 68v. (1494, diciembre, 3).

canónigos para descansar aquí debían ser numerosas, lo que obliga al cabildo a consentir que las tumbas sean compartidas por varios beneficiados, aunque se prohíbe que puedan abrirse antes de dos años del último entierro¹⁷³.

La proliferación de tumbas en el interior y la cierta confusión que pudieran provocar se vería incrementada ante otra costumbre habitual en el ritual funerario de la época, la colocación encima de las tumbas de ofrendas de pan, vino, cera, en algunos casos carne, en los días inmediatos al fallecimiento, en el aniversario y, de manera general, en las fiesta de Todos los Santos¹⁷⁴. Con todo ello, transitar por el templo debía ser, en determinadas fechas del año litúrgico, toda una prueba de obstáculos.

Así como los enterramientos del claustro estaban perfectamente tasados en función del paño que eligieran, no hay ninguna norma general para el interior de la iglesia. Así lo constata también el profesor Pérez-Embid para la catedral sevillana cuando dice que las condiciones del enterramiento eran fijadas por el cabildo según criterios que variaban de un caso a otro¹⁷⁵. La información que conservamos da cifras sobre las dotes dejadas por beneficiados o particulares laicos para atender al conjunto de oficios fúnebres y aniversarios que dejaban fundados en el templo, pero no especifican la partida que iba destinada a la sepultura. No obstante, poco hay que reflexionar para deducir que superaría los 2.000 mrs., máxima cantidad exigida en las tumbas del claustro y que el precio dependería de su localización en el recinto del templo. No sería igual reposar en zonas alejadas de las naves que hacerlo más cerca del presbiterio, del coro o de las

¹⁷³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 51v. (1493, junio, 5).

¹⁷⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 16v-18r. (1468, agosto, 19). Así se menciona con ocasión de la concordia del cabildo con los albaceas testamentarios del canónigo fallecido Pedro López de Sevilla o del mandamiento del cabildo para que en Todos Santos y el día de la conmemoración de los finados el partididor tenga cargo de poner la dicha ofrenda en las sepulturas de algunos beneficiados por razón de la limosna que dejaron en el refectorio para ello. A.C.T. Actas Cap. II, f. 19r. (1490, noviembre, 2).

¹⁷⁵ J. Pérez-Embid, "El cabildo catedral de Sevilla en la Baja Edad Media", en *Hispania Sacra*, XXX (1977), pág. 167.

capillas principales. En todo caso, sería una fuente importante de ingresos para el refector capitular, encargado de recoger estos fondos, como bien se encarga de especificar el propio cabildo¹⁷⁶.

De lo que no hay duda es de que, fuese cual fuese su precio, el abultado número de sepulturas obligaría al cabildo a anotar cuidadosamente su ubicación exacta, máxime cuando la elección de la misma iba acompañada de la celebración de numerosos oficios de difuntos que, en muchos casos, debían realizarse sobre ella, como la ofrenda en especie o algunas misas. Conocemos la situación gracias a un documento de la hermandad de racioneros, encargada de decir numerosos sufragios y aniversarios por sus compañeros fallecidos y en las que se debía señalar junto al nombre y mandas de éstos el lugar de su sepultura, generalmente en estos términos: "esta sepultado a la puerta de la capilla de Santiago, tiene una piedra blanca con las armas del maestre de Santiago don Alvaro de Luna y en ella un R", ó "esta sepultado a las gradas de la capilla de San Pedro, entre ellas y las gradas que suben a la claustro, tiene por sennal esta sepultura una R"¹⁷⁷.

La conclusión a todo lo dicho no puede ser otra que la de aceptar como buena la idea de que el proceso descrito genera una "invasión del pavimento de las iglesias", en este caso de la catedral, que se inicia ya en la Edad Media, pero que se consumará definitivamente en el siglo XVI, manteniéndose hasta la primera mitad del siglo XIX¹⁷⁸. Tal invasión se ve completada con una "inflación" de misas y sufragios funerarios que pasamos a analizar a continuación.

¹⁷⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 19r (1491, julio, 1). El acuerdo no hace sino dar oficialidad a una costumbre antigua del templo.

¹⁷⁷ A.C.T. O.F. 74, f. 5v y 6v.

¹⁷⁸ F. Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1993, págs. 200-208. Del mismo autor, *La Muerte vivida. Muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Toledo, 1996.

B.- Aniversarios y oficios de difuntos

La asignación de sepultura en el templo y el traslado del cuerpo del finado para descansar en el lugar elegido no era sino el primer paso de una enorme cantidad de actos y ritos funerarios que aparecen recogidos en los testamentos y que podían comprometer, incluso durante siglos, la actividad del personal catedralicio.

La realización de este tipo de culto está constatado en la catedral desde los mismos momentos de su puesta en marcha, y así Juan de Castellmoron en 1159 ya hace algunas alusiones a los bienes dotales dejados para la fundación de los aniversarios, recordando que sean propiedad de la corporación, no del prelado, en unos momentos en que la mesa capitular acaba de constituirse¹⁷⁹. Desde entonces no cesará de ser tema de muchos estatutos capitulares, de constituciones conciliares y sinodales y, desde luego, habitual motivo de discusión en las reuniones del cabildo, especialmente en los cabildos espirituales que se celebran desde 1490.

La importancia que para la catedral tenía el culto desarrollado en las capillas y altares del templo a fin de atender las numerosas fundaciones de capellanías y las mandas ordenadas por los fallecidos -estuvieran o no enterrados en su recinto- explica que buena parte del personal vinculado a ella tuviera como ocupación principal servir estos oficios de difuntos. Es el caso de los capellanes, el sector más abultado de cuantos clérigos realizaban su labor en el templo y que, como vimos en un capítulo precedente, constituían un bloque importantísimo si sumamos los treinta y cuatro capellanes del coro, los diez de la greda y los más de cien, aunque su número no era fijo, que servían las diferentes capillas. Junto a ellos, también los racioneros estaban a cargo de algunas de estas celebraciones, especialmente de aquellas que quedaban a cargo de la hermandad que

¹⁷⁹ A.C.T. A.5.A.1.14.

constituyen y en las que se recordaba a sus compañeros fallecidos, tanto si morían como tales o lo hacían tras haber ascendido a otros cargos¹⁸⁰.

El culto funerario desarrollado en el templo comprendía dos tipos de celebraciones: las honras que se hacían en los días inmediatos al fallecimiento (entierro, vigilia, misa de difuntos, novenario, treintenario), y los aniversarios y memorias encargados en determinadas fechas (al cumplirse el año de la muerte, en Cuaresma, en las fiestas de algunos santos) para conmemorar y recordar al finado con diferentes misas y oficios que ayudaran a la salvación de su alma. La mayor o menor solemnidad de estas celebraciones dependía del poder económico y social del fallecido y solía estar bien detallada en su testamento. A este respecto cabe decir que los testamentos tanto de beneficiados como de particulares eran presentados y leídos en las diferentes sesiones capitulares, a fin de que el cabildo conociera su contenido y pudiera autorizar, si así lo consideraba, las mandas dispuestas en los mismos¹⁸¹. Aprobadas éstas, podía comenzar en la catedral un detallado ceremonial que alcanzaba la mayor magnificencia ante el entierro y honras fúnebres por monarcas y prelados, en las que las muestras de luto implicaban a toda la ciudad durante varios días; las exequias que se hicieron con ocasión de la muerte del cardenal Mendoza son buena prueba de ello¹⁸².

¹⁸⁰ A.C.T. O.F. 74.

¹⁸¹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 26v. (1469, noviembre, 3).

¹⁸² Es el racionero Arcayos, una vez más, el que nos da cuenta de ellas. B.C.T. MS 42-29, f. 178r-v. El poderoso arzobispo falleció el domingo 11 de enero de 1495 en Guadalajara y hasta el viernes 16 no llegaron sus restos a Toledo. Desde el momento en que el cabildo tiene noticia del óbito comienzan a tañer las campanas de todas las iglesias y se dicen misas y sufragios en las parroquias. Toda la clerecía de la ciudad comandada por el cabildo sale a recibirle a San Lázaro con cruces, hachas de luz y ropas de luto, hasta trasladarlo a la catedral, donde sería expuesto en un "cadhalso" construido entre los dos coros. Comienzan entonces las exequias que comprenden numerosas ceremonias, que tuvieron su centro en la misa mayor del sábado y en los actos del domingo en el que, iluminados por 800 hachas y 200 candelas, cuatro obispos y un arzobispo concelebraron de pontifical con toda la solemnidad posible.

La espectacularidad de estas exequias no nos debe hacer despreciar el ritual desplegado tras la muerte de un beneficiado catedralicio, especialmente si era dignidad o canónigo, máxime si consideramos que éste era el sector que en mayor medida recibía sepultura en el templo y ordenaba en él los sufragios y aniversarios por su alma. En las próximas páginas ejemplificaremos en algunos canónigos toledanos los oficios funerarios desarrollados en la catedral a partir de la información que, mayormente las actas, pero también algunos testamentos y otros documentos de Obra y Fábrica nos han proporcionado al respecto. Especialmente significativo es un texto que nos da cuenta de los gastos que ocasionó a la Obra catedralicia el fallecimiento de su obrero, el canónigo Juan Fernández de Mora, que habría dejado a la catedral como heredera de sus bienes y responsable, por tanto, de hacer frente a todos los pagos que ocasionase su muerte. Aunque corresponde a la primera mitad del siglo XV, concretamente a 1418, es el único testimonio que da una información completa, no sólo sobre el precio de las exequias, sino sobre todos los detalles y ritos que rodeaban a éstas, por lo que ha sido de gran ayuda para elaborar esta parte del trabajo¹⁸³.

Los actos empezaban con el traslado del ataúd con los restos del canónigo, revestido con sus ropajes litúrgicos, a la catedral para recibir sepultura, generalmente, en el interior del templo y, como vimos, a la entrada de algunas capillas. El día del entierro no solía decirse misa, sino el canto de la vigilia de difuntos y el sepelio mismo. El cabildo ordenó que este oficio consistiera en "sus nueve salmos e nueve leçiones de fynados con su responso", dejando la misa para otro día "segund se acostumbra faser

¹⁸³ A.C.T. O.F., 761, f. 167r-171v. Se trata de un cuadernillo de 20 folios que ofrece, no sólo información sobre los gastos de las exequias y el luto, sino también sobre los que se hicieron en la casa del difunto y con ocasión de la subasta pública de sus bienes. El profesor Izquierdo Benito se ha servido de este documento en un trabajo de próxima aparición, "Gastos por la muerte de un canónigo toledano en el siglo XV", (en prensa).

aquí"¹⁸⁴. En efecto, las honras fúnebres se dejaban para el día siguiente, siendo el acto central de las mismas la misa mayor de difuntos. Lo normal ante el fallecimiento de un prebendado es que la misa se oficiara con gran solemnidad, varios celebrantes, la asistencia de todo el cabildo -los canónigos con capas- y, en muchos casos, del clero parroquial de la ciudad, a quien el pertiguero cursaba el correspondiente aviso. Ello ponía de manifiesto el poder de este sector eclesiástico y le permitía hacer ostentación pública de su privilegiada posición ante la concurrencia.

Los oficios funerarios se adornaban con una procesión de réquiem, el solemne toque de campanas, la iluminación que proporcionan numerosos cirios, la quema de incienso, e incluso la predicación de un sermón. Tras ese primer día de exequias, el luto seguía durante los nueve siguientes mediante la celebración del "novenario", en el que había un día, el quinto, que era conocido como el del "cumplimiento" y en el que se hacía nuevamente misa mayor y oficios más solemnes. El número de misas del novenario variaba, pero algunos días podían decirse hasta siete. Aunque en la documentación catedralicia consultada no las tenemos suficientemente reflejadas, era también costumbre en la época el encargo de "misas de San Gregorio" o "gregorianas", a las que los fieles eran muy devotos, y que se prolongaban durante los treinta días siguientes al óbito¹⁸⁵.

A lo largo de todo ese periodo de luto "oficial", el finado debía disponer sobre su sepultura una ofrenda de pan, vino y cera, a veces de carne, que sería distribuida entre los celebrantes¹⁸⁶. Paralelamente, era

¹⁸⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 13v. (1491, febrero, 4).

¹⁸⁵ Si se alude a estos "treintanarios" en el sínodo de Alcalá de 1480, a propósito de la recomendación que hace Carrillo de que no se celebren en domingo ni en otros días de fiesta, para no entorpecer la conmemoración de estas solemnidades. J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 320.

¹⁸⁶ Las cantidades eran, en general, modestas, salvo en casos especiales, como el del mencionado entierro del cardenal Mendoza, en que se ofrecieron "çien costales de trigo, çien carneros y çien pellejos de vino y en las taças setecientos reales. Cupo a cada canonigo dos costales de trigo y dos cueros de vino y en dinero 480 mrs. de la offrenda y

costumbre distribuir limosnas a pobres, bien en forma de vestido, bien de alimento, o incluso repartiendo algunas monedas. Destinatarios de limosnas eran frecuentemente algunos monasterios o comunidades de la ciudad o de fuera de ella, a los que se quiere favorecer con estas medidas¹⁸⁷. Otra práctica propia de ese ritual funerario era la de que varias mujeres, visitaran la sepultura del fallecido y le acompañaran durante el tiempo de luto. El mismo Andrés Martínez dispuso en su testamento que "por acompannamyento de my persona e cargo de sepyltura, los dichos mys albaças manden e fagan conbidar algunas beatas honestas de la dicha çibdat e les fagan lymosna e las contenten según visto sea"¹⁸⁸. Identificamos a éstas con las populares plañideras, aunque la Iglesia no veía con gusto las manifestaciones exageradas de dolor que en muchos casos expresaban y que podían hacer dudar al fiel de los beneficios de la resurrección. Por eso, diferentes disposiciones conciliares intentaron atajarlas y, de manera especial, instaban al clero a no consentir ni dejarse llevar ellos mismos por esta práctica¹⁸⁹.

Los gastos ocasionados desde el mismo momento del fallecimiento hasta el último día del novenario, están desglosados en el documento antes

carneros y al raçionero la mitad de las copas y del panno". B.C.T. MS 42-29, f. 178r-v.

¹⁸⁷ El testamento del canónigo Andrés Martínez, fechado el 2 de noviembre de 1474, favorece con 5 mrs. a cada uno a los monasterios toledanos de la Trinidad y Santa María de la Merced y a los de Santa Olalla de Barcelona y Santa María de Guadalupe, especificando que los tres primeros deben emplear la cantidad "para ayudar a la redempçion de cautivos". A.C.T. Actas cap. I, f. 72r.

¹⁸⁸ Ibidem, f. 72v.

¹⁸⁹ El sínodo de Alcalá de 1480 así lo atestigua: " [...] estatuyamos y hordenamos, siguiendo los sacros canones que ningun clerigo de horden sacra o beneficiado de menores hordenes se vista de aquí adelante vestiduras de luto por muerte de qualquiera persona, ora sea su señor o padre o pariente o amigo, ni traya barba crecida ni señal de tristeza so pena, que allende de incurrir en la indinacion de Nuestro Señor, que por este mismo fecho, cada vez que las dichas ropas vistiere sea suspenso pro tres meses de la percepcion de los frutos de su beneficio [...] e si el tal clerigo por tristeza de qualquier defuncto rasgare su cara o si con las manos quitare los cabellos, mesandose a manera de los legos o otro qualquier daño se fisiere en la cara, allende la pena susodicha, este por dos meses en la nuestra carcel eclesiastica". J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales*..., págs. 308-309.

mencionado referido al canónigo y obrero, Juan Fernández de Mora. Ignorando otros desembolsos paralelos para atender al cuidado, alimento e iluminación de "la gente e conpanna", suponemos criados o familiares, que quedaba en su casa durante los días del luto, extraemos el siguiente listado de lo que supusieron sus exequias en la catedral.

- a un notario por el testamento	100 mrs.
- al carpintero por el "ataybude" en que se enterró el canónigo .	45 mrs.
- ropa litúrgica de lienzo para enterrarse ("casulla et alva et maniplo et estola et amito et çinto") . . .	200 mrs.
- vigilia y misa mayor	2.000 mrs.
- "pitança" de los cinco capellanes que celebraron dicha misa, a 4 mrs. cada uno	20 mrs.
- oficios a cargo de la hermandad de racioneros	390 mrs.
- "pitança" de los capellanes por las 50 misas del novenario, a 4 mrs. cada una	200 mrs.
- ofrenda de "rroscas de pan candeal" todos los días	37 mrs.
- ofrenda de vino "con tres copas" en las dos misas del entierro y del cumplimiento	120 mrs.
- "lecho" de dicho obrero	264 mrs.
- cera para velas y cirios en los diferentes oficios	1.004 mrs.
- incienso	12 mrs.
- sermón por un dominico de San Pedro Mártir	25 mrs.
- ropa de luto para 17 parientes y criados	2.318 mrs.
- al capellán que ponía ornamentos de plata en la sepultura . . .	18 mrs.
- al campanero de la catedral	200 mrs.
- al pertiguero por su llamamiento a las parroquias de la ciudad	23 mrs.
- a "dose buenas mugeres" que acompañaran sepultura todos los días, a 3 mrs. cada una	324 mrs.

El saldo total asciende a 7.300 mrs., de los que el desembolso principal lo constituyen los oficios de vigilia y misa, la ropa para familiares, y el gasto de cera, pues solo entre ellos suman ya más de 5.000 mrs. A todo ello habría que añadir el dinero de la sepultura, que normalmente superaría los 2.000 mrs., el de la piedra o lápida, que podría llegar a 500 mrs.¹⁹⁰ y las otras mandas y misas encargadas a diferentes iglesias, cofradías o

¹⁹⁰ Eso costó en 1490 la que se puso sobre la tumba del clauero Juan de Bleda. A.C.T. Actas Cap. II, f. 11r. (1490, diciembre, 20).

monasterios de la ciudad, que en el caso del canónigo y obrero señalado ascendieron a 476 mrs. En su conjunto, unos 10.000 mrs. que ponen de manifiesto lo caro que a los canónigos toledanos les resultaba morir a fines de la Edad Media. Respecto al encargo de misas en otras instituciones, era costumbre entre los capitulares toledanos realizar cinco mandas fijas que, de acuerdo con el testamento suscrito por Fernando Pérez de Ayala en 1470, eran las siguientes:

Item mando a las cinco mandas acostumbradas, conviene a saber, a la dicha Sancta Yglesia de Toledo e a Sancta Maria de Guadalupe, a cada una çient maravedis e a Sancta Maria de la Merçed e a Sancta Olalla de Barcelona e a la Crusada para ayuda a sacar cativos de tierra de moros, a cada una destas dichas mandas dies maravedis¹⁹¹.

En cualquier caso y como antes señalamos, el culto funerario a desarrollar en el templo no finalizaba a los nueve o treinta días del fallecimiento del prebendado. Por el contrario, gastos aún más elevados y disposiciones testamentarias también muy precisas se dejaban ordenados para realizar las correspondientes misas, ofrendas o limosnas que volvían a reproducir el ceremonial realizado durante las exequias, pero ahora en otros momentos del año, especialmente, en el aniversario. Estos sufragios por la salvación de las almas comenzaron a tener gran éxito entre la población cuando se difunde la noción de purgatorio y la conveniencia de encargar misas y rezos para que las almas encerradas en él pudieran redimir sus pecados y, finalmente, ascender al cielo. La Iglesia encontró aquí una importante fuente de financiación, ya que las cantidades que por esta vía cayeron en sus manos fueron incontables y se perpetuaron más allá de la Edad Media¹⁹².

La catedral de Toledo se vio, lógicamente, favorecida por esta costumbre tan arraigada entre los fieles y contó desde muy pronto con

¹⁹¹ A.C.T. E.5.F.1.8.

¹⁹² El trabajo clásico sobre la significación del purgatorio para el hombre medieval es el de J. Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, 1989.

fundaciones de gran envergadura -recordamos las capillas funerarias de reyes, nobles, los propios prelados- a las que se unían las dotaciones menos espectaculares, pero no por ello modestas, que con tal fin iban dejando diferentes particulares y, por supuesto, sus propios beneficiados. Éstos, a fin de poder cubrir los gastos que generaba todo aniversario, acostumbran a dejar en el refectorio capitular una serie de bienes y tributos de los que el cabildo obtendría las rentas que le permitirían hacer frente a los pagos. Unas veces se deja como dote la cantidad que monten los vestuarios durante un tiempo determinado¹⁹³; otras un préstamo en la Puebla de Alcocer del que obtener anualmente 18.5000 mrs.¹⁹⁴; también se dejan 20.000 mrs. al cabildo con que "edificar del molino nuevo del degolladero"¹⁹⁵; o diferentes casas y propiedades urbanas repartidas por los barrios principales de la ciudad.

Como puede apreciarse, no existe una norma fija sobre la cantidad que debía alcanzar estas dotaciones, ya que estaban en función del tipo y número de sufragios que se quisieran encargar. Un ordenamiento capitular puso en 1431 precio a las misas y oficios "del cabo de año" que se decían por el alma de los beneficiados toledanos, estableciéndose que dignidades o canónigos pagaran 2.000 mrs. y el racionero 1.000¹⁹⁶. De todas formas, esta cantidad solo pone precio a la misa, pero podía incrementarse con otras mandas complementarias como limosnas u ofrendas. Ello nos indica que tampoco era única la forma que adoptaba la celebración de esos aniversarios, pues dependía del dinero dejado a tal efecto. La celebración de los

¹⁹³ En 1466 el capiscol Gonzalo Sánchez de Córdoba encarga un aniversario y cierta caridades en la fiesta de Santa Justa y Rufina, perpetuamente, y da como dote 70.000 mrs. que han de ser pagados de los mrs. de sus vestuarios de los años 65-67 que él tenía ganados en dicha iglesia. A.C.T. Actas Cap. I, f. 3r. (1466, noviembre, 26).

¹⁹⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 18r. (1491, junio, 4).

¹⁹⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 91r. (1476, noviembre, 18). El "Degolladero", cercano al puente de San Martín, era el lugar donde se sacrificaba a los animales para el consumo.

¹⁹⁶ B.C.T. MS 32-17, f. 37r-39r ó B.N. Mss. 6260, f. 32v-34r. (1431, octubre, 10).

aniversarios podía ser simple o solemne, siendo esta última la fórmula habitualmente encargada por los beneficiados. Comprendían una vigilia, la misa mayor concelebrada en la que solía estar presente el clero parroquial, procesión de réquiem, tañido de las campanas, uso de ricos ornamentos, de incienso, es decir, en la misma línea que los actos celebrados en los días inmediatos al entierro. También era frecuente encargar memorias mensuales o incluso semanales, más sencillas, en las que sólo se rezaban algunas oraciones y responsos sobre la tumba¹⁹⁷. El ritual solía completarse con ofrendas y limosnas en la misma fecha del aniversario o en días y fiestas especiales como Cuaresma o Todos Santos¹⁹⁸.

Habida cuenta de que la fundación de una sola persona podía incluir varias misas y celebraciones, se comprende que el número de sufragios que estaban a cargo del cabildo era elevadísimo a lo largo de todo un año. Los encargados de atenderlos eran, con preferencia, los capellanes del coro y, así, está atestiguado que en los últimos años del siglo XV éstos tenían cargo de decir cada año 8.840 misas, a razón de cinco misas semanales cada capellán, es decir, 170 misas a la semana entre todos ellos¹⁹⁹. Perciben medio real de plata, tanto si la dicen ellos mismos o las hacen servir por otro, pero nunca cumplían en su totalidad, quedando muchas misas por decir que acababan siendo encargadas a clero foráneo o incluso a los capellanes que servían en otras capillas. Valga como ejemplo lo sucedido en el periodo que va del 1 de mayo de 1492 al 30 abril del 1493: de las 8.840 misas a su cargo los capellanes del coro sólo dicen 4.105, faltando 4.735. Se hace

¹⁹⁷ J. Pérez-Embid, *Ob. cit.*, pág. 24.

¹⁹⁸ "Item que todos los Jueves Santos de la Çena se de de vestyr a trese pobres a honor e reverençia de Nuestro Sennor e sus dose apostoles dando a cada uno una saya blanca de a tres reales la vara y que aya en cada una seys varas e que el refitor pague tanbyen la fechura e se de a cada pobre un real de limosna". Así lo dispuso el arcediano de Calatrava, Francisco Fernández, junto a otras mandas de su aniversario. A.C.T. Actas Cap. II, f. 18r. (1491, junio, 4).

¹⁹⁹ Desde 1490 son muchas las sesiones capitulares que se dedican a fijar las atribuciones de este colectivo. A.C.T. Actas Cap. II, f. 3v, 4r, 13r.

cargo de ellas el arcediano de Calatrava, que en nombre del cabildo hace decir 2.900, pero aún restan 1.835 que pasan a las obligaciones del año siguiente en el que el total de sufragios suma 10.675 mrs.²⁰⁰. Si espectacular es el número de misas no lo es menos el monto de su precio, pues a razón de medio real cada una (15 mrs. y medio) sumaban la cifra nada despreciable de 137.020 mrs.

A estas misas de los capellanes del coro se añadían las que decían los de la greda, las que estaban a cargo de la hermandad de racioneros y las que se oficiaban en las diferentes capillas por los capellanes particulares de cada una, con lo que el número de misas que se celebrarían al cabo de un año en la catedral sería impresionante. Ello hace acertada la expresión que habla de una "inflación de oficios" a la hora de referirse al culto funerario que se desarrollaba, ya no sólo en las catedrales, sino, en general, en todas las iglesias. La masificación de sufragios provocó dos situaciones de cierta irregularidad. La primera, la manera mecánica y rutinaria con que los celebrantes atenderían estos servicios, dando también lugar, como sucedía en el oficio del coro o del altar mayor, a un sin fin de faltas en la misma línea de las descritas. La segunda, las frecuentes interferencias que el culto funerario provocaba en las habituales celebraciones del templo, llegando incluso a deslucir aquellas ceremonias que requerían de la totalidad del clero catedralicio para hacerlas brillar. Por ello los prelados dispondrán que en diferentes fechas del calendario litúrgico no puedan realizarse estos aniversarios para que todo el protagonismo recaiga en su conmemoración. Es el caso de los domingos, los días de Navidad, Resurrección o Pentecostés y, en suma, las fiestas de seis y cuatro capas festejadas con la mayor

²⁰⁰ A.C.T. O.F. 731, f. 26r. Pertenece a la serie de Libros de Misas, en los que se apuntaban todos aquellos oficios que están a cargo de capellanes y el monto que alcanzaron.

solemnidad en el templo primado²⁰¹.

4.4.- LA GESTIÓN ADMINISTRATIVA DEL PATRIMONIO CAPITULAR

La vida de cualquier corporación catedralicia pasa por la posesión de un sólido patrimonio sin el cual difícilmente podrían emprenderse las diferentes iniciativas y satisfacer los múltiples gastos que demanda el funcionamiento diario de la institución. El cabildo toledano no fue una excepción y a lo largo de la Edad Media se consolidó como una potencia económica de primer orden, cuya mesa capitular figuraba entre las más importantes de la Península. La explotación de tan significativo conjunto de propiedades le reportó un considerable volumen de ingresos y rentas con el que atendería a numerosas inversiones y gastos.

La cuantía e indudable trascendencia que para la corporación tenían estos bienes, obligó a sus responsables a desarrollar una serie de mecanismos de organización con los que lograr una gestión eficaz de sus recursos. Es esta una de las obligaciones principales de canónigos y demás personal catedralicio, muy distinta de las competencias en materia electoral, pastoral o litúrgica, que hemos visto, pero absolutamente vital para la buena marcha de la institución. Además, exigía a sus componentes dominar una serie de conocimientos en cálculo, contabilidad y gestión administrativa, a fin de poder cumplir eficazmente con las tareas que periódicamente les eran asignadas a este respecto.

La relevancia que el hecho económico tenía para la vida catedralicia

²⁰¹ A.C.T. I.6.B.1.6. La medida corresponde al sínodo celebrado por don Gil Álvarez de Albornoz en 1338 y vuelve a ser ratificada por Carrillo en el sínodo de Alcalá de 1480, en un momento en que aún sería mayor el número de celebraciones. J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 205-206 y 320.

se ve reflejada en las continuas menciones documentales a cerca de los esfuerzos realizados por el cabildo en aras a lograr una mejor administración de su patrimonio. En efecto, un porcentaje muy elevado de los acuerdos de actas y de los propios estatutos recibidos por la corporación recoge cuestiones relacionadas con los arrendamientos, las deudas, los nombramientos de cargos administrativos, el remate de alguna renta o el cobro de las mismas. Ello, sin duda, ofrece importantes posibilidades a la investigación, aunque, en ocasiones, resulta difícil sintetizar tanta variedad de temas.

En esta parte del trabajo nos limitaremos a recopilar toda la información referida a las medidas adoptadas por el cabildo para administrar adecuadamente sus recursos. Previamente, se harán unos breves apuntes sobre la realidad que ofrece su patrimonio a fines de la Edad Media.

4.4.1.- Breves consideraciones sobre el patrimonio capitular

El patrimonio acumulado por el cabildo de Toledo a lo largo de la Edad Media fue el principal soporte económico de la institución y los ingresos obtenidos de su explotación sirvieron para atender numerosas inversiones que posibilitaron el desarrollo y adecuado funcionamiento de la corporación. Dicho patrimonio arrancó, como vimos en la primera parte de este trabajo, de la medida adoptada por el arzobispo don Raimundo de Sauvetat en 1138 a fin de constituir una mesa capitular independiente y al margen del conjunto de bienes de la Iglesia. Se vio movido a ello por las presiones y quejas recibidas desde el cabildo y el resultado fue la configuración de dos mesas, la arzobispal y la capitular, que a partir de ese momento seguirían trayectorias separadas. Cada una de ellas tendría sus posesiones, atendería sus propios desembolsos y estaría gestionada por instituciones y oficiales diferentes.

Esta "mensa capitularis" no estuvo compuesta en un principio por propiedades territoriales ni aldeas, ya que lo que el prelado otorga al cabildo en 1138 es la participación en los derechos y frutos de la propia iglesia de Santa María que siguen bajo la administración directa del arzobispo; también le concede la tercera parte de las donaciones que en el futuro recibiera el arzobispado²⁰². Lo verdaderamente relevante de estas medidas no está tanto en el valor intrínseco de lo otorgado como en el hecho de que abrieron la llave a un sinnúmero de donaciones que desde entonces, y con total independencia de los arzobispos, fue recibiendo el cabildo toledano. Los monarcas castellanos no dejaron de otorgar privilegios y enriquecieron ese patrimonio con importantes concesiones de tierras, aldeas y derechos, objeto de continuas confirmaciones por sus sucesores²⁰³. En otros casos fueron las entregas de particulares, las compras y permutas realizadas por el propio cabildo, o las herencias y testamentos de algún noble o de los propios beneficiados de la catedral las que fueron configurando las extensas propiedades de la corporación toledana.

De esta forma, en los siglos bajomedievales el cabildo estaba en posesión de una gran cuantía de bienes rústicos y urbanos que habían ido llegando a sus manos desde el siglo XII. El trabajo que mejor y más completamente analiza estas posesiones es el realizado por el profesor Ricardo Izquierdo para el siglo XIV²⁰⁴, en el que se reúne la información

²⁰² El original del documento se conserva en A.C.T. Z.1.G.1.1. Ha sido publicado por J. F. Rivera Recio, *Ibidem*, pág. 64, y A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, t. I, Madrid, 1926-1930, págs. 159-160.

²⁰³ Los documentos en que están contenidas dichas donaciones han sido estudiados y publicados por J. A. García Luján, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo (1086-1462)*, 2 vols., Toledo, 1982.

²⁰⁴ R. Izquierdo Benito, *El patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo en el siglo XIV*, Toledo, 1980. También se ocupan del tema sus artículos, "Modo de explotación del patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV: contratos de arrendamiento", en *Hispania*, vol. 40, n° 145 (1980), págs. 357-393; "El patrimonio urbano del cabildo de la Catedral de Toledo en la segunda mitad del siglo XIV", en *Anales Toledanos XIII* (1980), págs. 3-24.

sobre todas aquellas propiedades rurales y urbanas que administra el cabildo, al tiempo que se analiza la forma de explotación de los mismos. No contamos con ningún estudio similar para conocer la realidad económica del cabildo en el siglo XV, pero todo hace pensar que la situación se mantendría en la línea de lo expuesto por el profesor Izquierdo para la centuria anterior. A apoyar esta idea contribuyen algunos trabajos que analizan los bienes y rentas de la institución en el siglo XVI y manifiestan claramente la continuidad con momentos anteriores²⁰⁵.

Así, el patrimonio capitular estaba constituido, de una parte, por un importante conjunto de bienes rústicos, compuestos por numerosas tierras de cereal, viñas y huertas, que se repartían, en general, por las comarcas agrícolas que rodeaban a la ciudad -la Sagra, la Sisa, la zona de Torrijos- y comprendían, entre otros, los lugares de Illescas, Ajofrín, Olías, Esquivias o Torrijos. En total eran unas noventa heredades, aunque de muy diversa importancia y extensión, asentadas sobre un suelo bastante rico desde el punto de vista agrícola, lo que las hacía más que interesantes para el cabildo. Además de estas tierras próximas a la ciudad, había otro grupo de propiedades en torno a Alcalá de Henares, señorío del arzobispo de Toledo. El cabildo poseía en el conjunto de posesiones, no sólo diferentes tierras de labor, sino también numerosos edificios anejos a ellas: casas, palomares, corrales, almacenes, etc²⁰⁶.

Por su parte, la propia ciudad de Toledo vio levantarse sobre su suelo abundantes casas, mesones, bodegas y tiendas que, distribuidas por sus diferentes barrios y calles, pertenecían a los miembros del clero catedralicio. El profesor Izquierdo estima en casi 200 las casas que tendría el cabildo diseminadas por la ciudad, así como en 90 las tiendas y en 95 los mesones

²⁰⁵ I. López Celada, *Evolución de las rentas del Cabildo de la Catedral de Toledo durante el último cuarto del siglo XVI*, Toledo, 1980.

²⁰⁶ *Ibidem*, págs. 101-181.

localizados en las plazas y mercados más concurridos. Estos edificios urbanos tendieron a concentrarse en los barrios más cercanos al templo primado -San Justo, San Marcos, San Juan- aunque hubo otros en zonas más periféricas y en los arrabales. En los años finales del siglo XV, concretamente entre 1491 y 1492, dos canónigos elaboraron por orden del cabildo un libro que recoge "las quatroçientas e ochenta e ocho posesiones de la Mesa del Refitor de los dichos sennores" en la ciudad de Toledo, repartidas por barrios y calles, convenientemente medidas y deslindadas "por la nueva vara toledana", y con expresa mención de lo que rendían anualmente sus arrendamientos²⁰⁷.

En efecto, la fórmula empleada por el cabildo para poner en explotación este amplio conjunto de bienes fue la realización de contratos de arrendamiento a muy largo plazo, vitalicios o enfitéuticos, ventajosos tanto para él como para los arrendatarios. De ellos la corporación obtenía un volumen de rentas constante, que le permitió superar las dificultades económicas del siglo XIV y seguir afrontando sus considerables gastos. Como señalábamos en la primera parte del trabajo, se han estimado en 1.185 los contratos establecidos por el cabildo desde 1361, 413 para bienes rurales y 772 para bienes urbanos²⁰⁸. Mucho menos frecuente fue el recurso a la venta, máxime cuando diversos estatutos capitulares intentan limitarla para

²⁰⁷ Este libro, guardado en el Archivo de Obra y Fábrica (A.C.T. O.F. 356), es una fuente inestimable para el conocimiento de la faceta económica de la corporación, pero, además, y dada la rica información que recoge, permite realizar estudios de variada temática. Así, tomándolo como base, están apareciendo trabajos que permiten conocer cómo eran las viviendas y barrios de la ciudad a fines del XV: J. Passini y J.P. Molénat, *Toledo a finales de la Edad Media. I. El Barrio de los Canónigos*, Toledo, 1995, en el que se analiza la estructura de algunas casas que los canónigos poseyeron y habitaron en las inmediaciones de la catedral, y *Toledo a finales de la Edad Media. II. El barrio de San Antolín y San Marcos*, Toledo, 1997, zonas donde también se localizan algunas posesiones del cabildo.

²⁰⁸ R. Izquierdo, "Modo de explotación del patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo durante la segunda mitad del siglo XIV: contratos de arrendamiento", en *Hispania*, 40 (1980), págs. 357-393.

impedir que los bienes del cabildo cayeran en manos de personas exentas. El clero catedralicio, empezando por el propio arzobispo, no podía vender, cambiar ni legar en su testamento tierras y heredades de la corporación a aquellos que por su condición social privilegiada pudieran eximirse de pagar los derechos y tributos debidos a la Iglesia. Esta circunstancia, que podría provocar un menoscabo en los ingresos y derechos capitulares, es la que favoreció el mayoritario recurso al sistema de arrendamientos²⁰⁹.

En la segunda mitad del siglo XV los arriendos de casas, mesoncillos, tiendas, molinos, tierras de pan llevar, viñas y huertas seguían siendo habituales entre los capitulares, a juzgar por las innumerables menciones que recogen las Actas. Las rentas se satisfacían mitad en dinero y mitad en especie, ya que junto a la cantidad de maravedís acordada era frecuente la entrega de algunos pares de gallinas. El ya citado libro de posesiones del cabildo elaborado entre 1491 y 1492 estima en 922.195 mrs. y 3.562 gallinas la rentabilidad total de las viviendas y edificios que la corporación tenía arrendados²¹⁰, cantidades nada desdeñables, a las que habría que añadir lo percibido de la explotación de los también numerosos bienes y propiedades rústicas. Generalmente, los maravedís se pagaban por tercios, mientras que las gallinas se entregaban anualmente, por Navidad, aunque no hay ningún reglamento preciso y la documentación refleja numerosas variantes. Los fraudes y demoras en los pagos no debían ser infrecuentes, como tampoco la voluntad de algunos canónigos de hacer gracia a sus arrendadores y perdonarles total o parcialmente la deuda. No

²⁰⁹ Dichas medidas quedaron establecidas por diversos estatutos que desde principios del siglo XIV fue recibiendo la corporación. El primero en regular esta medida fue Gonzalo Díaz Palomeque en 1300 (A.C.T. I.6.B.1.5.), y consecutivamente lo hicieron Jimeno de Luna (A.C.T. I.6.B.1.5a) y Gil de Albornoz (A.H.N. 987B, f. 190v). Incluso en 1438 el papa Eugenio IV confirma estos documentos a petición del arzobispo Juan de Cerezuela (A.C.T. I.6.B.1.5.b), poniendo de manifiesto la importancia que seguía teniendo el tema para la corporación.

²¹⁰ A.C.T. O.F. 356.

obstante, era esta una decisión que no podían tomar individualmente los miembros de la corporación, sino que debía ser adoptada en reunión capitular, a fin de evitar en lo posible los menoscabos en las rentas de la mesa capitular²¹¹.

Los considerables beneficios que reporta al cabildo la posesión y explotación de este patrimonio eran destinados a sufragar todos aquellos gastos necesarios para poner en funcionamiento la complicada maquinaria catedralicia. Aunque las partidas en sus presupuestos eran muy variadas y atendían una casuística muy amplia, destacaremos tres puntos que requerían una especial inversión: las diversas obras benéficas y asistenciales con las que la corporación pretende paliar la pobreza de sus conciudadanos; el mantenimiento de la escuela catedralicia y demás iniciativas educativas que hacían de la catedral primada un foco de irradiación cultural de primer orden; y, sobre todo, la satisfacción de los emolumentos que correspondía percibir al conjunto del clero catedralicio por las funciones desarrolladas en el templo. Dada la compleja estructura del cabildo y el importante número de personas ocupadas en él, es fácil deducir que ésta era la principal partida presupuestaria entre los gastos de la corporación, y que los ingresos necesarios para atenderla habían de ser forzosamente cuantiosos.

Las breves consideraciones que acabamos de exponer sólo pretenden servir de marco a una de las principales funciones desarrolladas por el cabildo, como decíamos, la creación de una administración competente que permitiera la eficaz gestión de unos bienes capitales tanto para el conjunto de la corporación como para cada uno de sus componentes. Veamos cuáles eran los mecanismos arbitrados para lograr este objetivo.

²¹¹ Sirva como ejemplo la negativa que el primero de junio de 1470 dio el cabildo a la decisión de algunos de sus miembros de rebajar la deuda que con la corporación tiene contraída Gutierre Fernández, vecino de Toledo, por un monto de 400 florines (A.C.T. Actas Cap. I, f. 31v).

4.4.2.- La oficina del Refitor

A tenor de cuanto hemos dicho sobre la importancia que para el cabildo tenía el considerable patrimonio que componía su mesa capitular, se comprende que su vigilancia y supervisión, la recaudación de las rentas que proporcionaba su explotación, y la posterior distribución de éstas entre los capitulares se situaran desde un principio entre los principales objetivos de la corporación, sus responsables y, por supuesto, de los arzobispos toledanos.

Será a partir del siglo XIII cuando, al empezar a estar mejor definido el conjunto de sus bienes, diversos estatutos dados de común acuerdo por cabildo y prelados intenten velar por su adecuada administración. Antes de esa fecha, y con la excepción del citado estatuto de 1138, las preocupaciones de los arzobispos y de los propios canónigos se encaminan más a cuestiones relacionadas con el funcionamiento interno de la institución que con la atención a su dimensión económica. No obstante, desde que en 1247 Jiménez de Rada da unas primeras ordenaciones al respecto, el camino está abierto y sucesivos documentos fijan las competencias de los diferentes cargos y oficiales a quienes la corporación encomienda esas tareas de organización tan relevantes.

De acuerdo con este conjunto de disposiciones y estatutos, el deán y cabildo toledano encomiendan la administración de los bienes pertenecientes a su mesa capitular a un organismo, el Refitor, a cuya cabeza se situaba un miembro del cabildo, llamado, precisamente, *Refitor o Refitolero*. Éste, elegido a principios de cada año por la corporación entre el conjunto de sus canónigos y racioneros, debía ser "viri fidedigni idonei et circumspecti" y jurar sobre los Evangelios desarrollar su labor con

diligencia²¹². Uno de los textos que más explícitamente recoge sus competencias son las tantas veces citadas constituciones dadas por don Blas Fernández de Toledo en 1357, según las cuales al refitor capitular le corresponde tomar cuenta de todo lo relacionado con los arrendamientos de bienes del cabildo -nombres de los arrendatarios, precios y plazos de los contratos- amén de encargarse de exigir a cada uno de ellos los frutos y rentas, deudas o penas que correspondían a la mesa capitular. Igualmente debía dar la orden de libramiento al distribuidor de las raciones, caridades, estipendios de capellanes y clerizones, salario de los oficiales y demás cantidades que debían entregarse a los capitulares. También le correspondía recibir el dinero de los vestuarios y repartirlo entre los canónigos a quienes correspondiera, así como pagar las reparaciones y obras en los bienes del cabildo²¹³.

Una vez elegido por el cabildo, el refitor estaba obligado a aceptar el nombramiento so pena de verse privado de los ingresos propios de su prebenda²¹⁴. Las amenazas para aceptar el cargo que recibían tanto éste como los demás oficiales que iremos mencionando parecen indicar que no era muy del agrado de los capitulares asumir estas funciones administrativas. En algunos casos eran labores ingratas, habían de exigir pagos, amonestar a los morosos, en definitiva, tratar cuestiones que salían fuera de su ámbito de hombres de Iglesia y que, al parecer, no se veían compensadas con el elevado salario que tenían asignado, 49.500 mrs. a fines del siglo XV²¹⁵.

²¹² Así lo especifican las *Constituciones y Costumbres de la Iglesia toledana* dadas por Don Sancho de Aragón (1251-1261) con la colaboración del cabildo, uno de cuyos capítulos está dedicado al refitor. B.N. Mss. 13041, f. 1r-20r.

²¹³ B.N. Mss. 6260, f. 12v-13r.

²¹⁴ Los nombres e los que ocuparon este cargo durante la segunda mitad del siglo XV fueron los siguientes: Francisco Ramírez de Cáceres, Alfonso García, Pedro Rodríguez de Durazno, Diego González, Pedro Díaz de Madrid, Pedro Gutiérrez de Trujueque, Antón Gómez de Almaraz y Lucas de las Peñas. Tres de ellos fueron canónigos (Alfonso García, Pedro Rodríguez y Pedro Díaz de Madrid), y el resto racioneros.

²¹⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 14r-v.

Se daba además la circunstancia de que, a veces, los deudores eran los propios capitulares, sus compañeros, que solían tener arrendados bienes al cabildo, y no pagaban las cantidades correspondientes en los plazos acordados, lo que aún haría más delicada la tarea del refitor.

Las fechas designadas para el cobro de rentas eran las tres fiestas mayores celebradas en la catedral, Todos Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de Santa María. La elección de estos días es fácil de deducir: serían los momentos en que más canónigos y beneficiados se encontrarían presentes, pues estaban obligados a acudir a dichas celebraciones. Varias menciones en los estatutos y en las actas ponen de manifiesto la falta de celo de los beneficiados de la catedral para pagar lo que les correspondía por los bienes que tenían arrendados del cabildo, obligando a diversos prelados a tomar medidas, ya en el siglo XIII, para evitar los fraudes cometidos por los propios capitulares²¹⁶. En algunos estatutos se pide incluso que la amonestación por el refitor sea pública, delante de otros beneficiados; si finalmente los morosos persistían en su actitud, el refitor les privaría de todos los ingresos que conllevaba su beneficio catedralicio²¹⁷.

De lo dicho se desprende lo decisiva que resultaba para el cabildo la misión llevada a cabo por la oficina del refitor. En sus manos quedaba toda la economía de la corporación y de su adecuada gestión dependía que no se resintiesen ni los bienes de la mesa capitular ni las distribuciones y pagos diarios que habían de hacerse a los distintos miembros del cabildo por el desempeño de sus obligaciones corales. De ahí la exigencia de total honestidad y rigor en el cumplimiento de estas tareas, que es reiterada en

²¹⁶ Fueron don Sancho de Aragón y don Gonzalo Pétrez los que tratan de solucionar el problema, pero sin ningún éxito. B.C.T, MS, 23-16, f. 1r-6r y 9v-13r, respectivamente. En la primera parte del trabajo lo desarrollamos con mayor amplitud.

²¹⁷ Así lo recoge un estatuto dado por el cabildo el 23 de marzo de 1423: B.N. Mss. 6260, f. 27r-28v ó B.C.T. MS 23-17, f. 31r-32v. En fechas posteriores las actas del cabildo siguen insistiendo en estas irregularidades y en el poco interés de los canónigos por saldar sus deudas.



todos los textos. Cuando finalizaba el plazo de su gestión debía presentar ante la corporación el remate de su actuación, a fin someterse a un control y de dejar claro a su sucesor cuál sería su cometido. Si se observaban irregularidades, perdía lo que le correspondía en las distribuciones, caridades y demás ingresos²¹⁸.

Según lo que recogen las constituciones de don Blas, el refitor capitular estaba igualmente obligado a hacer y llevar un libro, suscrito de su propia mano, en el que consignase todos los datos referidos a los arrendamientos de propiedades capitulares. La importancia de estos libros era fundamental para el cabildo ya que constituían el registro más fidedigno de sus propiedades. Sin embargo, debieron cometerse irregularidades a la hora de llevar estos textos de forma conveniente, como pone de manifiesto la reiteración en varios estatutos de la necesidad de llevarlos conforme a lo establecido. Así el 9 de octubre de 1423 el cabildo se lamenta de los menoscabos que reciben los bienes del refitor ante la falta de un registro en el que se anotaran los distintos mandamientos y libranzas hechos por la corporación tanto de grano como de pan o maravedís. Parece que esta antigua costumbre estaba por entonces en desuso y, de ahí, que se ordene ahora que en adelante se anoten en un libro todos los pagos tanto en dinero como en especie que fueren librados de lo perteneciente al cabildo. El libro estaría a cargo de un canónigo que debía jurar no consignar ni pasar al mismo ningún mandamiento que no fuese ordenado y certificado por el cabildo y signado y roborado con los nombres del deán o su lugarteniente y de algún otro canónigo²¹⁹.

²¹⁸ En un acto capitular del 9 de febrero de 1491 (A.C.T. Actas Cap. II, f. 14r-v), se dan al nuevo refitolero, Antonio Gómez de Almaraz, racionero, las instrucciones pertinentes para llevar su cargo y se especifica que si "complido el termino non compliere que el cabildo pueda mandar al partydor que no le de en el choro distribuciones nyn carydades nyn otra cosa alguna fasta tanto que aya complido".

²¹⁹ B.C.T. MS 23-17, f.33v-34v y B.N. Mss 6260, f. 29v-30v.

Años después no debían haber variado mucho las cosas a juzgar por la discusión que sobre el tema mantienen los canónigos en una de las reuniones habituales de la corporación. Las actas del 4 de enero de 1473 muestran la preocupación de los señores por los errores que incluyen los libros del refitor, ya que no están puestos al día y de ello se derivan daños en el patrimonio capitular. Por ello mandan que en adelante los mayordomos vean los libros del refitor y los corrijan si fuese necesario, revisando nombres de los inquilinos y sumas de maravedís. Además diputan a dos racioneros para ir a ver las casas y heredades, realizar mediciones y revisar los reparos necesarios²²⁰. A pesar de estas disposiciones, por tercera vez en el siglo XV el cabildo vuelve a tener que tomar medidas y el 9 de octubre de 1489 dispone un nuevo estatuto, instituyendo que dos contadores de la iglesia se ocupen de llevar el libro del refitor y de anotar en él las posesiones y rentas arrendadas, la cuenta de los fiadores, los trasposos de casas, los aumentos de las rentas, entre otras funciones. Deben confrontar sus datos actuales con los de los libros anteriores y ver las deudas que quedan por satisfacer. Para hacer más firme y valedera esta constitución se dispone que sea leída en uno de los tres cabildos que se han de tener desde Todos Santos a Navidad para tratar cuestiones relacionadas con los vestuarios²²¹.

Como puede apreciarse, por tres veces en el mismo siglo el cabildo ha de salir al paso de estas irregularidades en la realización de los libros. El tema, no obstante, no se da aquí por zanjado, pues en el siglo XVI hay incluso definiciones concretas de cómo debía ser el libro y las materias que debía contener²²². En todos los casos lo que se busca es la máxima

²²⁰ A.C.T. Actas Capitulares I, f. 50v-51r.

²²¹ B.C.T. MS 23-27, f. 57r-58r y B.N. Mss. 6260, f. 47v-48v.

²²² "El libro de posesiones del Reffitor de la sancta yglesia de Toledo es un libro que se da al Reffitolero para su cobrança donde estan asentadas por su orden y tabla todas las partidas ansí de casas como dehessas, juro y tributos, beneficios y prestamos y tercias

claridad y precisión en el tratamiento de cuestiones económicas de tanta relevancia. La falta de celo de los encargados de llevar y tener al día los registros del refitor ha dificultado notablemente la tarea al investigador, ya que ha impedido la conservación de series completas con las que trazar una secuencia continua del estado del patrimonio del cabildo, el tipo de arrendamientos realizados y su alcance preciso. Pese a todo, sigue siendo la fuente más importante para conocer la faceta económica del cabildo²²³.

La tarea del refitor como ecónomo del cabildo era, a tenor de lo visto, fundamental, pero no era el único cargo ocupado en estas tareas de gestión económica de la corporación. Básicamente se sirve de dos tipos de colaboradores: los visitadores, desde el siglo XIV denominados mayordomos, y el distribuidor o partidor, a los que habría que añadir el apoyo prestado por una serie de oficiales menores.

* La labor inspectora de los *visitadores* del refitor es fundamental de cara a las tareas administrativas que éste último ha de realizar. Difícilmente hubiera podido estar al tanto de la situación de los arrendamientos, las deudas pendientes o los reparos necesarios, si no hubiese habido un personal encargado de cumplir estas tareas y realizar las visitas pertinentes. Son instituidos en 1247, cuando, ante el considerable aumento que habían tenido los bienes de la mesa capitular, el cabildo y el arzobispo Jiménez de Rada,

anexos al Reffitor y messa Capitular y están en cada una de las dichas partidas la razón del día que se arrendó y a quien y por que tiempo, si fue por vidas o por años y quando comienza el dicho arrendamiento y por quanto preçio y a que plaços se ha de pagar y si a affiançado y hecho contrato la persona en quien remató tal possession y que día y quien fue su fiador y ante que escrivano o notario paso la escriptura [...]". El texto forma parte de un *Libro Manual de las cosas que son a cargo de los Ministros del Cabildo y cómo se arriendan sus posesiones* y ha sido recogido por I. López Celada, *Ob. cit.*, págs. 19-20

²²³ Así lo atestiguan los ya citados trabajos de R. Izquierdo, que se sirve básicamente de estos Libros del Refitor para realizar sus estudios, *El patrimonio de la catedral...*, pág. 214. La localización y desglose de cada uno de estos libros, que se conservan en el Archivo de Obra y Fábrica de la catedral toledana, y más específicamente entre los llamados Fondos de Mayordomía puede verse en C. Torroja Menéndez, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977. Entre esos libros del Refitor están, además de los así llamados, los de Posesiones, Gallinas, Granero y Vestuarios.

de común acuerdo, deciden otorgar un estatuto para su mejor administración²²⁴. El resultado es la diputación de dos o más miembros del cabildo, llamados visitadores, encargados de inspeccionar las villas, casas y demás posesiones de la corporación, denunciando a la misma las irregularidades observadas y las reparaciones o arreglos pertinentes. Estos inspectores eran elegidos anualmente y debían aceptar obligatoriamente su designación so pena de perder su ración y de ser multados por el cabildo. Se veían compensados con el cobro íntegro de su porción mientras durase su misión, y con la asignación de una parte de las multas impuestas por el retraso en los pagos de los arrendamientos, multas que eran recaudadas por ellos mismos y que no podían ser perdonadas sin licencia expresa del cabildo. Si los visitadores eran negligentes en el ejercicio de su función eran multados según cuantía impuesta por una comisión capitular²²⁵.

En el siglo XIV estos colaboradores del refitor pasan a denominarse *mayordomos*, pero cumplen una función similar. Eran dos canónigos elegidos a primeros de año por el conjunto de la corporación y diputados por ella para visitar "diligenter et fideliter, villas, domos, caserios, hortos, vineas, moledina, tendas, fornos, balnea, et omnia inmobilia", pertenecientes a la mesa capitular tanto en la ciudad de Toledo como en un radio de seis leguas a la redonda. Debían también salvaguardar los derechos y entradas del cabildo, asistir a las transacciones realizadas sobre bienes de la corporación y conservar su documentación. Como retribución por realizar esta tareas, además de guardárseles la porción, caridades y distribuciones que les corresponden como canónigos, percibían 600 mrs. anuales, pagados

²²⁴ El texto fue dado en Santorcaz el 6 de enero de 1247 y algunos autores se han referido al mismo como "Estatuto del Refitor", dado el contenido preferente de sus disposiciones. A.C.T. X.10.B.1.1.

²²⁵ A.C.T. X.10.B.1.1. Un resumen de su contenido en F. J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, 1985, págs. 426-428.

por tercios de año²²⁶.

* Otro estrecho colaborador del refitor era el *distribuidor o partidador*, oficio encargado de repartir entre los canónigos, racioneros y demás personal catedralicio las cantidades libradas por el refitor correspondientes a las distribuciones cotidianas, caridades, vestuarios y demás conceptos por los que aquellos percibían ingresos²²⁷. Además de realizarles estas entregas, debía llevar un libro en el que todas ellas quedasen registradas y se apuntase a todos los beneficiados de la iglesia y las percepciones de que eran objeto por cada uno de los conceptos correspondientes. Como los anteriores, era elegido en enero por un año y debía jurar cumplir fiel y diligentemente con sus tareas, por las que percibía, al igual que los mayordomos, 600 mrs. anuales. Los libros llevados por el partidador son, junto a los del refitor, una fuente inestimable para conocer el día a día del funcionamiento de la institución y la actividad cotidiana de sus miembros²²⁸.

* La oficina del refitor necesitaba, además, la colaboración de una serie de oficiales menores que realizaban cometidos puntuales en las distintas tareas administrativas asignadas a este organismo: un *escribano* para transcribir las escrituras realizadas a los diferentes libros y llevar su registro; dos *notarios* del cabildo, uno privado, para realizar las escrituras, y otro público para solemnizarlas²²⁹; un *procurador* de las causas capitulares; y,

²²⁶ Así se definen sus funciones en el citado estatuto de don Blas Fernández, B.N. Mss. 6260, f. 13v-14r.

²²⁷ "[...] distributionibus, caritatibus, alinzeriis, vestuariis, absentiis et prestimonio de Fita, blado, fale, faltis septimanarum et aliis quibuscumque debent percipere [...]": B.N. Mss. 6260, f. 13r-13v.

²²⁸ Se incluyen en dos secciones del Archivo de Obra y Fábrica, los Fondos de Apuntación, que comprenden las series de Maitines y Caridades, y los Fondos de Mayordomía, en los ya citados apartados de Libros del Refitor y Vestuarios. Para completar lo relativo a estos fondos ver C. Torroja, *Ob. cit.* págs. 35-43, 76-81, 222-229, 455-475.

²²⁹ El estatuto de don Blas (B.N. Mss. 6260, f. 15r) dispone muy detalladamente las funciones de cada uno de estos notarios del cabildo. El privado se ocuparía de dictar y ordenar las cartas del cabildo, y el público de preparar los instrumentos de compra, venta,

sobre todo, los citados dos *contadores* y receptores de las rentas de la mesa capitular, encargados de tomar las cuentas y recibir los pagos, así como de llevar el libro del refitor²³⁰.

4.2.3.- La Obra y Fábrica catedralicia

Además de las propiedades que conforman las mesas arzobispal y capitular, esta última administrada por el refitor, hay una tercera partida de bienes en las catedrales que pertenecen a la Obra y Fábrica de la Iglesia. Éstos, aunque gestionados y administrados por el cabildo, no revertían en la corporación ni en sus miembros, sino que sus rentas se destinaban a sufragar todos aquellos gastos que generaban la conservación y reparos del edificio, su ornamentación y embellecimiento, los materiales utilizados en las obras, los contratos con los artistas, o los salarios de algunos servidores y oficiales del templo²³¹.

Los ingresos de la Obra y Fábrica de la catedral toledana tuvieron un peso inferior al de las mesas, pero ello no les impidió alcanzar un considerable volumen con el que se acometieron numerosos trabajos en el templo primado. Estaban constituidos por una serie de ingresos fijos, derivados de la explotación de los bienes rústicos y urbanos que tenía

permuta, arrendamiento, presentación de cartas apostólicas, de legados, jueces y procesos, requisiciones, respuestas y cualquier contrato del cabildo y registrarlo en el protocolo correspondiente.

²³⁰ Estos contadores fueron instituidos en el ya citado estatuto del 9 de octubre de 1489 (B.C.T. MS 23-17, f.57r-58r, y B.N. Mss. 6260, f.47v-48v), que al final lleva copiada una cláusula fechada el 4 de mayo de 1490 en la que se ordena que en adelante y para siempre los contadores no lleven ningún salario de las cuentas que tomaren tanto del refitor o partidor como de otros, aunque se establece que cada uno cobrará 4.000 mrs. anuales. Por las mismas fechas, el notario recibió 150 reales por hacer el libro del refitor de 1492 (Actas Capitulares II, f. 32r).

²³¹ M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia*, Barcelona, Crítica, 1993, págs. 206-208, y E. Martínez Ruiz (dir.), *Diccionario de Historia Moderna de España. I. La Iglesia*, Madrid, 1998, pág. 134.

asignada la Obra, y por una serie de ingresos variables reunidos a partir de los excusados, es decir, los segundos mejores diezmeros de cada uno de los lugares del arzobispado, los terzuelos o rentas provenientes de lugares sujetos a la jurisdicción de Órdenes Militares, las mandas y las limosnas. Los que mayores beneficios reportan a la Obra eran los excusados - aproximadamente un 90% de todos los ingresos- pues el monto de los arrendamientos, aún siendo fijos, nunca alcanza un porcentaje notorio²³².

Como quedó dicho más arriba, estos bienes, aún constituyendo una oficina independiente y disfrutando de una cuantía y destino propios, eran gestionados por el cabildo, que tenía a su cargo el nombramiento de los responsables y oficiales de la Obra, y la obligación de impedir que unos bienes tan importantes para el mantenimiento del templo catedralicio sufrieran menoscabo alguno. A juzgar por los testimonios plasmados en las Actas capitulares, el cabildo daba gran importancia a cuanto estuviera relacionado con la Fábrica de su iglesia, pues son muchas las sesiones en las que se trataron temas alusivos a la misma, sus ingresos, deudores, oficiales encargados y un muy amplio abanico de cuestiones.

Conocemos bien el funcionamiento de la gestión de la Obra y Fábrica llevada a cabo por el cabildo gracias a un amplio estatuto otorgado a la corporación por Pedro González de Mendoza el 24 de diciembre de 1490 en el que el prelado, consciente de la importancia que tenía la adecuada administración de los cada vez más numerosos bienes de este negociado, dicta al deán y cabildo un conjunto de normas muy precisas a seguir. Le mueve a ello, además de su obligación de hacerse cargo de la Obra, la

²³² El análisis detallado de cada uno de estos bienes ha sido hecho por R. Izquierdo Benito, "Bienes, ingresos y gastos de la Obra de la catedral de Toledo durante la primera mitad del siglo XV", en *En la España Medieval* II (1981), págs.467-484. También ofrece noticias sobre la formación de este patrimonio de Obra y Fábrica, C. Torroja Menéndez, *Ob. cit.* Para un periodo posterior, L. Santolaya Heredero, *La Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo a fines del siglo XVI*, Toledo, 1979.

experiencia de haber conocido "como, por negligencia y remision de los dichos obreros y offiçiales, muchas personas se an quedado con los bienes y rentas de la dicha obra y le son debidas grandes contias y sumas de maravedis y se non pueden cobrar"²³³. Por ello, ante la imposibilidad para él mismo de resolver el problema al tener "occupaçion de otros muchos arduos negoçios", decide implicar al cabildo directamente en el tema, obligándole a tomar serias medidas.

La primera de ellas es la elección de las personas que habían de ocupar los cargos de la Obra y Fábrica. Los oficiales de la Obra eran esencialmente cuatro, el obrero, los dos visitadores o contadores y un escribano, aunque podía contar con algunos auxiliares. Todos ellos serían elegidos en una sesión capitular celebrada el primer día de mayo, si bien sabemos que con anterioridad a esta constitución mendociana la fecha de nombramiento sería el mes de octubre, en torno a la festividad de San Lucas²³⁴. Los nombramientos de obrero y visitadores debían recaer en aquellas dignidades y canónigos residentes de la iglesia que considerasen más idóneos y suficientes²³⁵ y el escribano, por su parte, debía ser un clérigo o lego que cumpliera las mismas condiciones de idoneidad. El estatuto de Mendoza determina incluso la forma de realizarse las votaciones, siempre secretas, y castiga duramente los sobornos y presiones para elegir a uno u otro candidato²³⁶. Del mismo modo que sucedía con los oficios del

²³³ B.C.T. MS 23-17, f.59r-62v y B.N.Mss. 6260, f.48v-52v.

²³⁴ Así parece atestiguarlo el hecho de que en las Actas capitulares conservadas entre 1466 y la fecha del estatuto, los momentos de nombramiento son en el mes de octubre.

²³⁵ En el preámbulo de algunas de las disposiciones y nombramientos por los canónigos estos aluden claramente a que debían elegir "al que mas convyniente sea para ello e mas habyle e que tenga mas celo como sennor": A.C.T. Actas Cap. II, f. 5v.

²³⁶ "Y porque la dicha eleccion e nominaçion se faga e proçeda segun Dios y buena conçiencia so cargo del dicho juramento, los votos de los eligientes sean escriptos en cedulas y los tome secretamente el deán o su lugartheninete en un bonete, de manera que ninguno sepa a quien da su voto. Y si alguno o algunos procuraren algunos de los offiços o voto o votos de los eligientes o de algunos dellos, por ese mesmo hecho sea penado por tres meses primeros y no sea avido por presente en el coro y cada uno de los dichos

refitor antes mencionados, los elegidos estaban obligados a aceptar el cargo, no pudiendo negarse so pena de ser expulsados del coro por seis meses. Tras la elección debían jurar el cargo en presencia del cabildo y comprometerse a guardar todo lo contenido en la presente constitución. El prelado aprobaría a posteriori la elección y recibiría igualmente relación de las cuentas del obrero anterior y de las obras y compras que se hicieron en dicho año²³⁷.

Las funciones del canónigo elegido como *Obrero* incluían, tal como dispone Pedro González de Mendoza, la publicación de las rentas de los excusados de la Obra para que fueran arrendadas; el cobro de los alquileres de las heredades, casas y otras posesiones que la Obra tenía arrendadas; la percepción del dinero perteneciente a las chancillerías; y el poder para proceder contra aquellos que tuvieran deudas con la Obra, mandando cartas y requerimientos contra ellos, moviendo procesos, o incluso poniendo sentencias de excomunión y entredicho, pero en ningún caso pudiendo relajar las deudas sin consentimiento del cabildo. Igualmente, debía prestar atención a los reparos y obras necesarios en la iglesia para los que, si el gasto no excedía los 10.000 mrs. no necesitaban autorización del cabildo, pero si las cantidades eran superiores a esa cifra o se querían construir nuevos edificios era necesario el mandamiento de la corporación.

Otra de las competencias del obrero era el gasto de la cera y aceite para la iluminación del templo, pero, como no siempre podía estar presente en lo que se gastaba, se servía del escribano de la Obra, que debía vigilar lo que se utilizaba. Además, para un mayor control de la almazara donde se

elicientes sean obligados de lo dezir y manifestar publicamente en el dicho cabildo so cargo del dicho juramento el mesmo día de cada eleccion porque alii se sepa y se execute la dicha pena". B.C.T. MS 23-17, f. 59r-62v ó B.N. Mss. 6260, f. 48v-52v.

²³⁷ Como obreros se sucedieron en el cargo durante la segunda mitad del siglo XV los canónigos Rodrigo de Vargas, Juan Fernández, Fernando Sánchez Calderón, Nicolás Fernández de Toledo, Francisco Fernández de Cuenca y Alvar Pérez de Montemayor. Las actas también han dejado testimonio de algunas elecciones de los visitadores de la Obra, cargos que recayeron, entre otros, en los canónigos Marcos Díaz de Mondéjar, Juan de Contreras, Luis Daza, Francisco Ortiz o Francisco Álvarez Zapata.

guarda dicho aceite, ésta debía tener dos cerraduras de diversas llaves, una de las cuales guardaba el escribano y otra el sacristán, cargo éste último que estaba a las ordenes de la dignidad catedralicia ocupada en todas las tareas destinadas a dar esplendor litúrgico al templo, el tesorero. Al tiempo de poner el aceite en las lámparas ambos deberán estar presentes y el escribano deberá tener en cuenta el peso y medida de aceite que se utilizaba.

En diciembre, una semana antes de Navidad, el obrero debía hacer inventario de todos los pertrechos y bienes de la Obra, a fin de entregarlos en la forma debida a su sucesor en el cargo. Para mayor control, debía dar razón cada cuatro meses de dichos gastos y asentarlos en el libro de la Obra. En efecto, como sucedía en el conjunto de bienes del refectorio, también los bienes de la Obra y las rentas obtenidas de los mismos debían ser objeto de un registro por escrito en el que todo estuviese convenientemente consignado. Así lo acuerdan los canónigos reunidos en capítulo el 5 de marzo de 1493, cuando disponen que

queriendo proveer en que las cosas tocantes a la hacienda de la Obra esten en buen recabdo [...] se faga un libro grande el qual este en este cabildo de aquy adelante en el qual se escrivan todos los destajos e obras gruesas que se ovieren de faser e como fuera abenyda la tal obra [...] e despues al pye de tal contrato se pongan todas las pagas que se facien por estenso²³⁸.

Los Libros de la Obra son fuente inestimable para el conocimiento, no sólo del funcionamiento de esta oficina catedralicia, sino, fundamentalmente, de todo el proceso de cambios y transformaciones vivido por el edificio de la catedral²³⁹.

En todos estos asuntos el obrero estaba asistido por los *dos visitadores o contadores*, también dos canónigos del cabildo, quienes debían

²³⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 48r.

²³⁹ Se conservan libros de la Obra desde 1383, aunque no tendrán mayor continuidad hasta el siglo XV. Ellos dan nombre al Archivo de Obra y Fábrica, que además alberga los ya citados Fondos de Apuntación y Mayordomía, entre otros. C. Torroja, *Ob. cit.*, págs. 240-304.

apremiarle a presentar las cuentas en los plazos establecidos. Debían igualmente visitar los bienes de la Obra junto al escribano, que lo pondría todo por escrito. Cuando por razón de esta función los visitantes debieran ausentarse y no pudieran asistir a las horas en la catedral, serían tenidos por presentes y percibirían las cantidades correspondientes como los canónigos que participasen en los oficios divinos en la iglesia²⁴⁰. Por su parte, el *escribano* era el encargado, como dijimos, de trasladar al libro de la Obra y de firmar al pie del mismo todas las obras, contratos y pagos que se realizaban, no pudiendo en ningún caso asentar en el libro nada de lo que no tuviera plena constancia²⁴¹. También colaboraba con el obrero en la guarda del aceite ya señalada.

Todos estos oficiales de la Obra cobrarían un salario por su trabajo, el cual se pagaría por tercios de año de las rentas de la obra del año anterior: a fines del XV el obrero percibía 114 florines de Aragón (30.210 mrs.), cada visitador 30 florines (7.950 mrs.) y 57 (15.105 mrs.) el escribano²⁴². Junto a ellos, otros auxiliares de la Obra también percibían algunos emolumentos, aunque de menor cuantía: es el caso del *clavero*, supervisor de las obras y reparos, que cobraría 10.600 mrs. y del *letrado* y el *procurador*, que tan sólo perciben 1.060 mrs. cada uno²⁴³. Al margen

²⁴⁰ "Item que los visitantes y contadores sean thenidos y obligados de ser presentes y entender todas las cosas y obras, gastos y compras y edefiçios de la dicha obra con el dicho obrero, el qual les aya de llamar para ello y en presençia delo dicho escrivano o notario de la dicha obra y que los dichos visitantes ayan de compeler y apremiar al dicho obrero a que de las dichas quantas en la forma y manera y a las personas y tiempos que de sus escriptos y declarado". B.N. Mss. 6260, f. 51r.

²⁴¹ "Item que el escrivano que es o fuere no de fe nyn ponga nada en los libros de la obra de su mano salvo de lo que el mismo viere pagar a los contadores que fueren.." A.C.T. Actas Cap. II, f. 48r.

²⁴² Desde 1480 el florín equivalía a 265 mrs. como ha puesto de manifiesto M.A. Ladero Quesada, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982, págs. 118 y 193.

²⁴³ Ibidem, f. 51v-52r. En el texto se estiman los salarios de muchas otras personas y servidores del cabildo que ponen de manifiesto lo variado de los trabajos necesarios para poner en marcha el complejo mecanismo catedralicio: maestro de obras, perrero, barrero, campanero, broslador, organistas, tenor, maestro de clerizones, relojero,

de estos ingresos que reciben de la Obra, ninguno estaba autorizado a tomar dinero, oro, plata, o cualquier pertenencia de lo que corresponde a la misma si no fuese para utilidad de la iglesia.

Lo dicho redunda en la idea que señalábamos al comienzo, el tiempo y dedicación que el cabildo debía consagrar a unas tareas administrativas, en principio muy alejadas de su faceta religiosa, pero realmente indispensables para la articulación de la catedral. Del extremo cuidado que se ponía en su gestión habla el empleo ya en el siglo XVI de unas técnicas contables muy evolucionadas, que tardaron en ser admitidas por otras corporaciones similares, y con las que se apuesta claramente por el desarrollo de su dimensión económica²⁴⁴.

4.5.- ASISTENCIA A REUNIONES CAPITULARES

Después de examinar los cuatro grandes cometidos con los que debía cumplir el clero catedralicio, nos detendremos en otras dos importantes obligaciones que sólo afectaban a los cuarenta canónigos mansionarios: la asistencia a las reuniones del cabildo y la residencia en el lugar de su prebenda, a la que dedicamos un apartado posterior.

Es deber de los canónigos acudir a las reuniones o "cabildos" que periódicamente se celebraban con el fin de tratar todos aquellos temas que en una u otra forma se relacionaban el funcionamiento del templo. El cabildo se convertía así en el verdadero órgano rector de la vida interna de la catedral, de la propia institución capitular y de las personas vinculadas a la misma. En la segunda mitad del siglo XV, siguiendo la costumbre medieval que continuará en época moderna, sólo los cuarenta canónigos

sacristanes, catedrático de Teología, entre otros.

²⁴⁴ Así lo ponen de manifiesto las investigaciones de Susana Villaluenga de Gracia sobre la contabilidad capitular en Época Moderna.

mansionarios tenían derecho a participar con voz y voto en dichas reuniones, según quedó plenamente fijado a principios del siglo XIV en un estatuto otorgado por don Gonzalo Díaz Palomeque el 23 de octubre de 1307²⁴⁵. La limitación a éste grupo iba ligada a la que era condición indispensable para recibir una canonjía, la posesión del orden sacro, requisito que no siempre se cumplía por falta de celo o por no tener la edad canónica exigida. Ello creaba un evidente problema a la corporación, que no podía admitir a estos canónigos en los cabildos, ni permitirles dar su opinión y consejos sobre los temas tratados²⁴⁶. Por supuesto, tampoco las dignidades se veían libres de tal obligación, señalándose que si no estaban ordenadas "no tienen voto en cabildo ni pueden hacer acto capitular"²⁴⁷.

Al margen de estas posibles dificultades, lo cierto es que la restricción a participar en los cabildos a los cuarenta mansionarios es continuamente reiterada en la normativa, circunstancia provocada por las reclamaciones que hacía otro grupo de servidores del templo, los veinte canónigos extravagantes o pensionarios, que presionarían con insistencia para ser aceptados. Así queda patente en el estatuto dado por don Jimeno de Luna el 27 de junio de 1330, en el que tras afirmar que el número de canónigos que tenían voz era "sufficiens et moderatus", señala los inconvenientes que se derivarían de incrementar el número de capitulares con derecho a participar en los cabildos: influiría en las elecciones y demás

²⁴⁵ A.C.T. A.12.A.1.6.

²⁴⁶ Así lo tiene que recordar un estatuto dado por el cabildo mucho después, el 2 de noviembre de 1435, dando muestras de esta falta de celo señalada: "[...] y por quanto algunas vezes acaesçen la dicha yglesia o acaesçer podria aver canonigos prevendados que no son ordenados ni se quieren ordenar de horden sacro por lo qual la dicha yglesia padeçe defecto de servir asi en el culto divino açerca del altar como en los cabildos que no pueden en ellos estar y podrian dar buenos consejos a la dicha yglesia si en los dichos cabildos fueren interessentes, ordenaron y mandaron que los tales canonigos que no fueren in sacris constitutos qure no ayan ni les sea respondido cada un año con mas de la mitad del vestuario". Volveremos a esta constitución en el apartado siguiente porque entra de lleno en el tema de la residencia. B.N. Mss. 6260, f. 31r-32v.

²⁴⁷ Libro Arcayos. B.C.T. 42-29, f. 196r.

temas a debate, generaría más discordias y, sobre todo, acarrearía más gastos a la institución. Por eso decreta que los canónigos extravagantes en expectativa no tengan ninguno de los derechos que correspondían a los cuarenta prebendados, especialmente la asistencia a las reuniones, en tanto no ocuparan las vacantes que se fueran produciendo²⁴⁸. En cualquier caso, no parece que los problemas desaparecieran completamente, pues más de un siglo después, en el estatuto de 1468 en que los responsables del cabildo de conformidad con don Alfonso Carrillo fijan las competencias de este sector clerical, se les vuelve a recordar que ellos no gozan de las mismas prebendas y competencias que los canónigos de pleno derecho, lo que da idea de lo díscolo que era este sector del clero catedralicio²⁴⁹.

Lo que, en definitiva, ponen de manifiesto estas medidas es la importancia que tenía para los cuarenta mansionarios la posibilidad de participar en exclusiva en las asambleas del cabildo. Dos motivos había para ello. En primer lugar, desde allí era desde donde verdaderamente se dirigía la vida del poderoso templo primado, era el único órgano con capacidad efectiva para determinar su funcionamiento; en estas reuniones se opinaba, se debatía, se presentaban reclamaciones, se rendían cuentas de las tareas que cada uno tenía asignadas y se tomaban decisiones. Pero es que además, al ser estas asambleas cotos cerrados a los demás beneficiados, sus participantes alcanzaban una situación preferente y privilegiada frente al resto del clero toledano, tanto el catedralicio como el parroquial. Como es lógico, los canónigos no eran indiferentes al matiz de superioridad y

²⁴⁸ A.C.T. A.12.A.1.4. Al referirnos a este texto en la primera parte del trabajo ya señalábamos que el hecho de aparecer copiado al final de un sínodo celebrado en 1336 por el mismo prelado ha hecho pensar a algunos autores que pudiera tratarse a su vez de una constitución sinodal, si bien su contenido exclusivamente referido al cabildo catedralicio ha descartado tal hipótesis (vid. *supra*, pág.). El texto está publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 199-200.

²⁴⁹ A.C.T. I.6.C.1.5.

preeminencia que todo ello ponía en sus manos, de ahí que se negaran con fuerza a abrir las reuniones a la intervención de otros grupos, que, por su parte, también eran conscientes de que su exclusión de los cabildos era síntoma de su inferioridad y su imposibilidad para llevar las riendas de la corporación.

Las reuniones capitulares presentaban varias modalidades que a continuación analizaremos, pero antes y como consideración general cabe señalar que cuantos aspectos se trataban en las mismas y los acuerdos a que se llegaba eran puestos por escrito de forma minuciosa por un secretario y ratificados por un notario del cabildo hasta conformar los Libros de Actas Capitulares, fuente de inestimable importancia para el conocimiento de la institución. El primer libro conservado se inicia el 13 de agosto de 1466, aunque sabemos de la existencia de tomos anteriores por las anotaciones del racionero Arcayos, que en su caótica pero muy valiosa recopilación de fines del siglo XVI cita los volúmenes comprendidos entre 1434-1436 y 1437-1465. A partir de esa fecha, los libros de Actas se suceden en secuencia prácticamente ininterrumpida hasta nuestros días, constituyendo el mejor medio que tiene el investigador para aproximarse a la realidad del cabildo a lo largo de su historia.

Sentadas estas premisas generales, pasaremos a desentrañar las peculiaridades de los distintos tipos de reuniones que celebraba la corporación toledana, diferencias establecidas en función de su periodicidad, de los temas atendidos y de los sectores convocados a las mismas.

4.5.1.- Cabildos ordinarios

Como su denominación indica, éstos eran los que con más asiduidad se celebraban en el templo a fin de tratar los asuntos habituales y cotidianos que día a día se iban suscitando y reclamaban una toma de medidas por

parte de la corporación. Concretamente, los estatutos contemplaban tres reuniones semanales, lunes, miércoles y viernes²⁵⁰, aunque la realidad que ofrecen las actas no es nada rígida, pues a semanas en las que no hay noticias de convocatorias les siguen otras con cabildos en varios días consecutivos, en un solo día o en los tres citados. Los días de fiesta, los domingos y las tardes no se celebraban cabildos salvo en caso de necesidad urgente²⁵¹.

En todo caso y aunque no siempre se reunieran en los tres días mencionados, la frecuencia y continuidad de las convocatorias generaba un problema que ya mencionamos en el capítulo dedicado al servicio del coro y de la liturgia del templo. Como es obvio, los cuarenta canónigos requeridos para participar en las asambleas capitulares eran los mismos que debían contribuir con su presencia a dar solemnidad al culto celebrado en el coro y su obligada asistencia a los cabildos, que a veces se prolongaban horas, les impedía cumplir con su cometido litúrgico. Por eso la corporación dedicó al tema alguna de sus sesiones capitulares y acordó que, a fin de que el coro siempre estuviese "acompañado e poblado", "los días que ovriere cabildo" algunos canónigos quedaran eximidos de acudir a la reunión y permanecieran en el coro, velando por la buena marcha y la honestidad de los oficios celebrados en el mismo. El número de prebendados que estaría "de guardia" en el coro no era fijo, variaba, suponemos que en función de las necesidades del templo, y así de cuatro, dos por coro, en 1474 pasó a sólo uno, el presidente del coro, en 1475²⁵²; todo ello prueba el desvelo capitular por facilitar a los canónigos el cumplimiento de dos de las

²⁵⁰ Sabemos de la normativa sobre esos tres cabildos, no porque conservemos el estatuto concreto, sino por una referencia de un acuerdo capitular recogido en las Actas, en el que los canónigos reunidos determinan "que no aya cabildo mas de los tres dias en la semana ordenados, a saber, lunes, myrcoles e viernes". A.C.T. Actas Cap. I, f. 99v. (1478, enero, 22).

²⁵¹ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 223r.

²⁵² A.C.T. Actas Cap. I, f. 66v, (1474, abril, 13) y f. 76v, (1475, marzo, 9).

principales exigencias que llevaba aparejada su prebenda.

El cabildo se reunió de forma habitual durante el periodo medieval en una sala capitular situada a los pies del templo, concretamente en el arranque de la torre que no se llegó a levantar, hasta que a principios del siglo XVI el cardenal Cisneros se la compra a la corporación junto con la pequeña capilla contigua del Corpus Christi a fin de instalar allí la Capilla Mozárabe e impulsar este culto desde la propia catedral²⁵³. Ello obliga a buscar un nuevo emplazamiento para la sala capitular que finalmente se localizará en la zona más meridional de la girola, siendo edificada por Enrique Egas y Pedro Gumiel entre 1504 y 1512. Decorada con una bella techumbre y con una galería de retratos de los treinta y dos arzobispos toledanos antecesores de Cisneros, obra de Juan de Borgoña, presentaría en el periodo inmediatamente posterior al que aquí analizamos un aspecto muy similar al que aún hoy podemos admirar al visitar el templo²⁵⁴. En ella, además, se conservan dos armarios de madera tallada en los que se guardaban los libros de actas del cabildo, y, aunque ambos son de los siglos XVI y XVIII, evocan perfectamente la importancia que para la corporación tenía la buena custodia de su memoria histórica, recogida en estos volúmenes.

²⁵³ La realidad del culto mozárabe en la ciudad de Toledo y la protección que le brindará el prelado han sido recogidas, entre otros, por J. Meseguer Fernández, "El Cardenal Jiménez de Cisneros, fundador de la Capilla Mozárabe", en *Historia Mozárabe. I Congreso de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1978, págs. 149-245; A. Fernández Collado, "La Capilla Mozárabe del Corpus Christi", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, págs. 63-68, y *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte y personas*, Toledo, 1999, págs. 125-141.

²⁵⁴ Detalles sobre la construcción de esta nueva sala capitular y sobre el valor artístico de lo que contiene en R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987, págs. 64 y ss; A. Franco Mata, "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, vol I., Toledo, 1991, págs. 468-469. También es muy prolijo en su descripción. S.R. Parro, *Toledo en la mano*, t. I, Toledo, 1978, págs. 628-645.

Además de la sala capitular de uso habitual²⁵⁵, ya en la Edad Media, los capitulares se trasladaban en verano a otro recinto más fresco, la sala capitular de verano, situada, como bien reflejan los planos antiguos del templo, en el muro del claustro frontero con la calle de la Chapinería, contigua a la capilla de San Blas y exactamente debajo de la actual Biblioteca Capitular. Excepcionalmente, las reuniones habían de realizarse fuera de la catedral, sobre todo en aquellos momentos en que el templo estaba inmerso en las vicisitudes políticas del complicado siglo XV. Es lo que sucedió en 1472, cuando el cabildo se congrega en la sacristía de la iglesia de Santa Justa al estar la primada "muy cargada de gentes y la tenían cerrada y no había lugar de decir horas ni se ayuntar en su cabildo"²⁵⁶.

Las competencias para efectuar las correspondientes convocatorias a las reuniones recaían en el arzobispo y, en su ausencia, en el deán o su lugarteniente, que se servían de los clerizones, del pertiguero y de otros oficiales para comunicárselo a los interesados. Los primeros, que coincidían con los canónigos en las celebraciones corales, debían recordarles la reunión próxima a celebrarse durante los oficios de vísperas del día anterior y los de maitines de la propia mañana; posteriormente, tras la asistencia a los rezos de prima y a la misa diaria, eran llamados "ad campana pulsanda" por el pertiguero, pasando directamente a la sala capitular. Si tras los tres avisos los canónigos no se presentaban en la reunión perdían "voce et potestate", quedando sólo eximidos de tal obligación aquellos canónigos que estaban ausentes de la ciudad con permiso del cabildo para atender diversos asuntos. Por su parte, los que sí estaban en Toledo, pero por circunstancias no

²⁵⁵ Hay que hacer notar, no obstante, que referencias de las actas aluden ocasionalmente a la celebración de reuniones en otros recintos, siendo el más frecuente la capilla de San Ildefonso.

²⁵⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 46v. (1472, mayo, 20). Analizaremos más detenidamente la forma en que estos acontecimientos afectaban a la vida catedralicia en el capítulo dedicado a la proyección política del cabildo.

asistían a los correspondientes oficios de vísperas, maitines y prima, eran avisados "per portarium" en su domicilio con la indicación de acudir²⁵⁷.

De todas formas, las Actas reflejan que la mayor parte de las convocatorias se hacían "por cedula ante dia de su pertiguero", ya que ésta es la fórmula más repetida. De acuerdo con ella, el pertiguero enviaría al domicilio de cada uno de los canónigos la pertinente cédula de convocatoria, a fin de asegurarse de que recibían el aviso. Especialmente se hacía así cuando era importante que todos los canónigos presentes en la ciudad, aunque no acudieran a las celebraciones corales, asistieran a alguna de las reuniones. Las cédulas, por lo general, recogían el tema o temas a tratar en la sesión correspondiente y, como ejemplo, reproducimos una de las que están cosidas entre las hojas de los libros de Actas²⁵⁸.

Si se consideraba oportuno por la importancia de los temas tratados, podían ser convocados a presentarse ante el cabildo el refitor, los mayordomos u otros oficiales del cabildo, a fin de dar cuenta debidamente de su gestión o de informar de determinados temas que interesaran a la corporación. En ocasiones especiales podían presentarse en el cabildo "algunos de los de fuera a tractar alguna cosa", es decir, visitas -miembros del concejo municipal, mensajeros regios, otros prelados- a las que les sería permitida la entrada por la importancia de las cuestiones a debatir y que debían ser tratadas con el respeto debido a las instituciones representadas en

²⁵⁷ Estas disposiciones se recogen con gran detalle en una de las constituciones recogidas por don Blas Fernández en su amplia recopilación de 1357, concretamente en la titulada "De convocatione ad capitulum". B.N. Mss. 6260, f. 2r.

²⁵⁸ Está cosida entre los folios 61 y 62 del volumen II de las Actas y convoca a una reunión el 3 de junio de 1494 para tratar sobre la provisión de la canonjía doctoral hasta esa fecha ocupada por Juan de Castilla: "Placeat R.P.V. patres reverendi et domini crastina die videlicet III juniis anno LXXXXIII, hora consueta capitulo interesse specialiter ad tractandum et praticandum super canonicatu et prebenda doctorali per Reverendum virum Joannem de Castilla decanum Hispalensem usque nunc possessam et si bene visum fuerit perssonum habilem ad dictos canonicatu et prebendam eligendum et nominandum. In quibus si placet nemo se excuset sub pena octo ducatorum. F. cantor toletanus".

sus personas²⁵⁹.

Al margen de estas eventuales invitaciones, lo habitual es que en el cabildo solo permaneciesen las dignidades y los canónigos con derecho a ello, y aquí habría que preguntarse cuántos capitulares coincidían en cada sesión. La verdad es que a tenor de la información dada por las Actas, en las que se anotaban los nombres de los asistentes, raramente serían más de veinte los canónigos que coincidirían habitualmente en el templo. Ello ha de ponerse en relación con el tema de la residencia, que analizaremos en el siguiente apartado, y con el frecuente absentismo de los capitulares, muy ocupados en negocios fuera de la catedral e incluso de la ciudad de Toledo. Por eso, en el mejor de los casos algunas sesiones congregan a más de veinte miembros, pero lo habitual es que su número fuera inferior lo que, sin duda, empobrecía los debates y tomas de posición.

Con mayor o menor presencia de canónigos, lo cierto es que las reuniones se sucedían con gran asiduidad, estando presididas por el arzobispo y, en su defecto, por el deán o su lugarteniente. La presidencia por parte de los prelados no debía ser habitual, dadas sus frecuentes ausencias, y por eso, igual que sucedía cuando acudían al coro o a celebrar la misa, era acogida con toda solemnidad y con un completo ceremonial en el que todos debían observar el mayor de los respetos²⁶⁰.

Una vez todos reunidos, la puerta de la sala se cerraba, quedando fuera el pertiguero, que debía aguardar "sin dexar entrar a nadie y para estar cerca si llaman para servir en lo que le mandaren". Dentro queda un secretario del cabildo, generalmente un racionero o un capellán, que tomaría nota de todos los temas tratados en una "mesa mediana de asiento, cubierta

²⁵⁹ Libro Arcayos. B.C.T. 42-29, f. 196v.

²⁶⁰ Libro Arcayos B.C.T. 42-29, f. 189r-189v. Se recoge aquí la constitución titulada, precisamente, "De como ha de venir el arzobispo al cabildo y lo que se ha de adereçar en el cabildo".

con un terciopelo carmesi y una silla o escabel todo de nogal, en cuya mesa tiene el libro capitular y tintero y salvadera de plata para escrevir". El secretario debía estar callado y escribir lo que le mandasen "sin dar paresçer en cosa alguna si no fuere responder a lo que le preguntasen, informando de alguna cosa que sea neçessaria"²⁶¹. Habida cuenta de lo importante de su función recibía un salario nada despreciable que en 1490 era de 10.000 mrs. al año. Por esas fechas este cargo acumulaba también las funciones de notario del cabildo, lo que tal vez explica lo sustancioso de su retribución²⁶².

Por lo que respecta a los temas tratados en los diferentes cabildos son de una extraordinaria variedad, tal como reflejan los acuerdos de Actas: nombramientos y provisión de vacantes para ocupar dignidades, canonjías, raciones, capellanías y demás oficios catedralicios; funcionamiento interno de la institución; conflictos entre capitulares y pleitos sostenidos con otras instancias de la ciudad o del reino; ordenaciones sobre las celebraciones litúrgicas en la catedral; múltiples cuestiones relacionados con los bienes del refectorio; salarios de los oficiales del cabildo; problemas en la recepción de los vestuarios; presentación de cédulas de residencia; comisiones para representar al cabildo ante diferentes instancias, entre otros.

A la hora de ser deliberados, no todos los asuntos tenían la misma importancia, de ahí que algunos estatutos establecieran un orden de preferencia que habla a las claras de cuáles eran los intereses de la corporación. Primeramente se ocuparían de las cuestiones relativas a la mesa y bienes del refectorio, a los negocios de los vestuarios y a los aspectos de interés general, quedando para el final las situaciones y propuestas particulares que tuvieran los asistentes. Cuando así sucedía, estaba estipulado que aquellos capitulares que propusieran algún negocio privado para ser

²⁶¹ Ibidem, f. 196r-v.

²⁶² A.C.T. Actas Cap. II, f. 9r. (1490, octubre, 29).

tratado por el conjunto de la corporación, habían de abandonar el lugar de reunión en el momento de deliberar sobre dicho tema, a fin de no condicionar ni influir en las decisiones de sus compañeros. Una vez presentada la propuesta, permanecerían fuera de la sala "fasta que por los sennores del dicho cabildo sea mandado llamar"²⁶³.

Salvo en este caso especial de que el asunto le afectara directamente, todos los canónigos tenían derecho a voz y voto en las reuniones, es decir a poder opinar, debatir y decidir sobre el destino del tema objeto de tratamiento. No obstante, estas tareas no siempre se realizaban con la necesaria normalidad y se producían irregularidades de diversa índole, todas ellas provocadas por la negligencia de los propios capitulares. Diferentes estatutos tratarán de poner freno a estos problemas, pero la reiteración con que son expuestos deja patente la realidad.

Comenzaremos por señalar algunas de las dificultades que se planteaban al hacer los capitulares uso de su derecho a tener "voz" en las reuniones. Una de ellas, aparentemente sin importancia, la plantea la costumbre de los canónigos de abandonar el asiento que cada uno tenía asignado en la sala capitular, lo cual contravenía el turno que cada uno debía seguir en las intervenciones. De ahí la voluntad de la corporación de que "cada un capitulante de ellos en el dicho su cabildo se asiente y fable en su lugar según los lugares asignados que cada uno tiene en el dicho su cabildo"²⁶⁴, asignación de lugar que, como en el coro, estaba muy jerarquizada, se realizaba por antigüedad y repartía a los canónigos en dos secciones, a izquierda y derecha de la silla arzobispal. Todos debían hablar y votar por riguroso turno, primero el coro del arzobispo, luego el del deán,

²⁶³ Así lo señala un estatuto dado el 10 de octubre de 1431 en el que el cabildo ordena un buen número de cuestiones relacionadas con las reuniones periódicas que celebraba, a fin de incrementar su eficacia y acabar con las irregularidades cometidas. B.N. Mss. 6260, f. 32v-34v.

²⁶⁴ Ibidem.

sin perturbar el orden de las intervenciones.

También se daba el caso de que algunas veces los capitulares defendían sus posiciones con excesiva vehemencia, perdiendo el respeto y no guardando el decoro y las formas debidas a su posición. Los estatutos han de recordar que los canónigos deben "estar con mucha modestia, de suerte que los canonigos menos antiguos oygan a los mas ancianos y quando hablaren siempre tendran respecto a los mayores". Especialmente debían conducirse "con humildad y mucho miramiento", en caso de que los arzobispos presidieran los cabildos, "de tal manera que el prelado se pueda edificar del buen conçierto y respecto que se tiene al lugar y persona de su señoría"²⁶⁵.

Otras veces el caso era el contrario, pues algunos capitulares, faltando a sus obligaciones, no querían dar su opinión sobre algunos de los tema debatidos y guardaban silencio al ser interpelados por el deán o su lugarteniente. Refleja la situación un estatuto dado el 16 de mayo de 1346 por don Gil de Albornoz en el que se castiga al que así se comportase con la pérdida de la "voz" en ese tema, ya que no volvería a ser requerido ni preguntado por tal cuestión, "ni su persona pueda hacer daño ni pro alguno, mas sea avida como si no fuese persona". Es decir, sería completamente ignorado a la hora de resolver la cuestión a debate²⁶⁶.

De igual modo se contravenía el orden y se generaban perjuicios para la corporación por la falta de celo que algunos capitulares mostraban a la hora de guardar el secreto de las deliberaciones y temas tratados en las reuniones. Ello lleva a sus responsables a ordenar que aquellas cuestiones que se traten en las sesiones del cabildo, especialmente aquellos que el deán o su lugarteniente recomienden, "que no se publiquen, que nynguno las revele nyn diga fuera de cabildo ny por palabra ny por escripto", so pena

²⁶⁵ Libro Arcayos. B.C.T. 42-29, 189r-189v y 196r.

²⁶⁶ A.C.T. I.6.B.1.10.

de pagar 1.000 mrs. para el arca de la limosna del pan; caso de incurrir en dicha pena el secretario del cabildo encargado de poner por escrito los acuerdos capitulares, la cantidad se incrementaría en 2.000 mrs. e iría acompañada de la suspensión de su oficio por un año²⁶⁷.

Especialmente graves eran los problemas que se suscitaban a la hora de ejercer el otro derecho de los mansionarios, la votación a cerca de los temas previamente debatidos. La principal preocupación era asegurar el secreto de las votaciones, a fin de que ninguno se sintiera coaccionado y pudiera expresar sus opiniones con plena libertad, de ahí que el cabildo dispusiera procedimientos que garantizaran el secreto y veracidad de las mismas. Dos eran las fórmulas que solían emplearse: la utilización de habas, altramuces o garbanzos en cada una de las tres opciones que solían presentarse a debate, y la emisión del voto en una cédula escrita en la que los capitulares debían escribir una "a" en caso de aprobar la propuesta, o una "r" si la reprobaban. Los votos se ponían en un "virreto" o bonete, siempre de forma secreta, comenzando por el deán y siguiendo por el resto de los asistentes²⁶⁸. Sólo acatando estas normas podían proveerse los beneficios, conceder gracias, renunciar o cambiar algunos bienes y, en definitiva, hacer funcionar convenientemente el intrincado conjunto de intereses que confluían en la catedral.

Si se contravenían estas reglas, quedaba invalidada la elección y decisión tomada, pero lo cierto es que, a pesar de todas las medidas, está constatado que las votaciones no siempre transcurrían con normalidad ni eran del todo fiables en sus resultados. Ello venía motivado por las muchas

²⁶⁷ A.C.T. Actas Cap. II, f. 57v. (1493, noviembre, 2).

²⁶⁸ B.C.T. MS. 23-17, f. 37r-39r ó B.N. Mss. 6260, f. 32v-34v: "... de aquí adelante declaren sus votos por favas, altramuces o garvanços o por cedulas que en cada una este escrito una a o un r, quel a demuestre que lo aprueba y el r que lo reprueba, o por la fava o altramuz o garvanço demuestre cada uno a quien quiere que sea proveido de tal beneficio que sea nombrado, Pedro la fava, Gonzalo por altramuz y Juan por garvanço".

presiones, incluso sobornos, que recibían los canónigos para que optaran por alguna de las propuestas presentadas, sobre todo, cuando se trataba de votar la provisión de un determinado cargo.

El periodo cisneriano, inmediatamente posterior al que aquí analizamos, es el que más información ofrece en este terreno; por diversos estatutos capitulares sabemos de las fuertes presiones que recibían los canónigos, a quienes se insta a poner el tema en conocimiento del deán o del secretario del cabildo a fin de castigar con la inhabilitación inmediata a los culpables sobornadores²⁶⁹. Ello pretende acabar con "toda ambiçion y codiçia, sobornaçion y fraude", que rodeaba dichas provisiones, tarea difícil habida cuenta de los numerosísimos cargos que debían ser elegidos por el cabildo. No sólo eran las habituales canonjías, raciones o capellanías, sino también la admisión de niños del coro, el nombramiento de obreros, refitores, mayordomos, visitantes de capillas, administradores de hospitales, encargados del arca de la limosna, de los niños abandonados en el templo, de la librería, cargos todos ellos bien retribuidos, lo que, sin duda, excitaba muchas ambiciones personales.

Los propios capitulares han de reconocer cinco años más tarde la imposibilidad de acabar con estas prácticas fraudulentas²⁷⁰, aunque no renunciarán a ello y a lo largo del XVI intentarán conseguir sus propósitos, implicando en esta causa al propio cardenal Cisneros que, bajo impulso capitular, promulgará un decreto en 1513 en el que se reafirma en la necesidad de que los miembros del cabildo puedan actuar con plena libertad, ajenos a presiones y dar su voto de forma totalmente personal. Si así no se hiciera serían penados tanto los instigadores como los sobornados y más aún si no ponen en conocimiento de las autoridades la presión a que han sido

²⁶⁹ B.N. Mss. 6260, f. 52v-53r.(1502, septiembre, 17).

²⁷⁰ B.N. Mss. 6260, f. 54v.(1507, noviembre, 22).

sometidos²⁷¹.

4.5.2.- Cabildos extraordinarios

Estos se convocaban de forma excepcional cuando algún negocio preocupante y urgente requería la reunión de los capitulares para darle solución inmediata. Sin duda, la elección del arzobispo era la eventualidad más grave que podía obligar a reunir al cabildo, y así lo recoge una constitución sin fecha precisa, aunque referida al periodo de los Reyes Católicos, en la que se mencionan como especialmente serios los casos de "election o postulaçion de arçobispo o enagenamiento de vasallos de la mesa arçobispal o de la mesa capitular o mutaçion de estado o orden de la que agora tiene la dicha Sancta Yglesia"²⁷².

El problema se plantea, no obstante, ante la más que habitual ausencia de la ciudad de Toledo de muchos de los cuarenta canónigos por encontrarse atendiendo diferentes asuntos particulares o de la Iglesia con licencia del cabildo: estudios, retiros espirituales, resolución de negocios diversos, desempeño de embajadas, enfermedad, etc. Ya hemos visto como difícilmente llegaban a los veinte los canónigos congregados en cabildo, por lo que ante la trascendencia de los temas a tratar se acuerda que

todos los canonigos prebendados asi presentes como absentes, aquellos que acostumbran residir en la dicha sancta yglesia que por cualquier causa o ocasion voluntaria o neçesaria sean absentes o por llamamiento o destierro o por negoçios propios o de la yglesia, aunque sean absentes fuera de la provincia o do quiera que estovieren, salvo los que estovieren fuera de los reynos y señoryos del Rey e de la Reyna, nuestros sennores, y asi llamados y venidos los tales canonigos ayan de dar e den sus votos y consentimiento²⁷³.

²⁷¹ B.N. Mss. 6260, f. 56r-57r. (1513, octubre, 19, Alcalá). Más información sobre la realidad del periodo cisneriano en J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, págs. 58-59.

²⁷² B.N. Mss. 6260, f. 41v-42.

²⁷³ Ibidem

La necesaria presencia de todos ellos obliga, pues, al cabildo a arbitrar una serie de diligencias, que ya tenía previstas, para poner en su conocimiento lo urgente de la situación, de ahí que se les enviaran las correspondientes cartas o "litteras capituli" con el fin de que llegaran a tiempo de participar en las asambleas. Los convocados eran, como señala el estatuto, los que se encontraban fuera de la ciudad de Toledo, pero dentro de la provincia eclesiástica toledana y del reino, ya que los que se encontraban más lejos difícilmente podrían llegar a tiempo²⁷⁴. Si no lo hacían estaban penalizados, como los que no acudían a los cabildos ordinarios, con la pérdida de la voz y de su potestad de ser admitido en el coro.

Lo cierto es que todos debían hacer lo posible por asistir y, una vez en el cabildo, las sesiones transcurrirían tal como era costumbre, se exigiría un comportamiento honesto y se guardaría el secreto de las votaciones. Lamentablemente, las actas no explicitan la categoría de extraordinarias de algunas de sus reuniones, pero habida cuenta de la importancia del tema a tratar y del mayor número de participantes, cabe señalar como tales algunas que se ocuparon de elegir y proveer algún cargo importante, las que tratan temas referentes a los canónigos expulsos o a la libertad eclesiástica, entre otras.

4.5.3.- Cabildos espirituales

Esta modalidad fue instituida por Pedro González de Mendoza el 8 de diciembre de 1490. El prelado, tras constatar el especial y casi exclusivo

²⁷⁴ B.N. Mss. 6260, f. 2r. "Absentēs vero canonicī extra civitatem ac infra provinciam toletanam et non extra moram trahentes super electione prelati per litteras capituli convocentur. Preterea ne canonicīs tam studendi et orandi quam alia negotia ecclesie procurandi per iuges capitulares tractatus opportunitas subtrahatur. Ordinamus ut capitulum diebus veneris dumtaxat nisi eundis utilitas vel urgens necessitas aliud exposcat".

tratamiento que en las reuniones capitulares tenían los temas temporales y dado que "son mas necesarias y mas provechosas a nuestras animas" otras cuestiones, decide establecer una serie de sesiones especiales en las que se tratarían exclusivamente "todas las cosas convenientes a la gobernación espiritual de la dicha sancta yglesia". Entre ellas incluye "la buena governacion en el culto divino y cargo de missas y aniversarios y honestidad de las personas ecclesiasticas desta nuestra Sancta Yglesia y otros negoçios espirituales que de cada dia en ella ocurren", especificando más adelante, "la honestidad de las personas así en los vestidos y calças como en los atavios de las cabalgaduras y correction de sus familiares y servidores"²⁷⁵.

Estos cabildos se reunirían mensualmente, concretamente el primer viernes de cada mes, y a ellos estaban llamados aquellos canónigos que residieran habitualmente en la ciudad, quedando expresamente prohibido tratar cualquier asunto de orden temporal, ya que estos tenían las restantes reuniones para ser debatidos. La convocatoria queda en manos del repartidor que se encargaba de recordar al pertiguero el jueves anterior la proximidad de la reunión a fin de que éste convocara al cabildo. Los que no asistían sin tener legítimo impedimento y la licencia correspondiente, perderían su parte en las distribuciones y caridades de ese día.

En los cinco años estudiados por nosotros desde la institución de estos cabildos, las Actas recogen bajo el epígrafe latino "Spiritualibus", la celebración de varias asambleas con una temática diversa, que va desde la obligatoriedad de confesar y comulgar para los beneficiados de la Iglesia, a la necesaria limpieza de las capillas, pasando por el encargo de objetos litúrgicos, la vigilancia de las misas a cargo de los capellanes, determinadas limosnas, la fiesta del obispillo de San Nicolás, la ejecución de música de órgano, el respeto debido en el coro, o el nombramiento de cantores,

²⁷⁵ B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r.

organistas y otros músicos²⁷⁶. De la consulta de las Actas se deduce que las asambleas no siempre tendrían la periodicidad mensual dispuesta por Mendoza, pero lo cierto es que la temática "espiritual" estuvo muy presente entre los asuntos debatidos por los capitulares.

4.5.4.- Capítulos generales

Por último cabe señalar unos cabildos que eran asambleas de todo el clero catedralicio -dignidades, canónigos, racioneros, capellanes- que debían convocarse en las fechas más solemnes celebradas en el templo: Miércoles de Ceniza, Sábado Santo, Lunes de Pascua, Asunción de la Virgen y Todos Santos²⁷⁷. Los convocados debían asistir so pena de perder la ración de aquel día, a menos que tuvieran autorización del cabildo para ausentarse por estar ocupados en tareas importantes.

Algún estatuto denomina a esta modalidad de asamblea "cabildos públicos" por esa mayor presencia de beneficiados y por diferenciarlos de los "cabildos secretos", aquellas reuniones cerradas a las que sólo tienen acceso unos pocos. En estos más generales tiene cabida todo el colectivo benefical de la catedral, ya que en ellos se trata de "la buena governacion del servicio de la Yglesia y de la vida y costumbres de todos los beneficiados"²⁷⁸.

²⁷⁶ La primera mención la encontramos en los actos del 4 de marzo de 1491 (A.C.T. Actas Cap. II, f. 15r) y a partir de ahí las referencias a estos cabildos se encuentran con relativa facilidad a lo largo de este volumen porque el citado epígrafe aparece convenientemente destacado del texto.

²⁷⁷ B.N. Mss. 6260, f. 2r-2v. "Diebus vero videlicet Cineris, Sabbati Sancti, et sequenti die post festa resurrectionis Domini, Assumptionis Beate Marie et Omnium Sanctorum fiunt capitula generalia ad que canonia, socii et capellani ecclesie presentes sub pena amissionis portionis illius diei etiam non vocati venire tenentur, et ibidem dum preçiosa in conspectu domini dicitur et dum aliqua arrendanda occurrerint interese. Quibus expeditis, sociis et capellani portionus inde recedant et canonici inde reamaneant alia negotia capitularia tractaturi".

²⁷⁸ Libro Arcayos. B.C.T. 42-29, f. 196v.

Tras una presencia de todos para conmemorar la festividad indicada y tras festejar la misma con la solemnidad debida, la asamblea se disolvía, se retiraban racioneros y capellanes y quedan solo los canónigos para celebrar una reunión ordinaria del cabildo en la que tratar los asuntos pertinentes de ese día. No obstante, los capitulares solían aprovechar que era más abundante el número de participantes para tratar en esos días temas de especial relevancia para la corporación y, de ahí, que varias constituciones y estatutos dados por el propio cabildo lo hicieron en torno a esas fechas, a fin de tomar una decisión con mayor consenso de todos.

Pero lo verdaderamente relevante de estos cabildos generales es que, coincidiendo con su celebración y con la mayor presencia de beneficiados en el templo, el cabildo aprovechaba para solventar con ellos algunos asuntos, preferentemente económicos, que afectaban a la buena marcha de los bienes del refectorio y a la economía de los citados beneficiados. Sirva como ejemplo señalar que es en las tres festividades de Todos Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de Santa María cuando se aprovecha para cobrar a aquellos beneficiados que tuvieran arrendados bienes del cabildo, las cantidades que les corresponde satisfacer. Igualmente, en las tres mismas solemnidades se distribuía entre los canónigos presentes en los oficios de prima, vísperas, maitines y misa mayor la cantidad correspondiente a las ausencias. Otro tanto sucedía con los repartos de caridades, vestuarios y otros ingresos que se hacían en alguno de esas festividades confiriéndoles si cabe un carácter aún más especial.

Parecidas circunstancias concurrían en otras tres asambleas que se convocaban anualmente, en fecha más o menos fija -entre Todos Santos y Navidad- a las que se designa como "particiones", reunidas para tratar temas relacionados con los vestuarios, su reparto, las condiciones en que debían arrendarse, el nombramiento de su receptor y las ausencias de los canónigos

que no ganaban dichos vestuarios por no completar su residencia²⁷⁹. Habida cuenta de la importancia de dicha renta, se comprende que la presencia en estos tres cabildos fuera muy importante para las dignidades y canónigos encargados de cobrarla.

4.6.- LA RESIDENCIA

Obligación ineludible para todo clérigo que estuviese en posesión de un beneficio eclesiástico, especialmente un beneficio curado, era residir en el lugar de su prebenda a fin de asegurar a los fieles la celebración del culto divino y la cura de almas. Así lo disponen diferentes cánones de sínodos y concilios medievales, entre los que los de ámbito toledano no son ninguna excepción, como claramente se recoge en la excelente recopilación realizada por José Sánchez Herrero. Dicha normativa establecía un tiempo de obligada presencia de los beneficiados, que iba de los diez meses dispuestos en el sínodo celebrado en 1323 por iniciativa de don Juan de Aragón a los ocho ordenados por Carrillo y Cisneros en 1480 y 1497, respectivamente²⁸⁰. El resto del tiempo podían ausentarse para atender diferentes negocios, siempre que tuvieran licencia del prelado y dejaran en su puesto a un vicario o lugarteniente suficientemente idóneo para poder cubrir las necesidades de los feligreses.

De este deber de residencia no estaban exentos las dignidades y canónigos de la catedral primada, tal como se refleja en un buen número de estatutos y constituciones otorgados desde el siglo XIII. La presencia física de los capitulares en el lugar de su beneficio era imprescindible para que

²⁷⁹ B.N. Mss. 6260, f. 32r. "El primer cabildo que es para haber y declarar de las condiciones con que se han de arrendar los vestuarios, y el segundo cabildo que es del nombrar del receptor de los dichos vestuarios, y el tercero cabildo del declarar de las absencias de los canónigos absentes que no ganaron los vestuarios".

²⁸⁰ J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales....*, págs. 177, 312 y 348.

éstos pudieran cumplir convenientemente con las tareas y compromisos inherentes a su cargo, al tiempo que era requisito inexcusable para percibir los frutos de sus prebendas. En efecto, para entrar en posesión de las diferentes partidas de ingresos que corresponden a las dignidades y canónigos toledanos, éstos debían, además de estar ordenados "in sacris" y reunir ciertas aptitudes de idoneidad, cumplir con la obligación de residencia y estar presentes en el templo en determinados momentos y celebraciones.

Nos encontramos pues ante un tema de gran trascendencia para el funcionamiento de la catedral y para la economía de los beneficiados, de ahí que tanto los prelados como la propia corporación catedralicia se ocuparan con frecuencia de fijar las normas que regulaban esta práctica que, sobre todo, afectaba a dignidades y canónigos. Dicha reglamentación exigía la presencia de los prebendados en el templo tanto a lo largo de todo año como diariamente en los diferentes oficios litúrgicos organizados en el mismo, de ahí que tengamos que referirnos a dos modalidades de residencia: anual y diaria.

4.6.1.- La residencia anual

Es, como su nombre indica, la que estaban obligados a hacer durante todo el año las dignidades y los cuarenta canónigos mansionarios que hubieran recibido la correspondiente prebenda catedralicia. Ahora bien, este compromiso de los capitulares, al que ellos se adhieren desde el momento de tomar posesión de su cargo, tropezaba con las numerosas y, en muchas ocasiones, forzosas ausencias de éstos para atender negocios y cuestiones personales u oficiales lejos de la ciudad de Toledo y de su catedral. Ello les impedía cumplir con la obligación de residencia y generaba un absentismo que necesariamente desembocaba en la desatención de las tareas propias de su rango y en un irregular funcionamiento del templo y de los servicios

litúrgicos que ofrecían a los fieles.

Por ello, los arzobispos y responsables del cabildo vieron la necesidad de regular la situación y buscaron una fórmula intermedia que no fuera demasiado ardua ni difícil de llevar por los capitulares, les permitiera viajar y atender sus proyectos y, al tiempo, fuera suficiente para satisfacer como requerían las iniciativas catedralicias. Eso se concretó estableciendo un periodo obligado de estancia o residencia en la catedral y otro en el que podrían ausentarse sin ser penalizados para atender sus diversos negocios particulares u oficiales. Estos días o meses de "recreación" eran mucho más numerosos que los de obligada presencia, lo que hacía a esta exigencia poco gravosa. Los meses de asistencia obligada comenzaron siendo seis para las dignidades y ocho para los canónigos en el estatuto que el legado Juan de Abbeville dio al cabildo en 1229²⁸¹, reduciéndose a dos para las dignidades y tres para los canónigos, alternos o continuos, en diversos estatutos dados por don Sancho de Aragón en la segunda mitad del siglo XIII²⁸². Desde entonces la residencia obligatoria de los sesenta días para dignidades y noventa para los canónigos no se modifica y será ratificada continuamente durante los siglos bajomedievales en diversas constituciones²⁸³.

A efectos de demostrar y probar su presencia en la catedral durante

²⁸¹ B.C.T. 42-23a, f. 20r-v. "Ad hec, quia nonnulli de mansionariis canonicis vestiarium absque residentia in animarum suarum periculum percipere minime verebantur, ordinationem super hoc a vobis factam confirmamus, percipientes ut eadem perpetuis temporibus observetur que talis est: Quicumque canonicus vel persona toto anno absens fuerit nichil habeat de vestiario. Si persona per sex menses, si canonicus per quatuor menses absens fuerit, propter talem absentiam nichil amittant de vestiario; qui autem per maius tempus absens fuerit, pro rata temporis quo presens fuerit in ecclesia de vestiario percipiat". El texto ha sido publicado por F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo*, Madrid, 1985, págs. 382-383.

²⁸² B.N. Mss 13041, f. 8v ó B.C.T. MS 23-16, f. : "Addicimus et quod omnes canonici residentiam facientes in ecclesia per tres menses integros et persone per duos continue vel per tres sua integre percipiant vestiaria anno illo". Lo mismo señala en otro estatuto fechado el 15 de marzo de 1266 (A.C.T. X.11.C.1.1.), datación errónea porque hasta 1268 no empieza don Sancho a firmar y actuar como arzobispo.

²⁸³ En el siglo XV es don Juan Martínez de Contreras quien lo hace en 1433: B.N. Mss. 6260, f. 30v-31r.

el tiempo exigido, dignidades y canónigos debían hacer un acto de residencia al finalizar el año, año que no se entendía como el año natural, de enero a diciembre, sino que se iniciaba y finalizaba en la festividad de San Miguel, el 29 de septiembre. Es por ello que en torno a esa fecha, fundamentalmente el día anterior, todos los capitulares se apresuraban a presentar las cédulas de su residencia personal, de lo cual quedaba expresa constancia en las Actas.

El procedimiento seguido era similar en todos los casos: la vigilia de San Miguel, el día 28, canónigos y dignidades se acercaban a la catedral, al lugar en que se hallase reunido el cabildo -el coro, la sala capitular, alguna capilla- y presentaban las cédulas de su residencia anual firmadas y ratificadas por el partidor, solicitando que éste los anotase en los libros de su oficio, a efectos de que los tuviera en cuenta para ganar las compensaciones económicas pertenecientes a su prebenda²⁸⁴. La presentación solía hacerse "acabada nona, comenzando a tanner el aguyjon de vysperas", respondiendo los capitulares que lo verían "suis loco e tempore", y se pronunciarían a efectos de darla "por buena, firme e valedera" o, por contra, como nula, si hallaban pruebas de no haberse realizado en la forma debida²⁸⁵.

²⁸⁴ Recordamos que el partidor o distribuidor es un estrecho colaborador del refitor, encargado de repartir entre todo el personal del templo las cantidades libradas en concepto de distribuciones, caridades, vestuarios y demás ingresos.

²⁸⁵ Reproducimos una de estas menciones de las Actas, en concreto la que realizó el 28 de septiembre de 1478 (A.C.T. Actas Cap.I, f. 103v): "En el coro, veintiocho dias de setiembre 1478, en tanto que andaba el aguyjon segundo de visperas, el honrrado sennor Juan de Contreras, canonigo de la dicha eglesia, paresçio presente a la puerta del dicho coro estando presente el discreto Sancho Fernández, racionero y partidor de los dichos sennores. E diijo que, cumpliendo e satisfasiendo a la constitucion desta sancta eglesia, que con anymo, deso e voluntad de faser su anual residencia segund que es obligado, estava alli para ello dispuesto e la continuar a la una de las tres horas o a todas tres. Por ende que le requerian e pedian e pidio e requirio que lo avysasen e tovyesen cargo de lo escrivyr en los libros de su ofiçio. E pidio testimonio. Testigos Sanchez de Aranda, Pedro Garcia de Sevilla, Alvaro Martinez de Fontona, Pedro de Yepes, Juan de San Andres, racioneros".

Casi tan habitual como descubrir en las actas referencias a la presentación de las cédulas de residencia lo es encontrar la solicitud de moratoria que hacían, a través de algunos procuradores, aquellos capitulares que no podían presentarse personalmente en el templo en la víspera de San Miguel para dar cuenta de su residencia. Ello les obligaba a entregar dicha súplica de moratoria, sobre la que los responsables del cabildo responden, siempre con cautela, que lo verán, debatirán y, como en el caso anterior, darán su veredicto en el tiempo y la forma oportunos²⁸⁶.

La diligencia en presentar la residencia o en solicitar la moratoria en el plazo citado no es solo demostrativa del celo de los capitulares por cumplir su cometido, sino de gran interés para ellos porque sobre la presentación de las correspondientes cédulas descansaba la posibilidad de percibir un cuantioso volumen de ingresos. En efecto, las dignidades y canónigos que en esa fecha mostraran debidamente cumplimentadas las pruebas de haber hecho residencia en el templo, como mínimo, los sesenta o noventa días establecidos en los estatutos se verían compensados con la participación en la *renta de los vestuarios*, que, ya se mencionó, constituía la más importante partida de ingresos percibida por los capitulares. Lógicamente, el castigo para los irresidentes, es decir, quienes injustificadamente incumplían sus obligaciones, era el de perder la ración correspondiente de los vestuarios, cuya cantidad, las ausencias se distribuirían entre aquellos que sí estuvieran presentes en la Iglesia y en las horas canónicas durante los días de Todos Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de Santa María, festividades principales del templo²⁸⁷.

²⁸⁶ La fórmula que recogen las actas siempre era la misma: "En el cabildo, once de setiembre de LXXVI ante los dichos señores capitularmente, Pedro Fernández de Yepes, racionero, procurador del licenciado Thomas de Cuenca, canonigo, presento a los dichos señores la moratoria de dicho licenicado en forma debida. E respondieron que lo verían suis loco et tempore. Testigos Antonio Gomez de Segovia, Anton Gomez, Juan de Contreras, racioneros". A.C.T. Actas Cap. I, f. 89r.

²⁸⁷ A.C.T. X.11.C.1.1. (1266, marzo, 15, Toledo).

De todas formas, pese a no ser muy amplio el periodo de tiempo que los dignidades y canónigos tenían que pasar en el templo para percibir íntegramente su vestuario, hay muchos de ellos que no pueden cumplir con el plazo por estar atendiendo asuntos y tareas lejos de la ciudad. Los arzobispos y el propio cabildo fueron sensibles a esta posibilidad y reflejan en sus estatutos un amplio abanico de motivos justificados de ausencia que no comportan una penalización para quienes incurrieran en ellos. Aquí corresponde hablar de la enfermedad, la participación en peregrinaciones a lugares santos²⁸⁸, la realización de estudios fuera de Toledo, el desempeño de alguna legación en las cortes romana o regia para resolver diversas causas o litigios, el acompañar al prelado en sus viajes o visitas pastorales, la presencia en concilios o sínodos, el servicio al lado de príncipes y poderosos, y hasta el estar luchando frente a los moros²⁸⁹. Todos los que se encontraran en esta situación y hubieran recibido la correspondiente licencia del cabildo estaban dispensados de acudir a la catedral en los plazos citados, ya que la importancia de sus ocupaciones compensaba su alejamiento del templo y de la ciudad.

Había aún causas más especiales como la del destierro o expulsión de los capitulares, circunstancia frecuente en un siglo tan conflictivo como el XV, hasta el punto de que algunos estatutos inciden directamente en el tema de los desterrados y de lo que les corresponde percibir. La corporación es solidaria con sus compañeros expulsos y así lo manifiesta con la concesión de percepciones y cantidades en muy diversos momentos como

²⁸⁸ Don Sancho de Aragón habló claramente en el siglo XIII de la exclusión de la norma para los enfermos, los débiles y aquellos que deban peregrinar a Santa María de Rocamador o a Santiago (A.C.T. X.11.C.1.1. y B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r).

²⁸⁹ Así lo dispuso el papa Honorio III el 29 de octubre de 1226 a petición de don Rodrigo Jiménez de Rada, que solicita dispense de la residencia a aquellos canónigos y racioneros que vayan en el ejército cristiano contra los moros, pudiendo percibir íntegramente los frutos de sus beneficios como si residieran personalmente. A.C.T. X.11.C.1.7.

atestiguan las actas. Más explícita aún es una constitución que, aunque desborda el periodo aquí analizado, recoge muy bien toda la realidad vivida por el cabildo con anterioridad. Nos referimos al estatuto dado por la corporación el 15 de abril de 1506 en el que acuerda apoyar a aquellos beneficiados apartados del servicio de la Iglesia, especialmente a los que lo han sido sin culpa y "por causa y negocio concerniente a la dicha Yglesia", en cuyo caso sera tenido por presente en la misma y podrá gozar de todos los frutos de su prebenda como si hiciera su residencia personal²⁹⁰. A todo ello habremos de volver a referirnos cuando analicemos la implicación de los capitulares en los disturbios políticos del siglo XV.

La posibilidad de ausentarse de la catedral por cualquiera de las razones citadas pasaba, no obstante, por recibir la correspondiente licencia del cabildo, que previamente discutía en sesión capitular sobre la conveniencia de concederla, de la misma manera que sucedía con las moratorias. Por lo general, el cabildo es bastante benévolo con las solicitudes de sus compañeros y concede su gracia, pero, en otras, se muestra inflexible si considera que el peticionario no es merecedor de dispensación alguna²⁹¹. Tampoco había licencia para ausencias de cualquier tipo a los prebendados de nuevo ingreso, ya que éstos debían cumplir con su residencia íntegra y personal durante el primer año de disfrutar de su prebenda. Ni siquiera los estudiantes estaban disculpados²⁹².

Sacando estas excepciones, la autorización capitular era frecuente y, una vez concedida, el prebendado quedaba liberado de la obligación y podía

²⁹⁰ B.N. Mss. 6260, f. 42r-v.

²⁹¹ Eso sucedió en 1467 cuando el cabildo, tras votación de sus miembros, se niega a eximir al deán, maestro Francisco, que está ausente y del que dicen no debe gozar de las constituciones que permitían percibir frutos en ausencia. A.C.T. Actas Cap. I, f. 7v y 9v.

²⁹² B.N. Mss. 13041, f. 15r y B.N. Mss. 6260, f. 19r: "Canonicis ad portionariis de novo receptis quorum vita et conversacion est nobis penitus ignota cundi ad studium licencçia denegetur quosque per annum residentiam feçerint personalem ut de unoquoque deçerni valeat studio vel chori serviçio aptiorum habeat".

ausentarse o retrasar la presentación de sus credenciales sin que ello le penara con la privación de su parte correspondiente de los vestuarios. Ahora bien, algunas letras apostólicas otorgadas en el siglo XV por Martín V y Sixto IV en 1421²⁹³ y 1488²⁹⁴, respectivamente, recuerdan que los canónigos no residentes en Toledo, aunque tengan autorización, se contenten con una percepción anual no superior a 60 florines de Aragón. Los estatutos capitulares se harán rápidamente eco de la medida papal y, sin privar a los ausentes de su parte de los vestuarios, no les retribuyen "su vestuario entero como los canónigos que residen", por lo que ya en 1433²⁹⁵ les otorgan una cantidad fija que se sitúa en los citados 60 florines, que a fines del XV suponían 15.900 mrs., cantidad nada desdeñable²⁹⁶. La medida tendrá gran eco entre los capitulares y, como dijimos al analizar las provisiones, uno de los primeros compromisos que adquieren los canónigos al recibir su prebenda es jurar que no percibirán ni pretenderán percibir más cantidad que los 60 florines. Una vez realizada la distribución de los frutos de los vestuarios entre los ausentes autorizados, la cantidad restante se repartiría entre aquellos que hubieran hecho su residencia personal. Además, de ese remanente se apartarían 18.000 mrs. que serían distribuidos, a razón de 6.000 mrs. en cada uno, entre los asistentes a los tres cabildos especiales que sobre el tema de los vestuarios se celebraban en el templo entre Todos Santos y Navidad²⁹⁷.

Así pues, los incentivos económicos para propiciar la presencia de los capitulares en el templo fueron de gran peso, pero aún así, nunca era elevado el número de los que coincidían en el mismo. Entre las ausencias

²⁹³ A.C.T. X.11.C.1.8. (1421, septiembre, 9, Roma).

²⁹⁴ A.C.T. X.11.C.1.10. (1480, octubre, 27, Roma).

²⁹⁵ B.N. Mss. 6260, f.30v-31r.

²⁹⁶ Un florín equivalía a 265 mrs. a partir de 1480 como ha puesto de manifiesto M.A. Ladero Quesada, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982, págs. 118 y 193.

²⁹⁷ B.N. Mss. 6260, f. 31v-32r.

permitidas y los escasos dos o tres meses de obligada residencia, eran nulas las ocasiones en que concurrían los cuarenta canónigos. Como se puso de manifiesto en el apartado anterior al analizar las distintas modalidades de sesiones o cabildos, sólo en algunas ocasiones especiales el número de asistentes superaba los veinte. Lo habitual era que la cifra de los que venían a coincidir en la catedral fuera menor, dándose casos extremos en los que el número era mínimo, tal como se refleja en el acto capitular celebrado el 12 de abril de 1468 en el que se menciona sólo a cuatro canónigos presentes "que no estaban otros en la dicha eglesia"²⁹⁸. Los propios arzobispos hicieron pública su preocupación por el absentismo que, a pesar de las medidas dispuestas, afectaba a la corporación, circunstancia que iba en detrimento del obsequio y servicio que había de darse a la Iglesia, como bien señaló en su estatuto de 1433 don Juan Martínez de Contreras²⁹⁹.

La solicitud de los prelados les llevó incluso a prever una contingencia que podía producirse y afectar negativamente a algunos capitulares y, en consecuencia, a la propia corporación. Nos referimos a la posibilidad de que un canónigo falleciera antes de completar los plazos de su residencia, lo cual planteaba la duda de qué hacer con lo que le correspondía en concepto de vestuario. Los prelados fueron sensibles con el tema desde el siglo XIII y ya Jiménez de Rada dispuso en 1247 que cuando una dignidad o canónigo que hubiera hecho residencia continua desde San Miguel a Todos Santos falleciera después de esta festividad, tendría derecho a percibir la porción íntegra del vestuario que le correspondía; aunque no se hubiera completado la totalidad de la residencia. Se pretende así que sus herederos, ya fueran familiares o el propio cabildo, pudieran con ese dinero

²⁹⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 15v.

²⁹⁹ B.C.T. MS 23-17, f. 34v-35v ó B.N. Mss. 6260, f. 30v-31r: "[...] contingit interdum vix viginti in tam solemni et amplissimo nominatissimo templo canonicos reperiri presentes qui solvant altissimo obsequia debita et prosequant que oportuna eidem ecclesie negotia sum".

pagar los gastos del entierro, satisfacer deudas si las hubiere, gratificar a sirvientes y fundar un aniversario³⁰⁰. En 1275 don Sancho de Aragón ratificará la medida y ampliará la licitud de percibir el vestuario a su parte en las tercias y en las primicias de corderos, queso y lana que se cobraban en el arcedianato de Toledo³⁰¹. Esta disposición será confirmada por posteriores preladados³⁰² y aún a principios del siglo XVI será ratificada por la propia corporación catedralicia, sensible a la fragilidad de la vida que "cada día vemos se disminuye con las flaquezas de la naturaleza humana"³⁰³.

4.6.2.- Residencia diaria

La obligación de hacer su residencia personal que recaía sobre los beneficiados toledanos no era algo puramente teórico, sino que, por el contrario, tenía una concreción y una aplicación práctica muy clara: la asistencia a los diferentes actos corales y demás oficios litúrgicos que se celebraban diariamente en la catedral, participando en los mismos de forma conveniente y cumpliendo con las funciones que cada uno tenía asignadas por razón de su cargo. Evidentemente, la posibilidad de llevar a cabo esta impresionante cantidad de oficios religiosos pasaba por el concurso de todos aquellos beneficiados que "tienen en esta cibdad su habitacion y resydenia" y quisieran ser tenidos por "presentes e interessentes"³⁰⁴. Por eso, aquí los implicados no eran exclusivamente las dignidades y los canónigos, sino

³⁰⁰ A.C.T. X.10.B.1.1. (1247, enero, 6, Santorcaz).

³⁰¹ A.C.T. A.12.A.1.10. (1275, junio, 1, Toledo).

³⁰² Don Gonzalo García Gudiel lo hará el 25 de mayo de 1291 (A.C.T. X.11.C.1.3.) y don Gonzalo Díaz Palomeque el 23 de octubre de 1307 (A.C.T. X.11.C.1.2.).

³⁰³ B.N. MS 6260, f. 53v-54v. (1507, septiembre, 27).

³⁰⁴ Estas expresiones son la que más se repiten en toda la documentación que habla de estos temas para referirse a los beneficiados que han cumplido su residencia en la forma debida.

también el resto del personal catedralicio, racioneros, capellanes y hasta, en algunos momentos, los clerizones.

No obstante, ya se ha apuntado que ninguno de estos sectores ponía excesivo celo en el desempeño de sus tareas y, por ello, desde las primeras constituciones dadas al cabildo, diferentes prelados decidieron gratificar su presencia en los oficios y misas con la concesión de determinados ingresos, a fin de proporcionarles un incentivo y desterrar la relajación y negligencia con que algunos se conducían. Nacen así, por citar sólo las partidas más destacadas, las *distribuciones cotidianas*, las *caridades*, o las *ausencias*, que deben precisamente su nombre a que eran la cantidad correspondiente a los vestuarios que no ganaban los capitulares irresidentes, distribuida entre los asistentes a las tres solemnidades mayores del templo³⁰⁵.

Todas ellas cumplían un papel muy claro en este complejo entramado de la residencia, ya que eran la compensación económica que los beneficiados obtenían por cumplir sus labores litúrgicas en la catedral. De la misma manera que los vestuarios gratifican de manera genérica a los más selectos miembros del clero catedralicio por cubrir los meses de obligada residencia anual, estas otras partidas de ingresos, más modestas pero continuadas, les gratifican a ellos y al resto de clérigos del templo por decir a diario las horas, misas, responsos y demás oficios que exigía el complicado culto catedralicio.

A fin de que esas compensaciones económicas pudieran ser distribuidas entre los beneficiados residentes era fundamental que el partidador tuviera cuidado de que se apuntara diariamente en un libro el nombre de los asistentes a las diferentes horas y celebraciones, poniendo gran celo en ello para no perjudicar a nadie. Nacen así los diferentes Libros de Caridades, Vestuarios, Gallinas, Granero, de cuya importancia para el investigador ya

³⁰⁵ Recordamos aquí lo que con mayor extensión se explicó en el capítulo correspondiente del estudio.

hemos dejado constancia.

Las líneas generales de la residencia anual y la diaria son, como vemos muy similares, variando sólo los destinatarios de las mismas y el nombre y cuantía de las rentas que se repartían al cumplir una u otra. Las semejanzas no dejaban de afectar también a las licencias y dispensas que el cabildo otorgaba a aquellos que tenían que ausentarse del templo por causa justificada. Las actas recogen numerosas concesiones de "días de recreación", ya que la normativa capitular permitía solicitar cuarenta días en cada tercio de año para ausentarse a aquellos que debieran atender negocios varios, periodo en el que serían anotados en el "libro calendario" de la misma manera que si estuvieran presentes y podrían seguir gozando de sus ingresos³⁰⁶. Los citados cuarenta días debían tomarse "suçesyvamente e no interpolados"³⁰⁷, y los solicitantes debían jurar "sobre la sennal de la crus que era e es esta la verdat", es decir que el motivo real y no otro era aquel para el que se impetraba la gracia y, si así lo consideraba, el cabildo no tenía ningún reparo en otorgarla.

Esta es la razón de que se concedieran licencias para "irse a ordenar"³⁰⁸, "yr a Roma por causa de ganar las indulgencias del jubileo"³⁰⁹, visitar el Santo Sepulcro de Jerusalén³¹⁰, "ir a recrear para

³⁰⁶ La solicitud de estos cuarenta días cada tercio de año no estaba vedada a aquellos que estuvieran ausentes de la ciudad atendiendo sus asuntos. Por el contrario, un acuerdo capitular del 10 de noviembre de 1490 determina que "sy qualquier canonigo o raçionero desta sancta yglesia se hallara fuera de aquy e se açercara el terçio venydero, que pueda tomar los días que segund se acostumbra se toman dende do estoviere, aunque no este presente a los tomar el primer día del terçio". A.C.T. Actas Cap. II, f. 10v.

³⁰⁷ A.C.T. Actas Cap. II, f. 57v. (1493, nov, 8).

³⁰⁸ "En diez de septiembre de 1490, estando los sennores dean e cabildo juntos capitularmente ayuntados, mandaron dar los dias de gracia que se acostumbra dar a los que van a ordenar a Alonso de Gasco, raçionero, e mandaronlo notificar al presydenete". A.C.T. Actas Cap. II, f. 7r.

³⁰⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 81r. (1475, agosto, 26).

³¹⁰ El 8 de enero de 1472 dan su licencia al racionero Alonso Martínez de Fontona para tal fin. A.C.T. Actas Cap. I, f. 43r.

recobrar su salud"³¹¹, entre otros casos. No sucedía lo mismo con aquellos que pretenden ausentarse durante los días en que había de conmemorarse en la catedral algún aniversario solemne por los difuntos, mucho menos si se decían las exequias por el arzobispo o algún gran personaje, ya que era necesaria la presencia de todos los beneficiados para dar un signo más majestuoso a la celebración. Sólo quedaban eximidos de acudir los ausentes de la ciudad, pero los que allí estuvieren deberían estar presentes para "honrrar e accompannar dichos ofiçios, salvo si tuvierén negoçio alguno en serviçio de la eglesia"³¹².

En ocasiones, los motivos de ausencia eran fruto de contingencias difíciles de prever, como las epidemias o pestilencias que en la década de los 80, especialmente en 1488, se desencadenaron por la ciudad afectando claramente a la vida de sus habitantes y, como no, al clero adscrito a la catedral. Cualquiera de estas enfermedades llevaba a los prebendados a salir de la ciudad buscando lugares más saludables en los que estar a salvo del contagio, pero ello tenía dos serios inconvenientes. Uno para el templo, ya que impedía la buena marcha de las celebraciones cultuales por falta de personal y el desarrollo de las reuniones del cabildo³¹³. El otro problema lo tenían los propios capitulares, que perdían sus emolumentos al abandonar la ciudad y no cumplir con la residencia.

La gravedad de la situación llevó al cabildo a disponer el 21 de octubre de 1488 un ordenamiento en el que parte de la base de que "quando acaesçiere esta çibdad estar infiçionado de morbo contagioso pestilencial", los capitulares "avemos por cosa conveniente fuyr desta yra corporalmente,

³¹¹ El 15 de junio de 1476 se concede licencia durante quince días al canónigo Gonzalo del Prado, arcediano de Alcaraz para curar su enfermedad, siendo considerado durante ese plazo como si personalmente residiese en la Iglesia. A.C.T. Actas Cap. I, f. 87r.

³¹² A.C.T. Actas Cap. I, f. 106v. (1479, junio, 8).

³¹³ Frente a los detalles que ofrecen las Actas para otros años, entre 1483 y 1488 las noticias son mínimas, apenas hay reuniones y entre los escasos asuntos tratados sólo están los nombramientos de visitadores para las capillas. A.C.T. Actas Cap. I, f. 118v-122r.

conviene a saber, apartandonos de los lugares pestíferos a los sanos por guardar la vida del cuerpo". El estatuto decide que esta actitud puedan tomarla sin que ello suponga un menoscabo para sus ingresos, ya que, excepto las distribuciones cotidianas, podrán percibirlos todos como si hiciesen su residencia personal, entendiéndose que la seguían haciendo en la iglesia o parroquia del lugar al que se han retirado. Igualmente, los capellanes recibirían sus "pitanças" siempre que el cura de la iglesia donde estuviere diera fe de que decían en ésta las misas y aniversarios que tenían asignados³¹⁴.

La duración de esta situación excepcional se extendería hasta que los canónigos que se hubieran quedado en la catedral decidieran que "los absentes devan bolver a residir en esta dicha sancta yglesia" por darse las condiciones oportunas. Entonces, mandarían aviso a los ausentes de que debían regresar en el plazo máximo de treinta días. Aquí es donde venían los problemas, porque resultaba difícil que los huidos quisieran retornar a sus obligaciones en Toledo, donde seguía el temor a la enfermedad y el control sobre sus acciones y personas era mayor. Esta irregularidad obligó a los pocos canónigos que seguían en su puesto a dedicar muchas reuniones desde noviembre de 1488 hasta la primavera siguiente, a lo largo de las cuales no hacen sino reiterar a sus compañeros la necesidad de que regresaran en los más breves plazos so pena de perder las ventajas que el ordenamiento les otorgaba y, por tanto, sus retribuciones, que volverían al refitor³¹⁵.

En mayo de 1489 ya habían retornado bastantes prebendados, pero todavía quedaban muchos "que estaban derramados e apartados en diversos

³¹⁴ La constitución se recoge en un cuadernillo suelto que se guarda al principio del tomo I de las Actas Capitulares.

³¹⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 121v y 122r.

logares"³¹⁶. El cabildo se encuentra ante una situación difícil y decide convocar una reunión antes de la próxima festividad de San Juan en algún monasterio cercano a la ciudad en la que dos de los canónigos presentes y dos de los ausentes traten de dar una solución al problema. La reunión se retrasó hasta el 19 de junio en que, congregados en la huerta de Santa Ana, cerca de la ciudad, los cuatro canónigos acuerdan ampliar a los ausentes el plazo para regresar a la ciudad hasta finales de agosto y, si pasado el mismo "la dicha çibdat no se mejorase e estovyese sana y durase la ducha pestilencia", puedan tomar los cuarenta días de recreación que les correspondían del tercio de septiembre y prorrogar su estancia por un tiempo más sin perder sus retribuciones³¹⁷. Eso sí, el cabildo solicita y consigue que quienes se quedasen en la ciudad "ganassen las distribuçiones dobladas", porque "estaban en el mayor peligro" y tenían más trabajo. Esta es la última referencia que encontramos sobre el tema, por lo que hay que suponer que el retorno de los temerosos beneficiados se iría produciendo paulatinamente a lo largo de dicho año.

Otro importante impedimento para cumplir con la residencia y las obligaciones corales de los capitulares era la posesión por ellos de otros beneficios curados o servideros al margen de la catedral. Como en otros lugares señalamos, esta acumulación beneficiar fue objeto de duras críticas por los arzobispos y trató de ser erradicada desde los primeros estatutos dados a la corporación, aunque con escaso éxito³¹⁸. Tan es así, que llegó un momento en que los prelados dejan de prohibirla y lo que intentan es, ya que han de convivir con ella, regular cómo se podían compatibilizar estos beneficios con los catedralicios, que tendrían, lógicamente, un papel

³¹⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 123r.

³¹⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 123v-124r.

³¹⁸ Remitimos a lo expresado al analizar el tema de las provisiones.

preeminente³¹⁹. Siempre que hicieran servir a aquellos mediante vicarios o capellanes, podrían atender a sus obligaciones del templo primado, satisfacer la residencia y percibir los emolumentos pertinentes.

4.7.- FUNCIONES OCASIONALES DESEMPEÑADAS POR LOS CAPITULARES

El conjunto de competencias y obligaciones que acabamos de señalar eran las auténticamente definitivas de la condición y del quehacer de los canónigos toledanos, siendo desempeñadas por ellos de forma continuada durante el periodo en el que estaban en posesión de su prebenda. Ahora bien, a ellas hay que añadir otras tareas y responsabilidades que los capitulares ejercieron de forma eventual, casi siempre por breves espacios de tiempo, pero igualmente necesarias para desarrollar las iniciativas del templo primado.

En efecto, eran tantos los frentes que tenía abiertos el cabildo y tan numerosas las actividades planteadas por la corporación, que requerían, además de la contratación de los oficiales y servidores que veíamos en un capítulo precedente, la colaboración de todos sus miembros para conseguir los fines deseados. Además, era lógico que determinadas labores de supervisión y vigilancia o misiones diplomáticas delicadas quedaran en manos de los propios canónigos -a veces de racioneros- que, como miembros destacados de la vida catedralicia, eran quienes más interés podrían tener en que todo se realizase en la forma que más beneficiase a la institución.

Las tareas encomendadas a canónigos y racioneros eran de índole variada, más cerca de lo administrativo o diplomático que de los cometidos

³¹⁹ Así lo hará en 1351 don Gonzalo de Aguilar. A.C.T. I.6.B.1.15.

litúrgicos característicos de su quehacer diario, pues múltiples eran también los asuntos que el cabildo debía atender para mantener el nivel que ocupaba entre el conjunto de corporaciones hispanas. En los correspondientes apartados del trabajo iremos desgranando las características concretas de cada uno de estos cargos, limitándonos ahora a consignar su existencia de forma genérica.

* Como una de las principales funciones a desarrollar por los capitulares acabamos de señalar las relacionadas con la *administración económica* del sólido patrimonio de la mesa del refectorio y de la Obra, en las que se incluían los cargos de refectorio, obrero, mayordomos, contadores o partidor, todos de gran relevancia para mantener el volumen de ingresos de la institución.

* Numerosas son las ocasiones en que encontramos a los capitulares actuando como *procuradores* y *embajadores* del cabildo en asuntos y causas abiertas ante instancias y personas diversas. Los Libros de Actas recogen múltiples mandamientos y comisiones para que algún canónigo o racionero acudiera a la Corte romana, a la corte "del Rey e la Reyna, nuestros señores"³²⁰, ante el arzobispo³²¹, a determinados sínodos y concilios en representación de todo el cabildo³²², al concejo y ayuntamiento de la

³²⁰ El 13 de noviembre de 1482 se concede licencia al maestro de Préjamo, canónigo, que ha sido llamado por los reyes "para entender en el caso de la indulgencia de la cruzada". A.C.T. Actas Cap. I, f. 118v.

³²¹ Muchas son las ocasiones en que los capitulares, ante las frecuentes ausencias de los arzobispos, han de viajar para reunirse con ellos y presentarles sus peticiones. Así sucede, por ejemplo, el 16 de agosto de 1476, en que se diputa a Diego de Villaminaya, capellán mayor, y al licenciado Gonzalo Fernández de Alcalá para ir a la villa de Alcalá a tratar con el arzobispo Carrillo diversos asuntos relacionados con la Iglesia de Toledo, "especialmente con el reparo della". (A.C.T. Actas Cap. I, f. 88r).

³²² A.C.T. Actas Cap. I, f. 115v. (1481, abril, 10). En esa fecha los señores diputan a Juan de Morales, arcediano de Guadalajara y al licenciado García Fernández de Alcalá, ambos canónigos, para "enbiar a la congregacion del sinodo a la villa de Alcala este presente anno". Con anterioridad, el 13 de octubre de 1473, habían enviado a Luis Daza, capellán mayor, y Marcos Díaz de Mondéjar a la Congregación de Aranda de Duero (A.C.T. Actas Cap. I, f. 62v).

ciudad de Toledo, entre otros. Los asuntos a tratar con estas autoridades son de lo más variado, desde problemas para cobrar la herencia de algún capitular fallecido a injurias cometidas contra la Iglesia y sus representantes, pasando por las desavenencias surgidas entre canónigos por determinadas provisiones. A veces, son misiones tan especiales como la de acompañar a los "ornamentos negros a Madrit" para las exequias de Enrique IV, cuidando de su seguridad e integridad³²³. En todos los casos, a los responsables de culminar estas actuaciones se les exige conducirse con cautela, discreción y no traicionar la confianza que se ha puesto en ellos.

* Otra de las más habituales funciones de los capitulares era la *visitación de las numerosas capillas* existentes en el templo; los canónigos debían asegurarse de que los capellanes cumplían sus funciones acertadamente, de que las capillas estaban limpias y sus ornamentos dispuestos. Los visitantes actuaban siempre de dos en dos y realmente su papel supervisor era muy importante, pues hasta en años en los que, como dijimos, las referencias de las actas son mínimas con ocasión de la peste, se recogen de manera casi única sus nombramientos para inspeccionar las distintas capillas del templo. No sólo las capillas quedaban bajo la estricta vigilancia de los componentes del cabildo, también la conducta de otros beneficiados, los objetos litúrgicos custodiados en el templo, la actuación de los clerizos, la enseñanza que se prestaba en la escuela, las posesiones de la iglesia; muy pocas eran, como vemos, las parcelas ajenas a la labor inspectora de los visitantes.

* De manera particular, el cabildo había de cuidarse de la administración de dos de las principales *capillas* del templo primado, las de *San Blas* y *San Pedro*, por decisión de sus fundadores, los arzobispos Pedro Tenorio y Sancho de Rojas, respectivamente. A consecuencia de ello, no

³²³ A.C.T. Actas Cap. I, f. 74v. (1474, diciembre, 16).

sólo debía designar visitadores para ellas, sino también sendos administradores de los bienes y rentas con los que se pagarían el salario de los capellanes, los reparos de los ornamentos y todos los gastos necesarios. Tales administradores eran elegidos entre los canónigos en un principio de forma vitalicia -"ad vitam o por luengo tiempo"- pero, poco a poco, el plazo se va reduciendo de tres a dos y, por fin, a un año, a fin de evitar irregularidades y perjuicios en las rentas³²⁴. De todas estas funciones ha quedado constancia en las Actas, muchas de cuyas sesiones se dedican a ordenar el funcionamiento de estos recintos catedralicios y, por supuesto, en el Archivo de Obra y Fábrica, que conserva diversos inventarios y libros de cuentas entre los siglos XIV al XIX³²⁵.

* Tampoco era infrecuente encontrar a miembros del cabildo al frente de determinadas *iniciativas benéfico-asistenciales* de la ciudad de Toledo, apoyadas desde el templo y sobre las que el cabildo ejercía una función de patronazgo: el Hospital de la Misericordia, el Hospital del Nuncio y el Hospital de Santa Cruz. Independientemente de las particularidades de cada centro, que serán expuestas más adelante, un visitador designado por el cabildo debía velar por que las mandas de los fundadores se cumplieran de forma conveniente y no disminuyeran ni las rentas dispuestas para el mantenimiento de los edificios ni el cuidado preferente a los enfermos. Esta tarea se completaba con el papel que realizaban los limosneros que cuidaban de mantener el arca de la limosna de pan que se repartía en el claustro de la catedral diariamente y los encargados de procurar sustento a los niños recién nacidos que eran abandonados con harta frecuencia en una piedra situada en el interior del templo catedralicio.

³²⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 97v-98r (1477, octubre, 14) y f. 124v (1489, agosto, 14); Actas Cap. II, f. 11v (1490, diciembre, 20).

³²⁵ C. Torroja Menéndez, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977, págs. 58-75.

Los canónigos ocupados en estas tareas tenían en su mano toda la autoridad del cabildo para cumplir con dos de las iniciativas benéficas más populares de Toledo.

* Cambiando de orientación, también correspondía a algún canónigo diputado por el cabildo desempeñar la función de *"guarda de la librería"*, de gran importancia desde que la biblioteca del cabildo se enriqueció con donaciones y compras que hicieron de ella una de las más apreciadas de los reinos hispanos. En un principio era el tesorero el que se cuidaba de los libros pero desde el siglo XIV será el bibliotecario el encargado de mantener limpio el recinto, evitar la pérdida de libros y controlar el acceso de los estudiosos³²⁶.

El nombramiento para desempeñar cualquiera de estas tareas lo realizaba el cabildo reunido en asamblea y el elegido se veía obligado a aceptar si quería evitar verse privado de los ingresos de su prebenda y hasta de ser expulsado del coro, como sucedía con el obrero. Así lo reflejan cuantas actas de reuniones se han conservado referidas a alguna de estas elecciones. La reiteración en todas ellas de que los nominados no podían negarse a aceptar el puesto sin causa justificada para ello parece indicar que habría algunas resistencias para ocuparlos. Sólo tenemos constancia expresa de ellas en el caso del refitor, debido, como ya dijimos, a la desagradable labor de fiscalización que tenía que realizar sobre sus propios compañeros.

Generalmente, la designación se hacía por el plazo de un año, durante el cual el elegido, siempre una persona idónea, suficiente y de probada virtud, que juraba solemnemente su cargo ante el cabildo, debía comprometerse a cumplir fielmente con sus respectivos cometidos so pena, si actuaba con negligencia, de la pérdida de las correspondientes distribuciones, caridades y demás ingresos. En todos los casos se les insta

³²⁶ En el apartado que dedicamos a la labor cultural del cabildo ofrecemos información sobre la biblioteca del cabildo y los encargados de su mantenimiento.

a presentar los resultados y el remate de su gestión en un Libro en el que se anotarían todo los movimientos económicos y de otra índole que se produjeran en el desempeño de su función. Estos inventarios, muy útiles para el investigador actual cuando se han conservado, servían de guía a su sucesor en el cargo, a quien debían entregarlos cuando se producía el correspondiente relevo.

A cambio de estas tareas, los elegidos recibían un salario que venía a añadirse al importante volumen de ingresos que por varios conceptos llegaban a manos de los capitulares. Dicho salario, pagadero de los bienes del refectorio o de la Obra, variaba según el puesto y la función a desempeñar. Pondremos algunos ejemplos de lo que les era retribuido a los canónigos encargados de algunos de estos menesteres en el periodo que va de 1490 a 1495:

Entre los mejor pagados estaban el puesto de refectorio, que percibía 49.500 mrs.³²⁷ y el obrero con 30.210 mrs.; a mucha distancia se situaban los visitantes de la Obra que perciben 7.950 mrs. cada uno³²⁸, el encargado de la librería con 6.000 mrs.³²⁹ y el administrador de la capilla de San Pedro con 5.000 mrs. y 4 pares de gallinas³³⁰; en un plano inferior, el encargado de velar por los "ninos de la piedra" percibiría 3.000 mrs.³³¹, el limosnero 2.000 mrs.³³², y el visitador del Hospital del Nuncio, 1.500 mrs. Por su parte, los visitantes de las capillas recibían del

³²⁷ A.C.T. Actas Cap. II, f. 14r-v. (1491, febrero, 10)

³²⁸ Ambas cifras se recogen en el estatuto de la Obra dado por Mendoza en 1490, (B.N. Mss. 6260, f. 51v). Los salarios los cobrarían por tercios de año de las rentas de la Obra y estarían expresadas en florines de Aragón (114 para el obrero y 30 para cada uno de los visitantes). La equivalencia del florín es de 265 mrs. desde 1480, como dijimos más arriba.

³²⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 84r. (1495, julio, 13)

³³⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 68r. (1494, noviembre, 5).

³³¹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 25v. (1491, abril, 8)

³³² A.C.T. V.3.B.1.1. Acta fundacional del Arca de Limosna (1490)

partidor un par de gallinas por su labor inspectora o, en su defecto, 30 mrs³³³. Interesante es conocer el salario que se daba a los procuradores enviados a cumplimentar alguna misión fuera de Toledo en servicio de la propia Iglesia. En este caso la retribución variaba en función de la categoría del que realizara la tarea: así, la dignidad percibía 200 mrs. diarios, el canónigo 150 y racioneros y capellanes 150 y 75 mrs., respectivamente³³⁴.

Queda claro cuáles eran las funciones más relevantes para la corporación, sin duda, las de índole económica, ya que sobre ellas descansan todas las demás. Así se explica lo desproporcionado de los salarios percibidos por el refitor o el obrero, muy superiores a los de otros compañeros.

³³³ A.C.T. Actas Cap. I, f. 9v. (1467, sept., 25).

³³⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 117r. (1482, enero, 17).



CAPÍTULO QUINTO

PROYECCIÓN EXTERIOR DEL CABILDO



Hasta el momento hemos dado preferencia en nuestro estudio a analizar el funcionamiento interno de la catedral y de la institución capitular, pero hay otra serie de facetas en la misma que dicen mucho de su verdadero alcance e influencia social. En efecto, los cabildos catedralicios no eran organismos aislados y cerrados en sí mismos, sino que participaban y se contagiaban de la realidad que les rodeaba, circunstancia que les llevaba a relacionarse con diferentes instituciones, a tomar conciencia de los problemas y necesidades de su entorno y, en definitiva, a comunicarse con el mundo que bullía más allá de los cada vez más ornamentados muros de las catedrales que los cobijaban.

El cabildo toledano no fue una excepción y varios planos reflejan claramente cómo fueron sus relaciones con el exterior y la impronta que dejaba en la vida de la ciudad: el *político*, que involucra a la corporación y sus miembros en el complejo entramado de acontecimientos del siglo XV; el *religioso*, al garantizar a los fieles los servicios litúrgicos y las celebraciones propias de la fe que profesaban; el *benéfico-asistencial*, con el que la corporación intenta remediar en lo posible la realidad de pobreza y marginación que sufre parte de la sociedad; y, por último, el *cultural*, ya

que el cabildo participó desde un principio en la labor educativa de sus miembros y fue un punto obligado de referencia en la vida intelectual toledana.

Todas estas actuaciones que, como vemos, proyectan a la institución hacia el exterior y tienen como destinatarios a personas no necesariamente pertenecientes al mundo catedralicio, son el puente que permite al cabildo salir de sus límites y tomar contacto con muy diferentes sectores e instancias de su entorno. En las siguientes páginas analizaremos cada uno de estos cauces y vías por las que la población, fundamentalmente de la ciudad de Toledo, pero también de otros lugares cercanos, entraba en contacto con el templo primado y con el amplio y jerarquizado conjunto de personas que hacían realidad todas sus iniciativas.

5.1.- PROTAGONISMO POLÍTICO

Cuanto llevamos dicho a cerca del cabildo a lo largo del trabajo, pone de manifiesto su significativo peso, como institución, en el conjunto de la ciudad de Toledo, así como la destacada posición social de buena parte de sus miembros, muchos de los cuales pertenecían a influyentes familias locales. De ahí que no pueda obviarse su participación en los complejos acontecimientos que se suscitaron en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XV, fundamentalmente en el reinado de Enrique IV. Los prebendados, en especial dignidades y canónigos, no podrían sustraerse al ambiente general de crisis y revuelta y, a veces, comandando personalmente algunos levantamientos, otras sufriendo las consecuencia de los mismos, no renuncian a dejar su impronta en muchos conflictos.

5.1.1.- El cabildo en los disturbios ciudadanos del siglo XV

Como ya señalábamos en el capítulo introductorio a este estudio, la segunda mitad del siglo XV fue pródiga en acontecimientos tumultuosos, desórdenes y motines en la ciudad de Toledo, preferentemente durante el reinado de Enrique IV. Lógicamente, una institución tan poderosa como la catedral y el conjunto de sus clérigos no podía quedarse al margen, máxime cuando su último responsable, el arzobispo Alfonso Carrillo, fue el instigador, si no el protagonista, de muchas de las revueltas. Es por ello que, tanto el propio edificio catedralicio -escenario de enfrentamientos, refugio de rebeldes y poseedor de la campana desde la que se convocaba a la población- como los canónigos y racioneros del templo, se vieron involucrados voluntaria o involuntariamente en los conflictos del periodo y aparecieron alineados en uno u otro de los bandos enfrentados.

Las actas que ponían por escrito los acuerdos de las reuniones del cabildo así lo manifiestan. El volumen de sesiones capitulares dedicadas a dirimir las querellas y conflictos suscitados entre los años 1467-1472 es enorme y contrasta con la práctica inexistencia de noticias de esta índole a partir de los años ochenta, coincidiendo con un periodo de mayor estabilidad. Así, la documentación capitular se convierte en un claro testigo de la vida, no sólo del cabildo, sino también de la ciudad en esos difíciles años y es fiel reflejo de la alteración que tanto conflicto llevó al aparente equilibrio y a la rutinaria cadencia con que transcurrían los días en el templo primado¹. La catedral no improvisa sus comportamientos, reglamenta todos

¹ De todas formas, estas referencias son a veces poco explícitas, no llegan al fondo de los fenómenos y, por ello, es obligado completar sus datos con los testimonios recogidos en las distintas crónicas e historias de Toledo que ya consignamos al analizar el contexto político, económico, social y religioso en el que se movió la vida de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XV.

sus actos, especialmente los relacionados con la vida litúrgica, y, sin embargo, tuvo que adaptarse con rapidez a las circunstancias que le dictaba la actualidad vivida por la ciudad que la albergaba.

Ya en 1449, el levantamiento de Pero Sarmiento tuvo su reflejo en el mundo catedralicio. Recordamos que este conflicto nace en un principio como reacción ciudadana ante el nuevo empréstito solicitado a principios de año por Alvaro de Luna para satisfacer los gastos de la guerra, pero tras la intervención al lado de los rebeldes del alcalde mayor, Pero Sarmiento, dará un giro imprevisto haciendo centro de sus iras al floreciente sector converso de la ciudad. Desde un primer momento los sublevados contra el condestable y el converso encargado de la recaudación, el tesorero del Ayuntamiento Alonso de Cota, entraron en la catedral y ocuparon su torre, e incluso algunos cronistas, como Pedro de Alcocer, afirman equivocadamente que los alborotadores tomaron represalias contra las estatuas de don Álvaro y su mujer dispuestas para ser colocadas en sus sepulcros y "con poco acatamiento y reverencia de tan sancto lugar quebrantaron dos bultos ricos e sumptuosos que estaban en la capilla de Santiago"².

La década de los años 60 fue especialmente dura para la ciudad y, desde luego, pródiga en complicaciones para el cabildo, que participó en muchos de los levantamientos. El primero en 1465 cuando, tras la farsa de Ávila, Toledo con su arzobispo y sus principales familias nobles se alza al lado del infante don Alfonso. Sólo un personaje toledano permanece junto al rey Enrique IV en unos momentos tan difíciles y éste es precisamente el deán de la catedral, don Francisco Fernández de Toledo. El porqué de esta actitud parece estar en el convencimiento por esta dignidad de que por malo

² Es Pedro de Alcocer el que nos narra este episodio, *Historya o descripcion de la Imperial Cibdad de Toledo*, Toledo, 1974 (ed. facsímil de la de 1554), f. 79v, al que no da crédito Eloy Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Toledo, 1961, pág. 36. Afirma éste que estas estatuas, de cobre o latón, habían sido ya desmontadas y fundidas en 1441 por orden del infante don Enrique.

que fuese el rey, sus súbditos no estaban autorizados a ir contra él ni a privarle del reino, salvo si incurriera en delito de herejía y ello fuese probado ante un juez. Así lo manifestaba don Francisco en los sermones que como deán le era dado pronunciar en la catedral y así nos lo cuenta Valera en su Memorial³. Por su parte, Alonso de Palencia apunta el dato de que el cambio de actitud del deán -en un principio alfonsino- se debió a los rumores que circulaban sobre la persecución que el nuevo rey estaba dispuesto a emprender contra los conversos, sector del que don Francisco formaba parte. Lo cierto es que este importante eclesiástico se convirtió, contra los intereses del arzobispo Carrillo, en el gran sostenedor del partido Enriqueño y parece que fue el propio Pedro González de Mendoza, a la sazón obispo de Calahorra, el que propuso a Enrique IV el nombre del deán para que refutara con sus escritos las opiniones de los rebeldes y defendiera su causa ante el papa Paulo II. Ello marca el comienzo de una carrera eclesiástica para don Francisco al más alto nivel en la que estuvo a punto de lograr el cardenalato, aunque se lo impidió su fallecimiento prematuro en 1476⁴.

Sin duda, uno de los peores momentos vividos por Toledo durante el reinado de Enrique IV fueron los desórdenes de julio de 1467, que enfrentaron a cristianos viejos y a conversos y llevaron a la ciudad a una situación de auténtico caos, con numerosos incendios, alborotos callejeros y, por supuesto, víctimas mortales. El episodio es uno más de los muchos que por entonces se suscitaban en diferentes ciudades castellanas manifestando el ambiente anticonverso que se iba adueñando de la población. Lo significativo para nuestro estudio es que el fenómeno se

³ D. Valera, *Memorial de diversas hazañas*, Madrid, 1941, pág. 38. Recoge estos hechos E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, págs. 90-91.

⁴ Sobre todos estos sucesos es interesante consultar el extenso trabajo de de B. Netanyahu, *Los orígenes de la Inquisición*, Barcelona, 1999, págs. 696-699.

suscitó precisamente en la catedral y es la narración que en una carta hizo el canónigo Pedro Gómez de Mesa lo que, amén de otras fuentes, nos permite conocer el desarrollo de los hechos⁵.

El origen del conflicto está en el domingo 19 de julio, cuando, después de celebrada la misa mayor en el altar del templo primado, se entabló una discusión al hacerse público desde el púlpito el entredicho impuesto a la ciudad de Toledo por su intromisión en el cobro de unas rentas en Maqueda, lugar perteneciente al señorío del cabildo. Quienes con más fuerza representan los intereses de la ciudad y se oponen a la medida capitular son los conversos, y es precisamente su participación lo que suscita un agravamiento de las relaciones con los cristianos viejos, que estallan el 22 de ese mes, día de la Magdalena, de ahí el nombre, "fuego de la Magdalena," con que se conoce a este incidente⁶. En el enfrentamiento no dejaron de estar presentes los dos bandos de mayor implantación local, los comandados por los Ayala y los Silva, que apoyaron a los cristianos viejos y a los conversos, respectivamente.

Los capitulares, que involuntariamente suscitan con su medida este serio alboroto, no podrán quedar al margen del conflicto, especialmente algunos de sus miembros. Además del decidido partido anticonverso que tomaron Fernando Pérez de Ayala y Juan Pérez de Triviño, las actas -de las que empezamos a tener noticias, precisamente, desde estas fechas- testimonian el caso de Fernando Gómez de Villarreal, canónigo y prior de

⁵ La misiva iba dirigida a un gran señor toledano proclive al partido de los cristianos viejos. El texto de la misma se ha publicado en A. Martín Gamero, *Historia de la Ciudad de Toledo, sus claros varones, sus monumentos*, Toledo, 1979 (ed. facsímil de la de 1862), págs. 1040-1045. De todo ello dan abundantes referencias P. de Alcocer, *Ob. cit.*, f. 86r, E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, págs. 93-98, y, más recientemente, B. Netanyahu, *Ob. cit.*, págs. 699-712.

⁶ Detalles interesantes sobre algunos de los pregones que con ocasión de este conflicto se difundieron por la ciudad en R. Izquierdo Benito, "Datos sobre conversos toledanos en el siglo XV", en R. Villena (coord.), *Ensayos Humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, 1997, págs. 233-247.

Aracena, que por ser hermano de Alvar Gómez -alcalde mayor de Toledo y uno de más destacados dirigentes del bando converso- se convirtió en claro objetivo de las iras del pueblo. Ante el furor desatado contra él, las propias autoridades de la ciudad le piden que la abandone "para cumplir al bien y pacificación della". El canónigo no salió de Toledo, pero se encerró en la capilla catedralicia de don Pedro Tenorio en tanto se calmaban los ánimos⁷.

De acuerdo con la narración de Gómez de Mesa -claramente decantada del lado de los cristianos viejos- un cabecilla converso, el jurado Fernando de la Torre llegó a irrumpir en el templo al frente de un grupo de hombres "muy armados con poco temor de Dios [...] las espadas sacadas e con corazas", que gritaban en contra de la iglesia y sus canónigos, a los que acusa de ser una "congregación de malos e viles". Parece que los rebeldes apalearon al clavero de la Obra y al capellán que había dado lectura al entredicho, al tiempo que en la refriega desarrollada en una capilla de la catedral hubo muchos heridos y dos muertos. En ese estado de cosas, algunas parroquias de la ciudad y vecinos de la cercana Ajofrín, lugar del cabildo, deciden socorrer a la Iglesia, sin poder impedir que muchas de las casas y propiedades que la corporación tenía distribuidos por la ciudad fueran destruidos. La confusión duró varios días, el partido converso es derrotado y, aunque finalmente se restablece el orden, el saldo de muertos, heridos y destrozos materiales fue considerable⁸.

Un año después la torre de la catedral vuelve a ser, como en 1449, refugio de rebeldes. En concreto, son fieles al partido de don Alfonso reacios a aceptar a Enrique IV cuando en junio la ciudad vuelve a su

⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 7r. (1467, julio, 25).

⁸ El relato del canónigo habla de que se quemaron 1.600 pares de casas "de lo mejor de la cibdad en que vivian mas de quatro mil vecinos" y de que murieron 36 cristianos viejos y otros tantos conversos. No sabemos hasta que punto las cifras son ciertas, pero de lo que no hay duda es que su carta, al margen de exageraciones, recrea el dramatismo y la confusión de aquellos momentos de forma muy convincente.

obediencia tras tres años de distanciamiento y una rocambolesca trama que a punto estuvo de no dar los frutos deseados⁹. Los sublevados estaban capitaneados por el canónigo y obrero Juan Fernández, abad de Medina, aunque quien estaba tras este alboroto era el arzobispo Carrillo. El levantamiento duro solo unos días, pues a principios de julio, con la presencia del rey en Toledo y la falta de refuerzos de sus partidarios alfonsinos, "el abad, salvando su vida y la de sus compañeros, se rindió, quedando muy llana toda la ciudad"¹⁰. En 1469 el canónigo, que es expulsado de la misma durante unos meses, justifica su actitud ante el cabildo en aras a que éste le reconozca su derecho a percibir los emolumentos de su cargo. Así, afirma que fue su condición de obrero la que le obligó a guardar la torre catedralicia, lo cual hizo con desgana, sabedor de los "gastos, peligros y dannos" que de ello derivarían, pero con pleno respaldo del arzobispo Carrillo. En esa coyuntura la ciudad "se alzó por el rey don Alfonso que Dios aya [...] y se torno a alçar de nuevo por el rey don Enrique", y él excusa su comportamiento diciendo que no pudo hacer sino esperar la orden del prelado para dejar la torre en manos del legítimo rey¹¹.

En 1472, la ciudad vive nuevos disturbios al rebelarse un sector de la misma contra el rey y Juan Pacheco. Frente a ellos se alza el poderoso arzobispo Carrillo, que defendía los intereses de Isabel, y algunos caballeros

⁹ Dicha trama fue urdida en secreto por María de Silva, esposa de uno de los adversarios del monarca, Pedro López de Ayala, y su hermano el obispo de Badajoz, Pedro de Silva. Pretendían atraer al monarca a Toledo con la promesa de que la ciudad estaba presta a volver a su obediencia, confiando en que, ante los hechos consumados, sus oponentes depondrían su actitud y lo aclamarían como rey. Aunque en un primer momento la situación es tensa y Enrique IV debe salir escondido de la ciudad ante los rumores de su presencia, al final retorna a ella tras recuperar la autoridad sobre sus adversarios. E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, págs. 102-110.

¹⁰ F. de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, Toledo, 1974 (ed. facsímil de la de 1605), f. 205v.

¹¹ A.C.T. A.12.A.1.17a. El cuadernillo lleva por título "Informacion de los agravios que el abad de Medina presenta contra los canonigos".

que, expulsados de la ciudad por participar en anteriores levantamientos, hostigaban desde fuera y dificultaban el abastecimiento a la ciudad, e incluso tomaron algunas fortalezas cercanas. Ante la gravedad de la situación, Enrique IV solicita el apoyo de los ciudadanos, nuevamente escindidos. La revuelta, no obstante, no tuvo consecuencias, siendo fundamental para contener los focos de rebeldía el decidido partido monárquico tomado por algunos canónigos que se hicieron fuertes en la catedral¹². Entre ellos, el deán de Sevilla, Juan de Morales, y el prior de Aroche, Francisco de Palencia, apoyados por los mariscales Pero Afán de Ribera y Fernando de Rivadeneira, junto con mucha gente armada.

Con la llegada de los Reyes Católicos, ya quedó dicho en otra parte que la vida de Toledo cambió y fue paulatinamente encontrando la paz. Apenas comenzó el regimiento de Gómez Manrique en 1477 se dio orden al clero catedralicio de que facilitase a las autoridades civiles la torre del templo cuando se considerase necesario ocuparla para defender la ciudad y el orden¹³. Realmente, este recinto se había convertido en un símbolo y va a estar presente en éstos y en otros muchos acontecimientos ciudadanos que tendrán en ella su centro de operaciones. Superados los problemas y en clara sintonía con los nuevos reyes, la catedral servirá de marco a un solemne acto de profundo significado, esta vez no militar, sino político: la jura de don Juan, heredero de los monarcas, con ocasión de la celebración en Toledo de uno de los acontecimientos más importantes de su reinado, las Cortes de 1480¹⁴.

Se restablecen de este modo unas relaciones normalizadas con los reyes que, no obstante, aún deberán salvar un obstáculo con la sede

¹² E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, págs. 115-119, P. de Alcocer, f. 91v y ss.; F. de Pisa, *Ob. cit.*, f. 207v-208r.

¹³ E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, pág. 125.

¹⁴ J.M. Carretero Zamora, *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, 1988, págs. 147-150.

primada: el enfrentamiento con su máxima autoridad, el arzobispo Alfonso Carrillo, que tantos problemas venía causando con su actitud de los últimos años a la su otrora aliada y ahora reina, Isabel de Castilla. La reconciliación entre ambos personajes llegó en 1476 y en ella cumplió una papel importante un capitular toledano, el arcediano de Toledo, Tello de Buendía, que aconsejó al anciano prelado deponer su actitud y aceptar las condiciones que le imponían los monarcas¹⁵. En el siguiente pontificado, las relaciones del cardenal Mendoza con los reyes transcurrieron por cauces de tranquilidad y colaboración, siendo como era el prelado el mejor consejero y colaborador de aquellos. Ello tuvo su reflejo en la actitud también favorable de la catedral y su cabildo, actitud que, no obstante, se quebrará a la muerte de Mendoza. Como vimos en otra parte, el periodo de sede vacante que se abre en enero de 1495 y los perjuicios que la autoridad monárquica venía causando en algunas prerrogativas capitulares provocaron serias tensiones con el cabildo que se traslada al pontificado de Cisneros.

El incidente no hace desaparecer, en modo alguno, la situación de calma general del periodo, a la que viene a refrendar una concordia firmada en 1506 entre los caballeros de Toledo y el cabildo catedralicio "para guardar la paz y sosiego de la ciudad", que será pregonada públicamente ante la puerta del Perdón. En ella se quieren dar por zanjados todos los alborotos y ruidos que se produjeron anteriormente, comprometiéndose ambas partes a no participar en más desórdenes, a mantenerse al margen de los enfrentamientos y a impedir que sus escuderos o servidores lo hicieran¹⁶. A pesar de los buenos propósitos, la tranquilidad no se asentaría en Toledo por mucho tiempo, pues la ciudad estaba a punto de participar

¹⁵ G. Mirecki Quintero. "Apuntes genealógicos y biográficos de don Alfonso carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 74-76.

¹⁶ E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, pág. 130 y ss. El texto de dicha concordia en A. Martín Gamero, *Ob. cit.*, págs. 1069-1073.

con importante protagonismo en las revueltas comuneras del reinado de Carlos I.

5.1.2.- Efectos en la vida catedralicia

Todas estas implicaciones, de las que sólo hemos ofrecido unos breves retazos, tuvieron consecuencias muy importantes tanto para el propio edificio catedralicio como para el conjunto de clérigos que se ocupaba de su funcionamiento.

Para *la catedral* el efecto más significativo es que se vio impedido el normal desarrollo de las actividades allí realizadas, preferentemente de las litúrgicas, que tanto tiempo y atención requerían por parte de todo el personal a su servicio. Uno de los momentos más difíciles en este sentido debió ser el ya citado "encastillamiento" de la catedral en 1472 por los canónigos Juan de Morales y Francisco de Palencia, que altera profundamente la vida del templo. El propio cabildo ha de reunirse para tratar del tema fuera de la catedral, concretamente en la iglesia de Santa Justa. El acuerdo tomado en la misma es el de enviar a algunos de sus miembros a tratar con sus compañeros sobre las dificultades que encuentran pues "no habia lugar de ir a dar las horas y oficios divinos segun debyan y eran obligados". Por ello les requieren que dejasen libre "lo bajo de la iglesia", y se queden con la torre, pues de lo contrario se daba "mal ejemplo y Dios no estaba servido". Su preocupación iba también dirigida a las grandes riquezas que guardaba el sagrario y otras capillas que podían romperse, o algo peor, con tanta gente merodeando a su alrededor. Además temen que las casas cercanas a la iglesia pudieran sufrir daños o ser quemadas por causa del encastillamiento. Por ello les piden que, sin abandonar el servicio del rey, no olviden tampoco el de la Iglesia y tengan

en cuenta los perjuicios que causarían a ésta¹⁷. No parece que sus quejas tuvieran mucho eco, ya que el deán y el prior se limitan a decirles que podrán ir cuando quieran a los oficios y que pondrán vigilancia en las capillas, pero no dejan libre el recinto catedralicio.

Pero, no sólo la vida litúrgica se veía afectada por la inquieta situación de la ciudad. Hay un aspecto fundamental en el templo a lo largo de su historia y muy especialmente durante el siglo XV -la actividad constructiva y artística- que se vio interrumpida cada vez que sus diferentes estancias eran refugio de uno de los bandos en litigio. El siglo XV es periodo de grandes trabajos en la catedral por parte de los artistas más afamados y entre sus obras principales está la elevación y cubrimiento de su única torre. Lógicamente, este recinto no pudo por menos que vivir con intensidad los incidentes desatados en Toledo, ya que era el punto de referencia tanto de quienes la buscaban como refugio como de los que la atacaban desde el exterior¹⁸.

Además del edificio y de sus actividades, el otro sector gravemente afectado por esta inestable situación política es el de *los propios beneficiados*, que no siempre salieron bien parados de todas las revueltas. Al calor de las mismas se pone sobre ellos entredicho y no pueden celebrar ni siquiera acudir al templo; reciben injurias que les obligan a ocultarse en la catedral o a huir para proteger sus personas; en otras ocasiones, son expulsados de la ciudad, viendo dificultado su regreso; incluso surgen "cuestiones y escandalos" entre ellos por apoyar bandos enfrentados. En suma, se trata de una serie de incidentes que atentan contra el principal privilegio de los capitulares toledanos -la libertad eclesiástica- que, en teoría,

¹⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 46v-47v. (1472, mayo, 20). Los representantes del cabildo que van a tratar con los encastillados son los canónigos Alonso García, Ruy López de Santiago, Andrés Martínez y Diego Gómez de la Cámara.

¹⁸ D. Heim y A. Yuste Galán, "La torre de la catedral de Toledo", en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIX (1998), págs. 237-244.

les protege de cualquier intervención de los poderes laicos o de particulares en sus bienes y personas, pero que, en la práctica, era muchas veces ignorado. Amén de los ejemplos que ofreceremos a continuación, volveremos sobre el tema con mayor detalle en el próximo capítulo, al analizar las características de este poderoso sector clerical.

Lo importante ahora es señalar la referencia que de todos estos molestos acontecimientos quedaba en las Actas Capitulares de estos años, si bien es cierto que no siempre dan la información suficiente para llegar a la comprensión de los mismos. Sea como fuere, es indudable que las sesiones de este periodo se dedican, más que a ordenar la vida interna de la catedral, a ver la forma de solucionar los problemas que tanta conflictividad ciudadana generaba en su normalidad cotidiana.

Ya mencionamos antes el caso de Fernán Gómez de Villareal, que ha de ocultarse en la capilla de San Blas, obligado por su relación familiar con uno de los cabecillas del partido converso. En otros momentos, el cabildo se queja ante el ayuntamiento del asalto sufrido por los beneficiados mientras dormían o descansaban en su casa. Frecuentemente, el clero catedralicio era extorsionado durante el trayecto hasta la catedral; los alborotadores los persiguen desde sus casas, entran incluso en el templo y dificultan en gran medida la celebración de los oficios. Ello lleva al cabildo a solicitar del ayuntamiento que pongan remedio a los insultos "porque los beneficiados puedan venir seguros a la yglesia" y les hacen responsables de los daños y menoscabos que estas situaciones les ocasionaran¹⁹.

A menudo, los que se ven afectados por todos estos disturbios son los bienes y propiedades del cabildo, preferentemente, las casas, tiendas y mesones que tenía repartidos por la ciudad. La cercanía de muchos de estos, en especial las propias viviendas de los capitulares, con el propio edificio de

¹⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f 12r. (1467, diciembre, 10).

la catedral, los ponía en el punto de mira de los que desde el exterior trataban de alcanzar su torre. Estos perjuicios a su patrimonio eran elevados como quejas ante las autoridades ciudadanas, a los que el cabildo comunica cómo, "con animo deliberado e entencion de injuriar a la yglesia e a ellos" se habían derribado ciertas bóvedas de unas casas cercanas al templo, solicitando una reparación²⁰. También en ocasiones sufren graves ofensas los lugares de señorío del cabildo y sus propios vasallos; es lo que sucedió cuando los alcaldes de Toledo prendieron a los de la villa de Torrijos, propiedad del cabildo, que, tras enérgica protesta, exige su inmediata puesta en libertad²¹.

No obstante, el problema más grave que afecta a los beneficiados toledanos, como en general, a todo aquel que ha estado en una u otra manera implicado en las revueltas, es el que aparece en la documentación como el de los "llamados o desterrados". En efecto, con motivo de todos estos incidentes, muchos señores de la ciudad y también algunos canónigos huían o eran expulsados de la ciudad por el bando vencedor, si bien pasado un tiempo era necesario empezar a preparar un regreso que no siempre resultaba fácil. Algunos pregones dados por la ciudad en la segunda mitad del siglo plantean la necesidad de permitir el "retorno de todos los vesinos desta çibdad que della se fueron ausentados despues de los movimientos e por causa dellos"²². Las fórmulas empleadas para conseguir este retorno con las suficientes garantías de paz no siempre son del agrado de todos, provocando nuevas desavenencias que amenazaban con detener el proceso²³.

Por lo que respecta a los miembros del cabildo, la situación tenía su

²⁰ A.C.T. Actas Cap. I, f. 21v. (1469, junio, 19).

²¹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 43v. (1472).

²² R. Izquierdo, *Ob. cit.*, pág. 242-243.

²³ E. Benito Ruano, *Ob. cit.*, págs. 111 y ss.; P. de Alcocer, *Ob. cit.*, págs. 93 y ss.

relevancia de cara a determinar si los expulsados tenían derecho o no a las distribuciones y demás cantidades que por razón de su prebenda recibían del partidor. De hecho, muchas sesiones capitulares aluden a las demandas presentadas por estos prebendados que, a su regreso al templo, exigen sus emolumentos alegando la injusticia de verse privados de ellos. Tales incidencias obligaron al cabildo a disponer algunos ordenamientos con los que pretenden zanjar el tema y regular las condiciones en las que, aún con retraso, se podrían percibir tales ingresos

Uno de esos estatutos se da en enero de 1470, justo después de unos años especialmente virulentos para Toledo, y en él los señores, reunidos en el altar de los castellanos sito en el claustro, se hacen eco de la "maliçia de los tiempos" y de los perjuicios que la misma había acarreado a las personas eclesiásticas. La situación había llegado a un punto tal, que no permitía a los beneficiados "estar quietos ni residir en el servicio de Dios y de la Sancta Yglesia y a unos echaba de la ciudad y a otros no admitia en ella". El cabildo decide que ninguno de los que servían en el templo se podían ver afectados por tales acontecimientos, "especialmente por las justicias e personas seglares", por lo que decide que todo aquel que fuese expulsado o que, saliendo fuera de la ciudad a atender algún negocio, no le fuera permitida la entrada, sería tenido en todo por presente y ganaría las distribuciones de las horas como si participase en las mismas. La constitución sólo excluía a aquellos a quienes el propio cabildo hubiera echado "por demeritos"²⁴. El estatuto sólo era válido hasta fines de ese año, pero otros de corte similar se dieron con posterioridad y lo prorrogan abundando en los mismos temas²⁵

De todas formas, ni siquiera estos ordenamientos garantizaban la vuelta en condiciones de los beneficiados, normalmente, porque no había

²⁴ A.C.T. Actas Cap. I, f. 28r. (1470, enero, 23).

²⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 36r-v. (1471, enero 21).

acuerdo entre sus deseos y los representantes del rey o la ciudad sobre el momento de hacerlo. Es lo que sucedió a dos canónigos -Juan de Ayllón, abad de Medina y Diego de Guevara- que se habían significado a favor del príncipe Alfonso en contra de Enrique IV y habían sido expulsados. En septiembre de 1473 deciden solicitar del cabildo autorización para regresar y cumplir con su residencia anual que, como dijimos, comenzaba por San Miguel. Éste lo acepta, pero no así el asistente del rey y el mariscal Fernando de Ribadeneira que califican a los citados canónigos de "personas muy sennaladas y conoçidas y muy grandes negoçiadores", amén de ser contrarios al rey. A pesar de ello, los prebendados van a la catedral, hacen su residencia y se disponen a quedarse para servir sus canonjías. Se entabla de esta forma un dura negociación en la que el cabildo advierte a los citados caballeros que tuvieran cuidado de no incurrir en pena contra la libertad eclesiástica si expulsaban a los canónigos o les hacían ir contra su voluntad, amenazando, si así ocurriese, con poner entredicho a la ciudad. Asistente y mariscal no se arredran y señalan que remediarían el entredicho acudiendo a cualquiera de los frailes de la ciudad para decir las horas y demás oficios. Así las cosas, el cabildo no tiene más remedio que ordenar al abad de Medina y a Guevara marchar a Illescas, villa donde estarían todo el año de su residencia, mientras ellos hacían lo posible para procurar su vuelta²⁶.

Dejando a un lado este ejemplo concreto, lo cierto es que el problema que generaba la incómoda situación de los canónigos "desterrados" se prolongó aún durante el reinado de los Reyes Católicos, a pesar de ser un periodo de mayor estabilidad, e incluso seguía vigente en los primeros años del siglo XVI. Ello obligó al cabildo a disponer un nuevo estatuto el 15 de abril de 1506, en el que se alude a los tres motivos principales por los que se podía producir el alejamiento de los capitulares y beneficiados de la

²⁶ A.C.T. Actas. Cap. I, f. 59v, 61r-v.

catedral:

o por culpa o por interese de aquel que es llamado o desterrado, o sin culpa nin negocio de interese suyo salvo por alguna ocasion que no concierne a esta Sancta Yglesia o por algun caso o negocio concerniente al pro y honor della²⁷.

En función de cada una de estas causas los prebendados eran privados o no de sus correspondientes retribuciones. Así, aquellos que eran desterrados por su propia culpa no tenían derecho alguno a percibir dichas ganancias, pero, si la responsabilidad no era suya, sería tenido por presente y sería compensado con las retribuciones pertinentes. Además, los desterrados sin culpa por asuntos de la Iglesia eran compensados con cinco reales de plata para el canónigo o dignidad, dos para el racionero y real y medio el capellán, todo ello por cada día que durara el destierro o el llamamiento.

Todos estos incidentes distraían a los canónigos y demás miembros del personal catedralicio de la que era, sin duda, su dedicación principal, la atención al servicio litúrgico del templo. Hasta ahora hemos analizado cómo era dicha actividad desde el interior -escenarios, oficios, protagonistas, irregularidades- pero el estudio estaría incompleto si no conociéramos la percepción que de todo ello tenían los feligreses, el pueblo cristiano que se acercaba a la catedral movido por su fe, temor de Dios o simple curiosidad.

5.2.- PROYECCIÓN RELIGIOSA

La intensa función cultural que expusimos en otro apartado del trabajo y que constituye una de las principales razones de ser de todo cabildo catedralicio perdería parte de su significado si se limitara a ser una actividad clerical y no se dirigiera a un amplio conjunto de fieles, llamados a

²⁷ B.N. Mss. 6260, f. 42r-42v ; B.C.T. MS 23-27, f. 49v. Lo publica J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, pág. 62.

participar en las misas, procesiones y demás actos rituales organizados desde el templo primado en los múltiples escenarios de que dispone para ello. Es de este modo como el esplendor litúrgico de la catedral, sin duda, el centro de la vida religiosa de la diócesis, alcanza su verdadera dimensión, al abrirse al exterior y darse a conocer entre los habitantes de la ciudad que alberga tan magnífico edificio. Éstos se convierten así en directos testigos del poderío de la institución y, consecuentemente, del peso que la religión y la Iglesia tenían en sus vidas

En algún momento hemos hablado de la actividad litúrgica organizada desde el templo como de una escenificación teatral en la que cada uno de los capitulares y beneficiados cumplía un papel y que, como toda representación, estaba destinada a impresionar a su público. Éste, compuesto de artesanos, comerciantes y campesinos de los alrededores, quedaría cautivado ante el boato desplegado en las celebraciones, circunstancia que recrea perfectamente la siguiente frase referida a la catedral de Murcia:

Bajo aquellas vanguardistas naves góticas, envueltas por los sonidos del órgano y de los cantores franceses, fascinados por el lujo de las capas de seda y sobrecogidos por un espectáculo que casi nunca entendían, los fieles salían del templo convencidos de haber vivido algo trascendental e irrepetible, algo muy alejado de la extrema vulgaridad de sus vidas²⁸.

No hay duda de que el hombre de la Edad Media tenía que quedar impactado desde el primer contacto visual con un edificio catedralicio en permanente construcción, grandioso y delicado a un tiempo por la belleza artística que lo adornaba, y escenario perfecto para la representación sacra que día a día, de forma ininterrumpida, se desarrollaba en su interior. Todo lo que rodeaba dicha representación, la luz que se filtraba por las vidrieras, el olor a incienso, las voces y la música que se interpretaba desde el coro,

²⁸ M. Rodríguez Llopis e I. García Díaz, *Iglesia y sociedad feudal. El cabildo catedral de Murcia en la Baja Edad Media*, Murcia, 1994, pág. 96.

los riquísimos adornos que daban brillo a los oficios y hasta los interminables rezos en un latín incomprensible contribuían a definir un doble mensaje que sería claramente percibido por el fiel: la necesaria glorificación de la divinidad y el indiscutible poderío de la Iglesia y sus representantes.

Así las cosas, al cabildo le interesaba sobremanera ese contacto popular a través de las celebraciones litúrgicas y, sobre todo en algunas de ellas, gustaba de proyectar tanto en el interior como en el exterior del templo su gran autoridad y poder. De ahí que la catedral, bien como promotora bien como participante, estuviera claramente involucrada en los principales espectáculos públicos que se realizaban en la ciudad, máxime cuando la mayoría de ellos estaba asociado a alguna festividad religiosa. Incluso una de las catorce dignidades del cabildo, el vicario de la ciudad, tenía como ocupación principal la de velar por que aquellas celebraciones catedralicias que entraban en un contacto más directo con el pueblo se desarrollaran con el respeto y honestidad debidas tanto por parte de los asistentes, como de los celebrantes, a fin de que dieran un ejemplo aleccionador a los fieles. Esta labor inspectora, en la que estaba auxiliado por un fiscal, se volcaba preferentemente en aquellas actividades que se desarrollaban en el exterior del templo, caso de las procesiones, aunque tampoco descuidaba lo que sucedía en el interior²⁹. El hecho de ser, junto al capellán mayor, una de los dos últimos cargos en incorporarse al selecto grupo de las dignidades en 1462 da idea del peso que dicho oficio había alcanzado por esas fechas y, consecuentemente, de la importancia que para el cabildo tenía la participación popular en las misas, servicios y demás celebraciones ofrecidos desde el templo.

No es nada fácil medir dicho grado de participación, ya que la visión de los espectadores no ha dejado demasiados testimonios directos y las

²⁹ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 228v. Recordamos lo dicho a cerca de esta dignidad en el capítulo correspondiente a la estructura y composición del cabildo.

escasas referencias que conservamos proceden de los propios organizadores de los actos. Pese a ello, hay una serie de ceremonias que eran percibidas con mayor entusiasmo por los fieles a causa de su vistosidad, su contenido piadoso o la inversión del orden establecido que conllevaban. En las próximas páginas significaremos algunas de las representaciones sacras de mayor acogida popular, especialmente las que se hacían en determinadas festividades; seguiremos con los diferentes tipos de procesiones que se hacían dentro y fuera del templo así como con los sermones pronunciados desde el púlpito en días señalados, y, por último, cerraremos este apartado con la mención a otro de los puntos de contacto entre la catedral y el pueblo, la parroquia de San Pedro que, con sede en el templo primado, ejercía jurisdicción sobre los vecinos de los alrededores.

5.2.1.- Fiestas y participación popular

Como mencionamos en otra parte, la totalidad de celebraciones litúrgicas que se realizaban en la catedral no coincidían con las fiestas de guardar por el pueblo. No es lo mismo día festivo, aquel en que la Iglesia celebra sus solemnidades, que día feriado, reservado al descanso y, como dicen las Partidas, "al provecho comunal de los hombres"³⁰. No obstante, ambas situaciones podían coincidir y eran precisamente los días festivos tanto para la catedral como para los ciudadanos los que más interés despertaban entre el cabildo y los responsables de la liturgia del templo, que se refieren a ellos como "fiestas dobles y de guardar".

Además de todos los domingos, eran cuarenta y tres los días de fiesta para los habitantes de la diócesis toledana, días que venían a coincidir con buena parte de las celebraciones más solemnes que se realizaban en la

³⁰ Partida I, título XXIII, ley I.

catedral y que, como ya señalamos, eran las llamadas fiestas de seis y cuatro capas. Entre las primeras, eran festivas para la población la Circuncisión, Epifanía, San Ildefonso, Purificación de Santa María, Anunciación de Santa María, Resurrección del Señor con las dos ferias siguientes, San Felipe y Santiago, Ascensión del Señor, Pentecostés con los dos días siguientes, Corpus Christi, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Triunfo de la Santa Cruz, Santa María Magdalena, Santiago apóstol, Transfiguración del Señor, San Lorenzo, Asunción de la Virgen, San Bartolomé, Natividad de la Virgen, Todos Santos, San Eugenio, Santo Tomás, Anunciación de la Virgen y la Natividad del Señor. Por su parte, coincidían con las fiestas catedralicias de cuatro capas la Cátedra de San Pedro, San Matías, San Marcos, San Bernabé, San Pedro ad vincula, San Mateo, San Miguel, San Lucas, Santos Simón y Judas, San Andrés, San Nicolás, San Esteban, San Juan y los Santos Inocentes.

La relación de festividades que acabamos de enumerar quedó fijada en el Libro sinodal que en 1356 recopila don Blas Fernández para poner al día todas las constituciones de sus antecesores³¹ y, aunque con posterioridad se introdujeron otras celebraciones litúrgicas, nada se dice de su observancia por el pueblo. Sí que se señalan como festivos los días en que la correspondiente parroquia conmemorara la solemnidad de su advocación. El número de días de fiesta se había ido reduciendo desde reuniones anteriores³², pues tanto las autoridades civiles como las eclesiásticas de la Baja Edad Media ven en el ocio un posible fomento de vicios, amén de un detrimento en la capacidad productiva por la paralización del trabajo. Con todo, casi la tercera parte del año era de un modo u otro

³¹ A.C.T. I.6.A.1.2. Ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 229-230.

³² El sínodo celebrado por Jimeno de Luna en 1336 ya redujo las festividades a cuarenta y nueve, a las que don Blas aún recorta en seis más. *Ibidem*, págs. 198-199.

fiesta, ya que a las fiestas del calendario eclesiástico -52 domingos y las citadas 43 fiestas de guardar- hay que sumar las fiestas civiles y las patronales de cada gremio, cofradía o hermandad³³.

Centrándonos en las festividades del calendario eclesiástico de obligada observancia por el pueblo, hay que decir que durante las mismas éste estaba llamado a descansar y a oír los oficios divinos, tal como recuerdan las disposiciones del concilio provincial de Aranda de 1473 y del sínodo toledano de 1480. Este último les obliga "los domingos e fiestas que la iglesia guarda" a abstenerse de toda obra servil y a "que no fagan cosas de oficios ni de artificios ni se entrometan en labranças de pan e en labrar las tierras ni coger el pan, salvo con urgente necesidad e evidente causa de piedad", y aún en estos casos con licencia sacerdotal. La prohibición de trabajar les permitiría estar disponibles para cumplir con la obligación de reservar "para servicio suyo e exercicio de obras espirituales el dia santo del domingo e las otras fiestas por la Santa Madre Iglesia instituidas"³⁴.

Ese servicio se concretaba en la asistencia a los oficios divinos, especialmente a la misa mayor, bien en sus respectivas parroquias bien en la propia catedral. No parece que estas obligaciones se cumplieran con facilidad si tenemos en cuenta las frecuentes reiteraciones de los estatutos y, aún más, la tarea encomendada a la anteriormente citada dignidad capitular, el vicario de la ciudad, que debía velar por que se guardara la fiesta. Él y el fiscal que le ayudaba impondrían penas a los que "trabaxaren los dias de fiesta como son los çapateros y tenderos que suelen tener las puertas abiertas y los basureros y molineros y aguadores y otros officios", tal como se señala en el estatuto que delimita las competencias de tal dignidad³⁵.

³³ M.A. Ladero Quesada, "La fiesta en la Europa mediterránea medieval", en *Las Fiestas Medievales. Cuadernos del CEMYR*, 2, La Laguna, 1994, págs. 16-18.

³⁴ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 306.

³⁵ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 228r.

Suponiendo que los fieles cumplieran con su obligación y asistieran a los oficios religiosos en la catedral, la coincidencia de las fiestas de guardar con las más solemnes celebraciones del templo haría que estas gentes presenciaran las "representaciones" de mayor riqueza litúrgica y ritual, de mayor boato, sufriendo de forma directa el impacto que provocaría la espectacularidad de algunas escenificaciones. A continuación, destacaremos algunas fiestas que por los actos que desarrollan estaban especialmente pensadas para el disfrute popular tanto en fechas fijas como motivadas por imprevisibles acontecimientos, algunos de índole política o guerrera, pero en los que el cabildo también tenía una participación importante.

A.- El "Corpus Christi"

Indiscutiblemente, la celebración del "Corpus" era y es la fiesta toledana por excelencia. Aunque el centro de la misma es eminentemente religioso, la conmemoración del sacramento eucarístico, es mucho más que una fiesta eclesiástica si atendemos al marcado componente popular y lúdico que la rodea. En su organización y financiación participan los sectores más influyentes de la ciudad -catedral, ayuntamiento, gremios y cofradías de oficios- lo que la convierte en una de las fiestas urbanas por excelencia. Es más, se la ha definido como la principal celebración religioso-cívica de las ciudades europeas, porque tanto sus más altas autoridades como el conjunto de los habitantes vivían durante ese día volcados en conseguir el mayor esplendor posible y en ofrecer un verdadero torrente de sensaciones espirituales y también materiales a quienes se acercaban a presenciar los actos. Esa espectacularidad podría estar en parte relacionada con el hecho de ser una fiesta perteneciente al ciclo primaveral o al del incipiente estío, lo que se prestaba a un mayor despliegue de elementos vistosos y decorativos; sabido es que el día del "Corpus Christi" es una de las fechas

móviles del calendario, a celebrar el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, pero siempre entre los meses de mayo y junio, en plena eclosión del periodo más vital y positivo del año³⁶.

La fiesta hace centro de su celebración al sacramento de la Eucaristía y a la presencia triunfante en el sacrificio de la misa del mismo Cuerpo de Cristo, misterio central, sin duda, del cristianismo. Su gran éxito y la rápida propagación que alcanzó entre los fieles ha de ponerse en relación con la devoción a los aspectos más humanos de la figura de Cristo que se abre paso entre los elementos más significativos de la religiosidad popular a partir del siglo XIII. La bula "Transiturus de hoc mundo", que, como inmediatamente veremos, da oficialidad a la fiesta, afirma la necesidad de dedicar un día especial al año a conmemorar un sacramento al que considera

dulcísimo memorial en el cual revivimos el agradable recuerdo de nuestra salvación, en el cual somos apartados del mal y avanzamos en el incremento de la gracia y de la virtud, en el cual obtenemos la presencia corporal del propio Salvador³⁷.

Comienza a tener relevancia la festividad cuando la Iglesia oficial se hace eco de la visión que en 1230 tuvo una religiosa de la región de Lieja en la que el propio Cristo le inspira la necesidad de conmemorar el sacramento de la Eucaristía. Progresivamente, el obispo de la diócesis belga, el legado papal y, por último, el propio Urbano IV mediante la bula antes citada, acabarán impulsando la fiesta e instituyéndola como oficial para toda

³⁶ J. Caro Baroja, *El estío festivo. Fiestas populares del verano*, Madrid, 1984; F. Cardini, *Días Sagrados. Tradición popular en las culturas euromediterráneas*, Barcelona, 1984; M. A. Ladero Quesada, *Ob. cit.*, págs. 24-26. De todas formas y como simple anécdota, cabe señalar que la fiesta no siempre se vio acompañada de un buen tiempo climático, circunstancia que incluso provocó el retraso de la procesión. Es lo que sucedió en 1508 "porque llovió mucho el miércoles antes vispera del Corpus, ubo una agua temporal como por Navidad": B.C.T. MS 42-29, f. 180v.

³⁷ B.C.T. *Bullarum Privilegiorum ac Diplomatum Romanorum Pontificum Amplissima Collectio*, 1740, págs. 414-416.

la Iglesia católica desde 1264³⁸. No será, no obstante, hasta las primeras décadas del siglo XIV cuando los primeros papas avinoneses, Clemente V y Juan XXII, completen el conjunto de actos litúrgicos y el oficio ritual que adornaría la festividad y que, con las particularidades y matices propios de cada sede, será seguido en todas la diócesis occidentales. La fiesta llegará a la Península Ibérica y se implantará muy pronto, parece que primero en las principales ciudades de la Corona de Aragón -Barcelona, Vich, Lérida, Valencia o Palma de Mallorca-, aunque no le van a la zaga León, Salamanca, Sevilla, Jaén y, por supuesto, la ciudad de Toledo³⁹.

Centrándonos en ella, cabe señalar que la primera constancia fiable de la celebración del Corpus toledano se remonta a 1372, fecha en la que, aunque nada se concreta a cerca del ritual que se seguía durante la misma, sí se apunta el precio que costaban las candelas que ardían a lo largo de la fiesta⁴⁰. Algún autor apunta a la posible celebración de la festividad ya en 1280, con la presencia en la ciudad de Alfonso X, algo que no está contrastado por las fuentes y que se apoya en la posible introducción de la fiesta en la sede primada por su arzobispo don Sancho de Aragón, que habría conocido al lado de Urbano IV los progresos de la misma e incluso habría asistido a su celebración en algunas ciudades de los reinos aragoneses

³⁸ Un acicate más para el pontífice fue el milagro acaecido en 1261 en la iglesia de Santa Cristina de Bolsena, donde la que la sagrada forma comenzó a sangrar, lo que claramente fue interpretado como una señal. Hay que entender este entusiasmo repentino por el misterio de la Eucaristía en el contexto previo de movimientos heréticos que negaban la presencia real de Dios en la misma y que obligaron a la Iglesia a reaccionar con rapidez ante la posibilidad de impulsar el culto en uno de sus principales pilares dogmáticos.

³⁹ Entre los trabajos que analizan el sentido de la fiesta en diversas ciudades españolas destacamos: A. Romero Abao, "Las fiestas del Corpus Christi en Sevilla en el siglo XV", en *La Religiosidad Popular*, III, Barcelona, 1989, págs. 19-30; L. Rubio García, *La procesión del Corpus en el siglo XV en Murcia*, Murcia, 1987; J. Espinos Orlando, *La fiesta del Corpus Christi en Madrid*, Madrid, 1985; M. Viforcós, *La Asunción y el Corpus, de fiestas señeras a fiestas olvidadas*, León, 1994; J. Calatayud Baya, *La institución de la fiesta del Corpus Christi*, Valencia, 1975; A. Soria Ortega, *El Corpus en Granada*, Granada, 1971. Una extensa bibliografía referida especialmente a la Corona de Aragón en A. Durán y Sanpere, "Corpus Christi", en *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972, págs. 631-633.

⁴⁰ A.O.F. 929, Posesiones del Refitor, f. 75v.

de los que era originario⁴¹. Hecho este pequeño apunte, de difícil comprobación, lo que no se cuestiona es que es ya en el siglo XV la celebración del Corpus estaba perfectamente definida y en 1418 se habla por primera vez del solemne desfile procesional que se realizaba durante la misma⁴².

El único problema es que, a pesar de tener plenas garantías de la celebración del día del Corpus en la ciudad, los siglos XIV y XV no nos han dejado suficientes referencias documentales. Por el contrario, la información que conservamos es bastante fragmentaria y tiene una casi exclusiva dimensión económica ya que procede de los fondos de Obra y Fábrica en los que se consignaban los gastos que el cabildo y la Obra tenían que afrontar ante la organización de la fiesta. Con ser muy interesantes, no dan una descripción detallada de los actos ni reflejan los entresijos de la celebración, igual que no lo harán las Actas Capitulares, tan ricas en información para otros temas relacionados con la liturgia y que pasan de puntillas sobre los oficios de este día. Ello nos obliga forzosamente a depender de los más numerosos testimonios referidos a la época moderna, pues será a partir del siglo XVI y, sobre todo, después de Trento, cuando se produzca la verdadera eclosión de la festividad. Buena parte de esa información ha servido de base a algunos trabajos y publicaciones⁴³, si bien la aportación más rica en detalles sobre la realidad del Corpus toledano en la segunda

⁴¹ Así lo afirmó Anselmo Gascón de Gotor. *El Corpus Christi y las custodias procesionales españolas*, Barcelona, 1916.

⁴² A.O.F. 761, Libro de la Obra, f. 18v.

⁴³ Los estudios sobre la fiesta del Corpus en Toledo ofrecen una tremenda variedad, ya que algunos tienen una dimensión más "turística" o laudatoria que propiamente histórica. Entre todos ellos destacaremos los de J.E. López Gómez, *La procesión del Corpus Christi en Toledo*, Toledo, 1987, y *El Corpus de Toledo*, Toledo, 1999; J. Martín Morales, *Corpus Christi en Toledo*, Toledo, 1982; A. Fernández-Collado, *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte, personas*, Toledo, 1999, y "Eucaristía y Corpus Christi en Toledo", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, nº 1 (1999), págs. 121-149; H. Rodríguez de Gracia, *El Corpus en Toledo. Fiesta religiosa y profana en los siglos XVI y XVII*, Toledo, 2001.

mitad del siglo XV la recoge un trabajo de Carmen Torroja, autora también del Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica catedralicia, en el que recupera abundantes referencias dispersas entre sus legajos sobre los gastos realizados para la fiesta⁴⁴. De todos ellos seremos deudores en las siguientes páginas.

Como el resto de fiestas de seis capas que señalábamos en otro apartado y entre las que se encuentra la celebración del Corpus Christi, ésta comenzaba el miércoles con los ritos habituales de las vísperas, pero era ya durante el jueves cuando alcanzaba la mayor espectacularidad y complejidad litúrgica⁴⁵. Desde la llamada de las campanas a maitines la catedral estaba perfectamente engalanada a base de cirios, alfombras, frontales de altar y, tras decirse tercia, se oficiaba con la mayor solemnidad la misa conventual en el altar mayor, acudiendo a ella la totalidad del clero catedralicio y el arzobispo si estaba en la ciudad. Pero, sin duda, el momento culminante de la celebración religiosa llegaba después, cuando todo se disponía para el acto litúrgico que ha dado más fama a ese día, una solemne procesión por el interior y exterior del templo, en la que desfilaría ante los fieles la Sagrada Forma, centro de la solemnidad. Ésta, precedida de seis ángeles con alas pintadas y doradas, sería paseada sobre unas andas ricamente adornadas con flores y cordones de seda, portadas a hombros por dieciséis prestes que se iban turnando. El Cuerpo del Señor quedaba a buen recaudo en una custodia de plata mencionada por Jerónimo Münzer en 1495 entre las joyas de la catedral⁴⁶, pero que se perdería, parece que durante la guerra de las

⁴⁴ C. Torroja Menéndez y M. Rivas Pala, "Teatro de Toledo en el siglo XV. El Auto de la Pasión de Alonso Campo", en *Boletín de la Real Academia Española*, Anexo XXXV, Madrid, 1977.

⁴⁵ La descripción detallada del ritual seguido es de una fecha tardía, 1595, y se recoge en esa compilación de datos y referencias que hace el racionero Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 530-535.

⁴⁶ "... la mejor custodia de plata que he visto en mi vida, cuyo peso es de 800 marcos": *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1997, pág 53.

comunidades. Su lugar lo ocupa desde el siglo XVI la bellísima custodia que Enrique de Arfe realiza por encargo de Cisneros y que todavía hoy sigue admirando por su delicado trabajo de orfebrería⁴⁷. Siempre a su lado, el tesorero, dignidad que velaba por todos los ornamentos litúrgicos del templo, la vigilaba de cerca, aunque eran muchos más los encargados por el cabildo de inspeccionar el recorrido: pertigueros, socapiscol, vicario de la ciudad, entre otros.

Centrándonos en la procesión, durante los siglos XIV y XV tenía un recorrido más reducido que el que se haría desde el siglo XVI en el que, como hoy, se desfilaba por los barrios más céntricos de la ciudad. En el siglo XV el itinerario se limitaba a las calles que rodeaban los muros de la catedral, desde la puerta del Perdón a la del Reloj, y como mucho se extendía por las Tornerías, las Cuatro Calles y la Chapinería hasta penetrar en el templo, sin que ello por ello se redujera la espectacularidad de la fiesta. Se iniciaba el cortejo con la figura del pertiguero, que con su vara despejaba de curiosos el camino que habrían de seguir los numerosos participantes en el desfile. Entre todos ellos se destacaba de manera evidente el compacto bloque que constituía el clero catedralicio, que para la ocasión hacía desfilar a todos sus efectivos, con sus vestimentas litúrgicas, velas y luminarias, algunas reliquias y cruces y, por encima de todo, estrictamente jerarquizados. Clerizones, sacristanes y capellanes de las capillas y del coro, canónigos extravagantes, racioneros, canónigos, dignidades, desfilaban a ambos lados del recorrido, repartidos por coros y flanqueados en cada uno de los lados por el deán y el arcediano de Toledo. No hay duda que debía ser impresionante para los espectadores ver desplegado de forma tan

⁴⁷ La custodia fue objeto de diversos estudios a principios del siglo XX, como los de F. de B. San Román, *La Custodia de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1916; E. Rodríguez Gómez, *La Custodia de la Santa Iglesia Catedral de Toledo*, Toledo, 1917; S. Sedó, *La más valiosa custodia española*, Toledo, 1927.

palpable el poder de la institución, más aún si asistía el prelado, que cerraría el grupo.

Pero el cabildo no estaba solo ya que se veía arropado por los demás curas y beneficiados de la ciudad y por las cruces de las parroquias -que desfilaban por orden de antigüedad enarbolando sus pendones distintivos- así como por todas las cofradías parroquiales que llevaban por título el Santísimo Sacramento; unas y otras recibían cantidades del refitor y de la Obra para sufragar el gasto de cera necesario para iluminar la fiesta. Junto a ellos, las cofradías de los oficios mecánicos, que también colaboraban con algunas cantidades al esplendor de la celebración⁴⁸, y, por supuesto, los representantes de la autoridad municipal -corregidor, alcaldes, alguaciles, regidores, caballeros y jurados-, que contribuían, además de contratando juegos y divertimentos para todos, costeando a medias con el refitor y la Obra el adorno del recorrido procesional.

Este es claramente otro de los aspectos que más distingue a la celebración del Corpus y que más asombro causaba al visitante, el entrar en contacto con toda una ciudad engalandada y puesta al servicio de la fiesta. Los propios muros exteriores de la catedral, las calles principales y las casas se llenaban de colgaduras y tapices e incluso se ponían toldos para que pasara el Sacramento, los llamados "cielos". Además, durante la procesión sonaban incesantemente las campanas y las melodías que el racionero organista iba tocando en el órgano portátil transportado por peones de la catedral con el acompañamiento de los cantores del coro. Ante ese ambiente, resulta bastante apropiada la expresión que afirma que durante ese día "toda

⁴⁸ Estas desfilaban por orden de antigüedad, que era el siguiente: "primero el pendon de los ortelanos y luego panaderos, cabestreros, curradores, tintoreros, herreros y luego los dos pendones de tundidores y perayles juntos a la par, luego los çapateros y luego los sastres y luego los dos pendones de armeros y texedores de pannos juntos a la par". B.C.T. MS 42-29, f. 534r. Dichas cofradías tenían a su cargo financiar algunos juglares, mimos o danzantes que alegraban el recorrido procesional.

la ciudad se convertía en un templo"⁴⁹.

Ahora bien, si sólo hubiese sido esto, estaríamos ante una fiesta más, muy solemne desde luego, pero que no justifica el enorme arraigo popular que adquirió ya durante los siglos bajomedievales. Y es que, sin duda, el "Corpus Christi" era mucho más; al lado del espectáculo religioso, la fiesta era también un gran espectáculo profano en el que a través de músicas, danzas y desfiles de seres fantásticos, se hacía partícipe a toda la población de la alegría por la conmemoración de este misterio de fe. Ese componente lúdico fue fundamental para comprender el bullicio y la algarabía que rodeaba estas fiestas y en el que cada ciudad, aún compartiendo rasgos, reflejaba sus particularidades. La propia bula "Transiturus" exhorta a los fieles a disfrutar de la fiesta con devoción, pero también con entusiasmo, al señalar que

todos los corazones, mentes, bocas y labios se deshagan en himnos de alegría, resuene la fe, rebose de gozo la esperanza, exulte la caridad, aplauda la devoción, cante de júbilo el pueblo, se alegre la pureza⁵⁰.

En Toledo ese cariz eminentemente popular lo ponían juglares, músicos y danzantes, pues, sin duda, la música tenía, como en todas los oficios litúrgicos catedralicios un papel singular en el Corpus toledano, entremezclándose en el recorrido procesional e intercalándose con las representaciones y entremeses que luego mencionaremos⁵¹. Pero el mayor protagonismo era para una serie de personajes imaginarios y fantásticos, encabezados por la "Tarasca", serpiente-dragón que solía abrir todo el cortejo procesional y causaba verdadero asombro entre los asistentes. Sin duda, para los sencillos campesinos y modestos artesanos que presenciaban

⁴⁹ R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, 1987, pág. 300.

⁵⁰ B.C.T. *Ob. cit.*, pág. 415.

⁵¹ Un atractivo estudio sobre el tema, aunque para periodos más avanzados en F. Reynaud, "Contribution a l'étude des danseurs et des musiciens des fêtes du Corpus Christi et de l'Assomption a Tolède aux XVI et XVII siècles", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X (1974), págs. 133-168.

los actos, la visión de ese animal con alas, cuerpo serpenteante y cabeza que, por virtud de complejos mecanismos de cuerdas y poleas, arrojaba humo y agua por los orificios nasales y les quitaba las caperuzas o gorros debía causar chanza, pero también algo de temor. La Tarasca iba seguida de otras figuras fantásticas, los trece gigantones, y las gigantillas o cabezudos que, con vistosos tocados y colores, hacían las delicias del público e iban bailando en la cabeza del recorrido⁵².

El entusiasmo popular ante esta parte profana del desfile no gustaba a los eclesiásticos porque distraía a los fieles del núcleo central de la conmemoración y de la dimensión religiosa de la fiesta. De ahí las duras críticas vertidas en el Concilio Provincial de Aranda de 1473, en el que Carrillo critica los juegos teatrales, las máscaras, monstruos y espectáculos deshonestos que tenían lugar durante algunas fiestas y que se trasladaban al interior de las iglesias, originando tumultos e impidiendo el recogimiento interior de los fieles⁵³. Siete años después, en el sínodo de Alcalá, ratifica la medida y vuelve a recordar la necesidad de guardar el honor y honestidad de los templos santos, ya que

muchas veces en algunas fiestas del año, so color de conmemorar cosas santas y contemplativas se facen juegos torpes e feos e disen palabras deshonestas y de grand disolucion que provocan mas a derision y distraen de contemplacion que non atraen a devocion de la tal fiesta o solenidad.

Ahora bien, como en algunas de esas solemnidades era imprescindible "faser algunas representaciones para atraer a la memoria las cosas pasadas", consiente que se realicen, pero sin decir palabras y hechos torpes que "acerca de los fieles traen escandalo e resfriamiento de

⁵² J.E. López Gómez, *Los gigantones y la Tarasca de Toledo*, Toledo, 1996.

⁵³ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 295. La constitución conciliar no se refiere específicamente a las celebraciones del Corpus, ni exclusivamente a Toledo, ya que iba dirigido a las demás catedrales e iglesias de su provincia. El texto especifica que también en la Navidad y en torno a las fiestas de San Juan, San Esteban y los Santos Inocentes debían realizarse algunos de estos juegos, muy mal vistos por la cúpula eclesiástica. Sin embargo, pensamos que al hablar de monstruos y máscaras sus críticas aludían igualmente a los seres imaginarios que desfilaban en el Corpus.

devocion". El prelado señala que donde más necesario era tomar medidas es en la catedral y, a tal efecto, ordena que las dos dignidades más antiguas y residentes junto con el presidente del coro velen por la buena marcha de las representaciones "sobre lo qual les encargamos la conciencia e les damos poder e cohercion por manera que cese toda deshonestidad en fechos ni en palabras"⁵⁴. De todas formas, lo único que podían hacer los responsables eclesiásticos era impedir que estas figuras entraran en la iglesia, pero en absoluto intentaron desterrarlas de las calles de la ciudad, máxime cuando el propio cabildo era propietario de algunos gigantones.

Pero no todas las actividades lúdicas son objeto de crítica; de hecho, Carrillo se muestra mucho más permisivo con aquellas diversiones y espectáculos que movían a la piedad y devoción popular, y que también el cabildo consiente y costea a fin de que sean interpretados durante las principales solemnidades. En efecto, la liturgia cristiana en determinadas fechas anuales fue el marco adecuado para la aparición de dramas sacros, centrados en los principales misterios de la vida de Cristo⁵⁵. Junto a Pascua, Navidad o Epifanía, el "Corpus" fue la fiesta indicada para la teatralización de los misterios de la fe y los autos sacramentales que durante la misma se desarrollan intentaron catequizar al pueblo y mostrarle de una manera festiva los aspectos más destacados del cristianismo. Las propias Partidas ya diferenciaban estos dos tipos de festejos que se hacían en las iglesias y en los que a veces también participan clérigos, criticando las bufonadas y pantomimas, pero dando su apoyo a otro tipo de espectáculos⁵⁶.

⁵⁴ *Ibidem*, págs. 309-310.

⁵⁵ Precisamente en la catedral de Toledo se encontró la muestra más antigua de teatro religioso en lengua vernácula, el *Auto de los Reyes Magos*, compuesto en el siglo XII y del que sólo se conservan algunos fragmentos.

⁵⁶ Partidas I, tit. VI, ley XXXV: "Pero representaciones y ha que pueden los clerigos fazer, assi cuemo la nascencia de Nuestro Sennor Ihesu Cristo, que muestra cuemo el angel vino a los pastores e les dixo cuemo Ihesu Christo era nacido e otrosi de su aparecimiento,

Desde 1445 hay noticias de que el cabildo asignaba cantidades a los "juegos del Cuerpo de Dios" -en 1456 llamados ya "representaciones"- cantidades sin duda elevadas, pues los autos sacramentales se llevaban la parte más cuantiosa de los gastos catedralicios para la fiesta⁵⁷. No sólo había que pagar a los actores y comediantes encargados de interpretarlos, sino proporcionarles un vestuario y construir o reparar los carros y carretas que servían de escenario, sencillo pero muy adornado, a las diferentes escenificaciones. La preparación de esta parte del festejo quedaba en manos de algún racionero o capellán que buscaba a los actores y contrataba al personal auxiliar necesario de pintores, carpinteros o herreros. Las autoras citadas creen que precisamente fue uno esos racioneros, el arcipreste de Talavera Alfonso Martínez -importante figura de la literatura del siglo XV y desde 1454 organizador de la fiesta- el responsable de la cada vez mayor inclinación de la misma por estas escenificaciones teatrales. Además, parece que uno de sus sucesores a finales de siglo, el capellán Alonso del Campo, fue el autor o adaptador de uno de los autos que ya en el siglo XVI se representarían durante los actos del Corpus⁵⁸.

Las actuaciones se hacían tanto en el interior como en el exterior de la catedral. En el primer caso, la Obra levantaba entre los dos coros estrados y tribunas para disfrute de beneficiados y personalidades invitadas. En el exterior, se realizaban escenificaciones delante de la Puerta del Perdón, para que el Ayuntamiento pudiera verlos desde su tablado engalanado, así como en otros puntos del recorrido procesional. En efecto, los carros, tirados por

cuemo le vinieron los tres reyes a adorar, e otrossi de la su Resurreccion, que demuestra como fue crucificado e resucito al tercero dia. Tales cosas cuemo estas mueven a los omnes a facer bien et haber devocion en la fe".

⁵⁷ C. Torroja y M. Rivas Pala, *Teatro en Toledo en el siglo XV.....*, son las que recogen los datos sobre esta actividad teatral a partir de la información reunida en diferentes libros del Archivo de Obra y Fábrica. Antes de este trabajo expusieron un pequeño avance en "Teatro religioso en Toledo en 1500", en *V Simposio Toledo Renacentista*, III, Madrid, 1980, págs. 113-124.

⁵⁸ *Ibidem*, págs. 24-34 y 74-98.

peones, se integraban en el conjunto del desfile y, cuando llegaba el momento de realizar la representación, se transformaban en escenarios desde los que todos podían ver y escuchar a los actores. En cuanto a las obras, las citadas autoras, además de encontrar el texto de una de ellas, el *Auto de la Pasión*, incluyen un repertorio de unos treinta títulos que en torno a 1500 se turnarían en las celebraciones, siendo por término medio, siete los autos representados cada año en tal día tanto durante la procesión como por la tarde⁵⁹.

Lo cierto es que con tantos actos paralelos o integrados en la procesión, ésta tendría una larga duración, lo que haría que la fiesta se extendiera durante buena parte de la mañana. Por la tarde, y siguiendo con ese tono popular del día, el Ayuntamiento organizaba juegos de cañas, torneos y, sobre todo, corridas de toros que harían las delicias de todos los sectores urbanos incluido el cabildo, que trataba de ocupar los principales puestos en las tribunas que se levantaban en Zocodover para los espectadores de mayor rango⁶⁰.

Por si todo ello fuera poco, las conmemoraciones del Corpus no se podían dar por concluidas hasta la celebración de su octava u "octavario", fecha hasta la cual permanecería expuesta la Custodia en lugar visible del templo -pudiera ser en el altar mayor- velada en turnos por diferentes clérigos, antes de regresar al sagrario. Durante ese día, aunque no con tanta espectacularidad, también había procesión por el interior del templo y escenificaciones sacras, conociéndose popularmente la fiesta como el "Corpus chico".

⁵⁹ *Ibidem*, págs. 45 y ss. También ofrece noticias generales y una selección bibliográfica J. Fernández Conde, "El Teatro Religioso", en R. García Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España* II-2º, Madrid, 1982, págs. 339-349, y J.L. Fleckniakoska, *La formation de l'Auto Religieux en Espagne avant Calderon*, Montpellier, 1961.

⁶⁰ En el próximo capítulo analizaremos el gusto de los capitulares por estos y otros juegos que solían llevar aparejadas todas estas celebraciones.

B.- Virgen de Agosto, Navidad y otras solemnidades

Si bien el Corpus se lleva toda la fama de las celebraciones toledanas, había otras fechas incluidas en la tabla de solemnidades de la catedral -la mayoría de las cuales eran a su vez fiestas de guardar- que también despertaban la devoción y el interés entre los fieles. Eran en su mayor parte fiestas relacionadas con importantes momentos de la vida de Cristo o de la Virgen, que en ningún caso pasaban desapercibidas en las tareas organizativas del cabildo, encargado de preparar para su conmemoración diferentes oficios litúrgicos y de realizar los correspondientes gastos y dispendios. El único problema es que si para el Corpus la documentación medieval es escasa, mucho más lo es para estas fiestas que no son tan llamativas. Vuelve a ser otra vez la información del Archivo de Obra y Fábrica la que más noticias da sobre su existencia y sobre los gastos que originaba su celebración. A tenor de ello, se va poniendo de manifiesto que conforme se avanza en el siglo XV y más en época moderna, los principales esfuerzos, sobre todo en lo que respecta a las representaciones escénicas, se concentran en la festividad del Corpus, quedando las otras como algo más esporádico y a las que se destinan cantidades menores de dinero⁶¹.

La que más información ofrece, sin duda, porque sería la más importante después del Corpus es la celebración el 15 de agosto de la *Asunción de la Virgen*, en pleno periodo estival; en ella se conmemora un misterio que sitúa en su centro la figura de la Virgen, cuya devoción se fue afirmando con fuerza a lo largo de la Edad Media y con cuya difusión en la Península Ibérica tuvo mucho que ver la obra de San Ildefonso, arzobispo

⁶¹ Nuevamente es el trabajo de C. Torroja y M. Rivas el que más información ofrece sobre estas fiestas, *Ob. cit.*, págs. 36 y ss.

de Toledo en el siglo VII y apasionado defensor de su virginidad⁶².

En la catedral primada, que fue puesta por Alfonso VI bajo la advocación de Santa María, se celebraban otras fiestas marianas, pero ésta era la principal, hasta el punto de ser, junto a Todos Santos y Pascua, una de las tres fiestas mayores del templo. El cabildo obligaba a asistir a todos sus miembros a las celebraciones litúrgicas de esos días y aprovechaba la mayor afluencia de beneficiados para tomar la cuenta de los vestuarios y tratar en cabildo algunas cuestiones de interés general. Esa conjunción de factores devocionales y económicos haría que el cabildo se esmerara en preparar unos festejos que, en muchos puntos, tienen grandes semejanzas con el Corpus, en el sentido de que también se harían procesiones callejeras, se representarían autos, y danzantes y músicos darían tremendo colorido a la celebración. Una imagen de la Virgen que habitualmente se guardaba en el Sagrario pasearía en andas, las andas de "la María", adornadas con caras de ángeles y con acompañamiento de juglares y tañedores. Por su parte, está constatado que durante ese día se harían representaciones escénicas, e incluso, al prever las que se harían en el Corpus, los organizadores tienen ya en cuenta "las del día de Santa María"⁶³.

Ahora bien, la devoción a la Virgen se prolonga más allá del citado día a otra imagen que tenía gran atracción para el pueblo -la conocida como Virgen de la Antigua- bajo cuya advocación se construyó un altar cercano al emplazamiento de un pozo en el que habría sido guardada ante la presencia musulmana en la ciudad. Recuperadas la ciudad y la imagen de la Virgen, "no solo los ciudadanos de Toledo, sino también otros muchos de

⁶² J. Fernández Conde, "Religiosidad popular y piedad culta", en *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, 1982, págs. 303-308. La obra de Blas Ortiz, *Ob. cit.*, págs. 159-163, deja un interesante relato del papel de San Ildefonso como defensor de la virginidad de María y del agradecimiento de la misma plasmado en su descensión a la catedral para imponer la casulla de obispo a Ildefonso. La catedral alberga incluso una capilla, la de la Descensión, en la que se dice está la piedra sobre la que se posó la Virgen.

⁶³ A.O.F. 769, f. 43r.

diversas partes de la provincia" acudían a la catedral, encargaban misas y depositaban sus limosnas⁶⁴. En el siglo XVI la tradición continuaría, pues así nos lo relata Blas Ortiz, aunque poco a poco la devoción a tal imagen se trasladó a la de la Virgen del Sagrario⁶⁵. Ésta, hoy patrona de la ciudad, conmemora su fiesta el 15 de agosto, y durante la misma, recordando la leyenda medieval citada, se ofrece a los fieles agua del "pozo de la Virgen" ubicado en el claustro.

El ciclo de *Navidad* era también propenso a la fiesta y a la escenificación. Los días finales del mes de diciembre y los primeros de enero dejan constancia de muchos actos, algunos de signo burlesco como veremos en el siguiente apartado y otros claramente conmemorativos del acto principal del cristianismo, el nacimiento de Jesucristo. El día de Navidad sería especialmente celebrado con procesiones, desfile de reliquias y escenificaciones del misterio en las que la figura de los pastores tenía un importante protagonismo junto a la propia Virgen y al Niño ⁶⁶. A través de estos disfraces y de una puesta en escena bastante realista el público asistente veía aparecer ante sus ojos a los personajes principales del Evangelio de una manera más cercana y humana.

Otro momento importante era la *Semana Santa* en la que se hacían una serie de gestos y actos simbólicos en "remembranza de la pasión de Ihesu Christo", que incluían la preparación del monumento con cirios y la colocación de una corona de espinas y un paño manchado de sangre sobre la imagen de Cristo⁶⁷. Significado especial tenían las celebraciones del día de Pascua, otra de las tres fiestas mayores de la catedral, y particularmente la "Visitatio Sepulchri", que escenificaba el descubrimiento del sepulcro

⁶⁴ *La Catedral de Toledo 1549..*, pág. 246.

⁶⁵ R. González, "El mundo de la catedral", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, pág. 48-49.

⁶⁶ A.O.F. 943, f. 123v.

⁶⁷ A.O.F. 761, f. 18r y 21v.

vacío por las llamadas "Marías de la Pasión" y el consiguiente anuncio de la Resurrección del Señor⁶⁸.

Por último, citaremos los fastos organizados en *Pentecostés*, de los que sabemos que ya en 1426 se hizo un artificio para escenificar la venida del Espíritu Santo en forma de paloma que baja del cielo, utilizando aros de madera, telas, pergaminos, papel y cordeles de cáñamo⁶⁹.

En definitiva, estamos ante un conjunto de fiestas que se conmemoraban con gestos cada vez más efectistas para excitar la religiosidad de un pueblo deseoso de vivir estas sensaciones. De ahí la profusión de disfraces para representar a personajes, la simulación de temblores de tierra o lluvias, la utilización de vapores de incienso, flores, paños manchados de sangre, variadas músicas, máscaras y decorados cada vez más artificiosos. Estos elementos externos atraían la atención de los fieles en mayor medida que el sentimiento y misterio de fe que estaban exaltando, pero se daban por buenos siempre que contribuyeran a facilitar la comprensión de unos complejos y, en ocasiones, interminables servicios religiosos. El uso y, en ocasiones abuso, de estos innovadores métodos hace perfectamente válida la idea de que "la liturgia es en si misma un drama", que "reanima e inventa nuevas formas y nuevos medios de expresión"⁷⁰.

C.- El "obispillo" de San Nicolás

Todas las fiestas mencionadas hasta ahora, independientemente de que su componente lúdico pudiera en ocasiones desviarse del sentimiento religioso, respondían a unos esquemas similares que no tenían otro fin que reforzar el esplendor de las actividades litúrgicas del templo primado. Ahora bien, había otra celebración en la catedral que se salía de esos límites

⁶⁸ A.O.F. 763, f. 32v.

⁶⁹ A.O.F. 764, f. 40r.

⁷⁰ A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, vol. XVI, Valencia, 1976, pág. 13.

convencionales y suponía una ruptura -momentánea eso sí- con el orden establecido. Su grado de aceptación entre la sociedad fue tal, que resulta difícil precisar si estamos ante una fiesta propia de la cultura popular o de la eclesiástica, ya que en ella están muy mezclados ambos niveles.

Nos estamos refiriendo a la fiesta de San Nicolás o del "obispillo", de gran arraigo en muchas catedrales occidentales, y, sin duda, una de las mejores expresiones de esas "fiestas de locos" que se desarrollaron durante el periodo medieval y en las que la inversión de papeles, el tono burlesco y la presentación de un "mundo al revés" ofrecen un atractivo punto de análisis. En ellas se respira un espíritu de libertad e irreverencia, que implica una inversión de las jerarquías oficiales y que permite al ser humano abandonar por un corto periodo de tiempo su "rol" cotidiano, y adoptar otro en tono de parodia e ironía. Este tipo de celebraciones no era exclusivo de las catedrales, sino de todos aquellos mundos fuertemente jerarquizados, en los que por un tiempo el centro de la solemnidad lo ocupaban los sectores más débiles y marginados de la sociedad -niños, locos, asnos incluso- a fin de realizar una sátira de las costumbres y usos sociales habituales⁷¹.

Lo que sucede es que, como hemos señalado en otras ocasiones, las catedrales eran uno de los espacios más jerarquizados y el clero que las compone se hallaba fuertemente dividido en sectores; ello las hacía campo de aplicación ideal para la celebración de estas fiestas de locos en las que se

⁷¹ El trabajo que mejor analiza este tipo de festividades es el de J. Heers, *Carnavales y Fiestas de locos*, Barcelona, 1988, que vuelve sobre el tema en "Carnavals et fêtes des fous au Moyen Âge" en *Las Fiestas medievales. Cuadernos del CEMYR*, 2 La Laguna, 1994, págs. 167-181. En la misma obra de conjunto es de interés el artículo de E. Popeanga, "La Desacralización del mundo medieval o el "mundo al revés", págs. 89-103. Sobre idéntico tema, J. Caro Baroja, *El Carnaval*, Madrid, 1965; H. Cox, *La fiesta de locos*, Madrid, 1972; L. Rubio García, "La fiesta del Obispillo", en *Homenaje al profesor Juan Barceló Jiménez*, Murcia, 1990, págs. 607-612; J. Sánchez Herrero, *Las Diócesis del Reino de León. Siglos XIV y XV*, León, 1978, págs. 261-266; F. del Pino, "El obispillo malagueño y su importancia en los orígenes de nuestro teatro", en *Sábega*, 7 (1974), págs. 87-89; VV.AA., *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Madrid, 1999.

invertían los valores establecidos y lo que estaba "abajo" pasaba momentáneamente a estar "arriba". Durante unos días se admitía que los protagonistas no fueran prelados, dignidades o canónigos, sino el conjunto de clerizones, mozos del coro y estudiantes de la catedral que cambiaban su papel de subordinados y encabezaban las procesiones, iniciaban responsos y ocupaban los asientos principales en el coro. Muchas catedrales hispanas albergaron este tipo de fiesta y Toledo, desde su condición de primada, no fue ninguna excepción.

La fiesta se celebraba en invierno, al finalizar el año, tiempo propicio desde la antigüedad para licencias festivas y ritos de inversión social. Dos eran las fechas principales que la enmarcaban: el 6 de diciembre, festividad de San Nicolás, santo de gran difusión en Occidente y patrono de los niños al serle atribuido el milagro de salvar a tres de ellos de morir ahogados, y el día 28 de ese mismo mes, conmemoración de los Santos Inocentes. Ambas fechas tenían que ver con la infancia, la juventud y la inocencia, lo cual se corresponde con los actores principales de la fiesta, los niños y jóvenes vinculados a la catedral. La documentación toledana no es muy explícita sobre el desarrollo de la fiesta durante la Edad Media, pero precisamente en el siglo XVI, cuando se pone fin a la misma, se hizo una descripción a cerca "de la election que antiguamente se hacía del obispo en la Santa Yglesia de Toledo", de la que obtenemos importante información combinada con las escasas referencias de las actas capitulares.

El día de San Nicolás, 6 de diciembre se hacía la elección del "obispillo" por los clerizones reunidos en cabildo. Parece que su nombre se hacía público de una manera un tanto llamativa, mediante un artificio, similar a los que se harían en otras representaciones escénicas, consistente en una nube de la que salían cohetes y "desçienden los angeles y trayan el bonete y un rotulo en que viene escrito el nombre del obispo". Este obispillo era el auténtico rey de la fiesta y, ataviado con su mitra, roquete,

sobrepelliz, capa y demás hábitos episcopales, pronunciaba un sermón desde el púlpito en tono de chanza para hacer reír a los fieles, sermones de los que, lamentablemente en Toledo no ha quedado ningún testimonio⁷². Pero su cometido era más amplio y le obligaba a dirigir los oficios corales y encabezar junto al resto de clerizones la procesión por la iglesia. La posición en el coro de todos ellos sufría durante la fiesta una clara inversión, ya que pasaban a ocupar los asientos de las gradas altas, y dejaban para dignidades, canónigos y racioneros la sillería baja. Este obispo ganaba las distribuciones como un racionero durante ese día y los veinte en que se prolongaban las chanzas y el ambiente festivo propio de este oficio⁷³.

Por fin llegaba el 28 de diciembre, conmemoración de los Santos Inocentes, en que la fiesta del obispo de San Nicolás llegaba a su apogeo. Era ese el día en el que se producía la mayor inversión de papeles hasta el punto de encontrar a canónigos y dignidades haciendo las veces de auxiliares del cabildo, algo que tal vez no harían de buena gana, pero a lo que estaban obligados so pena de perder las distribuciones y no ser tenidos en cuenta para las mismas durante un mes. Los oficios habían de desempeñarse en las primeras y segundas vísperas y en la misa del día de los Inocentes y, entre otros, eran los siguientes: las dignidades actuaban como pertigueros y portadores de cirios; los canónigos hacían de perreros, incensarios y portadores del misal; los racioneros ayudaban a vestir al obispo y sostenían la mitra, el libro, los cetros, los órganos y demás ornamentos necesarios⁷⁴.

⁷² Sí se conservan dos textos en catalán correspondientes a los sermones pronunciados por el obispillo o "Bisbetó". En ellos, tras una presentación por otro clerizón que alababa sus méritos, tomaba la palabra el obispo que glosaba la festividad del día y otros episodios relativos a la infancia (Reyes Magos, Matanza de los Inocentes), culminando con una sátira, no irreverente, contra clérigos, nobles, artesanos y mujeres. L. Rubio García, "Las representaciones sacras en Lérida", en *Estudios sobre la Edad Media española*, Murcia, 1973, págs. 34 y ss; M. de Riquer, *Historia de la literatura catalana*, t. II, Barcelona, 1984, págs. 258 y ss.

⁷³ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 562r.

⁷⁴ Ibidem, f. 562r-563r.

Una vez realizados estos actos en el interior del templo, la fiesta se trasladaba a las calles de la ciudad, donde todo el cortejo desfilaba en ese mismo tono de bufonada ante un público atónito que disfrutaba sobremanera con esa inocentada permitida en la que subyacía una crítica burlesca hacia la actividad de los capitulares, a quienes el obispillo multaba y juzgaba si lo consideraba oportuno. El día concluía con un banquete costeado con los pequeños fondos recaudados durante el recorrido y con la aportación que hacía el propio cabildo. La única referencia conservada presenta a éste destinando en 1490 mil maravedís del refitor "para comyda"⁷⁵. También el prelado contribuía con una cantidad, o al menos eso hizo Cisneros entre 1495-1502 otorgando 200 mrs. anuales⁷⁶. El entusiasmo popular ante este mundo organizado al revés, los efectos del banquete y el tono de chanza y bufonada que desde un principio presidía la fiesta desembocaban en ciertos actos grotescos, irreverencias y mofas que ridiculizan a los más altos responsables catedralicios y que, indudablemente, el cabildo intentará frenar, no siempre con éxito.

Uno de las críticas más severas a las situaciones que provocaba la fiesta la realiza el arzobispo Carrillo, a quien ya vimos poniendo cortapisas a determinados actos deshonestos y comedias que se hacían en determinadas fechas. El Concilio provincial de Aranda de 1473 señala claramente a los que se hacían "en la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y San Esteban, Juan y los Inocentes", es decir todas las que estaban relacionadas con este ciclo invernal. El prelado habla incluso de "turpia carmina et derisorii sermones", que impedían la celebración de los oficios divinos y en nada alentaban a la devoción del pueblo; es por ello que los prohíbe y

⁷⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 11r. (1490, noviembre, 26).

⁷⁶ J. García Oro y M.J. Portela Silva, "El Gobierno Toledano del Cardenal Cisneros en las cuentas", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 2 (2000), pág. 88. Los autores entienden equivocadamente que esta cantidad es "para gratificación del obispo auxiliar, llamado obispillo de San Nicolás", y no para los gastos de la fiesta.

castiga a quienes los permitieran con una multa y la pérdida por un mes de su ración⁷⁷. Veinte años después no habrían cambiado demasiado las cosas a juzgar por el recordatorio que en 1492 ha de hacer el cabildo para que guarden las disposiciones de Carrillo, debido a que los días que iban desde San Nicolás a los Inocentes "se fasian e desian cosas desonestas de que el pueblo tomava mal exemplo"⁷⁸.

Lo cierto es que se inicia una corriente de opinión contraria a este tipo de celebraciones burlescas, que llevan a poner cortapisas e incluso a prohibir la fiesta en algunas catedrales durante los primeras décadas del siglo XVI -Sevilla, Lérida, Gerona-, hasta su definitiva supresión en el concilio de Trento⁷⁹. En Toledo se siguió esta misma tónica. En torno a 1518 se prohibieron los sermones realizados por el obispillo, ya que provocaban "a risa y otras vanidades al pueblo", y pasaron a ser pronunciados por "personas doctas y de autoridad". La situación debía preocupar sobremanera al cabildo que en enero de 1538 escribió a su prelado, a la sazón el cardenal Juan Pardo Tavera, poniéndole en antecedentes de todos los conflictos que generaba la celebración de esta fiesta y solicitándole un pronunciamiento sobre el tema. En la carta se recogen los diversos pareceres que los canónigos tenían sobre la cuestión: unos, los más numerosos, eran partidarios de acabar con la celebración de la misma forma que se había hecho en otras iglesias, alegando que los festejos traían consigo "danças y hombres armados y otras cosas no muy honestas a la yglesia para provocar a plazer al pueblo"; por el contrario, otro sector se resistía a acabar con una "costumbre tan antigua e inmemorial", a la que se ve como un ejemplo de humildad, y, todo lo más, admitía que se reformaran aquellas prácticas que

⁷⁷ J. Sánchez Herreño, *Ob. cit.*, pág. 295.

⁷⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 44r (1492, diciembre, 7).

⁷⁹ M.A. Ladero Quesada, *Ob. cit.*, págs. 21-22.

impedían que "se çelebrase el ofiçio divino con mas paçificação y deçençia"⁸⁰.

Cada una de las partes se apoyaba en sólidos argumentos canónicos, y lo cierto es que, aunque no conocemos la respuesta del arzobispo, se fue imponiendo la postura más intransigente y así, ese mismo año el cabildo, reiterando los escándalos que solía haber en la fiesta "a causa de la mucha gente que a ella concurría", ratificó la prohibición del sermón y la bendición que daba el obispillo, así como la costumbre de sentarse en las sillas altas⁸¹. La fiesta se va poco a poco desvirtuando y privando de algunos de sus elementos más significativos, hasta su total abolición que llegó en el Concilio provincial toledano de 1565, primero que se celebró en la provincia eclesiástica después de las resoluciones de Trento. En la citada convocatoria, además de otros muchos temas, se tomó en consideración "el torpe abuso de la elección fingida y pueril de obispillos" así como la "gran ignominia del orden eclesiastico" que conllevaban estas celebraciones de los Inocentes, de ahí que se prohíban, so pena de ser suspendido de su oficio por seis meses aquel que lo consintiese y penado con una multa pecuniaria pagadera a la fábrica catedralicia⁸².

De esta forma se acaba con la fiesta más atractiva por su innovación y ruptura del orden establecido de cuantas se celebraban en la catedral primada. Ahora bien, ese carácter transgresor no va más allá de unos días al año, pasados los cuales la catedral y su cabildo volvían a recuperar, con más fuerza si cabe, el mando de la situación y la autoridad sobre los jóvenes clerizones. Por eso los responsables catedralicios consentían la celebración de estas "travesuras" en las que canónigos y dignidades eran el objeto de la

⁸⁰ A.C.T. I.6.C.1.13. (1538, enero, Toledo).

⁸¹ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 563r.

⁸² Un estudio sobre el concilio, que incluye además la publicación de sus actas en A. Fernández Collado, *El Concilio Provincial Toledano de 1565*, Roma, 1995.

chanza y que, si sobrepasaban ciertos límites, podían representar algún peligro. El cabildo se avenía a ser el objeto de la sátira, sabedor de que, por mucha parodia que se hiciese, el control de la situación era suyo y la duración de la libertad efímera. Heers pone el dedo en la llaga al afirmar que, aunque de modo burlesco, la fiesta del obispillo deja constancia en la ciudad que la celebra de la pujanza del grupo catedralicio, del que también forman parte estos servidores o protegidos que por un día tocan la gloria. Esta es para el autor la clave que explica el interés que incluso los canónigos más ricos y eruditos tenían en esta fiesta y el porqué la toleraban a pesar de las irreverencias que se lanzaban contra ellos⁸³. Algunos autores, no obstante, piensan que el interés del cabildo al consentir la fiesta no era sólo el de reforzar su poder. También miraba por la formación de los clerizones y de ahí que dé a la fiesta un contenido didáctico, ya que el sermón que tenían que pronunciar y el resto de sus actuaciones en el coro eran una forma de aficionar a los jóvenes al oficio sacro y de proporcionarles una suerte de "ensayo" de lo que podrían ser sus ocupaciones habituales si decidieran seguir la carrera eclesiástica⁸⁴. Lo cierto es que aquellos mozos que tomaban el papel de obispo durante las celebraciones quedaban significados en alguna forma y desde entonces, cuando se aludía a ellos, junto a su nombre aparecía la expresión "clerizon, obispo que fue de San Nicolás"⁸⁵.

D.- Fiestas extraordinarias

Las fiestas anteriormente citadas se realizaban en una fecha fija, estaban programadas y se sabía desde el inicio del año litúrgico cuando

⁸³ J. Heers, *Carnavales y fiestas de locos*, Barcelona, 1988, págs. 170-171.

⁸⁴ L. Rubio García, *Ob. cit.*, págs. 609-610.

⁸⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 71v. Es lo que sucedió el 6 de octubre de 1474 cuando se encomienda una lectoría al clerizón Diego de la Parra.



correspondía conmemorarlas. Junto a ellas, hay otra serie de festividades que surgían de forma imprevista y extraordinaria, pero que obligaban al Ayuntamiento de la ciudad de Toledo y -por lo que a nosotros interesa- a la catedral, como uno de los pilares de la misma, a participar en ellas, tanto económicamente como desde el punto de vista organizativo. Sin pretender ser exhaustivos, en las siguientes páginas significaremos mediante algunas pinceladas el papel que correspondía interpretar a la catedral primada en estas solemnidades eventuales, diferenciando entre aquellas que le afectaban de una manera directa, obligándola a actuar como maestra de ceremonias, y otras en las que solo le cabía una intervención de orden menor.

En el primer caso hay que significar el que, sin duda, era uno de los acontecimientos que mayor ocasión proporcionaba para la organización de festejos por la catedral: el *recibimiento por vez primera del nuevo arzobispo*. Ello, sin duda importante para cualquier ciudad, tenía un significado especial para Toledo, al ser su prelado el primado "de las Españas" y tener, al margen del peso religioso, una influencia política de gran alcance. En honor a la verdad cabe decir que la entrada del arzobispo en la ciudad, dadas sus frecuentes ausencias, era siempre ocasión de júbilo y celebraciones, pero la que tenía un mayor significado era la que hacía por primera vez, en ocasiones, algunos años después de haber sido elegido para el cargo.

La importancia del momento era tal que un amplio estatuto capitular está dedicado precisamente a exponer "De como se ha de haçer resçibimiento al Arçobispo de Toledo quando viniere a Toledo"⁸⁶. El documento es del siglo XVI, pero refleja perfectamente la situación anterior, pues recoge una serie de gestos y actos rituales que variaban muy poco de una época a otra. Los actos empezaban a prepararse dos o tres días antes de la llegada, cuando se reunía el cabildo y tomaba todas las medidas

⁸⁶ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 207r-210v.

necesarias para que los actos tuvieran el suficiente esplendor. Sin duda, lo primero era implicar en los mismos al Ayuntamiento toledano, para lo cual dos canónigos se acercaban a su sede, comunicaban la buena nueva a regidores y jurados y solicitaban su colaboración en el recibimiento a las puertas del templo y su asistencia a las ceremonias preparadas a tal efecto. Mientras tanto, otros canónigos y el maestro de ceremonias se adelantaban una jornada al lugar donde pernoctaba el prelado a fin de prepararle también para que cumpliera acertadamente con el complejo protocolo que rodeaba los actos⁸⁷.

Así las cosas, el cabildo organizaba un importante cortejo en el que participan los diferentes sectores del clero catedralicio -perfectamente ordenados como en todas sus apariciones públicas- que cabalgaban con mulas bien guarnecidas hasta el lugar donde se hospedaba el prelado fuera de la ciudad. El encuentro se producía en un lugar espacioso, había saludos protocolarios y, finalmente, la comitiva se dirigía a la ciudad donde en el exterior de la catedral, junto a la puerta del Perdón, permanecían las cruces parroquiales con sus curas y beneficiados al frente y por supuesto el Ayuntamiento con todos sus regidores y jurados. Una vez cumplimentado, se producía el ingreso oficial del prelado en la catedral; los capitulares, que previamente habían entrado para preparase, salían en procesión ataviados con sus capas a recibirle, y le exigían que jurase el libro de las constituciones del cabildo; el acto terminaba con una misa en la capilla

⁸⁷ Realmente, sorprende ver el complicado ritual que debía cumplimentar el arzobispo: "se lavara y se peynara y se vestira otro vestido, es a saber, sotana, roquete limpio, manto abierto por delante y muçeta y bonete y su fuera cardenal todo el vestido sera colorado, y si fuere frayle se vestira sobre el habito que trahe una capa consistorial de tafetan del color del habito que tiene. Tendra la mula muy limpia y muy bien adereçada [...]. Quando subiere en la mula, si llevare capa consistorial pondra su caballeriço las delanteras de la capa tendidas de manera que las puntas dellas se pongan sobre la cabeça de la mula y puestas y asidas con la guarniçion debaxo de la correa que viene sobre la cabeça y tendidas entrambas faldas sobre el pescueço de la mula cada delantera a su parte". Ibidem, f. 207v-208r.

mayor oficiada con la parafernalia acostumbrada.

Pero hemos hablado de fiesta, y el tono de la misma la daba la múltiple presencia popular tanto en las calles, a lo largo de todo el recorrido que conducía a la catedral, como dentro del propio templo, donde la gran presencia de público obligaba a los responsables catedralicios a cerrar las puertas. El ambiente festivo se dejaba sentir también en el alegre toque de las campanas, en los cantores que se entremezclaban con el cortejo y en las luminarias que lucían en la catedral, casas consistoriales y arzobispales. Amén de ello "la çibdad en estos días suele tener en la plaça del Ayuntameinto comedias y bueyes y toros para alegrar a la çibdad con este reçibimiento"⁸⁸.

Indudablemente, el cabildo ponía su mayor empeño en dar a estos actos gran solemnidad y esplendor ya que era para él un inmejorable medio propagandístico frente al resto de eclesiásticos de la ciudad y al poder civil de la misma. La documentación ha reflejado las entradas oficiales que por primera vez realizaron Mendoza y Cisneros en las décadas finales del siglo XV. En concreto, la realizada por el poderoso cardenal de Santa Cruz se produjo en 1484, dos después de ser elegido para el cargo, y a cerca de la misma el cronista Francisco de Medina y Mendoza dejó una interesante referencia. Parece que Mendoza llegó a Toledo al lado de la reina, como escala en su viaje a Andalucía, lo cual haría el recibimiento doblemente espléndido. El cabildo intentó que el cardenal se adelantara un día, para poder procurarle los honores que como su prelado merecía, pero éste se negó alegando que no había para él mayor honor que entrar acompañado de la reina y que ésta le diera posesión de la iglesia que con tanto celo había

⁸⁸ Ibidem, f. 210r.

procurado para él⁸⁹. Mendoza emplazará al cabildo a que deje para otra ocasión la ceremonia de recibimiento a su persona, algo que tal vez pudo ocurrir el 4 de diciembre de 1490, cuando el prelado vuelve a la ciudad tras una larga ausencia. Por su parte, la primera visita de Cisneros para tomar posesión personal del arzobispado se retrasó hasta septiembre de 1497, dos años después su nombramiento y en un momento difícil en sus relaciones con el cabildo⁹⁰.

Si extraordinarias, por lo inusual y por la gran solemnidad con que se desarrollaban, eran las fiestas que se hacían para recibir a los prelados, faltarían calificativos para definir las que se harían ante el *traslado a la ciudad de los restos y reliquias de algunos santos*, especialmente si estaban vinculados a la Iglesia toledana. Muchas son las reliquias que a lo largo de la Edad Media fueron enriqueciendo este patrimonio que tanto incitaba a la devoción al pueblo⁹¹, pero los traslados de los que consta una mayor información y que pueden servir de referencia son los dos que se realizaron en la segunda mitad del siglo XVI para recibir los restos de San Eugenio, venerado arzobispo toledano, y Santa Leocadia, mártir originaria de la ciudad. Sus cuerpos reposaban hasta entonces en sendos monasterios de Francia y Flandes, y, tras difíciles negociaciones al más alto nivel, fueron

⁸⁹ F. de Medina y Mendoza, *Vida del cardenal Don Pedro González de Mendoza. Memorial Histórico Español*, vol. I, VI, Madrid, 1853, pág. 254. En un capítulo precedente, al referirnos a la elección de los arzobispos, señalamos ya la importancia de las "entradas" de los prelados, con las que culminaba todo el complicado procedimiento electoral que se ponía en marcha apenas se producía la vacante de la sede.

⁹⁰ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 177v y 179r.

⁹¹ Diversos arzobispos entre los siglos XVI y XVIII mandaron realizar los correspondientes inventarios de reliquias, de los que ha quedado testimonio en el Archivo Capitular. De ellos y de la relación de las reliquias que hoy se exponen al público en la llamada "Capilla del Ochavo o de las Reliquias" da cuenta A. Fernández Collado, "Dos lugares emblemáticos en la catedral de Toledo", en *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*, Cuenca, 2000, págs. 125-151. En la misma obra de conjunto es también interesante el trabajo de F. Martínez Gil, "Religión e identidad urbana en el Arzobispado de Toledo (siglos XVI-XVII)", págs. 15-57.

conducidos a la sede primada en 1565 y 1587, respectivamente⁹². En estos casos, la intervención capitular se iniciaba tiempo antes de la llegada, ya que solía estar presente en las negociaciones, enviaba a algún representante a acompañar al cortejo durante su viaje y, por supuesto, ya en la ciudad, poblada de una muchedumbre venida de numerosos lugares, era el responsable de recibir, con la solemnidad acostumbrada, el arca en el que viajaban las santas reliquias. Como siempre, el toque de las campanas, el adorno callejero, la procesión y la misa que se realizaba al día siguiente de la llegada eran cuidadas en todos los detalles por los capitulares⁹³.

Junto a estas fiestas en las que cabildo y catedral eran parte interesada y organizadora, se desarrollan otras celebraciones de las que no eran protagonistas, pero en las que, dada la omnipresencia de la Iglesia, siempre cabía interpretar un papel o, cuando menos, ceder el escenario catedralicio. En esencia, eran fiestas y conmemoraciones de la realeza, en la que ésta utilizaba todos los recursos a su alrededor para afirmar su legitimidad y publicitar los actos más significativos que afectaban a la vida del reino o de los propios monarcas. Estas ceremonias regias eran múltiples y variadas, y han sido objeto de una acertada clasificación⁹⁴, pero aquí solo nos referiremos a aquellas en las que de forma más o menos directa se vio implicado el cabildo toledano.

En primer lugar hay que hablar del papel que la catedral desempeñaba en las "*entradas*" reales y *principescas* que se produjeron en la ciudad y que tenían una gran significación política para la misma. En

⁹² El contexto que rodeó estos traslados y las principales referencias bibliográficas en A. Fernández-Collado, *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte y personas*, Toledo, 1999, págs. 171-182.

⁹³ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 91r-92r y 96v-97v.

⁹⁴ De gran claridad es el trabajo de J.M. Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993. También ofrece interesantes datos M. Asenjo González, "Las Ciudades", en J. M. Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica: Propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, 1999, págs. 129-138.

ellas se pone el acento en exaltar la majestad monárquica y el poder regio, poniendo los monarcas en escena un "complejo espectáculo dramático" con fines claramente propagandísticos a fin de exhibir su poder ante las autoridades del reino y todo el pueblo⁹⁵. En ellas, la encargada de organizar los solemnes recibimientos era la ciudad a través de su Ayuntamiento, pero el clero catedralicio, como el parroquial, participaba de los actos protocolarios de bienvenida. De la misma manera que el cabildo solicitaba de regidores y jurados una participación, éstos comprometían a los capitulares a acudir a recibir a los monarcas, tal como recogen los estatutos de la corporación: "Y ase de notar que quando el Arçobispo viene convidan el cabildo a los del Ayuntamiento y quando entra el Rey o persona rreal convidan los del Ayuntamiento al cabildo"⁹⁶. Era, por tanto, una colaboración de ida y vuelta, que se incrementaba a favor del cabildo en el caso, bastante habitual, de que se realizara algún acto en el interior del templo y los monarcas utilizaran en su provecho la complicada liturgia catedralicia. Como indica el profesor Nieto Soria,

a fines de la Edad Media, lo religioso mostró una gran eficacia en la expresión de pretensiones políticas. En lo religioso se podía encontrar un extenso repertorio de ritos que aplicados al campo político o puestos en relación con referencias políticas eran susceptibles de producir un notable efecto propagandístico⁹⁷.

La significación de Toledo como una de las principales ciudades de Castilla, sede frecuente de reuniones y celebraciones de Cortes, a la que asisten el rey o miembros de su familia y en la que pasaban largas temporadas, haría bastante habitual la celebración de estos fastos y recibimientos en los que el papel del cabildo siempre se dejaría notar. Sólo

⁹⁵ R. de Andrés Díaz, "Las "entradas reales" castellanas en los siglos XIV y XV según las crónicas de la época", en *En la España Medieval*, 4 (1984), págs. 48-62 y "Fiestas y espectáculos en las Relaciones Góticas del siglo XVI", en *En la España Medieval*, 14 (1991), págs. 306-336.

⁹⁶ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 207v-208r.

⁹⁷ J. M. Nieto Soria, *Ob. cit.*, pág. 83.

como anécdota, reseñaremos el asombro con que los toledanos de cualquier condición vivirían la llegada de Fernando el Católico para participar en las decisivas Cortes de 1480 acompañado de un elefante vivo, claro símbolo por entonces del poder y majestad regios⁹⁸.

Amén de colaborar en estos recibimientos, el cabildo también participaba en otras fiestas políticas que se celebraban con o sin la presencia de los monarcas para conmemorar acontecimientos importantes en la vida del reino: bodas, nacimientos, victorias en batallas, etc. Eran las que en Castilla se denominan "*alegrías*" y, de las que sepamos, el cabildo intervino en las que se hicieron "por la tomada de la grand çibdad de Granada", a las que contribuyó con un gasto en cera para la procesión que se hizo con tal motivo, gasto que se toma del dinero del refitor en su mayor parte y en menor medida del subsidio que tenía el maestrescuela⁹⁹. No sabemos con exactitud en que consistieron estas fiestas en Toledo, aunque podemos pensar que no diferirían mucho de las que se hicieron en Sevilla o Zaragoza con el mismo motivo¹⁰⁰, o incluso de las vividas por la propia Toledo varias décadas antes, en 1431, ante el regreso del ejército comandado por Juan II tras una campaña victoriosa por el reino de Granada que les había llevado a las mismas puertas de la ciudad¹⁰¹. Entre el 27 de agosto y el 3 de septiembre de ese año, si hacemos caso de las crónicas, la ciudad de Toledo vivió una auténtica "apoteosis ceremonial". El deán y cabildo de la

⁹⁸ J.M. Carretero Zamora, *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, 1988, pág. 149.

⁹⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 28v (1492, enero, 21).

¹⁰⁰ J. de Mata Carriazo, "Alegrias que hizo Sevilla por la toma de Granada", en *Clavileño*, 21 (1953), págs. 21-27; D. Buesa Conde, "Manifestaciones de la religiosidad popular de Zaragoza en el siglo XV: las procesiones devocionales y en acción de gracias por la toma de Granada", en *Aragonia Sacra*, 2 (1987), págs. 45-58. En concreto en Sevilla, los actos estuvieron organizados conjuntamente por el cabildo y el ayuntamiento granadino que se reúne el día 23 de enero para empezar a planear los festejos. Estos se realizan el domingo 29, aunque se prolongan algunos días más, y contaron con los actos habituales, a saber, procesión, misa y sermón, toros, entremeses, etc.

¹⁰¹ P.A. Porras Arboledas, *Juan II (1406-1454)*, Palencia, 1995, págs. 175-184.

ciudad cumplieron un papel importante en las celebraciones, especialmente en la organización de la magna procesión que durante más de dos horas recorrió las calles de la ciudad hasta llegar a la catedral y en la que se exhibieron numerosas imágenes y reliquias, amén de las armas reales y los pendones, portados por dos canónigos, y depositados por el rey en la Capilla de Reyes Nuevos ante la tumba de sus padres. Con tal ocasión, la ciudad vivió justas, fiestas, toros y hasta certámenes poéticos en el Alcázar como en las grandes ocasiones¹⁰².

Los casos descritos hasta ahora, así como otros que circunstancialmente se desarrollaban en la catedral -juramentos de príncipes herederos, vela de armas antes de una campaña- son en todo momento ocasión de alegría y alborozo, tanto para los "actores" principales, como para el pueblo, que actuaba como mero espectador, pero que gustaba de presenciar y participar en el bullicio que rodeaba todos los actos. Pero junto a ellos hay un tipo de "fiesta" en la que el lugar de la alegría por la victoria o el recibimiento deja paso a la tristeza por la despedida ante el fallecimiento de insignes personajes. Tan luctuosos acontecimientos daban ocasión a la realización de solemnes *honras fúnebres* y *funerales en la catedral*, máxime si los fallecidos eran sepultados en el propio recinto catedralicio. Especialmente "celebradas" eran las muertes y entierros de monarcas y prelados, tal como señalamos al analizar el culto funerario desarrollado en el templo. Ya allí se refirió el complejo ceremonial desplegado por el cabildo para honrar al cardenal Mendoza, fallecido en Guadalajara, pero trasladado a Toledo para reposar definitivamente en la catedral. El relato que el racionero Arcayos ha transmitido de los hechos recoge perfectamente el ambiente, aunque luctuoso, que viviría Toledo ante el incesante tocar a difunto de las campanas de todas las iglesias, las

¹⁰² J.M. Nieto, *Ob. cit.*, págs. 151-153.

numerosas misas y plegarias que se dirían en las parroquias y la lúgubre procesión en la que sería trasladado el cuerpo -flanqueado por cien hachas de luz y acompañado de todos los clérigos de la ciudad- hasta el "cadhalso" que se levantó entre los dos coros de la catedral, donde sería expuesto ante los fieles antes de ser llevado al sepulcro¹⁰³. El viajero Münzer presencié estos actos admirado y da cuenta de como "en los arrabales como en las calles de la ciudad había millares de personas asomada a las ventanas, pues Toledo era mayor y mas populoso que Nuremberga"¹⁰⁴. Tales circunstancias no serían infrecuentes en Toledo, ya que son mayoría los prelados que están enterrados en la catedral, pero en ningún caso dejarían indiferentes a sus habitantes.

5.2.2.- Procesiones

Acabamos de señalar alguno de los momentos festivos más importantes para la catedral de Toledo y, por extensión, para toda la ciudad, y, como se ha visto, muchos de ellos tenían como núcleo central de sus celebraciones una solemne y espectacular procesión rodeada del mayor boato. No obstante, los desfiles procesionales organizados por el cabildo y el templo primado no se reducen a unas cuantas fechas del calendario oficiadas de manera especial; por el contrario, lejos de ser algo excepcional, las procesiones estaban perfectamente incorporadas a los actos litúrgicos catedralicios y eran tan habituales como las misas o el rezo de las horas canónicas.

La razón de situarlas, no en el capítulo dedicado a los servicios culturales ofrecidos desde el templo, sino en este dedicado a la proyección

¹⁰³ Libro Arcayos. B.C.T. MS 42-29, f. 178r-v.

¹⁰⁴ *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1997, pág. 51.

que tenían algunos de esos servicios entre los fieles, estriba en que por su vistosidad, por su frecuencia y por el despliegue ceremonial que conllevaban, eran uno de los actos que más muchedumbre congregaban y que más proyectaban la imagen jerárquica y de poder que el cabildo quería ofrecer a la población. En ellas también se desplegaba un solemne ritual cuidado con mimo por el cabildo y los responsables catedralicios que, además, obligaban a todos los beneficiados a estar presentes en ellas, de la misma manera que en los oficios de las horas o en las misas conventuales. Don Blas Fernández a mediados del siglo XIV así lo hace constar en sus estatutos, penando a los que faltaran a las procesiones sin causa justificada con la privación de su porción del refectorio y su correspondiente ración de "pan y sal", una de las rentas repartidas entre ellos¹⁰⁵.

El estudio de las diferentes procesiones que se desarrollaban en el templo puede hacerse atendiendo a criterios diversos, desde el temático al de su duración, pasando por la frecuencia o la solemnidad con que se realizaban. Hemos optado, no obstante, por un criterio "espacial", en el que diferenciamos a las procesiones según el recorrido que desarrollaban, para ir a partir de ahí integrando todos los temas, tipos y variedad de desfiles organizados en la catedral.

A.- Procesiones por el interior del templo

Los cortejos procesionales sólo salían del templo en las fiestas más significadas del calendario litúrgico, siendo muchas más las ocasiones en que los mismos se producían sólo por el interior del perímetro catedralicio, tanto por las naves y girola como por el claustro.

¹⁰⁵ B.N. Mss. 6260, f. 3v: "Qui vero ex canonicis et sociis ad canonicas horas maxime ad matutinum vel missam, seu vespas saltem semel in die vel ad processiones que fiunt in ecclesia diebus dominicis et solemnibus festis legitima excusationem non habentes non venerint in portione refectorii et panis ac salis illius diu noverint seprivatos".

En función de la solemnidad del día estas procesiones interiores tenían un recorrido diferente, pero, independientemente de ello, los preparativos para su configuración eran, como todos los actos que se realizaban en el templo, muy prolijos. Había que disponer las vestiduras adecuadas, los ciriales, los incensarios, las cruces y las reliquias y, llegado el momento, se daba la orden a un clerizón para que "haga sennal con la cuerda al campanero para que tanna solemne todo el tiempo que durara la proçesion". Al propio tiempo, los cantores empezaban a entonar incesantemente las diferentes melodías previstas para el día, e iban saliendo del coro todos los beneficiados ocupando su sitio en el cortejo, en función de su orden y antigüedad, como en todas sus manifestaciones públicas: clerizones, capellanes, extravagantes, racioneros, canónigos y dignidades, repartidos en dos columnas por coros y flanqueados por delante y detrás por las cruces de Carrillo y Mendoza, así como por otras reliquias. Cerraban el cortejo el preste, diácono y subdiácono semaneros y el arzobispo si estaba en la ciudad; como curiosidad, diremos que el desfile lo abría el perrero provisto del "açote con que castiga a los perros por de fuera"¹⁰⁶.

Tres eran, en función del itinerario, los tipos de procesiones que se desarrollaban en el templo: enteras, medias y de "dominicas".

Las procesiones *enteras o solemnes* eran aquellas en las que "el cabildo desta Sancta Yglesia hace proçesion por alrededor de todo el ambito desta Sancta Yglesia por dentro della"¹⁰⁷. El recorrido partía del coro de los beneficiados y encaminándose a su derecha, se dirigía a la capilla de Santa Lucía, bordeaba la capilla mayor, recorría toda la girola, bajaba por la nave del Evangelio, continuaba por la fachada principal del templo y por la nave de la Epístola retornaba al coro. Durante ese itinerario se hacían tres paradas o estaciones: en la capilla de San Ildefonso, en el Sagrario, y en la

¹⁰⁶ Ibidem, f. 252r-255v.

¹⁰⁷ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 252r.

puerta del Perdón, en las que se cantaban algunos responsos y rezaban diversas oraciones¹⁰⁸.

Este tipo de procesiones coincidía con las principales fiestas de seis capas incluidas en el calendario litúrgico, tanto móviles (Pascua, Ascensión, Pentecostés, Trinidad o Corpus Christi), como fijas (Circuncisión, Epifanía, San Ildefonso, Purificación de la Virgen, Anunciación, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Santa María Magdalena, Santiago apóstol, Transfiguración del Señor, Asunción de la Virgen, Natividad de la Virgen, Dedicación de la Iglesia toledana, Todos Santos, San Eugenio, Concepción de Santa María, Santa Leocadia, Expectación de la Virgen y Nacimiento del Señor)¹⁰⁹. Como antes vimos, algunas de ellas -Corpus, Virgen de Agosto- continuaban con procesiones en el exterior y con variadas representaciones, porque era lo propio de la fiesta.

Las llamadas *procesiones medias* se hacían solo por la mitad del perímetro catedralicio y podían seguir dos itinerarios. El primero, como en el caso anterior, salía del coro dirigiéndose a la derecha, bordeaba el altar mayor, hacía estación en la capilla de San Ildefonso, sita en la girola, y retornaba al coro pasando por delante del Sagrario. La segunda posibilidad era cubrir la otra mitad de la iglesia, la que saliendo del coro por la izquierda pasaba delante de la capilla de San Pedro y al llegar a la capilla del Bautismo buscaba la nave principal, descendía a la puerta del Perdón y remontaba por la nave de la Epístola hasta regresar al coro. La estación no aparece señalada en el estatuto pero se haría en alguna de las capillas del recorrido¹¹⁰.

¹⁰⁸ El recorrido se alteraba si el día de la procesión se conmemoraba la fiesta de alguna de las advocaciones de las capillas del templo, haciéndose en ella la primera estación.

¹⁰⁹ Las dos únicas que no coincidían con fiestas de seis capas eran San Sebastián, de 9 lecciones, y San Bernardo, de 4 capas. De todas formas, la información del estatuto es de fines del siglo XVI o principios del XVII y puede que para entonces hubiera cambiado el tipo de celebración.

¹¹⁰ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 256r-258r.

El orden del cortejo seguiría las pautas señaladas en las enteras, y los días coincidirían con algunas fiestas de seis capas (San Blas, San José, Santos Felipe y Santiago, Invención de la Santa Cruz, Triunfo de la Santa Cruz, Santa María de las Nieves, San Lorenzo, San Bartolomé, Exaltación de la Santa Cruz, Presentación de María en el templo, Santa Catalina, Santa Lucía, Santo Tomás), de cuatro capas (Cátedra de San Pedro, San Matías, San Julián, San Gabriel, San Bernabé, San Pedro ad Vincula, San Agustín, "Decollatio" de San Juan, San Mateo, San Jerónimo, San Lucas, Santos Simón y Judas, San Andrés, San Nicolás, San Esteban, San Juan y Santos Inocentes) y de dos capas (Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís).

Por último, *todos los domingos del año* se harían también procesiones, tanto los domingos simples u ordinarios como los que coincidían con la octava de alguna fiesta importante. En los primeros el cortejo salía del coro, se dirigía a la capilla de Santa Lucía, donde hacía estación, continuaba bordeando la capilla mayor, y hacía sendas paradas en la capilla de Santa Cruz y en el altar de Santa Elena. Por su parte, los domingos "infra octavas" tenían un recorrido similar, aunque solo hacían estación en la capilla de San Ildefonso¹¹¹.

B.- Procesiones por las calles de la ciudad

Como antes hemos señalado, las fiestas más solemnes celebradas en la catedral y en la ciudad de Toledo, se conmemoraban con espectaculares procesiones que saliendo de los muros del templo, se encontraban con una muchedumbre de gentes deseosas de disfrutar del espectáculo que el cabildo había organizado para la ocasión. Poco más hay que añadir a lo señalado para el Corpus Christi, la Asunción de la Virgen o las celebraciones de la

¹¹¹ Ibidem, f. 259r-262v.

Navidad, en las que el goce y la emoción popular llegaría a sus más altos niveles.

Pero, al margen de estas fiestas, con la que ningún otro acto organizado desde el templo podía competir en esplendor e inversión económica, había otras ocasiones en que el cortejo procesional salía del templo y recorría parte de sus calles, llegándose a alguna iglesia o monasterio del mismo, la mayor parte de las veces con el acompañamiento de los representantes y las cruces de las parroquias, de los frailes de los principales monasterios e incluso del Ayuntamiento ciudadano. El cabildo, en estas salidas por la ciudad, ponía gran empeño en diferenciarse de los otros clérigos por la riqueza de su vestuario, por eso "avida informacion de los antiguos" acuerda que los canónigos, tras hacer el recorrido en sobrepelliz, tomen las capas para decir el oficio en la iglesia o monasterio de destino con toda la solemnidad posible¹¹².

Este tipo de procesiones estaba vinculado, preferentemente, a dos circunstancias: las rogativas al cielo para solicitar la ayuda ante dificultades que se avecinaban, y la acción de gracias por la concesión de alguno de esos apoyos.

Un estatuto capitular apunta las siguientes motivaciones para las misas y procesiones de *rogativa*:

Suelen haçerse quando hay neçessidad como quando hay poca salud, quando ay peste, por la salud de los Reyes, Prínçipes, Arçobispos de Toledo, por la salud de aquellos que son menester para las guerras, por las guerras que Dios de victoria a los christianos contra infieles, por los frutos de la tierra, y por agua, por ellectiones de Pontifiçes, Reyes, Prínçipes, Arçobispos de Toledo y por la langosta y otros casos semejantes¹¹³.

A tenor de este párrafo, la casuística a que atendían era múltiple: la

¹¹² A.C.T. Actas Cap. I, f. 37r. (1471, febrero, 22-23). El acuerdo se toma a propósito de la salida que deben hacer al monasterio de Santo Domingo el Real para decir oficios por el noble caballero y mariscal Payo de Ribera.

¹¹³ Ibidem, f. 263r.

salud de los arzobispos y el éxito de algunas de sus empresas; los monarcas y sus intereses privados o públicos -partos, enfermedades, viajes, encuentros diplomáticos-; una victoria militar; fenómenos meteorológicos (agua); enfermedades o epidemias (pestilencia); la buena marcha de los cultivos, entre otros objetivos. Cuando tras la celebración de esos actos la petición era atendida, se hacían procesiones de *acción de gracias* "después que Dios Nuestro Señor ha querido conceder aquello que sus siervos le han pedido"¹¹⁴.

Éstas, como las anteriores, podían realizar sólo un breve itinerario por el propio ámbito del claustro catedralicio, pero con mayor frecuencia se dirigían a iglesias y monasterios de la ciudad, aunque no ha quedado constancia concreta de los destinos. Sí sabemos que la comitiva podía hacer misa en la parroquia o monasterio al que se dirigía o bien sólo estación, pero en todo caso, el recorrido estaba aderezado con una completa serie de rezos, responsos y cánticos que darían mayor esplendor al desfile.

En este mismo capítulo habría que incluir unas procesiones de claro sentido penitencial, las llamadas "*letanías*", realizadas con el fin de preparar el espíritu para las grandes solemnidades litúrgicas, especialmente la Cuaresma. En ellas la costumbre era ir a la parroquia de San Salvador, aunque en ocasiones algunas circunstancias alteraban el recorrido, como en 1493 en que por obras se va al convento de la Trinidad¹¹⁵.

Como ya antes se dijo, el vicario de la ciudad era el encargado de hacer de puente entre el templo primado y todas estas actividades que le hacían salir de sus muros y contactar con diferentes sectores ciudadanos. La composición de los desfiles, a los que asisten regularmente los representantes de las parroquias portando sus cruces, provocaba en ocasiones ciertas irregularidades, sobre todo si alguno se retrasaba, no aparecía o abandonaba

¹¹⁴ Ibidem. f. 266r.

¹¹⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 50r. (1493, mayo, 8).

el cortejo antes de tiempo. Todas estas situaciones eran penadas por el fiscal auxiliar del vicario, quien iba dentro de la procesión con un cetro de plata dorado, para dejar clara su capacidad de vigilar cuanto en ella sucediese. También el público espectador debía plegarse a sus requerimientos, al estar obligado a descubrir su cabeza de gorros y sombreros cuando llegaba la clerecía. Ni siquiera el propio recorrido se libraba de la inspección del vicario y su auxiliar, pues habían de retirarse del mismo aquellas "tablas" consideradas deshonestas y poco acordes con el sentido religioso del cortejo procesional que desfilaría ante ellas¹¹⁶.

C.- La catedral, estación de procesiones ciudadanas

La catedral no sólo era punto de partida de múltiples procesiones que se extendían por diferentes puntos de la ciudad o por el interior de su recinto. También era estación de otros desfiles organizados por diferentes parroquias, monasterios, cofradías u hospitales en los días de sus advocaciones o en alguna fiesta señalada, y que tenían la deferencia de hacer estación en el templo primado, concretamente entre los dos coros. Era una forma de manifestar la preeminencia de la catedral como iglesia madre de la archidiócesis y de expresar la comunión entre todas las instituciones religiosas de la misma. Habitualmente, entraban en el templo mientras se estaban celebrando los oficios divinos y, a fin de no alterarlos demasiado, sólo una representación de los beneficiados -dos canónigos y cuatro racioneros- salía a recibirlos y les acompañaba en su recorrido, entonando los correspondientes responsos, hasta la salida¹¹⁷.

El abigarrado estatuto que recopila el racionero Arcayos da noticia

¹¹⁶ B.C.T. MS 42-29, f. 228r.

¹¹⁷ B.C.T. MS 42-29, f. 237r. En caso de que la procesión procediese de la parroquia de alguno de los beneficiados, podrán estos salir a acompañarla, sumándose a los seis que estaban autorizados para ello.

de muchas de estas procesiones, de los puntos de partida de las mismas y de las estaciones que hacía durante el recorrido, siempre tras pasar por la catedral, que solía ser el primero de los destinos. Esas estaciones eran normalmente iglesias parroquiales, monasterios e incluso ermitas extramuros, lo cual alargaría claramente el itinerario. Sirvan los casos que a continuación significamos como ejemplo de algunos de estos cortejos procesionales: Coincidiendo con la festividad de San Sebastián el 20 de enero salía de la parroquia mozárabe de Santa Justa y Rufina una procesión que tras pasar por la catedral y el monasterio de Santa Isabel descendía hasta la iglesia de San Sebastián, también mozárabe, donde se decía misa y sermón antes de volver a su punto de partida. El 3 de mayo, día de la Invención de la Cruz, la cofradía sita en la parroquia de San Nicolás organizaba una procesión que, además de a la catedral, se llegaba a la iglesia colegial de Santa Leocadia extramuros, donde también se decía misa y sermón. Por último, desde 1425 el quinto domingo después de Pascua, se hacía una procesión desde la capilla de la Virgen de la Estrella, contigua a la iglesia de Santiago del Arrabal, con dirección al monasterio de Santa María la Blanca, donde se haría misa y sermón, sin dejar, claro está, de pasar por el templo primado. La procesión, a cargo de la cofradía de dicha capilla conmemora la visita que en tal fecha realizó a Toledo el famoso predicador Vicente Ferrer, que, acompañado de una gran multitud, se encaminó a la judería y dijo misa en la sinagoga de Santa María la Blanca¹¹⁸.

El conjunto de la clerecía toledana acudía también y de forma ocasional a la catedral para celebrar una serie de actos particulares a los que quería dar especial solemnidad. Al menos así sucede desde que en 1479 el cabildo le permite celebrar en el templo, concretamente en la capilla de

¹¹⁸ Ibidem, f. 237v-240v.

Santiago, las misas de aniversario que cada cuatro meses tienen costumbre hacer por los "hermanos e bienfechores" de sus respectivas iglesias. La licencia del cabildo llega tras considerar que muchos de sus beneficiados son familiares del clero parroquial y que podría resultar "cosa piadosa e de buen exemplo". Los actos, amén de las misas, se completan con un procesión por el templo, reservándose el cabildo el derecho a acabar con esta práctica cuando lo considerase oportuno¹¹⁹.

5.2.3.- Misas y sermones

La celebración de la Eucaristía era el oficio litúrgico que concitaba una mayor participación popular en todas las iglesias parroquiales y, por supuesto, en la catedral, ya que era de obligada asistencia, como antes dijimos, en la totalidad de domingos y fiestas de guardar. En conjunto, los fieles tenían que cumplir con casi un centenar de días de precepto y los responsables eclesiásticos se dan cuenta de la posibilidad de aprovechar esa presencia para ejercer una labor catequética, de enseñanza y formación dirigida un laicado insuficientemente instruido en temas de fe y al que el complejo ritual en latín que componía todos los oficios, sin duda le impresionaba, pero nada aportaba a su comprensión de los dogmas y misterios del cristianismo.

La enseñanza de la doctrina cristiana es importante objeto de atención en los concilios y sínodos de los siglos bajomedievales en los que se va afirmando la necesidad de que aquel que quisiera lograr la salvación eterna se hallara suficientemente instruido en la fe y las costumbres cristianas.

¹¹⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 108r. (1479, septiembre, 11).

Continuando las medidas de determinadas convocatorias del siglo XIV¹²⁰, la actividad pastoral del arzobispo Carrillo es muy enriquecedora en este terreno y especifica con bastante claridad los métodos empleados en el deseo de "quitar todo velo de inorancia e que los nuestros subditos sean enseñados de lo que pertenesce a la salud de sus animas". Esta instrucción se alcanzaba a través de la tabla o cuaderno de la doctrina cristiana que se exponía en las iglesias, de la catequesis diaria o dominical a niños que se implanta en la diócesis, que esté documentado, desde 1480 y, por supuesto, a través de la predicación en las iglesias¹²¹. Los encargados de llevar a cabo tales iniciativas serían los propios curas y rectores parroquiales so pena de cien maravedís de multa.

Esto, válido para todas las iglesias de la diócesis y de la ciudad de Toledo, alcanzaba los más altos niveles en la catedral primada, verdadero crisol de todos esos complejos y protocolarios ritos litúrgicos. La gran afluencia de público a la catedral para participar en las celebraciones dominicales y en las numerosas fiestas del calendario eran el marco idóneo para que desde la misma se impulsara la realización de homilías y sermones acogidos por el público con verdadero deleite y fascinación, sobre todo cuando estaban a cargo de "profesionales" de la oratoria, expertos en manejar los recursos retóricos necesarios para "embruja" y asombrar al público asistente. Jacques Heers resume a la perfección este efecto cuando apunta que

la catedral es lugar privilegiado para la enseñanza a través de los sermones, que a menudo son muy largos y conspicuos, dichos por predicadores con renombre, padres dominicos o franciscanos, auténticos

¹²⁰ En concreto, los sínodos diocesanos convocados por Juan de Aragón en 1323 y por Blas Fernández en 1356 se sentirán comprometidos con la misión de cubrir las necesidades espirituales de sus fieles, disponiendo una serie de medidas. J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales...*, págs. 173-184 y 223-242.

¹²¹ *Ibidem*, pág. 302-303. Del mismo autor es interesante el trabajo "Catequesis y predicación", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, t. I. Edades Antigua, Media y Moderna, Madrid, 1995, págs. 204-233.

virtuosos de la palabra que llevan consigo una especie de fama. De esta forma, el sermón religioso, única oportunidad para la elocuencia en aquel tiempo, se sitúa ya, en el ritmo de los días, como una gran solemnidad pública y se inscribe en la línea de las más o menos brillantes justas oratorias de antaño¹²².

La provisión de los sermones catedralicios quedaba en manos de una de las dignidades del cabildo, el capellán mayor, en general, a cargo de todas las tareas pastorales de la catedral. Así se constata ya a mediados del siglo XIV en el estatuto de don Blas Fernández¹²³, momento en que el capellán mayor era sólo uno de los oficios principales del templo, pues recordamos que no será hasta 1462 cuando Carrillo lo transforme en dignidad. Éste elaboraba la "tabla" en la que se consignaban los días en que habrían de pronunciarse tales homilías, el tema sobre el que versarían y la persona o institución encargada de presentarlos públicamente. También proveería aquellos sermones no previstos en el calendario y que acontecimientos extraordinarios como un fallecimiento, la victoria en una batalla o una inesperada epidemia obligarían a pronunciar ante los fieles. Los sermones se decían en el transcurso de las misas, generalmente desde el púlpito situado en la parte superior del coro del arzobispo, y cada uno lo escuchaba desde su silla correspondiente, salvo los semaneros encargados de la celebración de ese día que lo hacían en tres asientos colocados en las gradas de la capilla mayor¹²⁴.

La mejor información sobre la realidad de los sermones y los encargados de pronunciarlos en la catedral toledana la transmite Blas Ortiz en su guía del templo y en el capítulo titulado "De los sermones que ay en este Sagrado Templo"¹²⁵. Aunque relata la situación existente a mediados

¹²² J. Heers, *Carnavales y Fiestas de Locos*, Barcelona, 1988, pág. 39.

¹²³ El arzobispo Blas Fernández establece: "ex suo officio celebrare atque committere sermones in diebus dominiçis et in dictis festivitibus preponendos". B.N. Mss 6260, f. 12r.

¹²⁴ B.C.T. MS 42-29, f. 260v-261r.

¹²⁵ *La Catedral de Toledo 1549, según el doctor Blas Ortiz*, Toledo, 1999, págs. 224-225.

del siglo XVI, las escasas referencias que las actas capitulares han dejado para la centuria anterior hacen pensar que las variaciones no serían excesivas. Además, el propio don Blas Ortiz dice que lo que él refiere estaba fijado "ya desde antiguamente, según estilo de nuestros mayores", lo que hace suponer que en las décadas por nosotros analizadas la situación no sería muy diferente. A tenor de lo dicho, podemos afirmar que los sermones pronunciados pueden encuadrarse en dos grupos, diferentes en cuanto a la lengua en que eran pronunciados, el tipo de público al que se dirigen y la temática de los mismos

Un primer grupo sería el de las "pláticas en lengua latina", de tema concreto y especializado, dirigidas a un público también muy concreto, los beneficiados de la catedral, y que corrían a cargo de los propios miembros del cabildo toledano, sobre todo de los que estaban mejor preparados. En concreto eran siete los sermones incluidos en esta categoría: el de la fiesta de San Lucas (18 de octubre) a cargo de un profesor de gramática y dirigido a los estudiantes a fin de que se aplicaran "más vigilantemente al trabajo de los estudios"; el día posterior a Todos Santos la plática se dedica a la memoria de los difuntos y debe decirla el deán o quien él nombrase; el Miércoles de Ceniza, dedicada al menosprecio de las cosas humanas; otros dos en Jueves y Sábado Santo, referidos a la institución de la Eucaristía y a la sepultura del Señor, respectivamente; el lunes de Pascua, se encarga al predicador la alegría de ver a Cristo resucitado; por último, el día después de la Asunción de Santa María el sermón de ocupa de este misterio fundamental en el culto a la Virgen María. Con ellos el cabildo trata de "exhortar a la honestidad y la virtud" al clero catedralicio, de ahí que haga obligatoria su asistencia so pena de ser multado.

No obstante, el segundo grupo, más amplio, se decía en castellano, lo cual permitía que llegaran a un público que debía acudir en gran número, a juzgar por lo que dice el propio Blas Ortiz cuando refiere que a ellos

"concorre tan frecuentemente y assidua multitud de gentes, que facilmente puede qualquiera hacer conjetura por ello de la piedad y devoción de esta ciudad". Los sermones predicados en castellano a mediados del siglo XVI eran mucho más numerosos, cincuenta y nueve, de los que treinta y siete se predicaban a la vista de todos, en el mismo púlpito que los anteriores, y los veintidós restantes se decían al amanecer, en capillas particulares o en diferentes lugares del templo.

De ellos, sin duda son los primeros los más interesantes, lo más "públicos y graves" y no podían ser entregados "temerariamente y sin reparo a qualquiera". Los encargados de decirlos fueron en buena medida los miembros de los conventos de la ciudad en un turno anual que empezaba el primer domingo de Adviento y en el que se iban sucediendo los dominicos de San Pedro Mártir, los franciscanos de la Sisla y de San Juan de los Reyes, los frailes de San Agustín y, circunstancialmente, algún otro monasterio de la ciudad, como el de la Trinidad. A este respecto, las actas del cabildo nos dan noticia de la concordia realizada el 31 de enero de 1475 entre el cabildo y los frailes del monasterio de San Agustín por el que "en adelante tengan el cargo de faser los sermones en esta su iglesia segund esta en el calendario"¹²⁶.

No obstante, el cabildo no quería permanecer ajeno a esta actividad predicadora y encargaba los sermones de determinados días, por ejemplo de la Cuaresma, a alguno de sus miembros más preparados, a fin de que alternaran con los religiosos citados. Para consolidar esta práctica fue decisiva la creación en 1476 de la canonjía de oficio magistral, cuyo titular, licenciado o doctor en Teología, tendría a su cargo la predicación de los

¹²⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 76r. El convento de San Agustín, hoy inexistente, se localizaba en estos años en el barrio de San Martín, entre el puente de ese nombre y la puerta del Cambrón.

sermones más solemnes programados en el calendario¹²⁷. No nos constan los sermones que corrían a cargo de esta personalidad del cabildo toledano, desde 1476 Pedro Jiménez de Préjamo, pero podemos deducir que no diferiría mucho de lo que hacía su homónimo de una sede no menos importante, la de León. El magistral leonés tenía que pronunciar como mínimo, ocho sermones de tabla al año, dos en adviento, tres en Cuaresma y otros tres a lo largo del año, procurando siempre que sus predicas se realizaran en las fiestas más solemnes del calendario litúrgico. Su elección tenía preferencia sobre la de los demás capitulares, que escogerían después entre los sermones restantes. También debía encargarse de aquellos sermones extraordinarios que le encargase el obispo o cabildo con ocasión de algún funeral, acción de gracias o acontecimiento inesperado¹²⁸.

El canónigo magistral, llamado también maestro "de púlpito", así como el resto de los capitulares que se encargaban de alguno de los sermones, estaban obligados a preparar cuidadosamente sus discursos, habida cuenta de la gran afluencia de público a los oficios y también de la competencia que se crearía con los predicadores especializados de las diferentes órdenes religiosas. Por eso el cabildo no ponía reparos en conceder algunos días de permiso a aquel de sus componentes que así lo solicitara, con el fin de concentrarse en su tarea. Es lo que hizo en 1493 con el licenciado Quintanapalla quien recibe del cabildo diez días en que estaría exento de acudir a las reuniones capitulares "porque ha de entender en estudiar para los sermones que ha de faser en esta sancta yglesia e en otras obras pias"¹²⁹. Las últimas palabras dan a entender que los capitulares podían ser requeridos para predicar en las instituciones de la ciudad o de la

¹²⁷ La erección de esta canonjía, así como de la doctoral, no es exclusiva de Toledo, sino de todas las iglesias de Castilla y León, y es responsabilidad de Sixto IV en bula fechada en Roma el 27 de abril de 1476: A.C.T. A.12.A.2.4.

¹²⁸ T. Villacorta Rodríguez, *El Cabildo Catedral de León*, León, 1974, págs. 127-128.

¹²⁹ A.C.T. Actas Cap. II, 48v. (1493, marzo, 15).

diócesis que así lo solicitaran, servicios que prestarían siempre que no desatendieran sus funciones catedralicias.

Pese a las pocas noticias conservadas, las Actas capitulares han dejado constancia del reparto de sermones que se hizo durante la Cuaresma de 1493, así como del salario que se pagó a los predicadores. El cabildo ordenó librar 4.000 mrs. para repartirlos por igual entre las cuatro personas encargadas de los sermones, a saber: los viernes el maestro de Espina, franciscano del convento de la Sisle; los domingos después de comer el monasterio de la Trinidad; los lunes el monasterio de San Pedro Mártir, y los miércoles el bachiller Guillén, de quien no consta su procedencia¹³⁰.

Entre los asistentes a estas pláticas, no se hacía ninguna distinción "porque nuestros mayores cuidaron siempre con mucha piedad de que todos los hombres de qualquier sexo y linage aprehendiesen a todas horas del día la doctrina cristiana"¹³¹. De este modo, los sermones vendrían a sumarse a la larga lista de manifestaciones religiosas ofrecidas desde el templo primado en permanente contacto con el mundo que vivía más allá de sus muros. Ellas moverían, sin duda, a la devoción popular y también al goce puramente sensorial, ya que ofrecían a los ojos y oídos de los fieles un conjunto de actividades que mezclaban la riqueza artística y ornamental con la impresionante calidad de la música interpretada, con el solemne y monótono conjunto de rezos y misas, con el espectáculo ofrecido en procesiones y representaciones sacras, presentándoles, en suma, un espectáculo totalmente opuesto a la más que frecuente dificultad y rutina de sus vidas. Esa conjunción de experiencia espiritual y religiosa con el profundo disfrute de los sentidos que conseguía el fiel cuando asistía a los servicios litúrgicos del templo les hacía acudir a los mismos con verdadero entusiasmo; éste les llevaba incluso a querer rodearse de algunas

¹³⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 47v y 49v. (1493, febrero 18, y abril, 1).

¹³¹ *La Catedral de Toledo*....., pág. 225.

"comodidades" materiales que les permitirían gozar lo más posible durante las muchas horas que duraban los servicios religiosos.

Las actas constatan el descontento del cabildo ante la dificultad para escuchar "con acatamiento, devoçion, sin escandalo y con onestidad" los oficios que se decían en determinadas fiestas y solemnidades a causa de la costumbre de los laicos de personarse en el templo con "mesas y comydas", de levantar sin permiso "tablados y andamyos" y de llevar consigo "silla, vanco, almohada, estera, alhombra o tapiz alguno" con la clara finalidad de "ver las fiestas". Las intromisiones en el oficio divino que todo ello ocasionaba provocaron la prohibición absoluta por el cabildo de todas estas acciones, prohibiciones que afectarían a todos los fieles, independientemente de su posición social. Lo único a lo que accede la corporación es a proporcionar a cargo de la Obra y durante los fríos inviernos "esteras que esten entre los dos coros para que las mugeres oyan los sermones y los ofiçios divinos"¹³².

La verdad es que la catedral se convirtió en un punto de encuentro de muchas personas que acudían a la misma, no sólo a participar de los servicios religiosos, sino para, aprovechando la gran afluencia de gentes, pasear, entablar conversaciones y anudar diversos contratos. Por esta razón el cabildo se reunió con representantes del Ayuntamiento ya en época de Cisneros y ambas instancias acordaron prohibir que "qualesquier cavalleros, escuderos, ciudadanos, escrivanos, notarios, escribientes, abogados, procuradores o otras qualesquier personas" que hicieran escritura pública y privada o contratos por escrito en la catedral serían penados con 300 mrs. Incluso se pone un guarda especial que vigile cualquier posible irregularidad, al tiempo que el cabildo insta a la ciudad a fijar una lonja en la que pudieran realizarse estos negocios a fin de "desembarazar la

¹³² A.C.T. Actas Cap. V, f. 42r-42v. (1531, junio, 12).

claustra"¹³³. Al margen de lo inconveniente que todo ello resultaba para el buen desarrollo del culto, lo cierto es que manifiesta hasta que punto la catedral era un lugar común y cotidiano en la vida de los toledanos.

5.2.4.- La parroquia de San Pedro

Finalizamos este capítulo con una breve referencia a otro de los puntos de contacto entre la catedral y los fieles toledanos, concretamente, el que se establecía a través de la capilla parroquial de San Pedro. En efecto, la catedral toledana fue desde el siglo XIII sede de una de las parroquias latinas de la ciudad; en ella se desarrollaban una serie de actividades que no eran propiamente capitulares y que instalaban al templo primado en la normalidad cotidiana, permitiendo un contacto con los ciudadanos más estrecho y alejado de las solemnes celebraciones del oficio catedralicio. De todas formas, el cabildo no era del todo ajeno a la trayectoria de la capilla, ya que su condición de patrono de la misma le autorizaba a intervenir y vigilar su funcionamiento.

Se asienta la parroquia sobre la capilla funeraria del mismo nombre fundada por el arzobispo don Sancho de Rojas (1415-1422) para albergar su tumba¹³⁴. Dicha capilla se sitúa en la nave del Evangelio, entre las puertas de Santa Catalina y del Reloj, y amén de su incuestionable valor artístico, que se fue reforzando hasta el siglo XVIII con las obras encargadas por el cardenal Lorenzana, es de destacar su conversión en sede de la parroquia de

¹³³ A.C.T. I.6.C.1.8.

¹³⁴ La calidad artística de la capilla es analizada de forma genérica en A. Franco Mata, "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, t. I, Toledo, 1991, pág. 455-456. En ella se cita una completa bibliografía complementaria, de la que destacamos J.M. Azcárate, *Arte gótico en España*, Madrid, 1990, y, "Alvar Martínez, maestro de la catedral de Toledo", *Archivo Español de Arte*, XXIII (1950); F. de B. San Román, "La Capilla de San Pedro en la Catedral de Toledo: Datos artísticos", en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, IV (1928), págs. 227-235.

igual nombre. Blas Ortiz señala que fue el propio don Sancho quien trasladó a ella "el sacrosanto sacramento de la eucaristía, que antiguamente se solía guardar en la capilla intitulada de San Pedro el Viejo"¹³⁵. La frase alude a una capilla de reducidas dimensiones situada junto al crucero, erigida en el siglo XIII, y que dos siglos más tarde se habría quedado pequeña para servir a las necesidades de culto de una feligresía floreciente¹³⁶. Como recoge el texto de las constituciones otorgadas a la nueva fundación, don Sancho fue sensible a las necesidades tanto de la parroquia primitiva, "pequeña e estrecha e en ella no se podían bien administrar a los parroquianos", como de la propia catedral, ya que cuando en la parroquia "se celebran los divinales oficios cantados y se hacen algunas solemnidades de matrimonios o oficios divinales, empachan el oficio del coro por ser cercana la dicha capilla del dicho coro". Ello es lo que le mueve a don Sancho de Rojas a hacer ese traslado en el que saldría beneficiado el culto administrado tanto en el coro catedralicio como en la capilla, y para el que cuenta con el apoyo y autorización del cabildo¹³⁷.

A pesar de que no hay duda del papel del arzobispo como impulsor del traspaso del culto parroquial a su capilla funeraria, la verdad es que a su muerte en 1422 la capilla aún no estaba terminada y fueron sus albaceas los que acabaron llevando a la práctica su voluntad. Entre tales testamentarios destaca el papel desempeñado por su sucesor al frente de la sede, don Juan

¹³⁵ *Ob. cit.* pág. 249.

¹³⁶ Se corresponde a la actualmente denominada Capilla de San Eugenio. Su construcción es anterior a la muerte de don Rodrigo Jiménez de Rada, que instituyó en ella una capellanía con cinco misas semanales. En el siglo XVI fue restaurada por el canónigo toledano, Fernando del Castillo para establecer en ella su capilla funeraria. Más información en R. Díez del Corral, "La catedral de Toledo como panteón: la capilla de San Eugenio", en *Goya*, n° 197 (1987), págs. 274-277.

¹³⁷ Fragmentos de las Constituciones de la Capilla aparecen recogidos en el artículo de J.M. Campoy, "Capilla parroquial de San Pedro en la Iglesia Primada", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, n° 26-27 (1926), págs. 119-120. El autor no aclara su signatura y no hemos podido localizarlas entre la documentación del Archivo Capitular.

Martínez de Contreras, quien toma gran interés en el proyecto y señala que actúa "queriendo cumplir y poner en obra el buen proposito y santa y devota intencion que el nuestro predecesor en esta parte tuvo". Ellos son quienes, inspirándose en las ideas del fundador, el 10 de enero de 1430 dan forma a las Constituciones de la capilla, en las que se ordena a los parroquianos que "de aqui adelante se pasen a la dicha capilla nuevamente hedificada por el dicho nuestro antecesor con todos sus ornamentos y diesmos y derechos"¹³⁸. Don Sancho y sus testamentarios solo previeron la creación de un curato para cumplir las tareas parroquiales de la capilla, pero a fines de siglo el cardenal Mendoza, sabedor de que sólo con éste no se podían atender convenientemente la totalidad de servicios religiosos, instituyó uno más con el beneplácito del cabildo "para que syrva la dicha capilla e admmynistre los sanctos eclesiasticos sacramentos a los parroquianos e feligreses della"¹³⁹. Ambos párrocos eran conocidos en el siglo XVI como los "curas de las cuatro calles", en atención a uno de los principales polos de la collación de San Pedro¹⁴⁰.

Este distrito parroquial estaba estrictamente determinado por el propio perímetro catedralicio, que ordenaba todos los barrios cercanos al templo. Dada la proximidad de la catedral con las primordiales arterias comerciales de la ciudad -alcaicerías, cuatro calles, mercado de alimentos- se comprende que mayoritariamente fueran mercaderes y artesanos los que dependieran de la parroquia que albergaba. Conocemos la situación de la misma en 1561 gracias al censo poblacional realizado con tal fecha en

¹³⁸ *Ibidem*, pág. 120.

¹³⁹ Varios documentos se hacen eco de esta ampliación a dos párrocos: A.C.T. Actas Cap. II, f. 2v. (1490, junio, 25); A.C.T. E.3.G.1.1. (1491, septiembre, 29, Granada). A tal efecto, el cardenal anexiona algunos prestimonios en Yepes, Illescas y otros lugares del arzobispado: A.C.T. Actas Cap. II, f. 24v (1491, octubre, 10).

¹⁴⁰ R. Sáez, "Le cierge des paroisses de Tolède à la fin du XVI siècle (possibilités et limites d'une recherche", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, 1991, pág. 211.

Toledo y otras ciudades castellanas, y, pese al tiempo transcurrido, podemos pensar que no habrían variado las cosas demasiado respecto al siglo anterior. Era entonces una feligresía media, de unos 1.900 habitantes, por debajo de otras mucho más cuantiosas como las de Santiago o Santo Tomé, pero también por delante de las más modestas de San Ginés, San Antolín o San Juan Bautista¹⁴¹. Su población era bastante rica y activa, constituida por comerciantes que decidieron tiempo atrás asentarse en el que era sin duda el corazón económico de la ciudad. Aunque su territorio era físicamente normal en extensión, tenía menos feligreses de los que podía albergar, pues una parte importante de su espacio lo ocupaba el inmenso edificio de la catedral. La mayor parte de las casas eran también en sus bajos tiendas pequeñas en las que se vendían sedas, paños, alimentos y artículos de muy diversa índole¹⁴². En el barrio tenía también su asiento la cofradía de San Pedro, que entre otras funciones asistenciales sostenía un pequeño hospitalito muy cerca de la catedral, como tantos otros que había en la ciudad y a los que nos referiremos en el próximo capítulo¹⁴³.

Ya se ha señalado que las celebraciones litúrgicas de la parroquial de San Pedro eran independientes de las organizadas por el cabildo en el coro o en su altar mayor, pero lo cierto es que éste, como patrono que era de la capilla, tenía muchas ocasiones de participar en sus actividades. Prueba de ello es que era el encargado de presentar al prelado el nombre de los candidatos a ocupar los curatos, aunque sobre esta cuestión desde 1490 hubo

¹⁴¹ L. Martz y J. Porres Martín-Cleto, *Toledo y los toledanos en 1561*, Toledo, 1974, pág. 22 recogen un cuadro en el que se refleja muy bien el número aproximado de habitantes en función de los vecinos censados en el padrón.

¹⁴² *Ibidem*, págs. 120-125. El papel comercial de este sector de la ciudad que rodeaba a la catedral ha sido destacado por R. Izquierdo Benito, "La infraestructura mercantil de Toledo en la Baja Edad media", en *Toledo, ¿ciudad viva, ciudad muerta?*, Toledo, 1988, págs. 311-324, y "La actividad comercial en Toledo a fines de la Edad Media(1450-1475)", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne(1450-1650)*, Madrid, 1991, págs. 137-157.

¹⁴³ H. Rodríguez de Gracia, *Asistencia social en Toledo. Siglos XVI-XVIII*, Toledo, 1980, págs. 230-235.

debates entre el conjunto de la corporación y el capellán mayor Alfonso de Albornoz que, como encargado de las tareas pastorales del templo, reclama mayor protagonismo. La cuestión se suscita ante la indefinición existente en el testamento y constituciones de la capilla, pero, finalmente y tras solicitar el arbitraje del maestrescuela Álvarez Zapata, en 1491 se llega a un acuerdo que aceptan ambas partes y que favorecía al cabildo¹⁴⁴.

Éste atendía a las necesidades espirituales de los fieles y velaba por los actos litúrgicos y la administración de los sacramentos a través del citado capellán mayor, que entre sus diversos cometidos debía ocuparse de la misa que se decía ordinariamente en la parroquia, rezada los días ordinarios y cantada los domingos y festividades principales, y de asegurar sepultura a sus feligreses fuera del recinto de la catedral¹⁴⁵. A fin de facilitar el acceso de los parroquianos y lograr una mayor independencia del templo primado, se ha dicho que don Sancho de Rojas dispuso la apertura de una puerta al exterior -concretamente a la calle de la Feria o Chapinería- que posibilitaría la entrada a la iglesia parroquial aunque la catedral estuviera cerrada¹⁴⁶. No obstante, ninguna otra referencia documental ni ningún rastro material ha quedado de tal puerta en los muros del templo y así lo atestigua también Sixto Ramón Parro¹⁴⁷. Por contra, sí que se comunicaba la capilla con el

¹⁴⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 1r (1490, junio, 2) y f. 19r (1491, junio, 21). Como recompensa para el capellán mayor, el cabildo, con la autorización del prelado, le ofrece la presentación de cuatro capellanías, dos del coro y dos de la greda.

¹⁴⁵ "Capellanus Maior ecclesie habet curam animarum omnium de nostra ecclesia et parochianorum de vico francorum qui aliis vocat vulgariter quatro calles.... et extra ecclesiam et claustrum in çimiterio pro dictis parochianis deputato assignare et concedere sepulturas": B.N. Mss. 6260, f. 12r-12v.

¹⁴⁶ J.M. Campoy, *Ob. cit.*, pág. 111: "Fuera de la puerta al interior de la Catedral, de la que hemos hablado, aún se hicieron otras dos puertas, la una para las Procesiones claustrales y Minervas, que después diremos y otra de comunicación a la calle de la Feria y fuera del atrio del reloj, para atender a la necesidad de administrar los Sacramentos a los fieles en la noche y horas en que estuviera la Catedral cerrada".

¹⁴⁷ *Toledo en la mano*, t. I, Toledo, 1978, pág. 504. (1ª ed. Toledo, 1857). "Escusado es decir que esta capilla, aunque parroquia, no tiene puerta a la calle, ni campanas, habiéndose de valer para la administración de los Sacramentos por la noche y para los toques a entierros y demás funciones de iglesia, del sagrario y de las campanas de la que

claustro a través de un pequeño postigo que daba acceso al mismo.

Pero no sólo la función parroquial de la capilla era vigilada por el cabildo toledano. Como el resto de capillas funerarias levantadas en la catedral, la de San Pedro debía albergar la celebración de una serie de misas por el alma de su fundador, don Sancho de Rojas, que a tal efecto dejó un buen número de bienes para poder mantener a los cinco capellanes que se harían cargo de los sufragios. La imposibilidad de que éstos cumplieran con las necesidades de la capilla, en la que cada vez se fundaban más capellanías por los canónigos que deciden enterrarse en la misma, elevó paulatinamente a doce el número de los capellanes encargados de servirlos. El cabildo, cumpliendo con su función de patrono, era el encargado de cubrir las vacantes con personas adecuadas que aseguraran un buen servicio religioso. Las capellanías acostumbraban a ser designadas "ad nutum", es decir, con la posibilidad de desposeer de las mismas a sus titulares si se consideraba oportuno. La existencia de una constitución que impedía "ser capellan en el choro e en la dicha capilla" trataba de evitar un perjuicio para la actividad litúrgica desarrollada en ambos recintos, pero lo cierto es que la documentación recoge más de una dispensa otorgada por el cabildo a candidatos cuyo concurso se considera imprescindible. Así sucedió en 1491 cuando se consiente que Alonso Fernández, visto "que es provechoso para el choro e tiene buena boz baxa", conserve la capellanía de San Pedro aunque sirva y cante en el coro, y lo mismo un año después, al dispensar al cantor Francisco de Arce "vysta la falta que ay de cantores" en el coro¹⁴⁸. De todas formas, no todos los miembros del cabildo consentían con agrado en esta medida que entendían no respetaba "las constituciones desta yglesia

fue parroquia de San Salvador y ahora ha quedado en clase de ayuda de parroquia o anejo a esta de San Pedro".

¹⁴⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 16v (1491, abril, 11), y f. 30v (1492, marzo, 12).

nyn la voluntad del testador" y así lo hicieron saber en sesión capitular¹⁴⁹.

Amén de la designación de capellanes, el cabildo se ocupaba de la administración económica de los bienes dispuestos por el fundador para el mantenimiento de los mismos. A tal fin nombraba un administrador que a fines del siglo XV llevaba de salario 5.000 mrs. anuales y cuatro pares de gallinas¹⁵⁰. El Archivo de Obra y Fábrica conserva algunos libros de cuentas, rentas de heredades, gastos en obras e inventarios de ornamentos, a través de los cuales puede conocerse la verdadera dimensión e importancia económica de la capilla desde el siglo XV hasta su supresión en el siglo XIX¹⁵¹. La inspección anual que llevaban a cabo dos canónigos nombrados por el cabildo como "visitadores e contadores para las cuentas e capilla" permitía a éste permanecer informado a cerca del estado de sus cuentas, de la actuación de los capellanes, y de la situación de los ornamentos, libros y joyas que contribuían a enriquecer el culto en ella dispensado¹⁵².

Antes de terminar, anotar tan solo dos curiosidades. La primera, que el mayor valor artístico de cuantas obras reúne la capilla se encuentra, a decir de los estudiosos, en su portada, donde, bajo la figura de San Pedro entronizado, están representadas las catorce dignidades del cabildo con mitra y rodeando al arzobispo, que sostiene su báculo. Es una de las escasas ocasiones en que estos destacados miembros del cabildo aparecen tan claramente representados y ello la hace muy evocadora a nuestros ojos. La segunda que justo enfrente de la capilla está el pilar de los niños expósitos, donde eran depositados tanto los niños abandonados por sus familiares como

¹⁴⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 39v. (1492, septiembre, 19).

¹⁵⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 68r. (1494, noviembre, 5).

¹⁵¹ C. Torroja Menéndez, *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977, págs. 72-75.

¹⁵² Las actas capitulares recogen desde 1467 y de forma ininterrumpida hasta 1489 los nombramientos de visitadores que el cabildo haría en el mes de enero: A.C.T. Actas Cap. I, f. 3v, 13v, 19r, 27v, 35v, 42v, 51v, 64v, 75v, 84v, 92r, 99v, 104v, 110v, 115r, 117r, 118v, 119r, 119v, 120r, 120v, 121v, 122v.

las limosnas que algunos fieles dejaban para su cuidado. Esta es una de las iniciativas asistenciales más importantes de la catedral y su mención nos sirve para enlazar con el siguiente apartado.

5.3.- LABOR BENÉFICO-ASISTENCIAL

Como toda institución religiosa, y, desde luego, como el resto de las catedrales hispanas¹⁵³, el poderoso templo primado auspició desde sus muros una serie de servicios y prestaciones asistenciales dirigidas a una población toledana que a fines del XV estaba sumida en una difícil realidad. En efecto, al margen de los principales sectores sociales que controlaban la vida política, económica y religiosa de Toledo, había un amplio grupo de gentes sin trabajo, indigentes y mendigos que no se integran en ninguno de los resortes creados por la ciudad para encuadrar a sus habitantes y constituían un importante foco de marginación. El gobierno de la ciudad miraba con recelo a estos "excluidos" por los problemas internos, alborotos o disturbios que pudiera suscitar en la misma; eran gentes de "mal vivir", que en muchos casos alimentaban un comportamiento delictivo y contra los que el poder local dictó severas ordenanzas obligándoles a marcharse, e instauró todo un sistema de vigilancia, especialmente nocturno, que, sin demasiado éxito, trataba de evitar cualquier altercado callejero¹⁵⁴.

No obstante, esta actitud coercitiva no ayudó en absoluto a mejorar las condiciones de vida ni a erradicar las necesidades de este importante conjunto de personas en quienes se cebaban la pobreza, la miseria y la

¹⁵³ Muestra de los esfuerzos asistenciales realizados por la Iglesia hispana son los trabajos recogidos en *Memoria Ecclesiae X y XI. Beneficencia y Hospitalidad en los Archivos de la Iglesia*, Oviedo, 1997.

¹⁵⁴ R. Izquierdo Benito, *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 213-216; Id., *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996, págs. 99-140; Id., "La noche de Toledo en el siglo XV", en *Toletum*, 30 (1994), págs. 123-142.

enfermedad, y que a mediados del XVI representaría el 20% de la población toledana¹⁵⁵. Lo que este sector demanda son iniciativas asistenciales, limosnas organizadas e instalaciones hospitalarias que estuvieron sustentadas por todos los sectores de la sociedad toledana, encabezada en algunos casos por el propio monarca, al que secundan damas nobles, caballeros, mercaderes, artesanos y, por descontado, el influyente grupo eclesiástico de la ciudad. Todos estos patronos podían actuar por cuenta propia, sufragando con muníficas limosnas costosas instituciones, pero lo más frecuente es que la caridad y asistencia material ofrecida por la ciudad de Toledo se canalizara a través de las abundantes cofradías y hermandades de ayuda mutua existentes en la misma. Algunas, cuyos miembros eran gentes adineradas pertenecientes a la élite ciudadana, practican una caridad a gran escala, manteniendo incluso centros hospitalarios, pero lo habitual es que estas asociaciones ofrecieran una asistencia más modesta, muchas veces, a través de los llamados "hospitalitos", pequeñas fundaciones que proporcionan alimento, ropa y cobijo, pero no cuidados médicos. En las próximas páginas tendremos ocasión de volver sobre todas estas actuaciones.

Pese a que, como se ha señalado, el ejercicio de la caridad y la asistencia social no fue monopolio de ningún sector social y cada uno en la medida de sus posibilidades ofrecía su ayuda, no hay duda de que la Iglesia toledana, a través de sus arzobispos, su poderosa catedral y los numerosos conventos y parroquias repartidos por la ciudad, fue la que con más medios y empeño se hizo cargo de este conjunto de desprotegidos. Con ello vendría

¹⁵⁵ Así se ha estimado tras analizar los recuentos de pobres que se realizan en 1546 y 1547, determinándose que las parroquias que mayor porcentaje de indigentes albergaban eran las de San Miguel, San Cristóbal, San Bartolomé, San Román y San Lorenzo: L. Martz y J. Porres, *Toledo y los toledanos en 1561*, Toledo, 1974, pág. 41; también ofrece interesantes reflexiones A. Redondo, "Pauperismo y mendicidad en Toledo en la época del Lazarillo", en *Hommage des hispanistes français a Noël Salomon*, Barcelona, 1979, págs. 703-722.

a hacer suyos los principios evangélicos que conminaban al cristiano a ser generoso y a preocuparse por los más desfavorecidos de la sociedad¹⁵⁶. Entre todas estas iniciativas eclesiásticas fueron las vinculadas a la catedral las más estructuradas y mejor organizadas. Este poderoso templo recibió a lo largo del periodo medieval múltiples peticiones de ayuda y socorro, respondiendo a ellas con diversas fórmulas propiciadas, a veces, por los prelados, en otros casos por el cabildo o alguno de sus miembros de forma individual, y, muy frecuentemente, por la colaboración de todos ellos. Precisamente, el caso más evidente de esa cooperación entre arzobispos y cabildo fue el que se llevó a cabo en época del cardenal Mendoza, quien mantuvo en todo momento unas buenas relaciones con la corporación de las que nació una fructífera acción conjunta plasmada en las distintas obras benéficas, asistenciales y culturales, que por estos años se ponen en marcha en Toledo, gozando desde ese momento de una gran popularidad.

Aunque es muy difícil deslindar campos en este ambiente general de marginación, puesto que los afectados participaban de realidades muy similares y sobre ellos se concentraba un cúmulo de circunstancias muy desgraciadas, por facilitar el estudio diferenciaremos tres ámbitos a los que en unos casos el cabildo de forma corporativa y en otros la voluntad individual de alguno de sus miembros encaminan sus esfuerzos e iniciativas asistenciales: la pobreza, la enfermedad y la atención a los niños expósitos.

5.3.1.- La pobreza

Sin duda, el problema principal que afectaba a la población marginal de cualquier ciudad de la época era el de la pobreza, ya que de él derivaban otras situaciones de enfermedad, abandono o prostitución que no hacían sino

¹⁵⁶ R. González Ruiz, "Acción social y enseñanza", en *Piedras Vivas. La catedral de Toledo en 1492*, Toledo, 1992, págs. 92-93.

agravar el estado de estas gentes. El término es, no obstante, demasiado genérico porque bajo el mismo se englobaban categorías y realidades que, aún participando de unas condiciones similares, tenían un origen distinto que confería a cada grupo una situación peculiar. Diversos trabajos han analizado las diferentes formas de pobreza, realizado clasificaciones y, tras contrastar pareceres, puede concluirse que hubo dos tipos claros de la misma: en primer lugar, la pobreza "biológica", es decir, aquella que nace en razón de la propia naturaleza del individuo y a la que se pertenece por razón de edad (vejez, infancia), sexo (viudas, doncellas pobres), o enfermedad; el segundo tipo englobaría a aquellas personas que por diversas circunstancias y avatares se han instalado en la miseria, siendo el caso más notorio el de quienes, procediendo incluso de un estrato social elevado, se han arruinado y han caído en una situación de absoluta carencia material¹⁵⁷. Este segundo grupo recibe en las mismas fuentes de la época la calificación de pobres "vergonzantes" que, según los define el *Diccionario de Autoridades*, eran "aquellas personas que por su calidad y obligación no pueden pedir limosna de puerta en puerta y lo hacen de forma que sea con el mayor secreto posible"¹⁵⁸. Estos se avergüenzan de su condición, tratan de disimularla y no llegan a asumirla ni a integrarse plenamente en el mundo de la pobreza; evitan incluso acudir en persona a las instituciones asistenciales y acostumbran a enviar a alguien en su nombre. Esto les diferencia claramente del primer grupo que hace exhibicionismo público de

¹⁵⁷ Estas son las categorías que define C. López Alonso, *La pobreza en la España Medieval*, Madrid, 1986, págs. 41 y ss. Entre las obras generales que se ocupan del tema cabe citar: M. Mollat, *Les pauvres au Moyen Âge. Etude sociale*, París, 1978 y su traducción *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media*, Méjico, 1988. Un reciente trabajo ha pasado revista al interés que la marginación ha despertado entre los investigadores españoles, incluyendo una cuidada relación bibliográfica de las principales publicaciones sobre el tema: M.A. Ladero Quesada, "Grupos marginales", en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, 1999, págs. 546-553 y 596-601.

¹⁵⁸ *Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1726-1737, (ed. facsímil, Madrid, 1963).

su situación¹⁵⁹.

Los habitantes de Toledo no permanecieron ajenos a esta situación vivida por algunos de sus semejantes y de ahí que tomaran medidas de cara a proporcionarles una ayuda. Al margen de la limosna que de forma personal o "de mano a mano" pudiera ofrecerse a los menesterosos, la ayuda se facilitaba de forma mayoritaria a través de las numerosas cofradías asistenciales que se crean en la ciudad y de las que forman parte todos los sectores de la sociedad toledana. ¿En qué forma ayudaban estas asociaciones a los menesterosos?. La fórmula habitual era la creación de los anteriormente citados "hospitalitos", pequeñas fundaciones de caridad que, a pesar de su nombre, no ofrecían servicios médicos, aunque sí proporcionaban alimento, ropa y cobijo. Pedro de Alcocer a mediados del siglo XVI describe a los responsables de estos hospitalitos como

personas sanctas y devotas que los sustentan con las rentas que tienen y con las limosnas que les dan, acogiendo en ellos pobres peregrinos y otros naturales que por no tener casas se acogen a ellos, en algunos de los quales los que alli enferman son curados y les son administradas las cosas necesarias¹⁶⁰.

Lo cierto es que gracias a su labor mujeres públicas, pobres, peregrinos o ancianos eran recogidos y atendidos en estas instituciones que solían mantener un pequeño número de camas, cumpliendo así un papel de suma importancia. En otros casos, procuraban ofrecer un entierro digno a los menesterosos, acompañaban en sus últimos momentos a los condenados a muerte, o visitaban en sus domicilios a los más débiles y enfermos, proporcionándoles un último consuelo. Es en la Edad Moderna cuando

¹⁵⁹ E. Maza Zorrilla, *Pobreza y Asistencia social en España. Siglos XVI al XX. Aproximación histórica*, Valladolid, 1987, págs. 18-35. La realidad de estos pobres vergonzantes era desde luego muy difícil y provocaba incluso la aparición de fundaciones e instituciones destinadas exclusivamente a ellos: la cofradía de Madre de Dios, fundada en Toledo en 1505 es claro ejemplo de ello.

¹⁶⁰ P. de Alcocer, *Hystoria o descripcion de la Imperial Cibdad de Toledo*, Toledo, 1973 (ed. facsímil de la de 1554), pág. 121.

sabemos de la existencia de un mayor número de cofradías -están documentadas unas cien¹⁶¹- así como de estos benéficos hospitalitos, pero ya en la Edad Media estaban en funcionamiento buena parte de ellos, entre los que destacan *San Ildefonso*, *San Pedro*, *San Miguel* y *San Bartolomé*, *San Cosme* y *San Damián*, *Santa Ana*, o *la Concepción*, todos ellos ubicados en barrios céntricos de la ciudad¹⁶².

La realidad vivida por la importante bolsa de marginación que albergaba la ciudad de Toledo, no sólo movió a la generosidad individual de diferentes particulares laicos, sino también a la de los miembros del cabildo catedralicio, que, amén de con gestos más modestos e individuales que han pasado desapercibidos, expresaron su preocupación por los menesterosos toledanos sosteniendo dos importantes y populares iniciativas benéficas.

A.- "Dar de comer a trece pobres"

Esta actuación se inspira en la medida tomada en 1330 por el arzobispo don Juan de Aragón, quien instituyó un comedor para trece indigentes, al que dotó convenientemente con diversas rentas que incluso

¹⁶¹ Así lo refleja el listado de las mismas que ofrece Blas Ortiz en su detallada descripción de la catedral de Toledo y de otras instituciones de la ciudad, *Ob. cit.*, págs. 291-294. También recoge la realidad que vive la ciudad en el XVI, F. Martínez Gil, "En las calles de la ciudad: pobreza y enfermedad", en *Historia de Toledo*, Toledo, 1997, págs. 292-298.

¹⁶² El de *San Pedro* se situaba frente a la catedral, en la calle actualmente denominada callejón de San Pedro; *San Miguel* y *San Bartolomé* en la parroquia de San Justo; *San Ildefonso* en la calle de su nombre, próximo a la parroquia de Santa Leocadia; *San Cosme* y *San Damián* en la parroquia de San Miguel, dentro de la iglesia colegial de Santa Leocadia, pegado a los muros del Alcázar; *Santa Ana* en una de las fachadas de lo que luego sería el Colegio de Doncellas; el de *la Concepción* o *San Nicolás* en la calle del Cristo de la Luz. Para ampliar detalles sobre todos ellos, siempre más referidos a la época moderna, pueden verse H. Rodríguez de Gracia, *Asistencia social en Toledo. Siglos XVI-XVIII*, Toledo, 1980, págs. 227 y ss. y A. López Fando, "Los antiguos hospitales de Toledo", en *Toletum* 1 (1955), págs. 98-112. Sobre la ubicación de estos centros en las diferentes zonas de la ciudad es interesante consultar la obra de J. Porres, *Historia de las calles de Toledo*, 3 vols., Toledo, 1982. Tampoco deben desestimarse las noticias ofrecidas por S.R. Parro, *Ob. cit.*, t. II, págs. 406 y ss.

permitieron aumentar el número de los acogidos a 30, muchos de ellos peregrinos o transeúntes de paso por la ciudad¹⁶³. El centro se situaba enfrente de la catedral, en locales del actual Palacio Arzobispal, y alcanzó un importante grado de popularidad en la ciudad, manteniéndose hasta el siglo XVI. En época de Cisneros, en concreto entre los años 1495-1502, se destinaron a este comedor arzobispal casi nueve millones de maravedís, repartidos entre víveres, salario de la cocinera y almacenamiento de provisiones¹⁶⁴.

Siguiendo este ejemplo, en 1472 el cabildo en sesión capitular del 11 de abril, "aviendo acatamiento al servicio de Dios y como los bienes de los clérigos sean de los pobres", acuerda que, desde el próximo mes de mayo, se dé de comer diariamente a trece pobres "a honor y reverencia de Nuestro Salvador Ieshu Christo con sus doce apóstoles"¹⁶⁵. Para ello dispone que cada año se destinen 80 fanegas de trigo, 2 ó 3 de sal, 2 mrs. diarios de "vianda" y un tercio de vino para cada pobre, y 10 mrs. también diarios para "lenna e agua e vedrado e ollas". Con todo ello se llegaría a una cantidad anual superior a los dieciocho mil maravedís tomados de la mesa del refector, que permitirían alcanzar los 52 mrs. que cada día se requerirían para pagar el pan, el vino, la carne y "las cosas para la olla", que les eran ofrecidas como alimento a los trece necesitados.

Entre éstos, el cabildo determina que tuvieran preferencia, si los había, clérigos y religiosos pobres, ambos encuadrados dentro de ese sector de la pobreza calificada de "vergonzante". Ahora bien, ni siquiera a ellos se les permitía llevar las raciones fuera del templo en que les eran repartidas,

¹⁶³ A.C.T. V.10.A.1.7. (1330, oct. 22, Xulber). Entre las rentas destinadas a este efecto estaban las del molino de Picazuelo, cerca de Alcalá, en el río Henares. Referencias sobre esta fundación se recogen en R, González, "Acción social...", pág. 94, y *Los Primados de Toledo*, Toledo, 1993, págs. 70-71.

¹⁶⁴ J. García Oro y M.J. Portela Silva, "El gobierno toledano del cardenal Cisneros en las cuentas", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 2 (2000), págs. 87-88.

¹⁶⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 45v.

sino que debían tomarlas allí mismo, públicamente.

B.- El "arca de la limosna del pan del claustro"

No satisfecho con esta labor, el cabildo unos años más tarde decide poner en marcha otra institución limosnera que alcanzaría a distribuir diariamente pan en el claustro de la catedral a un número de pobres fuese cual fuese su condición. Es la llamada arca de la limosna del pan del claustro, en cuya puesta en marcha el 3 de abril de 1490 participa desde un primer momento el cardenal Mendoza que, amén de otorgar su licencia, contribuye con la cantidad de 200 fanegas de pan de sus propios ingresos a conseguir las 600 que serían necesarias para la fabricación del pan. No sabemos si su colaboración en el proyecto capitular se debió a su propia iniciativa o a la velada crítica que el cabildo vierte hacia el prelado en el documento fundacional del arca al recordarle que

como buen pastor y prelado no a de consentir los fieles padecer de hambre y que las rentas de la yglesia sean gastadas en superfluos edificios aunque sean eclesiasticos", lo que parece ir contra la magnificencia de Mendoza y los enormes gastos en obras de arte que realizó durante su pontificado¹⁶⁶.

Lo cierto es que estos apoyos permitieron reunir las citadas 600 fanegas necesarias para elaborar los molletes o panecillos que serían repartidos en el claustro bajo al que los pobres accederían por una puerta abierta en la calle que desde entonces y por ese motivo se llamó "puerta del mollete". Amén de las 200 otorgadas por el cardenal, de cuyo pago ha quedado constancia¹⁶⁷, el resto era suministrado en igual proporción por

¹⁶⁶ Así lo recoge la introducción al texto fundacional, fechado en Toledo el 3 de abril de 1490, que se encuentra en A.C.T. V.3.B.1.1.

¹⁶⁷ Conservamos el traslado de una carta de libramiento del cardenal en la que manda a sus mayordomos del arciprestazgo de Montalbán de ese año de 1490 den en adelante a los limosneros de la Iglesia 200 fanegas de trigo para el arca de la limosna. La carta es dada el 8 de mayo de 1490 en Sevilla. Un día antes, el prelado se dirige al cabildo y les da licencia para tomar de las rentas de la Obra la cantidad con la que comprar 200 fanegas de trigo para la limosna: A.C.T. V.3.B.1.1.

la mesa capitular y la fábrica catedralicia. Una vez resuelto el apoyo económico, el cabildo elabora las constituciones que regirían esta nueva institución benéfica.

El primer paso era sin duda el de designar entre las dignidades, canónigos y racioneros de la catedral al "limosnero del arca" que durante un año habría de velar por el buen funcionamiento de la institución. Éste era elegido, lógicamente en sesión capitular, el primer viernes de agosto, aunque no comenzaría su función hasta el primero de octubre. El nombramiento era inapelable, y no podía renunciar so pena de estar dos meses fuera del coro sin remuneración alguna. Su salario anual por ocupar el cargo era de 2.000 mrs., estando auxiliado por dos visitadores, también diputados por el cabildo. Conocemos los nombres de los canónigos que ocuparon los puestos de limosnero y visitadores entre 1490-1495, ya que las actas capitulares han dejado constancia de las sesiones dedicadas a tratar este tema. Durante esos años se suceden como limosneros Gonzalo Ruiz de Barzana, Ruy López de Santiago, Tomás Gomez de Villanueva, Francisco del Castillo, Francisco Palomeque y, nuevamente, Ruy López de Santiago, algunos de los cuales actuaban en otros momentos como visitadores, tal vez para poner su experiencia al servicio de sus sucesores en el cargo¹⁶⁸.

Las competencias que asumía el limosnero al aceptar su designación pasaban por calcular la harina que era necesario comprar para que durante todo el año no faltase el pan, así como la cantidad que había que cocer a diario para satisfacer a cuantos se acercaran pidiendo amparo, tareas estas que no siempre resultaban fáciles. Además, con ayuda de los visitadores, debía comprobar la situación económica de los solicitantes de la limosna, estar presente en el reparto diario de la misma y, por su puesto, llevar al día los libros de cuentas que, tras ser revisados por el cabildo a fines de

¹⁶⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 6v, f. 22r, f. 36r, f. 54v, f. 62v y f. 85v.

septiembre, serían entregados a su sucesor en el cargo.

El texto fundacional del arca también determina lo que debía pesar cada panecillo o mollete -exactamente doce onzas- y la cantidad que recibiría cada pobre, sólo uno, a no ser que el limosnero decidiera hacer una excepción, caso de las familias numerosas, que percibían una cantidad acorde con el número de sus miembros. De todas formas, nadie podría recibir más de tres panes diarios. Los pobres habían de acudir al claustro por la puerta de la Presentación durante la celebración de la misa mayor y en ese momento se procedía al reparto. Ninguno podía marcharse antes de que hubiera concluido dicha entrega, porque juntos debían hacer un agradecimiento a Dios. También aquí el limosnero daba un tratamiento diferente a los pobres "envergonzantes" que, a fin de que no pasaran vergüenza ni fueran heridos en su dignidad, estaban eximidos de acudir personalmente a recoger su pan y podían hacerlo a través de terceras personas mediante la presentación de cédulas¹⁶⁹.

Se animaba a todas las dignidades, canónigos, racioneros y demás personal catedralicio que viniera a la Iglesia de nuevo y, por supuesto, a los que ya pertenecían a ella a que hicieran su propia limosna a principio de cada año de acuerdo con sus posibilidades. Aunque se disponía que los donantes y la donación quedarían en el anonimato, las Actas Capitulares recogen el testimonio de las cantidades que de su propio dinero los canónigos otorgaban para el arca, entregas que se hacían en septiembre, coincidiendo con el fin de cada ejercicio¹⁷⁰.

Fallecido Mendoza, su sucesor Cisneros verá la conveniencia de

¹⁶⁹ El documento también contempla la posibilidad de que la limosna no fuese suficiente para dar de comer a todos los pobres que lo solicitaran y, en ese caso, estos serían atendidos en el comedor arzobispal. A. Fernández Collado, "La limosna del pan del claustro en la catedral de Toledo", en *Memoria Ecclesiae* XI, Oviedo, 1977, págs. 237-241; R. González, *Ob. cit.*, págs. 95-96.

¹⁷⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 39r (7 septiembre de 1492) y f. 56r (18 septiembre de 1493).

seguir colaborando con el cabildo en esta tarea asistencial y, así, el 16 de junio de 1496 reitera las disposiciones de su antecesor sobre la entrega de 200 fanegas de trigo a las que añade 102.000 mrs. La finalidad es, además de dar de comer a los pobres, atender a los niños que eran abandonados a la puerta de la catedral. Las cantidades, como en el caso del arca, serían otorgadas a partes iguales por arzobispo, rentas de la obra y el cabildo¹⁷¹.

C.- Limosnas menores

Además de esta labor asistencial perfectamente reglamentada, el cabildo otorgaba algunas limosnas esporádicas a determinadas personas, cofradías e instituciones religiosas necesitadas de ayuda. La corporación votaba en sus reuniones capitulares la concesión de las mismas, y ello nos ha permitido conocer a algunos de sus destinatarios y, en ocasiones, el hecho concreto que motivaba la entrega. No se trata de donaciones sistemáticas que posibiliten extraer conclusiones relevantes, pero sí que ponen de manifiesto la sensibilidad del cabildo con respecto a su entorno, sobre todo a las diferentes fundaciones religiosas que se instalaron en la ciudad, muchas de las cuales, por la propia naturaleza de su regla, presentaban un situación de pobreza que intentaba paliar la caridad ejercida por la más poderosa institución eclesiástica de la ciudad.

Baste citar como ejemplo las limosnas otorgadas con ocasión de la Navidad¹⁷²; a los pobres envergonzantes el día de la fiesta del Espíritu

¹⁷¹ A.C.T. V.3.B.1.1. La costumbre se mantuvo hasta fines del siglo XVIII, cuando el cardenal Lorenzana la suprimió y aplicó sus rentas a la Casa de Caridad de Toledo instalada en el Alcázar. R. González, *Ob. cit.*, pág. 96.

¹⁷² En diciembre los capitulares siempre votaban unas cantidades para ser repartidas como limosna, aunque no dejaban muy claro en qué fines se empleaban. Las cantidades oscilan entre los 2.000 y 3.000 mrs., cantidades apreciables.

Santo¹⁷³; el perdón de deudas a quienes su extrema pobreza y miseria les impedía satisfacerlas¹⁷⁴; las ofrecidas para redimir cautivos que estaban en Túnez¹⁷⁵; las entregas realizadas a las beatas de doña Mary García para el reparo de unas casas¹⁷⁶; a los frailes de San Bernardo para ayuda de hacer los caños de agua de la casa¹⁷⁷; a los frailes de San Juan de los Reyes para ayuda a su capítulo¹⁷⁸; o a los frailes de San Agustín, que eran pobres observantes¹⁷⁹.

5.3.2.- La enfermedad: el Hospital del Nuncio

Antes de analizar directamente la relación que mantuvo el cabildo con el mundo de la enfermedad en la segunda mitad del siglo XV, haremos un breve repaso por la situación general que vivía la ciudad de Toledo y por el servicio asistencial que se prestaba a los enfermos que vivían en ella.

A.- Realidad hospitalaria de Toledo a fines del siglo XV

En la segunda mitad del siglo XV, atendiendo a una sensibilidad que era general en las ciudades europeas y españolas, se ponen en marcha en Toledo una serie de fundaciones hospitalarias que quieren venir a solucionar

¹⁷³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 34r. El 8 de junio de 1492 deciden dar para ese fin 1.000 mrs.

¹⁷⁴ Así lo disponen el 23 de marzo de 1491, cuando mandan que a Luys de Arguellón, le perdonen 4.500 mrs. que debía al refitor de una casa que tuvo de la Iglesia, cantidad a la que no puede hacer frente por su pobreza y miseria. Dan por libres y quitos a sus fiadores. (A.C.T. Actas Cap. II, f. 16r).

¹⁷⁵ El 2 de enero de 1493 aprueban mandar 1.000 mrs. con ese fin. A.C.T. Actas Cap. II, f. 45r.

¹⁷⁶ El 9 de julio de 1491 los capitulares votan esta limosna, que les había sido solicitada por el corregidor don Pedro de Castilla. De los dieciocho votos, seis están en contra de la limosna, A.C.T. Actas Cap. II, f. 19v.

¹⁷⁷ El 12 de julio de 1493 les otorgan 2.000 mrs. A.C.T. Actas Cap. II, f. 53v.

¹⁷⁸ El 6 de septiembre de 1493 les dan 50 reales. A.C.T. Actas Cap. II, f. 55v.

¹⁷⁹ A.C.T. Actas Cap. II, f. 62r. El 4 de junio del 94 aprueban darles 300 reales, a pagar entre el refitor, la obra, y el dinero del subsidio.

algunos de los problemas de enfermedad y marginación que vive la sociedad. Entre este conjunto de fundaciones hospitalarias no incluimos a los ya citados "hospitalitos", que, pese a su denominación, no proporcionan asistencia médica alguna, sino que aludiremos a otra serie de centros mejor dotados económicamente, con medios de financiación más abundantes, una administración interna más eficaz y cada vez más especializados en el tratamiento de una enfermedad concreta.

En esto Toledo no hace sino seguir la pauta que se venía imponiendo en Occidente y que ponía de manifiesto el cambio de mentalidad en la consideración del pobre, en general, y del enfermo en particular. Así lo afirma Michel Mollat cuando constata las reformas hospitalarias que se ponen en práctica a fines de la Edad Media en numerosas ciudades occidentales en aras a conseguir una mayor eficacia, rentabilidad y competencia de estos edificios. Sin duda una de las medidas más novedosas de las adoptadas entonces fue la tendencia a la especialización y a la orientación auténticamente terapéutica de los hospitales, en los que el enfermo ingresa, no sólo para ser recluido y apartado de la sociedad, sino básicamente para ser aliviado de sus males¹⁸⁰.

Varios fueron los hospitales toledanos que reflejan este cambio de orientación asistencial en la segunda mitad del siglo XV, independientemente de que estuvieran sustentados por cofradías -cuyos miembros pertenecían tanto a la élite ciudadana como a diferentes sectores profesionales- o por un patronato colectivo laico o eclesiástico. El conocimiento que tenemos de estos centros es más completo para época moderna, ya que la documentación conservada es más abundante a partir del siglo XVI¹⁸¹. Ello no impide

¹⁸⁰ M. Mollat, *Pobres, humildes y miserables.....*, págs. 254 y ss; C. López Alonso, *La Pobreza en la España Medieval.....*, págs. 450-452.

¹⁸¹ Los fondos documentales relacionados con estos centros hospitalarios se guardan mayoritariamente en el Archivo de la Diputación toledana, ya que esta institución heredó en el siglo XIX, con motivo de la Desamortización, las competencias necesarias para

incluir a continuación una breve glosa de los mismos, que sólo pretende establecer un marco general para situar las fundaciones relacionadas con el cabildo:

* El Hospital de la *Misericordia*, fundación que atendía a todo tipo de enfermedades no contagiosas, funcionaba ya en la primera mitad del siglo XV, pero recibió un gran impulso cuando en 1455 una dama adinerada y caritativa, doña Guiomar de Meneses, cedió a la cofradía que lo administraba sus propias casas en la parroquia de San Román para que procediese a su traslado y mejorara sus instalaciones. Poco después, en 1459, la benefactora se ratifica en su generosa donación al otorgar testamento a favor de los hermanos de la Misericordia y legarles una serie de posesiones y rentas¹⁸². Es de destacar el papel que en todo este proceso tuvo el cabildo catedralicio, que, amén de ceder su propio lugar de reunión para juntar a las partes, aparece en la documentación aconsejando a doña Guiomar, autorizando su generosa donación, y aceptando convertirse en co-administrador, junto con la citada cofradía, de la instalación hospitalaria. Esto le exigía visitarlo, revisar las cuentas de gastos y velar por que en todo momento se cumplieran las condiciones en que doña Guiomar hizo la cesión de sus casas y posesiones a los hermanos de la Misericordia. Como pago a esta tarea de patronazgo la corporación capitular recibía de las heredades de

gestionar y administrar estas fundaciones benéficas. Un interesante y útil repaso por estos fondos en M.J. Cruz Arias, "Fondos de instituciones y organismos benéfico-asistenciales anteriores al siglo XX conservados en el Archivo de la Diputación toledana", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, 1996, págs. 607-622.

¹⁸² J. Porres Martín-Cleto y M.J. Cruz Arias, *El testamento de Doña Guiomar de Meneses y el Hospital de la Misericordia*, Toledo, 1992; R. Izquierdo Benito, "Bienes y rentas del Hospital de la Misericordia de Toledo durante la primera mitad del siglo XV", en *En la España Medieval*, I (1980), págs. 169-180; M.S. Gómez Rodríguez, *El Hospital de la Misericordia de Toledo en el siglo XIX*, Toledo, 1995.

la otorgante la cantidad de tres mil maravedís anuales para su refitor¹⁸³.

* El *Hospital del Rey*, uno de los más antiguos de la ciudad, se localiza, desde 1436 y tras haber ocupado otros emplazamientos, en un solar lindante con la catedral y el mercado de las pescaderías que le cede la propia Obra catedralicia, del que se traslada a principios del siglo XVII cuando ese terreno es necesario para ampliar la capilla del Sagrario, el Ochavo y la Sacristía¹⁸⁴. No hay unanimidad entre los cronistas para determinar quien fue su fundador, de quien si se sabe que lo haría en algún momento del siglo XIII en los reinados de Alfonso VIII o Fernando III. Se dedicaba especialmente a enfermos incurables -llagados, cancerados, tísicos- aunque durante la Edad Media cumplió también la función de hospedería para viajeros y peregrinos que se acercaran a la ciudad. La denominación "del rey" aludía a la particular protección que los monarcas prestaban a la cofradía del Corpus Christi, sustentadora del hospital, cuyas fuentes de ingresos procedían de las contribuciones de los propios hermanos, de diferentes legados testamentarios y de las limosnas que, tanto por las calles como en el propio cepo situado en la puerta del hospital, otorgaban generosos particulares¹⁸⁵.

* El Hospital de *Santiago de los Caballeros* constituyó, junto con otras posesiones repartidas por Toledo, Ciudad Real, Ávila y Badajoz, una

¹⁸³ Los dos textos en que se pone de manifiesto la generosa donación de doña Guiomar, así como el papel que le toca jugar al cabildo catedralicio se guardan en el Archivo de la Diputación de Toledo (A.D.P.T. H-Leg 1 nº 4 y nº 10) y han sido publicados por J. Porres y María Jesús Cruz Arias, *Ob. cit.*, págs. 29-74.

¹⁸⁴ H. Rodríguez de Gracia, *El Hospital del Rey de Toledo. Contribución a la historia de un hospital toledano*, Toledo, 1985.

¹⁸⁵ La realidad de este centro, su funcionamiento, el papel de la cofradía son bastante conocidos para la Edad Moderna, pero hay algunas cuestiones que aparecen ya bien reflejadas en el XV. Tal vez lo más significativo es lo que se refiere a la procedencia social y laboral de los cofrades, que parece indicar que en los siglos XV y XVI la institución estuvo abierta a toda clase social y profesión, y así encontramos entre sus miembros plateros, cirujanos, hortelanos, barberos o clérigos. En el siglo XVII la situación sufre un vuelco y todos estos profesionales dejan paso a miembros de la élite ciudadana. H. Rodríguez de Gracia, *Asistencia social en Toledo...*, págs.73-139.

encomienda de la Orden homónima¹⁸⁶. Parece que su fundador o, al menos, su primer benefactor fue, en torno a 1180, Alfonso VIII con objeto de crear una institución que recaudara limosnas para redimir cautivos y, a un tiempo, proporcionara asistencia y cuidados a los caballeros heridos en combate. Se localizaba entre la zona del Alcázar y el Tajo, más concretamente cerca de la puerta de la muralla conocida como de Doce Cantos. En el siglo XV, de acuerdo con las descripciones conservadas, presentaba cierto descuido y relajación de sus funciones, que obligarían a una reforma en tiempo de los Reyes Católicos, al hacerse éstos con los maestrazgos de las Órdenes. Además, perdida por estas instituciones su predominante función militar, el hospital cambió de orientación y se dedicó al cuidado de enfermos de bubas y sífilis, el temido "mal gálico"¹⁸⁷.

* Los Hospitales de *San Antón* y *San Lázaro* se situaban extramuros, concretamente en la entrada a Toledo desde Madrid, en atención a su especialización en enfermedades infecto-contagiosas: fuego de San Antón, lepra, tiña o sarna. Ambos eran de patronato regio, pero la monarquía no debía aportar mucho a juzgar por sus poco saneadas rentas, que obligaban a los pacientes, tras el correspondiente permiso, a pedir limosna en la ciudad, haciendo sonar unas tablillas para advertir sobre su peligrosa enfermedad¹⁸⁸.

¹⁸⁶ P.A. Porras Arboledas, *La Orden de Santiago en el siglo XV*, Madrid, 1997, págs. 238-239.

¹⁸⁷ Muchos datos a cerca de la realidad del hospital y de la descripción de su fábrica en I. Melero Fernández, "El Hospital de Santiago de Toledo a fines del siglo XV", en *Anales Toledanos*, IX (1974), págs. 3-116, y "Descripción del Hospital de Santiago de Toledo a fines del siglo XV", en *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), págs. 459-463.

¹⁸⁸ A. López-Fando, "Los antiguos hospitales.....", págs. 103-104. Entre otros, proporcionan información sobre el significado de este tipo de establecimientos o leproserías, C. López Alonso, *Ob. cit.*, págs. 432-440 y J. Brouard Uriarte, "Los hospitales, Casas de San Lázaro, de San Antón y de Inocentes en la España del siglo XV", en *Asclepio* XXIV, Madrid, 1970, págs. 41-430.

La situación de todos estos hospitales toledanos a fines del siglo XV no debía ser completamente satisfactoria y, aunque no contamos con los suficientes documentos y descripciones que permitan sacar conclusiones definitivas, sí hay una referencia bastante significativa a cerca de la situación de estos centros en el testamento de uno de los personajes más importantes del momento, el cardenal Pedro González de Mendoza. En este interesante documento, otorgado en junio de 1494, el cardenal, además de hacer toda una serie de mandas y de dejar dispuesta su sepultura y las misas por su alma, hace patente su intención de edificar un hospital en Toledo bajo la advocación de la Santa Cruz, que atendiera al cuidado de enfermos y niños abandonados, al tiempo que diera solución a la irregular situación que por entonces atravesaban los restantes centros hospitalarios de la ciudad. Dejando para el apartado siguiente su preocupación por la infancia, interesa destacar en este punto su pretensión de crear una gran institución que reemplazara a las ya existentes de cuya pobreza y desgobierno tenía el cardenal abundantes noticias:

tenemos pensado de edificar un hospital en la çibdad de Toledo... e unir e fazer anexar a el por abtoridad apostolica y ordinaria los hospitales de la dicha çibdad, spezialmente los que no son bien regidos e administrados¹⁸⁹.

Estos deseos de reunificación hospitalaria responden a una característica común a Occidente y a otras zonas peninsulares, que pretenden lograr una mayor eficacia y rentabilidad de estos establecimientos, cada vez más presentes y necesarios en los centros urbanos. La concentración de esfuerzos buscaba evitar la dispersión y falta de control que imperaba en muchos de estos hospitales, sobre todo ante el aumento del número de

¹⁸⁹ El texto original se guarda en el Archivo de la Diputación toledana bajo la signatura A.D.P.T. Santa Cruz, Leg 59 nº 1 y fue publicado por A. Álvarez Ancil, *Copia fiel y exacta del Testamento del Arzobispo que fue de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excma. Diputación Provincial de Toledo*, Toledo, 1915. Volveremos sobre este texto más adelante.

pobres y las dificultades económicas que suponía su mantenimiento. Mejoras en las fórmulas de financiación, en los métodos de administración y hasta en la disposición arquitectónica de los edificios que los albergan ponen de manifiesto el cambio de mentalidad que se había operado a la hora de concebir y mantener estas imprescindibles instituciones hospitalarias¹⁹⁰.

Con esta voluntad testamentaria Mendoza, una vez más, pone de manifiesto que está en sintonía con las tendencias que tanto en esta materia como en otras de índole cultural o social circulaban por Europa. A pesar de ello, el Hospital de Santa Cruz no consiguió finalmente el objetivo de sustituir al resto de hospitales toledanos -que siguieron su trayectoria más o menos brillante en los siglos siguientes-, pero ello no le impidió ser, como más adelante veremos, una de las principales creaciones hospitalarias de la península en estos años, y, sin duda, la más importante fundación de patronato eclesiástico de la ciudad de Toledo, junto con la realizada por otra insigne personalidad catedralicia en estas décadas finales del XV. Nos referimos al Hospital de la Visitación, de los Inocentes o del Nuncio, debido al que precisamente fuera nuncio apostólico en reino de Castilla desde 1474, el canónigo toledano Francisco Ortiz. A él dedicamos más amplio espacio, en atención a su estrecha vinculación con el cabildo toledano.

B.- El proyecto hospitalario del nuncio Francisco Ortiz

Francisco Ortiz es una de las personalidades más destacadas del Toledo a caballo entre la época medieval y moderna, y, consiguientemente, de la España de los Reyes Católicos. Tras una vida azarosa, a la que nos referiremos en el próximo capítulo, y en la que, según su propia

¹⁹⁰ M. Mollat, *Ob. cit.*, págs. 256-258, y C. López Alonso, *Ob. cit.*, págs. 455-471, recogen numerosos ejemplos de hospitales de ciudades europeas y españolas que siguen esta tendencia y explican las razones concretas que llevan a la concentración de los mismos.

autobiografía fechada en 1508¹⁹¹, "anduve en tinieblas y en ceguedad porque todos mis pensamientos eran de acreçentar mi estado y onrra mundana y gastar en ello el patrimonio de Ieshu Christo", fue objeto de una revelación el día de la fiesta de la Visitación de la Virgen (2 de julio) que le hizo replantearse sus actuaciones futuras. Decide entonces destinar parte de sus saneados bienes al mantenimiento de un hospital que, precisamente bajo la advocación de la Visitación, albergara treinta y tres dementes y trece niños expósitos, recibiendo para ello facultades del papa Sixto IV en 1483. Dado que los niños acabarían pasando al Hospital de Santa Cruz, el fundador decide sustituirlos por "treze onbres çibdadanos de la çibdad que se vieron con honrra y hazienda y vinieron en pobreza", esto es, trece pobres de aquellos que calificábamos como vergonzantes y que debían proliferar en estos años¹⁹². No obstante, la verdadera vocación del centro es el tratamiento de enfermos mentales y el propio Ortiz, al justificar su benéfica labor, señala que en su consideración "los más pobres eran los que carescían de seso", de ahí que decidiera dedicar a ellos sus mayores esfuerzos.

Esta dedicación es la que da merecida fama a esta fundación, pues no eran muchas las instituciones hospitalarias que a fines del siglo XV proporcionaban una asistencia psiquiátrica. En concreto, en España sólo había cuatro fundadas con anterioridad, los manicomios de Valencia(1410),

¹⁹¹ Este texto, que incluye también las constituciones del Hospital del Nuncio, se guarda en el Archivo de la Diputación de Toledo (A.D.P.T. Nuncio, Leg 17 nº1) y fue publicado por F. de B. San Román, "Autobiografía de Francisco Ortiz y Constituciones del Hospital del Nuncio de Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.* nº 13 (1931), págs. 71-102.

¹⁹² El canónigo Ortiz deja muy claro que esos pobres no debían ser tomados de los que andaban pidiendo limosna a la puertas de la ciudad o de las iglesias, sino que habían de ser ciudadanos toledanos de pleno derecho y con buena posición, pero venidos a menos por diversos avatares. F. de B. San Román, *Ob. cit.*, pág. 97.

Zaragoza(1425), Sevilla(1436) y Palma de Mallorca(1456), si bien en otros puntos de Europa empezaba a ser práctica habitual el dar un tratamiento especializado al loco, figura que asumía una serie de connotaciones peyorativas, pero que poco a poco se va transformando en un enfermo, cuyos males pueden tener curación¹⁹³. De acuerdo con lo expresado por el propio fundador en su biografía, fueron las experiencias acumuladas en sus viajes y la observación de los hospitales que para el tratamiento de estos enfermos existían en "çibdades por donde avía andado", las que le llevaron a reproducir estas experiencias en Toledo, en unas casas que el había adquirido y reedificado muy cerca de la catedral, en la calle toledana desde entonces conocida, precisamente, como calle Nuncio Viejo¹⁹⁴.

La importancia de esta fundación desde el punto de vista médico-sanitario es incuestionable, y así lo han puesto de manifiesto especialistas en enfermedades mentales que han tratado de extraer conclusiones de los datos no siempre completos que ofrece la documentación para estos primeros años de trayectoria hospitalaria¹⁹⁵. El texto que más información aporta es el de las citadas constituciones otorgadas por Ortiz en 1508, con las que pretende poner en claro algunos puntos que, como el mismo indica, por falta de experiencia no dejó fijados al erigir el centro. A ese respecto, han sido muy comentados los tratamientos terapéuticos ofrecidos a los "inocentes" que

¹⁹³ R. Sancho de San Román, "El Hospital del Nuncio de Toledo en la historia de la asistencia psiquiátrica", en *Anales Toledanos*, XVII (1983), págs. 55-71.

¹⁹⁴ En concreto, el Hospital estaba situado en el actual número 3 de dicha calle, frente a la plaza de los Postes, hoy designada como plaza de Amador de los Ríos. La denominación "Nuncio viejo" sirve para diferenciar el primitivo emplazamiento de este manicomio del que ocupó en el siglo XVIII, cuando, merced al patrocinio del cardenal Lorenzana, se trasladó a un edificio más amplio, obra del arquitecto Ignacio Haam, que actualmente alberga la Consejería de Economía y Hacienda de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

¹⁹⁵ R. Sancho de San Román, *Ob. cit.*; A. López-Fando, *Ob. cit.*; E. García Rodríguez, "La Psiquiatría del XV en Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, LXI (1948), págs. 47-61. También hacen un interesante resumen J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempos del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, págs. 90-94, y R. González Ruiz, "Acción social", págs. 94-95, entre otros.

alberga el hospital: limpieza e higiene en las "jaulas y aposentamientos", que incluso eran perfumadas con romero y enebro "que son olores sanos"; limpieza y cuidado también en sus ropas, que serían cambiadas todos los domingos, convenientemente "lavadas y reparadas de las roturas que hazen"; comida sana a sus horas, cuidando de aguar el vino a fin de que "no les acresçiente el salir de juicio más de lo que su enfermedad le da"; aplicación de castigos y correctivos "porque se a visto por inspiencia sanar muchos a causa de la correccion y buen regimiento"; y práctica de ejercicios físicos "que les quiten las fantasías que tienen por que es çierto que con ello sanan, lo qual cada dia se vee por la experiencia"¹⁹⁶.

Una figura era clave en el día a día de la institución, el mayordomo, cuyo oficio llevaba anejas un buen número de misiones sin las que no hubiera sido posible el funcionamiento del hospital: debía anotar en un libro las cuentas y gastos de cada mes; llevar otro registro con los datos relativos a cada enfermo, su fecha de ingreso, las posesiones que traía consigo o el número y nombre de sus descendientes¹⁹⁷; velar porque los enfermos recibieran los cuidados materiales adecuados y las visitas médicas y familiares oportunas; y facilitar la labor a otra pieza importante en la vida hospitalaria, el capellán. Éste, tanto en la misa diaria celebrada en la capilla del centro, como en la bendición de las comidas o en la administración de los sacramentos "quando viere disposicion y juicio para ello", prestaba

¹⁹⁶ F. de B. San Román, *Ob. cit.*, págs 90-98.

¹⁹⁷ A tenor de lo que expresan las constituciones, no todos los locos recogidos en el centro serían pobres de solemnidad. Algunos tendrían sus bienes y de ellos deberían costear, al ingresar en el hospital, su cama y las "prisiones", suponemos que rejas o ataduras "porque sería cosa peligrosa tener a tales personas sueltas fasta ser conosciada su calidad". Los bienes de estos acogidos que fallecían en el hospital pasaban a sus descendientes legítimos, caso de que los tuvieran, aunque una quinta parte debía ser entregada al hospital. De ahí la importancia de que el mayordomo tuviera bien anotado cuáles eran sus posesiones "porque después de muerto hazen fraude los herederos o los parientes encubriendo lo que tienen". Sin duda, aquellos pobres que nada tenían ni podían aportar eran provistos de lo necesario a su llegada al hospital. *Ibidem*, pág. 97.

asistencia espiritual a los pobres y enfermos acogidos en la institución.

Si interesante es desde el punto de vista de la historia de la Medicina la aportación del hospital del nuncio, no lo es menos desde el punto de vista administrativo, ya que al analizar el régimen de organización del centro y las personas encargadas de su control topamos de lleno con el cabildo catedralicio, del que el nuncio Ortiz era miembro muy relevante, y al que otorga "el patronazgo supremo y libre administración del hospital y de todas sus personas y bienes"¹⁹⁸. El cabildo no está sólo al frente de esta tarea porque, junto a él, la ciudad de Toledo, a través de su ayuntamiento, y un pariente de reprobada virtud y bondad del nuncio Ortiz deben velar por la buena marcha del hospital, el mantenimiento de sus rentas y el buen trato recibido por los enfermos y pobres acogidos. No obstante, a pesar de este triple co-patronazgo, el verdadero y último responsable del centro hospitalario es el cabildo catedralicio.

Él es el que designa anualmente dos visitantes entre los canónigos para que supervisaran la labor de los oficiales del hospital, tomaran cuenta de los gastos mensuales, llevaran un libro en el que todo quedara anotado, y visitaran, como mínimo, una vez al mes la institución para vigilar su limpieza, la calidad de los alimentos o la situación de los enfermos. De todo ello debían dar cuenta al cabildo el primer viernes de cada mes en sesión capitular, y antes de poner fin a su cargo, concretamente la víspera de la fiesta de la Visitación, hacer balance anual y dejar claras las cuentas a sus sucesores. También debían visitar una vez al año las posesiones y tributos de los que se obtenían las rentas para el mantenimiento del hospital. Por

¹⁹⁸ Francisco Ortiz compromete al cabildo en esta tarea en sesión capitular celebrada el 11 de enero de 1507, y la corporación acepta sin reparos el poder que se les otorga al hacerles patronos principales del centro (A.C.T. Actas Cap. III, f. 28r). Ya con anterioridad, su testamento, otorgado el 29 de mayo de 1506, hace especial hincapié en el papel que cabe desempeñar al cabildo en la administración del hospital. El original del documento se guarda en la Diputación Toledana (A.D.P.T. Nuncio, Leg 17 n^o2) y fue publicado en 1935: *Testamento del Dr. D. Francisco Ortiz*, Toledo, 1935.

todo ello percibían 1.500 mrs. de salario anual, así como 1 real cada uno por las visitas mensuales al hospital. Se comprende así el más que destacado papel que el cabildo estaba llamado a representar en el funcionamiento de la institución; más aún, éste estaba autorizado, si lo consideraba oportuno, a aumentar el número de enfermos y acogidos, siempre que las rentas del hospital lo permitiesen, y a modificar las constituciones si lo considerase necesario. Estos desvelos del cabildo se veían recompensados con 2.000 mrs. anuales tomados de las rentas del hospital al margen de los que percibían como salario los visitantes¹⁹⁹.

Con su labor al frente de esta institución hospitalaria el cabildo se suma a la lista de patronos individuales o colectivos que trataron de paliar el dolor y la enfermedad que sufrían algunos de sus semejantes. En efecto, el siglo que va entre 1450-1550 es la gran época de las fundaciones hospitalarias en la ciudad de Toledo, que habría de añadir a la lista señalada la creación en 1541 del Hospital de San Juan Bautista, institución debida al patronazgo del cardenal Tavera, pero que escapa ya al objeto de este estudio.

5.3.3.- Los "ninños de la piedra"

Otra de las iniciativas asistenciales promovidas desde el cabildo venía a intentar solucionar un problema que debía ser acuciante en la sociedad de la época y, del que no escapaba la propia ciudad de Toledo: el abandono de niños nacidos fuera del matrimonio o de parejas que no podían atenderlos

¹⁹⁹ Testigos de esta labor administradora desarrollada por el cabildo en relación con el hospital son los libros de gastos de mantenimiento, salarios al personal del centro, etc., que, referidos al siglo XVI, guarda el Archivo de Obra y Fábrica de la catedral toledana. La referencia exacta de cada uno de estos libros la ha recogido C. Torroja Menéndez, *Catálogo del Archivo de obra y Fábrica de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977, págs. 188-210.

por falta de medios. Sobre éstos recaía una situación de mendicidad, pobreza y prostitución a la que fueron sensibles los capitulares, dado que muchos de estos recién nacidos eran abandonados y depositados en una piedra con forma de cuna situada en el interior del templo catedralicio, concretamente enfrente de la capilla parroquial de San Pedro. A mediados del siglo XVI, Blas Ortiz en su descripción de la catedral primada refiere lo siguiente sobre este tema:

[...] ay una grande piedra a modo de cuna, puesta en el pilar frontero de la parroquia de San Pedro, donde se exponen los ynfantes, a quien sus padres desamparan furtivamente para escusar la vergüenza a la pública misericordia²⁰⁰

Esta es la razón de que se llame a estos "ninnos de la piedra", y de que, necesariamente, la corporación y sus miembros debieran hacerse cargo de ellos y tomar algunas medidas.

La primera iniciativa de que nos ha quedado constancia es la del nuncio Francisco Ortiz, que en su fundación hospitalaria de 1483 ya mencionada dispone que además de a un número de dementes, se albergue a trece niños expósitos "que las madres desanparavan carescientes a la razón natural que los animales brutos usan con sus hijos"²⁰¹. El nuncio tiene bien presente el futuro que les esperaba a estos pequeños abandonados y él mismo relata como por la ciudad andaban muchos pidiendo limosna, circunstancia que le mueve a dar cabida a trece de ellos, número de evangélicas connotaciones, en su hospital. Ortiz llegó a implicarse de tal modo con el problema que incluso adoptó personalmente a uno de estos niños y le dio manutención y formación. Así lo manifiesta en las ya citadas constituciones del hospital de 1508, en las que solicita al cabildo que, cuando él falte, se ocupen de Martina de Sotomayor "a quien yo crie de la piedra", hasta que encuentre un marido que se haga cargo de ella en el

²⁰⁰ *Ob. cit.*, pág. 260.

²⁰¹ *Ob. cit.*, pág. 89.

futuro²⁰².

No obstante, los niños abandonados superarían esta cifra y por eso el cabildo decide tomar cartas en el asunto. Las actas del capítulo espiritual celebrado el 8 de abril de 1491 ofrecen la imagen de un cabildo preocupado por "los ninnos e ninnas que se echan en la piedra" y que acuerda que "sy el sennor nunçio quysyere tomar algunos dellos los tome e los que no que el cabildo tenga cargo de los faser tomar e criar"²⁰³. A tal efecto, la corporación proporcionaría el soporte económico necesario -14.000 mrs. anuales de las rentas del refitor- y diputaría a un canónigo para entender en todo lo concerniente al tema²⁰⁴. Poco después, en noviembre del mismo año, el cabildo vota las constituciones de este oficio, que especifican claramente sus competencias, entre las que está la de llevar un libro-registro que consignara los nombres de los niños, la fecha en que fueron recogidos, los gastos de su manutención -amas de cría, pañales, mantillas- con objeto de que su sucesor en el cargo "pueda continuar la cuenta e no aya yerro en ello". El concurso de las amas de cría era fundamental para poder atender al cuidado de los pequeños, de ahí que buena parte del presupuesto se fuera en el pago a las mismas. Estas cobraban cada mes o dos meses, según los casos, y en el momento de la paga debían llevar consigo al niño "porque no puedan faser enganno e levar el salario sy era muerto el ninno e jurar que es aquel mysmo el que le fue dado a criar". Tanta precaución del cabildo induce a pensar que los fraudes entre estas mujeres no serían extraños, de ahí que los capitulares exijan sus garantías. Por último, el canónigo

²⁰² *Ibidem*, pág. 94.

²⁰³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 16v.

²⁰⁴ Los canónigos elegidos debían aceptar obligatoriamente el cargo, so pena de perder un año de caridades y distribuciones por su prebenda. A cambio se veían recompensados con un salario anual de 3.000 mrs. En abril de 1491 fueron diputados para el cargo de forma provisional los canónigos Alonso Ortiz y Alonso Yáñez, y ya en noviembre se encarga la tarea para todo el año siguiente a Juan de Cabrera, arcediano de Toledo. A.C.T. Actas Cap II, f. 16v y f. 25v.

encargado de estos niños debía hacerlos bautizar²⁰⁵.

Ni la buena voluntad del nuncio y de la corporación bastaban para dar solución al problema que, en frase de Blas Ortiz, iba "creciendo por la malicia de los hombres"²⁰⁶, de ahí que una tercera iniciativa, ésta, sin duda, la más institucionalizada y la más importante de las puestas en marcha por estos años en Toledo, venga a sumarse a las anteriores para tratar de atajar el problema. Es nada menos que la fundación por parte del poderoso cardenal Mendoza de un hospital bajo la advocación de Santa Cruz, igual que su título cardenalicio, cuyo fin principal, al margen de reunificar al conjunto hospitalario toledano, es la de acoger niños expósitos. Así lo consigna en su testamento, otorgado como ya señalamos el 23 de junio de 1494, en el que Mendoza hace heredero universal de sus bienes al Hospital de Santa Cruz, señalando que, una vez cumplidos todos los cargos y mandas hechos en el testamento, sea su único heredero. Con este legado y sus rentas debían comprarse unas casas propiedad del cabildo, realizar un edificio suntuoso y dotarlo del personal adecuado para atender a los necesitados²⁰⁷. No contento con ello, en los meses siguientes y en sendos codicilos, entrega al Hospital otro grupo de propiedades para su mantenimiento²⁰⁸.

La importancia que esta fundación tuvo para el cabildo estriba en que

²⁰⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 25v.

²⁰⁶ *Ob. cit.*, pág. 260.

²⁰⁷ "Ordenamos e mandamos que e es nuestra voluntad que cumplidos todos los cargos e las mandas e legatos en este nuestro testamento contenidas, del remanente de nuestros bienes sea fundada e edificada una casa grande e suntuosa acomodada para hospital en las dichas casas del Dean e en las casas del cabildo que desuso se fazen mencion e en las otras casas que se juntan con ella si mesnester fueren, asi como se encierran dentro de las calles que estan en torno de las dichas casas. E que la dicha casa e hospital con su capilla sea fornida e proveyda de Capellanes e de ornamentos e de las otras cosas conzernientes al altar. E de camas e de medicinas e de medicos e cirujanos e servidores e de las otras cossas nezessarias e convenientes para agoger e curar a los enfermos que a el quisieren venir. E para criar a los niños expósitos". A. Álvarez Ancil, *Copia fiel y exacta del Testamento*...., pág. 21.

²⁰⁸ A.C.T. A.9.B.1.5a (1494, julio, 9, Guadalajara) y A.C.T. A.9.B.1.5b (1494, octubre, 8, Guadalajara)

desde el principio el cardenal, sabedor de que probablemente no viera realizado su proyecto a causa de su edad -"no sabemos si Dios nuestro Señor nos llamará antes que podamos effectuar este pensamiento e pío propósito"- decidió comprometer al cabildo y colaborar con él en la fundación. Mendoza hace al cabildo patrono, protector y gobernador²⁰⁹ y confió en que la reina, como albacea de su testamento, velaría por la institución. Desde el primer momento el cabildo inició conversaciones para decidir si aceptaba las condiciones del cardenal y accedía a vender las casas en que debía instalarse el centro. Las actas del 16 de julio de ese año de 1494 presentan a los miembros del cabildo deliberando y aceptando finalmente el patronazgo del hospital dispuesto por el cardenal, siempre que éste ofreciese algunas garantías²¹⁰.

Tras la muerte del cardenal y, a pesar de que el papa Alejandro VI da su pleno apoyo al proyecto²¹¹, las dificultades para continuar con sus deseos fueron múltiples. Para empezar, el lugar elegido, unas casas anejas a la casa del deán, cerca de la catedral, no resultó adecuado, por lo pequeño y porque queda encerrado en el interior de la ciudad. Además, el cabildo parece desentenderse e incluso es llevado a los tribunales romanos por los deudos del cardenal al embolsarse el importe de la venta de las casas en principio fijadas para la instalación del hospital. El interés y apoyo de la

²⁰⁹ "[...] ellos darían las casas que su mesa capitular e refitorios e ellos tenían e erran attinentes e contiguas a la dicha Casa del dean e darian su consentimiento para anexas el hospital de los Inocentes de la dicha cibdad que esta en su administracion e darian la suma de maravedises que agora dan para criar los niños expositos para que todo se uniese e incorporase en el dicho hospital si a nos plugiese de lo fundar en la dicha casa del dean. E demas e allende por servicio de Dios e nuestro farian todo lo que mas le encargassemos e ellos pudiesen".

²¹⁰ Eran éstas las de depositar el dinero para edificar y dotar el hospital; compensar a las personas que en ese momento ocupaban las casas que deberían albergarlo; y entregar la limosna acostumbrada para el arca del pan y los niños expósitos. Cumplidas estas medidas el cabildo acepta de buen grado la cesión de sus casas y el patronazgo sobre el centro: A.C.T. Actas Cap. II, f. 64r.

²¹¹ Así se constata en bula otorgada el 1 de octubre de 1496: A.C.T. O.4.K.5.7.

reina, del ejecutor de la idea, el arzobispo de Sevilla y sobrino del cardenal Diego Hurtado de Mendoza, y de su sucesor, Cisneros, llevaron finalmente a acometer las obras. Antes, todos estuvieron de acuerdo en buscar un nuevo emplazamiento, el actual, en los locales de la Casa de la Moneda y del cercano monasterio de religiosas concepcionistas de San Pedro de las Dueñas. También el cabildo, tras las irregularidades iniciales, se avino a la colaboración, tal como dispuso el testamento, y ejerció un derecho de patronato sobre el hospital que le obligó a vigilar su buena administración y adecuado nombramiento de su personal. Ya en 1499 concedió las primeras constituciones que regirían el funcionamiento interno del hospital²¹². Las obras se iniciaron finalmente hacia 1504 o 1505 y diez años después ya pudieron los niños ocupar el edificio, si bien continuaron los trabajos ininterrumpidamente hasta 1524 y, espaciados, con detalles o retoques hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVI²¹³.

De lo que no hay duda es de que la fundación mendociana alcanzó pronto un gran éxito y cada vez acogió un mayor número de niños. En 1517 se ordenó incluso que no superasen los 200, pero fue tal el aumento que las rentas se hicieron insuficientes. Dado que la puesta en marcha del centro se realiza en un periodo de tiempo que ya escapa de los límites impuestos a nuestro trabajo, nos limitamos a señalar la fundación y remitimos, para obtener más detalles, a algunos trabajos en preparación²¹⁴.

²¹² Un extracto de ellas en J. García Oro, *Ob. cit.* págs. 96-98.

²¹³ F. Marías, "Del gótico al manierismo: el Hospital de Santa Cruz", *Toledo renacentista III*, págs. 127-159, y "Arquitectura y sistema hospitalario en Toledo en el siglo XVI", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, 1991, págs. 49-68. También R. Díez del Corral, *Arquitectura y mecenazgo, La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Toledo, 1987, págs. 188-204.

²¹⁴ En concreto, la Tesis doctoral en curso de Alfredo Rodríguez González analiza el funcionamiento de esta institución benéfica en el periodo moderno, pero va más allá y se ocupa de definir la procedencia de los niños, su proceso de formación y crecimiento y, por fin, intenta rastrear el destino, ocupaciones y tareas a las que se dedicaron una vez alcanzada la edad de trabajo.

Lo verdaderamente relevante para nuestro estudio es la participación tan importante que tuvo el cabildo en la vida de la institución como patrono que fue de la misma, cumpliendo una función similar a la que realizaba en el Hospital de la Misericordia o en el del Nuncio. Además, en tanto el centro superaba todos los escollos señalados y tenía a punto sus instalaciones, el cabildo siguió acogiendo a los niños de forma directa, tarea para la que, como más arriba se dijo, recibieron la ayuda de Cisneros que en 1496, nada más hacerse cargo de la sede, otorga 102.000 mrs. "para criar a los ninnos que se echan a la puerta de dicha nuestra santa Yglesia de Toledo"²¹⁵.

En definitiva, todas estas iniciativas, desde las más relevantes a las más modestas aportaciones, ponen de manifiesto que el cabildo no fue ajeno al entorno de marginación que le rodeaba y utilizó diversos mecanismos para tratar de paliar la pobreza y el dolor de sus semejantes y, al mismo tiempo, cumplir con el mandato evangélico de socorrer al necesitado. Dos fueron las fórmulas utilizadas por la institución catedralicia: por un lado, la puramente económica, a través de mandas y cantidades que en su totalidad o en colaboración con otras instancias sostenían diferentes ayudas -"pan del claustro", atención a los "niños de la piedra", limosnas a particulares o a corporaciones religiosas de la ciudad-; por otro, la meramente organizativa y de gestión que desempeñaba al actuar como patrono y administrador de las más importantes fundaciones hospitalarias toledanas, caso de los Hospitales de la Misericordia, el Nuncio y Santa Cruz.

²¹⁵ A.C.T. V.3.B.1.1. J. García Oro, *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, t. I, Madrid, 1992, pág. 93.

5.4.- ACTUACIÓN EN MATERIA CULTURAL Y EDUCATIVA

Una parte importante de los fondos económicos que administran los cabildos se destinaba a dotar y mantener una serie de instituciones relacionadas con la actividad que, sin duda, más ha contribuido a proyectar socialmente a estos organismos colegiados: sus tareas culturales y educativas dirigidas, preferentemente, a los miembros más jóvenes de la corporación, pero con clara incidencia en el conjunto de las ciudades que los albergaban. Jóvenes de la misma y de sus alrededores, aún cuando no fuesen a seguir a la carrera eclesiástica, podían asistir gratuitamente a sus clases; profesores venidos de otros puntos para impartir las diferentes materias contenidas en los "curricula" de los alumnos pasaban largas temporadas en las correspondientes catedrales; en torno a éstas solían instalarse importantes talleres artesanos para la fabricación de pergamino y papel o para la copia de libros. Ello es un claro indicativo de la corriente de intercambio que, también en este aspecto, existía entre ciudades y catedrales.

Es, básicamente, a partir del siglo XII cuando estos templos, coincidiendo con el renacer de la vida urbana que se proyecta por todas las ciudades de Occidente, comienzan a reclamar un papel educativo y pedagógico, que, hasta entonces, era coto casi exclusivo de los monasterios²¹⁶. Lógicamente, los responsables y ejecutores de cuantas iniciativas en materia cultural se planteaban desde estos templos fueron los miembros de sus respectivos cabildos catedralicios, que añadían así una dimensión cultural a las numerosas tareas que tenían encomendadas. La importancia que todo ello tiene para el conocimiento de la historia cultural

²¹⁶ G. Duby, *Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad 980-1420*, Barcelona, 1983; J. Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 1990; VV.AA., *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)*, Pamplona, 1988; J. Verger, *Culture, enseignement et société en Occident aux XII e XIII siècles*, Rennes, 1999, y *Les gens de savoir en Europe a la fin du Moyen Âge*, París, 1997.

de la Edad Media explica que en los últimos años ésta sea una de las líneas de investigación más fructíferas en relación con catedrales y cabildos²¹⁷.

Como es lógico, ni la ciudad de Toledo ni el influyente y poderoso cabildo de su catedral permanecieron ajenos a estos fenómenos, cumpliendo sus componentes desde fines del siglo XI esa función formativa junto a las litúrgicas y administrativas que les eran propias y conformaban su quehacer diario. A lo largo del siglo XII, varias circunstancias así lo manifiestan: la actividad llevada a cabo por el grupo de clérigos francos que el arzobispo don Bernardo trajo consigo para poner en funcionamiento el templo²¹⁸; la existencia de una escuela catedralicia con su maestrescuela al frente, que seguía la pauta que por entonces se venía imponiendo en el conjunto de cabildos hispanos y de Occidente²¹⁹; y por último, el impulso que desde el templo primado y por los propios prelados se dio a la llamada Escuela de Traductores de Toledo, algunos de cuyos principales representantes fueron miembros del cabildo primado²²⁰.

Conforme se avanza en la Edad Media no hace sino incrementarse

²¹⁷ Muchos son los trabajos que analizan esta faceta cultural y educativa de los cabildos, entre ellos los que se recogen en *Memoria Ecclesiae, III. Iglesia y Cultura en las Edades Media y Moderna*, Oviedo, 1992. No obstante, las mejores y más completas aportaciones se deben a los trabajos de Susana Guijarro González, centrados en el conjunto de catedrales castellano-leonesas. De ellos destacamos *La transmisión social de la cultura en la Edad Media Castellana (siglos XIV-XVI): Las escuelas y la formación del clero de las catedrales*, (ed. en microficha), Santander, 1993; "Estudiantes, universidades y cabildos catedralicios en las diócesis castellanas durante la Baja Edad Media", en *Diálogo Ecuménico*, 4 (1998), págs. 39-56; "La escuelas y la formación del clero de las catedrales en las diócesis castellano-leonesas (siglos XI al XV)", en *La Enseñanza en la Edad Media*, Logroño, 2000, págs. 61-95.

²¹⁸ De ellos sabemos, porque así lo relató Jiménez de Rada, *Historia de los Hechos de España*, Madrid, 1989, pág. 253, que eran "viri honestos et litteratos", lo cual sin duda influyó en que fueran designados obispos de diversas sedes hispanas.

²¹⁹ R. Gonzálvez Ruiz, "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo y F. Ruiz Gómez (coords.), *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, 1996, págs. 169-209.

²²⁰ Recientemente se ha publicado una obra de conjunto sobre el tema, en la que se recogen varios artículos y una seleccionada bibliografía a la que nos remitimos: *La Escuela de Traductores de Toledo*, Toledo, 1996.

esta faceta capitular con una normativa explícita y una cada vez mayor complejidad. Con seguridad, el momento en el que todos estos aspectos mejor se concretan será la segunda mitad del siglo XV; por esas fechas el papel que se realiza desde la catedral toledana en favor de la cultura y de la educación de sus miembros se plasma en los cuatro puntos que desarrollamos a continuación: la estrecha vigilancia de la escuela catedralicia y de las enseñanzas en ella impartidas; el envío de estudiantes a Estudios y Universidades extranjeros; la fundación del Colegio Universitario de Santa Catalina; y la organización de la Biblioteca Capitular.

5.4.1.- La Escuela catedralicia

El mantenimiento de una escuela en el interior del recinto catedralicio es lo que permite a los cabildos formar a sus miembros en aquellas materias necesarias para cumplir con las diversas funciones que tenían asignadas dentro del templo: los servicios litúrgicos, el canto, la predicación, la administración de un patrimonio en aumento, las tareas docentes. De ahí que dicho centro educativo ofreciera enseñanzas tan dispares como música, gramática, cómputo, Sagradas Escrituras o derecho, así como diferentes grados de instrucción que iban desde el nivel de los niños o infantes a la formación clerical superior.

La escuela catedralicia de Toledo se adapta perfectamente a este esquema como corresponde a un templo y a una ciudad de su importancia. Ya dijimos que esta escuela existe desde los años que siguieron a la puesta en marcha de la catedral y del cabildo, y ya en el siglo XV se puede afirmar que estaba plenamente constituida. En su proceso de formación y consolidación tuvieron mucho que ver las disposiciones que desde los diferentes ámbitos eclesiásticos -ecuménico, nacional, provincial y diocesano- velaron por el desarrollo y la promoción de la cultura,

respondiendo al movimiento de reforma que trata de imponerse en toda la Cristiandad.

De acuerdo con estas medidas, la escuela catedralicia toledana se organizó en varios niveles a fin de atender las diferentes necesidades formativas de sus miembros. Dirigiendo y vigilando su funcionamiento se encuentra una figura fundamental en todas las catedrales occidentales, el *maestrescuela*, personalidad muy cualificada del cabildo, a la que ya nos hemos referido en diferentes partes del trabajo. Esta dignidad catedralicia, no impartía las clases directamente, sino que se encargaba de buscar profesores idóneos en las materias impartidas, de hacerles llegar su salario, de vigilar los horarios, materias, locales y, en definitiva, de inspeccionar todo lo relacionado con la institución escolar. Debía además permitir que aquel que lo quisiera, aunque no perteneciese a la catedral, pudiera recibir estas enseñanzas, desde luego, de forma gratuita si eran estudiantes pobres. Su mayor preparación le obligaba igualmente a corregir los libros corales utilizados para la celebración de los oficios divinos y a escuchar diariamente la lectura de la epístola por algún subdiácono, corrigiéndolo si lo creía necesario a fin de velar por la liturgia impartida en el templo²²¹.

La responsabilidad que llevaba aparejado el cargo, hacía que éste siempre recayera en personas de sólida formación intelectual y, sin duda, prueba de ello es la labor que desarrolla desde 1479 como maestrescuela de la catedral toledana, don Francisco Álvarez Zapata, una de las personalidades más destacadas en la historia del cabildo e incluso de la ciudad de Toledo, quien mostró gran celo en el ejercicio de su función, poniendo especial cuidado en mejorar las enseñanzas catedralicias y en

²²¹ B.N. Mss. 6260, f. 12r.

procurar a la dignidad que el ocupaba una buena dotación económica²²². Más tarde volveremos a referirnos a él a propósito de su fundación colegial de Santa Catalina.

La escuela de la catedral toledana se organizaba en tres niveles diferentes, en función de las materias impartidas y de los alumnos a quienes iban dirigidas: Gramática, Teología y Música.

A.- La Escuela de Gramática

El primer nivel de las enseñanzas impartidas en la catedral lo constituye la Escuela de Gramática. En ella se harían efectivos los mandatos que desde los Concilios III y IV de Letrán, celebrados en 1179 y 1215 respectivamente, insistían en que en todas las catedrales hubiese un maestro de Gramática²²³. La reiteración de estas medidas a lo largo de los siglos en concilios y reuniones de muy diverso alcance hace pensar que las normas no siempre se cumplirían y que, en algunos casos, llegarían a ocupar prebendas catedralicias personas insuficientemente instruidas. Así, en dos importantes concilios nacionales celebrados en Valladolid en 1228 y 1322 se dispone que quienes no supieran hablar latín fueran suspendidos de su beneficio mientras no lo aprendiesen²²⁴.

²²² Sabemos que el 2 de abril de 1491 y por intercesión suya, el cardenal Mendoza anejó a la maestrescolía un beneficio curado en Tocenaque, lugar de la diócesis comprendido en el arciprestazgo de Illescas: A.C.T. Actas Cap. II, f. 21r.

²²³ V. Beltrán de Heredia, "La formación intelectual del clero en España durante los siglos XII, XIII y XIV", en *Revista Española de Teología* VI (1946), págs. 327-333; J. Sánchez Herrero, "La jerarquía eclesiástica y su doctrina pedagógica", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, 1995, págs. 147-148.

²²⁴ Ambos se reúnen a instancias de dos legados papales, encargados de impulsar la reforma en los distintos reinos peninsulares y de aplicar las reformas de los concilios ecuménicos. El primero es Juan de Abbeville, legado de Gregorio IX, y el segundo Guillermo Peyre de Godin, enviado de Juan XXII. Con ser las dos reuniones de gran importancia, la de 1322 resultó fundamental ya que fue la verdadera iniciadora de la reforma en Castilla e influyó en buena parte de los concilios y sínodos que se celebraron en las sedes de la Corona de Castilla en los siglos XIV y XV. Un esquema del mismo en J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 36-38.

Las autoridades eclesiásticas toledanas recogieron esta normativa general y de ahí las disposiciones de un Concilio provincial reunido en 1339 por el arzobispo don Gil de Albornoz, en las que se establece la obligación que tenían los clérigos de saber, al menos, explicarse por escrito²²⁵. Más de un siglo después y también en un Concilio provincial, el que celebra en Aranda en 1473 el arzobispo Carrillo, se reitera la necesidad de fomentar la preparación del clero diocesano y catedralicio y se insiste en la obligatoriedad de hablar latín para acceder a las órdenes sagradas o a cualquier beneficio parroquial o catedralicio²²⁶.

Este conjunto de medidas movieron a la catedral a velar por el conocimiento de materias tan imprescindibles y a mantener un maestro de gramática y otro de dialéctica que estarían a las órdenes del maestrescuela. Eso sí, no sería la catedralicia una escuela de primeras letras, pues los escolares debían saber leer y escribir para acceder a ella. Sería más bien una escuela de enseñanzas medias en las que en un primer nivel se impartía gramática latina, canto llano y cálculo elemental, así como un conocimiento de las ceremonias litúrgicas desarrolladas en la Iglesia. A partir de ahí, los alumnos cursaban de forma más completa las materias que componían el "trivium" -gramática, retórica y dialéctica- hasta completar una sólida formación literaria que preparaba a buenos predicadores. Igualmente podían impartirse conocimientos generales de las ciencias del "quadrivium", geometría, aritmética, astronomía y música, aunque no sabemos en que grado²²⁷. Los "libros de texto" y manuales utilizados para impartir estas

²²⁵ Se trata del Concilio provincial de Valladolid del 19 de mayo de 1339, cuyo texto se publica en *Ibidem*, págs. 201-204.

²²⁶ *Ibidem*, págs. 283-300. A los candidatos se les exigía un examen previo que estaría presidido por el obispo o por dos varones de intachables costumbres que él designase. Dignidades y canónigos sólo quedarían dispensados de la obligación "ex causa multum evidenti et necessaria".

²²⁷ R. Gonzálvez, *Ob. cit.*, págs. 180-185; B. Bartolomé Martínez, "Escuelas de Gramática", en *D.H.E.E.*, Suplemento I, Madrid, 1987, págs. 290-291.

materias serán mencionados más tarde, cuando descubramos los principales libros que componían la Biblioteca Capitular a fines de la Edad Media.

Los destinatarios de estas enseñanzas eran ese importante colectivo catedralicio compuesto por los *clerizones* o "*moços*", grupo de niños y adolescentes que encontramos documentados desde bien temprano en la catedral toledana y a los que nos referimos al tratar la estructura y composición del cabildo²²⁸. Ellos, no sólo se educaban en la escuela capitular, sino que atendían todas aquellas tareas litúrgicas que les eran encomendadas, a fin de irse familiarizando con el complejo ceremonial catedralicio. Son, además, los protagonistas de las divertidas fiestas del "obispillo de San Nicolás" mencionadas con anterioridad.

Recordando lo que sobre ellos dijimos en su momento, señalar que para ser admitidos en la escuela catedralicia, debían contar entre 8 y 10 años y pasar una prueba de lectura y canto ante el maestrescuela, tras lo cual eran ordenados de tonsura y recibían un beneficio eclesiástico durante el tiempo que duraba su pertenencia al templo. A fin de fomentar su participación en las tareas escolares y litúrgicas se les remuneraba con una cantidad diaria que, además, ayudaba a su manutención y alojamiento fuera de la catedral. Si la porción que reciben era insuficiente debían socorrerlos sus patrocinadores, es decir, aquellas personas, familiares, beneficiados, conocidos, que habían procurado su ingreso. Muchas eran las solicitudes e intentos de padres por lograr que sus hijos formaran parte de este grupo, dadas las posibilidades de promoción que tenían sus integrantes²²⁹. En el siglo XVI el cardenal Siliceo fundó un centro para su formación, el Colegio

²²⁸ No obstante, había otros posibles alumnos, tales como los propios beneficiados de la catedral y sus criados, o alumnos de la ciudad que podían acudir a la catedral, aunque quedaban completamente al margen de las ventajas y posibilidades de los clerizones.

²²⁹ Múltiples detalles sobre la situación de este colectivo en la constitución "*De officio puerorum vel infantium*", recogida en la recopilación de don Blas Fernández. B.N. Mss. 6260, f. 14r-v.

de Infantes, cuyo patrono era el cabildo y que aún hoy sigue funcionando.

B.- La Escuela de Teología

Una vez que los alumnos han alcanzado la edad juvenil y un nivel aceptable de formación pueden pasar, si muestran aptitudes y desean seguir la carrera eclesiástica en su más alto grado, al nivel superior que constituye la escuela de Teología. El estudio de las Sagradas Escrituras era fundamental para completar la formación del clero y de ahí que desde el IV Concilio de Letrán se exija la presencia de un maestro de esta materia en las catedrales más importantes, las metropolitanas, entre las que, sin duda, se encuentra la sede toledana.

Aquí debió existir esta figura desde el principio, pues aunque no hay constancia escrita de ello, la presencia en la Biblioteca Capitular ya en el siglo XII de algunos manuscritos y textos en los que se glosan algunos manuales de Teología así lo atestigua²³⁰. Además, en el concilio provincial de 1339 don Gil de Albornoz insiste en que al menos una décima parte del clero catedralicio estudie Teología, Artes Liberales o Derecho. No obstante, cuando podemos constatar más claramente que estas enseñanzas se impartieron en la catedral a cargo del cabildo es en el siglo XV. Prueba de ello es que en la catedral toledana se aplicó con rapidez la bula de Sixto IV del 27 de abril de 1476 en la que, a fin de evitar la designación de personas poco ilustradas, se ordenaba la provisión de dos canonjías en licenciados o doctores en Teología y Derecho, las canonjías magistral y doctoral²³¹. La primera de ellas recayó durante un tiempo en Pedro Jiménez de Préjamo, pero tras su elevación al obispado de Badajoz en 1486 no debió ser fácil proveerla y de ahí que el cabildo decidiera encomendar la enseñanza de la

²³⁰ R. González Ruiz, "Las escuelas de Toledo...", págs. 186-187.

²³¹ A.C.T. A.12.A.2.4. No es un mandato exclusivo para Toledo, sino que debe ser aplicado a todas las iglesias de Castilla y León.

Teología y la cátedra que sobre tal materia se había fundado en la catedral a prestigiosos miembros de las Órdenes religiosas implantadas en Toledo. Esta fue práctica habitual entre los cabildos, que si no podían encontrar a otras personas lo suficientemente preparadas para el puesto, se servían temporalmente de estos frailes formados en prestigiosas Universidades²³².

Así sucede en Toledo el 28 de junio de 1490, cuando "la cathedra de theologia que en esta Sancta Iglesia de Toledo se lee era neçessario proveer en ella", y deciden concederla al maestro fray Hernando de Espina, "frayle de la Orden de San Francisco de la claustral desta çibdad"²³³. Era éste un religioso del convento de la Sisla que un tiempo después encontró alguna oposición en el ejercicio de su función por otros franciscanos de su mismo convento, fray Alonso de San Clemente y fray Martín de Vitoria²³⁴. Este último acabó sustituyéndole en la cátedra en 1493²³⁵ y permaneció en ella al menos hasta 1495, ya que en julio de 1494 lo encontraban "suficiente e habile" y decidieron confirmarlo para un año más²³⁶. El cabildo era respetuoso con las obligaciones que la pertenencia a la Orden franciscana exigían a los profesores y les concedía permiso para cumplir con ellas. Es lo que sucede en 1492, cuando permiten ausentarse a Espina todo el mes de julio para acudir al Capítulo General de su Orden²³⁷ y en 1494 cuando reiteran la autorización, esta vez a fray Martín de Vitoria²³⁸.

Estas cátedras de Teología eran independientes de las escuelas de Gramática, pues tanto los profesores como las enseñanzas impartidas eran distintas. Básicamente, se estudiaban tres disciplinas fundamentales:

²³² Ya vimos en su momento como también la predicación de los principales sermones del templo era compartida por los capitulares con frailes de distintos conventos mendicantes.

²³³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 2v.

²³⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 53r. (1493, junio, 28).

²³⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 54v. (1493, agosto, 8).

²³⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 64v.

²³⁷ A.C.T. Actas Cap. II, f. 34r. (1492, junio, 8).

²³⁸ A.C.T. Actas Cap. II, f. 60v. (1494, abril, 24).

Sagradas Escrituras, Cánones y Liturgia. A pesar de esta separación, había entre ellas dos puntos de contacto: los alumnos, que pasaban de una a otra para completar su formación, y la figura del maestrescuela como director que era de todas las escuelas.

C.- La enseñanza de la Música

La música desempeñó un papel fundamental en las celebraciones litúrgicas de las catedrales españolas y occidentales a lo largo de la Edad Media²³⁹. Diariamente, el desarrollo y la solemnidad del culto exigía la participación de músicos, cantores e instrumentistas, que se hace cada vez más numerosa y decisiva conforme nos acercamos al Renacimiento. Los siglos XV y XVI vivieron un gran desarrollo de la creación musical, que tuvo en iglesias y catedrales los principales escenarios. La catedral primada da fe de ello, pues, como hemos ido señalando, la celebración de las distintas fiestas y solemnidades del calendario se adornaba con un buen número de composiciones tanto de canto llano como polifónico²⁴⁰.

Esta circunstancia hace que el estudio de la música se individualice del conjunto de enseñanzas que se impartían en la catedral y tenga sus propios maestros, alumnos y métodos. En Toledo, el conocimiento de la música en un nivel elemental, que comprendía el canto llano o gregoriano y el canto de melodía, era obligatorio para todos los escolares y de ahí que en la misma escuela de Gramática se impartieran unas nociones generales

²³⁹ I. Fernández de la Cuesta, "La Música Sagrada", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, págs. 857-863; S. Rubio, "La Música religiosa española en los siglos XV y XVI", en *Historia de la Iglesia en España* III-2º, Madrid, 1980, págs. 553-583.

²⁴⁰ Para conocer en profundidad la actividad musical de la catedral de Toledo es fundamental ya citado trabajo de F. Reynaud, *La polyphonie toledane et son milieu des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, 1996, que da múltiples detalles sobre la situación de los cantores, instrumentistas, maestros de capilla, el ceremonial litúrgico, los libros de música, etc. Anterior, pero también interesante es la obra de F. Rubio Piqueras, *Música y músicos toledanos*, Toledo, 1923.

comunes a todos los alumnos. Estas enseñanzas estaban a cargo del *maestro claustral o claustrero*, racionero que, como dijimos, era el encargado de instruirles "in canto et usu ecclesiae" y de corregir sus fallos hasta conseguir que alcanzaran el nivel adecuado²⁴¹.

La importante responsabilidad de este oficio obligaba al cabildo a controlar de cerca el quehacer de sus titulares y a ordenar severas penas si incumplían su función o abandonaban indebidamente la escuela. El claustrero debía conocer muy bien a los niños y procurarles una enseñanza personalizada "según cada uno incumbia e su capacitat bastante porque la egleſia se sirviese dellos e ellos aprendiesen e saliesen buenos clerigos"²⁴². Entre los que ocuparon dicho oficio destacan Juan de Villarreal, Alonso de Aguilera y desde 1490 Pedro Lagarto, uno de los músicos más importantes del momento²⁴³. El trabajo de este último debía ser grande, pues contó incluso con un ayudante para "que sea servyda esta Sancta Iglesia", al que en 1491 pagan 4.000 mrs. anuales²⁴⁴.

No obstante, conforme el canto polifónico se impone y la música adquiere la relevancia señalada en los servicios litúrgicos de la catedral, se crea una especial educación musical que insiste en el aprendizaje del canto de órgano o canto polifónico, el contrapunto y la composición. Los destinatarios de esta formación musical especializada son los cantores adultos que desempeñaban su tarea en la catedral, y, fundamentalmente, una parte de los clerizones que, por sus adecuadas aptitudes para el canto, se individualizan del conjunto y pasan a constituir el grupo de los "moços del coro", "niños del coro", "clerigones de canto de organo" o "*seises*", este

²⁴¹ B.N. Mss. 6260, f. 12v.

²⁴² A.C.T. Actas Cap. I, f. 88r. (1476, agosto, 16).

²⁴³ A.C.T. Actas Cap. II, f. 2r. (1490, junio, 19).

²⁴⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 14v. (1491, febrero, 23).

último término en atención a su número que ya en el siglo XV se fija en seis²⁴⁵. Este pequeño grupo de niños cantores de entre 6 y 13 años hacía vida en común cerca de la catedral o incluso en algún recinto del claustro, diferenciándose así de los demás clerizones. Estaba más controlado, y el especial mimo y educación que requerían sus voces estaba a cargo del llamado "*maestro de los ninnos*", "*maestro de la musica*" o *maestro de los seises*.

Aunque no hemos podido encontrar referencias documentales a la existencia de estos oficios en el siglo XV, no hay duda de que en el siglo XVI estaban perfectamente admitidos, como corresponde a un periodo de gran desarrollo de la actividad musical en el templo primado. Así lo afirma François Reynaud en su ya citado trabajo sobre la polifonía toledana, que también indica como, en ocasiones, estos cargos se confunden con el de claustrero, que también enseñaba música, pero, no sólo a los seises, sino al conjunto de los clerizones. En todo caso, en el siglo XV las competencias no debían estar tan delimitadas y parece que el claustrero compartía, o al menos lo hizo durante un tiempo, ambas funciones. Así, las Actas de 1490 deciden otorgar una serie de jubones y sayos a los "seys ninnos cantores desta sancta yglesia que tiene Lagarto", en clara alusión al antes citado claustrero Pedro Lagarto²⁴⁶.

Sea como fuere, lo realmente importante es que estos niños del coro o seises eran admitidos en la catedral tras cumplir una serie de requisitos de idoneidad que Bernabé Bartolomé ha tipificado para el conjunto de cabildos hispanos: tener buena voz, saber leer y escribir, proceder de una familia de

²⁴⁵ A mediados del XIV, como consta en el testamento del arzobispo Blas Fernández de Toledo, su número era de cuatro.

²⁴⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 7r. (1490, septiembre, 13).

intachables costumbres o gozar de buena salud²⁴⁷. Las posibilidades de promoción que estos niños tenían dentro de la catedral y de la carrera eclesiástica eran grandes y de ahí el interés de muchos padres por lograr el ingreso de sus hijos, quienes, en función de la edad que tenían al entrar, permanecían en el templo entre tres y nueve años. A los padres no se les reclama ninguna situación social o económica determinada para la aceptación de sus hijos²⁴⁸. La única obligación y compromiso que les exige el cabildo era la de "no los quitar a los niños del dicho servicio", so pena de una severa multa para la Obra y, en el caso de que los niños se escaparan, circunstancia que no debía ser infrecuente a juzgar por la reiteración con que trata de evitarse, debían hacerles volver "a su costa e mysyon" hasta completar su formación.

Con ser, desde luego, la escuela catedralicia, la más fuerte apuesta del cabildo toledano para atender a la formación de sus clérigos, hubo otras dos vías de promoción y ayuda al estudio que resultaron decisivas para la educación clerical y con las que tanto la corporación capitular como alguno de sus miembros más destacados estuvieron seriamente comprometidos: el envío de estudiantes a centros nacionales o extranjeros y la fundación del Colegio de Santa Catalina.

²⁴⁷ B. Bartolomé Martínez, "Los niños del coro en las catedrales españolas. Siglos XII-XVIII", en *Burguense* 29/1 (1988), págs 139-193, y "La enseñanza de la música en las catedrales", en *Anuario de Estudios Medievales* 21 (1991), págs. 607-627. Algunos trabajos se refieren a catedrales concretas, como M.P. Cabeza y M.A. Virgili, "La enseñanza musical y las escuelas catedralicias: los niños del coro en la catedral de Palencia", en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, t. V, Palencia, 1990, o M.P. Bertos Herrera, *Los seises de la catedral de Granada*, Granada 1988.

²⁴⁸ Los ejemplos estudiados para Toledo, recogidos en algunas referencias de las Actas Capitulares entre 1491 a 1493, apuntan a vecinos de Toledo, Villarta, Almorox, al sobrino de un racionero, al hijo de una viuda, entre otros. A.C.T. Actas Cap. II, f. 15v, 26r, 48r, 54v.

5.4.2.- Financiación de estudios fuera de Toledo

Uno de los más importantes métodos utilizados por los cabildos catedralicios para completar la formación de sus miembros fue enviarlos a Universidades y Estudios nacionales o extranjeros, cuando estos no existían en sus propias ciudades. La corporación costeaba estas estancias con cargo a los bienes de la mesa capitular y a las rentas decimales, a fin de que sus miembros obtuvieran la titulación en Cánones o Teología, así como la formación adecuada para desempeñar sus cargos y prebendas catedralicias²⁴⁹. Este movimiento estudiantil estuvo propiciado por la Iglesia desde que en el IV Concilio de Letrán(1215) se obliga a las escuelas catedralicias a mantener un maestro de gramática y, a las metropolitanas, además, un profesor de Teología. Las dificultades para encontrar a estos maestros, especialmente a los expertos en Teología, y la falta de celo de algunos cabildos por cumplir la norma del lateranense llevaron al papa Honorio III en 1219 a disponer la decretal "Super specula", en la que se ordena que cada catedral envíe sus estudiantes más idóneos a Universidades y Centros de Teología, a fin de que allí obtuvieran la preparación necesaria para después ser maestros en su iglesia, percibiendo durante cinco años los frutos de sus prebendas²⁵⁰.

En los reinos hispanos no hubo que esperar a estas disposiciones para tener documentados los contactos de algunos cabildos con centros de estudios superiores de otros países. El caso más evidente es el del cabildo

²⁴⁹ El decisivo papel de la enseñanza universitaria en la formación de los clérigos hispanos en S. Aguadé Nieto, "Las Universidades y la formación intelectual del clero castellano en la Edad Media", en *Universidad, cultura y sociedad en la Edad Media*, Alcalá de Henares, 1994, págs. 159-206.

²⁵⁰ B. Bartolomé Martínez, "Estudiantes y profesores españoles en Universidades extranjeras. Siglos XII-XVI", en *Historia de la Educación*, nº 4 (1985), págs. 10-11, y V. Beltrán de Heredia, "La formación intelectual del clero en España durante los siglos XII, XIII, XIV", en *Revista Española de Teología* VI (1946), págs. 326-332.

de Santiago de Compostela, al que puede considerarse pionero en España, pues desde principios del XII, coincidiendo con el pontificado de Diego Gelmírez, generaliza la práctica de enviar a algunos de sus prebendados a Francia para mejorar y completar sus estudios. Su ejemplo será seguido por otros cabildos del norte como León, Salamanca o Palencia y por algunos del área catalana²⁵¹.

Sin embargo, la verdadera generalización de esta práctica entre los cabildos peninsulares estará motivada por las resoluciones de los ya citados Concilios de Valladolid, celebrados en 1228 y 1322 respectivamente. En el primero se reiteran medidas similares a las del lateranense y se ofrece una dispensa de la residencia por cinco años a quienes vayan a estudiar Teología al Estudio de Palencia²⁵². Por su parte, en 1322 se dispone que entre aquellos beneficiados más aptos, las catedrales o colegiatas envíen a uno de cada diez a Estudios Generales de Teología, Derecho Canónico, Artes Liberales y, si no estaba prohibido, Derecho Civil y Medicina. A los así enviados se les respetarían los frutos de su beneficio mientras durase su formación²⁵³. Estas medidas generales tuvieron claro reflejo en los estatutos capitulares que se elaboran en estas fechas para regular el funcionamiento interno de los cabildos, en los que constituciones como las tituladas "de mittendis ad studium" o "de scholaribus" establecen la condiciones en que estos estudiantes se desplazarían a otros centros y las ventajas que obtendrían.

²⁵¹ V. Beltrán de Heredia, *Ibidem*, págs. 314-326.

²⁵² Esta medida trataba de solucionar dos cuestiones: de un lado, la formación de los clérigos hispanos, y de otro, la decadencia que venía mostrando el estudio palentino. J. Fernández Conde, "Aplicación de las reformas del lateranense IV en la Iglesia española" y "Estudios Generales o Universidades españolas", en *Historia de la Iglesia en España* II-2º, Madrid, 1982, págs. 50-51 y 186-187.

²⁵³ En caso de que las distintas iglesias se demorasen seis meses en el envío de los estudiantes, el prelado se reservaba el derecho a designarlos. J. Sánchez Herrero, "Promoción y ayuda al estudio", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia...*, pág. 436.

La catedral primada de Toledo recogió perfectamente estas pautas marcadas por las autoridades eclesiásticas y que se habían convertido en algo habitual en otros cabildos más septentrionales. Así se constata en 1229 cuando se señala, como uno de los motivos justificados de ausencia de los capitulares y de vulneración de su obligación de residencia, la estancia en Universidades para estudios²⁵⁴. Eso sí, se hace la salvedad de que no podrían cursar cualquier materia, prohibiéndoseles expresamente cursar estudios profanos²⁵⁵. Ya en el siglo XIV, la más clara muestra de la importancia de esta práctica se recoge en la constitución emanada del Concilio provincial de 1339 en la que, de acuerdo con lo dispuesto en Valladolid en 1322, se ordena que en cada catedral y colegiata de la provincia eclesiástica toledana, al menos, uno de cada diez clérigos curse estudios superiores. El texto especifica que éstos sean de Teología, Cánones y Artes Liberales y que los escogidos puedan gozar durante tres años de los frutos de su beneficio. Sería el juicio de obispo y cabildo el que dispondría quienes serían los enviados, siempre los "más aptos y dóciles"²⁵⁶.

Esta tradición normativa permanece vigente en la segunda mitad del siglo XV, periodo para el que, gracias a la documentación conservada, podemos aportar noticias sobre dos cuestiones de gran interés: las aptitudes requeridas para ser enviado a estudiar fuera y los principales destinos

²⁵⁴ Se trata de la constitución dada al cabildo el 3 de junio de 1229 en Ocaña por el legado Juan de Abbeville a petición del arzobispo Jiménez de Rada: "[...] nisi fuerit in scolis aut infirmitate vel minutione fuerit excusatus". B.C.T. 42-23, f. 20r-v. El texto ha sido publicado por F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, 1985, págs. 382-383.

²⁵⁵ Así se señala en una bula otorgada por Honorio III el 22 de noviembre de 1219 y enviada al arzobispo de Toledo y sus sufragáneos, en la que determina que quienes obtuvieran dignidad o prebenda en las catedrales, no pudieran cursar estudios profanos. A.C.T. A.12.A.1.8.

²⁵⁶ J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos...*, págs. 201-204. Al tratarse de un concilio provincial, extensivo a la amplia provincia eclesiástica toledana, el metropolitano recuerda a los sufragáneos la obligación de cumplir esta práctica y no mostrarse remisos al envío de sus escolares.

elegidos por los estudiantes toledanos para ampliar sus conocimientos.

La selección de los candidatos no era algo que se dejase al azar, sino que se vigilaba cuidadosamente. De hecho, la constitución de don Blas determinaba ya en el siglo XIV que a aquellos capitulares que, por estar recientemente admitidos en la catedral, no se les conociera lo suficiente, se les retrasaba la licencia para estudios hasta que hubieran hecho residencia durante un año, en el transcurso del cual discernirían si eran aptos para el estudio o para el servicio del coro²⁵⁷. Por otras referencias sabemos también que el candidato para ser designado debía mostrarse "habile e suficiente para el estudio", "docile para aprender", siempre con el objetivo de que "esta Sancta Iglesia sea muy servida"²⁵⁸.

En cuanto a los destinos preferidos, a tenor de la documentación eran Salamanca, Bolonia y el Estudio General de Roma. En efecto, entre los centros nacionales fue la Universidad de Salamanca²⁵⁹ la más apreciada por el cabildo toledano para enviar a sus miembros a completar su formación, como ponen de manifiesto las licencias otorgadas a algunos de ellos. De entre éstas destaca, por los detalles que da sobre el proceso que se seguía en el cabildo previamente al envío, la que se otorga al canónigo Alonso Manrique en 1491 para ir a estudiar Sagradas Letras. Éste, tras ser considerado idóneo por el conjunto de la corporación, recibe cada año para ayuda a su estudio 60.000 maravedís, sacados del conjunto de los vestuarios²⁶⁰. Por las mismas fechas sabemos de otros estudiantes que

²⁵⁷ B.N. Mss. 6260, f. 19r.

²⁵⁸ Estas son las características que, por ejemplo, se requieren del canónigo Alonso Manrique cuando en 1491 y 1493 se le envía a Salamanca a estudiar Sagradas Letras: A.C.T. Actas Cap. II, f. 17v y 52v.

²⁵⁹ Este importantísimo centro ha sido objeto de numerosos estudios, de entre los que destacaremos *La Universidad de Salamanca*, 3 vols., Salamanca 1990. También es interesante el exhaustivo trabajo de V. Beltrán de Heredia, *Bulario de la Universidad de Salamanca*, 3 vols., Salamanca, 1966-67, ya que ofrece referencias de los escolares toledanos que pasaron por sus aulas durante los periodos medieval y moderno.

²⁶⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 17v. (1491, mayo, 16).

también cursaban sus estudios en Salamanca²⁶¹.

Fuera de la Península los estudiantes toledanos mostraron preferencia por las Universidades italianas²⁶², siendo de todas ellas la más frecuentada la Universidad de Bolonia, tradicional destino de muchos estudiantes españoles, sobre todo tras la fundación en 1365 del Colegio de San Clemente por el cardenal Gil de Albornoz²⁶³. La finalidad del colegio era servir de residencia a estudiantes españoles, para lo cual dispuso treinta becas a repartir entre colegiales procedentes de las distintas sedes y beneficios que había ocupado el prelado en los reinos hispanos. Siendo Toledo la sede más importante de las que había recibido, los estudiantes de su ciudad y diócesis tenían preferencia sobre otros, y podían acceder a cuatro plazas²⁶⁴. Un siglo después, no obstante, parece que desde el cabildo se había vulnerado esta norma y se habían entregado cartas de presentación para el colegio de Bolonia a gentes de fuera del reino, perjudicando los intereses de Toledo. De ahí que en el acto celebrado el 17 de octubre de 1474 la corporación deje ordenado que sólo se den letras de presentación para Bolonia a las personas del linaje del cardenal don Gil, o de la ciudad o diócesis de Toledo o del reino de Castilla, por ese orden²⁶⁵. No sabemos si se seguirían produciendo estas irregularidades, pero sí que

²⁶¹ El 27 de octubre de 1490 se da licencia al racionero Jorge Maldonado (A.C.T. Actas Cap. II, f. 8v) y el 2 de marzo de 1493 se concede la moratoria "causa studii" al canónigo Rodrigo Pacheco (A.C.T. Actas Cap. II, f. 48r).

²⁶² Una visión general de estos centros en F. Cardini, "Le Università Italiane dei secoli XII-XIV", en S. Aguadé (coord.), *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media*, Alcalá de Henares, 1994, págs. 25-33.

²⁶³ B. Bartolomé Martínez "Estudiantes y profesores...", págs. 28-29.

²⁶⁴ "Qui hispani eligantur ordine subsequenti; et primo de civitate et diocesi Toletana ubi praefatus dominus fuit archiepiscopus tunc archidiaconus existebat, eligantur quatuor quorum unus audiat theologiam, duo sacros canones, unus medicinam...". *Ibidem*, pág. 27.

²⁶⁵ A.C.T. Actas Cap.I, f. 71v. "...que de aquí adelante no se diese letra de presentación salvo a la persona del linaje sennor cardenal don Gil o que sea de la çibdat de Toledo o de la diócesis o a lo menos de dentro del Regno e no de fuera del conformandose con la institucion del dicho collegio".

estudiantes toledanos siguieron ocupando las aulas del estudio de Bolonia²⁶⁶.

Otros destinos fueron la Universidad de Pavía, donde estudiaba Derecho Canónico el canónigo toledano Juan de Meneses²⁶⁷, la Universidad de Perugia, de la que es alumno el canónigo y abad de San Vicente Tello de Guzmán²⁶⁸, y el Estudio General Romano, en cuya Facultad de Cánones estudia el canónigo, Juan de Vera²⁶⁹, al tiempo que en la de Teología imparte clase y regenta una cátedra en dicha materia el también canónigo toledano y arcediano de Moya, Fernando de Córdoba²⁷⁰.

Nos ha sorprendido no encontrar entre la documentación conservada referencias expresas a estancias de alumnos toledanos en la Universidad de París, el centro de estudios teológicos más importante de la Edad Media, y, sin duda, el destino preferido por los escolares que tenían la expectativa de vincularse beneficiosamente a una catedral. No obstante, sí hay una referencia indirecta que permite deducir que las visitas de clérigos toledanos financiados por la catedral al Estudio General parisino eran frecuentes. Unas constituciones y costumbres de la Iglesia toledana dadas por su arzobispo don Sancho de Aragón durante su pontificado (1266-1275) disponen la cantidad que había de entregarse a los escolares para que pagaran los gastos

²⁶⁶ Así se constata el 2 de abril de 1491 (A.C.T. Actas Cap. II, f.21r) cuando se da un título para poder ir al estudio de Bolonia a Alonso Ortiz, hijo de Pedro Ortiz, criado del canónigo ya fallecido Marcos Díaz de Mondéjar. Otro tanto hacen el 8 de marzo de 1493 (A.C.T. Actas Cap. II, f. 48v) con el clérigo de Yepes, Francisco Castillo, que estudiará Derecho Canónico.

²⁶⁷ A.C.T. X.11.C.2.37. El 12 de julio de 1463 así lo certifica el vicescanciller de dicha Universidad, Conradus Marcellinis, en nombre del canceller, Jacobo de Piccolominibus, obispo de Pavía, a fin de que el alumno pudiera percibir frutos en ausencia.

²⁶⁸ Varios años pasó esta dignidad del cabildo en el estudio de Perugia, pues se le menciona como estudiante en 1467 (A.C.T. X.11.C.2.25) y 1469 (A.C.T. Z.12.G.1.6).

²⁶⁹ Se le menciona como allí presente en varias ocasiones entre los años 1468-1469. A.C.T. Z.12.G.2.3.; Z.11.B.1.34. y O.9.B.1.41.

²⁷⁰ A.C.T. X.11.C.4.92. El documento, fechado el 27 de abril de 1474, especifica que el canónigo lleva catorce años en el estudio, de ellos cuatro regentando la cátedra mencionada.

del viaje hasta sus lugares de estudio y desde éstos a Toledo, así como el número máximo de días que debían emplear en el traslado. El estatuto dispuso que para ir al estudio de París se les concederían 30 días durante los cuales recibirían su parte correspondiente de las distribuciones cotidianas y de las caridades. Otro tanto se les otorgaría para el viaje de vuelta a Toledo. Creemos que es significativo que ya en el siglo XIII cualquier desplazamiento tuviera al modelo de París como referencia para la asignación de las cantidades y días correspondientes²⁷¹.

Los documentos en que se recogen todas estas presencias de escolares en estudios extranjeros son enviados al cabildo por los cancilleres y vicecancilleres de los respectivos Estudios y Universidades, a fin de asegurar al cabildo la estancia efectiva de sus patrocinados en los centros y el buen aprovechamiento que hacían de sus estudios. Lógicamente, el cabildo, que aseguraba a los estudiantes desplazados al extranjero la percepción de los frutos y rentas de sus beneficios catedralicios, exigía la garantía de que estos cumplieran con sus obligaciones. Sabemos por las actas de otros cabildos que algunos estudiantes faltaban a su compromiso con el cabildo, no asistían a las clases, e incumplían el horario escolar, obligando a la corporación a tomar sus precauciones²⁷².

No tenemos constancia expresa de que en Toledo se produjeran estas irregularidades, pero sí de que el cabildo trataba de controlar, aún en la distancia, la disciplina de sus miembros y exigía de los cancilleres de los distintos centros la garantía y certificaciones de que aquellos estaban matriculados, asistían y escuchaban las lecciones impartidas y, por tanto,

²⁷¹ B.N. Mss. 13041, f.7v.

²⁷² B. Bartolomé Martínez "Tiempo, espacio y texto escolar", en *Historia de la acción educadora...*, pág. 921.

eran justos merecedores de la percepción de sus rentas²⁷³. Otro aspecto que también trató de regular el cabildo fue el de las vacaciones de los estudiantes. Ante el ya mencionado envío de Alonso Manrique al estudio de Salamanca, una de las más explícitas recomendaciones que le hace es que "esté e resida en el dicho estudio de Salamanca e no se absente del salvo por un mes que pueda yr a recreacion e a su arcedianadgo de Toro"²⁷⁴. Si quería gozar de más días, aunque fuera para ir Toledo, debía pedir licencia al cabildo que, en cualquier caso, no se lo recomendaba "porque fasta agora en yr e venir se le pasava asaz tiempo e no podia ansy aprovechar en su estudio"²⁷⁵.

El resultado de todas estas estancias en centros ajenos a Toledo y del esfuerzo económico del cabildo tenía su recompensa en la obtención por los estudiantes de los correspondientes grados académicos de bachiller, licenciado o doctor. Como veremos en el capítulo siguiente, un porcentaje significativo de los canónigos toledanos ostentaba un título universitario, lo cual, sin duda, les facultaba para desempeñar las funciones más escogidas dentro y fuera de la catedral, al tiempo que les confería un prestigio indiscutible entre el resto de la clerecía.

El importante flujo de estudiantes españoles y, en concreto, toledanos hacia otras universidades extranjeras o nacionales durante la Edad Media se vio frenado a partir del siglo XVI por dos circunstancias fundamentales: de un lado, las medidas de Felipe II prohibiéndoles salir al exterior -excepción hecha de Bolonia- y, de otro, la fundación de Colegios Mayores y

²⁷³ Esto no sólo sucede con los estudiantes, sino también con aquellos canónigos que residían en la Curia Romana desempeñando diversas funciones como auditores del Sacro Palacio, abreviadores y escritores de letras apostólicas, secretarios de miembros de la Curia, etc. Sobre estos, a los que también se exime de la residencia y se les preservan las rentas de su beneficio, el cabildo ejercía la misma labor de vigilancia y exigía las garantías del buen cumplimiento de sus tareas. A ellos nos referiremos en el próximo capítulo.

²⁷⁴ A.C.T. Actas Cap. II, f. 52v.

²⁷⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 17v.

Universitarios en muchas ciudades hispanas, lo que ya no obligaría a sus clérigos a tener que buscar la formación fuera de ellas. Esto sucedió en Toledo cuando en el siglo XVI da sus primeros pasos la Universidad, cuyas bases sienta a fines del XV la fundación colegial de Santa Catalina.

5.4.3.- El Colegio de Santa Catalina

Los colegios universitarios aparecen en el Occidente europeo al compás del nacimiento de los Estudios generales y las Universidades en los siglos XIII y XIV, a fin de ofrecer residencia y manutención a estudiantes con escasas posibilidades económicas. En los reinos hispanos su fundación se retrasa hasta el siglo XV, coincidiendo con el nuevo espíritu que recorre la Iglesia en este periodo y que pone especial acento en la necesidad de mejorar la formación y preparación del clero²⁷⁶. Estas nuevas fundaciones hispanas nacen despojadas de ese primitivo carácter de "hospederías honrosas", como algún autor ha calificado, y se convierten en verdaderos centros de formación, disciplina y religiosidad para numerosos clérigos²⁷⁷. A lo largo de los siglos XV y XVI y hasta la creación de los Seminarios en el Concilio de Trento de 1563, por estos centros pasaron muchos religiosos y futuros sacerdotes que progresivamente abandonan las escuelas catedralicias y se acercan a las aulas de estos colegios donde encuentran un gran ambiente de trabajo y estudio²⁷⁸.

²⁷⁶ B. Bartolomé Martínez, "Las Universidades Medievales. Los primeros Colegios Universitarios", en *Historia de la acción educadora*..., Madrid, 1995, págs. 362-365.

²⁷⁷ J. Fernández Conde, "Estudios Generales o Universidades españolas", en *Historia de la Iglesia en España*, t. II-2º. Madrid, 1979, págs. 196-197.

²⁷⁸ Aunque algunos de estos colegios admiten también estudiantes laicos, las constituciones y el espíritu que anima estas fundaciones pone gran acento en la formación eclesíastica. F. Martín Hernández los considera verdaderos "ensayos de Seminarios" e insiste en la influencia que su trayectoria tuvo para la elaboración del Decreto tridentino "Pro Seminariis": *La formación clerical en los colegios universitarios españoles (1371-1563)*, Vitoria, 1961, y "Colegios mayores y menores", *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972,

Las nuevas exigencias respecto a la educación que debían recibir los clérigos fueron refrendadas por las más altas instancias eclesiásticas hispanas, que ofrecieron vías y medios para mejorar su educación. Entre estas figuras destaca el cardenal Mendoza, tantas veces citado a lo largo de este trabajo, que, claramente implicado con el proceso reformista de la Iglesia, desarrolla un programa cultural-educativo en el que se incluye su fundación del insigne Colegio de Santa Cruz de Valladolid²⁷⁹, así como las de algunos de sus más estrechos colaboradores: el Colegio Grande de San Antonio de Portaceli, fundado en Sigüenza por Juan López de Medina, provisor y vicario general del obispado; el Colegio Mayor de San Salvador de Salamanca, fundado por su secretario personal Diego de Muros, y, por lo que a nosotros respecta, el Colegio de Santa Catalina de Toledo²⁸⁰.

Éste responde totalmente al modelo general que tuvieron estos centros desde el siglo XV y, a pesar de estar suficientemente estudiado²⁸¹, no está de más que señalemos las características que mejor lo definen y, sobre todo, su contribución al proyecto cultural que a fines de la Edad Media se desarrolla en la ciudad de Toledo y, especialmente, en torno a la

págs. 455-460.

²⁷⁹ F.J. Villalba Ruiz de Toledo, "Política universitaria en la Castilla del siglo XV", en *En la España Medieval* V, vol. II (1986), págs. 1.285-1.297; M. A. Sobaler Seco, *Los colegiales mayores de Santa Cruz (1484-1670): una élite de poder*, Salamanca, 1987.

²⁸⁰ No son estas, desde luego, las únicas fundaciones de colegios que se producen en este periodo, pues hay muchos otros repartidos por Granada, Sevilla, Salamanca, etc. Un estudio de todos ellos puede verse en F. Martín Hernández, *La formación clerical en los Colegios Universitarios españoles (1371-1563)*, Vitoria, 1961. También hace un repaso por algunas fundaciones contemporáneas al cardenal Mendoza A. Huarte y Echenique, "Los Colegios Universitarios de Castilla en tiempos del Cardenal Mendoza", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XI (1929), págs. 37-50.

²⁸¹ Muchos son los trabajos que se han ocupado de esta fundación toledana: V. Beltrán de Heredia, "La Facultad de Teología en la Universidad de Toledo", en *Revista Española de Teología* nº3 (1943), págs. 201-247; C. Ajo y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las Universidades Hispánicas*, II, Avila, 1958, págs. 69-72; F. Gómez Sánchez, *Biografía de la Universidad de Toledo*, Toledo, 1980 y "El Colegio de Santa Catalina y la Universidad de Toledo", en *Iluminar*, I (1988), págs. 61-78; J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempo del Cardenal Cisneros (1494-1517)*, Toledo, 1992.

catedral primada.

Como buena parte de los fundadores de estos centros, el de Santa Catalina pertenecía a la más alta jerarquía eclesiástica de la ciudad, más concretamente de la catedral, ya que se trataba del maestrescuela del cabildo y protonotario apostólico, don Francisco Álvarez de Toledo y Zapata, natural de Toledo e importante hombre de Iglesia, cuyos rasgos biográficos serán destacados más ampliamente en el próximo capítulo. Había llegado al cargo de maestrescuela en noviembre de 1479, tras una vida intensa en la que no descuidó su propia formación, hasta alcanzar el grado de doctor "in utroque iure". Después de pasar un tiempo al frente de la escuela catedralicia, pudo darse cuenta de lo mucho que quedaba por hacer y mejorar en cuanto a la formación de los clérigos toledanos y, fundamentalmente, de los jóvenes que se educaban como clerizones en la catedral, por lo cual pidió al cabildo una casa situada en la collación de San Andrés para atender más específicamente a un grupo de ellos.

Su proyecto, no obstante, era mucho más ambicioso y de ahí que solicitase del papa Inocencio VIII el reconocimiento de su, en principio, modesta fundación, y la posibilidad de acrecentarla, dotarla económicamente y disponer sus normas de funcionamiento. Desde el principio el pontífice estuvo de acuerdo con su idea y de ahí la bula "Etsi nos" otorgada el 7 de mayo de 1485, tras la que empieza a funcionar esta institución educativa²⁸². Sería el papal el tercer gran apoyo con el que contaría este maestrescuela, que previamente había conseguido implicar al cabildo en su proyecto, así como recibir todos los beneplácitos del cardenal Mendoza, de quien fue amigo y colaborador desde su nombramiento para la

²⁸² A.H.P.T. Legajo 4, Expediente 1, f. 1r-7v. Como todos los documentos recogidos en el citado legajo se trata de copia realizada en 1779.

archidiócesis²⁸³. Otro tanto sucederá en tiempos de Cisneros, que colaborará en el proyecto con 5.000 mrs. anuales para salario de los profesores²⁸⁴.

De este modo inicia su andadura este colegio al que don Francisco dio unas precisas Constituciones en las que está perfectamente estipulado todo lo relativo a su funcionamiento²⁸⁵. En ellas queda establecido el doble carácter de la fundación: el de residencia para treinta clerizones pobres, en la que recibirían manutención y todo tipo de asistencia material, y, por otro, el de centro de formación y preparación para alcanzar el sacerdocio. Las ordenanzas dejan perfectamente aclarados los requisitos que debían cumplir los treinta colegiales admitidos: tener entre 16 y 20 años; ser naturales de la diócesis o al menos de la provincia eclesiástica; saber leer, tener buena voz y haber cursado un año de Gramática; contar con escasas posibilidades económicas; mostrar vocación por el estado eclesiástico y ser honestos y de buenas costumbres. Los aspirantes que, tras una cuidada selección realizada, entre otros, por el maestrescuela, fueran admitidos, irían recibiendo las distintas órdenes sagradas hasta culminar su formación sacerdotal que les permitiría obtener un beneficio en la catedral o en cualquier iglesia de la diócesis. Durante este tiempo de estudio y preparación, en el que recibirían instrucción en Teología, ambos Derechos y Artes Liberales, debían servir en el coro de la catedral y estar presentes en las horas litúrgicas. Tres cargos

²⁸³ Precisamente, fue Francisco Álvarez Zapata, vicario general del nuevo arzobispo, quien junto a Juan López de Medina tomó posesión de la sede toledana en nombre del gran cardenal el 20 de marzo de 1483: A.C.T. A.9.B.1.1. y Actas Cap. I, f. 118v.

²⁸⁴ J. García Oro y M.J. Portela Silva, "El gobierno toledano del cardenal Cisneros en las cuentas", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 2 (2000), pág. 88.

²⁸⁵ A.H.P.T. Leg. 4, Exp. 1, f. 24v-45v. La copia del siglo XVIII no recoge la totalidad de las constituciones. Por su lado, F. Martín Hernández, *La formación clerical en los colegios universitarios españoles(1371-1563)*, Vitoria, 1961, págs. 243-249, publica parte de ellas en una "Ordenación del colegio contiguo a la iglesia catedral", tomada del conjunto de normas que sirvieron a Cisneros para redactar las constituciones del colegio de San Ildefonso de Alcalá.

-rector, canciller y capellán- se encargarían del funcionamiento del colegio, siempre bajo la obediencia del maestrescuela. Las normas dadas por el fundador inciden en muchos otros aspectos sobre el vestido, la alimentación, el equipamiento, el cuidado de los enfermos, siguiendo la tónica general de otras constituciones colegiales²⁸⁶.

Especial atención presta el maestrescuela a delimitar la disciplina que debía presidir la vida de los colegiales y la labor de inspección que sobre ella debía realizar el rector. En este sentido era muy importante el papel de los visitantes, que a través de algunos cuestionarios inquirían sobre las virtudes y defectos de ambos²⁸⁷. Del rector les interesa su prudencia, honestidad, el tiempo que dedicaba a la gobernación del colegio, la provisión de alimentos, su negligencia o severidad a la hora de castigar los excesos de los colegiales, entre otras actuaciones. Por su parte, a los colegiales se les investiga sobre aspectos tan diversos como su comportamiento en el comedor y en el dormitorio común, las posibles salidas fuera del colegio sin capucha y sin compañía, los litigios surgidos entre ellos, el cumplimiento con la obligación de confesar y comulgar dos veces al año y de decir las seis misas semanales que tenían asignadas, o la posesión de armas y "citharas vel allia instrumenta secularia". Se persigue con ello imponer un estricto régimen de internado y una ejemplaridad en el comportamiento de los colegiales, que serían castigados según la calidad de su culpa -leve, grave, más grave, muy grave, muy más grave- con penas que iban desde la privación de fruta, vino, carne o pescado a la expulsión del colegio, pasando por el arresto en el "cepo" y el ayuno a pan y agua durante uno o más días.

²⁸⁶ Las líneas generales y las características comunes de estas constituciones colegiales en B. Bartolomé, "Las Universidades medievales. Los primeros Colegios", en *Historia de la acción educadora*..., págs. 367- 373.

²⁸⁷ A.H.P.T. Leg. 4. Exp. 1, f. 39r-41v.

Con el paso del tiempo y todavía en vida del fundador, las condiciones del colegio fueron variando de forma considerable. A ello contribuyeron notablemente tanto la bula del papa León X del 22 de febrero de 1520 como el testamento y posterior codicilo del maestrescuela, otorgados, respectivamente, el 7 de diciembre de 1520 y el 1 de enero de 1523, pocos meses antes de su muerte²⁸⁸. Las transformaciones apuntan a varios campos. En primer lugar al local, ya que de la casa que ocuparon en San Andrés se trasladan a la collación de San Antolín, a unas casas del propio maestrescuela, localizadas en los terrenos del actual Seminario Mayor²⁸⁹. Otra novedad es la del número de colegiales que se reduce a doce, aunque a ellos habría que añadir seis capellanías para sacerdotes, con posibilidad de aumentar a otras seis si las rentas lo permitían. Pero lo que resultó del todo decisivo fue la facultad de conferir los grados académicos de bachiller, licenciado, doctor y maestro, a fin de que los estudiantes completaran su formación en el colegio sin desplazarse a otros centros. En relación con ello, el maestrescuela deja ordenadas cinco cátedras en Artes y Cánones para las que dispone una buena renta. Como es lógico, todo ello modificó claramente la vida de la institución colegial que se está convirtiendo poco a poco en un claro proyecto universitario.

En efecto, todos los pasos dados por Francisco Álvarez Zapata, se encaminan en una sola dirección: la consolidación en Toledo de un centro de Estudios Superiores, en consonancia con la importancia de esta ciudad que, a pesar de ser una de las de más peso político y eclesiástico de su época, no contaba con un centro educativo de entidad. Resulta cuando

²⁸⁸ A.H.P.T. Leg. 4, Exp. 1, f. 8r-13r (Bula de León X), y Exp. 4, f. 2r-12v (Testamento y Codicilo). De la bula existe copia anterior, pero en deficientes condiciones: Leg. 4, Exp. 7.

²⁸⁹ Esta nueva ubicación del colegio estuvo constituida por la propia casa del fundador, más otras dos que él adquirió y reformó convenientemente para que formasen un sólo conjunto. F. Gómez Sánchez, *Biografía de la Universidad de Toledo*, Toledo, 1980, págs. 16-17, da diversos detalles sobre la misma.

menos llamativo que tantos arzobispos toledanos que sí tuvieron inquietudes de este tipo en Bolonia, Valladolid o Alcalá posterguen a la sede primada y dejen el camino libre para la iniciativa del decidido maestrescuela²⁹⁰. Desde 1529, tras las nuevas constituciones otorgadas por su sobrino y sucesor en la dignidad catedralicia Bernardino Zapata -que serían confirmadas por Carlos V y doña Juana- se consolida la "Real y Pontificia" Universidad de Toledo, posibilitada para dotar más de 20 cátedras en Artes, Teología, Derecho y, ahora también, Medicina²⁹¹. Se abre así una nueva etapa en la vida cultural y educativa de la ciudad, que siempre será deudora de la fundación colegial de Santa Catalina al sentar las bases de su trayectoria universitaria²⁹².

Durante todo este proceso es manifiesta la estrecha vinculación que, desde un principio, tuvo el colegio con la catedral toledana. En primer lugar porque los colegiales, como diríamos en lenguaje moderno, hacían sus prácticas diarias en la catedral ayudando en los servicios litúrgicos. En segundo lugar porque el destino de buena parte de los estudiantes que culminaban con éxito su formación en el Colegio y, después, en la Universidad era la obtención de un beneficio catedralicio. Y, por último,

²⁹⁰ Las palabras de éste no dejan duda sobre su opinión a este respecto: "Considerans quod Toletum nobilissima Regni Castellae civitas in qua ingens populi multitudo existit Studio carebat generali et Universitate in quo seu qua civium et habitatorum ac incolarum eiusdem civitatis filii et alii ed eandem civitatem confluentes literis vacare possent": C. Ajo y Sáinz de Zúñiga, *Ob. cit.*, pág. 69. Con anterioridad a esta fundación -parece que desde principios de siglo- sólo el convento dominico de San Pedro Mártir ofrecía en Toledo enseñanzas superiores y confería grados académicos, pero no era un centro abierto, sino limitado a sus frailes y novicios: S.R. Parro, *Toledo en la mano*, t. II, Madrid, 1978, pág. 452.

²⁹¹ A.H.P.T., Leg. 4, Exp. 2. Las constituciones de Bernardino Zapata han sido publicadas por J. Porres Martín-Cleto, *Constituciones antiguas de la Universidad de Toledo*, Toledo, 1983.

²⁹² Precisamente, la trayectoria histórica de la Universidad toledana constituye el trabajo póstumo del que fuera profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha, y, por lo que a nosotros respecta, entrañable amigo y compañero, Luis Lorente Toledo. Sirvan está líneas como recordatorio de su persona y de su última obra, *La Real y Pontificia Universidad de Toledo. Siglos XVI-XIX*, Toledo, 1999.

porque los maestrescuelas fueron siempre los encargados de velar por el colegio, su administración, las cualidades de los aspirantes a las becas y el buen comportamiento de los colegiales. De hecho, desde el siglo XVI el Gran Canciller de la Universidad era el maestraescuela y cuando en los estatutos de la época se detallan las funciones de esta dignidad se le designa como "maestraescuela de la Sancta Yglesia y de la Universidad", especificando que "incumbe a los que tienen esta dignidad officio de tener quenta con los estudios y que puedan dar todos y qualesquier grados de bachilleres, liçenciados, maestros, doctores en todas facultades"²⁹³.

5.4.4.- La Biblioteca Capitular

Las bibliotecas cumplieron a lo largo de la Edad Media un gran papel en la creación y desarrollo de la cultura, resultando decisivas para la promoción de las instituciones que las albergaron. En el caso que nos ocupa, el de las bibliotecas catedralicias, fueron el soporte y la ayuda necesaria para el desarrollo académico que se venía llevando a cabo en las escuelas catedralicias, pues los libros y volúmenes que en ellas se guardaban eran imprescindibles para que maestros y estudiantes llevasen a cabo su tarea²⁹⁴. La Biblioteca Capitular de Toledo no fue una excepción y sus valiosos fondos se convertirían en los mejores aliados de la tarea pedagógica que la catedral y el cabildo venían desarrollando en favor de la cultura y la promoción del saber. Proporcionan un instrumento de trabajo para sus escolares que, gracias a ellos, completarían su formación y conocimientos de forma notable.

²⁹³ Libro de Arcayos, B.C.T. Mss. 42-29, f. 229v.

²⁹⁴ B. Bartolomé, "El Libro y las Bibliotecas Medievales como instrumento de educación", en *Historia de la acción educadora...*, págs. 403-417; T. Marín, "Bibliotecas Eclesiásticas", en *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972, págs. 250-262.

A.- Proceso de formación y organización

El origen de la biblioteca toledana ha de buscarse en los años que siguen a la reconquista de la ciudad, momento a partir del cual empieza a formarse en la catedral un pequeño fondo bibliográfico que se fue incrementando con el paso del tiempo al complicarse las necesidades litúrgicas, pedagógicas, y administrativas del templo y sus beneficiados. En efecto, las bibliotecas son organismos vivos, en continuo crecimiento, en las que cada uno de los libros que van llenando sus estanterías tiene su propia historia y ha sufrido avatares que es necesario desentrañar para comprender el verdadero alcance de las mismas. Además, tras ellos hay siempre una o más personas -escribanos, iluminadores, propietarios- a cuyas circunstancias vitales conviene acercarse para recomponer el universo cultural y mental en que se mueven los manuscritos.

La posibilidad de conocer cuál fue el proceso vivido por la biblioteca toledana hay que agradecerla al valioso trabajo de Ramón González, director del Archivo y Biblioteca Capitulares, que ha puesto toda su experiencia y conocimientos al servicio de una impresionante reconstrucción de esta institución y del ambiente cultural que se desarrolló en torno a la catedral durante los siglos XII y XIII y, en menor medida en el XIV²⁹⁵. En sus investigaciones nos apoyaremos para trazar las siguientes líneas.

La Biblioteca inicia su andadura en los años inmediatos a la restauración del culto católico en la catedral y es posible, aunque no ha quedado constancia, que el primer donante de libros fuera Alfonso VI como

²⁹⁵ R. González Ruiz, *Hombres y libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, 1997. El autor combina el atento examen de los libros que hoy siguen custodiados en la Biblioteca (autor, procedencia, datación, poseedores, escritorio, encuadernación, etc.), con la información que ofrecen los documentos del Archivo Capítular, ya que una y otro crecieron de forma paralela y pueden aportar interesantes noticias. De menor extensión, pero similar rigor es su trabajo, "La Biblioteca Capítular de Toledo en el siglo XIV", en *Toletum*, 6 (1973), págs. 29-56. Pionero en esta temática es el trabajo de M. Alonso Alonso, "Bibliotecas medievales de los arzobispos de Toledo", en *Razón y fe*, 123 (1941), págs. 295-309.

gran benefactor que fue del templo²⁹⁶. Con esta donación se abriría la que fue una constante en la trayectoria de la biblioteca. Nos referimos al hecho de que su formación no responde a un proyecto o a un programa preestablecido por el cabildo, que no suele encargar libros a excepción de los litúrgicos que son necesarios para el desarrollo del culto. Por el contrario, es la libre disposición de algunos significados y eruditos eclesiásticos vinculados a Toledo que deciden legar sus bibliotecas privadas a la catedral, la que va poco a poco consolidando un volumen de fondos de gran valor. Ni siquiera un fenómeno tan importante para la ciudad como fue el desarrollo de la llamada Escuela de Traductores tuvo su reflejo en la biblioteca capitular. Los traductores, que sí es cierto que fueron retribuidos con alguna prebenda catedralicia para ayudar a su sustento en tanto durase su estancia, trabajaban para ellos o por encargo de otros, y al margen, por tanto, de los intereses de la biblioteca²⁹⁷.

Es por ello que ésta es deudora básicamente de los legados particulares a los que antes aludíamos, entre ellos de algunas dignidades y canónigos toledanos, muchos de cuyos testamentos no dejan lugar a dudas a cerca de su voluntad de hacer a la catedral heredera de sus libros, a cambio, normalmente de fundaciones y mandas piadosas²⁹⁸. Pero, sin duda, serán los propios prelados los que más contribuyan a incrementar los

²⁹⁶ Seguiría así la costumbre de los fundadores de iglesias, monasterios o capillas que, junto a dotaciones patrimoniales, solían conceder ornamentos y libros litúrgicos para asegurar la práctica del culto.

²⁹⁷ Es cierto que entre los libros de la Biblioteca hay algunos de los elaborados por distintos traductores, pero estos no entraron en un primer momento, sino algo después, en el siglo XIII, entremezclados con en el importante fondo de libros del arzobispo Gonzalo Pétrez. Así lo atestiguan los inventarios realizados antes y después de esta donación.

²⁹⁸ Incluso en el caso de que no dejaran testamento, sus bienes pasaban igualmente a manos de la Iglesia, si bien ello no implica necesariamente que estos quedaran en la propia catedral, ya que esta debía sacarlos al almoneda pública y ello dispersó en varias manos algunas de estas posesiones, entre ellas los libros. Ramón Gonzálvez hace en sus ya citados trabajos una pormenorizada explicación de cada uno de estos legados -donantes, biografías, libros-, a los que nos remitimos.

fondos de la biblioteca de la sede primada. La mayoría de ellos fueron importantes bibliófilos, hombres de gran cultura que viajaron por distintos países y atesoraron unos conjuntos librarios de gran valor que poco a poco se fueron incorporando a la catedral. Ya el propio Bernardo de Sédirac legó al depósito de ésta algunos códices de uso personal -Misal de Sahagún- o encargados expresamente para la catedral, como las Homilías de San Agustín al Evangelio de San Juan, pero fueron sucesores suyos los más comprometidos con el acrecentamiento de la biblioteca en la primera etapa de su trayectoria. Aunque prácticamente todos contribuyeron a hacer de ella uno de los centros más significados de su tiempo, destacan por su especial significación Gonzalo Pétrez a fines del siglo XIII y Blas Fernández en la centuria siguiente.

El caso de don Gonzalo es excepcional, ya que fue poseedor de una de las mejores colecciones bibliográficas de su tiempo y, además, mandó componer varios inventarios de la misma e incluso de la de su antecesor, don Sancho de Aragón, de gran utilidad para reconstruir el contenido de la biblioteca²⁹⁹. Tampoco se quedó atrás la donación de Blas Fernández, prelado de gran cultura, que legó una selecta colección de libros jurídicos con la condición de que no permanecieran inmóviles en las estanterías, sino que estuvieran siempre en uso de los estudiantes³⁰⁰. Todas estas aportaciones hicieron del depósito toledano un verdadero tesoro, igualado por muy pocas catedrales del momento.

Así estaban las cosas cuando accede a la sede primada Pedro

²⁹⁹ Dos son los principales inventarios de sus bienes que mandó realizar, siempre coincidiendo con traslados de sede episcopal. El primero en 1273, en su finca toledana de Alvaladiel, cuando fue nombrado obispo de Cuenca; el segundo en 1280, al ser trasladado desde Burgos para ocupar la archidiócesis toledana.

³⁰⁰ Éstos, entre los que tendrían preferencia los miembros de su linaje y los mejor dotados intelectualmente, deberían dar al cabildo 150 mrs. anuales como garantía del préstamo, cantidad con la que la corporación sufragaría dos aniversarios por el alma del prelado.

Tenorio(1377-1399). Sin duda, con ser muy significativas las anteriores aportaciones, si hubiera que buscar un momento y un personaje que resultaran decisivos en el devenir histórico de la biblioteca toledana -hasta el punto de inaugurar una nueva etapa- serían el último tercio del siglo XIV y este arzobispo, verdadero fundador y organizador de la misma. Tenorio contribuirá a acrecentar su ya valioso depósito con el legado que realizó en 1383 de su biblioteca particular, enriquecida con libros adquiridos en distintos puntos de Europa por los que había viajado y desarrollado sus estudios. Destacan entre estos textos los volúmenes de ciencia jurídica, de los que no faltaba ninguna obra significada, así como de Teología, Filosofía y otros saberes³⁰¹. El prelado hizo más al encomendar al cabildo una importante cantidad en metálico -mil florines- con la que adquirir los fondos que considerase necesario para completar la biblioteca.

Pero no sólo por la importancia de los libros cedidos ha pasado a la historia de la biblioteca toledana este pontificado. Lo verdaderamente decisivo de su actuación fue la nueva organización que supo imprimirle, hasta el punto que será a partir de ahí cuando la misma iniciará su trayectoria moderna. Por primera vez, y gracias a la acción de Tenorio, la biblioteca, es decir, el conjunto de libros que posee la catedral se individualiza e independiza del Tesoro catedralicio al que hasta ahora pertenecía. En efecto, los libros eran considerados unos objetos de valor más, en la misma línea que ornamentos litúrgicos, vestimentas o joyas y, como tales, se guardaban en el Sagrario que estaba confiado al tesorero para su guarda y vigilancia³⁰².

³⁰¹ A.C.T. A.8.H.1.4. (1383, octubre, 15) "[...] libris canonum qua legum, theologie, philosophie e divinorum officiorum". En el testamento que redacta el 4 de noviembre de 1398 confirma y ratifica esta donación, y aún cede dos misales: A.C.T. E.6.A.1.4, f. 6v.

³⁰² Así se pone de manifiesto en las ya citadas constituciones de don Sancho de Aragón y de don Blas Fernández de Toledo al señalar las funciones específicas de esta dignidad. B. N. Mss. 13041, f. 17v-18r, y B.N. Mss. 6260, f. 10v-12r.

Con el apoyo de Tenorio, la biblioteca pasa desde fines del siglo XIV a tener una entidad propia dentro de la catedral. Los libros que alberga empiezan a considerarse, no sólo por su valor o calidad intrínseca, sino también por su utilidad para el proceso de formación de los estudiantes. Su planteamiento es claramente moderno cuando manda construir una "solepnissimam libreriam ad ponendum e conservandum dictus omnes libros"³⁰³. Esta librería se situaría en una sala del claustro bajo -construido por iniciativa del propio Tenorio- en la misma sala rectangular que ahora ocupa³⁰⁴ y a ella tendrían acceso los beneficiados de la catedral y todos aquellos que quisieran leer y estudiar en ella³⁰⁵; de esta forma, el prelado abre la biblioteca al saber, dinamizándola y convirtiéndola en un lugar de consulta y trabajo. En este recinto se construirían armarios, mesas, atriles, bancos y, además, a fin de mantener unos fondos estables y de poder llevar un control más rígido del sistema de préstamos, se elaborarían índices y se sujetarían los volúmenes con cadenas en un intento de evitar que pudieran sacarse indiscriminadamente, práctica que era habitual entre los beneficiados.

En efecto, hasta ese momento los libros no solían encontrarse en el templo, sino que se prestaban, muchas veces de por vida, a estudiantes o prelados que así lo solicitaban. La catedral exigía una cantidad como garantía en caso de que no se devolvieran o sufrieran algún percance, pero no obstante, muchos no retornaron nunca, lo que fue en claro detrimento de los intereses catedralicios. Ya en las primeras décadas del siglo XIV hubo un arzobispo toledano que trató de poner fin a este problema, con ocasión

³⁰³ A.C.T. A.8.H.1.4.

³⁰⁴ Posteriores reformas de Cisneros -pavimento de pizarra- y Lorenzana -bóveda, vitrinas de madera- confieren al recinto su actual aspecto. Su descripción en S.R. Parro, *Toledo en la mano*, t. I, Toledo, 1978, pág. 687-688.

³⁰⁵ A.C.T. A.8.H.1.4.: "[...] pro conservacione dictorum librorum e pro utilitate beneficiatorum dicte ecclesie et aliorum volentium in eisdem legere et studere".

de la visita que hizo a la catedral. Se trata de don Juan de Aragón(1319-1328), quien, al comprobar que algunos objetos habitualmente guardados en el sagrario, entre ellos los libros, habían sido prestados y faltaban del mismo, determina que se devuelvan en menos de quince días so pena de que a sus depositarios se les suspendiera de su oficio y beneficio. Eso sí, una vez devueltos podrían volver a prestarse a aquellos canónigos que quisieran estudiar en ellos, debiendo dejar éstos una fianza cuya cuantía dependía del valor intrínseco del libro³⁰⁶. De todas formas, la costumbre estaba muy arraigada; un prelado posterior, don Gil de Albornoz(1338-1350), se llevó un lote de libros sin formalizar recibo alguno, comportamiento considerado excesivo por el cabildo y, desde luego, por Tenorio que en 1385 solicitará incluso una bula papal para excomulgar a quienes extrajesen libros sin dejar las fianzas correspondientes que comprometieran su adecuada devolución³⁰⁷.

Ni las medidas preventivas de don Juan ni las más severas de don Pedro hicieron desaparecer del todo el sistema de préstamos, pero, al menos persiguieron un control más estricto e impusieron duros castigos para quienes sacaran libros sin previo conocimiento y permiso del bibliotecario, al que siempre deberían dejar un recibo. Aquí se formula la otra importante novedad que se inaugura con Tenorio, la existencia de un cargo específico para ocuparse de la biblioteca, que se desliga así de su dependencia del tesorero. Es este el cargo de "guarda de la librería", nombrado por el tesorero, con una función específica y un salario pagado por la Obra y

³⁰⁶ B.N. Mss. 13041, f. 53-56. El texto ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos*..., págs. 366-368.

³⁰⁷ A.C.T. V.2.A.1.2. La realidad es que todas estas circunstancias han propiciado la pérdida de muchos manuscritos. R. González, "La Biblioteca Capitular de Toledo en el siglo XIV"..., pág. 40, presupone que los libros que aún hoy conserva la Biblioteca serían los de uso menos frecuente entre los estudiantes, poco solicitados en los préstamos por su mayor intrínseco, que obligaría a dejar una fianza elevada y, por tanto, con menores posibilidades de ser extraviados.

Fábrica. Este guarda o bibliotecario tendría como obligación mantener limpio el recinto y permanecer en él diariamente, a fin de que "las personas que quisieren estudiar hallen la puerta abierta"³⁰⁸.

En el siglo XV la figura del "librero" estaba plenamente admitida en la catedral y convenientemente regulado el proceso a seguir en su nombramiento. Los encargados de la biblioteca se iban sucediendo y relevando en el puesto, tras ser inspeccionada su gestión a partir de los inventarios. Esto sabemos que sucedió en 1472, cuando, tras el fallecimiento de Alonso Sánchez de Torres -racionero hasta entonces encargado de la librería- algunos miembros del cabildo toman cuenta de su gestión, hallando que todo estaba en orden y se guardaban en la biblioteca todos los libros de los inventarios. Hecho esto, deciden encomendar la librería al licenciado Francisco Ortiz, canónigo de la catedral³⁰⁹. El cabildo se mostró interesado en conseguir un amplio horario de apertura de la misma, a fin de que pudiera resultar más útil a los interesados en consultar sus fondos. El 3 de julio de 1495, con ocasión de nombramiento de un nuevo "guarda" para la misma dispone "que tenga abyerta la librerya dende que commiençe a tanner la campana de prima fasta la plegarya, e en la tarde, aviendo nona, desde que commiençe nona fasta despues de completas, e no aviendo nona, a la sennal de visperas"³¹⁰.

De esta forma, en el siglo XV está más que consolidado un nuevo régimen en la gestión de esta importante institución catedralicia. El mayor peso que en este periodo adquieren los estudios en la catedral y en la propia ciudad de Toledo, dan cada vez más sentido y entidad a la biblioteca capitular que, además, seguirá incrementando sus fondos con nuevas

³⁰⁸ Libro Arcayos, B.C.T. Mss. 42-27, f. 429v.

³⁰⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 50. (1472, noviembre, 9).

³¹⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 84r. En ese año el nombramiento recae en el bachiller Gutierre de Toledo, que percibe un salario de 6.000 mrs. anuales.

donaciones de prelados y canónigos. En la primera mitad destacan las de los arcedianos Vasco y Diego Ramírez de Guzmán, el canónigo Villaquirán, el arzobispo Sancho de Rojas, y el cardenal de San Eustaquio y tío del arzobispo Carrillo, don Alonso Carrillo de Albornoz. En las últimas décadas del siglo se incorporan las bibliotecas de Tello de Buendía, Francisco Ortiz y los arzobispos Carrillo y Mendoza.

La suma de todas estas incorporaciones de bibliotecas privadas desde el siglo XII hacen que la biblioteca capitular no presente una colección homogénea de libros, sino, por el contrario, un conjunto muy variado, en el que aparecen mezclados textos manuscritos de muy diversa temática y procedencia, como corresponde a los diferentes gustos y circunstancias vitales de cada uno de los donantes. En el siguiente apartado intentaremos acercarnos a la composición de su depósito al final de la Edad Media.

B.- Aproximación a sus contenidos en el siglo XV

Todas las aportaciones señaladas contribuyen a afianzar lo que en la catedral primada se conoce como el Antiguo Fondo Toledano, a fin de diferenciarlo de los Fondos Zelada y Lorenzana que llegaron a la misma en el siglo XVIII. La génesis de ese fondo antiguo arranca, tal como hemos visto, de la conquista de la ciudad, se completa y consolida en la Baja Edad Media y continuará su trayectoria en época moderna, en la que el libro manuscrito debe compartir local con el libro impreso, que poco a poco va ganando terreno³¹¹.

La aproximación a los fondos medievales de la biblioteca es posible gracias a los sucesivos inventarios manuscritos que diferentes responsables de la misma fueron realizando y de los que quedó constancia en la propia catedral, aunque hoy muchos de ellos se localizan en la Biblioteca Nacional.

³¹¹ Una valoración general de estos fondos toledanos en *Gula de los Archivos y las Bibliotecas de la Iglesia en España. I. Archivos*, León, 1985, págs. 447-482.

Conocemos 17 inventarios entre los años centrales del siglo XIII y 1727, a los que se suman tres más que ya incluyen los legados de Zelada y Lorenzana³¹². Sin duda, su número es importante, superior al de otras catedrales y, aunque no son lo precisos que desearíamos, resultan insustituibles para identificar muchos libros y autores, proporcionando una visión más que aproximada del contenido de la Biblioteca. Los primeros de ellos, hasta la reforma de Tenorio, son inventarios de todo el Tesoro y por tanto, van mezclados con relaciones de joyas, ornamentos y ropa litúrgica. Dado que en esta primera época hay un menor control sobre el sistema de préstamos, suelen presentar lagunas, ya que no incluyen los fondos "circulantes" en manos de estudiantes o prelados.

Con posterioridad a la reorganización de la librería por Tenorio se intenta un mayor rigor y, desde luego, se comienzan a hacer inventarios específicos de libros. Es lo que sucede con el único realizado en el siglo XV, concretamente en 1455, por el canónigo Pedro Rodríguez de Durazno y el racionero y bachiller en decretos, Rodrigo Fernández, responsable de la librería, que por "algunos impedimentos y enfermedades" decide poner fin a su gestión³¹³. Junto a ellos interviene el notario Alfonso López de Cota para autentificar su contenido. Es obvio que el inventario era importante, de ahí que se elaborara con sumo cuidado y, al parecer, con criterios nuevos que habría importado a Toledo el citado Durazno tras su paso por la Universidad de París. Se trata de un cuadernillo en pergamino de 32 folios, realizado con tinta negra y roja, en latín, y en el que se combina la ordenación topográfica de los libros en las diferentes "banchas" de la biblioteca, con una relación por materias, que va mencionando las

³¹² R. González, *Hombres y libros...*, págs. 23-24.

³¹³ Del mismo se conservan tres ejemplares en la sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Se trata de los Mss. 13596, el original, 13471, copia en papel realizada en el XV y 13630, copia realizada en 1664. Nosotros citaremos al primero de ellos.

correspondientes obras y sus autores. Además, describe las características físicas del libro, su materia escriptoria, el tipo de cubierta y su tamaño "magno, mediocre o parvulo". Así mismo sabemos que sirvió de base a revisiones posteriores de la biblioteca, como la realizada por Francisco Ortiz el 6 de febrero de 1473, poco después de hacerse cargo de la misma³¹⁴.

Por este motivo, el inventario de 1455 puede acercarnos mejor que ningún otro a la realidad de la biblioteca poco antes de la llegada de libros impresos a la misma. De su atento examen podemos extraer algunas conclusiones:

Las primeras atañen a la forma de colocación de los libros en el local de la "librería", algo en lo que Toledo seguiría el modelo que ya por entonces se empezaba a aplicar en las principales bibliotecas catedralicias y universitarias³¹⁵. Éstos se distribuían a lo largo de cinco "banchas" o estanterías, no apoyadas en la pared, sino colocadas transversalmente a lo largo del recinto rectangular que ocupaban; ello dejaba un pasillo central para facilitar el paso y ofrecía la posibilidad de situar libros en los dos lados de las mismas, configurando un total de diez plúteos o estantes. Estos armarios no sólo servían para almacenar y exhibir los volúmenes, sino que permitían su consulta "in situ", gracias a los atriles y mesas que incorporaban y a las cadenas que los sujetaban para evitar sustracciones. Este conjunto se completaba con un "archa" -residuo del mobiliario antiguo de la biblioteca toledana- situada en el ángulo de la librería "in fine quinta bancha", una estantería fija a la pared, otra debajo de ésta y otro conjunto de libros "qui non sunt ligati", es decir, que no estarían sujetos con cadenas, y entre los que se encuentra una selección de obras de consulta y uso

³¹⁴ B.N. Mss. 13596, f. 25r. En efecto, al final del inventario aparece una hoja firmada por Ortiz en la que indica que revisó los libros contenidos en el mismo y halló todo convenientemente.

³¹⁵ E. Ruiz García, "Las instituciones eclesiásticas y los libros en la Edad Media", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 166-169.



frecuente por los estudiosos, ya que se trata de diccionarios, homilarios y obras de carácter moralizante como vidas de santos y tratados sobre vicios y virtudes.

Otro indicador sería el número total de volúmenes inventariados, que se acerca a los 400 -en concreto, 366- cifra que se rebasaría ampliamente si contabilizásemos los libros litúrgicos no recogidos en esta relación, pero, sin duda, abundantes en una catedral como la toledana. Esto no debe extrañar, ya que salvo aquellos que hubieran quedado anticuados y en desuso, los manuscritos litúrgicos no se guardaban en la biblioteca, sino en la propia catedral, ya que estaban siendo utilizados constantemente en los diferentes servicios religiosos.

En cuanto a las materias de los mismos, el inventario incluye los siguientes encabezamientos: *De libris Veteris Testamenti; Genesis; Exodus; Leviticus; Numerus; Iudicis; Paralipomenon, Tobie, Esdre; Iob; Ysaías; Jeremías; Ezequiel; Daniel; Salomon; Macabeorum; Duodecim Prophetiarum; Psalteria; Libri de Sacre Theologie Novi Testamenti; Epistolae; Gregorius; Geronimus; Augustinus; Crisostomus; Bernardus; Anselmus; Ysidorus; Thomas; Nicolaus de Lira; Dicionarius; Vicencius; Sunt etiam alii libri Sancti Theologie diversorum doctorum atque tractatuum; Libri Sanctorum Canonus; Libri Legum; Libri Artius Logicalium; Aritmetice; Medicine; Poetice; Astrologie; Gotici.*

La identificación de cada uno de los títulos que se incluyen en estos apartados, de los que no siempre aparece con claridad el autor o la obra, ha sido posible gracias a los útiles catálogos que se han venido publicando sobre los manuscritos de la Biblioteca Capítular -jurídicos, bíblicos, litúrgicos, de autores clásicos-³¹⁶. También hemos acudido al último

³¹⁶ Entre ellos cabe destacar, A. García y R. Gonzálvez, *Catálogo de los manuscritos jurídicos medievales de la Catedral de Toledo*, Roma-Madrid, 1970; J. Janini y R. Gonzálvez, *Catálogo de los manuscritos litúrgicos de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1977;

inventario de los fondos de la Biblioteca que se realizó antes de la incorporación de los libros legados por los cardenales Zelada y Lorenzana en el siglo XVIII. Fue elaborado en 1727 por dos padres benedictinos, Diego de Mecolaeta y Martín Sarmiento y en él, por primera vez no se realiza una localización topográfica de los libros en los diferentes estantes de la librería, sino que se hace una distribución temática y alfabética³¹⁷. De acuerdo con ello, ofrecemos a continuación, agrupados por temas, las materias, libros y autores principales que se guardaban en 1455 en la Biblioteca.

1.- Un abundante número de volúmenes de la Biblioteca, en torno a los 200, son de materia religiosa o eclesiástica en sentido amplio, y en ellos tienen cabida tanto las biblias y sus concordancias como la literatura patrística o las obras de los más insignes teólogos y pensadores cristianos.

Por lo que respecta a la presencia de la *Biblia*, completa o por partes de libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, hay que decir que, como en el resto de bibliotecas de la época está muy representada en el templo primado, en muchos casos en ejemplares de gran belleza y calidad³¹⁸. La Biblia es un componente muy importante de la civilización y la cultura medieval en la que cumple muchas funciones, ya que se utiliza como lectura, como fuente de inspiración para predicadores, artistas e

K. Reinhardt y R. González, *Catálogo de los Códices Bíblicos de la Catedral de Toledo*, Madrid, 1990; L. Rubio Fernández, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos en España*, Madrid, 1984, págs. 505-544. Una recopilación más completa en A. Fernández Collado, "La Biblioteca de la Catedral de Toledo y sus instrumentos de consulta", en *Actas de las I Jornadas Bibliotecarias de Castilla-La Mancha*, Cuenca, 2000, págs. 69-71.

³¹⁷ B.N. Mss. 13413. El inventario se hizo a invitación del cabildo, con los nuevos criterios catalográficos de la época; en él se incluyen tanto los libros manuscritos como los impresos, pero en apartados diferentes, lo que facilita su identificación.

³¹⁸ La más hermosa Biblia de la catedral primada es la *Biblia de San Luis*, regalada por el rey francés a Alfonso X y, probablemente, donada por su hijo Sancho IV al templo toledano. De todas formas, dada su riqueza, nunca perteneció a la biblioteca, sino al tesoro catedralicio. R. González, "La Biblia de San Luis", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 3 (2000), págs. 185-196.

iluminadores y, sin duda, como soporte principal de los estudios teológicos en las diferentes escuelas. Pero la importancia de las Sagradas Escrituras no queda ahí, ya que en torno ellas floreció una interesante literatura bíblica, en la que tan relevante como el texto en sí eran las glosas, comentarios, apostillas, alegorías, diccionarios o concordancias realizados a libros concretos de la Biblia por autores que, en muchos casos permanecen en el anonimato, pero de los que hay también significativas figuras. En el caso de la biblioteca toledana estaban bien representados los comentarios realizados por San Agustín, San Jerónimo, Juan Crisóstomo, Gregorio Magno y, más tardíamente, por Pedro Comestor, Pedro Blasensis, Nicolás Gorran o Nicolás de Lira.

Hay después otro gran bloque de *Libros teológicos* -"Libri Sancti Theologie diversorum doctorum atque tractatum", según reza en el inventario- en el que no faltan los principales trabajos de los Padres de la Iglesia, especialmente de San Agustín, que ejerció un gran magisterio a lo largo de todo el periodo medieval, y las "Summas" de los más importantes escolásticos y profesores parisinos: las *Sentencias* de Pedro Lombardo y los comentarios a las mismas de San Buenaventura; San Alberto Magno y su *Summa de creaturis*; la *Summa Theologica* y la *Summa contra gentiles* de Aquino; la *Summa* de Guillermo Antiodorem; varias summas *De viciis e virtutibus*; y el *Speculum mundi* del dominico Vicente de Beauvais.

Por fin y bajo este mismo encabezamiento de libros de Teología, aunque tienen un matiz diferente, el inventario incluye también un gran número de obras de espiritualidad -*libros de predicación, meditación y tema hagiográfico*- de gran utilidad, no sólo como lectura moralizante, sino también con fines didácticos, ya que de ellos se surtían de ideas los encargados de elaborar sermones y homilías. Incluimos aquí un variado grupo de libros de arengas, colecciones de sermones, "specula" y "flos sanctorum", en su mayor parte anónimos, pero otros de autores tan

conocidos como nuevamente los Padres de la Iglesia, Inocencio III, San Bernardo de Claraval o Jacobo de Vorágine y su *Legenda Aurea*.

2.- El segundo gran grupo de libros toledanos conforman una importante *Biblioteca jurídica* tanto de Derecho Canónico como Civil que suma un total de 105 volúmenes, algunos de los cuales por su relevancia cuentan con varios ejemplares. La formación jurídica comenzó a ser muy habitual entre el clero y, de hecho como comprobaremos en un capítulo posterior, la mayor parte de los canónigos con título académico lo eran en estas materias, muchos "in utroque iure". De ahí que sus legados a la catedral incrementaran notablemente los textos de esta materia³¹⁹.

El inventario menciona en primer lugar los 60 libros de Santos Cánones o Derecho Canónico, en el que están representadas las principales fuentes para su estudio que componían desde la Plena Edad Media el *Corpus Iuris Canonici*: la compilación de cánones que reunía el *Decretum* de Graciano (h.1140), algunas recopilaciones de *Extravagantes* o disposiciones posteriores al Decreto debidas a Bernardo de Compostela el viejo o Inocencio III y, por fin, las colecciones de decretales sobre cuestiones de disciplina y moral realizadas por diferentes papas y que serían utilizadas por todos los tribunales eclesiásticos, amén de en las escuelas de Derecho. Aludimos a los cinco libros que componían las *Decretales* de Gregorio IX (1224), el *Liber Sextus* de Bonifacio VIII(1298) y las *Constitutiones Clementinae* o *Liber septimus* a cargo de Juan XXII (1317). Existen más códigos de esta segunda época que del periodo pregraciano o incluso de Graciano ya que esta nueva codificación hace innecesarios los códigos que contenían un derecho ya caduco, y los manuscritos de textos, que eran costosos, se utilizaban para otros fines, como reparar o encuadernar libros

³¹⁹ Una interesante síntesis sobre la evolución del saber jurídico en la Edad Media en, B. Llorca, R. García-Villoslada, J.M. Laboa (dirs.), *Historia de la Iglesia Católica. II. Edad Media*, Madrid, 1993, págs. 821-832.

en uso. A todo ello aún se añadirían después las *Extravagantes* de Juan XXII hasta 1325 y las *Extravagantes Communes* hasta el siglo XV.

Tan importantes como estas colecciones de cánones son las glosas, apostillas y comentarios que numerosos maestros y profesores de Bolonia y otras escuelas realizaron sobre los mismos y que, según su carácter y extensión, se denominaron *Apparatus*, *Summae*, *Distinctiones*, *Reportaciones*, *Collecta*, *Indice*, *Glossae*, *Casus*; muy interesantes son también los Diccionarios, Tablas y libros realizados alfabéticamente para facilitar la consulta. Entre todos ellos destaca Huguccio; el propio Inocencio IV; Enrique de Segusia, cardenal de Hostia u "Hostiense"; el "Archidiacono" Guido de Baysio con su *Rosarium*; Guillermo de Montelauduno; Bernardo Compostelano el Joven y sus *Causus Decretalium*; Alfonso de Cartagena; la *Summa* de Godofredo de Trano; Juan de Imola; Juan de Dios; Baldo de Ubaldo; Juan Andrés; y Antonio de Butrio con sus comentarios a los cinco libros de las Decretales.

De singular interés es también la colección de 45 Libros de Leyes, es decir, de Derecho Civil o romano, en el que se incluyen los libros comprendidos en el *Corpus Iuris Civilis* justiniano -*Institutiones*, *Digestum* ó *Pandectae*, *Codex*, *Novellae*- muy representado en la biblioteca capitular. Igualmente son importantes los *Casus Codicis*, repertorios de supuestos y los comentarios que desde el siglo XIII realizaron glosadores como Azón y su *Summa*; Francisco Accursio y sus glosas a las diferentes partes del Corpus justiniano; la *Lectura in Codicem* de Jacobo Butrical; el Comentario al Código de Odofredo; Roffredo de Benevento y el *Libellus de ordine iudiciorum*; y a partir del siglo XIV Cino de Pistoia, amigo de Dante y Petrarca, Bartolo de Saxofferrato y Baldo de Ubaldis.

Tampoco faltan leyes hispanas -*Partidas*, *Ordenamiento de Alcalá*, *Liber Iudiciorum* visigodo y un ejemplar del *Fuero Juzgo*- y el propio derecho de la Iglesia toledana representado en las Constituciones sinodales

de los arzobispos Juan de Aragón y Blas Fernández.

3.- Por último, señalaremos una serie de obras -desde luego no comparables en número a las bíblicas, teológicas o jurídicas- de las llamadas *siete Artes Liberales*, fijadas ya por Marciano Capella en el siglo V como propias de la formación escolar y que se convirtieron en el puntal de las enseñanzas durante la Edad Media, también en la catedral primada. Eran consideradas el paso previo a los estudios de Teología y de ahí que, como vimos, se impartían en la Escuela de Gramática, primer nivel formativo del templo.

Entre las materias del "Trivium" nos encontramos con obras fundamentales para el estudio de la Gramática, comenzando por algunos *Salterios*, libros de salmos muy utilizados para la enseñanza de esta materia en su nivel elemental, seguido de otras obras más especializadas para el aprendizaje del latín como las clásicas *Artes* de Donato e *Institutiones* de Prisciano; las *Institutiones* de Casiodoro o las *Etimologías* de San Isidoro. Tampoco faltan los Diccionarios que ayudaban a asimilar la lengua y facilitaban el estudio, así como la *Retórica* de Cicerón o el *De arte dictandi* de Ricardo de Pisa, fundamentales para dominar el arte de la composición y la elocuencia. No menos importantes serían las lecturas de diversos libros de Aristóteles y de obras como *De Planctu nature* de Alano, *De mirabilibus mundi* de Solino o el *De Consolatione philosophiae* de Boecio, incluidas en el inventario bajo el encabezamiento de "Poetice".

En estos estudios de letras incluiremos también los libros de Historia, materia que todavía no constituía un saber individualizado ni tenía un lugar específico en el sistema de enseñanza³²⁰, pero que en la catedral estaba representada por Paulo Orosio y su *Historiarum adversus paganos libri VII*, el *Chronicon* y la *Historia Ecclesiastica* de Eusebio de Cesarea, la *Historia*

³²⁰ Sobre el papel de la Historia en el periodo medieval ver, C. Orcástegui y E. Sarasa, *La Historia en la Edad Media*, Madrid, 1991.

eclesiastica de Pedro Comestor, el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais, la *Historia Gothorum* de San Isidoro, las Crónicas abreviada y troyana, el *Liber Milicie San Jacobo*, e incluso por obras sobre la propia historia de la Iglesia toledana, como un Libro de los privilegios primaciales y un Ordinario de obispos.

El panorama de las Artes Liberales se completa con 16 libros de ciencias, el "Quadrivium", en el que, amén de un Tratado de Aritmética y Música, priman las obras de Medicina y Astrología, representadas, entre otros trabajos, por los estudios de Historia natural de Plinio; los comentarios de Miguel Escoto sobre el libro *De celo et mundo* de Aristóteles; el *Canon* de Medicina de Avicena; el Tratado de Medicina del maestro Guillermo de Somore; el *Almagesto* de Ptolomeo traducido por Gerardo de Cremona; la *Tabula Quadripartita* de Ptolomeo; Aboali y su tratado *De moribus caelorum*; la Astrologia de Teodosio de Esperis, y hasta unos comentarios sobre las artes nigrománticas.

Como vemos es una interesante colección en la que, como era habitual en todas las bibliotecas de este tipo predominan los libros de Teología y Leyes, dos materias significadas en la escuela y, en general, en la formación clerical. Eso sí, el grueso de libros catedralicios, no estaría completo sin incluir las numerosas piezas litúrgicas, que, aunque no se guardaban en la biblioteca, eran fundamentales para el templo: Misales, Breviarios, Martirologios, Homiliarios, Ceremoniales, Leccionarios³²¹. A medida que éstos iban quedando en desuso pasaban a la biblioteca y, así, en 1727 se guardaban 84 libros litúrgicos manuscritos de los que, una buena parte, pertenecerían al periodo medieval³²².

³²¹ Una explicación de cada uno de estos tipos de manuscritos litúrgicos en J.M. Fernández Catón, "El libro litúrgico hasta el Concilio de Trento", en *Historia ilustrada del libro español. Los manuscritos*, Madrid, 1993, págs. 401-433.

³²² B.N. Mss. 13413, f. 32r-33v.

Para terminar con este apartado, cabría decir que entre todos los libros guardados en la biblioteca toledana es seguro que no sólo habría volúmenes de gran calidad material y artística legados por importantes bibliófilos, sino también manuscritos más sencillos y hasta humildes, elaborados por escolares y usuarios de escasas posibilidades económicas para poder desarrollar sus estudios. El hecho de que se conserven escasos testimonios de ellos no es indicativo de su inexistencia, sino de la materia más perecedera que los sustentaba, el papel³²³.

Ello nos da pie para dedicar unas líneas a glosar la importancia que, en clara consonancia con las variadas actividades desarrolladas en la catedral, fue adquiriendo la fabricación del que sería instrumento principal para llevarlas a cabo: el libro.

5.4.5.- La catedral de Toledo y la industria toledana del libro

Las necesidades culturales, escolares y administrativas del personal catedralicio pasaban por utilizar un considerable volumen de libros, tanto de calidad, como realizados en materias más baratas para usos diversos. Al no disponer el templo primado de un "scriptorium" propio, las tareas de composición y fabricación de libros se desarrollaron en diversos talleres de la ciudad -mayoritariamente ubicados en las inmediaciones de la catedral³²⁴- que, en palabras de Ramón González hicieron de Toledo "uno de los centros de producción de libros más importantes de España y aún de Europa"³²⁵. Ya en los siglos XII y XIII, al calor de la importante actividad realizada por la Escuela de Traductores, empieza a desarrollarse en Toledo

³²³ K. Reinhardt y R. González, *Catálogo de Códices Bíblicos*..., págs. 13-14.

³²⁴ Concretamente, se localizaban en la calle de la Feria o de la Chapinería.

³²⁵ R. González, "Los Libros", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo en 1492*, Toledo, 1992, pág. 84.

una industria libraria, que en el XV, de la mano de la floreciente escuela catedralicia, ha alcanzado un nivel de desarrollo importante. Además, no sólo la catedral y sus beneficiados serían clientes de estos talleres; también los clérigos de las parroquias urbanas y de las numerosas iglesias de la diócesis acudían a las tiendas toledanas en busca de los libros litúrgicos, imprescindibles para celebrar adecuadamente misas y demás oficios divinos. Eso sí, la catedral tenía a sueldo de la Obra a un encuadernador, seguramente para reparar tanto los libros utilizados en las celebraciones como los de consulta más frecuente en la biblioteca³²⁶.

Ya hemos indicado anteriormente que la mayoría de libros que fueron engrosando la biblioteca catedralicia no eran encargados directamente por el cabildo. Son el resultado de legados y herencias y, por tanto, ofrecen una variada procedencia: algunos podían haberse fabricado en Toledo, pero muchos de ellos son "hijos" de otros talleres y escritorios hispanos o extranjeros donde habrían sido adquiridos por prelados y estudiantes en sus diferentes viajes. Ahora bien, el cabildo sí que tenía necesidad de encargar algunos libros para cubrir necesidades irremplazables en su actividad diaria. Es el caso de los de contenido litúrgico, imprescindibles para desarrollar el complicado ritual que llevaban aparejadas las celebraciones de la catedral, y de libros o cuadernos en blanco para apuntar las cuentas e incidencias de las numerosas tareas administrativas que tenían que realizar en el templo.

Por lo que respecta a los manuscritos litúrgicos, las peticiones podían ser de dos tipos. De un lado, los encargos de libros para uso común del clero catedralicio durante el desarrollo de los diferentes oficios religiosos; estos trabajos eran de gran calidad, estaban realizados en pergamino, iban ornamentados y su coste, indudablemente elevado, era satisfecho por la Obra

³²⁶ En 1490 cobraba 2 florines y medio (662 mrs.) de salario. B.N. Mss. 6260, f. 51v.

catedralicia³²⁷. En otro lado estaban los libros para uso particular de los beneficiados, que habrían de pagar ellos mismos y que, generalmente, se realizaban con mayor sencillez para abaratar su precio. El maestrescuela ejercía un estricto control sobre las diversas copias de estos libros corales, a fin de evitar errores que pudieran alterar el contenido de los oficios.

Pero el cabildo no sólo necesitaba misales y breviarios. La gestión de su abundante patrimonio, la necesidad de llevar la contabilidad de las rentas obtenidas, de apuntar las asistencias a los oficios o de realizar inventarios de ornamentos, libros y demás posesiones exigía a los capitulares encargados de estas tareas llevar libros en los que anotar todas las incidencias. A ello se une la necesidad de comprar pergaminos para redactar documentos a los que se quería dar mayor solemnidad -testamentos, donaciones, cartas a reyes y papas, estatutos- tal como refleja el contenido del propio Archivo Capitular.

Ello les obligará a adquirir pliegos de pergaminos y libros o cuadernos en blanco, en papel, sin adornos y, por tanto, más baratos, fabricados igualmente en los talleres urbanos. Como en el caso antes citado, también era la Obra la encargada de pagar dichos encargos a sus fabricantes, salvo las peticiones particulares que pudieran realizar los beneficiados. El trabajo se cobraba en función del número de cuadernillos que conformaban el libro y, en el caso de los litúrgicos, que solían ir iluminados, por la cantidad de letras, iniciales y composiciones que hubieran decorado³²⁸.

La industria del libro catedralicio requería, por tanto, del concurso de diferentes tareas: la más especializada de los copistas e ilustradores -en

³²⁷ Baste como muestra este ejemplo: el 12 de agosto de 1493, el cabildo, en sesión capitular, encarga a Francisco Godyno, un iluminador, "que faga las letras grandes de un domynical de cantoria de rica illuminacion y con las ymagines que en cada rastra se requieran e con las armas del sennor cardenal...": A.C.T. Actas Cap. II, f. 55r.

³²⁸ Así lo manifiestan algunos ejemplos recopilados por R. Izquierdo Benito, *Precios y salarios en Toledo durante el siglo XV (1400-1475)*, Toledo, 1983, págs. 265-269.

muchos casos a cargo de clérigos que se ganaban así la vida-, la encuadernación, que les daba el acabado final³²⁹, y, evidentemente, la preparatoria de los fabricantes de pergaminos o de papel, soportes habituales de los textos. En todos los casos, los talleres solían ser empresas pequeñas y familiares, de algunos de los cuales -así como de molinos de papel- era propietario el propio cabildo, que los tenía arrendados a diversos particulares. Hay noticias de la existencia en Toledo de estos molinos desde el siglo XIII, de los que salía el papel toledano, realizado con despojos de tejidos molturados y de baja calidad³³⁰. Si el cabildo quería confeccionar libros de lujo, acostumbraba a encargar el pergamino a los mercados y ferias más importantes, caso de Medina del Campo³³¹. La llegada de la imprenta a la ciudad no disminuyó el volumen de encargos a los impresores, que tendrían en la catedral y sus miembros a unos excelentes clientes.

³²⁹ Ésta difería en función de la finalidad del libro y de su calidad. Los trabajos en papel con fines administrativos se encuadernaban con un pergamino al que se decoraba con algún motivo, generalmente de tradición mudéjar; los libros litúrgicos se cubrían con cuero claveteado, seguramente procedente de la caza mayor en los Montes de Toledo, y, a veces, se cerraban con algún sistema de cerraduras.

³³⁰ Las fluctuaciones del precio de estos soportes escriptorios a lo largo del siglo XV en R. Izquierdo, *Ob. cit.*, págs. 271-277.

³³¹ Muchos más detalles sobre la fabricación del libro en Toledo en R. González, "Los Libros", *Piedras Vivas*..., págs. 83-91.

CAPÍTULO SEXTO

LOS CAPITULARES TOLEDANOS



Llegamos a un capítulo crucial de nuestro trabajo en el que intentaremos reflexionar sobre la realidad que vivían los encargados de poner en marcha todas las iniciativas que partían de la catedral toledana. Sin duda, la presencia del templo primado ha sido una constante a lo largo de nuestro estudio, pero por sí mismo ese inmenso edificio sólo es piedra, necesita de un gran sector humano para que todo funcione y es a ese importante y selecto grupo de personas a quienes van dedicadas las próximas páginas. El protagonismo de los capitulares ha estado presente en todo lo que hemos expuesto hasta ahora, hemos visto cuántos eran y en qué forma ocupaban su tiempo, pero no hemos hablado lo suficiente de cómo y quienes eran en realidad.

Ya se ha señalado que la organización de la vida catedralicia exigía la participación de muchos clérigos, todos ellos estrictamente jerarquizados, y, sin menospreciar la aportación de ninguno, es evidente que quienes más peso alcanzaron fueron los cuarenta canónigos mansionarios. No estamos ante un grupo clerical más, sino ante una auténtica élite dentro y fuera del templo, por lo que será a ellos quienes más directamente aludiremos en nuestra exposición.

Estos altos dignatarios de la Iglesia se verán sometidos durante el reinado de los Reyes Católicos a un proceso de reforma similar al que pusieron en marcha para mejorar la situación del sector episcopal. El programa regio les llamaba a ser "hombres generosos e grandes letrados de vida honesta", al tiempo que abogaba por un clero autóctono, bien preparado intelectualmente, de origen no converso y perteneciente a la clase media, no a la más alta nobleza¹. Estos buenos propósitos no impedían a los reyes conocer la incontinencia, codicia y ánimo belicoso de muchos canónigos de sus reinos, algo que tuvieron ocasión de comprobar de forma directa en los difíciles años de la guerra sucesoria y de lo que no estuvo libre el cabildo toledano.

De acuerdo con ello, vamos a intentar desgranar en las próximas páginas las características principales de los canónigos toledanos, acercándonos a su realidad "sociológica" y a los aspectos que conformaban su vida y costumbres cotidianas. Para ello dividiremos el capítulo en dos amplios apartados: en el primero analizaremos la línea de actuación de los capitulares como colectivo, y en el segundo intentaremos exponer los principales rasgos biográficos de algunos de ellos, a fin de descubrir, en la medida de lo posible, al individuo que se escondía detrás de tantas ropas y ceremonias litúrgicas.

¹ T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, págs. 201-227.

6.1.- REALIDAD Y CARACTERÍSTICAS COMO COLECTIVO

Los capitulares de Palencia fueron hombres de su tiempo, inmersos en unas condiciones socio-económicas, culturales y religiosas en las que les tocó vivir. No lucharon contra corriente en un intento de cambio religioso y cultural que les hubiese llevado a la transformación de otros niveles. Tampoco fueron hombres virtuosos, sino sólo profesionales clericales o catedralicios, gozando y abusando de los beneficios económicos y sociales que su situación les permitió².

Esta frase referida al cabildo palentino a partir de las conclusiones que Sánchez Herrero extrajo de la visita que realizó a la corporación el obispo Diego Hurtado de Mendoza entre 1481-1482, puede extrapolarse a la realidad vivida por otros capitulares hispanos y, desde luego, es también reflejo de la situación de los componentes del cabildo toledano.

Los aspectos susceptibles de análisis a la hora de abordar el tema son, como resume el párrafo anterior, muy variados -vida cotidiana, nivel cultural, comportamientos éticos, fortuna- y, sin duda, ofrecen una información muy completa sobre el estado de esta importante élite eclesiástica. El problema es que el volumen de fuentes para su estudio es poco numeroso si lo comparamos con el que conservamos para afrontar otras cuestiones. Los canónigos no parecían muy interesados en dejar constancia expresa de sus actitudes y comportamientos más íntimos o personales y, de ahí que contemos con pocos estatutos y ordenamientos capitulares -tan abundantes para otros temas- en los que se dé cuenta de sus actuaciones en estos terrenos. Ello obliga a servirse de noticias indirectas, a veces muy escuetas, pero que adecuadamente combinadas nos han permitido extraer algunas conclusiones interesantes.

En general, las fuentes principales para el conocimiento de la realidad del clero son, por un lado, las visitas pastorales, que permitían

² J. Sánchez Herrero, "Vida y costumbres de los componentes del cabildo catedral de Palencia a finales del siglo XV", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 3 (1976), pág. 499.

conocer a los responsables eclesiásticos la realidad de las instituciones de sus diócesis, y, por otro, las disposiciones de concilios y sínodos, cuyas constituciones suelen repasar un amplio abanico de temas relacionados con la vida clerical. Para Toledo contamos con un buen número de convocatorias entre los siglos XIV y XV, pero, por el contrario, son muy escasas las visitas pastorales documentadas. Conocemos los resultados de la realizada en el siglo XIV por don Juan de Aragón³, mientras que, a lo largo del siglo XV, no contamos con ningún informe o expediente que pueda proceder de una de estas visitas arzobispales. Precisamente, el intento de Cisneros por retomar esta actividad -apenas ocupa la sede en 1495- creó un buen número de problemas al no querer someterse el cabildo a pesquisa alguna por parte de los delegados arzobispales. El cabildo se presenta así como un organismo poco dispuesto a intromisiones externas y muy celoso de su intimidad, celo que justifica argumentando que era una violación de los derechos y privilegios que había acumulado durante siglos, pero que en realidad oculta su temor a que se conocieran algunos comportamientos inapropiados de sus miembros. Tendremos ocasión de referirnos a ellos en las próximas páginas.

Por lo que respecta a la actividad conciliar y sinodal recordamos aquí lo que ya señalamos en la primera parte del trabajo, en la que vimos a las autoridades eclesiásticas toledanas muy interesadas en convocar estas reuniones para poner en práctica las demandas reformistas que se venían haciendo desde el Concilio de Letrán de 1215 y el Concilio Nacional de Valladolid de 1322. En este último se insistía en la obligatoriedad de celebrar concilios provinciales y sínodos diocesanos periódicamente, tarea a la que se aplican los metropolitanos de Toledo que, a pesar de no seguir

³ Esta visita, publicada por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, 1976, págs. 366-368, insistía preferentemente en el aspecto litúrgico y en las reformas necesarias para mejorar el oficio divino celebrado en el templo primado, pero no daba demasiados detalles a cerca de la vida particular de los capitulares.

estrictamente el plan dispuesto en Valladolid⁴, celebraron veintitrés convocatorias -siete concilios y dieciséis sínodos- en el periodo que va de 1302 a 1379. Tras un obligado paréntesis de casi un siglo provocado por las difíciles situaciones que vive la Iglesia con ocasión del Cisma y por la agitada vida política de Castilla durante el siglo XV, en 1473 el arzobispo Carrillo reanuda la actividad pastoral y pasa a convocar un concilio provincial en Aranda y sendos sínodos en 1480 y 1481, ambos en Alcalá⁵. Ese amplio conjunto de convocatorias, especialmente estas tres últimas por ser contemporáneas a los hechos que aquí narramos, nos ofrecen un interesante panorama de la realidad vivida por el clero toledano y serán frecuentemente aludidas en nuestro estudio.

Por último, mencionamos una serie de documentos que nos han sido muy útiles para conocer algunos aspectos relativos a la vida material que rodeaba a los canónigos toledanos, sus enseres domésticos, vestidos, libros y demás bienes patrimoniales. Su conocimiento procede de la consulta de seis testamentos otorgados por sendos canónigos a lo largo del siglo XV, un número ínfimo si lo comparamos con las series que existen para momentos posteriores, y que nos impide establecer conclusiones definitivas, pero que, en todo caso, sí permite aportar interesantes datos ya que la información ofrecida por ellos es única. No vamos a descubrir aquí la importancia de esta fuente que, analizada de forma serial y sistemática, tantas posibilidades ofrece al estudioso de las mentalidades o de la vida material de las sociedades pasadas⁶, pero lo cierto que sin su concurso nos hubiera sido

⁴ Éste disponía que se celebraran concilios provinciales cada dos años, como mínimo, y sínodos diocesanos anualmente. Para profundizar en el ambiente que se vivía en el seno de la Iglesia hispana en el siglo XIV remitimos a lo señalado en la primera parte de nuestro trabajo.

⁵ Como es sabido por menciones anteriores, todas estas convocatorias han sido recopiladas en el excelente trabajo de José Sánchez Herrero citado en la nota precedente.

⁶ Una aproximación al valor del testamento como fuente histórica, especialmente en época moderna por la importancia que adquieren los protocolos notariales en J. López-Salazar Pérez, "Los protocolos notariales. Fuentes documentales para la Historia Moderna",

mucho más difícil realizar esta parte del trabajo y conocer las actividades privadas de algunos de nuestros protagonistas.

Con todo este bagaje documental abordamos un estudio que hemos distribuido en los siguientes apartados: condiciones morales, vida cultural, características socio-económicas y panorama de privilegio en que se movían los capitulares toledanos.

6.1.1.- Nivel moral y vida de piedad

La honestidad es cosa que en los clérigos e personas ecclesiasticas mucho por ella lucen e son mucho honrrados e tenidos en reverencia e acatamiento, e tanto aquella es nescesia e provechosa al clero, quanto los legos en las personas ecclesiasticas se miran como en espejo, e quando veen desfallecer buena vida e honestidad, se desdeñan someterse a ellas e los honrrar como pastores e jueces de sus animas, e toman osadia de quebrantar lo que nuestra ley e la Yglesia les manda, e se siguen muchos inconvenientes⁷.

En esta frase el arzobispo Carrillo pone el acento en la que sin duda es obligación consustancial a la condición clerical, la de que los eclesiásticos prediquen, no sólo con palabras sino también con hechos, a fin de dar testimonio de las virtudes cristianas y servir de ejemplo y guía para los laicos. Esta exigencia sería mayor conforme más alta fuera la dignidad ocupada y más relevante el beneficio o prebenda de que se fuera titular. La realidad, sin embargo, no confirma estos buenos deseos y permite encontrar irregularidades en todos los niveles y clases de clérigos, desde los meros tonsurados a los presbíteros y de los simples curas párrocos a los miembros más relevantes de los cabildos catedralicios o a los propios obispos.

El alto clero toledano no era ninguna excepción en su

en *La Investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. I, Guadalajara, 1996, págs. 37-81.

⁷ Sínodo diocesano de Alcalá, 10 de junio de 1480, publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 307.

comportamiento poco edificante con respecto a la situación general que presentaba el conjunto del clero hispano a fines de la Edad Media. Sobre éste recaen graves críticas que le acusan, entre otras cosas, de "mundanidad y desenfreno en las costumbres", "inmoralidad pública y privada", "exterioridad de la devoción, que cultiva preferentemente lo superficial" y "escasa práctica sacramental"⁸. Todo ello traza un panorama muy negativo de la vida religiosa del que son conscientes los propios capitulares de Toledo. Quizá por ello algunos de sus estatutos recuerdan la obligación de honestidad a la que estaban llamados por su condición clerical y resumen en la siguiente frase los valores que debían presidir su comportamiento cotidiano: "la honestidad clerical consiste no solamente en costumbres et vida intrinseca, mas aun en los habitos et tonsura patentes fuera"⁹. Dejando para otro momento la referencia a la compostura en el vestir y en el aseo personal de que debían hacer gala los capitulares, nos centraremos en eso que el ordenamiento denomina "costumbres et vida intrinseca" y que nosotros ejemplificaremos en dos aspectos: la forma en que los miembros del cabildo cumplían con la obligación de celibato y las manifestaciones de su religiosidad y vida de piedad.

No obstante, antes de pasar a ello señalaremos que es precisamente a la hora de abordar estas cuestiones referidas a la esfera privada de los canónigos toledanos cuando más echamos en falta la existencia de estatutos sobre el tema, ya que en ellos podríamos detectar de forma bastante fiable en qué parámetros se movía su moralidad. En realidad, el silencio de estos ordenamientos es una fuente en sí misma, ya que dice mucho del escaso celo del cabildo por legislar sobre una cuestión que iba en contra de sus propios

⁸ J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, pág. 6.

⁹ La frase forma parte de un estatuto capitular dado el 7 de diciembre de 1434 en el que se determina cómo debía ser el hábito y la forma de tonsura de los capitulares toledanos: B.N. Mss. 13018, f. 227r-229v.

intereses y obligaría a sus componentes a observar unas reglas de ejemplaridad que chocaban con sus pautas habituales de comportamiento. Ni siquiera los capítulos espirituales instituidos por Mendoza en 1490 para hacer reflexionar a los capitulares sobre cuestiones relativas a la marcha espiritual de su Iglesia fueron capaces de abordar estas cuestiones de la vida canonical. Cuando el prelado alude en su ordenamiento a que en estas reuniones se debía tratar de la honestidad del clero catedralicio, especifica "la honestidad de las personas ansi en los vestidos y calças como en los atavios de las cabalgaduras y correction de sus familiares y servidores"¹⁰, es decir, equipara una conducta honesta al mantenimiento de unas reglas y hábitos externos, dejando de lado todo lo que tuviera que ver con la privacidad de los canónigos, y perdiendo, por tanto, una buena ocasión para reformar unas costumbres que, como ahora veremos, no siempre se movían en la dirección más correcta.

A.- La observancia del celibato

Una mirada por el conjunto de disposiciones sinodales de cualquier diócesis pone de manifiesto que una de las grandes preocupaciones respecto al adecuado comportamiento de los clérigos era el celibato o más bien, el incumplimiento del mismo por parte del clero en todos sus sectores, del más bajo a los más altos dignatarios de la Iglesia¹¹.

Centrándonos en el cabildo toledano, hay que partir de la inexistencia

¹⁰ B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r.

¹¹ Distintos trabajos que han analizado la realidad de alguna diócesis o, específicamente, de diferentes cabildos confirman la existencia general de un clero concubinario escasamente celoso con la observancia del celibato. Citaremos como ejemplo a J. Sánchez Herrero, Vida y costumbres de los componentes del cabildo catedral de Palencia a finales del siglo XV, en *Historia, Instituciones, Documentos*, 3 (1976), págs. 487-532, y *Las diócesis del reino de León, siglos XIV y XV*, León, 1978; M. González Jiménez, "Nivel moral del clero sevillano a fines del siglo XIV", en *Archivo Hispalense* 183 (1977), págs. 199-204; J. Rodríguez Molina, *El Obispado de Baeza-Jaén (siglos XIII-XVI)*, Jaén, 1986, págs. 128-133.

para los pontificados de Carrillo y Mendoza de una reglamentación precisa que velara por el buen comportamiento del clero de la catedral, seguramente porque poco podían exigir a unos poderosos y orgullosos canónigos dos prelados que en su misma vida manifiestan actitudes poco correctas y que, como en su momento señalamos, tuvieron varios hijos que nunca ocultaron y para los que intentaron procurar un futuro próspero. La propia reina católica y pontífices del peso de Sixto IV o Inocencio VIII hicieron lo posible por facilitar la legitimación de los tres hijos de Mendoza, llamados burlescamente "los bellos pecados del cardenal", lo que da idea de la permisividad que, incluso a esos niveles, había sobre el tema¹².

Aún así, dos de las reuniones celebradas por Carrillo cuando retoma la actividad pastoral, primero en el concilio de Aranda de 1473 y poco después en el sínodo alcalaíno de 1480, no dejan de recordar a las personas eclesiásticas la obligatoriedad de "vivir en continencia", so pena de ser privados de los frutos de los beneficios si en el plazo de tres meses desde la publicación de la orden no se apartaban de "tales concubinas publicas si las tienen y ninguno sea osado más de tenerlas en su casa ni en agena". Si pasado ese término reincidían, la pena era la de "scomunion ipso facto" y un año después serían "inabiles para haver beneficio ni ordenes mayores"¹³.

No obstante, la mejor información que poseemos sobre estos temas procede del periodo inmediatamente posterior al que aquí analizamos, es decir, el del cardenal Cisneros, y está relacionada con las controvertidas relaciones que cabildo y prelado mantuvieron durante la primera década de su pontificado. Como ya dijimos, éste no empezó con los mejores pronunciamientos ya que el cabildo había sufrido durante el periodo de sede vacante importantes limitaciones a su autoridad por parte de los monarcas

¹² F.J. Villalba Ruiz de Toledo, *El Cardenal Mendoza (1428-1495)*, Madrid, 1988, págs. 30-31.

¹³ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 311-312.

y, por eso, ante los primeros atisbos del reforma e intentos de visita por parte del prelado reaccionó vivamente. No pretendemos volver a repasar este proceso, del que ya quedaron expuestas las líneas generales y las aportaciones bibliográficas más significadas, pero sí nos serviremos de ellas para extraer de toda aquella maraña de acontecimientos lo que pueda ayudarnos a conocer la situación moral del clero catedralicio.

Hay que partir del hecho evidente de que Cisneros debía tener noticia de la necesidad de corregir la vida espiritual del clero de la sede primada apenas nombrado para ocuparla, pues de inmediato intentó disponer algunas medidas. Parece que ya en 1495 envió a la corporación un memorial que no conservamos, pero que trataría temas delicados y pondría de manifiesto las lacras morales del cabildo, entre ellas la existencia de muchos amancebados, algo de lo que también tenía noticia la corte regia. Es decir, el prelado sabía a lo que se enfrentaba y de ahí que consiguiera rápidamente un breve papal que le facultaba para corregir el comportamiento deshonesto del clero de su diócesis¹⁴.

Así pues, las cosas no empiezan bien para el cabildo y menos aún ante las tres visitas planeadas por Cisneros en 1496, 1499 y 1503 y a las que la corporación, especialmente a ésta última, opuso gran resistencia. El argumento con el que justifica esa oposición fue el de que era el prelado el que debía hacer personalmente la visita, sin servirse de delegados, pero es más que probable que detrás de ello estuviera su temor a que la visita sacara a la luz conclusiones peligrosas sobre la vida de la corporación y sus componentes. Ello demuestra a todas luces que el cabildo era plenamente consciente de sus limitaciones y fallos, y, precisamente por eso, quería evitar que alguien ajeno tuviera acceso a sus entresijos.

Para ello había ya encontrado una fórmula intermedia, la de preparar

¹⁴ De todo ello da cumplida cuenta J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, págs. 279 y ss.

él mismo las visitas al conjunto del clero catedralicio, diputando a los propios canónigos para que actuaran como visitadores y reprendieran a quienes manifestaran una conducta irregular. Eso es lo que ocurrió en junio de 1490, cuando el cabildo encomienda a los canónigos Alonso Yáñez y Francisco de Contreras la tarea de reformar a "las personas eclesiasticas desta sancta yglesia", velar porque "la honestidad e honrra de la iglesia sea guardada" y amonestar "a los delincuentes o culpados sy algunos fallaren que no byvan honestamente"¹⁵. Desconocemos los resultados de esta visita y la diligencia mostrada por ambos canónigos, pero, en todo caso, la medida es bien significativa de las precauciones de la corporación para evitar ingerencias externas.

Tales reservas están plenamente justificadas si nos atenemos a los resultados de la visita que a instancias de Cisneros se realizó en junio de 1499. Las declaraciones de los testigos que participaron en esta "Pesquisa de algunas personas de esta Sancta Iglesia de Toledo" -dos racioneros, el canónigo obrero, el vicario general del arzobispado y el criado del marqués de Villena- ofrecen un panorama muy poco edificante y unas lacras morales importantes que, sin duda, debieron preocupar a un prelado de tanta integridad como Cisneros que, ante todo, buscaba el "bien e honra de esta nuestra sancta yglesia". En estas declaraciones se deslizan críticas contra veinticinco miembros del clero toledano acusados de sodomía, concubinato, ser padres de varios hijos, e incluso de apropiarse del dinero que administraban en el desempeño de sus tareas catedralicias. Canónigos como Ruy Sánchez, el maestrescuela Álvarez Zapata, Juan de Sepúlveda, Juan de Castillo o Fernando Palomeque son acusados de sodomía; lo propio sucede con los concubinarios Alonso de Albornoz, Nicolás Ortiz o Juan de Salcedo, capellán mayor de reyes, que, además, parece que se apropiaba de dinero

¹⁵ A.C.T. Actas Cap. II, f. 2r. (1490, junio, 23).

y realizaba fraudes en la administración de la capilla. Las acusaciones más graves son, no obstante, para dos importantes figuras dentro del cabildo, los hermanos Alonso y Francisco Ortiz, acusados de numerosos vicios y maquinaciones y, especialmente el último, de ser "contrario a las cosas que el Reverendísimo Nuestro Señor Arzobispo manda"¹⁶.

No sabemos lo que hay de cierto en todo ello, pero el panorama de inmoralidad que ponía de manifiesto es evidente, y suponemos que al cardenal debió impresionarle muy negativamente, aunque no tomó medida disciplinar alguna. Pero lo que de verdad sorprende al analizar la actitud del cabildo, es observar la naturalidad con la que sus miembros aceptaban estas irregulares situaciones, muchas de las cuales eran públicas y por todos conocidas. Así, muchos canónigos no ocultaban a sus hijos, antes al contrario, tras legitimarlos, dejaban para ellos importantes mandas testamentarias, y lo mismo sucedía con sus madres, a las que amparaban con legados que querían asegurar su subsistencia para el resto de su vida. Veamos algunos ejemplos:

El 22 de marzo de 1451 hace testamento el canónigo y abad de San Vicente, Pedro Alfonso de Valladolid, quien, amén de muchas otras mandas a parientes, criados e instituciones religiosas, cuida especialmente de sus dos hijos Pedro e Isabel, a los que hace sus herederos universales "por quanto son legitimados como deben". A la madre de ambos, Isabel Álvarez, legó "por cargo que della tengo", un conjunto de bienes -casas, ropas, 6.000 mrs.- con la única condición de que ella guardase "viudes e castidat"; de no ser así todo pasaría a sus hijos y demás herederos¹⁷.

Otros canónigos son menos explícitos, no mencionan directamente a sus hijos, pero encubren esta relación paterno-filial bajo la fórmula del sobrino o sobrina, que suele ser frecuente. Igualmente, a veces aparecen

¹⁶ J. García Oro, *Ob. cit.*, págs 294-298.

¹⁷ A.C.T. E.3.G.2.3. (1451, marzo, 22, Toledo).

legados de considerable cuantía a mujeres no identificadas ni como criadas o amas, ni como hermanas o parientes y al lado de cuyo nombre suele aparecer ésta u otra expresión similar: "por muchos e buenos serviçios que me ha fecho e fiso e cargo que della tengo"¹⁸. A continuación se incluiría el monto del legado, generalmente importante, y del que la dama tendría derecho a disfrutar durante su vida, siempre que guardara, como antes veíamos, la compostura y honestidad debida.

Tampoco parecía causar sorpresa alguna el hecho de que los hijos de algunos canónigos ocuparan prebendas en la catedral y coincidieran con ellos en las celebraciones corales o en las procesiones. Es lo que sucedía en 1490 con el hijo de entre ocho y diez años del maestrescuela Álvarez Zapata, que ostentaba una canonjía en la catedral primada por la que fue a hacer residencia en el mes de septiembre, como era preceptivo para todos los canónigos¹⁹. Si hacemos caso de la forma en que está redactada la noticia, el cabildo no manifiesta sorpresa ni desagrado alguno por el origen familiar del niño ni por su corta edad²⁰; sólo comenta su falta de celo a la hora de llevar la capa litúrgica, lo cual le obligaba a ocupar un lugar de menor categoría al que le correspondería por razón de su canonjía tanto en el coro como en las procesiones.

Legalmente para poder acceder a un beneficio eclesiástico en la catedral o en otras instancias, se exigía al candidato ser hijo legítimo, nacido

¹⁸ Así menciona el canónigo Andrés Martínez en 1474 a Isabel Álvarez, vecina de Toledo (A.C.T. Actas Cap. I, f. 72r-73r);

¹⁹ La noticia es escueta y está reproducida por el racionero Arcayos en esta forma: "En el mes de septiembre de 1490 començo a haçer resydençia de su canonjia el hijo de Fernan Alvarez Çapata, ninno de hasta edad de ocho o diez annos, y se asentaba delante de todos los racioneros de orden sacro , debaxo de los de epistola y en el inbierno no traya capa de choro ni en las processiones de capas de seda y a causa de no tener cappa yba adelante en proçessiones de Natividad y de diffuntos y de todas las cappas, junto con los capellanes". B.C.T. MS 42-29, f. 77v.

²⁰ Como vimos al tratar las características necesarias para proveer de un beneficio catedralicio, las Partidas establecían la edad mínima en los 14 años, aunque dejaban abierta la puerta a una posible "rebaja" si las condiciones del candidato lo requerían.

de una unión matrimonial con garantías y de una familia virtuosa. Sin embargo, tal medida se quedó en la mera teoría, ya que eran los propios capitulares los más interesados en que sus descendientes, nacidos de relaciones ilícitas, pudieran seguir la carrera eclesiástica y escalaran en ella las más altas posiciones. Ello explica que la Iglesia arbitrara una fórmula, la concesión del decreto de legitimidad, para todos aquellos hijos de clérigo y soltera -"quem patiture de clerico genitus et solita"- que querían recibir las órdenes sagradas. De esta forma, quedaban liberados del llamado "defecto natalium" y nada les impedía tomar posesión de sus beneficios. Varios documentos del archivo catedralicio testimonian que la catedral primada también recurrió a esta fórmula y solicitó de los penitenciarios papales la dispensa del citado defecto natalicio para los escolares toledanos Pedro Fernández²¹, Pedro Juárez y Fernando de Guzmán²², a fin de que pudieran ordenarse y percibir sus frutos beneficios.

Ahora bien, el hecho de que los capitulares aceptaran tácitamente esta realidad no les impedía ser conscientes de que estaban faltando a las mínimas obligaciones de su condición clerical, de ahí precisamente su resistencia a que sus irregulares conductas trascendieran más allá de los muros de la catedral. Por lo demás, los datos señalados, aún estando plenamente contrastados y reflejando la realidad de la corporación, sólo muestran una parte de ella, la de aquellos miembros de la misma que se comportaban indebidamente, pues el resto, aquellos que llevaban un tenor de vida honesto y cumplían con la obligación del celibato, no han dejado ningún testimonio. Con ello únicamente queremos advertir del peligro de generalizar en exceso y catalogar a todo el clero toledano de concubinario. La visita de 1499 sólo acusa a 25 clérigos, cifra corta si la comparamos con el elevado número de personas que circulaba en torno al templo y que

²¹ A.C.T. Z.11.B.1.14 (1415, septiembre, 23, Toledo).

²² A.C.T. A.9.A.1.12 y A.9.A.1.19 (1461, diciembre, 16, Roma).

podría situar en torno al 10% al sector catedralicio inmerso en estas prácticas deshonestas²³.

B.- La vivencia de la fe

El otro aspecto que puede ayudarnos a conocer a los capitulares toledanos en sus comportamientos éticos y morales es el estudio de la forma en que ellos vivían su fe y desarrollaban las funciones religiosas que les eran propias. Hasta el momento hemos visto cuáles eran esas celebraciones, el complejo entramado de ritos que comportaban, los escenarios en que se desarrollaban, y, en definitiva, hemos constatado que el servicio litúrgico era, sin duda, la actividad que más tiempo ocupaba en la vida del clero catedralicio, pero nada hemos dicho de la devoción y el sentimiento con que éste acudía a las numerosas misas y rezos corales.

Desde luego, valorar esta cuestión no es nada fácil. El sentimiento íntimo de los capitulares se nos escapa, es una experiencia personal de la que ninguno ha dejado constancia expresa y a la que sólo podemos acercarnos intentando valorar algunas de las actitudes mantenidas por ellos a lo largo de esas celebraciones y de las que distintas constituciones ofrecen una información bastante precisa. Es cierto que éstas se quedan preferentemente en la expresión exterior de esa vivencia religiosa, pero no lo es menos que esas manifestaciones externas suelen ser reflejo de lo que se gestaba en el interior de la persona.

Partiremos de la idea generalmente admitida de que la vida espiritual de los capitulares, no sólo en Toledo, sino en cualquier recinto catedralicio, era mediocre, decadente y reflejo de una religiosidad superficial y ritualista en la que pesaba más el afán de teatralidad que el sentimiento íntimo y de

²³ Ese es el cálculo que hace J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio Toledo Renacentista*, I-1ª parte, Toledo, 1980, págs. 70-71.

comuni3n con la oraci3n²⁴. Estas severas cr3ticas encuentran eco en los estatutos capitulares que, siendo tan parcos en la represi3n de las pr3cticas concubinarias de los beneficiados, ofrecen en esta cuesti3n un conjunto de medidas muy amplio al que ya nos referimos cuando se1alamos las irregularidades cometidas por el clero catedralicio en el desempe1o de su funci3n lit3rgica.

Si hacemos caso a las noticias ofrecidas por tales ordenamientos, los beneficiados toledanos manten3an durante los oficios lit3rgicos un comportamiento bastante desordenado que les llevaba a incurrir en graves faltas al decoro y la disciplina debidos en estos actos religiosos. Sabemos, entre otras cosas, de su impuntualidad, del escaso silencio y atenci3n con que segu3an los oficios, del abandono de su asiento, de las discusiones que emprend3an con otros compa1eros durante las celebraciones, del aspecto "indecoroso" con que en ocasiones acud3an al templo y hasta de la indiferencia con que permit3an que personas ajenas -entre ellas mujeres- entraran en el coro. Estas actitudes pod3an tener su disculpa en los j3venes clerizones, siempre dispuestos a la travesura, pero, sin duda, sorprenden m3s entre los beneficiados adultos.

A estas faltas de conducta se a1aden otras de mayor calado, como el incumplimiento de su obligaci3n de residencia o las frecuentes ausencias del coro. A3n si finalmente asist3an, lo hac3an movidos m3s por las contrapartidas econ3micas que ello les reportaba que por el sentimiento religioso. Precisamente esta situaci3n trat3 de ser remediada por Cisneros, "porque le parecia que era conveniente a la honestad de los beneficiados y a decor de la iglesia", a trav3s de una medida tremendamente impopular entre los capitulares que, una vez m3s, se niegan a que el af3n reformista del franciscano acabe con sus costumbres, por criticables que fueran. En

²⁴ J. Garc3a Oro, *Ob. cit.*, p3g. 272.

concreto el prelado quiso que los beneficiados cumplieran con garantías el turno semanal a que estaban obligados y para ello dispuso que éstos pernoctaran en la catedral durante esos siete días a fin de facilitar su traslado a la misma. La medida, que coincidió con el inicio de las obras en el claustro alto, fue vista por el cabildo como una intromisión en su independencia y un intento de volver a la vida en común propia de los primeros tiempos. Finalmente y ante su falta de sintonía con el cabildo, Cisneros desistió de su propósito²⁵.

Lo dicho hasta ahora no presenta una imagen piadosa de los capitulares ni de la profundidad con que vivirían su fe y asistirían a los oficios del templo, aunque, desde luego, no podemos descartar que parte de ellos tuviera una vida espiritual plena. Las críticas vertidas en los estatutos no personalizan, se refieren al grupo en general y al "ruido" que algunos de sus miembros generaban, pero nada dicen del silencio y la piedad con que otros se manifestarían. Además, este comportamiento desordenado de muchos capitulares convivía con una actitud caritativa que a través de limosnas individuales y mandas testamentarias se solidarizaba con el dolor y la pobreza en que vivía buena parte de la población toledana. Incluso uno de sus miembros más díscolos como el nuncio Ortiz acabó reconociendo en su autobiografía que durante buena parte de su vida anduvo entre tinieblas "porque todos mis pensamientos eran de acrecentar mi estado y onrra mundana y gastar en ello el patrimonio de Iesu Christo" y, para remediarlo, fundó el ya citado Hospital de la Visitación para enfermos mentales²⁶.

²⁵ Conocemos el episodio gracias a una carta que el maestrescuela Álvarez Zapata escribió al cabildo relatándole las intenciones del prelado. B.N. Mss. 13020, f. 92r-v. El texto ha sido publicado por J. Meseguer Fernández, "Cartas inéditas del cardenal Cisneros al cabildo de la catedral primada", en *Anales Toledanos*, VIII (1973), pág. 19.

²⁶ F. de B. San Román, "Autobiografía de Francisco Ortiz y Constituciones del Hospital del Nuncio de Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.* n° 13 (1931), págs. 71-102.

C.- La afición al juego y otras diversiones

Desde luego, no es un aspecto comparable en importancia y trascendencia a los dos anteriores, pero sí es cierto que entre las aficiones de los clérigos estaba el gusto por los juegos de mesa, actividad que, pese a ser muy apreciada por el conjunto de la sociedad, estaba muy mal vista y fue objeto de muchas críticas por parte de las más altas autoridades civiles y eclesiásticas, especialmente durante la Baja Edad Media. En efecto, el juego era considerado un auténtico vicio contra el que clamaban tanto las ordenanzas municipales como las constituciones sinodales, que critican no el entretenimiento en sí, sino el afán de enriquecimiento de los jugadores y las malas costumbres y los actos irregulares que podían derivarse de su práctica. En torno al mundo del juego solían circular prostitutas, tahures, usureros, siendo frecuente que se produjeran desórdenes, se pronunciaran blasfemias y se cometieran desmanes que son vistos por los poderes encargados de reprimirlos como un auténtico problema por la dificultad de controlarlos²⁷.

En Toledo, las ordenanzas municipales se dirigen a la generalidad de la población y tratan de poner en aplicación las disposiciones de Juan II prohibiendo el juego en las que insistirá años después Enrique IV. Tales medidas pretenden eliminar todos los tableros públicos de juego existentes en la ciudad y también los particulares que tuvieran los jugadores en sus casas, aunque era hecho admitido que éste se seguía practicando de forma clandestina y, de ahí las continuas reiteraciones de las ordenanzas. Las prohibiciones más severas se referían a los dados, el juego de más arraigo, lo cual obliga a sustituirlo por otras diversiones como la jaldeta, los naipes, el ladrillo o la bola, permitidas siempre y cuando no se jugase dinero, sino

²⁷ Diversos trabajos reunidos y citados en la obra de conjunto *Fiestas, juegos y espectáculos en la España Medieval*, Madrid, 1999, dan cumplida información sobre estas cuestiones.

frutas y alimentos que, en principio, eran considerados menos comprometedores²⁸.

Por lo que respecta a los clérigos, hay que considerar las duras condenas que el arzobispo Carrillo hace sobre el tema, primero en el concilio provincial de Aranda de 1473²⁹ y siete años después en el sínodo de Alcalá. En éste se muestra francamente crítico sobre las actuaciones de algunos miembros del clero toledano, al que recuerda que

[...] es oprobio e injuria de nuestra orden ecclesiastical e todo el universal estado vedo, que los clerigos e ministros de la Iglesia, pospuesta la honestidad e buena vida que son tenidos, se entremeten en juegos, señaladamente en dados, tabas y naypes, en los quales quantos perjuros, blasfemias, escandalos e mal esemplos e otros males se siguen a todos es notorio, e lo que peor es que tales que asi juegan con cobdicia de juego procuran torpes e illicitas ganancias e alli consumen los fructos de sus bienes, haviendo de vivir de ellos honestamente e como los derechos quieren³⁰.

No puede ser más claro el prelado a la hora de significar las críticas hacia el juego, que no se prohíbe por ser un simple pasatiempo, sino porque tras su práctica se escondían la codicia, el escándalo y la corrupción de las costumbres. Además, se apunta el hecho de que muchos clérigos dilapidaban en esta diversión unas fortunas que debían emplear en vivir de forma honesta de acuerdo con el estamento del que formaban parte. De esta forma, los eclesiásticos toledanos debían abstenerse de jugar con dados, tablas y naipes tanto en su casas como fuera de ellas, y, por si ello fuera poco, debían vigilar que tampoco lo hicieran "sus familiares e criados". La razón última de esta severa prohibición estaba en el "mal exemplo que de aquello los legos toman". Los estatutos capitulares nada nos dicen de la afición de los canónigos de Toledo y del resto del clero catedralicio por estas prácticas, aunque, considerando las irregularidades que se suscitaban en otras

²⁸ R. Izquierdo Benito, *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996, págs. 108-115.

²⁹ Constitución XI, publicada por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 290.

³⁰ *Ibidem*, pág. 309.

corporaciones, cabe deducir que también se vieron tentados por el vicio del juego³¹.

Respecto a otras diversiones en las que gustan de participar nuestros canónigos, destaca la fiesta de los toros, que solía ser el complemento obligado de todos los festejos, ya fueran de índole civil o eclesiástica, que se desarrollaban en Toledo y en otras ciudades castellanas³². En el capítulo dedicado a analizar la proyección exterior del cabildo hablamos detenidamente de las distintas fiestas que se celebraban en la ciudad con ocasión del Corpus, la Virgen de Agosto o las entradas de reyes y prelados. En todas ellas está constatado el hecho de que, una vez superados los fastos de la mañana -misas, procesiones y representaciones teatrales- la tarde se reservaba a las corridas de toros. El marco para su celebración no podía ser otro que la plaza de Zocodover que, tras ser acordonada y convenientemente rodeada de una barrera para proteger a los asistentes, servía de marco perfecto para un espectáculo bastante distinto al actual por el que toda la población sentía verdadera pasión. No podían ser menos los miembros del cabildo que solían ocupar los balcones con mejores vistas a la plaza y parte de las tribunas que el Ayuntamiento levantaba para dar cabida a los miembros más importantes de la oligarquía ciudadana³³.

³¹ Sirva como ejemplo la reglamentación que el cabildo de Jaén realiza sobre el juego, prohibiendo a sus beneficiados esta práctica so pena de pagar multas muy elevadas: 3.000 mrs. los canónigos, 1.500 los racioneros y 1.000 los capellanes. Si además de jugar, tenían en sus casas algunos tableros de juego pagarían, fuese cual fuese su jerarquía, 10.000 mrs. La dureza de las sanciones es indicativa de su falta de eficacia, ya que la costumbre difícilmente podía ser erradicada. J. Rodríguez Molina, *El Obispado de Baeza-Jaén (siglos XIII-XVI)*, Jaén, 1986, pág.135.

³² Interesantes conclusiones sobre el significado de este espectáculo en M.J. Izquierdo García, "El pueblo y la élite ante la fiesta de los toros: Valladolid y Palencia a fines de la Edad Media", en *Vida cotidiana en la España medieval*, Madrid, 1998, págs. 303-327. También, F. Pedraza, *Iniciación a la fiesta de los toros*, Madrid, 1998.

³³ Respecto a la afición que los canónigos y la población en general sentía por los toros es de considerar la anécdota sucedida durante su juventud al nuncio Francisco Ortiz, que fue herido durante una corrida en Ocaña, cuando había dejado la casa paterna y corría aventuras al servicio de diversos señores. Aquel hecho sirvió para que el padre le obligara a volver a Toledo e iniciara una nueva trayectoria que, finalmente, le encaminó a la carrera

Antes de zanjar definitivamente este amplio apartado que hemos dedicado a valorar el nivel moral y ético del clero capitular toledano, cabría preguntarse por el grado de arrepentimiento que podrían manifestar sus integrantes ante las graves faltas y pecados cometidos contra el honor propio y el de la Iglesia. Sin duda, ese arrepentimiento de existir tendría un marco idóneo para expresarse, el del sacramento de la confesión, nuevamente un acto de piedad privado sobre cuyos contenidos concretos nada podemos saber. La confesión era importante para todos los beneficiados, especialmente para los presbíteros, que no podían celebrar misa encontrándose en pecado. Las constituciones sinodales recuerdan a los sacerdotes la necesidad de que no pasen mucho tiempo "syn se confesar e reconciliar", aunque la reiteración parece indicar que la frecuencia de las confesiones no sería mucha³⁴. En el cabildo de Toledo el encargado de velar por esta actividad era el capellán mayor, que debía escuchar personalmente o a través de su vicario, las confesiones de todos los beneficiados³⁵. En ese sentido en 1491, uno de los capítulos espirituales convocados en el templo acuerda que dicha dignidad

faga confessar e comulgar a todos los beneficiados desta sancta yglesia e los de sus casas e que el día sancto de Pascua comulguen todos al altar mayor a la mysa mayor dignidades, canonigos e racioneros, capellanes e los cleriçones que fuesen de edad.

La pena para quienes lo incumplieran era la pérdida de los frutos de su beneficio durante una semana³⁶. De todas formas el capellán no solía confesar personalmente, el clero catedralicio era muy numeroso y por eso

eclesiástica.

³⁴ Constitución III del sínodo diocesano de Alcalá reunido por Cisneros el 4 de noviembre de 1497. Publicado por J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 344.

³⁵ "Et debet per se vel vicarius suum perpetuum Archiepiscopo presentandum per eundem Archiepiscopum instituendum confessiones eorum audire sibi confitentibusque absolutionem impendere ete penitentias iniungere salutes atque eis administrare alia sacramenta". B.N. Mss. 6260, f. 12r.

³⁶ A.C.T. Actas Cap. II, f. 15r. (1491, marzo, 4).

solían disputar a otros, muchas veces racioneros, para que lo hicieran³⁷. También se daba el caso de que algunos capitulares tenían confesores privados, frecuentemente, miembros de distintas órdenes religiosas³⁸. A ello se suma la facultad que diversos pontífices durante el siglo XV, a petición de los propios interesados, concedieron a canónigos y racioneros toledanos para que pudieran elegir confesor -idóneo y presbítero secular o regular- que los absolviera de pecados reservados y de todas las censuras canónicas, al menos una vez en la vida y ante la eventualidad de la muerte³⁹.

6.1.2.- Nivel cultural

Si importante es para los responsables eclesiásticos contar con unos hombres de Iglesia honestos y alejados de actitudes y comportamientos desordenados, no es menos necesaria la existencia de un clero preparado intelectualmente, formado en las cuestiones de fe y capaz de trasmitirlas a sus feligreses. Eso explica que muchas disposiciones conciliares tanto a nivel ecuménico como provincial o diocesano estén dedicadas a recordar a los clérigos la obligación de poseer unos conocimientos mínimos para acceder al cargo. En la diócesis toledana las medidas empiezan a implantarse desde el concilio provincial de Toledo de 1339, cuando Gil de Albornoz, siguiendo las pautas del concilio nacional de Valladolid de 1322, indica que nadie podía recibir las órdenes mayores ni ser promovido al sacerdocio sin saber

³⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 83r (1475, noviembre, 29).

³⁸ Es lo que sucedía con el canónigo Andrés Martínez, cuyo confesor era fraile del monasterio de la Trinidad de Toledo. De él se acuerda en su testamento legándole 600 mrs. A.C.T. Actas Cap. I, f. 72r-73r.

³⁹ El primero en otorgar tal facultad fue Martín V (A.C.T. A.12.A.1.1.), seguido de Calixto III (A.12.A.1.2) y Sixto IV (O.9.B.3.12.).

expresarse por escrito⁴⁰. Siglo y medio después Alonso Carrillo reitera la medida en el concilio provincial de Aranda de 1473⁴¹, lo que parece indicar que no debían ser muy solícitos en el cumplimiento de esta obligación. Para garantizar esa formación elemental se les haría un examen presidido por el obispo o por dos varones idóneos en ciencia y en sus intachables conductas.

El clero catedralicio, habida cuenta de que el templo en que prestaban servicio era la institución más importante de la diócesis y había de ser el espejo en que las otras iglesias se miraran, debía igualmente cumplir con esta exigencia, aunque aquí se dejaba abierta la puerta a conceder algunas dispensas, suponemos que porque a los propios prelados les interesaba tener las manos libres para elevar a las dignidades y canonjías a personalidades influyentes, prescindiendo de sus conocimientos. Por eso Carrillo decide en el concilio citado que esa norma no sea válida y se pueda dispensar a algunas personas "ex causa multum evidenti et necessaria"⁴².

Al margen de esta posible excepción, lo cierto es que el cabildo se preocupó notablemente por la preparación de sus miembros y, así, los estatutos capitulares, que tan pocos se mostraban respecto a los temas recogidos en el apartado anterior, se hicieron eco de estas ideas y exigían que aquellos que optaran a ocupar una prebenda en la catedral ostentaran al menos dos de estos títulos, "bene cantandi, bene legendi et bene construendi"⁴³. En ellos se alude a la necesidad de que tuvieran una formación suficiente para desempeñar las tareas litúrgicas que se

⁴⁰ "statuimus quod quandiu inveniatur clericus qui litteraliter sciat loqui, vel promotus ad sacerdotium qui possit et velit in beneficio, cui cura imminet animarum institui, Episcopis dispensandi ut is promoveatur ad sacros ordines et ad beneficium cum cura, qui litteraliter nescit loqui". El texto completo en J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 202.

⁴¹ "statuimus nullum ad sacros Ordines de caetero promovendum, nisi sciat Latinaliter loqui". *Ibidem*, pág. 285.

⁴² *Ibidem*, pág. 290.

⁴³ B.N. Mss. 6260, f. 1v.

desarrollaban en el templo y les obligaban a leer y comprender los textos sagrados, a cantar en las diferentes celebraciones y a ser capaces de expresarse con elocuencia a la hora de predicar los correspondientes sermones y homilías. Además, el clero catedralicio debía llevar a cabo determinadas tareas administrativas, diplomáticas u organizativas, que exigían de sus titulares unas condiciones de idoneidad que, forzosamente, pasaban por tener la preparación necesaria.

Pero la labor del cabildo toledano no se limitó a exigir unos conocimientos a sus miembros. Por el contrario, siguiendo las recomendaciones conciliares que instaban a todas las corporaciones catedralicias a sostener un maestro de Gramática y, caso de ser metropolitanas, otro de Teología⁴⁴, mantuvo desde el siglo XII una escuela catedralicia en la que desde niños empezaban a formarse una serie de futuros clérigos que luego podían alcanzar las prebendas más importantes en ésta o en otras catedrales. Las enseñanzas ofrecidas en dicha escuela en sus diferentes niveles obligaban al cabildo a estar muy pendiente de la misma, a contratar profesores, vigilar sus salarios y velar por el aprovechamiento de los alumnos, tareas que, como vimos, quedaban, básicamente, en manos del maestrescuela, verdadero organizador de los estudios que se ofrecían en el templo.

Pero aquí no se trata de volver a repetir cuanto en su momento dijimos del funcionamiento de dicha institución educativa, sino de calibrar algo más complicado y difícil de medir, el auténtico nivel cultural que tenían los componentes del cabildo. Como, en general, para todo este apartado, la documentación es escasa y, una vez más, hemos de servirnos de referencias

⁴⁴ Así lo dispusieron los concilios III y IV de Letrán de 1179 y 1215, respectivamente. Ya en el siglo XIV el concilio nacional de Valladolid de 1322 se hizo eco de estas medidas y fue el gran impulsor de la reforma que, no sólo en materia cultural, se impuso en el conjunto de la Iglesia castellana.

indirectas y no lo suficientemente numerosas para establecer conclusiones definitivas, pero que, en cualquier caso, nos permiten definir algunos ámbitos interesantes para conocer el caudal de conocimientos de los capitulares toledanos.

A.- Títulos académicos

Uno de los indicadores que más información nos puede aportar es la aparición junto al nombre de dignidades, canónigos y, a veces, de algunos racioneros, del título académico que ostentaban. Hasta que en 1520 el Colegio de Santa Catalina, germen de la Universidad de Toledo, recibe del papa León X la facultad de conferir grados académicos, los capitulares toledanos debían acudir a diferentes Universidades hispanas o extranjeras para recibir su titulación, corriendo el cabildo con los gastos de ello derivados.

También aquí la corporación sigue los mandatos eclesiásticos que instaban a estas instituciones a enviar a sus estudiantes más idóneos a Universidades y Estudios apropiados para que obtuvieran la preparación necesaria en Teología, Cánones o Artes Liberales, que luego aplicarían en sus catedrales respectivas⁴⁵. Al estudiar el funcionamiento de la escuela catedralicia nos hicimos eco de los destinos más frecuentes de estos estudiantes toledanos -Salamanca, Bolonia, Pavía, Perugia, Roma, París- así como de la continua supervisión que el cabildo realizaba de estas estancias a fin de constatar el aprovechamiento de los alumnos y velar por la inversión que en ellos estaba realizando.

Aquí lo que más nos interesa resaltar son los títulos que ostentaban

⁴⁵ Así lo dispuso la bula "Super specula" otorgada por Honorio III en 1219. A nivel nacional y provincial son los concilios de Valladolid de 1322 y de Toledo de 1339, los que recuerdan a los cabildos esta obligación, dejando a su criterio la elección de aquellos que por ser "más aptos y dóciles" serían los enviados.

tales capitulares y, en lo posible, la proporción de prebendados titulados frente a los que no lo eran. Para ello nos serviremos, preferentemente, de las menciones que aparecen en las Actas Capitulares, ya que en ellas es donde con mayor continuidad y frecuencia aparecen citados todos aquellos beneficiados que acudían a las reuniones del cabildo, asistían a los oficios religiosos y, entre otras tareas, cumplían con su obligación de residencia. Hay que hacer notar que las dignidades, canónigos y, en menor medida, los racioneros que poseían un grado académico siempre aparecen con tal titulación al lado, sea cual fuere el motivo por el que son recogidos en la documentación. De acuerdo con ello, estos son los canónigos toledanos y el título universitario que les acompañaba:

- Nuño Álvarez Cepeda, doctor en decretos
- Francisco Álvarez Zapata, doctor "in utroque iure"
- Tello de Buendía, doctor en decretos
- Juan de Castilla, licenciado, canónigo doctoral
- Juan de la Cerda o de Quintanapalla, licenciado
- Fernando de Córdoba, maestro en Teología
- Tomás de Cuenca, doctor
- Juan Fernández, bachiller en decretos
- García Fernández de Alcalá, licenciado en decretos
- Francisco Fernández de Toledo, maestro en Teología
- Alonso García, bachiller
- Juan García de Yepes, bachiller
- Fernando Gómez de Ávila, bachiller en decretos
- Diego Gómez de la Cámara, bachiller en decretos
- Pedro Gómez de Mesa, bachiller en decretos
- Pedro Jiménez de Préjamo, maestro en Teología, canónigo magistral
- Diego López de Enciso, bachiller en decretos
- Juan López de Medina, licenciado en decretos
- Fernando de Mazuecos, licenciado en decretos, canónigo doctoral
- Bernardo de Navamorcuende, bachiller
- Alonso Ortiz, doctor "in utroque iure"
- Francisco Ortiz, licenciado
- Nicolás Ortiz, bachiller
- Juan Pérez de Triviño, bachiller en decretos
- Sancho Romero, doctor en decretos
- Fernando Sánchez Calderón, doctor

- Juan Sánchez de Castro, doctor
- Juan Sánchez de Yepes, doctor
- Luis de Torres, licenciado en decretos
- Juan de Vera, bachiller en decretos
- Rodrigo de Vargas, doctor en decretos
- Gonzalo de Villadiego, doctor "in utroque iure", canónigo doctoral

En total, en los años analizados, 1466-1495, son treinta y dos los canónigos que aparecen de forma continuada mencionados con su título académico, a los que habría que añadir el nombre los doce racioneros con estudios de que nos ha quedado constancia documental:

- Rodrigo de Fuensalida, bachiller
- Lope de Fuentelencina, bachiller
- Juan de Foncea, bachiller
- Pedro Gómez de Alcalá, bachiller
- Pedro Gómez de Alcázar, doctor
- Pedro Gómez del Castillo, bachiller
- Juan de Jarava, bachiller en decretos
- Rodrigo de León, bachiller
- Íñigo López Aguado, bachiller en decretos
- Pedro Núñez de Herrera, doctor
- Diego Rodríguez de Alcaraz, bachiller en artes
- Mateo Sánchez del Lunar, bachiller

Como vemos, entre los canónigos mencionados encontramos a titulados de grado medio -once bachilleres- y de grado superior -siete licenciados y catorce doctores- predominando claramente los estudios jurídicos, tanto de Derecho Canónico como Civil, sobre los teológicos, ya que sólo se señalan tres maestros en esta materia⁴⁶. Por su parte entre los racioneros es mayoritaria la presencia de bachilleres en decretos o en artes, destacándose sólo dos doctores.

En conjunto, cabe decir que la proporción de prebendados con

⁴⁶ Los grados de doctor y maestro son equivalentes, sólo difieren en la materia, pues normalmente al doctor en Teología se le denomina maestro. La titulación "en decretos" va referida al derecho canónico, siendo los titulados "in utroque iure", especialistas en los dos derechos, civil y canónico.

estudios universitarios vendría a ser una cuarta parte del total de canónigos documentados en ese mismo intervalo temporal, sin que ello quiera en modo alguno significar que el resto fueran iletrados; simplemente, no habían acudido a estos centros de formación superior para recibir su título. El cabildo sólo enviaba a los más aptos para el estudio y los demás habían de contentarse con la enseñanza que ofrecía la propia escuela catedralicia que, sin duda, no era nada despreciable, a tenor de las materias que en ella se impartían y del prestigio de sus maestros. Lógicamente, esa proporción descende si consideramos también a los numerosos extravagantes, racioneros y capellanes que estuvieron adscritos al templo y que, salvo las excepciones señaladas, no habían cursado enseñanzas superiores, resultando que sólo un 10% del personal catedralicio era titulado. En cualquier caso, tuvieran títulos oficiales o no, lo cierto es que hay cargos y dignidades como los de maestrescuela, chantre, obrero o refitor que, dada la complejidad del trabajo que comportaban, debían recaer a la fuerza en personas a las que el propio cabildo exigía ser "idoneas y suficientes", ya que debían enfrentarse a no pocas dificultades en el desempeño de su función.

Además, de acuerdo con lo dispuesto por la bula de Sixto IV para el conjunto de catedrales castellano-leonesas, desde 1476 el cabildo toledano contaba con dos canonjías de oficio, a las que se accedía por concurso de méritos u oposición y que debían forzosamente recaer en maestros o licenciados en Teología -la canonjía magistral- y en doctores o licenciados en Derecho -la canonjía doctoral-⁴⁷. Se buscaba con ello elevar el nivel cultural y formativo de los canónigos y facilitar, entre otras cosas, la enseñanza de estas materias en las escuelas catedralicias, la predicación de los sermones más destacados y la asesoría jurídica de los pleitos y causas en los que se veía involucrado el cabildo. En Toledo sabemos que la canonjía

⁴⁷ A.C.T. A.12.A.2.4. (1476, abril, 27, Roma).

magistral estuvo en manos de Pedro Jiménez de Préjamo⁴⁸, aunque la corporación debió encontrar algunos problemas para proveerla y, como ya vimos, recurrió para la enseñanza de la Teología y las tareas de predicación a frailes mendicantes de la ciudad de Toledo. Por su parte, la canonjía doctoral estuvo ocupada por Gonzalo de Villadiego, Juan de Castilla y Fernando de Mazuecos⁴⁹. Aunque sabemos que en otras catedrales estas prebendas de oficio se proveían tras un examen de las materias pertinentes⁵⁰, en Toledo, al menos en los años finales de la Edad Media, se prestaba más atención a los "curricula" y a las "virtudes, meritos e sciencia" acreditados por los candidatos.

Con todo, y dejando abierta la puerta a posibles excepciones, podemos decir que el nivel formativo de los canónigos toledanos alcanzaría una media más que aceptable, que en algunos casos llegaría a ser óptima ante la existencia de prebendados muy preparados y con prestigio reconocido. Esto se refleja, entre otras cosas, en el hecho de que algunos de ellos fueron apreciados por su valía y ocuparon cargos importantes en la corte romana. Al margen del nuncio Francisco Ortiz, cuya biografía resumiremos más adelante, cabe mencionar a aquellos canónigos que, gracias a su sólida formación jurídica, eran auditores de causas del Sacro Palacio, compitiendo con los profesionales italianos que predominaban en el Tribunal de la Rota⁵¹. Antes de escalar esos puestos desempeñan oficios subalternos y preparatorios como abreviadores y solicitadores de letras

⁴⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 87r-v. (1476, julio, 10).

⁴⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 90v-91r, (1476, noviembre, 15); Actas Cap. II, f. 34v, (1492, junio, 20); Actas Cap. II, f. 61r, (1494, mayo, 23).

⁵⁰ Así lo manifiesta J. Sánchez Herrero, *Las diócesis del Reino de León. Siglos XIV y XV*, León, 1978, pág. 106, para el conjunto de catedrales de éste área.

⁵¹ A.C.T. Z.12.F.1.13. (1482, abril 24). Se trata del canónigo Gonzalo de Villadiego, más tarde promovido a la sede de Oviedo.

apostólicas⁵² o, sencillamente, se formaban mientras permanecían en Roma al servicio de personalidades importantes de la curia⁵³. Por su parte, el deán Francisco Fernández de Toledo llegó a ser protonotario apostólico y datario del papa⁵⁴, y Francisco de Santillana "continuo comensal del Papa" y plenamente a su servicio en 1474⁵⁵. Otros, dado su prestigio y superior formación regentaron cátedras en Universidades españolas -Gonzalo de Villadiego fue catedrático de Derecho en Salamanca⁵⁶- o extranjeras, como Fernando de Córdoba, arcediano de Moya, que durante casi veinte años fue titular de una cátedra de Teología en el prestigioso Estudio General de Roma⁵⁷.

B.- "Librerías" particulares de algunos canónigos

Al margen de los títulos académicos y de las funciones desarrolladas por algunos capitulares en la Curia, otro aspecto que nos puede servir para calibrar el nivel cultural de los canónigos toledanos es el conocimiento de sus bibliotecas particulares, es decir, de su cultura letrada, ya que ello dice mucho de su poder económico para adquirirlas, así como de la personalidad de su dueño, su grado de formación, sus inquietudes intelectuales y sus

⁵² A.C.T. O.9.E.1.1. (1463, julio, 25, Roma). En esa fecha está en Roma como abreviador Rodrigo López de Santiago, canónigo de Toledo. Tres años después será Rodrigo de Vergara, también canónigo quien es escritor de letras apostólicas A.C.T. Z.12.G.2.15 (1466, julio, 8, Roma). Años después es Pedro de Carranza quien actúa como solicitador de letras apostólicas y está al servicio del cardenal Rodrigo de Borja: A.C.T. Z.11.B.1.8 (1478, mayo, 28, Roma).

⁵³ Es lo que sucedía con Marcos Díaz de Mondéjar, que estuvo en Roma al servicio del cardenal de Zamora, don Juan de Mella: A.C.T. Z.11.B.1.12. (1465, julio, 5, Roma), y con Martín Zapata, que en 1474 llevaba siete años siendo familiar y continuo del cardenal Rodrigo de Borja, futuro Alejandro VI: A.C.T. O.12.A.1.16 (1474, mayo, 10, Roma).

⁵⁴ A.C.T. I.9.B.1.11. (1473, julio, 18, Roma).

⁵⁵ A.C.T. O.12.A.1.20 (1474, septiembre, 3 Roma).

⁵⁶ V. Beltrán de Heredia, *Bulario de la Universidad de Salamanca*, t. I, Madrid, 1966, pág. 139.

⁵⁷ A.C.T. X.11.C.4.92. (1474, abril, 27, Roma).

gustos estéticos⁵⁸.

Estas "librerías", como eran denominadas en la época, son independientes de la extraordinaria Biblioteca Capitular a la que ya nos hemos referido, y nos informan sobre el gusto personal y la elección individual de libros que hacían algunos canónigos toledanos. Para acercarnos a ello contamos con tres relaciones documentales de cierta entidad que nos pueden aportar algunos datos. Indudablemente, en ningún caso se trata de la extraordinaria selección que para el siglo XVII ha realizado el profesor Ramón Sánchez González, quien ha contado con las noticias aportadas por ochenta inventarios y testamentos⁵⁹. Aquí las limitaciones de la documentación nos obligan a ser más modestos en el tratamiento del tema y, por supuesto, también a la hora de presentar unas conclusiones que no pretendemos en modo alguno extrapolar al conjunto de canónigos toledanos, pero que, cuando menos, son indicadoras a título individual de las preferencias librarias de algunos de ellos en diversos momentos del siglo XV.

Las referencias analizadas parten de tres documentos. El primero de ellos es de 1418 y se trata de un interesante texto referido a los bienes que pasan a depender de la Obra catedralicia tras el fallecimiento sin testar del canónigo y obrero, Juan Fernández de Mora. La costumbre en estos casos era la de subastarlos en pública almoneda, para lo cual era preciso hacer un detallado inventario de los mismos. El documento -que ya nos sirvió de base para conocer los gastos que comportaba el entierro de un canónigo- cuenta con una pormenorizada descripción de cada una de sus pertenencias, entre ellas los libros y, al lado, el precio en que fueron subastadas. Las otras dos

⁵⁸ E. Ruiz García, "Las instituciones eclesiásticas y los libros en la Edad Media", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, pág. 160.

⁵⁹ R. Sánchez González, "La cultura de las letras en el clero capitular de la catedral toledana", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, 2000, págs. 163-236.

referencias se incluyen en sendos testamentos, el primero de 1449 del doctor en decretos Gonzalo Sánchez y el segundo de Pedro Alfonso de Valladolid en 1451. Por supuesto, estamos plenamente convencidos de que serían muchos más los canónigos que contarán con bibliotecas particulares, lo que sucede es que no tenemos más constancias. También es verdad que otros testamentos muy detallados en la descripción de todo tipo de bienes no mencionan nada que aluda a la posesión de libros por el testador, con lo que resulta difícil establecer unas reglas comunes de comportamiento. Lo que sí era frecuente es que los canónigos poseyeran algunos breviarios y libros de rezo de uso diario y personal, a los que, lógicamente, tenían apego y que solían legar a parientes y familiares cercanos⁶⁰.

Pero vamos ya con las tres noticias mencionadas, que primero reproducimos y luego trataremos de desmenuzar en su contenido. Comenzamos por la venta en almoneda pública de los libros propiedad del canónigo obrero, Juan Fernández de Mora, interesantes, no sólo por su título sino por el precio que figura al lado. Estos son:

Un libro que es digesto viejo escrito en pergamino con coberturas verdes, 310 mrs.; otro libro que es efforcado en pergamino con cobertura prietas, 12 florines; otro libro que es testo de codigo escrito en pergamino con cobertura de tablas sin cuero, 1 florin; otro libro que conpuso maestre Alfonso que es escrito en paper con coberturas coloradas que fabla de la ley, 80 mrs.; otro libro que es del comienço del mundo de los çinco libros de Moysey con coberturas verdes, 40 mrs.; otro libro que es exortaciones santorum patrum con coberturas verdes, 70 mrs.; otro libro que es digna calima con coberturas prietas, 100 mrs.; otro libro que es fuero de Guadalfaiara con coberturas de tablas, 60 mrs.; otro libro que paresçia ser coronica del arçobispo don Rodrigo, 25 mrs.; otro libro que comiença segund que cuenta el genesy con coberturas coloradas, 50 mrs.; otro libro que es parte de la coronica del Rrey don Alfonso sin comienço et sin ffin con coberturas blancas, 32 mrs.; otro libro que es de Alixandre con cobertura coloradas, 15 mrs.; otro libro que es la primera partida, 35 mrs.; otro libro pequenno para faser alquimia, 6 mrs.; otro libro de Merlin, 15 mrs.; otro libro que disen del

⁶⁰ El canónigo Alronso García de Alcaraz legó su Breviario a un criado y familiar, ejemplar realmente valioso que él había comprado por 77 florines de oro. A.C.T. Z.A.D.I. (1433, noviembre, 18, Toledo).

abbad don Iohan pequenno, 7 mrs.⁶¹.

Se trata pues de un conjunto de 17 libros, que montaron un total de 1.521 mrs.⁶², entre los que encontramos manuscritos jurídicos (un *Digesto*⁶³, un ejemplar del *Fuero de Guadalajara*, la *Primera Partida*), libros de Historia (las crónicas del arzobispo Jiménez de Rada y de Alfonso X), textos bíblicos (*Pentateuco*, *Génesis*) y comentarios de los Padres de la Iglesia, y hasta un pequeño libro de alquimia. El canónigo contaba también con un finos gustos literarios y poseía un ejemplar del *Libro de Alexandre* y "otro libro que es digna calima", en el que creemos reconocer al *Calila e Dimna*, esa gran colección de cuentos orientales traducida en la corte de intelectuales que rodeaba a Alfonso X. Se trata pues de una biblioteca selecta, que habla de los gustos variados y refinados del canónigo, bastante interesado en obras del siglo XIII, muchas de las cuales se gestan y elaboran en el culto ambiente toledano que por esas fechas se desarrolló en torno a la corte del rey sabio. Seguramente a ese conjunto habría que añadir los libros litúrgicos propiedad del canónigo y que si no se incluyen en esta relación es porque la Obra no los pondría a la venta y los reservaría para incluirlos, igual que hizo con otros objetos de uso cultural, en el tesoro catedralicio⁶⁴.

La donación de don Gonzalo Sánchez, doctor en decretos y arcediano de Calatrava se incluye en un codicilo que realizó el 1 de agosto de 1449,

⁶¹ A.C.T. A.O.F., 761, f. 14r-15r. El documento está publicado en R. Izquierdo Benito, *Precios y salarios en Toledo durante el siglo XV (1400-1475)*, Toledo, 1983, págs. 325-339.

⁶² En 1430, la fecha más cercana para la que tenemos equivalencia, 1 florín equivalía a 52 mrs. M.A. Ladero Quesada, *El siglo XV en Castilla, fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, 1982, pág. 118.

⁶³ Se trata de una de las partes que componen el *Corpus Iuris Civilis* justiniano que a partir de la Plena Edad Media se difunde por Occidente y adquiere importante difusión.

⁶⁴ Eso es al menos lo que hizo con algunas "alhombros" en buen estado, "un baçin et un aguamanil de levatorio", una balanza, "unas tablas de oratorio doradas en que esta la salutación de Santa Maria", "una silla de fferro para prelado", algunas sábanas de seda y diversas piezas de lienzo. A.O.F. 761, f. 18r.

un año después de otorgar un amplio testamento en el que ordena su enterramiento en la capilla de San Pedro⁶⁵. En el mencionado codicilo incluye muchas donaciones de objetos que nos servirán para ilustrar otras partes del trabajo, pero lo que aquí nos interesa destacar es lo relativo a los libros, que repartidos en diversos lotes para sus sobrinos, a la sazón estudiantes de Derecho, son los siguientes:

[...] el my especulo e las adiciones de Juan Andres sobre el, et la primera parte de Bonifacio sobre las clementinas e el Antonio sobre el quarto et un compostelano [...] el my chino et el Juan Fabro sobre el codigo [...] el my decreto et sobre el una letura de Mosen Per Rabat et una novela sobre el segundo et otra novela sobre el tercero e otra novela sobre el quarto e quinto de los decretales et la segunda parte de Bonifacio sobre las clementinas et el Juan Monje sobre sexto en que esta el compostelano et el Juan de Linyano sobre las clementinas et el Anastasio sobre las clementinas et las clementinas et un libro de muchos tractados que llamo yo vade mecum⁶⁶.

Como antes hemos dicho, nuestro personaje es doctor en decretos y ello determina que la orientación de los trabajos sea marcadamente jurídica, contándose entre ellos un selecto grupo de textos entre los que se encuentran leyes del ámbito castellano-leonés como el *Especulo* y, sobre todo, diversas "novelas" o colecciones de decretales canónicas convenientemente acreditadas y autorizadas por los papas⁶⁷. Su biblioteca incluye también las obras de Juan Andrés, Antonio de Butrio, Juan Monje, Juan de Lignano, Bernardo de Compostela ("un compostelano"), autores todos ellos de comentarios y glosas muy apreciados sobre diversos códigos y colecciones de decretos canónicos, así como de los de Cino de Pistoia ("el my chino") y Juan Fabre sobre el Código de Justiniano⁶⁸.

⁶⁵ A.C.T. E.3.G.2.1. (1448, agosto, 4, Toledo).

⁶⁶ A.C.T. E.3.G.2.2., f. 1r.

⁶⁷ B. Llorca, R. García-Villoslada, J.M. Laboa (dirs.), *Historia de la Iglesia Católica, II. Edad Media*, Madrid, 1993, págs. 821-832.

⁶⁸ La identificación de estos autores y sus obras, así como de otros que mencionaremos más tarde ha sido posible gracias al trabajo de A. García García y R. González Ruiz, *Catálogo de los Manuscritos Jurídicos medievales de la catedral de Toledo*, Roma-Madrid, 1970.

Este "honrado e sabio varón", como es mencionado en algunos documentos era poseedor también de un interesante grupo de libros de orden moral y religioso que en esta ocasión lega o vende a distintos canónigos de la catedral y a diferentes instituciones religiosas. Así, a Luis López de Sahagún le vende su Biblia por 60 florines acompañada de otros dos libros, "unas concordancias del decreto e de la Biblia e el Jacobus de Voragine". Por su parte, la iglesia de San Nicolás de la villa de Madrigal recibe "un salterio glosado con la glosa de Nicolao Liria, escripto en pergamino"; el monasterio sevillano de Santo Domingo recibe "un libro que llaman las Distinçiones de Mauriço"; la iglesia de San Antolín de Palencia "un libro que disen De virtutibus"⁶⁹. Como puede apreciarse, se trata de varios textos de glosadores y comentadores de la Biblia, como Nicolás de Lira, que realizó unas apostillas muy difundidas, o de recopiladores de sermones y vidas de santos, como Jacobo de Vorágine y su *Legenda Aurea*.

La tercera referencia procede del canónigo, Pedro Alfonso de Valladolid a quien ya mencionamos anteriormente por ser quien legaba a sus hijos y a la madre de los éstos algunas propiedades. Este personaje contaba con una pequeña pero escogida biblioteca que repartiría entre su hijo Pedro y su sobrino, el bachiller Juan Rodríguez. Aunque el testamento los menciona separadamente, aquí agrupamos los libros para su más fácil reproducción. Serían estos:

uno Enrique primero e una novela sobre el primero de las decretales e una novela sobre el quinto e otra novela sobre el sexto [...] unas decretales pequennas de dos que yo tengo e una instituta de dos que yo tengo, quedando la mejor para Pedro mi fijo. E mandole mas un Rosedo Bendanetano sobre leyes e canones e una Suma de Grosedo sobre las rúbricas de las decretales que estan en tres volumenenes, et mandole mas las novelas sobre todas las decretales que estan en tres volumenenes e mandole mas un rrepertorio de Biterensy et mandole mas un fuero castellano et unos ordenamientos de los que yo tengo, quedando lo mejor para el dicho Pedro mi hijo [...] un rrepertorio de Baldo en que esta asy mismo las adiciones de Baldo sobre Ynoçençio e otro libro que llaman digno sobre

⁶⁹ A.C.T. E.3.G.2.2., f. 1v.

la regla del sexto [...] otrosy mando que el Caton que yo compre del arcediano de Calatrava que le den al cabildo de la iglesia de Toledo que le ponga en la Libreria⁷⁰.

Una vez más estamos ante una interesante colección jurídica de diversas novelas y decretales y sus correspondientes compiladores, entre los que reconocemos a Enrique de Segusia, el "Hostiense", Roffredo de Benevento, Groffredo de Trano, Jacobo Butrical y Baldo de Ubaldo. Por otra parte, el canónigo lega un conjunto de libros litúrgicos al sagrario de la capilla de San Pedro en la que pide ser enterrado, quedando al cuidado del sacristán para que éste los custodie de la misma manera que al resto de objetos de la citada capilla. Incluso ordena que el capellán que haya de decirle las misas utilice "un Breviario que yo tengo grande que sea puesto cabo el altar del dicho coro donde yo tengo mi sepultura metido en su rred de fierro como mejor entendieren mis testamentarios para que rrese mi capellan e los otros que quisieren resar"⁷¹. Por su parte, el breviario más personal "en que yo rreso" lo deja para su hijo caso de que siguiera la carrera clerical y, de no ser así, para su sobrino.

Recapitulando, cabe decir que, la muestra elegida es tan exigua -sólo tres canónigos y apenas cien libros- que no permite extraer conclusiones generales y nada puede frente a las casi 10.000 referencias conservadas para el siglo XVII, momento en el que está constatada la existencia de grandes bibliotecas -hay catalogadas algunas que llegaban a reunir 2.000 volúmenes- así como la verdadera bibliofilia de que hacían gala algunos canónigos y que, en algunos casos, provocó ruinas y deudas económicas de consideración⁷². En el siglo XV aún no estaba tan extendida esta afición a las letras de nuestros canónigos toledanos, aunque conocemos casos como

⁷⁰ A.C.T. E.3.G.2.3., f. 4v, 5v y 6r-v.

⁷¹ Ibidem, f. 3r-v.

⁷² Remitimos a las interesantes noticias que sobre la vida cultural del cabildo en época moderna ha establecido Ramón Sánchez González a partir, como decíamos, de una muestra muy amplia de libros de variada temática y, en su mayoría, impresos.

el del culto doctor Alonso Ortiz que reunió una biblioteca de casi mil volúmenes que legó a su muerte a la Universidad de Salamanca y que sería la mejor de Toledo en su tiempo⁷³. Sin duda, la acumulación de libros durante el periodo moderno se vio favorecida por la difusión de la imprenta, que facilitaba la lectura, abarataba los precios y provocó un incremento del mercado del libro del que la clerecía, especialmente la catedralicia, fue gran consumidora. En el Toledo del siglo XV predominará el libro manuscrito, bellamente encuadernado, a veces iluminado y siempre caro y costoso de fabricar, hasta que desde la década de los 80 se va imponiendo el libro impreso y se documentan seis talleres de los que saldrían los primeros incunables toledanos⁷⁴.

Todo ello explica que las librerías particulares de nuestros canónigos fueran más modestas que las de sus sucesores, aunque ello no es forzosamente signo de menor cultura, ya que, ni siquiera el hecho de no poseer libros quería indicar que los canónigos se despreocuparan de la lectura o de su formación, pues podían perfectamente servirse de los ricos fondos de la Biblioteca capitular. En efecto, ya dijimos como desde el siglo XIII está más que comprobada la política de préstamos de libros que llevaba a cabo la biblioteca, de tal modo que sus fondos no constituían "un depósito inerte, sin repercusión alguna en la vida de los miembros de la institución", sino, por el contrario, formaban "una biblioteca viva, que algunos

⁷³ Eran en concreto 998 libros, en su mayoría impresos, pero también manuscritos, muchos de los cuales se conservan en la citada Universidad con su firma autógrafa.

⁷⁴ Sobre los orígenes de la imprenta en Toledo ver, C. Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo. Descripción bibliográfica de las obras impresas en la imperial ciudad desde 1483 hasta nuestros días*, Toledo, 1994 (1ª ed. 1887); J. Vega González, *La imprenta en Toledo. Estampas del Renacimiento*, Toledo, 1983; R. González Ruiz, "Las bulas de la catedral de Toledo y la imprenta incunable castellana", en *Toletum*, 18 (1995), págs. 57-73, y "La imprenta incunable en Toledo" y "Los Libros", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, págs. 79-91; J. Moll, "La Imprenta en Toledo", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. VIII, Madrid, 1999, págs. 104-111.

capitulares aprovechaban para su propio cultivo intelectual"⁷⁵. Las mejoras que desde el siglo XIV se llevan a cabo en el recinto de la "librería" para mejorar su funcionamiento no tienen otro objeto que servir más eficazmente a la demanda de aquellos que, bien por estar cursando estudios en la escuela catedralicia, bien por mantener una continua inquietud intelectual, acudían asiduamente a consultar los ricos fondos de la Biblioteca.

6.1.3.- Nivel socio-económico

Ni la moralidad ni la formación cultural bastan para caracterizar al sector capitular toledano. Es necesario incidir en los aspectos socio-económicos que les rodeaban, pues sobre ellos más que sobre ningún otro se asienta el verdadero poder de la institución. Ellos sostenían toda la pujanza del grupo y son los que permiten afirmar que "la vida de canónigo no era una mala vida", jugando con esa expresión "vivir como un canónigo" que ha quedado en la conciencia popular⁷⁶. Con ella se alude, indudablemente, al nivel de vida elevado que llevaban los miembros del grupo, al lujo de que se rodeaban y a los privilegios de que disfrutaban por su misma condición clerical.

Dos son las cuestiones a que aludiremos en este punto: por un lado, la extracción social de los capitulares toledanos, sus relaciones de parentesco y su procedencia geográfica; por otro, trataremos de determinar el elevado nivel de sus fortunas, haciendo especial hincapié en mostrar la manifestación externa y pública de esa riqueza de que hacían gala muchos prebendados.

⁷⁵ R. González Ruiz, *Hombres y Libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, 1997, pág. 773.

⁷⁶ A. Morgado García, "Vida de canónigo. Percepción, origen y status de vida del alto clero durante el Antiguo Régimen", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, 2000, págs. 77-100.

A.- Procedencia social, familiar y geográfica

Se ha dicho de los cabildos que eran "hospicios de la nobleza"⁷⁷, ya que buena parte de sus componentes eran hijos de las principales familias aristocráticas, generalmente segundogénitos, situados allí por sus mayores con la doble finalidad de procurarles una buena existencia y de que el grupo familiar contara con firmes aliados en estas poderosas instituciones eclesiásticas. Junto a ellos también las distintas oligarquías urbanas enriquecidas con los negocios y firmemente interesadas en controlar los principales cargos de la administración municipal, colocaron a alguno de sus miembros entre los principales puestos catedralicios, copando por ambas vías importantes cotas de poder en sus ciudades.

En este sentido, el cabildo de la sede primada cumple la norma, porque en él están representados con más o menos amplitud todos los grupos y sectores sociales que tenían algo que decir en la ciudad de Toledo. En primer lugar los Ayala y los Silva, esos dos linajes asentados en estas tierras con el advenimiento de los Trastámara y rivales durante todo el siglo XV, están representados en el cabildo por los canónigos Fernando Pérez de Ayala, Pedro y García de Ayala o Luis Deza de Silva. Otro tanto sucede con los linajes de caballeros originarios de Toledo (Niño, Cervatos, Palomeque, Pantoja, Ribera), algunos de cuyos miembros ocuparon también prebendas en la catedral: Gudiel de Cervatos, Hernando Palomeque, Vasco Ramírez de Ribera, Tello de Guzmán. Por último, en un tercer escalón se situarían una serie de familias que conforman lo que Palencia Herrejón denomina la "segunda oligarquía", en la que sus raíces no aristocráticas se compensan con un indiscutible peso económico y financiero⁷⁸.

⁷⁷ J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, pág. 8.

⁷⁸ Como ya citamos la bibliografía más importante al analizar la realidad social de Toledo en el siglo XV, aquí sólo mencionamos los trabajos de J.P. Molénat, *Campagnes et Monts de Tolède du XII au XV siècles*, Madrid, 1997, y J.R. Palencia Herrejón, *Ciudad*

Algunas de estas familias tienen un origen converso y, como en los casos anteriores, consiguieron estar presentes en el cabildo toledano a través de canónigos tan representativos como los hermanos Ortiz -Alonso, Nicolás y Francisco- Fernando de Illescas, Juan López de León, Fernando Gómez de Villarreal, Pedro Alonso Serrano o el maestrescuela Francisco Álvarez Zapata⁷⁹. Especialmente este clan de los Zapata se consolidó de forma muy firme en el cabildo, hasta el punto de que a mediados del siglo XVI cuatro de sus miembros ocupaban sendas prebendas y, lo que aún era más importante, extendían su influencia sobre nada menos que dieciséis canónigos⁸⁰. El importante peso del grupo converso en el cabildo acabó provocando, en un intento de frenar su presencia, la promulgación en 1547 por el cardenal Juan Martínez Siliceo del Estatuto de Limpieza de Sangre, que exigía a los aspirantes a cualquier beneficio catedralicio acreditar su condición de cristianos viejos. Ello convirtió al cabildo en una institución mucho más cerrada, selecta e inaccesible, que "filtraba" toda posible entrada de advenedizos⁸¹.

Al margen de la cuestión conversas, lo cierto es que el indiscutible peso social y familiar de los canónigos toledanos les obligó a verse implicados en las banderías que durante todo el siglo XV sacudieron toda Castilla y, muy especialmente, la propia ciudad de Toledo. Varios son los

y oligarquía de Toledo a fines del Medievo (1422-1522), Madrid, 1999 (Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense).

⁷⁹ La nómina de canónigos conversos es, sin duda, mucho más amplia como se observa si confrontamos sus apellidos con el listado que ofrece F.J. Aranda Pérez, *Poder y poderes en la ciudad de Toledo*, Cuenca, 1999, pág. 257.

⁸⁰ A. Fernández Collado, "Grupos de poder en el cabildo toledano del siglo XVI", en *Sociedad y élites eclesásticas en la España Moderna*, Cuenca, 2000, pág. 155.

⁸¹ Fruto de ello, el Archivo Capítular reúne entre sus fondos más de 3.500 expedientes que resultan de extraordinaria importancia y permiten acercarse mucho más a la realidad sociológica de estos capitulares en la Edad Moderna: *Ibidem*, págs. 152-158; R. González Ruiz, "Limpieza de sangre", en *D.H.E.E.*, II, Madrid, 1972, págs. 1.297-1.298; A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre. Controversias entre los siglos XV y XVI*, Madrid, 1985; J. Hernández Franco, *Cultura y limpieza de sangre en la España Moderna: puritate sanguinis*, Murcia, 1996

canónigos que secundaron a uno u otro de los bandos enfrentados, encastillaron la torre de la catedral y hasta fueron expulsados de la ciudad, episodios a los que ya nos referimos en su momento. Este ánimo belicoso ayuda a entender que entre los bienes de algunos canónigos se hallen junto a los libros u otros objetos litúrgicos armas -preferentemente ballestas de acero y espadas- y que entre sus servidores predominen los pajes y escuderos. Es lo que refleja el testamento de Fernando Pérez de Ayala muy implicado, por su origen familiar en las revueltas del siglo XV⁸².

Ahora bien, el prestigio del cabildo toledano era tal que el interés por formar parte de sus prebendas excedía los límites de las principales familias toledanas y estaba abierto a la presencia de personas procedentes de ámbitos familiares distintos y, por supuesto, de otras diócesis e incluso del extranjero, que solían alcanzar su canonjía merced al patrocinio de reyes, arzobispos o papas. Ya vimos cuando analizamos el tema de las provisiones el juego de intereses que se movía en torno a los cabildos catedralicios y, muy especialmente por su relevancia, al de la catedral primada.

De ahí que en ésta encontremos a miembros de las familias más poderosas del reino, como Gutierre de Toledo, hijo del duque de Alba; a estrechos colaboradores de los reyes como Pedro Altamirano, capellán de los reyes, Alonso García de Olmos, capellán y limosnero de la reina, o Juan de Castilla, de su consejo y del de la Inquisición; a parientes y servidores de los prelados titulares de la sede toledana, caso de Alfonso Carrillo de Albornoz, sobrino del arzobispo, Íñigo de Mendoza, hermano del cardenal, Luis Hurtado de Mendoza, su sobrino, Pedro de la Puente y Diego Rangel, secretarios de Carrillo o Rodrigo Tenorio, su criado; por último, es de destacar el interés papal por promocionar a familiares (Rafael Riario, sobrino de Sixto IV) y a importantes miembros de su curia y del colegio

⁸² Su testamento en A.C.T. E.5.F.1.7 y E.5.F.1.8. (1470, septiembre 17).

cardenalicio como Pedro de Buenamemoria, cardenal de San Sixto, Juan Bautista, cardenal de Santa María in Portium, u Olivero, obispo albanense y cardenal de Nápoles. Como señalamos al hablar de las provisiones, los Reyes Católicos no estuvieron muy conformes con la presencia de este clero de origen extranjero entre los prebendados catedralicios de sus reinos por la irresidencia y el flujo de moneda hacia el exterior que de ello se derivaba⁸³.

Independientemente del motivo, lo cierto es que todas estas circunstancias provocaron una mayor variedad en el lugar de procedencia de los canónigos de la sede primada y enriquecieron la importante presencia de clero local con la llegada de clérigos naturales de otros lugares de la propia archidiócesis toledana (Madrid, Alcalá, Ciudad Real, Alcaraz), o de diócesis cercanas como Sigüenza o Cuenca. También es importante el bloque constituido por los canónigos procedentes de tierras castellanas (Ávila, Segovia, Palencia, Valladolid) y andaluzas (Córdoba, Sevilla), siendo prácticamente inexistente la presencia de clérigos del área catalano-aragonesa o de la región gallega y cantábrica. En realidad, hay predominio de aquellos que procedían de las zonas que componían la provincia eclesiástica de Toledo, entre cuyas diócesis había una buena corriente de intercambio. Una tendencia similar se deja ver en el caso de canónigos extravagantes, racioneros y capellanes, aunque aquí predomina más el localismo, siendo las iglesias de los diferentes arciprestazgos incluidos en la archidiócesis toledana las que proporcionan el mayor número de clérigos (Illescas, Talavera, Ocaña, Seseña, Maqueda, La Guardia, entre otras).

Resumiendo, en el cabildo tienen cabida personas de variadas procedencias geográficas y sociales, aunque, sin duda, la presencia local es

⁸³ Recordamos la cédula otorgada el 24 de febrero de 1477, en la que se prohibía que las dignidades eclesiásticas que estuvieran ausentes de su beneficio pudieran percibir sus rentas, lo cual afectaba de forma muy destacada a los extranjeros. A.C.T. X.11.C.1.5.

importante y se observa cierta endogamia familiar en linajes como los Ayala y los Silva o en grupos conversos del peso de los Ortiz o los Zapata, que colocaron a varios de sus miembros entre los prebendados. De los linajes foráneos es el de los Mendoza el que consigue situar en el cabildo a más componentes gracias, claramente, al apoyo de su poderoso pariente, el cardenal de Santa Cruz. Al margen de su origen concreto y de las circunstancias en que se hubiera producido la provisión de su prebenda, lo decisivo es que todos sus destinatarios resultaron muy favorecidos, especialmente aquellos que la utilizaron como trampolín para alcanzar metas mayores como el episcopado. Es lo que sucedió, entre otros, con Pedro de Ayala, nombrado obispo de Canarias, aunque nunca llegó a visitar su diócesis; Rodrigo de Ávila, obispo de Plasencia; Francisco de Bobadilla, obispo de Ciudad Rodrigo y, después, de Salamanca; Tello de Buendía, obispo de Córdoba; Juan de Castilla, obispo de Astorga; Francisco Fernández de Toledo, obispo de Coria; Pedro Jiménez de Préjamo, obispo sucesivamente de Badajoz y Coria; Juan López de Medina, obispo de Badajoz; y Francisco de Santillana, obispo de Osma. Como puede apreciarse, ninguno pudo acceder a la sede toledana, pues el juego de intereses que se movían en torno a ella propiciaba -lo vimos en su momento- que las preferencias del cabildo fueran postergadas. Quien más cerca estuvo de ocupar el arzobispado fue Tello de Buendía, que, no obstante, hubo de conformarse con la titularidad de Córdoba al imponer los monarcas al cardenal Mendoza.

B.- Ostentación pública de riqueza por los capitulares

En 1525 el embajador veneciano Andrés Navaggiero señaló tras visitar la catedral toledana que

los canonigos son muchos y ninguno goza menos de setecientos ducados; tiene la catedral otras rentas y hay muchos capellanes que alcanzan doscientos ducados al año, de modo que los amos de Toledo y de las

mujeres, principalmente, son los clérigos, que tienen hermosas casas y gastan y triunfan, dándose la mejor vida del mundo sin que nadie los reprenda⁸⁴.

La frase resume muy bien dos constantes en la vida de nuestros protagonistas: de un lado, la importancia indiscutible de sus fortunas y, de otro, su interés por hacer ostentación pública de las mismas y dejar constancia cara al exterior de su riqueza personal y de la pujanza de su grupo. Los dos aspectos se entremezclan, van indisolublemente unidos y, sin duda, reflejan mejor que ningún otro, el cada vez mayor peso social del clero catedralicio.

Respecto al primero de ellos, cabe decir que las fortunas de los canónigos toledanos se conformaron a partir, fundamentalmente, de las diferentes partidas de ingresos con las que eran remunerados por las funciones que llevaban a cabo dentro del templo y entre las que, como ya mencionamos, se encontraban la ración, las distribuciones cotidianas, la importante renta de los vestuarios y las percepciones más modestas recibidas en concepto de caridades, ausencias, gallinas, granero y sal. También se beneficiaban de los salarios percibidos por el desempeño de algunas funciones esporádicas -diplomáticas, administrativas, benéficas- por orden del cabildo y que normalmente estaban bien retribuidas. A ello hay que añadir las rentas que procuraban a los capitulares las propiedades y bienes raíces que solían poseer en localidades cercanas a Toledo o en el lugar de donde eran originarios, así como las casas, mesones, bodegas que tenían repartidos por la ciudad de Toledo u otros lugares. Estas propiedades, que normalmente tenían arrendadas, podían haber llegado hasta ellos por herencia de sus propias familias o por haberlas comprado con el producto de sus rentas y, sin duda, constituyen un sostén muy importante de su

⁸⁴ *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1997, págs. 71-72.

poderío económico. Mucho más difícil que determinar cuál era el origen de sus ingresos es calcular el monto concreto de los mismos y el verdadero volumen de sus bienes aportando cifras exactas, ya que no contamos con una muestra documental lo suficientemente precisa y abundante para extraer conclusiones particulares.

Ahora bien, la trascendencia de sus fortunas no estriba sólo en su cuantía, sino en el hecho de que éstas procuraban a los canónigos el respaldo necesario para apuntalar su indiscutible prestigio social. Ellos querían que sus propios compañeros del entorno catedralicio, el resto de la clerecía toledana y, en conjunto, toda la ciudad tuvieran conocimiento de su riqueza y para ello hacían público y visible alarde de la misma, se rodeaban de lujos y llevaban, en suma, un nivel de vida opulento que manifestaba la fuerza del sector clerical al que pertenecían. Cuatro son los aspectos que hemos elegido para corroborar esta situación: el vestido, la vivienda, el número de criados y servidores de que se rodeaban y la solemnidad de sus honras fúnebres.

1.- Respecto al *vestido* y, en general, al *aspecto externo* que debían presentar los capitulares hay que partir de una evidente diferenciación. Por un lado, estaba la ropa litúrgica -casullas, sobrepellices, capas de seda- utilizada durante las numerosas celebraciones del templo, en la que toda ostentación era poca, ya que los tejidos, colores y adornos de las mismas estaban pensados para mostrar el poder del grupo catedralicio, especialmente de los canónigos, y para admirar a cuantos tuvieran ocasión de conocerlos⁸⁵. De otra parte, estaba el vestuario habitual con el que los

⁸⁵ Así lo manifestó Jerónimo Münzer cuando visitó la catedral en 1495, coincidiendo con la muerte del cardenal Mendoza : "Me enseñaron luego otros cinco arcones de a siete cajones y en cada uno de ellos un juego completo de vestiduras, a saber: capa, casulla, dalmaticas, estolas, albas, etc. Cada fiesta mayor como las Pascuas de Resurreccion y Pentecostes, Epifania, Natividad del Señor, Trinidad, etc., así como las de la Virgen, tiene sus ropas propias, todas bordadas en oro, plata, perlas y piedras de valor inestimable, pero como habia muerto el cardenal, los canonicos estaban muy apesadumbrados y así dejaron de enseñarnos multitud de cosas", en *Viajeros por la Historia, Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1997, pág.53.

canónigos se trasladarían por la ciudad o por fuera de ella, ya que es aquí donde más tentaciones habría de presumir y hacerse notar entre el resto de la sociedad por la espectacularidad de su indumentaria. Por eso mismo, las autoridades eclesiásticas no cesan de recordarles que debían dar buen ejemplo, de que por el hábito exterior se podía conocer "la buena vida e costumbres interiores" de cada clérigo y de que debían evitar escandalizar y mover a la murmuración entre los fieles. Así lo apuntó Carrillo en el sínodo de 1480 refiriéndose al conjunto del clero de su diócesis⁸⁶ y así lo ratificaron algunos ordenamientos y estatutos capitulares.

En ellos se recuerda la obligación que tienen los capitulares de vestir con honestidad y llevar bien hecha la tonsura como correspondía al estamento clerical del que formaban parte. Las disposiciones apuntaban en una misma línea, evitar que se usaran telas ricas como la seda o el raso, colores vistosos como el rojo o el verde, adornos dorados o plateados, zapatos blancos, entre otros. Del mismo modo, se insiste en que lleven convenientemente cubiertos los brazos y las piernas, a fin de no mostrarlos en demasía. Sólo cuando "fisiere grandes aguas o nieves o lodos" podrían acortarlas para facilitar su desplazamiento⁸⁷, como se indica en un estatuto de 1434. Los descuidos debían ser, no obstante, frecuentes, ya que años después se vuelve a criticar que algunos de ellos "no trayan calças ni borseguis quando salen de sus casas e trayan las piernas descubiertas", lo cual podía suscitar comentarios entre los que lo veían. Deciden obligarse todos ellos a no salir de casa con las piernas desnudas bien a pie o cabalgando y a servirse de la renta de su prebenda para comprarse "un par de calças de panno mayor fino". La única excepción es la de maitines, en que, para favorecer una asistencia que de por sí era poco apetecida, podrían

⁸⁶ J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 307-308.

⁸⁷ B.N. Mss. 13018, f. 227r-229v.

ir como quisiesen⁸⁸. Otra irregularidad frecuente es que, en ocasiones, los canónigos, con objeto de presumir más, utilizaban ropa litúrgica en sus desplazamientos por la ciudad, lo cual mueve al cabildo a prohibir que vayan a las "carneçerías e plaças ni alcana nin otros logares publicos a comprar cosa ninguna en sobrepelliz", so pena de exponerse a un castigo que no especifican⁸⁹.

Lo cierto es que la tentación de vestir con magnificencia dentro y fuera del templo debía ser grande y difícil de resistir, de ahí que el cabildo deba incluso vigilar el vestuario utilizado durante las celebraciones, ya que hasta en él solían excederse. Así lo manifiestan en el siguiente estatuto:

El vestido que han de traher quando vinieren al choro sera ropa de panno o raso negro o tafetan o lanillas y en las fiestas muy sollemnes o processiones podian traher si quisiesen ropas de color morado o colorado y no otro ningun color y no se permite traher ropas de raso ni de otra seda alguna mas de lo que esta dicho. Las quales seran tan largas que cubran los pies por delante y detras y traherlas han cennidas y no sueltas porque no se permitiran porque esta yglesia lo tiene por prehemencia traher las ropas çennidas, aunque sean lobas. Sobre la ropa se vestiran sobrepelliçes que sean algo largas, las mangas se pondran cogidas sobre los hombros y no tendidas y quando fuere tiempo de capas de choro se pondran las mangas de los sobrepelliçes racheados a la garganta y tendidas sobre los hombros de tal manera que las mangas cubran el collar de la sotana y sobre ellas las capas de choro y estaran advertidos que quando entraren en el choro o hiçiesen algun offiçio con cappas y en las proçiones estaran sueltas las faldas de las capas por delante y por detras. No traheran pantuflos ni çapatos de terciopelo, sino de cuero o de panno y estos no acuchillados. Las camisas tendran los cabeçones llanos sin lechugillas y tan altos que no salgan de los collares de las ropas. Los quantos que truxeren serian sin cuchilladas y no adobados con olor. Los bonetes castellanos o medioromanos que no tengan cuernos grandes⁹⁰.

Además del vestido, se les exige llevar bien hecha la tonsura y la barba afeitada, tareas en las que era imprescindible la función del barbero o barbitonsor, encargado de poner a punto su aspecto en este terreno. Algunos estatutos no se limitan a ordenar esta práctica, sino que especifican

⁸⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 109r (1479, octubre, 9).

⁸⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 66v (1474, abril, 18).

⁹⁰ B.C.T. MS. 42-29, f. 193v.

de forma muy explícita cómo debía llevarse a cabo:

Trayan el cabello cortado redondo, sin entradas, tan corto que quede toda la oreja de fuera y los que fueran sacerdotes traieran las coronas dibuxadas, los diachonos y subdiachonos un poco menores, y los lectores y cleriçones mas pequeñas. Ninguno de los quales criara barba y ansi los sacerdotes como los demas tendran cuydado de se afeytar y dar el buen exemplo de su persona⁹¹.

En definitiva, el cabildo se muestra aquí bastante crítico con sus miembros y no elude su responsabilidad de cara a evitar esas manifestaciones de riqueza que iban contra la honestidad de la Iglesia. Lo cierto es que la reiteración de las disposiciones parece indicar que los canónigos hacían caso omiso de estas prohibiciones y prueba de ello es que los testamentos de algunos capitulares muestran una gran variedad de ropas realizadas en telas y colores preciosos. Baste como ejemplo la ropa de uso personal, no litúrgica, propiedad del citado obrero Juan Fernández de Mora, que es inventariada por la Obra en 1418 para proceder a su subasta. En esa relación se encuentran prendas por valor de 8.400 mrs., entre las que se cuentan, varias pieles y mantos de Yprès, jubones, sayas, capirotos, mantones, "hopas" o sotanas, todo ello en tejidos nobles y sencillos, así como en colores variados que iban del azul al violeta y colorado⁹². Es sólo una muestra, pero indicativa de la tendencia general a rodearse de lujos que manifiestan los canónigos toledanos.

2.- Por lo que respecta a la *vivienda* hay que decir que los capitulares vivían mayoritariamente en los barrios y calles cercanos a la catedral, en casas que en unos casos eran de su propiedad y en otros tenían alquiladas al propio cabildo a quien debían satisfacer en concepto de arriendo cantidades en dinero y gallinas que oscilaban en función de la localización y medidas de la vivienda en cuestión. Las gallinas se entregaban por Navidad y el

⁹¹ B.C.T. MS 42-29, f. 193r-v. El estatuto incluye un dibujo con cinco círculos concéntricos en los que de más a menos se especifica el tamaño exacto de las coronas para las dignidades, canónigos, racioneros, capellanes, lectores y, por último, clerizones.

⁹² A.O.F. 761, f. 5r.

dinero por tercios de año, en las tres fiestas mayores de Todos Santos, Pascua de Resurrección y la Asunción de la Virgen, aprovechando la obligada presencia de los capitulares en la catedral durante las mismas. Como ya dijimos al hablar de las atribuciones del refectorio, no todos los prebendados pagaban con solicitud sus alquileres, circunstancia que obligó a algunos prelados, ya en el siglo XIII, a imponerles penas monetarias y amonestaciones públicas para instarles a cumplir con sus obligaciones⁹³.

Pero al margen de estas irregularidades, lo que nos interesa destacar aquí es la forma en que -morosos o no- vivían los capitulares. Sin duda, era la collación de San Justo la más frecuentemente elegida por el clero catedralicio para asentar su vivienda. Se trata de un conjunto de siete manzanas que se situaban al sur de la catedral, en torno a calles tan toledanas como las bajadas del Pozo Amargo, del Colegio Infantes o del Barco, y los callejones de San Pedro y del Vicario. En ese sector vivían a fines de la Edad Media dignidades como el deán o los arcedianos de Talavera y Toledo, canónigos como el nuncio Ortiz, Francisco de Palencia o Juan López de León y diversos racioneros, capellanes y servidores del cabildo como el médico o el barbero. Esa masiva presencia en la zona de personas relacionadas con la catedral ha llevado a denominarla, "barrio de los canónigos", aunque tal denominación es actual, no está constatada durante la Edad Media. Sus autores son dos investigadores, Jean Pierre Molénat y Jean Passini, que en un interesante trabajo han pretendido reconstruir la planimetría y realidad de las viviendas medievales, a partir de los restos que aún hoy conservan muchos inmuebles y, sobre todo, de un extraordinario documento conservado en la Obra y Fábrica catedralicia⁹⁴.

⁹³ En la Primera Parte del trabajo analizamos estas irregularidades con mayor amplitud y a ellas remitimos al lector.

⁹⁴ J.P. Molénat y J. Passini, *Toledo a finales de la Edad Media. I. El barrio de los canónigos*, Toledo, 1995. La intención de los autores no se queda en este barrio, sino que pretende ir sacando a la luz la realidad de otros sectores de la ciudad y de ahí un segundo

Se trata de un amplio libro elaborado por dos canónigos entre 1491 y 1492 con la finalidad de describir al detalle todas las posesiones urbanas pertenecientes a la mesa del refectorio (casas, bodegas, mesones, tiendas), que el cabildo tenía repartidas por los diferentes barrios de la ciudad, prestando atención a su arrendatario, al monto del alquiler que este tenía que satisfacer y, por supuesto, a las condiciones concretas -medidas, dependencias, estado de conservación- que presentaban las viviendas⁹⁵. Sin duda, el documento se presta a muchas lecturas, y en lo que aquí respecta es fundamental para conocer la disposición de las casas y acercarnos a la vida cotidiana y privada de los capitulares.

Las viviendas solían presentar una parecida distribución, en torno a un patio central, con diversas habitaciones o "palacios" abiertos al mismo, pocas ventanas a la calle, dos o tres pisos, a veces una azotea, y frecuentes sótanos y bóvedas por debajo del piso principal. También acostumbraban a contar con establos y cuadras para guardar las mulas, caballos y asnos que utilizaban los canónigos en sus desplazamientos por dentro y fuera de la ciudad. Incorporamos la descripción que el citado documento hace, precisamente, de la tres casas propiedad del nuncio Francisco Ortiz, sitas en el callejón de San Pedro:

[.....] fallase en ellas en la entrada un portalejo quadrado que ha en luengo 3 varas e en ancho al tanto. Ensomos del una camara de su tamanno. Luego esta un patinejo luengo e angosto e a la mano derecha del estan dos camaras en alto que son sobre la casa de Bartolome de Galvez. E la primera de fasia la puerta de la calle tiene en llengo 7 varas e mmedia con un entresuelo e en ancho 3 varas. La otra junta con ella en la misma fazera tiene en largo 7 varas e media e en ancho 4 varas. Delante desta dos camaras esta un corredorçillo sobre el patin del largo del patin e de vara e media de ancho. Iten a la mano ysquierda del dicho patin esta en lo baxo de un portal que ha en luengo 5 varas e en ancho 3 varas, ensomos dos suelos uno sobre otro de su tamanno, el primero

tomo dedicado a los barrios de San Antolín y San Marcos, aparecido en 1997.

⁹⁵ A.C.T. A.O.F. 356. "Libro de las casas, mesones e bodegas, tiendas, almacerias, corrales, carnesçerias e solares que los sennores Dean e Cabillo de la Santa Iglesia de Toledo han e tienen en esta dicha çibdad intramuros e de lo que rinden en cada anno".

fecho camara e el otro açutea descubierta. Iten frontero esta un palacio que sale otra puerta del a la entrada del otro cuerpo principal, la qual esta tapiada, e tiene en luengo 8 varas e en ancho 3 varas. Ensomo del dos suelos, uno sobre otro de su tamanno, el primero camara e el otro açutea descubierta⁹⁶.

Cualquier obra y reforma que los capitulares quisieran realizar en estas posesiones urbanas debía sujetarse a la misma reglamentación que pesaba sobre todos los vecinos de Toledo y que había sido aprobada por el Ayuntamiento a fin evitar que algunos ciudadanos molestaran a otros y les perjudicaran con la construcción indiscriminada de aleros y saledizos o la apertura de nuevas puertas y ventanas. Parece, no obstante, que los eclesiásticos se resistían a ajustarse a estas normas, argumentando que su jurisdicción era otra y que esa legislación urbana no les afectaba ni a ellos ni a sus propiedades. Muchos canónigos actúan por cuenta propia y realizan obras en sus casas sin autorización alguna de la ciudad, que al sentirse agraviada no deja de acudir a los Reyes Católicos en demanda de amparo. Éstos se vieron obligados en 1497 a escribir al vicario de la catedral y recordarle que las competencias en terreno urbanístico estaban en manos de la corporación municipal, debiendo los capitulares someterse a las reglas establecidas por ella exactamente igual que cualquier otro vecino de Toledo⁹⁷.

Pero las viviendas no sólo destacaban por su estructura arquitectónica, sino también por su decoración y acondicionamiento interior. Podemos aproximarnos bastante bien al interior de la casa de nuestro viejo conocido Juan Fernández de Mora, un canónigo rico como hemos podido constatar por su ropa de uso personal y sus libros, cuyos enseres domésticos

⁹⁶ Ibidem, f. 24r. La reconstrucción del plano de este conjunto de viviendas y su estudio en J.P. Molénat y J. Passini, *Ob. cit.*, pág. 59.

⁹⁷ Algunos ejemplos de actuaciones capitulares así como las carta enviada por los Reyes Católicos para mediar en el conflicto entre la ciudad y la jurisdicción eclesiástica en R. Izquierdo Benito, *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, 1996, págs. 81-98 y 194-196.

fueron vendidos por la Obra en 1418 por valor de casi 30.000 mrs., lo cual da idea de su extraordinaria importancia. Entre ellos, cabe destacar numerosas colchas, sábanas, cobertores y demás ropa de cama, cojines, colchones, almohadas, alfombras y tapices, sillas de cuero, tres tapetes o "vancas" para cubrir los bancos, decorados con "lavor de rrosas e almenas" y con "arvoles et perros et liebres et corços et paxaros", reposteros con las armas del canónigo bordadas, candeleros, arcones, sartenes, platos, cubiertos y un larguísimo etcétera⁹⁸. Años después, en 1471, la Obra subastaría también en almoneda pública los bienes y enseres del racionero y cura de San Nicolás, Diego González, valorados en 9.000 mrs., cifra nada desdeñable, pero claramente por debajo de la que alcanzaron las posesiones del citado canónigo-obrero⁹⁹.

3.- Vestuario y vivienda daban ocasión a los capitulares de exteriorizar su nivel de riqueza, y en la misma línea hay que considerar al elevado número de servidores de que se rodeaban. A diferencia de lo que constatábamos al referirnos al aspecto exterior, el cabildo, lejos de prohibir esta manifestación de riqueza alentaba a los capitulares a tener escuderos y servidores "para honrrar su persona e estado" y así se lo recomiendan al canónigo Juan Roberto, al que mandan tener un escudero, dos mozos y un par de mulas que le acompañen y estén de continuo en su casa¹⁰⁰. Los criados, además, debían preceder a los canónigos en sus desplazamiento a la catedral, situados de dos en dos y contribuyendo así a que estos fueran "con mucha modestia y honestidad, no açelerando el paso hasta llegar a la yglesia"¹⁰¹.

⁹⁸ A.O.F. 761, f. 6v-18r. La descripción al detalle de todos ellos y su precio correspondiente en R. Izquierdo Benito, *Precios y salarios en Toledo durante el siglo XV (1400-1475)*, Toledo, 1983, págs. 325-338.

⁹⁹ A.C.T. A.O.F. 298, f. 35r-36r. Publicado en *Ibidem*, pág. 339-340.

¹⁰⁰ A.C.T. Actas Cap. I, f. 103v. (1478, octubre, 10).

¹⁰¹ Libro Arcayos, B.C.T. MS 42-29, f. 194r.

Nuevamente son los testamentos los que nos ponen sobre la pista de esta cuestión, ya que las abundantes mandas y legados, en dinero o en especie, que los canónigos realizaban a toda la corte de criados, escuderos, pajes, sirvientes, mozos y amas de casa que les rodeaban eran bien significativos. Los canónigos aluden a ellos en muchas ocasiones como "criados y familiares", y nunca dejan de recordar que el legado agradece "los buenos servycios que me fiçieron". En muchos casos, la relación con ellos sería estrecha, afectuosa y así se comprende la familiaridad de algunos nombres y la preocupación de los capitulares por socorrer a los hijos de estos criados, especialmente a las hijas, dejándoles algunas dotes para su matrimonio¹⁰².

4.- Por fin y, aunque ya ha sido suficientemente significado en otra parte del estudio, volvemos a recordar aquí el ceremonial que para dejar constancia de su importancia y poderío desplegaban los capitulares a la hora de organizar sus *honras fúnebres*. Los testamentos analizados evidencian que todos quieren hacer patente su pujanza a través de varias cuestiones: ocupando un lugar importante en la iglesia, lo más cerca posible del altar mayor; ordenando un elevado número de misas durante el novenario, el treintenario y, posteriormente, en la dotación de los aniversarios; asegurando la presencia de canónigos y clérigos de la ciudad en las exequias; sirviéndose de solemnes toques de campanas, velas, incienso y sermones solemnes; o realizando mandas y limosnas para instituciones y comunidades monásticas. Este complicado ritual funerario buscaba, ante todo, la salvación del alma del fallecido, pero era también una ocasión única para desarrollar un complejo conjunto de ritos con los que manifestar la riqueza, pujanza y

¹⁰² Ambos aspectos se documentan en el testamento otorgado por Alfonso García de Alcaraz en 1433. En él, además de acordarse de sus servidores Juanillo de Casarrubios y Juanillo de Madrid, a los que deja 200 mrs. a cada uno, lega 600 mrs. a la hija de un criado fallecido para atender a su casamiento. A.C.T. Z.4.D.1.

prestigio que el canónigo había alcanzado durante su vida.

6.1.4.- "Inmunidad" y privilegios de los capitulares

Cuanto hasta aquí venimos manifestando corrobora la idea de que el cabildo de la sede primada configura un sector especial, diferenciado del resto de clérigos de su entorno y, por tanto, que sus principales componentes, los canónigos, conforman un grupo de élite con gran protagonismo en la vida de la ciudad de Toledo. Ahora bien, por si fuera poco para dejar constancia de ese papel destacado apelar a su procedencia social y a su superior nivel cultural o económico, habremos de referirnos también al amplio conjunto de derechos, franquizas y exenciones que diferentes autoridades, muy especialmente los reyes, concedieron al cabildo desde los años inmediatos a su puesta en marcha a fines del siglo XI. Es cierto que algunos de esos privilegios iban dirigidos de manera general a la totalidad del clero diocesano, pero aquí vamos a referirnos especialmente a la incidencia que tuvieron en el cabildo primado y al peculiar estatuto jurídico de "inmunidad" que configuraron para él y sus miembros, protegiendo y manteniendo al margen de cualquier intervención de particulares o de oficiales laicos tanto a las posesiones catedralicias como al conjunto de los eclesiásticos que estaban ligados al templo.

Como planteamiento inicial cabe decir que la inmunidad comprendía una serie de parcelas de poder que, en origen, correspondían al monarca, pero que en diferentes momentos y por muy diversas motivaciones éste irá cediendo a otras instancias, entre ellas y de manera muy destacada, a la Iglesia¹⁰³. Afectaba a cuestiones tan decisivas como la independencia

¹⁰³ En efecto, nobles y eclesiásticos serán los más beneficiados por esta actitud regia, que les llevará a asumir en sus propiedades "inmunes" numerosas facultades soberanas. El origen de esta situación está en el Bajo Imperio y, más aún, en la Europa altomedieval.

judicial y la exención de impuestos, servicios militares y posadas u hospedajes. Esta situación de inmunidad que la iniciativa regia configura para la Iglesia beneficia a tres ámbitos dentro de la misma: a los lugares sagrados, iglesias y otros edificios, que gozan de derecho de asilo y de la exención de actos profanos; a los innumerables bienes y propiedades acumulados por la institución; y, por último, a las propias personas de los eclesiásticos, los diversos clérigos repartidos por catedrales, colegiatas, parroquias y demás instancias diocesanas, que pasan así a gozar de un fuero propio y quedan libres de las cargas que afectan a cualquier otro ciudadano¹⁰⁴.

A.- La base jurídica de la inmunidad

La inmunidad de que van a disfrutar los bienes y miembros del cabildo toledano descansa sobre un conjunto de privilegios que diversas autoridades laicas y eclesiásticas fueron otorgando, en general a toda la Iglesia de Toledo, pero, de forma muy particular, a la corporación catedralicia. Básicamente son los monarcas los que con sus concesiones sientan las bases de esta situación de privilegio, a los que se irán uniendo progresivamente papas y arzobispos a fin de acrecentar y ratificar la ventajosa realidad que poco a poco se va configurando para el cabildo y sus componentes. Los diferentes planos que abarca la inmunidad eclesiástica van

Reyes merovingios y carolingios fueron cediendo prerrogativas a nobles y eclesiásticos para hacerse con su apoyo, llegando incluso a renunciar a buena parte de las regalías que eran propias de su oficio: L. García de Valdeavellano, *Diccionario de Historia de España*, t II, Madrid, 1968, págs. 476-478 y J.M. Pérez-Prendes, *Instituciones medievales*, Madrid, 1997, págs. 45 y ss.

¹⁰⁴ Así lo sigue recogiendo el actual Código de Derecho Canónico en su revisión de 1983, cuyos cánones 1.370, 1.375 y 1.376 están dedicados, respectivamente, a quienes usan la violencia física contra los clérigos, a los que impiden la libertad del ministerio o el uso litúrgico, y a quienes profanan los bienes sagrados muebles o inmuebles. Todas estas disposiciones canónicas se reúnen bajo el título, "De los delitos contra las autoridades eclesiásticas y la libertad de la Iglesia", dejando constancia de la importancia que, aún hoy día, sigue teniendo este tema.

a estar claramente recogidos en los privilegios reales, bulas pontificias y cánones conciliares o sinodales. Veamos brevemente cómo se concretaba cada uno de estos ámbitos.

1.- Desde el año 1086, los monarcas castellanos se mostraron bien dispuestos a favorecer a una institución, la catedral de Toledo, llamada a desempeñar un papel fundamental a lo largo de la Edad Media y a la que hicieron objeto de un numerosas donaciones que fueron acrecentando la composición y el patrimonio de la mesa capitular. El interés regio recayó igualmente sobre el clero encargado del servicio y sostenimiento del templo primado y de ahí que los capitulares toledanos recibieran una serie de derechos, franquezas y exenciones que pretendían protegerles de la fiscalización y posibles agravios de los laicos, declarándoles inmunes. Como bien indicara Juan Francisco Rivera Recio, los reyes tratan así de "honrarles con los honores inherentes a los que ostentan los cargos delegados de la potestad soberana"¹⁰⁵.

Los primeros monarcas interesados en favorecer al cabildo fueron Alfonso VI y su nieto Alfonso VII, que en sucesivos diplomas sientan las bases de una política de concesiones que será continuada por sus sucesores, quienes, por lo general, se limitaron a confirmar los privilegios anteriormente otorgados. *Alfonso VI* fue, como sabemos, el primer benefactor del templo catedralicio al otorgar a la Iglesia de Toledo el 18 de diciembre de 1086 un decisivo documento, base del poder económico y territorial de la institución. En él, además de reinstaurar el culto católico en la catedral, de elegir a don Bernardo como nuevo arzobispo y de realizar una importante dote fundacional para la catedral, introduce una cláusula que sienta las bases del régimen de inmunidad que tendrán las posesiones eclesiásticas, al declarar que tanto las actuales como las que pudieran

¹⁰⁵ J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1086-1208)*, t. II, págs. 95-106.

incorporarse en el futuro quedarían al margen de cualquier pesquisa judicial y fiscal¹⁰⁶. En textos posteriores el monarca continúa en la misma línea y concede la ingenuidad y prerrogativas de las residencias reales a las casas y palacios que el arzobispo tuviera entonces y en el futuro al norte del Tajo¹⁰⁷. En los últimos años de su vida, concretamente el 8 de marzo de 1107, vuelve a ratificar su voluntad de que las propiedades de Santa María quedaran al margen de cualquier acción de los oficiales reales¹⁰⁸.

El testigo de la actuación del conquistador de Toledo lo recoge su nieto, *Alfonso VII*, que seguirá idéntica política a su antecesor en cuanto a la concesión de propiedades y derechos a la Iglesia de Toledo. En un privilegio otorgado en Maqueda en 1128 el monarca concedía a los clérigos toledanos la inmunidad fiscal y militar, declarándoles exentos de la milicia y libres y quitos de todo tributo a ellos y sus heredades¹⁰⁹. Poco después, en un documento fechado en Burgos el 18 de junio de 1136, además de confirmar al arzobispo Raimundo de Sauvetat los fueros y privilegios de que el clero toledano gozaba desde tiempos de don Bernardo, insiste en el tema de la inmunidad judicial de dicho clero. A este respecto, deja claro que los clérigos autores de algún delito sólo podrían ser juzgados por el tribunal del arzobispo o su vicario, aunque la parte ofendida fuera un laico. De la misma

¹⁰⁶ A.C.T. O.2.N.1.1. "Has vero predictas villas huic sancte ecclesie et tibi Bernardo arciepiscopo ita libera donatione concedo ut neque pro omicidio neque pro rauso neque pro fossataria neque pro aliqua calumnia aliquando inrumpantur; eadem roboracione roberentur et ille quas ego aduc addidero haut tu ab aliquibus adquisieris". El texto completo ha sido publicado, entre otros, por J.A. García Luján, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo (1086-1462)*, t. II, Toledo, 1982, págs. 15-20.

¹⁰⁷ A.C.T. A.6.B..2.3. Se trata del privilegio otorgado el 22 de junio de 1103, cuyo texto se encuentra publicado en *Ibidem*, págs. 20-22.

¹⁰⁸ A.C.T. I.12.A.1.1. *Ibidem*, págs 22-25.

¹⁰⁹ Se trata del privilegio dado en Maqueda el 19 de mayo de 1128. El monarca argumenta la exención de que hace objeto al clero, alegando que eran una milicia especial, cuya misión era consagrarse a la oración y el sacrificio a fin de que Dios concediese al monarca la virtud, la sabiduría y el poder para dirigir su reino y defender a toda la Cristiandad de posibles enemigos: A.C.T. O.8.B.2.1. J. A. García Luján, *Ob. cit.*, págs. 42-44.

forma, los laicos que atentaban contra algún clérigo habrían de someterse a la jurisdicción eclesiástica, que dictaría sentencia según la normativa recogida en el Derecho Canónico. Alfonso VII, además, prohíbe la intromisión en las casas de los clérigos para hacer pesquisas o causar algún daño a cualquier autoridad civil, refiriéndose de forma específica al *zahalmedina* y al *sayón*¹¹⁰. Las medidas del emperador fueron decisivas de cara a organizar y crear un marco jurídico en que se movería la vida del clero de Toledo durante el resto de la Edad Media. Consiguen que un importante sector de la población toledana quede segregada de la jurisdicción de las autoridades civiles ordinarias, y que se consolide la exención de la Iglesia en la esfera secular¹¹¹.

La importancia de estos textos, fundamentalmente los de 1086, 1128 y 1136 les hicieron objeto de múltiples confirmaciones por los sucesivos monarcas. Lógicamente, la Iglesia toledana solicitó de cada nuevo rey una renovación de todos sus privilegios, y así lo obtuvo el cabildo de *Alfonso VIII* en 1184¹¹², de *Alfonso X* en 1254¹¹³, de *Sancho IV* en 1282¹¹⁴,

¹¹⁰ A.C.T. X.9.A.1.2. *Ibidem*, págs 44-46. "Istos scilicet vobis concedo foros ut nullus de Toletu neque de omni archiepiscopatu vestro clericus nisi ante suum archiepiscopum vel eius vicarium pro aliqua calumpnia quam fecerit vadat ad iudicium et quod nullus *zahalmedina*, neque *saion*, neque alius homo intret casas clericorum ut eas disrumpat vel ut in illis aliquod malum faciat. Si vero querimoniam aliquam laicus de clerico tenuerit ante suum archiepiscopum vel eius vicarium veniens tale recipiat qualle illi secundum canones dederit iudicium. Laicus vero si clericum percusserit aut aliquod illi dedecus fecerit secundum iudicia canonum illud malum emendet quod perpetraverit. Clericus eciam si calumpniam fecerit aliquam nemini pro illa nisi suo archiepiscopo aut eis vicario respondeat."

¹¹¹ A. García Gallo, "Los fueros de Toledo", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), págs. 430-432.

¹¹² 1184, agosto 6, Agreda. A.C.T. I.12.A.1.4. *Ibidem*, págs. 87-90. "Roboro itaque et confirmo vobis privilegium quod idem rex Yldefonsus senior qui Toletum subiugavit, de generali donationes Toletane ecclesie fecit [...] et privilegium de ingenuitate et libertate omnium palatiorum archiepiscopi [...] et privilegium donationis de foris et consuetudinibus quas imperator concessit Toletane ecclesie et privilegium de libertate domorum et hereditatum clericorum Toletane diocesis [...]"

¹¹³ 1254, mayo 18, Toledo. *Ibidem*, págs. 186-189.

¹¹⁴ 1282, febrero 23, Toledo. A.C.T. X.9.A.1.48. *Ibidem*, págs. 202-203.

aún siendo infante, y de *Enrique IV* en 1449, como príncipe heredero, y en 1455, ya como rey¹¹⁵. No obstante algunos de ellos no se limitan a la confirmación, sino que añaden nuevas prerrogativas; es el caso de Alfonso X que en 1253 y 1259 concede de forma específica al clero catedralicio las franquicias de moneda y posadas¹¹⁶, exención que también será objeto de sucesivas confirmaciones en reinados posteriores¹¹⁷.

En cada uno de estos diplomas de privilegio y confirmación los reyes dejan muy claro a quienes han de dirigirse y cursar las ordenes oportunas para que se guarde su contenido. Los destinatarios son las diferentes autoridades civiles y agentes de justicia, ya que a ellos compete requerir de la población las correspondientes cargas fiscales, judiciales y militares. Algunos documentos son especialmente explícitos a la hora de enumerar los cargos a quienes dirigen sus mandamientos. En el caso de la carta de privilegio otorgada en 1449 por Enrique IV al cabildo, se señala de forma concreta a

los mis allcaldes, alguaziles, aposentadores, espenseros, gallineros e otros ofiçiales qualesquier, mayores e menores, asy de mi casa commo de mi corte e compannia que agora sois o fueredes de aqui adelante¹¹⁸.

Los monarcas no se limitan a ordenar a sus agentes que guarden esta franquezas, sino que además imponen severas penas a los que violen el

¹¹⁵ El texto, dado el 13 de diciembre de 1449 en Toledo, está contenido en una confirmación que hace el mismo monarca el 28 de marzo de 1455 en Segovia. A.C.T. O.8.E.5.10. *Ibidem*, págs. 289-291

¹¹⁶ El privilegio de moneda -1253, febrero 21, Sevilla - dice expresamente: "fazemos almosna e merced del nuestro derecho d'aquello que mas pertenesce a los reyes e es nuestra cosa, quitamos e franqueamos a todas las personas e a todos los canonigos mansionarios e a todos los racioneros de la eglesia de Toledo de moneda por siempre iamas". En el de posadas -1259, diciembre 29- el monarca prohíbe "que ninguno non sea osado de posar en sus casas sin su plazer". *Ibidem*, págs. 180-182 y 201-202.

¹¹⁷ Así lo harán Enrique II(1366 y 1372), Juan I(1379), Enrique III(1394), Juan II(1420), Enrique IV(1455 y 1464) y la reina Isabel(1475). Cada uno de estos textos, cuyos originales se guardan en el Archivo Capitular de Toledo, han sido publicados en el ya citado trabajo de J.A. García Luján.

¹¹⁸ A.C.T. O.8.E.5.10.

contenido de los privilegios. Amén de la ira regia y de sufrir las penas del infierno, los infractores tenían que presentarse ante la corte del rey en un plazo máximo de quince días a dar explicación de sus actos, y, lo que es más importante, satisfacer unas cantidades en metálico a repartir entre la cámara regia y la propia Iglesia, que recibiría la pena doblada¹¹⁹. Además, los reyes pedían a los jueces y tribunales de la iglesia que impusieran penas y censuras eclesiásticas, algo en los que también insisten bulas papales y cánones conciliares.

2.- Numerosos fueron los pontífices que con sus bulas y cartas de privilegio favorecieron al clero toledano y, muy especialmente, al cabildo catedralicio. La práctica es habitual desde el siglo XII, aunque en estos primeros momentos la atención fundamental de los papas se centra en renovar y reconocer la primacía de la Iglesia de Toledo sobre las restantes sedes episcopales, en fijar los límites de su jurisdicción eclesiástica, y en confirmar las donaciones y propiedades concedidas por los monarcas¹²⁰.

No obstante, entre este primer conjunto de documentos, hay ya algunos que aluden claramente a las facultades judiciales de la Iglesia y a la inmunidad de que gozaban sus miembros y posesiones. Así se recoge en la bula "Auctoritate apostolice sedis", otorgada por Alejandro III en 1180, en la que el pontífice impide a cualquier autoridad laica convocar a juicio a los clérigos toledanos por causas civiles o criminales a no ser que antes hayan sido privados de su estado clerical por el arzobispo. Igualmente, prohíbe a estas autoridades, entre las que cita al vicario del rey, apoderarse y entrar en las moradas y propiedades de los eclesiásticos. Tres años después un

¹¹⁹ Las cantidades varían según los casos y la época del privilegio, pero, en todo caso, son cifras importantes, como los 2.000 mrs. de 1136 ó los 10.000 impuestos en 1149.

¹²⁰ El conjunto de documentos pontificios recibidos por la Iglesia de Toledo entre 1088 y 1252 ha sido recogido por F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo Documental*, Madrid, 1985, págs. 479-551.

nuevo papa, Lucio III, ratifica las medidas de su antecesor¹²¹. Estas disposiciones vienen a reforzar los privilegios que ya habían otorgado los monarcas, y que ahora van a recibir un importante apoyo.

Desde Roma, no sólo se protege al clero de las intromisiones seculares en materia judicial, sino que también se toman importantes medidas de cara a otorgar al cabildo toledano competencias en estas materias. Así lo hicieron Celestino III e Inocencio III en 1192 y 1199, respectivamente, al autorizar al deán y cabildo de Toledo para que, en caso de sede vacante, pudieran funcionar como un tribunal metropolitano de apelación, prosiguiendo las causas y pronunciando las censuras eclesiásticas pertinentes¹²². Las cuatro bulas citadas marcan la pauta de una situación que se fue repitiendo en las relaciones del papado con el clero toledano, ya que en los siglos siguientes continuaron dándose muestras del interés de los pontífices por afirmar la inmunidad y libertad de la Iglesia frente a las ingerencias de otros poderes.

En ocasiones, no obstante, las disposiciones papales no van directamente dirigidas al clero toledano, sino al conjunto de la Iglesia o a todos los eclesiásticos del reino, siendo después los respectivos obispos los encargados de darle curso legal en sus diócesis. Esto es lo que sucedió con la bula "Clericis laicos", dada de forma general por Bonifacio VIII el 24 de febrero de 1296, en la que renovaba una disposición general del IV Concilio de Letrán contra las injerencias abusivas de la autoridad laica en el campo eclesiástico. En ella, para poner fin a la situación, se lanza excomunión contra todo aquel laico, ya fuera emperador, rey, príncipe, noble, gobernador u oficial que sin autorización exigiese tributos del clero. La destacamos del conjunto porque este documento pontificio inspiró un

¹²¹ Ambos textos en A.H.N. 996 B, f. 75r-v.

¹²² El texto de Celestino III se otorga el 4 de julio de 1192, A.C.T. A.12.A.1.12., siendo confirmado por Inocencio III el 29 de mayo de 1199, A.C.T. A.12.A.1.13.

Concilio provincial toledano reunido en 1302, que tuvo entre sus objetivos la aplicación de la bula a la situación real de Castilla, y estuvo en la base de la importante actividad conciliar y sinodal que con el tema de la inmunidad eclesiástica como fondo se realiza en Toledo desde principios del siglo XIV.

3.- Monarcas y papas no fueron los únicos interesados en salvaguardar los privilegios de la Iglesia y del clero de la sede primada. Como es lógico, fueron sus más directos responsables, los arzobispos de Toledo, quienes situaron entre los primeros planos de su actividad pastoral la vigilancia de esos derechos y libertades, recordando a los propios clérigos sus prerrogativas y, desde luego, a las autoridades civiles la obligación que tenían de respetar las disposiciones y mandatos regios y papales. Algo apuntamos ya sobre su actuación en la primera parte del trabajo al abordar brevemente esta cuestión, pero será aquí donde podremos comprender mejor su verdadero alcance.

Los prelados manifestaban su preocupación por estos temas en el marco adecuado para ello, esto es, en los diferentes concilios y sínodos que a lo largo de los siglos XIV y XV, como responsables que eran de la provincia eclesiástica de Toledo y de su archidiócesis, les correspondió convocar y presidir, y a los que ya nos hemos referido anteriormente. En ellos se encuentran un gran número de constituciones englobadas bajo la expresión "sobre la inmunidad y libertad de la Iglesia", en las que se incluían disposiciones a cerca de las tres cuestiones a las que afectaba la inmunidad: el respeto a las personas de los clérigos y a sus derechos; la inviolabilidad de sus propiedades y rentas, y el cuidado de edificios e iglesias.

El interés que muestran estas reuniones pastorales por tratar estas cuestiones ha de ponerse en relación con la compleja situación política que desde los últimos años del reinado de Alfonso X hasta las difíciles minoridades de Fernando IV y Alfonso XI se vivió en la Corona de Castilla.

En esta etapa de clara conflictividad política las propiedades y personas de los clérigos se vieron sometidas a distintos desmanes a los que tratan de poner coto las disposiciones de los prelados. Otro tanto pasó a finales del siglo XV, cuando la agitación que se vivió durante buena parte del siglo afectó de forma muy especial a la diócesis toledana, entre otras razones, por la gran implicación de su arzobispo, Alfonso Carrillo, en las tramas e intrigas que se sucedieron en el transcurso y al final del reinado de Enrique IV¹²³.

Con estas motivaciones como telón de fondo, en el siglo XIV se celebran cinco concilios provinciales en los que el tema de la inmunidad de la Iglesia está entre las preocupaciones principales. El primero de ellos y, desde luego, el que aborda la cuestión más extensamente, es el concilio celebrado en Peñafiel el 13 de mayo de 1302 a instancias del arzobispo Gonzalo Díaz Palomeque¹²⁴. En él se dedican cuatro constituciones al tema de la inmunidad, en las que el prelado comienza manifestando su deseo de que todos los obispos de la provincia eclesiástica de Toledo apliquen en sus diócesis la bula de Bonifacio VIII antes citada a fin de impedir desmanes de las autoridades laicas frente a los eclesiásticos. Don Gonzalo adapta esta disposición general de la Iglesia al caso castellano en un momento de conflicto y agitación política que perjudica claramente al grupo eclesiástico. Tal es la gravedad de la situación que llega incluso a defender la inmunidad de la Iglesia contra personas concretas y poderosos que habían abusado y

¹²³ Diferentes manuales de historia medieval de España relatan con detalle esta situación, entre otros, L. Suárez Fernández, *Historia de España. Edad Media*, Madrid, 1977, y J.L. Martín, *La Península en la Edad Media*, Barcelona, 1993. También las recientes monografías aparecidas sobre los monarcas castellano-leoneses ofrecen datos al respecto: M. González Jiménez, *Alfonso X*, Palencia, 1993; J.M. Nieto Soria, *Sancho IV*, Palencia, 1994; C. González Mínguez, *Fernando IV*, Palencia, 1995; J. Sánchez Arcilla, *Alfonso XI*, Palencia, 1995. Para comprender las agitaciones de la segunda mitad del siglo XV remitimos a los trabajos citados en el capítulo primero de este estudio.

¹²⁴ Las circunstancias que concurrieron en la convocatoria y las actas completas del concilio en J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 29-32 y 165-172.

violado los privilegios regios¹²⁵. El concilio protege muy especialmente a obispos, canónigos y racioneros de las iglesias catedrales que, como el conjunto del clero, no podían ser prendidos, encarcelados, juzgados, condenados ni a muerte ni a otras penas menores, por laicos o tribunales civiles, sino por sus superiores eclesiásticos y sus tribunales. Se reitera así la inmunidad judicial del clero, de igual modo que se afirma la exención de impuestos reales o concejiles y la protección de sus bienes. El castigo para los infractores era la pena de excomunión y la de entredicho para las tierras en que se cometieran los abusos.

A esta interesante reunión de Peñafiel le siguieron, entre otras, cuatro convocatorias en apenas veinte años, que también trataron la cuestión de la inmunidad y libertad de la Iglesia: los concilios de Alcalá de 1326 y 1333, reunidos por Juan de Aragón y Jimeno de Luna, respectivamente, y los presididos por Gil de Albornoz en Toledo en 1339 y en Alcalá en 1347¹²⁶. En todas ellas se sigue la pauta marcada en Peñafiel y también en el Concilio Nacional de Valladolid de 1322, una de cuyas constituciones afirmaba que ningún juez seglar podría juzgar a los clérigos ni las causas clericales¹²⁷. Las cuatro reuniones citadas insisten en esta medida, aplicándola directamente a la provincia eclesiástica toledana, y reiteran los agravios de que eran objeto los clérigos, así como las penas impuestas a los infractores. Los prelados siguen condenando estas acciones con la

¹²⁵ Así se indica en la extensa constitución 13 del concilio, en la que el prelado se dirige contra la reina Constanza de Portugal; algunos infantes como Don Enrique, hijo de Fernando III; altos mandatarios de las Ordenes Militares, concejos, alcaldes, merinos, y otros oficiales.

¹²⁶ Todos ellos están publicados en J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs, 191-192, 195-196, 201-204 y 211-213.

¹²⁷ Dicho Concilio se celebra aprovechando la reunión de Cortes en Valladolid y la presencia del cardenal Guillermo Peyre de Godin, legado de Juan XXII y enviado a Castilla para reformar la iglesia. La reunión de Valladolid fue de gran importancia, porque sus conclusiones influyeron en el conjunto de convocatorias celebradas en las distintas provincias y diócesis del reino.

excomunión, aunque las dos convocatorias debidas a Gil de Albornoz, que se mostró partidario de suavizar los castigos, sustituyen esa pena por la cesación "a divinis"¹²⁸. Por último, todos los concilios coinciden en la necesidad de que los diferentes obispos sufragáneos hagan públicas en sus diócesis tanto estas medidas como las penas de excomunión y entredicho impuestas, a fin de darlas conocer al conjunto de la población. Distintos sínodos deberían dar curso y oficialidad a las disposiciones conciliares en cada una de las diócesis.

Tras un siglo de inactividad pastoral, las tres convocatorias reunidas por arzobispo Alfonso Carrillo entre 1473 y 1481 ponen de manifiesto que la Iglesia y sus miembros continuaban siendo objeto de agravios, pues, nuevamente, las constituciones emanadas de ellas tocan el tema de la inmunidad y libertad eclesiástica. La constitución 18 del Concilio de Aranda no deja duda en su encabezamiento sobre su contenido: "quod qui violenter occupaverint possessiones beneficiorum sint excommunicati ipso facto". El texto habla claramente de personas que ocupaban, encastillaban y vendían ilícitamente los bienes de la iglesia, a las que, además de imponérseles pena de excomunión, se les obliga a pagar 50 florines de multa por la injuria cometida¹²⁹. Esta situación debió ser especialmente preocupante en la diócesis toledana, pues el sínodo celebrado el 10 de junio de 1480 retoma las medidas generales dispuestas en Aranda y señala cómo muchos señores y autoridades laicas, así como algún clérigo, ocupaban iglesias y torres para tenerlas y defenderlas contra los prelados, reiterando para ellos las penas de excomunión y el pago de 50 florines¹³⁰. Aún ha de volver sobre el tema

¹²⁸ Sólo en caso de que el infractor no presente ante el juez eclesiástico a reparar y afrontar su culpa, será castigado con las sentencia de excomunión. Sobre las diferencias entre cada una de estas censuras eclesiásticas ver M. Teruel Gregorio de Tejada, *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, pág. 434.

¹²⁹ Un esquema del contenido completo del concilio y la publicación de sus actas en J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, págs. 63-64 y 283-300.

¹³⁰ *Ibidem*, págs. 325-26.

de la libertad eclesiástica un año después, en un nuevo sínodo, donde recuerda que los clérigos y personas eclesiásticas "son esentos de todo poderio e juredicion laycal", y de forma específica se dirige a las ciudades, villas y lugares que cometieran agravios contra el clero, castigándolos con la pena de entredicho, en tanto no rectificaran su acción¹³¹.

B.- Violaciones de la "libertad eclesiástica"

La insistencia con que todos estos documentos reiteran las diferentes parcelas de inmunidad que correspondían a los capitulares, así como la libertad eclesiástica que les era propia, no impidió que las violaciones de tal privilegio fueran frecuentes y que las diferentes autoridades, entre ellas el propio cabildo, se vieran obligadas a tomar cartas en el asunto.

Las principales alusiones las encontramos en los privilegios reales y en los prefacios de las constituciones conciliares. Reyes y prelados recuerdan con frecuencia la violación de que eran objeto las personas y bienes de los clérigos, siendo en algunos casos muy explícitos al abordar la cuestión. Los textos relatan las interferencias de agentes fiscales y judiciales que exigen impuestos indebidamente, intervienen para dirimir querellas y pleitos eclesiásticos, y tratan de obtener hospedaje en las casas de los clérigos. La confirmación de privilegios que hace el futuro Sancho IV al cabildo en 1282 está motivada, en palabras del propio infante, por

los muchos agravamientos que vos el cabildo de la eglesia de Toledo recibides en vuestros privilleios e en vuestras libertades e en vuestras franquezas e en otras cosas muchas que oviestes siempre acostumbradas en el tiempo del rrey don Alfonso, mi visavuelo e del rrey don Ferrando, mio avuelo¹³².

¹³¹ Se trata del sínodo reunido en Alcalá el 12 de mayo de 1481. *Ibidem*, págs. 332-333.

¹³² A.C.T. X.9.A.1.48. El infante se dirige en la carta a grandes personajes del reino, obispos, ricos hombres, maestros de las Órdenes, otros caballeros y fijosdalgo de Castilla y León y hombres buenos de los concejos para que se encargaran de guardar las franquezas del cabildo.

En esta misma línea, los diferentes concilios celebrados en la primera mitad del siglo XIV insisten repetidamente en ir contra los "raptores, invasores, vastatores et depredatores bonorum vel clericorum aut vasallorum ecclesie". Tales circunstancias se transmiten íntegras a la segunda mitad del siglo XV en que la realidad sigue siendo compleja y ofrece suficientes y continuados testimonios de las agresiones que siguen recibiendo los capitulares toledanos. Revelador es, en este sentido, el documento otorgado por Enrique IV en 1449, aún como príncipe heredero, en el que se especifican muchos de los agravios cometidos contra las libertades y franquezas del cabildo toledano, y se pide expresamente a los oficiales regios,

que las non quebrantedes agora ni de aqui adelante, ni aposentades en sus casas nin les tomedes trigo, cevada, gallinas, ropa, lenna, paja, nin otra cosa alguna nin les fagades ende otro desaguizado ni violençia que sea e rredunde en quebrantamiento de su ymmunitat e libertad eclegiastica nin de los dichos sus privilegios, libertades, franquezas e merçedes¹³³.

Así pues, después de cuatro siglos en los que los reyes castellano-leoneses dieron buenas y constantes muestras de su interés por favorecer al cabildo de la sede primada y a sus influyentes componentes, éstos tenían más motivos para el desasosiego que para el disfrute de sus privilegios.

Si los documentos regios ponen ya de manifiesto la continua vulneración de las prerrogativas eclesiásticas, los derivados de la tardía, pero intensa, actividad pastoral de don Alfonso Carrillo no dejan lugar para la duda. En las tres reuniones citadas que se convocan bajo su auspicio debe volver a recordar a las autoridades generales del reino, en especial a las toledanas, sus obligaciones respecto al grupo clerical. Además, el prelado, se queja de los grandes inconvenientes que todas estas circunstancias creaban, llegando a provocar

que non se digan los oficios divinos ni se administren los Sacramentos,

¹³³ A.C.T. O.8.E.5.10.

de que se siguen muchos daños y escandalo y cohechos y otros males en que Dios es deservido y ofendido¹³⁴.

Del mismo modo, la constitución 4 del sínodo celebrado en Alcalá en 1481 es especialmente significativa al relatar el difícil panorama que se vivía en la diócesis. Alude a grandes nobles, importantes autoridades del reino, oficiales, ciudades, concejos y villas, que, sin tener ninguna autoridad sobre los eclesiásticos, sus personas y sus bienes les expulsan de dichas ciudades, les confiscan sus propiedades y les deniegan su libre entrada en ellas para residir en sus iglesias y beneficios¹³⁵. La situación que relatan es realmente confusa y el castigo para aquellas ciudades y villas que actuaran de forma tan inconveniente no era otro que el entredicho en tanto no rectificaran sus acciones.

La realidad, por tanto, ofrecía al cabildo toledano múltiples razones de queja, que se exponían en el marco de sus reuniones capitulares y de las que ha quedado constancia en las Actas Capitulares. En ellas se incluyen bastantes referencias a las injurias e insultos que reciben algunos canónigos, a los robos y extorsiones que se hacían en sus casas, y a lo perjudicial que todo ello era para la Iglesia. Ya señalamos algunas de esas ofensas cuando aludimos al negativo efecto que los conflictos ciudadanos del siglo XV tuvieron para las personas y propiedades de los capitulares, pero ahora incorporaremos algunos otros ejemplos.

Ante todo hay que decir que los agravios contra el cabildo y sus componentes podían venir de muchos frentes. Hemos mencionado algunos realizados por reyes y poderosos, por sus agentes, por las autoridades

¹³⁴ Así lo recoge la constitución 18 del sínodo de 1480, J. Sánchez Herrero, *Ob. cit.*, pág. 325.

¹³⁵ El texto sinodal menciona expresamente como infractores a "muchos Duques, Marqueses, Condes, Varones e Nobles e otras potestades, Justicias, Capitanes, Corregidores, Asistentes, Alcaldes, Guardas, Merinos, Oficiales, deputados de las Hermandades, Alguasiles e otros esecutores, legos, asi de la muy noble Cibdad de Toledo como de las otras cibdades e villas e logares do tienen Señorío, juresdicion temporal o mando". *Ibidem*, pág. 332.

municipales, pero la casuística era muy amplia. Las actas recogen algunas alusiones a las injurias proferidas por vecinos de Toledo dentro del templo, acusando a los capitulares de "robadores"¹³⁶; otras veces son sus bienes los afectados con robos, como el que se perpetró de noche en la casa del nuncio Ortiz, privándole de "ciertas mulas e asemylas e colchones e colchas e pannos françeses e otras cosas"¹³⁷, o en la de Juan Roberto, al que su ama y un antiguo criado del arzobispo se llevaron "mucha contia de maravedis, oro e plata"¹³⁸.

Especialmente dura fue la situación vivida por el canónigo Juan López de Medina, arcediano de Almazán que en septiembre de 1469 -época de grandes alteraciones en la ciudad- recibió por parte dos de los más importantes hombres de la misma, el mariscal Fernando de Ribadeneira y su hijo Pedro "algunas palabras feas e injuriosas", en las que dentro de la propia catedral era acusado de estar excomulgado y desposeído de sus beneficios, sin derecho, por tanto, a estar en el templo. El prebendado se siente injuriado por la falsedad de sus palabras y por la gran muchedumbre de personas que pudo oírlas, entre ellas otros canónigos y caballeros, así como por el sagrado lugar en que se encontraban y por la falta de respeto a la calidad de su persona y al hábito eclesiástico que vestía. La situación se agravó porque los poderosos agresores se dirigían hacia la catedral con gente armada, lo cual obligó al cabildo a solicitar al canónigo que saliera de la ciudad para salvar su persona, permaneciendo eso sí, dentro del arzobispado de Toledo¹³⁹. Este es sólo un ejemplo, pero significativo de los continuos roces con los representantes de los poderes municipal y regio,

¹³⁶ A.C.T. Actas Cap. I, f. 4r. (1472, octubre, 20).

¹³⁷ A.C.T. Actas Cap. I, f. 112r (1480, mayo, 13). Su escudero reconoció entre sus agresores a un alguacil de la corte.

¹³⁸ A.C.T. Actas Cap. I, f. 117v. (1482, julio, 11).

¹³⁹ A.C.T. Actas Cap. I, f. 23r-25v. (1469, septiembre, 6 al 8). De todas formas López de Medina tuvo aún que demorar su salida de Toledo unos días, porque no era seguro, permaneciendo oculto en el recinto catedralicio.

pues hasta en 1491, momento en que la estabilidad en Toledo era mayor, los canónigos protestan de ciertos perjuicios que les ha causado el corregidor Pedro de Castilla y deciden presentar el correspondiente requerimiento sobre su actuación¹⁴⁰.

Otras veces los agravios contra los capitulares vienen desde dentro, de sus propios compañeros o de miembros del clero inferior, que sacaban a la luz las rencillas, envidias y resentimientos que pudieran existir entre ellos. Estas circunstancias eran especialmente graves porque alteraban la convivencia y la "caridad fraterna" que debía reinar entre todos. En otro lugar vimos cómo es frecuente en las actas la mención a las "verba contumeliosa vel injuriosa" proferidas por los capitulares, muchas veces, durante los oficios litúrgicos, lo cual obligaba al cabildo a penarles con la suspensión de asistencia al coro y la correspondiente privación de las distribuciones. La duración de la suspensión variaba: en algunos casos podía ser de hasta un año¹⁴¹, otras veces de sólo unos meses e incluso se levantaba, total o parcialmente, si era necesaria la presencia de los beneficiados en los oficios¹⁴².

Pero, a veces, los encuentros no eran de palabra y pasaban a los hechos. El caso más grave del que hemos encontrado noticias es el de Juan Quejada, clerizón que atacó al canónigo Juan Roberto cuando éste se dirigía a misa de prima "con una espada e le diera dos espaldarazos con la espada por manera que le corto la sobrepelis". El castigo es, como no podía ser de otra manera, muy riguroso: le desposeen del oficio de lector que ocupaba

¹⁴⁰ A.C.T. Actas Cap. II, f. 27r. (1491, diciembre, 6).

¹⁴¹ Esa es la pena que le imponen a Luis de Torres, arcediano de Medina, tras muchos debates entre los capitulares como castigo a las palabras que había pronunciado contra ellos y de las que habían sido informados. A.C.T. Actas Cap. I, f. 69v. (1474, septiembre, 6).

¹⁴² Además de los ejemplos que señalamos al tratar las irregularidades cometidas por los canónigos en el servicio litúrgico, traemos aquí el caso del socapiscol Jorge de Brihuela, que es relevado de su pena por la injuria general que cometió, siempre que acuda al cabildo y demande perdón públicamente, "los hinojos puestos en tierra". A.C.T. Actas Cap. I, f. 32r. (1470, julio, 9).

y le prohíben entrar por el resto de su vida en la iglesia ni tener en ella oficio ni beneficio alguno¹⁴³

La catedral toledana como "principal e cabeza" que era, vivía la gravedad de todas estas situaciones de una manera muy intensa, considerándose en la obligación de tomar iniciativas al respecto. En esa línea habría que interpretar la constitución que el 11 de abril de 1475, dos años después del Concilio de Aranda, decidió otorgarse el propio cabildo, cansado de ver como diversas personas seculares atentaban constantemente contra sus dignidades y canónigos, tanto en sus personas como en sus bienes y derechos. La corporación se muestra severa a la hora de reprimir estos desmanes y repite las multas impuestas anteriormente por las instancias episcopales, aunque en modo alguno conseguiría con ello una solución efectiva y duradera para el problema¹⁴⁴. Además, la corporación solía diputar a algunos de sus miembros más destacados para que elevaran quejas y trataran ante las instancias oportunas, ya fueran los jueces apostólicos o los propios monarcas, los asuntos concernientes al "honor y defension de la eglesia y su poderio y libertad"¹⁴⁵. También les facultaba para celebrar consultas y reuniones con otras iglesias perjudicadas por idénticos motivos, a fin de constituir un frente común y defenderse de las intromisiones de los laicos¹⁴⁶.

Un último recuso era recurrir a la Santa Sede en demanda de amparo, que, en este sentido, respondió en 1465 y 1475 otorgando sendas bulas de Paulo II¹⁴⁷ y Sixto IV¹⁴⁸ en las que el tema central es la libertad

¹⁴³ A.C.T. Actas Cap. I, f. 71r. (1475, octubre, 5).

¹⁴⁴ B.C.T. MS 23-17, f. 44v-45r / B.N. Mss. 6260, f. 38r-39r.

¹⁴⁵ A.C.T. Actas Cap. I, f. 43v.

¹⁴⁶ Así lo acordaron en el acto celebrado el 11 de enero de 1482, contemporáneo a los sínodos mencionados, y, por tanto, claramente inmerso en la conflictiva situación de estos años: A.C.T. Actas Cap. I, f. 117r.

¹⁴⁷ La bula se publica en la catedral de Toledo el 20 de septiembre de 1467: A.C.T. Actas Cap. I. f. 9r-v.

eclesiástica, y en las que se reitera la línea de defensa de los derechos eclesiásticos que los pontífices venían haciendo desde los siglos precedentes. El interés con el que tales documentos se recibían en la catedral era evidente, poniendo el cabildo todo en interés en que, cuanto antes, su contenido fuera del dominio general. Así, una vez que las bulas llegaban al templo, el paso siguiente era hacerlas públicas, aprovechando para ello los momentos en que se congregaban en el templo un mayor número de fieles, generalmente una misa mayor en un día festivo. Era entonces cuando, después de predicado el sermón, el cabildo hacía leer el contenido de la bula o un resumen de la misma traducido al romance; posteriormente, hacía clavar el documento en la Puerta del Perdón -sita en la fachada principal del edificio- para que todos pudieran leerlo y verlo de cerca. De esta forma, se aseguraba que todos conocieran su contenido y evitaba que pudiera alegarse la ignorancia como eximente de un posible agravio.

Así pues, aunque la base jurídica que sustentaba los derechos y privilegios del cabildo toledano era amplia y se había afirmado a lo largo de varios siglos, la realidad cotidiana que vivía la institución era bastante confusa. Su preciada "libertad eclesiástica", afirmada a través de tantos documentos, seguía amenazada a fines de la Edad Media, obligándole a dedicar buena parte de sus recursos materiales y humanos a sostener pleitos y a defenderse de los más variados agravios. Ello justifica que nos refiramos al cabildo toledano calificándolo de élite extraordinariamente celosa de sus privilegios.

¹⁴⁸ Se hace pública el 22 de diciembre de 1475 y el 1 de enero de 1476 se traduce al romance: A.C.T. Actas Cap. I, f. 84r.

6.2.- ALGUNAS INDIVIDUALIDADES

No sería justo finalizar este estudio sin acercarnos a conocer las trayectorias vitales de los verdaderos protagonistas de la vida catedralicia, aquellos que con nombres y apellidos están presentes en la documentación de la segunda mitad el siglo XV. Sus figuras están en muchos casos oscurecidas, de un lado, por el peso de los poderosos arzobispos con quienes les tocó convivir y, de otro, por la inmensa presencia del propio edificio catedralicio que impide muchas veces ver los detalles que se desarrollan en su interior. Nosotros mismos hemos hablado en multitud de ocasiones del "cabildo", los "capitulares" o los "canónigos", pero no tanto de las personas que se escondían tras esas genéricas expresiones. Es de justicia, por tanto, que nos detengamos en sus biografías en las que encontraremos perfiles distintos que van del hombre virtuoso al político, pasando por el mecenas artístico o el gran intelectual.

No obstante, las limitaciones documentales no permiten tratar todos los casos con la amplitud deseada. Frente a las vidas de alguno de estos personajes que, por su particular relevancia en la historia política, cultural y eclesiástica de Toledo o de todo el reino, nos son bien conocidas y cuentan con detalladas semblanzas, para la mayoría de los prebendados las noticias recopiladas son mínimas. Por ello en las próximas páginas combinaremos la referencia a aquellos de quienes hemos conseguido reunir la información suficiente para realizar un bosquejo coherente de sus trayectorias, con la de quienes apenas ofrecen el dato de su toma de posesión. En todo caso, ningún nombre permanecerá en el anonimato, pues, amén de estos apuntes, el trabajo incluye un Apéndice con el listado completo de todos los que ostentaron una canonjía en Toledo durante la segunda mitad del siglo XV, al que sumamos la relación de los canónigos extravagantes, racioneros y capellanes.

Este acercamiento prosopográfico ha sido posible gracias a las referencias documentales encontradas en el Archivo Capítular, preferentemente en las Actas, así como a las noticias recopiladas en distintas monografías y trabajos especializados. Algunas analizan diversos aspectos del Toledo a caballo entre el periodo medieval y moderno¹⁴⁹ y otras, al tratar las circunstancias generales que afectaron a la Iglesia hispana a lo largo del siglo XV, no pueden obviar las alusiones a la influyente sede toledana¹⁵⁰. De todo ello nos serviremos para redactar las siguientes notas¹⁵¹.

6.2.1.- El maestrescuela Francisco Álvarez Zapata

Francisco Álvarez Zapata, también llamado Álvarez de Toledo, fue natural de Toledo y de ascendencia conversa, hijo de Juan Álvarez de Toledo, regidor de la villa, y Catalina Zapata. Sus años de juventud no son bien conocidos, aunque sabemos que cursó estudios de derecho y se doctoró "in utroque iure". Su carrera eclesiástica, como la de tantos hombres de Iglesia del momento, comenzará en Roma, primero al lado del cardenal español Alejandro Borja, y después cerca del papa Sixto IV. En 1479 alcanzó la maestrescolía de Toledo, sin duda, favorecido por su valía y

¹⁴⁹ R. González Ruiz, "Otros personajes insignes", en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, págs. 39-47; A. Fernández Collado, *La Catedral de Toledo en el siglo XVI*, Toledo, 1999; J. Meseguer Fernández, "Relaciones del cardenal Cisneros con su cabildo catedral", en *V Simposio del Toledo renacentista I-1ª parte*, págs. 25-147; S. Ramón Parro, *Toledo en la mano*, 2 vols., Toledo, 1978 (1ª ed. 1857).

¹⁵⁰ T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960, e *Isabel la Católica*, Madrid, 1964; J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971; J.M. Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1993; V. Beltrán de Heredia, *Cartulario de la Universidad de Salamanca*, Madrid, 1966; J. Fernández Alonso, "Nuncios, colectores y legados pontificios en España de 1474 a 1492", en *Hispania Sacra*, 10 (1957), págs. 33-90.

¹⁵¹ Salvo para cuestiones muy puntuales, no incluiremos citas a pie de página.

adecuada formación. Este factor sería también clave para comprender las buenas relaciones que mantuvo tanto con el cardenal Mendoza como con Cisneros. Fue hombre de la entera confianza de ambos y de ahí que los dos lo eligieran para, en 1483 y 1495 respectivamente, tomar posesión en su nombre del arzobispado toledano.

Su nombre permanecerá siempre ligado a la historia cultural de Toledo, ya que a él se debe la fundación en 1485 del Colegio de Santa Catalina, germen de la Universidad que la ciudad vería florecer a partir del siglo XVI. Ese es su gran legado y, sin duda, basta para hacer de él uno de los miembros más importantes del cabildo, aunque su dinero sirvió también para ayudar a restaurar algunos templos de la ciudad, entre ellos, el monasterio de San Bernardo. Murió en 1523 en Valladolid, donde estaba preso por los conflictos de las Comunidades. Un año después su cuerpo fue trasladado a Toledo donde fue sepultado en el Colegio de Santa Catalina

6.2.2.- Pedro de Ayala

Nació en Toledo, pertenecía al linaje familiar de los condes de Fuensalida, ya que era hijo de Pedro López de Ayala, comendador de Mora y caballero de la Orden de Santiago. Amén de su canonjía en Toledo que ostentaba desde 1475 -previamente había sido racionero- era titular de un arcedianato en la catedral inglesa de Lincoln como resultado de la embajada que ante el rey de Inglaterra Enrique VII había desarrollado por orden de los Reyes Católicos. En 1507 fue elegido obispo de Canarias, aunque falleció en 1513 sin haber visitado nunca su diócesis. Fue enterrado en el monasterio de San Juan de los Reyes, en un bello sepulcro renacentista, hoy en el Museo de Santa Cruz de Toledo.

6.2.3.- Tello de Buendía

Este doctor en decretos fue colegial de San Bartolomé de Salamanca y tenido por "varon verdaderamente santo y de una caridad con los pobres rayana en la disipacion"¹⁵². Comenzó como racionero, hasta que en 1468 obtuvo su canonjía, a la que sumaría también el arcedianato de Toledo. Su concurso fue fundamental para provocar el acercamiento entre los Reyes Católicos y el arzobispo Carrillo, ya que siempre aconsejó a éste que depusiera su actitud de rebeldía y aceptara las condiciones impuestas por los monarcas¹⁵³. Todo ello, amén de su talante caritativo, habla de la relevancia y prestigio que había alcanzado en el cabildo primado, hasta el punto de que se postuló como un posible sucesor del cardenal Mendoza, aunque nada pudo frente al nombramiento de Cisneros. Como compensación, los reyes le otorgaron el obispado de Córdoba que ocupó entre 1483-1484. Está enterrado en la catedral de Toledo, en un sepulcro esculpido en el exterior de la capilla Mozárabe.

6.2.4.- Francisco Fernández de Toledo

Natural de Toledo y de ascendencia conversa. Cursó estudios en París, donde alcanzó el título de maestro en Teología. Su gran preparación le llevó a ocupar el deanazgo de Toledo en el que permaneció hasta 1475 y a realizar algunas tareas de asesoría y mediación en los duros conflictos que vivió Toledo a mediados del siglo XV. Así, asesoró al cardenal fray Juan de Torquemada en las negociaciones ante Nicolás V sobre la rebelión de Pero Sarmiento (1449) y en 1465, cuando toda la ciudad de Toledo se

¹⁵² Así alude a él J. de Azcona, *La elección y reforma...*, pág. 225.

¹⁵³ G. Mirecki Quintero, "Apuntes genealógicos y biográficos de don Alfonso Carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 74-76.

levantó al lado del infante don Alfonso, el fue el único que permaneció al lado de Enrique IV. Defendió sus derechos en la corte romana y, una vez allí, su valía y los servicios prestados le fueron recompensados con el obispado de Coria en 1475. Un año después, cuando parece que estaba a punto de alcanzar el cardenalato, falleció a la edad de 55 años.

6.2.5.- Pedro Jiménez de Préjamo

Hombre de gran preparación cultural y sólida formación teológica, fue colegial de San Bartolomé de Salamanca y discípulo de Alonso de Madrigal. Como maestro en Teología fue catedrático de vísperas en Salamanca y canónigo magistral de Toledo desde 1476¹⁵⁴, que, además, luchó en sus escritos contra los planteamientos heréticos de Pedro de Osma. Miembro del Consejo Real y comisario general de la Cruzada, fue propuesto por los monarcas para ocupar los obispados de Badajoz(1486-89) y Coria (1489-95). Falleció en 1495.

6.2.6.- Juan López de León

En contra de la mayoría de los canónigos aquí citados, este personaje no destaca por su gran formación intelectual, su mecenazgo artístico o su implicación en tramas políticas, sino por ser, en palabras de Blas Ortiz, varón de "charidad ardiente"¹⁵⁵. Vivió más de cien años, circunstancia singular en la época que le llevó a coincidir, hasta su muerte acaecida en 1529, amén de con los avatares de muchos reinados, con los pontificados de

¹⁵⁴ T. de Azcona, *La elección...*, pág. 129, apunta que en 1484 ascendió al deanazgo de Toledo del que desposeyó a Rafael Riario, sobrino de Sixto IV; sin embargo, en la documentación catedralicia no nos ha quedado constancia alguna de tales circunstancias y nombramientos.

¹⁵⁵ *La Catedral de Toledo 1549. Según el Dr. Blas Ortiz*, Toledo, 1999, pág. 234.

Carrillo, Mendoza, Cisneros, Croy y Fonseca. Su experiencia hace de él un "hombre sabio y desengañado de los oropeles mundanos", de ahí que vuelque su actividad sobre los sectores marginales que pululaban por las calles de Toledo, convencido de que los bienes de los clérigos debían ser para los pobres. Esa actitud le llevó a dejar buena parte de sus posesiones para dotar a 30 doncellas huérfanas, vestir a 150 pobres y reconstruir la capilla de San Martín de la catedral, donde sería enterrado.

6.2.7.- Juan López de Medina

Clérigo de Sigüenza y licenciado en leyes, debe toda su carrera eclesiástica a la estrecha relación mantenida con Pedro González de Mendoza, que lo elevó primero a la maestrescolía de Calahorra en 1454 y, más tarde tras su paso en 1468 a la sede de Sigüenza, lo nombró provisor, vicario general y gobernador de dicho obispado, cargos que compatibilizó con el arcedianato de Almazán¹⁵⁶. El nombramiento del ya cardenal Mendoza para ocupar el arzobispado de Toledo, donde desde 1466 Medina ostentaba una canonjía, proporcionó al prelado una nueva ocasión para mostrarle su confianza al enviarlo junto a Francisco Álvarez Zapata para tomar posesión de la sede en su nombre en 1483. Culminó su carrera eclesial como obispo de Badajoz, honor para el que fue elegido por los Reyes Católicos, buenos conocedores de su valía.

No obstante, su principal logro no lo realiza en Toledo, sino en Sigüenza, donde llevó a cabo la más importante obra cultural desarrollada en la ciudad, la fundación del Colegio de San Antonio de Portaceli, futura Universidad, que se incluye en todo el amplio programa reformista que se creó en el entorno del cardenal y en el que también se insertaría la

¹⁵⁶ F.J. Villalba Ruiz de Toledo, *El Cardenal Mendoza (1428-1495)*, Madrid, 1988, págs. 44 y 70.

fundación toledana de Santa Catalina.

6.2.8.- Juan de Morales

Natural de Toledo, comenzó su carrera como racionero hasta que en 1473 recibió su canonjía, a la que se sumaría tres años después el arcedianato de Guadalajara(1476), beneficios que compatibilizó con el deanazgo de la catedral de Sevilla. Fue un destacado hombre de su tiempo, con más interés por la política que por la Iglesia, muy bien relacionado tanto con el cardenal Rodrigo de Borja como con Enrique IV, de cuyo Consejo formó parte. Las actas capitulares lo mencionan en varias ocasiones interviniendo en los acontecimientos y turbulencias que se produjeron en Toledo con motivo de la guerra de sucesión. Tuvo que defender sus derechos a ocupar la canonjía toledana frente a Alonso Ortiz, quien le puso un pleito en Roma que, finalmente ganó en 1478. Ello obligó al cabildo a desposeer a Morales de su prebenda, lo que le impidió participar con voz y voto en el cabildo, aunque siguió disfrutando de los beneficios de su arcedianato de Guadalajara. No obstante, lejos de rendirse, en 1480 consiguió una nueva canonjía que mantuvo hasta su muerte en 1490. Está enterrado en el monasterio toledano de Santa Clara, en el que había realizado diversas dotaciones de memorias.

Otro capítulo de su vida bien conocido es su relación con doña Constanza Fernández de Quirós, dama toledana, con la que probablemente tuvo varios hijos, y bien conocida por las gracias espirituales de que hizo acopio y que le llevaron a adquirir 17 bulas de indulgencia. Estos documentos encontrados casualmente en el Archivo Capitular son de gran interés documental, especialmente 11 de ellas, porque componen una valiosísima colección de incunables impresos en Toledo durante la década

de los años 80 del siglo XV¹⁵⁷.

6.2.9.- Alonso Ortiz

Natural de Toledo y de origen converso, forma parte de un grupo familiar, los hermanos Ortiz, muy vinculado a la catedral ya que todos ellos fueron canónigos en la misma. Hermano de padre del nuncio Francisco y bastante más joven que él, sus relaciones no fueron muy cordiales dada la diferente personalidad de ambos. También era hermano de Nicolás Ortiz. Se doctoró "in utroque iure" por la Universidad de Salamanca y hubo de luchar tenazmente desde su puesto de racionero y litigar en Roma para optar a una canongía en Toledo por la que disputaba con el citado Juan de Morales y que finalmente obtuvo en 1478.

Hombre de esmerada cultura, se consagró al estudio como gran humanista que era y está considerado como el mayor intelectual de fines del siglo XV entre el clero toledano. Münzer, que lo conoció durante su estancia en Toledo y que le acompañó en su visita a la sacristía y tesoro de la catedral, dice que era "canonigo de la catedral, jurisconsulto y consumado poeta, cuyo gran saber se reflejaba bien en sus palabras"¹⁵⁸. Gran estudioso de la liturgia, compuso y corrigió numerosos códices y de ahí que Cisneros se apoyara en él para imprimir el Misal y Breviario Mozárabe que tanta trascendencia han tenido para el mantenimiento del este rito en Toledo. Reunió una biblioteca de casi mil volúmenes que donó a la Universidad de Salamanca y que fue la mejor de su tiempo en Toledo, por encima de la propia biblioteca catedralicia. Murió en 1507 y fue enterrado en la capilla

¹⁵⁷ Numerosas alusiones a su biografía en R. González Ruiz, "Las bulas de la catedral de Toledo y la imprenta incunable castellana", en *Toletum* 18 (1986), págs. 57-73.

¹⁵⁸ *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1997, pág. 52.

de Santa Marina de la catedral que él mismo había fundado.

6.2.10.- El nuncio Francisco Ortiz

Hasta ahora hemos recogido trayectorias vitales diversas entre los canónigos toledanos -hombres piadosos, cultos, inmersos en la política de su tiempo, mecenas artísticos-, pero, sin duda, ninguno de ellos se acerca al perfil de Francisco Ortiz, el "nuncio". Su vida parece más la de un aventurero en busca de fortuna que la de un hombre de Iglesia y en ella no falta ningún elemento para dotarla de acción: heridas de sangre, encarcelamientos, persecuciones, huidas, y hasta serios enfrentamientos con los Reyes Católicos y con el cardenal Cisneros. La autobiografía en la que relata sus experiencias es, pese a sus exageraciones, un documento único que deja bien claro que estamos ante uno de los personajes más originales de su tiempo¹⁵⁹.

Nace en torno a 1435 en el ambiente de una familia conversa de Toledo. Ya en su juventud manifestó un ánimo belicoso que le llevó a abandonar su casa y correr algunas aventuras. En su vida fue decisivo el encuentro con el niño Vasco Ramírez de Ribera, hijo del mariscal Payo de Ribera. Ortiz fue su preceptor en Toledo y después lo acompañó a Salamanca donde ambos estudiaron decretos. Para defender los intereses de su pupilo de cara a su admisión como prebendado en la catedral primada se desplazó a Roma y allí, una vez más, cambió su suerte, ya que se convirtió en hombre de confianza del cardenal español Juan de Carvajal. Ello le hizo seguir velando por los intereses de Ribera y los suyos propios, ya que en 1472 él mismo recibió una canonjía en Toledo, a la que añadiría en 1476 la capiscolía.

¹⁵⁹ F. de B. San Román, "Autobiografía de Francisco Ortiz y Constituciones del Hospital del Nuncio de Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XIII (1931), págs. 71-102.

Su predicamento en la corte romana siguió creciendo y de ahí el nombramiento en 1474 como nuncio-colector de Sixto IV y protonotario apostólico, con un salvoconducto que ponía su persona y sus bienes bajo la exclusiva protección del papa. Se convierte así en el hombre de máxima confianza papal en Castilla, circunstancia que puso, sin duda, mucho poder en sus manos, pero que también le creó enemistades.

Su celo en servir ante todo los intereses de la curia le enfrentó en diversos momentos con los Reyes Católicos, sobre todo por el tema de las provisiones episcopales, ya que los candidatos papales por él defendidos no solían coincidir con los de los monarcas. Éstos tuvieron que actuar con contundencia, especialmente en dos ocasiones: cuando lo prenden en 1480 para evitar que tomara posesión del obispado de Cuenca en nombre de Rafael Sansoni Riario, sobrino de Sixto IV; y en 1482 por su ardiente defensa de los intereses del papa en su reclamación de parte de los fondos que, a través de las indulgencias de cruzada, habían recaudado los monarcas para la guerra de Granada. No fueron mejores sus relaciones con el cardenal Cisneros. Ortiz es el principal cabecilla de la dura reacción del cabildo ante la visita que el prelado planeaba realizar a la corporación en 1503. Pese a su ancianidad -falleció en 1508-, el personaje no había perdido ni un ápice de su audacia y espíritu rebelde, y aún le vemos escapando por la noche del palacio arzobispal para evitar su encarcelamiento.

Pero lo que más fama popular le ha dado en Toledo es la fundación de un hospital para enfermos mentales, el Hospital de la Visitación o de los Inocentes, conocido popularmente como "el nuncio", fundación en la que según el mismo relata quiso poner en práctica experiencias que había tenido en otras ciudades y, sobre todo, dar un giro a una vida en la que los intereses terrenales y la codicia habían primado por encima de todo.

6.2.11.- Vasco Ramírez de Ribera

Hijo del mariscal don Payo de Ribera, señor de Malpica y San Martín, hombre de guerra con importante colaboración en los reinados de Juan II y Enrique IV. Nació en Toledo y tuvo como maestro de Gramática a Francisco Ortiz, con quien también estudio decretos en Salamanca. Pío II le otorgó el arcedianato de Talavera del que tomó posesión en 1468 y dos años después de una canonjía en Toledo. Fue miembro del Consejo de los Reyes y primer Inquisidor de Toledo, celebrando en 1486 el primer auto de fe. En 1486 heredó el mayorazgo de la casa de su padre y fue elegido obispo de Coria. Murió en Ocaña el 4 de diciembre de 1488 y está sepultado en el convento de Santo Domingo el Real de Toledo¹⁶⁰.

6.2.12.- Otros nombres

Cristóbal Alfonso de Valladolid: Canónigo, fallecido en 1473, fue capellán mayor de la capilla de San Blas.

Pedro Alfonso de Valladolid: Canónigo y abad de San Vicente de la Sierra desde 1481.

Pedro Altamirano: Clérigo de la diócesis de Palencia, protonotario apostólico, canónigo de Plasencia, capellán del rey y reina, obtuvo una prebenda en Toledo en 1479 por suplicación regia.

Nuño Álvarez de Cepeda: Doctor en decretos, canónigo desde 1472.

Juan Álvarez Zapata: Canónigo desde 1490, pertenece a esta sólida familia conversa toledana; en 1530 ascendió a la maestrescolía como su antecesor.

¹⁶⁰ La mejor información sobre el personaje se recoge en la citada autobiografía del nuncio Ortiz.

Rodrigo de Ávila: Abad de Valladolid, ostentó la dignidad de arcediano de Guadalajara entre 1469 y 1471, en que es promovido para la iglesia de Plasencia. Desde esa fecha hasta 1474 le sustituye **Juan de Ayllón**, titular de los mismos beneficios.

García de Ayala: Canónigo y tesorero, falleció en 1473.

Juan Bautista: Cardenal de Santa María in Portium, desde 1470 obtuvo, gracias a la intervención de Sixto IV una canonjía y el arcedianato de Madrid en la catedral toledana.

Francisco de Bobadilla: Clérigo de la diócesis, tras comenzar como extravagante, obtuvo canonjía mansionaria y arcedianato de Toledo en 1494; los beneficios de la dignidad los repartía con su tío, Juan Pérez de Cabrera. Llegó a ser obispo de Ciudad Rodrigo en 1509.

Pedro de Buenamemoria: Cardenal de San Sixto, en 1473 obtiene la capiscolía de Toledo, que mantiene hasta su muerte en 1474.

Alonso Carrillo de Albornoz: Clérigo beneficiado de San Miguel de Alcaraz, hijo del noble caballero Gómez Carrillo de Albornoz y sobrino del arzobispo de igual nombre. La influencia de su poderoso pariente le procuró, amén de una canonjía en 1468, cuatro dignidades que ocupó sucesivamente desde 1469, los arcedianatos de Madrid, Calatrava y Alcaraz y la capellanía mayor.

Benito de Carrión: Clérigo de la diócesis de Palencia, canónigo desde 1479.

Juan de Castañeda: Clérigo de Toledo, canónigo desde 1475.

Juan de Castilla: Miembro del consejo de los reyes y del de la Inquisición y deán de Sevilla. Su preparación, amén de su estrecha relación con los monarcas le llevaron a alcanzar la canonjía doctoral de Toledo en 1492. Dos años después fue propuesto por los mismos reyes para el obispado de Astorga.

Alonso del Castillo: Canónigo entre 1480 y 1490, fecha en la que

fallece.

Fernando del Castillo: Hermano del anterior, obispo titular de Vanorea y habitualmente residente en Roma, estudió Derecho Canónico en Bolonia y recibió en 1490 canonjía en Toledo. Falleció en 1521 y está enterrado en la capilla de San Eugenio.

Juan de la Cerda, alias Quintanapalla: Licenciado en decretos y arcediano de Cuéllar, la primera mención como canónigo es de 1491.

Gudiel de Cervatos: Clérigo de Toledo, comenzó como racionero y obtuvo canonjía en 1480.

Francisco de Contreras: Notario y secretario del cabildo, fue titular de una ración hasta 1477 año en que obtuvo una canonjía que mantuvo hasta su muerte en 1490.

Juan de Contreras: Hermano del anterior, cura de Cuenca y, ya en la catedral, extravagante(1475-1476), racionero(1476-1477) y prebendado desde 1477.

Fernando de Córdoba: Arcediano de Moya y canónigo de Toledo desde 1470; maestro en Teología, regentó durante veinte años una cátedra en el prestigioso Estudio General de Roma.

Tomás de Cuenca: Doctor en decretos, canónigo de Cuenca y de Toledo desde 1475.

Diego Delgadillo: Documentado desde 1466, fue uno de los canónigos más mencionados en las Actas por su presencia en reuniones y en actividades capitulares hasta su muerte en 1481.

Luis Deza de Silva: Hijo de don Juan Rodríguez Deza, guarda mayor del rey Enrique IV y de doña María de Silva. Canónigo desde 1473, fundó en la catedral las capillas de los Tres Reyes Magos o la Epifanía y de la Pasión. Falleció el 4 de junio de 1504 siendo enterrado en la citada capilla de la Epifanía en una bella hornacina gótica.

Pedro Díaz de Madrid: Muy documentado en las Actas por su

habitual presencia en los asuntos catedralicios. Fue racionero hasta que en 1468 recibió una canonjía que mantuvo hasta su muerte en 1490.

Marcos Díaz de Mondéjar: Obtuvo su canonjía en 1468; estuvo un tiempo en Roma al servicio del cardenal de Zamora, don Juan de Mella, pero ello no le impidió involucrarse en la vida del cabildo, siendo uno de sus miembros más activos.

Pedro Díaz de la Costana: Consejero de los Reyes Católicos, primer inquisidor de Toledo junto a Ramírez de Ribera y canónigo hasta su fallecimiento en 1487. Está enterrado en la capilla de San Eugenio de la catedral.

Juan Roberto de Espinosa: Canónigo toledano, fallece en 1488 y es junto a Delgadillo, Móndejar y algún otro más uno de los más activos miembros del cabildo. No ostentó dignidad alguna, pero, sin duda, trabajó mucho en favor de la institución.

Juan de Estrada: Canónigo desde 1486.

Juan Fernández: Bachiller en decretos, abad de Medina y canónigo toledano hasta su muerte en 1474. Secundó la revuelta contra Enrique IV que encabezó el arzobispo Carrillo en 1468, siendo expulsado de la ciudad durante un tiempo.

García Fernández de Alcalá: Licenciado en decretos, fue racionero entre 1472 y 1474, año en el que fue elevado a canónigo. Muy aludido en las Actas.

Francisco Fernández de Cuenca: Canónigo desde 1479 y arcediano de Calatrava desde 1478; está enterrado en un sepulcro esculpido en el exterior de la capilla mozárabe, junto a Tello de Buendía.

Nicolás Fernández de Toledo: Natural de la ciudad, comenzó como racionero en 1468 y acabó siendo canónigo en 1470 y dignidad de vicario siete años después, tras la muerte de Fernando Pérez de Ayala.

Pedro Fernández de Toledo: Canónigo, fallece en 1476.

Pedro Fernández de Villalobos: Racionero y posteriormente canónigo entre 1486 y 1494.

Pedro Fernández de Yepes: Canónigo desde 1493.

Juan de Fuensalida: Tras un periodo como racionero (desde 1474), recibió canonjía en 1490.

Alonso García: Canónigo, fallece en 1479 y es uno de los más presentes en la información de las Actas por sus actividades catedralicias.

Alonso García de Olmos: Limosnero y capellán de la reina, abad de San Salvador y canónigo de Toledo desde 1479 por suplicación regia.

Juan García de Yepes: Bachiller en decretos y canónigo de Toledo desde 1474 a 1476 en que fallece.

Antonio Gómez: Maestrescuela de Sigüenza y canónigo de Toledo hasta 1471.

Fernando Gómez de Ávila: Bachiller en decretos, canónigo de Ávila y de Toledo desde 1470 a 1474.

Pedro Gómez de Ayllón: Canónigo desde 1468, tras un periodo como extravagante, deja de ser mencionado en 1489 y en 1492 aparece como fallecido. Fue capellán mayor de la capilla de San Blas.

Diego Gómez de la Cámara: Bachiller en decretos, canónigo entre 1467 y 1478 en que fallece.

Pedro Gómez de Mesa: Arcipreste de Madrid, bachiller en decretos, comenzó su carrera en Toledo como canónigo extravagante hasta alcanzar una prebenda en 1470. Fallece en 1490.

Fernando Gómez de Sigüenza: Arcediano de Sigüenza, obtuvo una canonjía en 1477 y la maestrescolía en 1479.

Tomás Gómez de Villanueva: Canónigo desde 1491; está enterrado en la capilla de San Martín.

Fernando Gómez de Villarreal: Prior de Aracena, canónigo entre 1466 y 1467. Hermano de Alvar Gómez, alcalde mayor de Toledo, señor



BIBLIOTECA

de Maqueda y uno de los más firmes dirigentes del partido converso durante la revuelta de 1467, hubo de refugiarse de las iras del pueblo en la propia catedral.

Diego de Guevara: Canónigo desde 1473.

Diego Gutiérrez de Villayzán: Chantre de Sigüenza, vicario general del arzobispado y canónigo hasta 1470, fecha en que fallece.

Tello de Guzmán: Abad de San Vicente de la Sierra entre 1468 y su muerte en 1470. Curiosamente, otro Tello de Guzmán, hijo de Juan de Guzmán, señor de Villaverde, regidor de Toledo, ocupó la misma dignidad en 1478.

Luis Hurtado de Mendoza: Es el único titular de la dignidad de abad de Santa Leocadia durante el periodo, concretamente, desde 1480.

Fernando de Illescas: Comenzó percibiendo una ración en 1471, para ascender a capiscol en 1482 y obtener finalmente una canonjía en 1490. Falleció en 1506 y está enterrado delante de la capilla de la Estrella, donde fundó dos capellanías.

Jerónimo de Lerma: Canónigo y arcediano de Alcaraz desde 1477.

Juan de León: Protonotario apostólico, canónigo y deán de Toledo desde 1493, albacea testamentario del cardenal Mendoza.

Juan López: Deán de Segovia, arcediano de Calahorra y, en la catedral toledana, arcediano de Guadalajara desde 1476.

Diego López de Enciso: Bachiller en decretos, canónigo de Sevilla y de Toledo desde 1466. En 1474 había fallecido.

Íñigo López de Mendoza: Tesorero de Sevilla, canónigo en Toledo entre 1490-1492.

Ruy López de Santiago: Ocupó su canonjía durante más de veinte años -está documentado a lo largo de todo el periodo- y es uno de los más activos y mencionados en las Actas.

Luis López de Sahagún: Canónigo, fallece en 1466.

Pedro López de Sevilla: Canónigo, fallece en 1468.

Juan de Lucena: Canónigo y capellán mayor hasta 1469.

Arias Maldonado: Canónigo desde 1480.

Alonso Manrique: Canónigo, mencionado desde 1489. En 1491 es enviado a Salamanca a estudiar Sagradas Letras.

Marcos Martínez: Titular de canonjía entre 1468 y 1473 en que fallece.

Andrés Martínez de Cabrejas: Cura de Alía, extravagante, racionero, y finalmente, canónigo de Toledo desde 1467 hasta su muerte en 1474. Conservamos su testamento.

Juan Martínez de Ortega: Racionero y posteriormente canónigo desde 1488.

Fernando de Mazuecos: Licenciado en decretos, clérigo de la diócesis de Palencia y vicario e inquisidor del arzobispado de Toledo, en 1494 obtuvo la canonjía doctoral de la catedral primada que dejó vacante Juan de Castilla.

Bartolomé de Medina: Canónigo desde 1491.

Bernardino de Mendoza: Hermano del duque del Infantado, protonotario apostólico; en 1488, merced a la intervención de su poderoso pariente el cardenal Mendoza, obtuvo su canonjía en Toledo, a la que se añadiría en 1490 el arcedianato de Guadalajara.

Francisco de Mendoza: Canónigo hasta 1490.

Gutierre de Mendoza: Clérigo de la diócesis de Toledo, canónigo entre 1470 y 1472.

Alfonso de Mora: Canónigo desde 1493.

Bernardo de Navamorcuende: Bachiller en decretos, clérigo de Ávila, racionero hasta 1490 y, finalmente, canónigo desde 1490.

Pedro Núñez de Ayala: Canónigo desde 1492.

Pedro Núñez de Guzmán: Canónigo, arcediano de Talavera, fallece

en 1467.

Luis Núñez de Toledo: Canónigo, arcediano de Madrid, fallece en 1469.

Olivero: Obispo albanense, cardenal de Nápoles y abad de San Vicente de la Sierra entre 1476-1478.

Nicolás Ortiz: Canónigo desde 1489, era hermano de los también canónigos Francisco y Alonso Ortiz, para quienes actuó como albacea.

Rodrigo de Osma: Deán de Badajoz y capiscol de Toledo desde 1481.

Rodrigo Pacheco: Racionero hasta 1493, fecha en la que recibe canonjía; estudió en Salamanca a cargo del cabildo.

Francisco de Palencia: Prior de Aroche y canónigo de Toledo, participó junto a Juan de Morales en 1472 en el encastillamiento de la torre catedralicia en defensa de los derechos de Enrique IV.

Hernando Palomeque: Canónigo desde 1490.

Pedro, obispo de Tarazona: Deán desde 1475, no vuelve a ser mencionado hasta 1489.

Fernando Pérez de Ayala: Hermano del poderoso alcalde mayor Pedro López de Ayala, conde de Fuensalida, ostento una canonjía y la dignidad de vicario hasta su muerte en 1477. Su testamento y las menciones de las Actas que hablan de él como un personaje importante y poderoso, que desde luego no debía dejar indiferente y que tuvo más de un enfrentamiento con sus propios compañeros de cabildo. Está enterrado por deseo suyo en el coro, delante del altar de Nuestra Señora.

Juan Pérez de Cabrera: Comenzó en 1474 como racionero y desde 1490 fue canónigo y arcediano de Toledo, cuyos beneficios compartió con su sobrino Francisco de Bobadilla.

Juan Pérez de Triviño: Bachiller en decretos, vicario general del arzobispado con Alfonso Carrillo y canónigo toledano hasta su muerte en

1478.

Alvar Pérez de Montemayor: Canónigo desde 1488. Como obrero que fue, estuvo en época de Cisneros encargado de las obras realizadas en la Capilla Mozárabe.

Gonzalo de Prado: Dignidad de arcediano de Alcaraz(1470) y canónigo(1475) hasta su muerte en 1477.

Rafael Riario: Rafael Sansoni Riario, cardenal de San Jorge ad Vellum Aureum, sobrino del papa Sixto IV que le procuró cuando tenía 20 años, en 1479, el obispado de Cuenca en abierta oposición a los deseos de los Reyes Católicos; previamente pasó por Toledo donde fue elegido capiscol en 1474, dignidad que ostentó hasta 1476. La influencia de su tío le procuró muchos otros beneficios y canonjías en diversas iglesias españolas, siendo uno de los máximos ejemplos del nepotismo con que actuaron algunos pontífices.

Rodrigo: Cardenal de San Sixto y legado apostólico, en 1473 recibió la dignidad de tesorero que mantuvo hasta 1476.

Pedro Rodríguez de Durazno: Canónigo de Toledo, tras una estancia por estudios en París, en 1455 fue encargado por el cabildo de supervisar el inventario de la biblioteca catedralicia.

Sancho Romero: Canónigo, fallece en 1466.

Gonzalo Ruiz de Barzana: Canónigo desde 1490.

Juan de Salcedo: Arcediano de Alcaraz, y capellán mayor de Reyes. Falleció en 1504 y fue enterrado en la capilla de la Concepción que había erigido.

Juan Sánchez de Brihuega: Racionero y canónigo de Toledo entre 1471 y 1494, en que fallece, está muy presente en las referencias de las Actas.

Fernando Sánchez Calderón: Doctor en decretos y canónigo desde 1478 hasta 1487 en que fallece.

Juan Sánchez de Castro: Doctor en decretos, canónigo desde 1490. En el siglo XVI fue titular de la canonjía inquisitorial fundada en la catedral.

Gonzalo Sánchez de Córdoba: Familiar y continuo comensal de Eugenio IV, canónigo y capiscol de Toledo, falleció en 1473.

Juan Sánchez de Yepes: Doctor en decretos, obtuvo una canonjía en 1494.

Ruy Sánchez Zapata: Canónigo desde 1474.

Francisco de Santillana: Chantre de Sevilla, residió habitualmente en la curia donde era familiar y notario apostólico de Sixto IV, amén de embajador real ante el Papa en 1480. En 1473 obtuvo una canonjía en Toledo y tres años después el obispado de Osma.

Juan de Sepúlveda: Protonotario apostólico, arcediano de Alcaraz, desde 1491.

Pedro Alonso Serrano: Arcediano de Molina, canónigo toledano, falleció en 1470.

Juan de Silva: Hijo de Arias Gómez de Silva, vecino de Toledo, obtiene canonjía en 1468.

Martín de Silva: Protonotario apostólico y deán de Cesena, recibió canonjía en 1473.

Fernando de Sotomayor: Canónigo hasta su muerte en 1477, es junto a los ya señalados, uno de los más activos dentro de la catedral, presente en muchos actos e iniciativas de la misma.

Rodrigo Tenorio: Criado y capellán del cardenal Mendoza, obtuvo canonjía en 1490. Falleció en 1525 y fue enterrado junto al altar de Santa Elena.

Gutierre de Toledo: Hijo del duque de Alba y canónigo desde 1473.

Luis de Torres: Licenciado en decretos, arcediano de Medina,

canónigo hasta su muerte en 1479.

Pedro de Torres: Canónigo, fallece en 1478.

Rodrigo de Vargas: Doctor en decretos, canónigo, fallece en 1480.

Pedro de Vargas: Canónigo entre 1482 y 1491.

Fernando Vázquez de Arce: Prior de Osma y canónigo de Toledo desde 1473. Mantuvo litigio con Tomás de Cuenca por su prebenda.

Juan de Vera: Bachiller en decretos por el estudio General Romano, fue canónigo desde 1467 a 1470.

Gonzalo de Villadiego: Doctorado en decretos en la Universidad de Salamanca, en 1476 obtuvo la primera canonjía doctoral que se dotó en la catedral de Toledo. En 1482 lo encontramos como auditor del Sacro Palacio y, en atención a su valía, acabó siendo promovido a la sede de Oviedo.

Diego de Villaminaya: Racionero y canónigo toledano, de 1469 hasta 1489 ostentó la capellanía mayor del templo. Su hermano **Cristóbal de Villaminaya** fue también canónigo desde 1475.

Martín de Yanguas: Tesorero de Coria y canónigo de Toledo entre 1469 y 1475.

Alonso Yáñez: Protonotario apostólico, capellán y estrecho colaborador de Pedro González de Mendoza para quien éste procuró una canonjía en Toledo en 1488.

Martín Zapata: Canónigo y tesorero desde 1473 y 1476, respectivamente, mantuvo en la curia excelentes relaciones con el cardenal Rodrigo de Borja, futuro Alejandro VI, de quien fue "familiar y continuo comensal".

Rodrigo Zapata: Cura de Magán, racionero hasta que en 1473 obtiene su canonjía.



CONCLUSIONES



Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

Así describe Gustavo Adolfo Bécquer la catedral toledana en una de sus leyendas, *La ajorca de oro*¹, admirándose de su magnificencia y reflejando la atracción que tantos espíritus románticos sintieron por estos templos, en los que situaron el escenario misterioso y, a veces, fantasmagórico de muchas de sus obras. Pero la frase, amén de reflejar la atracción del poeta, apunta dos de las realidades inherentes a estos edificios: la solidez y grandiosidad de la piedra sobre la que se levantaban -impactante aún más en una ciudad angosta y estrecha como Toledo en la que sólo la catedral ocupa una superficie tan amplia- y la fe y creencias que en torno a ellos se fueron forjando durante siglos gracias a las gentes que se acercaban demandando servicios religiosos, a través de los cuales la Iglesia supo dar testimonio de su poder y pujanza.

¹ G. A. Bécquer, *Leyendas y Narraciones*, Madrid, Ed. Libra, 1970, pág. 162.

Ahora bien, con ser reveladora, la cita deja de lado un factor fundamental. Si la piedra de ese edificio no hubiera albergado a un numeroso grupo humano dotado de una precisa organización, nunca hubiera traspasado sus muros ni permitido que las catedrales cumplieran un papel tan destacado entre las instituciones eclesíásticas. Precisamente a ese conjunto de personas que conformaban el cabildo catedralicio, va dedicado el trabajo que ahora concluimos.

A la hora de presentar su balance nos topamos con la dificultad de resumir en pocas páginas la labor investigadora de tantos años y el gran volumen documental analizado, pero hay una consideración previa y evidente que surge nada más abordar el tema: el peso indiscutible de esta corporación en el conjunto de la Iglesia hispana e, indudablemente, en la ciudad de Toledo. Sin duda, la catedral fue la institución cabeza de toda la archidiócesis y el punto de referencia obligado para muchos sectores, desde los clérigos -diocesanos o foráneos- que aspiraban a acceder a sus bien retribuidos beneficios, hasta los arzobispos, que en ningún momento de la Edad Media dejaron de intervenir en los asuntos capitulares, pasando por los habitantes de la ciudad y sus visitantes, que quedaban admirados ante la solemnidad de sus celebraciones litúrgicas y las riquezas artísticas que poco a poco iban ornamentando su interior.

El estudio ha partido de un amplio apartado introductorio en el que hemos presentado a la catedral y al cabildo dando sus primeros pasos desde fines del siglo XI, nada más ser recuperada la ciudad por los cristianos. La corporación toledana se convierte así en pionera de una segunda fase en la aparición de estos organismos que abarca los siglos centrales de la Edad Media y que verá como al calor del proceso conquistador y repoblador empiezan a restaurarse antiguas sedes episcopales y a surgir otras nuevas con la consiguiente expansión de la vida eclesíástica en las tierras del centro peninsular.

En Toledo los primeros momentos se viven de la mano de los clérigos francos traídos por don Bernardo de Sédirac para poner en marcha la reforma de su Iglesia y, aunque los testimonios son escasos, parece confirmarse una breve etapa de vida comunitaria como en el resto de "canónicas" altomedievales. Pasada esta fase, el cabildo fue afirmando su independencia y logró consolidar desde el siglo XII un importante marco normativo en el que se encuadraba toda la actividad catedralicia, hasta el punto de afirmar un derecho particular propio de esta corporación primada, cada vez más capacitada para intervenir en su propio gobierno. En la primera parte del trabajo hemos presentado la temática principal de esas interesantes constituciones que se ocupan de cuestiones cada vez más concretas y específicas, entre las que, sin duda, abundan las que delimitaban con gran minuciosidad la forma en que debían celebrarse las ceremonias litúrgicas del templo.

Esta personalidad jurídica del cabildo no puede separarse del interés que mostraron por él la práctica totalidad de los prelados que ocuparon la sede. Pese a que el cabildo se afirma como una institución independiente, no pudo evitar que los más altos dirigentes eclesiásticos intervinieran continuamente en su funcionamiento y se ocuparan de promulgar precisos estatutos que enmarcaban la actuación diaria de sus componentes. De entre todas esas medidas arzobispales destacan, por la repercusión que tuvieron en la vida del cabildo las de Raimundo de Sauvetat al crear en 1138 la mesa capitular; Cerebruno de Poitiers, que en 1174 estableció en cuarenta el número de canónigo mansionarios; Jiménez de Rada, por organizar la administración económica de la mesa del refectorio y elevar a cincuenta el número de racioneros; y Gonzalo Pétrez a fines del XIII y Gil de Albornoz décadas después por el gran celo mostrado en ordenar el servicio litúrgico de la catedral. A ellos se suman las útiles recopilaciones de constituciones capitulares en curso que hicieron Sancho de Aragón a mediados del siglo

XIII y Blas Fernández un siglo más tarde, a fin de evitar confusiones y reiteraciones innecesarias. Ello que, sin duda, se hizo para favorecer a sus contemporáneos, ha acabado siendo de gran utilidad para facilitar las tareas de investigación, dando nuestro trabajo prueba de ello.

Evidentemente, son sólo unos ejemplos, ya que el número de estatutos supera los sesenta, pero reveladores de la importancia que tenía para los más altos responsables diocesanos el buen gobierno de la institución. Las circunstancias empezarán a cambiar a principios del XV, afirmándose al avanzar la centuria, cuando ese celo arzobispal ceda un tanto ante los problemas de índole política y eclesiástica que presiden el periodo y que orientan la actividad de los prelados por otros derroteros. Además, las líneas generales de la vida capitular están trazadas y de ahí que, con excepciones, los arzobispos se desentiendan bastante de la corporación y dejen vía libre al cabildo para intervenir más directamente en su funcionamiento. Así lo hará a través de ordenamientos breves y muy concretos que pretendían resolver las anomalías que el ejercicio diario de la vida catedralicia iba sacando a la luz y que resultan de gran interés para el investigador por la sensación de inmediatez que se traduce de sus expresiones. Éstos, que nuevamente superan los sesenta, y todos los anteriores han sido detallados en un apéndice final para facilitar su identificación.

Esbozada ya una de las novedades que introducen las décadas finales de la Edad Media, podemos destacar las líneas generales de lo que ha sido el objetivo prioritario de nuestro trabajo, el análisis del cabildo en la segunda mitad del siglo XV, periodo que sabe recoger la trayectoria brillante de las primeras centurias -representando la continuidad de muchas situaciones- pero que, paralelamente, incorpora interesantes novedades que completan, aún más si cabe, su significado y le hacen incardinarse como nunca hasta entonces con la ciudad toledana y su entorno. El estudio de la

vida del cabildo y de la catedral primada en estos años ha sido abordado desde dos puntos de vista a fin de ofrecer una visión lo más completa posible: por una lado el de la institución propiamente dicha, y por otro, el de las personas que trabajaban y se movían en torno a ella.

El primero de estos aspectos nos ha puesto en contacto con una institución que funcionaba de forma muy precisa, en cuya puesta en marcha participaba un gran número de personas, cada una de ellas con una función específica, que quedaba muy bien fijada en los estatutos. Dignidades, canónigos, racioneros, capellanes, clerizones y personal subalterno participaban en todo ese entramado, que llegaba a reunir a más de 300 personas en la nómina catedralicia, aunque difícilmente llegaban a coincidir todos en el templo. Además de destacar la estructura beneficiar del cabildo, hemos dedicado un apartado a considerar la forma en que se producía la provisión de todos esos beneficios, donde ha quedado claro que, conforme avanzamos en la Edad Media, el cabildo vería mermadas alguna de sus atribuciones ante el avance de las reservas pontificias y las colaciones arzobispales. No obstante, todavía ejercía la elección simultánea con el obispo que le garantizaban los estatutos y, por descontado, el derecho a investir y dar solemne posesión de su beneficio a los nuevos titulares.

A continuación, hemos dedicado un amplio capítulo a analizar las competencias y funciones específicas de los capitulares toledanos, funciones que, por otra parte, compartían con el resto de corporaciones hispanas. Entre ellas hemos diferenciado las que podríamos llamar "extraordinarias" - la elección del prelado y el gobierno de la diócesis en sede vacante- de las "ordinarias", como el servicio del coro y la gestión económica de su importante patrimonio. En este sentido es patente una clara evolución, ya que mientras el cabildo cada vez se ve más mediatizado en el ejercicio de la elección arzobispal y la gestión de la vacante ante las intromisiones papales y regias, por el contrario, el rezo coral y las tareas administrativas

podrán ser desarrolladas por todo el clero catedralicio sin competencia ni cortapisa alguna. Especial hincapié hemos hecho en significar esas actividades litúrgicas y cultuales sobre las que los ordenamientos y estatutos insisten continuamente y que eran el referente diario de la vida capitular, no sólo porque ordenaban y distribuían el tiempo, sino porque de ellas se derivaban una parte muy importante de los ingresos percibidos por el personal catedralicio. Coro, altares y capillas, configuraban una serie de escenarios en los que se desplegaba un complejo ceremonial que, plagado de gestos y símbolos, llegaba a su mayor solemnidad en algunas festividades del calendario, cuya tabla también incluimos.

Este apartado ha finalizado con el estudio de las dos obligaciones que habían de cumplir, específicamente, los cuarenta canónigos prebendados, esto es, la asistencia a las reuniones o cabildos y la residencia. En ambos casos se han significado los diferentes tipos de reuniones -ordinarias, extraordinarias, espirituales, generales- y de residencia -anual y diaria-, amén de las faltas que en su cumplimiento solían incurrir los capitulares, no siempre dispuestos a cumplir con sus, por otro lado, modestas exigencias. Por fin, hemos repasado las tareas de índole diplomática y administrativa que circunstancialmente desarrollaban los canónigos y, a veces, algunos racioneros por encargo de la corporación.

Sentadas estas bases que nos han permitido conocer a la institución "de puertas adentro" del edificio catedralicio, hemos podido abordar la que tal vez sea mejor aportación del trabajo, y, al mismo tiempo, más sorprendente visión sobre el templo porque es lo que más difiere de su realidad actual. Nos referimos a su proyección social y a la forma que tuvo de acercarse a la sociedad toledana medieval, aspecto que pone claramente de manifiesto el hecho cierto de que las catedrales no vivían replegadas en sí mismas sino que se relacionaban con su entorno urbano. Esa mirada hacia el templo desde fuera nos ha ofrecido una imagen distinta que, sin duda, se

aproxima más a la vivencia real de estas instituciones y nos acerca a la auténtica dimensión que tuvieron en el pasado.

En ese sentido, hemos repasado la actitud de algunos canónigos implicados en las revueltas y conflictos del complejo siglo XV, en el que la propia torre catedralicia se convierte en refugio de rebeldes y en escenario de los enfrentamientos, hasta el punto de verse muy alterado el ritmo de su construcción. Otro tanto hemos hecho con su proyección religiosa, plasmada en tantos festejos y ceremonias organizadas por el templo que resultaban de gran atractivo, no exclusivamente piadoso, para la población. La perdurable fiesta del "Corpus", las "entradas" arzobispales o reales daban ocasión a la catedral y sus responsables de lucir su esplendor ante los ciudadanos y mostrar la pujanza de su grupo. Especial atención se ha prestado a la original y transgresora fiesta del "obispillo", con la que los capitulares y prelados empiezan a estar en desacuerdo hasta conseguir su eliminación, pero que deja tras de sí un sabor nuevo y un aire diferente y lleno de frescura en unos ceremoniales siempre solemnes y excesivamente reglamentados. No es menos importante el papel de la predicación, ya que la catedral supo aprovechar como ninguna otra institución eclesiástica su gran atracción sobre los fieles para lanzar desde el púlpito sermones y enseñanzas en los días más destacados del año. Por fin, hemos dedicado otras líneas a la parroquia de San Pedro, que, con sede en el propio recinto catedralicio, ponía en contacto al templo con los feligreses que habitaban la zona comercial circundante.

Si interesantes resultan estas dos formas de contacto, no hay duda de que las iniciativas asistenciales y culturales auspiciadas desde la catedral le daban una dimensión social de gran importancia. La catedral y sus responsables no fueron insensibles a la vivencia que en Toledo, como en todas las ciudades de Occidente, experimentaban un gran número de personas que, al no poder incorporarse a los marcos asociativos que la

ciudad ponía a su disposición, pasaban a engrosar las bolsas de marginación tan habituales en las representaciones iconográficas de la época. Mendigos, enfermos y niños abandonados pasaron a estar entre los objetivos benéficos de cofradías y particulares, entre los que no podía faltar el interés del propio cabildo. En este sentido, le hemos visto proporcionando alimento a pobres en el claustro, preocupado por los niños expósitos, gran lacra del momento, y, sobre todo, apoyando la fundación de uno de los pocos hospitales mentales que por entonces se levantaron en tierras hispanas gracias a la actividad de uno de sus más originales canónigos, amén de personaje importante en la política del momento, el nuncio Francisco Ortiz.

Por fin, nos hacemos eco de la dimensión cultural del cabildo, actividad en la que la catedral estuvo implicada desde los años que siguieron a la conquista de la ciudad a través de una escuela que fue escalando posiciones y consolidando su prestigio a medida que avanzaba la Edad Media. Ella cumplía los requisitos de otras escuelas occidentales que se convirtieron, junto a las Universidades a las que muchas dan pie, en verdaderos soportes del saber de la época y en exponentes de la renovación intelectual que se afirma en el medio urbano hasta desplazar a la cultura monástica predominante en los primeros siglos medievales. La escuela catedralicia de Toledo ofrecía los mismos niveles de enseñanza que otras instituciones de la época -Gramática, Teología, Música- e, incomprensiblemente para una ciudad y una catedral de tan gran peso, no derivó en un Estudio General o Universidad al estilo de otras ciudades de Occidente. Sólo al final del siglo XV, la fundación por su maestrescuela Francisco Álvarez Zapata del Colegio de Santa Catalina sentó las bases para la consolidación, ya en época moderna, de la Universidad toledana. Hasta entonces, los capitulares debían salir fuera a obtener sus titulaciones académicas, estancias que eran costeadas por la corporación, siempre atenta al buen aprovechamiento de sus estudiantes. Por fin, no estaría completo el

repaso por la vida cultural catedralicia sin atender a la realidad de su espléndida Biblioteca, fiel testigo del poder y alta formación intelectual de sus arzobispos y miembros más relevantes, pues son ellos a través de sus legados los que contribuyen mayoritariamente a enriquecerla.

Todas las cuestiones señaladas nos presentan una catedral dinámica, que, a pesar de las rígidas normas que la organizaban, no vivía sólo de su esplendor, sino que se iba adaptando a la realidad de cada momento e iba poniendo los medios para evolucionar. De ese dinamismo da también idea otra imagen que seguramente no asociamos a las catedrales, pero que a tenor de la documentación está más que contrastada. La catedral primada, a pesar de su solemnidad y magnificencia no debía ser, en absoluto, un lugar de recogimiento y silencio, sino todo lo contrario. En torno a ella habría un gran bullicio, no sólo en el exterior por la localización de la ciudad en una zona claramente comercial, sino también en su interior. Los pobres que acudían al claustro a recibir su ración diaria de pan y vino, las procesiones que partían de sus puertas, los notarios y abogados que atendían negocios en sus naves, las gentes que llevaban sus bancos y comida para asistir a los oficios religiosos, las mujeres y demás visitas que se colaban en el coro, el continuo decir de misas y aniversarios, las ofrendas depositadas sobre las sepulturas, y las constantes obras y reparaciones, son aspectos que evocan la visión de la catedral como algo vivo y tremendamente cotidiano, en ningún caso aislado de la ciudad, sino integrado en el paisaje urbano y también "humano" de Toledo. Esa corriente de intercambio entre la ciudad y la catedral es uno de sus aspectos más interesantes.

Indudablemente, ese dinamismo del templo primado no era casual ni un hecho aislado, sino que iba estrechamente unido al otro gran nudo de nuestro trabajo, el individuo que había detrás del eclesiástico que llevaba a cabo todas las iniciativas que partían del templo. Despojado del ritual y el ceremonial catedralicio, quedaba una persona con inquietudes intelectuales,

gustos artísticos, afán de notoriedad y, desde luego, defectos notables, entre los que la violación del celibato, la afición al juego y la religiosidad más escenificada que vivida ocupan un puesto importante. Esta circunstancia, con ser poco apropiada para su alto rango y provocar actitudes reprobables, contribuye a humanizar la figura de estos canónigos y ofrece la posibilidad de acercarnos a ellos más allá del rígido panorama que presentan los estatutos.

Por lo que respecta a los capitulares toledanos, cabe decir que sus cuarenta canónigos constituyeron a lo largo del periodo medieval un auténtico grupo de élite, cada vez más asentado entre el conjunto de la sociedad toledana y, desde luego, celoso de sus privilegios. Su peso económico, su mayor preparación intelectual, su pertenencia a las principales familias que conformaban la oligarquía de la ciudad y del reino, sus buenas relaciones con papas e influyentes personajes de la curia romana, el caudal de privilegios acumulados, todo ello y más aspectos que hemos ido desgranado están en la base de la preeminencia de este grupo clerical como colectivo y también de las interesantes trayectorias vitales de muchos de sus integrantes, entre las que, como vimos, hay hombre de fe, políticos, aventureros y mecenas artísticos.

Los capitulares toledanos no eran ajenos a esta realidad, sabían de su potencial, del relevante papel que ocupaban entre el resto de clérigos toledanos y, más aún en el conjunto de diócesis hispanas y, precisamente por eso, reaccionaron con verdadero disgusto ante diversas iniciativas regias y arzobispales, que, a su entender, vulneraban algunos de sus privilegios. De forma más grave que nunca, esta situación se desató a la muerte del cardenal Mendoza, cuando, primero las imposiciones de los Reyes Católicos durante la sede vacante y después los deseos reformistas de Cisneros llevaron al cabildo a encabezar un movimiento de protesta, que acabaría frustrándose, en el que querían implicar al resto de corporaciones castellanas

y presentar ante la Santa Sede sus reclamaciones por la, para ellos, inapropiada política regia. Su reacción no debe verse como el mero capricho de unos canónigos celosos de su intimidad y temerosos de cualquier cambio de vida, sino como la de una institución madura que se niega a renunciar a las elevadas cotas de poder que había alcanzado y que verá amenazadas por la actitud de los monarcas y el propio Cisneros.

A su vez, estos orgullosos canónigos sabían muy bien al acceder a su prebenda en el templo primado que allí harían carrera, de ahí su interés y el de sus diversos patrocinadores -familiares, nobles, reyes, arzobispos, papas- por procurarles este destino que les reportaría un papel protagonista en la sociedad. Para algunos de ellos su estancia en Toledo fue la plataforma de lanzamiento con la que alcanzaron prebendas mayores, básicamente la elevación al episcopado. Es cierto que ninguno pudo acceder a la sede toledana, pues el juego de intereses que se movían en torno a ella propiciaba que las aspiraciones del cabildo fueran postergadas y que prevalecieran las de unos monarcas deseosos de recompensar con esta sede a personas de su entorno. En todo caso, para la mayor parte de los canónigos, la obtención de una prebenda en Toledo era la culminación de todas sus aspiraciones y el principio y final de su carrera eclesiástica. Serían sobre todo los naturales de la ciudad o su tierra, que habían crecido al calor de la catedral y su escuela, los que más interés tendrían en alcanzar esa meta. Muchos de ellos elegirían incluso el propio recinto catedralicio para ser enterrados, con lo que las capellanías que ordenan en sus testamentos y su sepultura en las naves o capillas del templo les ligan para siempre a este edificio al que debieron buena parte del prestigio social que alcanzaron en vida.

Estas han sido, en definitiva, las cuestiones que hemos analizado en las páginas precedentes. Somos conscientes de que la mayoría de ellas no son exclusivas ni originales de la institución toledana -hay muchas semejanzas con otras corporaciones- por lo que un balance similar podría

hacerse de otros cabildos. Ahora bien, siendo eso cierto, no lo es menos que este cabildo estaba a faltar de un estudio que hiciera justicia al gran peso que tanto él, como el conjunto de la Iglesia primada, tuvieron durante el periodo medieval. Así lo vieron siempre sus propios dirigentes que, justo en el límite del trabajo que hemos realizado -en concreto, durante el pontificado de Cisneros- seguían refiriéndose a esta sede como "metro y medida de todas". En este sentido, esperamos que lo dicho hasta aquí pueda servir como modesto ejemplo del verdadero significado y dimensión social de una catedral a fines de la Edad Media.

APÉNDICES



I.- LISTA DE ESTATUTOS CAPITULARES

En este apéndice pretendemos consignar toda la normativa capitular de que tenemos conocimiento a fin de facilitar su consulta por otros investigadores. Los textos que ahora inventariamos han sido citados en las páginas precedentes, pero consideramos útil recopilarlos en su conjunto y mencionar las signaturas donde pueden encontrarse. Junto a las constituciones y estatutos propiamente dichos, incluimos algunas bulas papales, cartas de prelados e incluso algunas constituciones publicadas en sínodos que aluden directamente al cabildo y aportan datos de gran importancia para el conocimiento de la institución. Lógicamente, el interés, trascendencia y extensión de estos documentos no es la misma en todos los casos, pero no por ello hemos desechado ninguna de las normas dadas a la corporación. Tampoco hemos diferenciado los estatutos dados por el propio cabildo de los otorgados por los arzobispos u otras autoridades eclesiásticas.

El único criterio seguido para organizar la compleja normativa ha sido la de diferenciar dos etapas, de la misma forma que hemos hecho a lo

largo del estudio. Un primer y amplio momento que abarca los siglos XII a mediados del XV en que el cabildo recibe 62 estatutos, en su mayor parte, de los diferentes prelados que ocuparon la sede primada. El segundo periodo abarca la segunda mitad del siglo XV, y en ella son casi 70 los ordenamientos otorgados a la corporación, casi todos por el propio cabildo para suplir las deficiencias que el día a día generaba en el funcionamiento de la vida catedralicia. Éstos se recogen preferentemente en las Actas capitulares, son más breves que las importantes constituciones de los primeros siglos, pero resultan fundamentales para medir las preocupaciones reales de la institución.

Independientemente del momento, cada uno de los estatutos se presenta acompañado de un pequeño resumen de sus contenidos, de la mención del otorgante, la fecha y la signatura o signaturas en que podemos localizarlo. Algunos de ellos quedan recogidos en la selección documental que se incluye al final de este Apéndice.

1.1.- SIGLO XII A MEDIADOS DEL XV

1.- 1138

* Constitución de **Raimundo de Sauvetat** fijando el número de miembros del cabildo en 24 mayores y 6 menores e instituyendo la Mesa Capitular¹.

A.C.T. Z.1.G.1.1.

2.- 1157, mayo

* **Juan de Castellmoron** confirma el documento de 1138 y otorga algún nuevo derecho.

A.C.T. Z.1.G.1.2.

3.- 1174, marzo

* Constitución de **Cerebruno de Poitiers** en la que reduce a 40 el número de canónigos mansionarios y dispone cuestiones sobre la elección de los capitulares.

A.C.T. Z.1.G.1.3.

4.- 1195, marzo, 19

* Constitución de **Martín López de Pisuerga** ratificando que el número de canónigos mansionarios no pasara de cuarenta y estableciendo que no hubiera en la catedral más de 20 forínsecos y 30 porcioneros.

A.C.T. Z.1.G.1.4.

5.- 1229, junio, 3, Ocaña

* Constitución dada al cabildo por el cardenal **legado Juan de Abbeville**, obispo de Sabina, confirmando lo dispuesto por don Martín sobre el número de canonjías y dictando nuevas disposiciones en materia beneficial y de residencia de los capitulares².

B.C.T. Mss. 42-23a, f. 20r-v.

¹ Publicado por J.F. Rivera Recio, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII*, t. II, Roma, 1976, pág. 64 ; A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, t. I, Madrid, 1926-30, págs. 159-160,

² Lo publica F.J. Hernández, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, 1985, págs. 382-383.

6.- 1238, junio 10, Toledo

* Constitución de **Rodrigo Jiménez de Rada** de acuerdo con el cabildo, aumentando el número de racioneros de 30 a 50 y fijando sus atribuciones y salario.

A.C.T. X.10.A.1.1

7.- 1247, enero, 6, Santorcaz

* Constituciones dadas por el **deán y cabildo con anuencia del arzobispo don Rodrigo** para la administración de los bienes del refectorio y para el buen funcionamiento de la corporación capitular. Se regulan, entre otros, aspectos relativos a la acumulación de prebendas, a la situación de los canónigos extravagantes y a la herencia de los capitulares³.

A.C.T. X.10.B.1.1.

8.- Sin fechas

* *De Constitutionibus et Consuetudinibus Ecclesie Toletane*, otorgadas por **Sancho de Aragón**.

B.C.T. MS 23-16, f. 1r-6r.

B.N. Mss. 13041, f. 1r-20r.

9.- 1266, marzo, 15, Toledo⁴

* Constitución de **Sancho de Aragón y del cabildo** sobre residencia y percepción de vestuarios.

A.C.T. X.11.C.1.1.

10.- 1269, febrero, 4, Toledo

* Constitución de **Sancho de Aragón y del cabildo** determinando que el canónigo que alcance la fiesta de Todos Santos haga suyos los frutos de aquel año del préstamo de Hita.

A.C.T. O.4.E.1.3.

11.- 1275, junio, 1, Toledo

* Constitución de **Sancho de Aragón** sobre residencia y percepción

³ *Ibidem*, págs. 426-428.

⁴ La fecha del documento es errónea, pues don Sancho no fue elegido administrador de la sede toledana hasta agosto de ese año y habrá que esperar a 1268 para verle actuar y firmar como arzobispo.

de vestuarios.

A.C.T. A.12.A.1.10.

12.- 1275, junio, 5, Toledo

* Constitución de **Sancho de Aragón** en la que determina que los nuevos canónigos deben entregar, antes de percibir sus rentas, 25 libras turonesas o su equivalente para hacer una capa bordada de oro.

A.C.T. A.12.A.1.5.

13.- 1291, mayo, 14, Toledo

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** con anuencia del cabildo sobre distribuciones cotidianas, en la que además instituye 10 clerizones perpetuos para el servicio del coro.

A.C.T. I.6.C.1.1.\ I.6.B.1.2.

14.- 1291, mayo, 24, Toledo.

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** y el deán y cabildo determinando la parte de los frutos que correspondía percibir a los capitulares fallecidos.

A.C.T. I.6.B.1.2a.

15.- 1291, mayo, 25, Toledo.

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** con anuencia del cabildo en la que determina cómo han de hacerse las distribuciones cotidianas entre los diez clerizones de la catedral, y las medidas a tomar en caso de aumento del número de los mismos.

A.C.T. I.6.B.1.1.

16.- 1291, mayo, 25, Toledo

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** con anuencia del cabildo sobre asistencia a las fiestas mayores.

A.C.T. X.11.C.1.3.

17.- 1294, julio, 23, Toledo

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** en la que hace diversos ordenamientos sobre las distribuciones, asistencia al coro, actitud a observarse en el mismo, rezos, situación de los capellanes, etc.

A.C.T. I.6.B.1.3a.

18.- *Sin fecha*

* Constitución de **Gonzalo Pétrez** sobre bienes del refitor, arrendamientos, capellanías y medidas para mejorar las rentas de la Mesa Capitular.

A.C.T. X.10.B.1.2.

B.C.T. MS 23-16, f.9v-13r.

B.N. Mss. 13041, f.33r-45r.

19.- *1300, septiembre, 27, Toledo*

* Constitución de **Gonzalo Díaz Palomeque** junto con deán y cabildo prohibiendo que dignidades, canónigos, racioneros y demás componentes del clero catedralicio vendieran bienes de la Iglesia a quienes pudieran quedar exentos de pagar tributos por su condición privilegiada.

A.C.T. I.6.B.1.5.

20.- *1301, julio, 20, Toledo*

* Carta de **Gonzalo Díaz Palomeque** dirigida a los arzobispos, vicarios y clérigos de su arzobispado determinando que los canónigos mansionarios y los racioneros no pechen por sus beneficios tributo alguno salvo el catedralítico, el salario y las procuraciones del arzobispo y de los arcedianos.

A.C.T. X.10.A.2.6b.

21.- *1305, agosto, 13, Toledo*

* Constitución de **Gonzalo Díaz Palomeque** junto con deán y cabildo acordando lo que ha de hacerse en caso de transmisión de arrendamientos de bienes de la catedral, cualquiera que sea el que los tome.

A.C.T. I.6.C.1.1a.

22.- *1305, octubre, 2, Toledo*

* Constitución de **Gonzalo Díaz Palomeque** con el deán y cabildo determinando la manera de cumplir y dotar los servicios de semana de altar.

A.C.T. I.6.C.1.4.

23.- *1306, diciembre, 31, Toledo*

* Constitución del **deán, maestro Esteban, y del cabildo** ordenando diversas cuestiones sobre el servicio del coro y las distribuciones correspondientes a las horas.

A.C.T. I.6.C.1.2.

24.- 1307, octubre, 23, Toledo

* Constitución de **Gonzalo Díaz Palomeque**, con anuencia del cabildo determinando quienes tenían voz y voto en el cabildo.

A.C.T. A.12.A.1.6.

25.- 1307, octubre, 23, Toledo

* Constitución de **Gonzalo Díaz Palomeque** junto al cabildo confirmando otra anterior de Sancho de Aragón el 1 de junio de 1275 sobre la residencia suficiente para ganar los frutos de los vestuarios (documento nº 10).

A.C.T. X.11.C.1.2.

26.- Sin fecha

* Visita del arzobispo **Juan de Aragón** (1319-1328) a la catedral y disposiciones en orden a la celebración del oficio divino, la asistencia al coro y la forma de estar presente en el mismo⁵.

B.C.T. MS 23-16, f. 15r-15v.

B.N. Mss. 13041, f. 53r-56r.

27.- 1330, junio, 27, Toledo

* Constitución de **Jimeno de Luna** y el cabildo determinando que los canónigos en expectativa no tengan voz ni voto en el cabildo.

A.C.T. A.12.A.1.4.

B.N. Mss. 13041, f.166v-167r⁶.

28.- 1330, junio, 27, Toledo

* Constitución de **Jimeno de Luna** con el deán y cabildo mandando

⁵ El texto ha sido publicado por J. Sánchez Herrero, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, Universidad de La Laguna, 1976, págs. 366-368.

⁶ Además del original conservado en el Archivo Capitular, el texto se ha transmitido copiado al final del sínodo diocesano que el 2 de agosto de 1336 celebró don Jimeno de Luna (B.N. Mss. 13041, f.166v-167r). Ello ha llevado a Sánchez Herrero a preguntarse si también la constitución dada en 1330 correspondería a un sínodo, pero la no mención de este término y su contenido, centrado sólo en el cabildo, le hacen pensar que se trata de una constitución capitular. *Ibidem*, págs. 42-43 y 199-200.

que todos los beneficiados de la catedral tengan obligación de hacer semana de Evangelio.

A.C.T. I.6.B.1.11.

29.- 1331, julio, 6, Alcalá

* **Don Jimeno de Luna**, de acuerdo con el deán y cabildo prorroga el plazo para que los capellanes de la catedral puedan renunciar a otros beneficios o permutarlos, de modo que conserven uno sólo.

A.C.T. I.6.B.1.12.

30.- 1332, enero, 24, Toledo

* Constitución de **Jimeno de Luna** sobre la deficiente actitud observada por los capitulares en el coro.

B.N. Mss.13041 f.165v-166v⁷.

31.- Sin fecha

* Traslado en tiempos de **Jimeno de Luna** del documento dado por Gonzalo Díaz Palomeque el 27 de septiembre de 1300 sobre las condiciones en que debían hacerse las ventas de bienes de la Iglesia (documento nº 19).

A.C.T. I.6.B.1.5a.

32.- 1338, diciembre, 31, Toledo

* Constituciones de **Gil de Albornoz** sobre la celebración de aniversarios en la catedral y la actitud de los capitulares en el coro⁸.

A.C.T. I.6.B.1.6.

B.N. Mss.13041, f.167v-175v.

33.- 1339, mayo, 23, Toledo

* Confirmación por **Gil de Albornoz** de lo dispuesto el 20 julio de 1301 por Gonzalo Díaz Palomeque sobre los tributos que podían exigirse a los miembros del cabildo toledano (documento nº 20).

A.C.T. X.10.A.2.6a.

⁷ Similares interrogantes a los señalados para el texto dado el 27 de julio de 1330 se plantea Sánchez Herrero respecto a esta nueva constitución que, aunque publicada en el sínodo de 1336, se centra en temas referentes al cabildo. *Ibidem*, pág. 199

⁸ Las constituciones parecen formar parte del sínodo celebrado en esa misma fecha, aunque su contenido se refiere preferentemente al cabildo. *Ibidem*, págs. 205-207.

34.- 1342, abril, 26, Toledo

* Constitución de **Gil de Albornoz** asignando dotaciones y distribuciones a diversas fiestas.

A.C.T. I.5.C.1.7.

35.- 1342, abril, 26, Toledo

* Constitución de **Gil de Albornoz** disponiendo el modo de celebrar en el altar mayor de la catedral.

A.C.T. I.6.B.1.8.

B.N. Mss. 13041, f. 58v-61v.

36.- 1345, abril, 11, Alcalá

* Constitución de **Gil de Albornoz** dada en el sínodo de Alcalá a cerca de la luctuosa.

A.C.T. I.6.A.1.1.

37.- 1346, mayo, 16, Toledo

* Constituciones de **Gil de Albornoz** con acuerdo del cabildo determinando la forma en que debían hacerse las distribuciones entre los asistentes al coro y otras cuestiones a fin de que no se resintieran los bienes del refector.

A.C.T. I.6.B.1.10.

B.N. Mss. 13041, f. 62v-70r.

38.- 1349, febrero, 15, Toledo

* Constitución de **Gil de Albornoz** en la que, a fin de aumentar el culto divino, dicta una serie de disposiciones sobre los capellanes.

A.C.T. I.6.B.1.9.

B.C.T. MS 23-16, f. 20r-20v.

B.N. Mss. 13041, f. 70r-71v.

39.- Sin fecha

* Constitución de **don Gil** destinada a aquellos que no pagaban al cabildo lo que debían y las penas impuestas.

B.N. Mss. 13041, f. 57r-59v.

40.- 1351, junio, 24, Alcalá

* Carta de **Gonzalo de Aguilar** a arciprestes y vicarios sobre la actitud a seguir ante la acumulación de beneficios por los capitulares⁹.

A.C.T. I.6.B.1.15.

41.- 1352, enero, 28, Yepes

* Carta de **Gonzalo de Aguilar** a arciprestes y vicarios solicitándoles que guarden lo dispuesto en otras anteriores de Gonzalo Díaz Palomeque y Gil de Albornoz sobre los tributos exigidos a canónigos mansionarios y racioneros (documentos nº 20 y 33).

A.C.T. X.10.A.2.6.

42.- 1353, enero, 5, Toledo

* El cabildo acepta lo dispuesto por **Gonzalo de Aguilar** el 26 de diciembre de 1352 en orden a incrementar los bienes y asignaciones correspondientes al deanazgo toledano.

A.C.T. I.9.B.1.2.

43.- 1356, julio, 5, Toledo

* Constitución de **Blas Fernández de Toledo** para que el deán, al ausentarse, nombre un vicedeán y, si no, lo haga el cabildo.

A.C.T. I.6.B.1.13.

44.- 1357, septiembre, 13, Toledo

* *Constitutiones Ecclesie Toletane Facte per Reverendissimum in Christo Patrem et Dominum Blasium Archiepiscopum Toletanum Hispanorum Primatem.*

B.C.T. MS 23-17, f. 1r-26v.

B.N. Mss. 6260 f.1-23v.

45.- 1371 septiembre, 22, Toledo

* Constitución de **Gómez Manrique** junto con deán y cabildo sobre bienes y posesiones capitulares.

B.C.T. MS 23-17, f. 29r-30r.

B.N. Mss.6260 f.25v-26v.

⁹ Publicado en *Ibidem*, pág. 215.

46.- 1374, febrero, 11, Toledo

* Constitución de **Gómez Manrique** junto con deán y cabildo sobre procesiones en la iglesia y sermones en el coro.

B.C.T. MS 23-17, f.27v-28v.

B.N. Mss. 6260, f. 24v-25r.

47.- 1374, marzo, 16, Toledo

* Constitución de **Gómez Manrique** junto con deán y cabildo para que los beneficiados de la catedral no anden por la ciudad con hábito del coro.

B.C.T. MS 23-17, f. 28v-29r¹⁰.

48.- Sin fecha

* Constitución de **Gómez Manrique** sobre deudores del cabildo.

B.C.T. MS 23-17, f. 30r-31r.

B.N. Mss. 6260, f. 26v-27r.

49.- 1377, febrero, 20, Toledo

* Estatuto dado por el **deán y cabildo** acordando decir diversas oraciones en memoria del obispo de Sigüenza, don Juan, que había hecho diversas donaciones a la Iglesia y cabildo toledanos.

A.C.T. I.6.C.1.4a.

50.- Fines del siglo XIV

* Constitución del **deán, Alfonso Fernández, y cabildo** determinando cómo habían de repartirse entre los capitulares las ofrendas de reyes, infantes y otros poderosos.

A.C.T. I.6.C.1.3.

51.- 1408, octubre, 25, Alcalá

* Carta de **Pedro de Luna** al deán y cabildo sobre el tema de la luctuosa.

A.C.T. V.1.F.1.37.

¹⁰ Esta constitución falta en la copia conservada en B.N. Mss. 6260.

52.- 1423, marzo, 23, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** sobre bienes de la Iglesia y deudores.

B.C.T. MS 23-17, f.31r-32v.

B.N. Mss. 6260 f. 27r-28v.

53.- 1423, mayo, 15, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** sobre sepulturas en la catedral de Toledo, precio a pagar por ellas, etc.

B.C.T. MS 23-17, f. 32v-33v.

B.N. Mss. 6260 f. 28v-29v.

54.- 1423, octubre, 9, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** ordenando consignar en un libro de registro todas las transacciones, gastos e ingresos de la mesa capitular.

B.C.T. MS 23-17, f.33v-34v.

B.N. Mss. 6260 f. 29v-30v.

55.- 1430, abril, 24, Toledo

* Carta de **Juan Martínez de Contreras** a arciprestes y vicarios del arzobispado confirmando otras anteriores sobre los tributos que debían satisfacer los capitulares (documentos nº 20, 33 y 41).

B.N. Mss. 13018, f. 208r-210v.

56.- 1431, octubre, 10, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** sobre la forma de celebrar las reuniones capitulares y las fórmulas a emplear en las votaciones.

B.C.T. MS 23-17, f. 37r-39r.

B.N. Mss. 6260 f. 32v-34r.

57.- 1433, agosto, 26, Toledo

* Constitución de **Juan Martínez de Contreras** junto al **deán y cabildo** determinando que los canónigos ausentes sólo perciban sesenta florines de Aragón de los frutos de sus prebendas.

B.C.T. MS 23-17, f. 34v-35v.

B.N. Mss. 6260, f. 30v-31r.

58.- 1434, diciembre, 7, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** sobre el hábito y tonsura que debían usar los capitulares toledanos.

B.N. Mss 13018, f.227r-229v.

59.- 1435, noviembre, 2, Toledo

* Constitución del **deán y cabildo** sobre residencia de los capitulares.

B.C.T. MS 23-17, f. 35v-37r.

B.N. Mss. 6260 f. 31r-32v.

60.- 1437, febrero, 26, Roma

* Carta del arzobispo **Juan de Cerezuela** en la que ordena al **deán y cabildo** que den las capellanías de los clérigos ausentes a clérigos de misa idóneos y suficientes¹¹.

A.C.T. E.1.A.3.8a.

61.- 1438, abril, 26, Ferrara

* Bula de **Eugenio IV** en la que, a petición de Juan de Cerezuela, confirma la constitución dada por Gonzalo Díaz Palomeque el 27 de septiembre de 1330 que prohibía la enajenación de bienes eclesiásticos a personas exentas (documento nº 19).

A.C.T. I.6.B.1.5b.

62.- 1447, junio, 20, Alcalá de Henares

* El arzobispo **Alonso Carrillo** concede a todos los canónigos, racioneros, capellanes y semaneros de la catedral que tengan algún beneficio en iglesias parroquiales de la ciudad que no sean obligados en adelante a prestar el tributo llamado "luctuosa".

A.C.T. O.2.V.1.2.

¹¹ Reitera esta medida desde Olmedo el 20 de septiembre de 1438 (A.C.T. E.1.A.3.8b)

1.2.- SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV

1.- 1453, julio, 28, Roma

* Breve de **Nicolás V** dirigido al cabildo dándole la facultad de proveer junto con el arzobispo las prebendas que vacaren en los seis meses del turno del prelado.

A.C.T. Z.1.G.1.7.

B.N. Mss. 13024, f. 27r-28v.

2.- 1456, octubre, 17, Alcalá de Henares

* Concordia de **Alfonso Carrillo** con el cabildo en la que se reparten la provisión en los seis meses ordinarios.

A.C.T. Z.1.G.1.8.

3.- 1462, julio, 27, Toledo

* Constitución de **Alfonso Carrillo** con consentimiento del cabildo en la que ordena que los dos oficios de vicario y capellán mayor sean considerados dignidades.

A.C.T. I.9.A.1.10.

B.C.T. MS 23-17, f. 38v.

B.N. Mss. 6260 f. 34r-34v

4.- 1467, noviembre, 6, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre el pan del granero.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 11v.

5.- 1468, enero, 4, Toledo

* Ordenamiento del cabildo sobre los canónigos pensionarios.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 12v.

B.C.T. MS 23-17, f. 41r-42v.

B.N. Mss. 6260, f. 35v-36v.

6.- 1468, enero, 24 Arévalo

* Constitución dada por **Alfonso Carrillo** en la que confirma un estatuto dado por el cabildo el 4 de enero de ese año a cerca de la situación

de los canónigos pensionarios¹².

A.C.T. I.6.C.1.5.

B.C.T. MS. 23-17, f. 42v-44r.

B.N. Mss. 6260 f. 36v-38r.

7.- 1469, agosto, 9, Toledo

* Ordenamiento del cabildo para que los maravedís de los censos se guarden en un arca en el sagrario de la que tendrán llaves dos canónigos.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 22v.

8.- 1469, agosto, 11, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre los derechos a pagar al pertiguero y el secretario por los beneficiados que tomaran posesión de su cargo.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 23r.

9.- 1469, noviembre, 3, Toledo

* Ordenamiento capitular para que todos los testamentos de los beneficiados de la Iglesia sean presentados en el cabildo.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 26v.

10.- 1469, diciembre, 15, Toledo

* Ordenamiento del cabildo sobre lo que ha de pagarse a los asistentes a maitines.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 27r.

11.- 1470, enero, 23, Toledo

* Estatuto capitular sobre los beneficiados "expulsos" y obligados a ausentarse de la ciudad.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 28r¹³.

12.- 1470, diciembre, 19, Toledo

* Ordenamiento sobre el destino de los bienes de canónigos y racioneros que renuncian o permutan sus beneficios.

¹² El estatuto dado por el cabildo en B.N. Mss. 6260, f. 34v-36v.

¹³ Sobre idéntico tema se reiteran medidas en Actas Capitulares I, f. 36r-v y 38r (1471, enero, 21 y abril, 17).

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 35r.

13.- 1471, febrero, 22, Toledo

* Ordenamiento del cabildo sobre la vestimenta a llevar por los capitulares cuando acudieran a celebrar oficios litúrgicos a otras iglesias e instituciones de la ciudad.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 37r.

14.- 1471, noviembre, 2, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre que los ausentes por atender alguna negociación en nombre del cabildo ganen las ausencias de vísperas, maitines y misa mayor.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 41r.

15.- 1471, diciembre, 14, Toledo

* Ordenamiento del cabildo en que se aumentan las anteriores retribuciones a maitines.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 42r.

16.- 1472, marzo, 20, Toledo

* Ordenación capitular sobre el precio que había de pagarse por recibir sepultura en el claustro de la catedral.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 44v.

17.- 1472, abril, 11, Toledo

* Ordenamiento capitular en que se manda dar de comer a trece pobres diariamente.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 45v.

18.- 1473, enero, 4, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre la forma en que han de llevarse los Libros del Refitor.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 50v-51r.

19.- 1473, agosto, 7, Toledo.

* Ordenamiento del cabildo sobre el lugarteniente del deán.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 57v.

20.- 1474, abril, 13, Toledo

* Ordenación capitular para que, aunque haya cabildo, el coro esté "poblado y acompañado".

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 66v¹⁴.

21.- 1474, abril, 18, Toledo

* Ordenamiento del cabildo sobre vestimenta de los beneficiados.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 66v.

22.- 1474, agosto, 26, Toledo

* Ordenación tocante al bien y gobernación de las villas y lugares de la iglesia.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 68v.

23.- 1474, octubre, 12, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre las presentaciones al estudio de Bolonia.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 71r.

24.- 1475, marzo, 9, Toledo.

* Ordenamiento del cabildo sobre el presidente del coro.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 76v.

25.- 1475, abril, 11, Toledo.

* Constitución del deán y cabildo contra los que atacan a la iglesia, canónigos y dignidades de la misma.

B.C.T. MS. 23-17, f. 44v-45r.

B.N. Mss. 6260 f. 38r-39r.

26.- 1476, febrero, 13, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre las fianzas y recaudos de las rentas

¹⁴ Al mismo tema se dedican las reuniones del 9 de marzo de 1475 (Actas Cap. I, f. 76v) y del 22 de enero de 1478 (Actas CAP. I, f. 99v).

de vestuarios arrendadas por los canónigos.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 85r.

27.- 1476, febrero, 23, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre los maravedís que han de repartirse en misas entre los capellanes.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 85v

28.- 1476, abril, 27, Roma

* Bula de **Sixto IV** instituyendo dos canongías de oficio, doctoral y magistral, para personas versadas en Derecho y Teología.

A.C.T. A. 12.1.2.4

29.- 1476, agosto, 16, Toledo

* Ordenación capitular a cerca del claustrero y su oficio.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 88r.

30.- 1476, noviembre, 2, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre la cédula que llamaba a los canónigos a asistir a las reuniones capitulares.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 90v.

31.- 1477, septiembre, 30, Toledo.

* Ordenación capitular sobre las distribuciones cotidianas.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 97r-v.

32.- 1477, octubre, 14, Toledo

* Ordenación sobre el nombramiento de administradores para las capillas de San Pedro y San Blas.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 97v-98r¹⁵.

33.- 1478, enero, 22, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre el servicio del coro.

¹⁵ Idéntico tema en Actas Cap. I, f. 124v (1489, agosto, 14) y II, f. 11v (1490, diciembre, 20).

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 99v.

34.- 1479, mayo, 13, Toledo

* Ordenación del cabildo conminando a los canónigos para que dieran a besar sus manos a los racioneros recién recibidos en su beneficio.
A.C.T. Actas Capitulares I, f. 106v.

35.- 1479, junio, 8, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre los que demandaban días de recreo cuando se celebraban en la catedral aniversarios solemnes.
A.C.T. Actas Capitulares I, f. 106v.

36.- 1479, octubre, 9, Toledo

* Ordenación sobre vestimenta de los capitulares.
A.C.T. Actas Capitulares I, f. 109r.

37.- 1479, octubre, 15, Toledo

* Ordenación capitular sobre alargar los alquileres.
A.C.T. Actas Capitulares I, f. 109r.

38.- 1488, octubre, 21, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre la residencia con ocasión de la peste.
A.C.T. Cuadernillo suelto incluido al principio de las Actas t.I.

39.- 1489, enero, 14, Valladolid.

* Constitución de **Pedro González de Mendoza** sobre la hermandad de capellanes del coro¹⁶.
B.C.T. MS. 23-27, f. 47r-49r.
B.N. Mss. 6260 f. 40r-41v.

40.- 1489, octubre, 9, Toledo.

* Constitución del deán y cabildo sobre los contadores.
B.C.T. MS. 23-17, f. 57r-58r.

¹⁶ De este mismo texto se sacó traslado en Toledo el 4 de enero de 1494, existiendo copia en B.C.T. MS. 23-17, f.50r-50v, y en B.N. Mss. 6260, f.42v-44r.

B.N. Mss. 6260 f. 47v-48v.

41.- *1490, abril, 3, Toledo*

* Institución por el cabildo del Arca de la Limosna del Pan del Claustro.

A.C.T. V.3.B.1.1.

42.- *1490, julio, 5, Toledo*

* Ordenamiento capitular obligando a los capellanes a decir cinco misas semanales so pena de perder las distribuciones cotidianas de la semana.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 3v¹⁷.

43.- *1490, septiembre, 23, Toledo*

* Ordenamiento del cabildo sobre la forma en que los semaneros deberían celebrar en el altar.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 7v¹⁸.

44.- *1490, octubre, 29, Toledo*

* Ordenamiento capitular sobre funciones y retribución del secretario del cabildo.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 9r¹⁹.

45.- *1490, noviembre, 10, Toledo*

* Ordenación del cabildo sobre los "días de recreación" a tomar por canónigos y racioneros.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 10v.

46.- *1490, diciembre, 8, Toledo.*

* Constitución de **Pedro González de Mendoza** sobre capítulos

¹⁷ El 28 de julio de ese mismo año (Actas Capitulares II, f. 4r) se reitera la medida y se ordena pagarles por cada misa medio real de plata. El 17 de octubre de 1492 (Actas capitulares II, f. 40v) el precio ha subido a un real.

¹⁸ Vuelve sobre ello el 7 de enero de 1491 (Actas Capitulares II, f. 12v).

¹⁹ Vuelve sobre el tema en Actas Cp. II, f. 57v (1493, noviembre, 8).

espirituales²⁰.

B.C.T. MS. 23-17, f. 46r-46v.

B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r

47.- 1490, diciembre, 24, Toledo.

* Constitución de **Pedro González de Mendoza** sobre la administración de la Obra de la iglesia y sobre el salario de algunos oficiales.

B.C.T. MS. 23-17, f. 59r-62v.

B.N. Mss. 6260, f. 48v-52v.

48.- 1491, enero, 7, Toledo

* Ordenación capitular sobre el lugar que cada uno de los beneficiados debía ocupar en el coro.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 12v.

49.- 1491, enero, 10, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre los clerizones.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 13r.

50.- 1491, febrero, 4, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre el oficio de finados.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 13v.

51.- 1491, marzo, 4, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre "verbis contumeliosis".

A.C.T. Actas capitulares, II, f. 15r.

52.- 1491, marzo, 4, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre la necesaria presencia de racioneros en el coro, especialmente mientras los canónigos están en cabildo.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 15r.

²⁰ Publicado por J. García Oro, *La Iglesia de Toledo en tiempos del cardenal Cisneros (1495-1517)*, Toledo, 1992, pág. 55.

53.- 1491, abril, 8, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre los niños de la piedra.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 16v²¹.

54.- 1491, abril, 26, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre cómo se han de tomar los "días de recreación".

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 17r.

55.- 1491, octubre, 7, Toledo

* Ordenamiento capitular sobre la limpieza de las capillas

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 24v.

56.- 1492, marzo, 2, Toledo

* Ordenamiento sobre la guarda del sagrario.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 30r.

57.- 1492, mayo, 5, Toledo

* Ordenamiento del cabildo para que en adelante haya un maestro de ceremonias en la catedral.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 33v.

58.- 1492, agosto, 17, Toledo

* Ordenación del cabildo sobre la entrada de legos y mujeres en el coro durante la celebración de los oficios divinos.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 37v.

59.- 1492, diciembre, 7, Toledo

* Ordenamiento del cabildo ratificando las medidas tomadas por Alfonso Carrillo en el sínodo de 1473 sobre la fiesta del obispillo.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 44r.

²¹ Vuelve sobre ello el 4 de noviembre de ese año (Actas Capitulares II, f. 25v).

60.- *1492, diciembre, 12, Toledo*

* Ordenamiento capitular sobre las reuniones de la Hermandad de racioneros.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 44r.

61.- *1493, marzo, 5, Toledo*

* Ordenamiento del cabildo acordando que se lleve adecuadamente el Libro de la Obra.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 48r.

62.- *1493, noviembre, 2, Toledo*

* Ordenación capitular sobre el secreto con que deben guardarse las deliberaciones y acuerdos tomados en las reuniones del cabildo.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 57v.

63.- *1493, noviembre, 8, Toledo*

* Ordenamiento sobre "días de recreación".

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 57r.

64.- *1493, diciembre, 5, Toledo*

* Ordenamiento para que los racioneros no falten del coro aludiendo servir a la Hermandad de racioneros

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 59v.

65.- *1494, octubre, 8, Toledo*

* Ordenamiento capitular sobre las semanas de misa, evangelio y epístola.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 67r.

66.- *1494, diciembre, 10, Toledo*

* Ordenación del cabildo sobre "días de recreación".

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 67v.

67.- *Sin fecha*

* Constitución del cabildo en que se determina que todos los años el primero de enero se nombren dos mayordomos que administren lo temporal

del cabildo prestando juramento y con determinación de sus retribuciones y deberes.

A.C.T. I.6.C.1.9.

68.- *Sin fecha*

* Constitución del deán y cabildo sobre la presencia de los capitulares en las reuniones y votaciones.

B.C.T. MS. 23-17, f. 49r-49v.

B.N. Mss. 6260, f. 41v-42r.

69.- *Sin fecha.*

* Fórmulas a emplear en los juramentos que debían hacer los arzobispos, dignidades, canónigos, racioneros, mayordomos, capellanes y demás personal catedralicio a la hora de tomar posesión de sus cargos²².

B.N. Mss. 6260, f. 44r-46v.

²² Las distintas fórmulas aparecen copiadas junto a otros estatutos y constituciones de fines del siglo XV y principios del XVI, por lo que creemos conveniente incluirlos en esta relación.

II.- RELACIÓN NOMINAL DEL CLERO CATEDRALICIO (1466-1495)²³.

1.- DIGNIDADES Y CANÓNICOS MANSIONARIOS

ALFONSO DE VALLADOLID, Cristóbal, (†1473)
ALFONSO DE VALLADOLID, Pedro, canónigo y **abad de San Vicente**
(desde 1481)
ALTAMIRANO, Pedro, (desde 1479), capellán del rey y reina
ÁLVAREZ DE CEPEDA, Nuño, (desde 1472)
ÁLVAREZ ZAPATA, Juan, (desde 1490)
ÁLVAREZ ZAPATA, Francisco, canónigo y **maestrescuela** (1479-†1523)
ÁVILA, Rodrigo de, canónigo y **arcediano de Guadalajara** (1469-1471),
abad de Valladolid
AYALA, García de, canónigo y **tesorero** (†1473)
AYALA, Pedro de, (1475-1480)
AYLLÓN, Juan de, canónigo y **arcediano de Guadalajara** (1471-1474),
abad de Valladolid

BAUTISTA, Juan, cardenal de Santa María in Portium, canónigo y
arcediano de Madrid (desde 1470)
BOBADILLA, Francisco de, (desde 1494)
BUENDÍA, Tello de, canónigo y **arcediano de Toledo** (desde 1468)
BUENAMEMORIA, Pedro de, cardenal de San Sixto, **capiscol** (1473-
†1474)

CARRANZA, Cristóbal de, (hasta 1492)
CARRILLO DE ALBORNOZ, Alonso, canónigo (desde 1468), **arcediano
de Madrid** (1469), **arcediano de Calatrava** (1475), **arcediano de Alcaraz**
(1477), **capellán mayor** (desde 1489).
CARRIÓN, Benito de, (desde 1479)
CASTAÑEDA, Juan de, (desde 1475)
CASTILLA, Juan de, canónigo doctoral (1492-1494), deán de Sevilla

²³ Junto al nombre acompañamos la fecha de toma de posesión y de renuncia, cese o fallecimiento (†) siempre que conste de forma fiable en la documentación, básicamente en las Actas Capitulares. También señalamos el resto de beneficios que acumulaban y, en el caso de los canónigos, las dignidades que poseían en la catedral toledana, que van destacadas en negrita.

CASTILLO, Alonso del, (1480-†1490)
CASTILLO, Hernando del, (dese 1490)
CERDA, Juan de la, alias DE QUINTANAPALLA, (desde 1491), arcediano de Cuéllar
CERVATOS, Gudiel de, (desde 1480)
CONTRERAS, Francisco de, (1477-†1490)
CONTRERAS, Juan de, (desde 1477)
CÓRDOBA, Fernando de, (desde 1470), arcediano de Moya
CUENCA, Tomás de, (desde 1475)
CUEVA, Iñigo de, (hasta 1490)

DELGADILLO, Diego, (†1481)
DEZA DE SILVA, Luis, (1473-†1504), capellán mayor del rey
DÍAZ DE MADRID, Pedro, (1468-†1493)
DÍAZ DE MONDÉJAR, Marcos, (desde 1468)
DÍAZ DE LA COSTANA, Pedro, (†1487)

ESPINOSA, Juan Roberto, (†1488)
ESTRADA, Juan de, (desde 1486)

FERNÁNDEZ, Juan, (†1474), abad de Medina
FERNÁNDEZ DE ALCALÁ, García, (desde 1474)
FERNÁNDEZ DE CUENCA, Francisco, canónigo (desde 1479) y arcediano de Calatrava (desde 1478)
FERNÁNDEZ DE TOLEDO, Francisco, **deán** (hasta 1475)
FERNÁNDEZ DE TOLEDO, Nicolás, canónigo (desde 1470) y vicario (desde 1477)
FERNÁNDEZ DE TOLEDO, Pedro, (†1476)
FERNÁNDEZ DE VILLALOBOS, Pedro, (1486-†1494)
FERNÁNDEZ DE YEPES, Pedro, (dese 1493)
FUENSALIDA, Juan de, (desde 1490)

GARCÍA, Alonso, (†1479)
GARCÍA DE OLMOS, Alonso, (desde 1479), capellán y limosnero de la reina
GARCÍA DE VILLAQUIRÁN, Ruy, (†1468)
GARCÍA DE YEPES, Juan, (1474-†1476)
GÓMEZ, Antonio, (hasta 1471), maestrescuela de Sigüenza
GÓMEZ DE ÁVILA, Fernando, (1470-1474), canónigo de Ávila
GÓMEZ DE AYLLÓN, Pedro, (1468-†1492)

GÓMEZ DE LA CÁMARA, Diego, (1467-†1478)
GÓMEZ DE MESA, Pedro, (1470-†1490), arcipreste de Madrid
GÓMEZ DE SIGÜENZA, Fernando, canónigo (desde 1477) y **maestrescuela** (antes 1466-1479), arcediano de Sigüenza
GÓMEZ DE VILLANUEVA, Tomás, (desde 1491)
GÓMEZ DE VILLARREAL, Fernando, (1466-1467), prior de Aracena
GUEVARA, Diego de, (desde 1473)
GUTIERREZ DE VILLAYZÁN, Diego, (†1470), chantre de Sigüenza
GUZMÁN, Tello de, canónigo y **abad de San Vicente** (1468-†1470)
GUZMÁN, Tello de, canónigo y **abad de San Vicente** (desde 1478)

HURTADO DE MENDOZA, Luis, **abad de Santa Leocadia** (desde 1480)

ILLESCAS, Fernando de, canónigo (1490-†1506) y **capiscol** (1482-†1506)

JIMÉNEZ DE PRÉJAMO, Pedro, canónigo magistral (1476-†1495)

LEÓN, Juan de, canónigo y **deán** (desde 1493)
LERMA, Jerónimo de, canónigo y **arcediano de Alcaraz** (desde 1477)
LÓPEZ DE ENCISO, Diego, (desde 1466), canónigo de Sevilla
LÓPEZ DE LEÓN, Juan, (1474-†1529)
LÓPEZ DE MEDINA, Juan, (desde 1466), arcediano de Almazán
LÓPEZ DE MENDOZA, Iñigo, (1490-92), tesorero de Sevilla
LÓPEZ DE SAHAGÚN, Luis, (†1466)
LÓPEZ DE SANTIAGO, Ruy, (antes 1466)
LÓPEZ DE SEVILLA, Pedro, (†1468)
LUCENA, Juan de, canónigo y **capellán mayor** (desde 1469)

MALDONADO, Arias, (desde 1480)
MANRIQUE, Alonso, (desde 1489)
MARTÍNEZ DE CABREJAS, Andrés, (1467-†1474)
MARTÍNEZ DE ORTEGA, Juan, (desde 1488)
MARTÍNEZ DE TOLEDO, Marcos, (1468-†1473)
MAZUECOS, Fernando de, canónigo doctoral (desde 1494)
MEDINA, Bartolomé de, (desde 1491)
MENDOZA, Bernardino de, canónigo (desde 1488) y **arcediano de Guadalajara** (desde 1490)
MENDOZA, Francisco de, (hasta 1490)

MENDOZA, Gutierre de, (1470-1472)
MORA, Alfonso de, (desde 1493)
MORALES, Juan de, canónigo (1473-1478 y 1480-†1490) y **arcediano de Guadalajara** (1476-†1490), **deán de Sevilla**

NAVAMORCUENDE, Bernardo de, (desde 1490)
NÚÑEZ DE AYALA, Pedro, (desde 1492)
NÚÑEZ DE GUZMÁN, Pedro, canónigo y **arcediano de Talavera** (†1467)
NÚÑEZ DE TOLEDO, Luis, canónigo y **arcediano de Madrid** (†1469)

OLIVERO, obispo albanense, cardenal de Nápoles, **abad de San Vicente** (1476-1478)
ORTIZ, Alonso, (1478-†1507)
ORTIZ, Francisco, canónigo (1472-†1508) y **capiscol** (1476-†1508)
ORTIZ, Nicolás, (desde 1489)
OSMA, Rodrigo de, **capiscol** (desde 1481), **déan de Badajoz**

PACHECO, Rodrigo, (hasta 1493)
PALENCIA, Francisco de, (antes 1466), **prior de Aroche**
PALOMEQUE, Hernando, (desde 1490)
PEDRO, obispo de Tarazona, **deán** (1475)
PÉREZ DE MONTEMAYOR, Alvar, (desde 1488)
PÉREZ DE AYALA, Fernando, **vicario de la ciudad** (†1477)
PÉREZ DE CABRERA, Juan de, canónigo y **arcediano de Toledo** (desde 1490)
PÉREZ DE TRIVIÑO, Juan, (†1478)
PRADO, Gonzalo de, canónigo (1475-†1477) y **arcediano de Alcaraz** (1470-†1477)

RAMÍREZ DE RIBERA, Vasco, canónigo(1470-†1488) , **arcediano de Talavera** (1468-†1488)
RIARIO, Rafael, cardenal de San Jorge ad Vellum Aureum, **capiscol** (1474-1476)
RODRÍGUEZ DE DURAZNO, Pedro, (antes 1466)
RODRIGO, cardenal de San Sixto y legado, **tesorero** (1473-1476)
ROMERO, Sancho, (†1466)
RUIZ DE BARZANA, Gonzalo, (desde 1490)

SALCEDO, Juan de, canónigo y **arcediano de Alcaraz** (1492-†1504)

SÁNCHEZ CALDERÓN, Fernando, (1478-†1487)

SÁNCHEZ DE BRIHUEGA, Juan, (1471-†1494)

SÁNCHEZ DE CASTRO, Juan, (desde 1490)

SÁNCHEZ DE CÓRDOBA, Gonzalo, canónigo y **capiscol** (†1473)

SÁNCHEZ DE YEPES, Juan, (desde 1494)

SÁNCHEZ ZAPATA, Ruy, (desde 1474)

SANTILLANA, Francisco de, (desde 1473), chantre de Sevilla

SEPÚLVEDA, Juan de, (desde 1490)

SERRANO, Pedro Alonso, (†1470), arcediano de Molina

SILVA, Juan de, (desde 1468)

SILVA, Martín de, (desde 1473)

SOTOMAYOR, Fernando de, (†1477)

TENORIO, Rodrigo, (desde 1490-†1525)

TOLEDO, Gutierre de, (desde 1473)

TORRES, Pedro de, (†1478)

TORRES, Luis de, (†1479), arcediano de Medina

VARGAS, Rodrigo de, (†1480)

VARGAS, Pedro de, (1482-†1491)

VÁZQUEZ DE ARCE, Fernando, (desde 1473), prior de Osma

VERA, Juan de, (1467-1470)

VILLADIEGO, Gonzalo de, canónigo doctoral (desde 1476)

VILLAMINAYA, Cristóbal, (desde 1475)

VILLAMINAYA, Diego de, canónigo (desde 1468) y **capellán mayor** (desde 1469-1489)

YANGUAS, Martín de, (1469-1475), tesorero de Coria

YÁÑEZ, Alonso, (desde 1488)

ZAPATA, Martín, canónigo (desde 1473) y **tesorero** (desde 1476)

ZAPATA, Rodrigo, (desde 1473)

2.- CANÓNICOS EXTRAVAGANTES

AGUILERA, Alonso de, (1468-1470), clérigo de la Iglesia
ALONSO, Pedro, (desde 1473), arcipreste de Ocaña, capellán del arzobispo
ÁLVAREZ, Fernando, (1476-1477), cura de Herrera
ÁLVAREZ DE SANTIAGO, Pedro, (hasta 1472), clérigo de Palencia
ARGARVE, Rodrigo de, (1467-1474), capellán de la capilla de Reyes
AUGUIX, Pedro, (desde 1477), cura de Batres
AYALA, Pedro de, (desde 1479), canónigo de Ávila

BIEDMA, Juan de, (1470), cura de Recas
BIEDMA, Juan de, (hasta 1475), cura de Casalgordo

CALLEJA, Antonio de la, (desde 1474)
CONTRERAS, Juan de, (1475-1476), cura de Cuenca

DÍAZ DE ALARCÓN, Pedro, (desde 1470), cura del Casalgordo
DÍAZ DE RECAS, Juan, (1469-1479), clérigo de la diócesis de Calahorra

FERNÁNDEZ, Gonzalo
FERNÁNDEZ, Juan (desde 1493)
FERNÁNDEZ, Nicolás (hasta 1493)

GARCÍA DE BUENDÍA, Pedro (†1477)
GARCÍA, Francisco, (desde 1480), clérigo beneficiado de San Nicolás
GÓMEZ DE ARÉVALO, Martín (†1472)
GÓMEZ DE AYLLÓN, Fernando, (desde 1472), clérigo de Toledo
GÓMEZ DE ILLESCAS, Diego, (desde 1472), clérigo de Illescas
GÓMEZ, Diego, (1475-1477), cura de Seseña
GÓMEZ DE AYLLÓN, Pedro (hasta 1469)
GÓMEZ, Juan, (desde 1476), cura de San Lorenzo
GÓMEZ RAMOSO, Pedro, (1475-1480), cura de Totanés
GÓMEZ DE MESA, Pedro, (1470), arcipreste de Madrid

LÓPEZ DE ARÉVALO, García, (1473-1476), capellán de Reyes
LÓPEZ DE PORRES, Pedro, (desde 1470), capellán de los Reyes
LUCANO, Pedro, (desde 1489),clérigo de la diócesis de Ávila, criado y familiar del papa

MADRID, Francisco de, (desde 1469)
MARTÍNEZ, Juan, (†1468), cura de Toledo
MARTÍNEZ DE CABREJAS, Andrés, (1467), cura de Alía
MARTÍNEZ MORCILLO, Alonso, (1467-1470), cura de Talavera
MEDRANO, Justo de (1472-1477)
MENÉNDEZ, Gonzalo (†1467)
MESA, Diego de, (desde 1477), cura de Espartinas

PEÑARANDA, Alonso de (desde 1479)
POYATOS, Andrés de, (1477-1480), clérigo, familiar del arzobispo Carrillo (1477-1480)
PUENTE, Jorge de la (hasta 1475)

RIBADENEIRA, Pedro de, (desde 1471), capellán de los Reyes
RUEDA, Lope de, (desde 1469)

SALCEDO, Juan de, (†1489), cura de San Andrés
SAN LORENZO, Francisco de, (1470-1472)
SÁNCHEZ DE CHILOECHES, Mateo
SÁNCHEZ DE MADRIGAL, Sancho (†1481)
SÁNCHEZ DE OCAÑA, Antón, (hasta 1475), clérigo de la diócesis

TENORIO, Rodrigo
TORREJÓN, Juan Alfonso de
TROYA, Alonso de, (desde 1477), clérigo de Toledo

3.- RACIONEROS

AGUILERA, Alonso de, socapiscol
AJOFRÍN, Gudiel de, (desde 1470)
ALFONSO, Diego, (desde 1478)
ALFONSO, Pedro, (†1467)
ALONSO, Fernando, (†1476)
ÁLVAREZ, Enrique
ÁLVAREZ DE VARGAS, Pedro, (1470-1479)
ÁLVAREZ DE CEPEDA, Enrique, (desde 1478), prestamero de la iglesia de San Vicente
ARENAS, Lope de, (1474-1480)
AYALA, Juan de, (desde 1490), cura de Villaseca
AYALA, Pedro de, (desde 1469), clérigo de Toledo
AYLLÓN, Juan de, (1475-1478)

BRIHUEGA, Jorge de, socapiscol (desde 1472)
BUENDÍA, Tello de, (1468), arcediano de Toledo

CAÑIZARES, Rodrigo de, (hasta 1479)
CARRASCOSA, Miguel de (desde 1493)
CASARRUBIOS, Pedro de
CASTILLO, Alonso del
CASTILLO, Juan del, (1473-1474), vicario de Alcolea, familiar del arzobispo Carrillo
CERECEDA, Juan de, (1471-1476)
CERVATOS, Gudiel de, (hasta 1476)
CESPEDES, Rodrigo de
CONTRERAS, Alonso de, (†1478), canónigo de Segovia
CONTRERAS, Francisco de, (hasta 1477), notario y secretario del cabildo
CONTRERAS, Juan de, (1476-1477)
CORONEL, Alfonso, (1479-1480), clérigo de Ciudad Real
CRISANTOS, Juan de, organista (desde 1480)
CRUCES, Blas de (desde 1493)
CUENCA, Alonso de, (desde 1477), clérigo de Cuenca
CUENCA, Tomás de (1477)
CUETO, Nicolás de, (1490-1493), clérigo de la diócesis

DÍAZ DE FUENSALIDA, Alonso
DÍAZ DE MADRID, Pedro, (hasta 1468)
DURÁN, Alfonso, (desde 1480), clérigo de la diócesis

ERVÁS, Fernando de, (desde 1471), cura de Santo Tomé
ESTÉBANEZ, Juan de (hasta 1471)

FERNÁNDEZ AZOR, García (desde 1475)
FERNÁNDEZ DE ALCALÁ, García (1472-1474)
FERNÁNDEZ DE INSOLA, Gonzalo, (1472-1474), canónigo de Mondoñedo
FERNÁNDEZ DE MADRID, Juan, (†1466)
FERNÁNDEZ DE TOLEDO, Nicolás, (1468)
FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Sancho (desde 1468)
FERNÁNDEZ DE VILLALOBOS, Pedro
FLORES, Gaspar, (1494)
FLORES, Isidro, (hasta 1493)
FONCEA, Juan de, (desde 1491)
FUENSALIDA, Juan de, (desde 1474)
FUENSALIDA, Rodrigo de (1475-1477)
FUENTELENCINA, Lope de (1477-1478)

GARCÍA, Luis
GARCÍA DE ALCOCER, Diego (1469-1477)
GARCÍA HAMUSCO, Pedro (1476-1478)
GARCÍA DE FUENTELENCINA, Pedro, (†1477)
GARCÍA DE SEVILLA, Juan, (hasta 1468)
GASCÓN, Fernando, (hasta 1475)
GAYTÁN, Gonzalo de
GÓMEZ, Alonso, (desde 1480), capellán de los Reyes
GÓMEZ, Antonio, arcipreste de Escalona
GÓMEZ, Antonio, tenor, (desde 1492)
GÓMEZ, Diego,
GÓMEZ, Juan, (1473-1476), cura de San Lorenzo
GÓMEZ DE ALCALÁ, Pedro,
GÓMEZ DE ALCÁZAR, Pedro (desde 1480)
GÓMEZ DE ALMARAZ, Antonio, (desde 1470)
GÓMEZ DE ÁVILA, Alvar, (†1477)
GÓMEZ DE AYLLÓN, Diego, (1469-1478)
GÓMEZ DE CAÑIZARES, Ruy, (dese 1475)

GÓMEZ DEL CASTILLO, Pedro, (desde 1477)
GÓMEZ DE CUENCA, Pedro, (†1471)
GÓMEZ DE SEGOVIA, Alonso
GÓMEZ DE SEVILLA, Pedro
GÓMEZ DE TURUÉGANO, Alonso, (desde 1471)
GONZÁLEZ, Alonso, (hasta 1470)
GUADALAJARA, Marcos de, (1470-1475)

HERNÁNDEZ, Ruy, (†1490)
HERRERA, Alonso, (desde 1490), clérigo de Toledo
HURTADO DE MENDOZA, Juan, (1491-1492), clérigo diócesis de Burgos

ILLESCAS, Fernando de, (1471-1490)

JARAVA, Juan de, (1469-1470), cura del Bonillo

LAGARTO, Pedro, claustrero
LEÓN, Juan de, (1480-1485), clérigo de la diócesis de Osma, familiar del arzobispo
LÉON, Rodrigo de, (1475-1476), clérigo de la diócesis de León
LÓPEZ, Diego, (desde 1492)
LÓPEZ AGUADO, Iñigo, (desde 1478), del concejo del arzobispo,
LÓPEZ DE UTIENA, García, (desde 1478), clérigo en Valdemoro

MADRID, Pedro de, (1479-1480)
MALDONADO, Jorge, (desde 1478)
MARIANA, Alonso de, (hasta 1477)
MARTÍNEZ, Gonzalo, organista, (†1490)
MARTÍNEZ DE AVILÉS, Pedro
MARTÍNEZ DE CABREJAS, Andrés, (hasta 1467), cura de Alía
MARTÍNEZ DEL CASTILLO, Juan, (desde 1477), capellán y familiar del arzobispo Carrillo
MARTÍNEZ DE FONTONA, Alonso, (1468-1469)
MARTÍNEZ DE ORTEGA, Juan (hasta 1479), capellán del arzobispo
MARTÍNEZ DE TOLEDO, Juan
MOLINA, Diego de, (1472-1473)
MONDÉJAR, Alonso de, (†1469)
MONTOYA, Alonso de, (desde 1479), clérigo de Toledo

MORALAES, Juan de, (hasta 1473), deán de Sevilla
MORUETA, Juan de (desde 1480)
MURCIA, Francisco de (desde 1477)

NAVAMORCUENDE, Bernardo, (hasta 1490)
NUÑEZ DE HERRERA, Pedro, (desde 1466)

OCAÑA, Alonso de, (desde 1491)
OLIVERA, Pedro de, (†1472)
ORELLANA, Gómez de, (1474)
ORTIZ, Francisco, (1467)

PACHECO, Rodrigo (hasta 1493)
PALENCIA, Luis de, (1485-1490), clérigo de la diócesis de Palencia
PASTRANA, Bartolomé de, (desde 1474)
PEÑARANDA, Alonso de, (hasta 1490)
PÉREZ DE CABRERA, Juan, (desde 1474), chantre de Segovia
PUENTE, Pedro de la, (1476-1480), secretario del arzobispo Carrillo

RAMÍREZ DE ARGÉS, Francisco
RANGEL, Diego, (1478-1480), cura de Pozuelo y Majadahonda, secretario del arzobispo
REBOLLEDO, Antonio de, clérigo y familiar del arzobispo (1477-1479)
RODRÍGUEZ, Juan, (desde 1468), abad y capellán de Reyes
RODRÍGUEZ DE ALCARAZ, (desde 1490), Diego, clérigo de la diócesis de Palencia
RODRÍGUEZ DE MADRID, Gonzalo, clérigo de Toledo (desde 1477)
RODRÍGUEZ DE OVIEDO, Diego
RODRÍGUEZ DE TRUJUEQUE, Pedro, (desde 1472)
RUIZ, Pedro
RUIZ DE CUENCA, Lope (hasta 1491)
RUIZ DE FRÍAS, Juan
RUIZ DE PASTRANA, Juan (desde 1474)
RUIZ DE TORRES, Pedro (†1480)

SALAMANCA, Alonso de, (1479), canónigo de Segovia
SAN ANDRÉS, Juan de (desde 1471)
SÁNCHEZ, Esteban (†1472)
SÁNCHEZ, Fernando (†1469)
SÁNCHEZ DE ARANDA, Pedro
SÁNCHEZ DE BRIHUEGA, Juan
SÁNCHEZ DE CABAÑAS, Pedro, (1477-1478), arcipreste de Ilescas
SÁNCHEZ DE HUETE, Fernando
SÁNCHEZ DE LA TORRE, Alonso (†1472)
SÁNCHEZ DE SAN MIGUEL, Diego (1476-1491)
SÁNCHEZ DE VILLATOBAS, Alonso, socapiscol
SÁNCHEZ DE ZAMORA, Diego, organista (desde 1482)
SÁNCHEZ DEL LUNAR, Mateo, (desde 1480)
SANDOVAL, Juan de, (desde 1492)
SORIANO, Gil, (1479-1480), arcipreste de Chinchilla
SUÁREZ DE GUEVARA, Pedro (hasta 1475)
SUÁREZ OLIVA, Alonso, (desde 1491)

TOLEDO, Pedro de, (1474)
TOLOSA, Dámaso, (hasta 1491)
TORREJÓN, Juan Alfonso de, (desde 1467)

VALDIVIESO, Francisco, (hasta 1490)
VALENCIA, Francisco de, (†1474)
VARGAS DE, Juan
VARGAS, Rodrigo de
VÁZQUEZ, Alonso, (desde 1490), capellán del cardenal Mendoza
VÁZQUEZ, Antón, (1476-1478)
VÉLEZ, Alonso, (desde 1468), canónigo de San Salvador de Sevilla
VILLALOBOS, Pedro de
VILLAMINAYA, Diego de, (hasta 1475)
VILLARREAL, Juan de, claustrero (1490-1492)
VILLARREAL, Francisco de (desde 1479)

YEPES, Pedro de (desde 1472)

ZAPATA, Rodrigo, (1473), cura de Magán

4.- CAPELLANES²⁴

AGUILAR, Diego de
AGUILERA, Alonso de, capellán de San Blas
ALCÁZAR, Rodrigo de, capellán de la greda
ALMODÓVAR, Juan de, sacristán del sagrario
ALONSO, Cristóbal, canónigo, capellán mayor de San Blas
ALONSO, Pedro
ÁLVAREZ DE LA MONJA, Juan, canónigo de Talavera
ANGUIJE, Pedro
ARAVALLLO, Alonso de
ARCE, Francisco de, cantor y capellán de San Pedro
ARIAS, Juan
ARGARVE, Rodrigo
AYLLÓN, Juan de, cantor y capellán del arzobispo Carrillo
AZAFRÁN, Esteban de, capellán de la greda

BARCO, Alonso del, capellán de la greda
BARROSO, Bernardino
BLÁZQUEZ, Diego, capellán de San Pedro

CAMAS, Martín de
CAMPO, Alonso de, capellán de San Blas y del coro
CARRANZA, Gonzalo Alfonso, capellán de la capellanía de Diego
Gutierrez Villayzán, chantre de Sigüenza
CASTELLANO, Rodrigo
CASTILLO, Juan del
CONTRERAS, Alonso de
CONTRERAS, Diego de, capellán de San Blas y del coro
CONTRERAS, Juan de
CÓRDOBA, Lorenzo de

ERVÁS, Francisco de
ERVÁS, Fernando de, cura de Santo Tomé

²⁴ A no ser que se indique la titularidad de otra capellanía, se trata de capellanes del coro. Excepcionalmente no hemos incluido en el listado las fechas de inicio y final de la posesión, ya que sus titulares compatibilizaban y se cruzaban en más de una ocasión en sus capellanías, lo que dificulta precisarlas.

ERVÁS, Martín de

FERNÁNDEZ, Alonso, capellán de San Pedro y del coro
FERNÁNDEZ DE BÉJAR, Diego, capilla del tesorero
FERNÁNDEZ DE MADRID, Juan, racionero y capellán de la capilla de San Pedro
FERNÁNDEZ DE PEÑALOSA, Nuño, canónigo de Segovia
FERNÁNDEZ DE TOLEDO, García, capellán de San Blas
FERNÁNDEZ DE TRUJILLO, Alonso
FERNÁNDEZ DE YEPES, Juan
FRÍAS, Pedro de
FUENSALIDA, Rodrigo de

GÁLVEZ, Diego de
GARCÍA, Antonio
GARCÍA, Francisco, clérigo de la diócesis de Ávila
GARCÍA, Juan, cura de San Soles
GARCÍA DE MADRID, Gómez
GARCÍA DE OCAÑA, Alonso
GARCÍA DE PAREDES, Juan
GARCÍA DEL PRADO, Pedro
GARCÍA DE TOLEDO, Juan, capellán de la greda y sacistán del sagrario
GARCÍA DE VILLASECA, Juan, cura de Cuenca
GÓMEZ, Antonio, tenor
GÓMEZ, Diego, cura de San Martín de Valdeiglesias, bachiller
GÓMEZ, Gil, capellán de la greda
GÓMEZ, Juan, cura de La Mata
GÓMEZ DE ALCARÁZ, Antonio, racionero y capellán de la capellanía de doña Elvira de Fuensalida
GÓMEZ DE ARÉVALO, Juan, cura de Santa María de Alcalá
GÓMEZ DEL ARRABAL, Alonso, capellán de la princesa
GÓMEZ DE AYLLÓN, Diego, racionero y capellán del tesorero
GÓMEZ DE AYLLÓN, Fernando,
GÓMEZ DE AYLLÓN, Pedro, canónigo, capellán mayor de San Blas
GÓMEZ DE CABAÑAS, Andrés
GÓMEZ DE CARRANZA, Juan
GÓMEZ DEL CASTILLO, Pedro
GÓMEZ DE CHUECA, Pedro
GÓMEZ DE MESA, Pedro
GÓMEZ DE OCAÑA, Juan, tesorero de Santa Leocadia
GÓMEZ DE OCAÑA, Pedro

GUADALUPE, Juan de
GUTIÉRREZ, García

HERRERA, Alonso de
HUETE, Alonso de

LAGARTO, Pedro de, capellán de la greda
LEÓN, Diego de
LEÓN, Johanes de
LEÓN, Francisco de
LIZANA, Juan de
LÓPEZ, Juan
LÓPEZ, Ruy, beneficiado de Santiago el Nuevo de Talavera
LÓPEZ DE ALCALÁ, Pedro, criado del arzobispo Carrillo
LUCENA, Juan de

MALDONADO, Jorge, capellán de Reyes Nuevos
MARQUINA, Juancho de
MARTÍNEZ DE AJOFRÍN, Antón, capellán de la greda
MARTÍNEZ DE AVILÉS, Pedro, racionero y capellán de San Blas
MARTÍNEZ DE COGOLLUDO, Juan
MARTÍNEZ DE HUETE, Alonso, capellán de San Blas y del coro
MEDINA, Juan de
MEDRANO, Alonso, cura de Noez
MEJORADA, Juan de, capellán de la greda y del coro
MESA, Diego, capellán de San Ildefonso
MOLINA Juan de, criado y familiar del arzobispo Carrillo
MONJA, Juan de la
MONTALVILLO, Miguel de
MONTESINOS, Diego de
MORALES, Pedro de

NARANJO, Andrés de

OCAÑA, Gonzalo de
OCAÑA, Gabriel de
ORTIZ DE TALAVERA, Francisco

PASTRANA, Bartolomé, racionero y capellán de San Blas
PÉREZ, Fernando, arcipreste de Maqueda
POLENTINOS, Francisco de
PRADO, Pedro del, capellán de la greda

RAMÍREZ, Pedro
RANGEL, Rodrigo, criado y familiar del cardenal Mendoza
RIBADENEIRA, Rodrigo
RODRÍGUEZ BARBA, Diego, racionero y capellán de San Blas
RODRÍGUEZ DE OVIEDO, Diego, capellán de la capellanía de Pedro
Fernández de Burgos
RUIZ DE FRÍAS, Juan
RUIZ DE SEGOVIA, Antón, cura de Arroba

SAHAGÚN, Fernando de
SÁNCHEZ, Antón, cura de San Juan de la Leche
SÁNCHEZ, Bartolomé, cura de La Guardia
SÁNCHEZ, Cristóbal, cura de San Isidro de Toledo
SÁNCHEZ, Juan, cura de Yepes
SÁNCHEZ, Pedro
SÁNCHEZ, Juan, cura de San Vicente, capellán de San Pedro y del coro
SÁNCHEZ DE CARRANZA, Juan, capellán de San Blas
SÁNCHEZ DE CUENCA, Juan
SÁNCHEZ DE LA HIGUERA, Juan
SÁNCHEZ DEL HOSPITAL, Alonso
SAN ANDRÉS, Juan de
SAN LORENZO, Diego de
SAN MIGUEL, Mateo de
SAN ROMÁN, Diego de
SIGÜENZA, Pedro de

TÁRRAGA, Cristóbal
TOLEDO, Juan de, capellán de la capellanía de Pedro Fernández de Burgos

VALLE, Francisco de
VÁZQUEZ, Antonio, cura de Recas
VÁZQUEZ, Juan
VIANA, Fernando de
VIDA, Fernando de la

VILLAFRANCA, Fernando de
VILLALOBOS, Antonio de
VILLALOBOS, Juan de
VILLALOBOS, Pedro de
VILLARREAL, Alonso de
VILLARREAL, Juan de, capellán San Pedro y del coro

YEPES, Juan de
YEPES, Pedro de

ZAMORA, Diego de, capellán de San Blas

III.- APÉNDICE DOCUMENTAL

Documento 1

1423, octubre, 9, Toledo

Constitución del deán y cabildo sobre el Libro del Refitor.

B.C.T. MS 23-17, f. 33v-34v.

B.N. Mss. 6260, f. 29v-30v.

In nomine domini Amen. Ad perpetuam rei memoriam. Sepan los que este publico instrumento de constitucion vieren como en nueve dias del mes de octubre, anno del nacimiento de Nuestro Salvador Ieshu Christo de mill e quatroçientos y veinte y tres annos, los honrrados y çircunspectos señores Alonso Garçia de Alcaraz, doctor en decretos, canonigo e lugartheniente de dean y cabildo de la yglesia de Toledo, estando ayuntados en su cabildo segun que lo han de uso e costumbre espeçialmente para ordenar lo infra scripto, dixeron que por quanto en los tiempos pasados antiguamente los mandamientos que se libravan por ellos asi de de graçia como de otros mrs. y pan se registravan en un registro e sennalavan de la sennal de un canonigo capitulante que tenia el dicho registro y de algun tiempo aca se dexaron de registrar, se ha hallado por experiençia que se an seguido asas dannos a la mesa de su refitor. Por ende dixeron que por evitar los dichos dannos que, avido entrellos solemne tratado sobrello y madura deliberaçion en diversos dias que acordaron de fazer y ordenar y fizieron y hordenaron la ordenaçion y constitucion infra scripta conviene a saber, que de oy en adelante todos los mandamientos que sean librados y dados para el reçeptor de sus vestuarios o para el refitolero o para otra qualquiera persona o personas que en qualquiera manera tengan o tuvieren dineros o pan que pertenesca al dicho cabildo o a su mesa del refitor asi por raçon de la dicha su mesa como por parte de canonigos o en otra qualquiera manera y los mandamientos de execuçion de las constituciones que de costumbre suele librar solo el dean que por tiempo es y en su ausençia el su lugar theniente por el puesto o por la constitucion que todos sean registrados en un libro, el qual libro tenga un canonigo capitulante y registre o faga registrar los dichos mandamientos el dicho libro y los sennale de su sennal el qual canonigo quando le fuere encomendado el dicho registro luego faga juramento de no pasar al registro ni sennalar mandamiento alguno sin que primero sea buen çertificado que el cabildo mando dar el dicho mandamiento e jure eso mismo que no registrara ni sennalara mandamiento que contenga graçia si supiere o saber pudiere que uno solo de los capitulantes que fueron interessentes en cabildo, no consintio en la dicha graçia y que el reçeptor de los vestuarios e refitolero o otra qualquiera persona que agora son o seran de aqui adelante en quien fueren librados los

dichos mrs. o pan que no sean osados de pagar ni pague mrs. algunos de la su mesa de refitor nin de sus vestuarios nin de otra qualquiera cosa por alvala ni alvalaes que les sean mostrados ni dados ni por otro mandamiento alguno salvo si los tales mandamientos fueren robados de los nombres del dean que por tiempo fuere o del su lugartheniente dexado por el dean o del que tuviere lugar de dean por vigor de la constitucion y de un otro canonigo capitulante segun lo an de uso e costumbre e que los dichos mandamientos vayan registrados e sennalados en las espaldas del que tuviere el dicho registro en otra manera que les no sea reçebido en quenta y lo paguen de lo suyo e este ofiçio deste dicho registro que se ponga cada anno segun e al tiempo que los otros ofiçiales temporales e anuales. E los dichos sennores cabildo nemine discrepante dixerón que ansi lo ordenavan e ordenaron por constitucion valedera para siempre e mandaron a mi el notario infra scripto que lo diese asi signado e lo asentase el libro de las constituciones de la dicha yglesia y rogaron e llamaron por testigos a los presentes que son estos, Martin Fernandez de Sevilla, raçionero de la dicha yglesia e Alonso de Rodriguez, pertiguero e Martin Ruiz, ombre del dicho cabildo para estos llamados espeçialmente rogados e Gonçalo Gonçalez, notario, y encomendaron el dicho registro al honrrado varon Pablos Garçia canonigo capitulante de la dicha yglesia de aqui al dia de navidad e dende en un anno primero siguiente. el qual lo açepto e fizo el dicho juramento en la manera y forma susodicha.

Documento 2

1435, noviembre, 2, Toledo

Constitución del deán y cabildo sobre residencia de los capitulares.

B.C.T. MS 23-17, f. 35v-37r.

B.N. Mss. 6260, f. 31r-32v.

In nomine domini amen. Sepan quantos este publico instrumento vieren como en la muy noble çiudad de Toledo dos dias del mes de noviembre del anno del nasçimiento de Nuestro Salvador Ieshu Christo de mill y quatroçientos y treinta y çinco annos, los sennores dean e cabildo de la yglesia de Toledo ayuntados en su cabildo segun que lo an de uso e costumbre espeçialmente tal dia como este que suelen tener cabildo general segun las constituciones de la dicha yglesia acatando que la dicha yglesia tiene previllegio appostolico e constitucion en los quales en efeto entre otras cosas es contenido que el canonigo prebendado della que fuere previllegiado por estar en estudio general estudiando o leyendo e estuviere en corte de Roma o previllegiado en otra manera qualquier, que aya de vestuario en cada un anno sesenta florines de oro del cunno de Aragon solum et dum taxat aunque los fructos de los vestuarios valan mucho o poco, y que

sacadas del valor de los dichos vestuarios de cada un anno los florines que montaren que an de aver los dichos previllegiados segund dicho es cada uno sesenta florines, todo lo otro residuo queda a los presentes y interessentes en la dicha yglesia, es a saber, a los canonigos prebendados de la dicha yglesia que ovieren hecho su residencia personal e anual.

Y despues segun que quiere la constitucion de la dicha yglesia, las dignidades y canonigos faziendo su residencia personal en la dicha yglesia de sesenta dias y los canonigos prebendados noventa dias continuos o ynterpolados y que comienze el anno de Sant Miguel de setiembre segun costumbre y constitucion de la dicha yglesia, e por quitar muchas questionnes que podian acaesçer en la division del dicho remanente hordenaron y estableçieron perpetuamente valituro que de aqui adelante pagados los dichos previllegiados segun e por la forma que dicha es que todo el otro remanente que asi remanesçiere del cumulo de las dichas rentas, que sea y çeda a los canonigos prebendados residentes et interessentes que ovieren hecho su residencia personal anual e despues de cada un anno fiçieren la dicha residencia personal las dignidades canonigos de sesenta dias y los canonigos prebendados de noventa dias segund dicho es y lo quiere la constitucion de la dicha yglesia, lo qual quisieron que se repartiese por cabeça ygualmente a cada un canonigo su parte de los presentes y interessentes.

Pero que quisieron e mandaron que del cumulo deste remanente fuesen tomados de cada un anno diez y ocho mill mrs. para repartir a los tres cabildos acostumbrados llamados partiçiones, conviene a saber, el primer cabildo que es para hazer y declarar de las condiçiones con que se han de arrendar los vestuarios y el segundo cabildo que es del nombrar del receptor de los dichos vestuarios y el terçero cabildo del declarar de las absençias de los canonigos absentes que no ganaron los vestuarios a cada un cabildo destos que se repartan seis mill mrs., los quales dichos mrs. quisieron e mandaron que sean repartidos a los canonigos presentes e ynteressentes a ellos. Y a los otros canonigos que la maior parte del anno fueron presentes y ynteressentes en la dicha yglesia no embargante que no sean presentes e interessentes a los dichos tres cabildos, y ordenaron que los dichos tres cabildos se tengan de cada un anno desde Todos Sanctos hasta Navidad e los dias que por ellos fueren hordenados y que de ante noche para cada uno de los dichos cabildos tener sean llamados los canonigos de la dicha yglesia por çedula del dean o su lugartheniente continente en si el dicho negoçio para que son llamados.

Y por quanto algunas veçes acaesçe en la dicha yglesia o acaesçer podia aver canonigos prevendados que no son ordenados ni se quieren ordenar de horden sacro por lo qual la dicha yglesia padeçe defecto de serviçio asi en el culto divino açerca del altar como en los cabildos que no pueden en ellos estar y podrian dar buenos consejos a la dicha yglesia si en

los dichos cabildos fuesen interesantes, ordenaron y mandaron que de aqui adelante los tales canonigos que no fueren in sacris constitutos que no ayan ni les sea respondido cada un anno con mas de la mitad del vestuario caso que ayan hecho la primera residencia anual y personal y despues de cada un anno la residencia que dicha es y quiere la dicha constitucion y esto fasta que sean ordenados de orden sacro.

Y de todo esto en como paso los dichos sennores mandaron, requirieron e rogaron a mi Rui Garcia, canonigo de la dicha yglesia e notario appostolico que les diese uno o dos, tres o mas publicos instrumentos signados de mi signo para guarda y conservacion de su derecho y de aquel o aquellos a quien el negoçio atañe o atañer puede al presente e en los tiempos venideros y luego pusiese de todo ello un publico instrumento y lo signase de mi signo en el libro de las constituciones de la dicha yglesia porque todo lo suso mas fuese publico. E fue fecho y paso lo susodicho en la dicha çibdad de Toledo, lugar, dia e mes y anno susodichos, testigos qye fueron presentes los honrrados varones don Vasco Ramirez de Guzman, arçediano, Martin Fernandez, arçediano de Medina, bachiller en decretos, Alonso Sanchez de Jaen, Pero Hernandez bachiller en decretos, Alonso de Contreras, bachiller en decretos, canonigos de la dicha yglesia, e yo Rui Garcia de Villaquiran, canonigo otrosi notario del dicho cabildo.

Documento 3

1437, febrero, 26, Roma

Carta de don Juan de Cerezuela ordenando a deán y cabildo que den las capellanías a clérigos idóneos.

A.C.T. E.1.A.3.8a.

Nos el arçobispo de Toledo, primado de las Espannas, chañçeller mayor de Castilla fasemos saber a vos el dean de la sancta iglesia de Toledo, nuestro provysor e vicario general, que por parte de los capellanes del coro desta dicha nuestra egleſia, nos es dicho e denunçiado que vos el dicho dean e cabildo, por les hacer mal e danno que dades e encomendades las capellanias de los capellenes absentes a los clerisones del coro desta dicha nuestra egleſia e a otras personas no sufiçientes, de lo qual los dichos capellanes dis que resçiben asas danno e pidieron nos por merçed que los proveyemos con justiçia çerca dello e nos en ello queriendo proveer porque entendemos si lo sobredicho asy es que vos el dicho dean dades e encomendades las dichas capellanyas en clerigos no prestes ser en deservyçio de Dios et de la dicha nuestra egleſia. Por ende, por la presente mandamos a vos el dicho dean que agora ny de aqui adelante non dedes ny encomendedes capellanyas algunas de las sobredichas ny de otras

qualesquier salvo a clerigos de mysa e que sean ydoneos e asas suficientes, et vos mandamos que si algunos clerigos que non son prestes las tienen les limytedes e asignades termino rasonable que se ordenen o gelas quetedes luego e las encomendades a personas clerigos prestes e suficientes como dicho es. Et non fagades el contrario por alguna manera, pues que es serviçyo de Dios e nuestro e de la dicha nuestra eglesia en testimonio de lo qual mandamos dar e damos esta nuestra carta firmada de nuestro nombre e sellada con nuestro sello en las espaldas. Fecho en la villa de Roma, a veynt et seys dias del mes de febrero, anno del nascimiento de Nuestro Sennor Ihesu Christo de mill e quatrocientos e treynta e siete annos.

Documento 4

1456, octubre, 17, Alcalá de Henares

Concordia entre el arzobispo Carrillo y el cabildo sobre la alternancia en las provisiones catedralicias.

A.C.T. Z.1.G.1.8.

Por quanto el muy santo padre Calisto tercero otorgo un indulto e alternatyva al muy reverendo in Christo padre e sennor don Alfonso Carrillo, arçobispo de Toledo, primado de las Espannas, chançiller mayor de Castilla, para que en las dignidades, calongias e raçiones e prestamos e prestameras e benefiçios curados symples e servideros e otros benefiçios qualesquier que vacasen en la su sancta yglesia de Toledo e su diocesis alternase en la collaçion e provisyon dellas con el dicho santo padre Calisto en esta manera.

Que de todas las dichas dignydades, calongias, raçiones e benefiçios e prestamos e prestameras que vacasen en la dicha su yglesia e arçobispado de Toledo en los meses de febrero e abril e junyo e agosto e otubre e disiembre que pudiese proveer el dicho sennor arçobispo por su autoridad. E por quanto el dicho sennor arçobispo segun costumbre ha de prover en uno con los sennores de su cabildo de dicha su sancta yglesia de Toledo de las calongias e raçiones que vacaren en la dicha yglesia, item, dicho sennor arçobispo quiso e mando que por guadar el honor e buenos usos e costumbres de su cabildo e yglesia, que la bulla sobre la dicha alternatyva se expidiese para que el dicho sennor arçobispo proveyese de las calongias e raçiones que vacaren en la dicha su sancta iglesia en los meses suso especificados en uno con los sennores del dicho su cabildo et porque los dichos sennores del dicho cabildo no deven goçar de la dicha alternatyva en que provea el dicho sennor arçobispo en uno con ellos de las calongias e raçiones que vacaren en la dicha su sancta yglesia mas de quatro meses, pues que segund la dicha costumbre no tovyeron mas et los dos meses restantes que queden totalmente a disposyçion del dicho sennor arçobispo

para que su merçed provea de las calongias e raçiones que vacaren en los dichos dos meses a su voluntad, e para tratar e concordar la manera que en ello se avya e ha de tener el dicho sennor arçobispo nombro e deuto por su parte al honrado don Fernand Gonçales, arçediano de Sigüenza, su mayordomo mayor e los dichos sennores dean el cabildo de la dicha su sancta yglesia de Toledo nombraron e deputaron por su parte al honrado Pedro Rodrigues de Durasno, canonigo de la dicha sancta yglesia de Toledo, los quales avydo su tratado lo concordaron e ygualaron en esta manera siguiente.

Primeramente, que de las calongias e raçiones que vacaren en la dicha sancta yglesia de Toledo en los meses de febrero e abril e junyo e agosto, que el dicho sennor arçobispo provea dellas en uno con los sennores de su cabildo en esta guisa: que la primera calongia que vacare en los dichos quatro meses que se de e provea a quien el dicho sennor arçobispo quisiere e por bien toviere et la segunda calongia que vacare en los dichos quatro meses que se de e provea a quien los dichos sennores dean e cabildo quysieren e les ploguyere et sit de singulis en manera que syempre la primera calongia se de a voluntad del dicho sennor arçobispo et la segunda a voluntad de los dichos sennores dean e cabildo et en esta mesma forma se disponga de las raçiones que vacaren en la dicha sancta yglesia en los dichos quatro meses quel dicho sennor Arçobispo disponga de la primera et los dichos sennores de la segunda.

Et asy mismo que todas las calongias e raçiones que vacaren en los meses de otubre e disiembre de cada anno durante la dicha alternatyva que se den a voluntad e diposición del dicho sennor arçobispo a quien su merçed quysiere et por bien tovyere. Et que en las calongias e raçiones que vacaren en cada uno destos dichos dos meses de otubre e disiembre que non alternen los dichos sennores del cabildo con el dicho sennor Arçobispo salvo que se provea a quien el dicho sennor arçobispo plogiese segund dicho es et que cada e quando alguna o algunas calongia o calongia, raçion o raçiones vacara o vacaren en alguno de los dichos meses de otubre e disiembre, que los dichos sennores del cabildo den su comysion e poderio plenario a qualquier canonygo de la dicha sancta yglesia que el dicho arçobispo nombrare para que su merçed pueda proveer e provea en uno con el dicho canonigo de las dichas calongias e raçiones que vacaren en qualquier de los dichos meses de otubre e disiembre a quien el dicho sennor arçobispo quisyere e por bien tovyere.

Et por ende, los dichos sennores arçediano e Pedro Rodrigues, canonigo, firmaron de sus nombres la dicha concordya por ellos tractada e concordada segund de suso se contiene que fue fecha en la villa de Alcalá de Henares, domingo dies e syete dias del mes de otubre, anno del nasçimiento de nuestro Salvador Iesuchristo de mill e quatroçientos e çinquenta e seys annos.

Documento 5

1467, septiembre, 20, Toledo

Acto de publicación de la bula paulina.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 9r.

En la sancta eglesia de Toledo, XX dias de setiembre de LXVII, este dia que se fiso proçesyon general por la entrada de nuestro sennor el rrey don Alfonso en la çibdat de Segovya ovo serviçio en la dicha eglesia e predico Fernando de Çamora, el qual de parte de los dichos sennores notifico e declaro la dicha bulla quanto a los puntos que espeçialmente contenya e la mostro publicamente en el pulpito donde estava fasyendo el sermon, estando muy mucha gente ayuntada en la dicha eglesia et a mayor abundançia fue leyda una escriptura que contenya la summa e declaraçion de la dicha bulla brevemente en romanze en el dicho pulpito a alta et intelligible vos. E los dichos sennores que presentes estavan, el honrrado Pedro Lopes de Sevilla, canonigo, en su nombre, pidieron a mi el notario testimonio. Testigo el venerable cavallero Pedro Lopez de Ayala el moço, aposentador mayor del Rey Nuestro Sennor e su allcalde mayor en Toledo, et el bachiller Fernando Sanchez Calderon et Fernando, nunçio de la cavalleria de Santiago et Rodrigo de Çespedes et Pedro de Villalobos e Pedro de Olivera, raçoneros, vecinos de Toledo.

Documento 6

1468, enero, 24, Arévalo

Constitución de don Alonso Carrillo en la que confirma un estatuto dado por el cabildo el 4 de enero sobre los canónigos pensionarios.

A.C.T. I.6.C.1.5.

B.C.T. MS 23-17, f. 42v-44r.

B.N. Mss. 6260, f. 36v-38r.

Don Alonso Carrillo por la divina miseraçion arçobispo de Toledo, primado de las Espannas, chançiller mayor de Castilla, a vos los venerables hermanos nuestros el dean y cabildo de la Sancta Yglesia de Toledo y singulares personas del presentes y los que despues seran, salud e bendiçion. Sabed que vimos un estatuto por vosotros los dichos dean e cabildo fecho y estatuydo sobre los que tuvieren calongias e prebendas con pension y en que forma devan ser admitidos a ellas, su thenor de la qual es esta que se sigue.

In Dei nomine Amen. Ad perpetuam rei memoriam. Sepan quantos este publico instrumento vieren como dentro en el cabildo de la Sancta Yglesia de Toledo, estando ende los venerables y çircumspectos sennores dean e cabildo de la dicha yglesia de Toledo, conviene a saber, don

Fernand Perez de Ayala, vicario y Rui Garcia de Villaquiran, Pero Lopez de Sevilla, don Diego Gutierrez de Villayçan, chantre de Çiguença, Pero Alfonso Serrano, Pero Fernandez de Toledo, Marcos Martinez, don Fernan Gonzalez, maestrescuela, Pedro de Torres, Hernando de Sotomayor, Diego Delgadillo, don Juan Fernandez, abbad de Medinaceli, don Luis de Torres, arcediano de Medina, todos canonigos prebendados de la dicha Sancta Yglesia, ayuntados capitularmente, llamados por su pertiguero segun que lo an de uso e costumbre en presençia de mi el notario publico e testigos de yuso escriptos, luego los dichos sennores hordenaron y leer y publicar fizieron por mi el dicho notario esta constitucion que se sigue.

Acatando la exçelencia y magnifiçencia desta Sancta Yglesia de Toledo y ser cabeça y primaçia de las Espannas y ser luz y espejo en que las otras yglesias an de mirar y aver acatamiento, en la qual en los tiempos antiguos pasados muy grandes hombres y personas ansi en generaçion como en çiençia fueron canonigos y benefiçados por exemplo de los quales la dicha yglesia y el culto divino y cosas della floreçian y heran sublimadas, y como los tiempos ayan venido en corrupcion de cobdiçia y otras dificultades, conoçiendo que algunas personas no con zelo del serviçio de Dios, antes con elaçion y ambiçion y desseo desordenados an procurado e procuran aver calongias y prebendas en esta dicha sancta yglesia pensionadas, de lo qual se seguiria o verna gran deserviçio a Dios nuestro sennor y disminucion del culto divino que en ella floreçe y se çelebra por que las tales calongias y prebendas por tal via las avran y procuraran personas no utiles ni provechosas al servicio de la dicha yglesia ni a la defension de las rentas y cosas della, y en lo consentir y dar lugar a ello seriamos causa de los tales dannos y corrupciones y avremos de dar estrecha quenta a nuestro sennor y a la gloriosa madre suya, cuyas rentas y emolumentos defructamos y levamos y porque aya diferençia de los canonigos prebendados que limpiamente tienen sus calongias a los tales pensionarios, por ende nos, el dean e cabildo de la dicha sancta yglesia de Toledo, estando ayuntados en nuestro cabildo, llamados por nuestro pertiguero segun lo avemos de uso e de costumbre, especialmente para el negoçio infra scripto, avido primeramente sobre ello asaz deliberaçion y maduro consejo y solemne tratado en diversos dias, todos unanimes y concordados, ordenamos y statuimos que qualquier o qualesquier canonigo o canonigos prebendado o prebendados que ovieren calongia o prebenda a pension en esta dicha sancta yglesia asi enteramente o en qualquier parte o contia que sea pensionada si ovieren de ser reçiuidos y admitidos a la posesion dellas sean con las condiçiones siguientes.

Primeramente que el canonigo pensionario aya y tenga lugar y silla en el choro de la dicha sancta yglesia, aunque sea in sacris constituido, delante y baxo de todos los canonigos prebendados della y ansi mismo en aquel lugar vaya en la proçesion. Otrosi que no entre ni aya voto ni boz con

nosotros en el nuestro cabildo. Otrrosi que no aya lugar de çelebrar ni çelebre en el altar mayor ni en el altar del choro donde se dizen las misas de prima, salvo poniendo altar portatil o tabla como a raçionero. Otrrosi que en todos los dias que oviere proçesssiones en las quales el subdiacono acostumbra levar la cruz asi dominicales como festiales lieve el tal canonigo pensionario la otra cruz y el subdiacono acompanne al preste con el diachono y en todas las otras cosas que aqui no van espeçifiçadas sea tractado como raçionero salvo en los fructos y rentas de su calongia y prebenda que las leve y aya como otro canonigo façiendo su residençia y si la tal calongia pensionada toviere o oviere persona constituida en dignidad, que sacando el lugar de su silla en el choro donde a de estar y asi mismo el lugar de la proçession por respecto de su dignidad. Ordenamos que no leve la cruz en las procesiones pero que no entre ni aya voz con nosotros el dicho nuestro cabildo ni çelebre en dichos altares segun desuso dicho es. La qual dicha constitucion leida y publicada como dicho es los dichos seniores dean y cabildo nemine discrepante dixeron que asi lo ordenavan e ordenaron por constitucion valedera para siempre y rogaron y mandaron a mi, Francisco de Contreras, raçionero de la dicha yglesia, notario publico y su secretario que lo diese asi signado y lo asentase en el libro de las constituciones de la dicha sancta yglesia, lo qual fue fecho e paso en quatro dias del mes de henero, anno del sennor de mill e quatroçientos y sesenta e ocho annos. Fueron presentes testigos los discretos Fernan Sanchez de Guete y Pedro de Villalobos y Juan de Vargas, raçioneros de la dicha sancta yglesia de Toledo para esto llamados y espeçialmente rogados.

El qual por nos visto y con diligencia examinado fallamos ser util y provechoso y aun necessario a la excelençia de la dicha nuestra sancta yglesia y honor de aquella y porque el dicho estatuto tanto neçesario y provechosos sea mejor guardado, nos lo aprovamos, ratificamos y confirmamos tanto quanto mejor podemos dezir y por mayor firmeza y por quitar toda dubda si neçesario es de nuevo lo estableçemos y ordenamos con consejo y acuerdo y con consentimiento del venerable don Tello de Buendia, doctor en decretos, arçediano de la dicha nuestra sancta yglesia por el poder espeçial para esto a el dado por vos los dichos dean e cabildo de la dicha nuestra sancta yglesia y queremos que vala y sea firme este nuestro estatuto e constitucion para agora e para siempre jamas y exortamos, requerimos y mandamos a vos los susodichos y a cada uno de vos que lo guardedes y fagades guardar bien e cumplidamente segun en el se contiene so las penas que incurren los violadores y traspasadores de los loables estatutos de la dicha nuesrtra sancta yglesia y mandamos vos que lo fagades poner en el libro de los statutos della porque como los otros estatutos sea indudablemente guardado y tenido este testimonio, de lo qual mandamos dar esta carta firmada de nuestro nombre e sellada con nuestro sello y signada del nuestro notario infraescripto, dada en la villa de

Arebalo a veinte y quatro dias del mes de enero, anno del nascimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos y sesenta y ocho annos. Testigos que fueron presentes el noble cavallero Gomez Manrique, nuestro mayordomo maior y Juan de Mondejar, ofiçial de nuestros libros mas familiares. Archiepiscopus Toletaus. Yo Diego Rangel, notario publico y secretario del dicho sennor arçobispo en todo lo susodicho en uno con los dichos testigos presente fui y a otorgamiento del dicho sennor arçobispo por si y de don Tello de Buendía arçediano en nombre de los dichos dean e cabildo de la dicha sancta yglesia este publico instrumento de statuto y confirmacion de mi nombre y signo acostumbrados corrobore este testimonio de verdad, mandado, rogado, requerido. Diego Rangel. Notario appostolico.

Documento 7

1469, agosto, 11, Toledo

Ordenamiento capitular sobre los derechos a pagar al pertiguero y el secretario por los beneficiados que tomaran posesión de su cargo.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 23r.

Ordenacion por los sennores sobre los derechos de las recepciones de los beneficiados que ayan de pagar.

En el cabildo los dichos sennores capitularmente ayuntados llamados por çedula ante dia dixeron que por quanto sus ofiçiales, secretario e pertiguero se quexavan çerca de los derechos que se pagavan fasta aqui por los benenefiçados, dignydades, canonigos, raçiones e capellanes e canonigos extravagantes de la dicha eglesia ser poca cantidad segund la exçelencia de la dicha eglesia et el grande gasto de la çibdat, lo qual por ellos visto et platicado, ordenaron e mandaron que de aqui adelante se paguen los derechos en esta manera. Que el pertiguero aya estos derechos siguientes: de la dignidat quatro florines et del canonigo dos florines et del raçionero un florin, todo en oro como valiere et del canonigo extravagante veynte e çinco mrs. et del capellan veynte mrs. Esto que lo pague cada tal persona antes que sea resibido a la posesyon et al secretario paguen el doble de lo susodicho que se daria al dicho pertiguero, e de mas la presentacion de las escrituras e instrumentos que diese segund se acostumbra. Lo qual todo ordenaron e mandaron que se guardase e guarde e comple de aqui adelante, esto porque segund la moneda esta misma tassa se pagava en los tiempos pasados et porque muchos de los tales que asy eran resybidos se yvan e no pagavan los dichos derechos despues de ser reçibidos, por esto ordenaron que los dichos derechos se paguen antes que sean reçibidos. Fecho XI de agosto de LXIX. Testigos Diego Delgadillo, Marcos Martinez, el bachiller Diego Gomez, canonigos.

(Al margen) En XV de março de LXXIIII, los dichos sennores capitularmente ordenaron e mandaron que de oy dia en adelante antes que la posesyon sea dada a ningnund beneficiado fasta que aya pagado los derechos a los dichos secretario e pertiguero o que de fiador beneficiado que fasta tres dias los pague, por quanto se dexten los titulos e provysiones, los tales que se reçiben e no se curan dello.

Documento 8

1469, diciembre, 15, Toledo

Ordenamiento sobre las distribuciones a maitines.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 27r.

En el cabillo, XV de diciembre de LXIX estando los dichos sennores capitularmente ayuntados dixeron que por quanto antel grave e trabajoso tiempo que fasia por los grandes frios no vinian los beneficiados e capellanes a maytines de lo qual nuestro sennor e la eglesia no eran servydos e por que ovyerre quien sirvyese a los dichos maytines dixeron que de oy dia en adelante tanto quanto ellos quisiesen e no mas dieseen al canonigo que viniese a maytines XII e al raçionero VI e a los capellanes annadieron VIII sobre los XXII que tenian de distribuçion, en manera que gelos ampliaron a XXX de distribuçion a los capellanes del coro. Esto como dicho es tanto quanto los dichos sennores quisieren e no mas.

Documento 9

1470

Fragmento de un testamento de Fernando Pérez de Ayala.

A.C.T. E.5.F.1.8.

Yten mando que me lleven anual sobre my sepoltura de pan e vyno o çera a vista e ordenaçion e dispusyçion de los dichos mis testamentarios e contente a la persona que toviere el cargo de lo llevar.

Yten quiero e es my voluntad que los sennores raçioneros de la dicha sancta iglesia me fagan un adnyversario en cada un anno para siempre jamas otro dia despues del qual cabildo me ha de faser, conviene a saber, ante noche vigilia e otro dia mysa en la dicha my capilla para lo qual les mando quinse mill mrs. para que compren de tributo en esta çibdad e ayan e tengan para el dicho adnyversario desyr e cantar en cada un anno para siempre jamas.

Yten mando e es my voluntad que los clerisones de la dicha sancta iglesia me fagan otro adnyversario en cada un anno para syempre jamas otro dia despues del qual fiziere la hermandad de los dichos capellanes,

conviene a saber, ante noche vigilia e otro dia mysa en la dicha mi capilla para lo qual les mando çinco mill mrs. para que compren de tributo en esta çibdad que ayan e tengan para desyr e cantar el dicho adnyversario en cada un anno para syempre jamas.

Yten mando a las çinco mandas acostumbradas, conviene a saber, a la dicha sancta egleſia de Toledo, a Santa Maria de Guadalupe, a cada una çient mrs. e a Sancta Maria de la Merçed e a Sancta Olalla de Barcelona e a la Crusada para ayuda a sacar cativos de tierra de moros a cada una destas dichas mandas dies mrs.

Yten mando mas para la obra de la dicha sancta yglesia de Toledo quinientos mrs.

Yten mando que digan por mi anima los frayles de Sant Bernaldo extramuros desta dicha çibdad en el dicho monesterio çient mysas e les den por las desyr myll mrs. e si no quisiren o non podieren desyr los dichos frayles las dichas mysas fagan las desyr los dichos mys albaçeas por otro monasterio desta çibdad donde a ellos byen visto fuere.

Yten mando a las beatas de la casa de donna Maria Garcia desta dicha çibdad myll mrs. porque rueguen a Dios por my anima.

Yten mando a la cofradia de la caridad desta çibdad XV mill mrs.

Yten mando a Iohan Laso mi escudero dies e ocho mill mrs.

Yten mando a Alfonso el Romo, my escudero otros dies e ocho mill mrs., los quales dichos mrs. mando a los dichos mys escuderos por el buen serviçio que me han fecho e por el cargo que dellos tengo.

Yten mando a Ferrand Flores que fue my craido tres mill mrs. por el serviçio que me fiso.

Yten mando a Anton de Syguença my criado ocho mill mrs. por el serviçio que me ha fecho.

Yten mando a Françisquito de la Llana paje myo que fue mill mrs. por el serviçio que me fiso.

Yten mando a la ama Juana de Corpa tres mill mrs. por el serviçio que me ha fecho.

Yten mando mill mrs. para que digan de mysas en la iglesia o monasterio de esta enterrado Diego Infante por algund cargo que del tengo e mys albaçeas tengan cargo de faser de desyr las dichas mysas por su anyma.

Yten mando a Johan de Cuellar my criado que fue mill mrs. por el tiempo que me syrvio.

Yten mando a Ferrando de Vytoria my criado dos mill mrs.

Yten mando que pageun las debdas que yo devo en el fuero de la conçiencia e de las que me acurerdo que mando que sean pagadas son las que se syguen.

Yten mando que una mula que tengo que me ovo dado Ferrand Lopes cambiador gela tornen al dicho Ferrand Lopes e le den con ella quatro mill

mrs. por el tiempo que me he aprovechado della.

Yten yo devia a Ferrand Gonçales de la Fuente defuncto seysçientos mrs. mando que los paguen a sus herederos sobre lo qual se fallare que dellos yo ove resçibidos.

Yten al bachiller Pero Gonçales, raçionero defuncto devya seys doblas valadies blanquillas, de las quales pague çierta parte, por ende mando que paguen a sus herederos quinientos mrs. que entiendo que son en cargo dellas.

Yten devo a la muger de Ferrand Sanches de Peralta un panno françes que tiene, una fuente e dos tapetes raydos que yo tengo, mando que lo den e tornen a ella o a sus herederos e quinientos mrs. por rason de lo que han menoscabado por me aver aprovechado dello.

Yten devia a Juan Gonçales çinquenta doblas que yo reçibi de cargos a cuenta, mando que las paguen a sus herederos a presçio de ochenta mrs. cada una que es al presçio que valian a la sason que las yo reçeby.

Yten soy en cargo de çera e ropa de camas que me fue dada quando la çibdad tenya my sennor Pero Lopes en guarda para my gente e se nunca torno, lo qual como quedo que era de poco valor mando que sy se pudiere averiguar de quien era e quanto de cada uno que sean satisfechos dello aquellos cuyo era sy no mando que por satysfaçion dello den quinientos mrs. para ayuda a casar una huerfana desta çibdad que yo dixie a mis albaçeas que lo ha nesçesario.

Yten devo dos ballestas de asero que ove de Iohan de Villagarcia, mando que los den a sus herederos sy los dexo, sy no den las al Ospital de Sant Nycolas desta çibdad.

Yten un soliloquio que era del coletor e canonigo de la dicha iglesia de Toledo que me presto e mando gelo den a sus herederos.

Yten por quanto en el tiempo de las bueltas desta çibdad Alfonso Sanchez lençero e sus fijos troxieron a my casa çierta ropa e bienes de lo qual quedo en mis casas e poder un colchon e un almadraque contra real mando que averiguado entre los herederos del dicho Alfonso Sanches cuyo es el dicho colchon e almadraque lo den e tornen e son entregados a cuyo es.

Yten asy mysmo troxieron çiertas armas que son coraças e algunas otras armas averiguado quales e quantas sean quando que sean dadas e entregadas a los dichos herederos del dicho Alfonso Sanches.

Yten por quanto al abadesa donna Ynes Garcia de Çervatos me ovo dado çinquenta doblas quando falliesçio my tia donna Leonor de Gusman, abasesa que fue del dicho monesterio, mando que las paguen a presçio de çiento e dies mrs. cada dobla que valian al tiempo que las yo ove sy se fallare que soy en cargo dellas a la dicha donna Ynes Garcia.

Yten soy en cargo de çient mrs. de una Summa Remundiana que compre del bachiller Anton Rodrigues del Durasno, que Dios aya, mando

que los paguen a sus herederos.

Yten soy en cargo a los herederos de Myguell Sanches tyntorero de dos almadraques de fastan enforrados en lienço azul, mando gelos paguen tornando ellos una ynstituta mya que le tenya enpennada o descontando lo que valia.

Yten por quanto en el tiempo que yo fuy provysor sede vacante del arçedianadgo de Madrid tome a çiertas personas de Tordelaguna dies o honze mill mrs. pertenescientes a la mesa arçobispal e dis que aquellas personas a quien los yo tove fueron compulsos por parte del sennor arçobispo don Gutierre al qual dis que los ovieron a tornar a pagar otra ves, por ende paresçiendo por reparar o en otra qualquier manera fuere legitimamente averiguado los mrs. que yo asi resciby e paresçieren que aquellos mysomos los tornaron otra ves a pagar al dicho sennor arçobispo mando que los paguen a las susodichas personas a quien yo asy los tome o a sus herederos.

Yten mando que sy se fallare que yo devo otras qualesquier debdas o otros cargos que sean çiertos et verdaderos que mys albaças satisfagan e lo paguen a aquellas personas a quien fuere devido en tal manera que de qualquier cargo que fallaren e fuere averiguado que yo so en cargo descarguen my anyma, a desyr de lo qual encargo sus conçiencias.

Documento 10

1470, enero, 23, Toledo

Ordenamiento del cabildo sobre los beneficiados "expulsos" y obligados a ausentarse de la ciudad.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 28r

Ordenaçion e estatuto para los que echaron que sean avydos por presentes. En XXIII de enero anno de M IIII LXX annos, estando los dichos sennores dean e cabillo capitularmente ayuntados dentro de la claustra de la dicha eglesia çerca de la capilla que se dise de los castellanos, el qual logar dixeron que avian elegido e eligieron para el acto e cosas infraescritas, convyene saber, don Fernando Perez de Ayala, vicario, Alfonso Garcia, bachiller, Juan Roberto, Diego Gutierres, Ruy Lopes, Marcos Dias, Marcos Martines, Juan Lopez, arcediano de Almaçan, Diego Gomez de la Camara, bachiller, Pedro Gomes de Ayllon, don Diego de Villaminaya, capellan mayor, Pedro de Torres, Rodrigo de Vargas, Fernando de Sotomayor, Diego Delgadillo, Juan Fernandez, abad de Medina, Fernando Gomez, arcediano de Sigüenza, Francisco de Palencia, prior de Aroche, Luys de Torrres, arcediano de Medina, Andres Martinez, canonigos de la dicha sancta eglesia, avydo primeramente su acuerdo,

deliberaçion e tractado, dixeron que por quanto segund la maliçia de los tiempos a las personas eclesiasticas desta dicha sancta eglesia, a saber, dignydades, canonigos prebendados, raçioneros e capellanes della, non dexavan algunas personas estar quietos ny residir en el servyçio de Dios e de la dicha sancta eglesia et a unos echavan de la dicha çibdat et a otros no admittia en ella, e por que cosa justa es que nynguno non sea purgaydo sin culpa, espeçialmente por las justiçias e personas seglares et por se aver los unos con los otros en buena caridat e fraternal amor et siguyendose et concordandose con el derecho e en la mejor forma e manera que podian e devyan de derecho, estatuyan e estatuyeron, ordenavan e ordenaron que sy acaesçiere que alguna persona en dignidat constituyda o canonigo prebendado, raçionero o capellan de la dicha sancta eglesia que agora estan presentes e sirven en ella fuese echado o expulso de la dicha çibdat o saliendo a librar qualquier o qualesquier negosçios a el nesçesarios, o saliendo della en qualquier manera no lo quisieren rescibir ni fuese rescibido en ella, que el tal sea avido en la dicha sancta eglesia e en todos los ofiçios divynales e horas canonicas que en ella se dixeren e çelebraren por presente, residente e interessente asy como uno de aquellos que fueren e estoviere verdaderamente presente, residente e interessente en los dichos ofiçios e horas canonicas, salvo ende los maytines, que los tales absentes no los ganen ni sean penados las noches que acostumbran penar a los absentes.

Contra la qual ordenaçion e estatuto quisieron e ordenaron que ninguno de los susodichos sennores nombrados, dean e cabildo que presentes estan ny otros algunos pueda ny puedan oponer contra el tal absente exçepcion alguna para que lo susodicho no devan aver cumplido efecto salvo ende sy por demeritos de alguna persona los dichos sennores dean e cabildo le mandasen salir de la dicha eglesia et que vieren que asy complidero a servyçio de Dios e de la dicha sancta eglesia e bien, pas e concordia dellos e de las personas eclesiasticas della e que asy por algunos demeritos los dichos sennores capitulantes acordaron que alguna persona o personas de los susodichos en dignydat constitydos, canonigos prebendados, raçioneros e capellanes salgan de la dicha eglesia que no gosen de cosa alguna en esta ordenaçion e estatuto contenyda por que no seria cosa justa que de sus demeritos reportasen privilegio o provecho alguno, la qual dicha ordenaçion e estatuto quisieron que durase invyolablemente fasta en fin del mes de diciembre primero que viene deste presente anno de setenta, de lo qual los dichos sennores e cada uno dellos pidieron testimonio e rogaron unos a otros por testigos.

Documento 11

1472, marzo, 20, Toledo

Ordenamiento sobre sepulturas.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 44v.

Ordenaçion de las sepulturas de la claustra. En el cabillo, este dicho dia XX de março de LXXII, los dichos sennores dixerón que por quanto segund los tiempos e la moneda corre e segund la tassa de las sepulturas de la claustra de los tiempos pasados, ordenavan e mandavan e mandaron e ordenaron que de aqui adelante se diese e pagase por cada sepultura en la dicha claustra en los tres pannos, es a saber, en el panno como corran a la mano ysquierda que va a la capilla de los rreyes e en el que va derecho a la capilla de Sant Blas e en el que va desde la puerta de la capilla de Sant Blas al altar de los castellanos a dos myll maravedis para cada sepultura. E el otro panno que queda que viene desde el altar de los castellanos a la puerta de la claustra que sale a la calle a myll maravedis cada sepultura. E asy lo mandaron e ordenaron que se tovyese e guardase de aqui adelante. Testigos los susoescriptos en el acto ante deste.

Documento 12

1472, abril, 11, Toledo

Ordenamiento capitular en que se manda dar de comer a trece pobres.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 45v

Ordenaçion para dar de comer a los trese pobres. En el cabillo XI de abril de LXXII los dichos sennores capitularmente ayuntados, llamados por çedula ante dia por su pertiguero, avydo primeramente su tratado e deliberaçion, aviendo acatamyento al servyçio de Dios e como los bienes de los clerigos sean de los pobres, ordenaron e mandaron que de aqui adelante se den de comer continuamente a trese pobres a honor e reverençia de Nuestro salvador Ihesu Christo con sus dose apostoles, e el mantenymiento que para ello sera menester se de en esta manera. De todo el trygo que ovyese e vinyese al granero en cada anno se saquen e tomen ochenta fanegas de trygo e de la sal que ovyere se saquen doss o tres fanegas de sal para ello, e de vianda para cada un pobre dos maravedis e de vyno un terçio que valera avyda estimaçion un maravedi, que son para vino e vianda e cosas para la olla quarenta e dos maravedis cada dia, que son XIII mill DIII LXX, e para lenna e agua e vedrado e ollas, X cada dia que son III mill DC que son todos los maravedis susodichos que son menester para gasto de los dichos XIII pobres XVIII mill DXL, los quales se tomen de la mesa del Refitor. E estos trese pobres que sean siempre tomados e elegidos

sy avyese clerigos o religiosos pobres que aquellos sean tomados e nombrados e los demas de otros, et que no se den raciones fuera sy no que todos coman publica. E esto ordenaron que sea perpetuamente para siempre e que comyence primero dia de mayo primero que viene.

Documento 13

1472, mayo, 20, Toledo

Quejas del cabildo ante la situación que vive la catedral con ocasión de los conflictos ciudadanos.

A.C.T. Actas capitulares I, f. 46v-47v.

Requerimyento e acto capitular sobre el desir de las horas en la dicha sancta iglesia.

Este dicho dia, estando los dichos sennores dean e cabillo ayuntados como dicho es en la dicha sacristanya de Sant Yuste e avyendo primeramente alternado e avyda su deliberacion sobre el enpacho de la dicha sancta iglesia en que la tenyan tomada e ocupada los honorables sennores don Juan de Morales, dean de Sevylla, e Francisco de Palencia, prior de Aroche, canonigos de la dicha sancta iglesia con gentes de armas, e la tenyan encastillada por manera que no avian lugar de yr a desir las horas e ofiçios divynos en ella segund devyan e era obligacion e les paresçia que les devyan requerir e exortar que dexasen lo baxo de la dicha sancta iglesia libre e desembargadamente ponyendo recabdo en la torre e las bueltas della por que compla al servyçio del Rey nuestro sennor segund ellos disian, e fasiendolo asy, avrian lugar de desir las horas e faser las cosas que complia e convenya a la dicha sancta egleisa e descargo dellos. E deputaron para ellos a los venerables sennores Alonso Garcia, bachiller, Ruy Lopez de Santiago, Andres Martines de Cabrejas, Diego Gomez de la Camara, bachiller, canonigos de la dicha sancta egleisa para que vinyesen a los dichos sennores dean de Sevylla e prior de Aroche a les desir, requerir e exortar de parte de los dichos sennores dean e cabillo, las cosas que por ellos les fuesen dichas e mandadas desir.

E luego, los dichos sennores quatro canonigos vynyeron a la dicha sancta iglesia e fallaron ende a los dichos sennores dean de Sevylla e prior de Aroche e el dicho Alonso Garcia, bachiller, les fablo e dixo de parte de los dichos sennores dean e cabildo que ya sabian ellos como ellos tenyan tomada la dicha sancta iglesia e puesto en ella tanta gente como devyan disiendo ser complidero al servyçio del rey nuestro sennor para faser de lo qual los dichos sennores dean e cabildo no podian ny avyan lugar de venir a desir las horas e ofiçios divynos en ella segund devyan e eran obligados, lo qual era en mal enxiemplo e nuestro sennor Dios no era servydo, e ellos encargavan sus conçiencias, e asy mesmo que ya sabian como en el sagrario

de la dicha sancta eglesia avya tantas e tan grandes cosas de joyas e ornamentos, relicarios e requisas della e que en estar tantas gentes en la dicha sancta eglesia sy el caso vinyesen que las cosas se rompiesen e ovyese ruydos que podrian ser que el dicho sagrario no se guardase e fuese robado e las otras capillas de la dicha sancta eglesia que tenyan cosas de plata e ornamentos e libros e otras joyas e cosas dellas. E otrosy que les fasian saber que eran informados e les era dicho a los dichos sennores dean e cabildo como sy las dichas gentes vynyen a casa de Palençia e questiones que a las casas de la dicha sancta eglesia que estavan çercanas a ella se pornya fuego e las quemarian o de la una parte de la otra por causa del encastillamiento de la dicha eglesia de todo lo qual e cada una cosa dello venia e podia venir muy gran danno a ella e a sus cosas e bienes e a los dichos sennores dean e cabildo en su nombre.

Por ende, que de su parte dellos les requeria e exortaba de parte de Dios e de la dicha sancta eglesia que guardando el servyçio del rey nuestro sennor, al qual ellos asy mesmo deseavan guardar e fuese guardado que ellos pusiesen tan recabdo e guarda en las dichas cosas e diesen logar a que las horas e ofiçios divynos se dicesen en la dicha sancta eglesia e el dicho sagrario e capillas fuese guardado. E las dichas casas por causa de ellos no fuesen quemadas e destroydas e en lo faser asy que farian lo que devyan e en otra manera que protestavan e protesto contra ellos e cada uno dellos todos los dannos e robos, perdidas e menoscabos que en ello vynyesen a la dicha sancta eglesia e a los dichos sennores dean e cabildo en su nombre, e de los cobrar dellos e cada uno dellos e de sus bienes, e ge lo pidia e pidio por testimonyo protestando de lo dar mas largamente por escrito.

E luego los dichos sennores dean de Sevylla e prior de Aroche dixeron que por quanto alli estavan los sennores obispo de Burgos e marques de Villena como ellos bien veyan que yrian a gelo fablar por que era bien gelo ellos sopiesen e que luego responderian.

E luego a poca de hora, tornados los dichos sennores dean de Sevylla e prior de Aroche, el dicho sennor dean dixo que el por sy e por el dicho prior respondiendole al dicho requerimiento a ellos fecho disia e dixo que ellos como criados e fechora del rey nuestro sennor veyendo que la semana pasada se tomavan las puertas de la çibdat e combatian el alcaçar della, lo qual era en muy mucho deservyçio del rey e su corona real e estado, se avian venydo e lançado e entrado en la dicha eglesia para ser en ayuda e favor del alcayde e persona que su altesa avia mandado dexar e dexo en ella al tiempo que se partio desta çibdat e que su real sennoria se avya apoderado e tomado la dicha eglesia e torre e fortaleza della para su servyçio e que ellos como criados suyos, siguyendo e deseando aquel se avian venydo a ella e la tenyan con aquellas gentes para lo servir e seguir e defender los que contra aquello quisieren yr o venir, e que no la tenyan para ofender a ningunas personas sy no vinyesen a los ofender a ellos en

ella. E que en quanto al desir de las horas cada e quando quisieren venir abririan la puerta e darian entrada e logar a las personas eclesiasticas que entrasen a las desir. E que tanto quanto pudiesen con sus fuerças guardarian el dicho sagrario e capillas e que por las gentes que ellos alli tenian no seria fecho desaguisado ninguno ni fuerça o quebrantamyento en ello antes se guardaria quanto mejor pudiese. E quanto al fuego de las casas que los dichos sennores dean e cabillo pusiesen guardas e las tomasen por que dellas la dicha egleisa e ellos e las gentes que en ella tenyan no resibisen danno de sus contrarios. E que fasiendolo asy serian guardadas en otra manera sy dellas fuesen ofendidos que no las podian guardar sy no como fisiese farian e pugnarian por se defender, e que non consintiendo en sus protestaçiones esto davan e dieron por su respuesta con protestaçon de lo dar mas largamente por escripto. Testigos que fueron presentes los dichos Ruy Lopes de Santiago e Andres Martinez e Diego Gomez, canonigos e Pedro Gomez de Sevylla, racçioneros.

E despues desto incontinentemente fablando las cosas suso dichas los dichos sennores obispo de Burgos e marques de Villena junto con la capilla de los Reyes el dicho sennor obispo de Burgos dixo que aquellos sennores dean de Sevylla e prior de Aroche se ayan entrado en la dicha sancta egleisa como criados del Rey Nuestro Sennor e porque complio asy a su servyçio e que el sennor marques de Villena que ally estava presente por los poderes que de su Altesa tenya, les mandavan que asy la tovyese e tengan en buen recabdo por que complia asy a su servyçio fasta que su alteza enviase mandar lo que fisiese. E el dicho sennor dean de Sevylla pidiolo por testimonio. Testigos los nobles cavalleros e sennores Fernando de Ribadeneyra e pero Afan de Ribera, mariscales e los dichos sennores canonigos e otros.

Documento 14

1472, noviembre, 9, Toledo

Encomienda de la libreria a Francisco Ortiz.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 50r.

Libre e quito de la libreria a Pedro de Sant Fagund e encomienda de la mesma libreria a Francisco Ortiz, canonigo.

En el cabillo, lunes IX de novyembre de LXXII, los dichos sennores dixeron que por quanto ellos avyan enomendado a los honrrados Andres Martinez y a Francisco Ortiz, licenciado, canonigos, que tomasen cuenta de la libreria a Pedro de Sahagund, testamentario del honrado Alonso Sanchez de Torres, raçionero que Dios aya, tenedor de la dicha libreria, los quales le tomaron la dicha cuenta por dos libros de inventario firmados de Pedro Rodrigues de Durasno, canonigo, y Ruy Fernandez, raçionero e signados

de Alonso Lopez de Cota, notario, el uno en pergamino e el otro en papel, cubiertos de cuero colorado. E se fallo por ellos estar en la dicha libreria todos los dichos libros, segund ellos fizieron relacion. E por tanto diixeron que darian e dieron por libres e quitos a los bienes e heredades e albaçeas del dicho Alonso Sanchez de Torre que Dios aya.

E luego incontinente encomendaron la dicha libreria al dicho liçençiado Francisco Ortis, canonigo. Testigos Marcos Dias, Diego Gomes, Pedro Gomes de Ayllon, canonigos.

Documento 15

1473, enero, 4, Toledo

Ordenamiento del cabildo sobre la forma en que han de llevarse los Libros del Refitor.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 50v-51r.

Ordenaçion de los sennores sobre el ver de los libros e posesyones del Refitor. En el cabillo, III de enero de LXXIII, los dichos sennores capitularmente ayuntados, platicando sobre muchos dannos e menoscabos que ay en las casas e posesyones del Refitor, ordenaron e mandaron que de aqui adelante los mayordomos que fueren en cada anno vean los libros del Refitor e los corrijan e conçiertan asy quanto las summas de los maravedis como de los inquilinos e fiadores e tiempos e annos de manera que non aya error en los dichos libros. E asy mesmo diputaron a Diego Rodrigues de Ovyedo e Pedro de Troxeque, racioneros, para que vayan a ver las casas e heredades e las midan segund el libro de las medidas que estan en el archyvo. E ver las posesyones que no tovien fechos contratos o dados fiadores e los reparos que son neçesarios e fagan diligençia cerca dello por manera que den buen recabdo e rason dello. E les mandaron dar su salario.

Documento 16

1473, agosto, 7, Toledo

Ordenamiento del cabildo sobre el lugarteniente del deán.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 57v.

De como nombraron e pusieron logartenyente de dean capitularmente. En el cabillo, VII dias de agosto de LXXIII, los dichos sennores capitularmente ayuntados, llamados por çedula ante dya, avyendo platicado mucho çerca del servyçio del coro e por quanto el Reverendisimo sennor arçobispo por una letra e carta suya lo encargava al venerable sennor don Ferrnand Perez de Ayala, vicario e canonigo, provisor suyo porque entendiese çerca del servyçio e gobernacion del dicho coro, lo qual

dis que era contra la constitucion que çerca dello fabla e dispone, los dichos sennores auida sobre ello su platica e solepne tractado, dixeron que por quanto complia asy a servyçio de Dios e de dicha eglesia e del dicho sennor arçobispo e guardando la disposiçion de la dicha constitucion que ponya e pusieron, nombravan e nombraron para tenyente logar de dean e president para el regimyento del dicho coro segund la dicha constitucion al venerable sennor don Diego de Villaminaya, capellan mayor e canonigo della que presente estava para que use e lo execute segund que convyene al servyçio de Dios e de la dicha eglesia e descargo de la conçiencia del dicho sennor arçobispo e del dean e dellos, sobre lo qual encargava su conçiencia. E pidieron testimonio. Testigos Diego Delgadillo, Marcos Martines, Pedro Gómez de Ayllon, canonigos.

Documento 17

1474, abril, 18, Toledo

Ordenamiento del cabildo sobre vestimenta de los beneficiados.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 66v.

Exortacion de los sennores del cabillo para que ningund beneficiado de la dicha eglesia no vaya a comprar cosa alguna en sobrepelis.

En el cabillo XVIII de abril de LXXIII los dichos sennores capitularmente ayuntados estando presentes algunos de los raçioneros e capellanes de la dicha eglesia les dixeron e amonestaron que por guardar la honestidad de sus habitos e personas que ninguno de los raçioneros e capellanes de la dicha egleisa no fuese ni vaya a las carneçerias e plaças ni alcana nin otros lugares publicos a comprar cosa ninguna en sobrepelis e que sy lo contrario fisiese que les darian la pena antigua e que fuese ordenada por ellos segund que por el Reverendisimo Sennor Arçobispo fue enbiado mandar, e lo notifico de parte de su sennoria el sennor arcediano de Toledo.

Documento 18

1474, octubre, 12, Toledo

Ordenamiento del cabildo sobre las presentaciones al estudio de Bolonia.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 71v.

En el cabillo XVII de octubre de LXXIII, los dichos sennores capitularmente ayuntados llamados por çedula ante dia, dixeron que por quanto algunas personas de fuera del regno demandavan presentaciones para Bononya al estudio a las sillas e sçiencias de que tienen presentacion,

de lo qual el collegio se envio quexa. Por ende que ordenavan e ordenaron que de aqui adelante no se diese letra de presentacion salvo a la persona de linage del dicho sennor cardenal don Gil o que sea de la çibdat de Toledo o de la diocesis o a lo menos de dentro del Regno e no de fuera del, conformandose con la institucion del dicho collegio. E que sy de otra manera se diese por inadmitacion, que sea en sy nynguno e la revoca desde agora.

Documento 19

1474, noviembre, 2, Toledo

Testamento del canónigo Andrés Martínez.

A.C.T. Actas Cap.I, f. 72r-73r.

In dei nomine amen. Por quanto la vida del omme es muy breve bivyendo en esta myserable vida, e como dise la Sancta Esçriptura es como la flor que a la mannana paresçe e luego se seca e no es mas vista, e porque la cosa mas cierta en esta vida presente es la muerte de la qual ninguna criatura puede escapar e la hora della muy inçierta e no sabida, e segund la palabra evangelica toda persona ha de dar rason de la admynstracion que Nuestro Sennor Dios le dio en esta presente vida, asy de los bienes spirituales como temporales allende de la rason que sera demandada a cada uno segund sus obras. E porque yo, Andres Martinez de Cabrejas, canonigo de la Sancta Eglesia de Toledo soy uno de aquestos e omme mortal, e estando en my seso e memoria natural segund Dios Nuestro Sennor le plogo de me lo dar, non myrando a mys flaquesas mas por su infinydat e perfecta bondat al qual tengo en merçed e singular beneficio darme logar e fabla para darle cuenta e rason de lo que en este mundo me encomendo, e estando enfermo de la enfermedat que el permytio que ovyese e me dio porque le conosçiese, otorgo e consoco que fago, ordeno, establezco en la mejor manera e en la forma que puedo e devo de derecho este my testamento e postrimera voluntad a servyçio suyo, confesando e creyendo la Sancta Trinidad, Padre, Fijo e Spiritu Sancto, un solo Dios verdadero e una esençia divyna. E a honra e reverençia de la bienaventurada gloriosa Virgen syn maculla, my sennora la Virgen gloriosa Sancta Maria madre de my sennor redemptor e salvador Ieshu Christo e de todos los Sanctos angeles e arcangeles, martires, confesores, virgenes e de todos los otros sanctos e sanctas de la gloria e corte çeestial a la qual con todos ellos suplico sean mys abogados e interçesores a mi sennor Ieshu Christo, Dios e omme verdadero porque aya missericordia e piedat de my non myrando con mys flaquesas e culpas mas a su infanta e grande mysericordia e a levar al regno suyo para el qual me formo e crio.

Primeramente mando my anima a my Sennor Dios e la encomyendo

en sus manos para que usando con ella e conmygo como quien Él es non aya acatamiento a los mys pecados e la mande levar a su santa gloria con los sus sanctos donde con ellos lo alabe por siempre jamas. E mando que sy desta enfermedat fallesçiere sea sepultado my cuerpo dentro en la dicha sancta egelsia de Toledo, delante de la capilla del sennor maestre de Santiago, çerca de la sepultura de Juan Ferrandes de Belforado, canónigo que Dios aya, que es delante de la puerta de la dicha capilla donde esta sepultado my sennor don Juan de Çerezuela de buena memoria, arçobispo que fue de Toledo que aya sancta gloria.

Item mando que el dia de my enterramiento sea acompannado my cuerpo segund vieren mys albaceas e testamentarios que convyene. E aquel dia con los nueve dias siguientes que se acostumbran faser por los beneficiados de la sancta egesia de Toledo me sean fechos los ofiços e dichas misas e levada offrenda de pan e vyno e çera. E se faga e cumpla todo como los dichos mys testamentarios ordenaren.

Item mando a las mandas acostumbradas, conviene saber a la Sancta Trynidat e Sancta Maria de la Merçed e Sancta Olalla de Barçelona para ayudar a redempçion de captivos e Sancta Maria de Guadalupe, a cada una dellas cinco maravedis.

Item mando a la obra de la Sancta Eglesia de Toledo çient maravedis.

Item mando a las fabricas de las iglesias de Halya e sus anexos et del Pozuelo e Sant Nicolas de Toledo e Sant Miguel de Santolalla a cada una quinyentos maravedis. para cargo de los fructos e rentas que de los bienes que en ellas e cada una dellas tenya, leve e ove.

Item mando que digan por my anyma doscientas mysas rresadas en esta manera, que diga Pedro Ferrandes, capellan en la la iglesia de Sant Nicolas desta çibdat çinquenta mysas e Diego de Mojaca en Torrijos otras çinquenta mysas e dentro en la sancta ygelsia de Toledo otras çinquenta mysas e en el monaterio de Sant Bernardo çerca desta çibdat otras çinquenta mysas et les den e paguen al lymosnero.

Item mando que me lieven para my convyte anual de pan e vyno e çera todo un anno complido sobre my sepultura segund e en la manera que ordenaren los dichos mys albaceas e contenten a la persona que lo levare e ovyere de levar segund lo rasonable e a ellos bien visto seria.

Item mando a fray Miguell, frayle de la orden e monasterio de la Sancta Trinidat desta cibdat, my confesor, porque es pobre para ayuda a su sostenymiento seysçientos maravedis. E por que ruegue a Dios Nuestro sennor por my anyma e rrese algunos salmos e horas de finados por my segund sus fuerças.

Item mando a la coffradia de la Sancta Caridat desta çibdat para ayuda a la lymosna de los pobres çient maravedis et al Hospital de la Mysericordia de la dicha çibdat otros çient maravedis.

Item mando a las beatas de la casa de donna Maria Garcia çinquenta maravedis e a las beatas de la Vida Pobre desta çibdat çient maravedis por que tengan cargo de rrogar a Dios por my anyma.

Item mando que el dia de my enterramyento e para los nueve dias por accompannyento de my persona e cargo de sepultura, los dichos mys albaçeas manden e fagan conbidar algunbas beatas honestas de la dicha çibdat e les fagan lymosna e las contenten segun bien visto les sea.

Item mando a Catalyna, la monja my hermana, para ayuda a su sostentamyento e por que ruegue a Dios por my anyma tres mill maravedis.

Item mando que a cada uno de mys criados e famyliars sea satisfecho segund el tiempo que me sirven et segund el assiento que con cada uno pase et las quitaciones que de my tovien rresçebidas e se faga cuenta con ellos. E porque algunos dellos ha poco tiempo que me sirve sea sabido de cada uno et les paguen e sea pagado a cada uno segund el tiempo que me sirvio, segund vieren los dichos mys albaçeas que convyene a descargo de my anyma e conciencia.

Item mando que den a Juan de Yllescas, clerizon, my criado, la capa mya de coro de panno negro porque faga della algunas ropas para se vestir por que ruegue a Dios por my anyma.

Item mando que den e sean dados a las fijas de Barthome Gomes que Dios aya, que moran çerca de la eglesia de sant Andres desta çibdat los dos mantos de panno fino myos que yo tengo el uno morado e el otro azul en lymosna por que son donsellas pobres para que fagan dellos ropas de que se vistan et rueguen a Dios por my anyma.

Item mando que sean dados a Alfonso Ferrandes, vicario de Torrijos, my amygo, tres mill maravedis de los quales el compre el panno que bastaren el qual panno sea fino et lo de a quien el quisiere.

Item mando que doss partes de casas que yo ove comprado et compre en esta çibdat de Toledo las unas compre de Pedro Rodriguez de Fuentsalida, notario, en esta collaçion de Sant Andres, et las otras son çerca de Juan de Gusman, señor de Teba e las compre de (falta) muger de (falta). Et amos a dos pares de casas son tributarios de çierto tributo segund paresçe et se contiene en los contractos e escripturas de las compras con sus alledannos e limites, que estos dos pares de casas las aya e tenga e posea por su vida Ysabel Alvares, fija de Juan Dias Tejero, vesina desta çibdat por muchos serviçios e buenos que me ha fecho e fiso e cargo que della tengo et lieve la renta e uso dellas e cada una dellas todos los dias de su vida como dicho es, con condiçion que las tengan bien reparadas e enfiestas et paguen los tributos dellas e cada una dellas, e las no puedan vender ni troqar ni enpennar ni enagenar por ningun ny alguna manera que se pueda desir enajenar, salvo que en los dichos dias de su vida ella se aproveche dellas como dicho es, et despues de los dias e vida suya de la dicha Ysabel Alvarez quiero e mando que sean e las ayan los raçioneros de la Sancta

Eglesia de Toledo para su hermandad por quanto yo fuy raçionero e hermano dellos. Con condiçion que despues de la vida de la dicha Ysabel Alvarez que ellos avran e ayan las dichas dos partes de casas con el dicho cargo del tributo que tienen que me fagan e assienten un anyversario solepne segund e como lo acostumbran faser con invytatorio e mysa e sus responsos.

Item mando que sy alguna persona vinyere mostrando e demandando que le devo e soy en cargo de alguna debda fasta en contia de dosientos e tresientos maravedis et lo juraren e provaren por testigos que felos paguen e no en otra manera, salvo sy mostraren escriptura autentica o conscimyento myo firmado de my nombre.

Et cumplido e pagado este my testamento e las mandas e legados en el contenydas segund e en la manera que dicha es constituyo e dejo por mys unyversales herederos en el remanente de todos mys bienes muebles e rrayses e semovyentes a los venerables e çircunspectos sennores, los sennores dean e cabillo desta sancta eglesia de Toledo, mys sennores hermanos para que los ellos ayan para el su refitor, con condiçion que del dicho remanente de los dichos mys bienes se compren tributos e dellos e de lo que rindieren esas mys casas en que yo moro me assienten e ffagan una memoria e aniversario solepne con campanas como el que se fase por Ruy Garcia de Villaquiran o por Pedro Alonso Serrano, canonigos que Dios aya, e las otras memorias que con ellos bien visto fuere e segund lo acordaren e conçertaren con los dichos mys albaçeas e testamentarios.

E para cumplir e executar todo lo contenydo en este my testamento e cada una cosa e parte dello, constituyo e dexo por mys albaçeas e testamentarios a los honrrados sennores don Diego de Villaminaya, capellan mayor, e Pedro Gomez de Ayllon, canonigos de la dicha sancta eglesia, a los quales rogo e pido por merçed por Dios lo quieran e les ploga açebtarlo e faserlo e por su trabajo quiero e mando que aya cada uno dellos de mys bienes e fasiendas mill maravedis. E para lo faser e executar les do e otorgo todo my poder cumplido para que se puedan apoderar e entrar e se apoderen e entren e tomen todos mys bienes muebles e rrayses e semovyentes, spirituales e temporales donde quier que los fallaren e estovieren e los puedan vender e vendan e vendan e rematen para cumplir todo esto que dicho es contenydo en este my testamento e cada una cosa dello e para que çerca dello puedan paresçer lo demandar en juyzio e fuera del ante qualesquier juese asy eclesiasticos como seglares e den e otorguen e puedan dar e otorgar cartas e alvalas de pago e fin e quito las quales quiero e es my voluntad que sean firmes e ayan efecto como sy yo mismo las diese e otorgase. E como ellos lo fisieren por my e por my anyma asy depare Dios Nuestro Sennor quien lo faga por ellos e por las suyas. E por esta presente carta de my testamento revoco cesso annullo e do por nyngunos e de nyngund valor e efecto qualquier o qualquier testamento o testamentos,

cobdiçillo o cobdiçillos, manda o mandas que yo fasta oy aya fecho, ordenado, constituydo e mandado, e qualquier poder o poderes que yo aya dado e otorgado a qualquier persona o personas para los faser et mandar, constiuyr e ordenar. E quiero e es my voluntad deliberada que no vala ny faga fe sy no esta presente carta de my testamento e ultima voluntad, laqual es esta. E quiero e mando que sy valiere por my testamento sy no que vala por cobdiçillo e sy no valiese por cobdiçillo vala por escriptura publica de my postrimera e deliberada voluntad como otra escriptura publica signada puede e deve valer asy en juyso como fuera del, en que otorgue ante el notario publico e testigos infraescriptos que fue fecha e otorgada en la muy noble çibdat de Toledo, dentro en las casas de my morada, dos dias del mess de novyembre, anno del nascimiyento del nuestro Salvador Ieshu Christo de mill e quatrocientos e setenta e quatro annos. Testigos que fueron presentes los discretos Juan Ruys mantero et Alonso Garcia de Alcaçar texedor, Pedro Gomez sedero, Alonso de Pareja, Juan de Leon, perayle, Benito de Yllescas, Juan de Contreras, fijo de Juan Alonso, cortidor, vesinos desta çibdat de Toledo para esto espeçialmente llamados e requeridos.

E despues de lo suso dicho, otro dia siquiente, tres dias del mes de novyembre del dicho anno, el dicho Andres Martines, canonigo, acresçentando e mejorando el dicho su testamento por manera de cobdiçillo dixo que por cargo que tenya de pedro Fernnades, capellan de la egleia de sant Nicolas desra dicha çibdat, e porque rogase a Dios por su anyma, mandava e mando que le diese una hopa suya de panno de Londres sensilla la qual el avya fecho este anno presente por Pascua de resurreçion e la avia fecho Juan de Çamora sastre e allende de la dicha Hopa mandava e mando que le fuesen dados e dieen de us bienes al dicho Pedro Ferrandez dos mill maravedis para que rogase a Dios por su anyma. A lo qual fueron testigos Francisco de Taraçona, sobrino del dicho Andres Martines, Pedro Gomez, sedero e Benito de Yllescas, su criado.

E dende a poca de hora, este dicho dia, el dicho Andres Martinez, canonigo, mando que fuesen dados e diesen de sus bienes al dicho Françisco de taraçona, su sobrino, tres mill maravedis para ayudar su sotenyimiento e ssu neçesydades. Asy mismo mando que diesen un marco de plata para ayuda al inçensario que fase el cura de sant Pedro para la capilla de Sant Pedro que aya memoria del e ruegue a Dios Nuestro Sennor por su anyma. A lo qual fueron los honrrados sennores don Diego de Villaminaya, capellan mayor, Diego Delgadillo, Pedro Gomez de Ayllon, Nicolas Fernandez, canonigos, e Cristobal de Villmynaya, racionero de la dicha Sancta Egleia de Toledo, mandos e rogados.

Documento 20

1476, mayo, 15, Toledo

Ordenamiento sobre el salario de los capellanes.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 86r.

Acresçentamiento del salario al escribano de los capellanes, asy de las horas como al de las mysas.

En el cabillo XV de mayo de LXXVI los dichos sennores capitularmente ayuntados e avyendo oydo la relaçion del sennor capellan mayor tenyente logar del dean de la informaçion que avia avydo çerca de la proposiçion que avia fecho ante los dichos sennores Sancho Fernandez raçionero, escribano de los capellanes para que le mandasen acresçentar el salario suyo que segund el trabajo desia ser muy grande el trabajo e el salario muy poco. Los dichos sennores, acordaron e mandaron que ovyese el dicho Sancho Fernandes e los otros escribanos de los capellanes que vinyesen los salarios siguientes: Para el escrevir de las horas asy de los maytines e horas del dia de los dichos capellanes e de los seyses e de los que ganasen los tress maravedis de maytines quatroçientos maravedis en cada terçio que son por un anno mill II. E de los de los capellanes de la greda dosientos maravedis por anno que son cada terçio LXVI e IIII mrs. E que de las presençias fechas en cda terçio el escrivano al refitolero more solito e que escriva las mysas a los capellanes de la greda.

Item al escrivano que escrevyere e asentase las mysas e tovyere cargo de myrar e dar raçon donde se dise e quien las dise e por quien se disen asy de los capellanes del coro como de los otras capellanyas de Alvar Lopes e Diego Peres e el arcediano de Toledo e de Burgos e maestrescuelas de Toledo e Cuenca e chantre de Sigüenza e las otras capellanyas asy de dona Elvyra como de don Remon e otros que los dichos sennores dean e cabildo provee e encomyenda excepto las capellanyas de los arçobispos don Sancho e don Pedro Tenhorio que aya el tal capellan CLXX cada terçio con el par de las gallinas de la capilla de thesorero que dexo al escrivano cada anno segund se contienen los dichos salarios en todos los terçios e presençias pasadas fasta aqui. E estos salarios que comyençen a asentarse desde la presençia del terçio que se complio en fin de abril que agora passo.

Documento 21

1476, agosto, 16, Toledo

Ordenamiento sobre el claustrero y su oficio.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 88r.

En el cabillo, XVI de agosto de LXXVI, dia de Capitulo general, fenescido el dicho cabildo e estando los dichos sennores por sy en el dicho

cabildo ayuntados, ordenaron e mandaron por el bien e servicio de la dicha iglesia que de aqui adelante el partidor fuese a requerir la escuela de los moços e la hora que no fallase al claustrero en la dicha escuela con los moços mostrandolos e instruyendolos o entoviese en el choro que le quitase la tal hora e no gela esemyese, lo qual mandaron personalmente a Pedro Gutoerrez de Trojueque, raçionero e partidor elo guardase e fisiese. E asy mesmo rogarone encomendaron al honrrado Juan Garcia de Yepes, canonigo que presente estava que fuese cada dia a la dicha escuela a las horas que el quesiese e toviere cargo de mandar e mandase al dicho claustero que mostrase a los moços e clerisones segund cada uno incumbia e su capacitat bastse por que la iglesia se sirvyese dellos e ellos aprendiesen e saliesen buenos clerigos. E el dicno Juan Garcia dixo que le plasia de lo faser por servicio de Dios e de la dicha iglesia pues que gelo mandavan ca el lo deseava mucho.

Documento 22

1477, septiembre, 30, Toledo

Ordenación capitular sobre las distribuciones cotidianas.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 97r-v.

Ordenaçion sobre las distribuções.

Este dicho dia XXX de setiembre de LXXVII dentro en la dicha capilla, los dichos dean e cabildo ayuntados capitularmente e avida su platica e tractado sobre la penuria e poca caridat de las distribuções que fasta aqui se davan e ganavan los sennores beneficiados de la dicha iglesia asy canonigos como raçioneros, e avydo acatamiento que las rentas del su refitor sean en caridat de cada anno, odenaron e mandaron que desde primero dia de jullio del dicho anno las dichas distribuções se ganasen e el partidor las escriviese a los dichos sennores canonigos e raçioneros que los ganasen en esta manera. Que el canonigo gane a cada hora de las menores, prima, tercia, sexta, nona, completas, dos maravedis e el racionero un maravedi; e a la mysa mayor e vysperas a cada una hora dellas gane el canonigo tres maravedis e el raçionero tres blancas por manera que el canonigo que fuere entero de distribuções cada dia gane XVI et el raçionero VIII. E en esto se guarde la forma del pagar e escrivir las que antes estavan de XIII dias començando en domingo e acabando en sabado. E el canonigo que fuere entero en los dichos XIII dias aya de distribuções CCXXIII e el raçionero CXII. E mandaron a Sancho Fernandez, raçionero, su partidor, que lo faga guardar e escriba asy como dicho es e en esta manera acresçentasen las dichas distribuções a los que sirvyeran el coro. E a los que las perdieren e no ganaren quedasen al refitor para que no sea gravado el dicho refitor, e aunque tase de cargo que

ninguno no lieve la parte de otro como de antes se fasia que se repartan cada dia IIII a pocos o muchos los que estavan presentes. E lo que uno perdia que seria al otro. E sy lo ganava no justamente era el cargo al que lo ganava justamente, lo qual se queria en la forma susodicha que la hora que ganase el beneficiado le escriba e la que no ganase se quede en el refitor e porque el cuento e comyenço de las dichas distribuçiones comienço el domingo passado que fueron XXVIII de setiembre que son tres dias al respecto pasado, los otros honse dias se escrivan al receptor e repartimiento moderno segund dicho es. A lo que fueron testigos los sennores Mrcos Dias de Mondejar, Pedro Gomes de Ayllon, Gonzalo Fernandez de Alcala, canonigos e otros.

Documento 23

1478, enero, 22, Toledo

Ordenamiento capitular sobre el servicio del coro.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 99v.

Capitular ordenaçion sobre el servyçio del coro.

En el cabido XXII de enero de LXXVIII los dichos sennores capitularmente ayuntados, llamados por çedula e palticado e tractado sobre el servyçio del coro por que este poblado e acompannado de los beneficiados, ordenaron que de aqui adelante aya dos sennores uno de cada coro por presydes para qu esten presentes en el coro los dias capitulares en tanto que estan los sennores en cabildo. E que no aya cabildo mas de los tress dias en la semana ordenados, a saber, lunes, myercoles e vienes. E que los dichos presydes no den liçencia a ninguno, e aunque lo den que el partidor no lo escriba e le quite la hora a la tal persona que se fuere aunque tiene liçencia por que el dicho coro este acompannado. E si alguno de los presydes no estovyese en el coro en el dicho tiempo que no les escriba el partidor la distribuçion de la hora que no estoviese. E que los capellanes se aperçiban a desir mysa antes de la mysa mayor por si el capellan fuere a desir mysa que aya liçencia para ello y no para otra cosa.

Documento 24

1479, junio, 8, Toledo.

Ordenamiento capitular sobre los aniversarios.

A.C.T. Actas Cap. I, f. 106v.

Ordenaçion e mandamientos de los sennores sobre los aniversarios e officios de finados sy devan ganar por dias o no.

En el cabillo, VIII de junyo de LXXIX, los dichos sennores

capitularmente ayuntados, praticando e alternando sobre los que demandavan aver dias quando avia anyversarios solepnes por los difuntos o exequias de cuerpo presente o de novenario o cabo de anno asy de beneficiados como de otros sennores e personas, e porque ocurrieron muchas opiniones e voluntades cerca dello, ordenaron e mandaron que a los tales anyversarios e ofiçios ningund beneficiado pueda tomar dias ni tome dia estando presente sano en la çibdat, salvo los que fueren absentes della en manera que los absentes gosen de los dias no estando en la dicha çibdat y los que presentes en ella estoviesen no gosen de los dichos dias sy no que personalmente esten a honrrar e acompannar los dichos ofiços, salvo sy tovyeren negoçio alguno en servicio de la eglesia.

Documento 25

1479, septiembre, 11, Toledo

Licencia para que la clerecía de Toledo pueda celebrar oficios en la catedral.

A.C.T. Actas Capitulares, I, f. 108r

Licencia de los sennores dean e cabildo para los anyversarios e proçesiones que el cabildo de la çibdat fagan por sus hermanos e bienfechores en esta sancata eglesia.

Este dicho dia XI de setiembre de LXXIX en el dicho cabildo ante los dichos sennores fue propuesto por parte del cabildo de la cleresia desta dicha çibdat como estos tienen de costumbre de faser de quatro en quatro meses en fin de cada terçio desir un anyversario por sus hermanos e bienfechores. E porque querian faser proçesyon para ellos con sus responsos como se fassen por otros en esta sancta eglesia, les pedian por merçed les plogiese dar liçencia e logar para ello. E platicando çerca dello cosas en este su cabildo çerca dello, considerando que muchos canonigos e raçioneros o capellanes e canonigos extravagantes desta sancta eglesia asy byvos como defunctos son hermanos de los dichos beneficiados e beneficiados en la dicha çibdat, acordaron que era bien e cosa piadosa e de buen enxemplo e dieron la dicha liçencia tanto quanto a ellos bien visto fuese e quisieren con que el anyversario e mysa digan e çelebren en la capilla de Santiago e despues de la mysa anden con su procesyon por la eglesia segund se fase por otros y en aquellos tiempos. E quando los dichos sennores lo quisieren vedar e prohibir que se cesse lo puedan faser e fagan. Testigos los sennores Marcos Dias, Pedro Gomes de Ayllon, Pedro de Gomez de Mesa e Juan Lopes de Leon, canonigos.

Documento 26

1479, octubre, 9, Toledo

Ordenación del cabildo sobre vestimenta de los capitulares.

A.C.T. Actas Capitulares I, f. 109r.

Ordenaçion sobre los canonigos que andan descubiertas las piernas.

En el cabildo IX de octubre de LXXIX los dichos sennores capitularmente ayuntados ovieron fabla e pratica disiendo que se disia que algunas personas entre ellos no trayan calças ni borseguis quando salian de sus casas e trayan las piernas descubiertas de lo qual se murmurava e presençiaava por personas legas que lo veyan e por evitarlo en adelante ordenaron e mandaron que de oy en adelante qualquier canonigo que saliere de su casa a pies o cavalgando las piernas desnudas syn calças o borseguis e se sopiere por qualquier manera que de su prebenda e renta se tome dinero para comprar als claças o borseguis e mas que de a cada canonigo de los que presentes estovieren en la iglesia un par de calças de panno mayor fino. E asy dixeron que lo mandavan e mandaron. Testigos los sennores Marcos Dias, Pero Gomes de Ayllon, Pero Gomes de Mesa, el doctor Francisco Çapata, exçepto a los maytines que puedan venyr como quisieren con calças o borseguis.

Documento 27

1488, octubre, 21, Toledo

Ordenamiento capitular sobre la residencia con ocasión de la peste.

Cuadernillo incluido al principio del tomo I de las Actas Capitulares.

Por doctrina sancta tenemos que devemos fuyr de la yra de Dios, apartandonos de los pecados que ofenden su divinal megestad y allegandonos a las virtudes con que ayamos su misericordia e piedad e porque segund nuestra flaqueza humana es inclinada a pecar non tenemos entera seguridad de alcançar la tal misericordia por nuestros meresçimientos avemos por cosa conveniente fuyr desta yra corparlmente conviene a saber apartandonos de los lugares pestiferos a los sanos por guardar la vida del cuerpo con que mediante las buenas obras podamos ganar la eternal, por ende, nos, el dean y cabildo de la sancta yglesia de Toledo seyendo para lo infraescripto llamados e ayuntados e aviendo sobrello diversas vezes praticado e tractado con mucha deliberaçion, acordamos de estauyr e ordenar segund que desde agora estatuyamos e ordenamos que cada e quando acaesçiere esta çibdad estar infçionado de morbo contagioso pestilencial, los beneficiados, dignidades e canonigos, raçioneros e capellanes de la dicha sancta yglesia pueden absentarse de la dicha çibdad e estar fuera della para lo qual tengan liçençia por virtud desta constituçion e porque de

la dicha absençia no sientan grande danno, ordenamos que ganen por entero todo lo que ganavan seyendo presentes e ynteressentes eçebto las distribuçiones cotidianas que se cuentan por el repartidor y se parten de quinze en quinze dias por los presentes e interessentes por manera que los interessentes que en esta dicha çibdad quedaren, ganen sus distribuçiones y las distribuçiones de los tales absentes, aquellos reputamos e avemos por absentes en este caso para que sus distribuçiones se repartan entre los presentes que tienen aqui en esta çibdad sus casas e acostumbran residir la mayor parte del anno en esta Sancta Yglesia. Esto que ordenamos e estauymos çerca de los canonigos prebendados se entiendan de los que han fecho su anual residençia e non a los que non la ovieren fecho pero si la ovieren començado a fazer e durante el anno della sobreveniere la tal pestilençia, que los tales residentes la continuen e acaben en la iglesia del lugar que por nos el dean e cabilldo le fuere asignado e deputado e ende continuen su residençia a las oras e en la forma que era obligado a la fazer en esta sancta yglesia e prueve ante nos por fe del cura o del lugarteniente o del sacristan o notario la tal residençia e si el tal lugar deputado se dannare tomando por testimonio que alguna persona aya fallèsçido de pestilençia, se puedan yr a otro qualquier lugar del arçobispado e por la dicha causa a otro qualquier. Esto mismo sea si en el lugar donde fuere non lo quesieren resçibir e si el canonigo non oviere fecho nin començado a fazer la dicha residençia que non goze desta constituçion, pero si la començare que luego goze en la manera que es ordenado de los que han començado a fazer su residençia.

Otrosi ordenamos e statuymos que si a los tales canonigos que ovieren conençado a fazer la residençia anual les non fuere deputado por el cabilldo lugar donde continuen e acaben su residençia, seyendo por el tal residente requeridos, que el tal canonigo tenga libertad de se absentar desta dicha çibdad e se yr a qualquier villa, çibdad o lugar deste arçobispado que quesiere e continuar e acabar ende su residençia e trayendo ante nos fe como dicho es de como residio, sea avido e visto aver fecho su residençia bien asy como si la oviere fecho en la dicha sancta yglesia.

Otrosy ordenamos e estatuyamos que lo que es dicho e ordenado que los canonigos que han fecho su anual residençia que se puedan absentar e ganen como presentes se entienda de los que tienen en esta çibdad sus casas pobladas e acostumbran residir la mayor parte del anno, mas las que non suelen residir la mayor parte salvo que tienen en otras parte su absentamiento e vienen aqui a ganar el vistuario en los noventa dias que estos sean obligados para lo ganar de residir e fazer fe su residençia en algun lugar que el cabildo les deputare segund e como es dicho e ordenado de los canonigos que han començado a faser su residençia e no la han acabado. E todo lo que dicho es dicho e estatuydo se entiende non estando ganando el tal beneficiado en otra yglesia cathedral o collegial que en tal

caso non goze desta constitucion. Quanto a los capellanes desta sancta yglesia que son obligados a dezir ciertas misas cada semana, ordenamos que las digan en los lugares donde estovieren por las anymas de aquellos que ynstituyeron las capellanias e trayendo fe del cura o sacristan desta sancta yglesia como las dixieron sean contadas e ayan sus pitaças segund e de la forma sy las dixiesen en esta dicha sancta yglesia.

E queremos e ordenamos que esta dicha constitucion e liçençia aya efecto e comiença desde el dia que nos los dichos dean e cabilldo llamados por çedula de ante dia lo acordaremos e declararemos e dende en adelante dure fasta tanto que por nos fuere declarado que los absentes devan bolver a residir en esta dicha sancta ygleisa, despues de la qual declaracion en termino de treynta dias sean obligaos todos a reunir e vengan a residir e interesser esta dicha sancta yglesia a los que pasados los dichas treynta dias no veneiren a residir dende en adelante sean avidos por absentes e non gozen desta constitucion. Otrosy ordenamos e estatuímos que la dicha declaracion para que los absentes vengan a residir se non pueda fazer salvo capitularmente y estando en numero de dies canonigos prebendados y no menos en el dicho cabilldo que todos conformen en el dicho llamamiento y si de otra manera se feziere non (acte, arte) a los absentes.

En el cabilldo de la sancta yglesia de Toledo, veynte e un dias del mes de otubre anno del nascimiento del Nuestro Salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos e ochenta e ocho annos, estando los reverendos sennores dean e cabilldo de la dicha sancta ygleia capitularmente ayuntados, llamados por çedula de ante dia por su pertiguero para lo infraescripto, confirmaron e aprobaron esta dicha constitucion e dla declararon segund e de la forma que en ella se contiene e dieron liçençia a todos los beenfiçados de la dicha sancta yglesia que se quesieren absentar desta dicha çibdad por miedo de la pestilençia se absentasen con las condiçiones sobredichas. Testigos los unos de los otros.

Documento 28

1489, enero, 14, Valladolid

Constitución de don Pedro González de Mendoza sobre la hermandad de capellanes.

B.C.T. MS 32-17, f. 47r-49r.

B.N. Mss. 6260, f. 40r-41v.

Don Pedro Gonçalez de Mendoza por la divina miseratione cardenal de España, Arçobispo de la Santa Yglesia de Toledo primada de las Españas, chançiller maior de Castilla, obispo de Siguença. Por quanto nos al presente occupado en algunos arduos negocios concernientes al estado eclesiastico y la buena governacion destos reinos non podemos

personalmente residir en la dicha nuestra sancta yglesia y visitar la hermandad y collegio de los capellanes del choro y presidir la dicha hermandad y saber las constituciones y hordenanças por donde se rigen y como guardan y cumplen los cargos y otras cosas que son obligados de hacer e cumplir y nos queriendo proveer lo suso dicho para agora e para adelante por descargo de nuestra conçiencia y de nuestros suçessores que por tiempo seran, por la presente, con acuerdo y deliberaçion de los venerables hermanos nuestros el dean e cabildo de la dicha nuestra sancta yglesia de Toledo, mandamos, ordenamos y statuimos para agora e para siempre jamas que el dean de la dicha sancta yglesia o el capellan maior del choro de la dicha nuestra sancta yglesia que agora son o seran por tiempo residiendo en ella en absençia dellos a persona, dignidad o canonigo de la dicha nuestra sancta yglesia que el cabildo para ello deputare presida y sea presidente por nos y por la nuestra autoridad en la hermandad de los dichos capellanes del choro de la dicha nuestra sancta yglesia y que cada e quando que el dicho dean e cabildo como dicho es viere que cumple junta o apartadamente pueda mandar e mande por nuestra autoridad a los dichos capellanes que se junten en qualquier lugar de la dicha nuestra sancta yglesia donde bien visto le fuera y pueda pedir e compeller a los dichos capellanes que le muesten las constituciones y ordenanças de su hermandad y las que viere justas y honestas las compela y apremie a que las guarden e cumplan.

Otrosi a que muestren los libros de los cargos de la dicha hermandad y de las posesiones y rentas que tienen y puedan inquirir y le informar como y en que manera los dichos capellanes guardan las dichas sus ordenanças y cumplen los cargos que tienen y puedan inquirir y le informar como y en que manera los dichos capellanes guardan las dichas sus ordenanças y cumplen los cargos que tienen y administran sus posesiones y rentas y heredades y de como parten las dichas rentas y en lo que fallare que no cumplen lo que son obligados puedan por la dicha nuestra auctoridad compeller y apremiar a los dichos capellanes y a cada uno dellos a satisfacer y cumplir los dichos cargos por toda censura eclesiastica y si visto les fuese pueda multar y privar a qualquier o qualesquier de los dichos capellanes de los emolumentos y rentas de la dicha hermandad y los expeler y alañar della a tiempo o in perpetuum y para que los pueda pedir y pida cada que visto le fuere la quenta y repartimiento de las dichas rentas de la hermandad y otrosi prohibimos y defendemos a los dichos capellanes del choro que agora son o por tiempo fueren que no puedan tomar carga alguna de aqui adelante sin acuerdo y consentimiento del dicho dean e capellan maior o en su absençia de la persona que por los dichos dean e cabildo fueren deputadas para la dicha presidencia.

Otrosi que no puedan vender, trocar, dar a çenso infinteo sin ni por vida ni en otra manera alguna enajenar posesion alguna de la dicha

herandad ni çenso o tributo o otra qualquiera renta que tengan o tuvieren nin dar liçençia a traspaso de possession en quellas tengan el directo dominio ni asimismo puedan comprar possession alguna ni haber repartimiento alguno entre si de las rentas de la dicha hermandad ni poner entre si multas o penas unos a otros por qualquier causa ocasion que aya ni haber hordenanças ni constituciones algunas perpetuas o temporales ni actos algunos de mayor o menor qualidad de los sobredichos, los quales aqui avemos por espeçificados y declarados como si aqui espeçificamente se declarasen y espeçificasen sin que en todos ellos o en cada uno dellos el dicho dean e cabildo entienda e a ello de su expreso consentimiento lo qual les mandamos que ansi tengan e guarden e cumplan so pena de excomunion y so las otras penas que el dicho dean o capellan maior o la persona por el cabildo deputada los impusiere, las quales por la presente aprovamos y demas declaramos que la ordenança contrato de venta troque ynfiteosin inperpetui o por vidas o liçençia o multa o pena que fisieren o pusieren y otros qualesquier actos que fisieren sean en si ningunos e de ningun valor e los avemos desde agora por caso escrito y qualquiera cosa que de los tales contractos ovieren o repartimientos lo restituyan e sean obligados a lo restituir con el doblo, y por la presente constitucion lo applicamos a la fabrica de la dicha nuestra sancta yglesia, la execucion de lo qual pertenesca al dicho dean o capellan maior o lugarteniente de dean y en su absençia a la dicha persona por el cabildo diputada.

Y encargamos las conçiencias del dicho dean o capellan maior que oy son o por tiempo seran y de la persona por los dichos dean e cabildo diputada asi exerçan ese misterio que descarguen su conçiencia y la nuestra y asimismo e a los dichos hermanos nuestros el dean e cabildo e cargamos las conçiencias eligan e nombren tal persona qual para lo susodicho es neçesaria, la qual election e nominaçion se faga al tiempo que ponen los otros offiçios cada un año e la dicha nuestra sancta yglesia y porque desta nuestra ordenança y mando los dichos capellanes sean sabidores, mandamos les sea notificada y yntimada por ante notario y secretario del dean e cabildo de la dicha hermandad y puesta en el libro de las constituciones de la dicha nuestra sancta yglesia. Dada en la villa de Valladolid a catorce dias del mes de henero, anno del naçimiento de nuestro sennor Ihesu Cristo de mil e quatroçientos y ochenta e nueve annos. El original desta constitucion puse yo Joannes Ruis, secretario en el arca quadrada que tiene dos çerraduras en veinte e quatro de octubre de mill e quatroçientos e noventa y un annos.

Documento 29

1489, octubre, 9, Toledo

Constitución sobre contadores.

B.C.T. MS 23-27, f. 57r-58r.

B.N. Mss. 6260, f. 47v-48v.

En el cabildo, nueve dias de octubre de LXXXIX, estando los reverendos sennores dean e cabildo desta sancta yglesia de Toledo capitularment ayuntados, llamados por çedula de ante dia para lo infra scripto, queriendo proveer en la gobernaçion de las rentas de la dicha yglesia, avido sobre ello su acuerdo y tractado, hordenaron las cosas infra escriptas, conviene a saber, que de aqui adelante, para siempre jamas aya en la dicha yglesia dos contadores, los quales han de entender y fazer las cosas siguientes.

Primeramente han de hazer el libro hordinario del refitor y en este libro desde luego a la hora que fueren deputadas an de asentar las posesiones y mrs. de juro y otras rentas qualesquier que se ayan arrendado y acreçentado en el dicho refitor fasta agora y otro tanto an de asentar en el libro que esta en el cabildo y al tiempo que fizieren el dicho libro saquen por memoria las posesiones que estuvieren mal afiançadas o los fiadores que fueren muertos o perdidos y otrosi de las posesiones que an sido mudados los poseedores para que se sepa como o porque tituloo raçon las poseen los que a la sazón las poseyeren porque desta manera se declararan y descubriran muchos fraudes y encubiertas que se fazen de cada dia donde viene gran danno a la yglesia segund que avemos visto por expriençia y hagan relaçon al cabildo para que se encomiende a quien lo haga afiançar y se provea en ello como cumpla.

Yten los dichos contadores an de asentar el dicho libro ordinario del refitor todas las cosas que ocurrieren de traspasamientos de casas y acreçentamiento de rentas que se hizieren de aqui adelante o de arrendamientos nuevos y den sacadas las rentas de lo que perteneçiere al refitor faziendo cargo al refitolero de todo ello luego ese mismo dia que se hiziere el dicho arrendamiento.

Yten an de asentar el dicho libro hordinario lo que rentaren las casas de alquiler luego el mismo dia que se alquilarén.

Yten han de hazer el libro extrahordinario de nuevo y la primera cosa que han de fazer en el es que vean el libro antiguo desde el anno de setenta y nueve y que vean lo que esta por cobrar y fagan dello cargo al que oviere de tener el dicho libro extrahordinario y dende adelante lo que oviere an de cargar los dichos contadores de su mano al dicho extrahordinario, lo qual an de cargar luego ese mismo dia que se ofreciere la tal deuda.

Yten an de visitar el dicho libro pasado y ver las deudas que an cobrado algunos sennores de los que tuvieron el extrahordinario y ver si les



fueron cargadas y dieron cuenta dellas.

Yten los dichos contadores an de tomar quenta en fin de cada anno ansi al refitolero como al que tuviere extrahordinario e si el sennor dean e los maiordomos quisieren estar presentes que esten presentes en tal manera que faga su alcance al refitolero y lo que le alcance se ponga por principio de cargo al refitolero que viniere.

Yten quando tomaren la quenta del libro extrahordinario an de hazer su alcance por entero de todo lo que monto el dicho cargo descargando lo que mostrare aver pagado. Y el dicho alcance se a de cargar al que viniere a rezebir el dicho cargo y si algunas deudas quedaren por cobrar a de mostrar las diligencias que hizo en ellas y con aquellas se ha de fazer nuevo cargo al que viniere tan bien de las deudas como de los mrs. en que fuere alcançado el que tomo el dicho cargo de extraordinario.

Yten los dichos contadores an de tener el registro e registrar todos los mandamientos que se hizieren y sennalar los dichos libramientos y que ningun sennor no los firme sino los viere sennalados en las espaldas de amos a dos o de qualquier dellos. Y antes que los dichos contadores o qualquier dellos los sennalen an de hazer cargo nuevo a aquel en cuyo favor se da el libramiento, para lo qual es neçessario que los dichos contadores fagan luego un libro con su Abeçedario y en el asienten cuenta en cada uno que oviere rezebido o rezebiere de aquí adelante algo y le fagan cargo dello y alli se asiente la cuenta de los que oviere rezebido e gastado.

Yten los dichos contadores no an de sennalar libramiento para alguna persona que aya avido otro libramiento sin que primero de cuenta y se asiente el libro del libramiento passado.

Yten los dichos contadores an de asentar por cargo al dicho extraordinario las acciones y reparos de qualesquier posesiones luego al mesmo dia que los sennores mandaren que se cobren de los deudores.

Otrosi an de asentar en el dicho libro lo acostumbrado por las sepulturas en el dia en que el cabildo da liçencia para ella y no se a de dar la dicha liçencia sin que primero fagan fe los dichos contadores o qualquier dellos como esta asentado en el dicho libro.

Yten que el cabildo no de liçencia de trapaso ninguno sin que primero los dichos contadores o qualquiera dellos de fe de como estan asentados por cargo al extraordinario los mrs. que montare el diezmo del dicho traspaso e otro tanto han de hazer de los alizeres en el libro del repartidor.

Yten a de estar presente el refitolero como es de costumbre para ver si se le deve algo.

Yten los dichos contadores asienten los traspasos y otros arrendamientos en el libro que esta en el cabildo el mesmo dia que pasaren en el cabildo.

Yten ordenaron que por que mejor sea guardado lo susodicho esta

constitucion sea leida en el cabildo en cada un anno una vez conviene a saber, en uno de los tres cabildos que se han de dezir dende Todos Sanctos a Navidad.

Yten ordenaron los dichos sennores en quatro dias del mes de mayo de MIIIXCIIII annos que de aqui adelante in perpetuum los que son o fueren por tiempo contadores que no lieven ningun salario de las quantas que tomaren asi del refitor o partidior como de las quantas qualesquier salvo los dichos ocho mill mrs., a cada uno quatro mill mrs. y que las dichas quantas las fagan escrevir los contadores y las firme e refrende con ellos el que es o fuere por tiempo secretario del cabildo.

Documento 30

1490, abril, 3, Toledo.

Institution del Arca de la Limosna del Pan desta Sancta Yglesia de Toledo.

A.C.T. V.3.B.1.1.

Pues que en el postrimero dia del Juicio ante el tribunal del Alto Juez nuestro redemptor nos ha de ser pedida estrecha cuenta de las obras de misericordia y piedad que pudieramos hazer en este mundo si las dexaremos de cumplir sancta cossa sera agora que podemos pagar nuestra deuda no esperemos aquel tiempo quando estas obras no havran lugar porque ni las podremos fazer ni avra quien las aya necesarias y si todo fiel christiano deve considerar esto mucho mas el estado ecclesiastico que es espejo y luzero y ha de ser exemplo de Dios para lo seglar y principalmente en esta virtud de la caridad y limosna pues que sus bienes son de limosna para limosna de pobres dedicados, lo qual por nos el Dean y cabildo desta yglesia de Toledo considerado y plugo a nuestro sennor de quien todos los bienes y dones proceden de nos alumbrar y esforçar para elegir un Arca de limosna de pan cozido que cada dia sea distribuido por los pobres desta ciudad assi de los envergonzantes como de otros con cuya mano y gracia lo començamos y acavamos a el solo sean gracias infinitas porque esta obra fuesse mas copiosa y perpetua y aunque por el Reverendisimo Sennor Arçobispo nuestro sennor y prelado ganase su principal parte del merito della ante dios acordamos de supplicar y supplicamos al muy Illustre y Reverendisimo sennor don Pedro Gonçalez de Mendoça Cardenal de España, Arçobispo desta sancta yglesia, primado de las Españas, chanciller mayor de Castilla, obispo de Sigüença, nos diese autoridad y liçencia para ello y ayudase con su limosna, assi de su renta y messa arçobispal como de la renta de la fabrica desta dicha su sancta yglesia, lo qual su Santidad Reverendisima oyo benignamente y otorgo la liçençia y fizo copiosa limosna para en cada un ano para siempre, assi de su renta como de la renta de la

dicha fabrica como buen pastor y prelado que no a de consentir los fieles padeçer de hambre y las rentas de la yglesia sean gastadas en superfluos edeficios aunque sean ecclesiasticos como los sacros canones le disponen y porque esta dicha Arca de limosna mejor reggida y governada fuesse, agora e para siempre jamas fezimos las constituciones e ordenanças siguientes.

Primeramente, cada un anno sea elegido un limosnero que sea dignidad, canonigo o racionero, la qual eleccion sea fecha en el cabildo llamando para ello por çedula ante diem y fagase la election de dicho limosnero el primer viernes del mes de agosto de cada un anno y comiençe el offiçio del dicho limosnero primero dia de octubre porque estos dos messes pueda començar a hazer harina, la dicha eleccion se faga el dicho dia encargando la consciencia de los sennores capitulantes que fagan y eligan persona ydonea y suficiente para el dicho offiçio por sus votos sin ninguna ecepcion de personas y los votos sean secretos en el dicho cabildo y el que fuere elegido no se escuse so pena de dos messes que este fuera del choro sin remission alguna.

Yten el dicho limosnero sea un anno solo y no pueda ser elegido un anno en pos de otro.

Yten la forma de repartir la limosna sea esta, que en principio de cada anno se vea el pan que tiene el Arca para todo el anno y aquello se reparta para cada un dia de manera que desde entonces se determine quanto se a de dar cada un dia para que no sobre ni mengue pan.

Yten que sea cada un pan de los que se an de dar de pesso de doze honzas y a cada una persona se de uno, pero si el limosnero con los visitadores determinaren de dar mas a los envergonçantes entonces puedan dar mas tal que no se den tres panes arriba cada dia a una persona para el y a su cassa.

Yten que la dicha limosna se reparta cada un dia parte della por personas envergonçantes y la otra parte por otras personas pobres aunque no sean envergonçantes con tal que toda la dicha limosna se faga dentro en la dicha yglesia en la claustra della y que los tales envergonçantes ayan de embiar por la tal limosna cada dia a la dicha yglesia y lugar donde se repartieren y los dichos envergonçantes ayan para ello cedula de los visitadores y deputados por el dicho cabildo en que diga que vengan por limosna tantos dias que comiençen desde tal dia y para dar esta cedula los dichos diputados y visitadores sean dos nombrados el dia que nombraren al dicho limosnero y para que aya informacion quien es la tal persona y la necesidad que tiene, sobre lo qual se les encarga la consciencia especialmente de mirar que si oviere muchos envergonçantes, tantos que no baste la limosna para todos, que los reparta por dias entre ellos por manera que cada uno alcance parte de la dicha limosna, lo qual todo queda a la buena discrecion y consciencia del dicho limosnero y de las dichas dos personas diputadas.

Yten que la dicha limosna se reparta en cada un día en la dicha claustra de la dicha sancta yglesia en el lugar que para ello esta diputado y los pobres esten asentados en los poyos della y ninguno se levante hasta que toda la dicha limosna sea repartida porque despues de recibida den graçias a nuestro sennor, y porque no se por yerro a alguno doblada la limosna y el que se levantara antes no le den limosna aquel día y el dicho repartimiento de limosna se faga a la plegaria de la missa mayor.

Yten ha de proveer el dicho limosnero como no aya limosna el pobre que comiere en casa del sennor Arçobispo aquel día que ende comiere.

Yten todo esto a de fazer el dicho limosnero por si mismo poniendo mucho recaudo assi en el cobrar del pan y dinero como en que se faga la harina a su tiempo por las necessidades que suele haver en esta çiudad de las moliendas y assimismo lo vea pessar y quel mismo reparta la dicha limosna y vea las çedulas que truxeren los dichos envergonçantes y tenga su libro de quenta assi con los sennores que an de dar el pan y dineros como con los panaderos porque de todo ello a de dar quenta a los dichos sennores o a quien ellos diputaren en cada un anno y por todo el trabajo susodicho a de esperar en cada un anno y por todo el trabajo susodicho a de esperar el gualardon de Dios a quien sirve en ello y todas las oras que en ello anduviere se escrivan al dicho limosnero y diputados y aya en remuneración el dicho limosnero dos mill maravedis de salario.

Yten que no se a de dar en tiempo ninguno pan en grano a persona.

Yten este pan y dinero que los sennores y beneficiados an de dar y mandaren para la dicha Arca se ha de cobrar por el dicho limosnero del Refitor el dinero y del granero el pan sin libramiento del cabildo ni de las tales personas salvo por una copia que le daran en principio del Año firmada del secretario de los dichos sennores.

Yten, otrossi el dicho limosnero tena cargo cada día que qualquier persona en dignidad constituida o canonigo o racionero viniere nuevamente a esta sancta yglesia de notificarle esta sancta obra para que faga limosna la que quisiere para ella y assi en cada anno al tiempo que se elligiere el dicho limosnero se an de escrivir las mandas que cada uno de los dichos sennores mandaren para que el que fuere elegido sepa lo que a de cobrar.

Yten que el dicho limosnero que fuere en cada anno sea obligado de fazer relacion en cabildo ocho dias despues de Sant Miguel para que nombren contadores y sea tomada quenta de lo que oviere rezibido y gastado en la dicha Arca de la limosna y de lo que sobrare se faga cargo el limosnero nuevo por manera que siempre aya buena quenta de la dicha limosna segun la obra que es, los quales capitulos y institucion se fizieron y otrogaron en el dicho cabildo por los dichos sennores dean y cabildo en tres dias de Abril de mill y quatroçientos y noventa annos ante Luis de Palencia, secretario de los dichos sennores.

Documento 31

1490, noviembre, 4, Toledo

Salario del físico.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 10r.

Este dia los dichos sennores capitularmente ayuntadods llamados por çedula ante dia segund lo an de uso de faser en los semejantes casos, paticaron e fablaron sobre el salario que en cada un anno han de dar al fysyco que tenia cargo de curar a todos los beneficiados desta sancta iglesias, dignidades, canonigos, raçioneros, capellanes e otros qualesquier beneficiados del choro e asentaron de tomar por su fysyco al liçençado Pedro de Colina e darle por cada un anno de salario treynta mill mrs. pagados por terçios de anno del refitor, tanto todos los dichos beneficiados de las personas qualesquir que a cada uno dellos tenga o toviere en sus casas comensales si otro salario alguno salvo si algo de salario le quisyere dar algo segund la cualidad de la enfermedad e que el dicho salario corra dende el dia que viniere a servir por quanto para dar orden en las cosas de su vidda y hazienda pidio liçençia este dia e los dichos sennores gela mandaron dar. Despues desto incontinente mandaron que corra el salario dende primero de noviembre deste anno de XC annos, no obstante que le daron e dieron la dicha liçençia.

Documento 32

1490, diciembre, 8, Toledo

Constitución de don Pedro González de Mendoza sobre capítulos espirituales.

B.C.T. MS 23-17, f. 46r-46v.

B.N. Mss. 6260, f. 39v-40r.

Tanto con maior vigilançia y soliçitud devemos entender en las cosas spirituales quanto son mas prinçipales que las temporales y a nuestro cargo mas neçesarias y mas provechosas a nuestras animas. Por ende, nos don Pero Gonzalez de Mendoça, cardrenal de Espanna, Arçobispo de la Sancta Yglesia de Toledo, queriendo proveer çerca de la buena governaçion en el culto divino y cargo de missas y aniversarios y honestidad de las personas eclesiasticas de nuestra sancta yglesia y otros negoçios espirituales que de cada dia en ella ocurren, ordenamos juntamente con los venerables hermanos nuestros dean e cabildo y statuimos que de aqui adelante para siempre jamas el primero viernes de cada mes se tenga cabildo en el lugar acostunbrado donde ayan de concurrir y concurran todos los canonigos prebendados que a la saçon residieren en esta çiudad y alli se propongan todas las cosas conçernientes a la governaçion de lo spiritual de la dicha

sancta yglesia asi mismo a la honestidad de las personas ansi en los vestidos y calçar como en los atavios de las cabalgaduras y correction de sus familiares y servidores, y los dichos viernes mandamos que no se fablen capitularmente cosa alguna temporal y en todo lo susodicho se provea como vieren que mas cumple al serviçio de Dios y desta nuestra yglesia y honestidad de los beneficiados della. Y porque esta constitucion sea mejor guardada mandamos que se asiente entre las otras constituciones de la dicha nuestra Sancta Yglesia y en el calendario que el repartidor se ponga por memoria en cada un mes; y el dicho repartidor sea obligado el jueves antes de avisar al pertiguero que llame a cabildo para entender en lo suso dicho. Y mandamos que todos los presentes y residentes en la dicha Sancta Yglesia vengan y esten en el dicho cabildo so pena de que el que ende no estuviere si oviere legitimo impedimento pierda su parte de las distribuciones y cantidades de aquel dia. Fecha a ocho dias de diziembre del anno del nascimiento de Nuestro Salvador Ihesu Christode mill y quatroçientos y noventa annos. Juan Ruiz de Ocanna, notarius apostolicus.

Documento 33

1490, diciembre, 24, Toledo

Constitución de Pedro González de Mendoza sobre la administración de la Obra.

B.C.T. MS 23-17, f. 59r-62v.

B.N. Mss. 6260, f. 48v-52v.

Don Pero Gonçalez de Mendoza por la divina miseraçion cardenal de España arçobispo de Toledo, primado de las Españas, chanciller mayor de Castilla, obispo de Çiguença. Por quanto a nos y a nuestros predeçessores de buena memoria an perteneçido e perteneçe de costumbre inmemorial la administraçion de la Obra y Fabrica de nuestra sancta yglesia de Toledo con entero e libre poder de e poner e quitar obreros y proveer de contadores y otros offiçiales neçessarios e haber todas las otras cosas a la dicha obra perteneçientes, las rentas de la qual por la graçia de nuestro sennor an creçido y son aumentados sancta caridad que si con graçia e diligencia e soliçitud no se administra la dicha nuestra sancta yglesia y su obra y fabrica reçebiria grandes dannos y perdidas en sus rentas y ediçios y scripturas y ornamentos y joyas e bienes y seria gran deserviçio de Dios Nuestro Sennor y danno de la dicha sancta yglesia y peligro de nuestra conçiencia y de los obreros y offiçiales que para ello nos deputasemos, en especial que por experiençia avemos conoçido como por negligencia y remision de los dichos obreros y offiçiales muchas personas se an quedado con los bienes y rentas de la dicha Obra y le son dello grandes contias y sumas de mrs. y se non pueden cobrar. Por ende queriendo proveer a los

dannos susodichos y oviar a otros muchos por manera que a nos sea dado mandada cuenta al dia de Juicio y considerando que por nos mismo no podemos entender e tomar las quantas y otras cosas tocantes a la dicha Obra ni entender de contino en la visitaçion della con ocupaçiones de otros muchos arduos negoçios. Por la presnete statuimos e ordenamos que la dicha Obra y Fabrica de la dicha nuestra yglesia de Toledo y sus rentas e bienes e posesiones sea administrada perpetuamente por los venerables hermanos de la dicha nuestra sancta yglesia de Toledo en la forma siguiente.

Primeramente que los dichos dean e cabildo llamados por çedula ante dia por su pertiguero segun que lo an de uso e de costumbre de ser llamados se ayuntaran en su cabildo el penultimo o postrero dia del mes de abril en cada un anno para tractar e platicar sobre la election de las personas que ayan de ser nombradas y elegidas para obreros y dos visitadores y contadores y un escrivano para la dicha Obra y ansi ayuntados jurara cada uno dellos en forma devida de elegir e dar su voto para obreros e visitadores de la dicha obra a los que conocieren ser mas aviles e suficienates y de mejor zelo y diligencia de las dignidades y canonigos de la dicha sancta yglesia quier sean de un coro o de otro o todos de un choro para los dichos ofiçios tanto que las tales personas que ovieren de ser elegidas sean de los residentes en la dicha sancta yglesia. Asi mismo eligiran en esta mesma forma luego juntamente el escrivano quando eligieren el obrero e visitadores, el qual sera clerigo o lego qual mejor les pareçiere. Otrosi jurara que a su leal poder todo guardaran y faran guardar todas estas constituciones y cada cosa e parte dellas.

Yten que luego cada primero dia del mes de mayo siguiente los dichos dean e cabildo se junten capitularmente llamados por çedula como dicho es y ansi ayuntados eligiran las dichas personas, conviene a saber, obrero y dos visitadores e contadores y un escrivano y porque la dicha election e nominaçion se faga e proçeda segun Dios e buena conçiencia so cargo del dicho juramento los votos de los eligentes sean escriptos en çedulas y los tome secretamente el dean o su lugartheniente en un bonete de manera que ninguno sepa a quien da su voto y si alguno o algunos procuraren algunos de los offiçios o voto o votos de los eligentes o de alguno dellos por ese mesmo hecho sea penado por tres meses primeros y no sea avido por presente en el choro y cada uno de los dichos eligentes sean obligados de lo dezir e manifestar publicamente el dicho cabildo so cargo del dicho juramento el mesmo dia de la election porque alli sepan y se execute la dicha pena.

Yten que las dichas personas que asi fueren nombradas y elegidas para los dichos ofiçios por el dicho cabildo o por la mayor parte del açepten los dichos ofiçios y no se escusen ni puedan alegar exception ni excusacion alguna para lo servir, so pena de ser hechados del dicho choro

por seis meses del tiempo que presentes fueren en la dicha nuestra sancta yglesia en la qual pena cayga e incurra qualquier y quel dean e cabildo no la puedan remitir ni perdonar.

Otrosi, que antes de fecha la dicha election se lea toda esta constitucion en el dicho cabildo por que sepan la forma que se a de tener en la dicha election y lo que se deve guardar en ella y despues que fuere fecha la dicha election de los dichos ofiçiales luego el cabildo en su presençia dellos antes que de alli salgan faran tornar a leer toda la esta dicha constitucion y capoitulos della de verbo ad verbum e manera que no quede capitulo en ella que no lea a los dichos ofiçiales los quales acabada de oir la dicha constitucion juran en forma devida en presençia del dicho cabildo que bien e fielmente con toda diligencia a todo su leal poder usaran de los dichos ofiços y cada uno dellos y en todo e por todo quanto Dios les diere a entender guardaran todas las cosas contenidas en esta constitucion que a cada uno dellos incumbe de tener e guardar por los dichos ofiços que tornan e asi fecha la dicha election sea enbiada al perlado para que la aprueve y confirme y juntamente quando el cabildo enbiare la election de los dichos ofiços nos ayan de enbiar y enbien al perlado que fuere la relacion e feneçimiento de la quenta del obrero que tovo cargo el anno de antes proximamente passado y relacion de las obras o compras que se hizieron en aquel anno.

E luego que el dicho obrero fuere elegido y confirmado e aprovado por el perlado o su provisor e ofiçial general enbie las çedulas como es costumbre a los açiprestazgos, çiudades, villas e lugares acostumbrados para que vengán arrendar las rentas de los escusados de la dicha obra, las quales rentas el dicho obrero fara publicamente el dia siguiente despues de la fiesta de la Sancta Trinidad llamado consejo siendo presentes con el los dichos dos visitadores y contadores ante el escrivano y notario de la dicha obra segun las condiçiones de las dichas rentas con cargo de las chançilleries a raçon de a treinta mrs. el millar segun se acostumbro el tiempo antiguo tomando buenas fianças y tales seguridades que las rentas de la dicha obra esten a buen recaudo y el dicho obrero e visitadores fechas las dichas rentas y rematadas de todo remate y fechos recaudos començaran a cobrar las rentas y usar de sus ofiços desde el primero dia del mes de hnero luego siguiente donde se comiença el dicho anno de su ofiçio y el dicho obrero a de tener e terna cargo de cobrar y recaudar las dichas rentas asi de los arrendadores como de las heredades, casas y posesiones de la dicha obra e demandas de las impetras e todas e qualesquier manera el dicho anno de su ofiçio y ocho dias antes de la fiesta de Navidad el dicho obrero reçaiba todos los pertrechos de la dicha obra por inventario y aquel termino los de y entregue al otro obrero que suçediere el anno siguiente las quales dichas rentas el dicho obrero con los dichos visitadores los fagan e arrienden en Toledo o donde mejor visto sea al dicho cabildo.

Iten que el dicho obrero con los dichos visitadores e contadores vean las cosas que sean neçesarias de reparar y comprar para la dicha sancta yglesia y reparo della y las compren y gasten e paguen fasta en contia de diez mill mrs. en grueso y dende arriba fasta en quantia de quarenta mill mrs. las consulten y compren con consejo del cabildo y las compras desta cantidad arriba o edefiçios nuevos se hagan con mandamiento nuestro o del perlado que por tiempo fuere y no en otra manera alguna las aveniençias de las quales compras y edifiçios se fagan por las personas que para ello nos y el perlado que por tiempo fuere y cabildo deputare y en las dichas obras se pongan nuestras armas y despues de nos las armas del perlado que por aquel tiempo fuere.

El dicho obrero aya de tener y tenga cargo de todas las cosas que se hizieren e compraren de pertrechos para la dicha obra y dar cuenta y raçon dello de manera que este en buena guarda y recaudo y si para la guarda y otras cosas neçesarias fuere menester poner alguna persona que el perlado juntamente con el cabildo la pongan y no en otra manera y le den su salario raçonable.

Iten que el dicho obrero sea obligado de dar raçon e quenta de quatro en quatro meses de todos los gastos y espensas que se hizieren en la dicha sancta yglesia por el libro de la Obra donde estan escriptos y asentados los dichos gastos a los dichos visitadores y contadores y a nos o al Arçobispo que por tiempo fuere o a la persona o personas que para ello diputaremos si en las dichas quantas quisieremos mandar entender los quales le tomen la dicha quenta delante el dicho escrivano o notario de la dicha obra y la firmen de sus nombres y la quenta ultima para hazer el alcance al dicho obrero la aya de dar e de a los susodichos y se la tomen hasta en fin de mes de ffebrero del anno siguiente y sea obligado el dicho obrero de dar las diligençias fechas contra los deudores dentro de tres meses psado el termino de cada paga a vista de cabildo y el alcance que le fuere hecho se ponga y argue al obrero del dicho anno siguiente despues de fecho el dicho alcance el dicho obrero del anno pasado de al otro obrero los mrs., que fuere alcançado y oviere recaudado y los que no ovieren recaudado muestren las diligençias en el cabildo puesta toda diligençia para que se recauden so pena que pasados los dichos nueve dias no le escriban en el choro.

Iten que el dicho obrero tenga cargo al tiempo del dar de los recudimientos de cobrar e recabdar los dineros de las dichas chancillerias las quales sean e applicamos para la dicha obra e mandamos que se faga cargo dellas al dicho obrero con las otras rentas y cargas de la dicha obra.

Iten los dichos visitadores y contadores sean thenidos y obligados de ser presentes y entender en todas las cosas y obras, gastos y compras y edifiçios de la dicha obra con el dicho obrero el qual les aya de llamar para ello y en presençia del dicho escrivano o notario de la dicha obra y que los

dichos visitadores ayan de compeler y apremiar al dicho obrero a que de las dichas quantas en la forma y manera y a las personas y tiempos que de suso escripto y declarado.

E por que las posesiones y heredades de la dicha obra esten bien procuradas y reparadas y no se enagene ni pierda, mandamos que el dicho obrero con los dichos visitadores o con qualquier dellos las visiten e vean en cada un anno una vez antel dicho escrivano de la Obra y lo pongan por escripto y fagan dello relacion al dicho cabildo para ver si fuere necesario remediar alguna cosa çerca dello.

Por quanto en los tiempos psados los obreros de la dicha nuestra sancta yglesia tuvieron y ovieron poder e juridicion para proçeder e dar cartas sobre las deudas de la dicha obra. Por la presente damos poder y facultad a la persona que asi fuere nombrada por obrero de la dicha obra para que pueda proçeder e proçeda contra todas y qualesquier personas que devieren e ovieren de dar y pagar qualesquier deudas y quantias de mrs., oro, plata, joyas y otras qualesquier cosas en qualquier manera pertenecientes a la dicha obra y dar cartas y fazer proçessos contra ellos y qualquier dello fulminado y poniendo sentençia de excomunion y entredicho y dar sus mandamientos para hazer execuçion por las dichas deudas y absolver y relaxar las dichas sentencias.

E por que los dichos obrero e visitadores con mayor vigilançia y zelo del serviçio de Dios y de la dicha nuestra sancta yglesia y bien de la dicha Obra ayan de entender y entiendan en las cosas y negoçios della sean avidos por presentes e ynteressentes en las obras y ofiçios divinos en la dicha nuestra sancta yglesia estando y andando en avito segun se acostumbra.

Otrosi que por que el gasto de la çera y aceite que se faze de continuo en esta sancta yglesia el obrero della no puede estar presente a ver lo que se gasta y es gasto que importa asaz contia, ordenamos y mandamos que el escrivano de la dicha obra sea presente al gastar de la dicha çera y açeite en esta manera, que en el almajara do esta el açeite aya dos cerraduras de diversas llaves la una tenga el escriano y la otra el sacristan y que al tiempo de dar el dicho açeite para lo poner en las lamparas sean ambos presentes y vea el escrivano como se hechan y en la çera aya peso y medida y raçon como se gasta.

Otrosi hordenamos y mandamos que el perlado y el cabildo ni alguno dellos ni el obrero ni el escrivano ni contadores ni clavero ni alguno dellos ni ninguna otra persona qualquier que sea no tome dinero, oro, plata, joyas, pertrechos, yeso, cal, madera, clavaçon ni otro pertrecho alguno de lo que es y pertenece a la dicha obra ni lo den ni lo permitan dar ni consientan que se de a persona alguna ni lo enagenen ni se presten a persona alguna ni lo espendan ni consientan espenden en otros usos, si no fueren para utilidad y provecho de la dicha obra de la dicha nuestra sancta yglesia y si alguna vez acaesciere que algun pertrecho o pertrechos sean

menester para provecho del perlado o cabildo que el obrero con consentimiento del dicho cabildo los pueda emprestar y tenga cargo de los hazer tornar.

Otrosy porque es justo y razonable que los que trabajan ayan algun emolumento por su trabajo, ordenamos y mandamos que los dichos ofiçiales que an de tener el cargo de la dicha obra ayan cada uno los salarios siguientes, los quales sean pagados de las rentas de la obra por terçios del anno.

Primeramente al obrero ciento y catorçe florines del cuño y peso de Aragon.

A los visitadores treinta florines.

Al escrivano de la obra çinquenta y siete florines.

Al maestro de las obras quarenta y dos florines de los quales se ayan de dar y den al maestre Hegas por toda su vida en cada un año tres mill mrs.

Al letrado tres florines.

Al procurador quatro florines.

Al clavero quarenta florines.

Al perrero y neçesarias veinte florines y medio.

Al varrendero veinte y siete florines.

Al campanero treinta y ocho florines.

Al candelero doble florines y medio.

Al broslador once florines y medio.

A Juan Ortiz tres mrs. en cada ano por su vida.

A los organistas treinta y quatro florines.

Al encuadernador dos florines y medio.

Al maestro de fazer y afinar organos treinta florines.

A los quatro sacristanes quarenta y cinco florines.

Al que tuviere cargo del ofiçio de dar hostias y vino veinte y seis florines y medio.

Al thenor que es o fuere treinta y ocho florines.

Al capellan de los clerizones seis florines y medio

Al maestro de los clerizones quatro florines.

Al relojero diez y nueve florines.

Al que trae la cruz en las processiones seis florines

Al dean de la dicha sancta yglesia porque çelebra las fiestas quinze florines siendo presente y residiendo en la dicha nuestra sancta yglesia.

Al que tiene cargo de la libreria quatro florines.

Al capiscol desta sancta yglesia çinco cahices de pan por medio a como valiere en la plaça de Toledo el dia de Sancta Maria de Agosto y mas en dineros mill ciento veinte mars. por raçon de las quatro yugadas que tenia su dignidad en Barçiles la qual agora es toda de la obra.

Al qual lee o por tiempo leyere la cathedra de Theologia noventa y quatro florines.

Las quales dichas constituciones, ordenanças y estatutos de la dicha obra mandamos que de aqui adelante sean guardadas en todo e por todo segun en ella se contiene para siempre jamas en la dicha nuestra sancta yglesia y queremos que sean leidas y publicadas en el cabildo della a los venerables hermanos nuestros el dean e cabildo de la dicha nuestra sancta yglesia y sean escriptas con las otras constituciones della para que sean juradas e ynviolabiliter observadas por todos los canonigos capitulantes que son o seran por tiempo y ansy lo mandamos in virtute obediencie in hiis scriptis.

Leydas e publicadas fueron estas constituciones por mandato del reverendissimo sennor cardenal de España, arçobispo de Toledo, mi sennor el cabildo de la dicha sancta yglesia presentes los reverendos sennores dean e cabildo por mi Juan Ruiz de Ocaña, racionero, notario apostolico, su secretario a veinte e quatro dias del mes de diziembre, anno del nascimiento de nuestro salvador Ihesu Christo de mill e quatroçientos u noventa annos. Presentes Diego Calderon, pertiguero y Pedro de Palençia, su lugartheniente, vecinos de Toledo, testigos para esto llamados y rogados.

E porque yo Juan Ruiz de Ocaña, raçionero en la sancta yglesia de Toledo, secretario de los reverendos sennores dean e cabildo, notario publico apostolico que por mandado del reverendissimo sennor cardenal de Espanna, arçobispo de Toledo mi sennor publique ley e notifique las dichas constituciones segun y en la manera susodicha se contiene por tanto es fe e testimonio de verdad fiz aqui este mio signo acostumbrado y mandado y requerido. Juan Ruiz notario apostolico.

Documento 34

1491, enero, 10, Toledo

Ordenamiento capitular sobre los clerizones.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 13r.

En X de henero de mill IIII XCI annos platicaron los dichos sennores sobre el serivicio de los maytines e missa de Sant Yldefonso e mandaron que de aqui adelante a los maytines a çinco clerizones, conviene a saber al ninno de seyses con sus doss conpanneros e a los doss organos que fueren semaneros se de cada noche a cada uno tres maravedis e a los letores que vinieren cada tres maravedis, a todos los clerizones qualesquier vinieren cada uno un maravedi esto es a lo continuo e en las fiestas que se guarden lo acostumbrado. Item que a la myssa de alva se repartan XX, los IIII de la obra e los XVI del Refitor e que estos los ganen los que vinieren a la oficiar e la oficie cantada e sy la dixese rezada que no ganen estos maravedis e que ganen al primer kirio estas distribuciones de maytines e mysa son estas e que pueda qualquier dellos ganr lo uno syn lo otro.

Documento 35

1491, marzo, 4, Toledo

Ordenamiento para que el coro siempre esté "poblado".

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 15r.

Item este dya ordenaron platicando en el acompañamiento del choro que de aqui adelante en tanto que lo dichos señores estovieren en cabildo no sea dada licencia a ningund racionero para ninguna hora, salvo solamente para las neçesarias e que en las mysas de prima tenga mucha vigilancia el partydor de requeryr doss vezes para ver sy falta alguno e que el que presydiere canonigo no de licencia a ningun beneficiado so cargo de su conciencia, sobre lo qual cargaron la conciencia al dicho señor canonigo que asy presydiere.

Documento 36

1491, abril, 8, Toledo

Ordenación sobre los niños de la piedra.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 16v.

Criar los ninnos de la piedra

En VIII de abril de XCI los dichos señores dean e cabildo capitularmente ayuntados platicando en las cosas spirituales desta sancta yglesia fablaron de los ninnos e ninnas que se echan en la piedra e acordaron que de aqui adelante sy el señor nunçio quysiere tomar algunos dellos los tome e los que no que el cabildo tenga cargo de los faser tomar e criar e para esto dan el cargo dello a los señores el doctor Alonso Ortiz e Alonso Yanez, canonigos, los quales lo açeptaron, e que gasten para estos los XIII mill maravedis que en cada anno deve el Refitor para esto, los quales se tomen dende el mes primero de mayo que viene e el señor nunçio cobre este primer terçio de abril de este anno de XCI por que ha gastado fasta aqui algunos dellos e asy el dicho señor nunçio dende ay dixo que se desonerava del dicho cargo e lo dexava e dexo a los dichos señores.

Documento 37

1491, mayo, 16, Toledo

Licencia a un estudiante.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 17v.

Licencia al señor don Alonso Manrique, canonigo, causa studii

E en XVI dias del mes de mayo de mill e quatroçientos e noventa e un annos estando los reverenfdos señores dean e cabildo juntados segund

lo han de uso e costumbre conviene a saber, don Joann de Cabrera arcediano de Toledo, don Fernando de Yllescas capiscol, don Francisco Fernandez arcediano de Calatrava, don Nicolas Ferrandez vicario, Luys Daça, Ruy Lopez de Santiago, Joann Sanchez de Brihuega, el doctor Alonso Ortiz, Juan duque de Estrada, Alvar Perez de Montemayor, el licenciado Quintanapalla, el bachiller Nicolas Ortiz, Fernando Palomeque, Fernando del Castillo, el protonotario don Pedro Altamirano e Pero Fernandez de Villalobos e Gonzalo Ruyz de Barzana, (al margen, dexo el voto para este negoçio el sennor maestrescuela al sennor arçediano de Toledo) todos canonigos prebendados llamados por çedula ante dya segund lo han de uso e costumbre, todos conformes e unanimes nemine discrepante, platicaron e trataon sobre la yda de estudios del sennor don Alonso Manrique, canonigo e hermano, e acordaron e mandaron que aviendo respecto a las cosas que en este sennor concurrian e como era tan habile e suficiẽte para el estudio en que se esperaba aprovechar para el serviçio desta sancta iglesia quede aqui adelante tanto quanto fuese la voluntad de los dichos sennores aya e ele den en cada anno para ayuda del dicho su estudio sesenta mill maravedis los quales se saquen de todo el cuerpo de los vestuarios al tiempo del faser el libro dellos, e que no se estorve a venir ningund tiempo del anno a esta sancta iglesia por que fasta agora en yr e venir se le pasava asaz tiempo e no podia ansy aprovechar en su estudio, esto con tanto que no se pueda absentar del dicho estudio syn su liçencia de un mes arriba a lo qual todos los suso dichos todos consintieron e les plogo dello salvo el dicho sennor Gonzalo Ruys que dixo que desta manera no consentia porque a su parecer se quebrantava el estatuto de la iglesia, porque sy acordasen de dar cada uno de los dichos sennores cada diez doblas para ayudar e aprovechar esa obra pya que el seria el primero que las diese. E despues desto en XVII de mayo de dicho anno el sennor Gonzalo Ruyz paresçio en el dicho cabildo e ante mi dixo que conformandose con la voluntad de los dichos sennores consentia e consintio en la forma susodicha como todos los otros lo acordaron e mandaron. Testigos los sennores Francisco de Montalvo e Pedro Sanchez de Madrid, racioneros e yo el secretario.

Levo el sennor don Alonso Manrique una fe deste acto capitular en XVIII de mayo de noventa e un annos.

Documento 38

1491, noviembre, 4, Toledo

Elección del encargado de criar los niños de la piedra.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 25v.

*Elección de la persona que tenga cargo de criar de los ninnos
En IIII de noviembre de XCI annos los dichos sennores dean e*

cabildo llamados por çedula ante dia votaron sobre la elecçion de la persona que ha de tomar cargo de criar los ninnos que se echan en la piedra e fue votado a la mayor parte que fuese el sennor arcediano de Toledo el qual lo açebto, e esto fecho se publicaron las constituciones de dicho ofiçio en esta manera.

Que sea deputado un canonigo cada anno al tiempo de los ofiços que tenga el dicho cargo, e lo açebte este tal so pena de un anno de carydades e distribuçiones de su prebenda.

Que luego faga un libro en el qual se escrivan los nombres de los ninnos e de las amas e el dya, mes e anno e lo que reçibien de pannaes e mantillas por manera que en cada ama se faga cuenta por sy e sea el libro por a mill.

Item que el canonigo asy nuevamente elegydo dentro de VIII dias reçiba relaçion de los ninnos e amas e salarios e otras cosas que le conviniere saber del canonigo que tovo el cargo el anno pasado porque se pueda continuar la cuenta e no aya yerro en ello.

Item que el tal canonigo pague a las amas cada mes o de doss en doss meses e al tiempo de la paga trayga consigo la dicha ama al ninno porque no pueda faser enganno e levar el salario syendo muerto el ninno e jure que es aquel mysmo el que le fue dado a criar.

Item que los ninnos se crien por tiempo de discreçion de la persona que toviere el cargo e que antes todas cosas fagan bautizar al ninno o ninna sy no fuese bautizado.

Item aya el tal canonigo tres mill maravedis de salario en cada anno e lo reçiba en cuenta lo que justamente diese que ha gastado.

Documento 39.

1491, noviembre, 8, Toledo

Asiento de tres niños cantores.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 26r.

En VIII de noviembre de XCI annos, los dichos sennores prior de Aroche e Juan Sanchez de Brihuega, por comysyon del cabildo reçibieron a tres ninnos cantores, Juan de Aguilera, sobrino de alonso de Aguilera, raçionero e Francisco fijo de Martin Gomes, sastre, veçino de Toledo e Francisco fijo de Gonzalo Gomes de Alcaçar veçino desta çibdad por termino de nueve annos primeros siguientes que se acaban el anno de mill quinientos en esta manera. Que les muestre el maestro de la musica desta sancta ygleisa canto de organo e contrapunto e las cosas convenientes de la iglesia e serviçio de choro e que los tome el dicho maestro a su cargo como tiene a los otros semejantes tanto que por esta vez les den los dichos tio e padres cada uno dellos una hopa de panno bermejo e sobrepelis e que

adelante se guarde con ellos lo acostumbrado con los otros. Obligaronse los dichos Alonso Perez e Gonalo Gomez e Martin Sanchez, por si e por sus bienes muebles e rayses avydos e por aver que los dichos ninnos e cada uno dellos estava e rodava en el serviçio desta sancta iglesia por todo el dicho termino de IX annos e que sy caso fuere que con liviandad se fuere alguno dellos, que cada uno destos obligados sea tenydo de lo faser volver a su costa e myision so pena de çinquenta doblas de oro de la vanda e de pagar todo lo gastado en ellos e con ellos e juraron en forma de lo asy tener, guardar e complir e esto se entienda que este e syrva fasta que esta e syrva fasta que tengan boces e les duren para servir, e que el dicho fijo de Martin Gomes, porque paresçio ninno de mas hedad que los otros que syrva por syete annos. Testigos el prothonotario Francisco Ortiz e Gudiel de Ajofryn e Francisco Gomes de Ajofryn, vesinos de la dicha villa.

Documento 40

1491, diciembre, 6, Toledo

Dotación para el aniversario de un canónigo.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 27r.

Anyverssario e memoria del Reverendo Sennor obispo de Coria don Vasco Ramirez de Ribera.

Item este dia asentaron los dichos sennores el anyverssario e memoria del Reverendo e magnifico sennor el sennor obispo de Coria don Vasco Ramirez de Ribera que sancta gloria aya en esta manera.

Que se obligaban e obligaron en cada un anno perpetuamente por sy e por sus sucessores de cantar en cada anno un anyverssario solempne el dya de Sancta Barbara que es en el mes de disiembre o sy este dia oviere algund impedimento legitimo se cante el primer dya mas çercano que syn impedimento se fallare, con todas las solempnidades e çera e campanas que se dizen e cantan los otros anyverssarios solempnes en esta sancta yglesia, para lo qual ovien reçibido del sennor protonotario don Francisco Ortiz, albaçea del dicho sennor obispo, çiento e quatro mill maravedis, de manera que resta que ha de dar el dicho albaçea otros diez mill maravedis en desir de los quales se han de comprar tributos para esto mismo.

Item los dichos sennores açebtaron e se obligaron de dar en cada anno el mysmo dia que el dicho anyverssario se dieren a çinquenta pobres a cada uno doss maravedis e una candela que por doss onças de çera e a cada uno asy mysmo una camysa de lienço que cuesta doss reales de plata, las quales candelas tengan ençendidas los dichos pobres a la myssa, e los que sobraren que lo den a los a los sacristanes del sagrario e sean para ayuda a las mysas que se disen en esta sancta iglesia e esto açebtaron de faser tanto que se comprehen quatro myll maravedis de tributos en casas que

valan quatro el tributo cada una de ellas quarenta mill maravedis y asy a respecto quinientos maravedis en casa de XX mill syn el tributo y que sea a diezmo y a doss annos en comysion y los XV mill de arriba se compren con estos dichos quatro mill que se han de comprar para las candelas e camysas.

Documento 41

1492, agosto, 17, Toledo

Ordenamiento sobre la entrada de legos en el coro.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 37v.

Ordenaçión sobre la entrada de los legos en el choro diciendose los ofiçios divinos

Por quanto algunas fiestas solempnes que esta sancta iglesia acostumbra mucho solempnizar ansy en los maytines como en los otros ofiçios divinos de dya para los quales se acostumbra demandar las tribunas de evangelio e epistola e las capillas de la dicha sancta iglesia para estar en ellas sennoras e otras duennas e donsellas de lo qual se han visto muchos ynconvenientes e turbaçion de divinos ofiçios e de la honestydad e decoro del, e allende desto las tales sennoras e duennas e donsellas algunas vezes porfian de entrar por los postigos de dicho choro en desacatamiento de la dicha sancta iglesia e de las personas, por tanto, los dichos sennores dean e cabildo llamados por çedula ante dya segund lo han de uso e costumbre presentada por su pertiguero, todos conformes e et nemine discrepantes, ordenaron que las tales sennoras, duennas e donsellas no entren por los dichos postigos, es sy algunos beneficiados fueren causa de su entrada, que trayga en pena de los dichos ocho dias e para que mejor lo susodicho sea guardado, ordenaron que todas las llaves ansy de las capillas como de los postigos el dia antes de cada fiesta sean entregadas en cabildo en poder del secretario para que el las tenga de mano de los dichos sennores para que nyn entren por los dichos postigos las dichas sennoras e duennas nyn donsellas nyn de las llaves de nynguna de las dichas capillas salvo por mandado de los dichos sennores de cabildo, e sy en algo lo quebrantare que yncurra en la pena de los dichos ocho dias.

Otrosy ordenaron que ningund lego aunque sea comendador de qualquier orden nyn cavallero de qualquier estado este en el choro en las syllas altas en tanto que el ofiçio divyno se dise salvo que pueda estar en las baxas de las escaleras abaxo. E porque esto sea guardado agora e para syempre ordenaron los dichos sennores que nyngund beneficiado pueda meter nyn llevarse consigo a dicho choro a las dichas syllas altas a nynguna de las personas legas nyn comendadores so pena que por el mysmo caso trayga en pena de los dichos ocho dias de pan y sal, distribuçiones e

carydades, la qual pena syn remysiyon execute el partydor e in todo executella. E sy las tales personas se entraran de suyo syn ser llamados e traydos que el socapiscol gelo diga de parte del Reverendo Sennor Cardenal e del cabildo que se abaxe a las syllas baxas o vayan a las tribunas e sy no lo fisieren luego syn otro mandamiento fagan cessar las horas en el choro fasta tanto que la tal persona se reforme e se ponga donde le dixeren. E esto en tanto el preste no sea aun entrado en la sala.

En XVII de agosto de XCII annos fueron estas constituciones leydas e publicadas en cabildo e por todos los sennores canonigos que alli estavan aprovados e consentidas. Testigos los unos sennores de los otros yo el notario e secretario.

Documento 42

1492, diciembre, 12, Toledo

Ordenamiento sobre los racioneros.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 44r.

En XII de disiembre de XCII annos los dichos sennores ordenaron e mandaron que por quanto de pocos dias ha esta parte los raçioneros desta sancta iglesia han usurpado la prehemencia de los sennores dean e cabildo e en su perjuisyo han tomado logar para tener sus cabilldos e llaman por çedula por la iglesia para ellos como se fase en los negoçios del cabildo, por tanto que de aqui adelante no tengan el tal logar limitado, salvo que sy quisyeren entender en algunos negoçios de su hermandad que vayan a la claustra desta sancta iglesia e que no llamen por çedula por la yglesia para ello so pena de la porçion de un mes a los jueces e ofiçiales de la dicha hermandad syn remysyon alguna porque ellos tengan cargo de proveer que lo susodicho no se faga, e esto mysmo mandaron que se notifique a los capellanes desta sancta iglesia.

Item, que el secretario del cabildo en los dias e horas que en su conçiencia dixeren que esta ocupado en cosas de cabildo no sea obligado de yr a sus cabilldos e sy sobre esto alguna pena le dieren gela mandaran pagar de su porçion de aquellos que le penaren e mas les penaría por un mes. E ansy lo mandaron intimar a los dichos raçioneros e capellanes.

Documento 43

1493, junio, 18, Toledo

Condiciones para enviar a un canónigo al Estudio de Salamanca.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 52v.

Compulsyon al sennor don Alonso Manrique para que vaya al

estudyó.

En el cabildo de la sancta yglesia de Toledo a XVIII dias del mes de junyo de mill IIII XCII los dichos sennores dean e cabildo llamados por çedula ante dya presentada por su pertiguero segund lo han de uso e costumbre dixerón e ordenaron que por quanto el sennor don Alonso Manrique canonigo desta sancta yglesia allende de ser quien es doçile para aprender las Sacras Letras e esta sancta eglesia sera muy servyda con el syendo letrado, que le mandavan e mandaron, compelian e compelieron para que vaya al estudio de Salamanca e ende este e aprenda e para ayuda de su costa le sennalaron e nombraron sesenta mill maravedis los quales han de ser de los vestuarios de anno que se comiençara el dia de Sant Miguell deste ano de XCIII e se acabara el anno de XCIII advenidero e sy caso fuere que el dicho anno valiere mas el vestuario, que no aya mas de los dichos sesenta mill mrs. y sy menos valiera que le den de lo que valiere el vestuario aun entero, esto se entienda por el dicho anno de XCIII fasta Sant Miguell e no mas. E esto con condiçion que este e resyda en el dicho estudio de Salamanca e no se absente del salvo por un mes que pueda yr a recreaçion a su arcedianadgo de Toro e sy mas quysuera estar que lo faga saber a los dichos sennores, los quales fueron en esta compulsyon los siguientes. Don Ioan de Cabrera, arcediano de Toledo, don Francisco de Yllescas capiscol, Ruy Lopez, Ioan Sanchez de Brihuega, el dottor Alonso Ortiz, Alvar Perez de Montemayor, el liçençado Quintanapalla, Juan de Estrada, Thomas Gomes de Villnueva, Nycolas Ortis, Fernando Palomeque, Francisco del Castillo, el dottor Francisco Alvarez de Toledo maestrescuela, don Juan de Sazedo arcediano de Alcaraz, don Alonso de Albornoz capellan mayor, prior de Aroche, Ioan Lopez de Leon, Cristobal de Villaminaya, Juan de Contreras, Pero Fernandes de Villalobos, Juan de Sepulveda, el dottor de Castro. Item el dicho sennor arcediano de Toledo por el sennor contador mayor al qual ante my dexo para ello su voto. Item el mysmo arcediano de Toledo por el sennor Francisco Ortiz al qual se obligo de faser estar por ellos todos estos sennores conforme fisieren la su compulsyon en presençia del sennor don Alonso, el qual respondyo que gelo tenia en merçed e que asy lo faria como lo mandavan e mandaron. E los sennores Juan Lopez de Leon e Juan de Contreras dixerón que sy es justiçia que se faga lo suso dicho que se faga dende no que por ellos e por los otros sennores canonigos absentes lo contradesian asy la compulsyon como los dichos sesenta mill mrs.

Documento 44

1493, noviembre, 2, Toledo

Ordenamiento sobre el secreto con que han de guardarse los acuerdos del cabildo.

A.C.T. Actas Capitulares, II, f. 57v.

Pena contra los que no guardan secreto de cabildo.

En II de noviembre de XCIII annos los dichos sennores dean e cabildo capiularmente ayuntados, conviene a saber don Francisco de Yllescas, capsicol e don Nicolas Fernandez, vicario, Ruy Lopez, el dottor Alonso Ortiz, el liçenciado Quintanapalla, Alvar Perez de Montemayor, Thomas Gomez, Nicolas Ortiz, Pedro de Yepes, el dottor Francisco Alvarez de Toledo, maestrescuela, don Juan de Sazedo, don Alonso de Albornoz, capellan mayor, el prior de Aroche, Joannes Lopez de Leon, Cristobal de Villamunaya, Juan de Contreras, Juan de Sepulveda, Alonso Yannes, Gonzalo Ruyz, el dottor de Castro e Pedro Nunnez de Ayala, todos canonigos prebendados, palaticando sobre el poco secreto con que se guarda en las cosas que se platican en cabildo, queriendo remedyar para en lo de adelante, ordenaron e mandaron que de aqui adelante en las cosas que al cabildo pueda venir perjuisyo o a qualquier de los sennores capitulantes e en las cosas que fueren injuryadas por el sennor dean o su logarteniente que se guarden e no se publiquen, que ninguno las revele nyn diga fuera de cabildo ny por palabra ny por escrito so pena que qualquier que lo contrario fisiere cayga en pena de mill mravedis, la qual pena dende agora complieron a la arca de la limosna e todos conformes les plogo dello e desde agora consyntieron que se tomen del Refitor de la posta de delinquente e se den en la dicha manera. E si el caso fuere que en esta pena cayere el secretario que yncurra en pena de doss mill mrs. para la dicha arca y que Dios gelo demande al cabildo sy ge los llevare por entero y le suspendiere por un anno el offiçio.

Documento 45

1493, noviembre, 8, Toledo

Capítulo espiritual sobre días de recreación.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 57v

De spiritualibus.

En VIII de noviembre de XCIII annos, estando los dichos sennores capitularmente ayuntados, platicando en las cosas spirituales tocantes a esta sancta iglesia, ordenaron e mandaron que los dias de recreaçion que cada un beneficiado pueda tomar en cada terçio que son segund costumbre antigua quarenta dias que estos que parten de fuera de la çibdad se tomen suçesyvamente e no ynterpolados e porque esto se guardo fasta oy en esta sancta yglesia asy lo ordenaron e mandaron qe se guarde e lo mandaron notificar al partydor.

Documento 46

1493, diciembre, 5, Toledo

Ordenamiento sobre servicio del coro.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 59r.

Item el dicho dya çinco de disiembre de XCIII annos los dichos sennores dean e cabildo capitularmente ayuntados llamados por çedula ante dya para platicar en las cosas spirituales desta sancta iglesia queriendo proveer en la administraçion del culto divino, espeçialmente en el servicio del choro, ordenaron que todos los sennores dignidades, canonigos e raçioneros e capellanes que tienen ofiçios asy de la iglesia como de la hermandad de los raçioneros se escusen de negoçiar en los dichos ofiçios tanto quanto mas podieren en tiempo que se disen las horas en el dicho choro. E porque mejor se cumpla lo susodicho que no ganen los dichos ofiçiales las distribuçiones cotydianas de las horas que no resydieran en el choro por razon de los dichos ofiçios nyn de los negoçios que negoçieren en ellos, e destos mandaron açeptar tres ofiçiales que son necessaryos, obrero, refitor e secretario, que con estos no se entienda esta ley. Otrosy ordenaron e mandaron que nynguno de los dichos sennores dignidades, canonigos e raçioneros no gane las dichas distribuçiones de las horas que dexaron de estar en el choro por razon que estan çelebrando salvo sy çelebran por su devoçion syn aun pytança nyn otra retribuçion temporal por la tal mysa.

Documento 47

1494, octubre, 8, Toledo

Ordenamiento capitular sobre el servicio de semanas.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 67r.

Sobre las semanas de missa, evangelio e epistola.

En VIII de otubre de XCIII annos, estando los dichos sennores dean e cabildo capitularmente ayuntados, llamados por çedula ante, queryendo proveer como en el servicio del altar desta iglesia aya mucha orden e queryendo eso mysmo que las memoryas que el Reverendisimo Sennor cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoça, arçobispo desta sancta iglesia, dexo se cumplan mejor e mas complidamente, ordenaron e mandaron todos conformes que de oy en adelante no aya semanas de graçia de un ministro a otro ansy preste como diachono e subdiacono, salvo que cada uno faga su semana que le viniere propia o por turno segund la orden desa sancta iglesia e el que no quysyere o no pudiere llegarse al altar que pase el turno adelante del qual viniese tras el. E que aya el preste de salaryo cada semana syete reales e el diacono çiento e quatro maravedis e el subdiacono çiento trese maravedis, los quales pague el Refitor de su mysma mesa por

terçios del anno e que esto aya ansy por sus semanas propias como por las que ficiere por turno, de manera que los que fuesen presentes e interesantes en la iglesia no ayan de pagar nada de las dichas semanas porque el refitor las ha de pagar por ellos. Por las semanas de los absentes por su orden de myssa, evangelio y epistola las pague el refitor asy como dicho es, al preste a CCXVII, al diachono a CIIII y el subdiachono CXIII e las cobre de cada uno dellos e se faga cargo dellos al refitor e esta porçion ayan de mas y allende de ls porçion que manda dar el Reverendisimo Sennor Cardenal e de las otras cosas e ofrendas que se suelen dar en esta sancta iglesia e sy algunos encomiendan a otro entre semana alguna mysa o evangelio o epistola que la lymosna del dicho Reverendisimo Sennor la ayan los mynistros propios que syrviere al altar e no otros, e eso mysmo se entienda quando el cabildo manda vestir en alguna fiesa algund diachono o subdiachono que el tal que syrviere lleve la limosna del dicho Reverendisimo Sennor Cardenal.

Documento 48

1495, enero, 15, Toledo

Nombramiento de oficiales sede vacante.

A.C.T. Actas Capitulares II, f. 71r-v.

En quinse dias del mes de henero del dicho anno de XCV annos los dichos sennores dean y cabildo llamados por çedula del qual llamamiento fiso fe a my el notario infrascirpto Diego Calderon pertiguero, platicaron sobre los ofiçios que se avian de proveer en esta sede vacante e antes que fablasen en ello juraron todos en forma de dar sus votos rectamente e syn pasyon alguna de ynteresses nyn de amystad, salvo myrando la honrra e preheminencia desta sancta iglesia, lo qual ansy fecho platicaron sobre los ofiçiales e nombraron a los syguientes.

El un vicaryo para la corte e audiencia de Toledo al dottor Francisco Alvarez mestrescuela.

Item el otro vicaryo para la dicha audiencia de Toledo a (falta)

Item vicaryo e governador de la villa de Alcala e su tierra al prothonotario Alonso Yanes, canonigo

Item governador de las villas de Uzeda, Talamanca e Tordelaguna a Juan de Estrada, canonigo.

Item governador de la villa de Brihuega con Fuentes e Santorcaz, Utrilla e Almalvez e Alcolea a don Francisco Fernandez de Cuenca, arcediano de Calatrava.

Item governador de la Guardya, Yepes, Lillo y el Romeral a Juan de Contreras con la fiscalya de Yepes.

Item governador de la villa de Yllescas e Valdemoro e Camarena, Choças,

Almonaçir, Canales, Villynchon e Villaumbrales, al liçençado don Fernando de Maçuecos.

Item governador de la villa de Talavera e su tierra con la Puente del Arçobispo e con el Hospital al capellan mayor don Alonso de Albornoz.

E que se de la vara de alguasiladgo la de el cabildo a la persona que presentare el dottor de Talavera.

Contador mayor el vicario don Nicolas Fernandes

Vysytadores para el arçobispado al dottor Alonsso Ortis e el liçençado Ioann de le Çerda canonigos.

Casero de Toledo el maestrescuola don Francisco Alavares de Toledo

Adelantado de Caçorla (falta)

Fyscalya de Alcala, Pero Nunnez de Ayala, canonigo

Fyscalya de Toledo el capiscol don Fernando de Yllescas e Thomas Gomes de Villanueva, canonigos

Las escribanias de las rentas del arçobispado Fernando Palomeque e Pedro Fernandez de Yepes canonigos

Todas las mayordomias del arçobispado fueron reduçidas en çinco capitulares conviene a saber, don Francisco Fernandez, arcediano de Calatrava, Gonzalo Ruyz de Barsena, Cristobal de Villaminaya, Ruy Lopes de Santiago e Luys Daça, canonigos, para que entre todos çinco las provean.

Escribano mayor de las rentas el prior de Aroche e Juan Lopez de Leon, canonigos.

Fiscalyas del arçobispado el protonotario Juan de Sepulveda, canonigo.

Los contratos de los ganados extranjeros, Nicolas Ortiz, canonigo.

Carçelero de Toledo, el protonotario don Pedro Altamirano.

Caserya de Alcala don Juan de Sazedon, arcediano de Alcaraz e el dottor Juan Sanchez de Castro, canonigos.

Item el sello de la sede vacante al secretaryo.

Documento 49

Sin fecha

Constitución capitular sobre la elección del arzobispo.

B.C.T. MS 23-17, f.

B.N. Mss. 6260, f. 41v-42r.

Porque los negocios arduos y de mucha ymportançia se deven haber con mayor solemnidad mayor tractado con mucho consejo e deliberaçion y muchas veses puede acaesçer que al tiempo que los tales negocios ocurrieren algunos canonigos sean absentes desta sancta yglesia cuya absençia puede traer mucho danno en los mismos negoçios por falta de su consejo en ellas y alguna vez podria acaesçer que fuese procurada la tal absençia por alguno

o algunas personas por mas libremente poder acabar los tales negoçios a su voluntad en nuestro perjuicio. Por ende nos, el dean e cabildo de la sancta yglesia de Toledo, ayuntados capitularmente, llamados para esto por çedula ante dia, statuimos y ordenamos desde agora para siempre jamas que cada vez que oviere en la dicha sancta yglesia election o postulaçion de arçobispo o enagenamiento de vasallos de la mesa arçobispal o de la mesa capitular o mutaçion de estado o orden de la que agora tiene la dicha sancta yglesia por ser los dichos casos y cada uno dellos tan graves e arduos de gravissimo perjuicio ayan de intervenir e ser llamados para cada uno de los dichos negoçios todos los canonigos prebendados asi presentes como absentes aquellos que acostumbran residir en la dicha sancta yglesia por qualquier causa o ocasion voluntaria o neçesaria sean aabsentes o por llamamiento o destierro o por negoçios propios o de la yglesia aunque sean absentes fuera de la provincia o do quiera que estovieren, salvo los que estuvieren fuera de los Reynos y sennorios del Rey y de la Reyna, nuestros sennores, y asi llamados y venidos los tales canonigos ayan de dar e den sus votos y consentimiento secretamente por çedula o en otra manera, qual todos a la saçon acordaren tal que no se pueda saber lo que cada uno dellos votare o consintiere por que con mayor libertad puedan dezir e votar y digan y voten mediante juramento que primero faga lo que conviene al bien del negoçio y al honor y utilidad y serviçio de la dicha sancta yglesia y los votos de otra manera dados sean en si ningunos y otrosi lo hecho en ausençia de qualquier de los tales canonigos que acostumbran residir aunque sean por qualquier causa ympedidos que no vengan ni puedan venir, sea ninguno y por mayor firmeça desta constituçion acordamos de la jurar e juramos a Dios e a Sancta Maria y a los Sanctos Evangelios en que corporalmente pusimos nuestras manos de tener e guardar y cumplir lo en ella dicho agora e para siempre jamas en todo e por todo segun en ella se contiene y de no pedir relxaçion ni caso que sin la pedir nos sea dada usar della.

Documento 50

Siglo XVI

Providencias del cabildo y la ciudad para la mayor decencia de la Iglesia.

A.C.T. I.6.C.1.8.

Por quanto diversas vezes se ha platicado en dar orden como en la Sancta Iglesia de Toledo no aya contrataçiones de escrivanos publicos ny notarios ny abogados ny procuradores ny de otras personas, pues esta prohibido por derechos divinos y humanos y es cosa muy deçente que los tales tratos se echen de la Iglesia la qual se hizo para orar y servir a Dios

y no para contratar en ella como lo dize el Evangelio "Domus mea, domus orationis vocabitur" y por no aver quien tenga espeçial cuidado dello no se ha hallado suffiçiente remedio, aora, deseando proveer en lo susodicho se han juntado por sus diputados el cabildo de la dicha sancta iglesia y ayuntamiento de la çuadad y ordenaron lo siguiente.

Primeramente, que el vicario que es o por tiempo fuere por el Ilustrisimo y Reverendisimo Sennor Cardenal y Arçobispo de Toledo, de sus cartas de excomunion contra qualesquier caballeros, escuderos, çiudadanos, escrivanos, notarios, escrivientes, abogados, procuradores o otras qualesquier personas que en la dicha sancta iglesia hizieren escrituras publicas ny privadas ni contrataçiones por escripto.

Yten contra qualesquier personas que se pasearen por la dicha sancta iglesia mientras se predica entre los dos coros.

Otrsy contra qualesqueir personas que metieren cosas de comer o agua o carvon o otros cargos por la dicha sancta iglesia.

Yten contra qualesquier mugeres de qualquier estado o condiçion que fueren que entraren en la dicha sancta iglesia arreboçadas o con sombreros y que las dichas cartas se agraven contra los que lo contrario hizieren a instancia del promotor fiscal de la justiça ecclesiastica, el qual tenga mucho cuidado de ello.

Otrosi que el sennor corregidor que por tiempo fuere mande pregonar por pregon general que ningunos cavalleros ny escuderos ny çiudadanos ny abogados ny escrivanos ny notarios ny escrivientes ny procuradores no hagan escritura publica ny privada ny contrataçion en la dicha sancta iglesia, so pena de trescientos mrs., terçia parte para el accusador y la otra terçia parte para el Hospital del Rey y la otra terçia parte para el jues, en las cuales los condenen en provandosele con dos testifos que lo hizo sin otra tela de juizio.

Yten so la misma pena manda que nynguna persona se pasee por la dicha sancta iglesia mientras se predica ny tenga ninguna persona en ningun tiempo cosas de comer ni cargo alguno ny bestia con agua ny otra cosa so pena que la guarda que estara para ello diputada lo tome e lo lleve al Hospital del Rey de esta ciudad y le reparta entre los pobres que alli ovieren.

Yten que ninguna muger entre en la dicha santa iglesia arreboçada ny con sombrero so la dicha pena que es, y que sy llevare sombrero, que vaia descubierta que todos la conozcan.

Y para que esto se execute y aya siempre cuidado se ponga un guarda con salario competente el qual se suplique a Su Ilustrisima lo mande pagar de la Obra, pues sera cosa muy provechosa y muy sancta para la dicha sancta yglesia, a la qual guarda se de todo el favor neçessario la justiça ecclesiastica y seglar.

Otrosy que para que desto aya siempre espeçial cuidado y no se caia

tan santa obra, que la ciudad dipute un cavallero de su Aiuntamiento y el cabildo un ecclesiastico de su cabildo que tengan cargo de proveer y favorecer a la dicha guarda para que mejor haga su ofiçio.

Ytem que para maior perpetuaçion de lo susodicho la ciudad busque lugar competente donde se haga una lonja donde vaian los negoçios y se desocupe la iglesia.

Otrosy que entretanto que esta lonja se haze, se suplique a Su Illustrisima mande desembarazar la claustra y si a su Santidad pareçiesse que el huerto de la dicha claustra se hiziesse patio abierto y desocupado, creese que seria mucho remedio para dembaraçar la dicha iglesia de los que se pasean en ella, que se podrian yr a dicha claustra con tanto que en la dicha claustra no se hagan escrituras publicas ny privadas ny otra contrataçion sino que sea para pasear como se pasea en la iglesia.

Los quales dichos capitulos vistos y platicados por los dichos seniores del cabildo de la dicha sancta yglesia y ayuntamiento de la çidad, los mandaron enviar con sus cartas al Illustrisimo Cardenal de Toledo suplicandole los mande ver y ordenar como a su Sennoria mejor pareçiera y dar remedio en lo susodicho con brevedad, pues a su Sennoria Illustrisima, como a cabeça de la santa iglesia pertenesce proveer como los tales tratos y negoçiaciones cessen en su santa iglesia que es la prinçipal que ay en la Cristiandad despues de la de Sant Pedro de Roma.

Asimismo pareçe que se deve dar orden como se çierre la iglesia a las onze antes de mediodia y una hora antes que anochezca.

Iten que se pongan tres porteros, uno que resida en la puerta de la Chapineria y otro en la puerta del Perdon y otro en la puerta del dean, y que su Sennoria les mande dar de la obra salario competente por questos estorvaran que no entren con cargos ny otras cosas por la iglesia.

Otrosy que estos porteros y la guarda que ha de andar por la iglesia tengan cuydado que los pobres pidan a la puerta de la iglesia y no anden por ella estorvando los que oien el offiçio divino.



FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA



1.- FUENTES INÉDITAS

1.1.- ARCHIVO Y BIBLIOTECA CAPITULARES DE TOLEDO

*** Archivo Capitular o de Pergaminos**

En este archivo se han consultado cientos de documentos -en su mayor parte pergaminos- desde los siglos XII a principios del XVI, entre los que se incluyen privilegios reales, bulas papales, estatutos capitulares, testamentos, dotaciones de capillas, cartas, contratos, fundaciones benéficas, y un largo etcétera.

Sin duda, el primero consultado es el privilegio fundacional de la catedral otorgado por Alfonso VI en diciembre de 1086 (A.C.T. O.2.N.1.1.) y de los últimos, una carta del cabildo al arzobispo Tavera sobre la fiesta del "obispillo" en 1538 (A.C.T. I.6.C.1.13).

Como los fondos no están organizados en carpetas ni legajos, sino que cada documento presenta su propia signatura, consideramos que citarlos individualmente resultaría en exceso prolijo y haría la relación muy extensa. Creemos que, además, no tiene demasiado sentido puesto que todos los que hemos utilizado para la realización del trabajo han sido citados en las correspondientes notas a pie de página.

*** Actas Capitulares**

- Libro I (agosto de 1466 a mayo de 1490)
- Libro II (junio de 1490 a octubre de 1501)

*** Archivo de Obra y Fábrica**

- *Fondos de Apuntación:*

Caridades: 124 a 152 (1450-1495)

Maitines: 631-668 (1473-1495)

Misas: 730-731 (1489-1501)

- *Fondos de Mayordomía: Libros del Refitor*

Beneficiados: 16 (1474)

Deslindes: 356 (1491-1492)

Particiones de los Tercios: 1.049-1.068 (1450-1488)

Refitor: 1.170-1.173 y 1.184-1185 (1489-1497)

Vestuario: 1.415-1.438 (1453-1495)

- *Capellanías y Obras pías:* 74 (siglo XV)

- *Hermandades:* 525 (1493-1496)

- *Libros de la Obra:* 761, 763, 764, 769

*** Biblioteca Capitular**

ACUÑA, N., *Descripcion de la Santa Iglesia de Toledo*, MS 23-18.

ARCAYOS, Juan Bautista, *Casos subcedidos en diversos tiempos en la Sancta Iglesia de Toledo desde el año de 1435 sacados de los libros capitulares della*, MS 42-29

Bullarum Privilegiorum ac Diplomatum Romanorum Pontificum Amplissima Collectio, 1740.

Constitutiones Ecclesie Toletane facte per Reverensissimum in Christo Patrem et Donnum Blasium Archiepiscopum Toletanum Hispanorum Primatem, MS 23-17

De Constitutionibus et Consuetudinibus Ecclesie Toletane, MS 23-16.

GÓMEZ DE CASTRO, Alvar, *Catalogus Archiepiscoporum Toletanorum* (inacabado, entre 1571-1580), MS 27-23.

Liber Privilegiorum (siglo XII), MS 42-20

Liber Privilegiorum de Primatu Toletanae Ecclesiae (siglo XIII), MS 42-21 y 42-22.

- Liber Privilegiorum Ecclesiae Toletanae* (siglo XIII), MS 42-33a.
Liber Privilegiorum Ecclesie Toletane, (siglos XIII-XV), MS 42-23.
Patrum Toletanorum Opera, t. III, Madrid, (ed. Lorenzana), 1793, MS 58-11.
PECHA, Fernando, *Tractatus de Primata Sanctae Ecclesiae Toletanae in Universa Hispana in duos distributos libros*, (1567-1569), MS 23-15.
PÉREZ, Juan Bautista, *Apuntamientos para la Historia de Toledo y de señores Arzobispos con varios epitaphios*, (inacabada, h. fines XVI) MS 27-27.
PORREÑO, Baltasar, *Historia Episcopal y Real de España en la que se trata de los Arzobispos de Toledo y Reyes que han gobernado a España debaxo de su primado*, (1604-1606), MS 27-21 y 27-22.
Propylaeum ad Actas Sanctorum decembris. martyrologium Romanorum ad formam editionis typicas. Scholis Historicis Instructum, Bruselas 1940.

1.2.- ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL

* Sección Clero

- *Pergaminos*: Carpetas nº 3.030 y 3.031. Documentos reales y eclesiásticos (siglos XIV al XVI).
- *Papeles*: legajos 7.215, 7.216 y 7.217. Documentos y privilegios reales concedidos a arzobispos de Toledo. Documentos pontificios. Documentos arzobispales. Inventarios de objetos y libros del Sagrario. (Siglos XIII al XVI).
- *Libros*: 15.085. Confirmación de constituciones (siglo XV).

* Sección Códices

- Signatura 939-B. Inventario de las escrituras del Archivo del Sagrario, privilegios, bulas, concedidas a su dignidad y mesa arzobispal desde el siglo XII, por Melchor Fernández en 1590.
- Signatura 1292-B. Traslado de documentos de los siglos XIII a XVIII que, a petición de la abadía de San Vicente de la Sierra y con ella relacionados, existen en la Catedral.

- Signaturas 996-B y 987-B. Becerros. *Liber primus privilegiorum ecclesiae toletanae* (siglo XIII).

1.3.- BIBLIOTECA NACIONAL. SECCIÓN MANUSCRITOS

* *"Papeles" de Burriel*. Copias de documentos toledanos realizados en el siglo XVIII: Mss. 6.260, 13.018, 13.020, 13.021, 13.022, 13.023, 13.024, 13.025, 13.026, 13.027, 13.037, 13.039, 13.041, 13.471, 13.596, 13.630.

* *Obras manuscritas:*

PÉREZ, Juan Bautista, *Vitae archiepiscoporum toletanorum et de primatia eiusdem ecclesiae*, (inacabada, 1579), Mss. 15029.

ROMÁN DE LA HIGUERA, Jerónimo, *Historia Ecclesiastica de la Imperial Ciudad de Toledo y su tierra... con las memorias de las parroquias y monasterios, con las vidas de sus arzobispos, dotaciones y grandezas de la Sancta Iglesia Primada de las Españas*, (p. siglo XVII), Mss. 1.639-1.641 y 1.285-93.

1.4.- ARCHIVO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE TOLEDO

* *Hospital de la Misericordia*: H-Leg 1, nº 10 y nº 4.

* *Hospital del Nuncio*: Nuncio-Leg 17 nº 1 y nº 2

* *Testamento del Cardenal Mendoza*: Santa Cruz, leg 59, nº 1

1.5.- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE TOLEDO

* *Universidad de Toledo*. Copias del siglo XVIII: Legajo 4, Expedientes 1,2,4 y 7.

2.- FUENTES PUBLICADAS

- ALCOCER, Pedro de, *Hystoria o descripción de la imperial çibdad de Toledo*, Toledo, Juan Ferrer, 1554, (ed. facsimil, Toledo, I.P.I.E.T., 1973).
- ALFONSO X, *Siete Partidas*, Madrid, Ed. de la Real Academia Española, 1807.
- ÁLVAREZ ANCIL, Antonio, *Copia fiel y exacta del Testamento del cardenal Arzobispo que fue de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, que original y auténtico existe en el Archivo de la Excelentísima Diputación Provincial de Toledo*, Toledo, 1915.
- AMADOR DE LOS RÍOS, José, *Toledo pintoresca o descripción de sus más célebres monumentos*, Madrid, 1854.
- Código de Derecho Canónico*, Madrid, B.A.C., 1993.
- Estatutos del Excelentísimo Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Toledo*, Primada de las Españas, Toledo, 1926.
- FITA Y COLOMER, Fidel, *Actas de siete concilios celebrados desde el año 1282 hasta el 1314*, Madrid, 1882.
- "Concilios españoles inéditos, provincial de Burgos en 1261 y nacional de Sevilla en 1478", en *B.R.A.H.*, XXII (1893), págs. 209-257.
- FLÓREZ, Enrique, *España sagrada*, t. V-VI, Madrid, 1751.
- GARCÍA LUJÁN, José Antonio, *Privilegios Reales de la Catedral de Toledo (1086-1462)*, 2 vols., Toledo, Caja de Ahorros Provincial de Toledo, 1982.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, Emilio, *Testamento del Dr. D. Francisco Ortiz*, Toledo, Diputación Provincial, 1935.
- GONZÁLEZ DÁVILA, Gil, *Teatro eclesiástico de las Iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas*, 3 vols. Madrid, 1645-1650.
- HERNÁNDEZ, Francisco Javier, *Los Cartularios de Toledo. Catálogo documental*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1985.
- HOROZCO, Sebastián de, *Relaciones Históricas Toledanas*, Toledo, I.P.I.E.T., 1981.
- IZQUIEDO BENITO, Ricardo, *Privilegios Reales otorgados a Toledo durante la Edad Media (1101-1494)*, Toledo, I.P.I.E.T., 1990.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de los Hechos de España*, Madrid, Alianza, 1980.
- LOZANO Cristóbal, *Los Reyes Nuevos de Toledo*, Madrid, 1667.
- LOZANO PARREÑO, Andrés, *Compendio histórico, cronológico, geográfico... de todas las iglesias metropolitanas y catedrales de España*, Madrid, 1756.

- MARIETA, Juan de, Catálogo de todos los arzobispos que ha habido en la Iglesia de Toledo, Madrid, 1600.
- MARTÍN GAMERO, Antonio, *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones, sus monumentos*, Toledo, 1862 (ed. facsímil, Toledo, Zocodover, 1979).
- MEDINA Y MENDOZA, Francisco de, *Vida del cardenal don Pedro González de Mendoza*, Madrid, 1853, en *Memorial Histórico Español*, VI, págs. 147-310.
- MÜNZER, Jerónimo, *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, Madrid, Polifemo, 1991.
- NAVAGGIERO, Andrés, *Viaje por España*, Madrid, Turner, 1983.
- ORTIZ, Blas, *Summi Templi Toletani perquam graphica Descriptio*, en *La Catedral de Toledo. 1549*, Toledo, Antonio Pareja Editor, 1999.
- PARRO, Sixto Ramón, *Toledo en la mano*, Toledo, 1857, 2 vols. (ed. facsímil, Toledo, I.P.I.E.T., 1978).
- PISA, Francisco de, *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, Toledo, Pedro Rodríguez, 1605, (ed. facsímil, Toledo, I.P.I.E.T., 1974).
- *Apuntamientos para la II parte de la Descripción de la imperial ciudad de Toledo*, Toledo, I.P.I.E.T., 1976.
- PORRES MARTÍN-CLETO, Julio, *Los Anales Toledanos I y II*, Toledo, I.P.I.E.T., 1993.
- PULGAR, Hernando del, *Claros Varones de Castilla*, Madrid, ed. de Clásicos Castellanos, 1923.
- RIVERA RECIO, Juan Francisco, "El Liber Privilegiorum de la catedral de Toledo y los documentos reales en él contenidos", en *Hispania Sacra*, I (1948), págs. 163-181.
- ROJAS, Pedro de, *Historia de la imperial, nobilísima, inclita y esclarecida ciudad de Toledo*, 2 vols., Madrid, 1656.
- SALAZAR DE MENDOZA, Pedro, *Crónica del Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza*, Toledo, 1625.
- SÁNCHEZ HERRERO, José, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, Universidad, 1976.
- TEJADA Y RAMIRO, Juan, *Colección de Cánones de todos los concilios de la Iglesia en España y América*, vols. III y IV. Madrid, 1859.
- Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla La Mancha*, Toledo, Junta de Comunidades, 1997.

3.- CATÁLOGOS Y GUÍAS DE ARCHIVOS

- Archivo Histórico Nacional. Clero Secular y Regular. Inventario de Procedencias*, Valladolid, Imprenta de la Casa Social Católica, 1924.
- ARELLANO GARCÍA, M., *Catálogo del Archivo del Cabildo de Curas y Beneficiados de Toledo*, Toledo, Ediciones de la Caja de Ahorros, 1984.
- BURRIEZA MATEOS, J.M., "La documentación generada por los procesos desamortizadores en España. Fuentes para su estudio", en *La investigación y las fuentes documentales de los archivos*, t. I, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 109-119.
- CRESPO NOGUEIRA, C. (dir.), *Guía del Archivo Histórico Nacional*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989.
- CRUZ ARIAS, M.J., "Fondos de instituciones y organismos benéfico-asistenciales anteriores al siglo XX conservados en el Archivo de la Diputación de Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 607-622.
- FERNÁNDEZ CATÓN, J.M.(dir.), *Los Archivos de la Iglesia en España*, León, Centro de Estudios e Investigación "San Isidoro", 1978.
- FERNÁNDEZ COLLADO, A., "La Biblioteca de la Catedral de Toledo y sus instrumentos de consulta", en M. Navascués Palacio (coord.), *Actas de las I Jornadas Bibliotecarias de Castilla-La Mancha*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 69-71.
- GARCÍA RUIPÉREZ, M., "Los Archivos toledanos y las publicaciones de sus instrumentos de descripción", en VILLENA, R. (coord.), *Ensayos Humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 209-231.
- GARCÍA Y GARCÍA, A. y GONZÁLEZ R., *Catálogo de los manuscritos jurídicos medievales de la catedral de Toledo*, Roma-Madrid, C.S.I.C., 1970.
- GUGLIERI NAVARRO, A., *Catálogo de los Sellos de la Sección de Sigilografía del Archivo Histórico Nacional*, 3 vols., Madrid, 1974. *Guía de los Archivos y las Bibliotecas de la Iglesia en España*, 2 vols., León, Asociación Española de Archiveros Eclesiásticos, 1985.
- GUTIERREZ GARCÍA-BRAZALES, M., "Historia y fondos del Archivo General Diocesano de Toledo", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. I, Toledo, Junta de Comunidades, 1988, págs. 115-121.

- IZQUIERDO BENITO, R., "Aproximación a las fuentes para el estudio de Castilla-La Mancha en la Edad Media. Fuentes documentales y bibliografía", en *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. I, Toledo, Junta de Comunidades, 1988, págs. 39-60.
- JANINI, J. y GONZÁLVEZ, R., *Catálogo de los manuscritos litúrgicos de la catedral de Toledo*, Toledo, I.P.I.E.T., 1977.
- LEÓN TELLO, P. y PEÑA, M.T. de la, *Guía de la Sección de Códices*, 2 vols., Madrid, 1950-1952.
- LOP OTÍN, M.J., "Fuentes medievales para el estudio del Cabildo Catedral de Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 789-800.
- MADSEN VISIEDO, C., "Los Archivos Históricos Provinciales de Castilla-La Mancha", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t.I, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 325-376.
- MANSILLA, D., "La historiografía y los Archivos eclesiásticos", en *Memoria Ecclesiae*, I, Barcelona, 1990, págs. 7-32.
- "Archivos eclesiásticos", en *D.H.E.E.*, t.I, Madrid, 1972, págs. 79-85.
- MÉNDEZ VIAR, M.V., "Un ejemplo de incautación decimonónica: Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los archivos*, t. II, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 907-915.
- PECES RATA, F., "Los archivos eclesiásticos: Naturaleza, organización y posibilidades de investigación", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha y Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 1996, págs. 771-782.
- PEDRAZA RUIZ, E., *Catálogo del Archivo Secreto*, Toledo, Excmo. Ayuntamiento, 1985.
- REINHARDT, K. y GONZÁLVEZ, R., *Catálogo de los Códices Bíblicos de la Catedral de Toledo*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1990.
- RIVERA RECIO, J.F., *Guía del Archivo Capitular de la catedral de Toledo*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1950.
- "La Primera República y los fondos documentales y bibliográficos de la Catedral de Toledo", en *Toletum*, 2 (1959), págs. 5-33, y 3 (1964), págs. 79-100.
- RUBIO MERINO, P., *Archivística Eclesiástica. Nociones básicas*, Santa Fe de Bogotá, Editorial Carrera, 1998.
- "La documentación eclesiástica en España. Su conservación", en

- ARTOLA, M. (dir.), *Enciclopedia de Historia de España*, t. VII, Madrid, Alianza Editorial, 1993, págs. 147-228.
- SÁNCHEZ BELDA, L., *Guía del Archivo Histórico Nacional*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958.
- TORROJA MENÉNDEZ, C., *Catálogo del Archivo de Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo (siglos XIV-XVI)*, Toledo, I.P.I.E.T., 1977.
- VV.AA., "Los Archivos: Conservar la Historia", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. 8, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 135-150.
- VV.AA., *Memoria Ecclesiae I. Los Archivos de la Iglesia. Presente y Futuro*, Barcelona, Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, 1990.

4.- BIBLIOGRAFÍA

4.1.- OBRAS DE TEMÁTICA GENERAL

- AIGRAIN, R., *Enciclopedia litúrgica*, Alba, 1957.
- AGUADÉ NIETO, S. (coord.), *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media*, Alcalá de Henares, Universidad, 1994.
- "Las Universidades y la formación intelectual del clero castellano en la Edad Media", en *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media*, Alcalá de Henares, Universidad, 1994, págs. 159-206.
- AGUSTÍ, J., VOLTES, P., VIVES, J., *Manual de Cronología Española Universal*, Madrid, C.S.I.C., 1952.
- AJO, C.M. y SÁINZ DE ZUÑIGA, G., *Historia de las Universidades Hispánicas*, Ávila, 1938.
- ALDEA, Q., VIVES, J. y MARÍN, T.(dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 4 vols., Madrid, C.S.I.C., 1972-1975.
- ALONSO CABREROS, M., *Código de Derecho Canónico*, Madrid, B.A.C., 1954.
- ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *El Cisma de Occidente*, Madrid, Rialp, 1982.
- "Últimas repercusiones del Cisma de Occidente en España", en *En la España Medieval*, I (1986).
 - *La situación europea en la época del Concilio de Basilea. Informe de la delegación del reino de Castilla*, León, Centro de estudios e Investigación "San Isidoro", 1992.
- ANDRÉS DÍAZ, R. de, "Las entradas reales castellanas en los siglos XIV y XV según las crónicas de la época", en *En la España Medieval*, 4 (1984), págs. 48-62.
- "Fiestas y espectáculos en las Relaciones Góticas del siglo XVI", en *En la España Medieval*, 14 (1991), págs. 306-336.
- ANDRÉS MARTÍN, M., "Pensamiento teológico y vivencia religiosa en la Reforma española (1400-1600)", en *Historia de la Iglesia en España*, III-2º, Madrid, B.A.C., 1980, págs. 269-361.
- ARIÉS, P., *La muerte en Occidente*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.
- *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1983.
 - *Historia de la muerte en Occidente*, Barcelona, El Acantilado, 2000.
- ARRANZ GUZMÁN, A., "Reconstrucción y verificación de las Cortes castellano-leonesas: la participación del clero", en *En la España Medieval*, 13 (1990) págs. 33-132.
- "La imagen del pontificado en Castilla a través de los Cuadernos de Cortes", en *Hispania Sacra*, 42 (1990), págs. 721-760.

- "Los enfrentamientos entre concejos y poderes eclesiásticos en las cortes: ¿sincronización de los conflictos?", en *Hispania*, 171 (1989), págs. 5-68.
 - "La reflexión sobre la muerte en el medievo hispánico", en *En la España Medieval* V, t. I (1986), págs. 109-124.
 - "El Clero", en J.M. Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la Monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, págs. 141-173.
 - "Las elecciones episcopales durante en el reinado de Pedro I de Castilla", en *En la España Medieval* 24 (2001), págs. 421-461.
- ASENJO GONZÁLEZ, M., "Las Ciudades", en NIETO SORIA, J.M. (dir.), *Orígenes de la Monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, págs. 105-140.
- *Las ciudades en el Occidente medieval*, Madrid, Arco/Libros, 1996.
- AZCONA, T. de, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*, Madrid, B.A.C., 1964.
- *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, C.S.I.C., 1960.
 - "Asambleas del clero castellano en el otoño de la Edad Media", en *Miscelánea José Zunzunegui (1911-1974)*, vol I. Estudios Históricos I, Vitoria, 1975, págs. 203-245.
 - "Reforma del episcopado y del clero en España en tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V (1474-1558)", en *Historia de la Iglesia en España*, III-1º, Madrid, B.A.C., 1979, págs. 115-210
- BALLESTEROS GAIBROIS, M., *La obra de Isabel la Católica*, Segovia, 1953.
- BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, B., "Estudiantes y profesores españoles en las Universidades extranjeras. Siglos XII-XVI", en *Historia de la Educación*, 4 (1985), págs. 7-33.
- "Las Universidades Medievales. Los primeros Colegios Universitarios", "El Libro y las Bibliotecas medievales como instrumento de educación", y "Tiempo, espacio y texto escolar", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995, págs. 326-373, 403-417 y 917-963.
- BARTOLOMÉ, G., "El libro: la imprenta, las bibliotecas", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995, pág. 887-916.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V. "La formación intelectual del clero en España durante los siglos XII, XIII y XIV", en *Revista Española de Teología*, 6 (1946), págs. 313-357.
- *Bulario de la Universidad de Salamanca*, 3 vols., Salamanca,

- Universidad, 1966-67.
- *Cartulario de la Universidad de Salamanca*, 6 vols. Salamanca, Universidad, 1970-73.
- BENITO RUANO, E., *Los infantes de Aragón*, Pamplona, C.S.I.C., 1952.
- BOUCHERON, P. y CHIFFOLEAU, J. (eds.), *Religion et société urbaine au Moyen Âge*, París, 2000.
- BROUARD URIARTE, J., "Los hospitales, Casas de San Lázaro, de San Antón y de Inocentes en la España del siglo XV", en *Asclepio*, XXIV (1970), págs. 41-430.
- BUESA CONDE, D., "Manifestaciones de la religiosidad popular de Zaragoza en el siglo XV: las procesiones devocionales penitenciales y en acción de gracias por la toma de Granada", en *Aragonia Sacra*, 2 (1987), págs. 45-58.
- CARDINI, F., *Días sagrados. Tradición popular en las culturas euromediterráneas*, Barcelona, 1984.
- CARLÉ, M. del. C., "La sociedad castellana del siglo XV. La inserción de la Iglesia", en *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), págs. 364-414.
- CARO BAROJA, J., *El Carnaval*, Madrid, Taurus, 1965
- *La estación del amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*, Madrid, Taurus, 1979.
- *El estío festivo. Fiestas populares del verano*, Madrid, Taurus, 1984.
- CARRETERO ZAMORA, J.M., *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna(1476-1515)*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- CHECA, F., "Poder y piedad: patronos y mecenas en la introducción del Renacimiento en España", en *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la Casa de Austria en España*, Toledo, Ministerio de Cultura, 1992, págs. 21-54.
- CHELINI, J., *Histoire religieuse de l'Occident Médiéval*, París, Armand Colin, 1968.
- CORIA OLIVO, J., "El testamento como fuente de estudio sobre las mentalidades (siglos XII-XV)", en *Miscelánea Medieval Murciana*, IX (1982), págs. 193-219.
- COX, H., *La fiesta de locos. Ensayo teológico sobre el talante festivo*, Madrid, Taurus, 1972.
- DE RIDDER-SYMOENS, H.(ed.), *Historia de la Universidad en Europa, I. Las Universidades en la Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, Madrid, Arco/Libros, 1998.
- "El pontificado y los reinos peninsulares durante la Edad Media.

- Balance historiográfico", en *En la España Medieval*, 24 (2001), págs. 465-536.
- DOMÍNGUEZ, J., *Las elecciones episcopales en las iglesias de España hasta el siglo XIII*, Roma, 1936.
- DUBY, G., *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona, Argot, 1980.
- *Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad 980-1420*, Barcelona, Argot, 1983.
- "Los canónigos regulares y la vida económica de los siglos XI y XII", en *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1989, págs. 120-131.
- *Arte y sociedad en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1998.
- *Europa en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 1990
- DURÁN Y SEMPÉR, A., "Corpus Christi", en *D.H.E.E.*, t. I, Madrid, 1972, págs. 631-633.
- ESCOBAR, H.(dir.), *Los Manuscritos. Historia ilustrada del libro español*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993.
- ESTEBAN RECIO, A., *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos*, Valladolid, Universidad, 1985.
- FERNÁNDEZ ALONSO, J., "Nuncios, colectores y legados pontificios en España de 1474 a 1492", en *Hispania Sacra*, X n° 19 (1957) págs. 33-90.
- FERNÁNDEZ CONDE, F.J., "Los concilios de la época posgregoriana. La reforma del clero secular y de las instituciones pastorales", en *Historia de la Iglesia en España*, II-1º, Madrid, B.A.C., 1982, págs. 426-441.
- "Aplicación de las reformas del lateranense IV en la Iglesia española", y "Religiosidad popular o piedad culta", en *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, B.A.C., 1982, págs. 47-58 y 289-357.
- *La Religiosidad Medieval en España. I. Alta Edad Media (s. VII-X)*, Oviedo, Universidad, 2000.
- FERNÁNDEZ CONDE y OLIVER, A., "Cultura y pensamiento religioso en la Baja Edad Media", "La Corte pontificia de Avignon y la Iglesia española", y "El Cisma de Occidente y los reinos peninsulares" en *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, B.A.C., 1982, págs. 174-253, 359-415 y 463-495.
- FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, I., "La Música Sagrada", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995, págs. 857-863.
- FLECNIAKOSKA, J.L., *La formation de l'Auto Religieux en Espagne avant Calderon*, Montpellier, Impr. Paul Déhan, 1961.
- FLICHE, A. y MARTIN, V., *Historia de la Iglesia*, vols. IV-XIV.

- Valencia, Edicep, 1978.
- FRANK, I. W., *Historia de la Iglesia Medieval*, Barcelona, Herder, 1988.
- GARCÍA GALLO, A., *El Concilio de Coyanza. Contribución al estudio del Derecho Canónico Español en la Alta Edad Media*, Madrid, 1951.
- GARCÍA ORO, J., *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, C.S.I.C., 1971.
- *Los Reyes y los libros. La política libraria de la Corona en el Siglo de Oro (1475-1589)*, Madrid, Ed. Cisneros, 1995.
- GARCÍA ORO, J. y PORTELA SILVA, M.J., *La Monarquía y los libros en el Siglo de Oro*, Alcalá de Henares, Universidad, 1999.
- GARCÍA VILLOSLADA, R.(dir)., *Historia de la Iglesia en España*, vols. I-III, Madrid, B.A.C., 1979-1982.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L., *Curso de historia de las instituciones españolas*, Madrid, Revista de Occidente, 1968.
- GARCÍA Y GARCÍA, A., *Historia del Derecho Canónico. El Primer Milenio*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1967.
- "Parroquia, arciprestazgo y arcedianato: origen y desarrollo", en *Memoria Ecclesiae VIII. Parroquia y arciprestazgo en los Archivos de la Iglesia*, t. I, Oviedo, 1996, págs. 19-40.
- "Universidad y sociedad en la Edad Media española", en *Universidad, cultura y sociedad en la Edad Media*, Alcalá de Henares, Universidad, 1994, págs. 147-157.
- GARCÍA VERA, M.J. "Poder nobiliario y poder político en la Corte de Enrique IV (1454-1474)", en *En la España Medieval*, 16 (1993), págs. 223-237.
- GARCÍA VILLADA, Z., *Historia Eclesiástica de España*, 3 vols., Madrid, 1929-1933.
- GAUDEMET, J., "Un point de recontre entre les pouvoirs politiques et l'Eglise: le choix des évêques (schéma pour une enquête)", en *Etat et Eglise dans la genèse de l'Etat moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986, págs. 279-293.
- GAUTIER-DALCHÉ, J., *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- GOLMAYO BENITO, P., *Instituciones de Derecho Canónico*, 2 vols., Madrid, 1859.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, t. I, Madrid, 1960.
- *Repoblación de Castilla la Nueva*, 2 vols., Madrid, 1975.
- GONZÁLEZ NOVALÍN, J.L., "La Inquisición española", en *Historia de la Iglesia en España*, III-2º, Madrid, B.A.C., 1980, págs. 107-268.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., "Juan XXII y la provisión de los obispados españoles", en *Archivum Historiae Pontificae*, 4 (1966), págs. 25-58.
- "Presencia española en los concilios generales del siglo XV", en

- Historia de la Iglesia en España*, t. III-1º, Madrid, B.A.C., 1979, págs. 25-114.
- "Directorio para la visita pastoral de un arcediano", en *Hispania Sacra*, 10 (1957), págs. 127-133.
- GUTIÉRREZ MARTÍN, L., *El privilegio de nombramiento de obispos en España*, Roma, 1967.
- HEERS, J., *Carnavales y Fiestas de locos*, Barcelona, Península, 1988.
- "Carnavals et fêtes des fous au Moyen Âge", en *Las Fiestas Medievales. Cuadernos del CEMYR*, 2 (1994), págs. 167-181.
- HERMANN, Ch., *L'Eglise d'Espagne sous le Patronage Royal (1476-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.
- HUARTE Y ECHENIQUE, A., "Los Colegios Universitarios de Castilla en tiempos del Cardenal Mendoza", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XI (1929), págs. 37-50.
- HUIZINGA, J., *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1978.
- IRADIEL, P. y LADERO, M.A., *Historia de España. De la crisis medieval al Renacimiento (siglos XIV-XV)*, Barcelona, Planeta, 1988.
- JEDIN, H.(dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, vols. 2-4, Barcelona, Herder, 1966-1969.
- JEHEL, G. y RACINET, P., *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*, Barcelona, Ed. Omega, 1999.
- KAMEN, H., *Una edad conflictiva: España, 1469-1714*, Madrid, Alianza, 1984.
- KNOWLES, D. y OBOLENSKY, D., *Nueva Historia de la Iglesia. vol. II: La Edad Media*, Madrid, Cristiandad, 1977.
- LADERO QUESADA, M.A., *Los Reyes Católicos. La Corona y la Unidad de España*, Madrid, Fundación López de Gomara, 1989.
- *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza, 1999.
 - "Una reflexión y algunas observaciones sobre nuestra historia y nuestra historiografía medievales", en *Medievalismo*, 4 (1994), págs. 335-345.
 - *España en 1492*, Madrid, Hernando, 1978.
 - *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona, Ariel, 1982.
 - *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, Ed. Complutense, 1993.
 - "Corona y Ciudades en la Castilla del siglo XV", en *En la España Medieval*, 8 (1986), págs. 551-574.
 - "Linajes, bandos y parcialidades en la vida política de las ciudades castellanas (siglos XIV y XV)", en *Bandos et querelles dynastiques en Espagne à la fin du Moyen Age*, París, 1991, págs. 101-134.
 - "La Fiesta en la Europa mediterránea medieval", en *Las Fiestas Medievales. Cuadernos del CEMYR*, 2, La Laguna, 1994, págs. 11-

52.

- "Grupos marginales", en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, págs. 546-553 y 596-601.
- *Católica y latina. La cristiandad occidental entre los siglos IV y XVII*, Madrid, Arco/Libros, 2000.
- "Historia de la Iglesia en la España medieval", en J.A. Gallego (ed.), *La Historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*, Murcia, Universidad Católica San Antonio, 2001, págs. 121-190.
- LADERO QUESADA, M.A. y NIETO SORIA, J.M. "Iglesia y sociedad en los siglos XIII al XV(ámbito castellano-leonés). Estado de la investigación", en *En la España Medieval*, 11 (1988), págs. 125-171.
- LADERO QUESADA, M.A. y SÁNCHEZ HERRERO, J., "Iglesia y Ciudades", en *Las ciudades andaluzas(siglos XIII-XVI). Actas del VI Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Málaga, 1991, págs. 227-264.
- LADERO QUESADA, M.F., *Las ciudades de la Corona de castilla en la Baja Edad Media (siglos XIII al XV)*, Madrid, Arco/Libros, 1996.
- LE BRAS, G., *Histoire du Droit et des Institutions de l'Eglise en Occident*, París, Cujas, 1976.
- LE GOFF, J., *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, Taurus, 1985.
- *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Paidós, 1999.
- LINAGE CONDE, A., "Reorganización de la vida común del clero. Canónigos regulares. Premonstratenses", en *Historia de la Iglesia en España*, II-1º, Madrid, B.A.C., 1979, págs. 406-426.
- LINEHAN, P., *La Iglesia Española y el Papado en el siglo XIII*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1975.
- *History and the historians of medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- LÓPEZ ALONSO, C., *La pobreza en la España Medieval*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986.
- LOPEZ BAHAMONDE, R. y SÁNCHEZ HERRERO, J. "La Geografía Eclesiástica Hispana. Siglos XI al XV", en *Miscelánea de trabajos de Investigación ofrecida al Dr. D. Vicente García de Diego López*, Sevilla, I.B. "San Isidoro", 1982, págs. 73-92.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., *Los judaizantes castellanos y la Inquisición en tiempo de Isabel la Católica*, Burgos, 1954.
- LOYN, H.R. (ed.), *Diccionario Akal de Historia Medieval*, Madrid, 1998.
- LLORCA, B., GARCIA VILLOSLADA, R y LABOA, J.M., *Historia de la Iglesia Católica*, vols. I-III. Madrid, B.A.C., 1987-1991.
- MANSILLA REOYO, D., *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en los tiempos del rey San Fernando*, Madrid, C.S.I.C., 1945.

- MARTÍN HERNÁNDEZ, F. "Noticias de los antiguos colegios universitarios españoles", en *Salmanticensis*, 6 (1959), págs. 503-544.
- *La formación clerical en los colegios universitarios españoles*, Vitoria, 1961.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, J.L., "Iglesia y vida religiosa", en *La Historia Medieval. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, págs. 431-456.
- MARTÍNEZ GIL, F., *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- *La muerte vivida. Muerte y sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Toledo, Diputación Provincial, 1996.
- MARTÍNEZ RUIZ, E. (dir.), *Diccionario de Historia Moderna de España. I. La Iglesia*, Madrid, Istmo, 1998.
- MATA CARRIAZO Y ARROQUÍA, J. de, "Alegrías que hizo Sevilla por la toma de Granada", en *Clavileño*, 21 (1953), págs. 21-27.
- MAZA ZORRILLA, E., *Pobreza y Asistencia social en España. Siglos XVI al XX. Aproximación histórica*, Valladolid, Universidad, 1987.
- MITRE FERNÁNDEZ, E., *Iglesia y vida religiosa en la Edad Media*, Madrid, Istmo, 1991.
- *La muerte vencida. Imágenes e historia en el Occidente medieval (1200-1348)*, Madrid, Encuentro, 1988.
 - "La muerte del rey: la historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte de las élites", en *En la España Medieval*, 11 (1988), págs. 167-183.
 - "Las actitudes del hombre ante la muerte", en C. González Mínguez (ed.), *La otra historia. Sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, págs. 25-36.
 - "La Historiografía sobre la Edad Media", en J.A. Gallego (coord.), *Historia de la Historiografía española*, Madrid, Ed. Encuentro, 1999.
- MOLLAT, G., *La collation des bénéfices ecclésiastiques sous les papes d'Avignon*, París, 1921.
- *Les Papes d'Avignon 1305-1378*, París, 1949.
- MOLLAT, M., *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media*, Méjico, F.C.E., 1988.
- MONSALVO ANTÓN, J.M., *La Baja Edad Media en los siglos XIV-XV. Política y cultura*, Madrid, Síntesis, 2000.
- *Las ciudades europeas del Medievo*, Madrid, Síntesis, 1997.
- MONTSERRAT TORRENTS, J., *Las elecciones episcopales en la historia de la Iglesia*, Barcelona, Pòrtico, 1972.
- MOULIN, L., *La vie quotidienne des religieux au Moyen Age, X-XV siècles*, París, Hachette, 1978.

- MUIR, E., *Fiesta y rito en la Europa Moderna*, Madrid, Editorial Complutense, 2001.
- MUÑIZ PABLOS, T., *El nombramiento de obispos en España*, Madrid, 1926.
- NETANYAHU, B., *Los orígenes de la Inquisición*, Barcelona, Crítica, 1999.
- NIETO SORIA, J.M., *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla(1369-1480)*, Madrid, Ed. Complutense, 1993.
- *Iglesia y poder real en Castilla. El Episcopado, 1250-1350*, Madrid, Ed. Complutense, 1988.
- *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, Ed. Nerea, 1993.
- "Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)", en *En la España Medieval*, 19 (1996), págs. 167-238.
- (dir.) *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999.
- ORCÁSTEGUI, C. y SARASA, E., *La historia en la Edad Media*, Madrid, Cátedra, 1991.
- PAUL, J., *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII)*, 2 vols., Barcelona, Labor, 1988.
- PÉREZ, J., *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, Nerea, 1989.
- (dir.), *La hora de Cisneros*, Madrid, Ed. Complutense, 1995
- PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J.M., *Enrique IV de Castilla (1454-1474)*, Palencia, 1998.
- PÉREZ-PRENDES, J.M., *Instituciones medievales*, Madrid, Síntesis, 1997.
- "Relaciones Iglesia-Estado en la formación del Estado moderno. El Real Patronato; aportación para un estado de la cuestión", en *Etat et Eglise dans la genèse de l'Etat moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986, págs. 249-255.
- PESET, M., "Colegios y universidades en la Baja Edad Media castellano-leonesa", en *Etat et Eglise dans la genèse de l'Etat Moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986. págs. 63-71.
- PINO, F. del, "El obispillo malagueño y su importancia en los orígenes de nuestro teatro", en *Sábega*, 7 (1974).
- POPEANGA, E., "La Desacralización del mundo medieval o el "mundo al revés", en *Las Fiestas Medievales. Cuadernos del CEMYR*, 2 (1994), págs. 89-103.
- PORRAS ARBOLEDAS, P., *Juan II (1406-1454)*, Palencia, Ed. La Olmeda, 1998
- PRO RUIZ, J. "Las capellanías: familia, Iglesia y propiedad en el Antiguo Régimen" en *Hispania Sacra*, 41 (1989), págs. 585-602.
- RAPP, F., *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1975.

- REILLY, B.F., *El Reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI (1065-1109)*, Toledo, I.P.I.E.T., 1989.
- REINA, V., *El sistema benefical*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1965.
- RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia*, 2 vols., Madrid, B.A.C., 1955.
- ROMERO ABAO, A., "Las fiestas del Corpus Christi en Sevilla en el siglo XV", en *La Religiosidad Popular*, III, Barcelona-Madrid, Anthropos-Fundación Machado, 1989.
- "Las fiestas de Sevilla en el siglo XV", en J. Sánchez Herrero (ed.), *Las fiestas de Sevilla en el siglo XV. Otros estudios*, Madrid, Deimos, 1991, págs. 12-180.
- RUBIO, S., "La Música religiosa española en los siglos XV y XVI", en *Historia de la Iglesia en España*, III-2º, Madrid, B.A.C., 1980, págs. 553-583.
- RUBIO GARCÍA, L., "La fiesta del Obispillo", en *Homenaje al profesor Juan Barceló Jiménez*, Murcia, Alfonso X el Sabio, 1990, págs. 607-612.
- *La procesión del Corpus en el siglo XV en Murcia*, Murcia, Alfonso X el Sabio, 1987.
- "Las representaciones sacras en Lérida", en *Estudios sobre la Edad Media española*, Murcia, 1973.
- RUIZ, T.F., "Fiestas, torneos y símbolos de la realeza en la Castilla del siglo XV. Las fiestas de Valladolid de 1428", en A. Ruquoi (ed.), *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 1988, págs. 249-265.
- RUIZ DE LA PEÑA, J.I., *Introducción al estudio de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- RUIZ GÓMEZ, F., *Introducción a la Historia Medieval*, Madrid, Síntesis, 1998.
- RUIZ MARTÍN, F., "La población española al comienzo de los tiempos modernos", en *Cuadernos de Historia*, I (1967).
- RUQUOI, A. (ed.), *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 1988.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., "Los concilios provinciales y los sínodos diocesanos españoles(1215-1550)", en *Quaderni Catanesi di Studi Classici e Medievali*, III-IV (1981-1982), págs. 113-181 y 111-197.
- "Centros de enseñanza y estudiantes de Sevilla durante los siglos XIII al XV", en *En la España Medieval*, IV (1984), págs. 875-898.
- "La Iglesia andaluza en la Baja Edad Media, siglos XIII al XV", en *I Coloquio de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, Córdoba, 1982, págs. 265-330.
- "Los obispos castellanos y su participación en el gobierno de Castilla, 1350-1406", en *Realidad e imágenes del poder. España a*

- finis de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 1988, págs. 85-113.
- "Monjes y frailes. Religiosos y religiosas en Andalucía durante la Baja Edad Media", en *III Coloquio de Historia Medieval Andaluza*, Jaén, 1984, págs. 405-456.
 - "Las relaciones de Alfonso XI con el clero de su época", en *Génesis medieval del Estado Moderno: Castilla y Navarra(1250-1370)*, Valladolid, Ámbito, 1987, págs. 23-47.
 - "Iglesia y religiosidad", en *Historia General de España y América*, t. IV, Madrid, Rialp, 1981, págs. 203-208
 - (ed.) *Las fiestas de Sevilla en el siglo XV. Otros estudios*, Madrid, Deimos, 1991.
 - "La jerarquía eclesiástica y su doctrina pedagógica", "Catequesis y predicación", "La formación monástica, conventual y clerical", "Alfabetización y escuela de primeras letras", "Las escuelas de gramática monásticas y catedralicias", "Promoción y ayuda al estudio", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995, págs. 145-157, 204-267, 276-314, y 431-444.
- SANTIAGO OTERO, H., *La cultura en la Edad Media hispana (1100-1470)*, Lisboa, Ed. Colibrí, 1996.
- *Fe y cultura en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1988.
- SANZ SANCHE, I., "Para el estudio de la Iglesia medieval castellana", en *Estudios eclesiásticos. Revista teológica de investigación e información*, 73 (1998), págs. 61-77.
- SOBALER SECO, M.A., *Los colegiales mayores de Santa Cruz (1984-1670): una élite de poder*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1987.
- SOBREQUÉS CALLICÓ, J., "La peste negra en la Península Ibérica", en *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-71), págs. 67-102.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Los Reyes Católicos*, 5 vols. Madrid, Rialp, 1989-1990.
- "La crisis del siglo XIV en Castilla", en *Cuadernos de Historia*, 8 (1977), págs. 33-45
 - "Los Trastámaras de Castilla en el siglo XV(1407-1474)", en *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal*, t. XV, Madrid, 1965.
 - *Castilla, el Cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*, Madrid, C.S.I.C., 1960.
 - *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, Burgos, Aldecoa, 1977.
 - *Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV*, Valladolid, Universidad, 1975.
 - *Enrique IV de Castilla. La difamación como arma política*,

- Barcelona, Ariel, 2001.
- TELLECHEA, J.I., "La reforma religiosa", en J. Perez (dir), *La hora de Cisneros*, Madrid, Ed. Complutense, 1995, págs. 43-56.
- TERUEL GREGORIO DE TEJADA, M., *Vocabulario básico de Historia de la Iglesia*, Barcelona, Crítica, 1993.
- VAL, M.I. del, *Isabel la Católica, princesa (1468-1474)*, Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1974.
- VALDEÓN BARUQUE, J., *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- "Las Cortes de Castilla y las luchas políticas del siglo XV (1419-1430)", en *Anuario de Estudios Medievales*, 3 (1966), págs. 293-326.
- "Aspectos de la crisis castellana de la primera mitad del siglo XIV", en *Hispania*, 29 (1969), págs. 5-24.
- VAUCHEZ, A., *La espiritualidad del Occidente medieval*, Madrid, Cátedra, 1985.
- VERGER, J., *Culture, enseignement et société en Occident aux XII e XIII siècles*, Rennes, P.U.R., 1999.
- *Las gens de savoir en Europe a la fin du Moyen Age*, París, P.U.F., 1997.
- VERLINDEN, Ch., "La grande peste de 1348 en Espagne: Contribution à l'étude de ses conséquences économiques et sociales", en *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 17 (1938), págs. 103-146.
- VIFORCOS, M., *La Asunción y el Corpus, de fiestas señeras a fiestas olvidadas*, León, 1994.
- VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F.J. "Política universitaria en la Castilla del siglo XV: el Colegio de Santa Cruz de Valladolid", en *En la España Medieval*, V, vol.II (1986), págs. 1.285-1.297.
- "Aproximación al Concilio Nacional de Sevilla de 1478", en *Cuadernos de Historia Medieval*, 6 (1984), págs. 7-37.
- "Repertorio bibliográfico de la reforma eclesiástica castellana en el siglo XV", en *Hispania Sacra*, 45 (1993), págs. 503-517.
- VILLAPALOS SALAS, G., *Fernando V de Castilla (1474-1506)*, Palencia, Ed. La Olmeda, 1999.
- VOVELLE, M., *La mort et l'occident de 1300 à nos jours*, París, 1983.
- VV.AA., *Etat el Eglise dans la genèse de l'Etat moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986.
- VV.AA., *La idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media*, 2 vols., Santiago de Compostela, Universidad, 1988 y 1992.
- VV.AA., *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Aguilar de Campoo-Madrid, Fundación Santa María la Real-Polifemo, 1999.
- VV.AA., *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico*

- (1968-1998), Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.
- VV.AA., *Presente y futuro de la Historia Medieval en España*, Madrid, Ed. Complutense, 1990.
- VV.AA., *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995.
- VV.AA., *Memoria Ecclesiae*, vols. I-XVII, Oviedo, Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, 1990-2000.
- VV.AA., *La Universidad de Salamanca*, 3 vols., Salamanca, 1990.
- VV.AA., *Fêtes et Liturge*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.
- VV.AA., *La fête, la cérémonie, le rite*, Granada, Universidad de Granada-Casa de Velázquez, 1990.
- VV.AA., *Le clerc séculier au Moyen Age*, París, Universidad de la Sorbona, 1993.
- VV.AA., *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.
- VV.AA., *La Enseñanza en la Edad Media*, Logroño, Gobierno de la Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, 2000.
- ZUNZUNEGUI ARAMBURU, J. "Concilios y sínodos medievales españoles", en *Hispania Sacra*, I (1948), págs. 127-132, y IV (1951), págs. 189-199.

4.2.- OBRAS REFERIDAS A CABILDOS Y CATEDRALES (CORONA DE CASTILLA)

4.2.1.- Generalidades

- BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, B., "Los niños del coro en las catedrales españolas. Siglos XII-XVIII", en *Burguense* 29/1 (1988), págs. 139-193.
- "Las escuelas de gramática", en *D.H.E.E.*, V, Madrid, 1987, págs. 285-299.
- "La enseñanza de la música en las catedrales", en *Anuario de Estudios Medievales* 21 (1991), págs. 607-627.
- BENITO RUANO, E., "El legado de las catedrales", en *Medievalismo*, 6 (1996), págs. 295-298.
- CARRERO SANTAMARÍA, E., *Las construcciones de los cabildos catedralicios en los antiguos reinos de León y Galicia*, Tesis Doctoral leída en la Universidad Autónoma de Madrid, 1998.
- "La funcionalidad espacial en la arquitectura del medievo y las dependencias catedralicias como objeto del estudio histórico-artístico", en *Medievalismo*, 9 (1999), págs. 149-175.

- "Ecce quam bonum et quam iocundum habitare fratres in unum. Vidas reglar y secular en las catedrales hispanas llegado el siglo XII", en *Anuario de Estudios Medievales*, 30/2 (2000), págs. 757-805.
- CERECEDA, F., "El litigio de los cabildos españoles y sus repercusiones en Roma (1551-1556)", en *Razón y fe*, 130 (1944), págs. 215-234.
- ERLANDE-BRANDENBURG, A., *La Catedral*, Madrid, 1993.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J., "Los cabildos españoles y la confirmación del concilio de Trento", en *Annuario historiae conciliorum*, 7 (1975), págs. 425-458.
- LINAGE CONDE, A., "El medievo canonical en la Península Ibérica. Estado y perspectivas de la cuestión (1959-1983)" en *San Martín de León. Ponencias del I Congreso Internacional sobre Santo Martino en el VIII Centenario de su obra*, León, 1987, págs. 261-278.
- MARTÍNEZ MILLÁN, J., "Las canonjías inquisitoriales", en *Hispania Sacra*, XXXIV (1982), págs. 9-63.
- MORGADO GARCÍA, A., "Vida de canónigo. Percepción, origen y status de vida del alto clero durante el Antiguo Régimen", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 77-99.
- MUÑIZ PABLOS, T., *Derecho Capitular. Cabildos catedrales y colegiales*, Sevilla, 1926.
- PIÑERO CARRIÓN, J.M., *La sustentación del clero*, Sevilla, 1963.
- "El canonicato como beneficio. Líneas de evolución" en *Bibliotheca Salmanticensis I. Estudios*, 1 (1972), págs.
- QUINTANA PRIETO, A., "Constituciones capitulares de cabildos españoles del siglo XIII", en *Anthologica Annua*, 28-29 (1981-1982), págs. 485-529.
- RUBIO MERINO, P., "Las visitas episcopales a los cabildos. Documentación en los Archivos Capitulares", en *Memoria Ecclesiae XIV*, Oviedo, 1999, págs. 17-98.
- RUCQUOI, A., "La formation culturelle du clergé en Castille à la fin du Moyen Âge", en *Le clerc séculier au Moyen Âge*, París, Universidad de la Sorbona, 1993, págs. 249-262.
- SANTIAGO OTERO, H., "Instituciones y espiritualidad medievales en la Península Ibérica: escuelas y bibliotecas capitulares", en *I Jornadas académicas de História de Espanha e de Portugal*, Lisboa, 1990, págs. 27-42.
- SASTRE SANTOS, E. "Notas bibliográficas sobre los canónigos regulares", en *Hispania Sacra*, 35 (1983), págs. 251-314.
- VV.AA., *Memoria Ecclesiae IV. La catedral y la diócesis en los Archivos de la Iglesia*, Oviedo, Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, 1993.

- VV.AA., "El legado de las catedrales", en *Medievalismo*, 6 (1996), págs. 295-325.
- VV.AA., *La vita comune del clero nei secoli XI e XII. Atti della Settimana di Studio: Mendola, settembre 1959*, 2 vols., Milán 1962.
- VV.AA., *Le monde des chanoines (XI-XIV siècles). Cahiers de Fanjeaux*, 24, Fanjeaux, Editions Privat, 1989.
- VV.AA., *La Cathedrale (XII-XIV siècle). Cahiers de Fanjeaux*, 30, Fanjeaux, Editions Privat, 1995
- VV.AA., *Libres et bibliothèques (XIII-XV siècles). Cahiers de Fanjeaux*, 31, Fanjeaux, Editions Privat, 1996.

4.2.2.- Andalucía

* Cádiz

- SÁNCHEZ HERRERO, J., "El cabildo Catedral de Cádiz. Siglos XIII al XV", en *Archivo Hispalense*, 65, nº 198 (1982), págs. 152-182.

* Córdoba

- HERRERA MESA, P., "La Universidad de clérigos de Córdoba en la Baja Edad Media", en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, t. II, Córdoba, 1978, págs. 133-145.
- NIETO CUMPLIDO, M., "La elección de obispos en Córdoba en la Baja Edad Media", en *Andalucía Medieval. Nuevos Estudios*, Córdoba, 1979, págs. 73-103.
- SANZ SANCHO, I., *La Iglesia y el obispado de Córdoba en la Baja Edad Media(1236-1426)*, 2 vols. Madrid, Universidad Complutense, 1989.
- "El cabildo catedralicio de Córdoba en la Edad Media", en *En la España Medieval*, 23 (2000), págs. 441-481.
 - "El poder episcopal en Córdoba en la Baja Edad Media", en *En la España medieval*, 13 (1990), págs. 163-205.
 - "El Libro de las Constituciones del obispado de Córdoba", en *Estudios de Historia medieval. Homenaje a Luis Suárez Fernández*, Valladolid, Universidad, 1991, págs. 443-455.
- VÁZQUEZ LESMES, R., *Córdoba y su Cabildo catedralicio en la modernidad*, Córdoba, 1987.
- "Monasterio y colegiata de San Hipólito de Córdoba(1343-1399)", en *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, t. II. Córdoba, 1978, págs. 147-161.

*** Granada**

- BERTOS HERRERA, M.P., *Los seises de la Catedral de Granada*, Granada, Caja de Ahorros Provincial, 1988.
- GAN GIMÉNEZ, P., "Los prebendados de la iglesia granadina: Una Bio-Bibliografía", en *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 4 (1990), págs. 139-212.
- "Los primeros capitulares de la Santa Iglesia de Granada", en *Códice*, 5 (1990), págs. 21-27.
- GEA ARIAS, A., y LÓPEZ GUERRERO, R.M., "Los mozos de coro o seises de la catedral de Guadix. Datos para su estudio", en *Memoria Ecclesiae XII*, Oviedo, 1998, págs. 127-136.
- MARÍN LÓPEZ, R., *El Cabildo de la Catedral de Granada en el siglo XV*, Universidad de Granada, 1998.
- "El cabildo de la catedral de Granada ante el concilio de Trento", en *Archivo Teológico Granadino*, 57 (1994), págs. 237-245.

*** Jaén**

- BELTRÁN ALMANSA, C. y TOLEDANO GALERA, J., "El Cabildo de la Iglesia-Catedral de Jaén en el siglo XVI. Organización y funcionamiento", en *Boletín de Estudios Giennenses*, 134 (1988), págs. 31-57.
- GARCÍA PARDO, M., *El cabildo de la catedral de Jaén. Organización y vida (siglos XVI y XVII)*, Tesis doctoral leída en la Universidad de Almería, 1998 (microficha).
- "La cultura clerical en el obispado de Jaén en la Baja Edad Media", en *Hispania Sacra*, LI (1999), págs. 703-716.
- OSORIO MUÑOZ, M., "El bajo clero en Jaén en el tránsito a la Edad Moderna. La Universidad de curas párrocos", en *III Congreso de Historia Medieval Andaluza*, Jaén, 1984, págs. 457-468.
- RODRÍGUEZ MOLINA, J., *El Obispado de Baeza-Jaén. Organización y economía diocesanas(s. XIII-XVI)*, Jaén, Diputación Provincial, 1986.
- "Patrimonio eclesiástico del obispado Baeza-Jaén (siglos XIII-XVI)", *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 72 (1976), págs. 9-74.
- "Estatutos de la Catedral de Jaén en 1368. Recopilación de 1478", en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, LXXXV y LXXXVI (1975), págs. 9-187.
- "El diezmo eclesiástico en el obispado de Baeza-Jaén(siglos XIII-XVI)", en *Cuadernos de Historia*, 7 (1977), págs. 213-282.

*** Málaga**

- BRAVO CARO, J.J., "El arrendamiento de los diezmos del obispado malagueño en el siglo XVI", en *Baetica*, 12 (1989), págs. 175-186.
- GARCÍA MOTA, F., "El primer cabildo catedral de Málaga y el Códice de sus estatutos aprobados en 15 de junio de 1492", en *Memoria Ecclesiae IV*, Oviedo, 1993, págs. 241-147.
- PAJARES ADREDO, L., "El cabildo catedralicio de Málaga desde su fundación hasta la guerra de la Independencia, bases para un estudio de la institución", en *Gibraltar*, 30 (1981), págs. 19-28.
- SUBERBIOLA MARTÍNEZ, J., "La Iglesia de Málaga. Primera iglesia de Estado en España", en *Jábega*, 10 (1975), págs. 21-26.

*** Sevilla**

- ÁLVAREZ MÁRQUEZ, M.C., *El mundo del libro en la iglesia catedral de Sevilla en el siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial, 1992.
- COLLANTES DE TERÁN, A., "Génesis de la gran propiedad en la Baja Edad Media. La propiedad eclesiástica sevillana", en *La economía agraria en la historia de España*, Madrid, Alfaguara, 1979, págs. 69-81.
- COSTA Y BELDA, E., "Las constituciones de Don Raimundo de Losaña para el cabildo de Sevilla(1261)", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 5 (1978), págs. 169-233.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., "Propiedades y rentas territoriales del Cabildo catedral de Sevilla a fines de la Edad Media", en *Cuadernos de Historia*, 7 (1977), págs. 167-212.
- "Nivel moral del clero sevillano a fines del siglo XV", en *Archivo Hispalense*, 183 (1977), págs. 199-204.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ M. y LADERO QUESADA, M.A., *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el reino de Sevilla (1408-1503)*, Sevilla, Universidad, 1978.
- MONTES ROMERO-CAMACHO, I., *Propiedad y explotación de la tierra en la Sevilla de la Baja Edad Media. El patrimonio del Cabildo Catedral*, Sevilla, Fundación Fondo de Cultura, 1988.
- *El paisaje rural sevillano en la Baja Edad Media. Aproximación a su estudio a través de las propiedades territoriales del Cabildo Catedral de Sevilla*, Sevilla, Fundación Fondo de Cultura, 1989.
- "El nacimiento del cabildo catedral de Sevilla en el siglo XIII (1248-1285)", en *Archivo Hispalense*, LXXVII (1994), págs. 417-458.
- PÉREZ-EMBED WAMBA, J. "El Cabildo Catedral de Sevilla en la Baja Edad Media", en *Hispania Sacra*, XXX (1977), págs. 143-181.

- "Los canónigos de San Salvador de Sevilla en la Baja Edad Media", en *I Coloquio de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, Córdoba, 1982. págs. 397-406.

PÉREZ-EMBED WAMBA, J. y OLLERO, J.A. "La colegiata de San Salvador de Sevilla en la Baja Edad Media(1350-1520)", en *Hispania Sacra*, XXXI (1978-79), págs.153-200.

4.2.3.- Asturias

FERNÁNDEZ CONDE, F.J., *El Señorío del Cabildo ovetense. Estructuras agrarias de Asturias en el tardomedievo*, Oviedo, Universidad, 1994.

- *La Iglesia de Asturias en la Baja Edad Media. Estructuras económico-administrativas*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1987.

- *Gutierre de Toledo, obispo de Oviedo(1377-1389). Reforma eclesiástica en la Asturias bajomedieval*, Oviedo, 1978.

- *La clerecía ovetense en la Baja Edad Media. Estudio socio-económico*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1982.

GARCÍA LARRAGUETA, S.A., "*Sancta Ovetensis*". *La Catedral de Oviedo, centro de vida urbana y rural en los siglos XI al XIII*, Madrid, C.S.I.C., 1962.

RUIZ DE LA PEÑA, J.I., "Esquema para el estudio de un señorío eclesiástico medieval: jurisdicción de la mitra ovetense en el siglo XIV", en *Actas de I Jornadas de Metodología Histórica*, v. II. Santiago, 1975, págs. 217-130. VER

SUÁREZ BELTRÁN, S., *El Cabildo de la Catedral de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo, Universidad, 1996.

4.2.4.- Castilla-León

* Generalidades

GARCÍA DE CORTAZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, J.A., "Feudalismo, monasterios y catedrales en los reinos de León y Castilla", en *En torno al Feudalismo Hispánico*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 1989, págs. 257-292.

GUIJARRO GONZÁLEZ, S., *La transmisión social de la cultura en la Edad Media castellana (siglos XIV-XVI): las escuelas y la formación del clero en las catedrales*, Santander, 1993 (microficha).

- "Las menciones a Libros Litúrgicos en la documentación medieval de las catedrales castellano-leonesas", en *Memoria Ecclesiae*, III,

Oviedo, 1992, págs. 135-151.

- "Los centros de cultura urbana en el siglo XV: las escuelas de gramática castellano-leonesas", en *1490. En el umbral de la modernidad*, Valencia, 1994.

- "Estudiantes, universidades y cabildos catedralicios en las diócesis castellanas durante la Baja Edad Media", en *Edades*, 4 (1998), págs. 39-56.

- "Las escuelas catedralicias castellanas y su aportación a la historia del pensamiento medieval(1200-1500)", en *Pensamiento Medieval Hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Madrid, 1998, págs.

- "Las escuelas y la formación del clero de las catedrales en las diócesis castellano-leonesas (siglos XI al XV)", en *La Enseñanza en la Edad Media*, Logroño, Gobierno de la Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, 2000.

MARTÍN MARTÍN, J.L., "Cabildos catedralicios del Occidente español hasta mediados del XIII", en *Homenaje a fray Justo Pérez de Urbel. II. Studia Silensia IV*, Abadía de Silos, 1977, págs. 125-136.

MARTÍN RODRÍGUEZ, J.L., "Organización económica de los cabildos catedralicios castellano-leoneses", en *Actas de V Congreso Internacional de Derecho Canónico en la Edad Media*, Salamanca, 1976.

SÁNCHEZ HERRERO, J., *Las Diócesis del Reino de León. Siglos XIV y XV*, León, Centro de Estudios e Institución "San Isidoro", 1978.

* Astorga

CARRERO SANTAMARÍA, E., "La canónica y el atrio. El espacio para la vida comunitaria en la catedral de Astorga", en *Catedral. Revista de los Amigos de la catedral de Astorga*, 7 (1999-2000), págs. 22-24.

QUINTANA PRIETO, A. "Las dignidades meseras de la catedral de Astorga", en *Archivos Leoneses*, XXXI, 61 (1977), págs. 181-229.

GONZÁLEZ GARCÍA, M.A., "Las donaciones de los canónigos astorganos a la Fábrica de la catedral", en *Memoria Ecclesiae IV*, Oviedo, 1993, págs. 223-232.

* Ávila

BARRIOS GARCÍA, A., *La catedral de Ávila en la Edad Media: Estructuras socio-jurídicas y económicas. Hipótesis y problemas*, Ávila, Caja Central de Ahorros y Préstamos, 1973.

- *Estructuras agrarias y de poder en Castilla: el ejemplo de Ávila(1085-1320)*, Universidad de Salamanca, 1983.

- LÓPEZ ARÉVALO, J.R., *Un cabildo catedral de la vieja Castilla: Ávila. Su estructura jurídica. Siglos XIII-XX*, Madrid, C.S.I.C., 1966.
- MORENO NÚÑEZ, J.I., "Poder económico e influencia social de un clérigo castellano del siglo XIV: Sancho Sánchez, arcediano de Olmedo", en *En la España Medieval* 24 (2001), págs. 395-419.

*** Burgos**

- BLANCO DÍEZ, A., "Los arcedianos y abades del Cabildo Catedral de Burgos", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 130 (1952), págs. 267-298.
- CASADO ALONSO, H., *La propiedad eclesiástica en la ciudad de Burgos en el siglo XV: el cabildo catedralicio*, Universidad de Valladolid, 1980.
- "Producción agraria, precios y coyuntura económica en las diócesis de Burgos y Palencia a fines de la Edad Media", en *Studia Historica*, IX (1991), págs. 67-110.
- GUIJARRO GONZÁLEZ, S., "La política cultural del cabildo burgalés en la Baja Edad Media", en *Jornadas de Historia burgalesa*, vol. 1, Burgos, 1990, págs. 673-689.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., "Don Luis de Acuña, el cabildo de Burgos y la reforma, 1456-1495", en *Burguense*, (1961), págs. 185-317.
- MANSILLA, D., "Reacción del cabildo de Burgos ante las visitas y otros actos de jurisdicción intentados por sus obispos", en *Hispania Sacra*, X, nº 19 (1957), págs. 135-159.
- OSTOS SALCEDO, P., "Documentos y escribanía del cabildo catedralicio de Burgos (siglo XIII)", en *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), págs. 159-189.
- VALDEÓN, J., "Datos para la historia social y económica de la Castilla medieval: las rentas de la catedral de Burgos en 1352", en *Anuario de Historia Económica y Social*, 3 (1970).

*** León**

- BOTO VARELA, G., *La memoria perdida. La Catedral de León (917-1255)*, León, Diputación Provincial, 1995.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, J.A., *El patrimonio del cabildo catedralicio de León en la segunda mitad del siglo XV*, Universidad de Valladolid, 1985.
- "Las casas del cabildo catedralicio en la ciudad de León", en *Archivos Leoneses*, 75 (1984), págs. 31-157.
- "El patrimonio del cabildo catedralicio leonés en el tránsito de la Edad Media a la Moderna: cuestiones de metodología", en *Archivos*

- Leoneses*, 97-98 (1995), págs. 9-52.
- GARCÍA Y GARCÍA, M.T. y otros, *La propiedad urbana del cabildo catedralicio de León en el siglo XV*, León, 1990.
- MARTÍNEZ ÁNGEL, L., "Instituciones educativas medievales leonesas. La escuela catedralicia", en *Estudios Humanísticos. Geografía, Historia y Arte*, 18 (1996).
- NICOLÁS CRISPÍN, M.I., BAUTISTA BAUTISTA, M. y GARCÍA GARCÍA, M.T., *La organización del cabildo catedral leonés a comienzos del siglo XV*, León, Universidad, 1990.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J., *En torno a varios becarios de León en el Colegio Español de Bolonia*, Zaragoza, 1971.
- SANTAMARTA LUENGOS, J.M., *Señorío y relaciones de poder en León en la Baja Edad Media. Concejo y cabildo catedral en el siglo XV*, León, Universidad, 1993.
- SER QUIJANO, G. del, *El obispado de León en la Alta Edad Media. Formación de la jerarquía diocesana y desarrollo del dominio catedralicio*, Salamanca, Universidad, 1985.
- VILLACORTA RODRÍGUEZ, T., *El cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico (Siglos XII-XIX)*, León, Caja de Ahorros, 1974

*** Osma**

- PORTILLO, T., *Instituciones del obispado de Osma*, Almazán, 1985.
- "La regla de San Agustín en la catedral de Santa María de Osma", en *Santo Domingo de Caleruega. IV Jornadas de Estudios Medievales*, Salamanca, págs. 225-281.
 - "La congregación de canónigos de San Agustín de la catedral de Santa María de Osma", en *XX siglos*, 33 (1997/3), págs. 69-79.
 - "Vida administrativa en las catedrales en los siglos XII al XVI", en *Memoria Ecclesiae IV*, Oviedo, 1993, págs. 85- 99.
- REGLERO DE LA FUENTE, C., "El Obispado de Osma hasta mediados del siglo XIII: génesis y problemática", en *Santo Domingo de Caleruega en su contexto eclesial-religioso*, Salamanca, 1996, págs. 183-224.

*** Palencia**

- CABEZA RODRÍGUEZ, A., *La vida en una catedral del Antiguo Régimen*, Palencia, Junta de Castilla y León, 1997.
- "Entre mayorazgos y capillas. La oligarquía eclesiástica de Palencia en el siglo XVI", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 35-46.

- CABEZA, M.P. y VIRGILI, M.A., "La enseñanza musical y las escuelas catedralicias: los niños de Coro en la catedral de Palencia", en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, t. V, Palencia, Diputación Provincial, 1990, págs.
- CARBAJAL IBÁÑEZ, T., "El estatuto capitular de corrección y punición", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 59 (1989), págs. 525-543.
- ESTEBAN RECIO, A., *Palencia a fines de la Edad Media. Una ciudad de señorío episcopal*, Valladolid, Universidad, 1989.
- FRANCIA LORENZO, S., "El Cabildo palentino en el siglo XV", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 59 (1989) págs. 145-178.
- "Estatuto de las romerías del cabildo catedral de Palencia", en *Memoria Ecclesiae XVIII*, Oviedo, 2001, págs. 473-477.
- GUIJARRO GONZÁLEZ, S., "La formación cultural del clero catedralicio palentino en la Edad Media(siglos XIV y XV)", en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, t. IV, Palencia, 1990.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., "La vida y costumbres de los componentes del cabildo catedral de Palencia a fines del XV", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 3 (1976), págs. 485-532.
- SAN MARTÍN PAYO, J., "El cabildo de Palencia", en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 34, Palencia, 1974, págs. 227-248.

*** Salamanca**

- HERNÁNDEZ VEGAS, M., *Ciudad Rodrigo: la catedral y la ciudad*, 2 vols., Salamanca, 1982, (1ª ed. 1935).
- JORGE PÉREZ, A., *Estatutos y constituciones del Cabildo salmantino en los siglos XIII, XIV y XV*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Salamanca, 1974.
- MARCOS, F., "La antigua biblioteca de la Catedral de Salamanca", en *Hispania Sacra*, 14 (1961), págs. 281-319.
- "La capilla de Santa Catalina de la Catedral Vieja y la historia de la Universidad de Salamanca", en *Salmanticensis*, 31 (1984), págs. 225-244.
- MARTÍN MARTÍN, J.L., *El cabildo de la Catedral de Salamanca. Siglos XII-XIII*, Salamanca, C.S.I.C., 1975.
- RIESCO TERREROS, A., "El Archivo Capitular de Salamanca. Datos para su historia", en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 3 (1984), págs. 289-307.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, P., *Estatutos del deán y Cabildo de la Catedral de Salamanca (1230-1549)*, Memoria de Licenciatura leída

en la Universidad de Salamanca, 1979.

SÁNCHEZ ESTEVEZ, J.M., *Las actas del Cabildo de la catedral de Salamanca (1298-1300 y 1317-1318). Estudio metodológico*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Salamanca, 1979.

*** Segovia**

BARTOLOMÉ HERRERO, B., "El señorío temporal de los obispos de Segovia en la Edad Media", en *Anuario de Estudios Medievales*, 26/1 (1996), págs. 191-219.

- *Iglesia y vida religiosa en la Segovia medieval (1072-1406)*, Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense, Madrid, 2000.

MARTÍN RODRÍGUEZ, J.L.(dir.), *Propiedades del Cabildo segoviano. Sistemas de cultivo y modos de explotación de la tierra a fines del siglo XIII*, Salamanca, 1981.

MARTÍNEZ ÁNGEL, L., "Aproximación a la escuela catedralicia de Segovia y a sus maestrescuelas (siglos XII-XIII)", en *Memoria Ecclesiae XII*, Oviedo, 1998, págs. 63-69.

QUINTANILLA, M., "Provisión de prebendas de la catedral", en *Estudios Segovianos*, 10 (1959), págs. 525-530.

SANTAMARÍA LANCHO, M., "La organización de la gestión económica del cabildo catedralicio de Segovia. S. XIII-XIV", en *En la España Medieval*, III (1982), págs. 505-540.

- "Lugares del señorío del cabildo catedralicio de Segovia. Notas para el estudio de la crisis del sistema feudal en la Castilla del siglo XV", en *El pasado histórico de Castilla y León*, vol.I Edad Media, Burgos, 1983. págs. 441-461.

- "El cabildo catedralicio de Segovia como aparato de poder en el sistema político urbano durante el siglo XV", en *Studia Historica*, Historia Medieval, VIII (1990), págs. 47-78.

- "La explotación económica del patrimonio urbano del cabildo catedralicio de Segovia en el siglo XIV", en *La Ciudad Hispánica durante los siglos XIII-XVI* t. I, Madrid, Universidad Complutense, 1985, págs. 671-700.

- "Formas de propiedad, paisajes agrarios y sistemas de explotación en Segovia(siglos XIII-XIV)", *En la España Medieval*, IV (1984), págs. 917-962.

*** Valladolid**

EGIDO LÓPEZ, T., "El cabildo de Valladolid. Conflictos de jurisdicción", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca,

Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 21-34

*** Zamora**

- FERRERO FERRERO, A.F., *Rentas del Cabildo catedral de Zamora en el siglo XV. Análisis del libro de rentas de 1446-1451*, Salamanca, 1980.
- GUADALUPE BERAZA, M.L., "El tesoro del cabildo zamorano: Aproximación a una biblioteca del siglo XIII", en *Studia Historica. Historia Medieval*, I nº 2 (1983), págs. 167-180.
- LADERO QUESADA, M.F. "Notas sobre las propiedades del cabildo catedralicio de Zamora en el último tercio del siglo XIV(1372-1402)", en *En la España Medieval*, V, t. I (1986), págs. 537-549.
- "Aproximación al proceso de formación del patrimonio de la Iglesia zamorana(obispo y cabildo), 1132-1484", en *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 1 (1988), págs. 249-270.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, J.L., "Diezmos eclesiásticos. Notas sobre la economía de la sede zamorana (siglos XII-XIII)", *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*, Santiago, 1975, págs. 69-78.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M. *Las Constituciones del Cabildo de Zamora (1219-1283)*, Tesis Doctoral leída en la Universidad de Salamanca, 1980.

4.2.5.- Castilla-La Mancha (excepto Toledo)

- AGUADÉ NIETO, S. y CABAÑAS GONZÁLEZ, D., "La formación intelectual del clero conquense a fines de la Edad Media", en *Actas del Simposio sobre el horizonte histórico-cultural del Viejo Mundo en vísperas del descubrimiento de América*, Madrid, 1981, págs. 1-63.
- BLÁZQUEZ GARBAJOSA, A., "El condominio señorial en Sigüenza entre el obispo y el cabildo catedral", en *Simposio Nacional sobre ciudades episcopales*, Zaragoza, 1987, págs. 91-102.
- *El señorío episcopal de Sigüenza: economía y sociedad (1123-1805)*, Guadalajara, Institución "Marqués de Santillana", 1988.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., *El obispado de Cuenca durante la Baja Edad Media(siglos XII-XVI). Una aproximación de conjunto*, Tesina leída en la, Universidad Complutense, Madrid, 1992.
- *La Iglesia de Cuenca en la Edad Media (siglos XII-XV). Estructura institucional y relaciones de poder*, Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense, Madrid, 1996.

- "La Iglesia conquense en sus relaciones de poder. Siglos XII-XV", en *Relaciones de poder en Castilla. El ejemplo de Cuenca*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 65-82.
 - *El clero y la vida religiosa en Huete durante la Edad Media*, Cuenca, Diputación Provincial, 1996.
 - "El poder episcopal en la diócesis de Cuenca durante la Edad Media, en *Espacio, Tiempo, Forma. Historia Medieval*, 9 (1996), págs. 41-88.
 - "El cabildo catedralicio conquense en el siglo XIII", en *Anuario de Estudios Medievales*, 27/1 (1997), págs. 315-345.
 - "Los oficios y servidores del cabildo catedralicio conquense durante la Edad Media", en *Studia Academica* (Revista del Centro Asociado de la UNED en Cuenca), 4 (1997), págs. 169-190.
 - "Propiedades censuales del cabildo catedralicio conquense a fines del siglo XV. Un documento para su estudio", en *Archivo Conquense*, I (1998), págs. 43-85.
 - "La Iglesia conquense en la Edad Media. Estructura institucional y relaciones de poder", en *Anuario de Estudios Medievales*, 30/1 (2000), págs. 277-318.
- LÓPEZ, M., *Memorias históricas de Cuenca y su obispado*, 2 vols., Madrid, 1949-1953.
- MINGUELLA Y ARNEO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, 3 vols., Madrid, 1910.
- NIETO SORIA, J.M., "El equipamiento económico de una sede episcopal castellana de nueva creación: Cuenca, 1180-1280", en *Anuario de Estudios Medievales*, 12 (1982), págs. 311-340.
- "La fundación del obispado de Cuenca", en *Hispania Sacra*, XXXIV (1982), págs. 111-132.
- PECES RATA, F., "Hospitales catedralicios en Sigüenza", en *Memoria Ecclesiae*, X, Oviedo, 1997, págs. 341-347.
- "Universidad de Sigüenza", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 185-188.
- ROMERO SÁIZ, M., *La enseñanza y la formación clerical en Cuenca y provincia durante los siglos XVI y XVII*, Cuenca, Excma. Diputación Provincial, 1991.
- TRENCHS ODENA, J., "El Necrologio-Obituario de la catedral de Cuenca", en *Anuario de Estudios Medievales*, 12 (1982), págs. 341-379.

4.2.6.- Extremadura

- GONZÁLEZ CUESTA, F., "La Cátedra de Gramática de Plasencia(1468-1852)", en *Memoria Ecclesiae* XII, Oviedo, 1998, págs. 105-125.

- MARTÍN MARTÍN, M.C., *El cabildo catedralicio de Plasencia en la Edad Media. Estudio social, económico y administrativo*, Tesis doctoral leída en la Universidad de Salamanca, 1998.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A., "La clientela capitular del deán de Coria a finales del siglo XVI", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 47-75.
- SOLÍS RODRÍGUEZ, C., "El Cabildo de Badajoz y la devoción a Santiago en la Edad Media. ¿Una ruta jacobea de Extremadura por tierras de Portugal?", en *Memoria Ecclesiae XVIII*, Oviedo, 2001, págs. 155-162.

4.2.7.- Galicia

- BARREIRO SOMOZA, J., *El señorío de la Iglesia de Santiago de Compostela (siglos IX-XIII)*, La Coruña, 1987.
- CAL PARDO, E., "La enseñanza en la catedral de Mondoñedo", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 355-364.
- CARRERO SANTAMARÍA, E., "La catedral de Ourense y sus inmediaciones. Nuevas hipótesis sobre viejas teorías", en *Porta da Aira*, 9 (1999-2000), págs.
- DURO PEÑA, E., "Las antiguas dignidades de la Catedral de Orense", en *Anuario de Estudios Medievales*, 1 (1964), págs. 289-332.
- GARCÍA CONDE, A., "La escuela catedralicia lucense", *Boletín de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Lugo*, III, nº 29-30 (1949), págs. 214-227.
- "Antiguas dignidades de la catedral de Lugo", *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y artísticos de Lugo*, III, nº 31-32 (1949), págs. 276-283.
- GONZÁLEZ GARCÍA, M.A., "La Biblioteca capitular de Orense: Historia y Fondos", en *Memoria Ecclesiae IV*, Oviedo, 1993, págs. 233-239.
- "La Cátedra de Gramática de la catedral de Ourense", en *Memoria Ecclesiae*, XII, Oviedo, 1998, págs. 71-82.
- GONZÁLEZ VÁZQUEZ, M., *El Arzobispo de Santiago: una instancia de poder en la Edad Media (1150-1400)*, La Coruña, Seminario de Estudos Galegos, 1996.
- GONZÁLEZ VÁZQUEZ, M. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., "Aproximación al estudio de las relaciones familiares y de poder en una institución eclesiástica: el cabildo compostelano en los siglos XII y XIII", en *Hispania*, 185 (1993), págs. 1091-1098.
- LÓPEZ ALSINA, F. "De la magna congregatio al cabildo de Santiago: reformas del clero catedralicio (830-1110)", en *IX Centenário da*

- Dedicação da Sé de Braga. Congresso Internacional*, Braga, 1990, págs. 735-762.
- LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, 11 vols. Santiago, 1898-1900.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., *El Dominio del Cabildo Catedral de Santiago de Compostela en la Edad Media (siglos XII-XIV)*, Santiago, Tórculo Edicións, 1994.
- *La Iglesia de Santiago de Compostela en la Edad Media: El Cabildo Catedralicio(1100-1400)*, La Coruña, 1996.
- PORTELA PAZOS, S., *Decanologio de la S.A.M. Iglesia catedral de Santiago de Compostela*, Santiago, 1944.
- PORTELA SILVA, M.J. y GARCÍA ORO, J., *La Iglesia y la ciudad de Lugo en la Baja Edad Media. Los señoríos, las instituciones, los hombres*, Santiago de Compostela, C.S.I.C., 1997

4.2.8.- La Rioja

- CANTERA MONTENEGRO, M., "Alfonso X y los cabildos y monasterios de la Rioja", en *Alfonso X el Sabio, vida, obra y época*, Madrid, 1989, págs. 153-175.
- DÍAZ BODEGAS, P., *La Diócesis de Calahorra y La Calzada en el siglo XIII. (La sede, sus obispos e instituciones)*, Logroño, Obispado de Calahorra y La Calzada-Logroño, 1995.
- MARÍN T., "Primeras repercusiones tridentinas. El litigio de los cabildos españoles. Su proceso en la diócesis de Calahorra", en *Hispania Sacra*, I (1948), págs. 325-348.
- SÁINZ RIPA, E., *Sedes episcopales de La Rioja. Siglos IV-XIII*, Logroño, 1994.

4.2.9.- Murcia

- MARSILLA DE PASCUAL, F., *El cabildo-catedral de Murcia en el siglo XV. Chancillería y Audiencia episcopal*, Universidad de Murcia, 1992 (microficha).
- RODRÍGUEZ LLOPIS, M. y GARCÍA DÍAZ, I., *Iglesia y sociedad feudal. El cabildo de la catedral de Murcia en la Baja Edad Media*, Murcia, Universidad, 1994.
- OLIVARES TEROL, M.J., "El Obispado de Cartagena-Murcia y su cabildo catedralicio. Formación y evolución en el transcurso de la Edad Media", en *Anuario de Estudios Medievales*, 27/2 (1997), págs. 1.149-1.175.

- "Las canonjías de oficio y oposición en el XVI murciano", en *Murgetana*, 91 (1995), págs. 33-50.
- PASCUAL MARTÍNEZ, L. de, "Vida administrativa del cabildo murciano (s. XIII-XVIII)", en *Memoria Ecclesiae* IV, Oviedo, 1993, págs. 149-165.
- SANZ SANCHO, I., "La religiosidad del clero y del pueblo en los sínodos murcianos del siglo XIV", en *Carthaginensia*, 5 n°7-8 (1989), págs. 31-99.
- "Señorío y rentas de la Iglesia de Cartagena en la Baja Edad Media", en *En la España Medieval*, IV, t.II (1984), págs. 981-1003.
- TORRES FONTES, J., "El obispado de Cartagena en el siglo XIII", en *Hispania*, vols. 52 y 53 (1953), págs. 339-401 y 515-580.

4.3.- OBRAS ESPECÍFICAS SOBRE TOLEDO

4.3.1.- Aspectos generales

- AMADOR DE LOS RÍOS, J., "Toledo en los siglos XII y XIII según los documentos mozarábigos", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, V (1904), págs. 345-372.
- "Los fueros de los pobladores cristianos en la ciudad de Toledo. El fuero de los castellanos. El fuero de los francos", en *La España Moderna*, 188 (1904), págs. 68-100.
- ARANDA PÉREZ, F.J., *Poder municipal y cabildo de jurados en Toledo en la Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Toledo, Excmo. Ayuntamiento, 1992.
- *Poder y poderes en la ciudad de Toledo. Gobierno, sociedad y oligarquías urbanas en la Edad Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.
- "Juan II crea el regimiento y cabildo de Jurados en Toledo en 1422", en *Beresit*, 4 (1992), págs. 47-55.
- BARRIOS SOTOS, J.L. "Problemática en torno al control del comercio de paños en Toledo en el siglo XV y su repercusión social", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988. págs. 211-217.
- BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV. Vida pública*, Madrid, C.S.I.C., 1961.
- "La Sentencia-Estatuto de Pero Sarmiento contra los conversos toledanos", en *Revista de la Universidad de Madrid*, VI (1957), págs. 277-306.
- "Del problema judío al problema converso", en *Simposio Toledo*

- Judaico*, t. II, Toledo, 1973.
- *Los orígenes del problema converso*, Barcelona, El Albir, 1976.
 - "Las más antiguas Actas conservadas del Ayuntamiento de Toledo", en *Revista de la Universidad de Madrid*, XIX, nº 74, págs. 41-102.
 - "Aranceles de las puertas y puentes de Toledo", en *Anales Toledanos*, XVI (1973), págs. 139-149.
- BRAOJOS LARGO, L.A., "Explotación y comercio de la greda en Magán, Toledo: Datos históricos y arqueológicos", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 119-126.
- BRETAÑO FERNANDEZ-PRIETO, J.M., "Aportaciones del fuero castellano y de Fuero Juzgo en la formación del Fuero de Toledo", en *Anales Toledanos*, XVI (1983), págs. 7-35.
- CARDAILLAC, L.(dir), *Toledo siglos XII-XIII. Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia*, Madrid, Alianza, 1991.
- CAUNEDO DEL POTRO, B., "Un importante papel de los mercaderes de Toledo a finales del siglo XV: abastecedores de la Casa Real", en *Anales Toledanos*, XVI
- DELGADO VALERO, C., "Noticias sobre Toledo suministradas por los geógrafos musulmanes", en *En la España Medieval*, V t. I, (1986), págs. 299-312.
- *Toledo Islámico. Ciudad, arte e historia*, Toledo, Caja de Ahorros, 1987.
- DÍEZ DEL CORRAL, R., *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1987.
- ESTÉNAGA ECHEVARRIA, N. "Condición social de los mudéjares de Toledo durante la Edad Media", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, V (1924), págs. 5-27.
- FRANCO SILVA, A., *El Condado de Fuensalida en la Baja Edad Media*, Cádiz, Universidad, 1994.
- *El Señorío de Montalbán. De Don Álvaro de Luna a los Pacheco*, Cádiz, Universidad, 1992.
 - "La implantación de señoríos laicos en tierras de Toledo durante el siglo XV. El ejemplo de Gálvez", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988. págs. 65-73.
 - "Los Niño. Un linaje de la oligarquía municipal de Toledo en el siglo XV", en *Anuario de Estudios Medievales*, 31/1 (2001), págs. 191-294.
- GARCÍA GALLO, A., "Los Fueros de Toledo", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLV (1975), págs. 341-487.
- GARCÍA-JALÓN DE LA LAMA, S., "Los fundamentos jurídicos de la "Sentencia-Estatuto" de Pero Sarmiento", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 201-204.

- GÓMEZ-MENOR FUENTE, J., "Ambiente cultural renacentista en Toledo", *V Simposio Toledo Renacentista*, III, Madrid, C.U.T., 1980, págs. 97-110.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., "Los mozárabes toledanos desde el siglo XI hasta el Cardenal Cisneros", en *Historia mozárabe. I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1978, págs. 79-90.
- "Repoblación en Toledo", en *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, t. I, Toledo, 1987, págs. 99-113.
- GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, 4 vols., Madrid, 1926-1930.
- GONZÁLEZ RUIZ, R., "Fundamentos doctrinales de la sentencia-estatuto de Toledo contra los conversos", Toledo, 1994, págs. 279-296.
- "La Escuela de Traductores de Toledo", en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, Madrid, B.A.C., 1995, págs. 268-275.
- "Toledo y la Escuela de Traductores", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 92-94.
- IZQUIERDO BENITO, R., "Edad Media", en *Historia de Toledo*, Toledo, Azacanes-Librería Universitaria, 1997, págs. 116-256.
- *Un espacio desordenado: Toledo a fines de la Edad Media*, Toledo, Diputación Provincial-Universidad de Castilla-La Mancha, 1996.
- "Datos sobre conversos toledanos en el siglo XV", en VILLENA, R. (coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 233-247.
- *Reconquista y repoblación de la tierra toledana*, Toledo, 1983.
- "La noche de Toledo en el siglo XV", en *Toletum*, 30 (1994), págs. 123-142.
- "Aspectos de la vida agraria en Toledo durante el siglo XIV", en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 5 (1981), págs. 37-72.
- *Precios y salarios de Toledo durante el siglo XV (1400-1475)*, Toledo, Caja de Ahorros Provincial, 1983.
- *Alfonso VI y la toma de Toledo*, Toledo, Diputación Provincial, 1986.
- "La actividad comercial en Toledo a fines de la Edad Media(1450-1475)", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991, págs. 137-157.
- "El espacio público de Toledo en el siglo XV", en *Toletum*, 26 (1991), págs. 25-63.
- "Los privilegios reales de Toledo en la Edad Media", en *En la España Medieval*, 13 (1990), págs. 233-251.
- "Repercusiones de una crisis y medidas para superarla. Toledo en el siglo XIV", en *En la España Medieval*, V t.I (1986), págs. 515-

536.

- "La organización gremial textil de Toledo en el siglo XV", en *En la España Medieval*, 12 (1989), págs. 191-203.
 - *La industria textil de Toledo en el siglo XV*, Toledo, Caja de Ahorros, 1989.
 - "Ordenanzas de las ferias de Toledo fundadas por Enrique III", en *En la España Medieval*, IV t.I (1984), págs. 433-446.
 - *Castilla-La Mancha en la Edad Media*, Toledo, 1985.
 - "Bienes y rentas del Hospital de la Misericordia de Toledo durante la primera mitad del siglo XV", en *En la España Medieval*, I (1980), págs. 169-180.
 - "La infraestructura mercantil de Toledo en la Baja Edad Media", en *Toledo. ¿ciudad viva?, ¿ciudad muerta?*, Toledo, 1988, págs. 311-324.
 - "El Bajomedievo: una época turbulenta" y "Las minorías socio-religiosas" en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V Historia, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 96-111.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII*, t. V, Toledo, Toledo, Diputación Provincial, 1986.
- LADERO QUESADA, M.A. , "Toledo en época de la frontera", en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 3 (1984), págs. 71-98.
- "Las ferias y mercados", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V Historia, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 116-117.
- LEÓN TELLO, P., *Los Judíos de Toledo*, 2 vols. Madrid, C.S.I.C., 1979.
- "Los judíos de Toledo en el último cuarto del siglo XV", en *La expulsión de los judíos de España*, Toledo, 1993, págs. 93-108.
 - "La historia de los judíos toledanos del siglo XIV en los documentos", en *Anales toledanos*, XVIII (1984), págs. 45-62.
- LÓPEZ-FANDO, A. "Los antiguos hospitales de Toledo", en *Toletum*, 1 (1955), págs. 96-112.
- LORENTE TOLEDO, L., "Privilegios de concesión y confirmación de un mercado franco, el martes, a la ciudad de Toledo" (1465-1475)", en *Anales Toledanos*, XXIV (1987), págs. 31-39.
- MARÍAS, F., "Arquitectura y sistema hospitalario en Toledo en el siglo XVI" en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991, págs. 49-68.
- "Del gótico al manierismo: el Hospital de Santa Cruz", *V Simposio Toledo Renacentista*, t. III, Madrid, C.U.T., 1980, págs. 125-159.
- MARTÍNEZ GIL, F., "El Antiguo Régimen", en *Historia de Toledo*, Toledo, Azacanes-Librería Universitaria, 1997, págs. 257-444.
- "Historia y cohesión urbana. La escuela historiográfica toledana del

- Siglo de Oro", en VILLENA, R.(coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 303- 318.
- *Toledo en las Comunidades de Castilla*, Toledo, I.P.I.E.T., 1981.
 - *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, I.P.I.E.T., 1993.
- MARTZ, L. y PORRES, J., *Toledo y los toledanos en 1561*, Toledo, I.P.I.E.T., 1975.
- MELERO FERNÁNDEZ, I., "El Hospital de Santiago de Toledo a fines del siglo XV", en *Anales Toledanos*, IX (1974), págs. 3-116.
- "Descripción del Hospital de Santiago de Toledo a fines del siglo XV", en *Anuario de Estudios Medievales*, 11 (1981), págs. 459-466.
- MIRANDA CALVO, J., *La reconquista de Toledo por Alfonso VI*, Toledo, Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes, 1980.
- MOLÉNAT, J.P., *Campagnes et Monts de Tolède de XII a XV siècles*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997.
- "Formation des seigneuries tolédanes aux XIV et XV siècles", en *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid. Ambito, 1988, págs. 349-370.
 - "Les musulmans de Tolède aux XIV et XV siècles", en *Les Espagnes médiévales. Aspects économiques et sociaux. Mélanges offerts a Jean Gautier-Dalché*, Niza, 1983, págs. 175-190.
 - "L'urbanisme à Tolède aux XIV et XV siècles", en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, t. II, Madrid, Universidad Complutense, 1985, págs. 1105-1111.
 - "L'oligarchie municipale de Tolède au XV siècle", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991, págs. 159-177.
 - "Quartiers et communautés à Tolède (XII-XV siècles)", en *En la España Medieval* 12 (1989), págs. 163-189.
 - "Le problème du rôle des notaires mozarabes dans l'oeuvre des traducteurs de Tolède (XII-XIII siècles)", en *En la España Medieval*, 18 (1995), págs. 39-60.
 - "La volonté de durer: majorats et chapellanies dans la pratique tolédane des XII-XV siècles", en *En la España Medieval*, V t.II (1986), págs. 683-696.
- MOLL, J., "La imprenta en Toledo", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. VIII, Madrid, Edicsa 92, 1999, págs. 104-111.
- MONTEMAYOR, J., *Tolède entre fortune et déclin (1530-1640)*, Limoges, Presses Universitaires, 1995.
- "Municipalité et chapitre cathédral au coeur de l'ascension sociale à Tolède", en J.P. Amalric (ed.), *Pouvoir et société dans l'Espagne Moderne*, Paris, 1993, págs. 67-76.

- MONTERO TEJADA, R.M., "La organización del Cabildo de jurados de Toledo (1422-1510)", en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Hª Medieval, 3 (1990), págs. 213-258.
- MOXÓ, S. de, *Los antiguos señoríos de Toledo*, Toledo, Diputación Provincial, 1973.
- *Los señoríos de Toledo*, Toledo, C.U.T., 1972.
 - "La repoblación castellana del reino de Toledo", en *Studia Humanística* (1976), págs. 43-78.
- PALENCIA HERREJÓN, J.R., *Ciudad y oligarquía de Toledo a fines del Medievo (1422-1522)*, Tesis doctoral leída en la Universidad Complutense, Madrid, 1999.
- "Elementos simbólicos de poder de la nobleza urbana en Castilla: los Ayala de Toledo al final del Medievo", en *En la España Medieval*, 18 (1995), págs. 163-179.
 - "Contribución de las Órdenes Militares a la definición del espacio toledano(siglos XII al XV)", en *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, vol. I, Edad Media, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 879-890.
 - *Los Ayala de Toledo: desarrollo e instrumentos de poder de un linaje nobiliario en el siglo XV*, Toledo, 1995.
 - "Las relaciones de poder en Toledo a comienzos del siglo XV (1406-1422): Pedro López de Ayala, la oligarquía local y la monarquía castellana", en *Anales Toledanos*, XXXVI (1998), págs. 45-52.
- PASINI, J. y MOLENAT, J.P., *Toledo a finales de la Edad Media. I. El barrio de los canónigos*, Toledo, Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla-La Mancha, 1995.
- *Toledo a fines de la Edad Media, II. El barrio de San Antolín y San Marcos*, Toledo, Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla-La Mancha, 1997
- PASTOR DE TOGNERI, R., *Del Islam al Cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económico-sociales: Toledo, siglos XI al XIII*, Barcelona, Península, 1975.
- "Problemas de la asimilación de una minoría: los mozárabes de Toledo", en *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España Medieval*, Barcelona, 1973, págs. 197-268.
- PORRES MARTÍN-CLETO, J., "Los barrios judíos de Toledo", en *Simposio Toledo judaico*, t. I, Toledo, C.U.T., 1973.
- "La ciudad de Toledo a mediados del siglo XV", en *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 169-180. El mismo artículo en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991, págs. 7-25.
 - "La iglesia mozárabe de Santa María de Alficén", en *Historia*

- Mozárabe. I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1977, págs. 29-42.
- "Evolución histórica del plano de Toledo", en *Toledo. ¿ciudad viva?, ¿ciudad muerta?*, Toledo, 1988, págs. 241-283.
 - *Historia de las calles de Toledo*, 2 vols., Toledo, I.P.I.E.T., 1971.
- PORRES MARTÍN-CLETO, J. y CRUZ ARIAS, M.J., *El testamento de Dña. Guiomar de Meneses y el Hospital de la Misericordia*, Toledo, I.P.I.E.T., 1992.
- RIVERA RECIO, J.F. "Reconquista y pobladores del antiguo Reino de Toledo", en *Anales Toledanos*, I (1967), págs. 1-55.
- REDONDO, A., "Pauperismo y mendicidad en Toledo en la época del Lazarillo", en *Hommage des hispanistes français a Noël Salomon*, Barcelona, 1979, págs. 703-722.
- RODRÍGUEZ DE GRACIA, H., *Asistencia Social en Toledo. Siglos XVI-XVIII*, Toledo, Caja de Ahorros, 1980.
- *El Hospital de Rey de Toledo. Contribución a la historia de un hospital toledano*, Toledo, 1985.
- RODRÍGUEZ HORTA, A., "Sociedad y ocupación de cargos públicos del Ayuntamiento de Toledo en la mitad del siglo XV", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. VI, Toledo, 1988, págs. 205-210.
- "La ciudad de Toledo a fines de la Edad Media: población y caracteres socioeconómicos según un alarde militar de 1503", en *Historia Social, Pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid, Ediciones del Orto, 1999, págs. 455-457.
- RODRÍGUEZ-ARANGO DÍAZ, C., *El Derecho de Toledo*, Toledo, Temas Toledanos, 1984.
- RUIZ GÓMEZ, F., "Toledo en algunas crónicas medievales: Historia y leyenda", en VILLENA, R. (coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 379-394.
- "La Reconquista (siglos XI-XIII)", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V. Historia, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 80-90.
- SÁEZ, E. "El libro del Juramento del Ayuntamiento de Toledo", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVI (1945), págs. 530-624.
- "Aranceles de Toledo", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XIV (1942-1943), págs. 546-560.
 - "Ordenamiento dado a Toledo por el infante Don Fernando de Antequera, tutor de Juan II en 1411", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XV (1944), págs. 499-556.
 - "Ordenanzas de los gremios de Toledo", en *Revista del Trabajo*, 1 (enero 1945), págs 39-49, y 7-8 (julio-agosto 1945), págs. 689-700.

- VALDEÓN BARUQUE, J., "La judería toledana en la Guerra Civil entre Pedro I y Enrique II", en *Simposio Toledo Judaico*, I, Toledo, C.U.T., 1973.
- VV.AA., *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista de Toledo*, 4 vols. Toledo, Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes, 1987.
- VV.AA., *Historia de Toledo*, Toledo, Azacanes-Librería Universitaria, 1997.
- VV.AA., *Rutas de Toledo*, Toledo, Electa, 1993.
- VV.AA., *La Escuela de Traductores de Toledo*, Toledo, Diputación Provincial, 1996.

4.3.2.- Toledo y su Iglesia

- ALONSO ALONSO, M. "Bibliotecas medievales de los arzobispos de Toledo", en *Razón y fe*, 123 (1941), págs. 295-309.
- ARANDA PÉREZ, F.J., "El clero parroquial también se acabilda. El cabildo de curas y beneficiados de Toledo", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 237-287.
- ARRANZ GUZMÁN, A., "Un personaje y un episodio de la guerra civil castellana: El arzobispo don Gómez Manrique y el ordenamiento de Toledo de 1366", en *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), págs. 309-322.
- AVEZOU, R., "Un prince aragonais archeveque de Tolède au XIV siècle, Don Juan d'Aragon y Anjou", en *Bulletin Hispanique*, 32 (1930), págs. 326-371.
- AZCÁRATE, J.M., "Alvar Martínez, maestro de la catedral de Toledo", en *Archivo Español de Arte*, XXIII (1950).
- AZCONA, T. de, "Aspectos económicos de la Inquisición de Toledo en el siglo XV", en *V Simposio Toledo Renacentista*, I-2ª, Madrid, C.U.T., 1980, págs. 5-72.
- BALLESTEROS GAIBROIS, M., *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, Barcelona, Labor, 1943.
- BARRIOS SOTOS, J.L., *Santo Domingo el Real y Toledo a fines de la Edad Media (1364-1507)*, Toledo, I.P.I.E.T, 1997.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., "La Facultad de Teología en la Universidad de Toledo", en *Revista Española de Teología*, 3 (1943), págs. 201-247.
- BENEYTO PÉREZ, J., *El cardenal Albornoz y el colegio de España*, 3 vols., Bolonia, 1972.
- "Albornoz y sus amigos", en *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), págs. 305-307.

- *El Cardenal Albornoz, canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, 1950.
- *El Cardenal Albornoz. Hombre de Iglesia y de Estado en Castilla y en Italia*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986.
- BENITO RUANO, E., "Los "Hechos del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo" de Pero Guillén de Segovia", en *Anuario de Estudios Medievales*, 5 (1968), págs. 518-530.
- "Visita de las villas y lugares del Arzobispado de Toledo(1435)", en *Anales Toledanos*, V (1971), págs. 77-104.
- BOSCH, L.M.F., *Art, Liturgy and Legend in Renaissance Toledo. The Mendoza and the Iglesia Primada*, The Pennsylvania State University Press, 2000.
- CADENA, Marqués de la, *El gran cardenal de España don Pedro González de Mendoza*, Madrid, 1942.
- CALVO DÍAZ, A., "La Abadía de San Vicente de la Sierra (Toledo)", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. V, Toledo, 1988, págs. 237-247.
- CAMPOY, J.M., "Capilla parroquial de San Pedro en la Iglesia Primada", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, VIII, nº 26-27 (1926), págs. 107-122.
- CANABAL RODRÍGUEZ, L., *Conventos femeninos de Toledo en la Baja Edad Media*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, 1997.
- "Las religiosas agustinas de Toledo. Medios de adquisición patrimonial (siglos XIV-XVII)", en *Archivo Agustiniano*, LXXXIII (1999), págs. 137-159.
- COLOMINA TORNER, J. "Los diezmos en la formación del patrimonio eclesiástico y en los pleitos de las parroquias mozárabes", en *Toletum*, 10 (1980), págs. 53-76.
- CHUECA, F., *La catedral de Toledo*, Madrid, Everest, 1978.
- DIDIER, J.P., *L'administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVI-XVII siècles)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1982.
- "Tolède siège de l'Inquisition. Le rôle du Saint-Office dans la fonction de capitale régionale", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Toledo, Casa de Velázquez, 1991, págs. 191-204.
- DÍEZ DEL CORRAL, R. "Muerte y humanismo: la tumba del cardenal Don Pedro González de Mendoza", en *Academia*, 65 (1987), págs. 209-228.
- "La catedral de Toledo como panteón: la capilla de San Eugenio", en *Goya*, 197 (1987), págs. 274-277.
- ESTELLA ZELAYA, E., *El fundador de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1926.
- ESTEVE BARBA, F., *Alfonso Carrillo de Acuña. Autor de la unidad de España*, Barcelona, Almatea, 1943.

- FERNÁNDEZ COLLADO, A., *La Catedral de Toledo en el siglo XVI. Vida, arte y personas*, Toledo, Diputación Provincial, 1999.
- "La limosna del pan del claustro en la catedral de Toledo", en *Memoria Ecclesiae XI. Beneficencia y hospitalidad en los Archivos de la Iglesia*, Oviedo, 1997, págs. 237-242.
 - "La Documentación del Monasterio de San Vicente de la Sierra", en *Memoria Ecclesiae VII. Órdenes monásticas y archivos de la Iglesia II*, Oviedo, 1995, págs. 421-424.
 - "Los Concilios provinciales toledanos del siglo XVI y su temática reformadora", en R. Villena (coord.), *Ensayos Humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 135-148.
 - "Grupos de poder en el cabildo toledano del siglo XVI", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 149-162.
 - "La Capilla Mozárabe del Corpus Christi", en *Piedras Vivas. La catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1995, págs. 63-68.
 - *El Concilio Provincial Toledano de 1565*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1995.
 - "Eucaristía y Corpus Christi en Toledo", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 1 (1999), págs. 121-149.
 - "Dos lugares emblemáticos en la Catedral de Toledo", en *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 125-151.
- FRANCO MATA, A., "Catedral", en *Arquitecturas de Toledo*, t. I, Toledo, Junta de Comunidades, 1991, págs. 421-479.
- FRANCO SILVA, A. "La herencia patrimonial del gran Cardenal de España, Don Pedro Gonzalez de Mendoza", en *Historia, Instituciones, Documentos*, 9 (1982), págs. 453-491.
- GARCÍA LUJÁN, J.A. "Historiografía de la Iglesia de Toledo en los siglos XVI al XIX", en *En la España Medieval*, II (1981), págs. 367-378.
- GARCÍA ORO, J. y PORTELA SILVA, M.J., "El gobierno toledano del Cardenal Cisneros en las Cuentas", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 2 (2000), págs. 77-144.
- GARCÍA ORO, J., *La Iglesia de Toledo en tiempo del Cardenal Cisneros. (1495-1517)*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1992.
- *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, 2 vols., Madrid, B.A.C., 1992.
 - *Cisneros y la Reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, C.S.I.C., 1971.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, E., "Las joyas del Cardenal Mendoza y el Tesoro

- de la Catedral de Toledo", *B.R.A.B.A.C.H.T.*, LVIII (1942), págs. 15-48.
- "La Psiquiatría del XV en Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, LXI (1948), págs. 47-61.
- GASCÓN DE GOTOR, A., *El Corpus Christi y las custodias procesionales españolas*, Barcelona, 1916.
- GÓMEZ SÁNCHEZ, F., *La Universidad de Toledo*, Toledo, 1980.
- *Historia del Colegio Universitario de San Bernardino de Toledo*, Toledo, Caja de Ahorros, 1982.
- GÓMEZ CANEDO, L., "El arzobispo D. Pedro Tenorio y la Biblioteca Capítular de Toledo", en *Archivo Iberoamericano*, IV (1944), págs. 109-113.
- GÓNZALEZ PALENCIA, A., *El arzobispo Don Raimundo de Toledo*, Barcelona, Labor, 1942.
- "Noticias sobre Don Raimundo, arzobispo de Toledo", en *Moros y cristianos en la España Medieval*, Madrid, 1945, págs. 100-176.
- GONZÁLEZ RUIZ, R., *Hombres y libros de Toledo (1086-1300)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1997.
- "Las bulas de la Catedral de Toledo y la imprenta incunable castellana", en *Toletum*, 18 (1986), págs. 9-180.
 - "El arcediano Joffré de Loaysa y las parroquias urbanas de Toledo en 1300", en *Historia mozárabe. I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1978, págs. 91-148.
 - "El mundo de la Catedral" y "Acción social y enseñanza" en *Piedras Vivas. La Catedral de Toledo 1492*, Toledo, 1992, págs. 29-54 y 92-99.
 - *El arcediano Joffré de Loaysa y el "Fecho de coronados"*, Buenos Aires, 1985.
 - "La Biblioteca Capítular de Toledo en el siglo XIV", en *Toletum*, 6 (1973), págs. 30-56.
 - "Las escuelas de Toledo durante el reinado de Alfonso VIII", en R. Izquierdo y F. Ruiz (coords.), *Alarcos 1995. Actas del Congreso internacional Conmemorativo de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, págs. 169-209.
 - "Toledo y la Escuela de Traductores", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V. Historia, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 92-94.
 - "Dives Toletana", en *Medievalismo*, 6 (1996), págs. 317-320.
 - "Blas Ortiz y su mundo", en *La Catedral de Toledo 1549, según el doctor Blas Ortiz*, Toledo, Ed. Antonio Pareja, 1999, págs. 11-77.
 - "La persistencia del rito hispánico o mozárabe en Toledo después del año 1080", en *Anales Toledanos*, XXVII (1990), págs. 9-33.
 - "La reorganización de la iglesia de Toledo durante el pontificado de Bernardo de Sédirac, primer arzobispo después de la reconquista

- (1086-1124)", en F. López Alsina (ed.), *El Papado, la Iglesia Leonesa y la Basílica de Santiago a finales del siglo XI*, Santiago de Compostela, 2000, págs. 157-176.
- "La Biblia de San Luis", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 3 (2000), págs. 185-196.
- GORROSTERRATZU, J., *Don Rodrigo Jiménez de Rada. Gran estadista, escritor y prelado*, Madrid, 1925.
- GRASSOTTI, H., "Don Rodrigo Ximenez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII", en *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI (1972), págs. 1-302.
- GUADALUPE BERAZA, M.L., *Diezmos de la sede toledana y rentas de la Mesa Arzobispal (siglo XV)*, Salamanca, Universidad, 1972.
- GUERRERO VENTAS, P., "La decimación en el arzobispado de Toledo(1508-1837)", en *Toletum*, 13 (1979-1980), págs. 209-272.
- *Concilios y sínodos de Toledo. Hacia una "Collectio Synodica Toletana"*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, 1987.
- GUTIÉRREZ GARCIA-BRAZALES, M., "El Consejo de la Gobernación del Arzobispado de Toledo", en *Anales Toledanos XVI* (1983), págs. 63-138.
- "La Audiencia Arzobispal de Toledo", en *La administración de justicia en la Historia de España*, vol. II, Guadalajara, Junta de Comunidades-Anabab Castilla La Mancha, 1999, págs. 611-628.
- HEIM, D., y YUSTE GALÁN, A., "La torre de la catedral de Toledo", en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXLIX (1998), págs. 237-244.
- HERNÁNDEZ, F.J., "La catedral, instrumento de asimilación", en *Toledo, siglos XII-XIII. Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia*, Madrid, 1992, págs. 79-97.
- "La Fundación del Estudio de Alcalá de Henares", en *En la España Medieval*, 18 (1995), págs. 61-83.
- "Noticias sobre Joffré de Loaysa y Ferrán Martínez", en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 2 (1980), págs. 281-284.
- "Los mozárabes del siglo XII en la ciudad y la iglesia de Toledo", en *Toletum*, 16 (1985), págs. 57-124.
- HIGUERUELA DEL PINO, L., *Los sínodos toledanos del siglo XIV: un conato de reforma* Memoria de Licenciatura leída en la Universidad Complutense, Madrid, 1971.
- IZQUIERDO BENITO, R., *El patrimonio del Cabildo de la Catedral de Toledo en el siglo XIV*, Toledo, Caja de Ahorros Provincial, 1980.
- "Modo de explotación del patrimonio del cabildo de la catedral de Toledo durante la segunda mitad del siglo XIV: contratos de arrendamiento", en *Hispania*, 40 nº145 (1980), págs. 357-393
- "El patrimonio urbano del Cabildo de la Catedral de Toledo en la

- segunda mitad del siglo XIV", en *Anales Toledanos*, XIII (1980), págs. 3-24.
- "Bienes, ingresos y gastos de la Obra de la Catedral de Toledo durante la primera mitad del siglo XV", en *En la España Medieval*, II (1981), págs. 467-484.
 - "Conflictos entre los poderes temporal y eclesiástico en las ciudades medievales: el caso de Toledo en 1390", en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII-XVI*, t.II, Universidad Complutense, 1985, págs. 1081-1103.
 - "Gastos por la muerte de un canónigo toledano en el siglo XV", (en prensa)
- LA PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, "El ideal urbano del Cardenal Mendoza y el Hospital de Santa Cruz", en *Anales Toledanos*, XXXII (1996), págs. 39-52.
- LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, 4 vols., Madrid, 1942.
- LOP OTÍN, M.J., "El siglo XII en la historia del Cabildo Catedral de Toledo", en IZQUIERO, R. y RUIZ, F. (coords.), *Alarcos 1995. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo de la Batalla de Alarcos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, págs. 471-493.
- "Las autoridades eclesiásticas de Toledo y las Órdenes Militares a fines del siglo XV", en IZQUIERDO, R. y RUIZ, F. (coords.), *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, vol. I. Edad Media, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 1071-1085.
 - "La inmunidad judicial del clero catedralicio toledano en la Edad Media (siglos XI-XV)", en *La Administración de Justicia en la Historia de España*, t. I., Guadalajara, 1999, págs. 545-560.
 - "La labor cultural y educativa del Cabildo Catedral de Toledo a fines de la Edad Media", en VILLENA, R. (coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 249-272.
 - "Fuentes medievales para el estudio del Cabildo Catedral de Toledo", en *La investigación y las fuentes documentales de los Archivos*, t. II., Guadalajara, 1996, págs. 789-800.
 - "Organización eclesiástica", en *Enciclopedia de Castilla-La Mancha*, t. V. Historia, Madrid, Edicsa, 1999, págs. 112-115.
- LÓPEZ CELADA, I., *Evolución de las rentas del Cabildo de la catedral de Toledo durante el último cuarto del siglo XVI*, Toledo, Caja de Ahorros, 1980.
- LÓPEZ GÓMEZ, J.E., *La procesión del Corpus Christi en Toledo*, Toledo, 1987.
- *El Corpus de Toledo*, Toledo, Temas Toledanos, 1999.

-
- *Los gigantes y la Tarasca*, Toledo, Temas Toledanos, 1996.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., *El arzobispo Carrillo y la política de su tiempo*, Vitoria, 1975.
- LORENTE TOLEDO, L., *La Real y Pontificia Universidad de Toledo*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.
- MANSILLA REOYO, D., "Disputas diocesanas entre Toledo, Braga y Compostela en los siglos XII al XV", en *Anthológica Annua*, 3 (1955), págs. 39-144.
- MARTÍN MORALES, J., *Corpus Christi en Toledo*, Toledo, 1982.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, B., *Conventos toledanos: Toledo, castillo interior*, Madrid, 1990.
- "En torno al linaje de los Gudiel", en *Genealogías mozárabes*, t. I, Toledo, Instituto de Estudios Visigótico Mozárabes, 1981, págs. 81-90.
- *Mudéjar toledano. Palacios y conventos*, Madrid, 1980.
- MARTÍNEZ GIL, F., "Religión e identidad urbana en el Arzobispado de Toledo (siglos XVI-XVIII)", en *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 15-57.
- MATA CARRIAZO, J. de, *Los relieves de la Guerra de Granada en la sillería del coro de la Catedral de Toledo*, Granada, 1985. (1ª ed. 1927).
- MERINO ÁLVAREZ, A., *El cardenal Mendoza*, Barcelona, 1942.
- MESEGUER FERNÁNDEZ, J., "El arzobispo Carrillo y el cardenal Cisneros", en *Archivo Iberoamericano*, XLV (1985), págs. 165-187.
- "Relaciones del Cardenal Cisneros con su Cabildo catedral", en *V Simposio Toledo Renacentista*, t. I, Madrid, 1980. págs. 25-147.
- "El Cardenal Jimenez de Cisneros, fundador de la Capilla Mozárabe", en *Historia Mozárabe. I Congreso de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1978. págs. 149-247.
- "Cartas inéditas del Cardenal Cisneros al Cabildo de la Catedral primada", *Anales Toledanos*, VIII (1973), págs. 3-47.
- MINGUELLA, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, vol. II, Madrid, 1912.
- MIRECKI QUINTERO, G., "Apuntes genealógicos y biográficos de don Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo", *Anales Toledanos*, XXVIII (1991), págs. 55-76.
- MORALEDA Y ESTEBAN, J., *Los seises de la catedral de Toledo*, Toledo, 1911.
- MORENO NIETO, L., *Guía de la Iglesia en Toledo*, Toledo, Caja de Ahorros, 1975.
- MOXÓ, F. de, "Prelados de la casa de Luna en los albores del siglo XIV", en *Hispania*, 41 (1989), págs. 87-102.

- "Notas sobre el pontificado tarraconense de don Ximeno de Luna(1317-1328), en *Hispania*, 41 (1989), págs. 87-102.
- MUÑOZ HERRERA, J.P., "La catedral de Toledo y la literatura artística. Los viajeros británicos(1749-1898)", en *Anales Toledanos*, XXXVII (1999), págs. 181-219.
- NADER, H., *Los Mendoza y el Renacimiento español*, Guadalajara, 1986.
- NARBONA, E., *Historia de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo*, Toledo, 1624.
- PASCUA ECHEGARAY, E., "Aproximación al papel del Arzobispado de Toledo en el reinado de Alfonso VII", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t. V, Toledo, 1988, págs. 211-217.
- PÉREZ, J. (dir.), *La hora de Cisneros*, Madrid, Ed. Complutense, 1985.
- PORRES MARTÍN-CLETO, J., *Las antiguas constituciones de la Universidad de Toledo*, Madrid, C.U.T., 1973.
- PROUS ZARAGOZA, S., "La Iglesia de Toledo.(1085-1247)", en *En la España Medieval*, IV t. II (1984), págs. 833-864.
- RÁBADE OBRADÓ, M.P., "El proceso inquisitorial contra Juan del Río, racionero de la catedral de Toledo", en *Anuario de Estudios Medievales*, 28 (1998), págs. 695-706.
- REYNAUD, F., *La Polyphonie tolédane et son milieu. Des premiers témoignages aux environs de 1600*, Brepols, C.N.R.S., 1996.
- "Contribution a l'étude des danseurs et des musiciens des fêtes du Corpus Christi et de l'Assomption a Tolède aux XVI et XVII siècles", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X (1974), págs. 133-168.
- RIVERA RECIO, J.F., "Cabildos regulares en la provincia eclesiástica de Toledo durante el siglo XII", *La vita comune del clero nei secoli XI e XII*, t. I, Milán, Università Cathólica del Sacro Cuore, 1962, págs. 220-240.
- *El Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Cluny(1086-1124)*, Roma, 1962.
- "La primacía eclesiástica de Toledo en el siglo XII", en *Anthologica Annua*, X (1962), págs. 11-87.
- *La Iglesia de Toledo en el siglo XII.(1086-1208)*, 2 vols., Roma-Toledo, 1966-1976.
- *Los Arzobispos de Toledo. Desde sus orígenes hasta fines del siglo XI*, Toledo, Diputación Provincial, 1973.
- *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media(s. XII-XV)*, Toledo, Diputación Provincial, 1969.
- "La provincia eclesiástica de Toledo en el siglo XII", en *Anthologica Annua*, 7 (1959), págs. 95-145.
- "Patrimonio y señorío de Santa María de Toledo desde 1086 a 1208", en *Anales Toledanos*, IX (1974), págs. 117-182.

-
- *El Adelantamiento de Cazorla. Historia General*, Toledo, Ed. Católica Toledana, 1948.
- RISCO, A., "Algo sobre el infante Don Juan de Aragón y por qué renunció al arzobispado de Toledo", en *Razón y fe*, 77 (1926), págs. 22-31.
- RODRÍGUEZ DE GRACIA, H., *El Corpus en Toledo. Fiesta religiosa y profana en los siglos XVI y XVII*, Toledo, Caja Castilla La Mancha, 2001.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, E., *La Custodia de la Santa Iglesia Catedral de Toledo*, Toledo, 1917.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, A.M., "Las relaciones entre el Arzobispado de Toledo y la monarquía durante el reinado de Fernando III(1217-1252)", en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, t.V, Toledo, 1988, págs. 219-225.
- RODRÍGUEZ MARQUINA, J., "Linajes Mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII", en *Genealogías mozárabes*, t. I, Toledo, 1981, págs. 11-65.
- RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ, A., "Semblanza del Cardenal Mendoza", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XI (1928), págs. 24-36.
- RUBIO PIQUERAS, F., *Música y músicos toledanos. Estudio artístico-crítico*, Toledo, 1922.
- *Códices polifónicos de la S.I.C.P. de Toledo*, Toledo, 1925.
- SÁEZ, R., "Le clergé des paroisses de Tolède à la fin du XVI siècle (possibilités et limites d'une recherche", en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1991, págs. 205-224.
- SAN MARTÍN PAYO, J., "Sínodos diocesanos del obispo don Vasco(1344-1353), en *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, Palencia, 1949, págs. 129-175.
- SAN ROMÁN, F. de B., "Autobiografía de Francisco Ortiz y Constituciones del Hospital del Nuncio de Toledo", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, XIII, nº 46 a 49 (1931), págs. 71-102.
- "Inventario de la Catedral de Toledo hecho en el siglo XIII, siendo arzobispo el infante Don Sancho(1251-1261), hijo de Don Fernando", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, III (1920), págs. 121-135.
- "Cisneros y el Cabildo Primado al finalizar el año 1503", en *B.R.A.B.A.C.H.T.*, II, nº 3 (1919), págs. 65-96.
- *La Custodia de la Catedral de Toledo*, Toledo, 1916.
- "La Capilla de San Pedro en la Catedral de Toledo: Datos artísticos", en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, IV (1928), págs. 227-235.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R., *Iglesia y sociedad en la Castilla Moderna. El cabildo catedralicio de la Sede Primada (siglo XVII)*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

- "La cultura de las letras en el clero capitular de la catedral toledana", en *Sociedad y élites eclesiásticas en la España Moderna*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, págs. 163-236.
 - "Religiosidad barroca y sentimientos ante la muerte en el cabildo catedralicio de Toledo", en *Studia Historica. Historia Moderna*, 18 (1998), págs. 299-320.
 - "Cabildo catedralicio y cabildo municipal en el Toledo moderno", en J.M. Bernardo Ares y J.M. González Beltrán (eds.), *La administración municipal en la Edad Moderna, Actas de la V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Cádiz, 1999, págs. 137-146.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, La Laguna, Universidad, 1976.
- SÁNCHEZ SESA, R., "Don Pedro Tenorio y la reforma de las Órdenes monásticas en el último tercio del siglo XV", en *En la España Medieval*, 18 (1995), págs. 289-302.
- SÁNCHEZ-PALENCIA MANCEBO, A., "La escuela toledana de don Pedro Tenorio", *Anales Toledanos*, XXVI (1989), págs. 61-153.
- *Vida y empresas del arzobispo don Pedro Tenorio*, Toledo, I.P.I.E.T., 1988.
 - *Fundaciones del Arzobispo Tenorio. La Capilla de San Blas en la Catedral de Toledo*, Toledo, I.P.I.E.T., 1985.
- SANCHO DE SAN ROMÁN, R., "El Hospital del Nuncio de Toledo en la historia de la asistencia psiquiátrica", en *Anales Toledanos*, XVII, (1983), págs. 55-71.
- SANTOLAYA HEREDERO, L., *La Obra y Fábrica de la Catedral de Toledo a fines del siglo XVI*, Toledo, Caja de Ahorros, 1979.
- SEDÓ, S., *La más valiosa Custodia española*, Toledo, 1927.
- SIERRA CORELLA, A., *El Cabildo de Párrocos de Toledo*, Madrid, 1928.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. "Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo(1375-1399)", en *Estudios dedicados a Don Ramón Menéndez Pidal*, IV, Madrid, C.S.I.C., 1953, págs. 601-627.
- "Cisneros e Isabel la Católica", *V Simposio Toledo Renacentista*, t.I (primera parte). Madrid, C.U.T., 1980, págs. 13-24.
- TORROJA MENÉNDEZ, C. "El Cardenal Silíceo y la reforma de la plaza del Ayuntamiento", en *Anales Toledanos*, XI (1976), págs. 57-68.
- TORROJA MENÉNDEZ, C., y RIVAS PALA, M., "Teatro de Toledo en el siglo XV. El Auto de la Pasión de Alonso Campo", en *Boletín de la Real Academia Española*, Anexo XXXXV, Madrid, 1977.
- "Teatro religioso en Toledo en 1500", en *V Simposio Toledo Renacentista*, t. III, Madrid, 1980, págs. 113-124.
- VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F.J., *El Cardenal Mendoza(1428-1495)*, Madrid, Rialp, 1988.

- VILLARROEL GONZÁLEZ, O., "Las intervenciones regias en las elecciones episcopales en el reinado de Juan II de Castilla (1406-1454). El caso de los arzobispos de Toledo", en *Anuario de Estudios Medievales*, 31/1 (2001), págs. 147-190.
- VIZUETE MENDOZA, J.C., "El monasterio de San Clemente en la Edad Media y sus documentos reales. Estudio y regesta", en *Anales Toledanos*, XXX (1993), págs. 7-57.
- VV.AA., *Piedras vivas. La Catedral de Toledo en 1492: Mendoza y Cisneros, dos legados artísticos y culturales*, Toledo, 1992.
- VV.AA., *Los Primados de Toledo*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1993.
- VV.AA., *San Pedro Mártir el Real*, Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- VV.AA., *Arquitecturas de Toledo*, 2 vols., Toledo, Junta de Comunidades, 1991.
- VV.AA., *La Catedral de Toledo 1549, según el doctor Blas Ortiz*, Toledo, Antonio Pareja editor, 1999.



BIBLIOTECA